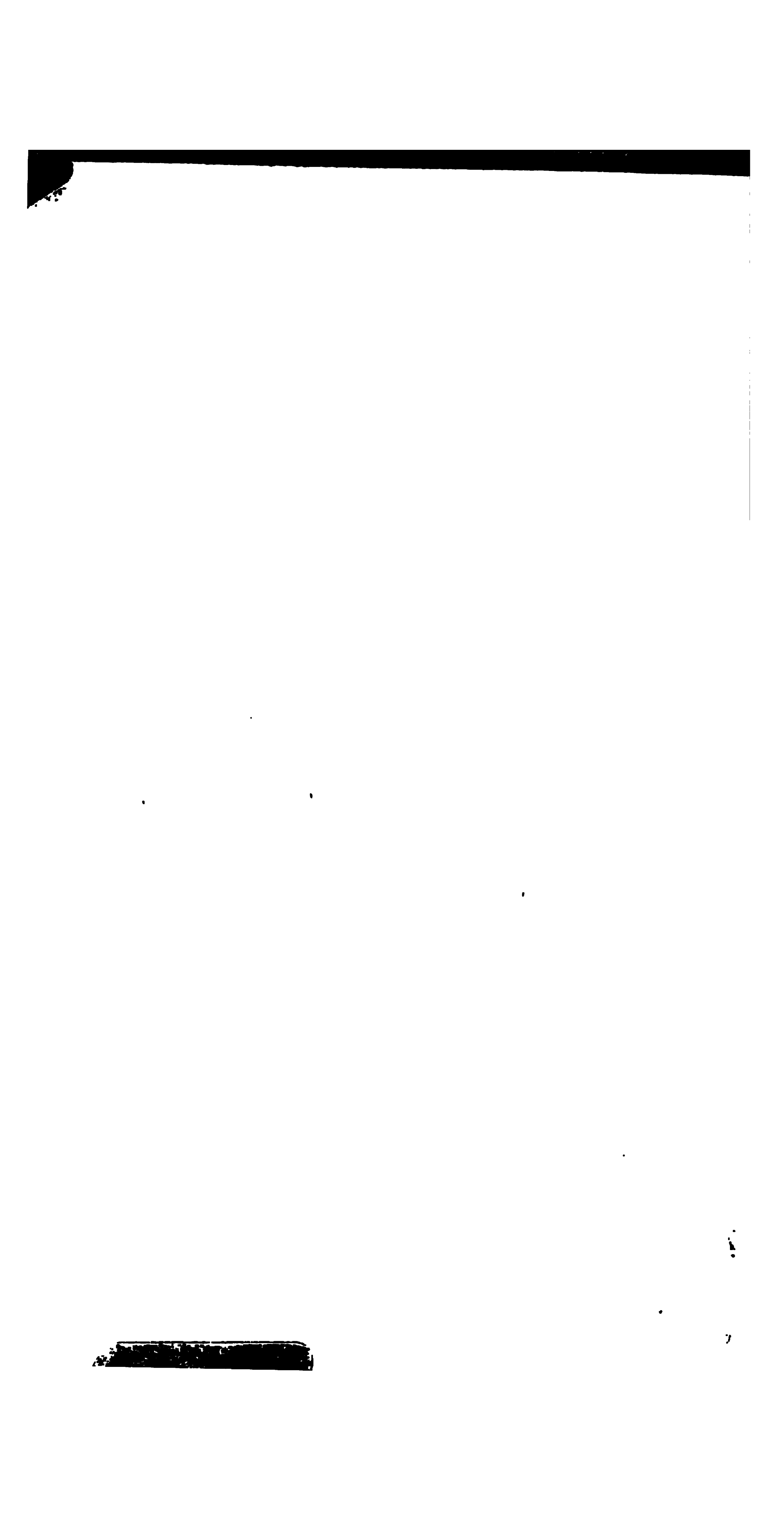

RARIES
766 8





VARONES ILUSTRES

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

SEGUNDA EDICION

Nieremberg, Juan Eusebio



TOMO II

MISIONES DE LA CHINA.—GOA.—ETIOPÍA.—MALABAR

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

BILBAO
ADMINISTRACION DEL «MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
1889

VARONES ILUSTRES

TOMO SEGUNDO

VARONES ILUSTRES

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

SEGUNDA EDICION

Nieremberg, Juan Eusebio



TOMO II

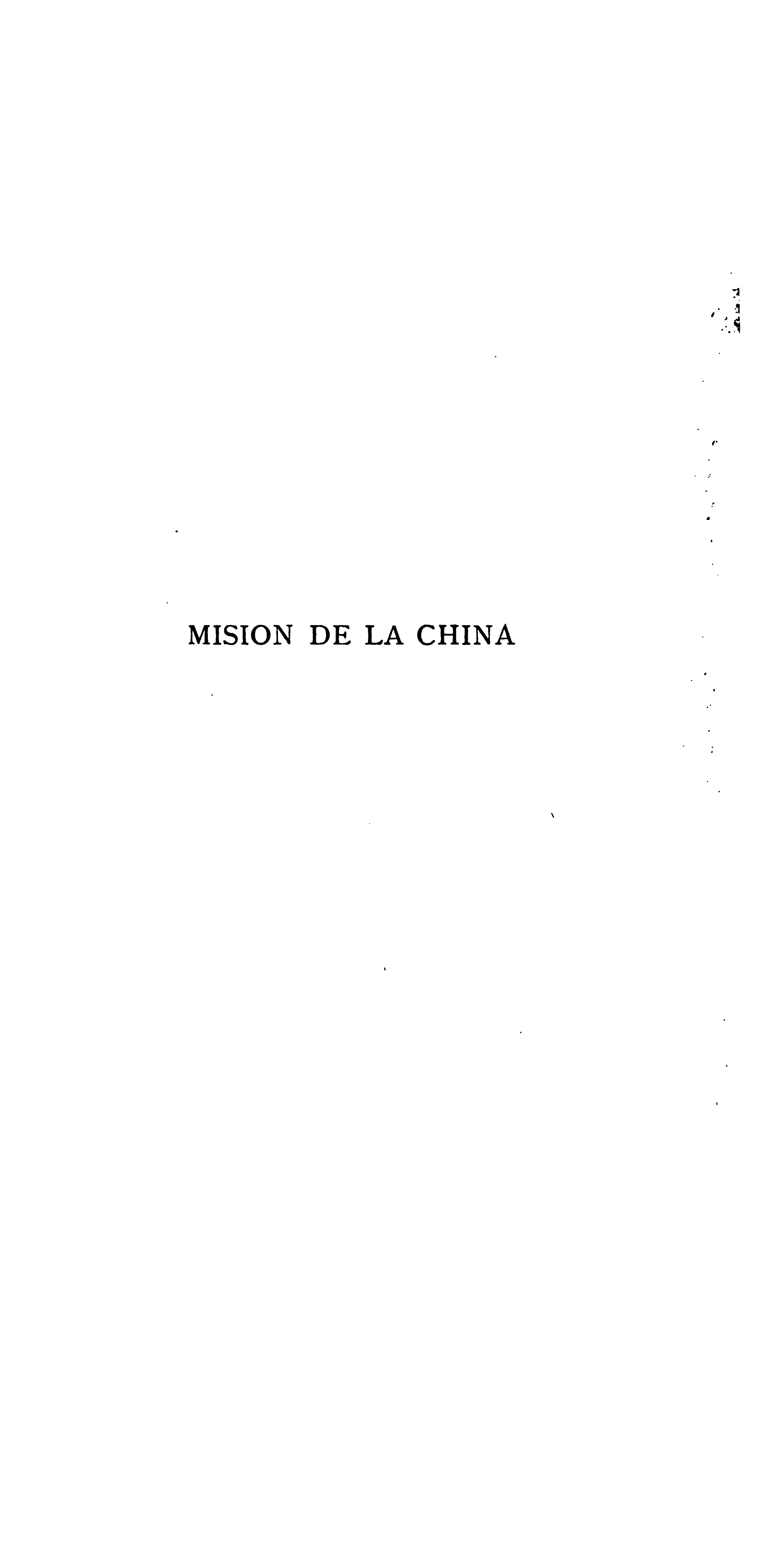
MISIONES DE LA CHINA.—GOA.—ETIOPÍA.—MALABAR

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

BILBAO
ADMINISTRACION DEL «MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
1889



BILBAO: Imprenta del Corazon de Jesus, Muelle de Marzana, 7.—1888.



MISION DE LA CHINA



P. MIGUEL ROGERIO

AUNQUE no fuera sino por una sola hazaña, que, en abrir las puertas cerradas de la China á los predicadores evangélicos, hizo el P. Miguel Rogerio, merecia que se escribiese su nombre en tablas de bronce, y no es razon que menospreciemos su memoria, que justo lugar tiene entre claros varones. Fué este siervo de Dios de nacion italiano, su patria fué Gravina, en el reino de Napoles. Siendo jurisconsulto, y estando ocupado en muchos y graves negocios, y estando sirviendo al Rey en el gobierno de la república, porque era persona de gran talento y singular experiencia y prudencia en las cosas políticas, lo dejó todo y se entró en la Compañía. En ella se dió y empleó en la salud de las almas, para cuyo fin se partió á la India Oriental, el año de 1577, en compañía de los apostólicos varones Rodulfo Aquaviva, Mateo Ricci, Nicolas Espínola y Francisco Pasio.

Luégo que llegó allá, no permitió el menor rato á la ociosidad, y así se fué a toda prisa á la costa de la Pesquería, para pescar almas y aumentar el gremio de Cristo; despues fué enviado á Macao para mucha gloria de Dios, porque desde allí se resolvió de conquistar el reino de la China, penetrar sus muros, y arrancar los fuertes cerrojos de sus puertas. Empresa muy deseada de los nuestros, pero dificultosísima en aquel tiempo, la cual acometieron grandes varones, pero sin efecto; y el haberlo conseguido el P. Miguel, es gran gloria suya. Ejecutó lo que S. Francisco Javier intentó y deseó mucho sin conseguirlo; porque estando este Apóstol del Oriente en la India, tuvo noticia del reino de la China, y despues se informó en particular, á la ida y vuelta del Japon, y fué ocasion de que se confirmase más en el deseo que tenia de predicar el santo Evangelio en aquella tierra.

Con este intento, partió, como dijimos en su vida, de la India, y llegó á la isla de Sanchan; porque no se habian mudado entónces los portugueses á

Macao. Estando en esta isla, ántes de entrar en la China, le llevó nuestro Señor para sí, sin tener efecto en esta parte su apostólico celo. Con este mismo deseo, el año de 1565, partieron de las Filipinas los PP. Fr. Martin de Herrada y Fr. Jerónimo Marin, de la Orden del glorioso san Agustin, que entrambos eran de muchas letras y ejemplar vida; ofrecióseles á estos Padres una buena ocasion para entrar en aquel reino, en el cual vieron cosas muy particulares, y procuraron con muchos medios alcanzar licencia para quedarse en aquella tierra, y dar noticia de la fe á los naturales de ella; pero no pudieron alcanzarla, y así hubieron de volver á las Filipinas sin conseguir su intento.

Con el mismo celo, el año de 1579, el P. Fr. Pedro de Alfaro, Custodio de la provincia de san José, religioso de la Orden del bienaventurado Padre S. Francisco, y muy grande siervo de Dios, llegó á la China con algunos compañeros, y aunque estuvieron dentro del reino algunos meses, tampoco tuvo efecto su jornada, como la primera de los Padres de S. Agustin. Temia el demonio, y con grande razon, las muchas almas que habia de perder por la predicacion y ejemplar vida de estos siervos de Dios, si hicieran asiento en aquella tierra, la cual él tenia poseida y tiranizada, y así procuró cerrarles la puerta, y que no les diesen licencia para quedarse en ella.

Venian con el mismo deseo muchos Padres de la Compañía, que andaban en la India Oriental, mas quitábales la esperanza de salir con esta empresa, ver el poco fruto que se habia seguido del trabajo y diligencia que en este negocio habian puesto tan señalados varones y tan celosos de la honra de nuestro Señor; aunque por otra parte les animaba ser esta causa de tanto servicio y gloria de la divina Majestad y provecho de tantas almas, y haber acabado su vida en la misma demanda S. Francisco Javier. Confiaban que desde el cielo habia de favorecer con su intercesion á los que se dispusiesen para llevar adelante la mision que él habia intentado. Esto reservó para el P. Miguel Rogerio, el cual se determinó, luégo que llegó á Macao, á tomar á pechos la entrada en la China, y hacer en ello tan gran servicio á nuestro Señor, como despues acá se ha seguido. El modo referiré con alguna prolijidad, y más por menudo de lo que suelo; porque, fuera de ser de gusto la historia por ser de gente tan apartada, podrá tener alguna enseñanza, y en ella se verá la suavidad de la divina Providencia, que por medios ordinarios suele efectuar obras extraordinarias.

Resolvióse, pues, el P. Rogerio en esta pretension, de no perdonar trabajo ni excusar medio posible. En ejecucion de lo cual comenzó luégo á estudiar la lengua de la China, y aunque al principio, como hombre de alguna edad, sintió dificultad; pero con el mucho teson y estudio que en ella puso, la vino

á entender. Fué este trabajo, que tomó el P. Rogerio, mayor de lo que por ventura se pensará; porque la propiedad de la lengua china, no sólo es muy dificultosa é intrincada, más que todas cuantas hay conocidas, sino que tambien la misma falta de maestros la hacia más dificultosa que su misma dificultad. Porque los chinos que ya se habian vuelto cristianos en el puerto de Macao, y vivian con el hábito y con el estilo de Europa, y los que de lo interior del reino venian á sus contrataciones, los unos y los otros, casi eran tan ignorantes de la lengua curial, como de la portuguesa; porque los mercaderes hablan ordinariamente la de su provincia, y si bien entienden la curial, la hablan con ménos policía.

Ni ellos mismos tampoco saben todas sus letras, y el vulgo solas aquellas que juzga ser bastantes para las cláusulas y estilo de sus contratos. El maestro, que ménos desproporcionado le pareció al Padre, fué un pintor chino, el cual supliese con el arte lo que le faltaba de la lengua; porque no pocas veces acontecia, que no pudiendo el maestro declarar la fuerza y el sentido de la letra jeroglífica en la lengua portuguesa, se valia del remedio de la pintura muda. Mas al fin aprendió la lengua, porque con el incansable y contínuo trabajo (el cual el amor encendido de ninguna manera siente,) todo se vencia, como venció tambien la dificultad que tienen en el escribir y leer; porque los chinas no como todo lo restante del mundo explican sus conceptos escribiéndolos, sino que tantas figuras pintan, cuantas son las palabras, y cuantas las cosas significadas por ellas.

Y para tomar noticia de la lengua de los mandarines, que es más cortesana, procuraba el Padre de ir cada año desde Macao á Canton, en compañía de los portugueses que iban á sus negocios y mercaderías. La primera vez que fué el Padre á Canton, halló una grande dificultad, con la cual parece que se cerraba la puerta del todo y se quitaban todas las esperanzas de poder entrar los de la Compañía para siempre en aquel reino; porque, yendo otro Padre á la misma ciudad de Canton el año ántes con los portugueses, comenzó á tratar con un mozo que era bonzo, de las cosas de nuestra santa fe, el cual se aficionó tanto á ellas, que dentro de un mes, como el Padre volvió de Canton á Macao, vino á buscarle el mismo mozo con determinacion de ser cristiano: enviáronle los Padres de Macao á Japon. De esto se siguieron entre los chinos y portugueses tantos disgustos, contiendas y alboroto, como significamos en el volúmen intitulado *Honor de S. Ignacio*, tratando del Obispo niceno D. Melchor Carnero. Al fin ello fué de manera, que con su ocasion, el Aytao, que era gobernador de la ciudad, mandó que en ningun tiempo diesen posada en Canton á los Padres de Macao, ni los dejasen vivir en ella.

Parecia cosa imposible entrar los de la Compañía en la ciudad, habiendo un mandato tan riguroso y tan nuevo contra ellos; pero ahí se muestra quién es Dios, y cuán en su mano tiene los corazones de los hombres, y cómo hace fácil cuando quiere, lo que parece más imposible y dificultoso. Habia cumplido su oficio aquel Gobernador, cuando el P. Rogerio llegó á Canton, una vez de las que solia ir con los portugueses, y despues de haber encomendado á nuestro Señor este negocio, le pareció intentar la entrada de la China; pues ya tenia bastante noticia de la lengua. Lo primero dió una peticion al Aytao que sucedió, diciéndole, que como era Sacerdote, y por vivir en el mar y en una embarcacion, no podia cumplir con la obligacion que tenia de ofrecer cada dia sacrificio á Dios nuestro Señor, que le suplicaba le mandase dar posada en la ciudad, por el tiempo que hubiesen de estar allí los portugueses, en cuya compañía él habia venido. Leyó el nuevo Aytao la peticion, y fué servido nuestro Señor, que le pareciese lo que el Padre pedia cosa conforme á razon; y así proveyó que le diesen una casa en que estuviese, y que so pena de muerte nadie le hiciese mal.

Habida esta licencia, aderezó el Padre la casa que le dieron junto á la ciudad. Compuso su altar y comenzó á decir Misa, y era tanta la gente que acudia por curiosidad á ver lo que hacia, que en todo el dia no cesaban de ir unos y venir otros, y entre estos eran algunos mandarines. Procuraba el Padre acariciarlos á todos, trabar amistad con ellos, y de esta manera les fué ganando la voluntad, y le quedaron tan aficionados, que les pesaba cuando llegaba el tiempo en que se habia de partir á Macao. Con esta buena voluntad y amor que los chinos le cobraron, cuando volvió el año siguiente á Canton, y tornó á dar la peticion, le concedieron luégo la misma licencia, y aun mandó el Gobernador, que le diesen otra casa mejor en que viviese.

De este favor que el Aytao hacia al P. Rogerio, vinieron á sospechar los chinas, y á decir, que no era posible, sino que el Padre y los portugueses le habian dado grande suma de dinero, pues contra la provision de su antecesor hacia tanto por él. Vino esto á oidos del Aytao, el cual, mandó llamar un dia al Padre, y preguntóle *si sabia leer sus letras*,—respondió el Padre *que sí*. Escribió entónces el Aytao un papel de su mano, y dióle al P. Rogerio que le leyese, y en suma decia: «Que pues era siervo de Dios, no tendria temor ni empacho de decir con libertad la verdad delante de todos, y así le pedia que declarara, si él ó los portugueses le habian dado algun dinero.» Dijo el Padre á esto públicamente y delante de mucha gente, «que era gran falsedad y testimonio que se le levantaba al Aytao, porque ni de él ni de los portugueses habia recibido blanca ni otra cosa.»

Quedó el Aytao con grande contento viendo el testimonio que el Padre daba

de su inocencia, y de ahí á pocos dias fué él mismo con el Conchifu, que es el segundo mandarin y justicia de la ciudad, á ver la casa del Padre y la capilla donde decia Misa, mostrándole entrambos mucho amor y buena voluntad.

Como se entendió en la ciudad el favor que el Aytao y Conchifu habian hecho al Padre, visitando su casa, comenzaron otros mandarines á gustar de su amistad; y con el buen término y modo, que el Padre tenia de recibirlos y tratarlos, dejábalos siempre más gustosos y aficionados, y cada dia les iba ganando más las voluntades.

Su opinion corrió por muchas ciudades de aquella provincia, deseando muchas personas y muy principales verle; entre ellos fué el Tutan y Gobernador de aquella provincia, y porque se tardó el P. Rogerio de ir á su corte, por haber caido malo, escribió el Tutan al P. Alejandro Valignani, Superior de todos los de la Compañía en la India y Japon, que se le enviase en pudiendo ir. Esto fué notable favor, y no paró ahí, sino que con esta carta envió una chapa ó provision de plata, á manera de escudo, de dos palmos de largo, por la cual daba licencia al P. Rogerio para ir y venir de Macao á Canton y á Xauquin, sin que las guardas le pusiesen impedimento.

Pareció á todos que no era justo perder tan buena ocasion, como nuestro Señor ofrecia, para llevar adelante la mision de la China, y así partió el Padre de Macao, aunque, estando ya para salir del puerto, llegó otro navío que enviaba el mismo Tutan para que fuese en él á Xauquin. Salió de Macao á los diez y ocho de diciembre del 1582, llevando al P. Francisco Pasio consigo, y á un Hermano con algunos mozos chinas. Llegaron á Canton, lúnes de mañana, víspera del santísimo Nacimiento de Cristo nuestro Señor, y por ser la fiesta tan principal, se detuvieron aquella noche para decir sus tres Misas, y suplicaron á nuestro Señor en ellas, diese próspero suceso á su viaje. Partidos de Canton, llegaron á Xauquin el tercero dia de Pascua; hallaron luégo al secretario del Tutan, el cual se holgó mucho con su venida, aunque le preguntó «cómo traia aquellos compañeros, pues el Tutan no habia enviado á llamar más que á él solo.» —Respondióle el Padre, «que como eran religiosos, no acostumbraban á andar solos, sino con grande necesidad, y así habia traido aquellos dos para que pudiesen salir juntos fuera de casa, y el otro quedase en ella para lo que se ofreciese.»

Satisfizose el secretario de la razon que el Padre le dió, y el dia siguiente los llevó delante del Tutan, que estaba en el patio de su audiencia. Llegaron á hacerle su acatamiento, hincándose entrambos Padres de rodillas; mas él los mandó levantar luégo, y que se cubriesen y acercasen á donde él estaba. Preguntó al P. Rogerio cómo estaba de su salud, porque venia flaco; dijo tambien, cómo se holgaba de verlos, y que era muy amigo de los portugue-

ses, y habia escrito al Aytao y mandarines de Canton, que los favoreciese tratasen bien. Los Padres le dieron las gracias por todo, y él los despidió c muestras de amor y buena voluntad. Volvieron entrambos á visitar al sec tario, que siempre les hacia buen oficio y amistad, y diéronle cuenta có estaban aposentados en el rio dentro de su navío, y por esta causa no pod decir Misa; y tambien tenian necesidad de estar en la ciudad para concer un reloj, que traian para el Tutan, y que le pedian le suplicase de su pa les mandase dar alguna casa en que se pudiesen recoger. Hizo el secreta con buena voluntad lo que le pidieron los Padres, y el Tutan mandó que diesen luégo una casa. Aderezaron en ella su capilla, y el primero dia del a de 1583 dijeron entrambos Misa en ella, y el mismo dia les envió el Tu un presente, que fué un cesto de harina y otro de arroz, puerco fresco, u gallinas y ánades. Tambien les envió el secretario algunas cosas de rega y otro dia los llevó á comer á su casa.

Despues que los Padres tuvieron casa en Xauquin, concertaron el reloj por medio del secretario le presentaron al Tutan. Holgóse mucho de ve ingenio y artificio de él, y quisiera pagársele en piezas de seda ó en pla mas no quisieron aceptar cosa alguna, diciendo: «Que aquel servicio le hac sólo en señal de amor y reconocimiento de las mercedes y favores que les bia hecho, y que sólo le suplicaban les mandase dar una casilla, en que diesen estar de asiento en aquella ciudad, para deprender bien las letra costumbres de la China, y poder ellos tambien comunicarles las ciencias c sabian y habian estudiado en Europa.» Dijo á esto el Tutan, que le die sobre esto una peticion el dia siguiente, que lo haria como deseaban.

Fueron al secretario con la peticion á la hora que él mismo les señaló la sustancia de ella era esta: «Que la profesion de los Padres era serv Dios y aprender diversas ciencias, y que estando en su tierra habian o decir que la gente de la China era muy buena y muy capaz de razon, y te muchas buenas costumbres, y ceremonias, y ciencias, y libros llenos de a sos para bien vivir, por lo cual habian deseado aprender estas cosas, y sa las grandezas de este reino, y vivir entre tan buena gente, y por esta ca habian dejado su tierra y venido á la China, gastando tres años en el cami y pasando muchos peligros en el mar; y porque en Macao no podian ha esto, tambien le pedian y suplicaban les diese licencia de vivir entre e dentro de la tierra.» Cuando el Tutan leyó esta peticion, pareciόle que grande honra de los chinos, que dejasen aquellos hombres sus tierras, y vir sen de tan léjos para vivir entre ellos, y así les concedió todo lo que le dian. Ayudó tambien para ello, ver que eran personas que sabian letras, f sofía y matemáticas, de que ellos gustan; que eran pacíficos, y á nadie hac

mal, ántes trataba á todos con mucha cortesía. Dióles otra mejor casa que la primera en que vivian, y licencia para que viniese otro Padre y otro Hermano. Con esta ocasion vino de Macao el P. Mateo Ricci con un Hermano, y se hallaron en Xauquin los tres Padres, Miguel Rogerio, Francisco Pasio y Mateo Ricci, que se habian criado juntos en el colegio de Roma.

Pocos dias despues, creciendo la buena voluntad y el favor del Tutan para con los Padres, les dió otra segunda provision para que fuesen tenidos por vecinos y moradores de la China, y mandó que esto se pregonase en toda la ciudad: y para que se vea cómo el Señor tiene en su mano el corazon de los que gobiernan, con ser los Virreyes de la China tenidos en tanta veneracion, como los ídolos de otras partes, y ellos tan graves y tan severos, que apénas se dejan ver ni hablar; este Tutan y Virrey de la provincia de Canton, no sólo mostraba á los Padres el amor y aficion que se ha dicho, pero un domingo en la tarde vino él mismo en persona á visitarlos, y á ver la casa que tenian, con que dejó admirados á todos.

Traia un vestido de seda colorada, y el borde de la ropa lleno de campanillas de oro y plata, y en la cabeza una muy rica corona de plata dorada: porque en la China más se estima la plata que el oro, si bien usan mucho dorar las cosas. Venian en su compañía todos los mandarines, que se hallaron en la ciudad, vestidos de la misma librea. Supieron los Padres el dia ántes de esta venida, y por no errar en lo que debian hacer, preguntaron al secretario, «si saldrian á recibir al Tutan; y en qué modo.» Él les avisó, «que se estuviesen recogidos en su casa, porque de esto gustaria más el Virrey:» Hiciéronlo así, y el dia siguiente vino el Tutan con todo su acompañamiento hasta un portal, que estaba delante de la casa, donde se apeó, y le hicieron todos los mandarines su reconocimiento, como si fuera el mismo Rey. Entró luego con todos ellos, y visitó al P. Rogerio, hablándole con mucha afabilidad y amor, vió toda la casa, y despues entró á ver la capilla que tenian bien aderezada, y habiéndose entretenido en esto buen rato de la tarde, se volvió con el mismo acompañamiento y majestad que habia venido.

Con el favor que el Tutan hacia á los Padres, comenzaron á honrarlos y estimarlos los demas mandarines de la ciudad. Al mismo tiempo llegó á Xauquin el Chupia, general de todas las armadas: fuéronle á visitar los Padres, y él los recibió con mucho amor, y despues les envió á su posada una buena cantidad de fruta. Pocos dias despues convidó un mandarin principal en aquella tierra á otros dos mandarines y al secretario del Tutan en una huerta, que estaba cerca de la casa de los Padres, y desde allí enviaron á rogar al P. Rogerio y su compañero, quisiesen ser sus convidados. Fueron los Padres; porque deseaban tener benévolos á los mandarines, para comenzar á predicar

en Xauquin: eran tan principales estos mandarines, que la otra gente les blaba de rodillas.

Recibieron al P. Rogerio con mucha honra y cortesía, asentándole á mesa, y dándole silla al modo de las suyas, y cuando se hubieron de des dir los Padres, en señal de amistad, les dieron dos abanicos dorados, mostr do que se holgaban mucho de que estuviesen en su tierra, y que en todo que se les ofreciese los favorecerian. Otro mandarin, tambien muy princi de la ciudad, los envió á visitar con un hijo suyo pequeño, procuraron de galarle lo mejor que pudieron, de lo cual su padre quedó tan reconocido, c les envió á dar las gracias de lo que habian hecho con su hijo, diciendo c él sabria honrar y tratar muy bien á quien así honraba y trataba sus cos como lo mostró despues por las obras.

Ocupábanse los Padres en este tiempo en perfeccionarse en la lengua de mandarines, que es la cortesana de aquella tierra, para poder tratar mejor c aquella gente, de la cual depende la conversion de todos los demas. Procu ban lo segundo edificar con el ejemplo de su vida, y honrar y acariciar á dos para tenerlos más gratos y benévolos. Tambien trabajó el P. Rogerio p hacer un Catecismo en lengua de la China, con un *Flos Sanctorum;* pareci dole que seria de mucha importancia para publicarse la Fe de Cristo en aquella gente, y dilatarse más por todo el reino. Queriendo comenzar los dres á predicar, porque la gente estaba ya bien dispuesta para oir su doc na, se mudaron las cosas de manera, que no pudieron poner en ejecucion buen deseo.

Estaban los Padres en Xauquin con grandes esperanzas de hacer gran fruto en aquella ciudad, por la buena disposicion que veian en la gente, cu do se le cumplió al Tutan el tiempo de su oficio y gobierno, y les fué á los dres necesario volverse á Macao, y dejar la casa y residencia de Xauquin. mismo Tutan que los habia traido y favorecido tanto, cuando vió que acal ba su oficio, les dijo se volviesen para Macao, porque de esta manera que rian más de asiento en aquella ciudad. Acostumbran estos Virreyes, cuan acaban sus oficios, escribir en el libro de sus *Anales* todas las cosas señalad que han acontecido en su tiempo; y el que entra de nuevo en el oficio, lo p mero que hace es leer lo que está en aquel libro.

Entendiendo, pues, el Virrey, que el sucesor hallando allí á los Padres habia de alterar y hacer inquisicion, para saber cómo residian en Xauqui siendo extranjeros; y aunque no fuese más que por haberlos traido su ant cesor, los habia de echar fuera; usó esta maña, que fué despedirlos él mism y escribir luégo en el libro, cómo habian venido á Xauquin de las partes d Poniente unos hombres santos y muy sabios, añadiendo otras muchas al

banzas tales, que á quien las leyese habian de poner deseo de conocerlos y tratarlos. Ultimamente dijo, que aunque los habia tolerado allí algun tiempo, los habia despedido por no tener extranjeros en el reino contra sus leyes. Con esto se fueron los Padres para la isla de Macao, con harto desconsuelo suyo. Cuando el Tutan nuevo vino, y leyó cosas tan notables, como su antecesor dejó escritas de los Padres, dióle grande deseo de verlos y conocerlos: acrecentáronle este deseo algunos mandarines principales, amigos del Tutan pasado, los cuales confirmaron lo que estaba escrito, y añadieron otras muchas cosas en su favor, como testigos de vista.

Estaban los Padres en Macao bien descuidados, y aun bien desconsolados, cuando llegó al puerto un navío, en el cual venia un mandarin con algunos soldados de parte del nuevo Virrey, con una provision, pidiendo á los Padres que se volviesen luégo á la ciudad de Xauquin: porque aunque los hubiese despedido el Tutan pasado, y no los hubiese tratado como merecian, él los tendria y daria casa é iglesia y todo lo necesario. Fué esta nueva para todos de grande consuelo y alegría, y sin detenerse más, partieron luégo para Xauquin el P. Miguel Rogerio y el P. Mateo Ricci. Llegados á la ciudad, fueron muy bien recibidos del nuevo Tutan, y mandóles dar luégo casa y sitio para su iglesia, y provision real para poder estar en la China, y andar por toda ella como vecinos y moradores. Mandó tambien pregonar por toda la ciudad, que de allí adelante no tuviesen aquellos Padres por forasteros, sino por naturales de la tierra, y los tratasen como á tales.

Parece que no podian desear Virrey más favorable que el que tenian; pero el mejor tiempo que comenzaba á favorecerlos, le llamaron de la Corte de Pekin, y ellos quedaron con el mismo temor, si los habia de echar fuera de la ciudad el que viniese de nuevo. Habia en la ciudad de Xauquin un mandarin muy principal, que era Conchifu ó Justicia mayor, muy aficionado á los Padres, desde que acariciaron á un hijo suyo, como queda dicho. Este mandarin trabajó mucho con el Tutan, que fué á Pekin, para que los tornase á traer de Macao: y cuando vino el Tutan nuevo puso todas sus fuerzas, para que no tratase de echarlos de allí, y por su buena industria negoció, que les confirmase las patentes, que tenian de los Virreyes pasados, y las licencias para tener casa é iglesia. Era este mandarin de grande autoridad y estima entre los demas, y cuando los Padres estuvieron esta última vez en Xauquin, de Conchifu, le hicieron Lancitao, que son dos grados más en dignidad, y con ellos venia á ser inmediato al Virrey, y la segunda persona de la provincia. Parece le tomó Nuestro Señor para amparo de los Padres, porque este Lancitao les daba limosna muy de ordinario, y los acreditaba con los demas mandarines.

Edificóles él mismo la casa é iglesia junto á la misma ciudad, en la ribera de un hermoso rio, cerca de una fresca arboleda, con muchos estanques de agua, que hacian el sitio más apacible y vistoso. Todo el edificio era de cal y ladrillo, con sus aposentos en alto y bajo, y la iglesia estaba en un cuarto bajo de la misma casa: encima de la puerta habia una torre ó galería, que caia sobre el rio, con muy agradable vista. Acabado el edificio, mandó poner el Lancitao dos padrones con sus letreros, el uno decia: *Aquí moran los varones santos que vinieron de Poniente;* el otro: *Aquí se predica la ley verdadera de Dios del cielo*. De esta manera lo refiere el P. Luis de Guzman, mas el P. Trigault lo declara más extendidamente. Dice, que, queriendo este Gobernador honrar al P. Rogerio por su gran virtud y la de sus compañeros, que venció á la opinion que ellos habian tenido, determinó hacerlo con la ceremonia más solemne que hay entre aquella gente. Suelen los supremos Magistrados, cuando públicamente quieren manifestar la benevolencia que tienen á sus amigos, enviarles con gran aparato y pompa una tabla histriada de labor excelente y de lucidos colores, donde en tres ó cuatro letras de á codo, esculpidas, se lee un título, en que se declaran las alabanzas de aquel que quieren honrar. Al lado, de bajo de lo escrito, está otro con letras menores del nombre y de la dignidad del Magistrado que honra á su amigo, y al otro lado, el año de la expedicion de este título, que entre los chinas se cuenta desde la coronacion del que reina.

Quiso, pues, el Gobernador de Xauquin acreditar á los Padres que habia recibido en su amparo, con esta forma de honra; porque ya le parecian dignos de ella, por lo que hasta entónces habian hecho, y para que el pueblo, imitándole y siguiendo su autoridad, los honrase y venerase con más veras. Envió, pues, á nuestra casa dos de aquellos títulos con el acostumbrado aparato. Uno quiso que se pusiese sobre la puerta de la iglesia, por donde tambien se entraba á nuestra casa, cuya inscripcion era: *Casa de los santos de la flor;* el otro, en la parte donde recibian las visitas de los amigos, cuyo sentido era este: *Gente sacrosanta del Occidente*. Puestos en sus lugares, causaron al P. Rogerio grande autoridad para con todos los estados: porque ninguno habia, que pasando por la calle, no leyese el primero, ó en las visitas el segundo. De donde procedia, que ninguno ignoraba cuánto los estimaba el gravísimo mandarin de aquella region, de quien en toda ella habia una opinion increible, no mayor por la majestad de su oficio y de sus letras, que por la de su virtud, y de su buena administracion y gobierno de la república. Por lo cual le levantaron templo, como á varon santo y benefactor público por muchos años; en el cual encima de un altar estaba su estatua, y de-

lante de él un grande brasero, para encender olores, y puestos algunos candeleros de hermosa labor.

En este templo le dieron una honra nunca oida en Europa, cuando le proveyó el Rey para otro mayor magistrado, que quitándole las botas viejas, (porque las botas se cuentan entre insignias de mandarin,) le calzaron unas nuevas, y encerrando las otras en una muy linda y curiosa cajuela, bien clavada, las guardaron en un lugar público, para memoria perpétua de un bienhechor de aquella ciudad. Toda esta honra redundaba en los nuestros, por lo que les favorecia este mandarin con buenas obras y con honoríficos elogios, que de ellos hacia, componiendo y publicando otras chapas y láminas en alabanza suya.

Como todos sabian que aquellos padrones los habia mandado poner allí el Lancitao, y que él se preciaba de que era suyo aquel edificio, y mostraba tanto amor á los Padres, por darle gusto iban muchos á visitarlos, y procuraban de honrarlos y favorecerlos. El mismo Lancitao trataba con ellos tan familiarmente, que les advertia cómo se habian de haber con el Virrey y con los mandarines, lo cual era de grande importancia para ejercitar sus ministerios, sin ofension y con fruto. Con el amparo que tenia el P. Rogerio en el Tutan, y los grandes favores que le hacia el Lancitao, comenzó á acudir mucha gente á nuestra casa: entre los demas fué un grande letrado, graduado en la ciudad de Panquin, que como era de buen entendimiento, gustaba en extremo de tratar con los Padres de la ley de Dios, y por esta via tomó estrecha amistad con el P. Rogerio, y le ayudó á traducir en lengua más cortesana el Catecismo que habia hecho; porque estando en mejor lenguaje y estilo, gustasen más de leerle los mandarines.

Aunque muchos mandarines trataban con el P. Rogerio, y él les predicaba altísimos misterios de nuestra santa fe, no se empezó por ellos la conversion de aquella gente, sino por un pobrecito desamparado, que es bien, para reparar y admirar los juicios divinos, que fuese el primero, que con ilustracion del cielo recibió las aguas del Bautismo en aquel riquísimo imperio, un pobre de muy baja suerte y enfermo, el cual estaba arrojado en el campo con una enfermedad incurable, desamparado de los suyos, no de la caridad cristiana, que vivia en el pecho del P. Miguel Rogerio. Sus mismos padres naturales le habian echado de su casa, por no poder sufrirle; pero halló en los extraños, por virtud de Jesucristo, mayor misericordia.

Porque cuando supo el siervo de Dios lo que pasaba, fué luégo á buscar el enfermo, dándole luz de la fe del Altísimo: fabrícanle él y su compañero, como pudieron, una choza bien acomodada en el mismo puesto, porque no estaba para que le moviesen de allí, cuidan de su cura y regalo. Conoce el

doliente ser la verdadera fe la que enseñaba tal misericordia, aun con los extraños, pide de corazon le den el Bautismo, recibióle con gran devocion despues de bien instruido en los misterios de nuestra santa fe; y porque no se perdiesen estas primicias de la China, no duró mucho en espirar, dejando al Padre muy consolado, que daba por muy bien empleado todo su trabajo, por sólo haber enviado esta alma al cielo. Despues de esto, comenzó aquel letrado la version del Catecismo, y con su buen entendimiento, ayudado del favor de' cielo, se fué haciendo tan capaz de aquellas verdades, y era tanto el conoci miento que nuestro Señor le daba de ellas, que ponia admiracion ver las nue vas razones y conveniencias que hallaba en cada misterio; y sobre todo, e gusto y sentimiento cuando le meditaba.

Al fin se vino á resolver en ser cristiano, y á pedir con muchas lágrima que le bautizasen: iba dilatándosele por algunas justas causas, y la una d ellas era, porque siendo el primero que comenzaban á bautizar de la gent principal en aquel grande reino y en aquella corte de Xauquin, convenia qu estuviese tan bien instruido en la fe, que tuviese prendas de su persevera cia, y de que sabria dar razon de la ley que habia recibido; que por ser pe sona conocida por sus letras, era cosa muy cierta que habian de acudir á los mandarines en sabiendo que era cristiano. Lo segundo, deseaba el P. R gerio ir con suavidad introduciendo la fe de Cristo; porque siendo los ma darines de su condicion natural tan sospechosos, por ventura se alteráran si veian hacer cristianos de repente en su tierra, como lo hicieron cuando bautizó en Macao el otro mozo de Canton. Para esto les pareció imprimir pr mero el Catecismo en la lengua de la China, como lo habia traducido este l trado, y ver cómo lo recibian. Hízose la impresion, y repartiéronse algunc entre los mandarines más principales. Imprimiéronse tambien aparte los mar damientos, y fué este un medio acertado para que tomase aquella gente co suavidad alguna noticia de nuestra santa fe. Decian despues los mandarine que era cosa del cielo aquella ley, y sus mandamientos muy conformes á ra zon, y que no era posible haberla inventado hombres.

Entendiendo el P. Rogerio la buena disposicion que habia para oir los ser mones, comenzó él y su compañero á predicar en su iglesia: y porque ést letrado tenia la lengua más expedita, como natural en ella, y estaba bien in truido en las cosas de la fe, acordaron, que él mismo hiciese tambien alg nas pláticas del Catecismo; porque con la autoridad que tenia con todos p sus letras, atraeria más la gente á los sermones. Dieron cuenta al Lancitao todo, para tomar su consejo como lo hacian en otras cosas, y por obligar más á que las tomase por suyas propias. A él le pareció muy bien, y dió cencia para que predicasen en su iglesia, y oyesen sermon todos los que q

siesen. Comenzó este letrado las pláticas, y como era tan hábil y docto en sus ciencias, acudia infinita gente á oirle; predicaba con tan grande fervor, que se encendia como unas brasas, y decia á grandes voces: *¡Oh chinas ciegos, que teneis la luz y verdad en vuestras casas y no la conoceis!*

Movianse algunos con deseo de ser cristianos, y los Padres trabajaban por instruirlos bien, para bautizarlos cuando fuese tiempo. Estaba encima de la casa una cruz grande, y cuando pasaban por junto á ella los chinas, la reverenciaban y decian: *De allí nos vino la salvacion y todo el bien.* Otros acudian á la iglesia y llevaban agua bendita: porque tienen ellos una tradicion muy antigua, de que pasó por aquel reino un hombre que daba el agua santa, con la cual hacia muchos milagros, y decian que aquella agua y esta de los Padres toda era una. De esta manera poco á poco y sin ruido se comenzó á dar noticia de la ley de Cristo en aquella ciudad, y de allí se fué extendiendo a otras partes.

Para adelantar más la buena disposicion de las cosas, y avivar la conversion de los chinas, deseó el P. Rogerio verse con su Provincial el P. Francisco Cabral, y aun procurar traerle á Xauquin, para que á vista de ojos se dispusiese mejor la materia. Para esto pidió licencia al Lancitao para ir á Macao, con ocasion de cobrar ciertas limosnas, que le habian de dar los portugueses y castellanos. Tambien se la pidió para que el P. Provincial viniese á Xauquin, diciendo cómo era su mayor y superior, que deseaba visitarlos, y saber cómo vivian; porque en cumpliendo con la obligacion de su oficio, se volveria luégo. Díjole á esto el Lancitao: «Mira Padre, aunque tú dijiste al principio que venias para aprender la lengua y las costumbres de la China, y así lo he dicho yo a los mandarines, bien sé que tu deseo no es sino de predicar la ley de Dios, y yo me huelgo de ello, y á mí no tienes que encubrírmelo, ántes te doy licencia, para que se bautice el letrado china, que tienes en casa, y todos los demas que quisieren; y para que venga el Padre que dices, y divulgues esta doctrina por la China, porque la he visto y mostrado á otros, y nos contenta mucho, y no contradice á nuestro gobierno.»

Con esta licencia partió el P. Rogerio para Macao, y comunicó despacio los negocios con su Provincial, con el cual se volvió para Xauquin, á donde llegaron presto. Luégo que se supo en la ciudad que aquel Padre era Superior de los que allí residian, vinieron á visitarle muchos mandarines y letrados, haciendo con él grandes cumplimientos y cortesías; mas por haber dado licencia para esta venida el Lancitao, pareció que convenia irle á visitar el mismo P. Provincial. Hízolo así, llevando en su compañía al P. Miguel Rogerio: hallaronle en su audiencia con la autoridad que suelen tener mandarines tan principales. En llegando los Padres, para mostrar el amor que les tenia,

se bajó de su tribunal y los hizó llegar junto á sí, que fué favor bien extra dinario, y más estando haciendo su oficio en la audiencia. Detúvose con el muy grande rato, preguntándoles varias y diversas cosas, y despues los d pidió con mucha afabilidad, y con más cortesía que á ninguna persona s(hacer. Vuelto á su casa el Lancitao, envió á visitar al Padre con un buen p sente, por medio de un capitan, que era persona principal, dándole el pa bien de su venida.

Acabadas las visitas que parecieron más necesarias, determinaron da santo Bautismo al letrado china, que habia esperado algunos meses, pe verando siempre con fervor en sus buenos deseos; y por ser el primero p curaron que fuese con solemnidad, aderezando la iglesia lo mejor que pu(ron. Bautizóse este letrado á los diez y ocho de diciembre de 1584, dia de Expectacion de nuestra Señora. Tambien se bautizó el mismo dia otro h(bre honrado de la ciudad, que habia hospedado á los Padres en su cas primera vez que vinieron á Xauquin. Concurrieron tantos gentiles á ver ceremonias del santo Bautismo, que no cabian dentro de la iglesia, queda muy edificados, y con el mismo deseo de ser bautizados; pero dilatóseles entónces, hasta que estuviesen bien instruidos en la fe y lo deseasen y e masen más. Tuvieron tambien atencion en esto los Padres, á ver cómo to ban los mandarines el Bautismo de estos dos chinas; porque no se albor(sen viendo que se hacian muchos cristianos juntos. Pero fué nuestro Se servido, que á nadie pareció mal lo que se habia hecho, ántes los mis mandarines daban el parabien al P. Rogerio, de que hombre tan letrado biese recibido su doctrina; y lo mismo hicieron los vecinos de toda la call otro cristiano, que se bautizó con el letrado, alegrándose de su bien, y m trando deseo de imitarle. El letrado se partió luégo á su tierra, con deseo hacer cristianos á su mujer é hijos, y enseñar á todos la ley verdadera, y p esto llevó algunos libros del Catecismo.

Es costumbre universal en el reino de la China, venir todos los mandari de la provincia á visitar al Tutan, por lo ménos de dos en dos meses, y e mismo hacen los que acaban sus oficios, y los que de nuevo vienen provei de la corte. De ordinario iban todos á ver la casa é iglesia, como cosa nueva en la China, y con esta ocasion en muchas provincias se tenia not de los Padres y de su doctrina; porque ellos procuraban de honrar y acari á todos, y que llevasen algun libro del Catecismo impreso en su lengua cual era un medio muy suave, para que se divulgase y extendiese la noticia la fe de Cristo y de sus mandamientos en aquel grande reino, y se fuese brando estima de ella, como la iban teniendo los mandarines, pareciénd(que aquellos mandamientos eran muy conformes á razon, y no contradec

a su policía. Acabada su visita, se tornó para Macao el P. Provincial Francisco Cabral, dejando en Xauquin al P. Miguel Rogerio con sus compañeros.

Deseaba el P. Rogerio tener alguna buena ocasion para entrar en algunas otras provincias de la China, y tomar noticia de la disposicion, que en ella habia para predicar el santo Evangelio, y darse más á conocer en aquel gran reino. Representó á Lancitao este deseo, que tenia, con algunas buenas razones, y él le ofreció, como siempre, de ayudarle para que pudiese ir á la provincia de Chiquion, de donde era natural, y tenia su padre. Confina esta provincia de Chiquion con la de Nanquin, que es una de las dos cortes reales que hay en la China. Dióle el Padre las gracias por este nuevo favor y merced que le hacia, y aprovechándose de la buena ocasion, le pidió licencia para que viniesen de Macao otros dos Padres compañeros suyos, para que pudiesen quedar dos en Xauquin, y el otro ir con el P. Rogerio á Chiquion. Concedióselo tambien el Lancitao, pero con condicion que no viniesen por entónces más que solos dos, porque no hiciesen mucho ruido.

Habida esta licencia, dió luégo aviso á Macao el P. Rogerio, y vinieron de allá el P. Duarte de Sande y el P. Antonio de Almeida. Sucedió en este mismo tiempo, que un hermano de Lancitao, que residia en Canton, habia de ir á visitar á su padre á la provincia de Chiquion, que eran más de doscientas leguas la tierra adentro. Escribió el Lancitao á su hermano, que llevase aquellos Padres en su compañía, y los hiciese todo buen tratamiento por el camino y en su tierra. Con este buen despacho, partió para Canton el P. Rogerio, llevando consigo al P. Almeida; y los PP. Duarte de Sande y Mateo Ricci quedaron en Xauquin, conservando los cristianos que ya se habian bautizado, y enseñando á otros, que se aparejaban para lo mismo. Embarcóse el P. Rogerio con el hermano del Lancitao, á veinte de noviembre de 1585, y navegaron por aquel grande rio de Canton, hasta siete de diciembre, descubriendo desde la embarcacion muchas ciudades y villas, y hermosos bosques llenos de venados. Corre este hermoso rio entre unas muy altas sierras hasta llegar á la ciudad de Moilin, donde él se acaba.

Hay en la entrada de esta ciudad una puente con dos cadenas de hierro, que no se abren sin particular licencia del mandarin, que tiene el gobierno de ella; mas sabiendo que venia allí el hermano del Lancitao, abrieron luégo, para que entrase su navío. Desde Moilin caminaron por tierra á otra ciudad, que dista de allí ocho leguas. Echábase bien de ver en este camino la policía, que tienen los chinas en su gobierno; porque con haberse de pasar unas muy altas sierras, estaba todo el camino empedrado, y tan llano como si fuera por una vega; y era tan frecuentado, que no parecia sino que iban ó venian de alguna feria; y la correspondencia de entrambas ciudades era de manera, que

entregando su hato al huesped en la ciudad de Moilin, cuando llegaron á la otra, lo hallaron en la casa donde habian de posar; este mismo huesped los proveyó de caballos para los criados, y de sillas para el hermano del Lancitao y los Padres. Son estas sillas muy livianas, que yendo sentado en ellas el que camina, las llevan dos hombres corriendo, aunque se van mudando á trechos como postas. Y es tan barato este modo de caminar en la China, como lo será en Europa alquilando una cabalgadura.

Despues de largo camino, llegaron á una ciudad, donde convidó á los Padres un hombre principal, que tenia en su casa muchos ídolos y altares, y á esta causa acudian á ella muchos bonzos á hacer sus idolatrías y sacrificios. Disputaron los Padres con estos sacerdotes en tres dias que se detuvieron en aquella ciudad, y fácilmente los convencian de sus errores. Y porque mostraron deseos de saber algo de la ley de Dios, les dejaron un libro del Catecismo en que leyesen, porque no se podia detener entónces á predicarles. Lo mismo hacian en otras partes, no perdonando su santo celo ocasion de dar noticia del Evangelio. Al fin, despues de tanto camino, á los veintitres de enero de 1586, llegaron á la ciudad de Chiquion, de la cual toma el nombre toda la provincia, y era el fin de su viaje.

Esta ciudad de Chiquion es un retrato de Venecia, porque la mayor parte de ella se anda con barcos. Recibiólos su padre de Lancitao con mucho amor, y aposentólos en una casa muy principal. Como supieron en la ciudad el favor que el Lancitao hacia á los Padres en Xauquin, y la amistad que tenia con ellos, vinieron á visitarlos casi toda la gente principal de Chiquion, así mandarines como otros letrados, mostrando todos mucho contento en su venida, y algunos de los más graves mandarines los convidaron á comer. Entre los demas fué uno, que era tan principal como el Lancitao de Xauquin, y por habérsele muerto su madre, convidó al P. Rogerio para que se hallase en sus exequias. Díjole que sus oraciones ninguna cosa podrian aprovechar, á quien no servia á Dios del cielo; y con esta ocasion hizo el P. Rogerio una plática á este mandarin y los demas, que se hallaron presentes, declarándoles la ventaja que hacia la ley de Cristo á todas las demas, mostrando todos mucho gusto de oirle. Hízoles este mandarin mucha honra en el convite, haciéndolos sentar con mucha instancia en el primer lugar de su mesa, y acompañándolos despues hasta la puerta, que para semejantes mandarines es cosa muy nueva y extraordinaria.

Esta misma buena voluntad y acogimiento hallaron en los bonzos de aquella ciudad, y muchos venian á oir con gusto cosas de nuestra santa fe, y gastaban en esto grande parte de la noche, y estaban muchos movidos para recibir el santo Bautismo. Mas como el intento del P. Rogerio por entónces no

era hacer asiento en aquella ciudad, sino ir mirando la disposicion que podia haber para llegar á Pequin, que es la ciudad donde residia el Rey de la China; como entendió que estaba cerrada la puerta para hablarle, porque no daba audiencia sino sólo á Embajadores de reinos principales; habiéndose informado bien de algunas cosas, que deseaba saber de aquella tierra, dió la vuelta para la ciudad de Xauquin, donde tenia su residencia, contentándose por entónces con sólo haber convertido y bautizado aquel viejo venerable, padre del Gobernador de Xauquin, y á unos niños que por su peligro de muerte secretamente bautizó. Mas en Xauquin halló de nuevo bautizados, cuando llegó, cuarenta cristianos, que por ser en la China, los estimaban más que en otras partes estimáran veinte mil, por la esperanza que nuestro Señor daba, que con estos pocos se habia de ir aumentando cada dia aquella Iglesia recien plantada.

Por ser esta empresa de la China de tanto servicio y gloria de la divina Majestad, pareció al P. Visitador Alejandro Valignani, y al P. Provincial de la India, que sería de mucha importancia dar cuenta de ella á Su Santidad y á la Majestad del rey D. Felipe II, y de la disposicion que habia en este gran reino para manifestarse en él la ley de Cristo, con intento de que se tomasen algunos medios, para que este buen principio, que nuestro Señor iba dando, se pudiese llevar adelante, sin que el parecer y gusto de los Tutanes y Virreyes fuese bastante para desbaratarlo. Porque, como ellos se mudaban cada tres años, no haciéndose esto, corria mucho peligro que el trabajo de muchos años y el fruto de él se perdiese y deshiciese en poco tiempo.

Para dar cuenta de esto, les pareció que ninguno seria tan á propósito, como el mismo P. Miguel Rogerio, que tenia tan sabidas las cosas de aquella tierra, y tan conocida la condicion y disposicion de la gente, por los muchos años que habia vivido entre los chinas; porque él era quien podia dar más entera noticia á su Majestad y á los de su Real Consejo de este particular de la China, y despues en Roma á Su Santidad. Hubo grande dificultad en la salida del P. Miguel, por el amor que le habian cobrado, y respeto que le tenian los mandarines de la tierra; mas él dió á todos tan buenas razones, que los dejó satisfechos, y se holgaron de darle licencia. Los Padres que por entónces quedaron en Xauquin, fueron el P. Mateo Ricci, y el P. Antonio de Almeida; porque el P. Duarte de Sande tuvo necesidad de volver á Macao.

Partió de la China el P. Miguel Rogerio, el año de 1588, y llegó á España despues de larga y trabajosa navegacion, donde informó á Felipe II de las cosas de aquel reino, el cual le recibió, como tan insigne y piadoso Monarca, con extraordinarias muestras de gusto y agrado. Luego pasó á Roma, y el negocio á que iba se detuvo por la muerte de dos ó tres Pontífices, de ma-

nera que no vino á tener efecto. El siervo de Dios, quebrantado con trabajos, grandes achaques y muchos años, no pudiendo ya volver á la China, recogido en la ciudad de Salerno, dió conocidos ejemplos de grandes virtudes. Varon verdaderamente digno de memoria, no sólo por la hazaña que hizo de conquistar la entrada de la China, sino tambien por los muchos trabajos y peligros que padeció en tierra y en mar. Cuando vino de la China á Europa por el bien de aquel reino, corrió grandes tormentas, y pasó por otros iguales riesgos de la vida, los cuales tambien tuvo en la China, donde tampoco le faltaron falsos testimonios. En muchas partes le trataban mal de palabra, diciéndole injurias, y en otras estuvo á peligro de ser preso. Un falsario neófito le acusó delante de los Magistrados, diciendo habia cometido un adulterio; pero señalando el tiempo en que habia hecho el pecado, se supo cómo entónces no pudo ser, por estar el Padre muchas leguas ausente, y así se descubrió la calumnia, y declararon al Padre inculpado en aquel delito, y al acusador le condenaron á azotes, y á otros rigurosos castigos. Mas el piadoso Padre hizo bien á su malhechor, y no habiendo quien favoreciese á su calumniador, él le acudió y sirvió como si fuera su esclavo; porque despues de azotado el falso acusador, desamparado de sus parientes y amigos, vino á una extrema pobreza: entónces le regaló el P. Rogerio y curó sus llagas; pero ellas fueron tales, que vino á morir por ser tan crueles. En otras muchas ocasiones se mostró muy pacífico en grandes agravios y desdenes, que sufrió, que fueron iguales á los favores que otros le hicieron. Ultimamente, con muchos años, y mayores virtudes, murió en Salerno á los once de mayo del año de 1607. Tuvo en la muerte este consuelo, que despues de su venida se continuase aquella mision de la China con mayor prosperidad, á que ayudaba él ausente con sus oraciones, ya que presente no podia con su sudor y trabajos.

Escribieron del P. Miguel Rogerio, Nicolas Trigault en su *Expedicion Cristiana*, libro 2, y el P. Luis de Guzman en su primer tomo, (á quien principalmente he seguido,) Felipe Alegambe, Pedro Jarico y otros muchos autores.

P. NIEREMBERG.



P. MATEO RICIO

I

San Francisco Javier, Apóstol de la India, que abrasado en el fuego de caridad, como un fenix celestial, murió en los últimos términos del Oriente, á vista del gran reino de la China, donde deseó entrar y sembrar la semilla del Evangelio, parece que despues de muerto revivió de sus cenizas, y resucitó en el espíritu del infatigable operario de la viña del Señor el P. Mateo Ricio, que ejecutó lo que el Santo habia tanto deseado, penetrando dentro de la China, y enarbolando en sus dos cortes reales la bandera de Cristo. Fué este varon admirable, italiano de nacion, de la ciudad de Macerata; y la nobleza de su ánimo daba á entender la de su sangre. Nació de noble familia el año de 1552, á los seis de octubre. Entró en la Compañía en Roma el dia de la Asuncion de la Vírgen del año de 1571, habiendo primero estudiado tres años leyes; y despues de haber dado excelentes ejemplos de virtud, dió iguales muestras de ingenio. Aplicóse con gran diligencia á los estudios, con deseo de servir con ellos á nuestro Señor y aprovechar á los prójimos. Con el mismo oyó las matemáticas en Roma del P. Clavio, ciencias que despues le ayudaron mucho para conquistar para Cristo las principales ciudades de la China, y desengañar aquella gente de algunos errores, con que tenian mayores impedimentos para recibir la fe cristiana, como luégo veremos. Queria Dios servirse de nuestro Mateo para una de las mayores empresas del mundo, que era la predicacion del Evangelio en la mayor parte de la última Asia y los fines de la tierra, y así le iba disponiendo para ello.

Dióle deseos de pasar á la India Oriental, y pasó en tiempo y sazon, que se abrió la puerta y esperanza, para poder entrar y hacer asiento en los reinos de la China los Padres de la Compañía, cuya entrada estaba tan difícil y cerrada, que áun lo estuvo para S. Francisco Javier, que murió en los umbrales de sus puertas; pero el glorioso Santo alcanzó desde el cielo lo que no pudo en la tierra, y recabó se rompiese á sus hijos aquel muro inexpugnable y puerta tapiada de aquel reino para los estranjeros, porque no dejan entrar, ni vivir en él á ninguno. Y así parecia imposible entrar en él los predicadores de Jesucristo, para comunicarle la luz del Evangelio. Pero lo que á los hombres es imposible, no lo es á Dios; y pues contra la Iglesia no han de prevalecer las puertas del infierno, tampoco habian de prevalecer las de un reino de la tierra.

Confiados en esto y en la intercesion de S. Francisco Javier, no desis ron de esta demanda los hijos de la Compañía, que sucedieron á este glo so Apóstol de la India, y siguieron sus pisadas, previniendo la divina bon de un precursor á nuestro Mateo Ricio, que le allanó los caminos. Este el celoso P. Miguel Rogerio, que con una caridad apostólica y trabajo i tigable determinó, por todos los modos posibles, romper aquellas cerrad y puertas encantadas de los chinas. Para esto se aplicó con toda diligenci aprender su lengua, letras y costumbres. Estaba este siervo de Dios e isla de Macao, que está veinte y cuatro leguas de Canton, puerto principal la China: tres años gastó en aprender la lengua y letras chinas; y para e citarlas, y hacerle más capaz de sus cosas, iba todas sus ferias con los n caderes portugueses á Canton, para introducirse con los chinas, y apren mejor la lengua de los mandarines. Súpolos ganar de tal manera, y edif con su virtud, que les pesaba mucho cuando se volvia. Con esto no fué dificultoso recabar de ellos fijar el pié en su tierra. Vino á ser tan acepto Tutan, que es el Virrey de la provincia de Canton, y reside en la ciudad Xauquin, que le dió licencia para que viniese, cuando quisiese, á su corte no contento con la licencia, por saber que estaba malo el dicho Padre Macao, y no poder por entónces ir á verle, le pesó mucho, y envió muc recaudos; y lo que más es, despachó á Macao un navío, con una patent chapa, en que enviaba á llamar al dicho Padre, para que hiciese asiento su ciudad. Tanto como esto facilitó Dios la entrada de la China, tan imp bilitada poco ántes, y tanto como esto puede recabar de Dios la oracio sus siervos, y una pura intencion de servirle, como la tenia este fervo Padre.

Fué allá con otros dos compañeros, hizo asiento en Xauquin, era estim y admirado de todos. Duró esto muy poco; porque al mismo tiempo que ria predicar públicamente la ley de Cristo, y descubrir la luz del Evang que traia á aquellas gentes, envidioso Satanas de la dicha y felicidad hu na trazó que depusiesen al Virrey, que habia introducido al P. Miguel aquel imperio, y favorecídole tanto. Y así él mismo, porque no fuesen e dos los Padres ignominiosamente de su sucesor, les mandó, con harto d de una parte y otra, que se saliesen de la China. Queria nuestro Señor, la predicacion de la fe en aquellos reinos entrase juntamente con su si el P. Mateo Ricio, á quien habia escogido para que introdujese su Eva lio en lo más interior de ellos. Y así ordenó que fuesen echados los Pa de la China, ántes que pudiesen hacer nada, y que fuesen restituidos presto por un modo maravilloso. Porque el Virrey que se siguió, topa en los papeles de su antecesor noticia del P. Miguel Rogerio, que habia

nido desde el Poniente á la China, y era hombre admirable; y cómo habia estado varon tan raro en aquella corte de Xauquin, deseó conocerle y tratarle; y así envió luégo á Macao licencia para que pudiese volver, rogándole mucho que lo hiciese, diciendo: que aunque el Tutan y Virrey pasado le habia desterrado, y no le habia tratado como merecia, él le queria admitir en su provincia, y darle casa é iglesia. Lo que se holgó con esta nueva el P. Rogerio no se puede creer, admirado de la sabiduria divina, que llega de fin á fin, y dispone todas las cosas suavemente.

Partió luégo para Xauquin, llevando consigo al escogido de Dios P. Mateo Ricio, que aprendió presto la lengua y letras de los chinas. Fueron recibidos muy bien: diéronles casa é iglesia para vivir, comenzando los siervos de Dios a echar las redes de la predicacion en aquel ancho mar. Creció tanto la opinion de santidad de los Padres, que un mandarin poderoso, é inmediato al Virrey, puso por su mano en dos padrones, encima de la puerta de la iglesia, unos letreros muy honrosos, que traducidos de la lengua China, el uno dice: *Aquí moran los varones santos, que vinieron del Poniente.* Y el otro: *Aquí se predica la ley verdadera de Dios del cielo.* Así refiere estos títulos el P. Fr. Jerónimo Gracian, pero el P. Trigaulcio los pone más concisos y preñados, y quizá con más propiedad al lenguaje de la China, como quien le entendia bien. Uno dijo que era: *Gens ex Occasu sacrosancta.* Y el otro: *Divorum floris aedes.* Sobre la iglesia se colocó una cruz, á la cual veneraban los chinas, diciéndose unos á otros: «De aquí nos vino la salud.» Y como aquel nandarin era de tanta autoridad, todos reverenciaban á la casa y á los habiadores de ella, como cosas divinas. Compuso tambien el mismo mandarin ınos versos, de la venida de los Padres á la China, que traducidos en latin, omo los refiere el P. Fr. Jerónimo Gracian, hacen este sentido: *Demus carıen coelesti viro ex Occidente Regno,—Vectus in parvo scypho decem mille ıilliaribus—Immensum occeanum traiicit,—Solum ut humanus esset, celere sinensium desertum—Adit, ut sanctus ibi quiescat.—In tempestate noctis raco in lacum descendit,—Circum circa nigrescit tumida unda,—Incunte re dimittitur quo avis—In silvestrem agrum viridem.—Hic sui suarume rerum oblitus, an chari—Natalis soli recordatur?—Eius cor, ut recta it. ita solum preces—Deo fundit, et libros evolvit.—Venit ut videret in rene in medio sita—Viros sibi ad coelum parantes iter.—Quotusquisque est. i forti atque constanti animo—Longe lateque fundat odorem.*—Quiere decir, antemos alabanzas al varon celestial, que vino de los reinos del Occidente, sando diez mil millas en un pequeño navío, y sólo por ser humano, aportó á e celebre asiento de la China para descansar como santo. Y aunque el dran bajo al lago en una noche tempestuosa, y por todas partes levantó las

ondas oscuras, comenzando el verano, vino, donde vino el ave, que es el po verde y silvestre. Este varon, olvidado de sí y de sus cosas, y de su a tierra, y su corazon lleno de sabiduría con la oracion y libros que lee, v hallar en la region de mediodía varones, que le aparejan el camino del bien se puede ver quién es, pues que con tan fuerte y constante ánii en partes tan remotas derrama su olor, etc.»

Con la buena fama de la santidad de nuestra santa ley y sus mir crecia su veneracion. Los mismos gentiles daban limosna á los Padres; aceite para la lámpara de la iglesia, y varios aromas para quemar ei Rehusaban los siervos de Dios de recibir muchas cosas, que les ofreciai no vender la libertad cristiana. No hacian los poderosos de la China má admirar la bondad de nuestra ley y de los Padres que la profesaban; p su soberbia y la presuncion, que tenian sobre todas las naciones del m no les daba lugar que se sujetasen á unos extranjeros. Antes entró la l Evangelio por los pobres, para que se cumpliese aquí tambien el dic Jesucristo: *Pauperes evangelizantur*. Fué el primero, que con ilustracic cielo recibió las aguas del Bautismo en aquel riquísimo imperio, un pol muy baja suerte y enfermo; el cual estaba arrojado en el campo co enfermedad incurable, desamparado de los suyos, no de la caridad cri que vivia en los pechos de los PP. Miguel Rogerio y Mateo Ricio. Su mos padres naturales le habian echado de su casa, por no poder sufrirle halló en los extraños, por virtud de Jesucristo, mayor misericordia. I cuando supieron los siervos de Dios lo que pasaba, fueron luégo á bu enfermo; danle luz de la fe del Altísimo; fabrícanle como pudieron una bien acomodada en el mismo puesto, (porque no estaba para que le mo de allí,) cuidan de su cura y regalo. Conoce el doliente ser la fe verdac que enseñaba tal misericordia, áun con los extraños; pide de corazon el Bautismo, recibióle con gran devocion despues de bien instruido misterios de nuestra santa fe. Y porque no se perdiesen estas primicia China, no duró mucho en espirar, dejando á los dos Padres muy cc dos, que daban por bien empleado todo su trabajo, por sólo haber ei esta alma al cielo.

Sacaron fuera de eso gran crédito para con todos de las heróicas ob virtud, que enseña y ejercita la cristiana piedad; si bien el demonio p poner dolo en obra tan santa. No se persuadian algunos gentiles que t y graciosa caridad hubiese en hombres extranjeros, y así no fué difi persuadiese el espíritu de engaño al vulgo rudo, que la habian ejercitad los Padres, por codicia de una piedra muy preciosa, que se le habia drado á aquel hombre en la cabeza, y que por cogerla despues de n

habian tomado aquel trabajo. Pero prevaleció la luz de la virtud y la verdad, con edificacion de cuantos lo supieron, siguiéndose despues otros, (y entre ellos un grande letrado,) que no á vistas de la muerte, sino á la luz del cielo sanos y buenos recibieron las aguas del Bautismo.

II

Encárgase el P. Mateo de la conversion de los chinas.

Prosiguió esta gran empresa nuestro Mateo Ricio, cargando sobre él la conversion de aquella gente, porque fué forzoso para asentar mejor las cosas de la China, y traer más operarios para aquella conversion, volver á Macao el P. Miguel Rogerio, donde se dispusieron las cosas de manera, que vino á Europa por mandado de los Superiores, para dar cuenta á Su Santidad, al Rey de España y á nuestro P. General de las cosas de aquellos reinos como testigo de vista, y procurar una embajada de Su Santidad ó Rey católico para el de la China, para introducir por este medio más ministros del Evangelio de Cristo. Y si bien esta embajada no tuvo efecto, fué importante su venida, y siempre debió mucho la China á este Padre, el cual verdaderamente es digno de eterna memoria por su celo y trabajo, y por ser el primero que rompió aquellas puertas tan cerradas, allanando la entrada á nuestro P. Mateo.

Era esta empresa de la conquista espiritual de la China de mayor dificultad y trabajo que cabian en un sujeto, y así parece se partieron los trabajos entre el P. Rogerio y el P. Ricio. El uno llevó los de la entrada, que no fueron pocos, siendo muchas veces admitido y echado; el otro, los de la predicacion, estancia y aumento de aquella trabajosa mision, cumpliéndose las profecías antiguas, que tenian los chinas, y refieren Fernan Mendez y el P. Fr. Jerónimo Gracian. Y bien particular cosa es lo que sucedió á Antonio de Faria, año de mil y cuatrocientos y cincuenta, partiendo de Patave para la China, y llegando á una isla que se dice Polocodor, en la cual estaba surto otro junco de Lequios, que llevaba un Embajador del Nauraquin, príncipe de la isla de Tosa, para el Rey de Sion. El cual Embajador, viendo nuestro junco venir á la vela, pensó que podria ser de corsarios, por lo cual se hizo tambien á la vela; y reconociendo Antonio de Faria, que era gente amiga, le mandó decir por un piloto en un batel esquifado, (como le llaman los portugueses, el cual piloto era china,) que llevaban un recaudo de paz, y que iba la misma derrota, y así que fuesen juntos y se comunicarian como amigos. Al cual el Embajador por el mismo china respondió con un presente, que envió

al Antonio de Faria, diciendo: «Decid á vuestro Capitan que tiempo v
en que ellos se comunicarán con nosotros, por amistad de ley verdade
Dios de la clemencia sin término, el cual con su muerte dió vida á tod
hombres, con herencia perpétua en la casa de los buenos; porque así
nemos que ha de ser por nuestras profecías, despues de pasado el mec
medio de los tiempos. Todo esto se empezó á cumplir por la predica
trabajos del P. Mateo Ricio, y de él en particular hubo prenuncio y p
tico muchos años ántes.

Cargando pues sobre este siervo de Dios todo el peso de aquella c
sion, no desmayó, sino con ánimo apostólico determinó adelantarla c
pudiese. Procuró le enviasen luégo de la India otros soldados de Cri
los cuales capitanease; porque queria pelear con muchas manos, y ha
causa de Dios de todas maneras. Prometíale su zelo y ánimo grande
gresos, y no parar sólo en Xauquin, sino penetrar hasta el corazon d
perio, como lo hizo, fundando iglesias y casas nuestras en ciudades
palísimas; las dos de ellas cortes prodigiosas de aquel gran reino. Fu
Nauceo, en Nanchan, en Nauquin y en Pequin, donde reside el Rey.
que tuvo la prosperidad que veremos, fué con igual contrapeso de tra
los cuales llevó el siervo de Dios con ánimo invencible, sin desistir un
de sus grandes intentos. Fué herido y maltratado muchas veces, y no
le apedrearon, conjurándose el pueblo contra él. Levantáronle testin
falsos y horrendos, trujéronle por varios tribunales, desterráronle, pı
ronle algunas veces, hiciéronle muchas injusticias y vejaciones, pade
ligrosos naufragios. Una vez escapó milagrosamente, habiéndose hund
saber nadar, y habiéndose ahogado el que llevaba en su compañía, q
dose el siervo de Dios sin ayuda ni consuelo. Vió otras veces la mu
los compañeros, que más queria y necesitaba de ellos; apénas hubo
de penalidad, que no padeciese este insigne varon, pero recompensál
Señor todos sus trabajos con muchos consuelos y demostraciones de
vina Providencia; consolábale en ellos, y animaba para no dejar lo c
zado.

Una vez que habia trabajado mucho por hacer asiento en una de l
cortes reales de la China, que son dos, Nanquin y Pequin; y habien
gado á la de Nanquin, (que es ciudad tan grande, que dice el P. Trig
que sólo de guarnicion tiene cuarenta mil soldados,) fué echado de ell
miniosamente, y cuando ménos pensaba, despues de grandes fatigas y
lidades, que habia pasado por llegar allá. Venia á la vuelta el siervo d
no con poco ánimo, pero con mucho cuidado, viendo frustradas sus es
zas y desvelos, sin haber sacado provecho alguno de tantos caminos,

jos y peligros, que habia corrido. Andaba pensando qué habia de hacer, y dudando si Dios se servia de sus intentos y trabajos: estando en esto, se quedó dormido, y tuvo esta maravillosa vision. Vió á un hombre, que por entónces no conoció, el cual le decia: *¿Cómo andas en este reino vagueando de una parte á otra, con intento de destruir su religion antigua, y introducir otra de nuevo?* El P. Mateo, maravillado que en aquella provincia le hubiese conocido alguno su intento, y sabido su corazon; porque no lo habia descubierto á nadie, respondió: *¿Quién eres tú que me dices y conoces lo que no ha salido de mi pecho? ó eres el demonio, ó eres Dios.* Entónces descubriósele el Señor y le dijo: *No soy el demonio, sino Dios.* Con esta respuesta, habiendo hallado el P. Mateo á quien él deseaba, se arrojó á sus pies, y con piadosas y amorosas quejas le dijo: *Pues Señor, si conoceis mi deseo, ¿cómo no me dais vuestra mano poderosa, y favoreceis mis intentos?* Con estas palabras se estaba deshaciendo en lágrimas, como la Magdalena á los pies de Cristo. Consolóle entónces Nuestro Señor, y díjole: *Yo te seré propicio y favorable en entrambas á dos ciudades, que son las cortes del Rey.* Casi las mismas palabras con que consoló Cristo Nuestro Redentor á S. Ignacio nuestro Padre, cuando iba á Roma. Mostróle juntamente el Señor al P. Mateo los edificios, plazas y calles de aquellas ciudades, de suerte que cuando llegó á Nanquin, para hacer asiento en ella, como le hizo contra la esperanza y parecer de todos, conoció, por la parte que entró, ser la misma ciudad, y que las calles, palacios y los otros edificios eran de la misma manera, como se los habian mostrado.

Cuando volvió en sí el siervo de Dios, quedó muy consolado, y dijo á su compañero, para consolarle tambien, lo que le habia pasado. Cumplió la divina Bondad largamente su promesa, porque si ántes fué echado de Nanquin, despues con muchos ruegos fué detenido en ella, mudando la mano del muy Alto el corazon de aquellos gentiles, con espanto de ellos mismos. Y la profecía de Pequin veremos despues cumplida sobre toda esperanza humana.

Otra vez le dió á entender Nuestro Señor, cuando estaba más afligido y humillado en la provincia de Canton, cómo habia de subir en aquel reino á grande honra y reputacion, y asentarse con el Colao, que es una suma dignidad, que estaba en Pequin, y lo dijo el siervo de Dios á un compañero suyo, para consolarle; porque estaba triste, y sin esperanza de que pudiesen hacer fruto de consideracion en la China. Cumplióse todo como el P. Mateo lo habia profetizado.

III

Prudencia con que procuró introducir el Evangelio.

No sólo con su trabajo y paciencia, sino con su admirable prudencia fundó y adelantó el P. Mateo aquella Iglesia y conversion de los chinas; porque luégo que entró entre aquella gente, comenzó á considerar con qué medios los podria ganar para el cielo. Echó de ver que era gente curiosa, amiga de libros y de leer, pero muy soberbia, y que con grande presuncion tenia muchas ignorancias. Esto les hacia ser más arrogantes y despreciadores de otras naciones, sin hacer caso de los extranjeros. Por esto escogió dos medios muy eficaces. El uno fué componer algunos libros, en que daba cumplida razon de nuestra santa fe, y deshacia los errores contrarios de la China. Este medio fué muy á propósito para el natural de los chinas, en los cuales las sectas que hay no fueron tanto introducidas por sermones y pláticas, cuanto por escritos; y así usó el P. Mateo de la misma industria para el bien, que el demonio habia usado para el mal. Tiene tambien esto su particular razon, por ser muy diferente lo que se escribe en la China, de lo que se habla; y tener la escritura entre ellos, por ser no de letras sino de jeroglíficos, particular fuerza para declarar las cosas, y majestad para decirlas.

El primer libro que escribió fué un Catecismo muy acomodado para este efecto, el cual se imprimió varias veces, y se esparció por el reino, mejorándole á cada impresion. Fué increible el crédito que con él ganó nuestra ley, y cuánto se extendió su noticia por toda la China; y por su causa y licion se convirtieron muchos. Entre otros, que fueron ilustrados por la licion de la doctrina cristiana, fué un escogido instrumento de Satanas, que desde su nacimiento fué dado al culto de los ídolos. Sucedió, cuando nació, este notable prodigio: porque luégo que salió á luz, dijo: *Yo no soy de esta familia, sino de tal*, notando una de un sacerdote de los ídolos, significando con esto cuán dado habia de ser á la idolatría, y fué así. Porque gastó su vida toda en ritos sacrílegos, ayunos y oraciones gentílicas. Queria recogerse á un convento de idólatras; pero leyendo el Catecismo y los principales puntos de nuestra santa ley, dejó su idolatría, aborreciéndola de allí adelante, no ménos que ántes la habia defendido y seguido. Bautizóse, púsose por nombre Miguel, y fué tan fino cristiano, que convirtió á su padre y parientes.

Los chinas son muy amigos de saber, y no de querer ser enseñados, y así este Catecismo le leian todos, aunque no era sino por curiosidad. Todos co-

braban por él noticia de nuestra santa ley, y les admiraba su santidad y alteza de misterios. Ni era menester buscar muchos á quien enseñar, porque ellos venian a buscar quien les enseñase y catequizase.

Publicó el P. Mateo otro libro de paradojas, todas muy útiles y piadosas; como era probar que esta vida era una contínua muerte; que en la vida ni se premiaban, ni se castigaban las obras de los hombres suficientemente, sino que para esto habia otra vida; que cada uno habia de examinar sus obras, y castigarse por las malas, y otras cosas á este modo. Corrió tanto este libro, que en dos años, uno tras otro, se hicieron tres impresiones. Uno de los Magistrados mayores de la corte, llamado Tauli, que habia sido contrario al P. Mateo, luégo que le leyó, fué á ver al Padre, cosa que no se pensó seria posible. Y habiéndole preguntado si era autor de aquel libro, añadió: «El autor de este libro es necesario que sea hombre santo, y yo ni acostumbro, ni quiero ser contrario á los hombres santos. Y así, Padre, os suplico me perdoneis el haber sido vuestro enemigo, que yo recompensaré lo pasado con seros buen amigo.» Otros muchos decian: «No hay que recelarnos ya de estos extranjeros; porque los que enseñan tales cosas, no pueden ser dañosos á nuestro reino y república.

Compuso fuera de esto otro libro de Amicitia, otro del arte de la memoria, otro de Elementis, otro de Matemáticas, otro del modo de gobernar los afectos del alma. Este libro admiró tanto áun ántes de imprimirse, que un grande sabio y persona muy poderosa le imprimió á su costa, y añadió un proemio de grandes alabanzas de la obra, anteponiéndola á las otras de semejante argumento, que habia en la China. Este sabio se llamaba Fumochan, y aun siendo gentil, era tan apasionado de la doctrina del P. Mateo, que hacia imprimir todos sus libros, (aunque se adeudó por ello,) y luégo se los daba de balde al Padre y á los otros sus compañeros, para que los repartiesen entre muchos, y se comunicase su doctrina, y por ella vino el mismo Fumochan á conocer á Jesucristo y pedir el Bautismo. Remitió el P. Mateo á este sabio algunos cuadernos de su Catecismo, para que los viese y enmendase el estilo, porque era de extranjero, si bien más lo hizo para que enmendase él su vida con su licion atenta. Respondió el Fumochan, que no habia que hacer sino imprimirle luégo, y que él haria la impresion á su costa. Replicó el Padre, que no estaba la obra aún bien limada, y era necesario perficionarla y adornarla mas. Pero el gentil porfió en que no habia que aguardar, declarando la razon que tenia para ello con este apólogo ó parábola. «Estando un hombre enfermo de muerte y desahuciado, llegó un médico que traia un medicamento, con el cual prometia darle sano, y tenia virtud para ello. Llegaron luégo los amigos instándole á que diese aquella medicina al doliente. El médico res-

pondia: «Esperaos, iré á mi casa y escribiré despacio la receta con unas tras muy hermosas y vistosas, y con palabras muy limadas y cortadas.» jéronle los amigos: «Señor, vuestro medicamento hemos menester, no vu tro buen estilo y buena mano de escribano.» El enfermo es el reino de la C na, que por tantos siglos ha estado doliente con la ignorancia de las co del cielo; vos, Padre mio Mateo, le traeis la medicina de salud; no sé por viendo el peligro tan presente, antepongais la elegancia del estilo á la bre dad del remedio. Mirad, si lo que haceis es conforme á su necesidad y al b público.»

Con estos libros y con la fama que esparcian los que por ocasion de e comunicaban al P. Ricio, vino á tener tan gran nombre de sabiduría y sa dad, que le dieron título de doctor clásico. Todos le deseaban ver y tra y se tenia por dichoso quien le hablaba. Muchos que no podian más, por tas le comunicaban. Hay en la China algunos hebreos de las diez Tribus, cuales conservan sus Sinagogas y el Pentateuco. Estos enviaron al P. Rici ofrecerle que viniese á ser su Maestro y Arquisinagogo, y vinieron algun Pequin por sólo ver aquel, cuya fama era tan célebre. Una vez desterraro Padre de Xauquin para Xauceo, que es ciudad de muchos sacerdotes id tras. Cuando oyeron que iba allá por órden del Virrey, entendieron todos se le enviaba por su Superior y Maestro, y le salieron á recibir y hospe viniendo con sus insignias, y revestidos con las ropas de los sacrificios, c ciéndole su templo y colegio todo, para que se sirviese y dispusiese de Tanta era la opinion, que todos habian cobrado de él por sus escritos.

El otro medio, que ayudó mucho al P. Mateo para hacer provecho en a llos presumidos gentiles, fué enseñar las Matemáticas, y más particularn te Cosmografía; porque por falta de esta ciencia estaban ellos muy vanos. tendian que su China era la mayor parte del mundo, ó por mejor decir, todo el mundo, y en sus tablas cosmográficas ponian á su reino muy ex dido, lo demas muy menguado, y como adyacente y aprendiz de él; des ciando los demas reinos del mundo, como los que no tenian comparacion el suyo. Desengañáronse cuando vieron en las tablas, que les hizo y most P. Mateo, ser su reino, aunque tan grande, una pequeña parte de sola A y que Europa era tanto mayor, y que Africa y América le excedian en g deza con incomparables ventajas. Tenian tambien á los extranjeros por baros y ignorantes de ciencias; pero cuando vieron las demostraciones y tilezas de las Matemáticas, y razones filosóficas tan desde sus principios, el Padre les mostraba, quedaban espantados, y mudando el desprecio admiracion, y casi en reverencia, comenzaron desde entónces á llam Europa, donde tales ciencias florecian, el grande Poniente. Sirvió

mucho para que no se corriesen de admitir la doctrina de la salud, que un hombre del Poniente les predicaba, y tambien para perder el miedo y recelo de aquellos extranjeros; porque viendo que Europa estaba tan distante de la China, ya no temian que de partes tan lejas pudiera venir algun menoscabo a su imperio. Fuera de esto, eran estas ciencias el cebo, con que venian muchos a tratar al P. Mateo y sus compañeros, que con gran arte no perdian ocasion de coger los que podian para Cristo; y lo que con la llaneza y gravedad del Catecismo no recababan, lo conseguian por la curiosidad de estas ciencias.

Uno de los mayores mandarines de la corte de Nanquin, casi su supremo Magistrado, y el mayor de cuantos se convirtieron á la fe, vino á caer en la red por este medio. Porque habiendo leido el Catecismo del P. Mateo, que era tan alabado, á él le dió en rostro y se enfadó mucho que refutase algunos errores en que él tenia muy aferrado su juicio. Notaron los Padres en él este hastío de las cosas divinas, acometiéronle por las Matemáticas. Entró con esta ocasion en gran familiaridad con los nuestros, que para ganarle para el cielo se las enseñaban. En teniéndole ganada la voluntad le dijeron: «Señor, lo que hasta ahora habeis aprendido, no tiene que ver con los misterios de nuestra santa fe; mejor es servir al Señor del cielo y tierra, que contemplar al cielo; mejor es ganar silla sobre las estrellas, que no solo considerarlas. Lo que importa es, que con la diligencia con que aprendeis Matemáticas, con esa misma estudieis los misterios de nuestra santa fe, y juzgueis, si es digna que la reciban los mayores Señores y Magistrados de la China.» Movieron estas razones al mandarin; tornó á leer el Catecismo del P. Mateo con más pura intencion y sinceridad, y así ya con aficion y gusto. En él le alumbró el Señor para pedir el Bautismo, rompiendo con grandes dificultades, que se le ofrecieron, y supersticiones en que estaba empeñado. Púsose por nombre Juan, y quedó despues de bautizado con tal devocion y alegría de espíritu, que decia sentia sensiblemente el efecto de aquellas aguas de salud.

Concurrió Dios Nuestro Señor con muchos milagros á la conversion de aquella gentilidad, y á la confirmacion en la fe de los ya convertidos, favoreciendo con raras maravillas los intentos y deseos santos del P. Mateo. Sanaron muchos enfermos con sólo recibir el Bautismo, y entre ellos uno de seis años de enfermedad, sin esperanza de salud alguna; pero con recibir las aguas de la salud eterna, cobró la temporal, con espanto de todos, por ver tan conocido milagro. Con la señal de la santa Cruz sucedieron muchas cosas admirables. A un nuevo cristiano y á un hijo suyo, les dieron unas tercianas. Pidió al Padre una Cruz, y en recibiéndola en su casa, ambos sanaron luégo. Hasta con los mismos gentiles era Dios maravilloso. Era atormentada del demonio

una mujer, prohibíala el dormir y el comer, y la hacia hablar muchas cosas extrañas. Amonestóla un cristiano que propusiese servir á Dios y tomar su fe. Hízolo así, y desde el mismo punto en que aprendió á santiguarse con la señal de la Cruz, ni vió más al demonio, ni tuvo molestia en el sueño ni en la comida, y despues se bautizó, siendo la primera mujer que conoció á Cristo. Uno, ántes que se bautizara, quemó sus ídolos; y el demonio, permitiéndolo Dios, comenzó á vengarse de esta injuria. Todas las veces que cocia su arroz, se le desparecia de la olla, y quedaba solamente una agua muy negra como tinta. Vino á pedir consejo á nuestra casa; diéronle una Cruz que pusiese en la suya, cuya virtud no pudiendo sufrir el mal espíritu, se fué luégo, sin molestar más á aquel hombre. Muchos gentiles se libraron de gravísimas enfermedades con la vista de la Cruz, y con la promesa sola de hacerse cristianos. Entre los cuales, un mancebo que retrocedió de este propósito, volviendo un dia á su casa halló una culebra, y queriendo matarla no la pudo alcanzar. La noche siguiente tuvo este sueño, ordenado de Dios para su salvacion. Oyó á uno que le dijo dos veces: *¿Quieres creer en mí, ó no?* Y respondiendo él dos veces, que no; luégo decia la misma voz. *Si creyeres en mí, mataré la culebra, y si no dejaré de matarla.* Dijo entónces que sí. Esto le asombró y le persuadió á llevar adelante lo que habia comenzado bien.

De esta misma clemencia usó Dios con un gentil, cuyo hijo era cristiano, el cual, no pudiendo apartar á su padre de la veneracion de los ídolos, propuso en su nombre adorar la imágen de Cristo, todas las veces que su padre adorase á sus estatuas. Cayó el padre enfermo una noche, y en ella vió aquel cuya imágen adoraba su hijo, y le dijo: *Yo te quiero ayudar.* Luégo comenzó á sentirse mejor, y restituido á sus fuerzas enteras, se volvió cristiano, no poniendo duda en el beneficio recibido. A una doncella idólatra asombraba el demonio con diferentes figuras, y la incitaba á muchas deshonestidades; fingiéndose muchas veces mercader, otras bonzo, algunas viejo, y otras mancebo, la persuadia á que cometiese abominables maldades. Decia que con ninguna otra cosa se habia de aplacar, sino con sangre de niños. Hicieron los bonzos muchas oraciones y exhortaciones sobre la afligida doncella; pero de todo hacia burla el mal espíritu, quitándoles de sus altares las velas de cera, y tambien los candeleros. Aconsejó á los padres y parientes de la moza un cristiano recien convertido, que sólo en los que le habian bautizado, que seguian la ley de Dios, hallarian remedio de aquel trabajo. Avisaron á los nuestros; no pudo por entónces ir sino un Hermano, el cual llevó á la casa una imágen de Cristo nuestro Salvador y el venerable nombre de Jesus. Derribaron de su altar las estatuas de los ídolos, y aprendió toda la familia los artículos de la doctrina cristiana. Desde aquel mismo dia ¡cosa admirable!

nunca más le fué permitido al mal espíritu entrar en aquella casa, sino que desde el patio sólo amenazando daba voces, pero despues de recibido el Bautismo desapareció perpetuamente. Cosa que, siendo celebrada en las conversaciones de muchos, causó grande asombro, que con tanta facilidad acabase el poder divino, lo que no pudo la eficacia de las ceremonias de la China. En cierto pueblo andaba un mancebo de noche por los sepulcros (como los que cuenta el Evangelio,) endemoniado. Hicieron grandes diligencias sus parientes con los sacerdotes de los ídolos, y ellos grandes exorcismos, que usan muy supersticiosos, sin aprovechar nada. Entre otras ceremonias llenaron la casa de horrendas y monstruosas pinturas de demonios, como si se hubiesen de espantar unos demonios de otros, hasta que un cristiano recien bautizado les dijo, que en la ley de los cristianos habia remedios más eficaces contra los malos espíritus. Pusieron al endemoniado unas reliquias; no fué menester más para que el demonio huyese luégo, con lo cual se convirtió y bautizó toda aquella familia.

Ayudaba mucho á la conversion de los chinas las excelentes virtudes que veian resplandecer en el P. Mateo; amábanle por su humildad, llaneza, verdad, mansedumbre; admirábanse de él por su grandeza de ánimo, rara paciencia en los trabajos y constancia en sus empresas, con que llegó á suma veneracion en aquel reino. Edificábales grandemente verle visitado de los mayores mandarines, estimado de todos poco ménos que á un Dios; y por otra parte tan humilde y afable, que no habia ninguno del pueblo, por vil condicion que tuviese, que no le hallase más pronto para acudirle en todo, que si fuera al mayor Magistrado del reino. Por más ocupaciones que tuviese, nunca se negó á ningun pobre, ántes se holgaba tratar con ellos, y se detenia más con los más humildes y plebeyos, deseando ardientemente el bien eterno de sus almas. No se acostumbraba esta llaneza y caridad en los mandarines y letrados de la China, y así la admiraban más en el extranjero. No podia llevar su salud tantas visitas y concurso de gente. Quejóse de esto á un amigo, gran letrado, con quien á la sazon estaba, el cual le aconsejó que no se matase tanto, sino que á los que le venian á buscar se negase, mandando que dijesen no estaba en casa. Respondió el siervo de Dios: «Eso no, porque no es lícito mentir, principalmente á un hombre religioso.» Rióse el gentil de aquel escrúpulo; pero el P. Mateo le declaró la pureza con que se ha de servir á Dios, y la inocencia de la ley cristiana, que prohibe todas mentiras, aunque sean las oficiosas. Pasmóse el gentil de tan gran entereza de virtud; y de la extremada santidad de nuestra ley y de su predicador pasó de la admiracion á su alabanza. Publicó lo que le habia dicho el siervo de Dios, y con ser cosa tan pequeña, lo referian como gran prodigio que el P. Mateo no

queria mentir. Uno de los que más se maravillaban dijo: «Para nosotros bastaria, que nos avergonzásemos de mentir; porque dejarlo de hacer totalmente téngolo por cosa imposible.

IV

Sus trabajos en la conversion de los chinas.

Su rara paciencia y mansedumbre fué un grande campo, por donde esparció clarisimos rayos la excelente virtud del P. Mateo; porque, ántes que llegase á la prosperidad que veremos, pasó por muchas aguas de tribulacion. Una vez, despues de haberle apedreado la casa, le levantaron un infame testimonio, que habia hechizado á un muchacho. Trujeron al siervo de Dios al tribunal con mandato de la justicia. Habia muchos testigos falsos que decian contra él; no sabia qué hacerse el P. Mateo, sino un negocio tan desesperado fiar de la Providencia divina. Y así el Señor, que miraba por la honra de su ministro, gobernó el corazon del juez para que no se apasionase. Al fin averiguó la verdad con evidentes probanzas; volvióse contra el acusador, como era razon, y mandóle azotar con un género de azotes muy cruel, que se usa en la China. Rogóle el P. Mateo le perdonase, instándole mucho sobre ello, y haciéndole tan profundas sumisiones, que llegaba con la frente al suelo. Pero aunque no bastó nada para que el juez se aplacase contra el acusador, sirvió mucho para edificar al pueblo la caridad para con su enemigo del inocente acusado. Mandó luégo el Gobernador fijar un edicto á las puertas del P. Ricio, en que publicó la licencia que tenia para vivir en la China, y testificó la calumnia que le habian levantado unos hombres facinerosos contra todo derecho y justicia, mandando so graves penas, que nadie le inquietase á él ni á sus compañeros.

Otra vez acusaron falsamente á uno de los Padres de haber cometido adulterio. Averiguóse la verdad, mandó dar el juez al acusador tales azotes, que vino á morir de ellos. En acabando el rigor del suplicio, los nuestros le llevaron á curar á casa y á regalarle, hasta que la muerte se le sacó de ella. En otra ocasion concurrió un gran tumulto y sedicion á la casa del P. Mateo, quebrando puertas y ventanas, y destruyendo todo lo que topaban, y él fué maravilla que escapase con la vida. Empezó á hacer severa pesquisa sobre el caso el Gobernador; mas la mansedumbre del siervo de Dios lo estorbaba con todas veras, disminuyendo el hecho cuanto podia, y rogando al Gober-

nador dejase de hacer informacion, el cual se quedó admirado de ver tal sufrimiento y paciencia.

Fue tambien raro el valor de ánimo y juntamente la sumision cristiana, que mostró el P. Mateo Ricio, cuando fué una vez mandado salir de la China, y ir desterrado de Xauquin, donde habia estado muy de asiento y convertido muchos. Con haber recibido grandes agravios no se quejó de nadie, antes al despedirse pedia á todos perdon. Fué de modo, que á sus mismos enemigos movió y edificó mucho, viéndole con tanta paz despues de tantas injurias. Su valor fué grande en esta ocasion de su destierro; porque pagándole los Gobernadores la casa que en Xauquin habia comprado para los nuestros, no hubo remedio de tomar un maravedí, aunque le apretaron y afligieron sobre ello, llevándole muchas veces por esta causa á los tribunales. Al fin se hubo de contentar el vicario ó teniente del Gobernador, con que le diese el Padre una cédula, en que confesaba, cómo no habia querido recibir el dinero de la casa, que le habia ofrecido. Y el mismo teniente le dió una patente, en que rectificaba su inocencia con otros muchos encomios y alabanzas. Con esto, derramando muchas lágrimas los cristianos, que habia convertido, dándoles saludables consejos, y confirmándolos en la fe, se partió de la ciudad para salir de la China. Estando en la mitad del camino, fué con grande priesa llamado del Virrey, para que volviese á Xauquin, porque cuando supo la constancia del Padre en no querer tomar el dinero, lo sintió mucho, y le mandó llamar sólo para que lo tomase. Díjole el teniente la voluntad del Virrey, mas no por eso se ablandó el Padre, con lo cual le remitió al tribunal del mismo Virrey, el cual con grande majestad le preguntó la causa de no aceptar lo que le daba, no estimando su buena voluntad; pues la merced, que le hacia en darle dineros para su vuelta, no queria admitir. Dióle el Padre muchas gracias, porque sabia darlas por agravios, añadiendo, que para volverse no habia menester nada, que no le faltaria Dios y no le dejaria morir de hambre. Replicó el Virrey: «Aunque eso sea así, es descomedimiento no aceptar lo que dan los mayores y las dignidades superiores.» Y la verdad es, que entre aquella gente se tiene esto por gran descortesía y caso de honra. Mas el siervo de Dios le replicó con gran valor, porque por este camino trazaba Dios se quedase en la China, y no faltase a aquella gente la luz, que les habia enviado. Respondió, pues, al Virrey: «Habeisme desterrado de donde algunos años he vivido sin ofensa de ninguno, como si fuera un hombre facineroso. Y así supuesto este agravio, no me parece justo que admita vuestra dádiva, dándome por contento del destierro; ni hay razon porque sea tenido por descomedido en esto.» Embravecióse el Virrey como un leon, salió fuera de sí, púsose en pié y daba voces de furor,

diciendo: «¿Es posible que haya quien no quiera hacer lo que manda un Virrey, que en la China les obedecen como á dioses?» No se atrevió á poner las manos en el P. Mateo, por la gran estimacion que tenian todos de su persona, y así desfogó su cólera en otros, y volviéndose á un china que asistia al Padre, y solia servirle de intérprete en algunas ocasiones, dijo: «Este maldito debe de haber impuesto en esto á este hombre, préndanle luégo, traigan cadenas, y échenselas al cuello.» El pobre china temblando se disculpaba, y echaba toda la culpa al Padre: el P. Mateo decia que era así, que, si habia en aquello culpa, nadie la tenia sino él solo. Estaba el Virrey loco de cólera, pero el siervo de Dios muy señor de sí y con gran paz le sosegó diciendo: «Señor, no os turbeis ni enojeis tanto sin causa alguna, porque medio se podrá hallar para todo. Si la benevolencia, que me habeis dicho al principio, es como la que me significasteis, no la habeis de mostrar en solo ese dinero, que me dais, que eso no lo tengo yo por favor, si tengo de salir desterrado de todo el reino: el favor será, que baste que salga de la corte de esta provincia, y que pueda ir á otra ciudad tambien de la China. Si esto me concedeis, yo entónces tomaré el dinero, y os quedaré agradecido de uno y otro.» Fué obra de Dios que luégo se sosegase aquel bárbaro, diciendo que fuese donde quisiese, como no residiese en su corte ni en la Metrópoli y cabeza de la provincia; porque en estas ciudades no convenia estuviesen extranjeros. Quedó con esto contento el P. Mateo, dió muchas gracias al Virrey, y dejóle tan aplacado, que hizo luégo al Padre un presente de libros, y le favoreció para la jornada. Encomendóle al asesor del Gobernador de Xauqueo, que estaba entónces en su corte, y despues escribió al mismo Gobernador, para que tuviese cuenta con el Padre, le recibiese y acomodase bien: tanto pudo la fama de este varon y el gran valor que mostró en esta ocasion, y tanto puede la mano del Altísimo para mudar los corazones humanos, favoreciendo á los que le sirven de veras.

Previno tambien su divina Majestad la venida de los Padres á la ciudad de Xauceo; porque el teniente del Gobernador de aquella ciudad vió una noche á unos dioses ó santos peregrinos, cuales nunca habia visto. Quedóle muy impreso el sueño, y con curiosidad de saber lo que significaba. Entrando el dia supo que el P. Mateo iba á aquella ciudad. Dijo luégo lo que le habia pasado, y cómo aquellos Sacerdotes extranjeros habia visto la noche ántes. Quedóles muy aficionado, mostrándolo en muchas obras buenas, que les hizo en su ciudad, donde hicieron su asiento y bautizaron á muchos: sin duda para el bien de aquella gente ordenó el Señor que fuese desterrado el P. Mateo de la ciudad de Xauquin para la de Xauceo.

Allí vino el Gobernador de la ciudad de Inte, y llevó consigo al siervo de

Dios; porque deseaba mucho verle su padre, que era ya muy viejo, y le pidió le llevase á aquel Sacerdote extranjero. Habíanle dicho al viejo, siendo muchacho, algunas cosas, que le habian de suceder en el discurso de su vida, y cómo, cuando llegase á sesenta años, se habia de casar otra vez, y que á los setenta y dos se habia de encontrar con un extranjero, en lo cual habia de estar toda su dicha. Sucedióle todo como se lo habian pronosticado; y á los sesenta años, despues de habérsele muerto su primera y única mujer, se casó segunda vez, y á los setenta y dos oyó la fama del P. Mateo, entendiendo que en él se habia de cumplir lo que le habian dicho. Vióle el siervo de Dios, díjole cómo su dicha verdadera estaba en conocer á Jesucristo y seguir su santa ley. Pidió luégo el viejo las aguas del Bautismo, y aunque habia entónces impedimento para dársela, dejóle el Padre bastantemente instruido, y por varios accidentes no pudo volverle á ver ni el hombre buscarle; pero murió el viejo invocando al Señor, y asido de un crucifijo, que le dió el siervo Dios, aplicándole frecuentemente á su corazon. Y si se supo aprovechar entónces de la doctrina del P. Mateo, como parece, su dicha mayor estuvo en conocerle.

Aunque en Xauceo tuvo gran aplauso este siervo del Señor, no le faltaron adversidades, en que mostrase sus raras virtudes. Apénas habia empezado á hacer la causa de Dios, y tratar la conversion de aquella gente, cuando le apedrearon la casa con notable insolencia. Prendió el Gobernador dos mancebos, hijos de personas principales; quiso darles tormênto, huyeron los cómplices. Temian todos sus parientes, á los cuales consoló el P. Mateo, y no paró hasta que el Gobernador los perdonase, costándole muchos pasos y trabajo. Fué rara maravilla ver andar el injuriado pleiteando en los tribunales, porque no se castigase á sus injuriadores. Pero mientras más hacia el demonio contra el siervo de Dios para que le persiguiesen sus ministros, más se animaba el P. Ricio para destruir su culto y desterrarle de toda la China, que tan poseida la tenia. Ni se contentaba con evangelizar en Sauceo, por la comarca se salia, y llegó hasta la ciudad de Nanhiun, donde convirtió y bautizo a algunos. Los dias enteros se le pasaban predicando á Jesucristo, y declarando los misterios de la fe con tanto concurso de gente, que aun de noche no le dejaban: apénas tenia lugar de comer ni dormir, ni descansar podia. Pero no habia para él mayor descanso, que este gran trabajo llevado por Jesucristo. El fervor que causó en Xauceo fué tan notable, que iban de noche los cristianos á los templos de los ídolos, y á escondidas los tronchaban, cortandoles pies y manos. Y con haber prohibido esto el Padre por evitar grandes inconvenientes y mayores daños, un muchacho, que vivia con él, se fué a un templo, y hurtó un ídolo de cedro, y trayéndole á escondidas á casa, le

echó en el fogon de la cocina, despues de todos recogidos, para que le consumiese el fuego; pero el olor de la madera descubrió el hurto. Por todas estas cosas perseguia el demonio á este gran varon, y levantó contra él nuevas persecuciones, y Dios las permitia para acrisolar más su paciencia, y mostrar á los gentiles un raro ejemplo de la mansedumbre cristiana.

Acométenle de nuevo de noche, róbanle la casa, maltratan y hieren al mismo P. Mateo, el cual quedó tan amigo de los malhechores, que habiéndolos preso, era su procurador, para que no los ajusticiasen, andando de juez en juez, solicitando la causa de sus émulos, como otras veces habia hecho. Todos estos agravios no sentia el siervo de Dios, sólo le llegaba al alma si le armasen alguna traicion porque le echasen de la China, y dejase desamparada y sin pastor aquella pequeña grey de Cristo. Procurólo tambien el demonio, é hizo que algunos idólatras diesen varios memoriales contra él, áun aquellos á los cuales habia hecho mucho bien; pero no los admitian los Gobernadores, conociendo la mala intencion de sus contrarios, y era que Dios gobernaba sus corazones en favor de su causa y de su siervo, consolándole su divina Majestad en medio de tantos trabajos con admirables demostraciones de su paterna Providencia.

Ni fué para este celoso varon pequeño trabajo, que aquí en Xauceo se le muriese un solo compañero, que tenia; pero consolóle el Señor por el mismo Padre, ya casi agonizando. Llamábase éste P. Francisco de Petris, era muy siervo de Dios, á quién la Santísima Vírgen le dijo con voz clara se entrase en la Compañía, y perseverase en ella. Fué siempre de grande ejemplo, supo la hora de su muerte, y la dijo muchos dias ántes con circunstancias bien particulares. Díjole el P. Mateo, que si se moria le dejaria con mucho trabajo de llevar su cuerpo á Macao, y con cuidado de traer otro compañero. Respondióle el enfermo que no se entristeciese, prometiéndole, que ni en lo uno habia de tener trabajo, ni en lo otro solicitud. Cumplióse todo como lo habia dicho el P. Francisco, porque apénas supieron en Macao su muerte, cuando enviaron un navio por su cuerpo, y vino por compañero del P. Mateo el P. Lázaro Cataneo, que fué grande operario en aquella viña de Cristo.

Con el nuevo compañero, le pareció al P. Mateo, que podia dejar seguramente los cristianos de Xauceo, y partirse el reino adentro para buscar nueva cosecha para el cielo. Partió para la ciudad de Pequin, donde estaba el rey, pasó en el camino increibles trabajos. En un caudaloso rio se le volcó el navío, ahogósele un mozo que le acompañaba, el mismo Padre se hundió y llegó al fondo sin esperanza de vida; pero él muy contento de morir en la demanda. No era aún su hora llegada, porque Dios se queria servir de este apostólico varon más tiempo, y así le libró de aquel peligro con un modo admirable. Estando

en el fondo del rio peleando con las aguas, topó una soga del navio, asióse de él y subió á lo alto, hasta que sacó la cabeza. Desde allí pudo tomar un madero, que andaba sobre las aguas, y tendido sobre él escapó. Otros muchos trabajos pasó por tierra y agua, que le impidieron por entónces la entrada en Pequin; y así divirtió su camino para la otra corte real de toda la China, que es Nanquin. Salíanle á ver, por donde pasaba, como á un hombre del cielo, espantaba á todos su gravedad y mesura, y que á ninguno de sus ídolos hacia reverencia: avisáronle que la hiciese, pues los mayores Magistrados se la hacian, aunque entendiesen que no eran dioses. Viendo que el Padre se reia del aviso, y que proseguia en su entereza, le amenazaron que, si no lo hacia, le habian de matar ó suceder algun mal; pero como de la misma manera se hiciese sordo, trataban de poner en él manos violentas. Libróle Dios de este y de otros peligros; y así con la experiencia, que tenia del favor divino, no perdia jamas el ánimo de hacer la causa de Dios.

V

Entra en las dos cortes de la China.

Llegó pues á la gran corte de Nanquin, donde le ejercitó el Señor en paciencia; porque quiso mereciese con ella el fruto que habia de hacer en aquel pueblo. Echáronle de la ciudad ignominiosamente. A la vuelta se le apareció el Señor, y le animó en sus peregrinaciones, prometiéndole su ayuda. Pasó el siervo de Dios á Nancian ó Nanchan, cabeza de otra provincia llamada Kiansi. Queria Dios, que ántes de entrar en las cortes reales, dejase fundada otra casa en esta ciudad de Nancian, donde sin contradiccion alguna fué recibido; si bien un huesped suyo, sabiendo que se queria hacer pesquisa sobre su entrada, descortés é inhumanamente le apretó, para que aquella misma noche se saliese de su casa. Porque luégo que supo su venida el Virrey de aquella provincia, le mandó llamar y buscar, para que pareciese delante de su tribunal; y fué, para traer al Padre, el capitan del presidio con soldados de la ciudad. Los que veian este aparato, entendian que era para echarle fuera de la provincia y castigarle. No fué nada ménos, porque quiso el Señor recompensarle aquí el mal tratamiento, que le habian hecho por entónces en Nanquin. Llegando á la sala del tribunal, le salió el mismo Virrey á recibir, bajándose de su sólio hasta la mitad de la sala. Usase en la China hincar las rodillas todos delante de los Virreyes, quiso hacer esta ceremonia el humilde Padre, mas detúvole el Virrey, y no lo consintió. Díjole luégo:

«Muchos dias ha, Padre, que os he deseado ver, porque vuestra fama me ha exagerado mucho vuestra virtud y sabiduría; pero, despues que os he visto, no me parece que ha excedido en nada, porque de vuestra presencia y modestia se puede presumir todo, y en vuestra persona está entrañada la misma virtud, echando claros resplandores de sí.» El empacho y vergüenza, que mostraba el siervo de Dios de tantas alabanzas, confirmaba al Virrey en la opinion que habia concebido de su grande santidad. Una hora se estuvo hablando con él, convidóle para que se quedase en su provincia y en aquella nobilísima ciudad; hízolo tan liberalmente con él, que ofreciéndole el Padre con mucha instancia un presente de Europa, aunque le pareció admirable, no le quiso admitir, refiriendo una historia de sus Anales antiguos que aplicó al P. Mateo. Un varon, dijo, muy religioso, tenia una joya de gran precio, vino á verle un príncipe, tambien virtuoso, ofrecióle la joya aquel varon, él la tomó, y se la volvió despues, diciendo: «Esta prenda tan preciosa, siempre será tuya, porque tú no se la darás á nadie que no sea virtuoso, y si lo es, no la ha de recibir, y así siempre se quedará en tu poder. Lo mismo digo en este caso, que no tengo de recibir tus dones.»

Era el P. Mateo prudentísimo y sabia ser humilde con los humildes, y magnánimo con los altivos. Y entendiendo del natural de los chinas, que habia de hacer más provecho en ellos humillándoseles ménos, como S. Francisco Javier fué bien vestido y con mucha autoridad á hablar aquel príncipe japon, para hacer en él más provecho; así tambien el P. Mateo Ricio mudó hábito de autoridad en esta ciudad de Nanchian por el mismo fin. Vistióse ropa de seda, púsose el bonete, que suelen traer los letrados de la China. Llevaba dos criados con vestido de algodon hasta los pies, y él iba á las visitas en una silla, llevado en hombros de hombres. Al fin, con su santa industria, trabajos y oraciones, en las cuales se ocupó por muchos dias, en que no hacia más que orar, vino á conseguir lo que deseaba. Compró casa para los nuestros en esta ciudad de Nanchian, y dejó asentada su habitacion; hizo venir Padres, que cultivasen aquel nuevo campo, y él pasó adelante á conquistar nuevas tierras para Cristo; no paró hasta volver á la ciudad de Nanquin para fijar allí el pié. Entró en ella, pero hallóla en grande turbacion y temor de la guerra de los japones, y aunque no se descubrió en la ciudad, hicieron diligencias para prenderle; salióse sin venir á manos de la justicia. Partió para Pequin, la otra corte real, y donde reside el mismo Rey; no halló tampoco allí entrada, porque no habia venido la hora en que Dios queria amaneciese el sol de su Evangelio en aquella gente. No se cansaba el invencible ánimo del P. Mateo de los excesivos trabajos de tantos y tan peligrosos caminos en idas y vueltas, porque el amor de Dios y celo de las almas le

daba aliento para todo; fuera de que tenia promesa del cielo que habia de hacer asiento en aquellas dos cortes, y así le pareció no desistir de la demanda, ni desconfiar de la promesa divina.

Tomó resolucion de volver otra vez á Nanquin, donde habia estado dos veces, y la una fué echado de ella con afrenta, la otra buscado para echarle. Divirtióse del camino para ilustrar primero la ciudad de Suceu, nobilísimo emporio de la China. Llegó despues á Nanquin, cuando estaba más sosegada. Por la parte que entró, reconoció ser aquella por donde años ántes le habia mostrado Dios nuestro Señor la misma ciudad y prometídole en ella serle favorable. Echó de ver ser los mismos los edificios y las calles; y que ya era (pues entraba por donde Dios queria,) cuando habia de tomar posesion de ella para Cristo, y así fué; porque esta vez, no sólo no fué echado de Nanquin, sino muy festejado. Visitáronle los mayores mandarines y Magistrados de la corte, que tan léjos de desterrarle, le convidaron á quedarse allí. Ofrecieron para su habitacion un palacio muy magnífico, que por serlo tanto, no le admitió el Padre. Teníanse por muy dichosos y favorecidos los que le hablaban. Celebráronle con muchos versos y epigramas, que le hicieron admirados de su gran sabiduría y ciencia.

Fuera de otras pláticas particulares tuvo una insigne disputa con un grande letrado, de igual opinion de letras y virtud. Era un viejo de setenta años, al cual, (como á un oráculo,) concurrian de todas partes, y seguian su escuela, en la cual tenia mil discípulos. Este se apartó de la secta de los letrados, la cual condena á los ídolos, y adora un solo Dios, Criador de todas las cosas; mas este letrado veneraba los ídolos, y predicaba debian ser venerados. Y porque no podia sufrir el gran número de gente, que solia acudir á él de todas partes, habia señalado ciertos dias cada mes para oir al pueblo y predicarle; en los demas dias, aunque le llamasen, no parecia. Deseó verse con el P. Mateo, fué poco menester rogárselo al siervo del Señor, porque deseoso de ganar aquel viejo para Dios, ó por lo ménos, acreditar nuestra santa ley con su confusion, aceptó la disputa. A la primera visita se tocó la plática de la religion, y en muy pocas palabras obligó el P. Mateo al letrado apóstata, que confesase que la secta de los ídolos era semejante á una manzana, en parte sana, y en parte podrida. Los discípulos que estaban presentes, se corrieron mucho de tan liberal confesion de su maestro, y él mismo quedó espantado de haber hallado persona, que tan eficazmente contradijese la secta de sus ídolos. Quiso el viejo probar las armas otra vez, y restaurar la reputacion perdida. Fué á propósito para la segunda disputa un convite, en que los chinas tienen costumbre de controvertir sus mayores dudas, dando más cumplido pasto al entendimiento que al cuerpo. Convidó para esto al Padre, y

porque no fiaba de sí solo, llamó en su ayuda á un bonzo grandemente cel brado y de muchos discípulos, al cual tambien llamaban maestro, y teni por tal gran número de personas, hombres y mujeres. No era ignorante con los otros bonzos y monjes de la China, porque habia estudiado con cuidad Era insigne filósofo entre ellos, y orador y poeta. Disputó con él el Padı redújole á decir mil absurdos, como son: que Dios ni era bueno ni malo, q él era igual al Criador del cielo. Conocieron todos la confusion del bonzo victoria del Padre, por lo cual venian á darle los parabienes. Admiraban n cho los chinas por esta disputa la sabiduría del Sacerdote extranjero, y ac ditábase la ley que predicaba, disponiendo el Señor por estos medios la c version de muchos.

Ni fué de poca consideracion para esto una maravilla, que sucedió en casa en que hizo asiento el P. Mateo. Porque viendo el favor que todos hacian en aquella ciudad, conforme á la promesa divina, buscaba casa á p pósito, para que los de la Compañía ejercitasen sus ministerios. No la ha más acomodada, que unas casas, que eran cuevas de dragones y monstr infernales, por lo cual estaban desamparadas. Ofreciéronlas al Padre, si osa vivir, donde nadie se atrevió á entrar, por ser habitadas de demonios. «Y dijo el siervo de Dios, adoro y sirvo al que rige cielo y tierra, á quien est sujetos los demonios y toda criatura, y espero en su bondad, que sin licen suya no me ofenderán; tengo conmigo la imágen de mi Dios y Redentor sucristo, y á su vista sola huirán todas las potestades de tinieblas; y si palacio me es á propósito, no tendré miedo de vivir en él.» Y pudo vivir ninguno, porque lo mismo fué entrar en él este siervo de Dios, que huir demonios. Ninguno se vió más, ni se sintió de allí adelante. Causó esto miracion á todos, á los más veneracion de nuestra santa ley, y á algunos p suadió su verdad. Los que dieron principio á la conversion, fué uno de más nobles de Nanquin, con un hijo suyo, mancebo doctísimo y de gran esperanzas, y que ya tenia una presidencia militar, á los cuales siguieron t su familia y algunos parientes. Dióle el P. Mateo una imágen, la cual pusc un oratorio bien aderezado, guarneciéndola ricamente. Allí iban los nuest á doctrinar la familia y decir la Misa, porque los chinas guardan las muj con gran clausura. Al lado del oratorio hizo un aposento para recogerse Padres cuando quisiesen. Todos los ídolos que tenian los echaron en un se ó espuerta, y enviaron al P. Mateo el despojo de su predicacion.

No perdia ocasion el siervo de Dios de ganar almas para el cielo, y atı todos á estimar nuestra santa fe; aun cuando trataba de otras cosas con g te que no estaba dispuesta para recibir mejor grano, movia pláticas de cosas de Europa, y luégo disimuladamente, para aficionarlas á nuestra sa

ley, les contaba las costumbres de la cristiandad, sus pios y devotos institutos y ordenanzas. Hacia memoria de los hospitales, de los recogimientos de los niños expósitos y huérfanos, de los montes de piedad, de las cofradías de la caridad y de la misericordia, que socorre á las viudas pobres y á los presos de las cárceles. Demas de esto las varias religiones fundadas para procurar su salvacion y la de los demas, los dias de fiesta diputados para venerar á Dios, y para oir las pláticas devotas y santas; porque los cristianos sin esta cultura no se volviesen en el cuidado de la religion cristiana como selvas incultas. Añadia las dádivas largas de muchos, y limosnas hechas á los pobres y para otros piadosos usos; en cada ciudad y en cada lugar, los Obispos y los Curas, para que conserven limpia y pura la fe sin error alguno, y para ver y examinar los libros que salen á luz, porque no se publique algo que sea contra las buenas costumbres. Las restituciones de las cosas halladas ó usurpadas con daño ajeno, y lo que muchos alababan, pero pocos imitaban, que á ninguno, desde el mismo rey hasta el más bajo del pueblo, le es permitido tener dentro en su casa concubinas, sino que todos están contentos con una mujer sola, á la cual en ningun tiempo pueden repudiar, aunque no tenga hijos. Que los casamientos tambien no los contraen cuando niños, sino en edad suficiente. Sobre todo les agradaba á los chinas que hubiese una cabeza de la religion, superior tambien á los reyes, de quien pendian todas las cosas sagradas, y que esto no lo era por naturaleza, sino por eleccion de una congregacion ó colegio de varones doctos, prudentes, pios, ancianos, que desde su niñez se dedicaron á Dios, y obligados con voto de castidad profesaban santidad. El cual despues gobernaba con grande entereza de cuerpo y de alma, y con grande prudencia todo el cuerpo de la Iglesia católica. Alabábales mucho el Padre la dignidad del Pontífice, porque en ella no podian tener los chinas el recelo que en las de los reyes. Fué de modo, que áun los idólatras admiraban y respetaban el nombre del Pontífice Romano. No se contentaba el siervo de Dios de introducir semejantes pláticas, pero en los mapas y tablas geográficas hacia poner estas notas, apuntando las cosas notables de Europa, y en especial de Roma; hasta en los avanillos, como se usa en la China, las escribia, y en papeles sueltos. No perdia punto quien con toda solicitud hacia la causa de Dios.

Experimentó el P. Mateo cuán fiel le habia sido el Señor, cumpliéndole en lo que tanto ántes le habia empeñado su palabra divina, de serle propicio y favorable en la corte de Nanquin, y quiso ejecutarle, para que la cumpliese tambien en la de Pequin, á la cual determinó acometer segunda ó tercera vez, no reparando en el trabajo que le habia de costar. Porque le parecia que hasta asentar allí el pié, y tener beneplácito del Rey, no se aseguraban las

cosas de la cristiandad; y así, dejando al P. Lázaro de Catania, que cuidase de la de Nanquin, se partió él á Pequin, para ganar nueva provincia para Cristo, y asegurarlas todas. Llevaba para el Rey un presente de cosas curiosas, que le enviaron de Europa de limosna para este fin. En el camino padeció traicion de quien le llevaba; entregó al Padre y todo el presente á un cobrador de tributos codiciosísimo é injusto. Trató muy injuriosamente al Padre, levantó los testimonios, robóle el dinero y ornamentos de decir Misa. Viendo una imágen de un crucifijo, que llevaba para dar al Rey, lleno de ira decia que llevaba aquel fantasma para encantar al Rey y matarle. Sintió mucho el siervo de Dios la injuria, que se hacia á su Redentor, y que el cáliz consagrado quedáse en poder de hombres profanos; porque, aunque por disimular su codicia y robo volvió el bárbaro unos dineros que llevaba el Padre para el gasto de camino tan largo, yendo cargado de compañía y del presente; el cáliz de plata y las demas cosas las retuvo. Instaba el Padre por el cáliz, rogaba, y con lágrimas en los ojos pedia se lo volviese; no hicieron mella en la codicia del hombre, hasta que el siervo de Dios, con un valor y enojo santo, tomó la taleguilla del dinero, y se la tiró á los pies al tirano diciendo: «Toma cuanto tengo, y sólo me da el cáliz santo.» Los chinas que estaban presentes fueron más causa para que se lo volviese, que la humanidad de aquel tirano; porque le dijeron lo hiciese, y lo hizo por no ser murmurado. Estaba el P. Mateo detenido en el camino, y embargado ó robado lo que llevaba para el Rey, sin esperanza humana de llegar á Pequin, y así lo juzgaban los mismos chinas sus amigos y valedores, aunque eran muy poderosos. Acudió el afligido Padre á Dios, de quien habia experimentado tantas asistencias de su divina Misericordia, y en esta ocasion no fué la ménos milagrosa; porque cuando más desahuciado estaba el negocio, tuvo tal suceso cuanto no le podia esperar mejor. Porque el mismo Rey, de su propia voluntad, sin saber qué causa hubo para ello, mandó que el P. Mateo y su compañero viniesen muy apriesa á Pequin, con su presente, y que para su seguridad se les diese un mandarin del Consejo de Ceremonias. Obra de Dios fué, que en aquella ocasion, despues de pasados seis meses, se acordase el Rey de lo que le habian dicho, que habia un extranjero de tan grande fama como ganó de sí en la China el P. Ricio, y que queria venir á su corte, y le traia algunas cosas de Europa. Envióle el Rey á llamar ahora á toda priesa, dando órden y provision para su venida, como se podia desear. Causó esta novedad extraña admiracion en todos. Voló el Padre á Pequin, tuvo paso franco, y á costa del Rey dieron luégo los mandarines al P. Mateo ocho caballos y treinta hombres de carg para el camino, remudándose cada dia, por donde quiera que pasaban, a hombres como caballos; hospedaban al Padre y los que iban con él en lo

palacios de los mandarines, sin que le costase nada; honrábanle todos con gran veneracion por su fama, y porque iba llamado del Rey. Tales son las obras de Dios, que aquel que no podia entrar en la corte, y segun prudencia humana podia temer mucho de la entrada, y poco ántes estaba tan ultrajado y oprimido, vino á hacer una entrada tan majestuosa y con tanta honra, cuando ménos pensaba.

En llegando á Pequin fué aposentado en un palacio de los eunucos reales. Llevaron al Rey el dia siguiente el presente; espantóse cuando vió la imágen de Cristo crucificado, y exclamando, dijo: *Dios vivo es este,* que si bien es modo de hablar no desusado de los chinas, fué mucho para reparar la ocasion en que lo dijo. Veneró el rey esta imágen de Cristo y otra de la Vírgen; quemó tambien incienso delante de ellas, y otros olorosos aromas. Envió luégo á llamar al P. Mateo, el cual entró con su compañero hasta el segundo atrio del palacio, que fué no pequeño favor. Mandó le saliese á recibir un eunuco de los supremos, que perpetuamente asisten á su lado, por medio del cual les comunicó el Rey, y se informó de algunas cosas que pretendia saber. Deseó mucho ver al mismo Padre, pero por no romper con las costumbres antiguas de la China, ni dar ocasion de envidia á los mandarines naturales, se contentó con su retrato y el de su compañero el P. Diego de Pantoja. Favoreció tanto el Rey al P. Mateo, que le mandó señalar renta, dándole licencia para vivir de asiento en su reino y corte de Pequin. Y una vez que le prendieron los mandarines de los ritos ó ceremonias, encerrándole en la fortaleza de los embajadores, se enojó mucho con los que fueron causa de la prision. De la misma manera los eunucos reales y los mayores Magistrados y mandarines de la corte y reino favorecian y estimaban al Padre, admirándole por un hombre divino. Acabóse de cumplir en esto la vision que habia tenido cuando salió desterrado de Nanquin, prometiéndole Dios serle propicio y favorable en entrambas á dos cortes de la China, pues lo fué áun en esta de Pequin más que en la de Nanquin, como en la que importaba más. Travó particular amistad el siervo de Dios, fuera de otros supremos consejeros, con el presidente del Consejo primero, y con otra dignidad, que llaman Colao, que es la suprema de la China, con los cuales trataba como con iguales, y se asentaba con ellos, que para el uso y estilo de aquella gente parecia cosa imposible. Cuando lo vió un Hermano que acompañaba al P. Mateo, quedó admirado, viendo cumplido lo que muchos años ántes en la provincia de Canton habia profetizado el siervo de Dios, cuando no habia esperanzas humanas de hacer progreso alguno en aquel reino, diciendo á aquel Hermano que no desmayase, porque tiempo vendria, en que le habia de ver el mismo Hermano sentado con los Colaos. Violo, y alegróse grandemente de los juicios di-

vinos, y caminos secretos de la admirable providencia de Dios, á quien dió infinitas gracias.

Entre tantos favores del Rey y de los príncipes de la corte, gustaba más estarse el P. Mateo con los pobres y humildes tratando las cosas de la fe, no perdiendo ni con grandes ni pequeños ocasion alguna, en que pudiese sembrar el grano y semilla evangélica; y cayendo en algunos, como en tierra bien dispuesta, frutificó en ellos. Uno de los primeros que se convirtieron fué un cuñado de la Reina, casado con su propia hermana; acompañáronle algunos mandarines y letrados de los más señalados, á los cuales ilustró el Señor para recibir la verdad de su fe santísima, que les anunciaba el P. Mateo, con el cual concurria su poderoso brazo, con demostraciones milagrosas, con las cuales llamaba á algunos al conocimiento de la ley divina, descubriendo su luz sobre aquellas gentes, que andaban en tinieblas y estaban sentadas á la sombra de la muerte, confirmando tambien á los nuevos cristianos en la fe recibida. Sobre un muchacho, que andaba á la escuela, cayó un rayo, que dió con él en tierra medio muerto. Vió, cuando caia, al Señor de los ángeles cercado de muchos espíritus celestiales, y oyó su voz divina que decia estas palabras: *Yo le hago ahora merced de la vida.* Trujeron al muchacho á su casa, y vuelto un poco en sí llamó á voces á su maestro, que ya se habia hecho cristiano, y se llamaba Ignacio, y enseñaba á todos los muchachos los misterios de la ley de Cristo. Vino el maestro Ignacio, y rezando un Padre nuestro y un Ave María, convaleció de repente el discípulo. Contó lo que habia visto y oido, pidió las aguas del Bautismo, en el cual se puso por nombre Miguel. Dióle su madre de buena gana licencia para todo, y despues le siguió en la misma religion y profesion de fe.

Trazó el demonio en odio de nuestra santa ley, y por desacreditarla, que á un cristiano recien convertido le levantasen falsos testimonios, acusándole de una muerte y otros graves delitos. El Juez estaba de parte de los contrarios, cohechado con muchas dádivas: los cristianos acudieron con gran caridad al socorro y ayuda de aquel hermano suyo en espíritu; y aunque hicieron mayores diligencias, que por su mismo hermano carnal, prevaleció la codicia del Juez y maldad de los acusadores, y así fué condenado. Pero volvió el Señor por la inocencia del cristiano para librarle á él, y consolar á todos: y así, llevándose la sentencia á otro tribunal superior para que la confirmase, dijo el Juez, cómo aquella misma noche se le habia aparecido uno, cuyo rostro y hábito representaba aquella imágen que el P. Mateo habia puesto en su altar, y que le dijo: *¿Cómo no socorres á uno que está muy oprimido de los de mi Iglesia?* y así luégo que oyó aquella sentencia de condenacion contra aquel cristiano, la revocó, y le dió por libre, mandando azotar cruelmente al

acusador: cosa que fué en grande crédito de la religion que predicaba el Padre Mateo, y para aumento de la cristiandad, favoreciendo Dios á su siervo en Pequin de todas maneras, como se lo habia prometido.

VI

Fervor de los chinas.

El fervor de los nuevos cristianos era grande, con notable estima de los Sacramentos y edificacion en su vida. Entre otros, la dió en los últimos años de ella, ó por mejor decir, en su muerte, un viejo de ochenta y dos años, el cual, deseoso de ser admitido del P. Mateo á las aguas del Bautismo, le envió todos sus ídolos de metal, que eran muy vistosos; y juntamente los libros de su secta. Catequizóse, bautizóse, llamóse Fabio, y despues, en casi tres años que le duró la vida, sufrió con admirable moderacion de ánimo la pérdida de sus bienes que le procuraron sus émulos. Y aunque vivia casi una legua distante de la iglesia, y estaba ocupado en varios negocios, no dejó de oir Misa dia alguno de fiesta. Finalmente, cayó en una enfermedad mortal que le afligió sobre la de sus años; habiéndose confesado, deseaba con grande fervor el Santísimo Sacramento de la Eucaristía para Viático del camino; mas ni habia en su casa lugar conveniente para celebrar, ni podia llevarse por las calles con la debida majestad. Consolábanle algunos con que, habiendo limpiado su conciencia con la devota y necesaria confesion de sus pecados, podia entrar en la gloria sin el Viático, no pudiendo recibirle por legítimo impedimento. Mas agravándose la enfermedad, creció al paso de ella el deseo de ver y recibir á Cristo, de tal suerte, que quiso que le llevasen adonde vivia el P. Mateo; allí comenzó á dar voces: *Dadme el Cuerpo Divino.* Los nuestros se edificaron mucho de esto, y le trajeron ya casi muriendo á la cama de un aposento que estaba allí cercano, y mientras se quietó algun tanto, se dispuso lo necesario para traerle el santísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, con la mayor pompa que fuese posible, cubriéndose de alfombras todo el camino, por donde habia de pasar el Sacerdote desde la iglesia hasta el aposento. Ordenáronse en una larga procesion todos los cristianos con velas de cera en las manos. El buen Fabio, en viendo á su Señor y Redentor, pareció haber resucitado, porque exclamó con una voz alta, diciendo que él perdonaba de todo su corazon á todos sus enemigos las injurias que le habian hecho, y pedia á Dios humildemente perdon de sus pecados. Armado con el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y despues de haber recibido la Extre-

mauncion, de ahí á algunos dias dió el alma á su Criador; y su mujer, que tambien era catecúmena, habiéndole echo el entierro y las honras al uso cristiano, se bautizó con mucha devocion.

Estando enfermo otro de aquellos nuevos fieles, se le apareció la Madre de Dios, vestida de ropas blancas, con el Niño Jesus en los brazos, oyó que decia la Vírgen Santísima, aunque no vió á quién lo decia, debia de ser á los Angeles: *Haced sudar á este hombre, porque es mi voluntad que sane.* Al punto despidió de su cuerpo un copioso sudor, y con él el peligro evidente en que estaba. Quedó con esta visita tan confirmado en la fe, que preguntado si tenia alguna duda, respondió: «¿Porqué la tengo de tener, pues el mismo Dios vino á verme y ayudarme?» Dentro de muy breve tiempo vino á la iglesia, y sin decirle nadie cosa, hizo una confesion general de todo el tiempo que habia corrido, desde que conoció á Cristo y recibió el santo Bautismo. Las ansias, que tenian los recien convertidos de recibir el Santísimo Sacramento, eran muy ardientes, disponíanse para él con gran cuidado, y por muchos dias metia todos los cristianos de Pequin en fervor. Un gran letrado, llamado Paulo, no habia vez que comulgase, que no derramase muchas lágrimas; ayunaba un dia ántes de la comunion, y otro despues, en memoria de tan singular beneficio; confesábase muchas veces en la semana; su fervor era tan grande, que convirtió por sí mismo á muchos: habíale Dios escogido para que fuese ejemplo de aquella nueva iglesia, y así su conversion fué maravillosa. Una vez de paso trató con el P. Mateo de las cosas de la fe, pero no tuvo lugar de instruirle más en ella, ni declararle el misterio de la Santísima Trinidad por una jornada que habia de hacer. Suplió el Señor lo que faltó el P. Mateo de enseñarle, favoreciendo los deseos y trabajos de su siervo. Mostróle al catecúmeno una noche el misterio de la Santísima Trinidad en esta forma. Vió un templo que constaba de tres capillas; en la primera estaba una figura de uno muy venerable, al cual oyó que le llamaba Dios Padre uno que le estaba asistiendo en pié. En la segunda capilla, vió la figura de otro que estaba coronado con corona real, y oyó que le llamaban Dios Hijo; fuéle mandado que adorase al uno y otro en entrambas á dos capillas. En la tercera capilla no pudo ver cosa alguna, porque no estaba bautizado, y así no tenia el Espíritu Santo, por esto no se le mostraron. Y por ventura tambien, para que aque gentil no tropezase en la figura de Paloma, con que nosotros significamos á la tercera persona de la Santísima Trinidad, porque entre los chinas en ninguna de sus sectas se adora deidad alguna que no sea en forma humana.

Con la edificacion de los cristianos, y demostraciones con que el cielo le favorecia, iban en aumento las cosas de nuestra santa fe, de manera que a gunos padres de familias, que tenian impedimento para no recibir el Bautis

mo, hacian que su familia se bautizase luégo. Pero no contentándose el celo del P. Ricio con el fruto que hacia en la corte, hizo que por las aldeas tambien se predicase á Jesucristo. En breve tiempo se convirtieron más de ciento y cincuenta de los aldeanos de aquella provincia, aumentándose este número cada año, fuera de otros muchos que aquel fervoroso letrado Paulo, por sobrenombre Chiu, convirtió y bautizó en su tierra. Su padre, á quien tambien convirtió, murió en Pequin; hizo el P. Mateo que se hiciesen sus exequias con solemne aparato, con canto y oficio eclesiástico, como se hace en Europa, con gran admiracion de los gentiles, edificacion de los nuevos cristianos, y consuelo del fundador de aquella nueva Iglesia, el P. Mateo, que veia tan bien logradas sus fatigas y trabajos.

A otro gran letrado convirtió el siervo de Dios, que fué tambien de gran provecho y crédito de aquella cristiandad. Era hijo de un insigne mandarin, y él tambien habia tenido una prefetura militar, en la cual dió tan buena cuenta, que le señaló el Rey por ello renta para sí y sus sucesores, que para la China es mucho este favor. Estaba muy enredado en los errores gentílicos y supersticiones; era muy dado á la judiciaria. Por devocion del P. Mateo se bautizó el dia de San Mateo del año de 1602, y se llamó Pablo, por sobrenombre Li, á diferencia del otro. Tenia una copiosa librería, y para expurgarla, gastaron tres dias él y los nuestros. Entregaron al fuego todos los libros prohibidos por las leyes sagradas, y casi todos los más eran de Astrologia Judiciaria, y la mayor parte escritos de mano, y por la misma razon más estimados. Parte abrasaron en el patio de su casa, y parte en la casa del P. Mateo, donde acudia tanta gente, para que fuese ejemplo á todos, y entendiesen la mudanza de vida y religion de Pablo, el cual, de neófito, se hizo repentinamente predicador de la palabra divina. Trajo á la ley de Cristo á su madre, á su mujer, á sus hijos, á su maestro, á sus esclavos y esclavas, y finalmente á toda su familia, y esto dentro de breve tiempo; sólo uno de sus esclavos, muy terco y pertinaz, juró un nunca usado juramento, que jamas habia de ser cristiano, por más que su señor apretadamente le persuadia que siguiese el ejemplo de los otros, y él lo fuese; y en confirmacion de su juramento, se cortó un dedo y lo arrojó en el fuego. Pero pudo más el celo de su amo y su caridad cristiana, que la impía obstinacion del siervo. Favorecia Pablo mucho á este esclavo, hacíale mucho bien, y sobre todo con particular afecto rogaba á Dios por su salvacion; afligíase con muchas penitencias por el mismo fin, tomaba ordinarias disciplinas con que atormentaba su carne, por libertar el alma de su esclavo. Al fin le redujo y ganó para Cristo, juntamente con su mujer tambien esclava. El mismo celo tenia Pablo para con sus amigos y conocidos, y cuantos le era posible. Habia sido muy docto en la

secta de los ídolos, en la cual halló muchas cosas que descubrió al P. Mateo, y fué de grande importancia para refutar mejor sus errores. Tenia tanto respeto á todos los de la casa del P. Mateo, que á cuanto le tocaba, lo reverenciaba como cosa sagrada. Hizo que un hijo suyo aprendiese ayudar á Misa, y á la primera que ayudó hizo tanta fiesta, como cuando entre nosotros dice uno Misa nueva. Otro que se convirtió, llamado Lucas, fué ocasion que se convirtiesen otros ciento. Fuera largo referir las conversiones de algunos y el fruto que hicieron en otros.

VII

Profecía antigua de los chinas.

Basta decir, que por el P. Mateo se cumplió una célebre y antiquísima pr fecía, desde la fundacion de aquella gran ciudad de Pequin ó Paquin, que e lo mismo, de que habian de venir unos extranjeros, por los cuales el verd dero Dios habia de ser honrado. La cual profecía traen varios autores; yo l pondré aquí, como la refiere el P. Fr. Jerónimo Gracian, en el tratado d celo de la propagacion de la fe, que áun ántes que llegase el P. Mateo á P quin, juzgó se cumplia en los de la Compañía de Jesus cuando entraron en China. En una tierra, que antiguamente se decia gran Tipocaul, *que seg parece por el altura de la China, en que está situada, de sesenta y dos gr dos de la parte del Norte, yace en las espaldas de nuestra Alemania;* viv allí en aquel tiempo un príncipe, de señorío y estado pequeño, por no bre Tarboan, el cual en su juventud, siendo soltero, tuvo tres hijos de u mujer llamada Nanca, de lo cual la reina su madre, que era viuda, tenia gr desplacer; y siendo rogado por ella y por los grandes de su estado que casase, él se excusaba, pero con razones que no satisfacian; y por respeto la madre, los Grandes continuaban este requirimiento. Llegó el negocio término, que él se recogió á vida solitaria, declarando en su testamento y ú ma voluntad, que dejaba por su heredero de los tres hijos de Nanca al n yor, que llamaba Paquin. La madre del Tarboan, que en aquel tiempo viuda, y de edad de sesenta años, no consintió que heredase el Paquin, ciendo, que pues su hijo queria morir en aquella vida solitaria, dejando reino sin legítimo heredero, ella queria poner remedio á tan gran daño fué este remedio, casarse con un sacerdote suyo, de veinte y cinco años, pesar de muchos le hizo jurar por Rey. Y sabiendo de cierto el hijo lo que madre habia hecho, á fin de excluir el nieto de la herencia, y no cumplir

ıada su testamento, y que procuraba entregar del todo el reino á su nuevo marido, cuyo nombre era Silau, dejó aquella vida solitaria, por volver á gobernar el reino, hasta meter al hijo en pacífica posesion, y luégo tornarse á su vocacion solitaria. Mas sabiendo la madre y el Silau lo que en esto habia; y temiendo que el hecho de ella no fuese causa de la muerte de ambos, se determinaron una noche secretamente, con algunos que juntaron, á dar en la casa en que estaba el hijo, en la cual le mataron con todos los suyos. Y salvándose la Nanca, mujer del muerto, con sus tres hijos, y algunos más familiares en una barca de remo, se vino huyendo por el rio abajo, hasta que, llegando de allí á setenta leguas, halló una como isleta, en medio del rio. Allí se hizo fuerte con los que traia, y algunos otros que despues la vinieron á buscar, y á acompañar; á la cual isleta puso por nombre Tilaumeta, que quiere decir, amparo de huérfanos, con intencion de acabar allí los trabajos de la vida, porque de allí abajo no se hallaba tierra poblada.

Pasados cinco años que allí vivian, temiéndose el tirano Silau, por no ser bien recibido en el reino, que cuando los tres muchachos fuesen más hombres le podian quitar la posesion, ó á lo ménos darle inquietud los Grandes del reino, para volverle á cuyo era de derecho, envió en su busca una flota de treinta navíos de remo, con mil y quinientos hombres de pelea. De todo lo cual, siendo Nanca certificada, llamó á Consejo, para tratar sobre lo que convenia hacerse, y se concluyó por entónces, que en ningun modo ella lo esperase, pues eran sus hijos muy tiernos de edad, y ella mujer, y su gente muy poca y flaca, y sobre todo, desarmada y falta de lo necesario para la guerra y defension de los enemigos, y tambien porque hecho alarde de toda la gente que habia, solamente se hallaron mil y trecientas ánimas, de las cuales solas las quinientas eran hombres de pelea, y las demas mujeres y niños. Pero para huir de aquella isla no habia en todo el rio más que tres barcos chicos, y una como fusta, en que no podian caber más de cien personas: y pensando la Nanca en el remedio de este conflicto en que se veia, sin poder esperar, ni tener en que huir, llamó otra vez á consejo, y manifestando públicamente el recelo que tenia, les pidió á todos sus pareceres, y ellos entónces se excusaron de dárselos, diciéndole, que no se sentian capaces para con tanta priesa responderle á lo que los mandaban; pero que segun sus antiguas costumbres echasen suertes, como solian hacer en semejantes conflictos, y que aquel en quien cayese la suerte de poder hablar, dijese primero lo que Dios en su corazon le inspirase, y que para ello tomasen tres dias de intervalo, en que con ayunos, llantos y clamores pidiesen todos remedio y socorro al alto Señor de las misericordias, en cuya mano estaba el remedio que pretendian. Con esto la Nanca mandó pregonar, con gravísimas

penas, que ninguna persona comiese en todos aquellos tres dias más de una sola vez, para que mortificada la carne quedase el espíritu pronto para lo que se pedia á Dios. Pasado el término de los tres dias, en que continuaron su aspereza, echaron las suertes por cinco veces, y todas ellas cayeron en un niño de siete años, que se decia Silau, como el tirano que temia. De lo cual todos quedaron muy confusos y tristes, por afirmarse no haber otro del mismo nombre en todo el Real. Y despues que ceremoniáticamente hicieron sus sacrificios con instrumentos, humos y olores, en modo de hacimiento de gracias, mandaron al niño que levantase las manos y los ojos al cielo, y dijese lo que le parecia, en el remedio de aquel conflicto en que estaban. A lo cual respondió el niño, mirando á la Nanca, lo siguiente, que los chinas tienen por muy cierto pronóstico: *Ahora que con afliccion y angustia, flaca, miserable y triste mujer, estás más atribulada y confusa, con el poco remedio que el entendimiento te está representando, y te sujetas con humildes suspiros debajo de la mano del alto Señor, quita, quita, quita, ó cuando no, trabaja por quitar tu corazon de los humos de la tierra, poniendo de veras tus ojos en el cielo, y en él verás cuánto puede la oracion del corazon inocente y angustiado, ante la divina justicia del que todo lo crió. Porque al punto que con humildes suspiros le manifestaste la flaqueza de tu poco poder, luégo de lo alto te fué concedida la victoria del tirano Silau, con grande promesa, que el Dios de todos los hombres, por mí, hormiga suya, te manda hacer, diciendo, que en las embarcaciones de tus enemigos embarques tus hijos, con toda la familia que contigo tienes, y al son de las aguas corras la tierra, velando la noche con dolor de tu brazo; porque él te mostrará ántes que llegues al descanso del rio, adonde edifiques por largo tiempo una casa, de tan grande nombre, que por el siglo de los siglos su misericordia sea en ella cantada, con voces y música de sangre de gentes extrañas, cuyo clamor sea tan agradable á su presencia, como las voces y gemidos de los fieles, y justos niños de poca edad.* Y dicho esto por estas palabras, luégo en aquel mismo instante el niño cayó muerto en tierra, de lo cual quedaron todos maravillados.

Pasados cinco dias que esto acaeció, vieron una mañana venir por el rio abajo la armada de los treinta navíos de remo, muy aderezados y puestos en órden, y sin gente alguna. La cual armada afirma la historia que los chinas afirman constantemente, que viniendo así toda junta, para con crueldad efectuar en la pobre Nanca y sus tres hijos la grande furia que traian, y el intento del tirano Silau, estando una noche en cierto lugar, que se decia Quatebosoy, se cuajó una nube oscura sobre la armada, y echando de sí muchas centellas y relámpagos, llovió tan gruesas gotas y tan calientes, que, dando en la gente, la hizo retraer al rio; porque donde daba, hasta los huesos que

ia, de suerte, que en [illegible]
liendo la Nanca ser [illegible]
imas, como merced de [illegible]
todos los suyos se emba[illegible]
e dias llegaron á aquel [illegible]
n, que fué la primera de [illegible]
yor de Nanca, y éste fué [illegible]
dad y la más principal de [illegible]
e el P. Fr. Jerónimo Gracian [illegible]
Compañía en la China se [illegible]
almente se cumplieron por [illegible]
uin, donde hizo asiento, con [illegible]
nas de aquel pueblo.

Menoscabo de la idol[illegible]

Pues volviendo al hilo de nuestr[illegible]
n Pequin se menoscabó mu[illegible]
onio las alas que habia cobra[illegible]
reditada entre los letrados [illegible]
e el P. Ricio entró en la Chin[illegible]
on por algunos doctos mandar[illegible]
su estado á la vista de este [illegible]
Predicador de la verdad en [illegible]
se luego en la ciudad, que [illegible]
dos, y así se conjuraron contr[illegible]
mo letrado, que fué de[illegible]
gran defensor de aquella [illegible]
e deseó venir á batalla co[illegible]
y otros libros, contra lo[illegible]
mismo hizo otro mandar[illegible]
perseguir la doctrina de [illegible]
tres del palacio, el cua[illegible]
os, anunciando un so[illegible]
as blasfemias. Decia [illegible]
tambien sus ídolos [illegible]

cho que podian las personas que los favorecian. Todos ellos se armaban para contra el P. Mateo, pero defendió el Señor á su siervo, deshaciendo las trazas y consejos de sus calumniadores; porque aquel letrado del Consejo Real, habiendo renunciado el oficio de mandarin, se cortó á navaja el cabello, reduciéndose al estado de los bonzos. Andaba buscando discípulos y escribiendo libros, diciendo mal de la secta de los letrados, porque no admitia ídolos. Dieron contra él un memorial al Rey, por lo cual le mandó luégo prender y embargar todas sus impresiones; hízose así, y recibió tal pena de su afrenta el nuevo bonzo, que se degolló á sí mismo, y lo mismo fué pagar su pecado que deshacer la conjuracion que habia trazado contra el P. Mateo.

Salió despues otro decreto del Rey, que parecia haberle hecho un cristia no ó el P. Mateo, en que mandó que ningun mandarin tuviese ídolos, ni si guiese su secta. Tambien el Presidente del Supremo Consejo ordenó, que e las escuelas y exámenes donde se dan los grados de las letras, porque pre de él á ellos, si alguno en sus escritos tratase algo de los ídolos, si no fue para confutarlos, por el mismo caso fuese excluido de los grados. Con est comenzó á cobrar nuevo ser el palacio y todo el reino; porque los defensor de los ídolos andaban avergonzados y corridos.

Ninguno habia en este tiempo de mayor fama, que un viejo llamado T con, y otro casi su igual; al uno y al otro habian escogido por sus maestr algunas de las reinas ó concubinas del Rey, y la más principal de ellas v neraba cada dia la vestidura del mismo Tacon, porque ni ella podia salir d palacio, ni entrar en él el ministro de los ídolos, conforme á las leyes de China. Lo mismo se decia, que esperaban del Rey, que habia de elegirle p maestro. Era hombre no ménos docto que astuto, el cual como sabia todas las sectas, así se mostraba defensor de cada una, conforme al tiemp Deseaba conversar y conocer al P. Mateo, pero queria que le visitara p mero, y lo que algunos mandarines hacian, que le hablase arrodillado. Es mandó que le avisasen al Sacerdote extranjero. Mas el P. Mateo, que sab ser con los humildes más humilde, era tambien con los soberbios magná mo, y supo serlo en esta ocasion, porque juzgó que convenia. Y así respo dió, que no habia menester á la persona de Tacon para nada, que no que irle á ver; pero si Tacon le habia menester á él, que viniese á su casa. F conveniente esta respuesta tan generosa, porque era increible la soberbia este hombre, el cual, dentro de poco, tuvo la muerte que merece su mald vida. Fué preso por sospechas de un libelo infamatorio ó pasquin, que sa contra el Rey; y aunque en este punto no le averiguaron nada, descubrie otros muchos de sus delitos, y que en ciertas cartas habia escrito cosas ind nas del mismo Rey, en las cuales le culpaba poco modestamente, porque

queria venerar á los dioses, y que trataba á su madre con ménos respeto, delito que entre los chinas es el más infame de todos. Avisado el Rey de aquestas cosas, mandó por un decreto que fuese castigado conforme á la disposicion de las leyes. Con esta licencia, el Consejo criminal soltó la rienda de la comun enemistad contra él, y de tal manera fué azotado, que llevándole de allí á la cárcel, primero despidió el alma de la prision del cuerpo que le pusiesen al cuerpo las prisiones de la cárcel, y su cuerpo se quedó por enterrar por mandado de los mandarines.

Los demas bonzos fueron ignominiosamente desterrados de la corte. Un bonzo, caudillo de los demas, llamado Hanchan, fué desterrado á la provincia de Canton, que es la más apartada de Pequin, y privado de un insigne oficio que tenia. Todo esto fué favor que hizo la divina bondad al P. Mateo Ricio, desbaratando los ardides de Satanas, disipando sus ministros, y deshaciendo aquellas espesas tinieblas de tal manera, que no pudiese hacer sombra á la idolatría, infamada y condenada tantas veces á la luz y verdad que predicaba.

IX

Modo en catequizar y bautizar á los chinas.

Aunque no se satisfacia el fervor de este siervo de Dios con lo que trabajaba en Pequin y su provincia, porque el corazon tenia extendido por toda la China, y procuraba desde la corte la salvacion de los que estaban en muy distantes regiones por aquel imperio, y con sus libros, cartas, instrucciones y órdenes la procuraba, y sobre todo con oraciones, como Superior de todos los de la Compañía que estaban en aquel reino; él como diestro capitan señalaba á sus soldados el puesto en que habian de hacer rostro al enemigo, trabajando él solo con los trabajos de todos, que con su ejemplo, instrucciones y obediencia, ganaron en varias partes muchas almas para Cristo.

El órden que habia dado para admitir á la enseñanza del Catecismo, era este: Poníase sobre un altar el Catecismo ó la cartilla de la doctrina cristiana; allí llegaba el que queria ser catecúmeno, y deseaba las aguas del Bautismo, reverenciaba primero la imágen de Cristo Nuestro Redentor, y tomaba la cartilla del altar con mucha devocion y humildad, acudia despues muchos dias á ser instruido en las liciones del mismo Catecismo, las cuales oian con gran cuidado, y procuraban aprovecharse de ellas.

Fué de no poca edificacion lo que sucedió á un muchacho de seis años, al

cual dió otro muchacho gentil un bofeton, y acordándose de lo que habia oido en la declaracion de la oracion del Padre nuestro, sin enojarse dijo: «Yo te perdono esto, así como el Señor me perdona á mí mis pecados.» De allí algunos dias dió este mismo muchacho una bofetada á una hermanilla que tenia, aun menor que él, y le respondió de la misma manera la muchacha, quedando el hermano muy corrido de lo que habia hecho, en la cual vergüenza no mostró ménos su generosa índole, que en la primera paciencia y sufrimiento.

Entre tanto que oian el Catecismo, no era ninguno admitido, sino á aquella parte de la Misa, á que es permitido acudir los catecúmenos. Antes de recibir el Bautismo quemaban los ídolos, ó los enviaban á los Padres. Luégo hacia el catecúmeno hincado de rodillas algun acto de contricion y confesion de sus pecados; á los ménos hábiles ayudaba alguno de los nuestros; pero los letrados la traian por escrito de su casa: pondré aquí una ó dos para que se vea el ingenio de aquella gente, y la devocion con que recibian nuestra santa ley. La que dijo en Pequin aquel letrado llamado Li Pablo, es la siguiente: «Yo, el discípulo Li Pablo, con toda mi alma y con grande sencillez quiero tomar la santísima ley de Cristo; y así cuanto me es posible levanto los ojos de mi espíritu á lo alto, al Gobernador del cielo, al cual ruego no se desdeñe de aplicar sus oidos para oirme. Confieso, pues, que nací en aquesta corte de Pequin, y que nunca en los años pasados vino á mi noticia cosa alguna de la ley divina, ni encontré los hombres santos y perfectos sus Predicadores, por cuya causa yo erraba de dia y de noche en todas mis obras y en todas mis palabras, como hombre ciego y loco. Poco tiempo ha que por la misericordia divina dichosísimamente hallé á los eminentes en cabal perfeccion, y á los esclarecidos hombres de Europa, Mateo Ricio y Diego Pantoja, y de estos recibí y aprendí la santísima ley de Cristo Nuestro Señor, y fuí admitido á ver y á reverenciar su divina Majestad. Desde este tiempo comencé á conocer á mi Padre celestial y su ley, que dió para la salud del mundo: pues ¿por qué no me atreveré yo á venir de toda mi alma á esta ley, y á seguirla y á guardarla? Mas considero que desde el dia en que nací, hasta aquesta edad mia de cuarenta y tres años, he estado sepultado en mi ignorancia, sin tener luz de aquesta ley, por lo cual no he podido escapar de muchas caidas. Caido he en varios delitos y errores, y así ruego al supremo Padre, que use liberalmente conmigo de su piedad y de su clemencia, y borre y me perdone todo lo mal ganado, los engaños, los errores, las deshonestidades y torpezas, las palabras temerarias, los malos deseos de hacer mal á otros, y en suma, cualquiera otra maldad y pecado, ó grave ó ligero, cometido á sabiendas ó por ignorancia; porque yo prometo desde aquesta hora en adelante, despues de

haber recibido con grande veneracion el agua sagrada, evitar todos los pecados y enmendarme, venerarle y guardar su ley, creyendo cuanto ella enseña de él, poniendo todo mi cuidado en guardar sus diez mandamientos, de cuya guarda deseo con veras no cesar ni un punto ni un momento. Reniego de mis malas costumbres antiguas y de los errores de este siglo, y condeno todo lo que no es conforme á los sagrados preceptos de la ley divina, y esto para siempre jamas, sin revocar nunca cosa alguna semejante. Una te ruego, piadoso Padre y clementísimo Criador de todas las cosas, que por cuanto estos son los principios de una mejor vida, y la niñez de la ley que le he oido, y que hasta ahora no penetro bien lo más sútil y lo más perfecto de ella, quieras darme entendimiento para entender aquellas cosas, donde no pueden llegar las fuerzas de los hombres, para que de aquí adelante con tu favor pueda poner por obra valerosamente sin cesar lo que hubiere entendido, y para que viviendo y muriendo libre de errores y de engaños, brevemente camine a gozar de tu presencia en el cielo. Entre tanto te ruego, que pues he recibido esta ley, me des facultad para que pueda publicarla, como hacen tus siervos por todo el mundo, y para persuadir á todos los hombres que la abracen. Suplícote con grande veneracion que mires á este mi deseo que te ofrezco con palabras expresas de toda mi alma, porque tu divina Majestad lo oiga. La fecha era esta: En el reino de Tamin, en el año treinta del Rey Vanlia, á seis de la luna octava.»

Otra protestacion de la fe y arrepentimiento de sus pecados, bien discreta y fervorosa, hizo un grande amigo del P. Mateo, y favorecedor de la religion cristiana desde sus principios, aunque él aguardó algunos años, hasta profesarse por uno de ella. Ultimamente vino á pedir las aguas del Bautismo, llamándose Quiu Ignacio, el cual, postrado en el suelo, hiriéndose muchas veces con la cabeza de sentimiento y dolor de sus culpas, dijo públicamente esta confesion: «Quiu Ignacio, que nací en año llamado Cheu, en el dia sexto de la segunda luna, (éste fué el de mil y quinientos y cuarenta y nueve, en el mes de marzo,) en la ciudad Cancheu de la religion sucheu, de la provincia de Nanquin, en el reino de Tamin, (así le llaman los chinas,) yo con toda veneracion, y guiado de un íntimo arrepentimiento de mis maldades, deseo de mandar perdon á Dios, para que me dé su agua saludable con que las lave, y gracia para entrar en su santa ley. Considérome hombre de cincuenta y siete años; y que teniendo ojos, en tanto tiempo no los tuve para ver la ley de Dios; y que teniendo oidos no oí su divino nombre, ántes he seguido la secta sequia, (nombre de un ídolo muy grande), aunque entendia que era contraria de la razon, y de la verdad, y la extendí por todas partes, lo cual es grandísima culpa mia, y un pecado casi inmenso que sin duda me-

rece la más honda profundidad del infierno. Los años pasados dichosamente por cierto encontré los maestros de la verdad, que vinieron del grande Occidente, Mateo Ricio y Lázaro de Catania, y á su compañero Sebastian Fernandez. Estos fueron los primeros que me declararon las cosas divinas. Y ahora otra vez he vuelto á encontrar al P. Juan Rocha, y á su compañero Francisco Martinez, los cuales me confirmaron en lo que ántes habia oido, mediante los cuales y su enseñanza entendí y supe, que el cielo, la tierra, los mortales y todas las demas cosas las hizo Dios, y que conviene que á él esten sujetas; que ninguna otra secta ó ley es conforme á la verdad. que el solo Dios, por medio de sus ministros, puede perdonar pecados, y que solo él puede dar la gloria del cielo á los que tuvieron verdadero y eficaz dolor de ellos. Y porque creo que por estos medios puede el hombre alcanzar de Dios la gracia, y todos los demas bienes, le suplico imprima en mí aquesta verdad de tal suerte, que pueda ponerla en ejecucion con las obras, y venerar con ánimo constante y firme su Majestad divina, y conformarme á sus sagrados preceptos y costumbres. Porque desde el mismo dia que recibiere el agua del Bautismo, la cual limpia todas las manchas del alma para siempre jamas, prometo arrancar de ella de raíz la secta de los dioses vanos, y sus leyes y mandamientos contrarios á la razon, y hacer tambien que mis pensamientos y deseos, por ningun modo se abatan á la demasiada codicia de la hacienda, y á la vanidad de este mundo, y sus faltas, y temerarias cosas Guardaré obediencia al Padre soberano, y me convertiré al derecho camino de su ley, y con nueva guarda de mis sentidos, reduciré, en cuanto mis fuerzas pudieren, la luz natural que me dió á su antiguo resplandor, comenzando de mí mismo, y comunicando los bienes recibidos al provecho de los demas

En cuanto á los artículos de la fe cristiana, puesto que no alcanzó su grandeza en cada misterio de ellos, yo me sujeto de todo mi ánimo, y creo todo cuanto en ellos se contiene, y suplico al Espíritu Santo, que con su luz me los declare. Ahora pues que comienzo nuevamente á creer, es mi corazon semejante á una tierna y frágil espiga; por lo cual, ruego á la Reina Madre de Dios, no se desdeñe de darme interiormente ánimo y fuerzas, intercediendo con su Hijo Dios, y haga que aqueste propósito de mi ánimo siempre este constante y firme, y nunca titubee; abra las potencias de mi alma, y me alcance un corazon claro y limpio, para que admita la verdad, y conserve la razon; abra mi boca, para que publique la ley divina en todo nuestro reino y no quede en él ninguno que no reconozca la del verdadero Dios, y le sea sujeto.» Todo esto decia aquel buen catecúmeno, en que se echa bien de ver la piedad y afecto y fe con que llegaba á las aguas del Bautismo.

Los ya convertidos se empleaban en muchas obras de caridad y devocion

para esto se fundó una Congregacion de Nuestra Señora, que fué de gran aprovechamiento de aquellos fieles, ejercitando obras de mucha edificacion para los gentiles. Comunicábales la Vírgen Santísima mucha dulzura, y devocion en su Rosario. A un buen viejo que gastaba buena parte del dia en rezar Rosarios; no sólo en el alma, pero en el cuerpo le redundaba sensiblemente el efecto suavísimo de la devocion de la Madre de Dios, sintiendo una muy suave fragancia y olor, miéntras decia las Ave Marías. A algunos se les apareció la Vírgen, y sanó de enfermedades graves. Favoreció mucho la Reina de los Angeles á aquella nueva Iglesia, y casi sus más principales aumentos y buenos sucesos acaecieron en festividades suyas.

X

Muerte y sepultura del P. Mateo

Cuidando de toda esta cristiandad, é influyendo con su providencia y cuidado en todas partes para los efectos que hemos visto, residia el P. Mateo Ricio en la corte de Pequin, con tal opinion entre los hombres, cual el Señor se la granjeó para la publicacion de su Evangelio, que fué tanta y tan admirable con una gente en todo sagacísima, y que á todos los extranjeros tenia por bárbaros, que no sólo no hubiera persona que se atreviera á tener tal esperanza, pero sin duda, ni aun á desearla. Aquellos pocos años, desde que entró en la corte, le entretenia una casi contínua ocupacion con los que venian de varias partes, la cual se le doblaba más pesadamente, cuando conforme á la costumbre de la China, cuyo quebrantamiento se tiene por delito, pagaba las visitas.

Añadíase á esto, que de todo el reino, así los conocidos como los que no lo eran, le escribian, preguntándole muchas cosas de nuestra santísima ley, muchas de la vana secta de los ídolos y de los bonzos, muchas de otros puntos, que habia divulgado en sus libros, cuyas respuestas le eran verdaderamente pesadas, porque entre los chinas suele ser cuidadosísimo sobremanera el modo de escribir. Y si á este cuidado y esta curiosidad no se la daba mayor con las materias y con las cosas, menoscabára mucho de la opinion de nuestra fe, y de las cosas que trataba. Demas de esto, como era Superior de toda la mision, estaba obligado á responder á todas las cartas de los nuestros, que, como los amaba tiernamente, hacia esto á menudo y muy largo. Y ni por estar repartido en tantas cosas se abstuvo jamas de la conversacion de los más pobres, á los cuales (como siempre se advirtió,) los recibia con el

mismo semblante, (aunque estuviese en los más graves negocios,) que al mayor de los magnates, que solian visitarle; ántes cuanto más pobre era el que le visitaba, tanto más larga conversacion tenia con él. Añadíase á esto el trabajo de escribir los libros, que sacaba á luz, la continuacion de leer á los nuestros por pocos que fuesen, la cual nunca dejó hasta el fin de su vida entre infinitos negocios que tenia. Con esto parece que no le sobraba un punto para el descanso de su cuerpo; pero sabíale él tomar para el del alma con el trato con Dios; porque su capacidad era tan grande, y el favor divino tan asistente, y la distribucion de sus acciones tan prudente, que le sobraba tiempo para el sustento de su espíritu: Todo esto tenia á sus compañeros y súbditos espantados. No sabian de qué maravillarse más, si de su invencible ánimo, ó si de su infatigable cuerpo; porque aquél no habia trabajo que no emprendiese, y éste ninguno que rehusase.

Lo que he dicho era perpetuo en el P. Mateo; mas el año de 1609, en que murió, sucedieron otras muchas cosas extraordinarias, las cuales pudieron ahogarlo, pero fatigarlo nunca; porque en este tiempo los solemnes concursos de los mandarines de todo el reino de la China, que venian á ver al Rey, llegaban á cinco mil. Tambien en este mismo año concurrió aquel Doctorado Chino, que se da en la corte solamente. Porque si bien solos son trescientos los que se eligen de todo el número, son más de cinco mil los letrados que se admiten á la oposicion y exámen; de donde resultaba, que la venida de todos estos á la corte de Pequin aumentase grandísimamente los trabajos del Padre, y su concurso fué de mayor incomodidad; porque sucedió en el tiempo de la Cuaresma, que como era tan religioso observador de los ayunos eclesiásticos, nunca pudieron persuadirle á que comiese más de una vez, ni á que mudase la hora, ó dispensase consigo en la menor cosa del mundo. Llegábale tambien á esto el edificio de la iglesia, cuya mayor parte del trabajo cargaba sobre él, no sin grande molestia. Con estas grandes ocupaciones é inmenso trabajo, un dia, volviendo á casa muy fatigado, se arrojó en la cama. Al principio pensaban que era una gran jaqueca que le solia dar; y cuando le fatigaba mucho, con la quietud de un dia la curaba. Mas preguntándoselo, respondió, que todo era muy diferente: porque del trabajo y de la fatiga demasiada le habia resultado una enfermedad mortal, y con ella no sólo no se turbó; ántes no mucho despues, preguntándole uno cómo se sentia, dijo, que dos cosas le apretaban en aquella hora, y no sabia bien cuál desease, ó aquellos eternos premios, que veia ya muy cercanos, ó si más largos trabajos en aquesta empresa y mision de la China. Sucedió su enfermedad á tres de mayo, vinieron á curarle los más famosos médicos de toda la ciudad, los cuales no conformándose en un mismo parecer, dejaron orden

dos tres géneros de purgas. Dudosos los nuestros cuál de ellas eligirian, las pusieron delante de un Cristo. Habia á la sazon gran concurso de cristianos, y todos hincados de rodillas rogaban á Dios les mostrase cuál seria la más saludable para el enfermo: en la cual oracion era cosa admirable ver el sentimiento con que algunos rogaban á Dios les quitase los años, que fuese servido, para que se alargase la vida del Padre comun de todos. Pero queria el Señor dar ya descanso á su siervo de los largos y grandes trabajos, que habia pasado por exaltar su santa fe.

El sexto dia de su enfermedad hizo una confesion general de casi toda su vida. Llenó á su confesor de tanto gozo espiritual, que publicaba no haber sentido otro mayor en toda la suya: tan regalado y recreado fué con la inocencia, y con la suavidad del espíritu del P. Mateo. El siguiente dia se dispuso para recibir el Santísimo Sacramento; y aunque la enfermedad le tenia tan afligido, que parecia no poder moverse de la cama, cuando sintió que estaba presente su Señor y su Salvador, tomando fuerzas, solo, sin ayuda de otro, saliendo de ella se hincó de rodillas con tal devocion, que la movió tan grande en los presentes, que tenian todos sus ojos hechos fuentes de lágrimas. Este mismo dia dijo algunas cosas fuera de su juicio, con la fuerza de la enfermedad; mas estas mismas locuras, que salian, por decirlo asi, de la abundancia del corazon, descubrian lo que pensaba hacer, y trataba en su animo. Porque todo un dia y una noche estuvo hablando de los nuevos cristianos de aquella Iglesia, de la conversion de los chinas todos, y aun de la del mismo Rey, á la fe de Cristo.

Habiendo vuelto en sí el dia siguiente, quiso que le diesen la Extremauncion, y él mismo estando con su entero sentido, advertia todas las cosas, y por sí mismo respondia á las oraciones. Luégo cuatro de la Compañia, que estaban presentes, le pidieron como á su Padre, que estaba ya para morir, rogase por ellos, y les echase su bendicion. El les dió muy santos consejos, y añadió á cada uno sus exhortaciones particulares, animándolos á toda virtud. A uno de los Hermanos dijo, que él alcanzaria delante de Dios, que muriese en la Compañia de Jesus; porque ninguna cosa se le ofrecia entónces mejor, ni de mayor alegria, que lo que en aquel mismo tiempo sentia. Preguntóle uno de los Padres, adónde dejaba á sus hijos y compañeros tan necesitados de su favor? Déjoos, les dijo, á la puerta, para grandes merecimientos abierta, si bien no sin muchos peligros y trabajos. Preguntóle otro, que les mostrase cómo podrian pagarle y agradecerle el amor que les tenia? Respondió: Con el que mostráredes siempre á los Padres que vinieren de Europa; y ese sea amor no ordinario y comun, sino que le multipliqueis tanto, que sea de suerte, que hallen en la China en cada uno de vosotros el agasa-

jo, que halláran en todos los de Europa. Bien se puede echar de ver el celo de las almas y mayor gloria de Dios, que ardia en su pecho, por lo que aun en aquella hora se regocijaba de los que la procuraban.

Estando casi agonizando le oyeron decir, entre otras casi muertas palabras: «Yo amo mucho en el Señor al P. Pedro Coton, que está con el Rey de Francia; y aunque no le conozco, tenia determinado este año escribirle, y darle las gracias por lo que procura la gloria de Dios, y avisarle en particular del estado de nuestra mision. Y ahora os pido, que pues yo no puedo cumplir aquesto, me disculpeis con él.» Hablaba suavísimamente, ya con los de la Compañía, ya con aquellos nuevos cristianos, que lloraban inconsolablemente la muerte de su Padre; en las cuales pláticas llenas de caridad y amor de Dios y del prójimo llegó á los once de mayo, y este dia despues de vísperas, sentado en medio de la cama, dió su alma á Dios, sin movimiento ó torcimiento alguno del cuerpo; y cerrando por sí mismo los ojos, como si los entregara á un blando sueño, murió en el Señor con grandísima paz y suavidad. Aquí fué necesario reprimir el llanto y las lágrimas de los cristianos, de los cuales estaban presentes un grande número; porque se podia temer, que el demasiado sentimiento no menoscabase algo de la verdad de nuestra fe, y de la gloria del siervo de Dios. Y convirtiendo en sus alabanzas el llanto, predicaba cada uno de por sí sus heróicas virtudes, llamándole Varon Santo, y Apóstol de los chinas. Obligaron luégo por fuerza á uno de los Hermanos, que sabia pintar medianamente, que le retratase para consuelo de todos. Suelen los chinas encerrar los cuerpos muertos en unas arcas de madera, las cuales hacen de tablas incorruptibles, en lo cual no perdonan á gasto alguno. Esta costa, ni nuestra pobreza lo permitia, ni la religiosa moderacion; pero no quiso el Señor privar tampoco á su siervo de aquesta honrosa pompa del entierro, á quien queria honrar no sólo en el cielo, sino en la tierra.

Luégo que supo su muerte el último parto de su predicacion, que fué un grande letrado, llamado despues de cristiano el doctor Leon, y estaba á la sazon en la cama enfermo, envió á consolar á los nuestros, y decirles que descuidasen del ataud, porque él le tomaba á su cargo, pues lo debia á quien pocos dias ántes le habia dado dos veces la vida; que no temiesen, si hubiese alguna tardanza, de que el cuerpo del Padre diese algun mal olor, porque en el de tal varon, aunque muerto, no se habian de guardar las leyes ordinarias de la naturaleza: y verdaderamente que sucedió así; porque en más de dos dias que estuvo descubierto, y en tiempo de un sumo calor, siempre mantuvo su rostro en su vigor y frescura, y más representaba en su color semblante de vivo que de muerto, dando muestras de la vida bienaventurada, que ya vivia, sin dar mal olor ni otra señal de corrupcion. Encerrado, pues, el cuerpo

en su arca, se llevó á la iglesia, á donde los Padres y todos los cristianos hicieron las exequias á su querido Padre, conforme al estilo de la Iglesia, con su Misa de Requiem y oficio de difuntos. Desde allí, conforme al uso de la China, trujeron el ataud á la sala de nuestra casa, y le pusieron sobre un altar, manifiesto á todos: porque entre los chinas es como sacrilegio enterrar á alguno dentro de los muros de la ciudad: y así entre tanto que compran algun campo en el arrabal, ó que ponen en órden el entierro, encierran los cuerpos en cajas de madera, las cuales embarnizan con aquel su luciente betun, de tal suerte, que los pueden guardar muchos años, sin que den mal olor de sí. Por esto algunos años antes, acordándose el P. Mateo de su muerte, compró una heredad en el arrabal; pero al tiempo que se pesaba ya la plata del precio, en que se habia concertado, el vendedor se retiró afuera. Dijo entónces el P. Mateo á los nuestros: «No importa aquesto mucho, porque dentro de pocos años poseeremos otro mejor lugar de sepultura. En las cuales palabras parece que tuvo conocimiento de lo que despues sucedió; que el Rey se la dió para él y para los demas de la Compañía.

Ni fué sólo aquesto, que tambien en otra cosa parece que conoció el tiempo de su muerte; porque en aquellos mismos últimos meses escribió la historia de todo lo sucedido en la cristiandad de la China hasta aquel tiempo, la cual le encomendó nuestro P. Claudio Acuaviva, Prepósito General de la Compañía. Quemó todas las cartas, compuso y ordenó sus escritos, hizo dos relaciones ó memorias; en la una dispuso todo lo particular, que pertenecia á los nuestros, y en la otra lo tocante á la mision universal, y esta tenia este sobreescrito: *Al P. Nicolás Longobardo, Superior de la mision de la China.* Y abajo decia: *De Mateo Ricio. Superior que fué de la misma mision.* Era tan humilde, que poco ántes de su muerte repetia muy á menudo su insuficiencia para ser Superior de toda la mision de la China, y decia: «Pensando yo muchas veces, Padres mios, por qué camino se podria mejor adelantar la cristiandad entre los chinas, ninguno se me ofrece más eficaz, que el de mi muerte. Y como los nuestros le dijesen que ántes era muy necesaria su vida por muchos años para este mismo efecto, porfiaba él en lo contrario, y procuraba probarlo con muchas razones. Y verdaderamente si comparamos los tiempos que sucedieron despues de su muerte con los primeros, diremos que dió en el blanco, y no es mucho de maravillar que haya acabado más desde aquel lugar, donde querrá más, y podrá más.

Luégo que los mandarines supieron la muerte del siervo de Dios, vinieron muy grandes concursos de gravísimos varones á llorarle. Daban testimonio del dolor de su ánimo y estimacion, que tenian del difunto, diciendo á voces: «¡Oh Varon Santo! ¡Oh Varon verdaderamente Santo!» Las cuales exclama-

[illegible]ciones interrumpian con muchas lagrimas. Algunos gentiles dijeron que merecia el P. Ricio se le dedicase templo, y se levantase estatua. Esparcióse por todos los cristianos de la China la fama de la muerte de su Padre Espiritual y primer Predicador; hicieron grande sentimiento, con el cual celebraron sus exequias. Los de la otra corte real de Nanquin se aventajaron á todos, y enviaron al sepulcro del siervo de Dios muchos dones. Hicieron en una y otra corte dos insignes oraciones, alabando las virtudes de su Predicador y Padre.

Cumplió Nuestro Señor lo que habia dicho antes el P. Mateo, que habia de tener lugar de sepultura en la China, aunque es bien dificultoso en aquel reino, porque ningun extranjero hasta entonces lo habia conseguido, y los naturales lo alcanzaban con dificultad y sólo los poderosos y con mucha costa. Pero Dios Nuestro Señor, que quiso premiar a su siervo los muchos pasos que habia dado en aquella tierra por su amor, facilitó tanto esto á los mandarines gentiles y sumos magistrados y al mismo Rey, que graciosamente mandó dar a los nuestros, para sepultar al P. Mateo, un grandioso palacio de un Eunuco, que entonces estaba hecho templo de idolos. Echaron de él ignominiosamente al sacerdote falso y bonzo, que cuidaba de los idolos, y le entregaron a los nuestros, con pasmo y admiracion de todos, que reconocian en aquello la mano poderosa del Altisimo, para mover los corazones a donde quiere, porque fueron notables las providencias que para esto concurrieron. Sólo hubo contradiccion de parte de los Eunucos, que son muy poderosos en la China, y mas en su corte de Pequin. Aguardaron algunos sentidos del [illegible] que se hacian a los nuestros cuando estaban fuera. Entraron en el palacio o templo con violencia; pero no fue tal, que perdiesen el respeto á los Padres, porque aunque estaban ausentes los salvadores, hincados de rodillas con la adoracion que suelen reverenciar al propio Rey, confesaban que eran [illegible] de aquel lugar. Decian, ¿qué podia faltar a los que tuvieron tanto [illegible] fuerzas, que pudiesen prevalecer contra los Eunucos? Sólo alegaron que el Rey pudo solamente dar aquel templo, no sus alhajas, y que [illegible]. Cuando llegaron a la capilla o sala primera, donde estaba el [illegible] de los idolos, uno de estos Eunucos, al despedirse, habló de esta suerte [illegible] principal de ellos [illegible] *para siempre te* [illegible] *diere gusto entrar.* [illegible] Otro habló mas conforme a lo que merecia el [illegible] (porque era de [illegible] *fuerzas para defender* [illegible] *de ti? Ni tú mereces* [illegible] *agradecido.* Otros [illegible] *dándole el*

suyo, y por eso ahora el primero tomó venganza del usurpador. Con estas y otras afrentas trataron á los ídolos, y dejaron aquel templo en otro tiempo suyo.

Mandó despues el Gobernador de Pequin, y el Presidente del consejo de ritos ó ceremonias, poner cada uno su edicto sobre el umbral de aquel palacio ó templo. El del Gobernador decia, cómo el Rey, conforme á su clemencia, (con la cual tambien amparaba á cualesquiera, aunque de remotísimos reinos,) despues de haber hecho á los Padres varias mercedes en los años pasados, ahora finalmente , tratándolos como habitadores y naturales de su reino, los habia colmado y confirmado con esta nueva liberalidad, dando este lugar para sepultura del P. Mateo Ricio, y para habitacion perpétua de sus compañeros, y para que, guardando en él las ceremonias de su ley, rogasen á Dios por la vida y por la salud del Rey y de su madre, y por la paz, salud y conservacion de los Reyes. Mas, porque se temia no hubiese por ventura quien nos diese alguna molestia, prohibia que ninguna persona contra la voluntad de los Padres entrase en aquel lugar, ni les diese pesadumbre; y al que hiciese lo contrario, que las guardas y soldados del barrio lo maniatasen, y lo trajesen á su tribunal, para castigarle severísimamente. El edicto del presidente era casi del mismo tenor.

No contento el Gobernador con este favor, envió á nuestra casa con grande acompañamiento de oficiales, y con mucha fiesta y música de trompetas y atabales, por las más nobles calles de la ciudad, una inscripcion ó título de letras muy grandes, en un cuadro insigne en labor y en la pintura para que se levantase en el túmulo del P. Mateo, para perpétua memoria de su amistad, y ornamento de un tan grande varon. Este título tenia cuatro letras, (que así se acostumbra casi siempre,) en esta forma: *Moylien Ten.* Las cuales, no se si mas breve ó más significativamente, suenan esto: *Al que vino á la fama de la justicia. Al que sacó á luz famosos libros.* Y abajo decia con letras menores: *A Mateo Ricio del Grande Occidente Hoim-Kiemxi* (este es tu nombre y sobrenombre,) *levantóle esta memoria la ciudad real de Pequin.* Tanto como esto estimaban los mismos gentiles á este Predicador de Cristo.

Limpiaron los nuestros de sus abominaciones el templo de los ídolos, para consagrarlo en iglesia de Cristo Nuestro Salvador. En la sala principal habia un grande altar lindamente labrado con su techo de varios lazos, y molduras de piedra y de ladrillo; estaba ceñido de un color rojo, al uso de los templos, que no era lícito usarle en casas particulares. Sentábase en medio un grande monstruo, de una horrible y desmedida grandeza, dorado de pies á cabeza. Llamanle los chinas Tican, el cual fingen que preside á la tierra y á los tesoros. Es en fin el Pluton de los antiguos. Tenia en la mano un cetro, y en

la cabeza una corona, uno y otro no diferente de las insignias de nuestros reyes. De cada parte estaban cuatro como ministros. Al uno y al otro lado de la sala habia dos mesas muy grandes, cada una de ellas tenia cinco príncipes del infierno. En ambas paredes se veian pintados los mismos príncipes, que daban audiencia; los cuales, segun su fuero y jurisdiccion, condenaban á las penas infernales los pecadores. Delante de ellos estaban muchos demonios, más terribles que los que nosotros pintamos, así en sus figuras, como en los instrumentos de las penas, que no es maravilla que hayan enseñado á pintarse al vivo á sí mismos. De tal manera atormentaban las penas infernales á los miserables condenados, que causaban horror á los que los miraban. A unos tostaban en lechos de hierro, á otros freian en aceite hirviendo, á otros partian por medio, perros despedazaban á otros, á otros molian en morteros, á otros atormentaban con varias penas. El primero de aquellos príncipes conocia de los delitos, que fingia miraba en un espejo. Este remitia los culpados á los tribunales de los otros, conforme á la variedad de las culpas. Uno de ellos presidia á los hombres, cuyos delitos se castigaban con la transmigracion de las almas; porque los crueles y homicidas pasaban á habitar en tigres, los engañadores en vulpejas, los ladrones en lobos, los torpes en puercos, y de esta suerte los demas, conforme á la semejanza de los pecados. Algunos, cuyos yerros eran más ligeros, pasaban al estado de los pobres y de los plebeyos; porque en todo aquel reino está muy recibida la transmigracion de Pitágoras. Pero de tal manera compuso el demonio aquestos asombros de las penas del infierno, que no sólo no reprimen á los malos sino que ántes los incitan; porque cuan horribles se las pinta, tan fácilmente finge que pueden librarse de ellas, si á estas maldades añadieren la idolatría, que es mayor que todas ellas.

Habia allí un peso de balanzas muy grande, en la una puerta un hombre cargado de maldades y en la otra un librito de oraciones, de la profana secta de los ídolos, el cual pesaba más que todas ellas, y libraba á aquel que las rezase de las penas que merecia. Por medio del infierno y de sus tormentos corria un rio de color horrible, el cual arrebataba á muchos; sobre el cual habia dos puentes, una de oro y otra de plata. Pasaban por ellas los que se habian esmerado en el culto y adoracion de los ídolos, y llevaban varias insignias de las adoraciones y devociones, que les habian hecho. Guiaban los bonzos á aquestos, mediante cuyo favor finalmente llegaban por medio de lo tormentos infernales, á unas vistosas selvas, y á unos deleitosos y verde campos.

En otra parte estaban los calabozos del infierno, horribles y espantoso por las llamas, por las serpientes y por los demonios. Llegaba á sus puerta

de metal cierto bonzo ó ministro de los ídolos, el cual, á pesar de los mismos demonios, libraba á su madre de aquellas llamas. Habia otras cosas semejantes.

De esta suerte las penas que Dios Nuestro Señor quiso que fuesen notorias a los hombres, para apartar con su temor á los pecadores de sus maldades, de esas mismas se servia el enemigo y engañador del linage humano, para incitarlos á ellas, el cual quiso que á él y á sus ministros se les permita más que al mismo Dios, autor de aquellas penas; pues sin ellas permite algunas culpas, ó los libra de ellas por ligerísimas causas; porque no habia en aquel infierno género de pena, que no tuviese escrito este título: *Cualquiera que invocare mil veces el nombre de tal ídolo quedará libre de esta pena.* Con esta facilidad del perdon introdujo el diablo la licencia del pecar, y con una palabra borra toda aquella máscara de falsa religion.

Convirtieron los nuestros en polvo los ídolos de barro, y entregaron al fuego los de madera, despues de haberlos quitado de los altares. Deshiciéronse tambien los mismos altares, y se cubrieron las pinturas de las paredes; levantaron otro nuevo altar á Cristo Nuestro Redentor, que así triunfaba de la idolatría. Dispuestas todas las cosas, señalóse un mismo dia para colocar al P. Mateo, y para consagrar la iglesia, que fué el de Todos los Santos. La víspera se puso en el lugar de los ídolos, la imágen de Cristo dentro de un tabernáculo dorado, restituyendo su debida adoracion al Dios verdadero. Concurrieron todos los cristianos con sus cirios y con perfumes, para solemnizar mas la fiesta. Celebróse la Misa con la mayor pompa que se pudo, con órgano y otros músicos instrumentos. Despues se trujo el arca del Padre, del lugar donde se guardaba, á la iglesia, y se comenzó el oficio de difuntos, al cual sucedió otra Misa de Requiem, la cual se remató con una breve y acomodada plática; luégo se ordenó una procesion hasta el lugar del sepulcro. Llevaban el ataud los más principales cristianos, acompañábanle los demas, y todos lloraban. Lleváronse por reliquias unas sogas que tenia el arca ó ataud del Padre. Hasta los gentiles venian despues con gran concurso á hacer al cuerpo difunto grandes ceremonias, con mucho sentimiento y dolor. Concluidas todas estas cosas á medida del deseo, se puso sobre el chapitel de la primera y principal puerta aquesta inscripcion ó título, en dos letras chinas: *Liberalidad Real.* Lo cual, entre los chinas, es de muy grande honra, y de mayor que podrá creerse en Europa.

Fué de grande admiracion para todos, que el Rey diese á unos pobres extranjeros tan honrosa sepultura y habitacion, cosa que en este reino aun hasta ahora no ha sucedido á extranjero alguno; y se concede, como hemos dicho, rarísimas veces á los supremos magistrados solamente, y á estos porque fue-

ron muy beneméritos de la república. Y ¿quién no quedará admirado viendo que á los mismos, á los ojos, no sólo de una exclarecidísima ciudad, sino casi de todo el reino infiel, sabiéndolo todo el Palacio Real y áun la misma madre del Rey, aprobándolo los Consejos, aprobándolo todo el Senado de los mandarines, derribasen unos extranjeros, y deshiciesen los ídolos, destruyesen su altar, y levantasen en su lugar la imágen de Cristo Nuestro Salvador y la de la Vírgen, mandándoles que ante ellas hiciesen rogativas por la salud del Rey, cuyo nombre se lee escrito en el altar mismo, por testigo de su voluntad real? Túvose todo esto por gran milagro del P. Mateo, el cual encierra en sí muchos milagros. Y no se debe pasar en silencio que el P. Mateo Ricio, el primero que introdujo la fe en la China, fué tambien el primero que halló en el mismo reino lugar para su sepultura, y le abrió para los demas de la Compañía; porque hasta entónces, cuantos habian muerto en la labranza y cultivacion de esta gran viña, aunque muriesen dentro del reino, se habian enterrado en el colegio de Macao, fuera de la China. Fué como tomar el P. Ricio la posesion de aquella tierra, donde su cuerpo muerto (como grano enterrado,) prometia grande cosecha de los muchos que habian de resucitar en sus almas.

Escribió la vida de este admirable varon el P. Nicolas Trigaulcio en cinco libros, que intituló *De Christiana Expeditione apud Sinas.* Púsola en romance Duarte Fernandez. Escribióla tambien el P. Pedro Iarich en su *Thesauro Indico*, tomo 2, lib. 2, desde el cap. 29. Trata del mismo Padre el P. Luis de Guzman en la *Historia de las misiones,* libro cuarto. Jacobo Damiano en su *Synopsi*, Filipo Alegambre en su *Biblioteca,* donde refiere con puntualidad los muchos libros que escribió el P. Mateo. Y aunque ántes de su tiempo, hace memoria muy honorífica de este grande varon el P. Francisco Sachino, en el segundo tomo de la *Historia general de la Compañía de Jesus.* Valeriano Regnatio publicó y divulgó la imágen de este siervo de Dios, con este elogio: que fué el primero que introdujo la fe en las últimas partes de la China, y habiendo fundado cinco iglesias, acabó con gran fama de santidad y sabiduría.



P. FRANCISCO DE PETRIS

DESPUES que el fervoroso P. Mateo Ricci, como esforzado capitan y valeroso soldado de Cristo, colocó el estandarte de la Cruz en el dilatadísimo reino de la China, inexpugnable ántes é inaccesible á los predicadores evangélicos, por tener sus puertas muy cerradas á todos los extraños; acudieron algunos siervos de Dios y religiosos de la Compañía, á ayudar al que estaba solo, convidados de los trabajos de la empresa, y de la copiosa mies de almas que esperaban encerrar en los graneros del cielo. Entre estos apostólicos varones, fué uno el P. Francisco de Petris, muy querido compañero del P. Ricci, que le acudió cuando no tenia otro Padre consigo, y estuvieron juntos, hasta que con su apresurada muerte le tornó á dejar otra vez solo, entre tanto número de naciones pravas. Por lo cual, y por el grande espíritu y fervor de su compañero, sintió mucho el P. Mateo su muerte; si bien le consoló el P. Francisco, en el artículo postrero, con la profecía que le dijo de la ayuda que le habia de venir muy presto, como luégo veremos.

Nació este celoso Padre en la Abadía de Farsa, en el campo Romano. Fué enviado á Roma á estudiar, y lo hizo en nuestro colegio, donde no sólo en letras, pero en virtud aprovechó mucho. Era de la Congregacion de la Vírgen Santísima, en la cual daba á los demas ejemplo de devocion y piedad. Fué siempre tiernísimo hijo de la Madre de Dios, como se echó de ver en un grande favor que le hizo esta Señora, para traerle á la casa de su Hijo, y al estado religioso. Porque estudiando Filosofía, de la cual sustentó acto general de todas sus partes, con grande aplauso y aprobacion, porque era de excelente entendimiento y juicio, le inspiró el Señor el camino por donde su divina Majestad se queria servir de su persona y excelentes dotes, para que todo se ocupase en su divino servicio, en la religion de la Compañía de JESUS. Y como Francisco no se acabase de resolver, oyó una voz del cielo, en la cual le dijo la Vírgen Santísima estas palabras: *Acaba de entrar ya en la Compañía de mi Hijo, y persevera en esta vocacion.* Volvió Francisco la cabeza para ver á la que le hablaba, y vió una imágen de la Vírgen Santísima, que le habia favorecido con aquel oráculo y consejo tan saludable para él. No dilató más el ejecutar aquello para que le daba tanta priesa la Madre de Misericordia, estando muy cierto que era lo que únicamente le estaba bien. Fué

recibido en la Compañía, en la cual dió grandes muestras de ingenio, y mayores de su virtud; pero no contentándose con lo que en Europa podia hacer y padecer por Jesucristo, deseó pasar á nuevos mundos, y conquistarlos todos para el cielo. Navegó á la India Oriental, juntamente con los Embajadores del Japon, cuando volvieron de dar la obediencia al Vicario de Cristo. Llegó á Japon, de donde tornó á Macao, que está á la entrada de la China. Sucedió en aquella ocasion, que muriese en la China el P. Antonio de Almeida, compañero del fervoroso P. Mateo Ricci, que estaba conquistando para Cristo aquellas gentes.

Era el P. Antonio varon de gran virtud y celosísimo, y así procuraron los Superiores otro que no le fuera en nada inferior, por ser aquella empresa de tan gran importancia y trabajo. No habia ninguno que pudiese ir y tuviese estas partes, como el P. Francisco, al cual le pareció se le abria el cielo, cuando se vió escogido de Dios para aquella trabajosa mision. Ni reparó en las persecuciones que ya experimentaba el P. Ricci, cuyo compañero habia de ser, así de ocupacion, como de su paciencia, ni en la inclemencia del cielo, ni la falta de las cosas, ni en la muerte que podia temer. Todo despreció por Cristo, con mayor gozo de su espíritu, que otro pudiera tener pena de exponerse á tantas, como de aquella empresa se podian esperar.

Ni el siervo de Dios Mateo Ricci se holgó poco con tan buen compañero, que lo fué muy bueno, y conforme en todo, en virtud, celo y paciencia. Estuvieron juntos en Xaucheo, donde algunos idólatras se pasaron por su medio, de la tiranía de los vanos dioses al campo y reales de Cristo, mostrando grande fervor en servirle; porque, no contentos con detestar ellos sus ídolos, y ofrecer al fuego ó á los dos Padres los que eran propios, entraban á escondidas á los templos de los gentiles, y quebraban sus vanas estatuas, tronchándolas pies y manos; otros las hurtaban para quemarlas. Padecieron algunos persecuciones de sus parientes, porque recibian la fe. A un mancebo le azotó su padre cruelmente porque adorase á sus ídolos como ántes; pero despues de los azotes quedó más enemigo de ellos. Un gentil, que ya deseaba bautizarse, iba acompañando á un cristiano, el cual, entrando en un templo que estaba en despoblado, arrebató un ídolo, y sacándole de allí dijo al gentil: *Andad, y adorad ahora este vuestro Dios.* Corrido el gentil, ya catecúmeno, de haber tenido tal Dios, no habiendo allí fuego con que volverle en ceniza, procuró volverle en polvo, y abriendo un profundo hoyo le enterró para que los gusanos y la carcoma le consumiesen. Tanta constancia y fineza causaba en los chinas la predicacion de estos dos Padres.

Fué tambien partícipe el P. Francisco de los trabajos del P. Mateo. Una noche los acometieron ciertos hombres facinerosos, y rompiendo la clausura de

a casa hirieron gravemente á nuestro Francisco. Fué esto ocasion para que mostrasen los siervos de Dios á los gentiles lo que puede la mansedumbre cristiana; porque, averiguados por el juez los delincuentes y escaladores de la casa, mandó el teniente de Gobernador que los Padres pusiesen acusacion en forma. Lo cual hicieron contra su voluntad, y tan tibiamente, que juntamente confesaban no les habian hurtado cosa alguna; y al fin de la peticion rogaban al teniente, que ó los perdonase, ó los castigase con blandura: en lo cual totalmente se diferenciaban del estilo de los pleitos de la China, donde los acusadores, no sólo acrecientan el delito, sino que en casos semejantes mienten, que les han hurtado muchas cosas, teniendo por granjería una acusacion de aquestas. Así de la de los Padres, por ser tan modesta y llena de excusas en favor de los delincuentes, quedó asombrado el teniente, y con grande aprobacion de su virtud; pero no obstante aquesto, ántes por ventura más indignado contra los ladrones, no podia sufrir que unos hombres tan modestos fuesen tratados injuriosamente: y así hizo que se los trujesen á todos aprisionados al Tribunal, porque no se habian huido, confiados en la blandura de la acusacion, y en la promesa que los nuestros habian hecho á los padres de los mismos presos. Dos ó tres de ellos, puestos á tormento, á la primera vuelta confesaron. A uno de los ladrones, cuando estaba en la refriega se le cayó acaso el bonete que usan en la China. Estando, pues, haciendo audiencia, probaron el bonete á las cabezas de todos, y se halló que ajustadamente cuadraba á la del uno. Estos bonetes de la China son angostos, y por fuerza los encajan en la cabeza, y no se acomodan fácilmente á otra: fué descubierto por el suyo el delincuente, y así constaba de todo por mil indicios, y por las mismas confesiones de los reos.

Pronunció el juez sentencia contra ellos: al que fué capitan y cabeza del hecho condenó á muerte; á los demas á galeras, ó por esclavos del Rey, conformando la pena de cada uno con la culpa. Fué esto muy penoso para el P. Francisco y P. Mateo: procuraron juntamente con los parientes de los presos se les perdonase la pena, andando de tribunal en tribunal, aunque estaban ambos heridos; porque los parientes no quisieran dar un paso sin ellos, por ver que eran sus mejores abogados, que fué de notable edificacion á los paganos.

Hay entre los Magistrados chinos uno que tiene el nombre de la compasion y misericordia de las penas. Este es enviado en nombre de la Reina, que en la China es la madre del Rey, por el Tribunal ó Consejo del Crímen, uno á cada provincia. Es el oficio de aquestos visitar las cárceles de donde sueltan algunos, que estan presos por delitos ligeros, y moderan las sentencias. De aquí resulta, que los mandarines los honran y los veneran todo el tiempo

que estan en sus jurisdicciones y distritos. Habiendo venido uno á Xaucheo, pusieron en él toda su esperanza los delincuentes, mas en balde; porque ni áun con la apretada intercesion de los nuestros alcanzaron cosa alguna. Solamente faltaba el voto del Visitador provincial, que es el último que revé los pleitos para la última confirmacion de la sentencia. Venido aqueste á Xaucheo, temieron mucho los delincuentes, porque era negocio casi sin esperanza, que hubiese de revocar las sentencias de siete ó de ocho jueces. Los parientes de los reos, tomando consejo de la desesperacion, ó por mejor decir de la venganza, como cincuenta de ellos, habiendo ofrecido juntos en cierto templo un impío sacrificio, se conjuraron entre sí, de procurar que los nuestros fuesen expelidos de Xaucheo, para cuyo efecto ordenaron una acusacion en esta forma.

Decian, «que los Padres, saliendo de Amacao y de Xauquin, tenian contrataciones con reinos extranjeros, lo cual era contra las leyes y estatutos de la China. Que habian hecho una fortaleza más verdaderamente que casa, y en ella tenian de presidio más de cuarenta personas, las cuales habian traído de Macao. Que daban causa á los mandarines para que castigasen á los naturales sin culpa. Que eran perniciosos al reino y á la ciudad, y que ellos, movidos del celo del bien comun, le advertian y rogaban que los echase del reino.» Y por granjear á los mandarines, primero les llevaron á ellos la peticion rogándoles no dejasen de ayudarles; porque el Visitador de la provincia sue le remitir la averiguacion de semejantes denunciaciones á los mandarines de la ciudad. Pero ninguno de ellos se halló que quisiese admitirla, y los demas tambien los atemorizaron para que no la diesen, avisándoles que habia de tener desdichado suceso.

Mas el segundo compañero ó asesor del Gobernador la admitió, y les prometió favor, por dar pesadumbre al teniente, que sabia era favorecedo de los nuestros. Este avisó al P. Mateo de la denunciacion, y llamó á uno dos de los acusadores, que eran sus amigos, y les amonestó, «mirasen una otra vez lo que hacian, porque los delincuentes aun no estaban fuera de riesgo, que no habia por qué irritar á los que intercedian por ellos, para que e el Tribunal del Visitador se trasformasen repentinamente en acusadores. Qu ni él estaba tan ciego que no viese la luz en medio del dia, y supiese quiene eran los malhechores.» Temerosos con este recaudo, desistieron de su inter to, y usando de ruegos, con grandísima humildad, suplicaban por el perdo de los reos, y que los favoreciesen con el Visitador.

Hicieron tanto los Padres con este Visitador, que hubo de ablandar l primera sentencia, y buscando algun buen color, pronunció que aquellc presos se debian llamar jugadores ó tahures, y no ladrones; en pena de l

cual, mandó dar á cada uno veinte azotes, y con esto soltarlos libremente. Con esta sentencia saltaron de contento los parientes, y los delincuentes quedaron alegres, porque eran castigados con pena más blanda, y quedaban libres de la gravísima infamia de ladrones, la cual amenazaba perpetua deshonra, á sí y á sus parientes. Pero los gentiles desagradecidos pagaron aquella piedad cristiana con una impiedad gentílica. Pues otro dia, siguiente al de la soltura, libres ya de todo miedo, volvieron los conjurados á la acusacion antigua; más de doscientos hombres furiosos, con una locura popular, fueron dando voces descompuestamente tras el Visitador, que iba pasando de la otra banda del rio, pidiéndole los oyese en materia del bien comun. Iba con ellos el segundo asesor del Gobernador, no ménos enemigo de los nuestros, que del teniente que nos favorecia, y él queria en odio suyo y de los Padres, ser caudillo y principal promotor de aquel tumulto.

Estaban entretanto el P. Francisco y el P. Mateo encomendándose á nuestro Señor, de quien únicamente esperaban remedio. Salióles tan bien su confianza, que el Visitador no quiso oir á toda aquella multitud, diciendo: «Una demanda de bien público no se habia de dilatar hasta mi partida, sino proponerla luégo que llegué.» Y así los dejó sin que fuese posible persuadirle á que siquiera admitiera el pedimiento. Quedaron los gentiles corridos y avergonzados grandemente, así del desden de su Visitador, como de su misma desvergüenza y desagradecimiento. Pero los siervos de Dios reconocieron el poder de la diestra del Altísimo, y la singular providencia que de ellos tenia; porque no sólo quedaron libres de la acusacion en que iba el quedarse en la China, pero mucho más acreditados y estimados.

Y así, llegando en este tiempo á Xaucheo, de la corte de Pequin, el Presidente del Consejo de ceremonias, que es de la segunda órden ó estado de los mandarines, á quien los chinas llaman Xanxu, el cual con licencia del Rey, por negocios de importancia iba á la isla de Hainan, su patria, que está al Sur en la provincia del Canton, y volvia á su mujer é hijos con grande pompa, por la notable relacion que tuvo de aquellos Sacerdotes extranjeros, aunque nunca se habia desembarcado á visitar á los que le visitaban, quiso venir á ver á los dos Padres, y lo hizo con grandes muestras de benevolencia, trayéndoles muy preciosos dones. Gastó todo un dia con ellos en conversacion de varias cosas: díjoles despues, muy admirado de su heróica paciencia y mansedumbre, cómo le habian contado todo el caso pasado, por lo cual admiraba sobremanera la virtud que enseñaba la ley que predicaban. Tanto como esto puede el buen ejemplo, que uno sólo acredita más la santidad de nuestra santa religion, que muchas palabras y sermones.

Dabale muy particular nuestro Francisco de Petris, en todo género de virtu-

des, en que se procuraba adelantar cada dia, no descuidando de su propio aprovechamiento con tantos cuidados del ajeno. Sacó de estos trabajos y calumnias mayor paciencia para los menores que se le ofrecian á cada paso con el ruin término de los chinas idólatras. Porque suelen los grandes peligros y trabajos quitar el sentimiento de los menores; y el P. Francisco, entre los peligros de la vida corporal, cuidaba únicamente de la eterna. Tenia en la oracion descanso de todos sus trabajos, en la cual se los premiaba Nuestro Señor largamente con sus divinas consolaciones y luz del cielo que le comunicaba, por la cual le dotó del don de profecía.

Supo la hora de su muerte, y la aseveró con tanta certidumbre, que habiendo dicho, estando muy bueno y sano, y siendo muy robusto, que se habia de morir ántes que se acabase de comer cierto género de comida cecinada que se usa en la China, y la habian traido para los de casa; cuando pensaban que estaba ya acabada, le dijo uno: *Padre, ya está acabada aquella comida, y V. R. todavía está vivo.—No es así.*—replicó el P. Francisco (áun no le encubrió Dios esto) *no es así, que no está acabada.* y señaló la parte donde habia puesto el que cuidaba de la comida un pedazo. Fueron allá y hallaron ser así verdad; al fin murió ántes que se acabase. Al principio de su enfermedad, juzgando todos por la robusta disposicion de su cuerpo, que su vida áun no estaba en riesgo, sentado en la cama, se confesó con el P. Mateo más cuidadosamente que solia, y luégo, levantándose en pié, abrazó al Hermano compañero: y dudando el P. Mateo si acaso tenia algun frenesí, le mandó, «se volviese á sentar y que tuviese buen ánimo.»

Mas él, habiendo derramado algunas lágrimas, rompió el silencio, mezclado con sollozos con estas palabras: *Yo conozco mi enfermedad, y que tengo de morir de ella.* Desconsoló esto al siervo de Dios Mateo Ricci, viendo que perdia tan buen compañero, y díjole: *Mire V. R. no se muera, porque me dejará doblado trabajo en enterrar su cuerpo y en procurar que me traigan otro compañero.* Decia esto por no estar aún enterrado el P. Antonio de Almeida porque en la China no se puede enterrar alguno sin licencia del Rey, y esto apénas se daba á los grandes mandarines, y despues de muchos servicios. El P. Mateo puso el cuerpo del P. Antonio en un ataud bien abetunado, como se usa en aquel reino, donde sin trasminarse algun mal olor se guardan los difuntos mucho tiempo; allí le tenia guardado, con gran cuidado de hallar modo para enviarle fuera de la China á nuestro colegio de Macao.

El P. Francisco consoló al P. Mateo, diciéndole cómo no tenia que tener pena; porque ni trabajo ni cuidado le habia de costar el enviar su cuerpo despues de muerto con el del P. Antonio á Macao, ni tampoco en tener nuevo compañero despues de difunto él. Sucedió todo como el siervo de Dios dijo

porque apénas murió, cuando llegó á Xaucheo un navío, en que envió entrambos cuerpos á Macao, y luégo llegó á la China el P. Lázaro de Catania por compañero del P. Mateo, que suplió las veces del P. Francisco, y trabajó en aquella nueva viña de la Iglesia, con gran fruto y provecho. La dichosa muerte del P. Francisco fué tan envidiada como llorada de los que le conocian, causando en los nuestros de la India grande ánimo y aliento para proseguir y adelantar aquella mision de la China, deseando muchos ir allá, donde en la vida no les faltarian desdichas, ni en la muerte semejante dicha a la de este Padre, y en ella toparian la de la felicidad eterna.

En Macao, cuando llegaron los dos cuerpos de los operarios evangélicos, fueron recibidos con gran solemnidad. Salió toda la ciudad á recibirlos, y con gran pompa les dieron sepultura, como se debia á los siervos de Dios y predicadores evangélicos. La vida del P. Francisco escribió el P. Nicolás Trigault, lib. 3. de *Christiana Expeditione apud Sinas*, desde el cap. 5, 7 y 8 y la puso en romance Duarte Fernandez.

P. NIEREMBERG.

H. BENITO DE GOES

LAS excelentes dotes de naturaleza y gracia del H. Benito de Goes, su rara conversion y su larga peregrinacion, en que por celo de la gloria de Dios y bien de las almas padeció mucho, le hacen digno de ser contado entre varones muy ilustres; pues lo fueron sus obras y trabajos. Y si muchos santos son celebrados por sus peregrinaciones, y en las Sagradas Letras son tan encomendadas las de los santos Patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, la de este religioso Hermano merece tambien grande gloria; pues fué más larga y más árdua, y toda hecha por Dios, manifestando su santo Nombre entre gentes bárbaras, sacrílegas y mahometanos, enemigos capitales de Cristo y de su santa ley, la cual profesó descubiertamente, por donde quiera que iba, este animoso siervo suyo.

Fué de nacion portugues, y nació por el año de mil y quinientos y sesenta y dos, en Villafranca, en la isla de S. Miguel, que es una de las Terceras. Era de excelente ingénio y grande caudal, muy magnánimo, y un corazon generosísimo; pero empleó mal sus grandes partes. Dióse á la vida militar, y con ella al juego y otras licencias y desgarros, con que al mismo Dios perdió

el respeto, no reparando en añadir pecados á pecados. Era soldado en la India de la armada que andaba por la costa de Malabar. Siendo de veinticinco años, desembarcando una vez en Travancor, le vino deseo de entrar en una iglesia, que estaba media legua distante de Colechei. Queríale ya Dios apartar de sus malos pasos, y trasplantarle á otra mejor milicia, para servirse de los muchos dones con que le habia adornado, y Benito habia empleado tan mal. Entró en aquel templo, y arrodillóse delante de un altar de nuestra Señora, que tenia á su Hijo benditísimo en los brazos. Allí le trujo el Señor á la memoria sus muchos pecados; tuvo tanta pena de ellos, y tal espanto de su vida perdida, que casi desesperaba del perdon. Pero viendo que estaba delante de la Madre de Misericordia, todo deshecho en lágrimas se postró en tierra, y le pidió se la alcanzase del Hijo que tenia en los brazos; y alzando los ojos al Niño Jesus, que estaba colgado del cuello de la Madre, vió que prorumpia tambien en lágrimas el benditísimo Niño, y fueron tantas las que derramó, que corrian hilo á hilo de los ojos del Niño Dios, de suerte que humedecieron todo el altar.

Eran estas lágrimas del Niño Jesus blancas, que parecian de leche, significando en esto, que por la que le habia dado su Madre, queria tener misericordia de Benito, pues así lloraba sus pecados, y queria se pagase por ellos con su sangre. Reparó tambien en este prodigio otro soldado, que estaba en la iglesia, y fué luégo á llamar á los demas. No le creian al principio, hasta que fueron á verlo por sus ojos: quedaron atónitos con tal espectáculo. Vueltos en sí tomaron un lienzo, y le empaparon en las lágrimas que caian de los ojos del bendito Niño, el cual despues repartieron entre sí, haciéndole muchos pedazos, y guardándolos por reliquias. Celebraron luégo aquella maravilla, disparando las piezas de artillería, con la mosquetería toda, y cortando muchos árboles enramaron la iglesia, por no hallar entónces mejor tapicería Nuestro Benito, por cuya causa se obró aquel prodigio, se sintió totalmente mudado, ya muy otro del que habia sido: hizo una confesion general con uno de la Compañía, con gran dolor y lágrimas; obligóse tambien con voto de hacerse Religioso, y lo cumplió luégo el año siguiente, entrándose en la Compañía de JESUS, queriendo ser recibido en ella, no para Sacerdote, sino para Hermano Coadjutor, pudiendo lucir mucho con sus grandes talentos. Pero estimaba en más que todos la humildad y abatimiento por Cristo.

Fueron grandes los ejemplos de virtudes que dió despues de religioso Echaron de ver en él los Superiores tan aventajado caudal, que siendo Hermano Coadjutor le quisieron varias veces ordenar, cosa muy rara en la Compañía. Pero él con saber bastantemente latin, nunca lo quiso consentir, sino conservarse en su estado humilde, teniéndose por indigno de tocar con su

manos el cuerpo de su Redentor Jesucristo. De la extraordinaria conversion de este Hermano se puede echar de ver cómo le habia escogido Dios para cosas grandes; y así le ofreció presto ocasion en que le sirviera mucho. Fué esta, que el potentísimo y valeroso Rey de Mogol, llamado Echebar ó Achebar, envió un Embajador al Virrey de la India, pidiéndole le enviase algunos Padres de la Compañía de JESUS á sus tierras, por la mucha estima que de ellos tenia, y para informarse de algunas cosas en materia de religion.

Era este Rey de gran ingenio y ánimo, pero de muchos vicios y no pocas virtudes, aunque aquellos verdaderos, y estas falsas; y así, aunque llegó á conocer la verdad de nuestra santa ley, no tenia ánimo para profesarla. Fueron señalados para esta grande empresa el P. Jerónimo Javier, sobrino del Apóstol de la India S. Francisco Javier é imitador suyo, el cual á la sazon era Prepósito de la casa profesa de Goa. Pero por ir á esta mision, renunció de muy buena gana aquella honra y oficio, deseoso no de honras sino de muchos trabajos, que llevados por Jesucristo, le parecian todos los del mundo pocos. El segundo fué el P. Manuel Piñeiro, persona de gran celo y espíritu, como se requeria para aquella empresa, y el tercero nuestro Benito de Goes, que aunque Hermano, juzgaron que haria más que otro Padre, por su gran virtud, prudencia y elocuencia en hablar cosas de Dios.

Partieron todos estos siervos del Señor, con grande ánimo para padecer y hacer mucho por su Nombre; ni aguardaron á ejecutarlo hasta llegar al Mogol. Por el camino iban haciendo oficio de predicadores suyos, llenándoles el Espíritu del Señor de tan soberanas consolaciones, que no se conocian. En Cambaya redujeron á los portugueses á que se confesasen todos; y estaban tan necesitados de que llegase quien les acordase de su salud eterna, que uno de ellos se habia hecho sacerdote de gentiles, tan encenagado en sus pecados, como se puede creer de quien habia llegado á tal extremo. Tocóle el Señor con la venida de sus siervos con su poderosa mano, de la cual fué solamente la mudanza que aquel hombre hizo: dejó los ídolos de repente, dejó los gentiles, y haciendo dolorosa penitencia de sus pecados, se entró por las puertas de la Misericordia divina, y tornó á las de la Iglesia y comunicacion de los cristianos.

II

Va al Mogol, y lo que hizo en aquel reino.

Pasaron despues los Padres y el H. Benito grandes riesgos de la vida y trabajos, hasta llegar á la ciudad de Lahor, corte del gran Mogol. Era gran parte del camino todo arenales, seco, sin agua, sin comida ni bebida, don-

de montes de arena solia levantar el viento, y sepultar los pasajeros, que habian escapado vivos de los salteadores. Si acaso topaban algun agua era toda salada, como si fuese del mar, aunque estaba bien distante de ella. Llegados á Lahor alcanzaron licencia del Rey, para que cuantos quisiesen de sus vasallos pudiesen ser bautizados, que edificasen la Iglesia, y predicasen á Cristo libremente. Ni quedó en Lahor templo ni mezquita de moros que se permitiese; las que habia se convirtieron en caballerizas ó alfolíes públicos; los Alcoranes fueron asolados: los dias de viérnes, que son los de fiesta para los moros, por hacer burla de su secta, hacia el Rey fiesta de puercos, haciendo traer cuarenta y más, que irritados unos contra otros rifasen, y despues esmaltaba en oro sus dientes; fuera de eso la gente blasfemaba de Mahoma.

Dióse principio á la conversion y bautismo de algunos, que mostraron su gran fervor en la fe, no faltando quien sobre la fe y cristiandad comun buscase la perfeccion evangélica. Partió el Rey de Lahor para Caximira, llevó consigo al P. Jerónimo Javier, y á su inseparable compañero Benito de Goes. Llevólos Dios allí para remedio corporal y espiritual de muchas almas. Sobrevino una hambre tan notable en aquella tierra, que las madres vendian á sus hijos para poder sustentarse á sí y á ellos. Causó esto grande compasion al P. Jerónimo y al H. Benito; y determinaron de comprar los chiquillos, porque aunque pobres esperaban en Dios, cuya causa hacian, que no les habia de faltar para tan buena obra. Fué esto de grande edificacion para los mismos moros, algunos de los cuales los llevaban sus hijos, y se los entregaban para que los bautizasen.

Volvió el Rey á su corte de Lahor; en ella con ocasion de la Pascua de Navidad la tuvo el H. Benito, para publicar grandemente los misterios de nuestra santa fe: porque con el celo y cuidado que tenia de la exaltacion del nombre de Cristo y su santísima ley, le parció que no podia dar mayor pregon de ella, que con representar á los ojos á toda aquella numerosa infidelidad los misterios del Nacimiento de nuestro Redentor; porque esto seria un sermon universal hecho á toda la corte y reino. Y así procuró, como tenia ingenio y maña para todo, hacer un curiosísimo Nacimiento de nuestro Salvador, representando al Redentor del mundo en el portal de Belen, puesto en un pesebre en medio de dos animales, con los pastores que le ofrecian dones todo con tal arte y gracia, que no sólo los fieles de aquella nueva cristiandad no se hartaban de verle; pero los moros y gentiles venian con tan gran concurso, que por todo el dia no se vaciaba la iglesia, y fué necesario que no se desarmase el Nacimiento hasta la octava de la Epifanía. Y no sólo lo admiraban los moros, pero reverenciaban, hincándose algunos de rodillas delante del Niño Dios.

Mas los gentiles mostraron mayor devocion, hicieron algunos votos á la Madre, y le traian dones, conforme á la facultad de cada uno; pidiéronle algunas cosas, que les concedió la santísima Vírgen. Uno de los gentiles trujo, como si fuera cristiano, dos cirios muy grandes, uno para que ardiese en honra del Hijo, y el otro de la Madre: dió juntamente de lismosna treinta escudos, los cuales repartieron luégo los nuestros á los pobres. Y porque no fuese muda la representacion de tan grandes misterios, hizo el H. Benito representar en lengua persiana á unos muchachos una sentenciosa égloga pastoril del Nacimiento del Hijo de Dios, cosa que causó no ménos gusto que estimacion de nuestra santa ley. Con esto y con la ocasion que tenian los nuestros de declarar á los que venian aquel misterio del Nacimiento, fué una continua y universal predicacion la de aquellos dias, con que se publicó y dió á entender bastantemente la excelencia de nuestra religion, y se acreditó entre moros y gentiles, aficionándose á ella muchos. No fué el que ménos el mismo Príncipe, hijo mayor del Rey, á quien no estorbó el recibirla otra cosa sino su poca continencia, por estar cargado de veinte mujeres, de las cuales no podia apartar su corazon verdaderamente de carne.

Entre tanta prosperidad no faltaron trabajos á los Padres, y ocasion en que el siervo de Dios Benito mostrase su grande ánimo. Habia en Lahor un armenio cristiano, el cual despues de muerta su mujer, se quiso casar incestuosamente con una sobrina suya. Estorbáronselo los Padres; queria por fuerza el mal cristiano que le diesen su consentimiento; resistieron los siervos de Dios, diciéndole que por ningun modo vendrian en ello, por ser contra las leyes de la Iglesia; valióse el armenio del Rey, para que hiciese que los Padres disimulasen con él; no aprovechó nada; mándales el Rey llamar muy apriesa. En el modo y ocasion que les llamó, todos entendieron era para hacerles alguna gran violencia ó matarlos. Iban los dos Padres Jerónimo Javier y Manuel de Piñeiro, porque conocian la soberbia y resolucion del bárbaro, considerando, segun dice el Profeta, como ovejas llevadas al matadero, determinados de dar la vida ántes que dar su consentimiento. Dejaban en casa á nuestro Benito, el cual, aunque le enfadaba grandemente el palacio, y huia de entrar en él, si bien el Rey le queria mucho, y hacia grandes favores; esta vez por no perder la corona del martirio ó de la paciencia, quiso acompañar aquella noche á los Padres: no le dejaron ir con ellos por más que lo procuró. Pero miéntras los Padres estaban con el Rey, juntó el fervoroso Hermano á los cristianos y catecúmenos que pudo, animóles para que estuviesen constantes para padecer la muerte por nuestra santa ley, y confesar siempre el nombre de Jesucristo. Hizo luégo que hiciesen oracion, porque Dios Nuestro Señor diese su gracia á los Padres, que

corrian tan gran peligro, para que perseverasen en su constancia, sin condescender en cosa ménos justa, ó sufrir la muerte por su santa Iglesia, y arrojando las vestiduras de las espaldas, empezó á desgarrar sus carnes con una rigurosa disciplina que se dió por el mismo fin: túvole muy dichoso por las oraciones del siervo de Dios.

Porque viendo el Rey, despues de hechas muchas diligencias, y tomado varios medios, el ánimo invencible de los Padres, y la determinacion tan constante que tenian de dar la vida ántes que consentir aquel incestuoso matrimonio del armenio, los dejó; si bien quedó ofendido en la respuesta del P. Javier, que con libertad cristiana le contradijo, refutando la sentencia del Rey. Era este bárbaro de gran entendimiento, y no de menor deshonestidad y ambicion de honra; la agudeza del entendimiento le hizo no satisfacerse de las sectas que habia en su tierra, de gentiles, moros y judíos. El vicio de la carne no le daba lugar á que abrazase la ley de Cristo; y su ambiciosa soberbia le levantó los humos para hacerse él autor de nueva ley, despues que hizo semejante diligencia á la que se cuenta del Rey de Egipto.

Cogió treinta niños ántes que supiesen formar palabra alguna, encerrólos en una casa, poniendoles buenas guardas, y teniendo gran cuenta que ninguna palabra oyesen de persona nacida, para saber en qué lengua hablarian cuando ya grandes, y escoger la religion que guardasen los de aquella lengua; pero no pudo averiguar nada, porque no pronunciaron palabra distinta y clara de alguna lengua. Con esto se resolvió este rey Echebar de ántes ser autor de nueva ley, que seguir alguna de las antiguas. Tenia ya algunos secuaces, que ó por adularle, ó por dadivas que de el recibian, aplaudian y recibian sus dogmas. Queria ser tenido por Dios, ó por un gran profeta y obrador de milagros. Algunas mujeres le hacian votos, y pedian sanase á sus hijos y el remedio de otras necesidades, y le hacian oblaciones: Tanto como esto le dementó su soberbia, aunque en otras cosas era excelente príncipe, magnanimo, y de otras muchas que parecian virtudes morales.

Entre los dogmas de este Rey ó nuevo sectario fue uno, que en cualquier acontecimiento y religion se podian casar con dos hermanas, y con las hijas de ellas. Y aquel mal cristiano armenio, cuando vio que quedándose cristiano no podia casarse con quien queria, hizose de la secta del Rey. Dijo el barbaro Principe al P. Jeronimo Javier, que para que extrañaba tanto aquel matrimonio: y que pecado podia ser casarse con dos hermanas ó sus hijas y seguir su secta? El P. Javier le respondio con gran resolucion: «Señor, no es menos que dejar el camino del cielo, y despeñarse sin remedio en el infierno; y asi ese hombre armenio, y cuantos siguieren la impía secta de V. Majestad se han de ir derechos y sin duda alguna a los infiernos,

Dijo esto el Padre delante de mucha gente y con gran libertad, y así lo sintió más el Rey, viendo condenar su secta tan libremente; pero disimuló por entónces por no parecer cruel, y más con los extranjeros que él habia hecho venir, cuyas muertes podria sospechar que procuraría vengar el Virrey de la India: y tambien con el respeto que tenia á los tres de la Compañía que tenia consigo, por su gran virtud; por la cual él les hacia la mayor honra que á ningun otro señor de su imperio: tambien porque el mismo Rey no estaba satisfecho de su misma ley y secta, y sobre todo porque Dios quiso mirar por sus siervos, y oir las oraciones, y atender á la penitencia del H. Benito, para que se lograse el fruto que de esta santa libertad del P. Javier queria coger su divina Majestad. Porque fuera de la admiracion de los gentiles en ver tal ánimo en los cristianos, y la estimacion que hicieron de la ley de Jesucristo, recompensaron muchos que se llegaron al gremio de la Iglesia por la apostasía de aquel armenio, la cual le pareció tan mal al Príncipe, hijo mayor del Rey, que se enojó con él grandemente, y si no fuera por respeto de su padre le castigara con rigor.

Despues de esto determinó el rey Echebar conquistar varios reinos de la India. y aun á toda ella aspiraba sujetar á su imperio. Partió de su córte con cien mil hombres, y más de mil elefantes de guerra. Iba delante otro capitan suyo con cincuenta mil hombres; aumentóse el número de los soldados á un ejército innumerable. En esta jornada quiso que le acompañase el P. Jérónimo Javier y el H. Benito de Goes, los cuales entre tanta multitud de barbaros hacian una vida celestial, dándose mucho al trato de Dios en la oracion. Celebraba cada dia el P. Jerónino, y ayudaba la Misa el H. Benito, no perdiendo ocasion de hacer la causa de Jesucristo, así con el Rey, procurando acabar de reducirle, como con muchos otros, cuanto podia dar lugar el ruido de las armas. Despues de muchas victorias, y señoreádose del reino de Decan, llegó el bárbaro á cercar la fortaleza inexpugnable de Syra, donde estaba el Rey Miramo de Brecempur, aliado con los portugueses. Faltóle pólvora y municion al Mogor; llamó á su tienda al P. Jerónimo, y al H. Benito, pidióles escribiesen á los portugueses de Chaul, para que se la enviasen, que él tambien despacharía sobre lo mismo sus reales cartas. Respondieron los siervos de Dios, que les mandaba su Majestad una cosa muy injusta á los portugueses, y por consiguiente el pedírsela ellos, por ser contra las leyes cristianas. Porque, á lo que parece, hacia aquel bárbaro guerra injusta, y tambien porque no era lícito quebrar las paces que habian hecho los portugueses con el Rey Miramo. Embravecióse el Mogor de la respuesta tan libre, desterrólos de su reino, mandándoles tornar á Goa. Los siervos de Dios, que no tenian ménos valor para hablar que para obrar, lué-

go quisieron partirse; pero detuviéronlos algunos señores, porque en el camino no les mandase matar el Rey; y porque conocian su condicion, que pasada la cólera echaria de ver la razon. Sucedió así, y el Rey quedó tan amigo de ellos como ántes, ordenando así la Providencia divina para con sus predestinados, para que no se perdiesen algunas almas que se perderian con la ausencia del P. Javier y H. Benito.

Pero aunque le faltó al Mogor pólvora para batir la fortaleza, no oro para ganarla: corrompió con liberales dádivas á algunos capitanes de ella, comprando de esta suerte la plaza, que no pudo conquistar. Mandó llamar Echebar á siete capitanes ó régulos, que cautivó; preguntóles qué religion seguian, y respondiendo que la de Mahoma, se enojó mucho, mandándoles tratar muy mal. El P. Javier y H. Benito se los pidieron al Rey por merced, el cual respondió: «Estos siete Reyes moros yo los habia de mandar matar; porque siendo descendientes de cristianos, han seguido la impía secta de los sarracenos; mas pues vosotros me los pedis, yo os los entrego totalmente, para que hagais de ellos lo que quisiéredes.» Agradeciéronselo los siervos de Dios, y de tal modo les hablaron y agasajaron, que convirtieron á todos siete. A otros muchos de esta fortaleza fueron causa de la vida eterna, fuera de otros que en el discurso de la jornada se lavaron con la sangre del Cordero en la fuente del Bautismo. Y para que se vea la Providencia altísima de la predestinacion eterna, hallaron acaso en un asqueroso muladar una criatura muriéndose, que allí habia arrojado algun bárbaro; bautizáronla, y luégo espiró, y entró en las moradas eternas á hacer compañía á las potestades y principados del cielo, para que se cumpla á la letra aquello del Salmo, que levanta Dios al pobre del estiercol para colocarle con los príncipes de su pueblo.

Todo esto le parecia muy bien al Rey Echebar, y favorecia cada dia más las cosas de la religion cristiana; porque era la que más le satisfacia, y nuestro Señor no sólo se lo daba á entender por el P. Jerónimo y H. Benito, sino por algunos prodigios que obraba en confirmacion de la doctrina, que enseñaban los de la Compañía. Uno de ellos fué, que por satisfacerse más este bárbaro de la ley verdadera, escribió en distintos papeles los nombres de todos los autores de leyes que alcanzaba á saber, como Moises, Licurgo, Mahoma, Camo del Japon y Jesucristo; y revueltas todas, mandó traer una mona muy ingeniosa, para que escogiese, y le diese una de aquellas, cuya ley era la verdadera. Estaban delante los mayores señores de su reino, y sus hijos. La mona tc
pó la primera con la cédula de Mahoma; olióla, y luégo haciendo con el gest
asco de ella la hizo pedazos, y comenzó á pisarla con los pies; lo mismo h
zo con la de Camo. Topó luégo con la de Licurgo, y riéndose de ella la a

rojó en tierra, como que tambien no hacia caso de ella. Topó luégo con la de Moises, á la cual sin gesto, ni muestra de desprecio, no hizo sino echarla en el suelo dejándola caer. Tomó luégo la que tenia el nombre de Jesus, empezóla á venerar y besar, y dando con ella en la mano muchos saltos de placer, se la mostró al Rey, dándole á entender, que aquel regislador habia de preferir á todos. Quiso el Rey que se hiciese otra vez la prueba: tornaron a escribir otras cédulas, y un señor de los que estaban presentes cogió sin que lo echasen de ver la de Jesucristo. Propusieron las otras á la mona; hizo lo mismo que la vez pasada, pasando las cédulas de Mahoma, Camo, Licurgo y Moises: cuando vió que faltaba la de Jesus, quedó suspensa y muy pensativa, mordiéndose las uñas de las manos: riñéronla, que por qué se estaba así, y no daba la cédula del mejor Legislador? Rascábase la mona la cabaza, heria con los pies la tierra, temblaba de rabia ó pena, porque le faltaba una cédula. Limpióse las narices, y luégo olió á todos los caballeros que estaban presentes, y cayendo en quien tenia la cédula, toma á su maestro por la mano derecha, llévale á donde estaba aquel caballero que habia escondido el papel del nombre de Jesus; al cual asió con la otra mano como apremiándole para que se le diese: al fin se le dió, y tomando el animal bruto el nombre de Jesus, hizo la misma fiesta que ántes, y la misma demostracion. Todo esto no bastó para que el Rey dejara su soberbia; y así tampoco bastó para que recibiese el suave yugo y Bautismo de Cristo: pero fué bastante para que favoreciese mucho á los de la Compañía y los cristianos.

III

Envíale el Rey Echebar por embajador á Goa.

Ofreciósele al Rey Echebar enviar un embajador al Virrey de la India, pidió al H. Benito le acompañase para que tuviesen mejor expediente sus negocios. No perdió la suya el celoso H. Benito, para procurar la mayor gloria de Dios, pidió al Rey por merced todos los cautivos hijos de cristianos, que era gran número de hombres y mujeres, que entre aquella morisma y gentilismo habian nacido, y no sabian de nuestra fe, ni tenian mejores costumbres que los moros. Llevóselos consigo á Goa, instruyólos en las cosas de nuestra santa fe, enseñóles la doctrina cristiana, y entrando con todos triunfando en Goa, les hizo bautizar solemnísimamente, con alegría singular de todos los portugueses.

Cumplida su embajada, volvió el H. Benito de Goa al Mogor, donde dió

principio á su peregrinacion y larga jornada en busca del reino del Catayo, en la cual más que en ninguna otra cosa mostró la grandeza de su ánimo y zelo, y el ardiente deseo que tuvo de padecer mucho por Cristo, emprendiendo por su amor una jornada tan incierta, trabajosa y sumamente peligrosa, ni se sabia que para buscar algun reino ó region, se haya hecho por tierra semejante jornada. La ocasion de ella fué, que habiendo oido el P. Jerónimo Javier y el H. Benito, cómo habia en las partes más orientales del Mogor unas tierras, que llamaban el Catayo, donde habia muchos cristianos; con el grande zelo que tenian de la salvacion de las almas, les pareció seria bueno buscar aquella desconocida gente, que aunque guardasen la religion cristiana, tendrian muchos yerros en ella, por la poca comunicacion con la Iglesia romana. Ofrecióse el fervoroso H. Benito á aquel grande trabajo de buscarla, poniéndose á pasar tantas muertes, cuantos peligros de ella habia de correr, que serian contínuos entre tantas bárbaras gentes y moros, enemigos del nombre de Cristo. Comunicóse el intento con el P. Nicolás Pimienta, Visitador de la Compañía y el Virrey de la India, y con aprobacion de todos envió el P. Javier á su compañero Benito á buscar aquel famosísimo reino, que los moros llaman Catayo, cuyo nombre vino antiguamente á noticia de los europeos, por autoridad de Marco Paulo, veneciano; si bien algunos siglos despues cayó de la memoria, de suerte que apenas se creia le hubiese en el mundo. El Virrey de la India (que en aquella sazon era Arias de Saldaña,) tenia órden del Rey que diese calor á esta empresa, con el gasto y con el favor necesario á disposicion del P. Visitador, lo cual hizo cumplidamente, conforme á su deseo de dilatar la fe católica.

Despidióse nuestro Benito del Rey Echebar, el cual lo hizo muy real y generosamente con él, dándole buena limosna para el camino, y juntamente sus patentes, salvos conductos, provisiones y cartas para varios Príncipes; y así fué juzgado por armenio, á quien se le concedia pasaje más libre, el cual le prohibiera si fuera tenido por español. Llevó consigo varias mercaderías, así para sustentarse vendiéndolas, como para que le tuvieran por mercader. Estas eran muchas de la India y del reino del Mogor, haciendo la costa el Virrey, y ayudando tambien á ella el mismo Echebar. Dióle el P. Jerónimo Javier dos compañeros, de nacion griegos, diestros en el camino, el uno de ellos era un Sacerdote para consuelo de Benito, y se llamaba Leon Grimano, el otro era mercader, llamado Demetrio: á estos se añadió un armenio, llamado Isaac, que fué el más fino de todos, y su perpétuo Acates; porque los otros dos, no pudiendo pasar adelante con tantos trabajos y peligros, le dejaron. Vistióse el H. Benito en hábito de mercader armenio, cristiano, y con nombre al uso de aquella nacion, llamóse Abdula, que significa señor, y añadió el de Isai

que suena cristiano; porque en nombre, en hábito, en sus palabras y obras, siempre quiso profesar ser discípulo y seguidor de Cristo, á vista de tantos enemigos suyos y paganos, que cierto fué esta una profesion de la fe heróica, y digna de la santidad y fervor de este Hermano. Partióse, pues, el siervo de Dios de Lahor con la bendicion del P. Javier y de los demas padres. Cada año partia una cáfila ó caravana de mercaderes de aquesta córte á otra de otro reino, que tenia su rey particular llamado Cascar, iban todos juntos, ó por ayudarse los unos á los otros, ó por defenderse de los ladrones.

IV

Parte á buscar el reino del Catayo.

Salió, pues, de la córte de Lahor por la Cuaresma del año de 1603, y en un mes llegaron á una ciudad llamada Atec, de la misma provincia de Lahor; casi quince dias despues pasaron un rio ancho, cuanto un tiro de saeta; pasóse en navíos por la comodidad de los mercaderes; en la otra orilla pararon cinco dias enteros, avisados de un grande número de ladrones que los esperaban. Despues en dos meses vinieron á otra ciudad, llamada Pasaur, donde estuvieron veinte dias, necesitados de descansar; saliendo de aquí á un lugar pequeño, encontraron un peregrino ermitaño de los que llaman yogues, del cual supieron que treinta dias de camino de allí estaba una ciudad nombrada Caferstan, donde no permiten que entre moro alguno, y si entra tiene pena de muerte. Los gentiles mercaderes pueden entrar en la ciudad, pero no en los templos. Contaba, que todos los naturales de aquella region no van, si no es vestidos de negro, á las iglesias. Que la tierra es fértil, y que tenia abundancia de uvas. Dióle á probar del vino á nuestro Benito, y era semejante al nuestro, cosa, que como no usada entre los moros, le causó sospecha, si por ventura era habitada de cristianos aquella provincia. En aquel lugar donde encontraron al yogue pararon otros veinte dias, y porque se decia que en el camino habia salteadores, les dió el señor de aquel lugar cuatrocientos soldados, para que les fuesen haciendo escolta. De aquí llegaron en veinte y cinco dias á otro llamado Guideli, en todo este camino se llevaban las cargas por la falda de un monte, y los mercaderes desde su cumbre con sus armas, descubrian los ladrones, porque suelen matar á pedradas los que pasan, si no se sube al mismo punto á lanzarlos de él con la misma violencia: los ladrones los acometieron, hirieron á muchos, y apénas escaparon con las vidas y las cargas. Nuestro H. Benito se retiró entre tanto á un bosque donde se en-

comendó á Dios, y rogaba por sus compañeros, que sin duda escaparon por él de muchos peligros. En todos sus caminos procuraba no perder á Dios de vista, cuidando de su trato familiar en la oracion, y cuando se paraban en algun lugar, se retiraba á negociar á solas con Dios, y todas las Pascuas del año estaba por muchos dias solo, haciendo los ejercicios espirituales de su P. San Ignacio.

Pero volviendo á nuestra historia, despues de otros veinte dias llegaron á Cabul, esta es una ciudad de feria muy frecuentada, que áun no está fuera de las tierras sujetas al Mogor. Aquí pararon el H. Benito y sus compañeros ocho meses enteros, porque algunos de los mercaderes no quisieron pasar adelante, y los demas atemorizados de verse tan pocos, no se atrevian á caminar. En esta misma ciudad y feria encontró con la cáfila de los mercadores una hermana del rey Cascar, por cuyo reino era el paso necesario para el Catayo. El rey se llamaba Mahamed Can. Esta misma era madre de otro Rey señor de Cotan, y ella se decia Age Hanen. Age es sobrenombre, ó apellido con que los moros honran a los que van á Meca á visitar el cuerpo de Mahoma, y volvia ahora la reina de un camino tan largo, á donde la llevó su impía religion, habiéndola robado una multitud de ladrones, y faltándole lo necesario para el gasto del viaje, buscaba remedio entre aquellos mercaderes, prometiendo pagar liberalísimamente y con puntualidad el principal y las ganancias y usuras, cuando llegasen á su reino. A nuestro Hermano le pareció esta ocasion de no perder para ganar la amistad del Rey del otro reino, porque espiraban ya las provisiones del Mogor. Y así le dió prestados casi seiscientos ducados que hizo de las mercaderías que allí vendió. Con esta liberalidad, y con que en el contrato no quiso usura ni ganancia, obligó tanto á la mora, que no queriendo quedar vencida le pagó largamente en pedazos de aquel mármol, nobilísimo entre los chinos, que no hay mercadería más á propósito para los que iban al Catayo.

De aquí se volvió Leon Grimano, el Sacerdote, rendido de los trabajos y las molestias del camino, y Demetrio, su compañero, se quedó en esta ciudad por causa de su mercancía. Partió nuestro Hermano en la cáfila de los demas mercaderes, con Isaac Armenio, solo; porque habiéndosele ya juntado otros, les parecia podian caminar seguramente. La primera ciudad que encontraron fué Characar, donde hay mucha cantidad de hierro. Aquí padeció una notable molestia nuestro H. Benito, porque en estos últimos fines del reino del Mogor, ya no hacian caso de sus provisiones, con las cuales hasta entónces habia caminado seguro y sin pagar derechos. Desde allí llegaron en diez dias á un lugar pequeño, llamado Paruan, y éste es el último del rey de los Mogores. Despues de haber descansado cinco dias, llegaron a unos altísimos montes de una re-

gion llamada Aingaran; pasados otros quince, entraron en Calca. La gente de esta tierra es de cabello y barba rubia, como los alemanes, habitan en varias aldeas. Caminados otros diez dias, encontraron un lugar que se llama Gialalabath, aquí cobran los derechos los brachmenes, por merced que de ellos les ha hecho el rey Bruarate. Luégo, despues de quince dias llegaron á Talhan, donde descansaron un mes, atemorizados de alboroto civil; porque por causa de una rebelion de los pueblos de Calca no estaban seguros los caminos. De aquí caminando á Queman, hay un pueblo pequeño (de la jurisdiccion de Abdulahan, rey de Samarhan, de Burgavia y Bucarete y de otros reinos convecinos,) cuyo Gobernador envió á avisar á los mercaderes se recogiesen dentro de los muros, porque fuera de ellos no estaban seguros de los rebeldes calquienses. Y aunque los mercaderes respondieron que querian pagar los derechos, y proseguir su camino de noche, no lo consintió de ninguna suerte el Gobernador, diciendo que aquellos rebeldes no tenian hasta entonces caballos, y que si los tomaban á los de aquella cáfila, con ellos mismos asolarian más cruelmente la tierra, y darian mayor molestia al pueblo; que más seguro le parecia se juntasen con los suyos para defenderse de la violencia de aquellos rebeldes. Apénas habian llegado á los muros del lugar, cuando llegó nueva que los de Calca venian, con la cual huyó con su gente el Gobernador. Los mercaderes en este peligro levantaron de repente una trinchera de sus cargas y carruaje, á donde trujeron gran cantidad de piedras, para servirse de ellas en faltándoles las saetas. Visto aquesto por los calquienses, les enviaron una embajada, que no tenian de qué tener miedo, que ellos les serian compañeros y defensores en el camino; pero no les pareció fiarse de rebeldes. Juzgaron de comun acuerdo ponerse en huida, no se supo cual de ellos dió noticia de esta determinacion á los de Calca, y así los acometieron, y ellos desampararon la ropa, y se acogieron á un bosque vecino.

Los salteadores sacaron de las cargas todo cuanto les dió gusto, y luégo llamaron á los mercaderes del bosque, y los mismos ladrones les permitieron que se entrasen con su ropa en el pueblo, desamparado y vacío: nuestro Benito no perdió más de un caballo, el cual recobró despues en cambio de unos paños de algodon. Estaban dentro de los muros, no sin grande miedo de ser acometidos y muertos de todos los rebeldes. Pero á este mismo tiempo un capitan de los mayores, llamado Olobet Ebadascan, de la region bucarate, envió á un hermano suyo, el cual con amenazas obligó á los rebeldes calquienses, á que dejasen ir libres á los mercaderes. Si bien en todo este camino por diversas veces les acometian los ladrones, y mordian la retaguardia de la cafila: y habiéndose parado un poco nuestro H. Benito, salieron contra él de una emboscada cuatro ladrones, cuya violencia burló de aquesta suerte:

Quitóse de la cabeza el turbante persiano, y se la arrojó, ellos pensando tenia en él algunas joyas, fueron á cogerle, y despues haciendo de él un juego de pelota, dieron lugar á nuestro Hermano, para que poniendo las espuelas al caballo se adelantase, y corriese más que los tiros de sus saetas, y se juntase con sus compañeros.

Despues de ocho dias llegaron á Tengi Badajan, por un camino malísimo: Tengi significa mal camino, porque es angostísimo, y no hay senda más de para uno solo, sobre un altísimo barranco de un rio. Los vecinos de esta ciudad, aunados con la misma escolta de los soldados que los acompañaba, dieron asalto á los mercaderes, y quitaron al H. Benito tres caballos, que rescató despues con dádivas. Aquí pasaron diez dias, y en otro llegaron á Charcunar, donde la fuerza de los aguaceros los detuvo quince en el campo abierto, y demas de la inclemencia del cielo fueron otra vez acometidos de los ladrones. De aquí llegaron á Serpanil, diez dias de camino más adelante, mas era el lugar desierto de habitadores y de bastimentos. Subieron á un alto monte llamado Sacritma, al cual no pudieron dar alcance, sino los más alentados y valientes caballos, los otros rodearon por camino más largo, pero más llano. En este lugar se mancaron dos caballos del H. Benito, y los criados trataban de dejarlos, viéndose fatigados del trabajo, mas al fin alcanzaron á los otros. En veinte jornadas siguientes vinieron a la provincia de Sarquil, donde hallaron muchas aldeas pobladas, unas cerca de otras. Pararon dos dias para reparar los caballos, de allí en otros dos llegaron al pié de un monte llamado Checalit, en cuya subida, por causa de la mucha nieve de que estaba cubierto, se helaron muchos hombres, y al mismo Benito le faltó poco para dar fin á su vida, porque estuvieron seis dias enteros en aquella nieve.

Finalmente se pusieron en Tanguetar, que es del reino de Cascar. Aquí cayó al agua desde la barranca de un grande rio el armenio Isaac, y estuvo ocho horas enteras medio muerto; mas con la ayuda y oraciones de Benito volvió en sí. Despues de otros quince llegaron al pueblo Jaconic, y fué tal el camino, que de la fatiga se le murieron seis caballos. Pasados otros cinco dias se adelantó nuestro H. Benito de la cafila, y entró primero solo en la Metrópoli, que se llama Hiarcan, de donde envió socorro de caballos, y proveyó de lo necesario á los compañeros, los cuales no mucho despues llegaron en salvo con sus cargas y mercaderías. Hircanda ó Hiarcan, corte del reino de Cascar, es una famosísima feria, así por el concurso de los mercaderes, como por la variedad de las mercaderías: en ella dió fin á su viaje la cafila de los de Cabul, y desde allí se ordenó otra nueva al Catayo, cuya capitanía vende el rey en mucho precio, y da al capitan jurisdicion real sobre los mercaderes

de ella en todo el camino. Primero que se juntase en forma, se pasó un año, porque no quieren ponerse en jornada tan larga, y tan peligrosa, si no son muchos juntos, ni tampoco la hacen cada año, sino los que ya saben que han de ser admitidos en el reino de Catayo ó la China.

No hay mercadería de más valor y más frecuentada en todo este viaje, que las piezas de un cierto mármol transparente, (al cual mármol nosotros por falta de otro vocablo llamamos jaspe,) que llevan al Rey alentados de la grandeza de su precio, cual el del Catayo ó China juzga ser conforme á su dignidad. Todo lo demas que á él no le agrada se puede vender libremente á los particulares con ganancia tal, que su esperanza da por bien empleados tantos trabajos y gastos. De este mármol componen varias preseas, vasos, guarniciones de vestidos y de ceñidores, donde insculpen artificiosamente flores y hojas con que representan no poca majestad. A este mármol, del cual está hoy lleno el reino de la China, llaman los chinos Yuje, y hay dos suertes de él, una más preciosa que la saca del rio Cotan, no léjos de la córte, casi de la misma manera que los buzos pescan las perlas, y suele sacarse como unos pedernales grandes: otra de ménos estimacion se saca de los montes, y se corta en piedras mayores, y en tablas de casi dos varas de ancho, las cuales se acomodan despues para el camino. Este monte está léjos de la córte, veinte dias de camino, y se llama Cansanguicajo, esto es, monte de piedra ó pedregoso, y verisímilmente es el que con el mismo nombre le llaman algunos en los mapas de este reino. Sácanse aquestas piedras con un trabajo increible, así por la soledad del lugar, como por la dureza del mármol, que para domarle, y para que se ablande algun tanto, es necesario encender encima un grande fuego. Tambien vende el Rey á algun mercader por mucho precio la licencia de sacarle, y sin la licencia de aqueste mercader no le puede sacar persona alguna, en todo el tiempo de su asiento y contrato. Cuando van á esto se lleva el sustento de un año para los trabajadores; porque en más breve tiempo no se da la vuelta á parte á donde haya lugares habitados.

Nuestro H. Benito cumplió con el oficio y obligacion de visitar al Rey, (llamábase Mahamertin) fué bien recibido por el presente que llevó, dióle un reloj para colgar del cuello, espejos de vidrio y otras cosas de Europa, con las cuales se holgó, y se le aficionó tanto, que recibió en su amistad y debajo de su amparo al que se las dió. No descubrió el Hermano al principio que queria ir al Catayo, sino solamente movió la plática del reino de Calis, que está al Oriente de esta córte; para este camino pidió provision real, siendo medianero para esto un hijo de aquella Reina peregrina, á quien prestó los seiscientos ducados. Tambien formó estrecha amistad con varios gentiles-hombres de Palacio.

V

Admira á los de Hircanda, y predica á Cristo.

Fué muy célebre la entrada del H. Benito en Hircanda; luégo que llegó se llenó la ciudad de su fama, diciéndose unos á otros cómo habia llegado un armenio recma, esto es de Europa, y que no seguia la secta de Mahoma. Y aunque, como hemos dicho, dió al Rey sus presentes, habiendo avisado al bárbaro que traia Benito la señal de los cristianos y su Evangelio, porque traia consigo una Cruz y un Diurnal, en que solia rezar por entender latin; y el dejar de haberse ordenado de Sacerdote, solo fué por humildad; mandóle el Rey se lo mostrase todo. El devoto Hermano, por hacer mayor ostentacion de nuestra santa fé, sacó su Diurnal envuelto en un paño de seda, y con singular reverencia le besó, y luégo puso sobre su cabeza. Fuésele á dar al asistente del Rey, tornando otra vez á besarle y ponerle en la cabeza, para obligar á aquellos infieles que hiciesen lo mismo, y así lo consiguió, porque hasta el mismo Rey hizo la ceremonia cuando le tuvo en las manos. Pidióle el Rey le declarase alguna cosa de aquel libro. Acertó á abrir en parte donde estaba aquella antifona de la Ascension, *Viri Galilaei, quid statis aspicientes in coelum?* Leyó con tal voz, y derramando tantas lágrimas, que obligó á los mismos moros á hacer otro tanto, de modo que daban muchos suspiros. Con aquella ocasion les declaró en lenguaje persiano, la cual lengua sabia bien, el misterio de la Ascension de Cristo Nuestro Salvador, la venida del Espíritu Santo que nos tenia prometido, y luégo la que ha de hacer el Hijo de Dios, cuando venga á juzgar al mundo. Y tornando con el Salmo *Miserere mei*, con cuya ocasion les trató de la penitencia de los pecados y la gravedad que tenian, decíalo todo con tal espíritu, que se miraban unos á otros aquellos bárbaros, y el Rey, espantado de tan altos misterios, decia: *¿Qué es esto?* Pidióle luégo la Cruz; diósela el Hermano con la misma reverencia. Declaróles de la misma manera el misterio de la Cruz y redencion del género humano. Satisfizo á algunas preguntas que le hizo el Rey, con grande admiracion de los bárbaros y gozo del H. Benito, por verse predicador de Jesucristo en medio de aquel paganismo y morisma, y que por su medio eran respetadas y admiradas las cosas de nuestra santa fe, dando por bien empleados los trabajos pasados por aquella gloria, que se daba á su Redentor de sus mismos enemigos. Otro dia le hizó llamar el mismo Rey de Cascar, estando presente

los caciques y letrados de su torpísima secta: (á los letrados llaman mulas,) Preguntáronle, ¿qué ley profesaba, si la de Moises ó de David ó la de Mahoma, y á cuál parte se volvia cuando habia de orar á Dios? Respondió: que profesaba la ley de Jesus, á quien ellos llaman Isai. Y que para orar se volvia á cualquier parte, pues en toda parte estaba Dios. De esta última respuesta se levantó entre ellos grande contienda; porque los moros se vuelven al poniente. Al fin concluyeron, que tambien podia ser buena nuestra ley.

Deseó el Príncipe, hijo de aquella Reina, á quien dió los dineros el H. Benito, verle hablar de nuestra fe, y oirle leer en el Diurno, lo cual hizo con tal espíritu y devocion, que el mismo Príncipe lloró, y quedó tan aficionado al Hermano, así por aquella liberalidad que usó con su madre, que espantó á los moros, como por su persona, que dijo; que cuando volviese, le habia de acompañar y defenderle con su misma vida, si fuese menester, de los que le quisiesen ofender. En otra ocasion declaró al Rey, y á los suyos el misterio de la Santísima Trinidad, y de muchos de los atributos divinos, de la eternidad, magnificencia, omnipotencia de Dios con que crió todas las cosas. Quedaban los oyentes pasmados, diciéndose: ¿«Estos son los que pensábamos que no tenian ley»? El Rey decia: «un grande sabio y doctor es este que estamos oyendo.» Pareciales el H. Benito hombre admirable, y verdaderamente lo era. Juntaron un concilio los principales sarracenos y moros, en que trataron cómo podian reducir a su secta una persona de tan grandes partes como Benito. Los más dijeron que seria cosa imposible, y que primero se dejaría hacer pedazos. Tal resolucion echaban de ver en el modo con que les declaraba los misterios de nuestra santa ley. Con todo esto no faltó uno que se ofreció á ello, y prometió de procurarlo con todas sus fuerzas. Cuando conoció su intento el siervo de Dios, se fué á este moro, y le dijo con gran valor: ¿«Qué te cansas en vano, buen hombre? ¿porqué te atormentas, y trabajas en lo que no has de conseguir, que yo quiero á mi ley más que á las niñas de mis ojos, y á mi misma vida? Si lo haces por coger las cosas que traigo conmigo, tómalas todas, y toma mi mismo cuerpo, y hazle pedazos, y corta uno por uno todos mis miembros, que no podrá sucederme cosa de mayor alegria, que morir con este género de tormento y crueldad por mi Redentor y Jesucristo.» Asombró al moro esta resolucion, y enmudeció sin hablarle más palabra de aquel punto.

Otra vez llamó á Benito un gran señor de la corte, para que tratase en su casa delante de muchos moros de las cosas de los cristianos. Uno de ellos considerando la persona de Benito, su mucha gracia y caudal, se compadeció de él diciéndole, que se dejase de aquellas cosas, y se hiciese moro, rogándoselo mucho, y que hiciese á su Mahoma juntamente con él un solemne zalemna, diciendo que no le faltaba otra cosa para ser un gran varon; y

diciendo y haciendo, despidiendo del pecho un gran suspiro, comenzó á pronunciar la fórmula. Mas como vió que Benito no le seguia, ni hacia caso de él, dió un gran gemido. Los otros moros bramaban, y echaron mano á los alfanges contra el siervo de Dios. Pero él, muy seguro en medio de tantas armas que le amenazaban, no hizo movimiento alguno, sino sólo decir al caballero cuya era la casa: ¿«Para esto, señor, me convidastes, y vine á vuestra casa, fiado de vuestra palabra? Al fin detuvo el Señor, á quien predicaba Benito, las manos de aquellos bárbaros, respetando en él su gran constancia, que pretendian conquistar.

Otra vez estando comiendo con otros muchos, entró un hombre furioso con un alfange desnudo, y acometiendo al Hermano, le mandó que invocase á Mahoma, si no que le habia de matar. No lo quiso hacer el siervo de Dios, sin dársele nada de las amenazas, ni áun de las obras que en él podia ejecutar el moro; pero no le dieron lugar los demas que comian, porque cogiéndole las armas, echaron fuera de la casa á aquel hombre atrevido. De la misma suerte, estando en una conversacion de muchos, salió un cacique de los moros, y puso un puñal al pecho al H. Benito, amenazándole con la muerte, si no hacia el zalema á su profeta falso. Estaba el siervo de Dios riéndose mientrastenia el otro la punta del puñal junto á su pecho: tan seguro estaba en medio de tantos riesgos, y lo podia estar por la experiencia del favor divino, entre tantos y tan manifiestos peligros de la vida, guardándosela en esta como en otras muchas ocasiones; unas veces disponiendo su divina bondad que acudiesen otros á favorecerle; otras, porque ponia tal gracia en sus palabras, que con una sola solia apaciguar los corazones más enemigos, las más veces ganándolos por amigos. Valíale para todo el continuo recurso que tenia á Dios este su siervo, orando con él, áun mientras estaba con los hombres.

Habia en la ciudad de Hircanda cien mezquitas, y cada viérnes se mandaba pregonar, que se acordasen cómo aquel dia se habia de ir á la mezquita principal, para rezar ciertas preces y oraciones de su maldita secta. En acabándolas salian doce hombres con unos azotes de toro, y á cuantos encontraban que no habian asistido, les daban con ellos, con lo cual se purgaban de aquella su culpa. Habia tambien costumbre, que visitasen todos cada dia cinco veces la mezquita de su vecindad, y si no, tenian cierta pena: forzaban al H. Benito, que visitase su templo, ó que pagase la pena. No quiso hacer uno ni otro. Sabiendo el Rey lo que pasaba, ordenó que no se metiesen con él, y que le dejasen vivir en su ley de Cristo.

Sobre todo admiraba á cuantos le conocian la virtud y santidad del Hermano. Decian los mismos moros, que no habian visto hombre más santo que

aquel armenio. Fiado en su santidad, llegó uno á que le sanase un hijo suyo, que habia un año que estaba muy malo, sin aprovecharle remedio alguno de los muchos que le habia hecho. Fué el Hermano á ver el enfermo, puso sobre él el Diurnal y la Cruz, díjole un Evangelio, y sanó luégo el doliente cobrando todas sus fuerzas. Con otras maravillas semejantes confirmó nuestro Señor la verdad de su santa fe, y mostró la rara virtud de Benito.

Seis meses habian pasado, cuando sin pensar llegó Demetrio, uno de los antiguos compañeros que se habian quedado en Cabul, y con su venida se alegraron nuestros Benito é Isaac armenio, pero fué breve el contento, porque por su respeto corrieron peligro. En este tiempo con licencia del Rey se eligia entre los mercaderes un Emperador de burlas, (como en España los obispillos,) al cual todos los demas daban la obediencia, y le servian, y áun le hacian presentes conforme á su uso. Demetrio, por no gastar, hurtaba el cuerpo á esta ocasion; y porque este Emperador tiene poder para prender á los rebeldes, y áun para mandarlos azotar, no estuvo léjos de lo uno y de lo otro. Pero el H. Benito lo compuso todo con su prudencia, y con su intercesion y un presente alcanzó que le perdonase. Otro mayor peligro sucedió; asaltaron unos ladrones la posada, maniataron al armenio, y con un puñal á los pechos le forzaban á que no diese voces, mas sintiéndolos por el ruido el H. Benito y Demetrio, se pusieron en cobro.

Habia hecho una ausencia el H. Benito, á donde estaba aquella reina, á quien habia socorrido en el camino. Estaba su corte léjos de allí, jornada de diez dias, y en ir y en volver se pasó un mes. En este tiempo esparcieron los moros nuevas falsas de la muerte de Benito. Decian que sus caciques lo habian muerto, porque habia rehusado invocar el nombre de su falso profeta; y ya los caciques de Hircan intentaban despojarle de cuanta hacienda tenia, como que hubiese muerto *ab intestato* y sin heredero. Lo cual dió mucha molestia á Demetrio y al armenio, procurando defenderse. El uno y el otro lloraban cada dia su muerte, y así despues fué doblado su contento, cuando le vieron llegar bueno y salvo; porque volvia muy rico y satisfecho con aquel más precioso mármol. Con esto, dando gracias, repartió mucho entre los pobres de limosna. Este estilo guardaba liberalmente en todo el camino.

Entre tanto se publicó por capitan de la cáfila de los mercaderes, que se aprestaba, uno de la tierra, llamado Agiasi, el cual porque tuvo noticia que nuestro Hermano era hombre cuerdo y razonablemente rico, le convidó á su casa a un solemne banquete, donde fuera de muchos regalos no faltó música de la de aquella gente. Al fin de la comida le rogó se fuese con él hasta el Catayo, no habia cosa que más el Hermano desease. Pero con la larga experiencia habia aprendido cómo habia de tratar con los moros, y así ántes quiso ser rogado

que rogar, no habiendo descubierto sus intentos á los de Hircan. Interpuso el capitan de la cáfila ó caravana el favor del Rey, al cual el H. Benito prometió hacerlo, mas con tal condicion, que le habia de dar pasaporte y patente para todo el camino. Con esto se ofendieron sus compañeros de la primera cáfila de Cabul, porque no querian carecer de su compañía. Advertíanle, que no se fiase de los naturales de aquella tierra, que era gente perversa, y con esta traza llevaban ya quitada la hacienda y la vida. Disculpóse el Hermano, con que le obligó á ello la autoridad del Rey, y con que habia dado la palabra al capitan de la cáfila, á quien ya no estaba en su mano faltar, ni le era cosa segura. No era vano el miedo de estos mercaderes, porque muchos de los mismos naturales de la tierra afirmaban, que apénas habrian salido de los muros de la ciudad aquellos tres armenios, (que por la semejanza de la ley los tenian por de una nacion,) cuando los habian de matar. Y así Demetrio, asombrado de esto, desistió segunda vez de aquesta peregrinacion, y tambien rogaba á nuestro Hermano se volviese y dejase la jornada. Mas despidióle de sí, diciendo; que en ningun tiempo faltaria de su obediencia por miedo de la muerte, mayormente en este negocio, de donde se esperaba grandísima gloria de Dios; que le parecia cosa indigna dejar burladas las esperanzas de tantos por el temor de la muerte, engañar al Arzobispo de Goa y al Virrey de la India, despues de tanto gasto hecho; que él esperaba dar fin á aquel negocio con el favor de quien, amparado hasta entónces, habia llegado allí; que si el suceso no respondiese á su deseo, de buena gana ófrecia su vida en esta causa.

Y verdaderamente, así como fué grande la constancia de este siervo de Dios en proseguir su camino, así tambien no fué mucho de espantar, que los que no tenian tanto espíritu, faltasen en él; porque fuera de los peli gros de los salteadores, y de las naciones tan sin Dios ni ley, por donde pa saban, habia otras incomodidades, y peligros de vida grandes. De modo, qu se iba poco á poco disminuyendo la compañía ó cáfila en que iban. Y d solas las nieves y excesivos frios se quedaron muchos muertos por los ca minos. Pero el ánimo y obediencia del fervoroso Hermano atropellaba co todo, sin reparar áun en su propia vida, corriéndose que pudiese más en l infieles la codicia de lo temporal, que en él la caridad de Dios.

Apercibióse, pues, para el camino, y compró diez caballos para sí, para s compañero y para las cargas; otro tenia ya en casa. Entretanto el capitan d los mercaderes habia ido á su casa, que distaba cinco jornadas de la corte, disponerse para el camino. De allí envió un mensajero á nuestro Hermano, q comenzase á caminar lo más presto que pudiese, y que con su ejemplo ob gase á los demas mercaderes. Hízolo de buena gana el año 604, casi media

noviembre. Llegaron á un lugar llamado Yolchi, donde suelen pagar derechos, y examinar las provisiones reales. De aquí en veinte y cinco dias pasaron todos estos lugares Hanchalix, Alchegret, Hagabateth, Egriar, Mesetelec, Thalec, Horma, Thoantac, Mingieda, Capetalcol, Cilan, Sareguebedal, Cambaji, Aconsersec, Chiacor, Actu. Fué muy pesado y molesto este camino, así por la muchedumbre de las piedras, como por la esterilidad de la arena seca. Aesú es un pueblo del reino de Cascar, cuyo Gobernador era un nieto del Rey, de doce años. Este hizo llamar al H. Benito, el cual le presentó algunas cosas á propósito de su edad: lo mismo hizo con su madre.

VI

Otras cosas que le sucedieron en el camino.

En este camino cayó en un furioso rio uno de los caballos de nuestro mercader, porque estando maniatado con su traba, la rompió, y salió á la otra parte. Sintió Benito esta pérdida, é hizo oracion invocando el nombre de Jesus, y luégo el caballo por sí mismo volvió á pasar el rio, y se juntó á la compañía de los demas, por lo cual dió muchas gracias á Dios. Tambien en este camino se pasa un desierto nombrado Caracatai, que significa tierra negra de los catainos, porque dicen que vivieron allí mucho tiempo. Aquí esperaron quince dias á los demas mercaderes, de donde al fin partieron, y llegaron á Oitograch, Gazo, Cajani, Delai, Saragabedal, Ugan, y despues á Cucha, á donde pararon un mes entero para reparar los caballos, que casi habian perdido las fuerzas con las molestias del camino, con el peso del mármol, y con la falta de la cebada y sustento. En este lugar preguntaron los caciques al H. Benito, qué era la causa porque no ayunaba los dias de su ayuno solemne. Hacian esto por la esperanza de alguna dádiva, con que ganase de ellos la absolucion, ó porque les pagase alguna pena y condenacion. Y no fué poco el trabajo que le causaron los que le querian hacer fuerza, en que fuese á su mezquita.

Desde aquí despues de veinte y cinco dias de camino llegaron á la ciudad de Chalis, pequeña, pero bien fortificada. Gobernaba esta region un hijo ilegítimo del Rey de Cascar, el cual, en sabiendo que el Hermano profesaba otra ley, comenzó á atemorizarle, diciendo que habia sido demasiado atrevimiento, que uno de otra ley hubiese entrado hasta aquellas regiones, y que podia quitarle la vida y la hacienda; mas leyendo la provision se aplacó, y en recibiendo un presente, tambien fué amigo. Una noche estuvo el Príncipe

disputando mucho tiempo en su secta con sus caciques y letrados, y súbitamente le vino al pensamiento llamar á nuestro Benito. Envióle un caballo, y le convidó á palacio, y porque era á deshoras, y en la primera vista le habia recibido poco benignamente, nadie puso duda en que le llamaba para darle la muerte; y así apartándose de su compañero, no sin lágrimas, se dispuso para recibirla. Rogaba al armenio su compañero, que de su parte se hubiese animosamente, para que, si por ventura escapase de aquel peligro, diese noticia de su muerte á los de la Compañía. Entrado, pues, Benito en palacio, se le mandó que disputase con los doctores de la secta mahometana, é inspirándole aquel Señor, que dijo: *Dabitur vobis in illa hora quid loquamini. Daráseos en aquella hora lo que habeis de hablar:* confirmó la verdad de la ley cristiana con tan discretas razones, que les hizo callar. El Príncipe siempre defendia al Hermano, aprobando todo cuanto decia, y al fin concluyó, que los cristianos eran verdaderos mis hermanos, palabra que significa fiel; y añadió que sus antepasados habian guardado aquella ley.

Acabada la disputa, le convidó á una solemne cena, mandando se quedase aquella noche en palacio. Despidióle el dia siguiente, ya tarde, tanto que Isaac estaba desconfiado de su vuelta. Hallóle llorando, porque la tardanza le habia persuadido su muerte. En esta ciudad estuvieron tres meses enteros, porque el capitan de los mercaderes no quiso partir, sin un grande acompañamiento, pues cuanto fuese más copioso, tanto lo seria de mayor ganancia, y por esta causa no consentia que nadie fuese adelante. El H. Benito con el enfado de tan larga tardanza, y obligado de los muchos gastos, trataba de partirse solo, y así, granjeando con nuevos dones al Príncipe, recabó de él que le diese licencia para irse sin esperar al capitan. Dióle el Príncipe cartas con que fuese seguro, y llegando á tratar de su nombre, le preguntó en qué forma queria que le nombrase? Respondió, que con el nombre de cristiano, porque con él habia pasado todo aquel camino, hasta donde se hallaba, y con él queria darle fin. Oyó aquesto acaso un cacique viejo venerable, el cual, quitándose el turbante de la cabeza le arrojó en el suelo, y exclamó diciendo: «Así conviene por cierto que se haga: este es fiel observante de su ley.» Veis aquí, que en vuestra misma presencia, que profesais otra, y en la de los demas, no duda de confesar á su Jesus. Los nuestros de otra suerte proceden, de quienes se dice, que con la mudanza de la region, mudan tambien la religion. Y luégo volviéndose al H. Benito le hizo una honra nunca acostumbrada. De esta manera resplandece la virtud tambien en las tinieblas, y hasta sus enemigos mal de su grado la veneran.

Finalmente se partió con su compañero y con otros pocos, y en veinte dias llegaron á Puchan, lugar del mismo reino, á donde los recibió humaní-

simamente el Gobernador; tanto que les traian de su casa todo lo necesario para el sustento. De aquí vinieron á Turfan, ciudad fuerte, donde pararon un mes, de allí á Aramuth, y luégo á Camul, tambien lugar fortificado. Aquí estuvieron otro mes, reparándose á sí y á los caballos, porque en este distrito del reino de Chalis fueron tratados humanísimamente, y aquel es el último pueblo de él. De Camul en nueve dias llegaron á aquellos septentrionales muros del reino de la China, en un lugar llamado Quiaicion, con lo cual entendió el H. Benito ser el Catayo el mismo reino que el de la China. En Quiaicion estuvieron veinte y cinco dias, esperando la respuesta del Virrey de aquella provincia. Admitidos finalmente dentro de los muros, entraron con un dia de camino en la ciudad de Sochen.

En aqueste camino cayó Benito una noche del caballo, habiéndose adelantado los compañeros sin reparar en ello; de la caida quedó tendido en la tierra, medio muerto, y ya la compañía habia llegado á la posada cuando sintieron su falta. Su compañero Isaac le buscaba, era la noche oscura, y no le hallaba; hasta que oyó una voz que invocaba el nombre de *Jesus:* siguiendo el eco de ella le halló, ya desconfiado de alcanzar á los compañeros. Díjole: «¿qué ángel te trajo para que me libraras de tan evidente peligro?» Y ayudándole el armenio llegó á la posada, donde se reparó.

A esta ciudad vienen casi siempre los mercaderes del Occidente, que con fingidas embajadas de siete ó de ocho reinos, que antiguamente hicieron alianza con el de la China, alcanzaron que cada seis años vengan setenta y dos con nombre de embajadores, á pagar al Rey tributo de aquel transparente mármol, pedazos de diamantes, color azul y otras cosas semejantes, que traen, cuya venida á la corte, y la vuelta á sus tierras, es á costa pública. El tributo más tiene de honra que de provecho; porque no hay á quien le salga más caro que al mismo Rey, el cual tiene por cosa contraria á su grandeza recibir alguna graciosamente de los extranjeros, y sin duda los reciben con tan real costa, que poniéndolo todo en cuenta, es cierto, que fuera de los gastos necesarios, le queda á cada uno de ganancia un escudo de oro por cada dia. De aquí nace, que muchos pretendan á competencia aquesta embajada, y el mercader la alcance del capitan, á quien pertenece el nombramiento, con muy grandes dádivas. Cuando llega el tiempo de ella, fingen cartas públicas de sus Reyes, con las cuales reconocen al de la China su obediencia de vasallos. Semejantes embajadas admiten los chinos de varios reinos, del de Cochinchina, de Sian, de los Lequios, de Corai y de algunos señores tártaros, no sin increible gasto del tesoro público. Con estas trazas los mismos chinos, que no ignoran el engaño, se burlan de su Rey, con deseo de adularle; como que todo el mundo universal le paga tri-

buto, como si no fuera más verdad, que ántes él le paga á estos reinos. Llegó nuestro Benito á la ciudad de Socheu, y lo que descubre bien la divina Providencia de tan largo camino llegó rico. Traía trece caballos, cinco criados, á quien pagaba salario, dos muchachos esclavos que habia comprado, y más precioso mármol que los otros, cosas que se estimaban en mucho, y demas de esto con entera salud él y su compañero Isaac.

VII

Muere santamente en la China.

Aquí se confirmó el H. Benito de unas nuevas que habia tenido ántes de entrar en la China, de cómo el P. Mateo Ricio habia hecho asiento en la corte de Pequin, y lo mucho que le favorecia el Rey. Holgóse extrañamente. Escribióle luégo á Pequin, avisándole de su venida. Entregó estas cartas á unos chinos, pero como no sabia el noble chino del Padre, ni el barrio donde vivia, y eran escritas en letra de Europa, no pudieron topar con los nuestros los que las llevaban. Él escribió otras el año siguiente por el tiempo de la Pascua, llevólas un moro fugitivo de aquella ciudad, porque no pueden entrar ni salir sin licencia de los mandarines. En ellas daba cuenta de su viaje; rogaba le buscase modo cómo sacarle de la prision de aquella ciudad, y le trocase el trato que tenia con los moros al de su vivienda y comunicacion suavísima, y que deseaba volver á la India por mar.

Alegráronse sobremanera el P. Mateo Ricio y los demas de la Compañía con las cartas que recibieron casi al fin del año, á mediado de noviembre. Trataron luégo de enviarle uno de los nuestros para que de cualquiera suerte lo trajese á la corte. Mas despues no siguieron este consejo, porque no fuese de más daño que provecho un extranjero á otro extranjero, y así enviaron á uno de los criados en casa, que poco ántes habia sido recibido á la Compañía, chino de nacion, aunque se llamaba Juan Fernandez, mancebo de singular prudencia y virtud, y á quien pareció se podia encomendar seguramente este negocio. Diósele por compañero un neófito de aquellas regiones, y órden, que por cualquier modo procurase traer al H. Benito y á sus compañeros; y que si no se pudiese recabar con las guardas de los mandarines, ó alcanzar licencia de ellos, él se quedase con el H. Benito, y volviesen de nuevo á dar aviso por cartas; que no faltarian modos de traerle con el favor de los amigos de Pequin. Bien pesada parecia esta peregrinacion, mayormente en tiempo cuando en estas regiones suele ser la mayor fuerza del invierno; porque aquel lugar donde es-

taba Benito distaba de la corte de Pequin casi cuatro meses de camino. Con todo esto al P. Mateo le pareció no dilatarlo más, porque con la mayor dilacion del tiempo, no viniera á quedar dudoso Benito de la asistencia de los nuestros; y fué verdaderamente consejo muy acertado, porque si se tardara algunos dias más no le hallara vivo. Envióle el P. Mateo cartas, en que le advertia de la suerte que podia hacer seguramente de su camino; tambien los otros dos de la Compañía le escribieron largo de nuestras cosas en aquella corte, satisfaciéndole el deseo de saberlas.

Entretanto padeció el H. Benito en aquella ciudad aun más que en el camino por causa de los moros, y por la carestía de los mantenimientos, y le era fuerza vender su precioso mármol la mitad de lo que valia más barato. Juntó, pues, mil y docientos escudos, de cuya mayor parte pagó lo que debia, de lo restante sustentó todo un año su familia. En esta sazon llegó la cáfila de los mercaderes con su capitan. Vino el Hermano á tanta necesidad, andando el tiempo, con la obligacion de los huéspedes, y mucho más de su caridad, (que no sabia tener cosa suya que no repartiese con los pobres,) que le fué forzoso vivir de prestado, y porque estaba elegido en el número de los setenta y dos embajadores, compró algunos pedazos de mármol, y enterró cien libras de él, por no tenerle ocasionado á las asechanzas de los moros; porque sin él absolutamente le excluyeran de la jornada de Pequin.

El H. Juan Fernandez salió de la corte á once de diciembre del mismo año, y le sucedió aquí nueva desgracia en el camino. Huyósele un criado desde la metrópoli de la provincia Xansi, llamada Singan, y llevóle la mitad del dinero y del matalotaje. Con todo esto de allí á dos meses llegó con grande trabajo á la ciudad de Socheu, al fin del mes de marzo de 1607. Halló á nuestro Benito en la cama, afligido de una enfermedad mortal, al cual la noche ántes le consoló el Señor, avisándole cómo el dia siguiente habia de venir de Pequin uno de la Compañía de Jesus; dió muchas gracias al Señor el Hermano, y en amaneciendo envió á su compañero el armenio á la plaza, para que comprara algunas cosas, que queria repartir entre los pobres en accion de gracias, lo cual hizo tambien con instinto divino; porque estando en la plaza el armenio, llegó uno que no supo quién era, y le dijo cómo uno de la Compañía habia llegado allí desde la ciudad de Pequin, mostrándole juntamente al mismo H. Juan Fernandez, el cual siguiendo al armenio vino á donde estaba nuestro Benito, y le saludó en lengua portuguesa, del cual sabiendo lo que pasaba recibió las cartas, y levantándolas en alto lleno de consuelo y de lágrimas, soltó la voz con el viejo Simeon en su cántico, diciendo: *Nunc dimittis servum tuum;* porque ya le pareció que habia cumplido lo que se le habia mandado, y dado fin á su peregrinacion: luégo leyó las cartas, y

toda aquella noche las tuvo consigo abrazadas. Lo que se dijo, y lo que se preguntó, más fácil es conjeturarlo, que poderlo referir. Hizo el H. Juan Fernandez con el H. Benito todos los oficios de caridad que se podian desear, sirviéndole como merecia su virtud y su trabajosa y larga peregrinacion, hecha por solo Jesucristo.

Pero queria ya nuestro Señor premiar el celo de quien le habia mostrado tanto en servirle, y así por más que le asistió el H. Juan Fernandez, las fuerzas del enfermo y las medicinas convenientes faltaban á una; y no pudiendo aplicarle otro remedio á su mal, sino aderezarle la comida al uso de Europa, se la guisaba él mismo, y así once dias despues de haber llegado espiró, no sin sospecha de que los moros le hubiesen dado veneno, los cuales tenian perpetuas espías para robar lo que le quedase al muerto. Hicierón esto con grande inhumanidad y avaricia; desapareciendo juntamente las obligaciones, que le tenian hechas, de lo que les habia prestado. Querian enterrar al siervo de Dios con los ritos mahometanos; prendieron tambien al armenio Isaac, compañero del camino, y le forzaban á que invocase á Mahoma. Contra todo prevaleció el valor del H. Juan; el cual acomodó en un ataud el cuerpo difunto; depositóle en parte decente, y púsose luégo con el armenio á rezar Rosarios por su dichosa alma.

No tuvo más exequias entre aquel inmenso paganismo el siervo de Jesucristo, y no le fué poca ocasion de merecimiento morir en parte tan desamparada, donde no pudo gozar de los buenos oficios, que en el último paso usa la santa Madre Iglesia con sus hijos. Murió sin recibir el Viático y sin confesarse, por no haber Sacerdote que le administrase estos saludables Sacramentos. Pero conformóse con la voluntad divina, y consolóse con la satisfaccion de su conciencia. Dijo cuando estaba para morir: *Muérome sin este consuelo de poder recibir los Sacramentos; pero, por la misericordia de Dios, no me acusa la conciencia de cosa que parezca ser de importancia;* ántes habia hecho muchas de gran servicio divino en todo su camino, en el cual repartió gruesísimas limosnas, siendo muy liberal con nuestro Señor; hacia bien á todos, preciábase públicamente de cristiano, exaltaba el nombre de Cristo por donde quiera que iba; procuraba tener contínua oracion, no sólo la ordinaria de cada dia y la presencia de Dios, que áun en las acciones exteriores y trato con los hombres guardaba; pero muy á menudo vacaba largamente por muchos dias á su Dios solamente, sin hacer otra cosa. Obró el Señor en su favor cosas maravillosas. Al fin dió la vida en una demanda tan árdua, de peregrinacion tan larga y trabajosa, en que mostró su gran celo de las almas, su excelente obediencia, su rara constancia y su admirable grandeza de ánimo, que ayudado con la divina gracia fué más admirable.

Murió á los once de abril del año de 1607, segun escribe el P. Jarrich, el cual escribió la vida de este varon en su *Thesauro Indico*, tom. 2. Y más extendidamente en el tom. 3, lib. 1, por los capítulos 4, 5, 10, 24 y 25. Escribiola tambien el P. Nicolás Trigaultio, lib. 5. *De Christiana Expeditione apud Sinas*, en los capítulos 11, 12 y 13. Hace memoria del mismo H. el P. Juan Burgesio, libro de *Patrocinio Virginis*, cap. 30; de los cuales se ha sacado lo que aquí hemos referido.

Este suceso tuvo el viaje del H. Benito en busca del reino del Catayo, por el celo de los de la Compañía, que desea amplificar el reino de Cristo en todas partes: que si bien por altísimos juicios de Dios, no tomó este celoso Hermano el reino que se deseaba, sino que paró en la China, por extenderse el nombre general del Catayo entre aquellos bárbaros, aun hasta los reinos de la China, no desistieron los hijos de la Compañía de esta demanda, hasta averiguar si habia otro Catayo fuera de los chinas, del cual reino habia mucha fama de los tiempos antiguos. Al fin le halló el gran siervo de Dios P. Antonio de Andrada, con increibles trabajos que pasó hasta toparle.

P. ESTÉBAN FABRO

MIRANDO y admirando el profeta Isaías con espíritu profético la vida y predicacion, el celo y el fervor de los obreros evangélicos, mucho ántes que viniesen, los comparó á las nubes y á las palomas, diciendo: *¿Quién son estos que vuelan como nubes, y como palomas á sus nidos?* (Esai. 45, v. 8.) Y dióles títulos y renombres dignos de su vida y su doctrina, porque como nubes fertilizan los campos de la Iglesia con la lluvia de su predicacion, y con el riego contínuo de su santa doctrina; y como palomas cándidas edifican el mundo con el ejemplo de su inocente vida, sin admitir mácula de pecado, ni hallarse en ellos mancha de culpa, y con el viento del Espíritu Santo, movidos y aliviados de la carga pesada de los cuidados del siglo, vuelan ligeros por la redondez de la tierra, fructificando en el mundo. Y aunque habló de todos en comun el profeta Isaías, pero á la letra se verifica su sentencia en la vida y predicacion de este siervo de Dios y fervoroso operario de la viña del Señor, el P. Estéban Fabro, cándida paloma en la inocencia de su vida, y nube leve y fructuosa en el fervor de su espíritu y en el fruto de su predicacion; pues como tal voló con ligero vuelo por la redondez del mundo á las

tierras más remotas de la gentilidad, las cuales fertilizó con el riego de su santa doctrina, y las trocó de selvas de vicios en paraisos de virtudes, como se verá en el discurso de su vida.

I

Su patria y nacimiento, y su vocacion á las Indias

Fué el P. Estéban Fabro, francés de nacion, natural de la muy noble y opulenta ciudad de Aviñon, hijo de padres nobles y cristianos, muy católicos y defensores de la autoridad del Papa en aquella ciudad, y como tales criaron á su hijo en todo género de virtud, en la cual se esmeró tanto, que á imitacion de la Santísima Vírgen, hizo voto de castidad en su tierna infancia, sacrificando desde luégo á Dios su cuerpo y alma, sabiendo ántes mortificarse que pecar. Diéronle estudios para que aprendiese buenas letras y valiese por ellas en el mundo, pero él le desprecio con la luz que Dios le dió en el mismo estudio; y siendo de tierna edad, pisando sus pompas y riquezas, las trocó todas por la humildad y pobreza de la religion, en la cual se consagró á Dios, entrando en la Compañía, á donde estudió con sumo cuidado el camino de la perfeccion, y con el mismo la filosofía y teología, en que salió aventajado estudiante, siendo uno de los que más aprovecharon en la una y en la otra facultad. Siempre fué hombre espiritual y de grande celo de las almas, empleándose en los ministerios de predicar y confesar, y ayudarles en el negocio de su salvacion, como verdadero hijo de su religion. Y como los cazadores de un buen lance se empeñan para otros mayores, creciéndoles la codicia, al paso que crece la ganancia; así á este nuevo cazador de las almas le crecia el celo y la codicia de ganarlas, al paso que las ganaba, pareciéndole todo poco, cuanto tenia entre manos, mirando lo mucho que podia ganar con su predicacion en los extendidos campos de la gentilidad, y en la copiosísima mies que desde Francia miraba en todas las Indias. Y esta santa codicia le traia pensativo, dando trazas cómo podria lograr sus deseos, haciendo buenos empleos de sus talentos en la salvacion de tantas almas, como se perdian en las Indias por falta de obreros evangélicos, que las recogiesen para el cielo.

Andando, pues, con estos pensamientos, pidiendo continuamente á Dios que le diese medio y ocasion para cumplirlos, llegó á Aviñon el P. Sebastian de Viera, procurador del Japon, á donde padeció glorioso martirio el año de 1634, quemado vivo por la fe con otros cinco de la Compañía. En Aviñon

contó la terrible persecucion que se habia levantado en aquella tierra contra la Iglesia; la infinidad de almas que se perdian, así en el Japon como en la China, por falta de predicadores y obreros evangélicos que los enseñasen, y el servicio que harian á Dios los que fuesen á dar luz del evangelio á tanto número de gentiles, como poblaban aquellos reinos. Como àsí mismo los muchos que habian padecido glorioso martirio, y los linages de tormentos con que martirizaban á los fieles, y mostró una catana que traia consigo, con que habian degollado á algunos, matizada con la sangre de los mártires de Cristo, la cual miraron y veneraron todos con grande ternura y devocion, como a preciosa reliquia.

Pero á quien movió más su vista, fué al P. Estéban Fabro, que, como andaba con los deseos de emplear sus buenos talentos en la predicacion de los infieles, lloró con santa envidia la dicha y felicidad de los que habian alcanzado en este empleo la corona del martirio, y encendido en vivas ansias de imitarlos, habló con todo afecto al P. Sebastian de Viera, pidiéndole que le llevase consigo, porque habia muchos dias que le llamaba Dios para ir á predicar á las Indias, y dar la vida por Cristo. El Padre le admitió de buena gana, y llegado á Roma le alcanzó licencia de nuestro P. General para llevarle consigo, con el gozo que se deja entender tendria el fervoroso operario del Evangelio del Señor, viendo á los ojos el logro de sus deseos. Despidióse de su patria, de sus parientes, amigos y conocidos, y tomó vuelo esta nube y esta paloma sin hiel desde Francia, para lo más remoto del mundo. Pasó á Portugal á embarcarse, haciendo su camino por Castilla, y dando en todas partes suave olor de sus heróicas virtudes, especialmente en Portugal, á donde hizo más asiento, edificando á los de casa con su mucha religion, y á los de fuera, con su compostura y modestia, y con el espíritu y fervor con que se ocupó en los ministerios, predicando y confesando, y haciendo las doctrinas en las plazas, con admirable ejemplo y no menor fruto.

II

Embárcase para el Japon, y lo que le sucedió hasta llegar á China.

Habiendo llegado el tiempo de embarcarse con sus compañeros, que pasaban de cuarenta, repartidos en tres naves, que aquel año navegaron á la India, le cupo al P. Estéban Fabro la más principal, en que iba el Virrey con su familia. Y parece, que barruntando el demonio el fruto, que así este fervoroso obrero como sus compañeros habian de hacer en las almas de los

gentiles, armó todas sus fuerzas para impedirles el camino. Porque no hubo lanza que no jugase contra ellos, de borrascas, tempestades, calmas, enfermedades, contrarios vientos y falta de mantenimientos, y hasta la misma muerte, que es el mal extremo. Todas estas calamidades padecieron los siervos de Dios en esta navegacion, en que nuestro misionero hizo alarde de la fineza de su caridad y de su invencible constancia, haciendo rostro á tantos trabajos, sin rendirse ni cobardear en ellos, ostentándose firme en su propósito, fidelísimo para con Dios y caritativo con sus prójimos, á los cuales acudió con las medicinas de alma y cuerpo, socorriendo y dando á todos alivio.

Porque lo primero, aunque su lengua por ser extranjero no le ayudaba, doctrinaba y enseñaba á los pasajeros y oficiales de la nave todos los dias, juntándolos á rezar sus devociones. Reprendíales los juramentos y enseñábales buenas costumbres. Con los recios temporales y malos mantenimientos, y los aires mal sanos de la mar, cayeron muchos enfermos, y el P. Estéban se hizo enfermero de todos, y tomó el cuidado de curarlos, con tan admirable caridad, que pasando de ciento, cuidaba y servia á cada uno, como si fuera solo, y no tuviera otros de quien cuidar. Y porque el contagio era grande y á su medida el gasto de las medicinas y regalos que necesitaban los enfermos, no se acobardó su caridad en acudirlos, porque con grande confianza en Dios les daba liberalísimamente cuanto habian menester, pidiendo limosna para ellos á los de la nave, que se la podian dar, los cuales obligados de su piedad, y de la solicitud con que curaba á los enfermos, le daban con igual gusto y liberalidad la limosna para ellos; y en particular el Virrey se le aficionó de manera, edificado de su grande caridad, que se quitaba el bocado de la boca para dársele á los necesitados, y le animaba con palabras de grande agradecimiento para perseverar en tan santo ministerio. Consolaba y aliviaba á los enfermos con palabras muy dulces y de grande caridad. Confesábalos y sacramentábalos y asistíalos en el último trance, para que muriesen como buenos cristianos. Y difuntos les hacia los oficios, y ofrecia muchos sufragios por sus almas, con que le era forzoso trabajar de dia y de noche con unos y con otros sin descansar: y no pocas veces se olvidaba del manjar corporal, por el espiritual que daba á sus prójimos. Lo cual, visto por el superior de la mision, le puso tasa en el trabajo, porque no acabase con su vida, diligenciando las de sus prójimos, y le dió una distribucion, en que le señaló tiempos para orar y trabajar y descansar, reparando las fuerzas para volver al trabajo, y de esta manera pasó aquella navegacion, la cual fué tan poco feliz, como ahora se dirá; aunque al siervo de Dios muy dichosa, pues le dió ocasion de hacer alarde de su grande caridad, y alcanzar un rico tesoro de merecimientos, con las obras que ejercitó de piedad y misericordia con todos. Cinco me-

ses anduvieron por la mar padeciendo las enfermedades referidas, de que vieron á sus ojos morir muchos de sus compañeros, esperando cada uno el golpe sobre su cabeza, batallando con los vientos y las olas de la mar, que como montes sobre montes de agua acometian á la nave, temiendo á cada golpe que la habia de sumir en el abismo. Todo era voces, gritos, gemidos, plegarias, oraciones y lágrimas, pidiendo á Dios misericordia de sus pecados para el alma, y de bonanza para el cuerpo, y tuvieron á grande merced de Dios, despues de tantos riesgos y algunas calmas que padecieron, sin poder pasar la línea al otro norte, volver á Lisboa, á donde arribaron los que escaparon vivos, bien ostigados de los peligros de la mar. Los más llegaron enfermos y todos saltaron en tierra, besando la arena, como si fuera tierra santa, y haciendo propósitos de no volverse á embarcar. Sólo el P. Estéban Fabro, con más animo que fuerzas, porque las trujo muy gastadas, estuvo tan léjos de acobardase con los trabajos pasados, que despreciando los riesgos de la vida en que se habia visto, y codiciando las ocasiones de ganar las riquezas del cielo con obras de caridad, pidió de nuevo con mayor fervor volver á la pelea, y embarcarse, para proseguir su viaje á dar la vida por Cristo en el Japon ó en la China.

Entró el siervo de Dios en Lisboa, como Jonás en Nínive, arrojado de la mar, y vomitado de la nave, como Jonás de la ballena. Y tomando aquel trabajo como de la mano de Dios, en reparándose un tanto, comenzó á obrar en la tierra con el mismo fervor que habia trabajado en la mar, predicando y doctrinando, y sirviendo en los hospitales y cárceles á los enfermos y presos, y diligenciando en todas partes la salvacion de las almas: que el fervoroso operario de la viña del Señor en todas partes halla que obrar, y en que ejercitar su fervor, como se vió en este siervo de Dios; el cual tuvo siempre al ocio por enemigo capital, y al trabajo por descanso, y el empleo de las almas por suavísimo manjar, en que se recreaba la suya, y hallaba sustento y gozo en el Señor.

Llegado el tiempo de la embarcacion el año siguiente, que fué el de 1639, partieron de Lisboa á las Indias tres naves y seis galeones, y los de la Compañia, que iban á la mision, se repartieron en las dos naves, y en cada uno de los otros vasos dos Padres, para consuelo y alivio de los pasajeros, y para el bien de sus almas; al P. Fabro le cupo uno de los galeones, en el cual mostró el timbre de su caridad. Porque, como no tenia el freno del Superior, que le limitase el trabajo, no hay alcon tan hambriento y tan veloz, que así se abalanzase á la presa, como el fervoroso Padre se abalanzaba al trabajo en provecho de las almas, empleando todas fuerzas en predicar, y enseñar á los pasajeros el camino del cielo, exhortándolos, amonestándoles las obras

de virtud y devocion, curando á los enfermos, doctrinando á los sanos, confesando á todos, componiendo sus pleitos, excusando sus riñas, y siendo para todos ángel de paz. Era por extremo manso, apacible, caritativo, de blanda y amorosa condicion, humilde como la tierra; sus palabras eran dulces, y siempre de cosas de Dios y de provecho de los prójimos, no pesado ni cansado, sino discreto, cortés y bien entendido, el rostro hermoso, el aspecto alegre y juntamente grave, con tan dulce trato, que á todos robaba el corazon; y con la estima y el amor que le tenian, rendidas las voluntades, hacian cuanto les decia, sin oponérsele alguno, ni hacerle contradiccion, con que la nave iba tan concertada, y todos tan devotos, que parecia un convento de observante religion.

Con este buen órden llegaron á Goa, mirando todos á nuestro misionero como á un ángel del cielo, y como á un santo en la tierra, que habia venido para su consuelo y salvacion. Desembarcaron en tierra, y el siervo de Dios ya quisiera hallarse en el Japon con la catana á la garganta, dando la vida por Dios; y mirando hácia aquel reino aleaba, como el alcon por la presa, cuando le tiene preso con las piguelas el cazador. Y viendo sus ansias y fervores, para dar algun pasto á su ardiente celo, le enviaron los superiores á un lugar cerca de Goa con otros misioneros, á que aprendiese la lengua del Japon, para hacerle apto ministro de su predicacion. A este tiempo partieron de aquel puerto algunas naves á Macao, puerto de la China, y escala de Japon, y con ansia de cumplir sus deseos, crecida la barba y el cabello, mudado el hábito de religioso en soldado, para no ser conocido, partió con otros de la Compañía á su mision. Disfraces que obligó á hacer el amor de Dios y de los prójimos: que no sin causa los antiguos pintaron al amor desnudo; porque no tiene hábito propio, y su traje es cortado á la medida de su afecto, y de la color y tinte que necesita la ocasion. Pero aunque más se disimuló, no pudo estar oculto el fuego de caridad, que ardia en su pecho; el cual le descubrió, obrando como siempre en provecho de sus prójimos: y uno de los pasajeros, que habia venido desde Lisboa en su galeon, le conoció, y le descubrió; y fué providencia divina, porque quitado el rebozo, trabajó gloriosamente en aquel viaje, con grande usura de los navegantes, como lo habia hecho en la primera y segunda navegacion.

Llegaron á Macao con próspero viaje, y fueron muy bien recibidos los Padres misioneros de los que vivian en nuestro colegio; pero no les permitieron pasar adelante, en la derrota que llevaban de entrar en Japon, por estar la puerta totalmente cerrada en aquel puerto con la nueva persecucion, y dar en llegando el cuello al cuchillo, y el alma al cielo, sin lograr el intento de aprovechar á las almas, que era el blanco de su pretension. Conforme á

lo cual, conociendo los superiores las buenas letras y lucidos talentos del P. Fabro, le dieron una cátedra de Teología, para que enseñase á los de casa y á los de fuera las sagradas letras, y juntamente predicase en aquella ciudad á los portugueses y naturales la palabra de Dios: honra que recibieran otros con grande gusto, por su autoridad y estimacion; pero el humilde Padre, que no venia á buscar honras, sino á dejar las que tenia en Europa, no arrostró á la que le ofrecian, tan ajena de su inclinacion. Y con toda la instancia que permitió la obediencia, rogó á los Superiores, que pues la puerta del Japon estaba cerrada, y abierta la de la China, y tan cerca la una como la otra, le diesen licencia para entrar por la que estaba abierta, á lograr sus deseos, y los intentos que le habian traido de Europa. La peticion fué justa, y los superiores como tal la concedieron; y el año de mil seiscientos treinta entró en la China á predicar el Evangelio, con tanto gozo de su alma, cuanto habia sido su deseo; y fué el fruto que hizo en los gentiles cristianos de aquel imperio, como ahora veremos.

III

Comienza su fervorosa predicacion en la China, y pruébale Dios con trabajos en ella.

Pero ¿qué lengua podrá declarar el gozo y alegría que bañó el alma de este siervo de Cristo, cuando se vió en aquella tierra, más deseada para él, que la de Promision á los Israelitas? Sin duda faltan palabras, y no llega el artificio retórico á declarar adecuadamente el alborozo de su corazon, cuando se halló en medio de aquella gentilidad con la inmensa mies de almas, que poder encerrar en los alholíes de Dios. No se hartaba de dar gracias á su divina Majestad, por la merced que le habia hecho, trayéndole á aquellas tierras tan remotas á predicar su Evangelio, y desterrar con su luz las tinieblas de las idolatrías; y cada hora de tardanza se le hacian mil años, para comenzar á echar la hoz de la predicacion en la mies que le habia dado el Señor.

Los Padres que trabajaban en la conversion de aquella gentilidad, que en este tiempo eran muchos, y tenian varias residencias con las iglesias, repartidas por las principales ciudades del imperio, le recibieron con grande contento, y caridad: y templando sus fervores, dispusieron, que lo primero aprendiese la lengua de la China, porque sin ella, poco ó nada podria hacer. Tomó á pechos este consejo, y comenzó muy de propósito á estudiar la lengua desde el *a. b. c.* la cual es dificultosísima, por la infinidad de letras diferen-

tes que tiene, y cada una significa muchas cosas, y sirve para diferentes dicciones, y así es necesario mucho tiempo, mucha paciencia y trabajo para aprenderla: ocupacion que le impidió mucho tiempo la principal de la predicacion y conversion, que deseaba. Llegóse á esto, que el Vice-provincia de la China le asignó por morador de Xansi, ciudad opulenta, pero mal sana; y como el Padre era recien llegado, probóle mal la tierra, y haciendo su operacion el mucho cabello que crió, y la redecilla que se puso en la cabeza, á usanza de la China, todo junto le causó gran destemple en todo el cuerpo, y particularmente vehementísimos dolores en la cabeza, que no le dejaban hacer cosa de provecho. Y el mayor dolor que padecia era la sed de emplearse en los ministerios, y estar con el agua á la boca, sin beberla, y con la hoz junto á la mies, sin poderla segar, viendo á sus ojos perderse.

Dos años le tuvo nuestro Señor en este desconsuelo, como tuvo á S. Pablo otros dos en las cadenas, cuando más necesitaba la Iglesia de su predicacion: que, como pondera S. Crisóstomo, quiere muchas veces más Dios nuestra paciencia y humildad, que las heróicas obras que pudiéramos hacer, y así tuvo en tan duro noviciado á este siervo suyo, refinando su paciencia y la conformidad con su divina voluntad, para el grande fruto que despues habia de hacer. Hizo grande esfuerzo en todo este tiempo con los superiores, para que le dejasen ir á pié por las aldeas de la comarca, á visitar y cultivar la cristiandad, alegando que le daria la vida, porque habia experimentado, que le importaba para la salud; pero no se lo permitieron, viéndole tan poco diestro en la lengua de la tierra. Finalmente, para ver si mejoraba, le mudaron á otra provincia vecina, que se llamaba Xensi, no sin grande sentimiento de la primera, cuyo Superior y cristiandad le habian cobrado grande amor, por su mucha santidad, y apacible condicion.

Asentó casa y morada en Xensi, con grande consuelo de su alma. Hiciéronle Superior de aquella resideneia, y con la libertad que tuvo, sin grillos de quien le detuviese, desplegó las velas de su fervor, que habian estado aquellos dos años recogidas, y como quien muele de represa, comenzó á trabajar en aquella inmensa mies de almas, que Dios le entregaba, con tanto fervor de espíritu, con tal conato y vigilancia, que sin perdonar á cuidado ni á trabajo, no dejaba piedra por mover, para traer las almas al servicio de Dios. Predicaba á los cristianos, catequizaba á los convertidos, enseñaba á los gentiles, argüia con los sabios, disputaba con los mandarines, instruia á los rudos, bautizaba á los catecúmenos y á los niños, que estaban cerca de la muerte, curaba á los enfermos, sacramentaba á los católicos, recibia con caridad á los que se venian á convertir, agasajaba á los ya convertidos, ganaba á aquellos, confirmaba á estos, alumbraba á todos con la luz del Evan-

›. componia libros y tratados utilísimos para el aumento de la fe. Y no ento con lo que hacia en la ciudad, salia á pié por las aldeas, villas y lu-·s, y por los caseríos de los campos, como se cuenta de Cristo nuestro or, evangelizando en todas partes, convirtiendo las almas á la fe, padedo entre aquellos gentiles inmensos trabajos de soles, aguas, frios, aires, bre, sed, malos dias y peores noches, por traerlos al conocimiento de s. No hay guarismo que alcance á numerar las almas, que en esta residenonvirtió á la fe de Cristo, y los trabajos que por ellas padeció; pero con o gusto, por el fruto que cogia, que las fatigas le eran descanso, y los ajos alivio, y á cualquiera precio le parecian baratas y de balde aquepreciosas margaritas, por las cuales dió su sangre Cristo nuestro Reden-Aconteciόle caminar muchas leguas por sólo consolar y confesar á un iano, que estaba enfermo; y sabiendo que otra mujer enferma necesitale la confesion, hallándose tambien el P. Fabro enfermo, y sin fuerzas poder ir á confesarla, se hizo llevar en manos ajenas de cristianos pias á su casa, y la confesó y consoló con mucha caridad.

empre que salia de casa llevaba consigo un pequeño vaso de agua para izar á los niños y á los moribundos, que encontraba; y rara vez volvia á sada sin haber ganado algunas almas de estos para Dios, y tomó por stria enseñar la forma del Bautismo á los cristianos más ladinos de los los de su residencia, los cuales suplian sus ausencias, y la falta de obreue habia, bautizando á los niños de los cristianos, y á los adultos morilos, porque no pereciesen sin Bautismo. Hubo en todo el imperio de la a una hambre universal tan grande, cual no se lee haberla padecido sente region alguna del mundo, porque morian de pura necesidad de cien ciento cada dia, y los mandarines que gobernaban los pueblos, por via uen gobierno, asalariaron muchos hombres, que recogiesen los muertos as calles y casas de la ciudad, y los echasen en unas cuevas profundas, ıdas para este efecto, porque su infeccion no contaminase el aire, y caupeste, que acabase á los que la hambre perdonaba. Estos enterres, que en su lengua llaman libitinarios, no sólo llevaban á los ya difun-, sino á los que juzgaban tan enfermos, debilitados y consumidos, que ban cercanos á la muerte, y sin valerles ruegos ni plegarias, ni voces ó idos, daban con ellos en las cuevas, enterrándolos vivos, y sepultándoon increible crueldad, debajo de muchos muertos. Pues el P. Fabro, con ande caridad, se concertó con estos libitinarios ó enterradores de vique los que hallasen moribundos, especialmente niños de hasta diez ó s años, los pasasen por la iglesia, para darles el Bautismo, ofreciéndoles ada uno buena cantidad de reales. Los chinos, que de su natural son co-

diciosísimos, con el ansia del dinero le trujeron cuantos hallaron, y comp doles los cuerpos, libertaba las almas del cautiverio del pecado, por m del santo Bautismo, y no pocos rescató tambien de la muerte del cue quedándose con ellos, y regalándolos y sustentándolos con admirable dad, hasta recuperar la salud, y darles la vida. Las limosnas que hizo e ta hambre diremos despues, cuando toquemos esta materia.

Un caso no callaré, que fué como la piedra de toque, en que descubri último quilate de su extremada caridad, y fué, que pasando por una de cuevas oyó llorar á una criatura, que contra toda piedad habian echado los libitinarios en aquella sima entre los otros muertos. Hirióle el corazo piadoso Padre el gemido del inocente sepultado; y el celo de la salvacio las almas, que ardia en su pecho, no le permitió dejar perecer la de a tierno infante, que le constaba moria sin Bautismo, y cerrando los ojos y oidos á inmensas dificultades que le impedian remediarla, sin detener horror de tantos cuerpos muertos, y los más podridos; la dificultad de la trada, y más de la salida; el riesgo de la vida propia en tan pestilencial tagio; se lanzó en la cueva, sin poderle detener los que le acompañaba llegando á donde sonaba la voz, bautizó la criatura, que estaba en los mos alientos de la vida. Y no pudiendo salir tan presto, ya por ser la c muy profunda, ya por estar turbado el sentido algun tanto con la fuerza mal olor, llegaron los libitinarios con muchos cuerpos difuntos; y sin dud los echaran encima, dejándole sepultado con ellos, si con dádivas y ru no los detuvieran los compañeros: tal era su inhumanidad, y la codicia tenian del dinero; pero mucho mayor era la que tenia el P. Fabro de la mas redimidas con la sangre de Cristo, pues no dudó arriesgar tan n fiestamente su vida por sola una, y pasar tan extraño tormento, como el intolerable hedor, la horrible vista, y la incomportable compañía de ta cuerpos, hirviendo de gusanos, sepultados y podridos, que sólo pensarlo grima; y todo lo sufrió, y venció su caridad invencible. Accion verda mente grande, y testimonio irrefragable del fuego de amor divino, qu dia en su pecho, y el ardentísimo celo que le abrasaba de la salvacio las almas; que si esto se contara de alguno de los santos antiguos, d su admiracion eternamente, y no halláramos palabras con que ensalzar dad tan admirable; y por haber sido en nuestros tiempos, y obrada p religioso noble y docto, criado en el siglo en regalos, y en la religion e nitencia, no debe ser ménos estimada; y por ella debemos colegir el alie resolucion con que se abalanzaria á la salvacion de las almas, sin poderl tener riesgos ni dificultades.

Vez hubo, que le cogió la noche en un monte lloviendo, y pasó hasta la

ñana recostado sobre una peña, sufriendo el agua. Como siempre caminaba á pié, si se podian vadear los rios que encontraba, los pasaba descalzo de pié y pierna, sin permitir que le llevasen otros, ni subir á caballo; y con la continuacion de caminar se le hicieron callos durísimos en los pies, y de ordinario en los caminos usaba unas como alpargatas, que trae la gente pobre en la China, que llaman alpargatas de paja, y un sombrero viejo para el sol y para el agua. Llevaba acuestas las imágenes, y una de Cristo crucificado de cobre mas pesada, y caminaba tan ligero, que á todos llevaba la ventaja; y solian decir los chinos, que parecia más espíritu que hombre mortal: que no sin causa pintaron los antiguos al amor con alas, por la ligereza con que vuela quien ama; y como este apostólico obrero de la viña del Señor tenia tan fino amor á las almas, no caminaba, sino volaba á salvarlas. En llegando á cualquiera pueblo, luégo se convocaban los cristianos, y le cercaban y acariciaban, y en estando juntos, les predicaba y doctrinaba, declarándoles los misterios de nuestra santa fe, y los tesoros inestimables que tenemos en los Sacramentos de la Iglesia; y los preparaba y confesaba con tanto gusto, que se olvidaba del manjar de su cuerpo, por darles el de sus almas. Aconteció algunas veces sentarse á confesar poco despues de haber llegado, porque este era su descanso, y continuar las confesiones toda la mañana y la tarde y buena parte de la noche, sin comer bocado; que el cansancio solo del camino era bastante para haberle necesitado de manjar y de descanso; y el espiritual que daba á sus prójimos era manjar que á él le sustentaba, como se dice de Sta. Catalina de Sena y otros santos, que se sustentaron algun tiempo con el manjar del alma del Santísimo Sacramento del altar: así parece que á este fervoroso siervo de Dios le sustentaba algunas veces la gracia del sacramento de la Penitencia, que á otros administraba; si bien usaba ordinariamente del manjar corporal, cuando le necesitaba, pero con grande templanza.

IV

Pasa de esta residencia á otra, y lo que obró en ella, y las persecuciones que padeció por Cristo.

Trabajando este nuevo Apóstol del Señor con tanto fervor y fruto de la provincia de Xensi, como se ha dicho, le vinieron cartas de un mandarin cristiano, (que lo era de otra provincia que caia á la parte del norte, y él moraba en una de las primeras ciudades, que se llamaba Hanchum,) pidiéndole con mucho encarecimiento, que en todo caso viniese luégo á las tierras de

su gobierno á dar las primeras luces del Evangelio de Cristo, porque no te nian más noticia de él, que la que él mismo les daba; y los pueblos eran mu chos y muy poblados de gente, y sin duda haria en todos mucho fruto. Bien se deja entender el gusto con que recibiria esta carta, quien tan viva sed pade cia de la salvacion de las almas, y tan grande celo tenia de amplificar la fe de Cristo, que le parecia corto todo el mundo. Y aunque fué necesario vence montes de dificultades para arrancarle de Xensi, por el cordial amor que to dos le tenian, y por la falta que habia de hacer á tanto número de hijos, como habia engendrado en Cristo; pero juzgando por mayor servicio suyo no per der aquella ocasion de enarbolar su estandarte en tan dilatada provincia, co mo se le ofrecia, rompió con todo, y encomendando la residencia á su com pañero en la mision, y consolando á sus hijos con la esperanza de volv brevemente á verlos, se partió con el criado del mandarin y otro de la igl sia, á pié como solia; sin admitir el caballo que le envió el mandarin, au que la jornada era larga, y les duró por espacio de ocho dias; y el camin tan fragoso, que la mayor parte de él eran sierras y montes asperísimos, h bitados de fieras, osos, lobos, jabalíes y tigres ferocísimos, que saliendo d la espesura de los bosques acometen á los caminantes, y los despedazan; á los que estos perdonan, condenan los muchos ladrones que tienen allí s guaridas, y con igual inhumanidad que las fieras, no se hartan de sangre h mana, derramándola cada dia, ya por el vicio de su crueldad, ya por rob les lo que llevan, sin perdonar á grande ni á pequeño, con increible tiran Y aunque el invencible ánimo del P. Fabro venció todos estos miedos, p conseguir la empresa que deseaba, sus compañeros, como hombres, acrece taron el miedo, viendo en el mismo camino un pasajero degollado de un gre, que habiéndole bebido la sangre, y abiértole por la garganta, se hab retirado al bosque, cuando sintió el ruido de los que venian, cosa que á pobres caminantes causó grande grima, temiendo caer en sus uñas; pero bendito Padre, con la grande confianza que tenia en Dios, los esforzó y a mó, asegurándoles, que su Divina Majestad los guardaria, si no les faltaba debida confianza en su Bondad y Providencia, porque Dios defiende y a para á los que en él confian. Las noches que pararon en los montes bus ban alguna gruta ó cueva en que meterse, hacian fuego á la puerta, y u de los tres estaba en vela, remudándose á tiempos, para defenderse de tigres, que no se atreven á llegar al fuego.

De esta manera pasaron el trabajoso camino, que, como dijimos, du ocho dias, al fin de los cuales llegaron á la ciudad de Hanchum, á donde recibió el mandarin con grande cortesía, segun su costumbre, usando de das sus ceremonias, que son muchas. Y quiso Dios acreditar á su siervo, c

viando con él una copiosa lluvia de agua á toda la provincia, que la necesitaba grandemente; y viendo que entrando en ella el Padre Santo, que así le llamaban, habia llovido, fué doblada su alegría, y luégo vinieron todos á porfia, á verle y hablarle y oirle, y mirar las imágenes que traia, con cuya ocasion el prudente Padre, valiéndose de su curiosidad, les predicó los misterios de nuestra santa fe, enseñándoles y declarándoles las imágenes, y á ejemplo del mandarin las adoraron muchos, y recibieron el santo Bautismo. Esta fué la primera entrada que hizo en aquella provincia; y con la estima que le cobraron, y la que granjeó con su santa vida, con que les predicaba, sin ruido de palabras más que con ellas, (cuanto es más eficaz la predicacion de obras que de palabras,) se fueron convirtiendo muchos. Porque su modestia y su templanza, y la dulzura de su santa conversacion era tal, que rendia y aficionaba á los más duros gentiles, en tanto grado, que le convidaban y llevaban á sus casas, sólo por oirle. Y viendo su mansedumbre y humildad, y el desinteres tan grande con que sólo procuraba su salvacion y el provecho de sus almas, los admiraba y persuadia, que sin duda era la fe verdadera la que tan santo varon profesaba, y que les iba su salvacion eterna en recibirla. Juntábase á esto la penitencia con que maceraba su cuerpo de ayunos, cilicios y disciplinas, entre ellos cosa inaudita, por ser dados á todo género de regalos; y la castidad tan pura, que miraban en aquel siervo de Dios. Virtud hasta entónces no vista, ni áun oida en la China, y para ellos tan difícil, que viéndolo, no lo creian, y no acababan de admirarse de que pudiese vivir como vivia, y así le miraban como á una deidad, y como á un hombre de la especie de otros hombres, que ni conversaba con mujeres, ni parecia haber nacido de ellas. Tal es y tan perfecta la ley santa de Cristo, tales son sus preceptos, y tales sus consejos, y tal la perfeccion que enseña, que sólo guardarla es admiracion al mundo, y basta para convertirle, como sucedió á estos gentiles; los cuales son tan celosos de sus mujeres, que no las dejan ver, ni visitar de sus propios parientes, ni que hablen con alguno en público ni en secreto. Y para mayor resguardo les lian los pies cuando niñas, de tal suerte, que no les crezcan, y queden tan impedidos, que con mucha dificultad pueden salir de casa, ni andar sino por lo muy llano de ella, para tenerlas siempre muy recogidas y encerradas. Y siendo tan extremado su recato, fué tal el concepto que hicieron de la santidad y pureza del P. Esteban Fabro, que le daban puerta franca para que las visitase, y las viese y hablase; y cuando le recibian en sus casas, las traian á su presencia, para que les hiciese visita, ordenándolo así Dios, para que por este medio les diese noticia de la ley santa de Cristo, y convirtiese y bautizase á muchas, y las encaminase al cielo.

Pero no quiso el Señor, que oro de tan subidos quilates dejase de pasar por el contraste de la contradiccion, en que ostentase los quilates de su valor, y así pasó por el fuego de este crisol en muchas y grandes persecuciones, que tuvo de los idólatras gentiles. Los cuales, encarnizados en sus vicios, no pudieron sufrir á sus ojos el resplandor de sus virtudes, por lo cual determinaron de echar por tierra la iglesia, que habia levantado para el culto divino y la predicacion de Cristo, con intento de pasar adelante, y echar de sus tierras al Padre, que enseñaba su ley, y contradecia sus costumbres. La conjuracion fué secreta; pero no tanto, que no llegase á su noticia, por la que tuvieron algunos buenos cristianos, los cuales se la descubrieron; y el buen siervo de Dios, que con todos era más humilde que la tierra, y más manso que un cordero; en tocando al honor de Dios, y al celo de su servicio, se ostentó un bravo leon, y valiéndose del favor del mandarin, que le habia traido, procedió contra ellos, y los hizo castigar y desterrar, sucediéndoles lo que á Aman con Mardoqueo, que fué ahorcado en la misma horca que habia labrado para él: así estos llevaron el castigo del destierro, que pretendieron dar al P. Esteban.

Por medio de otros gentiles, celosos de sus ídolos, y depravadas costumbres, sembró el demonio libelos infamatorios contra la ley de Cristo, y contra los Padres de la Compañía que la predicaban, pretendiendo con este medio desacreditarlos con los mandarines, y cortar de raiz la semilla del santo Evangelio, que á costa de tantos trabajos habian plantado en aquel reino. Y el P. Esteban Fabro, á cuyas manos llegaron estos libelos, volviendo con grande valor por la honra de Cristo y del Evangelio, escribió en lengua de la China una breve declaracion de la ley de Cristo, y dando tambien noticia de la vida y santas costumbres de sus predicadores, deshaciendo las falsas calumnias de sus enemigos; y luégo la dió á la imprenta, y la fijó en los lugares más públicos de la ciudad, y la repartió por todos los pueblos á las personas graves y á los mandarines, con que deshizo aquel nublado, que habia levantado Satanas, para oscurecer la ley de Cristo, la cual quedó más ilustrada y acreditada, y sus predicadores en más alta estimacion, por la diligencia y santo celo de este siervo suyo.

Otro hombre gentil, hinchado y soberbio, blasfemó públicamente de la ley santa de Cristo, diciendo mil males de ella; y el Padre lo sintió de manera, que abrasado del celo de su honra, con un valor increible dijo con imperio de santo, como si fuera uno de los Profetas antiguos: «Atadme luégo á este hombre, y ponédmele en prisiones, que tengo de llevarle en cadenas á los mandarines á que dé razon de lo que ha dicho». Y fué cosa admirable, y grande testimonio del espíritu divino que le movia, que el gentil soberbio, asisti-

do de otros muchos, se cortó de manera, que no tuvo lengua para hablar, ni esfuerzo para defenderse, y atónito del valor del Padre, y temeroso del castigo, se postró á sus pies, y los circunstantes intercedieron por él, ofreciendo al Padre la enmienda en adelante; con que movido á piedad, le perdonó, y refrenó su osadía, y juntamente la de los otros gentiles, que no se atrevieron en adelante á mover las lenguas contra la ley de Cristo.

V

Vuelve á la primera residencia, hace asiento en la segunda, y algunas de sus virtudes.

Cuando salió de la primera residencia de Xensi para la segunda de Hanchum, enjugó las lágrimas á sus feligreses, ofreciéndoles dar presto la vuelta á verlos y servirles. Y aunque los consolaba con cartas, escribiéndoles cuando podia, como lo hacia S. Pablo con los fieles que le deseaban, y no podia visitarlos, siempre le solicitaba el corazon el amor de aquéllos. Y aunque la distancia era mucha, y el camino tan arriesgado como vimos, se resolvió á visitarlos, y dar un saludable riego á aquellas plantas, de su santa doctrina. Y aunque con grande sentimiento de los de Hanchum, partió á la primera residencia, y despues de muchos trabajos padecidos en el camino, llegó al puerto deseado, á donde fué recibido con todo el festejo, y con las demostraciones de fiesta y alegría que se pueden imaginar, como si vieran bajar á un ángel del cielo, ó á un santo de los bienaventurados de la gloria: tal era el concepto que tenian del P. Estéban, y tal la opinion que habia ganado en todas partes con su santidad y doctrina. Estuvo con ellos algunos meses predicando y doctrinando, levantando iglesias y estableciendo el culto y la ley santa de Cristo, instruyó á muchos cristianos de los más aprovechados, para que doctrinasen y catequizasen á los adultos, que se iban convirtiendo, y bautizasen á los niños, como lo hizo S. Francisco Javier en la pesquería y en otras partes, para que supliesen la falta de los predicadores y obreros del Evangelio; y considerando el sumo desamparo en que dejaba la segunda residencia y cristiandad de Hanchum, y la mies tan copiosa que se perdia en aquella dilatada provincia, escribió al Vice-provincial de la China el estado de las cosas, y cuánto importaba su presencia en la segunda residencia, pidiéndole licencia para volver de asiento á ella, y que enviase a aquella de Xensi persona de la Compañía que la asistiese y gobernase. El

Vice-provincial concedió lo que pedia, y juntamente le hizo superior de aquellas residencias, para que dispusiese á su arbitrio lo que convenia. Recibido este órden dejó dos Padres en la primera residencia, y él partió solo á la segunda de Hanchum, á donde hizo asiento tan de propósito, que fué por el resto de su vida. Alli ejercitó su apostolado, predicando y confesando, doctrinando y bautizando á millares los infieles, discurriendo por aquellos dilatados campos, poblados de infinitas almas, dando á todos la luz del Evangelio y encaminándolos al cielo.

Estando aquí sucedió la grande hambre que dijimos, de que morian sin número de pura necesidad, enfermando por falta de mantenimientos. Y parece que la envió Dios á aquella provincia para que el bendito Padre hiciese alarde de su extremada caridad, la cual fué tal, que no sólo dió de limosna á los pobres lo que tenia, hasta vender sus vestidos, y repartirles las mantas de su cama, y quitarse el bocado de la boca para dárselo, sino que con admirable piedad mendigaba por ellos de puerta en puerta, allegando la lismona que podia para socorrerlos; y movido de compasion andaba visitando los enfermos, y curándolos y regalándolos cuanto podia, y acomodando á los pobres en casa de los ricos, y cuando no tenia á dónde, los traia á su propia casa, para curarlos y regalarlos por su médico y enfermero.

Testigo de esta verdad fué un mozo gentil, que viendo la piedad de los cristianos, poco usada de los chinos, vino pobre, enfermo, desnudo y tullido á la puerta de la iglesia á pedir limosna. Cuando el buen Padre le vió, tuvo más dolor de su mal, que él mismo que le padecia, y con admirable piedad y mansedumbre se llegó á él, y le consoló y animó, y le trujo á su propia casa, y le regaló cuanto pudo, y con medicinas que buscó le curó las piernas que tenia medio quebradas; y el mozo admirado de su extrema piedad, dijo en su corazon: «No es posible, sino que es santa ley que tal virtud enseña,» y luégo detestó sus errores, y pidió el santo Bautismo, el cual le dió el P. Estéban, con el gozo que se puede entender de haber ganado su alma por aquel medio.

Otro dia halló tendido en la calle un pobre, gentil como el primero, pero mucho más enfermo. Movido de su grande piedad le trujo á su residencia, y le regaló y curó cuanto pudo, catequizóle y convirtióle á la fe de Cristo, y viéndole muy malo le dió el santo Bautismo, y dentro de breve tiempo le envió al cielo. Porque la fuerza de la enfermedad fué tal, que le acabó la vida presente, para que volase de las aguas del Bautismo á la eterna. Y el Padre le hizo un solemnísimo entierro, para que viesen los gentiles cómo honraban los cristianos á sus difuntos, aunque fuesen pobres y recien convertidos como éste. Pero el mandarin se lo extrañó, diciéndole: «P. Estéban, no se esmere

en hacer tanto por estos, porque los chinos no son como los europeos, y sacan ponzoña donde vosotros sacais miel de merecimientos.» Pero el Padre le respondió, que no miraba al interés, sino á la piedad y caridad que la ley santa de Cristo manda, que se tenga con todos, y en particular con los pobres enfermos y con los difuntos, que no tienen quien los entierre.

Y porque se vea el ingenio de los chinos con quien trataba, contaré lo que le pasó con un criado doméstico, de quien hacia toda confianza. Dióle en la fuerza de la hambre unos doblones para que trujese bastimento á la residencia. Él, vencido de la codicia, vicio propio de los chinos, los dió á sus parientes, y volvió diciendo que se los habian hurtado en el camino. Pero como no hay cosa oculta, que tarde ó temprano no se descubra, no tardó mucho en saberse la verdad del hurto. Y el Padre, aunque disimuló por entónces, pero despues, á instancia de otro Padre, que tenia ya consigo, le despidió de casa, porque no tuviese ocasion de repetir los hurtos; porque este cáncer se apodera de los huesos de manera, que tarde ó nunca sanan de él los que le tienen. Como la hambre era tan universal, vino á la casa de éste, y viéndole el P. Estéban en la iglesia, flaco, amarillo y macilento, le hizo dar de comer y de beber, y regalarle con lo mejor que habia en casa, volviéndole bien por mal, como Cristo nos enseña. Y su agradecimiento fué publicar por la ciudad que los Padres le habian dado veneno en la comida, y que habiéndolo conocido, no la habia gustado, por no perder la vida; que semejantes embustes urde la malicia de esta gente cuando se malea, convirtiendo, como los áspides, el buen manjar en ponzoña, para matar á quien les da la comida.

Y no paró aquí su caridad, porque siempre andaba en contínuo movimiento, como el sol, alumbrando á todos, discurriendo por la provincia, que como dije, era dilatadísima, mayor que el reino de Portugal y el de Andalucía en España, predicando y doctrinando, convirtiendo á los infieles, y fortaleciendo á los ya convertidos, curando á los enfermos y dando salud á muchos; y su mayor consuelo era, cuando llegando cansado y fatigado no hallaba albergue ni sustento, como le sucedió muchas veces en lugares de idólatras, donde no era conocido. Y hubo vez, que no teniendo agua que beber, se halló forzado á usar de la que habia servido para lavarse las manos, y beber aquella inmunda, por no tener otra con que apagar la sed. ¿Y cuál seria la comida, cuando la bebida era esta? Siempre llevaba por los caminos un librico de devociones, en que iba leyendo y repasando las que tenia, y algunas veces llevaba un jumentillo en que iba el ornamento de decir Misa, y algunas imágenes y libros que repartir á los cristianos, y por no llevar criado, que lo tenia por mucha autoridad, le llevaba del diestro con una mano, y con

a otra el libro en que iba leyendo y meditando lo que leia, dando este p
á su alma cuando buscaba las ajenas.

VI

Sus virtudes religiosas y su santo ejemplo.

Veintisiete años estuvo este siervo de Dios en la China, predicando gentiles, y confortando á los ya convertidos, predicando con sus palab con el ejemplo de su santa vida, que no fué ménos eficaz y poderosa traerlos á la ley santa de Cristo. Porque todas sus acciones, y la mode compostura de su persona, eran una exhortacion á la virtud, y voces qu silencio daba á los corazones, y, muda la lengua, les persuadia lo que ob y todas sus obras eran un sermon contínuo, predicando con su honesti castidad, con su compostura la modestia, con su mortificacion la penit con su oracion la devocion, con su pobreza el desprecio de las rique: con su humildad condenando la soberbia y ambiciones del siglo. Porqu menzando de esta virtud, que como enseña S. Gregorio, es la raiz y f mento de las demas; resplandeció en este siervo del Señor de maner: podemos afirmar de él lo que de S. Agustin dice la Iglesia: *Nihil fu humilius*. No hubo criatura más humilde que él, porque se humilló y d ció siempre más que el polvo de la tierra, teniéndose y tratándose co más vil de todos; en tanto grado, que no sólo se humillaba á los superi á los otros religiosos con quien vivia, sino tambien á los criados de la c á los que le acompañaban y guiaban por los caminos, tratándolos co honor y reverencia, no como á siervos, sino como á hermanos suyos. que fuese un negro esclavo, se sentaba á la mesa, bebia en su mismo v le servia en cuanto habia menester, y velaba porque él durmiese, cuan necesario hacer centinela por los tigres y fieras de los campos.

Siempre rehusó cuanto pudo, no solamente el oficio de superior, sin bien el nombre, y no se le podia decir injuria que tanto sintiese, como lla Superior, Rector ó Vice-provincial, las veces que le señalaron por tal biendo esta su humildad, se abstenian todos de nombrarle ó escribirle de Superior. Siempre que lo fué tomó el oficio más bajo para sí y el m bajoso, y no le sirvió la vara sino para tomar lo peor, por descargar c bajo á sus compañeros. Por lo cual, usando de la facultad, los obligaba darse en las residencias de las ciudades, y él salia á las aldeas y cas predicar y trabajar, y padecer las incomodidades de las misiones, que

los gentiles son grandes, y muchas veces con riesgos de la vida, porque no las pasasen sus compañeros, y en los pobres albergues de los caminos daba siempre á los criados lo mejor.

De este mismo afecto de humildad le nacia la extremada pobreza que siempre profesó en el vestido, en la comida, en la habitacion y en el trato de su persona, que era tan pobre y tan vil en los ojos de los hombres, que los mismos religiosos de la Compañía la tuvieron por extrema, y que no convenia en aquella tierra, á donde para la promulgacion del Evangelio era necesaria la estimacion exterior. Por lo cual, siendo súbdito, le obligaron á dejar el vestido vil que usaba, y tomar otro más decente para la predicacion; pero aunque por la obediencia mejoró el exterior, pero el interior siempre fué pobrísimo. Un jubon trujo tantos años, con tanto número y diferencias de remiendos, que no se sabia de qué se habia formado; y por reliquias y ejemplo de varon tan santo se conserva en la residencia de Hanchum con mucha veneracion. Siempre usó paño grosero, un sombrero viejo y unas abarcas de paja, que usan los pobres y esclavos de aquella tierra. Su cama eran unas pajas sobre el suelo, y una manta raida el invierno para cubrirse, sin tener otro reparo ni abrigo para defenderse del frio. Jamas mudó aposento, por incómodo que fuese, y siempre tomó para sí el más estrecho y el peor de la casa. Cuando comenzó la mision de Hanchum, le aposentaron en casa de un pobre labrador, tan corta y estrecha, que apénas tenia habitacion para sí. Era la casa una choza pajiza, con unos apartadillos divididos con cantos; uno de estos tan estrecho, que con dificultad cabia, le cupo al buen Padre, y no fué la estrechura lo más difícil de sufrir, sino la vecindad de los animales cerdosos que tenia junto á sí, los cuales estaban gruñendo toda la noche, y le daban pestilente hedor, y tanta cantidad de pulgas, que ni allí le dejaban reposar, ni en todo el dia tener quietud, llevándolo todo con grande alegría por amor de Dios. Cuando edificó la iglesia de aquella residencia, labró para su habitacion un aposento en ella, testigo de su pobreza y humildad, no de piedras pulidas, ni de ladrillos y cal bien nivelados, sino de unas pocas cañas, con que hizo un atajo pequeño en un rincon, y aquel fué el suntuoso palacio que labró para su habitacion, tan incómodo, por no decir más, que el portal de Belen, en cuya memoria le labró, llevado de su devocion; y las alhajas que le adornaban no tienen número ni precio, porque ni tenia mesa ni silla ni banco, ni más cama que el suelo y las pajas que dijimos, y de noche encendia un cabo de vela para rezar ó leer, el cual ponia sobre un canto ó en un clavo hincado en la pared, que sólo el ingenio de su humildad y pobreza pudieron disponer tal menaje de aposento en un predicador y Superior de todas aquellas residencias, como lo era el P. Estéban en aquella ocasion.

¿Qué diré de la pureza de su alma? ¿Qué de la mortificacion de sus sentidos? ¿Qué de la penitencia con que maceraba su cuerpo, y las asperezas que usaba consigo? Que fué ejemplo á los religiosos, y admiracion á los gentiles. Porque su honestidad y recato fué tal, como arriba dijimos, que le fiaban sus hijas y mujeres, que no fiaban á sus más cercanos parientes, ni á sus amigos. Siempre andaba los ojos bajos, el rostro modesto, las manos cubiertas con la ropa, los pasos graves; y sus palabras eran raras, verdaderas, necesarias, de cosas del cielo y del bien de las almas, con que eran estimadas y deseadas de todos. Nunca tocó á otro, aunque fuese niño del pecho: si le pedian que le dijese un Evangelio, hacía sobre su cabeza la cruz en el aire, por no tocarle: tan extremado como esto fué siempre su recato.

Maceraba su cuerpo con cilicios, disciplinas y ayunos, y pareciéndole todo poco, labró unas como tenazas de hierro, que traia á raiz de las carnes, con tal artificio, que le mordian á cada paso que daba, y le servian así para mortificacion como para despertador de la memoria de Dios, que traia siempre delante, y eran como impulsos, que hiriendo su cuerpo, afervorizaban su alma, y levantaban su corazon al cielo. Su cuotidiana comida era un poco de arroz cocido en agua, sin género de especie, ni de cosa que pudiese sazonarle. Y era tan descuidado en lo que tocaba á su regalo, que nunca avisaba lo que habia de comer á los domésticos que lo habian de preparar, y así muchas veces, cuando venia de trabajar todo el dia, no hallaba más que una fruta y un poco de agua con que sustentarse. Vino jamas le probó, ni el cha, que es la bebida ordinaria de la China; sino su mayor regalo era el agua en que habia estado en remojo la cebada, y solia repetir muchas veces que «el hombre come para vivir, pero no vive para comer, y así no ha de tomar más que lo necesario para sustentarse, como lo aconseja San Pablo, diciendo: *Teniendo alimento y con qué cubrirnos, nos contentamos:*» (*ad. Timot. 6*). Y el vestido que el Padre traia era tal, que apénas podia cubrirse con él, porque de ordinario estaba tan roto, que se le veian las carnes, padeciendo rigurosos frios en los inviernos, y en el verano importunos animalejos que le picaban. Nunca se llegaba al fuego, por más helado que se hallase, ni trujo defensa para las manos, como lo usan en la China: y como los aires eran destemplados, y más por los caminos, traia las manos hinchadas y abiertas por muchas partes, corriendo viva sangre, con más gozo de su alma, que el dolor que padecia en el cuerpo, acordándose de los clavos que taladraron las de Cristo, y la sangre que derramó de ellas por todo el género humano.

Con estas virtudes juntó la de la obediencia, en que fué tan extremado como las ya referidas, no teniendo más voluntad que la de su Prelado ó Superior. Sus señas ó insinuaciones de cualquiera obra, por difícil que fuese,

tuvo siempre por precepto expreso de su voluntad, la cual ejecutaba prontísimamente, sin replicar ni proponerle jamas.

Su devocion con la Santísima Vírgen fué notoria, amándola ternísimamente, y valiéndose de su favor en todas sus empresas y dificultades, y en las batallas que tuvo con los demonios, que fueron muchas y muy prolijas, en tantas ocasiones como tuvo con los gentiles; y á todos los que catequizaba y bautizaba, persuadia su devocion y la del Santísimo Sacramento, en que tambien se esmeró. Todos los dias dijo Misa, aunque fuese en los campos caminando, para lo cual llevaba consigo todo lo necesario para armar el altar. Preparábase para ella con oracion y mortificacion, y decíala con grande sosiego, como si no tuviera otra cosa que hacer, aunque más acosado estuviese de negocios, juzgando éste por el más principal, como en la verdad lo es, y daba despues gracias con la misma devocion, y oia otras si las habia, y él mismo lavaba y aderezaba los corporales y purificadores, y todo lo que servia en el altar; y con la misma pausa y quietud rezaba el oficio divino, retirado en la iglesia ó en su rincon, sin dar oidos á negocio alguno que le pudiese interrumpir. De su oracion habia mucho que decir, pero no cabe en tan breve relacion. Su historiador afirma que la mayor parte de la noche pasaba siempre en oracion, y que entre dia no perdia de vista á Dios, con que se verificaba en él lo que S. Gregorio Nazianceno pide en el varon espiritual; que sea tan contínuo en la oracion como en la respiracion. Y si alguna vez le acometia el sueño, tomaba sobre sus hombros un grande peso para vencerle y no dejar la oracion; y con este estudio andaba siempre su espíritu bañado en devocion, y á todas horas le hallaban templado para negociar con él.

VII

Su santa muerte y sus exequias.

Llegóse en este tiempo el año de 1657, en que cumplió los 27 años que estuvo en la China predicando y obrando como un apóstol de la Iglesia primitiva. Porque fundó muchas iglesias, destruyendo los templos de los ídolos, bautizó innumerables almas, trujo muchos millares de gentiles al conocimiento de Cristo, desterró de muchas ciudades, villas y aldeas las tinieblas de los errores con la luz de su santa doctrina, sacó aquellos reinos de la ceguedad del paganismo, alumbrándolos con la luz del Evangelio y la predicacion de su doctrina; y la tierra, que hasta entónces era una selva de vicios, la trocó

en paraiso de virtudes, esforzando á todos con el ejemplo de su santa vida, la cual quiso Dios premiar con la corona de gloria que tenia tan merecida dándole una santa muerte, como habia sido su vida, la cual se ocasionó de los trabajos que tomó por su servicio. Porque, habiendo edificado en Hun chum, que era la ciudad de su morada, dos suntuosas iglesias, ayudando po su persona á llevar la piedra y cal y la madera para ellas, quiso adornarla de curiosos retablos, en los cuales trabajó con los cristianos incansablement y como no cesaba de los ministerios de predicar y confesar, doctrinar y ba tizar, y los ejercicios de oracion y penitencia que hemos dicho, todo jun hizo un peso tan desmedido á sus fuerzas, que vino á rendirle, sin poder nerse en pié. Quiso descalzarse y no pudo, porque, como habia tanto tiem que no se desnudaba, se le hincharon las piernas de manera, que no pud ron quitarle las calzas sin romperlas con un cuchillo, y vieron, que el hum se habia apoderado del cuerpo en tanto grado, que llegaba al vientre y minaba al corazon. Las medicinas que le aplicaron no fueron bastantes á carle del peligro, con que el siervo de Dios entendió, que se llegaba su ho

Avisó luégo al Superior de la residencia de Xensi, el cual le pidió que fu allá, porque habia más comodidad de médico y medicinas; pero esto fué i posible, porque la enfermedad se agravó. Y conociendo que moria, se lo vió á decir; y se dispuso como un santo para aquella última hora, la cual reveló Dios, como lo ha hecho á muchos santos, y lo dijo el bendito Padr los cristianos que le asistian, por estas palabras que refiere su historiador: *M cho trabajo os he dado en el discurso de esta mi enfermedad: el dia de la censíon subiré al cielo en compañía de mi Señor Jesucristo.* Luégo los exh tó á la caridad y amor, á la perseverancia en la fe, á despreciar lo tempc y apreciar sólo lo eterno; y les ordenó que no hiciesen gastos ni demost cion en su entierro, sino que la caja ó ataud fuese de unas tablas viejas, mortaja del más vil paño que hubiese, mostrando hasta en la muerte el ar que tenia á la santa pobreza. Llegóse el dia de la Ascension y la hora de dio dia, en que los fieles se juntaban por su consejo á orar en la iglesia, se puso tambien en oracion, y les pidió un ramo verde. Diéronle uno de sa y con él en la una mano, como victorioso triunfador, y haciendo con la la señal de la cruz en el aire, como bendiciendo el camino por donde ha de ir, partió su bendita alma en compañía de su Redentor al cielo, feste do los Angeles su triunfo, y llorando los hombres su ausencia.

Luégo se vistieron todos de luto, grandes y pequeños, haciendo unive sentimiento, y mostrando la estima que tenian de su santo Padre. Le vistie de las más ricas y preciosas vestiduras que hallaron, y labraron una ca uso de la tierra, de la más preciosa madera que tuvieron, en que bien en

tunada pusieron su santo cuerpo, con muchos aromas y perfumes, y le colocaron con luces en un aposento, preparando las honras de su sepultura, que fué de allí á algunos dias, despues de haber llegado el Superior de la residencia de Xensi, el cual hizo el oficio con más lágrimas que palabras, nacidas del vivo sentimiento que le causó tan gran pérdida, con que toda aquella provincia quedó huérfana. Todos aquellos dias le lloraron sus hijos, y señalado el del entierro, vinieron innumerables la tarde ántes á casa, y le llevaron en hombros con suntuosa pompa al campo, al son de atabales, trompetas, chirimias y otros instrumentos músicos, y segun su costumbre le tuvieron aquella noche en una tienda enlutada con muchas luces, llorándole y acompañándole con gemidos y lamentos, y con la música de los instrumentos con que le trujeron, y con los mismos el dia siguiente acompañaron al Padre, que vino revestido á la tienda, y despues de haber hecho los oficios de difunto, segun el uso de la Iglesia, le dió eclesiástica sepultura, clamando todos cuando le pusieron en ella. Allí quedó enterrado el cuerpo de este apostólico varon, pero no su memoria, la cual vive y vivirá eternamente en el cielo y en la tierra, á donde le ha honrado Dios por sus merecimientos, por los cuales y por su contínua intercesion en la gloria, confiamos en su Divina Majestad, que enviará muchos y muy fervorosos obreros á aquel imperio, que lleven adelante la fe católica, que plantó en ellos, y conviertan muchas almas de nuevo, que se pierden por falta de obreros.

Su vida escribió el Superior de aquellas residencias, que fué su compañero muchos años, y habla como testigo de vista, y la envió desde la China á esta corte de Madrid, á donde vino á mis manos, y copié de ella lo que aquí se ha referido. Fué su santa muerte dia de la Ascension del Señor, á 10 de mayo de 1657 años, que será en aquella tierra perpetuamente célebre, por la opinion de santo en que le tienen.

P. ANDRADE.



EL OBISPO NICENO P. MELCHOR CARNERO

EL oro es tan precioso, que áun sus raeduras se recogen y guardan; mucha más razon es que recojamos aquí las migajas que sabemos de las muchas y heróicas virtudes de este siervo de Dios, el cual entró en la Compañía en Coimbra, año de mil y quinientos y cuarenta y tres. Fué el primer Rector del colegio de Évora, que fundó el Cardenal D. Enrique, que despues fué Rey de Portugal; y al fundarse este colegio predicó el P. Fray Luis de Granada grandes loas de la Compañía, diciendo que era instituto apostólico, enviado de Dios para salvar las almas, y renovar la antigua santidad de la Iglesia. Lo cual se verificó este año en Portugal, donde andaban esparcidos en misiones los de la Compañía de Jesus, en la Guardia, en Portoalegre, en los Algarbes, en Coimbra, Oporto y Braga, de dos en dos, haciendo oficio de Apóstoles.

El año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro pidió el Rey de Portugal al Papa que enviase á Etiopía algunos Padres de la Compañía, de los cuales uno fuese Patriarca y otro Obispo. Y nuestro P. San Ignacio por órden de su Santidad nombró tres santísimos varones, que fueron el P. Juan Nuñez Barreto y el P. Andrés de Oviedo y el P. Melchor Carnero, el primero para Patriarca, los dos para sus Coadjutores, que á su tiempo se sucediesen en la dignidad, y escribió nuestro santo Padre al Rey las grandes virtudes de cada uno de ellos. Y al principio del año de 1555, el Papa, con consejo de los Cardenales, nombró al P. Juan Nuñez por Patriarca de Etiopía, y al P. Andrés de Oviedo por Obispo de Hierápolis, y al P. Melchor Carnero por Obispo Niceno, con facultad de suceder en el Patriarcado, el uno primero y luégo el otro; y dió al Patriarca plenísima jurisdicion, no sólo para Etiopía, sino para las provincias finítimas: que estas honras llenas de trabajos y cuidados, sin resplandor de pompa, admite nuestro Instituto. Y este mismo año se embarcó en Lisboa el P. Melchor Carnero, y llegó á Mozambique con otros de la Compañía.

Pasó á Cochin, donde llegó fama que un Obispo armeno derramaba venenosa doctrina en los pueblos de Santo Tomé, contra la confesion sacramental y culto de las imágenes, y otros grandes errores. Para atajar á los principios este mal fué allá este siervo de Dios, y habló con el Obispo, primero blandamente, por si podia reducirle por bien; pero él, como enemigo de la luz, sa-

biendo que habia llegado allí el P. Melchor, no pareció en todo aquel año. Con esto procuró predicar nuestro P. Melchor contra sus errores, porque tan mala dotrina no cundiese, sino que quedase condenada. Y el año de 1558, sabiendo que este hereje andaba en los montes de los malabares, se fué allá con riesgo de su vida, por lugares desiertos sin pueblos, donde habia cristianos, que los dias de fiesta se juntaban en una parte. Por esta causa se estuvo dos meses en un templo, hablando á los cristianos los dias de fiesta, y si alguno venia entre semana los recibia con amor; y fuera de esto bautizó a muchos gentiles. Lo cual como supiese el hereje nestoriano, tuvo miedo, y no osó llegar donde estaba el Padre; mas publicaba por todas partes, que en pública disputa probaria claramente ser su fe apostólica, lo cual deseó mucho el P. Carnero, pero no lo cumplió el hereje, ántes se huyó al reino más cercano, y el P. Melchor insistió con el Rey de aquel reino mandase prenderle, porque sembraba errores y turbaba la paz. Pero por poco le sucediera al siervo de Dios, lo que pretendia se hiciese con el hereje. Porque muchos, pervertidos del tiempo atras y de nuevo, sabiendo que buscaban á su obispo para prenderle por persuasion del P. Melchor, se determinaron de quitarle la vida. Y aunque el santo varon se holgara de tener esta suerte, el Patriarca que lo supo le mandó volver; mas al vorverse de Cochin, andando por la ciudad, le tiraron por detras una flecha que le pasó el bonete de parte á parte, y se hallaron cédulas en la caja de la limosna, llenas de oprobios á Cristo Nuestro Señor, lo cual dió ocasion á inquirir sobre esto, y se halló un gran número de judíos con nombre de cristianos huidos á la India; lo cual fué causa de introducir allí la santa inquisicion. El obispo armeno fué despues preso, y le convenció en sus errores el P. Melchor Nuñez. Entónces fué consagrado Obispo Niceno el P. Melchor Carnero, y le consagraron el Patriarca y el Arzobispo de Goa y el Obispo de Malaca. Hizo el siervo de Dios voto de obedecer, no sólo á los consejos de la Compañía, sino de dar la obediencia á la Compañía, cada y cuando que pudiesen impetrarlo del Pontífice Romano.

Despues se empleó este apostólico varon en grandes obras de la gloria divina, porque aunque no pudo pasar á Etiopia, en otras partes ejercitó el oficio de buen Pastor tan heróicamente, como se verá por este caso. Sucedió estando en Macao, que un mozo chino se hiciese cristiano: súpolo su padre, y quejóse á los mandarines de que le habian llevado su hijo, y héchole cristiano. Embargaron luégo los mandarines todas las mercaderías que tenian los portugueses en Canton, con apercibimiento que las perderian, si no volvia el mozo á la ciudad. Viéndose los portugueses apretados, escribieron luégo al Capitan de Macao para que le enviase. Supieron los Padres de la Compañía lo que pasaba, y temiendo no sucediese al mozo algun trabajo y peligro de

faltar en la fe, entregáronle al P. Melchor, Obispo Niceno, que estaba allí, para que como Pastor suyo, hiciese de aquel alma lo que más conviniese. Vino el Capitan de Macao á pedir al Padre le entregase á aquel mozo para enviarle á Canton; pero respondióle el Obispo, que él no podia dársele con buena conciencia, ni le daria por ningun respeto, por la obligacion que tenia de dar cuenta á Dios de su alma. Mas como entendió el mozo el peligro que tenian los portugueses en Canton por su causa, dijo que él estaba determinado de parecer delante de los mandarines, y confiaba en Nuestro Señor le daria su gracia y ánimo para confesar la fe delante de ellos. No quiso desampararle el zeloso Obispo en esta ocasion, así fueron entrambos á Canton, y parecieron delante de los mandarines; mas como estaban tan enojados por lo que su padre del mozo les habia dicho, asieron luégo de él para castigarle, y lo mismo hicieran del P. Melchor, si no le sacaran de allí los portugueses, que se hallaron presentes. Diéronle al mozo veinticuatro azotes con las cañas, que son tan terribles, que suelen morir con ellos; pero siempre estuvo firme, confesando que era cristiano, y besando con devocion la cruz de su Rosario, repetia muchas veces el nombre de Jesus. Pusiéronle en prisiones despues de haberle azotado; mas él dijo, que aunque muriese no dejaria la ley que habia recibido y profesado.

En todo el tiempo que estuvo preso le dieron ochenta azotes, sin que descubriese jamas flaqueza ni temor. Procuraba animarle el Obispo, algunas veces que pudo hablarle. Al fin, viendo los mandarines lo poco que aprovechaban sus azotes con aquel mozo, le desterraron de la China, y él se volvió con grande alegría en compañía del Obispo á Macao, donde les recibieron á entrambos con la misma, así los Padres como los portugueses, dando muchas gracias á nuestro Señor por la perseverancia que le habia dado. Finalmente los heróicos hechos y grandes trabajos de este siervo de Dios merecieron digno premio de la gloria con una muerte santa en Macao el 19 de agosto de 1583.

P. Nieremberg.



MISION DE GOA



P. PABLO CAMERTE

ESTE Padre fué el compañero que llevó consigo de Roma el P. Simon Rodriguez, cuando partió para la India, año de mil y quinientos y cuarenta; y despues, como el P. Simon se quedó para fundar la Compañía en Portugal, le llevó consigo á la India el santo P. Francisco Javier, año de mil y quinientos y cuarenta y uno, junto con el P. Francisco de Mansilla, portugués. Porque ántes de ser confirmada la Compañía por el Pontífice Romano, cuando nuestro P. S. Ignacio resolvió de enviar dos de sus compañeros á la India, el P. Pablo Camerte se ofreció á irles sirviendo de criado y siervo con su profunda humildad; obligándose á esto como por escritura, escribió un papel que se guardó para memoria de este gran siervo de Dios, que dice así: «Yo Pablo, hijo de Bautista, Sacerdote de la diócesis Camerinense, profeso que toda mi esperanza he puesto en nuestro Señor Jesucristo, á quien me determiné de servir en perpétua castidad y pobreza; y tambien que por amor y reverencia de este Señor, es mi parecer y resolucion cierta, y mi propósito firme, de servir al Maestro Simon Rodriguez y al que fuere su compañero; los cuales por mandado del Pontífice, á peticion del embajador del Rey de Portugal, se parten á la India; y voy con ellos, no como socio de la Compañía, sino para servirles de mi voluntad, y por amor de nuestro Señor Jesucristo, en lo que quisieren usar de mí, esperando de su divina Majestad, que el Maestro Simon, y el que fuere su compañero, me mandarán en la India algo, con que yo tambien ayude con mi cornadillo á aquella miserable gente, destituida del conocimiento de Dios. Y porque ésto es así, y porque espero que así he de servir mejor á mi Señor Dios; en testimonio de verdad firmé esta escritura de mi nombre, en Roma, á cuatro de marzo de mil y quinientos y cuarenta años». *Pablo Camerte.*

Armado el siervo de Dios con este espíritu de humildad, partió de Roma á Portugal con el P. Simon, y luégo á la India con S. Francisco Javier Aquel año invernaron las naos en Mozambique, donde trabajó con gran pie-

dad, sirviendo en el hospital, que estaba lleno de enfermos; y partiénd(S. Francisco á Goa, le dejó allí con el P. Mansilla, á peticion de los enferm(donde dió muestras de su gran caridad, paciencia y benignidad; y habien hecho este oficio, luégo que se ofreció navegacion, se embarcó para Goa, m no halló allí á S. Francisco, que habia pasado al cabo de Comorin; pero ha gran fama y admiracion de su santidad, y llena la ciudad de sus alabanz:

Estaba allí un Sacerdote seglar, gran siervo de Dios, llamado Diego Bort na, de escogidas virtudes, predicador apostólico, que ardia en gran zelo propagar la fe. El cual, despues de haber ganado muchos indios para Di recogia en su casa mancebos indios que criaba, é instruia en la religion c: tiana, y les enseñaba á leer y escribir, y la Gramática latina y lengua por guesa, para que sirviesen despues de intérpretes á los ministros del Evan lio para convertir los indios; lo cual le habia sucedido muy bien, porque | este camino traia muchos á la fe. De donde infirió, que si niños de varias l guas se criasen allí, seria seminario para convertir toda la India, con lo c y con la ayuda y piedad de hombres ricos y mercaderes, comenzó este minario; y estando ya viejo y quebrada la salud, le daba gran cuidado, có se pudiese llevar adelante esta obra. Mas conociendo á S. Francisco Ja y al P. Pablo Camerte, juzgó que esta empresa estaba guardada para se jantes personas, y recibiendo en su casa, en Goa, al P. Pablo Camerte, | que el P. Mansilla pasó luégo al promontorio de Comorin, en busca P. S. Francisco, encargó todo el cuidado de este seminario al P. Pablo, : solo, sin ayuda, llevó este peso tan bien, que el Rey de Portugal lo enca á la Compañía.

Tuvo despues á su cargo este siervo de Dios el cuidado de la instituc de los indios mancebos en el colegio de Goa, donde habia sesenta mance de diez hasta veinte años, que al principio en sus bárbaras costumbres (unas bestezuelas, y muchos estaban allí contra su voluntad, los cuales co piedad liberal de los cristianos habian sido comprados de la servidumbre sus amos, y traidos allí por necesidad más que por voluntad. Eran de v: lenguas; en lo cual se ve cuán grande seria el trabajo del P. Pablo Camert su paciencia y prudencia; y más habiéndose de acomodar al gusto del (po y de otros Gobernadores. Tenia dos compañeros, los cuales eran m tros que les enseñaban á leer la lengua latina y portuguesa; cuidaba tam de lo temporal, y un hombre casado atendia á que se les guisase la co en su casa. Llevaba el siervo de Dios estas molestias y las recocia dentr sí, mirando lo que estos niños importaban para la propagacion de la f todo el Oriente, sirviendo de lenguas para los operarios del Evangelio, y rando que era obediencia puesta por S. Francisco Javier.

Era persona el P. Pablo Camerte muy agradable á todo género de gente, á los superiores y á los muy ínfimos y medianos, porque era muy humilde. El año de 1548 hizo los votos de Coadjutor espiritual con los PP. Nicolao Lanceloto, Antonio Criminal, que fué el primer mártir de la Compañía, y Alonso Cipriano. El año de 1549, cuando trató el santo P. Francisco de ir á Japon, le nombró por superior en toda la India Oriental en su lugar.

El de 1551 hizo el P. Pablo en Goa un hospital donde se curasen los indios pobres, cristianos y gentiles, y él mismo pedia limosna por todo el pueblo para sustentarlos, y con gran caridad se lo daba por sus manos, sirviéndoles con humildad; y aunque era el Superior de todos los de la Compañía, tenia por oficio suyo el varon humildísimo gobernar, más ejercitando virtudes, que el poder. Entabló que todos los viérnes viniese la gente á oir un sermon de la Pasion de Cristo Nuestro Señor, en el cual movia á muchas lágrimas, y luégo corria un velo mostrando un Crucifijo, á cuya vista se disciplinaban todos, cantando un *Miserere*. Y como el trabajo de los nuestros (que eran pocos,) era mucho, caíanle enfermos á menudo, y así pidió á Roma socorro de gente; que no habia fuerzas para llevar tan pocos tanto trabajo, y él entónces, fuera del cuidado general de cumplir con lo que le dejó encargado S. Francisco Javier, gobernaba el colegio de Goa, en ausencia del P. Antonio Gomez, que estaba en mision. Porque conociendo S. Francisco las singulares virtudes del P. Pablo, nunca quiso quitarle de Goa, para que los que viniesen de Europa de la Compañía, topasen allí aquel raro ejemplo de zelo apostólico, dejándole todo su poder cuando fué á Japon. Los que conocieron al P. Pablo decian, que quien no lo vió no podrá creer lo mucho que trabajó; cuando ya estaba viejo y sin salud, era imposible, sin particular favor del cielo, vivir con tan inmenso trabajo y cuidados los años que vivió. Decia Borbona de él, que, como un mastin de ganado con ladridos y mordiendo defiende las ovejas, así el P. Pablo velaba y predicaba y buscaba los indios de varias lenguas y los compraba, no sólo para darles libertad, sino para hacerlos libertadores de las almas. Asistíales siempre de dia y de noche, en las letanías y oficios divinos que cantaban los dias de fiesta. Entre tanta variedad de naciones, lenguas y costumbres bárbaras y que muchos lo repugnaban, él con un amor, no sólo de padre, sino con suavidad y dulzura de madre, los conservaba y unia, él los instruia en el catecismo, él por su mano los bautizaba, y los defendia de injurias y molestias que les hacian los poderosos. Edificóles mayor casa donde cupiesen; luégo edificó otra casa para catecúmenos, apartando los varones de las mujeres, de lo cual cuidaba él tambien, y fuera de esto asistia al confesonario, como si no tuviera tantos cuidados.

En medio de todos ellos su alma no parece que estaba en la tierra, sino en

el cielo; de donde se siguió, que aunque no salia fuera de Goa, la fama de su santidad corria por toda la India, porque enviaba alumnos y discípulos suyos á todas partes, que ayudasen á la conversion de las almas, á los cuales animaba y conservaba en estos santos empleos. Pocos dias ántes que muriese escribió de él el P. Melchor Nuñez estas palabras: «El santo Pablo, pobre de espíritu y amigo de pobres, trabaja mucho y procura traer siempre vestidos rotos y muy viejos, da ejemplos de gran caridad y misericordia en el hospital, de que ha doce años que cuida. En su hablar, andar y acciones es sencillo y mortificado, y él tenido por hombre de otra vida. Finalmente por el año de 1560 murió una muerte suavísima, y fué á coger el fruto de tantos trabajos. Gózase el colegio de Goa de tener los huesos de tan santo Padre, é Italia de que hijo suyo haya sido el instrumento de tan insignes obras, como la Compañía ha hecho en la India.

P. GASPAR BARCEO

I

El fervoroso predicador de Jesucristo y gran siervo suyo, P. Gaspar Barceo, nació en Goeza, lugar de la isla de Zelandia, de los Estados de Flandes. Llamóse su padre Francisco, y su madre Inés, gente honrada, pero ordinaria, sin más nobleza que la que les dió la excelente virtud de su hijo, el cual se inclinó á las letras, y estudió filosofía y teología en la universidad de Lovaina, donde se graduó de maestro. Trujéronle varios casos á Portugal; la necesidad le hizo que se acomodase con el tesorero del Rey; sirvióle con fidelidad y gran paciencia. Una vez, arrebatado su amo de cólera, le trató muy mal de palabra, y cargó de palos pesadísimamente. Llevólo todo Gaspar con gran silencio y sufrimiento, pero pareciéndole que seria bueno advertir á su señor de aquella sin razon y enojo injusto, aguardó á que se sosegase, pasada ya la cólera. Tomó entónces el mismo baston con que le habia sacudido, y llegándose á él con grande humildad, le dijo: «Tomad señor ahora este palo, y si, cuando no estais airado, os parece que yo os ofendí ó falté á vuestro servicio, castigadme, porque es ahora mejor tiempo para conocer la verdad: yo no soy tal que quiera pecar y quiera no ser castigado. Lo que os suplico es, que cuando otra vez hayais de castigar á vuestros criados, no os aconsejeis con vuestra ira.» Quedó con esto el amo parte corrido y parte admirado de la modestia y cordura de su criado.

Florecian en este tiempo los primeros Padres de la Compañía, con gran fama de virtud y santidad, en todo el reino de Portugal; principalmente habia edificado á todos el P. Simon Rodriguez, uno de los primeros compañeros de S. Ignacio, en no haber aceptado el obispado de Coimbra, que el Rey le habia ofrecido. Este desprecio del mundo y buen olor de Cristo fué tan suave para nuestro Gaspar, que corrió tras la fragrancia de él, y entró en la Compañía para ayudar con lo que habia estudiado á sus prójimos. Dió luégo singulares ejemplos de mortificacion, humildad y desprecio propio. Preguntado una vez de su Superior, qué inclinacion sentia en sí á los empleos y grados que hay en la Compañía; despues de haber hecho oracion sobre ello, respondió por escrito en esta forma: «No vine á la religion á ser servido, sino á servir, y mucho ménos vine á buscar regalo, sino á Cristo Jesus crucificado, y seguirle en santa pureza, castidad y obediencia, como ya lo he prometido. Y así digo y protesto, que estoy pronto, y que todo yo me entrego en manos de V. R. para ser coadjutor, cocinero, barrendero de la casa y mozo de mulas; que llevaré cartas y cualquiera otro mandado á cualquier parte del mundo que me ordenaren, á mayor gloria de Dios, por mar ó por tierra, caminando á pie, ora sea á tierras de cristianos, ora de moros ó turcos ó gentiles. Fuera de esto hago plena entrega de mí en manos de V. R., en nombre de Jesucristo, de servir en las cosas más viles, al más ínfimo hermano de la Compañía, ora sea en casa, ora fuera de ella, y generalmente, sin excepcion alguna, serviré á todos mis prójimos enfermos en el hospital, aunque sean leprosos y apestados, y corrompidos de cáncer y cualquiera otra enfermedad, por contagiosa que sea. Ofrézcome, de más de esto, para cualquier peregrinacion y jornada, á las más remotas partes del mundo, á la India, á Etiopía, etc., en hábito vil y roto, con hambre, con sed, con frio, con calor, por nieves, por lluvias y por cualquier otro trabajo, segun V. R. ú otro en su nombre me mandare: seguiré al Cordero por donde quiera que fuere, y habiendo padecido por mí, me armaré yo con este pensamiento de Cristo crucificado. No deseo ser profeso de la Compañía, ni tener para esto propia voluntad, salvo siempre el parecer de V. R. y la voluntad de Cristo, si se me mandase. Todas estas cosas prometo y protesto delante del Señor y la Sacratísima Virgen, de cumplirlo perpétuamente, y en cuanto pudiere, perfectísimamente. Lo cual quiero que sea tan firme y rato como si fuese voto solemne. Y así pido á todos los Santos del cielo, me alcancen gracia y fuerzas para cumplir esto tan perfectamente, como lo deseo, hasta la muerte y muerte de cruz. Y así me entrego para perpétua servidumbre, en vez de Cristo, en las manos de V. R. para que ordene y haga de mí lo que fuere de mayor honra de Dios.» Todo esto contiene aquesta carta de esclavitud del fervoroso Gaspar, que nos

declaró bien la grandeza de su espíritu, con tantos votos, como encierra en sí de cosas tan heróicas y difíciles.

Pero era tanto el amor que tenia á Jesucristo, y aborrecimiento de sí mismo, que todo le parecia fácil, y toda humillacion suya le parecia poco, por ver humillado á su Redentor. Encubria tanto sus buenas partes y estudios, que le tenian todos por muy rudo y tosco; de ordinario estaba en la cocina, con ser maestro y buen teólogo, y mucho tiempo hizo oficio de ropero. Estando una vez los religiosos diciendo sus faltas delante del P. Provincial, P. Simon Rodriguez, se postró á sus pies nuestro Gaspar, diciendo que tenia una gravísima y muy importuna tentacion, en que el demonio le instigaba, á que desease ser predicador; causó risa á todos, porque no sabia hablar portugués, y parecerles muy tosco. Mandóle luégo el P. Simon, que subiéndose en un banco les predicase, para mortificarle con su propia confusion. Hízolo al punto el verdadero obediente; pero tan mal, que bastara á quitar á cualquiera la gana, no sólo de predicar, sino de hablar. Tornóle á preguntar el P. Simon, ¿qué le parecia á él de su sermon? Y respondió con gran sinceridad, que aunque le salió tan mal, y aunque le saliese otras veces peor, no perderia la esperanza, que habia de ser predicador. Reconoció el P. Provincial, con el don de discernir espíritus que Dios le habia dado, que aquello era de Dios. Mandóle luégo á Gaspar, que dejase los oficios de H. Coadjutor, y repasase sus estudios para ordenarse luégo, como con efecto se hizo. Y parece que con el caracter sacerdotal se le infundió la gracia de la predicacion, por el gran fruto que hacia, la cual subió en la India al punto que despues diremos.

Comenzó luégo á predicar por algunos lugares de Portugal, cerca de Coimbra, con tal fervor y aprovechamiento de los oyentes, y mudanzas de vida, que hasta hoy dura su memoria. Por la fama de esto le escogieron los superiores para que fuese á la India Oriental. Llamáronle de sus misiones, cuando ménos él lo pensaba; y aunque se alegró sobre manera, cuando le dieron la nueva, que fué en el camino para ir á predicar á un pueblo, no quiso dejar de hacer el bien que iba á hacer á aquella gente, ántes de volver á casa; y así prosiguiendo adelante, predicó en el pueblo con tan raro espíritu, que en acabando el sermon le rodeó una infinidad de hombres para confesarse, en la cual ocupacion gastó todo el restante del dia y la noche entera, hasta las diez del dia siguiente, sin comer bocado en todo este tiempo, ni pegar sus ojos. Fué cosa tenida por maravilla, habiendo caminado á pie, y predicado con gran fuerza haber sufrido tanto trabajo por espacio de casi veinte horas, sin reparo alguno de la naturaleza.

Embarcóse para la India el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho. E el viaje luégo dió muestras de quién habia de ser en mayores empresas; er

muy asistente y contínuo en la doctrina, que enseñaba todos los dias á los esclavos y niños del navío, y en el servicio de los enfermos más desamparados, á quienes procuraba las limosnas, aplicaba las medicinas, cocinaba en el fogon lo que habian de comer, con tanto desprecio de sí mismo, que lo comenzaron á tratar sin ningun respeto, y con grande desenvoltura, los mozos y esclavos que iban con las ollas de sus amos al mismo fogon; hurtándole unas veces la suya, otras quebrándosela, apartándole, rempujándole descortesmente, de modo que tenia por mucha honra el no darle de puñadas y bofetadas, hasta que su modestia é insigne sufrimiento le hizo por una parte conocer y estimar de todos, y por otra obligó á algunos, á que ó por sí ó por los suyos le ayudasen en aquel trabajo, de modo, que le quedó más tiempo para el de los sermones, confesiones y trato espiritual. Y fué con aquesto maravillosa la mudanza que causó en toda la nave; porque donde ántes, fuera de los marineros y chusma de la gente de servicio, habia como cuatrocientos soldados bisoños, sin otra crianza ni costumbres, que las que se adquieren en el juego, y ceban de la carne, con mil pendencias, afrentas y juramentos; en pocos dias ya la nave no parecia una mezcla de personas de suertes, condiciones, oficios y calidades tan diferentes; mas una sola familia bien gobernada y morigerada. Entró primeramente muy en sí, con el ejemplo y trato familiar del Padre, el Capitan de la nave, Juan Mendoza; recogióse á hacer los ejercicios espirituales, de los cuales sacó una grande caridad para con los pobres y enfermos, un nuevo zelo de la justicia de Dios, una blandura y suavidad en sus obras y palabras, á que todos holgaban de obedecer é imitar, y lo hicieron cada uno en lo que podia, no faltando quien, llevado de la hermosura de la caridad y pobreza cristiana, diese de mano á cuanto ya tenia del mundo, y á lo mucho que esperaba de él, por seguir al P. Maestro Gaspar en el instituto de nuestra Compañía.

Pasadas las calmas de Guinea, que estas tan santas ocupaciones le hicieron sentir ménos, y doblando con dos bravas tormentas el cabo de Buena Esperanza, llegó la nave á Mozambique, sin faltar una sola persona de las que en Lisboa se embarcaron; que como sea cosa muy rara, todos juzgaron se habia querido Dios Nuestro Señor mostrar por aquel modo bien servido del zelo y fervor del P. Gaspar, en la cura de los enfermos, doctrina y reformacion de la vida de los sanos. En Mozambique fué raro el ejemplo de caridad y humildad que dió en el hospital, que se llenó de enfermos, haciendo oficio de cocinero y de mayordomo y cura juntamenre, acudiendo á todo con gran diligencia y misericordia. Ya estaba en la cocina, preparándoles las ollas, ya andaba a pedir de puerta en puerta limosna para ellos, principalmente agua dulce, de que hay allí gran falta, ya les confesaba y daba el Viático, ya

daba la Extremauncion á los que estaban para morir, ya enterraba á los muertos, haciéndose todo á todos. Decian que se aumentaban las cosas en sus manos, porque así en la mar, como en el hospital de Mozambique, le sobraba para dar. Cuando quisieron tornar á embarcarse para llegar á Goa, dejaban los capitanes en el hospital los enfermos desamparados; no lo sufrió esto la caridad del siervo de Dios, diciendo, que él se habia de quedar con ellos. Sentian esto grandemente los capitanes, pareciéndoles que sin el P. Gaspar correrian gran peligro, y porque él no se quedase embarcaron todos los enfermos que estaban para ello, dándoles gruesas limosnas y dejándolas tambien para los que se quedaban. Habia ganado tanto á todos la santidad de este siervo de Dios, que no se querian apartar de él, por lo cual, llegando á Goa, pidieron ser admitidos en la Compañía el Capitan General, Juan de Mendoza, y lo más lucido de la gente.

Recibió S. Francisco Javier al P. Gaspar Barceo, con gran consuelo de entrambos, por la conformidad que en zelo y espíritu tenian. Mandóle luégo predicar en un dia de gran solemnidad, porque deseaba oir él y toda la ciudad, lo que la fama les habia exagerado mucho. Salió mal este primer sermon, porque le queria Dios dar á entender que no era obra suya, ni lo que habia hecho, ni lo que habia de hacer despues, humillando primero al que habia de ensalzar tanto, y hacer célebre en la India y todo el mundo. Pero no por eso desmayó el siervo de Dios, ni S. Francisco Javier dejó de esperar de él mucho, ántes le mandó que cada noche se fuese á la iglesia, y allí ejercitase la voz, hasta que la rompiese bien, para que le alcanzasen á entender la multitud de oyentes que habia de tener. Prosiguió con su predicacion, aunque juntamente leia tres lecciones, una de Gramática, otra de Filosofía, otra de Escritura. Con la eficacia de su espíritu conmovió presto la ciudad de Goa, de manera que no se conocia, aunque habia sido algunas veces ilustrada con la predicacion de S. Francisco Javier. Llegó á predicar cada dia á la nobleza en palacio, á los esclavos en las calles y en las plazas, á los pobres en las cárceles, al pueblo en varias iglesias, con una tan nueva y cristiana elocuencia, y tanto movimiento de lágrimas y mudanzas de vidas, que á los nuestros, que le conocieron en Portugal, ponia espanto, á los portugueses abrasaba, convencia á los infieles, á todos edificaba y mejoraba. Parecia que se le infundió el don de la lengua portuguesa, porque, no sabiéndola ántes hablar, salió tan práctico con ella, como si le fuera natural, sin tener ni áun el tono de extranjero. En bajando del púlpito se le postraban muchos hombres á sus pies, prometiéndole hacer lo que les habia predicado. Entre otros se arrodilló un hombre muy rico delante de él, diciendo: «P. Santo, yo os entrego tantos mil ducados que tengo en oro, todos mis esclavos, mis navíos, toda mi

casa y hacienda y á mi misma alma, para que de todo hagais lo que quisiéredes, y se restituya si he ganado alguna cosa con trato ilícito; cortad por donde gustáredes, que no quiero sino salvarme, cuésteme lo que me costare. Otro hizo lo mismo, pidiéndole fuera de lo dicho, que le ordenase que hiciese gravísimas penitencias, las cuales tomó con tal fervor, que le hubo de ir á la mano el P. Gaspar. Otro dia, predicando del amor que Dios tiene á los hombres, inflamó tanto á un caballero, que no cabiéndole el corazon en el pecho, se fué á desahogar con el siervo de Dios, quedando tan tocado del amor divino, que no habia cosa que no queria hacer por Dios, humillándose á tales cosas, que no le podian detener; diciendo, que para alcanzar el amor de Dios, era poco abatirse á las cosas más viles y bajas al juicio humano, aunque le tuviesen los hombres por loco. Fuera nunca acabar si se hubiesen de contar todas las conversiones que hizo en muchos, y la reformacion que causó en todos, porque nunca se vió aquella ciudad tan compuesta y ordenada.

Y no sólo hacia el P. Gaspar este fruto con sus sermones, sino con pláticas particulares y en todas ocasiones, comunicando el fuego de amor de Dios, que no le cabia en el pecho. Ayudando una vez á bien morir á un hombre muy rico, dijo tales cosas y con tanto espíritu, del desprecio del mundo y las riquezas, que oyéndole otro hombre tambien rico, le puso toda su hacienda en sus manos, diciendo que no queria más riquezas que las de los merecimientos de obras virtuosas. El siervo de Dios, despues de haberle hecho hacer con él una confesion muy dolorosa y contrita, le encargó que fuese procurador de los pobres, entre los cuales gastó toda su hacienda, con gran ejemplo y edificacion de todos. Extendióse este fruto á los gentiles; entre otros convirtió al más principal de los brachmanes, que se bautizó con gran solemnidad, y fué causa que se convirtiesen muchos. El cual cobró tantó celo de las almas, (parece se le infundió su santo Maestro el P. Gaspar,) que decia esperaba en Dios reducir más gentiles que cabellos tenia: no le salió falsa su esperanza, por los muchos que por su ocasion se llegaron al gremio de la Iglesia.

Consideraba S. Francisco Javier, cuán poderoso era este siervo de Dios en su palabra y ejemplo, y así le quiso emplear en la mision de Ormuz, en la isla de Gerun, la más árdua empresa que habia en aquella sazon en la India, y que habia reservado para sí el mismo S. Francisco; pero no podia entónces acudir á ella, por tenerle ocupado la conversion del Japon y la esperanza de entrar en la China. Ordenóle fuese á predicar á aquella gente, y porque temia que su gran fervor le habia de hacer pasar á otros reinos de moros ménos dispuestos, para buscar el martirio, le puso precepto de obediencia, que en tres años no saliese de aquel reino de Ormuz.

II

Evangeliza en la isla de Gerun, y hace obras maravillosas.

Es la isla de Gerun, (donde está situada la ciudad de Ormuz, en altura de veinte y siete grados del Norte,) demas de ser pequeña (porque tiene de circuito ménos de cuatro leguas) un puro mineral de sal y azufre, sin que en ella se crie animal vivo, por no dar de sí yerba verde para los ganados, ni semillas para las aves, ni fuente ó algun arroyo dulce de que beban. Y sobre una tan general esterilidad de todo cuanto ha menester la vida; los incomportables calores, que fuerzan los hombres á pasar las noches enteras, en baños de agua fria en las azoteas de las casas, que todos tienen para este efecto, y la grande sujecion de la tierra á espantosos temblores, bastaban á hacer la ciudad inhabitable, si la codicia no tuviera el mismo imperio en volver á poblar unas, que en asolar y despoblar las otras. Esta tan ingeniosa cuan poderosa pasion de la avaricia, siendo la isla de Gerun por la naturaleza la que decimos, la hizo una de las más fructuosas y deliciosas de lo descubierto, edificando en ella la ciudad de Ormuz, que es la llave de todo aquel estrecho del mar Pérsico, por quedar en una parte de la misma isla; donde se vienen á hacer dos puertos á modo de bahía, uno de la banda de levante y otro de la de poniente, los mejores y más seguros que pueden ser, y con que la tierra quedó hecha escala de todas las mercaderías, así orientales y occidentales, como de la Persia, Armenia y Tartaria que tiene al norte. Y por el mismo respecto, es juntamente la ciudad una plaza y feria, á donde concurren gentes de casi todas naciones y sectas del universo; como son cristianos de la Iglesia latina y griega, moros de la supersticion de los persas y de los turcos y judíos; unos, que dicen, quedaron del primer cautiverio de Babilonia, llamada hoy Bagguadad, y sitiada en lo interior de la tierra, algunas leguas adelante de la villa y fortaleza de Bassera, que es en lo más interior de la ensenada, á la entrada del Tigris y Eufrates; otros, á quien su ceguera y antigua y nunca satisfecha codicia lleva de Turquía, Venecia, Polonia y aun de nuestra España, los trae desterrados por aquellas y otras partes del mundo. Hay tambien gentiles, así extranjeros por causa del comercio, como naturales que escaparon de la furia de Mahoma, por la Persia y Arabia. Cada una de esta suerte de infieles vivia en la ciudad de Ormuz, conforme á su supersticion, con toda libertad y solemnidad. Porque los moros, fuera de otras mezquitas, aquí tenian uno de los más famosos alcoranes de toda la Asia y África

›nde aquel su falso profeta era visitado de muchos peregrinos y festejado dos los viérnes, que es el dia que solemnizan y guardan. Los judíos hacian ı sus sinagogas la fiesta el sábado, y los gentiles el lúnes: sólo el verdade- culto divino de Cristo nuestro Redentor y Salvador era el peor tratado, y enos servido. En tales términos tenia á los nuestros, por una parte la contí- ıa conversacion y vida, de unos mismos muros y de unas mismas puertas lentro, con toda esta abominable gente; y por otra, la grande ignorancia el derecho divino y humano, con la hambre y sed de granjear, sin ningun ecuerdo ni memoria de la eternidad. No es mucho estuviesen tan corrompi- os de costumbres; pues les faltaba la sal y luz de la doctrina evangélica, ›orque por muchos años no se vió en púlpito predicador cristiano. Y aunque ıabia un Vicario con algunos Sacerdotes, el tiempo, la abundancia, el ocio : interes, todo lo habia vuelto de una misma color: de donde nacia una mons- ruosa desenvoltura de vicios, sacrilegios, hechicerías, encantamientos, suer- es, ceremonias gentílicas y judáicas, incestos, adulterios sin término ni res- peto de ley ó fe. De modo, que como las madres unas fuesen judías, otras moras, turcas, persas, árabes, asi criaban muchas veces en sus errores los hijos de los cristianos, y los hacian de sus ritos, no curándose, ni dándoseles nada de eso á los padres.

Estas eran las necesidades espirituales, para cuyo remedio Dios nuestro Señor llevaba á Ormuz al P. Maestro Gaspar; el cual, ejercitándose en la nave en que partieron de la India, como lo habia hecho en el viaje de Portugal, predicando, doctrinando, confesando, sirviendo y ayudando á todos, no edificó y ganó solamente portugueses, mas convirtió y bautizó algunos de los moros de servicio y pasajeros. Y pasando por Mascate, que entónces era, en la costa de Arabia, como un lugar privilegiado de toda la gente desesperada de aquellas partes, salió á tierra, predicó dos veces debajo de una enramada, y oyó muchas confesiones, de los que habia diez y doce años que andaban mezclados entre los moros, remedió á algunos, dejó á otros en camino de la salvacion; y fué, conforme á la brevedad del tiempo, tan grande y tan dulce al Padre el fruto, que no se hartaba despues de dar gracias al Señor, por haberle traido á aquel puerto tan desierto y tan desamparado de las cosas del cielo. De aquí tornaron á Ormuz, donde el Vicario con toda la clerecía le vino á buscar á la nave, y llevó casi en procesion á la fortaleza. Ni fué ménos solemne el recibimiento que en ella le hizo el capitan D. Manuel de Lima, comenzando entre él y el Vicario una piadosa contienda, sobre quién habia de llevar y acoger el huésped; mas el P. Gaspar, siguiendo en todo el ejemplo y direccion de S. Francisco Javier, partió fácilmente la contienda, dando al uno y al otro las debidas gracias, y declarándoles á ambos, que su

casa era el hospital de los pobres y enfermos, para donde se fué luégo, de-
jándolos con su mucha modestia á todos satisfechos, y edificados de su gran
de humildad y pobreza de espíritu. Al poner en aquella isla los pies, que es-
taba poseida del demonio, como espantado Satanas del siervo de Dios, se
estremeció toda la tierra con un grande terremoto.

Cuando entendió el P. Gaspar el miserable estado de la tierra, él mismo
escribe que quedó pasmado, y sin ánimo más que para llorar y remitirlo á la
divina Misericordia. Y así lo hacia, pasando las noches en oracion, gemidos y
contínuas lágrimas, y castigando en sí mismo, (por aplacar la ira del cielo,)
el sueño y olvido que habia de Dios, los vicios y pecados abominables de la
gente, con rigurosas abstinencias, ásperos cilicios y duras disciplinas. Comen-
zó tras esto la guerra contra Satanas, por donde S. Francisco Javier comen-
zaba, y le habia encomendado, que fué el servicio de los enfermos, visita de
las cárceles y doctrina de los niños, esclavos y pobres, juntándolos todos lo
dias con la campanilla, que él mismo iba tañendo por la ciudad. Ni se podr
contar fácilmente cuánto acabó con este escuadron del paraiso. Siempre Dio
Nuestro Señor favoreció y favorecerá mucho en todo el mundo el catecism
y santa doctrina de los rudos y pequeños; mas en Ormuz muy particularmen-
te le dió tanta gracia y eficacia, que á ella se debe lo más y mejor de la gra
de mudanza, que luégo hubo, en la luz y estima de la fe y religion cristiana;
así abatió é hizo desaparecer los contagiosos vapores y la pestilencial hum
reda de las supersticiones y costumbres mahometanas, gentílicas y judáica
que toda la ciudad traian asombrada y contaminada, como los rayos del s
más claros y encendidos deshacen la neblina espesa y oscura. Aprendier
con extraordinaria curiosidad las oraciones, y declaracion de los misterios
mandamientos de nuestra santa ley, los niños, los esclavos, el pueblo tod
trocáronseles las canciones lascivas y deshonestas, en prosas y rimas pías
devotas; pusiéronse premios á los que corrigiesen las blasfemias y juram-
tos públicos. Pedia el Padre cuenta á todos en las plazas de lo que habian h
cho en esto, remuneraba los que lo merecian, reprendia los culpados. Lleg
base la gente á oirlo al principio, como á una farsa ó juego de niños; no pe
saban que les pudiese cosa tan poca venir á aprovechar tanto, y ninguno
tuviera más que por una santa niñería. Mas era la levadura evangélica que
divina Sabiduría, juzgada por ignorancia de los grandes y soberbios del mu
do, esconde en la harina; y que sin sentirse, en breve la mueve y altera tod
De allí á bien poco, ya en Ormuz eran otras las pláticas de dia, las músic
de noche, los concursos en las iglesias, el respeto á los Sacerdotes, la f
cuencia en recibir los Sacramentos. Los hijos cantaban y enseñaban lo q
oian y aprendian á los padres, los esclavos á los señores, los niños cristian

morillos y demas infieles de su edad. De suerte que cuando el demonio
›s se pensó, se halló con la isla levantada por Jesucristo, no habiendo
azotea, calle ni plaza, donde no sonase con triunfos de alabanza y glo-
ı santísimo Nombre; y no en las bocas solamente de los fieles, mas de los
os infieles. Ya los discípulos de la santa doctrina eran diferentes, porque
ɔmpañaban por las calles los hombres y mujeres más que los niños; lle-
nse en la mayor fuerza del calor las iglesias de toda suerte de gentes; pre-
ınse de preguntar, responder y aprender.
ıimado, pues, con tan felices principios el siervo del Señor, y acrecen-
ɔ la oracion y penitencia para conservar los favores de la divina gracia,
rminó acometer con ella á cada uno de los reales del infierno, que en
lla ciudad estaban alojados, en los propios dias en que en ellos el ene-
› más se fortificaba y festejaba. Dando el lúnes en los gentiles, el viér-
en los moros, el sábado en los judíos, y dejando el domingo, mártes, miér-
; y juéves para los sermones y conversion de los portugueses, de cuya
ienda y provecho espiritual le habia encargado más que todo S. Fran-
› Javier. Predicaba (no aflojando por eso dia ninguno en el ejercicio de la
a doctrina,) todos los domingos y fiestas al pueblo, enderezando los ser-
es contra los males que más predominaban en la tierra. Lo primero que
o remediar fué aquella monstruosa mixtura de tanta afrenta y perjuicio al
ito y pureza de nuestra santísima fe y religion, repitiendo por muchas
s con suma autoridad la limitacion, que al mismo matrimonio habia pues-
apóstol, y amenazando con el furor de la ira divina, fuegos é incendios
ɔielo, pues faltaban los de la tierra, á los que en esta parte tan perdido
ın el respeto á las obligaciones cristianas. Acordaba tambien desde el
ito á aquellos á quien pertenecia el gobierno, así eclesiástico como se-
la cuenta que Dios, el Rey, los Prelados les debian pedir de la disimu-
n y permision de tan públicas y escandalosas abominaciones, que aunque
vina Providencia, por ocultos y justísimos juicios, las permite algunas
s, no castigándolas ni arrancándolas de la tierra por sí misma, dado que
era; pero siente mucho que no les acudan, ni ahoguen luégo en apun-
o los que tienen poder y autoridad en la república; como consta de la
ınciacion que de parte del mismo Dios hizo el Discípulo amado á los Obis-
de Pérgamo y Tiatira, por no haber desterrado y apartado de entre sí los
seguian la torpeza con que Balán armó al pueblo de Israel, que era pun-
nente la misma que en Ormuz se extrañaba tan poco. Y parece quiso la
ıa Misericordia ayudar la intencion del Padre en las amenazas de tan
gada maldad, acudiendo en el mismo tiempo que él las hacia, con unos
ntosos temblores de toda la isla, que por suceder en tal coyuntura, aun-

que otras veces hubiesen acontecido, conmovieron más las almas que las casas. En fin hubo en esta parte la penitencia y mudanza que se podia desear, y en uno que se mostró rebelde, mostró tambien el eterno Dios un tan grande rigor de su divina Justicia, que no fué de ménos gloria del Señor y provecho comun de la tierra, verlo así acabar, que si lo viera enmendar.

Era este hombre capitan de infantería, y por respecto de su oficio de mayor escándalo. Estaba como casado en los ojos de todo el mundo con tres moras que contínuamente traia consigo. Amonestóle el P. Gaspar, reprendiéndole. Amenazóle; pero servia tanto como predicar al mismo infierno, donde apénas se hallarian más horrendas blasfemias que las que de sol á sol andaban en aquella maldita boca. No tenian los santos intentos y trabajos del P. Maestro Gaspar otro mayor enemigo en Ormuz, que no solamente no se dejaba entrar ni trabajar á sí mismo, mas pervertia é impedia á los otros los derechos caminos del Señor. Llególe al fin la hora: estaba en campo con los soldados de su compañía, tan ciego, tan torpe, tan duro, tan escandaloso como siempre, cuando súbitamente, y á la vista de todos espiró; y en el mismo punto el cielo y el aire, hasta entónces muy claros y serenos, descargaron en una horrible tormenta de piedra y viento, con tan espantoso estruendo, y nubes tan espesas de polvo, que por media hora no se vieron los soldados los unos á los otros, dándose todos por perdidos con la espantosa señal de la eterna perdicion del abominable blasfemo, cuya muerte acabó de darla en toda la ciudad á aquella mala suerte de torpeza. Mas bastaban las más ordinarias, para hacer á Ormuz, como la tenia hecha, tierra de abominacion. Porque la desenvoltura de los infieles en esta parte era la que fué siempre, más insensible y desbocada que la furia de algunos animales brutos, de lo cual se seguia, que trayendo los cristianos tales ejemplos á la vista de los ojos, y no habiendo quien, no digo castigase, mas reprendiese ó extrañase lo que era general en todos, estaba á pique de su última perdicion la deliciosa ciudad; pero dióle la mano la divina gracia, tan poderosamente, por medio de la contínua oracion, lágrimas, penitencia y encendidos sermones de este siervo, que en todos fué general la reformacion. Refrenáronse los moros y gentiles en sus torpezas, ganando, si no la libertad, á lo ménos la vergüenza de ellas. La mudanza de los nuestros sólo les pudiera venir de la diestra del Altísimo: lo ménos era apartarse ó casarse, ó dar á las mancebas maridos con quien viviesen sin perjuicio de la honestidad. Y hubo de esto tanto, cuanto pasó por Malaca, con la predicacion de S. Francisco Javier; sólo que se aventajó Ormuz en las penitencias y riguroso castigo que esta gente tomaba de sí misma, disciplinándose muchos públicamente á las puertas de la iglesia los domingos y dias de mayor concurso, otros de dia y de noche por las calles de la ciudad, pidien

) á grandes voces á Dios misericordia, y al pueblo perdon de sus malos emplos. En los sermones no habia lágrimas, sino llanto deshecho. Las con- siones eran tantas, y las más de ellas de tantos años, que no bastando los ias, llevaban las noches enteras al Padre, sin tener de ordinario dos horas ara reposar, y ni así podia satisfacer á los penitentes; porque era de manera, ue algunos se fingieron enfermos, y se acostaron en la cama, para obligarle irlos á confesar, porque aunque eran personas ricas y de autoridad, no po- ian tener vez con el grande y perpétuo concurso.

Mas ántes que salgamos de esta materia, apuntaré solamente en particu- ır, los sucesos de dos hombres que pretendieron negarse á la divina gracia. ;no huyendo, otro engañando primero, y despues amedrentando al soldado e Cristo: á entrambos tenia el demonio en el atolladero de la carne, y más l segundo, siendo el más obligado por la perfeccion eclesiástica á toda con- nencia y limpieza. Por dos partes estaba el triste hasta los ojos, que sólo : faltaban para verse, y llorarse á sí mismo, pero temíase no le viniese á sen- r el P. Maestro Gaspar; y para que no lo creyese si se lo dijesen, ó se em- achase de reprehenderle cuando lo creyese, determinó de fingirse gran de- oto suyo y particular amigo. No faltaba á sermon, buscábale y conversábalo ıuy familiarmente, visitábale con presentes y regalos que el Padre empleaba n los enfermos del hospital; convidábale á comer muchas veces en su propia asa, á donde, cuando iba sólo, las mancebas con sus hijos no parecian, todo) demas le salia á hacer fiesta; la bajilla, tapicería, el mejor servicio de casa ' mesa, proveida con grande primor y abundancia, porque sólo de virtud no a tenia el profano Sacerdote. Así pasaron algunos dias, dejándose el Padre omo llevar del mal engaño, por ver si lo podia desengañar con su ejemplo, ue á las veces con ménos sangre se hace mejor cura. Mas no moviéndole, ii las obras de edificacion, como ciego, ni como sordo las fraternas amones- aciones, túvose el P. Maestro Gaspar por obligado á atraer á la memoria lesde el púlpito, la obligacion del estado eclesiástico en la materia de pure- a. Y aunque hizo este oficio con todo el respeto debido á las personas, bas- ó verle perder á los vicios, porque los que se habian confederado con ellos omaran la causa por propia, y en especial aquel su amigo, que era cabeza le otros en esta miseria. El cual esperándole luégo en la iglesia, de donde el 'adre no salia, sino despues de recogida toda la gente, y tomándole con los ompañeros en medio, asi le habló y le amenazó, como quien de soldado sólo) tenia el nombre y el hábito; y fueron los fieros tan adelante, que no faltó ю ponerle las manos, despues de arrojarse el Padre de rodillas, y pedirle rdon de la culpa que no habia cometido, con tan profunda humildad, que lla tengo yo por más cierto se debe la victoria, que luégo al dia siguiente

le dió nuestro Señor de esta fiera, en un tiempo tan mañosa y tan espanto
en otro. Y fué, que hallándose con la disimulacion antigua al sermon, que
Padre acertó á hacer, cuando uno y otro ménos lo esperaban, entónces le en
tró, penetró y rindió la divina gracia, con tanta eficacia, que no hartándo
de llorar, entre tanto que el Padre predicaba, vino deshaciéndose en lágri
mas á arrojarse á sus pies, con el rostro por tierra, luégo que se bajó del pú
pito, pidiéndole públicamente perdon de los engaños, de la fuerza, de los es
cándalos y de toda su vida pasada, la cual desde aquella hora en adelant
fué muy continente y penitente, con grande edificacion de la ciudad y mu
cha gloria de Dios Nuestro Señor.

El otro caso fué, que determinaba huir al P. Maestro Gaspar un soldad
tan viejo en los vicios, como en las armas, el cual, yéndole á oir algunas ve
ces, siempre volvia muy conmovido del espíritu y vehemencia de sus pal
bras; mas como no sufria que le apartasen del fuego, donde, puesto que se
tia abrasarse, se holgaba de estar, no le aprovechaban los sermones, ni de ell
sacaba más, que un vivo tormento y contínua guerra con su propia concie
cia, y así vino poco á poco á cobrar un tan grande temor del Padre, que afi
maba, ántes se quitaria la vida, que confesarse, (habiendo muchos años que
lo hacia), ó encontrarse con él. Y recelando, que, quedándose en Ormuz, ser
forzoso verle ó dejarse ver de él por alguna ocasion, determinó, sólo por hu
le, de embarcarse para la India. Mas poniendo con este pensamiento los pi
en el navio, súbitamente (como si el mismo Dios le mandara prender y de
ner,) le salteó una fiebre y enfermedad aguda, acompañada de un gran
asombro, pavor y melancolía, con que de contínuo traia presentes las amen
zas de la ira y justicia divina. Cualquier rumor y estruendo que se oyese
alborotaba. Si acaso disparaban algun tiro, ya se daba por llevado de los d
monios y despedazado. De los amigos que entraban para visitarle y alegr
le, temblaba, como si le vinieran á dar la muerte. Llegó en fin á aquel mi
rable estado, que se representó en las temerosas tinieblas, en que por algun
dias estuvieron los egipcios presos, atónitos y asombrados de los fantasm
que veian, y cualquiera sonido que oian, como se escribe en el libro de la S
biduría. Pero como la divina bondad pretendia más curar el alma enferm
que castigar el cuerpo del pobre hombre, sólo le dejó tino para acordarse
fiarse del médico, de quien ántes huia. Dió voces para que le llamasen
P. Gaspar, con quien se confesó, recibiendo juntamente la absolucion y
salud, haciendo una ejemplar penitencia; y apartando de sí á quien le era ca
de todo el mal, perseveró en la edificacion y vida cristiana. Por estos dos
sos se puede hacer juicio de otros semejantes, que fueron muchos en la m
ma materia, de cuyas victorias pasó el predicador evangélico á otras no

ios gloriosas. Porque no haciéndose de ántes ninguna cuenta de vender armas y municiones á los moros y turcos, ó sin respeto ó por ignorancia de la ula de la Cena del Señor; volvió por medio de los sermones la gente sobre í, cesó del todo el trato sacrílego, fueron reconciliados con la santa Madre glesia, por el poder apostólico que el Padre tenia, los que habian incurrido en a excomunion. Mas habian tomado la codicia y la ira tanta posesion de toda a ciudad, que fué necesario armar particularmente contra ellas, y hacerles la guerra de propósito.

Era en Ormuz la licencia de las usuras otro castillo del demonio, donde él tenia aherrojados y como encantados en su servicio, desde el mayor hasta el menor. Porque lo general de los hombres no vivia de otra labor ni trato, con tales vueltas, traspasos é invenciones de cambios, que el mismo Padre escribe, no acababa de entender la sutileza de ellas. Mas el efecto era, que con las ganancias injustas de diez pardaos que un hombre traia emprestados, sustentaba todo el año su familia, quedando siempre vivo y por suyo el mismo caudal. Para acudir á este robo tan público y de tanto perjuicio, demas de perseguirlo en los demas sermones, hacia el Padre uno particular todos los sábados, en forma de licion y doctrina, de los pecados y partes de la avaricia, contra la cual disputó con tanta autoridad de sentencias de la Sagrada Escritura y santos Doctores, tan ciertos y tan graves ejemplos, y lo que siempre es el todo, con tanta perseverancia, socorro y favor de la divina gracia, que esta fué la materia en que los hombres mudaron más el lenguaje, y á lo que parece los corazones. Porque de ántes, en levantándose, el primer camino era la plaza, que ellos llaman Bazar, el nombre de la cual, algunos le derivan de las piedras bazares de que usamos contra ponzoña, por ser comun y preciosa mercadería en la plaza de Ormuz. Allí se juntaban en amaneciendo los nuestros con los moros é indios, á emprestar verbal ó mentalmente las ganancias de los préstamos, y doblar de antemano los cambios. Pero desde los sermones del P. Gaspar no madrugaban sino á la iglesia, que se llenaba todas las mañanas, como el domingo. Despues de oida misa, tratábase con grande curiosidad, no ya de acrecentar los frutos de las usuras, mas de descubrirlas, extrañarlas y disputar sobre los casos y engaños de ellas, de modo que más era la plaza Bazar un liceo ó academia de estudiantes, donde se filosofaba, que plaza de mercaderes, donde se contrataba. Ni paraba la filosofía en la buena plática y discursos; porque ademas de cesar del todo el trato de la usura, fueron tantas y tan notables las restituciones que se hicieron de lo mal llevado, que fuera de lo que hicieron los propios dueños, (de los cuales algunos eran infieles, moros y judíos, que quedaban, no digo edificados, mas pasmados, cuando veian cosa tan santa y tan nueva, como era para ellos, volverles hoy el dinero con

tanta liberalidad, que ayer los llevaron con tanta codicia,) sólo aquello, para lo cual no se hallaron acreedores ciertos, fué en tanta cantidad, que bastó para casamiento de muchas huérfanas, y remedio de otras muchas graves necesidades, con emplearse una buena parte en obras y alhajas del hospital y casa de la misericordia. Señaláronse en esta parte algunos mercaderes ricos, cuyo fervor llegó á tanto, que pedian puestos de rodillas, y derramando muchas lágrimas al Padre, viese sus libros de razon, y conforme á la que hallase, la hiciese con grande largueza á todos aquellos con quienes habian tenido trabacuentas, poniéndole en sus manos para eso toda su hacienda, que era mucha, de dinero, mercaderías, esclavos, naos y casas; y añadiendo, que cortase por todo, sin otro respeto más que el de la salvacion; y que si cuanto poseian no bastase para que pagaran, allí estaban aparejados para satisfacer con su propia persona, tratándola tan dura y rigurosamente, como lo merecian el regalo y deleites pasados. Con esta intencion, propósito, obra y efecto se confesaron, reformaron y perseveraron muchos. Y pasando de lo ajeno á las limosnas de lo propio, llegó la suma de lo que se dió á pobres en bien pocos dias á muchos mil pardaos. De esta manera se peleó contra la codicia, y se arrancó por entónces de Ormuz aquella mala raíz de todos los otros males.

Es entre estos sus frutos, uno muy principal, el odio y disension, que más que en otra alguna materia se enciende y cunde en las del interés. De donde, como en aquella primera edad de oro de la Iglesia Católica, él valia tan poco, que sólo lo estimaban los cristianos para despreciarlo y ofrecerlo á los pies de los sagrados Apóstoles, sin oirse, ni haber entre ellos mio y tuyo; así no habia en todos por union de verdadero amor y caridad, más que un solo corazon y una sola alma: y por el contrario, lo que nos arma hoy á los unos contra los otros los pechos y las manos de hierro, es el oro que se trae en los corazones. Pues como Dios nuestro Señor por medio de su siervo apagase tan poderosamente en Ormuz el fuego de la codicia, fué tambien servido de renovar en la misma ciudad la paz y concordia cristiana, poniéndose fin á demandas, atajándose pendencias, olvidándose pasiones, perdonándose injurias, reconciliándose con edificacion de todo el pueblo á las puertas de la iglesia, los que de antes se buscaban para matarse. Hubo con todo eso un oficial de guerra, hombre noble por sangre, pero mal entendido en la nobleza, que toda la traia puesta en la venganza y dureza de condicion, sin ningun sufrimiento, habiendo en él tanto que sufrir, que apénas se hallaria en la fortaleza y ciudad, á quien no debiese injurias y afrentas; y así era aborrecido de todos, y perseguido de muchos, los cuales, ni en las fuerzas, ni en la intencion de satisfacerse, le daban ventaja. Trabajó mucho con éste el P. Gaspar mas siempre en vano; sólo estaba quieta y en paz la tierra, en cuanto él e

taba ausente. Armábase toda en entrando; y aconteciendo así una vez entre otras, dijo el Padre, luégo que supo que habia llegado aquel soberbio capitan, sano y bien dispuesto: «¡Quien me diera que la poderosa mano de Dios tocara con alguna récia enfermedad el cuerpo de este hombre, para ablandarle y curarle el alma!» ¡Cosa maravillosa! que aún no lo habia bien pronunciado, cuando una fiebre ardiente y maligna salteó al furioso soldado, y lo apretó de manera, que sólo trataba y pedia le llamasen al P. Gaspar, porque no muriese sin confesion. Acudió el Padre, dispúsole, confesóle, rindióse y púsose todo en sus manos, ya hecho de lobo un corderito. Cesó la fiebre y el mal, mostrando, tanto en lo repentino con que habia venido, como en la priesa con que se despedia, la providencia con que el Señor la habia enviado. Tomó luégo el Padre por la mano aquel su penitente; fué con él por toda la ciudad pidiendo perdon, y ofreciendo la paz á los enemigos, que en el mismo tiempo estaban, en unas partes, con las escopetas cebadas para dispararle, si pasase á tiro; en otras, esperándole con diversas armas para afrentarlo y maltratarlo. Y fué tanta la gracia que Dios Nuestro Señor dió á las palabras del Padre, y la edificacion que puso en la sujecion y humildad del rendido, como si uno tuviera en la mano los corazones de todos, y el otro les pegara la modestia y blandura, que ya llevaba en el suyo, ninguno hubo que no saliese al camino con los brazos abiertos, recibiendo la buena amistad, y festejando la conversion y lágrimas de aquel, á quien ántes deseaban beber la sangre.

No era otro hombre ménos arrogante y sanguinolento, teniendo la boca llena de horribles blasfemias y el corazon infernal. Derribólo tambien una enfermedad repentinamente. Luégo que lo supo el Padre, quiso valerse de la ocasion; entrósele por la puerta, por ver si lo podia reconciliar con Dios Nuestro Señor y con el prójimo, por medio de la confesion y caridad cristiana. Mostróle cuán obligado está á ambas estas cosas, los bienes y provechos de cada una, el peligro de la tardanza; traíale á la memoria el ejemplo de Cristo, que ántes que espirase en la cruz, la primera cosa, que trató con el eterno Padre, fué el perdon de los que le quitaban la vida; decíale, que aquella es la hora en que todos los buenos partidos se hacian sin afrenta y con provecho; que trueque el odio, que es vicio propio del demonio, por la paz y amor que el buen Jesus vino á traer á la tierra. Los presentes derramaban muchas lágrimas de ternura; sólo el soberbio y obstinado hombre ardia más en ira que en calentura: «Quitádmelo, daba voces, de delante, que ni verlo quiero, ni oirlo; añadiendo unas sobre otras tantas y tales blasfemias, que temblaban todos, y concluyendo, que ni en el cielo quiere entrar, sino vengado de sus enemigos, ni de Dios el perdon de sus culpas, si le ha de costar

darlo á los hombres de los agravios que le habian hecho.» A las cuales palabras tan impías y escandalosas, respondió ya como Ministro de la divina justicia el siervo del Señor, y así fué: «Pues sabed cierto, que ántes de mañana á medio dia habeis de llamar muchas veces por el confesor y no os ha de acudir.» Despidióse con esto el Padre. Amaneció el dia siguiente y probó la verdad la profecía, porque aun no era llegado el tiempo y la hora señalada, cuando el miserable hombre entró con un espantoso accidente en el artículo de la muerte, gritando por confesion, y que le llamasen al P. Gaspar, mas ni se halló el Padre, ni otro Sacerdote que le confesase. De todos fué este suceso tenido por cosa sobrenatural y milagrosa, y no lo fué ménos lo que ahora apuntaré.

Trabajó mucho el P. Gaspar por ganar para Cristo un hombre, portugués de nacion, que siendo en aquella tierra el que más tenia y podia, era juntamente el que en el cielo ó ante quien el cielo valia ménos, tirano, mal quisto, estragado en la vida, sin pensamiento de la muerte, ni más caso de la eternidad que si no la hubiera. Ni se mostraba sordo solamente á los consejos y recuerdos particulares del siervo de Cristo; mas sospechando, que trataba de él en el púlpito, cuando reprendia los vicios en general, como es propio de las malas conciencias, haciéndolo por el mismo caso peor, y á sí mismo más daño que á los predicadores, declaróse por su enemigo y perseguidor público. Mas ni estos malos oficios fueron parte para resfriar la caridad del Padre, como ni los buenos que el mismo Padre hacia para granjearlo, con toda cortesía y humildad, pudieron nada. Pero era muy conveniente volver en sí este hombre, y entendiéndolo así el P. Gaspar, determínase encaminar el negocio por otra via. Pónese por él en áspera penitencia, castígase con disciplina y cilicios, pasa los dias en ayuno, las noches en vigilia y oracion, ofrece el divino sacrificio de la Misa, apenas se le pasó una hora sin clamar á Dios mil veces, que se haga (pues es infinita bondad y hermosura,) amar de aquella alma, aunque ella, por ciega y mala, no quiera ser suya. Anduvo en esta santa demanda una novena, al cabo de la cual estando aquel hombre reposando, como á las dos despues de media noche, vió delante de sí al propio Padre, tan resplandeciente, y con una hermosura en el rostro y belleza en las manos, que bien parecia cosa del cielo. Fuera de esto la fragancia y suavidad del olor que traia consigo volvió el aposento un paraiso. Estaba juntamente con él otra figura de grande majestad, que no sé á quien representaba, si no era al propio Angel del que estaba en la cama, que volviéndose á él, le dice «¿Qué haces pecador? ¿qué hallas ó qué temes en este Padre, para no fiar de la cura y remedio de tu alma? ¿No ves cuánta belleza y gracia le dió Dios? Estaba despierto y muy en sí el caballero, y yendo, (movido de lo que ve

oia,) para abrazarse con el Padre, hallóse súbitamente sin nada delante de ›s ojos y entre las manos, y el corazon lleno de tristeza. Quedó todavía el ompañero, que prosiguiendo en la plática, le confortó y consoló diciéndole, o pensase que se le huia el confesor, como él hasta entónces lo habia heho; porque en aquella misma hora estaba en el hospital aparejándose para lecir Misa á los enfermos, y que allí le hallaria en amaneciendo. Con esto se cabó aquella vision, en la cual el Señor quiso pagar á su soldado el celo que enia de rendirle y aficionarle aquella alma, con aquellas muestras de tanta ;loria.

Aun no habia acabado el siervo de Dios la Misa, cuando le estaba es›erando un recaudo de aquel hombre, que le llamaba ya con diferente humildad. Habia pasado él lo restante de la noche en contínuas lágrimas de conricion, propósitos de enmendar la vida, y con semejante deseo é inquietud le ver aquel, que ántes tanto aborrecia, con que está el enfermo suspirando por el médico, cuando le aprieta más la calentura ó el dolor agudo. En entrando el P. Gaspar levantó un llanto, como los que acostumbran lamentar los muertos; arrojóse á sus pies con grande sentimiento y dolor de sus pecados, hizo confesion general de toda su vida, recogiéndose para eso algunos dias, que dió todos (sin tratar con otra persona, que con el mismo Padre,) á la consideracion de los pecados y otras meditaciones acomodadas, de las cuales salió tan mudado, que no lo conocia la gente, por la blandura, modestia, sufrimiento, zelo de la gloria de Dios y todas las demas virtudes cristianas, señalándose muy especialmente en la caridad y limosnas con los pobres, por quien mandó distribuir en pocos dias cinco mil y tantos cruzados.

Acudia entre otros á los sermones del santo varon un hombre, que el demonio muchos años habia tenido en sus manos. El cual, aunque deseaba verse libre de sus pecados, no se atrevia á confesar con el Padre, si no fuese cuando se hubiese de volver á la India, recelando más (como aconte á algunos,) verlo y tratarlo, despues que se le descubriese, que descubrírsele cuando se confesase; siendo así, que el confesor sólo puede acordarse del penitente para estimarlo y amarlo, por la victoria que alcanzó del demonio, y gracia que recibió de Dios, y no para tenerle por malo por las culpas que le oyó; que si son bien confesadas, dejan santas y muy hermosas las almas. Entendió el Padre el engaño con que el enemigo llevaba al pobre hombre, hizo tanto con él, que le trujo en fin á vomitar con tiempo sus pecados. Comenzóse á confesar, porque eran necesarios muchos dias, para poderlo hacer como › era necesario; y estando ya al cabo de ellos, ántes de la mañana en que le abian de absolver, cumpliendo á la media noche una de las penitencias con ›e el Padre lo iba disponiendo, vió entrar con grande bullicio y alboroto,

tan grande número de animales inmundos, negros y temerosos, que casi llenaron toda la cámara; cercándole, llegándose á él y apretándole de manera, que quedó asombrado y atónito, todo temblando de la vision, y mucho mas de lo que en ella se representaba y pasaba dentro en la propia alma, cual era aquella guerra y fuerza que S. Agustin cuenta y confiesa le hacian los vicios en que habia vivido ántes del Bautismo, en la hora que se determinó de dejarlos y hacerse cristiano, imposibilitándole la perseverancia, tirándole por la capa de los apetitos mal acostumbrados, y mostrándose por una parte deseosos, por otra quejosos y agraviados de los gustos de que para siempre se despedia.

Tal fué la batería que aquí dieron los innumerables y bestiales pecados de la vida pasada, al afligido corazon de aquel hombre, poniendo el demonio todas las fuerzas en el último asalto, por detenerlo, por desconfiarlo, así de la perseverancia propia, como de la divina bondad y misericordia, imposibilitándola con tan eficaces imaginaciones, que ya no le parecia sino que le venian los malignos espíritus á buscar para llevarlo, así como estaba, en cuerpo y alma á los infiernos. Mas por medio de este mismo temor, aunque tan demasiado, le libró el Señor del peligro; que como los que se ven llevar de la corriente impetuosa, y zozobrar de las ondas ó en el medio del piélago, despues de haber una y dos veces descendido al fondo y subido á lo alto, se van del todo ahogando, á todo arremeten, de todo se valen y asen, ya medio desatinados con la presencia de la muerte; así arremetió éste en el mayor furor de aquella agonía, ya medio cubierto de las ondas de la confusion á una imágen del Señor que tenia delante, abrazándose con ella con toda su fuerza, y dando voces á Jesus que le valiese. Huyeron á la invocacion del santísimo Nombre los monstruos infernales, haciendo al salir un tan espantoso ruido como si las casas se dejaran venir abajo, y en el mismo punto quedó el penitente en una grande paz y serenidad del alma, y en ella pasó despues la vida, perseverando con grandes muestras de virtud y santidad. A este modo usó nuestro Señor de su infinita misericordia con las almas de muchos, por medio del P. Maestro Gaspar, y á otros dió en los cuerpos tambien milagrosa salud por su intercesion.

Estaba á la muerte un hijo de un hombre principal, que fuera de las calenturas de que moria, tenia un ojo, que se le habia vaciado y podrido del todo. Alzaron todos los médicos mano del enfermo, no habiendo ya ni en el arte remedio, ni en la naturaleza esperanza. Valióse á este tiempo su padre del P. Gaspar; pidió le dijese una Misa á nuestra Señora por la vida de su hijo. Así lo hizo, y en el mismo dia, acabando de ofrecer el divino sacrificio, é invocar el favor de la Reina de los Angeles, el enfermo se halló del todo bueno

ibre y sano de la fiebre. Y lo que causó mayor espanto fué, que cayéndosele lel ojo que habia perdido unas escamas gruesas, quedó con él tan claro y rivo como tenia el otro. No cabia de placer su padre, manda llamar á priesa il santo varon, muéstrale la maravilla, dale con muchas lágrimas las gracias por tan milagroso beneficio, las cuales él, cubierto de modestia, y lleno de verdadera religion, remitió á la Vírgen, á quien sin duda se debian, como á principal instrumento de tan notable milagro.

No fué ménos milagrosa la salud y vida de otro devoto del P. Gaspar, por quien tambien dijo Misa, estando ya el enfermo acabando; mas ella acabada, quedó vivo y sano, como si realmente resucitara. Atormentaba el demonio á una pobre mujer en el alma con visiones espantosas, y de tal modo en el cuerpo, que la tenia en artículo de muerte. Pedia el marido al Padre que fuese á decirle un Evangelio; mas era en tiempo, que no le daban para eso las ocupaciones del servicio de Dios. Pero escribió en un papel las palabras del Evangelio de S. Juan, con que se acaba el sacrificio de la Misa, y dice al hombre que pusiese aquel escrito sobre la cabeza de la enferma, porque él bastaba, si tuviesen fe, para darla salud. Así se hizo, y así sucedió, que al punto que el marido puso en la garganta de su mujer las divinas palabras, el demonio desapareció, y ella se levantó en el mismo punto con la antigua salud y fuerzas.

Creció tanto en la gente, con la opinion y fama de estas y otras obras maravillosas, el crédito, amor y devocion del P. Maestro Gaspar, que no le seguian y oian solamente cuando predicaba, y hacia la santa doctrina por las calles y plazas; mas hubo muchos, que del todo se determinaron á jamas apartarse de él, prometiendo de ir á buscar el martirio en su compañía entre as gentes y naciones más bárbaras. Y fué bien notable la conversion de alguno de estos hombres; porque hubo hombre, que lo encontró el Padre en la plaza, renegando y blasfemando, como si hubiera perdido la fe y el juicio, por acudirle mal el juego; y reprendiéndolo de tan gran desatino, súbitamente tornó en sí, y se arrojó á sus pies, protestando de morir con él, y pidiéndole con muchas lágrimas, que no le desamparase. No fué la mudanza accidente, como lo era el furor en que estaba poco ántes; porque desde aquella hora en adelante volvió las espaldas al mundo, é hizo vida religiosa y santa.

Otro, acabando el Padre un sermon que habia hecho de la cruz, se arrojó en presencia de todos á sus pies, pidiéndole con muchas lágrimas lo llevase consigo á morir por Cristo entre los infieles, si no quisiese enviarle luégo con una cruz á la Persia, para que los bárbaros la adorasen á ella, ó le martirizasen á él. Y mostró bien la perseverancia en la virtud, cuán sólido era este fervor. Más aún parece se aventajó á estos uno, que en saliendo de oir el sermon

del Padre, se desnudó públicamente en la plaza de los propios vestidos ricos y los dió á un pobre, distribuyendo todo lo demas que tenia de modo, que quedándose sin casa y sin hacienda, dónde y de que viviese, dormia de noche al pie de una cruz, y gastaba los dias en servir á los hospitales, tenido y reputado de todos los conocidos por hombre que habia perdido el juicio; siendo él (dice en una suya el P. Maestro Gaspar,) de verdad sapientísimo, alumbrado y llamado de la luz y gracia divina, á una muy levantada perfeccion. Este vino tambien para él con los mismos fervores y deseos de ir á predicar á los moros, y dar la vida por el Señor. Llegó en fin el número de los que el Padre recogió consigo, por no poder hacer otra cosa, á doce, los cuales, aunque no estaban recibidos por novicios de nuestra Compañía, vivian con todo eso en todo, como si lo fueran, ejércitándose por algunas horas cada dia en la meditacion de las cosas divinas, en los exámenes de la conciencia, en la mortificacion de las pasiones, en el servicio de los presos en las cárceles, y de los pobres y enfermos en los hospitales, en la frecuencia de los sacramentos de la confesion y comunion, conservándose y creciendo cada dia en el amor de la cruz y santos fervores de llevarla por las tierras de los infieles, hasta derramar la sangre por Cristo Jesus.

Abrasaban estos doce hombres la ciudad é isla toda; y fué tan grande la mocion, que como en las fronteras, cuando hay rumores de nueva guerra, se ejercita con más cuidado la soldadesca, á quien remedando los niños, hacen tambien sus alardes; así andaban de dia y de noche los niños cantando juntos por las calles y plazas la santa doctrina; y eran casi contínuas en Ormuz las letanías y procesiones del pueblo, con muchos penitentes, de los cuales salian muchos de diez en diez, disciplinándose, unos por los campos, otros por las calles de los moros, con tan extraordinaria mocion, que hasta los mismos infieles llevaban consigo, juntándose tambien los moros en bandos y andando á la redonda por los campos, repitiendo con sus supersticiones y desentonadas voces: «Dios es uno solo, y uno solo es Dios,» no en sentido católico, mas en la impía y blasfema intencion de Arrio, de cuya secta ellos procedieron. De modo, que como en tiempo de S. Juan Crisóstomo salian en Constantinopla por una parte los católicos, protestando á voces la fe de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero; por otra los arrianos, llenando é inficionando los aires con las voces blasfemas de su maestro; así andaba en Ormuz en campo la fe y religion cristiana, con la ceguera y supersticion mahometana. Ni los moros dejaron de ayudarse, como acostumbran, de la fuerza; (lo cual tambien aconteció algunas veces en aquellos tiempos antiguos,) porque encontrándose el tropel de su algazara y confuso ruido con la procesion de los nuestros, y no

sufriéndoles el corazon ver la modestia, el órden, la devocion, la piedad cristiana, que no podian imitar, satisfacíanse en apedrearlos. Mas no por eso desmayaron; ántes se aumentaban en sus santos fervores los mercaderes de Ormuz con las pedradas de los moros.

III

Reduce gente facinerosa milagrosamente, y á herejes y renegados.

Pero llegando á la misma ciudad unos doscientos soldados, que el Gobernador García de Sa la envió de la India, de tal manera se alteraron con ellos las buenas costumbres y devocion de todo el pueblo, como si fueran gente que entrara de refresco y socorro á Satanás. Juntáronse éstos con otros, que invernaron en la misma isla, y luégo resucitaron las malas palabras, las pendencias, los desafíos; desvergonzóse el juego, y con él los juramentos y las blasfemias; comenzó á reinar de nuevo la carne y á correr el logro, amainaron las procesiones, disminuyóse el concurso de las iglesias, la frecuencia de los Sacramentos; volvió, en fin, á arribar la gente á la costa del infierno, de donde tanto los habia apartado la suave visitacion de la gracia del Espíritu Santo.

Ardia en su santo celo el P. Maestro Gaspar, deshacíase en el púlpito predicando, no reposando de dia ni de noche; convencia, rogaba, reprendia con admirable doctrina y sufrimiento, acrecentaba á la oracion la penitencia suya y de sus discípulos; sino que cuanto por sí y por ellos edificaba en una semana, asolaba en una hora el demonio, por medio de sus ministros. Valióse del capitan D. Manuel de Lima, que los mandase alojar fuera de la ciudad, como á gente escandalosa y perturbadora de la paz y quietud pública. Mas no fué posible, por el riesgo que habia de otros peores motines. Tomó finalmente entónces este tan extraordinario como extremo remedio, que así lo han tambien menester los males extremos y mayores.

Hizo de propósito un sermon del verdadero amor y caridad de los prójimos, declarando cómo éramos por él obligados á anteponer los bienes espirituales de la salud y salvacion de las almas, á los de la hacienda, honra y vida del cuerpo; y que conforme á esto era lícito y santo desear y pedir á Dios la pérdida de cualquiera de estas cosas temporales de la tierra, cuando ella fuese medio necesario para mejorar y asegurar los hombres en la pretension y posesion de las celestiales y eternas. Y habiendo tratado bastantemente la materia, con graves sentencias y ejemplos y autoridades de las divinas Letras, entró en unos fervo-

rosos coloquios con Dios, repitiendo muchas veces aquello del Profeta: «Llenadles, Señor, los rostros de afrentas, para que os busquen á vos y traten de vuestra honra.» Pidiendo con muchas lágrimas á la justicia, y mucho más á la misericordia divina, que compadeciéndose de las almas de los que con tanta obstinacion se perdian á sí y á los otros, sin acudir á la blandura y suavidad de cuantos remedios les aplicaban; metiese la tienta hácia lo vivo, y cortase sin dolor por lo que más sentian, ó fuese honra ó hacienda ó persona, lastimándolos, empobreciéndolos, lisiándolos y matándolos, si así conviniese; porque volviendo sobre sí, á lo ménos pudiesen entrar sin ojos ó brazos en el cielo, pues les era tanto mejor que irse enteros y sanos al infierno. Poníanse los oyentes de mil colores, oyéndole predicar, y mucho más atemorizados quedaron, y aun algunos agraviados, cuando al fin del sermon le oyeron encomendar al pueblo, que con celo de verdadera caridad y mucha devocion rezasen tres veces el *Pater noster* y el *Ave María*, porque Dios Nuestro Señor hiciese merced de todos aquellos castigos, y cualesquier otros males temporales, á todos aquellos que los hubiesen menester para remedio y salvacion de sus almas.

No fueron en vano ni los coloquios del predicador ni las oraciones de los oyentes, que brevemente vino del cielo el despacho á la vista de toda la isla. Monajara es una fortaleza de importancia en la tierra firme de la Persia, la cual estando de paz, y siendo del reino de Ormuz, entregaron súbitamente á los enemigos los moros que la tenian. Sintióse mucho la traicion y la pérdida; armó el rey de Ormuz cinco mil de sus persianos para recuperar el castillo, y castigar los traidores: pide ayuda á los portugueses, danle cuatrocientos soldados, en que entraron los doscientos que vinieron de la India y trastornaron la tierra. Era general de todos Pantaleon de Sa, el cual, viniéndose á despedir y tomar la bendicion del Padre, primero que se embarcase, él le significó los desastrosos, mas bien merecidos sucesos de la jornada. Porque demas de lo pasado, por más que el Padre trabajó con aquella gente perdida, que á lo ménos entónces se confesasen y reconciliasen con Dios, pues iban á pelear y á peligro de muerte; veinte solamente lo hicieron, riéndose y haciendo burla todos los demas de tan justo y santo recuerdo. Pasaron á la Persia, cercaron y batieron en balde la fortaleza, apartándose de los muros con más priesa de lo que se habian llegado, quedaron algunos muertos, salieron cien heridos y todos afrentados, retirados ya sin honra, de donde esperaban tener la vida segura de los enemigos. Entra enviada de la divina justicia, la muerte en el real, y comienzan á caer repentinamente de modorra, que en breve los privaba de juicio y acababa. Espiraron luégo como brutos los cincuenta, los más estaban arrojados por los suelos, sin tener acuerdo ni remedio para enterra

á los unos, ni curar á los otros: así asombraba á todos la divina ira. Dan vuelta en fin, como pueden, para Ormuz, ya reconocidos, ya arrepentidos, ya cuales deseaba el P. Maestro Gaspar, sin otra cosa en el pensamiento y en la boca, que la confesion, que de ántes ni sufrian les nombrasen. Esperólos el Padre en el muelle con sus discípulos y devotos; llevólos en los brazos al hospital, hácese enfermero, búscales limosnas y medicinas, tratando con todo eso en primer lugar de ayudar con los Sacramentos á los necesitados; mas juntándose á ellos todos los Sacerdotes de la tierra, porque eran muchos los enfermos peligrosos. Pero fué tan extraordinaria la devocion que habian cobrado al P. Gaspar, que no hubo remedio para acabar con ninguno de ellos, se confesase á otro Sacerdote, diciendo, como si se conjuraran todos, que solo al Padre, de quien esperaban les sabria curar de sus llagas, las habian de descubrir.

Fué aquí muy grande la afliccion del Padre, viéndose con tantos cristianos á sus pies, unos espirando sin poderles ayudar, otros llorando para que les ayudase, no siendo posible acudir á todos, ni determinándose á cuál acudiria primero. Decíales, que en el artículo de la muerte en que estaban, todos los Sacerdotes tenian los mismos poderes, y que eran obligados á no ponerse á riesgo de morir sin confesion, por cumplir con aquella falsa devocion de hacerla con él; pero ninguna cosa bastó, y parece que tambien esto fué parte del castigo é ira divina, y nuevo engaño y maña del demonio, que cuanto los apartó del Padre, cuando se pudieron bien confesar con él, despues para que no lo hiciesen, los aficionaba tanto á él, que no los podia oir á todos, para que nunca se confesasen, como en efecto aconteció á algunos, con extremo sentimiento del siervo del Señor. Mas así ejercita Dios sus tan justos, cuan espantosos juicios, ofreciendo por una parte la gracia, aun á los que tan mal la merecen, por reverencia de los antiguos clamores, lágrimas y sangre de Jesucristo, con que fueron redimidos; y permitiendo por otra, que la pierdan y dejen voluntariamente, aun con apariencias de bien, y por tan leves respetos, porque no queden sin infierno tan graves delitos.

A las manos de uno de los que así acabaron, pretendió primero Satanas vengarse del P. Gaspar, por la rabia que tenia, de los muchos que él le sacaba de la garganta. Dió el desdichado en un frenesí mortal, levantóse, echa mano á una espada, quiere atravesarse con ella; é hiciéralo, si no se la quitaran con grande priesa de las manos; arremete luégo al Padre, y échaselas á la garganta, apretándole reciamente con la furia ó de la muerte ó del demonio. Gritaron los otros enfermos para que le acudan, mas si Dios no le socorriera, allí sin duda le ahogara el frenético, el cual, en soltándolo, espiró.

Fué la priesa tan grande, que le era necesario estar los dias y pasar las no-

ches enteras entre los enfermos, y no servir en el mismo tiempo á uno solo, mas juntamente á dos, que de esta parte oia á uno de confesion, y de la otra animaba al que estaba muriendo, perseverando en el contínuo trabajo por espacio de un mes, en que acabó de confesarlos á todos, pagándole Dios Nuestro Señor, como acostumbraba, muy liberalmente con celestiales consolaciones, y algunas muestras maravillosas de la gracia y virtud sobrenatural de la confesion. Porque á muchos aconteció, que estando á la muerte, se levantaron sanos, en acabándolos de confesar y absolver. Con lo cual quedó la ciudad por este modo edificada, y el sagrado sacramento de la Penitencia ganó tanto crédito y reputacion con todo género de gente, que en breve volvieron las cosas de la devocion y piedad cristiana á su primero y más aventajado fervor. Sólo les daba no poco cuidado la pérdida de Monajara, y la guerra que todavía duraba, yendo los malos sucesos cada dia en grande aumento. Mas para que se acabase de entender, cuánto más venian ellos de la providencia, en pena de las culpas de los nuestros, que de las fuerzas é industria de los enemigos, determinó el santo varon de salir con aquellos sus soldados á hacer la guerra, no á la Persia, mas al cielo, de donde sabia depender la victoria. Ordena devotas procesiones á una ermita de la Vírgen nuestra Señora, que está media legua de la ciudad, van el clero y el pueblo con los pies descalzos, muchos se disciplinaban hasta derramar sangre, derramaban todos muchas lágrimas, piden á voces á la divina misericordia, que siempre oyó las de los corazones arrepentidos; y así llegó cuando ménos se pensaba á Ormuz la buena nueva de la restitucion y entrega pacífica de la fortaleza, viendo y confesando todos, que cuando justamente permitió el Señor les hiciese traicion los hombres, en el tiempo en que ellos le guardaron tan poca lealtad con tanta clemencia los habia rendido sus enemigos, y sujetado sin fuerza n poder humano, luégo que se volvieron á su divino servicio.

Mil demostraciones milagrosas hacia Dios por el P. Gaspar, para declara cuán favorable estaba, á los que obedecian en los consejos saludables, que le daba, de que no ofendiesen á su divina Majestad, y se empleasen en virtud devocion. Entre otros, es muy digno de memoria lo que sucedió á un bue soldado, que le habia oido, y tenia gran cuidado de su alma, rezando el of cio de la Vírgen cada dia, confesando y comulgando siempre que habia d salir á campaña, que era muy á menudo. Porque volviendo de la jornada qu acabamos de decir con los demas mal parados, le dió un desmayo con qu se cayó del caballo, sin echarlo de ver los compañeros. Cuando volvió en s no topó á ninguno de su compañía y el caballo se habia ido. Hallóse en u gran páramo, por donde anduvo tres dias, en los cuales le apretó la hamb de modo, que se quedára allí, si no fuera porque Dios le favoreció con un ra

milagro, deparándole unas palmas cargadas de dátiles, no habiendo ántes ni despues semejante árbol en toda aquella tierra. Comió de aquel fruto, y cogió lo necesario hasta llegar á salvo, dando muchas gracias á Dios y á su Madre santísima, á quien se habia encomendado, á cuyo favor y á las oraciones del Padre se habia atribuido esta maravilla. Porque así como Dios oyó al P. Gaspar, para que castigase los obstinados en sus pecados; así le oia para socorrer á los devotos cristianos. Ni fué poca maravilla, que habiéndose vuelto contra el Padre los clérigos de Ormuz, por ver que los soldados no se querian confesar con ellos, sino con solo el Padre, juntándose todos muy enojados, para ver cómo lo habian de remediar, con solo decir uno, que no habia que maravillarse, porque así como todas las aguas corren á los lugares bajos, así todos habian de correr á la humildad y santidad de vida del siervo de Dios, con esto se sosegaron y se fueron todos juntos muy rendidos al siervo de Dios, para que hiciese en todo lo que quisiese, y de ellos se sirviese en lo que gustase á mayor gloria de Dios.

Así se ocupaba en Ormuz el P. Gaspar, en ayudar espiritualmente á los portugueses, no haciendo juntamente ménos por reducir á la union y verdadera fe de la Iglesia católica, los cismáticos y herejes de muchas y muy dife rentes naciones que van en demanda de aquella isla. Donde se vinieron á él fueron reconciliados, por el poder apostólico que tenia de la Africa, algunos abisinos; de la Asia, armenios y georgianos; de la Europa, moscovitas, polacos, húngaros, alemanes y otros, á quien traia en compañía de los turcos y moros más la codicia ó la desesperacion, que la apostasía. Sucedióle venir á ver al Padre siete y ocho herejes de diversas herejías de Alemania, y reducirlos á todos con su admirable espíritu y sabiduría. A un hereje, cuando andaba ordenando con el Padre la huida de entre los infieles, cayó la dichosa suerte del martirio, que él recibió gloriosamente. Llamábase Juan, habia nacido en colonia agripina, en Alemania, y aunque de padres bien ricos, los sucesos y casos, de que ninguno está exento, le llevaron por el mundo, y pusieron en estado que habia diez años servia de artillero y de maestro de refinar la pólvora en una fortaleza de turcos en la villa de Cátifa, que es marítima de Arabia, frontera de la isla Baharen, ciento y diez leguas de la de Ormuz, hácia dentro de la ensenada; y lo que peor era, que se habia circuncidado y fingido seguir en todo la abominable supersticion de Mahoma. Mas llegando á Cátifa la fama de lo que pasaba en Ormuz, y oyendo Juan cuanto se contaba del fervor y espíritu del P. Gaspar, luégo determinó visitarlo, y movido de un eficaz y nuevo impulso de la divina gracia, de volverse por su medio á la profesion de la fe católica y servicio de Cristo. Y porque el negocio no era para fiar de tercero, hizo tinta del polvo de la pólvora, con que escribió

una misma carta en tres lenguas diferentes, latina, francesa, flamenca, no sa biendo que las entendia el Padre todas tres, y pretendiendo ser entendido en una, cuando no lo fuese en las otras. Lo que trataba era, le alcanzase salvo conducto de los portugueses y le asegurase que hallaria entre ellos vida y re conciliacion, y perdon en la santa Madre Iglesia, y que luégo se pasaria á Or muz para hacer penitencia de sus pecados, que era cuanto ya de este mund queria y deseaba. Grandemente se alegró y consoló el siervo de Dios con est carta, á la cual respondió con toda la brevedad y secreto, que viniese sobr su palabra seguro y contento, que los portugueses lo recibirian y estimaria mucho; y en la blandura y maternal amor de la Iglesia santa hallaria la mi sericordia, con que siempre recibió y trató á los hijos fugitivos y pródigos, venian bien arrepentidos. No sabemos si fué desastre ó traicion del portado de esta respuesta; lo cierto es, que ella vino á manos del capitan turco d Cátifa, y el bárbaro por ella en noticia de lo que Juan trataba. Hízolo ven ante sí, pregúntale en qué ley vive, si en la de Cristo, ó en la de Mahom Responde con grande esfuerzo de corazon y alegría de rostro, que no hay ot fe ni otra ley donde los hombres se puedan salvar, que la de cristianos; q en ella vive y por ella está ofrecido á padecer todos los tormentos y la mi ma muerte, y que á Mahoma tiene por torpísimo engañador de las gentes, por condenados á la eterna perdicion á todos los que la siguen; y que de ni guna cosa tiene más pesar que de haberse fingido uno de ellos por alg tiempo. Con esta respuesta entró un diabólico furor en los bárbaros, y probaron toda suerte de crueldad en el soldado de Cristo; rásganle muy de pacio las carnes por muchas partes, tajan y cortan en él, como en res de crificio, perseverando siempre con el santo nombre de Jesus en la boca, cu fe tenia en el alma, hasta entregarle en las manos el espíritu más bello y pu que las estrellas, por el precio de la sangre del Señor, y lavatorio de la su propia. La cabeza levantaron los enemigos en la punta de una lanza, so las almenas de la fortaleza. Mas no tardó mucho la justicia divina, ni á los fieles con el merecido castigo, ni al mártir con la honra y primera gloria sus victorias. Porque llegó poco despues á Ormuz una armada de portug ses, cuyo capitan era D. Antonio de Noroña, que venia castigando los lu res de los turcos por la costa de Arabia, con hasta dos mil soldados, bu gente de guerra, y que hacia diferente cuenta de la conciencia que los Monajara. Ninguno hubo que no procurase de partir de allí confesado; y ac teciendo estar en la misma coyuntura enfermos los Sacerdotes que habia la tierra, todos á una los confesó el P. Gaspar, que fuera trabajo incomp table á quien no tuviera en él tanto gusto; y luégo poniendo las proas en haren, dieron de repente en Cátifa, tan felizmente, que lo mismo fué lleg

ır y vencer. En el saco de la villa y fortaleza fué hallada, en un escrito-
el capitan turco, la carta que el P. Gaspar escribia al santo mártir Juan.
njeturando por ella los portugueses lo que habia pasado, supieron de los
quedaron vivos todo lo que se ha dicho. Quitaron entónces del muro con
reverencia la sagrada cabeza; tráenla ya por reliquia consigo á Ormuz;
ióla y llevóla con grande acompañamiento y buena música de salmos é
ıos por la ciudad el santo varon, más á triunfar que á enterrar.

IV

Cristianas hazañas en la conversion de los moros.

eamos ahora cómo trabajó este apostólico Padre por la conversion de los
ɔs, gentiles y judíos. De todos los cuales, estos últimos fueron (como
ıtece entre ellos ordinariamente, por su contumaz y pérfida ceguera) con
que ménos acabó. Dejáronse ellos ganar de la blandura y universal cari-
del Padre, que á todos se extendia. Dábanle entrada en las Sinagogas,
idábanle á comer en sus casas, encarecian su término, su doctrina, su
d, su modestia; arrodillábanse delante de él por las calles. Llegaron, en
ı consentir, que se disputase de la ley y religion. Tenian para eso dos
ıos principales, uno llamado Salomon, nacido en Castilla, otro José,
os grandes maestros del Halmud, y que traian en la lengua la letra: asi
ran en el corazon el espíritu y luz de la sagrada escritura. Fué la dispu-
iblica, donde se hallaron, demas de los judíos y cristianos, muchos mo-
; turcos. Tratóse primeramente del tiempo en que se debian cumplir las
ıesas que Dios les habia hecho, de la venida y redencion del Mesías,
rándoles por todos los profetas ser ya pasado el término por muchos cen-
res de años. Mostróles luégo, ya que era necesario haber venido el Me-
cómo era Jesucristo, en quien creen los cristianos. Pero los rabinos no
ıron á más que á acusar primero su propia ignorancia, y engrandecer las
s y sabiduría del Padre, pretendiendo, que á esta ventaja, y no á la ver-
y justicia de nuestra causa, se atribuyese la victoria, que fué muy cono-
, celebrada y aplaudida, no solamente de los cristianos, mas de los mo-
y turcos. Despues, apretándolos otras veces el P. Gaspar, no ya pregun-
o y arguyendo, porque de ninguna manera lo consentian; mas respon-
doles á aquellas sus preguntas, y declarándolas por un paso que le
›onian los capítulos enteros de los profetas, con grande luz y facilidad,

vinieron finalmente á confesar ser la fe de Cristo Nuestro Salvador la verd
dera, y que si la dejaban de recibir, era por no restituir las haciendas adq
ridas á logro, por las cuales, aunque judíos, vivian favorecidos y estimado
habiendo de quedar pobres y sin honra, haciéndose cristianos. Añadiend
especialmente rabí José, que este solo respeto detenia en el judaismo á otr
muchos, aunque entendian muy bien el error é ignorancia de aquella s
persticion.

Con los moros de Persia y Arabia trataba el P. Gaspar más particul
mente los viérnes, que son los dias de fiesta y mayor ociosidad de la sec
Estimábanlo todos mucho al principio, hablando de él con tanto respeto, q
no le llamaban ménos, que el Grande Sacerdote de los cristianos, hijo de Z
carías, ó para compararle en el celo y espíritu al gran Bautista, ó porq
traian entre sí otra fábula semejante á la de los pitagóricos, y de los q
hacian al Señor ya el mismo Profeta, ya Elías, ya Jesucristo. Fué causa
esta opinion, despues de la humildad, la blandura, cuya bendicion por el
cho de Cristo nuestro Redentor, es la posesion de todo, y demas del inte
que los mismos moros recibieron en las restituciones de las usuras, que
bian les vinieron de la doctrina del Padre, la grande pobreza en que le ve
vivir tan voluntariamente, que pudiendo ser señor de las haciendas de to
los mercaderes de aquella ciudad, como lo era generalmente de los cora
nes, andaba roto y remendado, así en el tratamiento de su persona, como
la mesa y casa donde se recogia. Tenia sobre todo la fama de algunos m
gros, que andaban en la boca del pueblo; y lo mucho que se decia y creia
la pureza y santidad de su vida dió al P. Gaspar tanta autoridad con es
infieles, que no solamente le conversaban y buscaban; mas siendo entre e
grave crímen sufrir, dentro de su mezquita ó alcoran, persona que no sea
la mala secta, y vengando con pena de muerte el atrevimiento de quien q
ra que lo cometiese, al Padre consentian y convidaban para esto, juzga
que no se entendia la ley de su falso Profeta con un hombre de tan calif
da virtud. Fué muy solemne entre otros el acompañamiento que los mo
hicieron al P. Gaspar en una media noche, hasta ponerle en la más alta to
del alcoran, llevando muchas hachas encendidas, que daban vista á tod
ciudad, y besándole unos la mano, otros la sotana, con todas las zalema
muestras de mayor reverencia, que el Padre solamente aceptaba por ver
tener con esto otras entradas, que él más pretendia: estas eran la disputa
la ley, á que Mahoma dejó las puertas tan cerradas como sabemos. Y a
que tocándoles en este punto, siempre se excusaban, ya con pretexto de
vocion y escrúpulo, ya alegando que eran más caballeros que letrados, p
llegó un dia, en el cual, pareciéndoles que perdian mucho crédito en no ac

desafío, vinieron á acometer al P. Gaspar, trayendo para ello á un mo-
:iano, nacido en la Persia, que entre ellos tenia igual nombre de virtud
as: porque en la templanza y abstinencia era muy señalado, y no so-
ıte estaba en la falsa doctrina de Mahoma, sino que sabia muy bien la
·istóteles, cuyos libros é intérpretes antiguos habia leido y estudiado
os años. Era, en fin, docto y ejercitado en la medicina y astrología y
fia natural. Mas cuando trataron de señalar las armas con que habian de
r en la disputa, ningun caso hizo el filósofo de las letras y buena razon,
› el juicio de la mayor ley solamente de su grande abstinencia, ántes
l sufrimiento de la hambre y de la sed. Y asi decia al Padre, que se
n ambos á estar en oracion en lo alto de la sierra de la sal, la más esté-
muchas que hay en la misma isla, sin tener consigo ni agua, ni suerte
a de mantenimientos: y que velándolos allí tantos de los cristianos, co-
e los moros, para que de ninguna parte fuesen visitados y socorridos, la
e aquel, que más sufriese la hambre y la sed, seria tenida por más san-
nás favorecida de Dios ¿Cómo?, respondió el P. Gaspar, ¿depende por
ra la santidad de las leyes, de la complexion robusta y sufridora de la
ıencia de aquellos que la profesan? ¿O no es soberbia y temeridad gran-
ıerer obligar á Dios, que muestre con nuevos milagros cuál es la mejor
ıudiéndose esto averiguar con la lumbre de la razon, letras divinas y hu-
s, y verdaderas historias de las antiguas maravillas que el mismo Dios
cuando asi convenia, para bien de la propia causa? Probemos primero
armas, pues son más humanas y naturales, y cuando con ellas no nos
ramos convencer ó vencer, soy contento de estar por el partido del
re y sed, y cualquiera otro que sea. Volvióse, oyendo esto el filósofo, de
›lores, corrido por una parte de mostrar la desconfianza que tenia de la
›sa doctrina, y temeroso por otra de la afrenta de quedar vencido en los
le los suyos y de los extraños; pero pudiendo más el miedo que la ver-
a, no quiso entrar en campo, retirándose, así él, como los que lo pre-
·on, con ménos contento de lo que habian traido. Mas no fué la retirada
su salvo, que aun el persa perdió en ella lo que más estimaba. Hallá-
, entre los circunstantes, á este primer encuentro, una hija suya y su pro-
ujer, ambas de vivo ingenio y buen natural, de la casa y generacion del
, nieto de Hocen, que lo fué de Mahoma: éstas, viendo lo que habia pa-
resolvieron entre sí mismas, que ni aquel grande temor y flaqueza de
›pio padre y marido podia resultar, sino de la falsedad de su secta; ni
Gaspar hubiera mostrado tanto ánimo, si no se lo diera la verdad de
·a santa fe, con la cual luz, é inspiracion de la divina gracia, cortan va-
ıente por la carne y sangre, y piden al Padre el sagrado Bautismo. Re-

cógelas el Padre, lleno de contento, con la mujer é hijas de un portugués n
ble y devoto. Amotínanse los moros, pónese buena guarda y vela, porq
no traten de sacárselas por fuerza; entiéndese en su enseñanza y Catecism
descaece, pierde las fuerzas y ánimo el filósofo, por las plazas se quejaba
los suyos, lloraba y lamentábase de los portugueses. Mas hallándolos á t
dos rendidos de la autoridad del P. Gaspar, se fué á él mismo, alegando q
conforme á toda ley, debe la mujer sujecion al marido, y los hijos obedienc
al padre, y que quien los favorece (cuando se pretenden desobligar y huir
tan debidas y naturales obligaciones) agraviaba á los hombres, y á Dios of
dia. Que por lo ménos no le podia negar las viese y hablase, para que le co
tase que ellas le dejaban de su propia voluntad; y no por fuerza ó enga
ajeno. Concedió el Padre que la obligacion de la mujer é hija es mayor
propio padre y marido que á todas las cosas, sacando á Dios, por quien
suyas le habian renunciado á él. Y que si de esto se queria certificar, volv
sen ambos á la disputa de las leyes, en la presencia de ellas mismas, c
condicion, que si él venciese, el Padre las entregase luégo, mas si qued
vencido, fuese contento de recibir con ellas el sagrado Bautismo. Entristec
se con la respuesta el moro, pero tomando consejo, más con el amor de
mujer é hija, que con lo que entendia de la causa, aceptó el partido. Señ
se el dia, fueron convidadas de la una y otra parte las personas de autorid
vino un notario, que tomase por escrito las preguntas y respuestas, y por
térprete García de la Peña, que lo era del rey de Ormuz, muy diestro en
oficio, y que fuera de la lengua persiana, estaba bien en la latina. Esta
todo á punto y aprestado, como ambos eran ejercitados en las armas y a
de pelear, que enseña la dialéctica, á pocos golpes se fué la victoria des
briendo y poniendo de la parte de quien por sí tenia la verdad. Y prime
mente hubo poco que hacer en averiguar, cómo en la ley de Mahoma no
bia más que fuerza, contumacia, torpeza é ignorancia, comenzando por
condiciones del paraiso que promete á los suyos despues de la muerte, y
curriendo por las licencias que les da en la vida, las cuales ni en la ti
aceptára ningun hombre modesto, ni del cielo pudiera creer alguno de
tendimiento. Ni el filósofo resistió mucho á las demostraciones, porque
neralmente los persas son, entre todos los moros, los que áun en las
sas de la ley hacen más caso de lo que dicta la razon, que de lo que d
escrito Mahoma, tanto, que algunos entre ellos (y son los que siguen la d
trina de Zaide, á los cuales los arabios por el mismo caso tienen en lugar
cismáticos y herejes) hacen donaire de mucha parte del alcoran, que par
les quedó aún esta filosofía, del tiempo en que ella andaba en aquella p
vincia, en competencia de la Grecia. Siendo, pues, este nuestro disputa

de los que más se preciaban del nombre de filósofo, y tan obligado por parentesco á la casa de Zaide, fácilmente se acabó con él, que consintiese en lo que Averroes, tambien moro, decia de la misma secta, que era para acebar animales brutos, y no para seguirla hombres de razon. En lo que el persa hincó la lanza con toda su fuerza, fueron los misterios de la Santísima Trinidad, Encarnacion del Verbo divino, Pasion y Muerte sacratísima de Cristo Redentor nuestro; y aquí se le mostró al P. Gaspar mucho más favorable la divina gracia. Dió primeramente á entender al moro, cómo en ninguno de aquellos artículos creíamos ni decíamos de Dios cosa, á que contradijese la lumbre de la razon natural, y que no fuese dignísima de su soberana divinidad. Y fué la primera prueba de todo esto, la claridad con que el Padre deshizo las dudas que el sofista en las mismas materias tenia por invencibles, despues sirviéndose, para la declaracion de algunas de ellas, de los ejemplos comunes y naturales. Lo cual decia tan alta y tan vivamente, que se pasmaba de lo que oia el filósofo más de lo que él alcanzaba; y sintiéndole el Padre perplejo, añadió: «Que el hombre prudente y entendido, en tan altos, soberanos y divinos misterios no debia esperar los hiciesen visibles para creerlos.» Porque si Dios con lo que puso y obró en sus criaturas, así vence todo el saber de los hombres, que de cuanto ha que el mundo dura, aún no acaban, trayéndolas continuamente en los ojos y en las manos, de comprender el ser de la más pequeña de ellas, cuánto mayor espanto debe causar á todo entendimiento humano y angélico aquel inmenso mar de perfeccion de la propia é infinita Majestad del Criador, á quien uno de los principales profetas, entre otros muchos nombres que le dió, llamó principalmente admirable, más sin duda por lo que es, que por lo que hizó? ¿Qué mayor soberbia é ignorancia, que viendo y sufriendo con paciencia lo poco que alcanzamos de nuestra propia naturaleza, no contentarnos con ménos que demostraciones y clara vista de la divina, para creer lo que de sí nos revela el mismo Dios? Siendo cierto que uno de los argumentos de la verdadera divinidad es, que sentimos en nosotros ser, mucho más de lo que entendemos, lo que siempre nos queda de ella por entender. Todo esto iba el Persa, no solamente aprobando, mas festejando, porque, demas de ser las razones fuertes, es propia herejía de los moros de aquella su escuela del Zayde contra los árabes y contra la verdad católica, negar la vista de la esencia y naturaleza divina, aun á los entendimientos de los bienaventurados, á los cuales solamente conceden, que ven los efectos del poder, misericordia y bondad de Dios en las criaturas, mas no la sustancia y propia hermosura del Criador. Sirviéndole, pues, aquí este error para venir, como vino, en no haberse de esperar ni pedir más claras demostraciones de los misterios de la fe; ni el P. Gaspar tuvo entónces por

necesario reparar en él, ántes, pasando adelante con su intento, añadia: «Po lo cual, ni lo que ahora habeis oido, ni otros y muy graves discursos, co que los doctores de la cristiandad declaran y persuaden, así estos altísimo discursos, como todos los demas de nuestra santa fe, son acerca de nosotro principios ó fundamentos de la verdad de ella, que no lo creemos ni confesa mos así, porque pensemos que lo entendemos, sino que estamos ciertos qu lo reveló y dijo Dios, á quien (aunque no lo entendemos) es razon que crea mos. Pero tenemos irrefragables testimonios para tener por divina la revela cion de la misma fe.» Declaró luégo estos fundamentos, poniendo Dios tant gracia en sus labios, que no los negó el filósofo, ántes llevado del fervor co que el Padre disputaba, y obligado de lo que ya ántes habia concedido, or denándolo principalmente así Dios Nuestro Señor, para gloria suya y bie de los circunstantes, respondió: *¡Cosa santa!* confesando por tal nuestra san ta fe y ley. A lo cual el P. Gaspar replicó: «¿Luego, segun eso, poco os falt para que dejeis por Cristo á Mahoma?» Y apretando con la repeticion de l dicho y concedido, para que se ratificase en la confesion de aquella verda el moro, que áun estaba sujeto á Satanás, quedó como fuera de sí, todo pe turbado y confuso de haberse habido con tanta liberalidad en la disputa, viendo que ya no podia con honra volver atras ni pasar adelante, sin rendi se del todo, pidió tregua hasta el dia siguiente, porque, por no faltar en teatro al tiempo señalado, habia dejado de ver ciertos libros, donde teni otras mejores respuestas á nuestras razones, y que era justo las oyesen, pr mero que una causa se determinase. Muy bien se entendió la confusion d moro, aunque se aceptó la disculpa; pero no fué más necesario para la vict ria y triunfo de la fe, porque el filósofo, lleno de temor y espanto, pasó lu go de la isla á la tierra firme, á aconsejarse con un señor moro, el cual, de pues de reprenderle ásperamente por haber entrado en disputa con aqu grande mágico y hechicero (que así llamaba al P. Gaspar) le envió en cam llos muchas leguas la tierra dentro de la Persia, para que del todo perdiese memoria de su mujer é hija, que entendia habia sido la causa que le hab obligado á la disputa. Las cuales, sabiendo la huida del padre y marido, y bien instruidas en las cosas de la fe, poniéndose de fiesta todo Ormuz, con mayor solemnidad y aparato que le fué posible, recibieron el sagrado baut mo, y los nombres, la madre de D.ª María y la hija de D.ª Catalina. Dotáro las luégo los portugueses tan bien, que ambas casaron honradamente, guiéndose de todo en los moros la mocion y novedades que veremos.

Bautizábanse cada dia muchos moros, señalándose casi con todos tan pa ticularmente la divina gracia, que de muy pocos no fueron las conversion milagrosas. Unos afirmaban que les habia aparecido y obligado á que se ba

n, la Vírgen Nuestra Señora. Otros que habian visto al mismo Cristo ntor Nuestro. Muchos eran de noche llamados y guiados á la fe de la a católica, con voces y palabras de los santos ángeles, que á algunos ien se representaban con resplandor y majestad celestial. Ni los que se ertian eran solos moros de baja suerte, ántes muchos de los más princi- y nobles, así hombres como mujeres, entre los cuales fué una sobrina y Jarife de Meca, intitulado rey de la Arabia, y pariente de Mahoma, a con un grande señor de la Persia, que habia venido á Ormuz por em- or del Jatamas ó Sofi, supremo emperador de toda ella. Mas ninguna alegró y regocijó tanto al P. Gaspar, como la grande mocion que en el o rey de Ormuz hizo la imperacion divina (así se dejara él llevar hasta o, de la suave fuerza de la gracia) movido de lo que algunos de los su- referian, de los sermones y disputas del Padre. Mandándole llamar un ecibióle con honras muy extraordinarias, y saliéndose todos de la recá- , quedaron ambos solos, sin otra persona que el intérprete García de la Descubrió luégo el rey los pensamientos que traia de ser cristiano, y remedio para quietar los grandes del reino, que recelaba se levantasen otinasen al pueblo. Alabó el Padre y confirmó con breves, mas graves es, tan buen propósito; animóle mucho para que confiase en Dios, mos- ole cuánto más puede y debe esperar de Dios, que temer de los hom- Y en lo que tocaba á los motines, asentóse que ántes de tratarse de medios que podian tener, cuando los hubiese, lo mejor seria atajarlos, rando de traer suavemente á los propios grandes (por cuya via se temian) isma gracia y luz del Evangelio; y que seria para ello de mucha im- ncia ordenarse en presencia del rey y de todos ellos, una solemne dispu- re las leyes con los caciques de la Persia y de la Arabia, de la cual el esperaba, que quedando públicamente convencida la falsedad y torpeza mala secta, no habria ninguno que no se corriese de celarla y seguirla. endido esto en la córte, la mayor parte de ella aprobó y determinó de el intento y propósito del rey; de suerte que no eran ménos de veinte oros los que trataban de catequizarse y bautizarse en el mismo dia, en- en este número muchos de los principales señores del reino, que con regocijo y alegría habian hecho eleccion de nombres y padrinos. Pero taron otros tambien de los grandes, que saliendo por la honra de su profeta, probaron primero en vano con el rey las fuerzas de la blandura nja, y luégo sin más efecto las de los miedos de la rebelion y armas de yos propios, y con las amenazas de la ira y furor del gran Sofi de Per- ue no puede dejar, decia, de tenerse por muy ofendido en tan grave de la ley comun. Y viendo que á nada de esto daba oidos el príncipe,

valiéronse de los sacerdotes, que le fuesen á predicar; y cuando no los qui
siese oir, á lo ménos le amedrentasen á voces, invocando, como acostumbra
ban, á las puertas del palacio á Mahoma, y alborotando de esta manera el
pueblo con pretexto de celo de la religion. Mas ni este lance les salió, por
que el rey mandó apedrear y desterrar para siempre á los mismos sacerdo
tes, por más que ellos faltándoles (segun escribe el P. Gaspar) el valor de lo
mártires de Cristo, ya desistian del celo y predicacion de su secta. Sólo una
falsas lágrimas quitaron de la mano la victoria á quien lo habia todo vencid
Entró al rey su propia madre, mora, y tal esfuerzo dió á los temores, que
la boca de los grandes no habian tenido fuerza, suspirando y gimiendo, ll
rando y lamentándose á sí misma y al hijo, que lo llenó de compasion y
miedo, y en fin, lo desvió del sagrado bautismo, y restituyó á Mahoma c
casi todos los veinte mil. Y recelándose del Padre los que todo esto habi
ordenado, pusieron primeramente buena guarda en el palacio para que
no pudiese entrar á ver al rey; y trocando el amor y respeto que ántes
mostraban, en odio y públicas afrentas, decian de él en muchas partes, q
era tan grande encantador y mago, que solo con el baho y sombra, en
chizaba. Mas cuan poco sentia esto el P. Gaspar, tanta pena le dió y tant
lágrimas le costo la recaida del rey, para cuyo remedio (de más de mand
pedir al Gobernador Jorge Cabral le animase por sus cartas, como lo hi
prometiéndole por parte del rey de Portugal, no solamente la defensa de
antiguos estados, más nuevos acrecentamientos de otros mayores), renov
Padre la oracion, las vigilias, los ayunos y demas penitencias, asi propi
como de todos sus devotos; las públicas y solemnes procesiones, en que ib
muchos diciplinantes, atravesando las calles y casas de la morisma, para co
fusion de los enemigos de la fe; y pidiendo á voces, juntamente con la le
nía de los santos, la divina misericordia, contra la fuerza y engaño del
monio y sus ministros. Los cuales como si triunfaran del suceso, no cab
de soberbia en la isla, andando con contínuos clamores llamando á Maho
con lo cual no dejaban de mezclar algunas blasfemias de la cruz y sacratísi
muerte del Redentor. Especialmente desde una mezquita que tenian fuera
la ciudad en lo alto de una sierra, y superior á las casas donde se recogi
P. Gaspar, á la cual y á otras vecinas doblaron en este tiempo las romer
cortándose con navajas y haciendo otras invenciones de las de su supersti
sa penitencia, con grande escándalo de los que andaban para renuncia
mala secta, y desconsuelo de todo el pueblo de los fieles. Y pasaron tan a
lante, que se tuvo el Padre por obligado á resistirles con aquellas sus ar
y soldados, que era solamente la santa cruz y los niños á quien enseñab
santa doctrina.

Hace aprestar una hermosa cruz, que apenas la podian bien llevar dos hombres á los hombros; pasa con ella cantando con aquellos sus inocentes por toda la ciudad, sube á la sierra, y déjala enarbolada y fija con cal y piedra en lo más alto de la mezquita, desde donde los moros la solian blasfemar con gran desenvoltura. Fué verdaderamente cosa maravillosa el temor y espanto en que los puso á todos la vista de la victoriosa señal. Porque, como toman la fortaleza, y puestas en los muros y torres las banderas enemigas, huye y desampara la tierra el pueblo desarmado, así dejaron con grande presteza á la santa cruz la posesion de aquel y de todos los demas templos que tenian en el campo, recogiéndose á grandes voces á la ciudad, sin otra fuerza que la que dentro las almas les hacia el Señor, que consagrando con su preciosa sangre la misma cruz, la volvió para con los hombres tan poderosa y tan espantosa á los demonios. Tras la victoria de las mezquitas se siguió la del alcoran ó mezquita mayor. Gritaban con todo eso en él los moros furiosamente; envió el Padre sobre ello quejas al rey, de las cuales no hicieron caso sus aliados. Sale luégo en procesion con cinco cruces levantadas, determinando de ir con ellas á tomar posesion del soberbio templo; pasan por las puertas del rey, arrodíllanse allí todos, diciendo en altas voces: «Señor Dios, misericordia», y no la negó la divina bondad, porque los moros desaparecieron, huyendo del tropel unos tras otros. Y de dentro del palacio llamaron con grande priesa al Padre, de parte del mismo rey, que le estaba esperando en lo alto de la escalera, donde arrojándosele á los pies, hizo grande instancia por besarle la mano, ni se quietó hasta que lo asentase por fuerza en su propia silla real. Pedíale despues de esto perdon, más de la tardanza en cumplir la palabra, que de la falta de ella, porque ésta aún no la confesaba, queriendo persuadirle con grandes discursos, que no habia mudado de intento, sino sólo se habia acomodado al tiempo, que viniendo tras aquel tan tempestuoso otro más sereno, él mostraria cómo en el alma siempre habia tenido á Cristo, y que en prueba de esta verdad mandaba luégo, so graves penas, que por toda la isla de Ormuz no se invocase más con voces á Mahoma, y que las puertas del templo del alcoran se cerrasen todas á cal y canto, quedando así totalmente entredicho en la ciudad el supersticioso culto del falso profeta. A las excusas del rey respondió primeramente el Padre, con más verdadero sentimiento del con que su madre le hizo volver atras; mas valiéndole ménos, no dejó de darle las gracias de lo que le concedia, especialmente acerca del alcoran, que fué por los moros la mayor injuria que pudiera ser, y así lo mostraron ellos en los extremos que hicieron porque volviese á abrir el templo. Era este de Ormuz uno de los más principales en toda la morisma, visitado por el mismo respeto de muchos peregrinos de la

Persia y Arabia, y tenido en reputacion de cosa y casa santa, por todos los reyes y señores de las mismas provincias.

Viéndolo, pues, los moros así despreciado, y cerrado como lugar de peste y abominacion, deshacíanse de rabia y furor, amotinándose para despoblar la ciudad é isla, y hacer que se perdiesen las aduanas y rentas reales, que era la guerra que al propio rey y á los portugueses pudiera dar mayor cuidado. De más de esto se quejaron por cartas á los príncipes de la tierra firme, y en particular al gran Jatamas, pidiéndole hiciese que sus capitanes sacasen de afrenta á su gran profeta, y tomasen venganza de los frangues, que así llaman á los cristianos por todas aquellas partes. Y habia algun fundamento para recelarse entónces los nuestros de este tirano, porque aquel su embajador, cuya mujer dijimos se habia hecho cristiana, tornando á la córte de Tabris, que otros llaman Tauris, se le quejó mucho, diciendo se la habíamos quitado y bautizado por fuerza, con otras mentiras tan feas, que el Sofi, encolerizándose sobremanera, mandó primeramente retener como preso á Enrique de Mazedo, que habia sido enviado de la India para acabar de asentar las paces con los mismos persas, diciendo, que miéntras que no restituyésemos la mujer á su embajador, no nos mandaria soltar el nuestro, y sobre ello escribió al rey de Lara y al Señor de Carman, sus vasallos y contrarios á las tierras de Ormuz, que luégo diesen en ellas y pusiesen cerco á la misma isla, si los portugueses no les mandasen entregar la mujer para volverse mora. De las cuales cosas, siendo avisado el capitan, que ya no era D. Manuel de Lima, y el P. Gaspar por cartas de Enrique de Mazedo, que las veía y padecia; y puesto el caso en Consejo de Guerra y conciencia, venció est (que es rara victoria), determinando y comprometiéndose todos á morir, ántes que hacer la tal entrega: y así no haciendo caso de la saña y amenazas de grande Jatamas por la mujer cristiana, y mucho ménos las quejas que lo moros le dieron sobre el alcoran; en ambas á dos cosas mostró Dios Nuestro Señor la grande y divina providencia que tiene de los que ninguna cosa temen más, que ofenderle, amansando de tal manera aquella fiera, que Enrique Mazedo volvió con las paces asentadas y seguras, sin hablarse, ni en la mujer cristiana ni en el alcoran de Ormuz. Antes dicen que el Sofi, por respeto de ser los moros de esta isla, como son, de la secta de los turcos, con quien los persas tienen contínua guerra sobre la religion, y el estado, se holgó de que los nuestros le tuviesen impedido el culto y uso del soberbio templo.

Tampoco les salieron los intentos contra las aduanas, que aquel año rentaron, por la arribada de las naos de Meca, ciento y veinte mil pardaos, no habiendo jamas rentado hasta entónces tanto. Mas porque siempre la guerra d

los domésticos fué la de mayor peligro; por aquí nos batieron los moros, negociando con ciertos hombres que tenian nombre y obligacion de cristianos, que les mandasen abrir las puertas de la mezquita y dar libre licencia para llamar en ella á su profeta, que es toda su oracion, y en que consiste lo más sustancial de su ley. No faltaron á los buenos solicitadores razones de estado, coloradas con apariencia de paz y quietud de la república, que juntas á la color y fuerzas del oro, llevaban tras sí la inclinacion con los ojos. No se arrojó con todo eso luégo el capitan, sino que convidando al P. Gaspar, comenzó sobre mesa á tratar del negocio sobre peine, y facilitándolo y cohonestándolo con los respetos de buen gobierno; íbase poco á poco, como quien tentaba el vado, pasando á la banda y parecer de los otros, pretendiendo solamente del Padre que no lo contradijese, para así ejecutarlo. Mas Dios Nuestro Señor no aguardó que su siervo respondiese y volviese por su honra; pues apénas el capitan habia acabado de representar las primeras razones, sin que el Padre hubiese tenido lugar para irle á la mano, cuando le tomó súbitamente un accidente mortal, quedando á lo mejor de la conversacion sin habla, sin espíritu, sin color, sin movimiento, y casi sin vida, en los ojos y brazos de los convidados, los cuales todos, y el propio capitan, despues de volver en sí, mas que todos, tuvieron el caso por misteriosa demostracion de la justicia é ira divina, y especialmente viéndola luégo ejecutada en los que solicitaron el negocio por parte de los moros: porque unos acabaron en pocos dias, de muertes desastradas, á otros sobrevinieron casos tan extraños, que quedaron perdidos para siempre, sin haber más memoria de ninguno de ellos. Ofrecíase despues el capitan de derribar la mezquita, mas el Padre se satisfizo de que tornasen las cosas al estado en que las habia dejado D. Manuel de Lima. Y así fué, que con un extraordinario suceso, los portugueses se renovaron en el fervor de la devocion; callaron, dándose por vencidos los moros; fueron adelante los bautismos, y de tal manera creció y se extendió por todas aquellas partes el buen nombre de la doctrina y vida del P. M. Gaspar, que hasta por la tierra adentro de la Arabia feliz comenzó con la fama á hacer no poco fruto.

A esta misma parte de tierra, cuya costa está entre los dos cabos Rosalguete y Mocadam, llaman los arabios Hyaman ó Aman, donde hay cuatro ciudades antiquísimas, y las primeras que Mahoma hizo de su mala secta. Es gente simple y robusta; muchos los tienen por aquellos á que la escritura llama amonitas, descendientes de Lot, y contrarios á los hijos de Israel, que aún en este tiempo tenian, de cuando fueron gentiles, un grande templo de Júpiter. Los cuales pueblos, movidos por lo que se contaba de Ormuz, escribieron y enviaron de comun acuerdo dos embajadores al P. Gaspar, pidién-

dole los visitase con la luz y predicacion del Evangelio; porque, segun eran grandes los deseos que tenian de verle y oirle, no podrian tambien dejar de serlo los provechosos de la jornada. Pero por tener precepto el P. Gaspar de no salir de la isla de Gerun, no pudo satisfacer á los deseos de los de Aman, ni de su martirio, pero festejó á los embajadores grandemente, y tuvo en su compañía hasta hacerlos cristianos. Escribió tambien á toda la nacion, mostrándoles cuánto sentia no poderlos ir á servir, y cuánto les importaba perseverar en los buenos deseos de la verdadera doctrina, para que Dios Nuestro Señor, usando con ellos de su divina misericordia, se la enviase á su tiempo. No sólo se extendió la fama del P. Gaspar por Arabia, Babilonia, Persia, Carmanea, donde era tan célebre como en Ormuz; pero llegó á Constantinopla tan viva, que le escribieron los cristianos que habia en aquella ciudad, enviando á uno de ellos para que viese á hombre tan admirable, y les contase sus maravillosas obras, como testigo de vista.

V

Convierte á los gentiles y vuelve á Goa.

Con los gentiles de Ormuz no se empleó el P. Gaspar con ménos celo que con las otras suertes de infieles. Habia allí algunos de los que vulgarmente en la India llaman jogues, entre los cuales estos de Ormuz, no siendo inferiores en la aspereza de la vida que los demas, á todos hacian mucha ventaja en la simulacion de otras virtudes, especialmente de la pobreza y castidad, que estiman en más que todas, diciendo que ellas son con las que se dispone mejor y más se habilita un alma para ver á Dios. Son grandes filósofos y teólogos naturales, empleando la vida en la contemplacion de las perfecciones divinas á que los nuestros llaman atributos. Y lo que más espanta, que atribuyen tambien por sus términos el poder al Padre, la sabiduría al Hijo, la bondad al Espíritu Santo, de modo que le pareció al P. Gaspar, que debia de haber alguna noticia entre ellos del misterio de la Santísima Trinidad; pero adoran Pagodes, y tienen otras supersticiones muy ignorantes. Recogíanse todos estos en unas más cuevas que casas, fuera de la ciudad, de donde salian solamente á pedir limosna de sustento bastante para no morir, y á predicar por las calles, siempre cubiertos de ceniza y mal vestidos de áspero cilicio, unos de la muerte, de que son grandes contemplativos, otros, de las grandezas de Dios. Tocaban de noche (como entre nosotros los religiosos) á entrar en me

ditacion, y á la madrugada al supersticioso culto de los ídolos, juntándose para eso en el templo donde los tienen, y remedando los oficios eclesiásticos de nuestras iglesias. Gustaron mucho los ermitaños del P. Gaspar, y él tanto de su desprecio del mundo, que dice, que una de las cosas que más deseó en su vida, fué despues de traerlos á la fe y luz del Evangelio, alcanzar licencia de S. Francisco Javier, para entrarse con ellos en la Persia, en aquel hábito de tanto rigor y penitencia, predicando á los moros y gentiles, de los cuales le contaban, que aún habia por la tierra adentro gran multitud, con muchas invenciones de órdenes y modos de monasterios, así de hombres como de mujeres, á la manera de los bonzos entre los japones. Y decíanle los jogues, que, si allá le viesen vestido á su modo, seria, por ser blanco, muy estimado y bien oido de todos. Viniendo, pues, entre estas y otras pláticas que el Padre tenia con ellos los lunes, á tratar de propósito de su conversion, remitiéronse al Prelado, á quien todos obedecen, que en aquel tiempo habia ido á visitar otras ermitas en las sierras de Arabia, diciendo, que lo que él hiciese harian.

Era éste tan señalado en la aspereza de la vida, y tenido en tanta reputacion de santidad, que el propio rey de Ormuz, aunque moro, bebia por reliquias el agua en que él se lavaba los pies. Volvió de Arabia, visitólo el P. Gaspar, y en pocos dias quedaron ambos muy particulares amigos. Era toda la conversacion de la nobleza y hermosura de las virtudes, y en especial de la castidad, que ellos más encarecen, por lo cual le llevó el Padre poco á poco la consideracion de la excelencia de la fe. Lo que resultó de estas pláticas fué, que el jogue pidió treinta dias de término para resolverse con Dios, si haria mudanza en lo que de él creia. El Padre no le reprobó el consejo, añadiendo, que debia tomar en cada uno de los mismos dias una breve disciplina, pidiendo al Señor por los méritos de la pasion y sacratísima muerte de su unigénito Hijo Jesucristo, le hiciese merced de mostrarle cuál era la fe y ley que debia seguir, para agradarle á él y salvarse á sí. Aceptólo el gentil y cumplió. No pasaron muchas noches, que estando él bien despierto y contemplando en las divinas perfecciones, oyó una grande voz que le decia: «¿Qué haces? ¿Por qué no tomas el camino que te muestran? No hay otro que vaya derecho y cierto á la salvacion, sino la ley de los cristianos. Y luégo se le representó á los ojos del alma todo el aparato con que en las iglesias catedrales se suele preparar y aprestar un solemne pontifical, que le parecia ver con los ojos las capas de brocado, las mitras bordadas de oro y pedrería, los báculos riquísimos, compuestos y adornados los altares de las mejores sedas, descubiertos y resplandecientes los retablos, las mesas llenas de la preciosa y sagrada vajilla, vestidos de fina holanda y más blancos que nieve los sa-

cerdotes, y todos finalmente como si pretendiera el Señor, con estas demostraciones de tanta majestad, alegrarlo y regocijarlo para las bodas de la gracia bautismal, y banquete de la ley evangélica á que los convidaba. Ni el jogue lo entendió de otra manera; porque venida la mañana, en la cual luégo, acaeciendo venir el rey de Ormuz á visitarle á su cueva, que lo hacia muchas veces, él se lo negó y escondió, y partió con priesa en busca del P. Gaspar, el cual le dió el santo bautismo y ennobleció con el nombre de Paulo, triunfando de placer los cristianos por toda la ciudad, y siguiendo los más jogues con buen número de los gentiles el ejemplo de su cabeza, con tan grande fervor, que fué tenida esta conversion por una de las más insignes de aquel tiempo. En el monasterio donde vivian, pusieron ellos mismos por tierra los pagodes y abrasaron los ídolos, y levantó como por trofeo de la victoria de los demonios el P. Gaspar primero una hermosa cruz, y luégo una iglesia, dedicada á la reina de los ángeles. Deseó Paulo despues mucho ver en Roma el rostro y resplandor de la iglesia católica, que en aquella noche de luz le habia sido en alguna manera representada, y llegar á besar el pie, y recibir la bendicion del Sumo Pontífice, Vicario del mismo Dios en la tierra. Con esta intencion lo trajó consigo D. Manuel de Lima el año siguiente á Portugal, y lo presentó al Serenísimo rey D. Juan el Tercero, que no le hizo menor fiesta, que á una de las más raras maravillas de la Asia, sino que teniéndolo despachado para enviarlo al Papa, le llamó á él para sí Dios Nuestro Señor, con grandes señales de ser del dichoso número de los escogidos.

Con tales obras quisieron los de Ormuz un colegio de la Compañía de Jesus, ofreciendo su renta liberalmente; mas no se aceptó, por ser muy pocos los Padres que habia en la India y no poder acudir á todo, fuera de que el maligno temple de la tierra no era á propósito para vivir allí de asiento, y otras causas que hubo. Con todo eso se le juntaron al Padre algunos compañeros, que querian ser de la Compañía, con los cuales vivia, haciendo ellos una vida santísima y de gran fervor, con la enseñanza y ejemplo del siervo de Dios. Tenian larga oracion, hacian mucha penitencia, servian los enfermos del hospital, predicaban á los moros, y pedíanles limosna por amor de Jesucristo, haciendo otras grandes mortificaciones, con que hacian burla de ellos, y solian apedrearlos, pero con grande gozo de su espíritn, por ser dignos de padecer contumelias por Jesucristo, quedando tan gustosos de los trabajos y afrentas llevadas por amor de Dios, que ardian en deseos del martirio, pidiendo unos, que los enviasen á Arabia, otros á Etiopia, otros á Persia, para alcanzar la palma que deseaban, dando la sangre y vida por la fe y predicacion de Jesucristo. Las conversiones de todos estos discípulos del santo Padre fueron admirables: entre ellas se puede contar un hombre honrado,

ro ya viejo, que habiendo ido á confesarse con el santo varon á su casa, › hubo remedio de salirse de ella, diciendo que allí se habia de quedar para :rvirle perpétuamente, porque decia que de otra manera no podia hallar escanso. Y así, aunque no era á propósito por su edad, para recibirle en la Compañía, le dejó estar con los demas.

Era tanto el espíritu de todos, que los cinco murieron del gran fervor que tenian, no de la destemplanza de la tierra, á que ya habian hecho costumbre. En el mismo Padre fué tenido por milagro, que con tan excesivos trabajos, y siendo extranjero, y más de una isla de tan contrario temple, como Zelandia es á la de Ormuz, no hubiese muerto en la demanda; y era que Dios impedia las malas calidades de aquella tierra no hiciesen impresion en quien tanto bien la hacia. Él mismo confesó de sí, que cuando estaba su compañero casi para ahogarse de la calma y estío, y los libros y mesa en que estudiaba tan ardientes de calor, que en tocándolos abrasaban la mano, de modo que no se podia sufrir, él estaba tan fuera de sentir calor, que estaba fresco y casi con algun frio. De esta manera favorecia la divina bondad á quien de tantas maneras le servia, predicando, confesando, instruyendo, adelantando á todos en el servicio de Dios, y prevaleciendo contra las puertas del infierno, ejecutando en el breve tiempo que estuvo en Ormuz más obras heróicas, que pudiera otro pensar en todo aquel espacio que allí estuvo. Estas y otras de igual servicio y gloria de Dios, eran las obras en que el P. Gaspar se ocupaba en aquella isla, cuando, llegándosele juntamente ya el término de los tres años, en los cuales el P. S. Francisco Javier se la habia dado, como en prision del grande fervor de su santo celo, recibió una carta, por la cual el mismo Padre lo llamaba. Y aunque, al salir de la isla, hicieron los moradores de ella grandes diligencias para tomarle los pasos é impedirle con santa y amorosa violencia la jornada, él supo tan bien haber, que sin dar parte de esto á ninguno ni ser sentido, fué en una fragata en demanda de la armada de D. Antonio de Noroña, con que pasó y llegó á Goa algunos meses ántes que el P. S. Francisco llegase de Japon á la misma ciudad.

No se olvidó el santo Padre de los de Ormuz, rogando por ellos á Dios Nuestro Señor, pidiéndole les deparase quien continuase la cultura de aquella su viña, que tanto habia fructificado para Jesucristo. Concedióle Su Divina Majestad lo que pedia, viendo cumplidos sus deseos con casos milagrosos. Antes que llegase á Goa el P. Gaspar, llegó á Ormuz otro Padre de la Compañía llamado Gonzalo Rodriguez, no siendo parte para estorbar su navegaion los corsarios que le envistieron; hincóse el Padre de rodillas para encoiendarse á Dios y esperar la muerte ó cautiverio. ¡Cosa maravillosa! que las ıetas que tiraban los piratas se volvian atras contra ellos mismos, y tenien-

do navíos muy lijeros, no pudieron alcanzar al del P. Rodriguez, con lo cual llegó con prosperidad al puerto deseado.

En la jornada de Ormuz á Goa no se descuidó nuestro Gaspar de hacer el fruto que siempre; escogió para hacerle mayor, por ir llena de gente, la Capitana de D. Antonio de Noroña, de quien era bien conocido, no sólo por la fama, sino porque una vez le confesó á él y á dos mil de sus soldados, no comiendo bocado en dos dias enteros, y reposando apénas dos horas. Quitó los juramentos, juegos y otras costumbres perdidas, que lleva consigo la vida militar. Hacia la doctrina cada dia, y otras cosas que será enfado repetir, aunque el santo varon hacia sin ninguno. Para que se cogiese más fruto alargó Dios el tiempo de la navegacion, porque siendo de solos quince dias, se detuvieron dos meses. Tenian todos los de la armada tanto deseo de oir al P. Gaspar, que se juntaba las fiestas la gente de la armada, para oir sermon en la capitana, y luégo se tornaban muy contritos á sus navíos; pero ning no se volvia sin que primero recibiese la bendicion del siervo de Dios. Donde paraban para coger agua, lo primero que se hacia era preparar un púlpito oir todos á aquel apostólico varon. En Mascate predicó dos veces, con t efecto, que muchos echaron de sí sus mancebas, dándolas dote competente las cuales casó luégo el santo varon, porque no se volviesen al vómito. Pacificó los odios y enemistades antiguas, y sacó los presos de la cárcel. Lo mismo que en Mascate hizo en Dio y en Bazain. De aquí se escapó uno por confesar, resistiendo á la mocion divina y palabras del santo predicador; pero una noche, cuando ménos pensó, estando muy despierto le apretaron invisiblemente la garganta, de manera que le ahogaban: imploró el favor de l Vírgen muy congojado, con lo cual se le disminuyó el dolor que tenia, aunq no del todo, pero de manera que pudo adormecerse. Vió luégo en sueños P. Gaspar, que le preguntaba, qué causa habia sido la de aquel dolor, dá dole á entender que lo fué su silencio en no haberle querido confesar sus p cados, y así le castigaban en aquello que pecó, impidiéndole el habla: hízo el P. Gaspar la señal de la cruz, y luégo cesó todo el dolor. Y así, desperta do bueno, se fué á buscar al santo varon, que ya se habia partido, pero qu dó el hombre reconocido para poder confesarse con otro. Este caso es arg mento de cuánto tenia en su corazon el siervo del Señor á todos los pec dores; pues aun ausente así les favorecia y se acordaba siempre de ellos sus oraciones.

Llegó despues al puerto de Chaul, donde habia presidio de portugues Querian correr toros y tener juego de cañas, pero en viendo al santo var cesó todo, trocándose aquellas fiestas profanas, en llantos y lágrimas de s pecados. Pidieron al Padre les predicase, y él lo hizo en una plaza, porque

habia iglesia capaz para la gente que le queria oir. Al anochecer predicó otro sermon, con tan notable mocion, que todo era derramar lágrimas y darse muchas bofetadas y golpes. En bajando del púlpito se llegó á él un Sacerdote, postróse á sus pies, queria hablar, pero eran tantas las lágrimas que derramaba, y suspiros que arrojaba del corazon, que no pudo pronunciar palabra. Fué increible el fruto que allí hizo, espantó más que en otras partes. Pidieron los de Chaul colegio de la Compañía, dando luégo de contado cuatrocientos pardaos, para dar principio á la iglesia: el Padre les respondió con gran humildad, que no tenia potestad para admitir colegios, porque no era él sino un vilísimo esclavo de la Compañía. Cuando llegó á Goa, con tener gran deseo de ver á sus hermanos, no se le sufrió el corazon, sin que predicase primero en el puerto ántes de ir al colegio. Prosiguió con tal fervor sus sermones (eran trece ó catorce todas las semanas) que presto se vió en Goa el mismo fruto que en Ormuz. Ya no en las iglesias, porque no cabia la gente, pero en las plazas predicaba. Todos confesaban que nunca se habia visto aquella ciudad con tal mudanza.

VI

Siendo provincial de la India, predica apostólicamente en Goa hasta la muerte.

En esta ocasion llegó S. Francisco Javier á Goa para disponer las cosas de la India de manera, que él pudiera hacer, descuidado de todo, la jornada de la China que andaba disponiendo. Parecióle estaria todo bueno, si cometia al P. Gaspar el gobierno de los de la Compañía, y así la noche ántes de partirse llamando á todos los de casa, les hizo el Santo una plática, en que les exhortó á la perfecta obediencia; y despidiéndose de sus hijos, señaló luégo, con la potestad que le habia dado S. Ignacio, por Provincial y cabeza de todos, al P. Gaspar Barceo, añadiendo que él tambien se sujetaba á su obediendia, postrándose luégo con humildad á sus pies. Hicieron lo mismo todos los demas, con tantas lágrimas, como contento y devocion; solo el nuevo Provincial las derramaba de pena, por verse en aquella honra, de que tan indigno se sentia, y á la cual él más temia, que los del mundo la desean. Atribuia á sus pecados haberle dado cosa tan repugnante y léjos de su pensamiento. Decia que por no haber sabido obedecer, le habia Dios castigado con obligarle á que mandase á otros. Encerróse luégo á hacer ejercicios, disponiéndose para ejercitar aquel oficio, como despues lo hizo, con tal aprobacion de

todos, que le admiraban, como á otro S. Francisco Javier. Con estar cargado de achaques y grandes dolores, trabajaba por muchos hombres sanos. Predicaba todas las semanas cuatro dias, y los domingos y dias de fiesta tres veces al dia. Oia infinitas confesiones con tanto descuido de su salud, que no queria se gastase con él nada. Quejábase muy de veras del gasto que con él se hacia, cuando el médico mandaba le echase un poco de azúcar en los huevos.

El cuidado que tuvo del aprovechamiento de sus súbditos fué muy grande. Seis meses detuvo en ejercicios espirituales á los del colegio de Goa, con gran gusto de ellos, por el fervor que en todos habia. No fué menor su solicitud para con la juventud de los del seminario de fuera. Instituyó otro seminario nuevo. Daban tal ejemplo todos los seminaristas, que los caballeros de Goa pedian tuviesen allí sus hijos; y lo que más es, una persona de consideracion y ya anciana, pidió le dejasen poner el mismo hábito de los colegiales ó seminaristas, y andar con ellos en las procesiones y acompañamientos que hacian, que fué de grande edificacion para toda la ciudad, ver aquel viejo entre tantos niños como uno de ellos.

Con ocasion de una cabeza de las once mil Vírgenes que habia en Goa, instituyó una congregacion de incomparable fruto para toda la ciudad. El primer dia se asentaron por congregantes quinientas personas, y llegaron á dos mil; concurriendo todos con tantas limosnas, que hubo de irles á la mano el santo Padre. Encargóles que no sólo fuesen buenos para sí, sino tambien para otros, que celasen no cometiesen pecados sus prójimos; dióles en órden á esto algunas instrucciones. Fué tanto el fervor con que tomaron esto, que venian cada dia al P. Gaspar y á otros Padres, con memorias y catálogos de los odios, amancebamientos, usuras y otros pecados que se debian remediar, andando todo el dia ocupados los Padres en su remedio. Fué inexplicable el fruto que se hizo; basta significar lo que en materia de odios sucedió, que en espacio de seis meses se pacificaron y compusieron cosa de dos mil enemistades y pleitos. Una vez dijo el Auditor general al P. Gaspar, que ya los escribanos no tenian que hacer, y que estando muy ricos ántes, ya morian de hambre por su causa, añadiendo por gracia, que algunos se habian querido ahorcar, que unos habian dejado el oficio, y otros lo habian querido vender, mas no hallaron quien se lo comprase; que presto seria menester dar dineros la real hacienda para tener algun escribano; lo cual tambien confirmó uno de ellos que estaba delante. El santo varon respondió que no le pesaba estuviesen tan desocupados, que tambien se holgara, que no hubiera necesidad de su oficio y judicatura, sino que todos los tribunales estuviesen llenos de telarañas.

Con tan fervorosas obras de los Padres, y principalmente de su Superior, se animaban tambien los Hermanos Coadjutores. El portero, que daba la limosna cada dia á los pobres, les hacia la doctrina, é instruia en cosas santas con gran provecho suyo. Otro Hermano llamado Antonio Fernandez, encontrándose con una gran multitud de esclavos moros y gentiles, díjoles con gran espíritu: «Ea, hermanos, ¿quién de vosotros quiere ser cristiano?» Detúvose un poco, haciéndoles una plática de los misterios de nuestra santa fe con tanta gracia, que Dios puso en sus labios, que convirtió cuarenta que se bautizaron con gran alegría de los nuestros. Mandó el P. Gaspar á este Hermano, que fuese cada dia á predicar á aquellos infieles, y no habia dia que no trujese á casa á algun convertido. Habia en Goa muchas mujeres públicas, cosa que sentia el siervo de Dios grandemente; pero dióse tanta diligencia en su conversion, que en breve tiempo convirtió á ciento de ellas. Al fin fué tan grande la reformacion en todos, que si no lo vedara la fe, adoraran por dioses, dice un historiador, á los de la Compañía, que eran la causa de ella, principalmente al divino varon P. Gaspar, que no dejaba medio ni modo con que pudiese ganar las almas para Dios. A un hombre, porque dejase de hacer cierto pecado, le sobornó santamente, digámoslo así, con veinte pardaos que le dió, porque veia, que lo que más le habia de mover era el interés.

Por ser tan frecuentes los sermones de este siervo de Dios, vino á dudar, si seria mejor no cansar al pueblo con su continuidad. Determinó ponerse en alguna medianía. Díjolo una vez predicando á un grande auditorio, como siempre tenia, que seria bueno dejar algunos sermones, principalmente en aquel tiempo de invierno tan lluvioso. Levantóse luégo un grande murmullo que se quejaba de la resolucion del Padre. Los de mayor autoridad levantaron la voz diciendo, que seria desconsuelo para todos. El prefecto de la Congregacion de la misericordia, que es muy insigne en Goa, suplicó más instantemente al Padre, que no tuviese cuenta con las aguas, porque ellos venian con sumo gusto para oirle: ántes si no le era trabajoso, que añadiese sermones primero que los quitase, lo cual toda la demas gente, levantándose de sus asientos, aprobó y suplicó al celoso predicador, concurriendo de allí adelante mayor número de oyentes los dias que más llovia; porque entendiese el siervo de Dios, que no lo habia de dejar por ellos. El fruto de sus sermones fué el que siempre, y así no repitiremos lo general de otras partes.

Lo especial de Goa fué, que habia en la ciudad gran profanidad en los vestidos y adorno de las mujeres. Reprendiólo el Padre, principalmente el venir tan bizarras y aderezadas al templo de Dios; causó en ellas tan notable temor, que muchas matronas y doncellas principales, venian á la iglesia los piés descalzos, y cubiertas con un manto de anascote; otras repartieron de li-

mosna sus vestidos. Una dió todas sus cadenas, joyas, vestidos y cuanto tenia, para fundar un monasterio. Todas reformaron sus galas y traje, y lo que más es, sus costumbres. Moviéronse juntamente á grande devocion, frecuencia de sacramentos y obras de penitencia. Una estuvo para morir del coraje que cobró contra sí, afligiendo su carne con extraordinarias asperezas.

Vino en este tiempo á Goa un embajador del rey de Zeilan, que sabia bien la lengua portuguesa; deseó oir aquel predicador, cuya fama habia oido muchas veces; concedióselo el Virrey. Por ser gentil no entró en la iglesia ántes que el Padre empezase el sermon. Cuando entró, oyóle decir aquellas palabras del Exodo: *Quítate tu calzado de los pies, porque el lugar en que estás es tierra santa*. Dijo estas palabras con tal espíritu, que luégo el embajador gentil se empezó á descalzar, pero estorbáronselo los portugueses que le acompañaban. Oyó despues el sermon, del cual quedó tan admirado y movido, que dentro de pocos dias pidió el agua del Bautismo, lo cual se hizó con gran regocijo y solemnidad, y se puso por nombre Antonio, llamándose ántes Pandita.

Los sermones de cada viérnes fueron de más notable provecho y edificacion, á los cuales no sólo acudia la gente de Goa, sino de toda la comarca, viniendo el juéves ántes para madrugar á tomar lugar, siendo el sermon por la tarde. Predicaba siempre un paso de la Pasion; tomaba por tema: *Multa flagella peccatoris*. Todo era derramar lágrimas los oyentes, levantando tanto el llanto y los suspiros, que era necesario muchas veces pararse, hincándose el mismo Padre de rodillas, y derramando tambien lágrimas. Descubríase luégo un Cristo muy devoto; salia de la sacristia una gran multitud de hombres azotándose cruelmente en las espaldas, cantando entre tanto los muchachos y repitiendo: *Mortem autem crucis*, clamando lo restante del pueblo: *Misericordia, misericordia, Señor*. De suerte que todo el año era una perpétua Cuaresma.

Predicando una vez el santo varon, vió un gran pecador, que habia muchos dias andado tras ganarle para el cielo. Parecióle apretarle más, porque entendió de Dios que habia de morirse presto. Y así en acabando el sermon, le envió á decir con su compañero, le hiciese merced de aguardarse un poco, porque le queria hablar una palabra. Detúvose de propósito el santo Padre hasta que se fuese la gente. Fué luégo á hablar á aquel perdido, diciéndole que lo que queria era que se confesase luégo, porque sabia que tenia de ello forzosa necesidad de hacerlo entónces. El hombre no queria, el Padre le instaba, diciéndole resueltamente que no le habia de dejar ir de allí sin confesarlo, mandando cerrar luégo las puertas de la iglesia, para que no se fuese. Dió entónces por excusa el hombre, que no estaba aparejado y que así

era imposible confesarse aquel dia. Replicó el siervo de Dios: «No es bastante excusa esa, yo os preguntaré y ayudaré, con lo cual supliremos esta falta de preparacion.» No decia esto el santo varon, porque le quisiese luégo absolver, sino para empeñarle á confesarse bien, habiéndole dicho algunos pecados, como sucedió así. Porque compelido el hombre á hincarse de rodillas, y empezar la confesion de las cosas más graves que habia cometido, despues de haberle oido grande rato, le dijo que bastaba por entónces, y no se cansase más aquel dia, que pensase mejor sus pecados, y que volviese otro dia, que entónces le absolveria. Con esto el hombre se vió empeñado á proseguir su confesion con entera preparacion, ya que habia una vez atropellado con la vergüenza que le ponian sus atroces culpas. Volvió el dia siguiente, dijo todo lo que traia pensado; mas no contento con ello, le remitió el siervo de Dios para otro dia, en el cual le acabó de confesar con gran dolor y consuelo del penitente, el cual murió dentro de muy pocos, con gran gozo de su alma, y diciendo que el P. Gaspar le habia impelido y forzado á que entrase por las puertas del cielo.

Cogiole la muerte al siervo de Dios en la ocupacion principal de su vida, muriendo con triunfo este valeroso soldado de Cristo en el mismo campo y batalla. Porque aunque estaba cargado de enfermedades por sus excesivos trabajos, nunca quiso desamparar su puesto; no dejaba de predicar contínuamente. Un dia, estando predicando con el concurso que siempre, sintió en sí grande flaqueza, echó de ver la fuerza de su mal, despidióse del auditorio, quedó luégo sin sentido, y cayéndose de su estado en el mismo púlpito, agravósele aquel accidente hasta ponerle en lo último de la vida, con gran sentimiento de toda aquella república, por verse privar de aquel varon de Dios y no menor del mismo santo Padre, por verse morir en cama y no abrasado por su Redentor. Esto le desconsolaba y decia, que aun no habia trabajado tanto, que mereciese recibir del Señor tanta merced como la muerte. No se dejó visitar de nadie, por vacar solo á Dios, con quien contínuamente conversaba. El virrey solamente y algunas personas más principales se consolaban de llegar hasta la puerta del aposento, derramando muchas lágrimas, las cuales crecieron más el último dia de su vida, que fué á 18 de octubre, año de 1553. No parece carecer de misterio haber muerto el dia de S. Lúcas, compañero de la predicacion del apóstol S. Pablo, pues lo fué tambien el P. Barceo del Apóstol de la India S. Francisco Javier, en quien vivió el espíritu de S. Pablo. Murió viérnes, aquella misma hora en que solia el santo Padre predicar de la Pasion con el fervor y fruto que habemos dicho.

Cuando se supo la muerte, se llenó luégo la iglesia y claustro del colegio, llorando y lamentándose todos, más que si hubieran perdido su mismo padre,

porque lo era de todos este apostólico varon. No se podian valer los de la Compañía de la multitud de almas que acudian á ver y reverenciar el santo cuerpo, vertiendo todos amargas lágrimas de sus ojos. Un Padre Dominico, que queria predicar de sus heróicas virtudes, no pudo hablar palabra, de la abundancia de lágrimas que vertia, y así toda la solemnidad de su entierro fueron gemidos y llanto, no pudiéndose oir otro canto en la iglesia, durando hasta el dia de hoy el buen olor de santidad que esparció de sí en solos siete y algunos meses que vivió en la Compañía, y cinco en la India, en los cuales hizo tales obras, que era menester para ellas un siglo. Pero todas fueron pocas para la grandeza de su ánimo y el ardor que tenia en su pecho del amor de Dios y de los prójimos. Todo el Japon, China, Persia, Arabia, Etiopia, le parecia poco y estaba pensando en su conversion. Escribió al Preste Juan de Etiopia una carta, convidándose para ir á sus reinos á predicar la fe verdadera de la Iglesia Romana, y exhortándole á ella; porque no sólo con sus sermones y pláticas á los presentes, pero tambien á los ausentes con cartas procuraba ganar para Cristo. Eran tan llenas de espíritu, que el virrey de la India decia, cuando le venian cartas del P. Gaspar, que las recibia como si fuesen de S. Pablo. No habia bastantes mundos para este siervo de Dios; era su ánimo como el templo de Salomon, cuyas ventanas eran por de fuera angostas y por de dentro muy dilatadas: porque fué mucho ménos lo que descubrio por de fuera en tan admirables obras, que lo que deseaba dentro de su corazon abrasado de amor divino.

Lo que es tambien mucho de maravillar, es su profunda humildad y bajo sentimiento de sí en medio de hechos tan gloriosos. Firmábase en las cartas, *Siervo indigno de todos.* Llamábase esclavo de la Compañía, gusanillo de una vil y asquerosa materia, hediondo pecador y demonio. Las obras prodigiosas que hacia atribuia á ser de la Compañía, teniéndose á sí por inútil en todo. Dábale gran pena la honra que le hacian; su pobreza y mortificacion era conforme á su humildad. En Ormuz (donde el sol no calienta sólo, sino abrasa, echando llamas de sí más que resplandores) hacíanle tanta honra y cortesía, que para responder era fuerza andar contínuamente descubierto, lo cual le hacia notable daño; y así por esto, como porque le era mucho mas notable recibir aquella honra, quiso pedir desde el púlpito no le hiciesen cortesía, porque le hacia daño andar sin tener cubierta la cabeza; pero dejólo de hacer por escrúpulo y temor, no se le mezclase en aquello algun amor propio, porque entre las obras que deliberaba hacer este santo Padre, siempre se determinaba á lo que era más trabajoso y contrario á la naturaleza. Con este fundamento pudo Dios levantar el edificio grande de su caridad, y sacar de él obras tan ilustres y prodigiosas como habemos visto.

De sus milagros, aunque hemos contado algunos, sabemos pocos, así porque el siervo de Dios los encubria, como porque su historiador principal el P. Luis de Froes, atónito de tantas conversiones, no pudo atender á todas las maravillas, porque era más lo que el P. Barceo obraba, que lo que él podia escribir; y así por esto, como por su indignidad, se excusa de escribir sus milagros. Despues de haber contado muy heróicos hechos de este siervo de Dios, dice: «No declararé los milagros evidentes que hizo en Ormuz, porque conozco muy bien mi indignidad; porque como antiguamente los animales, que tocaban al monte santo, eran apedreados, yo me juzgara por más digno de reprension, si con mis manos impuras llegara á tratar de cosas tan sagradas.» Esto dice bien excusadamente este escritor, porque le perdonáramos de muy buena gana, modestia y humildad tan dañosa á memoria de cosas tan dignas de ella. Fuera del P. Luis Froes escribieron la vida de este varon apostólico el P. Nicolás Trigaulcio en tres libros, de estilo muy elegante latino. Pedro Iarriz en el tomo segundo de su *Tesauro Indico,* libro segundo, desde el capítulo segundo hasta el octavo; y en el tomo primero muy copiosamente. Tambien el P. Antonio Vasconcelos en la *Descripcion de Portugal.* El P. Orlandino en el primer tomo de la *Historia de la Compañía.* El P. Juan de Lucena, en el libro décimo de la *Vida de S. Francisco Javier,* y el P. Fr. Antonio de S. Roman, libro cuarto de la *Historia de la India Oriental,* capítulo 11, 12 y 19, el cual comparando al P. Gaspar Barceo, con S. Francisco Javier antes que estuviese canonizado, dice del P. Gaspar: «Fué sepultado con universal dolor y sentimiento de la ciudad, á quien tenia muy obligado con lo mucho que en ella trabajó para el Señor, y con la mucha caridad que hizo á grandes y pequeños, que casi ya no se echaba ménos el P. Francisco. De los cuales sólo digo, que segun lo que hicieron en aquel orbe, fueron unos dos divinos Atlantes, aunque hombres naturales, cuyas memorias se conservan hoy dia, y conservarán, no en trofeos ni en arrogancia de mundo, sino en corazones de hombres y en sus mismas hazañas hechas en servicio de su Dios y de su Iglesia; y tales, que me admira no les ver canonizados en la tierra, pues fué esto lo primero que hizo el cielo, en dividiendo lo mortal de lo inmortal, y en dando á Dios lo que es de Dios y á César su legítima. Porque si los príncipes del mundo se alargan tanto en honrar y premiar los trabajos de sus capitanes, y más cuando les han conquistado alguna provincia, y ampliádoles su señorío, que segun lo que les cargan de títulos y blasones, no faltaba más de coronarlos; ¿cuánto más se debe extender la liberalidad de la Sede Apostólica, pues no sólo estos dos famosos capitanes (que no hablo de otros muchos) militaron debajo de su estandarte en su defensa, sino que la ampliaron tanto su señorío é imperio, cuanto jamas se vió tal, y en fin mu-

rieron con las armas en la mano, dados por valientes del mismo cielo?» T esto es de este autor.

Alaba mucho la santidad y fervoroso celo de este admirable y apostó varon, Tomás Bocio, *De Signis Ecclesiae,* libro quinto, capítulo segundo. ' ilustre poeta Bernardo Bauhufio llama á este santo varon, Apóstol de lo Ormuz. Y en el quinto libro de sus epigramas, le celebra con esta.

Et merito certe, merito, sanctisime Gaspar,
In manibus Divum dicimur esse pilae:
Tu Barzaee probas. Te protulit ultimus orbis,
Ver ubi constrictas vix benę solvit aquas:
Mox sed ad Armusiam tanquam pila mitteris urbem,
Ianus ubi tepidas vix bene nectit aquas:
Ut te Diva manus tetigit, pila sancta, volabas
Per iuga, per montes, per mare, per scopulos,
Europa quae fugis, sic, sic quasi chara fuisset
Europa exilium, patriaque Armusium.

P. MELCHOR NUÑEZ BARRETO

DAMOS título de apostólico á este santo varon, por haber imitado á apóstoles en la vida, en la predicacion, en el celo de las almas, y amplificar la fe de Cristo y dilatarla por el mundo, por haber sido el prim que lo predicó en la China, y el segundo provincial de la Compañía en la dia, sucesor de S. Francisco Javier, no ménos en el espíritu, que en el go no de los nuestros, y en las peregrinaciones que hizo en los reinos del Ja

Nació este dichoso Padre en Oporto, ciudad insigne del reino de Portu de padres nobles y ricos y de mucha cristiandad: fué hijo legítimo de Fe Nuñez Barreto, Señor de las villas de Morgado, de Freyris y Penagate, el tuvo ocho hijos, los cuatro hembras, y todas fueron religiosas en Oport los cuatro varones. El mayor, Gaspar Nuñez Barreto, llevó adelante la de su padre, y entre otros tuvo por hijo á D. Jerónimo Barreto, Obispo los Algarbes; los otros tres fueron de la Compañía. El mayor, y el que guia á los demas, como S. Andrés á S. Pedro y á los demas Apóstoles, fu

'. Melchor Nuñez Barreto, de quien ahora tratamos. El segundo el P. Juan Iuñez Barreto, que siendo abad de Freyris entró en la Compañía, movido on el ejemplo y buenas razones de su hermano, y fué patriarca de Etiopia. Il tercero fué el P. Alonso Barreto, insigne obrero y gran predicador de la alabra de Dios; y podemos decir de este linaje, lo que se dice del de S. Ba-ilio y S. Gregorio Nazianzeno, que fué cantera de santos, que con la sangre eredaron la virtud y el celo de la gloria de Dios y salvacion de las almas, omo se verá en la vida del P. Melchor, que ahora escribimos.

Fué este señalado varon de vivo ingenio y altos pensamientos, y con de-gnio de valer en el mundo, y alcanzar los mayores puestos del siglo, hallán-se el segundo de su casa, y que su hermano mayor le llevaba el mayoraz-, pretendiendo adelantarse á él en los puestos y estimacion del mundo, fué la universidad de Coimbra á estudiar facultades; unos dicen que Teología, ros que Cánones. Y su ingenio y presuncion era tal, que se puede creer sin crúpulo, que estudió ambas facultades, para hacer á todas manos, y echar s redes en el mar del siglo, para pescar, si pudiese, las mayores dignidades ie se dan á los teólogos, y los mayores puestos que alcanzan los eminentes ı Cánones. Pero cuando estaba más engolfado en el alta mar de sus preten-ones, echó Dios las redes de su predicacion por medio de los de la Compa-a, para sacarle del mundo y traerle á su apostolado.

Porque habiendo entrado en aquella universidad el P. Pedro Fabro, compa-ero muy dilecto de nuestro P. S. Ignacio, y predicado y enseñado la teología el cielo con la grandeza de espíritu que Dios le comunicaba, y edificado el undo con el ejemplo de su vida, y de la que hacian los de la Compañía en quella universidad, se movieron muchos mozos nobles y doctos á seguir sus isadas, entrando en nuestra religion. Uno de los cuales fué el P. Melchor Nu-ez Barreto, de quien hablamos, el cual alumbrado con luz del cielo, para co-ocer la vanidad del mundo y el engaño de sus honras frágiles y perecederas, e resolvió á pisarlas y buscar las verdaderas y eternas y la salvacion de su ma, en la Compañía de Jesus.

Estaba en la flor de su edad, en el fervor de sus pretensiones, extendien-o las manos á las cátedras y puestos de mayores honras y dignidades, con ertas esperanzas de alcanzarlas, hechos todos los actos con gran lucimien-para graduarse de Doctor, cuando le llamo Dios, como á otro S. Andrés S. Pedro, echando la red en el mar, para que lo dejase todo y le siguiese, rque le queria hacer pescador de hombres para el cielo; y al punto que ó su voz, dejando el padre y la madre y cuanto tenia entre manos, se vino la Compañía de Cristo y le siguió.

Era Superior del colegio de Coimbra el P. Simon Rodriguez, compa-

ñero de S. Ignacio, y postrándose á sus pies, le pidió con humildad que recibiese en la Compañía, porque le llamaba Dios para que le sirviese ella. El P. Simon le alzó del suelo, y examinada su vocacion, le orde que recibiese el grado de Doctor, y que desde el teatro, con la borla y capirote y las insignias del grado, con las chirimias y atabales y con to el acompañamiento de los doctores y maestros que le habian de llevar su casa, viniese á nuestro colegio á recibir la pobre ropa de nuestra religio y traer las honras del mundo, como solian los discípulos de Cristo las ciendas, y echarlas á los pies de los apóstoles en señal de renunciar el m do, y consagrarse al servicio de Dios. Así lo cumplió todo el nuevo di pulo de su milicia; y recibido el grado, vino con todo el aparato dicho nuestro colegio, y en presencia de toda la universidad hincó la rodilla al P. mon, el cual le vistió la pobre ropa de la Compañía, con pasmo y admi cion de toda la universidad. La cual creció más con lo que luégo sucedió fué, que el P. Simon le mandó tomar un carnero desollado, que tenian p el colegio, y llevarle en cuerpo y al hombro, por las mismas calles por do habia venido con el acompañamiento, en casa del Doctor Marcos Rome Catedrático de Teología, y que se le diese de propina, por haber sido su drino en el grado de Doctor. Duro precepto y récia prueba para un árbol reciente de media hora, plantado en el jardin de la religion, que á los m arraigados de muchos años pudiera hacer blandear tan grande mortificaci pero estaba tan robusto el primer dia el espíritu del P. Melchor, y come desde luégo con tanto aliento las batallas del Señor, que con fuerza de gig te, venciendo los pundonores del mundo y abrazando los desprecios de C to, tomó el carnero muerto sobre sus hombros, como Cristo habia llev sobre los suyos la cruz por las calles que poco ántes habia paseado á cab aplaudido y honrado de toda Jerusalem; y siguiendo su ejemplo, le llevó igual ejemplo y admiracion de todos en casa del dicho Doctor, que se qu atónito cuando le vió en aquel traje y traerle tan inaudita propina, sin ac tar á responderle pero el P. Melchor le dijo: *Este es, señor Doctor, el v men que despues de mi grado me da la Compañía de Jesus, á fin de g duarme en el espíritu de la mortificacion y desprecio del mundo.* El Doc quedó edificadísimo, y con nueva estima de nuestra religion, cuyos hijos mitian las honras, más para ejercicio de humildad que para ostentacion vanidad.

Esta fué la primera probacion del nuevo soldado de Cristo, y esta la mera piedra de humildad, mortificacion y obediencia, que puso por fu mento en el alto edificio de perfeccion que levantó en la religion, de tan g de loa y edificacion, que alcanzada esta victoria del mundo y de sí mismo

se rindieron con glorioso triunfo todos los enemigos, que le hacian guerra á su espíritu, procurando con todas sus artes hacerle volver atrás en la via comenzada del divino servicio. Porque una victoria grande da ánimo al vencedor y le quita á sus enemigos; y el que vence un grande vicio, toma aliento para vencer otros muchos, como sucedió al P. Melchor, que como otro David, vencido este gigante armado del demonio y la honra y la propia estimacion, quedó tan superior á todas sus pasiones y tan superior de sí mismo, que nunca se rindió al amor propio ni á las luchas del demonio, caminando sin cesar de virtud en virtud á la cumbre de la perfeccion. Fué el ejemplo del colegio, y de tal edificacion á los de fuera, que muchos de la universidad, movidos con su ejemplo, dieron libelo de repudio al mundo, y sus pretensiones, y se sacrificaron á Dios en varias religiones, y no pocos en la Compañía de Jesus, que fueron firmes columnas, que la sustentaron y honraron con su santidad y letras, y con los buenos talentos que Nuestro Señor les dió.

Llegóse el año de 1551, en que el Rey de Portugal pidió á la Compañía algunos religiosos de ellos, para cultivar los incultos campos de la India Oriental; y lo mismo pidió por cartas S. Francisco Javier á S. Ignacio, nuestro Padre, y al P. Simon Rodriguez, su Comisario en aquel reino. Y determinando enviar una docena de los pocos que á la sazon tenian, por irse entónces fundando la provincia, de muchos que lo pidieron, fué uno de los escogidos el P. Melchor Barreto, que con su grande fervor hizo todas las instancias posibles para ir á esta empresa, á la cual partió el dicho año de 51, con otros doce compañeros, y diez niños del seminario. que envió el Rey para servir en el culto divino de las iglesias de la India, y para que aprendiendo la lengua, y haciéndose al temple de la tierra, fuesen despues útiles para la conversion de los gentiles, como en el efecto fueron; y por su grande prudencia, aunque no tenia canas, fué el P. Melchor por Superior de todos.

Repartiólos en algunas naos, y él con otros tres compañeros, se embarcaron en la capitana, en que iba por Gobernador y General Diego Lopez de Sosa, varon de mucha cristiandad y no desigual valor á su nobleza y prudencia. En esta navegacion comenzó el P. Melchor á hacer alarde de su espíritu y celo de la gloria de Dios y de las almas, porque con una santa sagacidad procuró ganar las voluntades de todos, y con su ejemplo y predicacion los reformó en las costumbres, desterró los juramentos y juegos profanos y otros vicios, y entabló la devocion y frecuencia de Sacramentos, la piedad y hermandad y otras buenas costumbres, de manera, que no parecia nave de diferentes pasajeros, sino una casa de religion muy concertada, y por esto la llamaron la nave santa. Recabó con el General que echase un bando de que ninguno jurase, ni jugase arriba de una cantidad moderada, y que pusiese gra-

ves penas á los desafíos usados en aquel tiempo. Todos los dias se hacia la doctrina cristiana con los niños, y se contaba un ejemplo, á que acudian todos. Decíase Misa y se cantaba la salve á Nuestra Señora; rezaban el Rosario, y los viérnes se leia por la tarde un libro de la Pasion de Cristo, y los domingos y fiestas se predicaba con igual consuelo y fruto de los oyentes, que acudian con gusto, por el provecho que sentian en sus almas. Curaban los de la Compañía á los enfermos, y el P. Melchor los sacramentaba y consolaba con la dulce conversacion de sus palabras, con que habia grande paz y conformidad en todos los de la nave: que una buena levadura sazona toda la masa, y un siervo de Dios fervoroso y santo compone toda una república.

Dos cosas singulares sucedieron en esta navegacion, que no es justo pasar en silencio. La primera fué, que la nave en que iba el P. Melchor Barreto, á vista de Mozambique, hizo pie sobre una peña navegante, por el riesgo que corrian de perderse. El Padre los consoló, exhortándoles á recurrir á Dios, con firme confianza en su divina proteccion, y dándoles ejemplo se retiró al camarote, y postrado en oracion suplicó á la Divina Majestad que tuviese misericordia de ellos y los sacase de aquel riesgo; y fué oido tan de contado, que lo mismo fué pedir, que conseguir lo que pedia, porque sin viento ni agua, estando casi en seco, se ladeó blandamente la nave, y se dejó caer en la mar, y entró por la barra de Mozambique buena y sana, cantando todos los pasajeros alabanzas á Dios que los habia librado de aquel riesgo con su divino favor, el cual reconocieron siempre á las oraciones y méritos del P. Melchor Nuñez Barreto, á quien veneraban como á siervo y valido suyo.

La segunda fué, que otra nave que se apartó de la escuadra, en la cual iban algunos de la Compañía, cuyo Superior era el P. Manuel de Morales, calmó faltándole los vientos y los mantenimientos, que es una de los mayores riesgos de la mar; y no hallando medio ni favor humano para aquella afliccion, acudieron al divino. Hizo el P. Morales una fervorosa exhortacion á todos, para que hiciesen penitencia de sus pecados, y moviesen la piedad de Dios, para que la tuviese de todos. Hicieron dos altares, uno en la popa, de Cristo crucificado, y otra en la proa, de Nuestra Señora, con una imágen muy devota de la Vírgen de la Piedad; ordenaron una procesion de disciplina, en que iban grandes y pequeños derramando sangre y clamando juntamente á la Majestad de Dios, pidiéndole que tuviese misericordia da todos; y llegando sus plegarias á los oidos del Señor, plugo á Su Divina Majestad apiadarse de ellos; porque dando la vuelta con la procesion, se levantó un viento fresco que movió la nave, y se fué avivando, sin faltarles en todo el viaje, hasta meterlos en el puerto, con el gozo que se deja entender de los afligidos navegantes, que escapando de la muerte hallaron la vida en el favor que Dios les

hizo, por medio de la penitencia y las oraciones y santos consejos de los siervos de Dios.

En Mozambique se juntaron todos los de la Compañía, que pasaron á la India en aquel viaje, aunque en diferentes dias, porque las naves en que iban no pudieron llegar juntas, solo faltó uno, que fué el H. Jorge Nuñez, el cual murió en la nave capitana, del excesivo trabajo con que sirvió y curó á los enfermos, que fueron muchos los de aquel viaje; y el P. Melchor afirmó, que se pudiera contar entre los mártires de la Iglesia, pues manifiestamente habia dado la vida propia por la salud de sus prójimos, curándolos con maravillosa caridad.

Despues de haber llegado los nuestros, desembarcaron tres religiosos de la órden del glorioso Patriarca Santo Domingo, y los de la Compañía los salieron á recibir á la playa en procesion, llevando delante los niños cantores, entonando todos himnos al Señor, que fué accion de grande edificacion para todos, por ver á los religiosos tan unidos en caridad, la cual se halla siempre en los corazones adonde reina el verdadero amor de Dios, y el celo de ganar las almas para su servicio, sin resabios de envidia ni celos de ambicion. En Mozambique se detuvieron algunos meses, reparándose las naves para pasar á Goa, y no estuvieron ociosos los nuevos pasajeros de la Compañía el P. Melchor con sus compañeros; porque el ardiente fuego de caridad y celo de las almas, que ardia en sus pechos, no les permitia estar un punto sin hacer alarde de su grande actividad. Y así predicaron contínuamente, hicieron ordinarias doctrinas á los portugueses y á los recien bautizados, predicaron á los indios idólatras, y convirtieron á muchos, con tanto fruto y consuelo de todos, que desearon quedarse con ellos en su tierra, para continuar aquel fruto, que fué la primera piedra que pusieron en aquel puerto para el alto edificio, que despues se levantó de la Compañía en él, que ha sido un castillo roquero para defender la fe católica, y hacer guerra á la idolatría, destierro de los vicios, y seminario de letras y de tantas costumbres.

Habiendo dado estas primicias de la copiosísima cosecha que habia de coger en la India este apostólico varon con la grandeza de su espíritu, se hizo á la vela para Goa con su santa Compañía, á donde llegaron felicísimamente, y fueron recibidos de S. Francisco Javier con sumo gozo y alegria, como quien tanto los deseaba para remedio de aquella tierra, tan infestada de vicios, cuanto falta de obreros evangélicos que la cultivasen y labrasen con su espíritu. Y luégo que el santo trató al P. Melchor, reconoció sus aventajados talentos de religion, letras, prudencia, santo celo y fervor, que ardia en su pecho, de la conversion de los infieles; y para que tuviesen buen logro le en-

vió á Bazain á que supliese sus veces en aquella extendida tierra, necesita
sima de cultura, que por un tan grande Apóstol como S. Francisco Javier, no
pudo suplir su ausencia y ministerio, sino un varon tan apostólico como el
P. Melchor Barreto. Entró en esta region desnudo de todo interés human
vestido, como aconseja S. Pablo, de entrañas de misericordia y caridad, en
cendido en vivo fuego de amor y celo de la salvacion de sus prójimos, l
cual diligenció por todos los medios posibles, y siguiendo el ejemplo d
S. Francisco Javier, todos los dias hacia la doctrina en las plazas á todo g
nero de gente, convocándolos por las calles con una campanilla. Los domi
gos predicaba por la mañana y la tarde, entre semana muchas veces, co
forme habia la ocasion: juntaba los indios infieles, acariciándolos, y atray
dolos con donecillos, y predicábales la fe santa de Cristo, mostrándoles l
engaños de sus idolatrías, y convirtió y bautizó un número copiosísimo, r
formó las costumbres de los cristianos antiguos, confortó á los que como fl
cos querian volver á sus idolatrías; redujo á muchos, que por varios suces
andaban heridos del gremio de la Iglesia entre los idólatras y gentiles,
canzándoles perdon del Virrey, y seguridad para vivir en su gracia, y se
vir en las conquistas, que fueron de mucha importancia, por la falta de sold
dos que habia en la India. Levantó muchas iglesias, agregó á los indios
poblaciones de cristianos, reduciéndolos de costumbres brutales á vida po
tica. La asistencia en el confesonario era desde que amanecia, hasta much
horas despues de anochecido, y se verificaba á la letra en su alma lo q
Cristo dice del buen Pastor que halló la oveja perdida, que habiéndole co
tado grande trabajo buscarla, la puso sobre sus hombros, y la trajo con i
fable gozo á su rebaño, porque era sumo el que recibia el P. Melchor
cualquiera pecador que miraba á sus pies reducido á penitencia por su pre
cacion, como el que reciben los Angeles, segun lo enseña Cristo, de cu
quiera alma convertida que hace penitencia de sus vicios y sólo á este go
se puede comparar el que recibia su espíritu, cuando ganaba para Dios al
nas de estas preciosas margaritas. ¿Qué diré de los trabajos, fatigas, cans
cios, soles, aires, frios, desnudez, oprobios, hambres, sed, desvelos, ma
tratamientos y riesgos de la vida, que le costaron estas piedras preciosas,
maltadas con el rosicler de la sangre de Cristo? Fueron tantos y tan co
nuos, que era necesaria larga historia para poder referirlos, porque todo
infierno se armó para hacerle guerra, como él se la hacia tan cruda con
predicacion y santa doctrina; y ya los demonios por sí mismos, ya por m
dio de los idólatras hechiceros, ya por los sacerdotes de sus ídolos que p
dian su crédito y ganancia; varias veces le maquinaron la muerte, unas c
hierro, otras con veneno, otras con piedras y otras con agua, moviendo te

pestades por arte del demonio para hundirle en los mares, y anegarle en los rios; pero su invencible ánimo de todos salió victorioso, porque estas contradicciones eran tocarle al arma, para hacer nueva guerra á su enemigo, viendo cuánto sentia la que le hacia con su predicacion y santa doctrina. Armábase cada dia de nuevo en la oracion, en que á costa del sueño gastaba muchas horas, y en ella era tan regalado del Señor, que como certifica en una carta que escribió á Portugal á un amigo suyo, «no hallaba palabras con que declarar la dulzura de la consolacion divina, que le comunicaba por medio de la Cruz, y sola la experiencia podia darla á conocer. Y si bien la India era muy fértil de oro y plata y perlas y piedras preciosas, sin duda era más fértil de consolaciones divinas, al paso que tenia ocasiones frecuentes de ganar almas para Cristo». Estas fueron sus palabras en la carta dicha.

Entre otras empresas que tuvo este apostólico obrero de la viña del Señor, fué descubrir y refutar y apagar el fuego de la pestilencial doctrina, que unos herejes luteranos encendieron en la India, el cual si no le apagara el docto y vigilante predicador, en breve tiempo cundiera por aquella simple gente, inclinada á seguir la vida ancha, y dar rienda á sus apetitos. Pasaron algunos extranjeros con título de artilleros de Portugal á Goa, y á otras partes de la India, tocados de este infernal contagio, y ya de palabra, ya por escrito, ya con libros impresos en lengua tudesca, comenzaron á sembrar la pestilencial herejía de Lutero, á los cuales se opuso el fervoroso Padre, y los convenció públicamente, y los hizo castigar y desterrar, y no sólo apagó aquel fuego, sino que escribió á Portugal para que no dejasen pasar gente semejante sin rigurosísimo exámen de quién eran, porque no viniesen otros como ellos á las Indias.

Empleado en tan gloriosas empresas este gran siervo de Dios, y capitan del Evangelio de Cristo, propagador de su fe y defensor de su Iglesia, se llegó el año de 1552 en que S. Francisco Javier pasó de este comun destierro á la patria celestial, y como era Comisario General de la Compañía en toda la India, nombrado por S. Ignacio nuestro Padre, fuéle forzoso nombrar sucesor digno de su dignidad, que fuese sucesor suyo, Provincial y Superior de los de la Compañía, entre todos los cuales escogió y nombró al P. Gaspar Barceo, y en caso de muerte al P. Melchor Nuñez Barreto. El primero murió luego, y así entró el segundo, y sucedió, como Eliseo á Elías su Maestro, en el oficio y juntamente en el espíritu, el P. Melchor á S. Francisco Javier; porque siguió en todo sus pisadas, como fervoroso discípulo á su santo Maestro.

Comenzó á gobernar con aquella dulzura, afabilidad, prudencia y ejemplo que su Maestro, con más gusto de los súbditos que suyo, inclinando siempre más á obedecer que á mandar, á trabajar en la viña de Cristo, y á pasar grandes

trabajos por su amor, que á estarse en los colegios atendiendo al gobierno doméstico. Y mirando á sus ojos tanto número de naciones en las tinieblas de la gentilidad, no se pudo contener en no ir á darles la luz del santo Evangelio, y á imitacion de S. Francisco Javier sacudió de los pies los grillos dorados de la prelacia, que le tenian como preso, y nombró otro en su lugar, y partió á Malaca el año de 1553 con designio de entrar en Japon, y si pudiera discurrir por todo el mundo para convertirle á la fe de Jesucristo: tal era su fervor, tal su sed de las almas, y tal la grandeza de su espíritu.

En Malaca se detuvo algun tiempo, predicando y catequizando y convirtiendo á muchos gentiles. De allí navegó á Japon, pasando grandes peligros y trabajos por mar y tierra, y no pudiendo tomar tierra en aquellas sus deseadas islas, hallando embarcacion para la China, entró de camino en las islas de Champerco, Lampacau y en la de Pulotiman, arribando á la costa de Malayo con grandes peligros, fué á la de Sanchon, á donde visitó el lugar y primero sepulcro de S. Francisco Javier, y en él con grande copia de lágrimas y con toda la solemnidad posible dijo Misa y predicó, regalando su espíritu con las dulces memorias de aquel nuevo Apóstol del mundo, tan padre y tan amado suyo. En todas partes dejaba señales de su mucha santidad, predicando á fieles y á infieles, fortaleciendo á unos y convirtiendo á otros á la fe santa de Cristo. En una de estas islas populosas publicó un grande jubileo para todos, y para que fuese más célebre y de mayor provecho, predicó treinta sermones, con que se afervorizó de manera el pueblo, que salian los hombres por las calles, unos disciplinándose rigurosamente, regando la tierra con su sangre, otros con cruces acuestas, otros con sogas al cuello y coronas de espinas en las cabezas, otros descalzos con calaveras en las manos, llorando todos sus pecados y pidiendo á Dios misericordia: que la oracion que lleva por hermana y compañera la penitencia y afliccion corporal, lleva alas con que sube al cielo, y alcanza mercedes de Dios. Tales efectos hacia en los corazones de los hombres la fervorosa predicacion del P. Melchor Barreto, que era una luz celestial, que desterraba la tinieblas de los lugares donde entraba, y un fuego sagrado que encendia las almas en dolor ardiente y contricion de sus pecados.

Habiéndose detenido en la isla referida algun tiempo, y hallando buena ocasion, pasó á la China disfrazado con el traje de la tierra, llevando jugada la vida, y esperando á cada paso la muerte por las leyes tan rigurosas de aquel reino contra los extranjeros, que con cualquiera pretexto entran en sus tierras. Pero la grandeza de ánimo del P. Barreto despreció todo este miedo, y con admirable valor venció y pasó aquellos muros más que de acero, y quebrantó los cerrojos de diamante, con que estaban cerradas las puertas de aquel imperio, y á costa de infinitos trabajos penetró hasta la ciudad de Can-

on, corte del reino, y fué el primer predicador de Cristo, que dió en él las nuevas de su Evangelio. Disputó con los sacerdotes de sus ídolos y los convenció públicamente. Y no hizo mucho, porque eran ignorantísimos; que como ciegos con la idolatría, no tenian luz de ciencia alguna: más halló en los mandarines, á quienes tambien enseñó la ley de Cristo.

Y aunque estuvo en Canton dos veces, no pudo hacer pie en aquella ciudad, por mandarle salir de ella y de todo el reino, y vedarle que no predicase la ley de Cristo, y así dió la vuelta hácia el Japon, á donde entró pasando mayores riesgos por dos años enteros, visitó á los de la Compañía con increible gozo de su alma, confortó á los cristianos que habia bautizado S. Francisco Javier, y bautizó otros de nuevo. Valióse del Hermano Juan Fernandez, que habia sido compañero del Santo Apóstol, sirviéndole de intérprete. Visitó al rey de Bungo de parte de Dios y del Virrey de la India; acompañáronle 40 portugueses, honrándole como á predicador de Cristo, como lo hicieron en semejante ocasion con S. Francisco Javier, porque los japones se pagan mucho de estas honras exteriores, y sin ellas lo desprecian todo, y conviene para el servicio de Dios valerse de ella cuando lo pide la necesidad, como echando los físicos en la triaca alguna parte de veneno, para que lleve la medicina al corazon. Así admitió el humilde Padre esta honra exterior, para causar aprecio del Evangelio y de sus predicadores en aquel príncipe y su reino, sin la cual fuera él despreciado, y tambien el Evangelio. El Rey le hizo muchas honras, y aunque por entónces no se bautizó, dió lugar á que predicase y bautizase en sus tierras, como lo hizo, con grande fruto de muchos que recibieron la fe de Cristo. Llegó la fama al Rey de Fyrando, que deseando verle y comunicarle le escribió la carta siguiente:

«Padre Maestro, cuando vino el P. Francisco Javier á mi reino convirtió á la fe algunos con mucho gusto mio, los cuales tengo muy en mi memoria, y los defiendo de sus molestias é injurias. Tambien ha venido dos veces aquel Padre que reside en Funay, y ha bautizado algunos de mis parientes, y tambien algunos de los nobles y próceres. Yo oí al Padre algunas veces, y aprobé tanto su doctrina, (la cual tengo estampada muy en mi corazon,) que estoy determinado á seguir á Cristo, por lo cual deseo sobre manera verte en mi reino, porque aunque la primera vez falté mi palabra, ahora no dejaré de cumplirla. Si tú quieres venir, harás á Dios un grande servicio, y yo te trataré con mucha honra y liberalidad. De Fyrando. *Taque Nombo, Rey de Fyrando.*»

Recibida esta carta se partió luégo el P. Melchor á verle; recibióle con mucha honra, hízole muchas caricias, trataron largo de la fe de Cristo, pero aunque mostró mucha estima de ello y voluntad de recibirla, no lo hizo, como ni tampoco el Rey de Bungo, porque los tenia acobardados el temor de perder

sus reinos, volviéndose contra ellos sus vasallos, inducidos de sus bonzos como lo habian hecho con otros reyes. Por lo cual viendo el bendito Padre toda la tierra puesta en armas, y casi imposibilitada de recibir por entónces el Evangelio, habiendo dispuesto las cosas de Japon lo mejor que pudo, y se ñalado superiores, y sitios para colegios, se despidió de los suyos con mu chas lágrimas y ternura, ofreciéndoles de enviarles luégo compañeros que los ayudasen á labrar aquella viña tan inculta como extendida; y si le fuese po sible volver él mismo. Con esto se hizo á la vela, y habiendo padecido una re císima tempestad que duró cinco dias, abonanzó el tiempo y llegó á Goa, donde fué recibido de todos, y especial de los nuestros, como si viniera Angel del cielo. Luégo dispuso enviar al Japon algunos de la Compañía, que ayudasen á los obreros, que tan loablemente trabajan en aquella viña del Se ñor. Visitó la provincia, consolando y esforzando á todos, como vigilante solícito Pastor, hasta que llegó patente de S. Ignacio nuestro Padre, para que fuese Provincial el santo Mártir Gonzalo Silveira, en cuyos hombros dejó carga que tenia y se retiró á Cohin, no á descansar, porque nunca supo descanso, sino á trabajar con todas sus fuerzas en el provecho de las almas. Desde allí escribió una carta á Portugal, en que da cuenta de toda su misio que quiero poner aquí, y es del tenor siguiente:

Carta del P. Melchor Nuñez á la Compañía de Jesus de Portugal.

«El año de 1555 escribí á Vuestras Reverencias algunas cartas desde la co ta de la China, donde me fué forzoso invernar por no poder pasar al Japo Tuvimos en aquella navegacion muchos y grandes peligros de muerte, p que ó caíamos en bajios, ó se daban las naos unas con otras. En aquel puert pues, de la China nos detuvimos hasta el mes de junio, porque aquel tiem se tiene por más á propósito para la navegacion del Japon, pero determin repentinamente pasar allí tambien el siguiente invierno, y con esto procu mos luégo ayudar á los portugueses, que allí habia como trescientos, con nu tros acostumbrados ejercicios y ocupaciones. Fabricóse de priesa una peq ña casa y templo de pajas, y allí se enseñaba todos los dias la doctrina c tiana, y todos los domingos y fiestas se decia Misa y alguna plática de co devotas, de que se seguia copioso fruto en las almas. En este tiempo no puede decir, hermanos carísimos, el gozo que tuve, viendo en la region de China, donde florece tanto la idolatría, celebrarse los sacrificios divinos, y p dicarse el sagrado Evangelio, y especialmente la grande solemnidad con q se hacian los oficios de la Semana Santa y Pascua, derramando los que a

tian alegres y fervorosas lágrimas. Tambien se hizo entónces una cosa de gran utilidad, que fué redimir muchos portugueses cautivos, que los moradores de allí tenian en duras prisiones mucho tiempo habia, y condenados sin culpa á muerte. Estaban los inocentes presos en una cárcel tan oscura y abominable, que si yo no lo hubiera visto ocularmente, jamas creyera que pudiera haber persona alguna que viviese un instante metido en ella con los trabajos que ellos pasaban.

Pasada la Cuaresma llegaron unas tristes nuevas á la ciudad de Canton en la China, que es casi tan grande como Lisboa, con los cuales concebimos todos mucho temor; porque se dijo que en la provincia del Sancio habia de repente salido de las entrañas de la tierra, manando contínuamente, tan impetuoso golpe de agua, que habia inundado más de ciento y ochenta mil pasos en contorno de aquella region, y que habia destruido siete ciudades y muchas villas, y finalmente que todos sus moradores ó habian perecido sumergidos en las aguas, ó si escapaban de estas, los habia consumido un fuego voraz que bajó del cielo. Fueron estas nuevas tan ciertas, que Caurel, Magistrado de Canton, cuyo oficio ejercia con gran potestad, habiendo perdido su padre y familia en aquella calamidad, dejó luégo el oficio, que es uso de los que pierden sus padres, y se fué á la asolada region del Sancio, lleno de admiracion y pavor. Trujeron estas nuevas sólo los chinas, porque á los portugueses y demas forasteros no se les permite entrar la tierra adentro. Luégo el año siguiente por el mes de junio empezamos la navegacion al Japon, y entre dos islas dimos en un manifiesto peligro de naufragio y de muerte, del cual nos libramos, por especial beneficio de Dios, cuya clemencia y conocido cuidado en mirar por nosotros en semejantes peligros, aumenta grandemente nuestra fe y confianza, y presumimos que ha de ser medio para que el Rey de Bungo se haga cristiano, lo cual se colige entre otras señales, porque el mismo Rey, en unas cartas que escribió al Virrey de la India, le dá indicios muy claros de su conversion y mudanza.

Cuando llegamos á la costa de Bungo, aportamos á un lugar, cuyos príncipes y señores habian tomado violentamente las armas contra el Rey, y negándole la obediencia. Dijéronnos algunos moradores, que se llegaron á la nave, que toda la ciudad estaba destruida, que el Rey habia huido, y que juzgaban que los de nuestra Compañía, que residian allí, habian peligrado, y finalmente que los habian muerto.

Estas nuevas, aunque como se supo falsas, turbaron y causaron notable miedo á todos los que veníamos en la nave; pero sin embargo, el viento contrario nos aportó allá, y hallamos á todos los nuestros salvos y vivos por beneficio divino, los cuales salieron á la ribera á recibirnos; y cuando yo los ví,

no sabré, hermanos carísimos, declarar el gozo y alegría que tuve, pues los juzgaba ya muertos. No pudo en aquel alegre encuentro detener las lágrimas el P. Cosme de Torres, anciano tan venerable, y varon verdaderamente grande, el cual habia vivido algunos años en Amenguche, donde le dejó el santo P. Francisco Javier.

Allí procuró la propagacion de la fe y fructificacion de todas las virtudes en los fieles con gran vigilancia, padeciendo por esto muchos trabajos y grandes dificultades, porque en su misma casa le apedreaban y escupian los bonzos, haciendo de él mofa y escarnio, y diciéndole muchas injurias, y no podia salir de casa sin mucho peligro. Y era la causa, porque despues que el santo P. Francisco Javier se ausentó de aquel reino, se levantó todo él con mano armada, y mataron alevosamente al mismo Rey de Amanguche, y se travó una contínua guerra, de que se seguian muchas muertes de los magistrados y gente más noble del reino; y echaban la culpa de esta rebelion los bonzos (de quienes hace la república mucho caso,) al haber admitido la fe cristiana, y menospreciado el culto de sus dioses. Por lo cual concibieron todos tanto furor contra el P. Cosme, que con mucha razon se podia decir, que el mundo estaba crucificado para él, y él para el mundo; pero su grande virtud y constancia le sustentaban en estos trabajos y persecuciones, porque padecia sólo por la gloria de Cristo, y no cesaba en el ínterin de conservar y aumentar la iglesia de Amanguche. Finalmente me decia el siervo de Dios, que en toda su vida habia tenido tanta alegría y consuelo, como experimentó en aquel trabajoso tiempo; y así juzgó por cosa cierta, que con las muchas lágrimas que habia derramado de gozo en esta tribulacion, perdió mucho de la vista, que la tenia muy perspicaz.

Luégo que llegué á Bungo procuré visitar al Rey, y persuadirle con muchas y eficaces razones, que se convirtiera á la fe verdadera de Cristo; pero no tuvo efecto, porque huyendo de los enemigos, se habia encerrado en un fuerte, y tambien porque él conoció, que si se volvia cristiano era fuerza mudar costumbres. Juntábase á esto la sospecha de que sus vasallos no habian de consentir un Rey cristiano; pero lo que más le detenia, era el estar cegado del demonio, con la maldita secta de los bonzos, que dice, que el alma muere tambien con el cuerpo, que no hay espíritu alguno, ni hay otra cosa más de lo que se percibe con los sentidos. Son estos bonzos parientes de los más nobles del reyno; pero como nosotros declaramos al pueblo sus maldades y fraudes, nos aborrecen mucho, porque llenan al pueblo de tantas mentiras, que son el mayor estorbo para plantar el Evangelio y religion cristiana, lo cual experimentó muy bien, como he sabido, el santo P. Francisco Javier, aunque él procuraba encubrirlo. ¡Cuántos trabajos pasó el Santo en aquellos

lugares! Caminaba á pie de ordinario, y se andaba por las calles y las casas de los bonzos y príncipes, predicando, sustentándose de manjares vilísimos y comunes, que son desabridos notablemente. En medio de los grandes frios caminaba como un mozo de á pie, siguiendo á los japones que iban á caballo con paso violento y acelerado, y sin quitarse jamas la sotana; llevaban tambien en los hombros alguna carga pequeña, y esto hacia por evitar con la compañía de los caminantes el caer en manos de los ladrones.

El mismo santo Padre tenia tanta vehemencia y santa libertad en reprender las supersticiones y pecados de los japones, que temblaba su compañero de oirle, de quien supe todas estas cosas. ¡Qué de veces sufrió este Santo con ánimo invicto y constante las pedradas y malas palabras de los muchachos que le seguian, haciendo burla de él! Deseaba tanto morir por Cristo, que parecia que casi no queria huir los conocidos peligros. Donde le tuvo muy grande fué, cuando con libertad y aspereza reprendió un atroz delito que habia hecho el Rey de Amanguche. Tratábanle mal de palabra algunos japones de los más nobles; pero el santo Padre mandaba á su intérprete, el cual por instantes temia que le habian de matar por esto, que les respondiese del mismo modo, pero sin agraviarlos; lo cual no hacia el Santo para vengarse, sino porque tenia por cosa cierta, que segun estaban entónces las cosas, no habian de hacer en aquellos lugares estimacion de su doctrina y palabras, si no le honraban más que á los bonzos, á quienes ellos tienen grande veneracion. Esta grandeza de ánimo y menosprecio de la propia vida admiraban tanto los japones; que áun hoy dia dura la fama de su gran santidad en la memoria de muchos.

Yo caí malo de una maliciosa enfermedad, que me puso á mucho peligro la vida; pero quiso Dios que despues de tres meses sané impensadamente; y como eché de ver que las cosas del Japon estaban tan alborotadas, que me dieron poca esperanza de sosegarse; aunque estaba todavia convaleciente y debilitado, determiné embarcarme á la India á ejercer mi oficio de Provincial, donde finalmente llegamos salvos, por la misericordia de Dios, despues de haber pasado una cruel tempestad de cinco dias contínuos, y fué tan vehemente, que en mi vida la he visto mayor, ni me parece que la puede haber. Ultimamente suplicamos todos á Dios humildemente por su divina bondad, que pues nos ha traido á estos lugares, sacándonos libres de tantos y tan conocidos peligros, nos lleve por medio de la obediencia á todos á gozar del eterno descanso. De Cochin á 10 de enero de 1558», que fué el último de su vida y principio de la eterna, que gozará para siempre en el cielo, con grande gloria, merecida por sus heróicas virtudes, trabajosas peregrinaciones y santas obras, como hizo en servicio de Dios y provecho de las almas; varon verdaderamen-

te grande, espiritual y santo, nombre y aclamacion que mereció para con todos, no sólo por su inculpable vida, admirable paciencia y encendido celo de la salvacion de los prójimos, sino por muchos y grandes milagros que obró Dios por su medio, si bien como humilde los encubrió de manera, que no se los atribuyesen á él, sino á su santo Maestro S. Francisco Javier, cuya sobrepelliz trujo siempre consigo, venerándola como preciosa reliquia. Con la cual sanó milagrosamente á muchos enfermos deshauciados de la vida, quietó gravísimas tempestades, refrenó los vientos, serenó los cielos, libró á muchos de la muerte, y obró otras cosas maravillosas, con pasmo y admiracion de todos, como Eliseo con la capa de Elías su Padre y Maestro.

Su vida escribió el P. Baltasar Tellez en varias partes de su *Historia*, de que se ha recogido lo referido en esta. Tambien hace honorífica mencion de este varon esclarecido Fernan Perez Pinto en sus *Peregrinaciones*, desde el capítulo 225 hasta el 29, á donde se gloría de haberle acompañado en alguna de las suyas, teniéndose por dichoso de haber sido su compañero. Murió, como dijimos, el año de 1558: el dia y mes fijamente no se sabe, como ni la edad de que murió, ni el tiempo de Compañía.

P. ANDRADE.

P. GONZALO RODRIGUEZ.

ENTRÓ este siervo de Dios en Coimbra, año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, moviéronle los sermones del P. Francisco de Estrada. Y el año de mil y quinientos y cincuenta y uno, fué enviado á la India con los PP. Melchor Nuñez, Antonio de Heredia y Manuel de Morales, y otros ocho Hermanos. En la navegacion padecieron grandes peligros, de que solo Dios los libró, y uno fué patente milagro, que encalló la nao en la arena de modo, que con ninguna diligencia pudo subir; mas haciendo oracion los Padres, la misma nao se levantó, cosa que admiró á todos, y dando gracias á Dios prosiguieron su derrota, y llegaron á Goa, donde fueron recibidos con sumo gozo del P. Pablo Camerte, que era el Superior. Despues el santo P. Francisco Javier envió al P. Gonzalo Rodriguez á Tanaani; el cual siguiendo los pasos del P. Gaspar Barceo, ya difunto, hizo gran provecho en Ormuz con sus sermones, estorbó muchas guerras y disensiones y duelos, qui-

muchos pecados públicos deshonestos. Venian á confesarse con él de muy lejos. Enviáronle al H. Alvaro Mendez que le ayudase, que fué persona de mucha santidad, discípulo de tal maestro, el cual venia en un navichuelo pequeño, y fué visto de cuatro naos de árabes que fueron tras él en su alcance. La navichuela volaba huyendo; mas como iban tan cerca de ella, y no podian cogerla, aunque podian muy bien flechar á los de ella, con las oraciones del H. Alvaro milagrosamente volvian hacia atras las flechas, como si tocasen en diamantes, retorciéndose sin ofender á nadie. Llegó el Hermano á Ormuz, y ayudó mucho al P. Gonzalo Rodriguez, en enseñar la doctrina á los niños, consolar y ayudar los enfermos, y en otras cosas semejantes.

Estando descuidados hubo aviso que venia una armada de turcos, pareció al Gobernador que los cristianos se recogiesen en el alcázar con el P. Gonzalo, y los que no cupiesen allí se fuesen á Magistrano con el H. Alvaro: lo cual hizo tambien por la falta que podia haber de agua en el alcázar. Resplandeció la virtud de ambos en ambas partes: el P. Gonzalo llevó el peso del ejército que habia de pelear y cuidado de los del fuerte, mas Dios no permitió que los turcos perseverasen en batir la fortaleza. En esta ocasion sucedió un milagro por las oraciones del P. Gonzalo; que las pelotas que tiraban los turcos al alcázar se volvian contra ellos, con que desmayaron los enemigos, y pegaron fuego á nuestra casa, mas nunca prendió; y así decian despues los cristianos, que S. Pablo (así llamaban á nuestra casa,) se habia defendido á sí mismo, esto es, á su casa. Por otra parte el H. Alvaro fué de gran bien para las almas y cuerpos, predicándoles y doctrinándoles, y en yéndose los turcos volvió con toda la gente á Ormuz.

El año de mil y quinientos y cincuenta y cinco quiso el Virrey de la India, que fuese alguno de la Compañía á Etiopia, para ver qué ánimo tenia el Rey, y le avisasen de la conveniencia en la ida del Patriarca allá, porque no sucediese, que yendo el Patriarca no le recibiesen, ni venerasen, como era razon, su dignidad. Para esto envió una persona seglar, y con él al P. Gonzalo Rodriguez, por ser persona tan pia y docta, juntamente con el H. Fulgencio Froes; los cuales habiendo pasado grandes peligros de fieras y de turcos, llegaron á la tierra llana de Etiopia, donde estaba el Rey Claudio, y al segundo dia les dió audiencia el Rey. Diéronle cartas del Rey de Portugal, traducidas en lengua caldaica, estaban presentes muchos portugueses derrotados, de los que el año de mil y quinientos y cuarenta y uno hicieron allí asiento, y habian ido con Cristóbal Gama á socorrer á los abisinos contra los turcos y moros. Las cartas del Rey decian, que por haberse mostrado el Rey Claudio aficionado á la fe católica, siguiendo las pisadas de su abuelo y padre, estaba agradecido el Rey de Portugal, y deseaba enviarle persona de su casa,

y con él Padres de rara virtud, que le aconsejasen é instruyesen en lo que convenia.

Mostró el Rey Claudio estar muy trocado, y dejando allí los Padres se fu jornada de ocho dias á visitar una tia suya. Posaron en el ínterin los Padre con Gonzalo Herrera, portugues, que posaba en Palacio, y el Rey Claud respondió por escrito, que no queria Padres de Europa en su tierra, ni d obediencia al Papa; y que sus grandes querian más sujetarse á sus enemigo que declinar de los antiguos ritos de sus mayores, lo cual contó al P. Go zalo un portugues de los más íntimos al Rey. Mas viendo el siervo de Di cerradas todas las puertas para predicar la verdad, aconsejándose con l portugueses hizo un libro en defensa de la fe católica, confutando los err res abisinos, para que por lo ménos el que los tenia por cosas ciertas, dudas

Para esto se informó primero de monjes peritos en sus ritos, de todo que ellos enseñan, y por muchos dias en memoriales que dió al Rey le pid dos cosas. La una, que señalase algunos monjes que volviesen en caldeo que él escribiese en defensa de los dogmas católicos. La segunda, que que los alejandrinos escribieron contra el Concilio Calcedonense se le ciese patente, porque en él está condenado Dióscoro, al cual ellos llam santo. Sintió mucho el Rey que el P. Gonzalo tuviese noticia de este libro, señaló monjes que volviesen en lengua caldea lo que el Padre escribiese favor de la Fe Romana. Derramó el P. Gonzalo libros por toda Etiopia, y ot le dió al Rey mismo. Vióle el Rey, y en él refutados todos sus errores, y m tróse enojado, diciendo que falsamente se imponian aquellos errores á etíopes, y que él no habia dado intérpretes para que escribiese aquellas c sas, sino para que recogiesen los dogmas y artículos de su fe; pero rec venciόle el P. Gonzalo con el testimonio firmísimo de los monjes, que co fesaban aquellos errores, porque los sentian allá así.

Entónces el Rey tomó otro camino, diciendo que estas cosas no se hab de tratar por un Sacerdote particular; que este era oficio de Obispos y P tífices, que el P. Gonzalo era enviado del Rey de Portugal para confe portugueses, y no para meterse en esto. Respondióle el siervo de Dios, q no era ajeno de Sacerdote particular escribir lo que él escribió, porque que él allí escribió, es lo que los Obispos y el Pontífice Romano sienten, cado de los Evangelios y de los santos Concilios: y que el Rey no le en solamente á ayudar á los portugueses, sino para servir á los abisinos en que pudiese, y para preguntar á Su Majestad si le agradaba el reconocer p Cabeza de la Iglesia y Pastor universal al Romano Pontífice, y admitir en reino los Sacerdotes que le enviase, doctos y de santa vida: porque no fu prudencia de tan gran Rey enviar tales varones á donde no habian de

ecibidos. El Rey respondió, que no conocia otro Pastor ó Pontífice que al Patriarca de Alejandria, y que en su reino habia Sacerdotes doctos y pios, que no habia menester otros.

El P. Gonzalo con esto se recogió á su posada, dejando allá su libro; pero teniendo el Rey más sosegado su ánimo, se aplicó á leer el libro, y aficionóse de modo á él, que le dió tambien á leer á su madre y hermano, y á todos los señores del reino, admirándose de tanta sabiduría como habia en aquel Padre tan mozo. Entendió esto Abuna, Patriarca de Alejandría, y prohibió con anatema, que ninguno leyese aquel libro. Pero el Rey le envió un embajador, pidiendo licencia para leerle, que estaba ya aficionado á él. Nególe esta licencia el Patriarca, reprendiéndole porque leia libros impíos, de lo cual se enojó el Rey, y comenzó á decir mal del Patriarca, llamándole hereje y sarraceno, porque leyendo él en el Alcoran de Mahoma, impedia á otros leer un libro tan santo, que así llamaba á éste del P. Gonzalo, no nombrándole con otro nombre que del libro santo; y escribióle que disputase con este Padre extranjero, y se veria lo que se deben estimar los Sacerdotes cristianos latinos. Pero no lo admitió el Patriarca, diciendo, que no fué él consagrado en Etiopia para disputar con Sacerdotes peregrinos, sino para consagrar al Clero.

De aquí se siguió gran contencion entre la familia del Rey y la de su madre, que ella con los señores estaban de parte del Patriarca, y el Rey favorecia al Sacerdote latino. Lo cual dió gran nombre al P. Gonzalo Rodriguez, publicándose por Etiopia la estima de su doctrina; con lo cual venian muchos de todas órdenes y estados á conocerle de rostro, admirados de su gran doctrina, la cual confirmaban los monjes, y autorizaban el libro que le habian visto, y le tradujeron en caldeo, y le engrandecian, y confesaban que los etíopes andaban errados, y que ellos se irian á la India con el P. Gonzalo, si el Rey no deponia sus errores, para irse de allí á Roma. Finalmente temió el Rey los rumores causados por ocasion de este libro, y el mostrarse parcial; y así mudó estilo, con que mandó esconder el libro, y que no se volviese á su dueño. Y habiendo pedido copia de libros de varias bibliotecas, procuró ver con diligencia, cómo refutaban aquellos errores; mas como no hallase cosa de importancia, acogióse á decir que toda era una misma cosa, la religion de católicos y la de etíopes.

Dióle tambien gana de ver las ceremonias y ritos de la Misa romana, y para esto los portugueses adornaron un altar debajo de un tabernáculo, donde el P. Gonzalo dijo Misa delante del Rey y de muchos señores de su reino, que aprobaron mucho aquella majestad en celebrar. Y miéntras que el Rey deliberaba la respuesta que habia de dar al P. Gonzalo, él se ocupó en

confesar los portugueses que habia años no se habian confesado por falta de Sacerdote católico, de las cuales confesiones se siguieron muchas restituciones de cosas ajenas que se daban á sus dueños. Esto admiró mucho al vulgo, que decian no haber hallado Sacerdotes semejantes á éste, que hacia volver á los dueños lo que con fraude ó injusticia ó ignorancia se les habia quitado, con que muchos cobraban sus haciendas, y juzgaban no convenir que faltase de allí tal Sacerdote, tan útil á todos.

Llegó el dia en que el P. Gonzalo pidió licencia al Rey para volverse con el embajador, y suplicó al Rey, que con claridad y sin rodeos dijese qué respuesta daba sobre la venida del Patriarca. Respondió lo primero, que cuanto á la venida de los Padres él los recibiria, y estando presentes deliberaria lo que habia de hacer, y mandó dar al Padre diez onzas de oro para el camino, las cuales el siervo de Dios no quiso admitir. Y habiendo instruido bien á los portugueses en sus obligaciones, compuesto discordias y enemistades, confesádolos á todos, y casado algunos con sus mancebas, á otros quitádoselas, y bautizado los niños, se volvió el P. Gonzalo á Goa. En esta embarcacion padecieron gran tempestad, y estuvo el navío ya debajo del agua; pero libróles milagrosamente Nuestra Señora la Vírgen María, y para memoria de este beneficio está en una tabla pintada en Goa en el templo de Nuestra Señora esta merced.

Los años siguientes trabajó con grande utilidad en Tanaa, y no léjos de aquel puesto fundó una aldea, con nombre de la Santísima Trinidad, tomando este apellido de un templo que allí edificó, que fué el primero que en la India se dedicó con esta advocacion. El año de mil y quinientos y sesenta y uno fué enviado por el Arzobispo de Goa al Rey Idalcan, que parecia queria convertirse á la verdadera religion. No halló en aquel Rey de poca edad sino una inútil curiosidad. Esto es lo que tengo averiguado de este varon. Con semejantes empleos mereció este celoso Padre una muerte preciosa en el acatamiento divino.

P. NIEREMBERG.

P. ALONSO PACHECO

NACIÓ este glorioso Mártir y Apostólico Predicador de la fe santa de Cristo en Minaya, villa noble en el reino de Toledo, y más noble por haber dado tal planta á la Iglesia del Señor. Sus padres fueron de la nobilísima familia de los Pachecos, y una de las más ilustres de España, Señores de Minaya y de otros muchos lugares. Su padre se llamó D. Juan Pacheco de Alarcon, y su madre D.ª Catalina de Alarcon, de la esclarecida casa de Alarcones, Condes de Balverde, nietos de aquel gran Capitan del Emperador Cárlos V. á quien llamaron el señor Alarcon, que prendió y trujo á España al Rey Francisco de Francia, de la guerra de Pavía. Y aunque nuestro glorioso Mártir fué de sangre tan ilustre, sin duda lo fué mucho más por sus altas virtudes, en las cuales resplandeció, desde que tuvo uso de razon, porque era de natural blando, dócil, y muy inclinado á la piedad y virtud, y ayudóle mucho á crecer en ella la buena educacion de sus padres. Los cuales deseando que aprovechase, así en la virtud como en las letras, y que lograse bien los tiernos años de su primera edad, que debe siempre ser el primero cuidado de los padres para con sus hijos, le enviaron á la villa de Belmonte, que dista cuatro leguas de Minaya, y es de los Marqueses de Villena y Duques de Escalona, sus parientes, para que en el colegio que tiene nuestra religion en aquella villa, y en los floridos estudios que mantenia, en que habia en aquel tiempo al pié de mil estudiantes entre naturales y forasteros, donde se criaron los grandes ingenios de Vazquez, Lorcas y Leones, que honraron las universidades de Alcalá y Salamanca, regentando sus primeras cátedras, y ilustraron la Teologia con sus doctos libros; entre tan adelantados ingenios se criase nuestro Alonso Pacheco, dando al oro finísimo de su sangre el esmalte de las letras, y el más precioso de las virtudes con la santa educacion de los religiosos de nuestra Compañía, que enseñaban en aquellos estudios. Al principio le llamaron Alonso de Minaya, por haber nacido, como dijimos, en aquella villa, y para distinguirle de otro Alonso Pacheco, su condiscípulo; pero despues usó siempre su natural apellido, que no se tiene por bien mudar los hijos el que tuvieron sus padres.

Pues como nuestro ínclito Mártir era por una parte de tan blando natural, y por otra de tan vivo ingenio, en breve tiempo aprovechó mucho en la vir-

tud y en las letras, resplandeciendo entre sus condiscípulos, como el luc
entre las estrellas, por lo cual era amado de todos, robando con sus bue
prendas los corazones de los que le trataban, así de los estudiantes, co
de los maestros. Creciendo pues en la piedad y en los años, le llamó Di
para la Religion; y como le habia escogido para llevar su Santo Nombre p
el mundo, le trujo á su casa para labrarle de su mano, como á vaso de ele
cion; como lo hizo con S. Pablo, que aunque no fué Saulo, fué Pablo en
espíritu y la predicacion. Correspondió á la voz de Dios como él, resigná
dose en su santa voluntad: comunicó con sus maestros la vocacion de Dio
y conociendo que era suya, obedeció á ella con toda puntualidad, y pidió s
recibido en la Compañía, en la cual fué admitido en el dicho colegio de Be
monte el año de mil y quinientos y sesenta y siete, á ocho de setiembre,
edad de diez y seis años, y muchos más de virtud y aprovechamiento.

No se puede decir fácilmente el gozo que tuvo el nuevo soldado de Cri
to, cuando se vió en su casa, vestido de su librea, libre de las prisiones d
mundo: no cesaba de dar gracias á Dios por la merced que le habia hech
ofreciendo en retorno su alma, su vida, sus fuerzas, su corazon y su espíri
para emplearse todo en su servicio. Sus padres, tan cristianos como nobl
no contradijeron sus intentos, ántes se tuvieron por dichosos en dar un h
á la religion, que sirviese al Rey del cielo en su santa milicia, accion tan g
nerosa como santa, la cual deben imitar todos los que se preciaren de
bles y cristianos; pues no es menor lustre, sino mayor de su casa, que
van sus hijos al Rey del cielo que á los reyes de la tierra; y si á estos l
dan con gusto, con mucho mayor los deben dar al Sumo Emperador de l
cielos.

Luégo pasó nuestro religioso á tener su noviciado en el de Villarejo
Fuentes, que ha sido el principal seminario, y como la madre de los hij
que ha tenido esta provincia de Toledo, los cuales la han gobernado y il
trado con su santidad y letras. En esta santa casa entró nuestro Alonso P
checo, como si entrara en el cielo, cumpliendo lo que dice S. Bernardo á s
monjes: *Cœla sit tibi quasi cœlum.* La celda sea al religioso como el cie
Tal ha de ser el cariño, tal el gusto, tal el recogimiento que debe tener en e
y tal fué el que tuvo el santo novicio en la suya, gozándose de verse en
aquellas paredes, que con el silencio y quietud, con el recogimiento y
compañía de los ángeles, que las habitan, están brotando devocion. Dos a
estuvo el nuestro en aquel nuevo yermo y soledad, entregado á la oracio
contemplacion, á la mortificacion y penitencia, y á la obediencia y obs
vancia religiosa, con tan grande fervor, que le ponia á todos los connovic
en quien se miraban como un espejo de santidad y perfeccion. Y llegó á

lto grado, que como dice su Historia, así como San Benito ponia á San Iauro por ejemplo de santidad á sus monjes; de la misma manera su maesro le ponia por ejemplo de observancia á todos sus condiscípulos: tal era su antidad, y tal el grado de perfeccion á que llegó en su noviciado, echando an hondos y macizos cimientos de virtud en sus principios, sobre los cuales abia de levantar el alto edificio de perfeccion y santidad á que llegó.

Acabado su noviciado con la perfeccion referida, hizo los primeros votos con inefable gozo de su alma, por verse ya religioso, é incorporado en la Compañía; pasó luégo del noviciado al colegio de Alcalá á estudiar la Filosofía y Teología, para ser instrumento apto para la predicacion del Evangelio; y aunque acabó su noviciado, no dejó el noviciado, porque se trujo consigo el fervor de novicio. Y como si entónces comenzara, así se dió al estudio de la mortificacion, dando el mismo ejemplo á los estudiantes en Alcalá, que habia dado á los novicios en Villarejo, siendo observantísimo de las reglas, y de cualquiera obediencia ó mandato del Superior. Su silencio fué inviolable, su caridad ardiente, su humildad profunda, su modestia componia á cuantos le miraban, su conversacion dulce, sus palabras santas, y siempre de cosas del cielo; y como dice San Bernardo, raras, de peso, y de Dios. Su penitencia era rigurosa; consigo áspero, y con todos manso; en las penitencias públicas era contínuo, y tomaba tan recias disciplinas, que ponia terror á los que le miraban; y no contento con las mortificaciones domésticas, hacía muchas públicas por las calles, á vista de los seglares; porque iba á la universidad, á vista de sus maestros y condiscípulos, vestido vilísimamente; y salia muchas veces sin manteo, con una sotana parda y un sombrero viejo, y una escudilla debajo del brazo, á los conventos de los religiosos, al tiempo que daban de comer á los pobres, y se juntaba con ellos; y con tanto gozo de su alma, como mortificacion de su cuerpo, comia sin asco con ellos de la limosna que les repartian, teniéndola por más regalo que los manjares preciosos, que solia tener en la casa de su padre.

Ni paraba aquí el fervor de su espíritu, porque el de Dios, como es fuego, nunca dice basta, sino que ocupado en estudio de las letras, en que se aventajaba a sus condiscípulos, atendia juntamente al aprovechamiento de los prójimos, dando tiempo á éste, cuanto su profesion permitia, por lo cual no permitia ocasion de ganar para Dios á sus condiscípulos seglares, exhortándoles con sus palabras á la virtud, y mucho más con su ejemplo; y con ambos medios ganó muchos para Dios. Fuera de esto visitaba muy á menudo los hospitales y las cárceles, consolando y regalando á los enfermos y encarcelados; enseñaba en las plazas la doctrina cristiana á los niños y á los grandes, á los cuales hacia pláticas fervorosísimas, imponiéndose para las que ha-

bia de hacer en el Japon á los infieles, que fué siempre el blanco de sus deseos, y su primera intencion en que deseó emplear su vida; si bien los Superiores, vistas sus grandes prendas, le disponian para los mayores empleos de su provincia, con ciertas esperanzas de que habia de serles utilísimo para el gobierno, crianza de la juventud y lustre de las letras. Mas Dios, que le habia escogido para Apóstol de la India, y para que fertilizase los campos estériles del gentilismo, no ménos con el riego de su sangre, que con el de su doctrina, dispuso su partida para las Indias Orientales, bien contra el dictámen de todos, en la forma siguiente:

Corria el año de mil y quinientos y setenta y cuatro, en que era General de la Compañía el P. Everardo Mercuriano, el cual á instancia del P. Alejandro Valigñano, Visitador de las provincias de la India Oriental, determinó enviar á ellas muchos y buenos obreros, que con su santidad y doctrina cultivasen los campos de aquella inculta gentilidad. Corrió la voz de esta determinacion por las provincias de Europa, y todas con increible fervor se ofrecieron á porfia para esta gloriosa empresa, pretendiendo los hijos de la Compañía emplear sus vidas, y derramar su sangre en aumento y defensa de la fe santa de Cristo: que estas solas pretensiones son las que se permiten y experimentan en ella.

Cuando llegó la voz á los oidos de nuestro apostólico Pacheco, abrasado de celo de la gloria de Dios y provecho de las almas, no sólo se ofreció á ir á la India, sino que con una sed ardiente del martirio, que tuvo toda su vida, pretendió con todas las veras que pudo pasar con el Visitador de las Indias. Nuestra provincia de Toledo se aventajó en esta ocasion á las demas, en dar muchos y buenos sujetos para esta empresa; porque dando ordinariamente tres ó cuatro cada provincia, la nuestra dió doce de los más escogidos que tenia, los ocho teólogos de aventajados ingenios, y los tres filósofos, y un H. Coadjutor de buen espíritu y habilidad para cualquiera ministerio. Y siendo tantos los escogidos, no entró en su número nuestro Alonso Pacheco, no obstante las repetidas instancias que hizo á los Superiores en órden á esto. Porque como estaban tan pagados de sus buenas prendas, en cuantas consultas hicieron fué excluido por voto de todos para esta empresa; no porque no le juzgasen por aptísimo para ella, sino por la necesidad que tenia la provincia de su persona, y lo mucho que perdian en que saliese fuera de ella. Sus lágrimas y sentimiento fueron á medida de sus deseos, que al peso del amor es el dolor de no lograr su deseo; y visto que no podia lograr el suyo con los hombres, determinó lograrle con Dios, haciéndole en la oracion las instancias que hacia á los Superiores. Añadió muchas penitencias, así públicas como secretas; valióse de las oraciones de sus amigos religiosos, para que multiplica-

ios los intercesores, consiguiese por su medio lo que por sí solo no alcanzaia de Dios, el cual, deleitándose en sus fervorosos deseos, dilataba su cumplimiento para encenderle más en ellos, y aumentar juntamente la corona de sus merecimientos, como se cumplió dentro de poco tiempo. Porque habiendo llegado á Lisboa los doce religiosos señalados de la provincia de Toledo, para embarcarse á la India, y estando para hacerse á la vela, enfermó el H. Coadjutor que dijimos; y viéndole imposibilitado de embarcarse, envió con toda presteza el P. Alejandro cartas al Provincial de Toledo, que era el P. Antonio Cordeses, pidiéndole otro en su lugar que se partiese luégo.

No se le escondió este suceso á nuestro Alonso Pacheco, el cual concibió desde aquel dia firmísima esperanza de ver cumplido su deseo; y así lo dijo á los Superiores, que Dios le habia dado la enfermedad á aquel Hermano, para que él fuese en su lugar. Y aunque no afirmó, que tuviese revelacion de ello, el suceso le sacó verdadero, porque todos los que la primera vez habian resistido á su partida, vinieron ésta en ella muy gustosos, añadiendo una sola condicion: que alcanzase beneplácito y licencia de su hermano D. Pedro Pacheco, (que ya era señor de su casa,) por el mucho amor y aficion que tenia á la Compañía. Porque como á persona tan ilustre, no querian disgustarle ni quitarle á su hermano con violencia.

Recibida esta resolucion con el gozo y alegría de su alma, que se deja entender, de cosa tan deseada, pasó á Minaya, á donde estaba su hermano, con ligero vuelo, y aunque á los principios estuvo muy contrario, y repugnó su partida, y muy difícil en darle licencia para ella, el Padre negoció con Dios, que es el medio mejor, más eficaz y más fuerte, y le dió una grave enfermedad, que le derribó en la cama, de que estuvo muy al último, y reconociendo que era castigo del Señor, por la contradiccion que hacia á su hermano, le dió grata licencia para irse, y el Padre se partió á Lisboa con gran sentimiento de todos, y él mejoró de la grave enfermedad que padecia, mostrando la divina mano de Dios, que sólo se la habia dado para rendir su voluntad á sus intentos.

Llegado á Lisboa, no es fácil discernir ni ponderar cuál fué mayor gozo y alegría, ó el que el bendito P. Alonso Pacheco tuvo de ver se cumplian sus deseos, ó el que tuvieron todos sus compañeros de verle, y en particular el P. Alejandro, que le habia pretendido con mucha instancia, y como Superior de aquella mision, se tenia por más interesado en llevar tan excelente sujeto consigo, de quien escribió al general de la Compañía las siguientes palabras: «De los doce que dió para esta mision la provincia de Toledo, enfermó uno de ellos, que fué el H. Coadjutor, y en su lugar me han dado un religioso estudiante teólogo complutense, de tales prendas, que así para el gobierno

como para la predicacion, tengo por muy cierto que ha de ser un gran sujet llámase Alonso Pacheco, y es ejemplo de virtud y observancia religiosa». Es testimonio dió del bendito Mártir el primer Superior que tuvo en la Indi y no se adelantó en lo que dijo, porque le sacó verdadero la experiencia, com lo mostró en su embarcacion, y despues de haber saltado en tierra.

Embarcóse con sus compañeros y pasó á Goa: las virtudes que ostentó esta navegacion, y las obras de caridad en que se ejercitó, así con los de ca como con los de fuera, las ha sepultado el tiempo y el descuido de los his riadores en referir lo que no debieran callar. Lo cierto es, que no dejaria la mar las heróicas obras de mortificacion y caridad que hacia en la tierra, que el ardiente fuego de su pecho, no seria ménos activo en la nave que h bia sido en Alcalá.

Finalmente llegó á Goa con los demas compañeros, á donde fueron re bidos de los nuestros con la caridad acostumbrada de nuestra santa religio Allí acabó sus estudios, dando los mismos resplandores de santidad que h bia dado en todas partes; ordenóse de Misa, la dijo con igual devocion y co suelo de su alma. Luégo pidió á los Superiores que le enviasen al Japon á p dicar á los gentiles, que habia sido, como dijimos, el blanco de sus dese pero no lo alcanzó, porque reconociendo su mucha religion y prudencia, y tan pocos años de edad muchos de virtud y cordura, y una ancianidad m dura en medio de su juventud, le dieron cargo de ministro de aquel insig colegio. Recibió este oficio con grande mortificacion, viendo que se dila ba el cumplimiento de sus deseos de morir por Cristo, pero bajó la cerviz yugo de la obediencia, y rendido á la voluntad del Superior, le obedeció mo á Dios en el ministerio que le encomendaba, confiando en su divina Bo dad, que no dejaria en adelante de cumplirle sus deseos, como se los cu plió.

Tres años ejerció este ministerio, con admirable prudencia y suavidad condicion, y no ménos solicitud y ejemplo, dándole á todos de observan y mortificacion, y celando con suma vigilancia la disciplina religiosa. Y tan universal el aplauso de su gobierno y el consuelo de todos los religios con su buen modo de proceder, que los Superiores le eligieron para com ñero del Provincial y secretario de toda la provincia, no sin gran dolor y s timiento de los religiosos de Goa, por privarles de su ministro, que era el gel de paz y el alivio, consuelo y edificacion de todos. Pero él, como ver dero obediente, tomó este cargo, ó por mejor decir, esta carga sobre sus ho bros, que no era de pequeño peso, y contra toda su inclinacion y deseo esto en tiempo que la provincia se hallaba muy frustrada y combatida de m chos y poderosos enemigos, á que era fuerza hacer rostro y llevar buena p

te de la pelea. Pero el pecho constante y valeroso de nuestro glorioso é invencible mártir no se rendia ni desmayaba á ningunas dificultades, por grandes que fuesen; y así venció éstas con el valor y esfuerzo de su buen espíritu, acompañando á su Provincial por todos los colegios, y ayudándole con su prudencia, solicitud y consejo, con el cual acabó muchas cosas difíciles, que parecian insuperables.

El talento que mostró para el gobierno, y la expedicion en los negocios, por graves que fuesen, fué tal, que siendo necesario enviar de aquellas partes á Europa persona de toda satisfaccion, que diese ciertas noticias al General de la Compañía y al Sumo Pontífice y á los Reyes Católicos del estado de las Indias, y tratase con ellos materias gravísimas pertenecientes, así al bien de la Compañía, como al aumento de aquella cristiandad, todos pusieron los ojos en el P. Alonso Pacheco, como en persona de mayores prendas que tenian para esta empresa, y de comun consentimiento fué elegido para esta legacía. Sólo les detenia el recelo de que los Padres de Europa, viéndole en su tierra, no quisiesen quedarse con él, y por este camino le perdiesen; y así su Provincial, como todos los demas Padres, que le dieron su voto para esta jornada, juntamente le encargaron con todas las veras posibles, que no dejase de volver á su provincia, á donde Dios le habia traido para servicio suyo y para el consuelo y alivio de todos los moradores de ellas. Y no obstante que el buen Padre les aseguró que volveria sin duda, escribieron al P. Everardo, General de la Compañía, que no le permitiese quedar en Europa, por la grande falta que les haria en las Indias. El capítulo de la carta del Provincial dice así:

«Envio á V. Paternidad al P. Alonso Pacheco, varon digno de toda estimacion y crédito por su prudencia, religion, experiencia y noticias que tiene de toda la provincia, la cual ha visitado en mi compañia, para que las dé á V. Paternidad, á quien pido con todo el afecto de mi corazon, que no permita que deje de volver á esta provincia; porque fuera una de las mayores pérdidas que pudiera padecer en perderle, porque es verdadero hijo de la Compañía, y muy importante para todo, etc.»

Con este despacho, se hizo á la vela el año de mil y quinientos y setenta y ocho, y vino á Portugal, á donde halló las cosas alteradas con los infaustos sucesos del Rey D. Sebastian; y así pasó sin detenerse á Roma, á donde trató con nuestro General los negocios que traia, y con el Sumo Pontífice Gregorio XIII, del estado y aumento de aquella cristiandad. Ambos quedaron muy satisfechos de su grande prudencia y religion, y le dieron gratos oidos, y despacharon con mucho gusto, concediéndole lo que pedia.

Volvió á España, dejando en todas partes suave olor de santidad; pero con

la inconstancia de los tiempos, halló las cosas tan mudadas en el reino d
Portugal, que en breves dias le habian poseido tres Reyes, D. Sebastian, q
murió en la guerra de Africa, D. Enrique, su tio, que le sucedió, y D. Felip
el Segundo, que le heredó por su muerte. Y fué providencia divina que Di
le trujese á Portugal en esta sazon, en que al Rey D. Felipe le dieron m
chos memoriales contra los Padres de la India, émulos y enemigos suyos y
la observancia de nuestra santa fe católica, y juntamente apoyando la idol
tría de los salsetanos, pretendiendo que les permitiesen templos en el distri
de Goa para sus idolatrías, so color de seguridad y amistad, y del aumen
de las rentas reales que tenian con su comercio. A lo uno y á lo otro se op
so el valeroso Padre, y deshizo con la verdad las falsedades que se habian
cho contra los nuestros, y mostró con evidentes razones los graves incon
nientes que habia en permitir las idolatrías en las Indias, y cuán fea cosa e
que un Rey católico comenzase su gobierno apoyando á los idólatras cont
la fe de Cristo: con que movió de tal manera el corazon del Rey D. Felip
que mandó derribar los templos á los idólatras, y quitó á sus Virreyes la p
testad de darles licencia para reedificarlos en adelante.

Concluidos estos negocios con gloriosa victoria, se embarcó en Lisboa p
ra la India con otros trece compañeros, el año de mil y seiscientos y ochen
y uno, al principio de abril, en la nave de D. Francisco Mascareñas, Vir
de la India. La navegacion fué muy trabajosa, en que enfermaron much
así de los pasajeros, como de los nuestros, de los cuales murió uno, y l
demas trabajaron gloriosamente en curar los enfermos, servir y consolar
todos.

Llegados a Goa, fueron recibidos, como si bajaran ángeles del ciel
el P. Alonso Pacheco dió razon de su legacía á los Superiores, los cuales
premio de su trabajo le dieron el cargo del colegio de Salsete, que tiene
Compañía en aquella ciudad, á donde crian á muchos de aquella isla, y l
instruyen en la fe santa de Cristo y en las costumbres de los católicos, p
que despues las enseñen a los suyos, y sean como la levadura de la fe
aquel gentilismo. En este seminario trabajó fructuosisimamente con los s
yos, aprendio su lengua, convirtió y bautizó á muchos, y negoció con el Vi
rey, que destruyese muchos templos de sus idolos, lo cual sintieron sum
mente sus bragmanes y sacerdotes, que se habian mostrado muy aversos
los catolicos, y del gobierno de los portugueses. Y con designio de vengar s
agravios, pidieron paces, y las efectuaron con el Virrey D. Francisco; y p
ra mas firmeza admitieron religiosos de la Compañia, que les predicasen
fe de Cristo, contra el cual, y contra sus predicadores estaban indignad
mos, por haber destruido sus templos y sus idolos, y muerto una vaca q

›s adoraban por Dios, y deshecho y sembrado de sal un hormiguero que ian por divino: que tal era la ceguedad de estos gentiles.

Para esta empresa fué señalado el P. Rodolfo Aquaviva por Superior de .lsete; y para el buen acierto de todo, le dieron por compañero al P. Alonso ıcheco, como tan perito de la lengua de la tierra, y otros dos Sacerdotes y un .. Coadjutor de buenas prendas. Todo lo que pasaron en esta mision se dijo ırgamente en la vida del P. Rodolfo; lo que toca á nuestra Historia es, que n viéndolos en su tierra los bárbaros gentiles, azorados de sus bragmanes y acerdotes, con rabiosa furia de vengar sus ídolos, cercaron á los siervos de)ios con lanzas, dardos y flechas y otras armas, diciendo á voces: «Mata, nata, que estos son los que han destruido nuestros templos, y quieren aca- ›ar con nuestros dioses.» Viéndolos acometer un soldado portugues, quiso lisparar un arcabuz; pero el P. Pacheco le detuvo, diciendo: «No es ahora iempo de defendernos, sino de dar la vida alegremente por la fe de Cristo.»

Arremetieron los lobos rabiosos á los mansos corderos, y el P. Alonso Pa- :heco, con el ansia que tenia de martirio, se les puso delante, diciendo: «A mí, á mí, que soy el que destruí vuestros ídolos, y los hice pedazos, y los pisé.» Oyendo esto, le atravesaron con una lanza el pecho; y viéndose heri- do, se hincó de rodillas, y puesto los brazos en forma de cruz sobre el pe- :ho, y los ojos en el cielo, dijo: *Con otra lanza, Jesus mio, os pasaron á vos :l pecho; yo ofrezco mi vida con la vuestra, y os suplico, que los perdoneis, y nvieis predicadores, que los encaminen al cielo.* Diciendo esto ledieron otra anzada en la garganta, y cayó muerto en el suelo, y su alma voló al cielo, ›ara vivir eternamente con Cristo.

Su glorioso martirio fué un lúnes quince de Julio de mil y quinientos y :henta y tres, siendo de treinta y cuatro años, y quince de Compañía. Des- ɟes de muerto, le hallaron en la boca un Agnus de cera, con el nombre de sus impreso, testimonio de su inocencia. Su cuerpo está en Goa en vene- :ion con los de sus santos compañeros. Escribieron su vida los PP. Juan ıdaso y Alegambe, y otros autores que citan.

P. ANDRADE.

P. PEDRO BERNA

[illegible] la misma isla de Salsete, y por la misma causa, fué mar- [illegible] mismos bárbaros idólatras el P. Pedro Berna, cuya vida [illegible] que puede ser dechado de observantísimos religiosos. [illegible] Padre italiano de nacion, natural de Ascona en el ducado [illegible] al presente está fuera de su jurisdiccion. Su padre se llamó [illegible] madre Anastasia Nicolasia, personas honradas y dignas de [illegible] su virtud, como por haber dado á la Iglesia un hijo santo, [illegible] la honrase y diese nuevo realce á su linaje: que un hijo [illegible] una prosapia que muchos grandes capitanes. [illegible] historia, lo que Alejandro de Ales decia de S. Buenaventura: [illegible] *animam*, que tuvo por feliz suerte una alma buena, inclina- [illegible] el principio de su ser, manso, afable, humilde, obediente, [illegible] natural angelico, inclinado á todo género de piedad y religion. [illegible] juventud, que son los pronósticos de la edad mayor, dejando [illegible] otros niños, los gastaba en el templo en hacer altares, com- [illegible] en obras de devocion. Y considerando sus padres su santa [illegible] le impidieron los ejercicios que hacia, ántes juzgando que lo [illegible] que le sirviese en su templo, se le ofrecieron desde niño, [illegible] Samuel; vistiéronle del hábito clerical, industriáronle en santas [illegible] diéronle maestros de toda satisfaccion, que le enseñasen latini- [illegible] en que salió aventajado, y acabados estos estudios, le envia- [illegible] á estudiar ciencias mayores, al colegio Germánico que la Compa- [illegible] y es uno de los más ilustres seminarios de la cristiandad. [illegible] y Cardenales y los Príncipes seculares envian á sus deu- [illegible] aprendan virtud y letras, y sean enseñados en toda buena po- [illegible] costumbres. Aquí entró nuestro glorioso Mártir en la flor de su [illegible] en nuestras escuelas, y en breve tiempo dió tales muestras [illegible] prefecto y como superior de las demas, para que con su [illegible] los rigiese y gobernase y promoviese en la virtud. [illegible] como luz sobre el candelero en el gobierno, dió á todos los [illegible] resplandores de santidad, amándole y respetándole en [illegible] edad, como si fuera su padre ó su maestro de mucha anciani-

lad, supliendo el seso y la cordura la falta de los años, que como enseña el Espíritu Santo por el Sábio, son la verdadera ancianidad: y más á propósito es para regir un mozo cuerdo, que un anciano imprudente; y de más canas el que tiene mucha prudencia, que el que las tiene sin ella, á fuerza de la edad.

En estos ejercicios cumplió veinte y cinco años, y sus deudos vinieron á Roma á llevarle á su patria, para ordenarle de Misa, y celebrarla con toda solemnidad; pero Dios, que le habia escogido para que le ofreciese sacrificio de su propia sangre y holocausto de sí mismo, le llamó para nuestra religion, á cuya voz respondió, como obediente siervo suyo; y con igual gozo de su alma y consuelo de los nuestros, fué recibido en la Compañía el año de mil quinientos y sesenta y siete, á los últimos de julio. Sintieron los parientes que habian venido por él, no tanto por haber entrado religioso, como por no llevarle consigo como deseaban; pero vista su constancia, le dejaron en la religion.

Tuvo su noviciado en el de S. Andres de aquella santa ciudad, en el cual dió nuevos resplandores de novicios, aventajándose cada dia asimismo en la virtud. A esta sazon señaló nuestro General Everardo Mercuriano ocho de la Compañía para la India Oriental; los cuatro partieron luégo, los otros cuatro aprestaban su jornada para ir á Portugal; en el cual tiempo, el uno tuvo legítimo impedimento para no ir á esta mision. Acudió al General el P. Nicolas Espinosa, á cuyo cargo iban, á pedirle que señalase otro en su lugar. El General le respondió, que fuese al noviciado de S. Andres, y que escogiese de allí al que mejor le pareciese que tuviese vocacion de ir con él. Con esta licencia habló al Rector del noviciado, el cual juntando á sus súbditos, les propuso la empresa, que se ofrecia de pasar á tierra de infieles, á predicar el Evangelio á los idólatras, y la ocasion que tendrian de dar la vida por Cristo, que si alguno tuviese vocacion de Dios para ir á esta mision, la manifestase luégo, porque instaba el tiempo de la partida para ella. ¡Oh felices tiempos, en que hervia el espíritu en los pechos de los siervos de Dios, el desprecio de sí mismos, y el ansia de padecer por su amor! Apénas acabó su razonamiento, cuando todos se hincaron de rodillas, no sólo ofreciéndose para empresa tan difícil, sino rogando é instando á porfia, y pidiendo con repetidas instancias, ir luégo sin dilacion: que esta sangre se cria en los novicios de nuestra religion. El P. Nicolas Espinosa escogió de todos al P. Pedro Berna, que, como dijimos, resplandecia como un sol entre los demas; y el General con mucho gusto aprobó la eleccion, con tal que prosiguiese su noviciado hasta el tiempo de la embarcacion.

Llegó á Ascano, su patria, la nueva de su partida, y fué el sentimiento y

llanto de los suyos á medida del amor que le tenian, y deseando disuadirle de su santo propósito, vino á Roma con toda presteza uno de sus hermanos y habida licencia para hablarle, en careándose con él, llegó con ligereza, y le echó los brazos al cuello, regando el rostro con lágrimas. De esta suerte estuvo un gran rato, sin despegar los labios el uno ni el otro, callando ambos como los amigos de Job, cuando le vieron en su pobreza. Y lo más admirable fué, que no hablaron despues como ellos, sino que con el mismo silencio se apartaron, sin decirse palabra el uno al otro; ó ya fuese porque la vehemencia del sentimiento les trabase las lenguas, ó lo que es más verosímil que Dios se la impidiese á su hermano, para que no le disuadiese obra tan santa, dándole para esto tan vehemente sentimiento. Como le sucedió también en Viterbo con otro sobrino suyo que le salió al camino, cuando iba á Lisboa, con ánimo de detenerle; y llegado á su presencia le abrazó y lloró sin hablarle palabra, sirviéndole los ojos de lengua para declarar el sentimiento que tenia en su corazon.

Pues como se llegase el tiempo de partirse de Roma para la India, fué con sus compañeros á besar el pié al Papa, que á la sazon era Gregorio XIII, verdadero Padre de la Compañía, el cual se enterneció grandemente con los santos misioneros, y con palabras amorosas les dió á entender, lo mucho que estimaba el trabajo que tomaban por amplificar la fe católica entre los infieles, pasando á tierras tan remotas, mostrando grande envidia de su empleo; y diciendoles el premio tan crecido, que habian de tener en el cielo les dió su bendicion apostólica, en el nombre del Señor, con que los benditos misioneros partieron muy alentados a trabajar en la viña del Señor.

Pero no les faltaron trabajos para prueba de su buen espíritu, como no faltan de ordinario a los que toman empresas en servicio del Señor; porque antes de llegar a Genova, padecieron una recisima tempestad por la noche en que los pilotos y marineros se dieron por anegados; y para escapar las vidas, se desnudaron para echarse al agua, y salir á tierra que no estaba muy distante. Los Padres, que ni sabian nadar, ni tenian noticia de aquel paraje, tomaron mejor medio, que fue hincarse de rodillas, implorar el favor de la Santisima Virgen, haciendole voto de ir a su templo á pie y descalzos, si les sacaba de aquel peligro, y ofrecer en su altar el sacrosanto sacrificio de la Misa, en accion de gracias por aquella merced. No se hizo sorda la Virgen Santisima, Reina del cielo, a los ruegos de sus siervos, porque usando de su acostumbrada piedad, sereno los vientos, y abonanzó la mar, y mejorado el temporal, tomaron puerto en el Final, desde donde caminaron á pie y descalzos a una ermita de Nuestra Señora, que llaman de los Peligros, a donde dijeron Misa, y comulgaron los que no eran Sacerdotes, e

ion de gracias por la merced recibida, y en cumplimiento del voto que ›ian hecho.

De allí pasó á Génova nuestro santo Mártir, á donde fué recibido de los .estros, con los demas compañeros, con la caridad que usa la Compañía. mbarcáronse para España, y padecieron segunda tempestad en el golfo, si ıen no tan peligrosa como la primera, mucho más penosa; porque les duró iete dias, batallando de dia y de noche con la furia de los vientos y el com- ›ate de las olas, que amenazaban á sumir la nave en el profundo. Todo lo ›frecieron de buena gana á Dios, cuya divina providencia les sacó de este ›eligro, y tomaron puerto en Cartagena, del cual pasaron á Murcia, y de ıquí á Toledo y á Lisboa, á donde fueron recibidos con mucho amor y caridad; y el P. Pedro Berna, que aun era novicio, estuvo en el noviciado, dando á todos el ejemplo que habia dado en Roma, y en todas las partes á donde habia estado. Hiciéronse á la vela el año de mil y quinientos y sesenta y ocho, y en llegando á Goa, se ordenó de Orden Sacro, para ejercitarse en nuestros ministerios, y en especial en la conversion de los gentiles, que fué siempre el blanco de sus deseos.

Viendo, pues, los Superiores el fervoroso aliento de nuestro Mártir, le enviaron el año siguiente, que fué el de setenta y nueve, á la isla de Salsete, que estaba llena de gentiles, á predicarles y enseñarles la fe santa de Cristo. Aquí trabajó gloriosamente cuatro años con admirable fruto, ganado á costa de inmensos trabajos. Lo primero aprendió la lengua de los indios tan perfectamente, que les predicaba y enseñaba en ella, como si fuera su propia y natural. Tuvo á su cargo el pago de Margan y Colvana, á quien dividia un anchuroso rio, sin puente ni barca; y el bendito Padre le pasaba muchas veces en lo recio del invierno, medio desnudo, llevando los ornamentos y su ropa en la cabeza, para decir Misa á los indios, de los cuales convirtió muchos á la fe, y catequizó los ya convertidos; derribó muchos templos de ídolos, y levantó en su lugar iglesias á Cristo, quitóles muchas supersticiones, deshizo los ídolos y los lugares que les habian consagrado, por lo cual los bracmanes y acerdotes suyos le aborrecian, como á su mortal enemigo, como se vió al empo de su martirio.

Dijo muchas veces, viendo la obstinacion de los paganos, que aquellos :chos, más que diamante, no se habian de ablandar, sino con sangre de ártires; y que en regando aquella tierra, daria con ella sazonado fruto; y manifiesta profecía, porque en padeciendo el santo Mártir con sus compañeros, se fertilizó de manera, que en breve tiempo se bautizaron más de nte y dos mil almas, y los gentiles más obstinados, que en sabiendo que uno queria recibir la fe de Cristo, la mataban, se trocaron de manera, que

pidieron predicadores que se la enseñasen, y solicitaban la conversion de los suyos.

Trabajando, pues, el buen Padre en la conversion de estos idólatras, vino á Salsete por Superior de todos el santo Mártir Rodolfo Aquaviva; llegó á la residencia de Orlino, á donde se juntó con el P. Pedro Berna y los otros compañeros; de allí pasaron á la villa de Coculino, de la cual salieron los gentiles, persuadidos y guiados de sus bracmanes, á quitar la vida á los que les daban la eterna; porque les impedian sus idolatrías. Acometieron como lobos rabiosos á los corderos con lanzas y dardos, como dijimos en la vida del P. Alonso Pacheco; y como tenian tan antiguo odio al P. Berna, hiriéronle á porfía; uno le abrió la cabeza de una cuchillada, otro de otra el pecho, y otro le metió la lanza por un ojo, invocando el Santo los dulcísimos nombres de Jesus y de María, con que voló Mártir al cielo. Y vengando su saña los verdugos, hicieron cruelísimos estragos en su cuerpo, mostrando el odio que le tenian, porque les quitaba sus ídolos; y él les pagó, alcanzándoles de Dios luz para salir de su ceguedad, y caminar al cielo. Su cuerpo fué llevado á Goa, á donde es venerado como Mártir, con sus cuatro compañeros.

Escriben de este Santo Mártir y de su compañero el P. Alonso Pacheco la *Historia de la Compañía* en varias partes, el P. Pedro de Rivadeneira, y treinta autores que trae el P. Felipe Alegambe en su *Martirologio* que no refiero aquí por evitar prolijidad.

P. RODOLFO AQUAVIVA.

A la ilustrísima sangre de los duques de Atri, ilustró mucho más el insigne Mártir de Cristo Rodolfo Aquaviva, con haberla derramado por Cristo. Era este Padre natural de Nápoles, hijo de Juan Jerónimo, Duque de Atri, hermano de dos Cardenales Julio y Octavio Aquaviva. El cual habiéndose criado con el regalo que semejantes príncipes tienen, lo despreció todo por Jesucristo, dejando al mundo, y á todas sus grandezas y esperanzas, y sujetándose al suave yugo de Cristo en la vida religiosa, la cual hizo en la Compañía de Jesus, desde la edad de diez y seis años. Alcanzó á ser connovicio de S. Estanislao Kostka, y compañero de su espíritu religioso.

Su fervor no cabia en Europa, y así pasó al espacioso campo de la Asia, que toda le parecia poca á su gran celo y espíritu. En la India dió tan grand

muestras de su fervor, que habiendo enviado el gran Mogor un embajador á Goa, para pedir que viniesen á sus tierras algunos Padres de la Compañía, fué escogido el primero de todos, y por Superior de los demas, el P. Rodolfo Aquaviva, á quien acompañaron el P. Antonio de Monserrat y P. Francisco Enriquez.

Partieron todos de Goa en compañía del embajador, y llegaron á la corte del gran Mogor, que estaba en Pateful, á los veinte y ocho de febrero de mil y quinientos y ochenta. Era tanto el deseo con que los esperaba el bárbaro Príncipe, que contaba los dias, y preguntaba muchas veces, cuándo habian de llegar. Cuando supo que estaban en la ciudad, mandó que fuesen luégo á palacio, donde los recibió con mucha honra y demostraciones de amor, deteniéndolos en diversas preguntas, hasta que ya era bien noche. Antes de despedirlos mandó traer gran cantidad de dinero, para dársela. No quiso aceptarlo el P. Rodolfo, para que entendiese este poderoso Monarca, cómo no buscaban sus riquezas, sino su alma. Edificóse mucho el Emperador de que hubiesen menospreciado el oro que les habia ofrecido. Buen rato estuvo hablando de ello con sus caballeros, repitiéndolo muchas veces por gran maravilla.

Volvieron á visitarle el dia siguiente; recibiólos con el mismo gusto, mostró deseo de ver los libros que traian de la ley de Dios. Sacáronle la Biblia que consigo llevaban en cuatro cuerpos. Tomó el Emperador cada libro de aquellos con mucha reverencia, besándole y poniéndole sobre su cabeza; preguntó cuál de aquellos era el de los Evangelios; mostráronsele, y tornó á mirarle con particular atencion, y le hizo nueva reverencia. Habiendo visto los libros, entróse con los Padres en su aposento, mandó llamar á sus caciques, para que disputasen en su presencia, sobre cuál era la escritura cierta y verdadera, á la cual se habia de dar crédito. Comenzaron los Padres á probar la autoridad y certidumbre de la Escritura divina, y á mostrar juntamente las falsedades y mentiras que tenia su Alcoran; esto con razones tan eficaces, que los caciques quedaron atajados y confundidos, sin responder palabra, y el Emperador muy satisfecho de lo que habia oido.

Dijo despues á los Padres, que le parecia bien su ley; mas que deseaba le declarasen el misterio de la Santísima Trinidad, y cómo Dios tenia Hijo, y se habia hecho Hombre; porque estas eran las mayores dificultades que tenia. Diéronle los siervos de Dios razon de todo; mostró quedar con satisfaccion, de la noticia que le habian dado de estos divinos misterios. Avisóles que hablasen de allí adelante con recato delante de los moros, porque no podian oir tan buena doctrina como les predicaban.

Traian los Padres trasladado el Alcoran de Mahoma, para poder declarar y

confutar mejor sus falsedades, y mostrar con evidencia sus mentiras y contradiciones. Sirviôles esto mucho para adelante, porque de ahi á tres dias tuvieron otra disputa sobre el paraiso de Mahoma. Pero eran tales las razones con que los Padres le impugnaron, que no supieron responder los caciques. Quiso el Emperador ayudarlos, viéndolos tan corridos y afrentados; procuró con algunas razones aparentes sustentar lo que ellos afirmaban, mas tampoco pudo satisfacer á las razones que los Padres le hicieron. Jueves siguiente tuvieron la tercera disputa, tratóse en ella del Alcoran, de la soberbia de Mahoma, y su mala vida y costumbres; contraponiendo á todo esto la santidad y pureza de la vida de Cristo, la verdad de su doctrina, y la muchedumbre de milagros con que la confirmó. Fué tal la confusion con que salieron los caciques de esta disputa, que no se atrevieron de allí adelante á tener otra pública con los Padres, á los cuales mostraba el Emperador cada dia más amor y voluntad. Decia que deseaba hubiese iglesias en sus tierras, y pues tenian los gentiles sus templos y pagodes, en que adoraban á sus ídolos, no era fuera de razon que tuviesen tambien los cristianos iglesias y templos en que adorasen á su Dios.

Admirábase mucho de la pobreza y castidad en que vivian los santos religiosos, y de su grande penitencia, principalmente de la del P. Rodolfo, que le parecia un ángel. Este nombre le daban todos los que le conocian, hasta los mismos moros y gentiles. Guardaba tanta austeridad, que no comia otra cosa sino un poco de pan, sin más vianda; especialmente el último año que estuvo en el Mogor, con solo pan y agua se pasó, ni tenia otra cama sino la tierra dura. Hacia otras muchas penitencias muy rigurosas, y tal vida, como la pudieran hacer los más austeros anacoretas de los yermos. Dábale muy largas horas á la oracion de dia y de noche: aconteciôle muchas veces ponerse al poner el sol en oracion, y no se levantar de ella hasta otro dia. Otras veces se estaba en alta contemplacion los dias enteros.

Entre sus grandes asperezas y otros muchos trabajos que pasó, le llenaba el Señor de celestiales deleites, teniendo su conversacion con los ángeles. Él mismo no sabia declarar las consolaciones que el Señor le comunicaba. Ejercitaba juntamente obras de gran piedad con los infieles.

Alcanzó del Rey licencia para hacer un hospital, donde se curasen los enfermos, cosa de gran edificacion para los gentiles y moros, que se espantaban de ver la grandeza de la caridad cristiana, y por ella se movian muchos á pedir el Bautismo. Ayudaban mucho las particulares disputas que tenia el P. Rodolfo con los maestros de los moros y gentiles, algunas duraban muy entrada la noche, en las cuales les hacia callar. Dióle tambien licencia el Rey para predicar y convertir los que quisiese.

Deseaban muchos hacerse cristianos, y tenian bien que hacer los Padres en catequizarlos, si bien el enemigo comun procuró entibiar y torcer el ánimo del Emperador, para impedir la conversion de aquellas gentes, que ya la temia. Estuvo muchos dias sin hablarle, hasta que una vez admitió su visita, en la cual les dijo, cómo un grande letrado de su secta queria entrar en el fuego con su alcoran, que si querian entrar ellos tambien con el Evangelio. Respondiéronle, que si el entrar en el fuego era para averiguar la verdad de su ley; por las disputas pasadas habia ya entendido su Alteza, cuánta diferencia habia de la una á la otra, y que este era el camino que Dios Nuestro Señor enseñaba á los hombres, para averiguar las cosas dudosas; y que pues ellos habian dado razon de la ley de Cristo, la diesen sus sacerdotes de la de Mahoma. Y cuando por ella no se averiguase muy claramente ser la ley de Dios la cierta y verdadera, ellos estaban aparejados, no sólo para entrar en el fuego, sino tambien para dar su vida en testimonio de aquella verdad. Quedó el Emperador con esto satisfecho, y los Padres le tornaron á suplicar que quisiese señalar dia para que hubiese disputa pública con sus sacerdotes, si no estaba con entera satisfaccion de la verdad de la religion cristiana. Hiciéronle en esto tanta instancia, que hubo de señalar para ella el sábado siguiente.

Llegando este dia fueron los Padres á palacio á la hora señalada, mas el Emperador, como tenia entónces poca gana de la disputa, puso achaques y escusas para no hallarse presente, temiendo la confusion de los suyos, aunque echando de ver la falta en que habia caido, dijo, que se tornasen á juntar para el lúnes. Halláronse en esta disputa muchos caciques y capitanes y otros señores de la corte. Apretaron tanto en ella los Padres, con sus razones á los caciques, que hubo de volver el Emperador muchas veces por ellos en defensa de Mahoma, y de su ley, pero ni él ni ellos pudieron dar razon, ni sustentar lo que decian.

Estando las cosas en esta disposicion, llegó á los Padres una carta del Padre Provincial, y por ella enviaba á llamar al P. Rodolfo, porque tenia necesidad de él en la India. Fué el Padre con esta carta á dar cuenta al Emperador, del órden que le habia llegado de su Superior, y á pedirle licencia para partirse. Mostró el bárbaro en esta ocasion bien el amor y estima que tenia del siervo de Dios Rodolfo, porque entre otras razones que le dijo fueron estas palabras: «Padre, yo te amo mucho, y me huelgo grandemente con tu amistad, porque tú me has hecho entender muchas cosas, y me satisfacen más que cuantas á otros he oido, y por eso si tú te quieres ir, yo no te haré fuerza, mas en ninguna manera lo harás con mi beneplácito, y si tú me dejares, ese pecado caerá sobre tu cabeza.» Respondióle á esto el santo varon, que en su lugar vendrian otros Padres muy doctos y santos, y muy á su

gusto; mas el Emperador, con algun sentimiento, tornó á responderle: «Dej
Padre, esas razones, que en ninguna manera consentiré que te vayas, á
ménos con mi voluntad.» Estaban presentes á esta plática algunos señor
de los principales de su imperio, todos importunaban al Emperador que
consintiese que el Padre se fuese de la corte.

Viendo el P. Rodolfo, así el sentimiento que mostraba el Emperador por
partida, como el gusto de todos de que se quedase, le pareció hacerlo, p
no disgustar tanto aquel Príncipe, que aunque le tenia dudoso de su intenci
y última resolucion de su Bautismo, no estaba desesperado de su conversio
Es el corazon humano como el mar, que tiene varios movimientos: de l
unos se puede alcanzar la razon, y tienen sus causas manifiestas, como
las tempestades; de los otros no alcanzan la causa cierta los filósofos, q
son sus crecientes y menguantes, cuyo orígen ignora la Filosofía. Así h
varias acciones humanas, cuya intencion suele ser manifiesta; de otras
puede conjeturar nada cierto la prudencia; y este Emperador hacia much
cosas, en que claramente mostraba su ánimo al P. Rodolfo; de otras no p
dia alcanzar su razon, y le tenian perplejo, y así juzgó prudentemente que
debia esperarle más tiempo.

Estimó mucho el bárbaro Rey se hubiese quedado el P. Rodolfo en
tierra por respeto suyo, y desde aquel dia le mostró más particular amo
tornó á tratarle con la familiaridad que solia; dió esperanzas de oir muy
propósito la ley de Jesucristo; y con esto se iban aficionando algunos cab
lleros y señores principales á oir los sermones de la doctrina cristiana.

Como los caciques entendieron que el Padre tornaba á la primera amist
con el Emperador, temiendo que, si pasaba adelante, él y los demas señore
capitanes se habian de hacer cristianos; porque siempre habian conocido
él mucha aficion á la ley de Jesucristo, comenzaron á tener entrañable od
y aborrecimiento al siervo de Dios Rodolfo, pareciéndoles que él habia t
cado el corazon de su Emperador, y al fin haria de él lo que quisiese. Vino
entender el gran Mogor este disgusto que tenian los caciques con el P. R
dolfo, y así le dijo un dia: «Estos sacerdotes son muy malos y traidores,
por eso te quiero dar algunos soldados de mi guarda, y criados mios que
guarden y acompañen siempre, porque no te hagan algun agravio.» Resp
dióle el siervo de Dios: «Ya sabe Vuestra Alteza, que cuando nos envió á l
mar, para que viniésemos á su corte, el Virrey de la India quiso pedirle rel
nes para nuestra seguridad, y nosotros no lo consentimos, porque nuest
gloria es morir por la verdad que predicamos, y así temo, que dándo
Vuestra Alteza esta gente para mi guarda, se me disminuirá la confianza q
hasta ahora tengo puesta en mi Dios.» Dijo el Emperador: «Tú por ci

haces bien en eso, mas yo estoy obligado á hacer esotro, porque te recibí debajo de mi palabra.» Pero el siervo de Dios no quiso admitir la guarda que le daba.

Este razonamiento que tuvo el Emperador con el P. Rodolfo, contaba él despues, delante de muchos señores y grandes de su imperio; diciendo que sus sacerdotes no tenian tal ánimo para morir por su ley, como el P. Rodolfo que estaba aparejado á dar la vida, por la defensa de la que enseñaba.

Insistia mucho el Padre con el Emperador, en que se acabase de resolver á ser cristiano; porque viéndole á él sus vasallos tan perplejo en aceptar la ley de Cristo, tampoco se determinaban ellos á recibirla; pero por mucho que con él hizo y trabajó, nunca pudo persuadirle á que se bautizase, pareciéndole que se obligaba á dejar las muchas mujeres, y otros vicios que tenia, los cuales no se compadecian con la pureza de nuestra santa ley.

Enfermó en este tiempo el P. Rodolfo, de unas calenturas tan recias y ardientes, que pusieron su vida en mucho peligro, pero guardábale nuestro Señor para darle poco despues la corona del martirio en la isla de Salsete; y así aunque escapó con la vida, quedó tan flaco y debilitado, y convalecia tan mal en aquella tierra, que fué necesario, para cobrar salud, volverse á la India, con órden expresa que tuvo para ello del P. Provincial. Ayudó á esto, ver la poca esperanza que por entónces habia de la conversion del Mogor, habiendo estado tres años en su corte, y probado todos los medios posibles. Esta enfermedad tan grave fué ocasionada de las penitencias y mal tratamiento que se daba el siervo de Dios. Al partirse envió el Rey al P. Rodolfo gran cantidad de oro y plata; mas el verdadero pobre de Cristo, no lo quiso recibir, dejando edificados y admirados á aquellos infieles.

Habiendo convalecido el bendito P. Rodolfo, fué señalado para la mision de Salsete. Es Salsete una isla, junto á Goa, llena de bracmanes, y así fué dificultosísima de conquistar para Cristo; y los habitadores de ella tenian entrañable odio contra los de la Compañía, por la predicacion de nuestra santa fe y destruccion de sus ídolos y los templos de ellos, por cuya causa se habian revelado cinco pueblos, y acababan de reconciliarse, aunque falsamente. Y particularmente porque por mandado de uno de los Padres mató cierto soldado á una vaca, á quien tenian y adoraban por Dios, como antiguamente lo hacian los egipcios con el buey Apis; y quedaron con grandes ansias de vengar aquel agravio, en ofreciéndoseles ocasion. Cuando llegó á la ciudad de Goa el P. Rodolfo, en estando para ello, le señaló el P. Provincial por Superior del colegio y residencias de toda la isla, y juntamente de toda la mision, confiando que con su mucha santidad y prudencia haria grande fruto en aquella gente, y con su blanda y apacible condicion los so-

segaria y pacificaria del todo. Dióle por compañero al P. Alonso Pache para que anduviese con él algunos dias, y le diese noticia de aquella tier por ser el P. Rodolfo nuevo en ella.

Era el P. Pacheco ilustre y nobilísimo por su sangre, hijo de D. Juan P checo de Alarcon, y de D.ª Catalina de Alarcon, nieto de D. Francisco P checo, y de D.ª María de Alarcon, Señores de Minaya y otros vasallos en reino de Castilla. Pero mucho más noble y ilustre fué por su rara virtud apostólico celo, por el cual fué digno compañero del P. Rodolfo.

Partidos de Goa, llegaron á la primera residencia del Cortamisi, do estaba la iglesia de los Apóstoles S. Felipe y Santiago. Juntáronse allí to los Padres y Hermanos que habia en la isla, y despues de haber renova sus votos, conforme al uso de la Compañía, comunicaron entre sí de los dios que serian más convenientes para ayudar á los gentiles de Salsete, tratar muy de veras de su conversion. Para dar principio á todo les parec que el P. Rodolfo, en compañía del P. Alonso Pacheco, visitase luégo to las residencias, y viese la disposicion de los lugares, donde con más co didad se podian edificar iglesias, y que esta visita se comenzase por la vi de Coculino, y las otras que se habian revelado, para confirmar los ánimos aquellos gentiles en la paz, que se habia asentado, y consolarlos de los ños y pérdidas pasadas. Y con esta ocasion se escogiese un sitio en alg de aquellas villas, donde se edificase una iglesia para predicarles de propó la ley verdadera.

Persuadíanse los Padres, que podian hacer esto con toda seguridad, yen allí el P. Alonso Pacheco, á quien los moradores de aquellas villas mostrab en lo exterior mucha amistad, por el favor que les habia hecho con el Vir en sus negocios. Con esta resolucion, lúnes de mañana, á los quince de Ju de 1583, despues de haber dicho Misa todos en la residencia de Orlino, q está dedicada al Arcángel S. Miguel, partieron para la villa de Coculino, P. Rodolfo Aquaviva, el P. Alonso Pacheco, el P. Francisco Antonio, el Pa Pedro Berna italiano y el H. Francisco Arana, sobrino del Arzobispo Goa. Iban en compañía de estos Padres algunos cristianos naturales de tierra y otros dos portugueses.

Caminando todos juntos, llegaron cerca de la villa de Coculino, apeár se ántes de llegar á ella, en un sitio que les parecció muy á propósito para e ficar una iglesia. Estándole mirando y midiendo, vino uno de aquellos ge les, que supo bien disimular la traicion, á darles el parabien de su venida nombre de todo el lugar, diciendo que despues vendrian los demas á visit los. Habíales contentado mucho el sitio, donde se habian apeado, para edi car la iglesia, y desde allí acudir á la conversion de aquellos cinco lugar

ntendiendo, como les habia dicho el gentil, que luégo vendrian de la villa sitarlos, estaban determinados de pedirles aquel sitio, y licencia para ha- un templo, y enarbolar luégo una cruz. No faltó quien diese aviso á los pueblo, de lo que trataban entre sí los Padres, y como sus ánimos esta- alterados é irritados de las cosas pasadas, poco fué menester para levan- os. Púsose en medio de toda la gente uno de aquellos bracmanes y sacer- es, diciendo á grandes voces, que este era el tiempo en que habian de gar las injurias de sus dioses y destruccion de sus templos, de lo cual ha- ı sido causa aquellos Padres; y que no contentos con lo pasado, les que- de nuevo edificar allí su iglesia, y poner cruces, para acabar de destruir odo punto la memoria y adoracion de sus dioses. Traíales á la memoria ıjuria de la muerte de aquella vaca, á la cual adoraban, y azorábales á la ganza; y un hechicero esparcia polvo para lo mismo.

penas hubo el bracman acabado su razonamiento, cuando todo el lugar, ɔs y grandes, tomando las armas, salieron en busca de los Padres, y por- no se les escapase alguno, tomaron los caminos y pasos por donde habian olver. Estaban los siervos de Dios bien descuidados de lo que contra ellos rmaba en el lugar de Coculino, esperando cuándo los vendrian á visitar, o se lo habian dicho. Mas la tardanza les hizo ya recelarse y sospechar al- ı cosa, del mal ánimo que los gentiles tenian contra ellos, y que las pri- as muestras de paz habian sido fingidas; parecióles más acertado volver- or entónces á sus residencias.

staban ya los gentiles esperándolos al paso, bien apercibidos de armas. ndo los vieron venir dieron sobre ellos, como lobos hambrientos sobre sos corderos, diciendo á grandes voces: «Mata, mata, que éstos son los han destruido nuestros templos, y quieren destruir nuestros dioses.» so uno de los portugueses disparar un arcabuz que traia cargado, mas el Alonso Pacheco le fué á la mano, diciendo: «Señor, no es ahora tiempo venganza, ni de defendernos, sino de esperar la muerte con ánimo cris- o, y dar la vida alegremente por la honra de Dios». Ni faltó quien ofreció tiempo al P. Rodolfo un ligero caballo para que se escapase, mas el sier- le Dios no quiso dejar á sus hijos y compañeros, sino animarlos con sus ıbras, presencia y ejemplo.

ırremetieron aquellas fieras rabiosas contra los corderos que los espera- . con más ánimo y gusto de dar sus vidas, que ellos traian de quitárselas. primero á quien hirieron, fué al bendito P. Rodolfo, diéronle una grande uillada en las piernas con que le hicieron arrodillar en el suelo; mas el o Padre, alzando los ojos, y fijándolos en el cielo, ofreció su alma y vi- ı su Criador, y el cuello á la espada del cruel bárbaro. Y para mostrar con

cuánta voluntad hacia de sí este sacrificio, con su misma mano abajó la sotana, y descubrió el cuello, para esperar el segundo golpe, de quien habia recibido el primero. Bastara ver esta grande humildad y mansedumbre, acompañada de una singular modestia que resplandecia en su rostro, para ablandar el corazon de una fiera; pero sabemos que delante de los mártires ellas se amansaban, y los tiranos se volvian más crueles. Tal fué este bárbaro, que sin ningun género de piedad descargó sobre el cuello del inocente Padre dos grandes cuchilladas, y no contento con estas le dió otra cuarta en las espaldas, y la quinta fué una estocada con que le pasó los pechos, y con ella acabó su santa vida, rematando la mision de Salsete, á los treinta y tres años de su edad, habiendo empleado la mitad de ellos en la Compañía, con mucho ejemplo de virtud y santidad. Las últimas palabras con que acabó fueron estas tres oraciones: *Perdonadlos, Señor. Santo Javier, rogad al Señor por mí. Jesus, recibid mi alma.* Esta última repitió tres veces.

El segundo en quien mostraron su furia los gentiles, fué el H. Francisco Arana; diéronle una gran cuchillada en el cuello, y otra lanzada en las costillas, y aunque cayó en el suelo con estas heridas, no murió luégo, porque le guardaba nuestro Señor para otros mayores tormentos. El tercero fué el P. Pedro Berna, al cual dieron una cuchillada en la cabeza y otra en el cuerpo, y una lanzada con que le atravesaron por un ojo, y despues de muerto hicieron los gentiles en su cuerpo mil géneros de afrentas, por satisfacerse de las que este Padre, decian, haber hecho á sus ídolos, quebrándolos y pisándolos; el cual solia decir muchas veces, que no se habian de convertir de veras los gentiles de Salsete, hasta que se derramase su sangre en aquella isla, y que le daba nuestro Señor á sentir en su corazon, que habia de morir por su servicio en Coculino. Era este Padre de treinta años, y habia seis que estaba en la Compañía.

El cuarto, á quien los crueles bárbaros quitaron la vida, fué el P. Alonso Pacheco, que aunque en lo exterior le mostraban amistad, pero era á quien más de corazon aborrecian, por una provision que trujo contra los idólatras, con que les quitó la esperanza de alcanzar licencia de reedificar sus templos. Salió este siervo de Dios al encuentro al que alanceó al P. Berna, diciendo con gran valor: *A mí, á mí, que soy el que destruí vuestros ídolos, y los hice pedazos, y los pisé.* Y como tenian tan fresca la memoria de este caso, arremetieron para él con una rabiosa furia, y con una lanza le atravesaron todo el cuerpo por los pechos. Mas el bendito Padre, para mostrar, que con la misma constancia y fortaleza de ánimo, con que habia resistido á las injustas pretensiones de los salsetanos, daba ahora la vida de buena gana por la honra de su Dios, viéndose atravesado con aquella lanza, se hincó de rodillas,

uestos sus brazos en forma de cruz, levantados los ojos amorosamente :ielo, se ofreció en verdadero sacrificio al Señor, que para su remedio de- abrir su costado con otra lanza; con cuya consideracion animado este bien- enturado Padre, espiró diciendo: *Con otra lanzada, mi Jesus, os pasaron el ho; por ella os pido les perdoneis, y les envieis predicadores de vuestro San- imo Nombre*. La segunda lanzada que le dieron fué en la garganta, con la ıal cayó muerto, para comenzar á vivir eternamente en el cielo.

El quinto fué el P. Francisco Antonio, portugues de nacion, de edad de 'einta años, y los doce habia vivido en la Compañía con mucha edifica- ion de todos. Tenia este siervo del Señor por costumbre suplicar á la divi- ia Majestad en las Misas, que por su amor le concediese este singular don del nartirio, del cual tuvo siempre grande deseo. Cumpliósele nuestro Señor por medio de estos gentiles, que le dieron una cuchillada con que le hendieron la cabeza, y otras diversas heridas, con las cuales acabó su santa y dichosa vida.

Estaban ya muertos los cuatro Padres, y con ver su sangre derramada por aquel suelo, no se amansaba la ferocidad de aquellos crueles corazones: án- tes viendo al H. Francisco Arana, que aun estaba vivo, arremetieron todos á él, y le arrastraron dos veces al rededor de un ídolo, amenazándole, que le acabarian de matar cruelmente, si no le adoraba. Pero el constante Mártir respondió siempre con invencible ánimo y fortaleza, que á solo un Dios ver- dadero adoraba, y no á ídolos de piedra, ni á los demonios que hablaban en ellos. Con esta respuesta se les dobló la ira á los tiranos, y atándole de pies y manos le pusieron en un lugar alto, como á terrero y blanco de sus fle- chas, de las cuales le dejaron tan cubierto, que apénas parecia figura de hombre. Despues de muerto hicieron en él muchas crueldades las mujeres y muchachos, rabiosos por la destruccion de sus ídolos. Llevaron luégo las sae- :as teñidas en su sangre, á ofrecerlas á sus dioses falsos, por un rico trofeo.

Quedaron los bracmanes muy alegres, y contentos los idólatras de ha- ›er vengado las injurias de sus ídolos, con la muerte de tantos Padres; y por acerles más fiesta, los ungian con la sangre de los muertos, y llevaban á ›s altares los palos de las lanzas, bañados de la sangre de aquellos siervos : Dios. Poco despues los llevaron arrastrando hasta echarlos en un pozo de ;ua, cubriéndole con ramos, arena y otras cosas, porque no fuesen halla- ›s ni descubiertos. Tambien mataron con los Padres otros cuatro cristianos turales de la tierra, que vivian en nuestras residencias, y tenian cuidado de ; iglesias, y otro portugues de los que venian en su compañía.

De esta manera ofrecieron sus vidas, y derramaron su sangre estos dicho- ; Padres en la flor de su edad, por la exaltacion de la santa fe y predica- n de la ley de Dios, á los quince de julio de 1583.

Estaban en Goa este mismo dia los religiosos de aquel colegio, celebrando con particular consuelo el martirio del P. Ignacio de Acevedo y sus dichosos compañeros, á los cuales habian martirizado en el viaje del Brasil unos herejes de la Rochela trece años antes, tal dia como éste. Y cuando aquella noche les llegó la nueva de lo que habia sucedido en Coculino, oyéndola, de repente causó en toda aquella casa grande pena y desconsuelo, por el amor que tenian á los Padres, y la falta que habian de hacer tales personas en la India. Mas recogiéndose todos á oracion por mandado del P. Provincial que allí se halló, se trocó la tristeza pasada en gozo y alegría, considerando su dichoso fin y glorioso empleo.

Partió luégo de Goa el P. Provincial con más de treinta Padres y Hermanos, para buscar los cuerpos de aquellos dichosos Mártires, y darles sepultura. Llegados á la fortaleza de Rachiol, hicieron muchas diligencias por cobrarlos; pero no habia remedio de que los gentiles quisiesen descubrirlos, hasta que por medio del capitan de la fortaleza, con dádivas, promesas y amenazas, ofrecieron entregarlos; y cuando estaban más descuidados, les dieron aviso que saliesen á recibirlos, porque ya los traian. Juntáronse todos los cristianos de la comarca y los portugueses de la fortaleza, para traerlos el dia siguiente á la iglesia de Nuestra Señora de Rachiol, depositándolos aquella tarde en otra iglesia de S. Antonio, que estaba cerca. Era tanto el deseo que todos tenian de ver aquellos benditos cuerpos, que fué necesario descubrirlos, por el consuelo de los Padres y Hermanos, y de los cristianos que allí estaban.

Tenia el P. Rodolfo sus llagas tan frescas, que le corria sangre de ellas, como si entónces las acabara de recibir. Y con haber tres dias que él y los demas estaban muertos, y habian estado en aquel pozo inmundo, ningun mal olor salia de ellos; ántes la vista de sus llagas causaba en todos tan grande devocion y consuelo, que arrojándose en el suelo, no se hartaban de besarlas, mezclando la sangre de las heridas con la abundancia de las lágrimas que derramaban por sus ojos, pareciéndoles que veian en aquellos benditos cuerpos la gloria de que gozaban ya sus almas. Con esta misma devocion llegaban los cristianos de la tierra, unos mojaban sus pañizuelos en la sangre de las heridas, otros cortaban pedazos de sus vestidos, para guardarlos por reliquias.

El dia siguiente se hizo una procesion muy solemne, con la cual llevaron los benditos Mártires acompañados de muchas luminarias. Llevábanlos en sus hombros los Padres que vinieron de Goa, hasta la iglesia de Nuestra Señora, y en la capilla mayor los enterraron, depositando á cada uno en su caja y con su propio nombre. Dijo el P. Provincial una Misa solemne en hacimiento de gracias, pareciendo á todos, que no era razon de hacer otros sufragios por

aquellos gloriosos Padres, pues habian muerto por la exaltacion de la santa fe y destruccion de la idolatría; y así lo confesaron despues los mismos gentiles, que los habian muerto por estas causas, y porque de nuevo iban á edificar iglesia en su tierra, para acabar de destruir la adoracion de sus ídolos.

Esta gloria del martirio de estos gloriosos testigos de Cristo, reveló Dios en Europa á su siervo el P. Juan Fernandez. Mostróle Nuestro Señor, cómo en la isla de Salsete mataban los gentiles á cinco Padres de la Compañía; y preguntando á un Angel que estaba con él, ¿por qué permitia que los infieles matasen á tan buenos Padres? Le respondió: «No importa que les maten, porque serán Mártires de Cristo». Añade Jacobo Damiano, que un caballero en Nápoles no queria persuadirse que era Mártir de Cristo el P. Rodolfo, ántes no hablaba de él con la decencia que convenia; mas apareciéndosele en sueños el siervo de Dios, le reprendió por ello; el cual suceso fué ocasion de que se aumentase más su gloria y opinion, y esperamos que el Sumo Pontífice, á quien toca ello, lo ha de declarar.

Cuando en la ciudad de Goa se supo el caso, fué extraordinario el sentimiento que hubo en toda ella, por el amor que á los Padres tenian, y porque les pareció grande atrevimiento, que cinco lugares en tierras de Su Majestad, y tan cerca de Goa, hubiesen cometido tan enorme hecho, tomando todos la muerte de aquellos santos Padres por ofensa comun y deshonra propia de cada uno. Por esta causa se levantó en la ciudad un general deseo de ir á vengarla, si para ello les dieran licencia, y destruir la villa de Coculino, y las que con ella se habian confederado. Pero como los gentiles de aquellos lugares eran tan vecinos de los moros, y se tenia experiencia que luégo se pasaban á la tierra firme, pareció al Virrey mejor consejo disimular por entónces, y esperar otra ocasion para darles el castigo que merecian, como se hizo pasados algunos años.

Entre las demas penas que se dieron á estos cinco lugares, una fué privarles de la jurisdiccion que tenian, y darlos por vasallos á dos caballeros principales, de los cuales el uno, que se decia D. Pedro de Castro, queriendo volverse á Portugal, por la devocion que tenia á la Compañía, con licencia del Virrey y Magistrados de la ciudad, renunció la posesion y derecho que tenia de tres lugares de aquellos, en la misma Compañía, para que de aquella renta se sustentasen los novicios que se reciben en Goa.

Los cuerpos de estos benditos Padres estuvieron depositados en la iglesia de Nuestra Señora, junto á la fortaleza de Rachiol, hasta el año de 1597 que se llevaron á Goa, y se colocaron en la iglesia del colegio de S. Pablo de aquella ciudad. Fué la sangre de estos benditos Padres semilla de cristianos, porque sucedió lo que decia el P. Pedro Berna, que fué el tercero de los

que murieron en Coculino. Y así, despues que se regó esta tierra con la sangre de aquellos gloriosos Mártires, comenzó á dar más copioso fruto; porque el año de 1558 llegaba el número de los cristianos en aquella isla á veinte mil; y el mismo año se convirtieron á nuestra santa fe tres aldeas juntas, en las cuales se bautizaron mil y seiscientas almas, sin otras trescientas que se fueron á bautizar al colegio de S. Pablo de Goa, el dia de la advocacion de aquella iglesia.

La una de estas aldeas habia estado casi despoblada algunos años, y la gente de ella era tan obstinada en sus idolatrías, que en sabiendo que alguno trataba de hacerse cristiano, le procuraban quitar la vida; por esta causa andaban muchos vecinos desterrados. Fué Nuestro Señor servido de mudar el corazon de estos obstinados gentiles, por la intercesion de los que habian derramado su sangre en aquella tierra, y estaban rogando por ellos en el cielo. Y de su voluntad pidieron que les predicasen y enseñasen la ley de Cristo, porque la querian recibir y ser cristianos. Y de allí adelante se facilitó de tal manera la conversion de aquellas gentes, que ellos mismos venian á convidarse y á rogar les hiciesen cristianos, y algunas veces pueblos enteros. De suerte que se verificó aquí muy bien lo que dijo Tertuliano, que la sangre de los cristianos era simiente para que se multiplicasen más; y estos cinco gloriosos Mártires, como granos escogidos, muertos por Cristo, fructificaron, no sólo ciento por uno, sino millares.

Cuando llegó á Europa la nueva de tan glorioso triunfo, causó en muchos gran devocion y ternura. El invicto Mártir Cárlos Espínola fué devotísimo del glorioso P. Rodolfo, teníale por su singular Patron, encomendábase á él con particular afecto, propúsole por idea á quien habia de imitar, y por su ejemplo se entró en la Compañía de Jesus y pasó al Japon, para morir mártir como él, lo cual mereció conseguir su grande devocion.

Lo que queda referido del martirio del P. Rodolfo, se ha sacado del libro segundo de las *Misiones* del P. Luis de Guzman, desde el capítulo 8 hasta el 11; y libro 3, desde el capítulo 29 hasta el 33. Del P. Orlandino, en las *Annas de la India Oriental.* Del P. Pedro Iarric, en el segundo tomo de su *Thesauro Indico.* Del P. Antonio Vasconcellos, en *De Descriptione Regni Lusitani.* Del P. Spinelo, cap. 20. De Iacobo Damiano, en su *Synopsi,* lib. 5, cap. 7. De Pedro Ordoñez Zavallos, lib. 3, de su *Viaje del Mundo,* cap. 16. Escribió tambien el martirio de estos cinco Mártires en seis libros de verso heróico el P. Francisco Bencio. Hace mencion de ellos Tomas Bozio *De Signis Eccles.* lib. 7, signo 27; y la *Centuria Martyrum Societatis Iesu.*

Al dichoso Mártir Rodolfo, y sus santos compañeros, celebra Gerardo Montano con estos elogios.

RODOLPHO AQUAVIVAE

Aemula mens divis, et stirpis adorea tantae,
Quaeque per innumeros gloria venit avos
¿Magna quis hoc nescit? Sed nomine clarius illo
Nil potuit pietas, nil dare maius honos.
Gemmifer audierat fundentem dogmata Ganges,
Et fluctus pressit utraque ripa suos.
Nimirum plenis divino e pectore rivis
Manabat vivae vena perennis aquae.

PETRO BERNO

Ecce sacro pascens Coculinam nectare gentem,
Ille cui in cursus India parva fuit,
Lactea submittit nabathaeae colla securi,
Excultamque rigat sanguine Bernus humum.
¿Saeva quid exultas? licet hoc libitina fateri,
Ex illo surget laetior imbre seges?

ALPHONSO PACIECO

Visurus positos, Paciece, sub ignibus Indos,
Qua flavo Ganges decolor amne tumet,
Hesperios cursu saltus, oblataque linquis
Gaudia, nec mentem mattya, honosque iuvant.
Dona quidem spernis Calathis undantia plenis,
Sed crucis e ramis iam meliora legis.

FRANCISCO ANTONIO

Antoni pietas quem mentis, et enthea virtus
Vexit ad excelsum Martyre digna gradum.
Lux optata venit ferro dare colla cruento,
Poenaea charites virgine serta novent.
Iam pia nexilibus nitant altaria Calthis,
Detur, et ad magnum victima lecta Deum.
Heu vitae quis tantus amor, cum gloria laurum
Offerat, et plena praemia mille manu!

FRANCISCO ARANAE

Accensas iterum Cocyti in gurgite taedas
Ventilat infesta torva Megaera manu.
Vulnera pennigero cumulat mortalia ferro
Barbarus, et nervis spicula torta volant.
Unum tot telis pro Religionis amore
Francisci petitur missilibusque caput.
Congere io densam Carnarum in pectore silvam,
Plura tamen telis serta rependet honos.

P. NIEREMBERG.

P. JERÓNIMO JAVIER

FUÉ el P. Jerónimo Javier de nacion español, y del reino de Navarra, sobrino del gran Apóstol del Oriente, San Francisco Javier, y muy imitador de su espíritu. Entró en la Compañía en Alcalá de Henares á 6 de mayo del año de 1568; de allí á poco pasó á la India, y fué Prepósito de la casa profesa de la ciudad de Goa: mas como le guardaba Dios para ministerios más altos, dispuso su divina Majestad que él fuese despues del P. Rodolfo Aquaviva, el que promulgó el Evangelio el año de 1594 en el dilatado Imperio del Mogor, que yace entre el Ganges, el Indio y el Persa. Dos veces habian ido los Padres de la Compañía á la Corte del Gran Mogor, y se habian vuelto con poco fruto. Tornó tercera vez este grande Emperador á hacer instancia, para que fuesen algunos Padres, y sobre esto escribió al Virrey de la India, y al P. Provincial de la Compañía, y envió su embajador con muchas promesas y ofertas. Y aunque parecia, que la experiencia de lo pasado quitaba la esperanza de coger fruto esta vez; pero considerando, que la mano del Señor no está abreviada para comunicar sus misericordias, cuando él fuere servido, y que tiene en ella el corazon de los reyes; pareció, que no convenia negar tan justa peticion, á quien con tantas veras la pedia y deseaba: y así fué señalado para esta mision el P. Jerónimo Javier, siendo Prepósito de la casa profesa de Goa, dándole por compañeros al P. Manuel Pineiro, y al H. Benito de Goes.

Pero ántes de tratar lo que en esta mision hizo el P. Jerónimo, será bien decir quién fué este Rey. Era este gran Emperador de los Mogores, descendiente del gran Tamorlan, y el sexto nieto suyo: llamábase Mahamet Celadin Echebar. La tierra de donde traen su orígen estos Reyes, se dice la provincia de Chaquata, que cae hacia el septentrion entre los persas y tártaros, dejando á la India á la parte de Levante: y aunque algunos tienen á esta gente por tártaros, otros los llaman scitas ó parthos; pero más propiamente son turcos.

Este Rey hizo guerra contra los patanes, que otros llaman partos: venció á su Rey en una batalla, y él quedó por señor de la mayor parte de los reinos de Bengala, y de otros muchos que fué conquistando despues, como eran los baloques, gazares y guzarates, que eran moros, sin otros reyes gentiles de mayor cuantia, de manera que solian andar en la corte de este gran Emperador veinte Reyes vasallos suyos. Su riqueza era muy grande: porque las tierras que ganaba, se quedaban para él; y aunque las repartia entre algunos señores, era con grande pension, y subsidio, y esto no duraba más de por el tiempo que á él le daba gusto, y cuando le parecia las quitaba á los que las tenian, y las daba á otros. La habitacion antigua de estos reyes mogoles, solia ser en la Provincia de Indostan, en la ciudad llamada Delli. Mudóla este Emperador á otra por nombre Agra; y porque se le murieron allí dos hijos, edificó otra nueva y muy hermosa, que se dice Pareful, y otros llaman Lahor, y en ella asentó su corte, é hizo para su morada unos palacios de grande riqueza, hermosura y fortaleza. Era de buena disposicion y presencia, traia en la cabeza toca, conforme á la costumbre de aquella provincia, y en ella muchas sartas de perlas y piedras preciosas. Parecíale muy bien el hábito de los de Europa, y por su gusto solia ponérsele algunas veces dentro de su aposento. Mudaba cada dia la guarda y servicio de su casa: de suerte que luego volvian á servir los mismos de ocho en ocho dias. Era muy sagaz y prudente, y de grande ánimo; y aunque siempre conservaba la gravedad de su persona, era muy llano y afable, y naturalmente piadoso. A un Gobernador suyo y Contador mayor, que le habia sido traidor, tornó á admitir á su servicio, como de ántes; mas á la segunda vez le hizo ahorcar. No sabia leer ni escribir; pero era muy curioso en saber cosas varias, y siempre tenia consigo hombres letrados, á los cuales hacia que disputasen en su presencia, y contasen historias, pareciéndole que con este ejercicio ordinario podia suplir la falta que tenia de letras. Era algo melancólico de su condicion natural, y á esta causa se entretenia con diversos ejercicios, como son ver pelear elefantes, camellos, búfalos, y otras veces gustaba de ver luchar y esgrimir. Tenia tambien para su entretenimiento elefantes y camellos que

bailaban, y estaban enseñados en estas y otras cosas semejantes. Pero en medio de todas estas recreaciones, siempre estaba despachando negocios. El modo que tenia para que pudiesen negociar con él, era este: cada dia dos veces salia á un lugar, donde podian hablarle, y para esto tenia dos patios muy grandes y hermosos dentro de sus palacios, y en cada uno de ellos un estrado de grande riqueza. En el primer patio entraba toda suerte de gente, y allí les daba audiencia. En el segundo solos los capitanes ó señores ó embajadores que venian de otros diferentes reinos á negociar con él. Para estos negocios tenia ocho hombres de los más principales y privados suyos, los cuales repartia por los dias de la semana, para que trujesen las personas que le querian hablar, y tomasen sus memoriales; y eran como maestros de ceremonias, para instruir y enseñar á los que venian de fuera en la cortesia, y reverencia con que le habian de tratar.

II

Camino que hizo el P. Jerónimo Javier desde Goa hasta la corte del gran Mogor.

Partió, pues, el P. Jerónimo Javier con sus compañeros, y tomaron su viaje derecho á la ciudad de Daman, y desde allí pasaron á Cambaya, donde llegaron el año de mil y quinientos y noventa y cinco, ántes de la fiesta del santo Nacimiento, y por haberse de detener allí algunos dias, para edificar en ellos á los infieles y darles, aunque de paso, noticia de nuestra santa fe, compusieron luégo un altar en la casa que tenian, para celebrar aquel soberano misterio lo mejor que pudieron. No perdia el fervoroso P. Javier ocasion de ayudar á las almas; y así aquí en Cambaya redujo á los portugueses á que se confesasen todos: y estaban tan necesitados de que llegase quien les acordase de su salud eterna, y les trujese á la memoria los beneficios recibidos de la mano de Dios, que uno de ellos se habia hecho sacerdote de gentiles, tan encenagado en sus pecados, como se puede creer de quien habia llegado á tal extremo. Tocóle el Señor (que nunca desampara á los suyos) con la venida de su siervo con su poderosa mano, de la cual fué solamente la mudanza que aquel hombre hizo, dejó los ídolos de repente, dejó los gentiles, y haciendo dolorosa penitencia de sus pecados, se entró por las puertas de la misericordia divina, y tornó á las de la Iglesia y comunicacion de los cristianos. Pagaba Nuestro Señor este celo al P. Jerónimo Javier con grandes consuelos de espíritu y divinos favores que allí y por todo el camino recibió. Detuviéronse

algun tiempo los Padres en esta ciudad, por pasar en compañía con seguridad aquellos desiertos, y estar con su ejército cerca de Cambaya el hijo segundo del gran Mogor, á quien su padre enviaba á cierta guerra, y no era justo pasar de allí sin verle. Aderezaron, pues, los Padres su capilla para aquella fiesta de Navidad, y como á cosa nueva concurrieron, no solo los portugueses que por allí habia, sino tambien los moros y gentiles, los cuales decian con grande admiracion: «Aquí está Dios», y puestos de rodillas adoraron al santo Niño, que estaba en un portalillo, besando sus pies, que no era pequeña alegría y consuelo para el P. Jerónimo Javier, ver y considerar que Nuestro Señor fuese así adorado y reverenciado de los que aun no habian recibido su santa ley, ni le conocian por verdadero Dios y Señor.

Soldan Moraz, hijo segundo del gran Mogor, como supo que los Padres habian llegado á Cambaya, les envió á decir que fuesen á su fortaleza, porque los queria ver, y para sólo esto vino desde el ejército, que tenia alojado fuera de la ciudad. Recibiólos con muestras de mucho amor, y el dia de la Circuncision los envió á llamar otra vez, ántes de partirse con su campo. Fueron los Padres á visitarle esta segunda vez á su mismo Real á tiempo que sus capitanes y caballeros venian á darle los buenos dias, y él estaba en un lugar á donde pudiese ser visto de todos; llegaron los Padres é hicieron su comedimiento y cortesía, y recibiólos aún con mayor muestra de benevolencia y agrado, que la primera vez, platicando con ellos, y preguntando cosas de otros reinos, y de esta manera fué hasta subir en su caballo para irse de camino á la guerra. Llevaba este príncipe en su ejército veinte y cinco mil caballos, y cuatrocientos elefantes de pelea, setecientos dromedarios y camellos, y cuatro mil bueyes, y quince piezas de artillería.

En los dias que se detuvieron los Padres en Cambaya, echaron de ver la buena disposicion que habia en aquella tierra, para predicarse en ella el santo Evangelio: porque eran estos gentiles gente muy piadosa, devota y deseosa de su salvacion, y tan limosnera, que en solo un dia se dieron de limosna en aquella ciudad más de veinte y cinco mil pardaos; porque habia hombre que daba cinco mil, y otros tres mil, porque Dios los llevase á la gloria. Y por el mismo fin hacian muchas romerías, y cuando allí estuvo el P. Javier, se averiguó que habian partido en peregrinacion al rio Ganges de diversas partes de aquel reino más de veinte mil personas, porque tenian por bienaventurado el que se bañaba en este rio; y si estando alguno para morir, bebe su agua, le parece que va seguro de su salvacion.

Algunos gentiles y hombres principales de esta ciudad, decian al P. Jerónimo Javier, que si el Emperador su señor diese licencia para que se predicase la fe de Cristo, se holgarian mucho de ser cristianos y bautizarse. Y así

iba determinado este apostólico varon de alcanzar esta licencia del Emperador, disuadiendo en esta ocasion algunas ignorancias que tenia esta gente, entre las cuales fué una bien particular, y era que tenian hecho un hospital de propósito para curar pájaros, y no le tenian para curar hombres, padeciendo mucho los pobres enfermos y necesitados; y no es de menor risa y donaire el modo de vida que tenian algunos religiosos en aquel reino, los cuales vivian en congregacion y se llamaban los Verteas. En una de estas casas vieron los Padres como cincuenta religiosos, que andaban cubiertos con unos paños blancos por todo el cuerpo. En la cabeza no tenian cabellos, ni pelos en la barba, porque los arrancaban todos, excepto unos pocos que dejan en medio de la misma cabeza, y en todo lo demas quedaban como calvos. Vivian estos religiosos con pobreza y no tenian más de lo que sobra de su comida á quien les da limosna. Beben agua caliente, porque decian que el agua tiene alma, y que si la beben sin calentar matarán el alma. Traen tambien en las manos unas escobillas pequeñas, que les sirven para barrer y limpiar el suelo por donde andan, por no matar el alma de algun gusano ó animalillo, si le encuentran por el camino por donde pasan, y por esta misma razon ántes de sentarse en alguna parte barren y limpian muy bien el asiento; y para echar el sello á su ignorancia, traen en la boca un paño de cuatro dedos en ancho, y tan largo, que pueda asirse de entrambas orejas, para que no se les entre algun mosquito ó mosca en la boca y le maten por desgracia. Decian estos religiosos, que há muchos millares de años que el mundo fué criado, y que en este tiempo envió Dios veinte y tres mensajeros suyos, y en la tercera edad envió otro, que son veinte y cuatro, el cual habrá dos mil años que vino, y desde entonces dicen que hay escritura divina, porque los demas no habian escrito nada. Comenzó este siervo de Dios á disputar con ellos sobre estas ignorancias que tenian, y mostraron satisfacerse de lo que les decian, aunque por vergüenza y empacho del intérprete, que era hombre principal, respondieron al P. Javier lo que los atenienses al apóstol S. Pablo: *Audiemus te de hoc iterum;* y así tornaron á hacer instancia para que volviese á su monasterio.

Hay desde el reino de Cambaya hasta la ciudad de Lahor, donde residia el Emperador, doscientas y veinte leguas, y la mayor parte de este camino son desiertos y arenales secos, fuera de las veinte leguas ántes de llegar á la ciudad. En toda esta distancia, ni se encuentra rio, ni fuente ninguna, ni señal de ella, y á las veces corre tan récio viento, que levanta tan grande polvareda y cantidad de arena que cubre los hombres y los deja sepultados; y á esta causa cuando se camina por esta tierra, van siempre muchos de compañía, que llaman la cáfila, la cual lleva siempre un capitan que la gobierna.

En la que iban los Padres habia como cuatrocientos camellos y cien carretas y otros tantos caballos, sin otra mucha gente pobre que va caminando á pie á su abrigo. Cuando es tiempo de partir, manda el capitan de la cáfila tocar los tambores que de propósito llevan para esto, y luego comienzan todos á derribar las tiendas en que estaban alojados. Tornan segunda vez á tocar, y entónces cargan los camellos y carretas y á la tercera comienzan á caminar. Cuando van caminando de noche, por no perder el tino, van delante los que llevan los tambores, tocando siempre, y la misma señal hacen cuando han de parar, conforme á la comodidad de los pozos que hay en el camino, que ya saben donde están, y son de ordinario de cuarenta á cincuenta brazas de hondo, y para sacar el agua, llevan aquella cantidad de bueyes, aunque tambien sirven de llevar su carga con las carretas.

De esta manera caminaron hasta diez leguas ántes de llegar á la ciudad de Lahor, donde habia un buen lugar, con un hermoso rio, y á los quince de mayo de mil y quinientos y noventa y cinco, llegaron á la misma ciudad, ya noche. En sabiendo el Emperador de su venida, les envió á decir con un capitan muy privado suyo, que fuesen bien venidos, y lo mucho que se holgaba de que hubiesen llegado á su córte; y mandó que se les proveyese muy cumplidamente de todo lo que hubiesen menester. El dia siguiente por la mañana fueron los Padres á visitarle, y aunque estaba dando audiencia á mucha gente, los despidió á todos, y mandó que entrasen; hiciéronle su acostumbrada humillacion y reverencia, y él los abrazó y recibió con mucho amor. Estaba con él su hijo mayor, que seria de más de veinticinco años, y algunos señores y capitanes principales. Tuvo con los Padres muchas pláticas de diversas cosas, y despues mandó traer la imágen de nuestra Señora, que el Padre Rodolfo Aquaviva le habia dado, la cual tomó en sus manos con mucha devocion, y tuvo en ellas para que los Padres la adorasen. Díjoles cómo la tenia en mucha estima y junto al aposento donde dormia. Díjole el P. Javier que hacia muy bien su Majestad, porque aquella Señora era la mejor guarda y amparo que podia tener para su persona y estados.

Con esto los despidió la primera vez, encargándoles que se diesen prisa á aprender la lengua para poder tratar mejor con ellos. Aquella misma tarde, estando el Emperador asomado á un corredor, y pasando por allí el P. Javier, lo mandó llamar, y le hizo dar una casa muy buena para su habitacion, y le dijo que mirase el sitio que más le contentase en la ciudad; porque él le mandaria desembarazar luégo, aunque gustaria fuese cerca de sus palacios. Divirtiéndose el Rey á hablar con sus capitanes, tomó el Príncipe la mano y continuó la plática con el Padre, diciéndole que escogiese el sitio que quisiese porque luégo se le daria, y todo lo necesario para hacer iglesia. De ahí á

pocos dias mandó el Emperador que le mostrasen unas casas para ver si le contentaban, y por no ser tan á propósito, le mandó dar otras mejores, que caian debajo de las ventanas de su fortaleza, y junto á un caudaloso rio, por el cual viene á la ciudad mucha abundancia de mantenimientos. De la otra parte de este rio hay de ordinario grande cantidad de tiendas de la gente que viene de diferentes reinos y provincias con sus mercaderías. En medio de él se hace una graciosa isleta, donde todas las mañanas habia un extraordinario concurso de gente, que se juntaba para sólo ver y hacer reverencia á su Emperador, el cual para este efecto se ponia á una ventana de su fortaleza, á vista del mismo rio. Despues de haber hecho su reconocimiento y reverencia al Emperador, solian traer diversos animales para que peleasen unos con otros en aquella isla, de que recibia particular gusto y recreacion.

Túvose en mucho dar estas casas al P. Jerónimo Javier, porque á nadie daba licencia aun para pasar por aquel lugar, el cual guardaban cincuenta ó sesenta hombres de dia, y otros tantos de noche con antorchas encendidas, por estar debajo de las ventanas de palacio. Pero despues que se dieron al P. Javier, se dió tambien licencia para que pudiesen pasar todos los cristianos y los que iban á la iglesia. No mostraba el Príncipe ménos afecto que su padre á las cosas de la fe de Cristo, porque cuando llegó el hato de los Padres que traia la cáfila, como toda ella fué á descargar en una casa que era del mismo Príncipe, fué necesario pedirle licencia para sacarlo; dióla de buena voluntad, y dijo que fuese el H. Benito de Goes á reconocerlo. Mostró ganas de ver lo que traian, especialmente los aderezos de la iglesia, y á esta causa se lo llevó el Hermano todo lo mejor concertado que pudo; hallóle con muchos caballeros y señores, y fuéle sacando cada cosa de por sí. Entre las demas piezas que allí venian, era una imágen de nuestra Señora y un crucifijo, las cuales tomó el Príncipe, y las adoró con tanta devocion y reverencia, como lo pudiera hacer si fuera cristiano. Y porque un moro principal que allí estaba dijo algunas palabras con poco respeto y estima de Cristo nuestro Señor, el Príncipe le atajó y reprendió con palabras tan graves y pesadas, que el moro quedó harto corrido y afrentado de haberlas dicho. Ofrecióle el Hermano, que tomase su Alteza lo que fuese servido de lo que allí venia, porque el P. Jerónimo le habia dado órden que lo hiciese así. Habíale contentado mucho la imágen de nuestra Señora, y así le tornó el Hermano á suplicar que se sirviese de tenerla en su casa con la decencia y reverencia que convenia. El agradeció mucho este presente, y lo mostraba despues en todas las ocasiones y negocios que se ofrecian con su padre.

III

Recibe el Emperador del Mogor al P. Javier con grandes favores.

Acomodados los Padres en esta casa, comenzaron á estudiar la lengua persiana, tomando cada dia leccion de un moro que se la enseñaba. Pusieron tambien escuela para enseñar á leer á los hijos de los capitanes y señores en la lengua de Portugal, cosa de que el Emperador gustó mucho, y así envió algunos de los hijos de los capitanes y señores más principales y privados suyos, y entre ellos tres del Rey de Badaga, muy discretos, y así éstos como los demas se iban aficionando tanto á las cosas de nuestro Señor, y de su santa ley, que cuando se habia de aderezar la iglesia, eran los primeros que se ocupaban en componerla, y si no se lo encomendaban los Padres, se tenian por muy agraviados y desfavorecidos. Eran estos Príncipes de quince, diez y seis y diez y siete años, de tan buen rostro y tan blancos, como si fuesan nacidos y criados en Europa. A uno de ellos aconteció, que estando en casa de los padres, siendo el dia en que los moros ayunaban su cuaresma, este mozo por hacer burla de Mahoma comenzó á comer delante del Moro que daba leccion á los Padres, el cual le reprendió diciendo: Señor, ¿cómo no ayunas? Díjole el niño: ¿Y por qué tengo de ayunar? No sabes, dijo el viejo, que lo manda nuestro santo profeta? Respondióle entónces el Príncipe: Mahoma fué un mal hombre, engañador, mentiroso, con otros mil nombres á este modo, que cuando el viejo los oyó, se comenzó á tapar los oidos. Pero hubo de callar sabiendo la calidad de aquel caballero y áun le pidió perdon por haberle reprendido sin conocerle.

Envió el Emperador á llamar al P. Jerónimo Javier una tarde, y mandó que entrase á un corredor donde él estaba, mostróle sus imágenes, que eran muy ricas, una de Cristo nuestro Señor y otra de la Vírgen nuestra Señora, que se las habia enviado el P. Doctor Pedro Martinez, Obispo del Japon, siendo Provincial de la India, y era tanta la devocion y reverencia con que las tocaba, que dejaba admirados á los que le veian. Luégo hizo sacar allí los libros que habian traido de la India el P. Rodolfo y sus compañeros la primera vez que allí estuvieron, y se los habian presentado, entre los cuales el principal era una Biblia regia. Detuvo al Padre hasta bien tarde, mostrándole mucho amor, y rogándole que procurase saber bien la lengua, que deseaba tratar con él sin intérprete.

En las dos veces que los otros Padres habian residido en aquella corte, ha-

bian hecho, como hasta doscientos cristianos; y aunque no tenian iglesia edificada de propósito, sino una capilla de prestado, procuraban de aderezarla y componerla lo mejor que podian, para que los cristianos se fuesen aficionando á los oficios divinos, y particularmente cuando habia alguna fiesta. Supo el Príncipe, cómo se hacian estas fiestas, y dijo un dia al P. Jerónimo Javier, que si no recibia disgusto, se holgaria que le avisase, para hallarse en alguna de ellas, y ver su iglesia compuesta. Dióle el Padre las gracias de la merced y favor que les queria hacer su Alteza, honrando su casa é iglesia con su presencia. Tratando de esto el Príncipe con su padre, dijo, que tambien queria él hallarse presente, y que le avisasen el dia de la fiesta, y la hora en que habia de ir. Sabiendo esto el P. Jerónimo Javier, mandó aderezar la capilla el dia de S. Antonio de Padua, lo más ricamente que se pudo: porque no sólo los cristianos, pero aun los mismos gentiles y moros trujeron sin pedírselo nadie cuanto tenian en sus casas, que pudiese servir para el adorno de la capilla, y la misma Reina de su propia voluntad envió una docena de velas blancas para el altar, que para aquella tierra era de mucha estima. Vino el Emperador dia de S. Antonio por la tarde, acompañado de un nieto suyo, hijo del Príncipe, con otras dos ó tres niñas, y algunos pajes pequeños. Poco despues vino el Príncipe con muchos caballeros y capitanes, criados de su padre. No consintió el Emperador, que entrasen en la capilla, más que el Príncipe su hijo, y los nietos, quitándose primero los zapatos. Teniánle puesto sitial á su modo, pero nunca quiso asentarse en él, ántes estuvo hincado de rodillas, y puestas sus manos delante del altar, y lo mismo hizo el Príncipe su hijo y los nietos, quitándose primero los zapatos. Salió luego el P. Jerónimo con la sobrepelliz, y él y sus compañeros dijeron una Letania, oyéndola el Emperador con mucha devocion, declarándole, que aquello era suplicar á nuestro Señor, hiciese á su Majestad muchas mercedes, y acrecentase su vida y estado, tomando por intercesores para esto á la Vírgen Nuestra Señora y á todos los Santos, lo cual le agradeció mucho. Fueron luego él y su hijo á ver el altar, mirando cada cosa en particular: y contentándole las imágenes que en él habia, dijo que le hiciesen otras como aquellas, y fuesen todas de oro: porque en ninguna cosa estaba mejor empleado, que en aquellas imágenes, y así lo encomendó á un criado suyo. Dióle el Padre por modo de colacion algunas cosillas que le habian dado los portugueses en Cambaya, comió de ellas muy seguramente, y repartió con su hijo y nietos, sin consentir, que en esto, ni en la bebida se le hiciese salva, diciendo que en casa semejante no era necesaria esta ceremonia. Con esto se despidió, pidiendo le encomendasen á Dios.

Otra vez haciendo unas fiestas públicas, en que se hallaron muchos reyes,

eñores, quiso que las viese el P. Javier y sus compañeros, y por darle gusueron allá. Estando todos en pié delante del Emperador; porque sólo al ıcipe su hijo mandó sentar, y viendo á los Padres que estaban como los nas en pié, dijo en voz alta: «Padres, Padres, asentaos, que estareis cansa. » Hablando otro dia con el P. Javier en palacio, le dijo, que no desampa: su iglesia, porque seria grande pecado, y que á su costa la edificase lué y la casa, de manera que quedase á su gusto, que él daba licencia y faad, para que libremente se predicase la fe de Cristo á todos sus vasallos, : hiciesen cristianos cuantos quisiesen; porque esperaba, que la cristiande su tierra habia de ser mejor que la de la India. Dióle el siervo de Dios gracias de la merced que les hacia, y suplicóle, que le diese una patente, la cual constase á todos sus vasallos ser esta su voluntad. Respondió, donde él estaba no era menester otra patente más, de que entendiesen s, que este era su gusto. Pero echando de ver que recibiria contento el erónimo de tener su provision y patente, le dió una muy cumplida para s sus reinos, y otra particular para el de Cambaya; porque se la pidió bien el P. Javier, acordándose de la buena disposicion que vió en aqueierra, cuando pasó por ella: y en todo lo que entendia le podia dar gus- procuraba, y cuando algunas veces le parecia que no veia alguno de la ıpañía, ni oia pláticas de la fe católica, para consolarlos enviaba al Prín su hijo, que dijese al P. Jerónimo, no tuviese pena, que él habia de tramuy despacio el negocio para el cual le habia enviado á llamar, y que stando bien instruido en la lengua, se desocuparia de otros negocios, y ıria de sólo este.

IV

ere inventar el rey Echebar nueva ley, y el P. Javier compra niños de infieles para hacerles cristianos.

uando este Apostólico varon miraba los favores que hacia el Emperador, ı él como á sus compañeros en público y en secreto, y el afecto que mosa á las cosas sagradas y de devocion; grande esperanza tenia de que se ia de convertir; porque en muchas cosas más parecia cristiano muy anti-, que moro. Traia algunas veces colgado al cuello de una cadena de oro ıermosísimo relicario, que por una parte tenia la imágen de nuestra Se-ı, y por otra un Agnus Dei. Tambien se le echaba de ver la poca estima tenia de la ley de Mahoma; porque no sólo mandó derribar sus templos

y mezquitas, para hacer caballerizas á sus caballos y elefantes; pero ni consentia que en la ciudad ni fuera de ella hiciesen sus ritos y ceremonias, á lo ménos públicamente; con lo cual iba quitando la estima de esta perversa secta del corazon de sus vasallos, viendo el poco caso que su Príncipe hacia de ella. Porque llegó á tal extremo, que no quedó en Lahor templo ni mezquita de moros que se permitiese; las que habia se convirtieron en caballerizas ó alholies públicos; los alcoranes fueron asolados; los dias de viérnes, que son los de fiesta para los moros, por hacer burla de su secta, hacia el Rey fiesta de puercos, haciendo traer cuarenta y más, que irritados unos contra otros, rifasen, y despues esmaltaba en oro los dientes. Fuera de esto la gente blasfemaba de Mahoma. Dióse principio á la conversion y Bautismo de algunos, que mostraron su gran fervor en la fe, no faltando quien sobre la fe y cristiandad comun buscase la perfeccion evangélica.

Todas estas cosas eran claro indicio de cuán convencido tenia este Emperador el entendimiento de la verdad, y los impulsos que nuestro Señor tan continuamente iba dando á su alma, para que la abrazase. Pero quien mirara con atencion otras muchas particularidades que en su modo de vida se descubrian, conociera la rebeldia de su corazon, y la dureza que en él sentia para rendirse al suave yugo del Evangelio; y así se dejaba llevar de la corriente de sus vicios, y costumbres antiguas. Porque se sabia por cosa cierta que adoraba el sol, y cada dia le hacia oracion cuatro veces, por la mañana cuando sale, y al punto de medio dia, y al ponerse á la tarde y á la media noche; y cada vez le rezaba por sus cuentas mil y cuarenta y tantos nombres. Tambien daba grata audiencia á los gentiles, y tenian entrada con él. Fuera de esto gustaba mucho de que le hiciesen reverencia como á santo; y para esto se ponia cada mañana á una ventana de su fortaleza, donde le viesen todos, y postrándose en el suelo le adorasen con cierto género de ceremonias particulares. Tambien le traian muchas mujeres sus hijos enfermos, para que los santiguase, y diese su bendicion, haciéndole promesas particulares si alcanzaban salud, y cuando le traian lo que le habian prometido, por pequeña cosa que fuese, la recibia de buena gana; y si ménos de lo que ofrecieron, se le acordaba muy bien, y se lo decia.

Viendo en este Emperador cosas tan contrarias y diferentes, vinieron muchos á decir al P. Javier por cosa cierta, como lo fué, que pretendia él hacer por sí otra nueva ley, y aun afirmaban que la tenia hecha, y la habian visto algunos de sus más privados, y que toda ella iba fundada en ritos gentílicos, sin tomar nada de la de Mahoma, y que con este intento habia querido tener en su corte hombres doctos en todas leyes, para ir tomando de cada una lo que le pareciese á propósito para la suya, y bien puede ser que hu-

iese sido esta la ocasion de llamar á los religiosos de la Compañía la primea vez que los trujo de Goa. Hizo fuera de esto otras muchas diligencias y pruebas extraordinarias, para averiguar cuál fuese la mejor ley.

Era este bárbaro de grande entendimiento, y no de menor deshonestidad y ambicion de honra; la agudeza del entendimiento le hizo no satisfacerse de las sectas que habia en su tierra, de gentiles, moros é indios. El vicio de la carne no le daba lugar á que abrazase la ley de Cristo, y la ambiciosa soberbia le levantó los humos, para hacerse él autor de nueva ley. Despues que hizo semejante diligencia á la que se cuenta del Rey de Egipto, cogió á treinta niños, ántes que supiesen formar palabra alguna, encerrólos en una casa, poniéndoles buenas guardas y teniendo gran cuenta que ninguna palabra oyesen de persona nacida, para saber en qué lengua hablarian, cuando ya grandes y escoger la religion que guardasen los de aquella lengua. Pero no pudo averiguar nada; porque no pronunciaron palabra distinta, ni clara de alguna lengua. Aunque con esta experiencia no averiguó lo que pretendia este Emperador, en otros casos le dió Nuestro Señor á entender bastantemente la verdad de nuestra fe con raros prodigios.

Uno de ellos fué, que por satisfacerse más este bárbaro de la ley verdadera, escribió en distintos papeles los nombres de todos los autores de leyes que alcanzaba, á saber; como Moises, Licurgo, Mahoma, Camo de Japon y Jesucristo, y revueltas todas, mandó traer una mona muy ingeniosa, para que escogiese y le diese una de aquellas, cuya ley era la verdadera. Estaban delante los mayores señores de su reino y sus hijos. La mona topó primero con la cédula de Mahoma, olióla, y luego haciendo con el gesto asco de ella, la hizo pedazos y comenzó á pisarla con los pies; lo mismo hizo con la de Camo. Topó luego con la de Licurgo, y riéndose de ella, la arrojó en tierra, y como que tambien no hacia caso de ella. Topó luego con la de Moises, á la cual sin gesto ni muestra de desprecio, no hizo sino echarla en el suelo, dejándola caer. Tomó la que tenia el nombre de Jesus, empezóla á venerar y besar, y dando con ella muchos saltos de placer, se la mostró al Rey, dándole á entender que aquel legislador habia de preferir á todos.

Quiso el rey que se hiciese otra vez la prueba, tornaron á escribir otras cédulas y un señor de los que estaban presentes cogió, sin que lo echasen de ver, la de Jesucristo, propusieron las otras á la mona, hizo lo mismo que la vez pasada, pasando las cédulas de Mahoma, Camo, Licurgo y Moises, cuando vió que faltaba la de Jesus, quedó suspensa y muy pensativa, mordiéndose las uñas de las manos. Riñéronla, ¿por qué se estaba así y no daba la cédula del mejor Legislador? Rascábase la mona la cabeza, heria con los pies la tierra, temblaba de rabia ó pena, porque le faltaba una cédula, lim-

pióse las narices, y luégo olió á todos los caballeros que estaban presentes, y cayendo en quien tenia la cédula, toma á su maestro por la mano derecha, y llévale donde estaba aquel caballero que habia escondido el papel del nombre de Jesus, al cual asió con la otra mano, como apremiándole para que se le diese: al fin se le dió, y tomando el animal bruto el nombre de Jesus hizo la misma fiesta que ántes y la misma demostracion.

Esta maravilla no acabó de sujetar la soberbia de este príncipe, para que viese el exceso que hacia Cristo á los demás legisladores, la cual arrogancia era tanta, que llegó á llamarse el Señor de los Reyes, el Esposo de la buena fortuna, el Rey de grandes provincias, Rey de grandísimos Reyes y Dios de los Reyes, el Señor de toda la caballería, Maestro de los que no saben hablar, Emperador de los Emperadores, Vencedor de todo lo que ve, Conservador de todo lo que venció, Formidable á las ocho plagas del mundo, Señor de las provincias que cogió. Destruidor de los ejércitos mahometanos, Despojador de las riquezas de Zeilan, el que vence á los varones por fortísimos que sean, el que quitó la cabeza al invicto Viracualano, el Señor de oriente, austro, aquilon, occidente y del mar, el Cazador de elefantes, el que con el valor militar vive y se gloría. Estos elogios de honras goza el excelentísimo en las fuerzas bélicas que reina y gobierna este mundo. No podia decir más si quisiera ser Dios.

Las tinieblas de esta soberbia le impidieron la luz de la doctrina de Cristo, que enseña tanta humildad; pero no se podia negar, sino que tenia más estma de la religion cristiana que de ninguna otra, como lo mostraba con obras y palabras en muchas ocasiones, aunque sintiendo tanta dificultad en abrazarla, por haber de dejar con ella sus vicios. Quiso hacer esa mezcla de leyes, probando las unas y las otras, para ver si hallaba alguna, que sin mudar su vida le quitase el remordimiento de la conciencia. Pero Dios Nuestro Señor no dejaba de castigarle su presuncion por una parte, y gran tibieza por otra, con varios castigos, con los cuales cooperaba Nuestro Señor á las amonestaciones de su siervo el P. Javier, y condescendia con sus oraciones, en que le pedia humillase aquel soberbio Rey. El primero fué, que un dia de sus fiestas, que llaman dia nuevo, cuando el sol entra en el signo de Aries, le vinieron muy malas nuevas de la guerra, que estaba haciendo el príncipe su hijo segundo en los fines de Cambaya, contra un hijo de Meliche, señor de Chaul y otras islas, que le mataron allí casi veinte mil hombres y mejores capitanes que tenia. El segundo fué, que estando el dia de Pascua de Resurreccion en el terrero de su palacio haciendo fiesta al sol, á quien adoraba, acompañado de muchos señores y caballeros, y de su hijo y heredero, cayó fuego del cielo de repente y se pegó en la tienda del príncipe, que era riquísima, y la

abrasó toda, sin que nadie tuviese ni aliento ni ánimo para ir á atajarle, segun estaban espantados: y no parando allí el fuego, abrasó todo el terrero, con todas las tiendas, alcatifas y tronos, y las demas cosas preciosas y de grande valor que allí habia, entre las cuales fué un trono de oro macizo, que le apreciaban en más de cien mil ducados. Pasó el fuego adelante, sin que hubiese quien le atajase, y entró en los palacios del Emperador y quemó la mayor parte de ellos, aunque eran de mampostería, y el mayor daño fué, y lo que él más sintió, que le abrasó y consumió los tesoros anti- guos y nuevos que tenia encerrados, que valian muchos cuentos de oro, por la infinita pedrería y tapicerías y riqueza que de sus antepasados le habian quedado: y algunos encarecian esto de manera, que afirmaban iba por la calle el oro derretido, corriendo como agua. Otra cosa semejante le aconteció otra vez estando con todas sus mujeres adorando el sol y haciéndole sacrificio, que cayó fuego del cielo, y abrasó todo lo que allí habia.

Con ocasion de habérsele quemado sus palacios, (aunque él lo habia determinado,) se salió luégo de la ciudad de Lahor, y se fué á tener el verano al reino de Coximir, que le habia ganado los años ántes, y llevó en su compañía al P. Jerónimo Javier con el H. Benito de Goes; porque el P. Manuel Pineiro se quedó en Lahor á acabar aquel verano el edificio de la iglesia y casa que estaba ya comenzado. Es el reino de Caximir una de las apacibles tierras y frescas que hay en aquellas partes. Está cercado de unas altísimas sierras, que la mayor parte del año están cubiertas de nieve, y todo lo demas del reino es llano, lleno de fuentes, hermosos rios y frescas arboledas con mucha abundancia de huertas y jardines. Junto á la ciudad de Coximir, que es la principal, hay un monte, en el cual estaba una mezquita de piedra, y a la una parte de ella un trono que ellos llaman de Salomon; porque segun sus fabulas decian, que Salomon vino á este reino y se asentó en él, y desde allí mandó á los demonios que tenian hecha la campiña una laguna de agua que la vaciasen toda, y así quedó la tierra descubierta y muy fértil. Estando los de este reino entre sí divididos, con pasiones y bandos, entró el Mogor con su ejército, y hízose señor de él, lo cual no pudiera hacer con toda su potencia, sino fuera con esta ocasion. Antiguamente eran todos los naturales de esta tierra gentiles, y de trescientos años á esta parte comenzaron á hacerse moros, como ahora lo son la mayor parte de ellos.

Parecióle buena ocasion al P. Jerónimo Javier esta que se ofrecia, del salir el Emperador con toda su casa al reino de Coximir, para traerle á la memoria los beneficios que habia recibido de la mano de nuestro Señor, y los castigos con que le iba amenazando; y procurar que oyese despacio la ley evangelica y se resolviese en recibirla: porque ya sabia la lengua de manera, que

sin intérprete podia tratar lo que quisiese con él. Pero dilatólo para otra ocasion; porque llegados á este reino, cuando el siervo de Dios queria tratar de ello, enfermó gravemente de calenturas, que le duraron más de dos meses. Mostró el Emperador en esta ocasion el amor que le tenia, no sólo haciéndole proveer con mucha abundancia de todo lo necesario, y que le visitase su protomédico; pero viniendo tambien él mismo en persona á verle, que fué uno de los mayores favores que podia hacer, y no fué menor, que estando el mismo Emperador enfermo al fin del verano, cuando ya el Padre estaba en pie, enviándole á llamar, algunas veces le hacia entrar en su mismo aposento donde dormia, lo cual jamas hizo con ningun privado suyo.

Llevó Dios á este su siervo á aquel reino, para remedio corporal y espiritual de muchas almas. Sobrevino una hambre tan notable en aquella tierra, que las madres vendian á sus hijos para poder sustentarse á sí y á ellos. Causó esto grande compasion al P. Javier, y determinó de comprar los chiquillos; porque aunque pobre, esperaba en Dios, cuya causa hacia, que no le habia de faltar para tan buena obra. Fué esto de grande edificacion para los mismos moros, algunos de los cuales le llevaban sus hijos y se los entregaban para que los bautizase.

Entretanto que el P. Jerónimo Javier estaba en Coximir con el Emperador, acabó la casa é iglesia el P. Manuel Pineiro en la ciudad de Lahor, donde habia quedado; porque en todo aquel verano no se hicieron otras obras en la ciudad, más que los palacios del Emperador y la casa é iglesia, donde se dijo la primera Misa, á la cual asistieron todos los cristianos, con mucho consuelo y devocion, porque ya habia buen número de convertidos y bautizados. Por la tarde, fué tanto el concurso de gentiles y moros á ver la nueva iglesia que no podian romper por la calle. Vino tambien el Gobernador con todo su acompañamiento, que era mucho, y despues de visitar la iglesia estuvo en la casa. Decian los gentiles, que en entrando, no podian salir de ella viendo su limpieza, y el concierto y hermosura de las imágenes; otros decian: «Este es el verdadero Dios, y esta la buena ley, creámosla.» Lo mismo sucedió en la córte de Agra, donde se edificó otra iglesia.

V

Publica y extiende la fe de Cristo el P. Jerónimo Javier en entrambas córtes y favorece Dios su predicacion con maravillas.

Entrado el año de 1598, dió vuelta el Emperador á la ciudad de Lahor, el cual tenia guerra con el Meliche sobre ciertas tierras, que se llaman el Decan en la parte occidental de la India, hacia Chaul, y como sesenta leguas de Goa

habia enviado para esta conquista un hijo suyo por capitan, con cincuenta mil hombres, á quien visitó el P. Jerónimo Javier en el reino de Cambaya la primera vez que vino á Lahor. Este Príncipe murió en aquella guerra, y al punto despachó su padre otro de sus hijos, para continuarla entre tanto que él se aparejaba para ir en persona el año de 1599. En este tiempo en la iglesia de Lahor se iban haciendo algunos cristianos; porque el Emperador y sus hijos favorecian la fe de Cristo; mas como ellos no la recibian, deteníase tambien la gente principal de la córte; con todo eso se convertian de ordinario algunos, y la doctrina del santo Evangelio se iba acreditando entre los infieles. Publicóse en Lahor la fiesta del santo Nacimiento de Cristo nuestro Señor, para lo cual mandó hacer el P. Jerónimo un portalico de Belen con su pesebre, donde estaba el santo Niño recien nacido, y fué tanta la devocion que causó en toda la gente, no sólo de los cristianos sino tambien de los moros y gentiles, que por más de veinte dias contínuos acudieron más de ocho mil personas cada dia á visitar el pesebre y adorar á Cristo nuestro Señor, con tantas señales y muestras de devocion, como si fueran cristianos de muchos años. Entre estos vino un gentil hombre noble y principal, que habiéndole nacido aquella noche un hijo, le trujo á ofrecer al santo Niño en el portal, pidiendo que se le bautizasen é hiciesen cristiano, y los padres del niño comenzaron á aprender luégo la doctrina cristiana, con deseo de recibir también ellos el santo bautismo. Los mismos moros se hincaban de rodillas delante del Niño-Dios, aunque los gentiles mostraron mayor devocion; hicieron algunos votos, y le traian dones, conforme á la facultad de cada uno. Pidiéronle algunas cosas que les concedió la Vírgen Santísima. Uno de los gentiles trujo como si fuera cristiano, dos cirios muy grandes, uno para que ardiese en honra del Hijo, y otro en honra de la Madre. Dió juntamente de limosna treinta escudos, los cuales repartieron luégo los nuestros á los pobres. A una mujer contemplando el santo Nacimiento, le movió Dios interiormente de tal suerte, que se determinó de no volver á su lugar sin ser cristiana; y no sabiendo qué órden tendria para serlo, se fué á una mujer gentil que vivia cerca de donde estaba el P. Jerónimo Javier, por cuya direccion fué escrita en el catálogo de los catecúmenos, juntamente con un criado suyo. Un bracman, mirando el pesebre del santo Nacimimiento, repudió sus pogades, y el principal que tenia esculpido en una piedra con grande arte, trujo á los padres para que le desmenuzasen. Semejantes conversiones resultaron de la vista del santo Nacimiento. Y porque no fuese muda la representacion de tan grandes misterios, encargó el P. Javier al H. Benito de Goes, hiciese representar en lengua persiana á unos muchachos una sentenciosa Egloga Pastoril del Nacimiento del Hijo de Dios, cosa que causó no ménos gusto que

estimacion de nuestra santa ley. Con lo cual, y con la ocasion que tenian lo nuestros de declarar á los que venian aquel misterio del Nacimiento, fué un contínua y universal predicacion la de aquellos dias, con que se publicó y dió á entender bastantemente la excelencia de nuestra religion, y se acredit entre moros y gentiles, aficionándose á ella muchos, y no fué el que méno el mismo Príncipe, hijo mayor del Rey, á quien no estorbó el recibirla otra cosa, sino su poca continencia, por estar cargado de veinte mujeres, de la cuales no podia apartar su corazon verdaderamente de carne.

Sucedió aquel mismo año un caso particular, que habiéndose bautizado u hijo de una mora, sin saberlo su madre, determinó de matarle con veneno, porque sus vecinas y amigas la afrentaban, diciendo que tenia hijo bautizad y cristiano. Dió esta desdichada mujer el veneno á su hijo víspera de la As cension, el cual vivió diez y siete horas con él, con grandes dolores y congo jas, hasta que acabó la vida, confesando la fe, no solamente *loquendo, se moriendo;* y en acabando de espirar quedó con tanta hermosura y resplan dor en su rostro, que así los cristianos como los gentiles estaban admirado de ver cosa tan extraordinaria, y como una señal de la gloria que su alm gozaba.

Andaba ya en este tiempo con mucho calor la partida del Emperador para la guerra del Decan, y el Apostólico varon con no menor pena, por n haber podido entender su última resolucion, acerca de recibir el Santo Ba tismo; y pareciéndole que partido á la guerra, no tendria ocasion de poder hablar de propósito en esta materia, se determinó de hacerlo: hallándole u dia en su sala con ménos ocupaciones, le dijo que tenia cierta cosa que tra tar con su Majestad, que le suplicaba le diese audiencia á parte. Retiróse Emperador á lo último de la sala con el Padre, mandando apartar toda gente, y preguntóle, qué queria. Díjole: «Señor, nuestro Superior nos esc be esta carta, la cual quiero leer á vuestra Majestad, y dice así: «Ha cuat años que os enviamos al Rey, hasta ahora os ocupastes en deprender la le gua, ya os podrá entender, sabed de su Majestad, que pues os llamó pa oir las cosas de nuestra santa ley, vea lo que manda de vosotros, para q conforme á su respuesta, sepa yo lo que de vos tengo de disponer.» A es añadió el P. Jerónimo Javier: «Estamos desconsolados, porque vuestra M jestad no nos oye como prometió, y debia oirnos, pues desea acertar con verdad.» Respondió el Emperador: «Yo os llamé para oiros, deseo entend la verdad, y lo que hallare más conforme á razon aceptaré. Ahora voy par el Decan, llegaremos cerca de Goa, y habrá más espacio para hablar de es tas cosas:» y prosiguiendo la plática dijo: «Para eso os llamé, y os llamar en secreto y os oiré; y paréceos poco, que en el tiempo de los moros n

habia quien pudiese decir que Cristo es Dios, que luego no le matasen, y ahora lo podeis decir ¿y preguntar con toda seguridad, y no habeis convertido pocos, que ya se ha logrado vuestra venida?» Procuró el Padre confirmarle en esta determinacion, suplicándole que le oyese, para bien suyo y consuelo de los demás Padres, y él prometió de hacerlo así, y para conservarle en estos buenos propósitos, y obligarle más á llevarlos adelante, sabiendo que habia de hacer el Emperador esta jornada, se le ofreció el P. Jerónimo para acompañarle en ella, lo cual él agradeció y estimó mucho. Y porque habiendo de ir el Padre con él, habia de quedar solo el P. Manuel Pineiro, le pidió licencia para que viniesen otros dos Padres de la India á residir en Lahor, y él se holgó mucho de ello, y mandó dar su provision, así para pasar libremente por sus reinos, como para que les diesen todo lo necesario.

Partió de Lahor el Emperador, y en su compañía este insigne varon y el H. Benito de Goes. Llevaba este poderoso Rey en su ejército cien mil hombres, y tan grande aparato, que para sola su recámara y tiendas de campo iban cargados ochocientos elefantes y siete mil camellos. Con este tan grande ejército llegó á la ciudad de Agra cien leguas de Lahor, y desde allí tomó su camino para el Decan, que no puso poco temor y recelo en las partes de Goa la venida del Emperador, el cual no contento con el favor que habia hecho á la cristiandad en la ciudad de Lahor, dió tambien de nuevo su provision, para que se predicase la ley Evangélica en el reino de Cambaya, que era suyo. En esta corte de Agra no dejó el P. Javier de evangelizar, y predicar á Cristo, á moros y gentiles, y persuadir al Rey tomase resolucion en admitir la religion cristiana, y así fuera de lo que le persuadia por palabra, dió al Rey un libro escrito en lengua pérsica de la vida, milagros y doctrina de nuestro Salvador Jesucristo el cual lo estimó en gran manera, y le mandaba leer muchas veces; porque se deleitaba con su leccion. Pidióle que le diese un tratado semejante de la vida de los Apóstoles. No perdia punto este siervo de Dios, ni dejaba diligencia en que pudiese publicar la fe de Cristo, así en los caminos como en las cortes, así de paso como de asiento. Pero ninguna cosa trujo á los de la corte de Agra al conocimiento de nuestra religion cristiana, como una imágen hermosísima de nuestra Señora del Pópulo, que hasta entónces no se habia puesto en público, porque el Rey no la pudiera. Al fin se puso en la iglesia públicamente con grande adorno y veneracion.

Unas pobrecitas vecinas á la iglesia pidieron licencia al P. Javier para entrar en ella; y así como vieron la imágen, admiradas de su hermosura, la publicaron en todas partes, á cuya fama vinieron aquella misma tarde más de

dos mil personas á ver la santa imágen, y el dia siguiente así como amaneció, ántes que se abriesen las puertas, estaban muchos aguardando para entrar, en tanta abundancia, que no cabian: la imágen estaba colocada en el primer altar con sus cirios de cera encendidos, y con dos velos: y como muchos no podian entrar en el templo, corridas las cortinas se mostraba la imágen á los de fuera: dos niños estaban siempre cerca del altar, los cuales cuantas veces se descubria, declaraban en su lengua lo que representaba aquella Señora y su unigénito Hijo, que tenia en sus brazos; y con esta ocasion se les declaraban los principales misterios de nuestra santa fe; y era cosa de admiracion los efectos raros que causaba en los gentiles y moros la vista de esta imágen. Porque demás de infundírseles un temor grande, se les engendraba en sus ánimos dolor y penitencia de los pecados cometidos, y luégo se les seguia un interior y singular consuelo, con que volvian muy trocados á sus casas, refiriendo los nobles y magnates las maravillas del Señor y de su Santísima Madre, detestando los moros las maldades de su Mahoma, que no era de poca confusion y vergüenza á los de la plebe el sufrirlo; porque de suyo aborrecen todo género de imágenes. Era tanto el concurso de gente que entraba y salia por su órden, estando separados los hombres de las mujeres, que cada dia llegaban al número de diez mil las personas que acudian, que obligaba al P. Javier á ir á comer á las cuatro de la tarde; y con el mismo cuidado estaban de noche, no se levantase algun alboroto de aquel concurso.

Entre los nobles que vinieron á ver esta Señora, fué un señalado capitan, acompañado con más de sesenta soldados de á caballo, y otros tantos de á pié. Este así como se vió delante de la imágen, se dejó llevar tanto de la admiracion, que casi quedó privado de los sentidos: siguiéronle los que le acompañaban, los cuales volvieron á sus casas con grande espanto, contando lo que habian visto, y haciendo que sus mujeres con sus criados y criadas viniesen á lo mismo. Recibiólas el P. Javier con grande cortesía, echando fuera del templo á todos los demas.

Un Ministro del Rey, de grande autoridad, y moro de nacion, por causa de los negocios que tenia á su cargo, no pudo venir á la iglesia sino muy de mañana. Fué llevado á ella por el P. Javier; así como miró la santa imágen, no pudo por algun tiempo apartar la vista de ella, ni hablar palabra, por el grande temor que habia concebido dentro de sí, ántes derramaba en abundancia muchas lágrimas. El P. le mandó sentar, y con esta ocasion le comenzó á tratar de las cosas divinas; mas el moro, ni podia reprimir las lágrimas ni quitar la vista de aquella soberana Señora. Entónces el P. le preguntó: «¿Porqué Mahoma y sus secuaces prohiben el uso de las imágenes y su culto le

:n por impío, pues por ellas experimentamos tan insignes efectos de con-
:iones y mudanzas de ánimo?» Respondióle el Ministro Real: «Los mo-
le ninguna manera alcanzan estas cosas». Despues llenó de calumnias á
oma, y ensalzó á Cristo y á su Santísima Madre con muchas alabanzas,
o se podian esperar de un bueno y perfecto cristiano. Detúvose en la igle-
iasta que fué muy de dia y cargó toda la gente que solia. Volvió tan lle-
le alegría y consuelo á su casa, que no hacia sino alabar nuestra santa fe.
uchos príncipes vinieron varias veces acompañados de los nobles y sá-
as del reino, á ver la santa imágen, y decian que los Padres habian he-
injuria al Rey, en no haberle dado cuenta de una cosa tan digna de ser
ι, y saliendo de allí, se fueron derechos á palacio y contaron al Rey lo
habian visto. El Rey les dijo, que ya tenia noticia de la imágen, mas le
ió el deseo de verla y mandó que se la trajesen donde él estaba. Así como
› que estaba ya dentro de su palacio, se holgó mucho, y cuando llegó á
resencia, cubierta con un paño negro viejo, ofreció su púrpura para que
ıbriesen. Despues le corrieron los dos velos que tenia y se bajó de su tro-
y medio quitada la tiara que tenia en su cabeza, la veneró, deleitándose
ran manera con su vista, y como suspendiéndose con ella. Los sátrapas
le asistian, no se atrevian á hacer lo mismo, él los llamaba á cada uno
su nombre, para que la mirasen mejor, cada uno la admiraba, y engran-
an á Cristo Señor Nuestro, y á su Madre Santísima con grandes alaban-
con no pequeño gozo y alegría del P. Jerónimo Javier.
lostróse el Rey muy aficionado á la santa imágen, y deseoso de conceder
quier cosa que le pidiesen para su culto. Luego pidió, que siquiera una
ıe se la dejase en su aposento; estando ya colocada en él, le dió grande
:racion, quitándose de todo punto la tiara de la cabeza, lo cual hasta en-
es no habia hecho, quiso tambien tenerla de noche para mostrarla á sus
eres é hijas, y aunque todas eran mahometanas, daban grande honra y
rencia á la santa imágen, pidiéndola con el Rey favor en sus necesida-
Entre estas mujeres habia una que sentia mal de nuestra religion, y des-
ıtónces se vió tan trocada, que comenzó á tener buena opinion de los
anos. Despues volvieron la imágen á su casa con grande alegría y con-
› de todos.
pueblo no se entristeció poco, cuando supo que la imágen se habia lle-
á palacio: porque entendió que habia de privarse perpetuamente de
bien; pero vuelta á su antiguo lugar, hubo el mismo concurso de gente
a venia á visitar como de ántes, con grande gozo y alegría; mas duróles
porque la volvió á pedir el Rey para que la viese su madre, que era
vieja, y como no se la habian mostrado cuando la llevaron á palacio, la

vino tan grande deseo de verla, que el Rey pidió segunda vez se la trujesen. Al fin se le hubo de conceder lo que pedia, fué recibida con mayor veneracion, así de la madre como de toda la familia real, y habiéndola vuelto á su santo templo, le pidió tercera vez con ánimo de copiarla, por parecerle muy hermosa: mas no pudieron los pintores llegar á sacar aquella perfeccion que tenia. Fué mucha la devocion que se introdujo en aquel paganismo con la Madre de Dios, haciendo ella no pocas misericordias, aún á los que no eran cristianos, mostrándoles Dios con maravillas que obraba la verdad de nuestra fe. Iban á la iglesia ofreciendo muchos dones á Dios y á la Vírgen Santísima, aún los moros y gentiles, y valiéndose de esta Señora, como de Patrona y Abogada para con Dios en las cosas adversas que se les ofrecian. Entre estos fué la mujer del Virrey, que aunque mahometana, fué á visitar á la Señora María, (que así llamaban á la Santísima Vírgen,) ofreciéndole un grande don, y obligándose con voto de visitarla á menudo, si le daba un hijo, que con tantos ruegos le pedia, para que fuese heredero de sus muchas riquezas.

Otra matrona oyendo lo que obraba Dios por intercesion de esta soberana Señora, concibió tal afecto para con ella, que hizo voto de visitar su imágen, y ofrecerle muchos dones, si le concedia el tener un hijo. Oyó la Santísima Vírgen sus ruegos, y le dió el hijo que pedia, y vino á la Iglesia á cumplir su voto y á darle gracias por el beneficio recibido: mas no sólo por la intercesion de su Madre confirmaba Dios con maravillas la verdad de nuestra santa fe, sino por los méritos de otros Santos, y otros sagrados medios.

Un hijo del Gobernador estuvo muy enfermo, á quien su padre amaba tiernamente, y viendo el peligro que tenia, acudió á un Padre de los nuestros, que le diese algun remedio para la salud de su hijo. Escribióle el Padre algunas palabras del santo Evangelio, y en poniéndoselas al niño, quedó luego sano con grande admiracion de todos. Sucedió tambien una milagrosa cura de otro niño, el cual estando con una enfermedad peligrosa, sin bastar muchos y diversos remedios á darle mejoría alguna; fué llevado á la iglesia por su padre, que le amaba tiernísimamente, y uno de los Padres le dió unas reliquias de Santa Margarita de Chaves, viuda santísima, y las metió en un poco de agua, y le mandó al niño que la bebiese, pidiendo á Dios fervorosamente su entera salud. Luego que el niño hizo lo que le mandaron, se le mudó el rostró y se le quitó la calentura y enfermedad repentinamente.

VI

Acompaña el P. Jerónimo en sus guerras al Rey Echebar, y hace muchas obras del servicio de Dios, extendiendo la fe entre los gentiles.

Partido el Rey de Agra para la guerra, no faltaron al P. Jerónimo Javier, que le siguió siempre con su compañero, buenos empleos de su mucha caridad, porque entre tanta multitud de bárbaros hacian una vida celestial, dándose mucho al trato de Dios en la oracion. Celebraba cada dia el P. Jerónimo y ayudaba á la Misa el H. Benito, no perdiendo ocasion de hacer la causa de Jesucristo, así con el Rey, procurando acabar de reducirle, como con muchos otros, cuanto podia dar lugar el ruido de las armas. Despues de muchas victorias y señoreádose del reino del Decan, llegó el bárbaro á cercar la fortaleza inexpugnable de Sina, donde estaba el Rey Miramo de Brencempur, aliado con los portugueses: faltóle pólvora y municion al Mogor, llamó á su tienda al P. Jerónimo, pidió escribiese á los portugueses de Chanul, para que se la enviasen, que él tambien despacharia sobre lo mismo sus reales cartas. Respondió el siervo de Dios, que le mandaba Su Majestad una cosa muy injusta á los portugueses, y por consiguiente el pedírsela él por ser contra las leyes cristianas. Porque á lo que parece, hacia aquel bárbaro guerra injusta, y tambien porque no era lícito quebrar las paces que habian hecho los portugueses con el Rey Miramo. Embravecióse el Mogor de la respuesta tan libre del Padre, desterróle de su reino, mandándole tornar á Goa. El siervo de)ios, que no tenia ménos valor por hablar, que para obrar, quiso luégo parrse; pero detuviéronle algunos señores, porque en el camino no le mandase ıatar el Rey, y porque conocian su condicion, que pasada la cólera, echaria : ver la razon. Sucedió así, y el Rey quedó tan su amigo, ordenándolo así providencia divina para con sus predestinados, para que no se perdiesen gunas almas, que se perderian con la ausencia de este apostólico varon.

Pero aunque le faltó al Mogor pólvora para batir la fortaleza, no le faltó o para pagarla: corrompió con liberales dádivas á algunos capitanes de ella, ımprando de esta suerte la plaza que no pudo conquistar. Mandó llamar chebar á siete capitanes ó régulos que cautivó, preguntóles, qué religion seuian; y respondiendo, que la de Mahoma, se enojó mucho, mandándoles traır muy mal. El P. Javier se los pidió al Rey por merced. El cual respondió: Estos siete reyes moros, yo les habia de mandar matar; porque siendo desendientes de cristianos, han seguido la impía secta de los sarracenos; mas

pues vos me los pedis, yo os los entrego totalmente, para que hagais de ell lo que quisiéredes». Agradeciósclos el siervo de Dios, y de tal modo los h bló y agasajó, que convirtió á todos siete. A otros muchos de esta fortale fué causa de la vida eterna, fuera de otros que en el discurso de la jornad se lavaron con la sangre del Cordero en la fuente del Bautismo. Y para q se vea la providencia altísima de la predestinacion eterna, hallaron á caso e un asqueroso muladar una criatura muriéndose, que allí habia arrojado alg bárbaro; cogióla el Padre, y bautizóla, y luégo espiró, y entró en las morad eternas á hacer compañía á las Potestades y Principados del cielo, para q se cumpla á la letra aquello del Salmo, «que levanta Dios al pobre del esti col, para colocarle con los príncipes de su pueblo.» Todo esto le parecia mu bien al Rey Echebar, y favorecia cada dia más las cosas de la religion cri tiana, porque era la que más le satisfacia.

En estas guerras fueron cautivos del gran Mogor cuarenta portugueses, a gunos con sus padres y mujeres, y llevados parte á la corte de Agra, don con la seguridad que tenia, que no se podian huir, les dió libertad, y la may parte dejó en una fortaleza. De estos no se acordaba nadie, si no era el P. J rónimo Javier, que entrando la Cuaresma trató de visitarlos. Hizo instancia co el Rey, pidiéndole, que pues era tiempo de Cuaresma, en que los cristian cumplen con las principales obligaciones de su religion, diese licencia pa que los fuese á visitar, predicar y administrar los santos Sacramentos. El R hizo comparecer á los cautivos, mandando que sin dilacion alguna viniesen Agra, donde el Padre no solamente alcanzó que les quitasen las prisiones, diesen libertad, sino tambien lo necesario para su sustento y vestidos. Dijo e Rey públicamente, que todos los cautivos eran dignos de muerte, por hab muerto en la guerra á muchos de los suyos; mas que por el P. Javier les co cedia la libertad y vida. Despues uno de los mayordomos del Rey, con falso títulos y pretextos los vendió á un armenio. Tornóle á rogar el Padre al Re los volviese á su casa, porque si los ausentaban léjos, no los podria instru en la fe, sino que la irian olvidando con el tiempo. Otorgóle la peticion, despues de vueltos bautizó algunos niños el P. Javier. Tambien libró á otro cincuenta portugueses y quince esclavos, que padeciendo naufragio aportaro al Mogor, donde fueron cautivos.

No se olvidó este siervo de Dios despues de las guerras en continuar tam bien la predicacion á los gentiles, así con sus fervorosas palabras, como co sus virtuosas obras y ejemplos de caridad, con santas novedades para aque tierra, con que predicaba por todo aquel imperio: entre ellas quiero contar e ta. Una mujer mora halló en la calle una niña arrojada: ella movida á com pasion y lástima, la llevó á la iglesia de la Compañía. El P. Jerónimo viend

á la inocente criatura, la bautizó, y poco despues que estuvo limpia con la sangre de Cristo, murió y subió aquella alma á gozar de la gloria celestial. El siervo de Dios trató de hacerle un solemne entierro, compuso lo más decente que pudo el cuerpo de la niña, descubriéndole el rostro y poniéndole en la iglesia á vista de todos: fué tanta la multitud de personas que concurrieron á verla, que parecia una fiesta muy solemne. A la tarde acompañaron muchos el cuerpo, el cual puesto en un ataud muy adornado de flores y luces, lo hizo llevar por medio de la ciudad. Esto causó tanta autoridad de nuestra santa fe, así en los gentiles como en los moros, que todos alababan y predicaban la grande caridad que los cristianos muestran con sus difuntos.

Otra santa novedad, con que se movió mucho aquel numeroso paganismo, fué el ver celebrar las festividades del año, y en particular la Semana Santa. El Jueves Santo ordenó el P. Javier una procesion de disciplina en memoria de los azotes de Cristo Nuestro Señor. Asistieron á verla muchos paganos, que admiraban á su parecer aquella sangrienta crueldad y nunca vista. Uno de los neófitos no hallando vestido á propósito para aquel penitente acto, se fué con sus ordinarios vestidos; y otro, sin tener noticia del uso de Europa, salió con una viga atada á los brazos, extendidos en forma de cruz. La Pascua de Resurreccion se hizo otra procesion muy festiva, con músicos instrumentos, y á lo último iban los Padres cantando himnos y Salmos, y uno de ellos llevaba una imágen del Niño Jesus muy perfecta, que se habia traido de Portugal, asistiendo á verlo mucho concurso de gente, con el sosiego y quietud que pudiera haber en España.

VII

Muere el Rey Echebar, y el P. Javier gana la voluntad de su hijo, convenciendo y confundiendo á los moros en varias disputas.

No cesó este apostólico varon de instar con el Emperador, y persuadirle que se determinase á recibir la fe de Cristo; mas no mereció la incontinencia y soberbia de este príncipe tan gran merced de Dios, y así murió sin saberse en qué ley. Fuéle á ver el P. Jerónimo Javier en su enfermedad algunas veces; mas no le dejaron entrar sus sátrapas, que fué de increible sentimiento para el celoso Padre, que continuó los mismos oficios con el hijo heredero del reino, el cual aunque á los principios favoreció á los moros, haciendo algunos agravios á los cristianos para asegurarse en el imperio, le vino á ablandar el P. Javier, y favoreció los cristianos; y así aunque los moros prohiben el uso de todas las imágenes, este Emperador del Mogor favorecia mucho su

veneracion y culto, adornando todo su palacio con imágenes de Cristo Señor Nuestro, de su Santísima Madre y demas Santos, con algunas historias de la Sagrada Escritura, recibiendo particular gusto en que se las declarasen. Teníalas con grande adorno y decencia, estimándolas mucho y escribiendo por todo su reino cartas firmadas de su real mano, en que encomendaba á todos el uso de las sagradas imágenes. De aquí se puede colegir el grande afecto y devocion que tuvo este Monarca á nuestra sagrada religion, dando algunas esperanzas de su conversion, con lo que obraba y decia de ella.

Pero como lo que más apartaba de nuestra fe á los gentiles y moros del Mogor, era la abundancia de mujeres que tienen, que tanto repugna á la ley de gracia; una tarde propúsole el Rey esta dificultad al P. Javier, el cual, para quitarle este miedo, le dijo, que no habia medio más eficaz para ello, que determinarse firmemente á abrazar la fe de Cristo, que él daria gracia para que lo imposible se hiciese fácil. A las cuales razones se opuso un moro, diciendo: «Bien habla ya el Padre, que poco ántes habia mostrado lo contrario en David, el cual como fuese gran profeta y tuviese muchas mujeres, con todo esto dijo, que habia pecado». Respondióle: «Con el ejemplo de David tan solamente se declara la fragilidad humana, principalmente en aquel tiempo, en el cual la ley de Cristo aun no estaba promulgada, y no se habia experimentado tanto la eficacia de la divina gracia, para vivir con continencia, como despues que vino Cristo lo han hecho infinitos cristianos, y muchos príncipes y reyes». «Yo confieso (replicó el Rey) ser cosa muy difícil el vivir con la continencia de una mujer sola; y que si no fuera por ella muchos recibieran vuestra ley; y así, si un Rey como yo tuviera muchas mujeres, y se quisiera volver cristiano, ¿qué le mandaríais que hiciese»?—«Ante todas cosas», dijo, «que de todas las mujeres que tenia, escogiera sola una, y las demas repudiase».—«Bien está», dijo el Rey, «mas si la escogida fuera ciega, ¿qué haria entónces?»—Respondió el Padre: «Su culpa seria en no escoger otra sin este defecto». ¿«Y si despues de casada se privara de la vista»?—«Ninguna dificultad hubiera entónces», añadió el Padre, «porque la falta de vista no impide el acto conyugal».

Con esta ocasion dijo mucho el P. Javier de la eficacia de la gracia de Cristo, para cumplir su santa ley; aunque los moros que eran dados á la sensualidad argüian fuertemente contra el Padre; mas el Sacerdote de Cristo, con el peso y gravedad de sus palabras, los convencia, obligándolos á callar, y á que no le pusiesen las manos, lo cual hubieran hecho, si no estuvieran delante del Rey.

En otras varias ocasiones disputó el siervo de Dios con los moros; pero más principalmente en Agra, donde duró la disputa más de un mes, pero interpoladamente, donde sucedieron muchas cosas dignas de contarse, que bre-

emente diremos, no porque las califique por disputas, sino por escarnio de ›s moros, cuyos disparates el siervo de Dios reprendia; y así fueron más pro›iamente reprensiones de sus delirios, que disputas de dificultades.

Holgábase mucho el Rey de ver algunas imágenes de papel que el P. Jeónimo Javier le daba, en las cuales se declaraban algunos misterios de nuesra santa fe, ó de santos que los cristianos veneran y reverencian. Una tarde juiso que le trujesen algunas, y como las mirase despacio y no entendiese o que representaban, llamó á los Padres para que se lo declarasen. La prinera de todas fué del Rey David penitente é hincado de rodillas, que como uese reprendido del profeta Nathan, decia el santo Rey á Dios: «Pequé, Señor», con lo cual mereció oir del Profeta: «Tambien el Señor perdonó tu pe:ado». Y como el P. Jerónimo declarase al Rey esta historia, un capitan sar-aceno interrumpió la plática, y la explicó como se contenia en su Alcoran. Viendo el Padre que este se apartaba de la verdad, pidió al Rey licencia, porque le queria declarar brevemente la historia de David, como la refieren as Sagradas Letras. El Rey se la dió. Llegando, pues, á decir el adulterio que habia cometido con Bersabé, los sarracenos comenzaron á dar voces, diciéndole, que mentia evidentemente, porque los profetas jamas pecaron ni pudieron pecar. Replicóles el Padre: «¿Confesais que David lloró?» Dicen ellos:—«Es verdad, por el homicidio, pero no por el adulterio».—«Luégo si concedeis que contrajo el pecado de homicidio, ¿porqué afirmais que los Profetas no pudieron pecar? ¿qué más tiene un pecado que otro? De más de esto los ángeles siendo tan adornados y enriquecidos de dones, así naturales como sobrenaturales, pecaron; los Profetas que no son sino hombres, ¿quién negará que pudieron pecar? Y el Profeta David en muchos de sus Salmos no se avergüenza de confesar su pecado cometido contra Dios, y que lo lloró contínuamente con abundancia de lágrimas». Oyendo esto los moros se avergonzaron, y no se atrevieron á hablar palabra, reprendiéndoles el Padre sus ignorancias y errores.

Asistíale al Rey un hombre insigne, de grande autoridad y ciencia entre los suyos, el cual tenia por oficio entretener al Rey de noche, mientras se queria dormir, y de dia en la siesta, leyéndole varias historias, á que era inclinado, á la manera que al Rey Assuero le leian los *Anales de su reino*. El Rey estimaba mucho á este hombre, así por su doctrina, como por ser descendiente de nobles mahometanos. Este moro, oyendo las razones del P. Javier, se volvió al Rey, y le dijo: «Los cristianos no tienen Evangelio ni Salmos ni el Pentateuco de Moises, sino interpolado».—«Antes es al contrario», dijo el Padre, porque los cristianos darán mil veces la vida, porque no se les mude en las Sagradas Letras un ápice ó una palabra».—Replicó el moro: «Aunque eso sea

así, haránlo vuestros reyes con el poder que tienen».—«De ninguna manera», añadió el Padre, «porque ni los reyes tratan la ley ni sus libros, ni ménos que los súbditos están sujetos á los prelados, á quien toca el cuidado de las cosas sagradas».

El Rey mudando de conversacion, preguntó al Padre, ¿en qué lugar tienen los cristianos á Mahoma?—«Decimos», respondió el siervo de Dios, «que fué hombre gran pecador, y que el nombre de profeta lo usurpó para sí injustamente».—Entónces dijo el Rey: «Luego de ninguna manera fué profeta, sino pseudoprofeta, esto es, profeta falso».—Respondió el Padre: «Así es verdad». Lo cual mandaba el Rey repetir muchas veces, riéndose de Mahoma y de los que le seguian, indignándose grandemente los que se hallaron presentes contra el Padre, á quien acusó aquel moro que leia al Rey, de mentiroso, diciendo, que en el mismo Evangelio se hace mencion de Mahoma y de su venida. El Rey pidió se le declarase si era verdad. El siervo de Dios dijo que no; diciéndole, que en el Evangelio no se hace mencion de algun nuevo profeta, ni de otra ley nueva, ni de otra venida del Hijo de Dios hasta el dia del juicio. Oyendo esto se admiró y lo mandó repetir algunas veces. Preguntó segunda vez el Rey, si podia tenerse á Mahoma por Profeta: el Padre se lo negó por dos ó tres veces. Entónces el lector enfadado, dijo, que no era conveniente que el Rey oyese á semejante hombre, que era apóstata de la fe; y enojado se fué de la presencia del Rey.

Otro dia por la tarde movió el Rey la misma plática, y preguntó públicamente á este insigne varon, qué opinion tenia de Mahoma; y juntamente hizo llamar á su lector, que por lo que habia sucedido el dia ántes, estaba retirado con grande enojo: «¿Oyes Nagibuscan (que este era su nombre) lo que dice el Padre, que Mahoma es pseudoprofeta»? A las cuales palabras no quiso responder, sino con muchas calumnias, diciendo, que más digno era de muerte el P. Javier, que no que le oyesen con aplauso. Rióse á esto el Rey con grandes muestras de contento y gozo, dándose con la mano en las rodillas, mandando al lector que no se fuese.

Entónces el P. Jerónimo propuso al Rey, que aquello no se habia de averiguar con amenazas é injurias de Nagibuscan, sino con razones graves y serias.—Respondió el Rey: «Bien has dicho»: y vuelto á Nagibuscan, le dijo: «Tú prueba, cómo Mahoma es verdaderamente profeta».—El por el estilo de su Alcoran, para prueba de esto, comenzó á traer muchas fábulas y cuentos de viejas, y tantos disparates, que el Rey enfadado le mandó callar. Arguyó le el Padre de falso en todo lo que habia dicho, con evidentes razones, y queriéndoselas refutar el lector, salió otro capitan de los que asistian al Rey, diciendo: «Esto no se puede probar, sino con historias naturales, que habemos

ıido por tradicion de nuestros pasados. Y cuando no hubiera más que una, e se cuenta por milagro, obrado por Mahoma, bastará para tenerle por pro- a, y es que restituyó una vez la luna á su lugar, que se habia caido del cielo la tierra». El apostólico varon comenzó á argüir de falso tan gran dispa- te, y volviéndose al Rey, le dijo: «Advierta V. Majestad, que es tan gran- la luna, que si cayera del cielo á la tierra, no solamente ocupara todos los inos de la India, sino la mayor parte de Europa; y si realmente hubiera ontecido esta caida de la luna, no dejara de haber alguna memoria en toda tierra de esta maravilla y portento, que dicen obró el falso profeta Maho- a. De tal manera agradó esta razon al Rey, que la mandó repetir pública- ente delante de todos, y lo mismo hacia á las demas respuestas que daba te prudente Padre á las objecciones que le ponian los moros. Despues el ey puso los ojos desde léjos en un gentil de los de su casa, y le llamó, y pre- ıntó si era Mahoma profeta. Él con grande ánimo públicamente dijo, que a Profeta falso, de que se rió mucho el Rey.

La fama de esta contienda, que duró muchos dias, se divulgó por toda ciudad, y los moros viéndose convencidos y afrentados en ella, empezaron aborrecer al P. Jerónimo Javier, y á tratar de quitarle la vida, esperándole ıda noche, cuando saliese de palacio; mas Dios le libró siempre milagrosa- ıente.

Otra tarde de las que duró la disputa, como el Rey estuviese mirando entamente una de las imágenes pequeñas, que le habia dado el Padre, en ue estaba la figura de Cristo crucificado, le preguntó la representacion de quel misterio. El siervo de Dios tomándola en la mano, lo primero que hizo é adorarla devotamente, y ponerla sobre su cabeza, y despues de explicar- lo que significaba, uno de los moros le hizo un reparo: que porqué él y los istianos, que tanto aman á Cristo, consienten que le pinten con tan ignomi- osa afrenta. A esto le respondió, que mayor honra se les seguia en tener empre delante de los ojos esta imágen, viendo que aquella muerte tan in- me no la habia padecido aquel Señor por algun maleficio suyo ni pecado, ıo por los ajenos de todo el género humano, y esto no violentamente, sino n mucha voluntad y gusto suyo, padeciendo lo que nosotros habíamos de decer: y así siempre que miramos esta sagrada imágen, refrescamos la me- ›ria de lo mucho que debemos á aquella Divina Majestad; y no es mucho, conociendo este divino amor, demos mil veces las vidas por él. Y vol- ndose al Rey, dijo: «Y si no mire V. Majestad, ¿qué le debiera á un súb-), que por conservar la vida de V. Majestad, se entregase él mismo de su ıntad á la muerte con grandes afrentas y crueles heridas? Pues esto y mu- más debemos á Dios, el cual con mayores ventajas se entregó á la muer-

te por nosotros; y no es mucho que la imágen de Cristo crucificado nos se tan familiar, pues nos representa un grande é inmenso amor, por el cual debemos dar nuestras vidas».

Agradóle esto al Rey, y dijo que todo era conforme á razon; pero todo esto y otras grandes diligencias que hizo este apostólico varon, no bastaron para que el Rey se bautizase. Grandes fueron los juicios divinos en estos do Príncipes del Mogor, padre é hijo; porque quedándose ellos en sus tiniebla fueron ocasion de que la luz del Evangelio recibiesen muchos y se dilatase e grandísimas provincias del Oriente: porque no sólo en los reinos del Mogo sino en otros extendidísimos resplandeció su luz. Dos embajadores del Re de Persia, que vinieron al Mogor en tiempo del P. Javier, se bautizaron, y des pues devueltos á su tierra, publicaban y predicaban en ella la verdad de nues tra ley. En otros muchos reinos orientales se publicó con esta ocasion.

Estando el P. Jerónimo en la ciudad de Lahor, ántes de partir con el Emp rador Echebar á la guerra, hablando un dia con el Príncipe su hijo, llegó allí u mercader, que era famoso en aquella tierra, hombre de sesenta años, y t rico, que viniendo entónces de la casa de Meca, habia ofrecido en ella de mosna cien mil ducados, como él mismo lo confesó al Príncipe, que ya lo s bia por otra via; y de propósito le preguntó, si era verdad, y la causa porq habia dado tan gruesa limosna? Respondió á esto el mercader, que por ver ya viejo, y que habia de morir presto, quiso ántes ofrecerlo por su mano, q no dejarlo en poder de otro que se lo consumiese.

Habia residido este hombre en el Jetay, que otros llaman Catayo, doce trece años; y como se tenia noticia de esto en aquel reino, quiso el P. Jeró mo Javier aprovecharse de la ocasion, y suplicó al Príncipe que le pregunta algunas cosas de aquella tierra; pues como testigo de vista, podria dar de e más cierta relacion que ningun otro. Deseaba el Príncipe, no ménos que Padre, y así le fué haciendo diversas preguntas, y entre las cosas señalad que el mercader dijo al Príncipe, y despues á este siervo de Dios, son que aquí diré:—Qué tiene este reino mil y quinientas ciudades, y algunas ellas muy pobladas. Los que hablan con el Rey, siempre lo hacen por escr y peticion, y él responde por alguno de sus eunucos. La gente es blanca bien dispuesta, y de buen parecer. Tienen todos comunmente la ley de C to, y los cristianos entre ellos se llaman jesuitas. Tambien hay algunos q siguen la ley de Moises, y estos se llaman musavis, y otros que guardan la Mahoma; pero el Rey es cristiano, y acude de ordinario á las iglesias, q hay muchas y muy buenas, y en cada ciudad principal suele haber doce trece, y en cada una de ellas un sacerdote, á quien todos hacen mucha co sía y reverencia, y le llevan sus ofrendas. El hábito de estos Sacerdotes

como el de Europa, sotana y manteo, y bonete algo grande, el cual nunca quitan para hacer cortesía á nadie. A todos estos Sacerdotes sustenta el Rey, y él mismo hace el gasto para las fábricas de las iglesias. Hay tambien casas de gente recogida y apartada del mundo, así de hombres como de mujeres que no se casan, como ni los Sacerdotes, y se ocupan en ejercicios de oracion y penitencia. Fuera de esto, hay mujeres que estando en casa de sus padres viven con honestidad y recogimiento, sin casarse. Es la gente de la tierra rica, y tienen muchas minas de plata. El vestido ordinario de todos comunmente es negro, y los dias de fiesta se visten de colorado los cristianos, y lo mismo hacen los Sacerdotes. Dicen del Rey, que tiene gran tesoro en diversas ciudades.—Esto es lo que brevemente dijo el mercader de aquella tierra, si bien hay ahora otras relaciones diferentes.

Partido el P. Jerónimo Javier de la ciudad de Lahor, y llegado en compañía del Emperador á la ciudad de Agra, halló allí la misma informacion de los cristianos del Jetay ó Catayo; y la ciudad principal de este reino, donde asiste el Rey, se llama Chambalu. Con esta ocasion habló el apóstolico varon al Emperador, diciendo, cómo habia sabido que en el Jetay habia cristianos, de los cuales hasta entónces no se habia tenido noticia, por estar tan apartado, y haber en medio tantas guerras, y que le parecia ser servicio de Nuestro Señor que fuesen allá dos Padres, para ayudarlos y enderezarlos en el camino de la salvacion, por ser el oficio de la Compañía ir á todas partes, aunque sea con peligro de la vida. Respondió el Emperador en su lengua: «Bendicion de Dios sobre vosotros»: y añadiendo el Padre á su razonamiento, que el mejor camino para Jetay, era por los reinos de su Majestad, y que, si era servido, vendrian Padres de la India para ir allá con su órden y licencia: dijo él: «Vengan en buen hora, que yo enviaré allá un embajador, y podrán ir en su compañía». Y aunque no fué el P. Jerónimo Javier, envió al H. Benito de Goes, que descubriese la tierra, y mirase la disposicion que habia para plantear la fe católica.

Este camino que hizo el H. Benito, fué muy célebre; porque por todo él se profesó por cristiano entre innumerables gentes infieles, moros y gentiles, glorificando en partes remotísimas el nombre de Cristo. Su viaje está escrito en otro tomo; pero no quiero dejar de decir aquí, lo que ántes de partirse del Mogor hizo en bien de muchas almas.

Ofreciósele al Rey enviar un embajador al Virrey de la India, pidió al H. Benito le acompañase, para que tuviesen mejor expediente sus negocios. No perdió la suya el celoso Hermano, para procurar la mayor gloria de Dios. Pidió al Rey por merced todos los cautivos hijos de cristianos, que era gran número de hombres y mujeres, que entre aquella morisma y gentilismo habian nacido, y

no sabian de nuestra fe, ni tenian mejores costumbres que los moros; llevóselos consigo á Goa, instruyóles en las cosas de nuestra santa fe, enseñándoles la doctrina cristiana, y entrando triunfando con todos en Goa, les hizo bautizar solemnísimamente, con alegría singular de todos los portugueses. Para semejantes efectos del servicio divino, puso Dios gracia en el P. Javier y sus compañeros, para que ganasen la voluntad de los Reyes del Mogor, con cuyo favor hicieron muchas cosas de gloria divina. Bautizó el P. Javier á cuatro nietos del emperador Echebar. Redujéronse por su medio á la iglesia muchos de Europa que habian renegado de la fe, y otros olvidádose de ella, viviendo como gentiles ó moros. Bautizáronse muchos niños pública y secretamente con un pañuelo mojado en agua y esprimiéndolo disimuladamente sobre ellos cuando estaban para morir; compró para sólo bautizarlos en varias ocasiones muchos hijos de moros y gentiles.

VIII

Triunfo de la fe que ocasionó el P. Jerónimo Javier.

Convirtió á la fe y confirmó en ella el P. Javier á muchísimos, ayudándole nuestro Señor con notables maravillas y providencias singulares; y aunque hemos ya significado algunas, apuntaremos aquí otras. Entre ellas un moro, gran letrado y el principal médico del Rey, despues de varias disputas y controversias que tuvo con el P. Jerónimo, determinó consigo no oponerse á los misterios de la fe, sino atender á su verdadera inteligencia, con que despues se resolvió de recibir el Bautismo, que con muchas veras pidió. Rogó al P. Javier, que se efectuase secretamente, por no alborotar á sus parientes, porque él los iria reduciendo poco á poco: condescendió el santo varon á sus ruegos y se hizo como pedia. Púsosele en el Bautismo por nombre Pablo, con grande alegría de su corazon. Otro dia despues dijo á un su amigo íntimo y familiar, que si queria comprar la preciosa margarita de la fe; y diciéndole que sí; llevólo al P. Jerónimo, y como tratase algunos dias con él, concibió un tan gran concepto y opinion de nuestra santa religion, que luégo pidió le bautizase; pero no se lo concedió hasta que dejase cuatro mujeres. Era capitan muy valeroso.

Un mancebo de los jaquis, que es un género de hombres que tienen por santos, tenia un odio mortal á todos los cristianos; y á un hermano suyo, porque se bautizó, lo maltrató ásperamente. Este mancebo jaqui hizo una peregrinacion á pie y descalzo á la casa de Meca, para aprender mejor la ley de Mahoma. Habiendo estado en esta universidad doce años, volvió á su patria

no quien habia alcanzado el grado de magisterio de su secta; vino á parar manos de los de la Compañía, que disputaron con él de las cosas de la re- ion verdadera, y habiéndole convencido, le tocó Dios interiormente, y de- ıdo á Mahoma, determinó de confesar á Cristo. Descubrióles su intento, y ; dijo que todo el tiempo que habia estado en Meca, jamas habia podido ner verdadera paz en el ánimo; pero que ya la sentia acompañada de un :traordinario consuelo, comunicándole Dios muchas cosas, que siempre él ıbia deseado saber. Finalmente, instruido en las cosas de nuestra santa fe, é bautizado, y causa de que otros se convirtiesen.

Habia una mujer, que como fuese muchas veces á la iglesia donde se en- ñaban los niños, viendo su modestia, le vino un gran deseo de recibir el ıutismo; el marido, los hijos, una nuera y otros parientes, que eran muchos, ıando lo supieron, con grande ímpetu entraron en su casa, y la azotaron ertemente. La mujer con admirable ejemplo de constancia, entre los azotes :cia: «Quitadme la vida, como yo esté en la gracia de Dios, en su protec- on y ayuda»: perseverando siempre en su resolucion.

No fué ménos admirable la conversion de un francés, el cual era excelente tífice de hacer arcabuces; fué cautivo de los turcos en el mar Mediterráneo,) léjos de Marsella, y llevado á Argel, se volvió moro, y asentó plaza en s galeras, de donde fué cautivo, y llevado de los cristianos á Valencia de spaña, y le dieron por cárcel el convento de S. Francisco; mas él se huyó anduvo por toda España, Italia, Egipto y Etiopia y muchas provincias de . India, hasta que finalmente llegó á Lahor y Agra, juntamente con mujer hijos, donde el Rey le quiso mucho, y favoreció, dándole que fuese capi- ın de doscientos hombres de á caballo. Solia contar muchas cosas de los ristianos, y principalmente de los milagros que obraba Dios por la interce- on de Nuestra Señora de Monserrate; y como tenia tanta autoridad, le da- an los moros mucho crédito, y no sin espanto y admiracion oian estas co- ıs. Este francés como cayese en una gravísima enfermedad, de que murió, :niendo ántes con el P. Jerónimo Javier grande amistad, llamóle un dia, y confesó que él era cristiano, y que jamas la ley de Mahoma le habia agra- ıdo. El apostólico varon le persuadió que hiciese una confesion general de da su vida, dándole para ella algunos documentos, y un compendio de la ctrina cristiana, porque ya se le habia olvidado. Visitó al enfermo algunas :es y le consoló, y finalmente lo restituyó á la Iglesia por medio de los :ramentos, dándole á entender con las lágrimas que derramaba, y piedad : mostraba, era partícipe de su gracia, y de esta manera pasó de esta vida ı eterna.

Jn cristiano cafre de nacion, que estaba por mandado del Rey con un

moro abisinio, gran privado y ministro suyo, fué solicitado de él á que dej
se la fe de Cristo, y se tornase moro. El abisinio procuró con buenas pal
bras y promesas atraerlo á su intento, mas viendo que se cansaba en bald
le comenzó á maltratar, dándole muchos palos y golpes, hasta hacerle ped
zos una vestidura interior corta, que los del Mogor usan á modo de camis
No paró en esto la crueldad de este ministro, porque viéndole un Rosari
que traia pendiente del cuello, procuró con grande rabia quitárselo. El cafre
lo impidió; enfurecióse más el abisinio, y mandó que le trujesen fuego pa
quemar el Rosario. Amenazábale el infiel diciéndole: «Mira que te echaré e
este fuego (que ya estaba encendido) con tu Rosario.»—«Haz lo que quisi
ras,» le respondió «que yo no he de soltar este Rosario, ni ménos dejar la
que he profesado.» Todos los presentes se admiraban de la constancia d
este mancebo, y se compadecian de verle padecer: uno que llevaba agu
no pudiendo sufrir esta crueldad, la echó sobre el fuego y lo apagó. El bá
baro, viéndose burlado de su intento, y que todo lo que habia hecho hab
sido en vano, le puso en duras prisiones, y le encerró en su casa, como e
cárcel. Sabiendo el P. Jerónimo Javier todo lo que pasaba, habló al abisini
y le dijo devolviese al cautivo, para que pudiese ir á su casa, que esta
muy acabado y enfermo; y temiendo el moro que el Padre habia de co
tar al Rey lo sucedido, le pidió perdon de lo hecho, y le prometió
nunca más intentar semejante crueldad. El siervo de Dios le dió palabra
no dar cuenta al Rey de cosa alguna, y con esto se llevó al cafre, que per
veró en la fe con grande ejemplo.

Otro cristiano armenio que habitaba en una aldea cerca de la ciud
como matase á una hija pequeña de un gentil, fué preso. El Gobernador
Capitan, que era moro, sabiendo que el delincuente era cristiano, se fué p
él, y le dijo: «No solamente te prometo perdon del delito, sino haré que
Rey te haga muchas honras, y te dé grandes oficios, si dejas la fe de Cris
y sigues á Mahoma». El valeroso armenio no hizo caso de las promesas, si
perseveró firme en la fe. Finalmente, fué condenado con otros cuatro á c
tarle la mano derecha: en la ejecucion de la sentencia le volvió á promet
libertad si dejaba la fe. La respuesta que dió fué extender con presteza
mano, ántes que dejar á Cristo.

Habiéndole cortado la mano, le volvieron á la cárcel, y por un criado su
le envió á visitar el P. Jerónimo, fué tan grande la crueldad de los moros, q
no quisieron que los curasen, y así el dia siguiente murieron dos de ellos
la cárcel desangrados: mas el criado con servó la vida á su amo el armen
poniéndole en el brazo aceite hirviendo, con que le restañó la sangre, y
curó lo mejor que pudo. El P. Javier no mucho despues le sacó de la cárcel

bre, aunque sin mano, y lo llevó á su casa á curarle, y dentro de pocos dias estuvo con entera salud: entre tanto cuidaba el caritativo Padre de su mujer é hijos, dándoles lo necesario, porque les habian confiscado todos sus bienes. Pero Dios que tiene cuidado de los suyos, le remedió su necesidad: porque en Chaul se murió un hermano de este valeroso armenio, y le dejó en su testamento cuatro mil larinos, que cada uno hace cuatro tostones de Portugal.

Un mancebo médico de veinte años, de linaje de bracmanes, casado con una gentil, llamada Polada, fué puesto en el número de los catecúmenos, el cual no se avergonzaba de que la tuviesen por tal públicamente, ántes se reia y burlaba de las supersticiones gentílicas. Sus padres, entendiendo que esto les habia de ser de grande deshonra, procuraron divertirle de su buen propósito por medio de sus parientes y conocidos, á los cuales resistió el mancebo valerosamente; y viendo que de dia ni de noche no le dejaba la madre de persuadir no recibiese la fe, determinó dejar los padres, mujer y parientes y todos los bienes que poseia, hasta que se viese en la Iglesia de Cristo, á donde era llamado.

En este tiempo su mujer le declaró que queria tambien ser cristiana. Lo cual sabiendo los suegros, la llevaron fuera de la ciudad á unos ásperos y escondidos montes, y la encerraron en una cueva, procurando apartarla de aquel buen propósito, diciéndola que no habia de ver más al marido, ni que tampoco habia de recibir la fe de Cristo, sino que la habian de quemar viva, sin alcanzar opinion de santa: porque creen aquellos gentiles, que cuando la mujer por causa del marido se arroja en el fuego, luégo al punto sube al cielo ella y todos sus parientes, hasta la cuarta generacion, alcanzando todos nombre de santos. Mas la valerosa Polada, huyendo de esta falsa opinion, y burlándose de sus santos, decia muchas veces á voces, encerrada en aquella cueva, que no queria ir á los infiernos, sino al verdadero cielo, donde Cristo reina. Los parientes ya la lloraban por muerta, aunque pensaron primero, que encerrada la mujer, el marido la habia de buscar, y estando con ella, era fácil el cogerlos á entrambos. Pero viéndose esta mujer libre de sus manos, se fué á la iglesia juntamente con su esposo, proponiendo firmemente de vivir y morir en la misma ley que su marido recibia.

La madre de nuestro mancebo, echando de ver que todas sus trazas para pervertir á su hijo le habian salido en vano, usó de una astucia, y fué que se iba algunas veces á la iglesia para ver á su hijo, disimulando que no llevaba mal se hiciese cristiano, sino que no recibiese el Bautismo públicamente, hasta que se convirtiesen su padre y hermanos, porque estaban muy inclinados á recibir la misma religion. Con esto engañado el catecúmeno se volvió á su casa, y viendo esta mala mujer, que con razones no podia mover la voluntad de su

hijo, le echó polvos de hechizos en la comida y bebida, para que perdiese afecto que tenia á ser cristiano: pero no consiguió efecto ninguno; porque mozo, aunque por algun tiempo perdió todos los sentidos, Dios le libró y res tituyó el uso de ellos.

Desde entónces no se quiso fiar de la madre, ni ménos recibir de ella cua quiera género de comida ó bebida. No por eso faltaron los falsos regalos la madre; cinco veces procuró darle la muerte con veneno por terceras pe sonas, mas Dios amparó á su fuerte soldado, y le libró de aquel pelig Viéndose el catecúmeno en este aprieto, se vino á la casa de la Compañ Los padres de este mancebo, aunque fingidamente, no rehusaron el apartar de su hijo; mas viendo que estaba firme como una peña, y que no le podi mover ni contrastar, juntáronse con todos los parientes y fueron á la ca de la Compañía, y á voces pidieron su hijo, porque contra su voluntad querian hacer cristiano. El catecúmeno salió fuera para dar cuenta de pero así como vieron á su hijo fuera del umbral de la puerta, como tigr rabiosos arremetieron á él, y le querian sacar fuera del lugar, mas el m cebo se defendió valerosamente de todos y de su padre, que le acom tió con una espada desembainada. Su madre le tenia asído de los pi mas forcejando se libró de todos ellos, apellidando á Cristo y reprendié doles sus idolatrías.

Los gentiles despues de pocos dias tornaron otra vez á querer que su h mudase de intento, mas él les dijo, que aunque le quitasen la vida, de nin na manera habia de dejar la fe de Jesucristo; y diciendo esto se quitó un c don que traia al cuello, y lo rompió en cuatro partes, y lo arrojó en la cab de la madre, (que significaba, que á ella y á su secta abjuraba,) y él mis se arrancó el remate de la cabellera, que era la señal del gentilismo. Mo esto á los bárbaros á grande espanto, por ser cosa hasta entónces nunca v ta. Algunos, avergonzados y corridos, se fueron, otros, que eran personas m graves y que habian sido traidos para dar ayuda y socorro á aquel espec culo, pidieron perdon, diciendo, que por causa de su padre, que se queja que hacian fuerza á su hijo, habian venido, y vista la constancia del mo dijeron, que aquellas porfías eran dignas de eterna memoria.

No contentos con esto los padres del catecúmeno, indujeron algunos v rones honestos y asesores del Navabo, esto es, del Juez supremo, que div gasen un libelo infamatorio contra los de la Compañía, imputándoles es gravísimos delitos y maldades, que lo ménos que hacian, era comer carne h mana, que cogian los niños, y los enviaban vendidos á Goa, que en los h chizos y encantos no tenian igual, y que por esta causa habian cortado la c beza á un mancebo, y que de los dientes de una ave no conocida, habian h

ho tósigo y veneno con que mataban á muchos. A estos hombres con el elo de su ley, les era fácil el creerlo y publicarlo.

El catecúmeno en este tiempo, y juntamente su mujer, ya habian recibido el Bautismo, y fueron al Navabo para presentarse delante de él, donde estaban los padres del recien convertido, solicitando el poderle reducir á su ley; mas el Navabo no quiso que asistiese otro más que el Catual, (que así llamaban al Protector y Tribuno de la plebe,) y algunos de sus amigos. Entónces le preguntó varias cosas, ¿si aquellos eran sus padres?—Respondióle: «Cuando adoraba á los ídolos por tales los tuve, pero despues que soy cristiano, y ellos gentiles, no los conozco, ni me precio que lo sean, hasta que se conviertan». Entónces los padres del mozo dieron voces, diciendo: «Los malvados de la Compañía con hechizos han quitado el entendimiento á nuestro hijo». El Navabo no sólo les reprendió ásperamente, llamándolos de calumniadores y mentirosos, sino que los mandó maltratar con golpes y bofetadas, diciendo: «Yo conozco á estos Padres, que son buenos varones y dignos de toda alabanza, no como estos los acriminan». Prosiguió luégo en sus preguntas, y díjole si era cristiano.—Respondióle: «Soy, y la alabanza sea para Dios».—«Y por ventura», replicóle, «quieres dejar esa ley»?—«Primero la vida», dijo el neófito, «que la ley de Jesucristo, la cual mediante la divina gracia ya recibí». Lo mismo preguntó á la mujer, que con no menor constancia le respondió, que era cristiana. Entónces el supremo Juez en su lengua dijo: «La divina bendicion baje sobre esta mujer», y vuelto á los padres del recien convertido, les dijo: «¿Qué quereis ya? Este mancebo no es niño, sino varon, y juntamente con su mujer ha recibido la fe de Cristo, que es verdad, buena y santa, y por tal la tienen ellos mismos, no quieren seguir la vuestra. Por lo cual llevadlos á vuestra casa, y gozen de paz con vosotros, pues profesan buena y saludable ley». Despues mandó el Catual que le avisase en secreto, si el neófito recibia algun agravio, para que él lo remediase.

Por este mismo tiempo fué á ver el P. Pineiro al Navabo, á quien asistian sus asesores ó consiliarios, profesores de la misma ley que los padres del neófito: así como vieron entrar á este Ministro Evangélico, empezaron á levantar unas voces desentonadas, y con grandes afrentas é injurias á calumniarle; mas al humilde Padre no le dió cuidado, porque el supremo Juez hizo sus partes, y ensalzó la ley de los cristianos con grandes alabanzas y fervoroso celo, que parecia ser uno de los más perfectos neófitos. Añadió tambien, que los gentiles no tenian ley, ni libros sagrados, ni profetas como los cristianos. Encomendábales mucho que atendiesen aquella grande hazaña que habia hecho aquel mancebo, de dejar los ídolos de piedra y madera. Los gentiles avergonzados con semejantes razones, alegaron que el neófito era de menor edad,

que no podia hacer cosa, sin dar cuenta á sus padres. A quienes respondió Presidente: «¿Por qué decis esto delante de mí? ¿Yo no ví á este mancebo á su mujer, que eran de competente edad, y que estaban ambos muy firm y fundados en la religion que habian recibido, que ántes perderian la vi mil veces que dejarla?

Mostróse el Navabo de allí adelante tan favorable á los cristianos, que sólo los defendia contra los gentiles, sino tambien contra los moros, aunq él profesaba serlo exteriormente. Con esto tomó ocasion el P. Pineiro, dela de él y de otros muchos capitanes y validos del Rey, de disputar, como hizo, con el intérprete de la ley de Mahoma, á quien llaman Mula. El supre Juez estimó en tanto los argumentos y razones del Padre, que juzgó, ninguna era supérflua, sino todas muy necesarias, y que confirmaban verdad muy firme é infalible. Con lo cual el Mula se enojó y le dijo: Vuestra Señoría defiende la parte de los cristianos, ¿quién irá contra ella quién mirará por la ley del señor»? que así llaman la de Mahoma. No vieron al Navabo estas palabras, ántes con mayor esfuerzo menosprec toda la ley y á su intérprete.

Remitió despues la causa de nuestro neófito á otros jueces, y estos la tregaron al Coxio, que era como el juez de las cosas sagradas. Llevaba este constante mancebo entre cuatro y cinco mil hombres, yendo dela sus padres. En estos caminos le hicieron muchas injurias, así de pala como de obra, dándole muchos empellones, bofetadas y palos; con est echaban mil maldiciones, diciéndole: «Oh, maldito, que afeas y tiznas rostro de todos los gentiles, cosa que hasta ahora ni la habemos visto ni oido.» —El neófito les respondia: «Decis cosas ridículas;» volvíase lué Dios y dentro de sí mismo le decia: «Huélgome de verdad, Señor *Jesucristo,* de poder padecer por tu nombre estas afrentas, aunque fue mucho mayores, pero de tu santa fe no me apartaré.» Despues afirma que en toda su vida hasta entónces habia sentido tal consuelo, como aquel conflicto habia experimentado, principalmente cuando delante de gun juez confesaba libremente el ser cristiano. De la cual constancia se miraban sobremanera los gentiles.

Con este grande ruido y tumulto de gente llegó donde estaba el Coxio, quien fué recibido benignamente, mandando á todos le soltasen; porqu tenian asido de pies y manos. Viéndole libre y sosegado le dijo, que h hecho grande injuria á todos los gentiles, en haber recibido una ley tan in y causado á sus padres grave pesadumbre; que le prometia darle mu honras y con ellas dos mil rupias, y de su parte le ofrecia dar otras dos tas, (que eran cerca de tres mil libras,) si se lavasen con el agua del rio Ga

porque creian falsamente que los que se lavaban con ella se purgaban de todas sus culpas, y alcanzaban como indulgencia de culpa y pena.

Con esta agua quiso el juez que se lavase el neófito, por entender se purgaria de la culpa que habia contraido, cuando recibió la fe de Cristo; mas su valeroso soldado le respondió intrépidamente diciendo: «Con esas tus dos mil rupias que me das, si te creo, granjearé caer en los tormentos del infierno y en el perdimiento de mi alma; no las estimo más que esta saliva»: y diciendo esto, escupió en la tierra: «más quiero padecer necesidad en extremo, sin tener que comer ni vestir, que recibir de ti cien mil rupias.» Entónces el juez airado le amenazó con muerte, si luégo al punto no dejaba aquella locura. Díjole el recien convertido: «¿Porqué dilatas tanto la muerte? No te tardes, porque te hago saber, que hasta ahora no he deseado otra cosa que morir por Cristo, y ahora lo deseo con mayor fervor. Pero no puedo dejarte de decir una cosa que me maravilla, y es, que cuando algun gentil se vuelve moro, ninguno le habla palabra, ni le contradice, y cuando se hace uno cristiano, parece que todo el infierno se arma contra él, para divertirle de su buen propósito. Yo entiendo que la razon de esto es la grande diferencia que hay entre mi religion y vuestras sectas, que éstas, como tienen su orígen del demonio, ningun enemigo tienen, y mi ley, como es del verdadero Dios, vosotros y los diablos la contradecis.» El juez, vuelto con verdadero espanto á sus padres, les dijo: «Vuestro hijo está rematado, ya no hay esperanza de su salud»; y con esto le envió libre. Al salir de este tribunal, y por todas las plazas y calles, por donde iba el nuevo cristiano, recibió otras injurias y afrentas de la gente, y á veces le ponian las manos, dándole de golpes y azotes, que ni el Catual lo pudo impedir.

No paró aquí la pertinacia del pueblo, sino que lo llevaron al Casice, que es el prelado de los moros, á quien respondió el valeroso mancebo á todo lo que le preguntaba con un ánimo invencible, el cual imitó en esta ocasion á S. Francisco, porque renunció en manos de este magistrado todos los bienes y posesiones que podia tener; y hecha esta renunciacion, el Casice le mandó entregar á sus padres; y á su hijo, que lo entregasen á los de la Compañía, que así lo mandó el Navabo. Increible fué la alegría de los cristianos ver con este próspero suceso á los gentiles confusos, á los moros vencidos, el infierno burlado, y la fe de *Jesucristo* triunfante.

El dia siguiente lo llevaron al Navabo, el cual le recibió y trató muy amigablemente, alabando su rara constancia en la fe de Cristo. Díjole: «Si eres cristiano, ¿dónde está la cruz?» El neófito se quitó del cuello el Rosario, y le mostró la cruz que pendia de él. Volviéndose luégo el Navabo á los gentiles, les dijo: «Bien sabe aquel que dejó vuestras niñerías y burlas, abrazar

la fe de *Jesucristo*, que es la verdadera.» Finalmente, fué tanto el am afecto que le cobró, que muchas veces le llamaba y le socorria, dándole si pre algunos dineros; pero si le daba diez, divulgaban los gentiles que c to, y si ciento que mil, por la grande envidia y odio que le tenian.

Una mujer cristiana, casada con un griego, tambien cristiano, ambos il á la ciudad de Lahor. Al pasar por la ciudad donde habia nacido la mujer, padres supieron que era su hija, y que se la habia hurtado un moro en tierna edad, y despues se habia casado con este griego, que estaba ignor te de todo. Dieron querella á la justicia, que aquel hombre habia sido el bador de su hija. El juez señaló doce hombres de á caballo y treinta d pié, que prendiesen aquellos casados. El marido puesto en juicio y preg tándole del caso, respondió que no sabia más, sino que aquella era su mu con quien se habia casado legítimamente, segun su religion. Envió el juez ministros á la mujer, á que les dijese del modo con que habia venido á po de aquel hombre. Ella le respondió que siendo de tierna edad fué cogida un mogor, el cual la casó con él, habiendo recibido la fe de Cristo. In ronle grandemente los moros que dejase de ser cristiana. Ella respondió: «i aprendí esta ley para apartarme de ella, sino para perder la vida por su fensa.» Intentaron luégo entregarla con violencia á su madre, y si pudies quitarle la vida; mas haciéndolo saber al Rey, envió sus letras para que la jasen ir libre con su marido, admirando todos su constancia.

Habiéndose partido para Lahor, la madre la siguió, y al cabo de tres d de camino la alcanzó, y arrojada á los pies de su marido, le pidió perdon se fué juntamente con ellos, y se hizo cristiana.

Ni fué menor la constancia de dos niños cristianos é hijos de un padre menio, tambien cristiano, y que se habia mostrado muy constante en la Estos niños fueron preguntados del Rey, ¿qué ley profesaban? Respondié le, que eran cristianos, como su padre. ¿«Y si sois cristianos», replicó el R ¿«porqué no gustais de comer carne de puerco»? Ellos cuando oyeron esta p gunta la extrañaron mucho, porque nunca la habian comido, porque una r ra de la casa real los habia criado, y enseñado que de ninguna manera la miesen, y así el nombre solo aborrecian; mas con todo esto le respondier que la ley cristiana, ni la mandaba comer ni la prohibia. El Rey dió órc que los encerrasen en palacio, y volviendo á preguntarles de esta comi respondió el más pequeño: «Si los Padres, que nos enseñan las cosas de nu tra religion, dijeren que estamos obligados á comerla, no lo rehusaremo

Mandó llamar á los Padres para que se aconsejaran con ellos. Entónces u de los Grandes que asistian al Rey, se dió por ofendido de la respuesta niño, y le dió de bofetones, diciendo: «¿Qué tienen que hacer aquí los Pad

uando está de por medio un mandato real?» El Rey se fué á lo principal; orque queria entónces lisonjear á los moros por haberles menester en aquela ocasion, y así les dijo: «Ea, haced la zalema, y saludad á Mahoma». Los valerosos armenios lo rehusaron varonilmente, por lo cual el Rey los mandó azotar rigurosamente.

Otro dia por la mañana envió el Rey un cirujano, para que los circuncidase á entrambos. Ellos lo estorbaban lo posible, pidiendo con lágrimas y ruegos, que por lo ménos lo dilatasen, hasta que diesen cuenta al Rey. Poco después fueron llevados á su presencia, y les dijo:—«¿Por qué no os dejais circuncidar?»—Ellos respondieron: «Porque somos cristianos, y lo habemos de ser hasta morir, y no habemos de consentir que tal cosa se ejecute en nosotros». El Rey oyendo esto, les prometió grandes premios si hacian su voluntad; y al contrario gravísimos castigos, si no condescendian con ella; y aunque le pedian instantemente con palabras tiernas y muchas lágrimas no los circuncidase, el Rey, no atendiendo á sus ruegos, los mandó atar de pies y manos, y estando él presente los circuncidaron.

Despues de ejecutada esta crueldad, les dijo: «Ea, ya sois moros, no hay más, sino hacer la zalema á Mahoma». Los valerosos infantes lo rehusaron con grande ánimo, por lo cual los mandó azotar más fuertemente que la primera vez. A todos los presentes admiró la rara constancia de estos niños, y aun al mismo Rey, que apiadado ya de tan riguroso tormento, mandó que cesase, y que los curasen con cuidado. Los Padres, que estaban ignorantes de lo que habia sucedido, los visitaron, curaron y consolaron, animándolos á la perseverancia en la fe, diciendo que no les diese pena el estar circuncidados, que era de lo que más se lastimaban, porque les habia de ser de más mérito, pues se habia hecho contra su voluntad. Esto hizo el Rey nuevo, al principio de su reinado, por complacer á los moros, mas despues á estos niños hizo muchas mercedes.

IX

Sus muchos trabajos y santa muerte.

Todos estos y semejantes sucesos de la fe y constancia en ella de muchas almas consolaban al P. Javier, en muchos riesgos de la vida que él y sus compañeros tuvieron; porque no le faltaron muchas persecuciones en el Mogor, ofreciéndosele varias ocasiones de arriesgar la vida por Cristo. Un moro de grande autoridad y poder vino á la iglesia, y entre los misterios de nuestra santa fe oyó, que Cristo Nuestro Redentor era Hijo verdadero de Dios, cosa

que aborrecen en gran manera los moros: uno de los que acompañaban á este moro, desenvainó el alfange, y quiso cortar la cabeza al Padre, y lo hiciera si no se lo estorbaran.

El mismo intento tuvo contra el siervo de Dios un Virrey de Lahor, preguntándole qué sentia de Cristo Señor Nuestro, el cual respondió, que era verdadero Hijo de Dios, por lo cual tambien le levantó muchas calumnias é injurias, llamando á él y á los suyos vagamundos, mentirosos, engañadores de las gentes, mandándoles que no saliesen de su casa ni se atreviesen en público á decir mal de Mahoma. Respondióle el Padre, que no sólo en su casa, y cerradas las puertas, sino por las plazas y calles, y en todo lugar habian de decir la verdad. Oyendo esto el Virrey, no se atrevió á ofenderle, porque sabia que tenia licencia del Rey para predicar la fe de Cristo.

Ni faltaron los gentiles de su parte en calumniarle tambien, obligando al Virrey con un espléndido banquete que le hicieron, y muchas dádivas que le dieron, para que admitiese y publicase un libelo lleno de calumnias contra el P. Javier y los suyos. La menor era, que eran asesinos, hechiceros, homicidas y comedores de hombres, y que con encantos hacian los hombres cristianos por fuerza. Instáronle tambien, ofreciéndole mucha suma de oro, porque les vendiese las casas que el Rey les habia dado para su habitacion é iglesia, y viendo que esto no tuvo efecto, aguardaron á que muriese el Rey Echebar, y luégo que empezó á reinar su hijo, mandó poner cerca de su cámara una campana de plata, de la cual pendia una cadena de veinte codos en alto, segun la costumbre de un antiguo Rey de Persia, para que todos los que recibian agravio de los ministros inferiores en sus demandas, la tocasen y al sonido de ella salia el Rey en público, y le pedian les hiciesen justicia. Pues de ese modo acudieron á él los herederos, cuyas habian sido aquellas casas, incitados de los moros, para que las mandase restituir, alegando que los Padres las poseian injustamente, atribuyéndoles con esto muchas calumnias, injurias y testimonios falsos; mas el Rey, que ya tenia diferente opinion de ellos, dió por buena la donacion que habia hecho su padre.

Acabada esta tempestad de las casas se les ofreció otra más grave, nacida de que habia en palacio un mancebo gentil, hijo de un gran privado del Rey difunto; éste algunos años ántes estaba circuncidado. Una tarde le llamó el Rey entre muchos grandes de su corte, por complacer á los moros, y le dijo: «Ya estás circuncidado, no puedes ser gentil, mira qué ley quieres seguir; si la de Mahoma, no te faltará quien te enseñe el Alcoran, y si quieres ser cristiano, te enviaré á los Padres que te bauticen». El mancebo, que no tenia allí ningun cristiano que le aconsejase, sino muchos moros que le incitaron, escogió la secta de Mahoma. Con esto le llevaron encima de un elefante por tod

la ciudad, con grande solemnidad y triunfo, rodeado de millares de moros, dando voces y ensalzando su falsa ley, cosa que el siervo de Dios y los suyos sintieron mucho.

Y porque padeciese el P. Javier de todo género de gentes, tampoco faltaron malos cristianos que le labraron la corona de su paciencia, y ocasionaron riesgos de la vida.

Habia en Lahor un armenio cristiano, el cual despues de muerta su mujer se quiso casar incestuosamente con una hermana de su mujer, aunque otros dicen era sobrina suya, siguiendo en esto la nueva secta que el bárbaro Rey Echebar introducia en aquel imperio. Estorbóselo el P. Javier; queria por fuerza el mal cristiano, que le diese su consentimiento; resistió el siervo de Dios, diciéndole, que por ningun modo vendria en ello, por ser contra las leyes de la Iglesia. Valióse el armenio del Rey Echebar, para que hiciese que el Padre disimulase con él. No aprovechó nada. Mandóle el Rey llamar muy aprisa. En el modo y ocasion que le llamó, todos entendieron era para hacerle alguna grande violencia ó matarle. Iban los dos Padres Jerónimo Javier y Manuel Pineiro, (porque conocian la soberbia y resolucion del bárbaro,) considerándose segun dice el Profeta, como ovejas llevadas al matadero, determinados de dar la vida, ántes de dar su consentimiento.

Dejaron en casa al H. Benito, al cual le enfadaba grandemente el palacio, y huia de entrar en él, (si bien el Rey le queria mucho, y hacia grandes favores;) pero esta vez por no perder la corona del martirio ó de la paciencia, quiso acompañar aquella noche á los Padres: no le dejaron ir con ellos, por más que lo procuró. Pero mientras los Padres estaban con el Rey, juntó el fervoroso Hermano á los cristianos y catecúmenos que pudo, animóles para que estuviesen constantes para padecer la muerte por nuestra santa fe, y confesar siempre el nombre de Jesucristo. Hizo luégo que hiciesen oracion; porque Dios nuestro Señor diese su gracia á los Padres, que corrian tan gran peligro, para que perseverasen en su constancia, sin condescender en cosa ménos justa, ó sufrir la muerte por su santa Iglesia; y arrojando las vestiduras de sus espaldas, empezó á desgarrar sus carnes con una rigurosa disciplina, que se dió por el mismo fin.

Túvole muy dichoso; porque viendo el Rey despues de hechas muchas diligencias, y tomado varios medios, el ánimo invencible de los Padres, y la determinacion tan constante que tenian de dar la vida, ántes que consentir en aquel incestuoso matrimonio del armenio, los dejó, si bien quedó ofendido de la respuesta del P. Javier, que con libertad cristiana le contradijo, refutando, y condenando la secta del Rey públicamente, diciendo, que estaba muy pronto á padecer mil muertes, si se las diesen por esta causa. Lo cual

causó grande admiracion en los próceres y señores que estaban presente viendo tan heróica constancia en el siervo de Dios. Enfadóse mucho el Re de su intrépida libertad; por lo cual trocó los favores que hasta allí le hab hecho, en gran menosprecio y odio; pero procuró reprimir la ira por entó ces. El esforzado Padre no dejó por eso de detestar muchas veces de nuev la secta del Rey, ofreciéndose siempre á perder la vida; pero conservó Dios libre de aquellos riesgos, no permitiendo le faltase tan presto aquel obr ro famoso de su viña, hasta que cogiese mayores frutos, y así perseveró e su vocacion.

En otra ocasion les robaron la casa, y les echaron veneno en la comid quedando sin sentido el P. Pineiro y predicando en público el P. Jerónim Javier, le salió apedreando la plebe en una de aquellas ciudades. En los c minos estuvo á pique de ser sepultado con olas de arena; pasó en much ocasiones gran desnudez, hambre y sed.

La fama de lo mucho que trabajó y padeció el P. Jerónimo Javier, se e tendió hasta la Europa, donde fué electo, á peticion del Rey de Españ por Arzobispo de Angamale, despues de la muerte del P. D. Francisco Ro porque le tuvieron por su gran prudencia, virtud y valor, por digno de aqu lla mitra para bien de innumerables almas; pero nuestro Señor se content con las muchas que le habia ganado en el Mogol, y quiso premiar sus trab jos, no con dignidad de la tierra, sino del cielo, á donde le quiso llevar y c locar entre otros varones apostólicos, que gozan de la laureola de Doctores las gentes; y así habiendo acabado esta mision del Mogol, y estando ya vuelta en la ciudad de Goa, murió en el Señor á los diez y siete dias del m de junio del año de 1617.

Escribió este siervo de Dios en lengua pértica y latina un libro de los m terios de la fe cristiana intitulado: *Fuente de la vida*, contra la secta de l infieles, en especial contra los mahometanos, una *suma* del mismo libro, tomo de la *Vida, Milagros y Admirable Doctrina de Nuestro Salvador Je cristo*. Item las *Vidas de los Apóstoles, Historia de los Mártires*, y *Hazañ de Santos*, un *Directorio para los Reyes* tocante al gobierno del reino, u *Epístolas de la India y del Imperio del Mogol*. Pero se ha de advertir, q la *Historia de Cristo* y *de San Pedro*, que este insigne varon imprimió lengua pértica, la tradujo en latin un hereje, y le añadió algunas advertenci heréticas, y dignas de que se entreguen al fuego. Pero el texto no le trad mal, quitando algunas cosas que pueden ser erratas del mismo original su Algunas refiere el P. Felipe de Alegambe, donde podrá acudir el lector.

Escribe largamente de los trabajos de este siervo de Dios el P. Pedro Iari en su *Thesauro Indico*, tom. 2. y tom. 3, lib. 1., P. Nicolas Trigaulcio, lib.

De Christiana Expeditione apud Synas, el P. Luis de Guzman, tom. 2. de sus *Misiones*, lib. 3. cap. 35 y los siguientes, el P. Juan de Rho engrandece su gran virtud y valor en su *Varia Historia*, lib. 2, cap. 5, donde dice: *Qua Synas inter Riccius, eadem, apud Mogores agens, longanimitate usus est Xaverius; plurimos namque annos in aula Achebaris Regis longè maximi atque opulentissimi versatus, illo spem non semel faciente abiurandi Mahometis, ita se suosque sustentavit, ut quamvis nullam quidem atheo Regi salutem afferre potuerit, plures tamen etiam é proceribus sanguinis illi cognatione coniuncti lumen aspexerint veritatis, atque inter ipsos mahometanos Christi nomen effulserit. Ut aes in aurum mutare conantibus, quamvis res minus bellè succedat, plurima tamen reperiuntur, in quibus se operae aliquod pretium fecisse gratulentur: ita nunquam omnino magnae exarescunt spes, ut minor aliqua sylva circum non succrescat.*

P. NIEREMBERG

P. ANTONIO ANDRADA

FUÉ el P. Antonio Andrada de nacion portugues, el primero que descubrió el reino de Tibet, el cual siendo el año de 1624 Rector de nuestro colegio, sito en el reino de Mogol, y teniendo ocasion de ir á investigar al gran Catayo, provincia de muchos procurada y apetecida, no quiso perderla. Y así dejando encargado á otro el cuidado de la mision, habiendo prevenido lo necesario para tan largo y no conocido camino, vestido del traje mogorense, se partió.

Fueron increibles los estorbos y dificultades que á cada paso se le ofrecieron, y tan grandes, que parece excedian á las fuerzas humanas; pero él con ánimo generoso y constancia insuperable, las venció todas, y llegó á Caparango, ciudad famosa y real del reino de Tibet, en donde así del Rey como de los primados de ella, fué con mucho agasajo recibido, y tenido en gran estima. Y dándoles palabra de que daria la vuelta si sus superiores gustasen, se volvió otra vez á Mogol; y el año siguiente se partió á cumplir su promesa, llevando consigo algunos compañeros á propósito para el intento que llevaba.

Despues de haber pasado algun tiempo, le obligó el Rey á que fuese á la India, para que enviase algunos religiosos que cuidasen del bien de las almas. Donde así como llegó, unánimes todos sus compañeros le eligieron por Pro-

vincial de la provincia de Goa; cosa aunque entre nosotros no usada, pero por entónces forzosa, por la necesidad de aquel reino. Teniendo este cargo, los inquisidores le eligieron para que exhortase á los reos de aquel santo Tribunal, cuando públicamente saliesen á juicio; en el cual ministerio le dieron veneno. Desde entónces padeció agudísimos dolores, y para aliviarse algo de ellos no halló otro remedio ni medicina más que el amparo de la Santísima Vírgen, á quien él sumamente veneraba; y una vez estando invocando su proteccion y ayuda, se le apareció y consoló con las palabras siguientes: *Iam fili, nihil tibi dolebit amplius,* que quieren decir: *Hijo, ya de aquí adelante no te afligirán más esos dolores,* y al instante se le quitaron sin volverle más en su vida.

Ultimamente estando en Goa, cerca del año 1633, pasó de esta á otra mejor vida, dejando á todos con gran sentimiento y aprobada opinion de su santidad. Enterráronle apartado de los demas, lleno de cal el cadáver; y habiéndole puesto en el túmulo una losa de mármol, se dice ¡raro prodigio! que quedó en ella muy á lo vivo estampada su imágen, lo cual atribuyeron alguno á la exhalacion del veneno que le habian dado; pero constando por experiencia que con ningun instrumento la podian borrar, y que estaba el cadáver embutido y empapado en cal, se conoció claramente que era sobrenatural el s ceso. Y para confirmacion de todo se añadieron nuevos prodigios; porque v niendo de Europa el P. Alberto Miczinski, de nuestra Compañía, y natural d Polonia, con una calentura, que habia casi seis meses, que le molestaba, inv cando el nombre del P. Antonio, repentinamente quedó libre de ella.

Una mujer, que estaba en mucho peligro por causa de un mal parto, fué bre de su peligro por las oraciones del mismo Padre, y salió con felicidad luz el infante. Un hombre que tenia una hinchazon en una rodilla, entrando su sepultura, cobró sanidad. Ultimamente sus mayores prodigios y las dem virtudes, aunque por ahora se callan, las publicará algun dia la fama. Esc bió la nueva invencion del gran Catayo y otras cartas de su vuelta al rei de Tibet.

Esto es lo que con suma brevedad escribe Felipe Alegambe de este sier de Dios; pero fué tan digna de memoria la jornada que hizo en busca Catayo, que me ha parecido ponerla aquí más extendidamente y con sus m mas palabras, en una carta que escribió á su Superior y es la siguiente:

«En esta daré cuenta á V. R., de la peregrinacion que hicimos á las tier de Tibet, dejando muchas particularidades, así por excusar ser largo, co porque ni aun para escribir esto tengo tiempo.

A los treinta de marzo de 1624, partimos de Agra el P. Manuel Marque yo, para acompañar al Rey, al cual yo habia dejado cuando pasó por Ag por razon de una gran dolencia en que caí. Llegamos á la ciudad de De

de la cual actualmente partian muchos gentiles á un famoso pagode en romeria, que dista de Agra mes y medio de camino. Y como teníamos muchas informaciones, tomadas por muchos caminos con grande diligencia, por las cuales nos certificamos ser aquellos reinos de cristianos, fuera de la fama que de veinte años á esta parte habia llegado á los Padres en la misma conformidad. Viéndome en compañía de gente que me podia servir de guia en gran parte del camino, y que perdida esta ocasion tarde se ofreceria otra, me resolví ir á tomar noticia de aquellas naciones, principalmente siendo en tiempo que el Rey iba al reino de Casimir; en la cual jornada bastaba para acompañarle un Padre, como en efecto le acompañó, y yo ya de vuelta intentaba ir á encontrarlo á Lahor, cuando saliese de Casimir. Por lo cual tomada resolucion última y ordenadas algunas cosas tocantes á esta mision, dejando por Superior al P. Francisco Cursi, y no dudando ser esta la voluntad de V. R., pues la empresa mostraba ser de grande gloria de Dios, y por otra parte no se hacia falta á esta estancia, nos pusimos en camino para Tibet, en la manera siguiente.

Con todo secreto posible nos partimos de la ciudad de Dely una madrugada, yendo vestidos al uso de los mogoles debajo de las sotanas, y luégo en saliendo de las puertas á fuera, como era oscuro, las desnudamos, y aparecimos con tocas y cabayas, sin que tuviesen noticia de esto los propios cristianos y criados nuestros, que hasta allí nos habian acompañado camino de Lahor. Dejado el camino real, comenzamos á atravesar las tierras del Rey por los caminos más breves que nos fué posible, hasta que pasados quince dias, llegamos al cabo de las tierras del Indostan, y quedamos al pie de las sierras, que son del Rajá de Siranagar.

En esta provincia nos tuvieron por mogoles huidos, y por ningun modo nos dejaron pasar, ántes presos nos enviaban al Rey, por tener órden suya para eso; y confirmábanse, viendo que ni éramos gentiles ni mercaderes, pues no llevábamos hato: por otra parte los de Siranagar entendian que éramos mogoles, enviados para espiar sus tierras, por lo mucho que se temen de este Rey. Y pasados algunos dias, viéndonos en tales ocasiones, cuando parece se cerraban todos los caminos para nosotros, nos dió el cielo franco pasaje, enseñándonos á poner la confianza sólo en aquel, por cuya gloria hacíamos esta jornada.

Con mucha diligencia y mayor alegría comenzamos á subir las sierras. Son ellas las más fragosas y altas que parece puede haber en el mundo; y bien lejos estoy de poder declarar á V. R. la dificultad con que por ellas subimos; basta saber que despues de andar dos dias, desde por la mañana hasta la noche, no acabamos de pasar una, cortando por los más altos picachos, y en

ellos por camino tan estrecho, que por muchas partes no es más ancho cuanto cabe un solo pie, andando buenos ratos así pie ante pie, asidos con las manos para no resbalar; pues lo mismo es errar, ó no poner el pie bien derecho que hacernos pedazos por los aires. Son por la mayor parte aquellas sierras tan atajadas, como si por arte estuviesen á plomo, corriendo por lo profundo de ellas como en un abismo el rio Ganges, que por ser muy caudaloso, y despeñarse con notable estruendo por grandes peñascos entre sierras tan juntas, acrecienta con su eco el pavor, que la estrecheza del camino causa á quien va pasando. Tiene las descendidas aun más dificultosas y peligrosas, pues carece un hombre en muchas partes de remedio para poderse asir con las manos, como en las subidas; y así es necesario descender en muchas partes, como quien desciende por escalera de manos.

Dos consideraciones nos facilitaban mucho estas dificultades de las sierras. La primera, ver que así las pasaban con mucha alegría muchos gentiles, que iban en romería á su pagode, y nosotros, por gloria de Jesucristo Nuestro Dios, no hacíamos más que ellos. La otra, que entre estos idólatras habia muchos de crecida edad, ya con el pie en la huesa, y muy inferiores á nosotros en fuerzas y en edad, que nos servian de buena confusion, y tambien de animarnos en este camino.

Acostumbran estos gentiles á ir así muchos juntos, unos en pos de otros, porque el camino no dá lugar á ir dos mano á mano, y van dando grandes voces y gritos á su pagode de contínuo, con estas palabras: *Ye Badrinate ye ye*, levantando cualquiera el primero la voz, y respondiendo todos. Con harta pena nuestra oíamos nosotros estas voces del infierno; y ya que no podíamos tomar otra venganza del maldito pagode, nos apostábamos á echarle con la misma frecuencia otras tantas maldiciones, y pedir á la córte del cielo diese en nuestro nombre otros tantos loores y gloria al Señor Jesus.

Luégo en la primera jornada á cada tiro de flecha hallamos varios pagodes, de obra suntuosa, por la mayor parte todos con lámparas encendidas, mas á todos de varias figuras, y todos abominables y ridículos. Por guardas y servidores tienen muchos yogues, que luégo en las mismas figuras muestran ser ministros del demonio.

Entre otros vimos á uno ya muy viejo, con las uñas y cabello tan crecido, y la catadura tan disforme, que parecia el propio diablo, y él, sin hablar palabra como una estatua, recibia los loores y reverencias de los gentiles, que derribados por tierra le besaban los pies. Deseéle á este lo que dos meses ántes habia este Rey mandado hacer á otro más disforme, y fué que yendo é á caza en Agmir, á lo largo de un grande lago, donde concurrian en aquello dias gran concurso y número de gentiles para sus supersticiones, vió á un yc

que tan horrendo en la figura, que tenia los cabellos de la cabeza cuatro codos en largo, y las uñas de más de un palmo; y él tan sin empacho, que con nada se cubria. Era grande el concurso de gentiles que le iban á besar los pies, y todo lo fué el Rey notando, quedándose el yogue inmoble, sin hacerle ni aun una mínima reverencia.

Volviendo de la caza lo mandó llamar. Dió el yogue por respuesta, que no iria sino en hombros de hombres ó en la carroza real. Oyendo el Rey esta respuesta, le mandó traer arrastrando por los cabellos, y teniéndolo delante de sí, le dijo, que ó él era diablo ó retrato vivo del mismo, pues no se podia imaginar cosa más enorme. Y luégo le mandó cortar los cabellos y uñas, dar otro castigo debido á su descompostura, y despues de eso un gran número de azotes, y que lo llevasen por las calles, para que los muchachos con sus gritas y burlas vengasen ó recompensasen los loores y reverencias que le hacian los gentiles. Otro tanto se debia al yogue de que arriba hablé.

Mas volviendo á las sierras, son por la mayor parte llenas de mucha arboleda, de la mitad abajo con grandes pinares de varias castas y de extraña grandeza, unos como los nuestros, y otros más verdes que no dan fruto, mas de mucho mayor madera, tan altos y derechos, que pasan dos ó tres alturas de la torre del Buen Jesus de Goa. No es encarecimiento, sino verdad muy cierta. En muchas partes hallamos gran número de perales, cargados de mucha fruta verde, y muchos árboles de canela, cipreses, limones, rosales grandísimos, con rosas sin número, muchas moras de zarza, unas negras como las nuestras, otras coloradas como madroños, mas todas muy buenas. Una sierra vi toda de árboles de santo Tomé, sin hoja; mas tan cargados de flores, unas blancas y otras como las de la India, y ellas enlazándose unas con otras con los ramos, de suerte que parecia toda la sierra un monte de flores, ó una sola flor, y fué la más hermosa vista en este género, que en toda mi vida tuve.

Hay grande número de árboles como castañares, sin fruta; mas brotan ramilletes de hermosísimas flores, de manera que cada ramo es un hermoso y grande ramillete de figura de un ciprés, tan bien cortado, que no deja á la naturaleza lugar para acrecentar cosa alguna en su perfeccion. Las flores son como las nuestras: muchos lirios, rosas y azucenas, y otras en gran número, tan peregrinas como hermosas. Y en muchas partes ví grandes pedazos de tierra, cuya yerba era sola albahaca, tan fina como la nuestra, mas la hoja más menuda; pero lo que hace las sierras más apacibles y ménos dificultosas á los caminantes, son las muchas fuentes que de ellas corren, unas despeñándose de sus más altos picachos, otras brotando de vivas peñas á lo largo del camino, de agua tan cristalina y fresca, que no hay más que desear.

Así llegamos á la ciudad de Siranagar, á donde reside el Rajá, y no tiene

otra sino un gran número de aldeas, como villas pequeñas. Es la gente de esta tierra en las costumbres muy diferente de la gente indostana. No degüellan los carneros y cabras que comen, más ahóganlos, y dicen, que quedando la sangre esparcida hace la carne más gustosa y así sin desollar las reses, con la piel chamuscada, y la carne mal asada la comen. De ordinario andan des calzos, con los pies hechos grietas y llenos de golpes, y con tantos callos, que corren sin molestia alguna por encima de piedras muy agudas sin herirse.

En esta ciudad nos hicieron grandes exámenes de quién éramos, y de nuestra pretension; no podíamos decir que mercaderes, que fuera acertado; pues no llevábamos ropa. Respondí que yo era portugués y que iba á Tibet en busca de un hermano mio que habia años estaba allá, segun las nuevas que me llegaron. Entendiendo que yo era rey, y revolviéndonos la ropa de vestir que llevábamos, cuando vieron las sotanas negras, preguntaron la razon de ello. Yo respondí que las llevábamos para vestírnoslas si acaso aquel mi hermano fuese muerto, (entendiéndolo, como lo estaban todos, de la vida espiritual,) en señal de dolor, por ser aquel el color que se usaba en nuestras tierras. Entónces quedaron más persuadidos que tendria allá algun hermano como decia.

Despues de cinco dias nos dejaron pasar, por particular merced de Dios y nosotros con toda la brevedad posible fuimos caminando como quince dias por sierras ménos fragosas que las pasadas, y saliendo de estas llegamos á otras llenas de nieve; en las cuales la sombra y frescura de las fuentes nos era ya ménos necesaria, por haber ya grande frio. Pasamos el rio Ganges muchas veces, no por puentes de maromas bien dificultosas, como en el camino que habíamos dejado atras, mas por encima de la nieve, que lo cubria por grandes trechos, yendo él haciendo por debajo su curso con grande estruendo. No pude entender, cómo era posible caer tanta nieve, que hiciese bóveda á tan caudaloso rio, sin ser bastantes sus aguas á llevarla y derretirla: paréceme que de las sierras, al pié de las cuales él corre, no pudiendo sustentar la máquina y gran peso de la nieve, cae sobre este rio como montes, queda fija con el peso, y así queda compuesta y densa, cubriéndolo por encima, en muchas partes como un tiro de escopeta, en otras más y en otras ménos; dejando por partes algunas concavidades y aberturas, que no causan pequeño pavor á los que pasan por encima, no sabiendo á qué hora ó punto caerán aquellas bóvedas, como caen muchas veces, sirviendo á muchos de sepultura.

Así fuimos pasando algunos dias, hasta que á cabo de mes y medio llegamos al pagode Bradid, que está en los confines de las tierras de Sirinagar. A este va gran concurso de gente, aun de partes muy remotas, c[illegible]

mo de Zeilan, Bisnaga y otras que á él vienen de romería. Quando de Goa volvimos, vinieron en compañía nuestra dos mozos cingalas de Zeilan, cumplida ya su romería á este pagode; quejáronse que no hallaron limosnas para sustentarse, y que padecian mucha necesidad; compadecíme de ellos, y mandéles dar unos bazarucos, moneda que hacia un larin de Goa; pero en sabiendo ellos que no éramos gentiles, no aceptaron la limosna, diciendo que solamente de bracmanes ó de banzares la recibian.

Está este pagode Bradid situado al pié de una sierra de que nacen varias fuentes de agua muy buena; entre otras brota una de agua tan caliente que no se puede tener en ella la mano ni aun por un breve espacio, la cual se reparte por tres, llevando por cada una de ellas como un buey de agua, y así entra en varios estanques, en los cuales templada con otra fria se laban los que van en romería, entendiendo que con ella se purifican sus almas, y quedan sin pecado alguno; y no hay para ellos en esta vida bienaventuranza mayor que llegarse á lavar en esta agua purificadora de sus almas.

Está este pagode encima del mismo lugar donde brota esta fuente, que aquí lo pusieron los bracmanes, fingiendo para esta otras mil patrañas. Entre ellas dicen, que el fuego viéndose lleno de pecados, por los muchos males que hacia al mundo, abrasando casas y haciendas, consumiendo campos y arboledas, pesaroso de tan graves culpas se fué á pedir remedio de ellas al pagode Bradid, el cual le dijo, que se quedase en aquel lugar con él, y así purgaria todos sus pecados. Tuvo el fuego por grande merced la que le hacia el pagode, y así se quedó á sus pies, y por eso salta aquella fuente de agua tan caliente como veíamos. Hícele instancia diciendo, que si el fuego estaba á los pies del pagode, como decia, y tan manso y quieto, ¿cómo hacia todavía por el mundo los mismos males que primero, abrasando cuanto encontraba? Respondieron, que el fuego que andaba ahora por el mundo, era una sola parte de las quince que tiene, y que quedándose las catorce quietas á los pies del Bradid calentando aquella fuente, la décima quinta hacia los males que les decian.

Dicen más, que el pagode á los principios todo cuanto tocaba lo volvia en oro, ahora fuesen palos, ó piedras, ó cualquier otra cosa; pero que un herrero, por codicia, llevó cierta cantidad de hierro, y echándolo en el fuego que estaba á los pies del Bradid, para de esta manera ablandarlo y hacer mayor la cantidad, para despues tener más oro, tocando el hierro todavía caliente en el pagode con esta codicia, se sintió tanto de ello el pagode, que nunca más quiso convertir las cosas en oro, como primero lo hacia. De estas patrañas cuentan muchas.

Las ofrendas que entran en su tesoro son sin número; y así, dicen, que es grandísimo el tesoro que tiene de oro, plata, aljófar y piedras preciosas. Fue-

ra de tres meses del año, todos los demas está este pagode cubierto y enclavado en la mucha nieve que cae sobre él, y las aldeas al rededor son en este tiempo inhabitables, pasándose sus moradores á otras que están más abajo tres ó cuatro jornadas, donde la nieve hace ménos impresion.

Las gentes de estas tierras, puesto que pertenecen al Rajá de Siranagar, son de otra casta, el lenguaje es diferente, comen carne y yerbas; y así como van desollando el carnero, lo van comiendo, principalmente toda la gordura que tiene; y los nervios de los pies es para ellos el mejor bocado: las tripas, despues de mal enjuagadas en el agua, las hacen bocadidos, y luégo las van comiendo; algunos las ponen á cocer, mas no esperan más de que hiervan la primera vez, diciendo que la carne muy cocida pierde el sabor y la sustancia. Comen la nieve como entre nosotros el pan ó dulce. Y viendo un niño de dos ó tres años con un pedazo de nieve en las manos comiéndola, me parecio que le haria mucho mal: mandéle dar unas pasas, que actualmente nos habia dado el Rajá del pagode, y que le quitasen de las manos la nieve que tenia. Tomó él las pasas, y comenzando á comer, las echó luégo de sí, llorando por su nieve; y así niños y grandes comen la carne cruda, y arroz y otras semillas de esta suerte, y con esto están muy fuertes y sanos, bien fuera de las enfermedades de la India.

Aquí labran y siembran las mujeres y los hombres hilan; estas traen por joyas en las orejas unas hojas como de palma, puestas de tal suerte, que parecen dos husos, que saliendo de las orejas de esta manera derechos caen por el rostro, cosa de palmo y medio bien cumplido.

En la última de estas poblaciones, llamada Maná, estuvimos algunos dias, esperando que se deshiciesen las nieves de un famoso desierto, que está entre estas tierras y las de Tibet, el cual se puede pasar en dos meses del año solamente; porque en los otros diez no dá la misma tierra lugar á comercio alguno. De esta aldea última van subiendo luégo algunas grandes sierras, que se atraviesan en veinte dias de los dos meses, que por ellas hay pasaje: no tienen poblacion alguna; porque en el lugar donde la pudiera haber no hay árboles ni yerba, ni otra cosa más que montes de nieve, lloviendo de contínuo sobre ellos; pero en los dos meses del año que hay pasaje, está la tierra descubierta por la falda de los montes por algunas partes, y donde no lo está, están las nieves tan espesas y duras, que es fácil pasar por encima.

No se halla por este desierto leña, ni cosa con que poder encender fuego; y así el matalotaje que llevan los pasajeros, es harina de cebada tostada, la cual cuando la quieren comer echan en agua, y hacen un polvo que beben, sin tomar más que llegue á fuego, porque no lo hay; y de esta manera pasan, y se sustentan en aquel desierto, y mueren en él muchos: y dicen ellos, que

hay ciertos vapores, que la misma tierra descubierta echa de sí, tan dañosos, que estando un hombre sin dolerle pié ni mano, le dan unos desmayos, que en ménos de un cuarto de hora acaban su vida. Yo creo que nace ello de grande frialdad y falta de comer, y así se les apaga el calor natural, y mueren de repente.

Algunos dias estuvimos esperando, con determinacion de pasar con ciertas cáfilas que el Rajá de los pagodes hace llevar á sus tierras; pero en este mismo tiempo tuvimos muchos avisos, y señales manifiestas, que el Rajá de Siranagar nos mandaba detener, y que no pasásemos adelante. Certificados de esto fué grande la afliccion que tuvimos, viendo que despues de tantos trabajos pasados, y caminos tan largos, se atajaba así nuestra pretension, y faltaban las esperanzas de entrar en aquella tierra, que era para nosotros como la de Promision.

Despues de varios discursos en esta materia, y puesto el negocio en las manos de Dios, pues era suyo, me resolví de pasar ocultamente este desierto, aunque fuese fuera de tiempo, no dudando tener particular favor y proteccion del cielo. Despues de haberme informado muy bien del camino, y del tiempo que en el pasaje podia gastar, dejé al Hermano en esta aldea, por parecerme no pasaria mal alguno, y me puse en camino una madrugada sin ser visto, llevando conmigo dos mozos cristianos, y un serrano de aquellos por guia; él y cualquiera de nosotros llevaba una buena manta para cubrirse, y unas alforjas con alguna cosa para comer.

Caminamos dos dias con la mayor priesa que nos fué posible, aunque con trabajo por razon de las nieves, que en este lugar se comenzaban á pasar con dificultad. En esto vinieron á nosotros el dia siguiente otros tres serranos, enviados por el Gobernador de aquella tierra, haciendo grandes amenazas á los que nos guiaban, si pasasen adelante, diciendo al uno de ellos; que su mujer é hijos quedaban en estrecha prision, y sus bienes confiscados, y si no volvia luégo habian de morir todos, y á mí me procuraron amedrentar con varias amenazas y miedos, diciendo que mi compañero que estaba en la aldea pasaria mucho trabajo, y si yo luégo no volvia, el hatillo que teníamos seria tomado por perdido: y sobre todo que si yo pasaba adelante moriria infaliblemente, por no ser aun tiempo de pasar aquel desierto; juntando á esto otras muchas amenazas y espantos de la misma calidad.

El serrano que nos guiaba se volvió luégo, y yo como estaba bien informado del camino pasé adelante con los dos mozos, é invocado el nombre de Jesus y ayuda del Señor, continuamos el camino. Pero el trabajo que pasamos fué muy excesivo, porque nos acontecia muchas veces hundirnos en la nieve hasta los hombros, y otras hasta los pechos, y de ordinario hasta

las rodillas, trabajando para salir lo que no se puede creer, y sudando sudores frios, viéndonos no pocas veces á peligro de la vida; y muchas veces nos era necesario ir por encima de la nieve con el cuerpo, como quien vá nadando, porque de esta manera no nos hundiamos tanto en ella. Así fuimos continuando el camino, durmiendo las noches sobre la misma nieve, sin tener más abrigo, que echar una manta que llevábamos por encima de la nieve, y cubriéndonos todos tres con las otras dos: y no era este el mayor trabajo, porque más sentíamos la nieve que comenzaba á caer desde las cuatro de la tarde, continuándose casi toda la noche, tan menuda y espesa, que no nos dejaba ver estando juntos, acompañada con un recio viento y sobremanera frio; y cubriéndonos con nuestras mantas, el remedio que teníamos era sacudirlas muchas veces, para no quedar enterrados debajo de nieve. En los pies y manos y rostro no teníamos sentimiento, porque con el demasiado rigor del frio estábamos totalmente sin sentido.

Acontecióme darme un golpe no sé donde, y caérseme un buen pedazo de un dedo, sin poder yo dar fe de tal, ni sentir herida, si no fuera por ver la mucha sangre que de ella corria. Los pies teníamos tan hinchados y helados, que quemándonoslos despues con brasas vivas, y hierros abrasando, no teníamos sentimiento alguno.

A esto se acrecentaron dos grandes males. El primero, que cada uno de nosotros tenia un mortal hastío, con que estábamos como imposibilitados para comer, y no me acuerdo en enfermedad alguna haberlo tenido tal; mas la necesidad precisa hacia que sobre todas estas repugnancias comiese alguna cosa; y con mucha fuerza y con algunas invenciones procuraba con los mozos lo mismo, como si fuesen, ó estuviesen muy enfermos. La otra cosa que nos fué de pena era no hallar agua para beber, la cual en medio de tales frios nos era bien necesaria, por razon de la sequedad que causaba en nosotros el mucho trabajo: no era esto por faltar fuentes, mas porque todas ellas iban ocultamente por debajo de la nieve; y de la misma manera iba el rio Ganges. Comíamos pedazos de la misma nieve, y algunas veces cuando el sol comenzaba á calentar derretíamos alguna poca en un plato. De esta manera íbamos caminando hasta lo alto de todas las sierras, de adonde nace el rio Ganges de un grande estanque, del cual tambien nace otro que riega las tierras de Tibet.

En este tiempo teníamos ya la vista de los ojos casi perdida, pero yo la perdí más tarde que los mozos, por la mucha diligencia que hice en guardarla; mas no fué bastante para no quedar casi ciego por más de veinte y cinco dias, sin poder rezar el Oficio Divino, ni aun conocer una sola letra del Breviario.

Luégo que llegamos á lo alto de las sierras, se seguian unas grandes campiñas de las tierras de Tibet; mas como ya veíamos muy mal, no divisábamos más que todo blanco, sin poder discernir por qué parte podíamos pasar adelante; y así perdimos todas las esperanzas de poderlo hacer, faltándonos las señales, por las cuales lo hacíamos hasta entónces; y ya en este lugar no estábamos de la ciudad real más que cinco leguas de camino, y teníamos como por imposible poder ya pasar adelante, pues no parecian más que campiñas de nieve, y por otra parte irnos faltando el mantenimiento, y los tres mozos que era necesario calzarlos y descalzarlos, cubrirlos y descubrirlos, y aun meterles el bocado en la boca.

Traté con ellos lo que debíamos hacer, y asentamos en aquella noche, que á otro dia por la mañana volviesen ellos á la aldea, donde estaba el Hermano, que lo podian hacer en seis dias andando bien, y yo me quedaria entre tanto al pié de aquella sierra en un lugar, que por ser muy húmedo se derretia en él la nieve, y tenia algun abrigo del viento detras de una grande piedra, con abundancia de agua del estanque que dije arriba, quedándome bastantemente provision de lo necesario para ocho ó nueve dias, mientras el Hermano me enviaba de allá alguna cosa, ó fuese Dios servido, que hubiese álguien que me guiase en lo restante del camino hasta Tibet.

Llegada la mañana me despedí de los mozos, encomendándoles cuanto pude la diligencia en caminar, que como habia de ser siempre cuesta abajo, y por camino que ya sabian, podian muy bien ir con más presteza, pues les importaba; porque estaba á riesgo su vida y la mia. La respuesta fué, ponerse á llorar como niños, diciendo; que ellos sin mí no podian dar cuatro pasos, y que sin mí no se atrevian á ir, como en la precedente noche me lo habian prometido: nunca pude acabar con ellos otra cosa; y así parece lo quiso Dios, porque sin duda ellos murieran en el camino si fueran solos, como luégo lo experimenté.

En esta forma fuí forzado á volver casi desde el cabo de la jornada, con los mismos sobresaltos de ser detenido, con que habia llegado hasta allí, de los cuales me parecia estar ya seguro, con ser el camino á la vuelta muy fácil, porque todo era descender. Fué con todo esto grande el trabajo que tuve en hacer andar los mozos, porque ya los pies iban tales que no se podian tener sobre ellos; y así caminamos de vuelta tres dias: y en esto, una tarde oí unas voces como de hombre, que andaba en aquel desierto; mas no vimos así nada, no podíamos saber lo que seria. Fuimos hácia donde oíamos las voces, y encontramos un serrano que venia en busca nuestra, con nuevas del Hermano, el cual le dejaron enviar los de Maná, ó por mejor decir le solicitaron mucho para eso, hallándose muy avergonzados de lo que tenian hecho,

temiéndose no nos aconteciese alguna desgracia, como ya imaginaban, y les tomara el Rey de Tibet estrecha cuenta cuando los viese. De grande consolacion nos fué este hombre, del cual supimos nuevas ciertas del Hermano, y cómo los temores de ser detenidos ó presos, estaban ya extinguidos, buscando los de la aldea cosas que dar al Rajá, para que no nos impidiese, que fué nueva de grande alegría.

Por este hombre nos envió el Hermano un poco de refresco de grande estima, y fué un poco de harina de cebada tostada, y una poca de miel, y juntamente ropa para cubrirnos y ampararnos del frio. Sirviónos este hombre de guia por otros tres dias, al cabo de los cuales llegamos á un lugar en que la nieve era poca, y habia cuevas de piedras, debajo de las cuales nos podíamos recoger. Distaba este lugar de la aldea tres jornadas. Aquí descansamos algunos dias, hasta llegar el Hermano, y con él una cáfila que se anticipó por nuestro respeto. Cuando llegó el Hermano no le pude conocer, sino despues de tenerlo en los brazos. Juzgue V. R. qué consuelo habria entre nosotros, aun algunos dias despues del descanso; tengo por cierto, que nunca me ví con tanto aliento y fuerzas como en este tan trabajoso camino: y mal podria, quien me conoció, juzgar que en mí las habria para tanto trabajo.

Despues de llegar el Hermano nos detuvimos por algunos dias en aquel lugar, miéntras que se quebrantaban más las nieves, en que se pasó casi un mes, y hubo lugar de comenzar, que tornásemos á hacer de nuevo el propio camino; mas ya con más facilidad, y sin trabajo que tuviese semejanza con el primero. Sólo me faltaba á mí la vista, y no es mucho, pues hasta los mismos serranos que de esta vez fueron con nosotros, con estar acostumbrados y nacidos entre las mismas nieves, padecieron grandes dolores en los ojos por algunos dias, sin valerles unos anteojos, que hacen de ciertas redes, para defender la vista de los rayos del sol, que hiriendo en la nieve les cegaba los ojos, con la continuacion de pocos dias.

Ya en este tiempo se habia enviado un recaudo al Rey de Tibet, y así tuvo noticia de nosotros, enviando dos hombres al camino para que nos acompañasen y sirviesen, ordenando á los de la cáfila, que tuviesen mucho cuidado de nosotros, y nos llevasen como cosa muy suya; y á mí me escribió que fuese muy alegre para sus tierras, porque me daria de ellas cuanto yo fuese servido. Todo esto sucedió por lo que se escribió de nosotros al mismo Rey, que éramos gente muy extraña, nunca vista por aquellas tierras. Tres dias ántes que llegásemos nos envió tres caballos, dos para nosotros, y otro para alguno de los mozos, siendo necesario.

Cuando llegamos á la ciudad salia la gente por las calles, y las mujeres á las ventanas, á vernos, como cosa muy rara y extraña. El Rey por entónces

no pareció, estaba por él la reina en una baranda de palacio, de donde nos quiso ver: hicímosla la debida reverencia, y así nos recogimos á unas casas que nos tenian aparejadas. Imaginaba el Rey, y así se lo habian escrito, que nosotros debíamos de traer algunas perlas y joyas de gran precio, puesto que no éramos mercaderes; pues no podria haber otro fundamento del viaje tan trabajoso que habíamos emprendido.

Certificado ya por via de otros quién eramos, y que no éramos mercaderes, ni traíamos piezas ricas, como pensaban, quedó con menor contento de nuestra venida, y sin querernos hablar dos ó tres dias. Enviando á preguntar el porqué habíamos venido, respondí, que yo no habia venido á sus tierras para comprar ni vender, porque no era mercader: y asimismo que no habia venido para llevar cosa alguna de ellas, ni de él queria ninguna de las mercedes que me habia ofrecido, sólo le pedia me diese audiencia por espacio de una hora, y que entónces le descubriria la causa de mi venida, y no de otra manera, mas que estuviese cierto que le seria de gusto.

Habida la licencia nos recibió con benevolencia, estando solamente con él un cuñado suyo. Servia de lengua un moro queiximir, por el cual moro le dí cuenta de la pretension con que habia venido á su córte, y los muchos trabajos que en esta empresa habia pasado; y saber si eran ciertas las nuevas que me habian dado, de que era cristiano, y seguia con sus pueblos la verdadera ley, y que si era servido, allí me tenia para declarar y mostrar los yerros de la suya, y que solamente el deseo de su salvacion me hacia desterrar de mi patria, dejar hermanos y amigos, y pasar tantos trabajos; que se aprovechase de la ocasion que Dios le ponia en las manos, acordándole que por tantos años atras no la habia dado á sus antepasados; que no se hiciese indigno de las mercedes que el cielo le ofrecia.

El moro como oyó esta plática, entendiendo nuestra pretension, procuró cuanto pudo deshacérnosla, segun que se echaba de ver en su hablar: de modo, que con no entender yo aquella lengua, me parecia á mí claramente que él usaba de engaño, y me ví forzado algunas veces á amenazarle, que le haria castigar severamente, no siendo fiel en referir al Rey lo que se le mandaba decir, y que luégo habia de tomar otra lengua gentil, y de nuevo decir al Rey lo que él no queria decir. Bastó por entónces lo que él dijo al Rey, para que el Rey se dejase entrar, y le fuésemos pareciendo mejor que en la primera entrada.

La reina que todo lo estaba oyendo en otra casa detras de una guarda puerta, envió á decir al Rey que nos queria ver, y nos habló despues; mas vueltos al Rey, quiso ella estar presente, y dijo entre otras cosas, que sentia gran pesar de no saber nuestra lengua, porque mucho la habia agradado lo

que habia oido de nuestra ley. Es esta Reina tenida por mujer prudentísima, y así lo pareció en su trato, y en las preguntas y respuestas de la plática. Mandó, por ser entónces ya tarde, que nos recogiesen; mas que holgaria de hablar con nosotros despacio en aquellas materias de ley y salvacion. El dia siguiente fuí llamado bien temprano, porque ya aquel pequeño grano de la mostaza evangélica iba echando raíces, y causando grandes efectos en los corazones del Rey y de la Reina.

En este dia como en los demas servia un gentil de lengua, platiqué de espacio de nuestra santa ley, declarándoles algunos misterios principales con tanto gusto del buen Rey y de la Reina, que de allí adelante no podian estar sin nosotros, no se hartando de oir nuevas del cielo, y más siendo tan cierto que lo ménos de lo que se le decia podia ser entendido; pues era necesario hablar por tres lenguas diferentes, entendiendo cada cual de ellos muy poco de la materia que se trataba. Mandó el Rey que para nosotros no hubiese puerta cerrada en su casa, y que en todo tiempo entrásemos y saliésemos, como en efecto se hizo, aun en los tiempos que no se dejaba entrar en palacio. Casi todos los dias teníamos presentes del Rey y de la Reina, de aquellas cosas que habia en la tierra, es á saber: carneros, arroz, harina, manteca, miel, pasas y vino de uvas en grande abundancia: de manera, que no sólo bastaba para los de casa, mas dábamos contínuas limosnas y ejercitábamos otras caridades. Las pasas son de dos castas, unas negras muy menudas, mas muy buenas y dulces; otras muy grandes y blancas, mas muy secas y ácedas; todas vienen diez ó doce dias de camino de otras ciudades del mismo Rey, como tambien el vino de uvas.

Pasábanse ya muchos dias, y pasábase el tiempo en que era necesario volvernos, ántes que se cerrasen las sierras. Pedí licencia al Rey, y dilatándola de dia en dia, no acababa de darla, hasta que claramente me dijo que no me dejaria salir de sus tierras, sin primero darle palabra firmada con juramento, de volver luégo en el año siguiente, para quedar con él despacio, ya que por entónces no era posible, conforme á las razones que le apuntaba. Yo cuando le vi tan deseoso de nuestra quedada, respondí que le daria la palabra que me pedia de volver luégo, siendo contento mi Superior mayor, cuyo súbdito yo era, como sin falta seria, mas con las condiciones que yo le daria por escrito, como se las dí.

Fué la primera: que me habia de dar pleno poder, para poder predicar en sus tierras la santa fe, sin que ninguno me fuese á la mano. La segunda: que me habia de dar lugar y sitio para hacer iglesia y casa de oracion. La tercera: que no me habia de ocupar en cosas propias de mercaderes, si por ventura pretendiese algunas nuestras tierras, pues era contra lo que profesábamos.

La cuarta: que si acaso en el tiempo venidero fuesen algunos mercaderes portugueses á sus tierras, nosotros no habíamos de asistir en compras y ventas de sus piezas, ni en semejantes materias, como si nunca hubiera tales mercaderías. La quinta: que no diese crédito á cosa alguna que le dijesen los moros queiximires contra nosotros; pues eran muy contrarios á nuestra santa ley. A esto acudió luégo la Reina diciendo; que los moros eran mala gente, cual era la ley que profesaban, y de todo encontrada con la suya; por la cual razon á ninguno dejan vivir de las puertas adentro de la ciudad, como en la verdad no dejan, y solamente vienen á la ciudad á sus tratos. Oidas la condiciones por el buen Rey y la Reina, hizo luégo enviar un papel sellado con las armas reales en la forma siguiente:

«Nos, el Rey del reino de Potente, recibiendo grande alegría con la venida del P. Antonio, extranjero, á nuestras tierras, para enseñarnos la santa ley, al cual hemos tomado por nuestro maestro y superior mayor, y le damos toda la autoridad para poder libremente predicar y enseñar á nuestros pueblos la ley santa; ni consentiremos que alguno le dé por eso molestia; y le mandaremos dar sitio, y toda la ayuda que quisiere, para hacer sitio de oracion. Y somos contentos, que siendo caso que vengan á nuestras tierras mercaderes extranjeros, el dicho Padre y sus compañeros no intervengan en cosa alguna en materia de compras y ventas, pues son contra lo que profesan. Asimismo no daremos crédito á cosa que contra los dichos Padres quisieren intentar los moros; porque bien entendemos, que como no tienen ley, así son contra los que siguen la verdadera. Y pedimos en todo encarecidamente al Padre Grande, nos envie luégo al P. Antonio, para remedio de nuestros pueblos». *Dada en Chaparangue. firmada con nuestras armas, etc.*

Envió más otro papel en lengua persa por via de los moros, firmado con sus armas, en que manda á todos los queiximires de Agra ó de Lahor, que tienen comercio en sus tierras, que siendo llamados por mí ó por cualquiera Padre, hagan todo lo que les mandaren, y por via suya lleven nuestro hato á Tibet, como si fuese del propio Rey. Todo esto ordenó, para que en el viaje no tuviésemos molestias con derechos y otras vejaciones semejantes. En el primer dia que hablamos con el Rey, y vió el hato que llevábamos, como acostumbraba hacer siempre, halló que parecia de pobres. Entre otras cosillas halló una hermosa imágen de Nuestra Señora en lámina, con el niño Jesus durmiendo, cosa muy perfecta. Quedó pasmado de verla, y la Reina mucho más, sin embargo de tener muchas pinturas muy buenas; y cuando le declaré lo que representaban, se le dobló el gusto en que por grande espacio estuvo viendo la santa imágen. Halló más algunas cruces de salcete, algunas nóminas y verónicas, y unos cilicios y disciplinas. Preguntó nuevamente por cada

una de estas cosas, y para lo que servian, lo cual se le declaró cuanto fu posible.

Calló por entónces, mas pasados algunos dias, cuando ya estaba y nos mostraba tan aficionado á nuestras cosas, como queda dicho, me pid con mucha instancia algunas cosillas para sí y para la Reina, Príncipes y s sobrinos. No las di luégo, por le acrecentar los deseos y reverencia á aquell cosas; mas tornó á pedirlas por muchas veces, diciendo que con ellas le ha Dios muchas mercedes, y que le quedaria como buenas armas contra unos otros enemigos.

Dos dias ántes de darme licencia les llevé siete para siete personas no bradas, y las ofrecí todas juntas en un papel, mas él no las quiso recibir, ciendo que diese yo á cada uno la suya, como lo hice, dando la primera Rey, que la recibió descubierto y con suma reverencia, poniéndola sobre ojos y cabeza, y luégo la colgó al cuello pendiente de una cadena de oro. mismo hizo la Reina, que se seguia, Príncipe, cuñado y sobrinos, á cuy personas eché las santas cruces, que le quedaron pareciendo muy bien. El c ñado, que aquella tarde se partia para una peligrosa guerra, me dijo que i con la sagrada cruz lleno de confianza, y segurísimo de que nuestro Señor p medio de ella le libraria de los peligros de la guerra, como le libró, dánd victoria con mucha facilidad y honra suya.

Era muy para ver la grande devocion de todos, y la reverencia con q trataban las santas reliquias. Di ademas á cada uno una nómina que le c al cuello, y otro dia parecieron todos con las nóminas en bolsas de seda p más resguardo.

El dia último me detuvo el Rey consigo por más tiempo, y yo por despe da le ofrecí aquella lámina en que estaba la imágen de la Sacratísima Vírge el Niño Jesus, diciéndole que por ninguna via habia de dejar aquella sagr imágen; mas por estar cierto que él le tendria todo el respeto y acatami to, la dejaba como un riquísimo tesoro, y como una fortaleza inexpugnal á quien podria y debia acudir en medio de todos los peligros y trabajos alma y cuerpo, y estuviese cierto de remedio y socorro. El estimó la i gen cuanto no se puede creer, y puesto de rodillas la puso sobre la cab y de la Reina, y porque estaba presente mucha gente, me pidió la mostr Lo cual hice con grande alegría y consuelo de todos, que descubiertos, y rodillas en tierra, y con las manos levantadas, adoraron la sagrada imá con extraña devocion y reverencia: y queriéndola dejar luégo, me pidi tornase á llevar á nuestra casa, en cuanto mandaba aparejar lugar dece para ponerla, como se hizo.

Yendo yo ya con ella en los brazos, encontré en otra sala de abajo al Ve

le la hacienda, acompañado de mucha gente, el cual me pidió que le mostrase la imágen, (de que ya tenia noticia por uno de los que le acompañaban,) en lengua persiana, (de que yo sabia algunas palabras,) que la deseaba ver por curiosidad de cosa tan buena y perfecta.

Oida esta palabra torné á recoger y cubrir la imágen que ya le iba mostrando, diciendo que aquellas cosas tan divinas y santas no se veian por curiosidad, sino para hacerles la debida reverencia y adoracion. El Veedor de la hacienda reprendió ásperamente las palabras de que otro habia usado, pidiéndome la mostrase, porque él no por curiosidad, mas para adorarla de todo corazon la deseaba ver. Vióla con todos los presentes, con tanta devocion y reverencia, que no podia el hombre tener las lágrimas de consuelo, viendo al divino Jesus en los brazos de su Madre Santísima, así adorado y reconocido por quien es de gente tan remota, apartada y nunca vista. No bauticé luégo al Rey y á la Reina, por no tener tiempo bastante para catequizarlos, y no dejarlos á peligro de volver atras.

Lo que despues sucedió hasta salir de la ciudad.

Bien se dejaba ver el sentimiento en que quedaban el Rey y la Reina y toda su córte, cuando nos partimos, diciendo en la despedida que volviésemos con toda la brevedad posible, porque con nosotros le llevábamos el corazon. Envió gente que nos acompañase, no sólo por sus tierras, mas hasta que pasasemos el desierto. Y secretamente tenia dado órden, para que de las aldeas vecinas nos fuesen cada dia dando carneros, arroz y manteca. Pasados tres dias de camino, envió tres hombres á la posta, con seis cestillos de higos pequeños, mas muy buenos, en que venian más de dos mil: enviándonos á decir que aquella fruta le habia venido de otra ciudad doce ó quince leguas de camino, que nos la enviaba en señal de amor, y que la enviásemos nuevas de como íbamos. Agradecímosle cuanto pudimos la memoria, que sin duda era señal de aficion que nos mostraba. Así fuimos caminando hasta entrar en las sierras del desierto, donde despedimos la gente que nos acompañaba por órden del Rey, aunque con gran repugnancia, por algun miedo que tenian del Rey, por habernos dejado tan presto sin su órden y licencia.

Grandes fueron los trabajos que sobrevinieron al Rey poco despues que salimos de su tierra, y fué el caso: que tres Rajás vasallos suyos unidos entre sí se levantaron contra él con grande poder. Teniendo el dicho Rey llamada la soldadesca para esta empresa, que distaba muchos dias de camino; sucedió, que el Rajá de Siranagar movió tambien de repente guerras contra el mismo, parece que confederado con los otros tres, y fué con tanto secreto

que no se supo nada en Tibet, sino despues de estar sus ejércitos junto á la puertas; porque no temiéndose el Rey de Tibet de este Rajá, fué convocando la soldadesca de las tierras á él vecinas contra los tres levantados; y el de Siranagar con todo secreto tomó tres caminos, que de sus tierras van á dar en las de Tibet, no dejando pasar quien pudiese llevar las nuevas. Por un camino de estos envió un ejército de cincuenta y dos mil hombres, con quince mil espingardas y veinte piezas de artillería menudas; por otro camino otro ejército de diez y seis mil hombres; y por el tercero otra escuadra de menor número. El ejército mayor llegó primero á cierta fortaleza de Tibet en que sólo habia treinta soldados, los cuales en la primera noche se resolvieron á dar en el ejército enemigo, y mataron cerca de trescientos hombres llegando á las tiendas del capitan, á quien buscaban, y le tomaron una insignia real; pero como el número era tan pequeño, recogidos otra vez á la fortaleza la fueron defendiendo todo lo que pudieron; al cabo de algunos dias se rindieron. Quedó el ejército enemigo sobremanera atemorizado, y á la verdad los de Tibet son gente muy valerosa y muy ejercitada en las armas, y los de Siranagar son serranos, que no saben sino labor.

Sucedió más, que estos dias cayó mucha nieve, con que murieron muchos del ejército. Las espías del ejército que iban por el otro camino fueron tomadas con alguna gente, los cuales fingieron una carta del pagode Bradid, diciendo que iban á tratar pazes, y así evitaron el castigo que les habian de dar. Estos nos dijeron cuando despues volvieron á su aldea, que la primera cosa que el Rey de Tibet les preguntó, fué, cómo y á dónde quedábamos, y si nos habian dejado pasar: diciéndole las espías, que quedábamos buenos en su aldea, mostró de ello particular gusto.

El otro ejército llegó por otra parte, y no hizo nada, atemorizado de mucha gente de á caballo que vino sobre él; de manera que el general de Siranagar ofreció paces, viéndose ya en aprieto, porque le tenian tomados los caminos de las sierras por donde le habia de venir mantenimiento; de suerte que con dificultad podia volver atras, é ir adelante no le era ménos dificultoso, por la mucha gente que se iba aumentando cada hora, y por el grande miedo que en su ejército habia de los tibetenses.

Estábamos nosotros en este tiempo en Maná bien afligidos, temiendo alguna grande ruina á aquel buen Rey, que de tan gruesos ejércitos estaba rodeado, é hicimos las oraciones y votos que nos pareció. Fué Dios servido que las pazes se efectuasen en breve tiempo con el de Siranagar, y los otros tres fuesen vencidos y sujetos. Y ahora en este estado queda el Rey de Tibet.

De la calidad de la tierra de Tibet y de su gente.

Las tierras de Tibet son muy grandes, segun la informacion que de ellas tuvimos; y parécenlo más por ser tan frescas y abundantes, pues en ellas hay mucho mantenimiento de trigo y arroz, etc., de frutas, como uvas, pejegos y otras, como atras queda dicho, y así nos lo certificaron muchas personas prácticas en aquellas tierras; pero la ciudad real á que llegamos, que es tambien la primera de esta banda, es la más estéril que he visto, porque en ella solamente se da algun trigo en las partes que se pueden regar con el rio.

Tienen mucho ganado de carneros, cabras, caballos, y no otra cosa, de suerte que ni un solo árbol se hallará en muchas leguas, ni yerba en los campos más que donde llega alguna agua de las fuentes del rio, y ésto por razon de las contínuas nieves, ó por falta de lluvia, que en aquellas partes es muy poca. Pero en los tres meses del año que las nieves faltan crece la yerba en el campo, y concurre el ganado, que en los demas tiempos anda en otras tierras. No hay azúcar ni jagra, ni fruta alguna, ni hortaliza, ni legumbres, ni gallinas, y así de lo demas; pero viénele mucho mantenimiento de fuera, y así no le falta carne, trigo, arróz y manteca. Suelen decir los moros queiximires, que el infierno está debajo de aquella tierra, por la grande estirilidad que hay en ella.

La gente por la mayor parte es bien afaccionada, valerosa, dada á guerras, en que de contínuo anda ejercitada, y sobre todo muy piadosa, é inclinada a las cosas de nuestro Señor; rezan ciertas oraciones, principalmente en las madrugadas. Traen todos infaliblemente, así hombres, como mujeres y niños, grandes relicarios de plata, oro y cobre, y lo que dentro anda por reliquia son ciertos papeles escritos con palabras santas de sus libros, que les dan sus lambas, á los cuales tienen grande respeto. Traen estas reliquias, no al cuello, sino á las espaldas; vístense de paños finos de lana, traen birretes como los de nuestros soldados, capas de diferente hechura de estas de Indostan; todos usan de botas muy bien hechas, y de muy buen cuero.

Los lambas son sus sacerdotes, muchos y en gran número, unos viven en comunidad como nuestros religiosos, otros en sus casas particulares, como clérigos seglares entre nosotros; pero todos profesan pobreza, y viven de limosma. Es gente de muy buen vivir, no se casan, ocúpanse la mayor parte del dia en rezar, y por lo ménos hacen esto por las mañanas por espacio de dos horas, y á la tarde otro tanto. Cantan á nuestro modo suavemente, como canto llano entre nosotros. El padre que tiene dos hijos, hace al uno de

esta profesion de los lambas. El propio Rey tiene un hermano tambien lamba, con no tener otro. Parece gente muy mansa, y hasta en los seglares rara vez se oye palabra mal sonante.

Tienen casas de oracion como nuestras iglesias, mas muy limpias, pintadas por los techos y paredes, y con ser en sus personas y vestidos poco limpios generalmente, en lo que toca á las iglesias las tienen sobre manera limpias. Las imágenes son de oro, y una que vimos en Chaparague estaba sentada con las manos levantadas; representaba una mujer que ellos dicen se la Madre de Dios, y así reconocen el misterio de la Encarnacion, diciend que el Hijo de Dios se hizo hombre. Tienen ademas el misterio de la Santísima Trinidad muy distinto, y dicen que Dios es trino y uno. Usan de confesion, mas en ciertos casos, y solamente con su lamba mayor. Tienen vasos d agua bendita muy limpia, de la cual llevan los particulares para su casa. Us de ciertos lavatorios, que parece representan el sagrado Bautismo. Tienen ley de los moros por muy abominable, y burlan mucho de la de los gentile

Cuando íbamos pasando el desierto, llegamos á cierto lugar, en que estab un pagode, al cual acostumbraban los gentiles sacrificar, siempre que pasaban, algunos carneros; y hacen muchas ceremonias, como las hicieron es vez que pasamos. Fingen entre otras muchas cosas, que siempre en estos actos entra el demonio en uno de ellos, que le hace hacer cosas muy extraordinarias, y esta vez entró en uno, que tomando una espada en las manos, como loco daba golpes en sí, y arremetia á quien hallaba: despues se fué á cargar de piedras muchas veces, diciendo que el diablo le hacia obrar semejant cosas: daba grandes gritos, echando espumarajos por la boca. Estuvieron presentes á este acto los dos hombres que el Rey de Tibet nos habia enviad y hicieron grande burla de las ceremonias de los gentiles, diciendo much veces, que en ellas mostraban cuál era su ley. Pero los mismos tibetenses tienen algunas cosas que parecen bien fuera de propósito, y muy semejantes estas de los gentiles, como es la siguiente.

Todos los meses se juntan los lambas el primero dia, y despues de est la mayor parte del dia cantando al son de sus instrumentos, ordenan u procesion en que llevan unas banderas, atambores y trompetas, y así ordenados, cantando al son de sus instrumentos, salen por de fuera de la ciuda yendo en medio de esta procesion tres figuras horrendas de los diablos. fin de esta procesion, segun dicen, es ir á echar fuera al diablo y los dem fantasmas, como quien hace exorcismos, porque no hagan aquel mes m alguno á la ciudad, para este efecto llevan aquellas figuras. Despues hech algunas ceremonias, vuelven á sus casas muy contentos y seguros que en aqu mes no sucederá cosa de desgracia.

De la misma secta que sigue la gente de este reino y del mismo lenguaje, son otros muchos reinos que se siguen adelante, que confinan con la China. Estando nosotros presentes vinieron á esta ciudad más de doscientos hombres mercaderes, con varias cosas de la China, que ellos dicen compraron en sus tierras á los chinos, y las traen á vender, y vienen estas cáfilas todos los años. Las haciendas mas ordinarias son algunas sedas gruesas, muchas porcelanas, y cha, de que hay grande uso en Tibet, y por eso es carísimo, y otras semejantes. Por lo cual siendo esta ciudad de la gente y tierras de Tibet, y tan extendidos los reinos, bien se deja ver cuán gran puerta nos abre el Señor para la promulgacion del santo Evangelio. Y como V. R. y los demas Padres amantísimos de esta India tienen tan en los ojos y en el corazon el bien de las misiones, como vemos en aquellas que allá prometen de sí ménos fruto, como á Masalager, S. Lorenzo, los rios de Guama, y otras muchas en el sur, donde los Padres no son bien recibidos, ántes expelidos, con todo eso instan una y otra vez por tornar á pasar, pasando mil dificultades por ganar almas para el cielo; claro queda lo mucho que V. R. empleará su caudal para esta otra mision que tanto de sí promete; y no dudo que lo dé por medio de las oraciones de V. R., en las cuales y en la bendicion de V. R. mucho me encomiendo, etc. Agra ocho de noviembre de 1624».

ANTONIO DE ANDRADA.

Esta es la carta de este siervo de Dios, el cual el año siguiente escribió á su Provincial lo que de nuevo obró Dios por medio suyo, y otros dos Padres sus compañeros, que de Goa se le enviaron, como refirió en las cartas del año pasado, y dice que «el crédito de nuestra santa fe, es todo lo que se puede desear; porque el Rey y Reina, y todos los grandes Señores no cesan de desacreditar á sus eclesiásticos, y de alabar y engrandecer la bondad y pureza de nuestra santa ley, y dicen muchos bienes de nuestras oraciones, ayunos, celo de las almas y modo de proceder. De este ánimo nace el grande respeto que tienen á los Padres de la Compañía, y les han dado mano y libertad para que prediquen en todas partes la ley de Nuestro Señor Jesucristo; ni hay quien se atreva á ponerles impedimento ninguno. Y porque solo los eclesiásticos lo pudieran hacer por el grande poder y crédito y número que hay de ellos, dió este buen Rey, sin que pasase por la imaginacion á los Padres, en que los ha de extinguir, diciéndoles algunas veces, que sin falta tendrian por órden de ellos grandísimos encuentros, si perseveraban en la autoridad y poder que al presente.

Para que se entienda esto mejor, se debe presuponer que los lambas y los sumbas, eclesiásticos de estos reinos, en la forma que se declaró en las car-

tas del año pasado, son muchísimos, y tan respetados del pueblo, que no hay familia que no pretenda tener entre ellos alguno ó algunos de su casa, y tanto que quedándose con el hijo primero, es infalible que el segundo y tercero, si los hay, han de ser de ellos; y así rara es la familia que no tenga hijos ó hermanos ó tios eclesiásticos, los cuales no sólo estiman los seglares por la autoridad de su hábito, mas tambien por el deudo que tienen con ellos. Considerando el Rey esto, y temiendo que por ser muchos y poderosos, y tan aliados con los seglares, podrian ser causa de la ruina de nuestras cosas y de nuestra santa ley, tan favorecida y autorizada ahora en sus reinos, trató de hacerlos seglares á todos.

El primero con quien lo emprendió fué con su hermano, que es lamba mayor y cabeza de todos los eclesiásticos de Tibet, privóle luégo de varias tierras y rentas, y quedó con él en tal forma, que jamas le pudieron conformar con él. El motivo, que para esto tomó, fué haber recibido su hermano el año pasado á ciento y treinta lambas en un dia; y decia el Rey, que procediendo su hermano de este modo, que quedaria su reino sin soldados, siéndole tan necesario para la guerra.

Hecho esto con su hermano, envió luégo varios capitanes por sus tierras, con órden de quitar los hábitos á los eclesiásticos, y hacerlos seglares, y quedando esto ya ejecutado con los sumbas que eran en mayor número, y hoy no se hallarán ciento de ellos en todos estos reinos, y á todos hizo casar y viven como seglares. De los lambas están ya seglares gran parte, y á los que repugnaron mandó vivir en unas montañas, metidos en cuevas, en la cuales no tienen que comer más de lo que piden de limosna, y no gozan de la libertad que de ántes; y como esta vida es tan áspera para ellos, piensa el Rey que presto volverán y obedecerán á sus mandatos. Con esto se espera que presto quedarán todos con tan poco poder, que no puedan aunque quieran estorbar nuestra santa ley, ni impedir la conversion.

Estando todo esto compuesto y quieto, esperamos que el Rey se bautizará, y él así lo dice, aunque desea que sepamos primero de raiz los errores de su libro, para refutarlos en juntas, que pretenden hacer con los más doctos de sus eclesiásticos. Así mismo determina que primero se bautice la Reina con toda su gente, y dice que luégo él con el Príncipe su hijo hará lo mismo. De la otra gente se han convertido muchos, y recibido el agua del santo Bautismo.

Es muy particular el amor que tiene á los Padres, y les ha hecho grandes mercedes, usando con ellos de grande liberalidad, por más que lo procuran estorbar, y no es posible que reciba algo de ellos, aunque se lo ofrezcan, como lo hace de la otra gente; y dice que es pecado recibir de los Ministros del Evangelio, y que es muy debido que él les dé cuanto tiene, esto es lo

brevemente se puede decir de esta mision, dejando lo demas para la re-
on general de aquellas partes».
.sto es lo que de este siervo de Dios hemos podido recoger: en su pro-
:ia se le hará cumplida historia.

P. NIEREMBERG.

H. VICENTE ALVARO

NACIÓ este siervo de Dios, (que por su fervor y santo celo mereció la corona del martirio,) en Ferreina, lugar del arzobispado de Evora en tugal, de padres nobles y ricos, no ménos de los bienes espirituales que los temporales, porque fueron temerosos de Dios, pios y ejemplares en su ública, y como tales criaron á su hijo en sanas costumbres. Enviáronle á ora para que allí estudiase las letras humanas y divinas, en la universidad e la Compañía tiene en aquella ciudad, adonde con el trato de los nuestros, on los buenos consejos y santa educacion, aprovechó en la virtud y en las ras, dando en ambas cosas muestras de su buen natural y grande ingenio. Aficionóle mucho á la religion el ejemplo de vida que le daban los nuestros, santidad que miraba en los condiscípulos que tenia de la Compañía, la destia, que resplandecia en todos y el celo de las almas, con que trabaja- ı desinteresadamente; y en particular le movió mucho el ejemplo de tantos rtires como habian dado la vida por Cristo, y por la conversion de los itiles en la India, que de solo Portugal han sido muchos. Y como el buen nplo es la piedra iman de los corazones, movió de tal suerte el suyo, que endido en un ardiente deseo de imitarlos, pidió con vivas ánsias ser reci- o en la Compañía, y Dios le cumplió sus deseos, admitiéndole á su mili- el año de 1505, cuando cumplió 16 de edad, y muchos más de virtud y :ecimientos, que tales fundamentos echa la divina mano en los principios su vida, en los que cria para santos.

:n el noviciado procedió con raro ejemplo de santidad y religion, crecien- siempre sus fervorosos deseos de pasar á la India á padecer por Cristo, aso que iba creciendo en perfeccion y virtud; porque las obras santas son ı, que ceban el fuego del amor divino y los deseos de servir á Dios. Es- le espolearon de manera, que no cesaba de pedir y suplicar á los Supe- es, que le enviasen á la India á emplear su vida en la conversion de los

infieles, y trabajar por sus almas, hasta dar la vida por Cristo. Sus instancias fueron tales, que juzgándolas por manifiesta vocacion de Dios para este santo ministerio, le enviaron á Goa, á donde entró el año de 1599 con tan grande gozo de su alma, cuanto habia sido su deseo de verse en aquel nuevo mundo; y para dar alivio á la sed que padecia, así del bien de las almas, como de padecer por Cristo, le enviaron á Bazain á trabajar en la viña del Señor, enseñando á los fieles y á los infieles el camino de la vida eterna, á donde trabajó gloriosamente, y con grande fruto por espacio de seis años, antes de ordenarse de Orden sacro. Y queriendo la Divina Majestad premiar sus antiguos deseos con la deseada corona del martirio, se la puso en la cabeza, antes que la del Sacerdocio, en la forma siguiente.

Llegóse el año de 1606 en que juzgando los Superiores que convenia traerle á Goa para acabar sus estudios, le enviaron órden para que viniese luégo. Embarcóse con otros pasajeros portugueses y con un P. Sacerdote que se llamaba Antonio Veloso; navegando con buen viento llegaron á la vista de los idalcanos, y á carearse con la ciudad de Dabul, á donde los portugueses tenian trato.

Aguóles el contento de verse cerca de tierra una tropa de velas piratas, malabares y mahometanos, los cuales los embistieron y rindieron y cautivaron. A los seglares trataron humanamente con la codicia del rescate; pero en los de la Compañía quebraron su furia, dándoles muchos palos, bofetadas, coces y golpes, diciéndoles mil oprobios, como á enemigos de su secta y predicadores de la fe de Cristo, amenazándoles que los habian de matar antes de llegar á tierra. Los siervos de Dios llevaron estos martirios, no sólo con paciencia, sino con alegría, por verse maltratar de los infieles, porque servian á Cristo. Algo templaron los portugueses á los moros, prometiéndoles grueso rescate por los religiosos, si los reservaban vivos; y para esto concertaron que fuesen dos cristianos á la ciudad de Dabul á disponer el rescate de todos. Fue señalado para esto el H. Vicente Alvaro, con otros portugueses, pero el Hermano insistió en que fuese el P. Antonio Veloso, [illegible] era Sacerdote, porque tendria más autoridad, y en la verdad no pretendia [illegible] sacarle del duro cautiverio en que estaba, y quedarse él á padecerle, [illegible] lo consiguió.

En el tiempo que los dos trataban en la ciudad del rescate de todos, llegó [illegible] 8 de enero, en que los moros celebraban la fiesta de Mahometo, [illegible] Constantinopla, tenido entre ellos por gran santo; y para celebrar[illegible] con mayor solemnidad, determinaron de sacrificarle un cristiano [illegible] celebre culto que ellos dan á su Mahoma; y como tenian á [illegible] capital enemigo de su secta, echaron mano de él como

de víctima más agradable á su santo. Notifícanle la sentencia con tanto gozo suyo, como llanto de los portugueses, á quien pidió que no le tuviesen lástima, sino envidia, pues con tan gloriosa muerte remataba su vida, y que le ayudasen con sus oraciones, para que acertase á darla en servicio de Cristo.

Lleváronle los verdugos á la proa del navío, cantando el siervo de Dios el Salmo de *Miserere*. Allí hicieron los moros sus ceremonias, y al tiempo que pronunciaba el Mártir aquellas palabras, *Miserere animae meae*, *Jesu bone*, estando de rodillas le cortaron la cabeza. Los fieles clamaron al cielo, á donde voló su alma santa, y los infieles al infierno, á donde está Mahoma con los suyos, dando terribles voces y alaridos, ofreciéndole aquel sacrificio, los rostros pegados con el suelo: como quien hablaba con los que estaban en el profundo del abismo. Murió el santo Mártir de 27 años y 11 de Compañía, su cuerpo echaron en la mar, á donde, aunque fué buscado, nunca le pudieron hallar. Su historia toca el P. Juan Nadaso, y la trae el P. Alegambe más largamente con doce autores graves que la refieren.

P. NIEREMBERG.

P. MELCHOR DE FIGUEREDO

El P. Melchor de Figueredo fué indiano, nacido y criado en Goa, aunque de padres portugueses; entró en la Compañía el año de 1554, de veinte y cinco años de edad. Fué de una caridad ardentísima, escogido vaso de Dios para llevar su santo nombre por varias islas y provincias del Oriente, con increibles peligros, fatigas y oprobios. En las islas Malucas padeció muchos trabajos, y en las de Vivar trabajó generosamente y convirtió entre otros muchos bracmanes, (así se llaman los sacerdotes gentiles de la India), y despues de haber ejercitado en Goa el oficio de maestro de novicios, fué señalado para el Japon, donde llegó el año 1560, cuando en aquella viña no habia bastante número de obreros que la cultivasen. Pasó todo lo restante de aquel año, y el siguiente parte en Omura y parte en Arima, donde empezó á fructificar en aquela Iglesia.

Despues fué á Bungo, donde trabajó otros tres años con gran provecho de los naturales; y redujo en Cutami á buena vida á un neófito rico, el cual con su mal ejemplo hacia daño á su familia y á los cristianos del lugar. En el condado de Iuda é Isu, en espacio de mes y medio convirtió más de doscien-

tos gentiles y dos cortesanos del Rey con sus familias, y fabricó algunas iglesias; y porque él solo no podia acudir á apacentar tan gran número de convertidos, señaló cuatro viejos devotos y sabios, traidos de otros lugares, los cuales yendo por sus tierras los enseñasen.

De estos felices sucesos del condado de Inda se esparció la fama por aquel reino, y en la ciudad de Funay fué ocasion de que se hiciesen muchos cristianos, y él fué recibido en ella con gran alegría de los antiguos fieles, por la grande cosecha que nuestro Señor le habia dado. Semejante fruto hizo en Vsuchi, adonde residia la córte, y entre otros convirtió dos mujeres ancianas muy nobles, y no ménos ricas de hacienda, que fecundas de numerosas familias de hijos, nietos, nueras y yernos, los cuales todos con grandes familias abrazaron la fe.

Ni fué menor el fruto que hizo en Facata, cerca de Funay, adonde fué servido nuestro Señor por su medio de librar una endemoniada de muchos años, hija de un hidalgo de aquella ciudad. Habian los deudos y el marido de la mujer, hecho todas las diabólicas supersticiones que supieron por su salud, cuando un dia por consejo de un devoto cristiano la llevaron á la iglesia. Luégo que el Padre la vió, armado de verdadera fe, le dijo: «Confía, hija, en el verdadero Dios, criador del mundo, y ten cierta esperanza, que si abrazares la verdadera religion, por la virtud del agua del santo Bautismo, y merecimientos de Jesucristo, verdadero Dios, serás sana; para esto es menester que por espacio de treinta y tres dias seas enseñada en las cosas necesarias que debe saber el cristiano, y entre tanto los demas cristianos rogarán á Dios por ti, y despues de estos dias espera sin falta la misericordia del Señor.» Aceptaron la mujer y sus parientes el saludable consejo, y dió principio al catecismo y oraciones. Pasado el tiempo determinado se le dió el Bautismo. Fué cosa maravillosa el ver en un mismo punto la endemoniada limpia en el alma de la mancha del pecado, y restituida el cuerpo á la primera libertad; de lo cual maravillados y confusos los parientes, confesaron tambien la verdad católica y se hicieron cristianos.

Mas no le faltaron á este apostólico varon en este mismo tiempo persecuciones de los bonzos, primero con afrentas llamándole nigromántico, hechicero, amigo del demonio; despues poniéndole muchas calumnias con falsos testigos; para quitarle el crédito con el pueblo. A esta insolencia se opusieron los cristianos; mas ellos obstinados en su maldad tomaron el paso á la casa del Padre con armas, ó para atemorizarlo ó, como es más cierto, para quitarle la vida. Los neófitos se pusieron á la defensa animosamente, y tomaron á su cargo la guarda de su casa y persona del Padre; de suerte que quitaron los enemigos y reprimieron su audacia. Y de verdad, como escribe el

ismo Padre, con la gran multitud de perversos y obstinados perseguidores, o hubiera sido bastante la resistencia de tan pocos cristianos, si el Señor no ubiera puesto su divina mano.

En el repartimiento que hizo el año de 1570 el P. Francisco Cabral, Supeor entónces del Japon, le tocó á este siervo de Dios el Estado de Omura, donde visitó en un año siete provincias ó marcas. En una de ellas convirtió l Tono, y en otras toda la gente, y en otras la mayor parte. Y prosiguiendo espues en el mismo estado los años de 74 y 75, con la misma copia de nies, en compañía del P. Gaspar Coello, ellos solos llevaron el peso de aquelas conversiones, y bautizaron en pocos meses más de treinta y cinco mil ersonas y sesenta monasterios de bonzos. Bautizó tambien el P. Figueredo lgunas personas reales, y entre ellas la hija primogénita del Rey de Emura.

En los postreros meses del setenta y cinco, fué el P. Melchor á la isla del Goto, y bautizó trescientos gentiles, ademas del consuelo que dió á aquellos cristianos, los cuales habian estado mucho tiempo antes sin maestro, y estaban deseosos de los santos Sacramentos. Despues de vuelto á Facata convirtió cinco familias de soldados, cuatro bonzos, fieros adversarios de la religion católica, dos de los cuales eran caudillos de la secta de los icoscos y otras personas de consideracion. De manera, que el P. Melchor en el año de 76, andando allí de lugar en lugar, convirtió y bautizó cuatrocientas personas, sujeto siempre á sus ordinarias indisposiciones, y mucho más á las calumnias de los bonzos, silvos y pedradas de los muchachos y de la plebe, lo cual todo con cuánta prontitud de ánimo él lo padeciese por amor de Jesucristo, se puede entender de lo que él dice escribiendo á las Indias. «De manera», dice, «que no falta contra nosotros sino la espada ó el arcabuz, para que nos quiten las vidas; y si esto el Señor no lo permite, nace de los pocos obreros, de los cuales no quiere Dios que quede privada esta tierra, porque si alguno faltase, no fuera de poco daño al gran provecho que se ha de hacer en todo Japon, á donde es necesario, que sacando nosotros aquí por merced de Dios mucha miel, sintamos las picaduras de las abejas. No digo esto para atemorizar á nadie, sino para mostrar que en estos nuestros trabajos sacamos dos dulcísimos frutos, uno de la conversion de las almas, el otro de la paciencia, los cuales son para nosotros sabrosos, como lo eran á los Apóstoles, que ban *gaudentes*». Hasta aquí el P. Melchor.

Fué llamado el año de 80 el siervo de Dios de una villa, para confesar un neófito que estaba enfermo: obedeció prontamente el fervoroso Padre, no haciendo caso del riesgo en que se ponia de topar con ladrones, que entónces nfestaban el camino, en medio del cual dió en ellos. Salióle al encuentro buen número de gentiles bien armados con lanzas y espadas desenvainadas,

... hombre malo y enemigo de nuestras le... de Bungo no permiten vuestra habita... Dios, y ha prohibido que ninguno de ... ley, y que nosotros tenemos manda... parte que os hallásemos? Pues ¿cómo tú ... andar así con tanta libertad por este reino? ... diciéndole: «Saca fuera la plata que ... ¿A mí me pedís riquezas que soy un po... este pobre vestido? Mas miradme bien á vuestro ... que halláredes».

... al Padre, y no hallando materia donde satisfa... vueltos en saña y furor, le azotaron cruel... montecillo allí cerca, á donde entre sí consultaron ... faltaron algunos más crueles que querian darle la ... juzgaron ser más á propósito llevarle á presentar ... que no estaba muy distante de allí, en una for... Padre, aunque gentil y enemigo de la ley de Cristo, ... les dijo: «Dejad ir á ese hombre, porque ha veinticin... perseguido del Rey de Bungo, sus compañeros no so... en su casa cortésmente, y me libraron la vida, mas ... intercesores con el mismo Rey para volver á su gracia ... llevar á su casa, donde le trató cortésmente: tanto ... bárbaros la memoria de los beneficios recibidos, y ... usada por Dios, de religiosos, á personas aun idólatras ...

... Rector del colegio de Funay, donde grandes trabajos ... le fueron causa de una grave y dilatada enfermedad, por ... de los devotos cristianos, fué al Meaco, para consultar ... mal, el cual viaje fué de más provecho para la salud espi... medicos, que no para la corporal del Padre. Porque con... uno de ellos llamado Dosan, hombre sabio y de autori... de la enfermedad le vino á tratar de la ley de Cristo, ... le habló con tanta eficacia, que en breve tiempo ganó el ... El cual últimamente se convirtió y bautizó, y por reverencia ... maestro se llamó Melchor, la cual conversion estimaron aque... cristianos mas que de diez mil gentiles, por el fruto que despues ...

... volvió el P. Melchor á Funay, triunfante por la preciosa pren... llegado al gremio de la Iglesia; mas sujeto todavia á su mal,

sta que últimamente le hizo inhábil para la propagacion de nuestra santa y por órden de los Superiores el año 1587 fué á Goa por último remedio, ver si con el aire natural de ella mejoraba. Mas despues de haber pasado ez años en contínuos trabajos y dolores, fué á recibir los premios celestia- á tres de julio de mil y quinientos y noventa y siete, siendo de edad de 69 os, y habiendo vivido en la Compañía 43, de los cuales gastó con gran- edificacion de todos en servicio de la Iglesia de Japon 23, de que se ha- n escritos en los Anales de la Compañía estas palabras: «El P. Melchor de guerredo, antiguo en la Compañía, enflaquecido de trabajos y fatigas, perdi- de todo punto por muchos años la salud, volvió de Japon á la India, por r si con los aires naturales mejoraba, y habiendo vivido algunos con va- os dolores y trabajos de la enfermedad, los cuales sufrió con grande ale- ría, y admirable ejemplo de paciencia y fortaleza de ánimo; últimamente por s largas y varias enfermedades pasadas, postrada la naturaleza, pasó á la tra vida.» Hasta aquí los Anales.

De este apostólico Padre escribieron el P. Luis de Guzman en su segundo omo, y el P. Bernardino Ginnaro en la segunda parte del *Javier Oriental*, ibro 9.º, capítulo 39.

P. TOMAS STEPHANO DE BUBSTEN.

El P. Tomás Stephano de Bubsten, fué de nacion inglés, de la diócesis Sarisburiense. Fué varon de espíritu verdaderamente apostólico. Enióle á Roma un caballero llamado Tomás Poundo, que era á quien él ser- a, para que alcanzase licencia de que los dos entrasen en la Compañía, y fué admitido en ella en la misma ciudad de Roma el año 1575, á los vein- y seis de su edad.

Acabados los estudios de Filosofía, por especial providencia divina fué ñalado para la mision de la India, para donde Dios le llamó sobrenatural- ente. Porque estando durmiendo le fué mostrada una casa de nuestra reli- on, y le convidaban con su gobierno. Despues de algunos dias se partió la India año de 1578, y habiendo llegado á nuestra casa de la isla de Sal- te, (que fué donde le mandaron ir á vivir,) conoció que era aquella la misma ue habia visto en aquella vision antigua. Despues le hicieron Rector de h, cuyo oficio ejerció cinco años, pero se dedicó con tantas veras á cultivar

aquella viña de Cristo, que estuvo cuarenta años enteros trabajando incans blemente en la salud de las almas, con tanta alegria y consuelo suyo, con ta aventajadas medras en los fieles cristianos, y con tanta edificacion de lo demas religiosos nuestros, que el siervo de Dios no quiso jamas pedir l mudasen á otra parte, ni los Superiores se atrevieron, por las grandes utili dades espirituales que de su asistencia allí se seguian. El fué el primero qu dispuso la lengua canarina en método y reglas, para que con más facilid y elegancia se pudiese hablar: y el idioma indostano, que es del que usa los nobles en sus conversaciones, le supo excelentemente.

Florecieron en él con mucha eminencia las virtudes de la mansedumbre humildad y obediencia: deseábanle muy larga vida los salsetanos, y se la pe dian á Dios con fervorosos afectos y oraciones contínuas, porque le amaba sumamente como á su verdadero y espiritual Padre, y le veneraban como santísimo Apóstol; que este era el comun renombre, con que le honraba Murió finalmente este siervo de Dios en Goa año de 1619, á los setenta d su edad. Las obras que escribió son las siguientes.

La Gramática de la lengua canarina, de que usan en la India Oriental: l doctrina cristiana, tambien en lengua indica. Una grande obra, cuyo título es *Purana*, en lenguage indostano, en la cual declara los principales misterio de la fe en verso; y es tan estimada, que todos los domingos y fiestas se le públicamente en las iglesias de aquellas gentes, ántes de la Misa mayor.

P. NIEREMBERG.



MISION DE LA ETIOPÍA





P. GONZALO DE SILVEIRA

FUÉ en todo excelente el glorioso mártir de Cristo P. Gonzalo de Silveira, su santidad, su muerte, y tambien su nacimiento que fué ilustrísimo. 'uvo por padre á D. Luis de Silveira, conde de Sortella, Guarda mayor de ι persona del Rey de Portugal. Su madre fué la condesa de Noroña, hija de). Fernando Coutino, mariscal de aquel reino. De diez hijos que esta señora uvo del conde su marido, el último fué nuestro Gonzalo, de cuyo parto mu- ió, cual otra Raquel de Benjamin, como quien no esperaba poder dar al nundo otro más excelente fruto. Algunos dias ántes de nacer le oyeron llo- ar en el vientre de su madre, previniendo la natural y ordinaria condicion de os hombres, que es nacer llorando. Parece que aquellas anticipadas lágrimas uisieron significar lo que despues se observó en todo el discurso de su vida, ue no sólo no se entretenia ni alegraba con las cosas que el mundo estima, as cuales siempre holló y pisó con gran valor de ánimo; pero así las sentia ' lloraba, como si no hubiera nacido para otra cosa. Nació en Almeria, año le mil y quinientos y veintiseis, huérfano de madre, y dentro de poco tiem- o tambien de padre: llevó a su casa á él y á su hermano D. Alvaro de Sil- eira D.ª Felipa de Villena, su hermana, y mujer de Luis Alvarez de Tábo- a, Señor de Mogadero, y le crió en ella con mucha virtud y cuidado.

Luégo desde niño dió muestras muy claras de lo que habia de ser, porque un siendo de pocos años no se entretenia en juegos y niñerías, como lo ha- en los de aquella edad. En su mocedad aborrecia las galas, y el hacer mal á aballos y cualquiera otro ejercicio de caza, ocupaciones propias en semejan- es años, de personas de su calidad. Toda su recreacion era leer libros espi- ituales y devotos, rezar y dar limosna á los pobres, á los cuales era tan in- linado, que por su devocion pedia limosna á sus hermanos, para darla á los ecesitados, procurando remediar sus necesidades, como si fueran propias. Y en aquellos años era tan apreciador de la paz, que en sabiendo de algunas

. . . . curaba luégo hacer amigos, y . . .
. . . bleza y virtud, de tal modo . . .
. . . . . . cayendo enfermo algun pobre . .
. . . . de dinero y otras cosas, no repar . .
. . . humildad de sus personas. Nunca se
. . . del cual se privó hasta la muerte . .
. . . mo suelen los otros niños, le . . .
. . . de vino para apretar las encias, y . .
. . . faltar en su buen proposito. . . .
. . . los niños) que ni burlando dijo . .
. . . en aquella edad sabia que no era . .
. . . que siendo el mentir cosa vil é infame . .
. . . es en personas principales, por ser la . .

. . . varo de Silveira, su hermano, de . . .
. . . ñería, y teniendo de ella noticia . . .
. . . para reprenderlos. D. Alvaro, . . .
. . . pero D. Gonzalo luégo con gran . . .
. . . de Tabora, como prudente, se espa . .
. . . fesarlo, cuanto de la pertinacia del . .
. . . le creer, quedó algo suspenso, y fingiendose
. . . rado para D. Gonzalo, y dijole: Y . . .
. . . una cosa como esta, sino que tan . . .
. . . Señor, respondió D. Gonzalo, . . .
. . . ma haber caido en esta falta; pero ten . .
. . . descomedido, si sobre esta añadiera . .
. . . ¿Que respuesta más santa y mas pruden . .
. . . muchos años? Esta es la fuerza del divino . .
. . . zon, que le enseña é instruye de modo, que
. . . viejos de mucha edad.

. . . envióle su cuñado a un convento de S. Francis . .
. . . ca. Tiene este monasterio título de Sta. Ma . .
. . . del Duero en Castilla, muy cerca de . . .
. . . D. Gonzalo instruido por aquellos santos . .
. . . mas tambien en las virtudes, y en el . . .
. . . dad, de que despues dió tantas muestras, y
. . . da áspera y rigurosa, que del todo perdió la
. . . bia sido criado; y estando en aquel monasterio
. . . semana, raras veces la vino a visitar. . . .

el deseo de aprovechar en la gramática, que gastaba buena parte de ne estudiando; y era de suerte, que el criado que tenia cuidado de nerle la cama y desnudarle, se quedaba muchas veces dormido cansado ardarle; mas por no despertarle cuando se recogia á su aposento, se . vestido sobre la cama, y así dormia lo restante de la noche. En estas tras cosas procedió D. Gonzalo de tal manera, que se espantaban aquenos religiosos de ver tal valor en tan tierna edad, tanta aspereza en tan delicado, y en tales años cordura tan extremada. Finalmente, en ı mocedad procedió con tal moderacion en todas sus acciones, que (lo muy raro en los hombres) nunca por obra ni palabra ofendió á alguno de fuera ni de dentro de su casa.

go que cumplió diez y siete años, el conde D. Diego de Silveira, su no mayor y heredero de su casa, le envió á Coimbra para proseguir los s que habia comenzado. En todo el tiempo que estuvo en aquella unid, en la cual gastó algunos años con grande provecho, vivió en el inconvento de los Canónigos Regulares de S. Agustin, llamado Sta. Cruz, para él muy acomodado, no sólo para evitar el comercio de los seque era lo que principalmente deseaba, mas tambien para aproveı los ejercicios de letras y virtud, donde adornó su alma de tales y tan ntes virtudes, en aquel grande teatro de la juventud portuguesa, que o ejemplo de castidad, modestia y piedad á todos los estudiantes, y n especial á los ilustres y nobles; y para decirlo todo en una palabra, odos un vivo dechado de vida pura é inculpable y verdaderamente ıa.

› ántes habia el serenísimo rey de Portugal D. Juan III, de gloriosa ia, edificado en Coimbra un suntuoso colegio á los Padres de la Comde Jesus, el cual en aquel tiempo tenia pocos religiosos, y la mayor e ellos eran extranjeros y por ordenarse; y tan poco estimados del , que los llamaban por risa Franchutes, nombre que los portugueses dar á los pobres peregrinos, que bajan de la parte del norte, y piden sna cantando por las calles. Así miraban á los primeros que vivian en colegio, por aquel tiempo desconocidos, y al parecer despreciados y as, y tan faltos de las cosas que la gente popular estima, que no habia llos uno que pudiese suficientemente predicar al pueblo. Sólo con el › raro de su vida eran insignes y famosos, y por esto tan queridos, que do con él los corazones de los de aquella universidad, redujeron á mu- los más principales á su imitacion, y aun á entrar en la misma Com- Entre estos fueron D. Gonzalo de Silveira, cuya vida escribimos, D. Role Meneses, D. Leon Enriquez, Luis Gonzalez de Cámara, y otros

muchos de los más ilustres de aquel reino y muy deudos de los Reyes de Portugal y Castilla, á los cuales siguieron otros hombres graves y de grandes letras.

Luego que D. Gonzalo de Silveira fué recibido en la Compañía, se apartó del comun trato y conversacion de los hombres, y teniendo por ciertos los debates que habia de tener con sus hermanos y parientes, por su entrada en la Compañía, con licencia de los Superiores se retiró á un lugar apartado de Coimbra muchas leguas, y en él tratando consigo solo y con Dios, se dió por muchos dias muy de veras á todo género de meditaciones y ejercicios espirituales, pesando con el peso de la consideracion, cuán frágil é inconstante es la vida del hombre, cuántas las falsedades y enredos de ella, cuán poco deben ser estimadas las cosas que con tantas ansias muchos buscan y abrazan, y por alcanzarlas tantos se pierden. Consideraba la hermosura y belleza divina, la felicidad eterna y los misterios de nuestra sante fe: y finalmente muchas cosas de la vida de Cristo Nuestro Señor al cual deseaba humildemente agradar, desnudándose del todo del hombre viejo, por vestirse del traje del mismo Señor.

Este tan noble retiramiento de nuestro Gonzalo, puso en gran cuidado al Conde su hermano y á sus parientes, los cuales intentaron todos los medios posibles para saber dónde estaba y qué hacia; mas todo fué en valde, disimulando los de la Compañía como si no supieran de él. Mas luego que volvió á Coimbra, y sus parientes lo entendieron, al punto todos juntos acudieron al colegio, pidiendo á los Padres que se le dejasen ver y hablar: y para quitar todo género de duda, dieron al P. Rector unas cartas del Rey, que para este fin le traian. No fué posible negarles lo que pedian, en especial por las cartas que habian dado del Rey.

Salió, pues, el H. Gonzalo, y todos le propusieron muchas razones contra aquel nuevo modo de Religion. Al principio usaron de halagos y blandura, por ver si por aquí podian atraerle á sudeseo, y viendo que no aprovechaban, comenzaron á disuadirle de sus buenos propósitos con fieros y amenazas. Acompañaban al Conde algunos religiosos, los cuales con capa de piedad hacian guerra al religioso mozo, tanto más cruel, cuanto era más encubierta y paliada. Sus razones eran, que considerase con cuidado lo que hacia, y el modo de vivir que intentaba, que no siempre era bueno lo que parecia tal, ni podia contentar á Dios, lo que se hacia con temeridad, que para no entrar en religion, era suficiente y justa causa no gustar de ello su hermano, al cual tenia en lugar de padre, ni sus parientes, principalmente siendo tan ilustres, y que tuviese por cierto que esta su entrada les era de gran pesadumbre; pero que si tenia tan gran deseo de ser religioso, y totalmente se resolvia de

ejar al mundo contra voluntad de todos, por arrinconarse, dando mano á odas las cosas de esta vida, que otras religiones habia más graves y más antiguas, entre las cuales podia escoger una, muy conforme á su nobleza y caidad, y que la Compañía era religion nueva, poco conocida, y ménos conveniente á él y á sus parientes.

No sufrió el pecho de nuestro Gonzalo, encendido del divino amor, é inclinadísimo á cosas humildes, que pasasen adelante sus razones, y queriendo ellos proseguir su plática, los interrumpió de esta suerte: «Espántome que me pongan delante la novedad y humildad de la religion. ¿Por ventura yo dejé el mundo y entré en la religion á buscar honras y fama entre los hombres? ¡Oh vano y loco pensamiento! Busco á Cristo, y por su causa deseo y quiero ser despreciado y abatido y hartarme de sus oprobios. Y si no, dígame: ¿qué otra cosa puedo querer, apartándome de mis parientes, negándome á mí mismo, y dejando todas las esperanzas que tenia de valer y subir en el mundo? Si en esta Compañía de Jesus (á que soy llamado de Dios, y á quien amo con entrañable voluntad) viviere despreciado y abatido de todos, será esa vida para mí la más gustosa y agradable. Tened, señores, mejores pensamientos de las cosas divinas y santas, y tened por cierto, que no se hallará cosa que yo anteponga á esta nueva y desconocida Compañía. Ella es mi madre muy querida, ella sólo encierra en sí todas las obligaciones de amor, que debo y puedo tener á mis parientes, y así estoy tan firme en mi propósito, que si mis propios padres fueran vivos, y pretendieran apartarme de mi intento, no sólo me hiciera sordo á sus ruegos y palabras, mas siguiendo el consejo de S. Jerónimo, no dudara de poner los pies sobre sus cabezas y pasar adelante en lo comenzado». Con estas razones hizo callar á todos, y quedaron corridos los religiosos que procuraron desviarle de su santo intento.

Libre ya D. Gonzalo de esta molestia y cuidado, comenzó la guerra contra el mundo, con tanto fervor, como si no tuviera cosa más desechada; y así aborrecia cuanto él amaba y amaba cuanto él aborrecia. Lo que el mundo estimaba tenia por bajo y vil, y lo despreciado de él, era para nuestro Gonzalo de sumo precio y estima, apeteciendo sólo las ignominias y oprobios de la cruz de Cristo. Asentado, pues, en esta resolucion, se desnudó luégo de los vestidos seglares que hasta entónces habia traido, y se vistió de otros pobres y viles, con los cuales estaba tan alegre y contento, que en aquellos principios no sentia otra mayor mortificacion que verse con un jubon de seda, el cual los superiores le mandaron traer sobre la sotana parda, por algun tiempo.

De aquí tomaba ocasion el nuevo soldado de Cristo, para reprenderse y humillarse y sentir bien de la virtud de la pobreza; porque todas las mañanas que le tomaba en las manos para vestirle decia estas palabras: ¡«Ah hombre mi-

serable! ¿aun todavía estás asido á estas cosas de tan poco ser? ¿Cuándo ha de renunciar de todo punto tu vanidad? ¿No te avergüenzas de juntar los despojos de Egipto con la pobreza religiosa? ¿Qué tiene que ver la luz con las tinieblas, y Cristo con Belial? Deja ya del todo estos espíritus hinchados y arrogantes, y pues ya te abrazaste con la religion, comienza á vivir como religioso». Con estas y semejantes razones, de tal manera se reprendia nuestro Gonzalo, y con tales ansias de alcanzar la perfeccion en todo se mortificaba, que er tenido por cruel verdugo de sí mismo.

Desde el primer dia que entró en el noviciado, su principal cuidado fu mortificar siempre su cuerpo con ayunos, vigilias y disciplinas, sin dejar d hacer cosa que de alguna manera le pudiese ayudar á perfeccionar su alma con sólidas y verdaderas virtudes. En las cosas de devocion y piedad era e primero, y en las de humildad ninguno le iba delante; y á estas acudia, co la inclinacion y facilidad natural que llevan las cosas que van caminando á s centro. Lo que en esta materia hacia más es admirable que imitable, porqu le aconteció quitarse las cejas por parecer más feo y ser ménos agradable: para que todos le despreciasen, se fingia algunas veces bobo, haciendo gestos y meneos con el cuerpo, que mostrasen serlo.

Hizo cierta persona limosna al colegio de Coimbra, de unos negros, par servicio de la cocina. Encargaron los Superiores al H. Gonzalo que cuidas de ellos, y de cuanto hubiesen menester, así en lo espiritual de sus almas como en lo temporal de sus cuerpos. Aplicóse á esto con tantas veras, qu parecia esclavo de ellos: cuando alguno estaba enfermo, hacíale la cama, se víale de enfermero, dábale de comer, y con su propia mano se lo metia en l boca, si la necesidad lo pedia; y en todo se veia en él grande caridad y hu mildad, con mucha modestia y alegría, alcanzando siempre de Dios mayore dones y gracias del cielo. No le impedian estas cosas su oracion y recogi miento interior, porque andando ocupado en lo exterior, no interrumpia e trato y comunicacion con Dios, y siempre se apartaba, mientras comian lo esclavos, á rezar sus devociones.

En las cosas de su comodidad era notablemente descuidado; de propósi no limpiaba sus vestidos, criándose en ellos gran número de molestas saba dijas, que le molestaban á él harto y se recataban de él los otros, y causab asco el verle. Diciéndole una vez el Conde, su hermano, que no fuese tan cu dadoso pastor de tal ganado, por el daño que se causaba y pesadumbre q daba á los otros, le respondió: «Más estimo yo á estos animalejos que á vue tro condado, porque en cuanto me dan materia de humildad y paciencia, m son ocasion de alcanzar la bienaventuranza; y vuestro condado, ¿qué ot cosa es, que una miseria de la tierra»? Semejante respuesta dió á D. Juan Su

ez, Obispo de Coimbra y Conde de Arganil, y á otros caballeros, que por ompasion que le tenian, le daban el mismo consejo.

Muchas veces se cargaba de ladrillos y cal, y los traía al colegio de Coimra, que en aquel tiempo se edificaba, y muchas veces salia por las calles en otana muy pobre y sin manteo, pidiendo limosna de puerta en puerta, para ue se burlasen de él los que le veian: y con el mismo vestido salia por medio e la ciudad con un jumento delante, y se iba al rio Mondego y le cargaba e arena, y la traía al colegio para la obra, acudiendo muchos á ver tal esectáculo: entre los cuales habia amigos y conocidos, y algunos de los que abian sido sus criados, los cuales de vergüenza y espanto apartaban los ojos, or no verle de aquella manera.

Sucedió una vez, que llevando su jumento encontró acaso en la calle á su ermano D. Alvaro de Silveira, el cual con una súbita vergüenza bajó los ojos, no se atrevió á mirarle ni á saludarle. Pero el H. Gonzalo, mostrando maor alegría en su rostro, comenzó á aguijar su jumento, y hacerle con voces ue anduviese, dándole con la vara, considerando entre sí, cuán mal parece n lo que se hace por amor de Dios, dar muestras de avergonzarse, en espeial en aquellas cosas que á los ojos de los hombres parecen bajas y viles; que la vergüenza sólo es para las obras malas, por ser ella la compañera lel pecado, y que al Religioso siempre es honroso lo que hace por causa de a virtud y piedad.

No se entibió con el estudio el santo mancebo en el ejercicio de estas obras le virtud. De tal manera juntó lo uno con lo otro, que entrambos salió muy erfecto y eminente. Y aunque siempre tuvo delante de los ojos el aprovehamiento espiritual de las almas y nunca perdió ocasion, ni dejó de hacer osa en que las pudiese ayudar: mucho más se aplicó á ello, cuando acabados us estudios y ordenado de Sacerdote, con ejemplo de vida y provechosos ermones se dedicó del todo á este ministerio. No estaba siempre en un lugar, porque de ordinario discurria, predicando y confesando por las ciudades, villas y aldeas de Portugal, y por las más tristes casas de los labradores, y aun por las chozas de los pastores del campo, y no habia ocupacion que le estorbase esta, ni aun la de Superior; porque desocupándose de todo, salia á predicar por los pueblos vecinos de la ciudad.

El rigor con que trataba su cuerpo molido y quebrantado con tantos sernones era tal, que sólo faltaba el dejarle perecer. Cuando estaba en Coimra, y volvia á casa de predicar, pedia al despensero un poco de pan de los riados, y recogiéndose á un lugar secreto que estaba cerca de la cocina, ntado en un madero lo comia con tanto gusto, como si fueran los mayores galos del mundo, y esta era la comida de aquel dia. Predicando en algun

lugar donde no habia casa de la Compañía, á hora de comer sacaba de su al
forjuela un poco de pan de lo que habia pedido de limosna, y poniéndole e
la mesa le comia, aunque hubiese otros regalados manjares. Y cuando e
fuerza tomar algo de ellos, escogia los más groseros y comunes; y la traza d
que usaban los que ya le conocian era, preguntarle alguna cosa de su salva
cion, y como luégo se encendia con el fervor y celo de las almas, no advi
tiendo á lo que estaba en la mesa, comia de todo sin eleccion; y de est
suerte le engañaban, haciéndole comer de los platos regalados.

Cuando predicaba en algun lugar donde no le conocian, pedia su limos
de puerta en puerta ántes del sermon, para que despues de haberle oido
le diesen limosna con mayor liberalidad; y dia hubo, que no dándole
que un mendrugo de pan, se fué al hospital, y con él solo y agua pasó has
el siguiente dia.

No siendo aun conocido en la ciudad del Porto, andaba por las calles
horas de comer con una escudilla de barro en la mano, como suelen los p
bres, pidiendo un poco de caldo y pan, y en primer lugar acudia á aquell
que por su pobreza no le podian dar otra cosa. Solia siempre caminar á p
cuando iba de un colegio á otro, ó salia á predicar por las aldeas y ciud
des y pedia la posada y comida por amor de Dios con grande humild
Y si el compañero, por flaqueza, ó por enfermedad, no podia caminar
pie como él hacia, le buscaba un jumentillo en que llevarle y le seguia co
grande alegría, sirviéndole con sumo cuidado, como si fuera criado suyo,
siempre posaba en los hospitales, no habiendo quien de ellos por ruegos
gunos le pudiese sacar. Siendo Arzobispo de Braga D. Baltasar Limpio, v
ron insigne en muchas cosas, vino, á aquella ciudad (ántes de haber en e
colegio de la Compañía) el P. Gonzalo, para encaminar con sus sermo
aquel pueblo á Dios, y perfeccionarle en todo género de virtud. El Arzob
po intentó todos los medios para que se hospedase en su casa, y nunca
pudo acabar con él, venciendo el Padre con la perseverancia de su fir
propósito la pia oportunidad del Arzobispo.

II

Extraño despego con parientes.

Con estos ejercicios de caridad y humildad estaba tan olvidado el sierv
de Dios de la grandeza de su casa y de sus parientes, como si no fuera
carne y sangre. Vino una vez á Coimbra el Conde D. Diego de Silveira
hermano, sólo por verle y hablarle. Entró en el colegio acompañado de

·iados, y pidió le llamasen á su hermano el P. Gonzalo de Silveira. Dióle el ortero el recaudo, que el Conde su hermano habia venido para verle, y esiba en la porteria aguardándole. Respondió el Padre que no conocia tal ombre, ni tenia con él negocio alguno: vuélvase, dice, en buena hora á su asa, ó llame otro á quien hable; porque á mí ni me es de provecho, ni neceario hablarle. No negó que era su hermano, ni que no le conocia; mas imitó quel espíritu con que Cristo, Maestro de los hombres, predicando á los julios y diciéndole uno que estaban á la puerta su Madre y parientes que le uscaban, respondió que aquellos eran su madre y hermanos, que cumplian a voluntad de su Eterno Padre. En las cuales palabras, como declara S. Basilio, enseñó que no tenia por parientes, sino á los que como obedientes hijos ejecutaban los mandatos de su Padre. Volvióse el Conde, sin ver ni hablar al P. Gonzalo su hermano, y estuvo tan léjos de sentirse, que ántes se espantó y recibió particular contento, como luégo declaró por obras y por palabras; porque queriendo el P. Rector del colegio, en sabiendo lo que pasaba, mandar al P. Gonzalo que viniese luégo á ver y hablar á su hermano, no lo permitió el Conde, por saber la pesadumbre y disgusto que en esto tendria el P. Gonzalo, de cuya santidad tenia ya muy grande opinion, y con este caso se le acrecentó.

Enviábanle sus hermanas y parientes muchos presentes y regalos, que como él era tan amador de la pobreza, de la misma suerte que venian, se los volvia sin tocarlos, no con pequeño sentimiento de los mismos. Sólo admitia cuál ó cuál vez algunas cosas dulces para los enfermos, por no parecer que despreciaba á los suyos; y con padecer necesidad nunca reservó de ellos para su persona cosa alguna, por muy pequeña que fuese. Habiendo seis años que estaba en la Compañía, le envió su hermana D.ª Felipa y su cuñado Luis Alvarez de Tábora algunas acémilas á Coimbra, cargadas de cosas de estas, y aunque con licencia del Superior las pudiera admitir para la comunidad, no se le pudo persuadir, sólo porque venian dirigidos á él, teniéndose por indigno de que se le ofreciese cosa alguna; y para no dar pesadumbre á tales personas, ni agraviarlas, por haber conocido la voluntad y ánimo con que se las enviaban, despues de darles las gracias, hizo llevar las mismas acémilas cargadas como estaban, á las cárceles y hospitales de la ciudad, para que se distribuyese todo con los pobres segun su necesidad, y esto hizo otras muchas veces en semejantes ocasiones.

Tratando el conde D. Diego de Silveira su hermano, de casar una hermana suya con un caballero rico y noble, comunicó el negocio con el P. Gonzalo, para hacerlo con su parecer y consejo; mas riéndose el Padre, le dijo: Espántome, Conde, no sólo de que le haya pasado por la imaginacion co-

municarme este negocio; mas de que me haya querido inquietar con cosa tan pesada y molesta. ¿Parece á V. S. bien que aconseje yo á nadie, que escoja para sí el estado de vida que no tuve por bueno para mí? Injusto sería, si quisiese yo poner sobre los hombros de otro la carga que tengo muy pesada para los mios. Deseo que sepa V. S. para que no me ocupe en estas materias, que S. Jerónimo me lo prohibe grandemente, diciendo ser cosa muy ajena del que con sus sermones exhorta á los hombres al estado de la continencia, procurar con sus consejos persuadir en particular á los mismos á lo contrario, y que los induzca á que se casen. Sea, pues, V. S. servido de tomar parecer en esta materia de otros parientes, que no le faltarán muchos de los seglares que se le darán en todo, para que esto tenga el fin que desea; porque á los religiosos ,que deben estar muy apartados de semejantes cuidados, no es decente tratar de otras cosas que de las divinas; y si alguna vez se dejan embarazar en estas, de ordinario la paga que reciben son quejas y maldiciones de los mismos casados, cuando tienen discordias entre sí, permitiendo Dios justísimamente que paguen por este camino la culpa de haberse embarazado en lo que no debian». Con estas razones persuadió fácilmente al Conde su hermano, que para tratar de matrimonios no convenia buscar los que por su profesion están tan ajenos de tales negocios, que no suelen tratar de ellos sin daño de su alma é indignidad de su estado.

Al paso que el santo Padre huía de sus parientes, á ese paso ellos le buscaban: y porque no le podian ver ni hablar, de cuándo en cuándo por lo ménos deseaban tener cartas suyas: y como sabian que dejándose esto en su voluntad,nunca las escribia, pedian á los Superiores que se lo ordenase, y de otro modo no lo hacia; y aun mandado escribia raras veces. En sus cartas no usaba de palabras vanas y elegantes, y solo escribia lo que podia encaminar á la virtud y á bien vivir. Pondré aquí una carta que escribió á Luis Alvarez de Tábora, su cuñado, que se halló en sus papeles, y él la tenia por reliquia muy guardada; y traducida dice así:

«A Luis Alvarez de Tábora, y D.ª Felipa de Silveira, su mujer, salud en el Señor. Dios nuestro Señor conceda á Vs. Ms. tanta felicidad en esta vida, que merezcan cada dia recibir de él mayores gracias, y á todos los que los conocen sean ejemplo de una verdadera y sólida virtud. De mí sólo deben pretender, que les declare cuán largo y liberal ha sido el amor de Cristo, con Vs. Ms. y conmigo, y con todo el género humano, de quien, como de principio de todos los bienes, nos procede todo lo que tenemos de bueno. Cuando en mis cartas escribo de Cristo y de los grandes beneficios que me hizo, no estén solícitos de mí, si no es que lo cause la compasion que me tienen, por haber conocido tan tarde á un Señor que tan liberal se muestra con-

go, y porque no le sirvo como él merece. Señores mios y muy amados de i Señor Jesucristo, si me hallára en su presencia, ninguna otra cosa dijera, sola ella procurára persuadirles, que amasen con todas sus fuerzas al miso Señor: porque si á mí me ha traido á un estado de vida bienaventurada, al se puede desear en la tierra, ¿qué duda puede haber, que tambien les nfortará de tal suerte y con tal gracia, que procuren con alegría y dilincia todo género de virtud y santidad? Ruégoles encarecidamente, que no rmitan perder tantos provechos como pueden sacar de este favor y gracia. ngan en sus corazones lo que les digo. No se contenten con los primeros ncipios de la virtud, y consideren con atencion cuánto les falta, y á todo género humano para llegar á ella.

»Procuremos con gran diligencia alcanzar á Cristo, Capitan y Señor de tos, al cual no podemos servir, obedecer y glorificar tan perfectamente, que quedemos siempre atras de lo que le debemos, pues él para librarnos del go del pecado, y darnos la libertad de hijos de Dios y adornar nuestras nas de virtudes, viviendo desde su nacimiento hasta la muerte en suma pereza, y padeciendo grandes contradicciones, no dejó por sufrir cosa que s fuese de provecho. Y así podemos decir, que nos dió toda su vida entera ra nuestro bien. Y si ponemos su muerte delante de los ojos, ¿quién no rá cuán léjos y apartados estamos de ella? Padeció él una muerte la más uel y afrentosa que padecerá en esta vida. ¿Quién habrá tan duro que no compadezca considerando su tristeza, sus afrentas, su desamparo y sus andes dolores? Pensad muchas veces en el inmenso amor que Jesucristo s tiene, y recread vuestras almas con esta dulce consideracion.

»La causa porque tan de tarde en tarde os escribo, es porque no me avisais, le mis cartas os mueven á amar mucho á Jesucristo, representándoos en as tan claramente su muerte tan llena de amor. Si con ellas no alcanzo, e os abraseis en amor del mismo Señor: ¿para qué quiero perder palabras, gastar el tiempo en escribiros? Comience luégo mi hermana muy amada a Felipa, ya que la comodidad del tiempo y lugar se lo permite, desde hoy Navidad, á ejercitarse en ejercicios santos y pios, gastando cada dia una ó s horas en ellos: y piense en los beneficios que ha recibido de Dios, y cuál aquella gloria que esperamos, y cuán grande es la fuerza del divino po- y de su sabiduría. Y para que mejor lo haga, examine su conciencia y fiese todos sus pecados con muchas lágrimas y dolor; y guarde su cora- de todos los malos afectos, y abrácele con encendidos deseos de las co- celestiales.

Dos provechos le prometo que sacará de este ejercicio. El primero, que Sr. Luis Alvarez de Tábora, su marido, seguirá su ejemplo, y hará las mis-

... entre tales ejercicios, el cuidado de ... y de mayor honra y provecho. ... hallen en mis cartas lo que les pueda ... servicio de Dios: en esto quiero me ... con puntualidad. Hase de procurar mu... amor de Dios; y cualquiera otro modo de ... muy agradable.

... hagais otra cosa que servir á Dios; él os li... que al mismo Señor. ¡Oh cuánto gustara ... en la voluntad de Dios! Sin duda procu... aparteis un punto de su obediencia, y aun... perdonára cosa que os pudiera llevar á este ... padres tengan este cuidado, y si os dicen que ... de su proteccion, decidles que en esta vida ... que en naciendo, aun de las mismas manos de ... peligro de caer en los infiernos. Si vuestros pa... huelan á Dios, y no os crian en la observan... en el deseo de las cosas del cielo, inútilmente tra... ruego y suplico muy encarecidamente, por el ... hagan mucho caso del beneficio que poco ha re... dieron el agua del santo Bautismo, por medio ... pecado, os hicieron esclavas de Jesucristo.

... señores mios, si amais como buenos padres á vues... cuidado y solicitud que nunca pierdan con al... este parentesco que han contraido con el mismo ... desear que nunca os falte aquel Señor que gobierna ... providencia, y rogarle que os sea propicio y favorable, y ... vuestras obras en esta vida, que saliendo de ella al...

... vuestro en el Señor, *Gonzalo.*

... P. Gonzalo, y todas las demas escribia en esta forma, ... parientes, ahora para otros seglares, y ni mas ni ménos ... y nunca les trataba de otros negocios que del ser...

... de Goes Luis Alvarez de Tábora, con su mujer doña ... gentil hombre criado suyo, á pedir al P. Gonzalo que ... de llegarse allí á verle, porque estaba con él su herma... hablarle, solo con intento de consolarse un poco con ... quisiese negar cosa tan justa á quien tanto debia, y que le

.bia criado como á hijo. A este recado respondió luégo el P. Gonzalo, y ı pocas palabras, que él aborrecia mucho aquel vicio de la ingratitud, y por ›o procuraria con la divina gracia nunca olvidarse de los beneficios que le ıbian hecho, los cuales reconocia por muy grandes; pero que si de él prendian las muestras de amor exterior, que el afecto tan natural de los paentes pide como deuda, y que por derecho se le debe, que no habia para qué ıscarlas en él, porque ya habia trocado aquel afecto en otro más perfecto y vino. Y así les rogaba una y muy muchas veces, que no quisiese que un ›mbre que del todo ya se habia apartado de las obligaciones del mundo, y talmente se habia entregado á Cristo crucificado, volviese otra vez á merse en ellas; que deseaba de una vez entendiesen, que él sólo estimaba uella sangre que fué precio de nuestra redencion, con la cual salió de la clavitud del pecado, y por la inmensa bondad de Jesucristo quedó libre de n infernal enemigo, y levantado á la dignidad de los hijos de Dios, y que ›n esta sangre apacentaba su alma, diciendo Misa cada dia, de donde se le guia ser por un modo maravilloso pariente de Cristo; que él tenia por renta buscar otros parientes en la tierra, cuando habia alcanzado este divi› parentesco. Esta fué la respuesta que dió el P. Gonzalo á parientes tan ıstres, tan queridos y tan beneméritos.

Luis Alvarez de Tábora, como era tan pio y tan recto en sus cosas, no se teró ni se enojó con la respuesta, y cuanto el P. Gonzalo rehusaba verlos, ınto más le estimaba y le crecia el deseo de verle y de hablar con él. Por ıa causa se fué á Coimbra, y pidió al P. Rector del colegio, mandase al . Gonzalo que fuese á la villa de Goes á visitar á su hermana. Concedióselo l P. Rector, como la razon lo pedia, y llamando al P. Gonzalo, le mandó bsolutamente que luégo partiese á Goes. Duro le pareció aquel mandato, y ontrario y repugnante á su deseo; mas viendo que era fuerza obedecer, y ue sólo se le mandaba que fuese á visitar á su hermana, quiso primero asenır con sus parientes el tiempo que habia de estar con ellos, y el modo con ue le habian de tratar, pareciéndole, que de ninguna manera aceptarian sus ›ndiciones, y cesarian por esta causa de su propósito y pretension.

La primera condicion fué, que se le habia de señalar un aposento para él para su compañero, donde estuviesen apartados del trato y bullicio de toda familia y casa. La segunda: que no habian de comer á la mesa de su cudo y hermana, sino en su aposento aparte, y que habian de ser servidos l más bajo y vil esclavo de su casa. La tercera: que el dicho esclavo nunestuviese delante de él descaperuzado, ni como criado, sino como igual y npañero. La cuarta: que no le habian de traer para su comida sino vaca ›ida con agua simplemente, y en dias de pescado, alguno seco, cocido

le la misma manera, sin otro género de frutas, ni legumbres ni otra co-
a alguna.

Propuestas las condiciones más pesadas de lo que fuera justo, fueron
aceptadas, aunque de mala gana, viendo que de otro modo no podrian alcan-
zar lo que se pretendia. Acompañó al P. Gonzalo el P. Melchor Carnero, el
que despues fué Obispo de Nicea, y sucesor del P. Juan Nuñez, Patriarca de
los abisinios. Los dias que allá estuvieron, se vió en ellos tanta modestia y
desprecio del mundo y sus honras, y dieron muestras de vida tan perfecta,
que parecia haberse aquella casa con su ejemplo mudado de palacio en reli-
gion. En particular se espantaban del P. Gonzalo, por la contínua mortifica-
cion con que trataba su cuerpo, y por el trato tan entero y grave que tenia
con los suyos, habiéndose con ellos como con extraños. A los que habian
sido sus criados trataba como iguales, y los reverenciaba como á superiores;
obligaba con blandura aquel esclavo que escogió para servirle, haciendo que
se sentase con él á su mesa, y comiese en el mismo plato. Nunca durmió en
la cama que su hermana le mandaba hacer con particular cuidado y regalo;
dormia en el mismo suelo, ceñido de un áspero cilicio de hierro, con una
dura piedra por cabecera. Esto hacia tambien en los colegios, aunque en
ellos por no ser notado, usaba de un libro, que con sus tablas le era cabece-
ra tan dura como de piedra. Con su hermana y sobrinas, sólo hablaba de las
cosas que tocaban á su salvacion; todo su cuidado era ponerles delante de
los ojos la brevedad de esta vida miserable, la inconstancia de las cosas hu-
manas, la grandeza de los bienes eternos y divinos, y encenderles sus cora-
zones en el amor de Cristo sumo bien.

Hablándole acaso de la muerte que deseaba padecer por Cristo, se en-
cendió tanto en el deseo de ella, que pareció á su hermana que ya le veia
hecho pedazos, y quedando un poco suspensa mostró gran sentimiento. ¿«Qué
es esto», le dijo el Padre, «hermana muy amada? ¿De dónde nace tan repentina
mudanza interior y exterior? ¿No gustarias mucho tener un hermano adorna-
do con la auréola é insignia del martirio»?—«Yo» respondió ella, «me contento
de tener un insigne hermano en santidad, mas el martirio es cosa muy ter-
ble y dificultosa». No contento el P. Gonzalo con tal respuesta, habló tan alt-
mente del martirio, que todos los que estaban presentes conocieron su exc-
lencia, y su hermana entendió, que la muerte padecida por Cristo exce-
mucho á la santidad de la vida, y que ésta con el martirio queda más
cantada.

De ordinario trataba con los criados de la fuerza y excelencia de la virtu-
y algunas veces con tanto fervor y devocion, que movia los oyentes á lág-
rimas. Procuraba que los criados más principales se juntasen en una sala

que acudian tambien sus hermanos, y en ella enseñaba primeramente la doctrina cristiana, y luégo les platicaba del odio que debian tener á los pecados y del amor a las virtudes; y no lo hacia sin fruto, porque muchos dejaron la perversa costumbre de jurar, otros de murmurar, y otros de burlarse unos de otros.

El juego de naipes, que en los palacios parece tener puesto su asiento, de suerte le desterró, que rompian los mismos naipes, y los arrojaban en las calles.

Estando en aquellos dias muchos parientes del P. Gonzalo en aquella casa con sus hermanos, y trayendo muchos criados consigo, no quedó ninguno de ellos que no se confesase generalmente con el P. Gonzalo ó con su compañero. Sucedió en este género una vez, entre el P. Gonzalo y D.ª Felipa su hermana, una muy trabada y piadosa contienda. Deseaba la buena señora que su hermano la oyese de confesion, pidióselo encarecidamente, negóselo el Padre, teniendo por caso grave ver á sus pies derrodillas á la que habia tenido en lugar de madre y señora. Por el contrario, decia ella, que no quisiese privar á su hermana del beneficio que á todos hacia, ni consintiese que se pudiese decir, que en lugar de honrarla, la despreciaba, y que sentiria mucho la tuviese por indigna de lo que á todos concedia. Rindióse el Padre á su hermana, y oyéndola en confesion, la dejó en extremo consolada. De esta confesion nació lo que ahora contaré.

Habia más de veinte años que D.ª Felipa estaba casada con D. Felipe de Tabora, sin tener hijo varon que sucediese en casa tan rica y tan ilustre como aquella; y aunque esta señora era muy virtuosa, y estaba muy conforme con la voluntad de Dios, sentia algun tanto no tener heredero. Trató el negocio con su hermano en secreto, y pidióle que suplicase á Dios la cumpliese sus deseos en esta parte. Dióle el Padre la palabra de hacerlo, y con tantas veras, que ella quedó como cierta de alcanzarlo, y no se engañó; porque dentro de diez meses parió un hijo, que fué sucesor de su padre en el nombre y en el mayorazgo de su casa.

Muchos en aquel tiempo, por consejo y ejemplo del P. Gonzalo, mudaron la vida y costumbres, escogiendo otro estado mejor. Entre estas fué D.ª Leonor Coutina, otra hermana del P. Gonzalo, la cual estando casada y habiendo ya cumplido con las ceremonias que la Iglesia manda, siendo autor de este casamiento el conde D. Diego su hermano, en el mismo dia de las bodas, ántes que la entregaran á su esposo, y en presencia de sus parientes, les declaró con grande ánimo, que estaba resuelta de consagrar su virginidad á su esposo divino Cristo Jesus, anteponiendo sus bodas puras y limpias de toda inmundicia á todas las de esta vida, y que para ello queria la llevasen

luégo á cierto monasterio, donde despues vivió con notable ejemplo de santidad, y en él acabó santamente, y se fué á la bienaventuranza eterna á gozar de Cristo, su dulce esposo. Lo mismo hizo otra sobrina del Padre, hija de su hermana D.ª Felipa, la cual siendo el regalo de sus padres, y estando ya concertada para un grande casamiento, para el cual se componia y aparejaba con grandes galas y ricos vestidos de que usaba, con los consejos y exhortaciones de su santo tio, se mudó de tal forma, que trocando las galas, vestidos y joyas, se vistió humilde y pobremente, y se consagró á Cristo, purísimo esposo de las almas, ofreciéndole su virginidad, comenzando una vida religiosa y muy perfecta, en la cual perseveró hasta la muerte.

III

Su apostólica predicacion.

Como el amor con que el P. Gonzalo amaba á Dios era tan grande, todas sus ánsias eran procurar que todos le amasen y no tratasen de otra cosa. Ni habia dificultades que le espantasen ó estorbasen de ayudar á todos en cuanto podia, ya con sus sermones y confesiones, ya con otros ejercicios y obras de piedad, para que apartándose de caminos torcidos siguiesen el derecho de la virtud. De la ciudad de Oporto, á la cual fué enviado por el Rector de Coimbra, ántes de haber en ella colegio de la Compañía, escribió en una carta estas palabras entre otras: «Yo cuanto Dios me ayudare en estas peregrinaciones, (y espero que nunca me ha de faltar,) viviré de limosna mendigando de puerta en puerta, oiré confesiones hasta que no quede persona que se quiera confesar, y no me estorbará el sueño ni la hambre, ni el deseo de descansar. Caminaré á pie donde quiera que fuere, cuanto las fuerzas alcanzaren, predicaré hasta enronquecer, perseguiré mi cuerpo hasta la muerte, y procuraré hacerle esclavo de mi alma.» Y más abajo en la misma carta: «Perseveraré», dice, «sin miedo en mi propósito con el divino favor, y no consentiré que mi ánimo sea vencido del miedo de la muerte, ni que afloje por algun disgusto. Pasaré adelante rompiendo por cualquiera dificultad que se me ofrezca, ni descansaré hasta que me vea unido y enclavado con Cristo en su cruz.»

Lo que el P. Gonzalo escribia en estas cartas, eso mismo guardó y cumplió con grande constancia mientras vivió, hasta derramar su sangre por la fe católica.

Uno de los pueblos, donde estuvo el P. Gonzalo por órden de sus Superio-

res, fué Tomar, ilustre villa en Portugal, situada cerca del rio Naban, el cual antiguamente se llamaba Nabancid, distante de la ciudad de Coimbra doce leguas hácia la parte de mediodía. Es muy populosa y tiene muchas aldeas que están sujetas á su gobierno; y en ella está aquel famoso convento que es cabeza de ilustrísima Religion Militar de Cristo, la cual ordenó el Rey de Portugal D. Dionisio contra los moros, enemigos capitales del mismo Cristo y de su católica religion. En esta villa procedió el P. Gonzalo con tanta edificacion, y cultivó las almas de aquella gente con tanto cuidado y provecho, que pasados dos meses, eligieron los del senado á uno de los más principales, que fuese á la córte, y declarase al Rey el gran fruto que el P. Gonzalo habia causado en todos, y le suplicasen en nombre de todos, que por ningun caso consintiesen que se le quitasen al P. Gonzalo, por ser el único y total remedio de la salvacion de sus almas. Aprobó el Rey la embajada, y fuéle muy grata su peticion, y luégo hizo que los Superiores le dilatasen el tiempo de su mision; lo cual hicieron por cuatro meses, obedeciendo el mandato del Rey, y en ellos trabajó el Padre con el mismo cuidado y fruto de las almas.

Acudian algunos de los principales al hospital para que el Padre les enseñase cómo habian de tener oracion mental; para lo cual diputó cada dia ciertas horas en las cuales iba declarando el modo de meditar. Acabada la declararacion, se recogian todos en varios puestos del mismo hospital, para ejecutar lo que habian oido. Predicaba tres y cuatro veces aun en los dias de entre semana. Comenzaba por alguna de las aldeas más cercanas, yendo á ella muy de mañana para hallar los labradores ántes de salir al campo; y juntándolos, les enseñaba lo que le parecia á propósito para el auditorio, conforme al tiempo y lugar. En acabando volvíase á la villa, y hacia otra exhortacion á los que acudian á la Misa mayor. Despues de medio dia hacia otra á los que hallaba ociosos; y la cuarta poco ántes de la noche, cuando unos cesaban de sus pleitos y negocios, y otros alzaban de la labor y se recogian á sus casas. A la ida y á la vuelta de las aldeas, andaba tan olvidado de sí, que le veian muchas veces con los ojos enclavados en el cielo y con la cabeza descubierta á las aguas y á los soles, sin advertir en ello, hasta que alguno se lo advertia. Todo el dia gastaba en sermones y confesiones, en hacer amistades y en otras semejantes obras de piedad, reservando para sí una muy pequeña parte. La noche pasaba toda en oracion, gastando muy poco tiempo en dormir, porque en anocheciendo se recogia en la iglesia del hospital, que tenia cerca de su aposento. Arrodillábase delante del Santísimo Sacramento y meditaba un rato, otro hablaba amorosamente con Cristo, otro rezaba algunos salmos con grandes júbilos de alegria, como se echaba bien de ver en su rostro y mucho más en su corazon, y en estos ejercicios se detenia

... en tierra; y así vencido, aunque con-
... Despues de haber cobrado algunas
... de rodillas, y oraba de esta misma ma
... testigos de esto muchas personas graves,
... admirados de lo que veian, le acechaban

... con tanto fruto habia gastado en la villa de
... cómo era llegado el tiempo de dar la vuel-
... Recibieron ellos muy mal esta nueva; mas viendo
... hacieronle grande instancia para que quisiese
... para el camino. Dándoles el Padre las gra-
... quiso recibir cosa alguna, y partiéndose á pie
... todos los nobles y principales de la villa mas de

... que acompañaban al P. Gonzalo, reparando en
... rotos, envió luégo con gran priesa comprar unos
... de la otra gente, le rogó con grande encarecimiento los
... leguas que caminar á pie, y los suyos no estaban
... Respondióle el siervo de Dios, que no tenia necesidad
... en el camino le faltasen, que descalzo acabaria l
... que corriese mucho peligro su vida. Viendo el hom
... valde por más razones que le decia, usó de un ard
... Concertóse con otros, que llegando al término e
... y apartar del Padre, le levantasen en brazos, abra
... amor que le tenian, y que besandole las manos, le tuvie
... el le calzaba los zapatos nuevos, y quitaba los vie
... habian tratado. El Padre viendose engañado con el mo
... voluntad, no quiso ya hacer más fuerza oponiendo
... aquella gente; y despedido de ellos, se partió con los zapa
... ciudadanos recogieron los viejos, y los guardaron con gran
... reliquias de tan grande siervo de Dios.

IV

... muchas revelaciones de su martirio.

... revelacion divina, que le queria Dios honrar en su muerte con
... Ayudando en la ciudad de Coimbra á uno que llevaban

á ahorcar por graves delitos, despues de ajusticiado el hombre, hizo el Padre desde la escalera una plática al pueblo, y con ella trató de la guarda de los mandamientos de Dios, de la paz que los cristianos debian guardar entre sí, de la rectitud de la justicia, que da á cada uno lo que es suyo, y á nadie hace daño ni agravio. Finalmente habló altamente del aborrecimiento que debian tener al pecado, y del amor de la virtud, á la cual exhortó á todos con grande fervor.

Acabada la plática, recogióse á un aposentico que suele haber en las horcas, segun la costumbre de aquel reino, para recoger los huesos de los ahorcados. En él tuvo un gran rato de oracion por el alma de aquel hombre, hallando particulares motivos para su edificacion y consuelo, pasando la consideracion por aquel género de muerte, por el oficio de verdugo, por la afrenta del ajusticiado, por el concurso de la gente, y pasando de esta consideracion al monte Calvario, propuso su alma á Cristo crucificado con tanta crueldad y oprobios y desamparo de toda humana consolacion. Encendido en esta consideracion, de tal modo se abrasó en el deseo de ser mártir, que pidió á Dios con grandes ansias le concediese aquella muerte; y no sólo alcanzó lo que pedia, como despues se ha visto; pero declaróle Dios todas las particulares circunstancias de la misma muerte, porque volviendo á casa, y no pudiendo de alegría encubrir la merced que Dios le habia hecho, dijo una y muchas veces, que habia pedido y alcanzado de Dios que muriese por la fe ahogado con una soga. Decia esto tantas veces, y con tantas veras lo afirmaba, que ninguno dudó de que Dios le habia revelado su muerte y el modo de ella. Esta primera profecia de su martirio, se confirmó despues en otras ocasiones.

Acudia muchas veces á la cocina, para ejercitar en ella los oficios de humildad, como suelen los que por obediencia sirven en ella. Estando en Coimbra, y saliendo un dia de la oracion muy fervoroso y alegre, se fué á la cocina, y hablando con el cocinero, le dijo: «Ejercite, hermano mio, á este jumento, (llamaba así á su cuerpo,) el cual por causa de Dios ha de ser arrastrado y echado en un rio, para que no sea honrado ni conocido de nadie».

Tambien fué muy notorio lo que le sucedió, predicando un dia en la Casa Profesa de Lisboa, que alegrándose más de lo ordinario, y volviéndose á todas partes, mostró su garganta con la mano al pueblo, y dijo: «Esta garganta, hermanos mios, estimo sobre todas las cosas del mundo, porque ha de ser apretada tan fuertemente, que se le ha de impedir la respiracion hasta acabarse la vida».

Aguardábase de Roma el consentimiento de nuestro P. General, para que el P. Gonzalo fuese á la India, como él sumamente deseaba. Llegaron las cartas en que le daba licencia que pudiese ir á la India. Sabiendo un Padre

en secreto de la resolucion que habia venido, fuese al P. Gonzalo, y abrazóle apretadamente, pidiéndole albricias por la buena nueva de su licencia. El P. Gonzalo le miró con ojos alegres y compuestos, y dándole las gracias por lo que decia, añadió, que de su ida estaba ya dias habia muy cierto; y así no se le hacia nuevo lo que decia.

Enviando los Superiores de Portugal un Padre con aquellas cartas al P. Francisco de Borja, Comisario general que á la sazon era de España, para que le representase la falta que el P. Gonzalo haria á su provincia, encontrándole el P. Gonzalo, le dijo: «En valde trabajan en que yo no vaya á la India; no habrá fuerza humana que lo estorbe, por estar ello ya decretado y armado de Dios».

Estando un dia muchos con el P. Leon Enriquez, siendo Provincial de Portugal, le oyeron contar que saliéndose un dia con el P. Gonzalo á pasear un rato por los olivares de Coimbra, y hablando los dos entre sí de cosas del cielo, se encendió el P. Gonzalo grandemente en amor de Dios, y apretando con grande fuerza el brazo al P. Leon, le dijo: ¿«Qué hace mi P. Leon? Dé conmigo muy de veras muchas gracias á Dios V. R., porque le hago saber, que tengo de morir por Cristo, y que este cuerpo ha de ser echado donde nunca se hallará». Esto contó á muchos de la Compañía el P. Leon Enriquez, varon de gran verdad y de rara santidad de vida.

En él mismo tiempo llegó nueva á Portugal, que los Badagas de Narsinga en la India Oriental habian atravesado con una lanza y muerto en defensa de la fe al P. Antonio Criminal, natural de Parma, y el primero de la Compañía de Jesus que dió la vida por amor de Cristo. Esta nueva alentó á todos los nuestros á conseguir semejante victoria, y en especial al P. Gonzalo, el cual parecia salir de sí, deshaciéndose en júbilos de alegría, acordándose de la merced que Dios le habia prometido, y de la corona que en aquellas partes esperaba alcanzar; y era de suerte su contento, que daba saltos su corazon de placer, como que buscaba mayor lugar que el de su cuerpo, donde dilatarse.

Confirmáronse estas profecías de su martirio con un raro prodigio, que sucedió al P. Gonzalo, y fué, que diciendo Misa en la casa profesa de S. Roque de Lisboa, al tiempo que levantó el Cáliz para que le adorase el pueblo, vieron todos los que estaban presentes sus manos llenas de sangre. Espantáronse mucho, y con pasmo y rara admiracion unos á otros se comenzaron á preguntar, qué sangre seria la que veian en las manos del Padre, y de dónde podia proceder. Y como los juicios del pueblo son inciertos, y de ordinario no tan verdaderos, unos decian, que acaso habria caido del mismo Cáliz; otros, que seria de algun clavo que se le habia metido por las manos, y otros traian otras razones ménos á propósito. Corriendo luégo la fama del caso por

toda la ciudad, llegó tambien á los oidos de la Reina D.ª Catalina, la cual, deseosa de saber la verdad de lo que habia sucedido, envió á llamar el Padre Doctor Miguel de Torres de nuestra Compañía, que era su Confesor. Preguntóle, qué era lo que se decia haber acontecido al P. Gonzalo alzando el Cáliz, y que habia sido la causa de aquella sangre del Cáliz por las manos, que esto era lo que el pueblo decia más comunmente.—Respondió el P. Miguel de Torres, que él no sabia que se hubiesen visto las manos del P. Gonzalo ensangrentadas, cuando levantaba el Cáliz, ni hasta entónces habia oido semejante cosa; mas que le parecia, que no podia ser habérsele derramado la sangre de Cristo. Porque el P. Gonzalo era tan humilde, que si tal cosa le hubiera acaecido contra su voluntad, luégo al punto lo dijera en público delante de todos, para confusion y reprehension suya, fuera de que el Hermano que le ayudaba, si viera derramarse la sangre, al punto lo dijera; y tambien porque la sangre de Cristo, que está debajo de aquellas especies de vino, no podia ensangrentarle de tal suerte las manos, que se echase de ver.—Replicó la Reina: Pues ¿qué pudo ser que todos han visto sus manos llenas de sangre? ¿Qué causa pudo haber para verlo así, si no lo estaban?—Yo, Señora, respondió el Padre, no me atrevo á definir por cierto lo que ha sido; mas si me es lícito, segun la grande santidad del P. Gonzalo, sospechar alguna cosa, digo, que por ventura quiso Dios con esa maravilla mostrar lo que todos dicen, que este santo varon ha de ser sacrificado á Cristo, ofreciéndole la vida y sangre por su fe, como le ofrecia él mismo á Cristo á su Eterno Padre en aquel sacrificio incruento de la Misa. Contentó á la Reina la interpretacion, y se persuadió por la opinion que tenia de la virtud del P. Gonzalo, que con aquel prodigio se declaraba la gloriosa muerte que habia de padecer.

V

Parte á la India, donde es Provincial.

No cabia el ánimo de este siervo de Dios en un solo reino de Portugal, y deseaba dilatarse por otros mayores, donde hallase con que satisfacer á su deseo. Esta, pues, fué la causa que le llevó con tanto gusto á las espaciosas partes del Oriente, en las cuales pudiese apagar la sed insaciable de su alma, con grande abundancia de trabajos. Con esto se partió muy consolado de la ciudad de Lisboa, en el mismo año en que se partió de esta vida mortal para la eterna la benditísima alma de S. Ignacio de Loyola, que fué el de Cristo de mil y quinientos y cincuenta y seis, navegando para la India por las in-

mensas aguas del océano, lleno de peligros y dificultades, dejando á todos muy edificados y deseosos de acompañarle.

Lo que hizo en la nave el tiempo que duró su navegacion, y cómo ayudó á los pasajeros con su ejemplo y doctrina, más es para pensarse, que para poderse escribir. Su principal cuidado en ella era de acudir á los enfermos, sirviéndolos como esclavo, exhortándolos á la paciencia y al cuidado de su salvacion, como si fuera su padre, consolándolos como hermano, y condoliéndose de todos como compañero de sus trabajos. Él aderezaba la comida por sus manos, llevando la olla al fogon comun de la nave, como suelen los pobres de ella y la gente ordinaria. Dormia de noche entre los grumetes y pícaros, cubierto con una ropa grosera. Finalmente no perdió ocasion de ayudar á los prójimos y despreciarse á sí.

Ocupado en estas santas obras, llegó la nave á Mozambique con próspero tiempo. No dejaba perder punto de tiempo, que no ejercitase obras de piedad, procurando mover á ella á todos: y así luégo que saltó en tierra, se fué á la iglesia de Nuestra Señora, donde colocó unas reliquias que llevaba de las once mil Vírgenes, y se ofreció con ellas á la misma Vírgen. El dia siguiente ordenó una solemne procesion, en la cual se llevaron aquellas santas reliquias con grande solemnidad y devocion por toda la ciudad. Cantaba el Padre las Letanias, vestido de una sobrepelliz, con mayor piedad que arte ni destreza. Llegaron á la iglesia de la Vírgen, y en ella fueron recibidos con grandes muestras de alegría, tocándose las campanas y varios instrumentos músicos. Fué tan grande el aparato y magnificencia de aquella fiesta, y tan grande el concurso, que se dejó el sermon para la tarde. En acabando de predicar, acudió luégo á los indios y moros que vivian en aquella isla, procurando con su doctrina darles alguna luz de la verdad. No le costó mucho mostrarles claramente su engaño, aunque gente tan metida en la inmundicia de la carne, que dificultosamente sale de ella.

Gastados algunos dias con grande fruto en Mozambique, y llegado el tiempo de continuar su navegacion, se volvió á la nave, y pasando aquel famoso archipiélago, que está entre Arabia y la India, llegó á la ciudad de Goa, habiendo desembarcado un sábado; y entrando en el colegio de la Compañía á media noche, luégo el domingo predicó en la iglesia mayor con grande concurso y espanto de toda la ciudad.

En entrando en la India tomó el cargo de Provincial de aquella provincia. En él se hubo de tal manera, que ni los negocios de su oficio le impedian el cuidado de procurar la salvacion de las almas; ni éste le quitaba de cumplir con su obligacion, ni la ocupacion que le daban los de casa y fuera le estorbaba un punto de perfeccionar á su alma con sólidas y verdaderas virtudes.

omenzó á predicar domingos y fiestas con tanto concurso y provecho, que i las iglesias eran capaces para tanta gente, ni habia bastantes confesores ara oir los que se querian confesar. Muchos caballeros, y lo que más es, mu- hos soldados, reformando sus vidas, acudian á la confesion y comunion cada semana, con raro ejemplo y notable provecho.

Dos cosas pidió el P. Gonzalo al Gobernador, que entónces era de la India, Francisco Barreto de Lima, varon de grande importancia, para aumento de religion católica. La una, que los cristianos fuesen preferidos á los gentiles n los oficios de la república, de que podian sacar honra y provecho, y que esen tratados con mayor amor y libertad, segun lo ordenaba el Rey por s cartas. La segunda, que se prohibiese con gran rigor á los gentiles, que entro de la ciudad de Goa no pudiesen hacer sus ceremonias gentílicas pú- lica ni ocultamente. El Gobernador como era muy prudente y pio, conce- óle entrambas cosas con grande voluntad; y ayudando el Padre á la ejecu- on, se quitaron los oficios honrados y provechosos á los gentiles que los te- ian, y se dieron á los cristianos con alguna ventaja de utilidad y honra. Man- óse pregonar por las calles que ninguno de los gentiles, de cualquiera esta- o dignidad que fuese, se atreviese á celebrar públicamente ó en secreto s ceremonias gentílicas dentro de la ciudad de Goa, señalando gravísimas nas á quien contraviniese á este decreto. Creció tanto la cristiandad en la dia con la publicacion de las dos leyes referidas, que convirtiéndose ántes ella tan pocos á nuestra santa fe, que solia decir el P. Francisco Rodriguez, ector del colegio de Goa, que él se contentara mucho que se convirtiesen da año por lo ménos tantos á la fe, cuantos eran los dias de él; despues de iblicadas aquellas dos leyes acudieron tantos á la iglesia á pedir el santo utismo, que dentro de pocos dias se hicieron cristianos ochocientos y ochen- y cuatro. Y en los primeros dos años, despues de haber llegado el P. Gon- lo, se bautizaron con grande crédito de la religion católica cerca de tres mil. ntre ella fué una mora, hija de Meal, pariente muy cercano del Rey del De- in, con grande contradiccion de su padre, el cual en defender su maldita sec- se señalaba entre todos los moros.

Procuró el P. Gonzalo, para ganar los ánimos de los infieles, y traerlos más cilmente á nuestra fe, que los Bautismos se hicieran con extraordinario apa- ito, y así dió principio al Bautismo de trescientos juntos con notables fies- s y riquezas; de suerte que con la fama de tan grandes demostraciones udian los gentiles á bandadas al rebaño de Cristo; fueron tantos, que el mis- o mes se bautizaron más de doscientos. Ni sólo procuraba el P. Gonzalo que bautizasen, sino que quedasen tambien firmes en la fe, y viviesen con ejem- lo. No ponia ménos diligencia en acudir á los pobres, buscándoles la comida

y vestidos, porque sabia cuánto hace la necesidad peligrar en la fe y e demas virtudes. Esta era la razon porque muchas veces enviaba algunc la Compañía á los castillos y pueblos cercanos de Goa, y á las aldeas de sete, que estaba en la Tierrafirme, para que con cuidado inquiriesen, s nuevos cristianos, que en ella habia, padecian necesidad en lo espirit temporal.

Sabiendo que algunos labradores, que acudian á Tanar á oir el Evang eran maltratados de los gentiles, alcanzó del Gobernador, que se muda un lugar cerca de la ciudad de Goa, en el cual viviesen sin daño y fuesen jor doctrinados. Llamóse despues este pueblo la Trinidad, y se le dió pr pio con ciento y cincuenta cristianos. Para honrarlos y confirmarlos en la nion de la religion católica, hizo el siervo de Dios grandes fiestas á un S dote de la misma gente, cuando cantó su primera Misa, porque le truj mejores músicos de la India, ayudáronle Diácono y Subdiácono, cosa rara en aquella tierra, y el Gobernador, no sólo se halló presente á la M mas comió con todos á la mesa, sentando junto á sí al Sacerdote Missa tano.

Andando el P. Gonzalo todo metido en la conversion de los gentiles, l nueva á la ciudad de Goa, que habia entrado por la costa de Malabar un obispo nestoriano, y que iba sembrando la herejia de Nestorio por aqu pueblos, que aún no estaban del todo sujetados á Cristo. Tomó luégo est loso varon al P. Melchor Carnero por compañero, y partióse á gran pr para Cochin, ciudad muy célebre en la India, que está en la boca de Mangate, de la cual tomó aquel reino su nombre. De esta ciudad envi P. Carnero á la de Cananor, procurando con amenazas ó con halagos g aquel infernal ministro y sembrador de la herejia. Succdió lo que dese porque el hereje, sin que nadie le obligase, (no se sabe si por miedo ó po ber conocido su engaño,) buscó al Padre, confesó su pecado y herejia, y p le remedio para su alma. El P. Gonzalo, alegre del buen suceso, dió cuen Provisor que tenia las veces del Obispo, y hacia oficio de inquisidor, po haber aún en aquellas partes tribunal del Santo Oficio. El Provisor rec lió al hereje á la Iglesia, despues de haber abjurado su herejía públicam mas para que no retrocediese, como muchas veces sucede, é inficiona otros, procuró el P. Gonzalo que fuese enviado á Portugal en la prir ocasion.

Divulgándose, pues, por aquellas partes el celo con que este apóstolica dre propagaba y defendia la fe; en sabiendo alguno, que otro hacia algun acato contra nuestra religion católica, luégo le denunciaban al P. Gon como si fuera el censor de los errores contra ella é inquisidor general.

Entre otras cosas le enseñaron un papel de muchas blasfemias contra Cristo Nuestro Señor, el cual se halló á la puerta de la iglesia, en la caja en que se echan las limosnas. Sospechó el Padre lo que era, que el autor de aquella maldad seria alguno de aquellos, que con capa de cristianos son indios. Comenzó á predicar contra ellos y contra su secta con tanto fervor, que en breve fueron descubiertos los autores de aquellas blasfemias, y castigados como merecian. De este caso tomó ocasion de escribir al Rey de Portugal, pidiéndole con muchas veras, que si conforme al amor que tenia á la fe católica, deseaba que ella se conservase y creciese en el Oriente, alcanzase del Papa licencia, para que se asentase en aquellas partes el tribunal del Santo Oficio, y pusiese en portugueses, insignes en prudencia, letras y santidad, los cuales tratasen las causas de la religion como convenia. Y así á la diligencia y cartas del P. Gonzalo se debe tan singular beneficio, con que la fe católica se conserva hoy en Oriente; y como era tan inclinado á cosas pias, ayudaba con todas sus fuerzas á los que defendian la piedad.

Estando en la ciudad de Goa, se dijo por cosa cierta, que el Melique, Señor de Chaul, partia de Tierrafirme con grande ejército, para tomar la fortaleza que los portugueses tienen en la misma ciudad, y que muy presto estaria sobre ella. El Gobernador, sabiendo que no habia fuerzas en la fortaleza para defenderse de tan grande ejército, y que tardando el socorro era cierto el peligro, partióse luégo con el mayor número de soldados que pudo juntar, para socorrer á los suyos, con la diligencia que fuese posible. Antes de salir, rogó al P. Gonzalo, que por la autoridad que tenia con todos, persuadiese á los moradores de Goa, acudiesen á sus compañeros y naturales que estaban en evidente peligro; porque no sólo peligraba la honra de Portugal, mas tambien la causa de la religion católica.

Encargóse el siervo de Dios de lo que el Gobernador le encomendó: hizo luégo tocar á sermon, al cual en un punto acudió toda la ciudad. Subiéndose al púlpito, declaróles brevemente la presente necesidad, y el peligro en que los suyos estaban: exhortóles á que con muchas veras los favoreciesen.

Apénas habia acabado el siervo de Dios su exhortacion, cuando entre todos se oyó un ruido, con que unos á otros se animaban á tomar las armas contra el enemigo; y saliendo con grande ánimo de la iglesia, se fueron denodados á sus casas, y tomando las armas corrieron á la playa de la mar, y entraron en los navíos que ya estaban á punto. Llegaron en breve á Chaul, y fué tan grande la diligencia que se dieron, que ántes de veinte dias, llevando al P. Gonzalo en su compañía, se hallaron tantos soldados en la playa de Chaul, cuantos nunca se han visto en la India en gravísimas dificultades; sólo les faltó la ocasion para cumplir con sus deseos, por no hallar enemigo con

que pelear; porque el Melique, luégo que supo la gente que venia con cobró tan grande miedo, que levantando el cerco huyó vergonzosamer

Cuando el P. Gonzalo acompañaba las armadas, (que lo solia hacer m veces, principalmente cuando el Virrey salia,) todo su cuidado era ense los soldados las cosas de su salvacion, y aparejarlos á morir como cristi en caso que acabasen en la guerra. A este fin, en habiendo comodidad taba los soldados á una parte, y subiéndose en un lugar alto para mej visto y oido, tomando en las manos un Crucifijo, les predicaba del am Dios, sin el cual nadie puede salvarse, y de la fe, de la obediencia, de l ticia, de la verdadera fortaleza, de cómo se habian de confesar bien y r el Santísimo Sacramento, y de otras cosas necesarias para los soldados cuales confesaba en todas partes y ocasiones, para que con mayor ánin trasen en los peligros.

En este tiempo, que fué el año de mil y quinientos y cincuenta y llegó á la ciudad de Goa con grande alegría de todos D. Constanti Berganza, Camarero mayor del Rey, y hijo del Duque de Berganza D. J y hermano del Duque D. Teodosio, varon de grandes partes y virtud, do por el Rey D. Sebastian, para suceder por Virrey de la India á Frar Barreto de Lima. No pudo venir nueva de mayor contento al P. Gor porque conocia bien á este caballero, y su natural inclinacion á la vir piedad. Con su venida cobró el Padre grandes esperanzas, que la rel católica se aumentaria por todo el Oriente; y no se engañó, porque D. tantino hizo su oficio con tanta exaccion, y dilató tanto la fe por aq bárbaras naciones con su autoridad é industria, cuánto se podia desea dióle el P. Gonzalo muchas cosas y todas se las concedió.

Entre otras fué, que edificase en Goa una iglesia magnífica al glo Apóstol santo Tomé, Patron Universal de toda la India. La causa de est ticion fué, porque el segundo año del Virreynado de D. Constantino, q el de mil y quinientos y cincuenta y nueve, vino el Rey de Narsinga c ejército de más de sesenta mil hombres, con grande copia de elefantes, Coromandel; y fuera de llevar mucha gente cautiva, y muchos despojos quezas, saqueó tambien las reliquias del Apóstol, que estaban guardad la ciudad de Meliapor en una arca muy rica; aunque el Rey Bárbaro, que supo que en aquella arca estaban aquellas santas reliquias, á que su yores tuvieron siempre gran veneracion, procuró al momento restit Tratando, pues, un dia el Virrey y el P. Gonzalo de este caso, tomó el ocasion de hacer este servicio al Santo, del cual era muy devoto, y con á quejarse del descuido de los ciudadanos de Goa, que siendo aquella c cabeza de aquel imperio, de quien el Santo era tan favorable Patron, n

via en toda ella un templo dedicado y edificado en honra de este Apóstol; mas esta gloria, añadió el Padre, estaba guardada para V. S. cuya venida aguardaba el Santo, para tener cosa digna de sus grandes merecimientos, y de la grandeza de V. S. Apénas habia acabado de hablar el Padre, cuando el Virrey mandó dar principio á aquella santa obra, y encargó que con toda priesa se hiciese un nobilísimo templo, el cual brevemente se acabó, así por la multitud de obreros, como por la abundancia de materiales. Fué cosa maravillosa que todos los gentiles que trabajaron en este edificio, siendo muchos, se convirtieron despues á la religion católica, y se hicieron cristianos, ayudados del favor del santo Apóstol.

VI

Su oracion, éxtasis y algunas profecías.

Acabó el siervo de Dios su oficio de Provincial, y comenzó luégo con más particular cuidado á disponerse para ir á hacer oficio de apóstol, y llevar el nombre de Cristo entre las más bárbaras naciones, que era lo que sólo deseaba en esta vida. Dióse con más fervor al ejercicio de todas las virtudes, aunque en todas era admirable; bien se puede esto echar de ver de todo lo que hasta aquí hemos dicho, pero con todo eso será bien que hagamos aquí alto, y ponderemos algunas en particular de las que tuvo, para que se vea, cuán escogido vaso de eleccion tomó el Señor, para que llevase su nombre entre las gentes.

Empezaremos por la que dió vida y eficacia á las demas, que es la oracion, á la cual era tan dado este apostólico varon, que siempre, y en todas ocupaciones, ahora fuese caminando, ahora descansando, trataba con Dios y traia los ojos puestos en el cielo; con esta vista se recreaba tan maravillosamente, que despreciaba y aborrecia cuanto veia de las cosas humanas. Muchas veces fué hallado en su aposento tan elevado, que ninguna cosa sentia; algunas le vieron levantado de la tierra. Pondré aquí un caso muy aprobado con el testimonio de personas de mucho crédito.

Vivia el P. Gonzalo en la casa profesa de la Compañía de JESUS de Lisboa; y teniendo cuidado de la sacristía Pedro Marqués, el que despues fué muchos años ministro en el colegio de Coimbra, buscando una vez al P. Gonzalo en su aposento para cierto negocio, abrió la puerta, y vióle en el aire levantado de la tierra. Espantado de tal vista corrió al P. Gonzalo Vaez de Melo, persona de grande prudencia y piedad, que á la sazon era Predicador en la mis-

ma casa, y despues fué Provincial de Portugal; y aunque no podia bien h blar de cansado, le contó lo que habia visto: entrambos juntos llamaron otros Padres, y todos acudieron al aposento del P. Gonzalo, y abriendo puerta le vieron muy levantado de la tierra. Espantados de aquella maravil alabaron á Dios y á su siervo; notaron con grande cuidado el estado, form y manera en que estaba aquel cuerpo levantado.

Era grande el provecho que sentia en el sacrificio de la Misa, y por es causa, por más y mayores ocupaciones y achaques que le sobrevenian, nu ca dejaba de decirla; y como sabia que el fruto de ella era más copioso co forme á la pureza con que se llegaba á celebrar, no una, mas dos ó tres vec al dia se confesaba antes de decir Misa. Cuando estaba malo y la enfermed era tan grande que le estorbaba de decir Misa, á lo ménos comulgaba; y a no pasaba dia que no recibiese el Santísimo Sacramento del Altar. En tod los aposentos en que vivia ponia tantas cruces cuantas eran las paredes, pa que no volviese á parte en que no topasen los ojos á Cristo crucificado p los pecados de los hombres, para mejor traer á la memoria su muerte san sima, y animarse con ella en todo tiempo y lugar, á mortificar sus pasion

En muchas cosas se puede echar de ver la devocion que tenia á la Virg Nuestra Señora, especialmente en sus sermones, en los cuales, luégo que ofrecia ocasion, trataba de sus alabanzas con particular gusto y fervor. Resp dia este afecto exterior al interior que en su alma tenia. En viendo alguna im gen suya bajaba los ojos y la cabeza, y algunas veces puestas las rodillas tierra la adoraba. Notóse esto muy en particular en una imágen de la Virge la cual se puso en un tránsito del colegio de Goa para ser de todos revere ciada como Reina y Suprema Señora del mundo. Lo mismo se notó much veces cuando rezaba el Rosario, porque siempre que comenzaba el Ave M ría, se inclinaba delante la Virgen, como se cuenta de Sta. Margarita, h del Rey de Ungría, la cual rezando mil veces el Ave María en los dias de fi ta, á los principios de cada una se arrodillaba.

Comunicóle el Señor grande don de profecía, porque fuera de lo que h mos referido tuvo otras muchas. Habia en Portugal una persona muy ilus en sangre, pero de vida perdida: deseaba tanto el P. Gonzalo la salvacion esta persona, que la pedia continuamente á Dios, y en especial con may fervor cuando celebraba. Sucedióle, que hallando á Dios siempre suave propicio, cuando rogaba por la salvacion de esta persona miserable, le pa cia que Dios le volvia las espaldas, y se apartaba de él como enojado. Atón el Padre de tal vision, y entendiendo que la causa era porque le trataba aquella persona, que estaba tan encenagada en sus pecados, y que sólo oirle nombrar se espantaba, determinó de contarle lo que pasaba, por ver si

ba de su mal estado, y encontrándole una vez, le habló de esta mane-
o puedo entender cuál sea la causa de que en todas las Misas que digo,
;o a Dios por vos, (y hágolo cada dia,) siempre hallo á Dios en todo lo
benigno y suave, pero en nombrándoos, mudando el rostro, se mues-
ojado y como desabrido, dándome á entender, que no le agradan mis
nes cuando las hago por vos». Tomó el hombre el dicho en burlas, y
tal lo dijo á sus amigos, y notando al Padre de simple y sencillo, se
ıa de su necio cuidado. Uno de los que oyeron estas burlas fué D. Jeró-
de Meneses, Rector que fué de la universidad de Coimbra, y despues
o de Miranda, y últimamente de la ciudad del Porto, insigne en letras,
rísimo en sangre. El triste y miserable fin que este hombre tuvo, como
l mismo D. Jerónimo, mostró claramente cuál era el espíritu con que
re le hablaba, porque despues de muchos daños y pérdidas que pade-
cuerpo y alma, acabó la vida descomulgado, como miembro, que por
odrido fué cortado y apartado de la Iglesia.
ındo en Braga por Arzobispo D. Baltasar Limpo, vino el P. Gonzalo á
ı ciudad, para encaminar sus ciudadanos á la salvacion eterna; y hízolo
nto fervor y cuidado, que dejó á todos muy aficionados á la Compañia.
riendo volver á su colegio, y viendo á un devoto suyo sentido de no ha-
sa de la Compañía en aquella ciudad, le consoló con estas palabras: «Si
leseais la Compañía en vuestra ciudad, tened buen ánimo, porque den-
pocos años vereis un colegio en ella». Parecióle al hombre imposible lo
Padre le decia; porque nunca el pueblo, deseándolo mucho, y pidién-
ıabia podido alcanzar licencia de los Arzobispos, Señores temporales
nisma ciudad, para que alguna de las religiones hiciese casa en ella,
algunos de los Arzobispos religiosos. El suceso mostró que hablaba
re con espíritu profético, porque D. Bartolomé de los Mártires de la
ia Orden de Predicadores, Arzobispo de Braga, clarísimo en letras y
ad, no habiendo edificado convento en Braga de su religion, fundó en
ı nobilísimo colégio á la Compañía, el cual fué la primera casa de reli-
que hubo en ella de los muros adentro.
iendo en la villa de Goes D.ª Felipa, hermana del P. Gonzalo, y es-
apretada de una grave enfermedad, ordenó el P. Rector del colegio de
ra al P. Gonzalo, que fuese á visitar á su hermana, para recrearla con
sencia, y consolarle en aquel trabajo. Partióse el Padre, como su Supe-
lo habia ordenado, y en el camino, encomendando á Dios la enferma,
lio por divina revelacion, que ni la enfermedad era de peligro, ni su
na estaba ya tan apretada como al principio. Entrando pues en el apo-
de la enferma, sin preguntarla cómo se sentia, ni por el estado de la

enfermedad, comenzó á hablarla cosas del cielo, y de las obligaciones (
nemos á Dios y á su misericordia. Algunos de los presentes condena
Padre de demasiado austero y de poco prudente, y uno de sus parient
terrumpiéndole la plática, le preguntó la causa porque estando todos
y muy cuidadosos de la enfermedad de la señora D.ª Felipa, solo él,
olvidado del parentesco tan estrecho, y de las obligaciones que la ten
tan duro, que en entrando en su aposento, ni la saludaba, ni tampoco
formaba de los presentes del estado de su enfermerad? Respondióle el
con mucha afabilidad, que la memoria que él habia hecho en su entrad
misericordia de Dios, se habia de tener por muy grata y apacible salu
y fuera de esto, que él no habia menester preguntar por la salud de s
mana, sabiendo cierto que ya estaba sin peligro, y la enfermedad muy
da, y que lo que más importaba era, mostrarnos agradecidos á Dios
mercedes recibidas, para que nuestra ingratitud no impidiese la corrie
su liberalidad y clemencia.

Acometieron los turcos y los rumes (que es otro género de turcos qu
cienden de los de Constantinopla,) con una gruesa armada la ciudad de C
que está en el seno pérsico. El Virrey de la India D. Constantino, a
otra armada contra ésta, y nombró por General de ella á D. Alvaro de
ra, hermano del P. Gonzalo, por ser muy famoso en la guerra por su
tria, valor y prudencia. En sabiéndolo el P. Gonzalo acudió á la orac
trató el negocio con Dios; y acabada ella se fué al Virrey, y pidióle con
de encarecimiento, que no hiciese á D. Alvaro General de aquella ar
«No dudo», dijo, «excelentísimo Príncipe, que se pueden encomendar gr
empresas sin temeridad á D. Alvaro, por ser su valor en las armas con
en muchos y buenos sucesos, con que no sólo da esperanzas, mas con
muy grande que alcanzará victoria de los enemigos; mas yo estoy ciert
se ha de perder con toda su armada, si le envian por General. Suplico
muchas veces a vuestra excelencia, que conserve con honra el estado d
tugal y la fama de D. Alvaro». Pensó el Virrey que por humildad le ha
Padre aquella peticion, y no porque tuviese alguna revelacion de lo q
bia de suceder; y perseverando en su determinacion, envió á D. Alva
Silveira á Ormuz por General de aquella armada.

Partióse D. Alvaro con mucha alegría contra los enemigos; viéndose
ta de ellos mostró tanto brío y valor, que atemorizado el General de l
cos, le pidió paz con honradísimas condiciones. D. Alvaro, alegre con
ceso, no quiso concedérsela, pareciéndole que tenia la victoria en la m
burlándose como soldado de las amenazas del P. Gonzalo, dijo; «En fin
visto, que no siempre salen verdaderas las profecías de mi hermano, á l

os esta vez no ha sido buen profeta.» Acabadas estas palabras, mandó poer las proas de las galeras en las de los enemigos, y con grande ímpetu y iria comenzó la batalla. Peleóse de entrambas partes con mucho valor y nimo, mas como los sucesos de la guerra son varios y dudosos, la victoria uedó por el turco, aunque se tuvo él mismo poco ántes por vencido. Murió). Alvaro en la batalla, y la armada portuguesa fue toda desbaratada. Más rofecías referiremos despues, y otros milagros que obró nuestro Señor por u siervo.

VII

Sus heróicas virtudes.

Acompañaba el Santo á la oracion con contínua mortificacion y peniten:ia; tomó á pechos el afligir su cuerpo y reprimir las pasiones de su alma, y erseveró en ello con tanta constancia, que podemos dudar, si nos espantaemos más del fervor con que comenzó vida tan áspera, ó de la perseverancia ue en ella tuvo. Perpétuamente traia un áspero cilicio á modo de jubon, ha:iéndole el cuello de lienzo para mostrar que era camisa. Acrecentaba algulas veces otro cilicio de hierro, todo agujerado, con las puntas hácia el cuero. Tomaba disciplina con tanto rigor, que no tenia parte sana en las espallas, y todas ellas eran una llaga. La ocasion de saberse esto fué, que hallando :l P. Gonzalo á uno de la Compañía tentado, y conociéndole la tentacion inerior por la tristeza del rostro, le dijo:—«Y bien, Hermano, ¿porqué no echais :sa tristeza de vuestro corazon? Los que sirven á Dios es menester que vivan legres».—«V. R.», dijo el Hermano, «es santo y tiene su ánimo quieto y seguro de toda perturbacion, y no es molestado de los cuidados que me atornentan; por cierto que si V. R. experimentara las grandes tentaciones que :ontínuamente me afligen, ni se alegrara, ni sosegara un punto».

Compadeciéndose el Padre del trabajo de su Hermano, le tomó por la mano, y llevóle á un lugar secreto, y descubrióle sus espaldas cubiertas con azoes, y díjole:—«Hermano mio, ¿porqué perdeis el ánimo? ¿Sois vos solo á uien sigue y persigue el demonio? ¿Quién hay en esta vida que tenga paz ó treguas con él? No teme azotes, ni se espanta de esas llagas que veis; muy á menudo me acomete, y con grande furia me combate, mas yo estoy firme :on el favor de Dios, y espero que siempre lo estaré, y que le tengo de vencer. No penseis que estais perdido, y mucho ménos que Dios os ha desampaado. Esto que os parece trabajo, es misericordia de nuestro Señor, porque

de esta manera granjeemos su gloria. No permite que seamos tentados, para que nos dejemos vencer, sino para que teniéndole á él por compañero salgamos vencedores».Con estas palabras del P. Silveira se le quitó aquella grande tristeza, que tanto le afligia el corazon, quedó aquel religioso tan fervoroso, que reprehendiendo su descuido, y dando gracias á Dios por tales mercedes; volvió luégo sin temor á la batalla, con grandes esperanzas de alcanzar gloriosa victoria de su enemigo.

Siendo Provincial en la India, como no tenia Superior en ella, haciase súbdito de sí mismo, y al cuerpo de su espíritu, y para alcanzarlo tomaba disciplina cada dia ásperamente. La disciplina era de unas varas, á que los indios llaman rotas, que son delgadas y flexibles, y tan acomodadas para este efecto, que causan tanto dolor, que al primer golpe sacan sangre. Despues de estos azotes era menester siempre buscar remedio para curar las heridas, y hacíalo de ordinario con aceite de Melind, por ser medicamento acomodado y fácil. Con él se untaba el Padre, no para disminuir el dolor, sino para acrecentarle más; porque era tanta la crueldad con que se mortificaba, que repitiendo los azotes unos sobre otros, renovaba las llagas que ya iban sanando, con los nuevos azotes que cada dia se daba, y cuando una parte de su cuerpo estaba muy llagada, se daba en la otra, para que ninguna quedase sin particular dolor. De aquí venia el no poder estar casi nunca sentado; y así por más que lo procuraba encubrir no podia. Solia recogerse en un aposentico que está en la huerta del colegio de Goa, en tiempo que no podia nadie oirle, mas dejaba las paredes tan llenas de sangre, que todos entendian lo que era.

Era muy limitado en su comida y bebida, raras veces comió fino pan, y bebia sólo agua, ni habia quien pudiese acabar con él, que comiese de algun manjar suave y gustoso: la comida de los pobres era todo su regalo, y de mejor gana comia del pan de cebada, de centeno, de mijo ú otro semejante. Cuando andaba en misiones predicando por las ciudades y villas de Portugal, añadia alguna vez, sintiéndose cansado, á los mendrugos de pan que pedia de puerta en puerta, un poco de cebolla ó alguna sardina. Cuando comia en refectorio, de tal modo se componia para la comida, como quien no habia de dejar nada de ella; porque llegando hácia sí la escudilla con disimulacion, le echaba dentro pedacitos de pan y cortaba la carne en tajadas, y hacíalo todo con tal arte, que podia fácilmente engañar á los vecinos; pero la verdad es, que nunca comia otra cosa que pan y agua.

Era templadísimo en el sueño, porque no solia dormir de dia, y de la noche gastaba una parte en oracion, y otra en estudiar los sermones, quedándole muy poco para dormir; de donde le nacia andar siempre luchando con el sueño, hurtándole al cuerpo para darlo á la oracion y lágrimas, y lo que

dormia era de puro cansado y á no poder más, y siempre dormia sentado, sin reclinar su cuerpo á parte alguna, y solia poner en la silla una tabla, la cual le despertase en caso que le tocase con la cabeza. Y como la naturaleza enseñó a las grullas, cuando hacen de noche oficio de centinelas á las otras, que tomasen una piedra, en el pie que levantan en el aire, la cual en cayendo las despertase en pena de su descuido; y como el deseo de saber enseñó á aquel filósofo, que al tiempo de dormir tomaba una bola de metal en la mano, y debajo ponia una vacía, para que cayendo la bola en ella le despertase con el ruido; á este modo enseñó la gracia, más ingeniosa que la naturaleza, al P. Gonzalo, que no fuese más descuidado en procurar su salvacion, que los brutos animales en guardar su vida temporal; ni tampoco se dejase vencer de ningun filósofo, pues trataba de aprovechar en el estudio de la sabiduría divina y no de la humana. Cuando peregrinaba ó caminaba por alguna causa, casi siempre se recogia en los hospitales con los pobres; y si era necesario acostarse, por venir notablemente necesitado, hacíalo en un jergon de paja, vil y grosero, sin sábanas ni almohada.

Estando enfermo de una grave calentura en el hospital de la ciudad de Porto, no habiendo aún en ella colegio de la Compañía, vino á visitarle Enrique de Gobea, el que dando despues sus casas y tres hijos á la Compañía murió curando los apestados con mucho amor. Viendo, pues, este hombre tan honrado al P. Gonzalo tan malo y en tanta miseria y en lugar tan humilde, compadecido de su trabajo, llevó muy mal que persona de tantas prendas estuviese de aquella suerte: y fuera de otras obras de caridad que le hizo, procuró que por lo ménos aceptase una cama más blanda, en que descansase aquel cuerpo tan afligido, y despues de haberse cansado mucho con el Padre, alcanzó de él, que se le quitase aquel duro jergon, y se le pusiese en su lugar un colchon de lana. Pero recibió el P. Silveira tanta pesadumbre de esto, que le fué más pesado que la propia enfermedad, y en declarando el médico que estaba sin calentura, él por sus manos, y á sus hombros, quitó el colchon y lo puso en cierta parte, y volvió á poner el jergon de paja en su cama; mas costóle caro, porque con aquel ejercicio, como estaba flaco, le tornó la calentura con mayor rigor, y le duró más tiempo.

Muchas veces amonestaba á sus súbditos, que ninguna cosa procurasen con mayores veras, que ser crueles enemigos de sí mismos, haciendo contínua guerra á sus apetitos. Rogábales que no soltasen nunca la hoz de la mano, y que siempre cortasen con ellas, no sólo las yerbas ya nacidas de los malos afectos, mas que arrancasen del todo sus raices, no haciendo su gusto en cosa alguna, sino en lo que sabian ser muy agradables á Dios. Solia decir, que si los de la Compañía quisiesen, tenian muy buen remedio para purgar

en esta vida sus culpas, el cual era vencerse á sí mismos, y que nunca por el rigor de su Instituto les faltarian contínuas ocasiones, que les diesen materia de satisfacer las faltas que hacian en sus reglas, y de granjear grandes merecimientos con el voluntario desprecio y odio de sí mismos.

Los dias de los mártires exhortaba á todos sus súbitos, á que amasen é imitasen á Cristo á ejemplo de aquellos Santos. Dia de S. Lorenzo les decia: ¿«Habrá entre vosotros alguno tan encendido en el divino amor, que desee ser asado en las parrillas, y abrasado de aquel divino fuego»? En el de S. Andrés: «la Cruz, hermanos mios, nos llama; ¿quién nos detiene á tomarla con grande ánimo por amor de Cristo? En el de S. Sebastian: «aparejadas están las saetas contra nosotros; ¿porqué no ofrecemos los pechos y corazones»? A este modo les platicaba en los demas dias de la mortificacion, encargándosela su ejercicio con tanto fervor, que decian los que estaban en el colegio de Goa, cuando fué Provincial, que vivian todos con tanto fervor y devocion, que les parecia vivir más en el cielo que en la tierra.

No fué menor su humildad, que su gran penitencia. Apartó el siervo de Dios á un hombre de mal estado en que vivia, y llevándolo muy mal la amiga, procuró por todas vias volver á su mala amistad; viendo que no aprovechaba nada, enojóse grandemente contra el P. Gonzalo. Escribióle cartas de muchas maldiciones y afrentas, y como el furor de las mujeres es siempre atrevido y precipitado, no pudo imaginar afrenta que no se le escribiese. Diéronse las cartas al Superior, y pareciéndole que habia en ellas algunas cosas que no convenia saberlas otro que el P. Gonzalo, enviósela cerradas, como venian: abriólas él, bien descuidado de lo que contenian, y comenzando á leerlas, y viendo la materia de ellas, fué su contento igual al que pudiera tener un ambicioso de honras, cuando le alaban, y recogiéndose con ellas á un lugar secreto, leia y consideraba cada injuria y afrenta de por sí, y luégo decia: «Bien está Gonzalo, al fin hallaste quien te conociese; esta mujer te pinta con tus propios colores, de aquí adelante entenderás cuán soberbio y arrogante has sido, cuán necio y loco y disimulado, y cuán poco sabes, cuántas y cuán grandes faltas hay en tí». De esta manera se reprendia el siervo de Dios. Fué oido de un religioso que le buscaba por varias partes del colegio, y hallándole en aquel lugar, notó con cuidado lo que decia entre sí mismo.

No se contentaba de caminar á pie, y vestido pobremente, mas llevaba los libros y papeles á cuestas, cuando iba á predicar á diversas villas y lugares. Hubo persona, que por compasion le pidió con mucha instancia, quisiese aceptar un esclavo que le llevase los libros, ya que no queria usar de un jumento. No lo admitió, dando esta graciosa respuesta: «Buena caridad por cierto es esa que usais conmigo, ¿quitáisme á mí el merecimiento de llevar mis li-

bros, y quereis darle á un esclavo? Mirad, no quebranteis las leyes de la verdadera amistad».

Estando en la casa profesa de Lisboa, y teniendo dos primas por damas de la Reina D.ª Catalina en palacio, como eran muy devotas, deseaban ver al P. Gonzalo, por la fama que habia en la ciudad de su virtud y santidad. Viendo que no eran poderosas para traerle por sus ruegos, pidieron muchas veces á la Reina que hiciese venir el siervo de Dios á palacio, á enseñarles lo que habian de hacer para salvarse. Solia la Reina llamarle para esto muchas veces, aunque él lo sentia grandemente, no podia dejar de hacerlo, y para que los e palacio se enfadasen con él, y no le quisiesen oir, comenzó á reprenderlos speramente, con razones ordinarias y llanas, á los hombres de los vicios y ecados que cometian; á las mujeres de las galas y trajes de que usaban, y otras cosas con que se componian, llamándolas cuerpos muertos y mulares cubiertos con alfombras.

No saliendo por este camino con lo que pretendia, por causar sus palabras verdad amor y buena acogida, en lugar del odio que siempre causa, buscó remedio de David, cuando con saliva que derramaba por la boca y visajes, ue hacia con la cara delante del Rey Achis, se fingió mentecato y sin endimiento, para engañarle y escapar de la muerte. A este modo el P. Gonalo, viendo que perseveraban en llamarle de palacio, habiéndolos reprendio con tanto rigor, procuró hacer algunas cosas con que le tuviesen por tono, para que sus primas se avergonzasen de verle, y desistiesen de rogar á la Reina, que le mandase predicar en su capilla. Estando, pues, todas las damas mujeres de palacio juntas para oirle, en el lugar en que las solia predicar, comenzó á hacer varias figuras y visajes con el rostro y cuerpo, y á echar la saliva por la boca como si hubiera perdido el juicio, mas no le sucedió bien la traza, porque de adonde él procuró sacar mayor desprecio de su persona, nació, que todos le estimaron mucho más, y cobraron mayor opinion de su rara santidad.

Notóse, que viniendo muchas veces a la villa de Goes, y entrando en la iglesia á encomendar á Dios el alma de su padre, el conde D. Luis de Silveira, nunca llegó á ver su sepultura, con ser insigne en grandeza, soberbia en la escultura, hermosa en el adorno y admirable en el artificio, y que adrede apartaba los ojos de ella. Ponia solamente el pensamiento en lo que toca á la salvacion, y apartando los ojos de aquellos magníficos y suntuosos mármoles, dos cosas daba á entender en esto. La primera, cuán poco caso hacia de la vanidad de estas cosas, las cuales son unos como cuerpos sin alma. La segunda, cuán grande era la locura de hombres, que ponen mayor cuidado en la gloria que se acaba, que en la eterna, olvidándose de los bienes del cie-

lo, por dejar memoria de sí á los venideros, con semejantes triunfos de la vanidad.

Andaba el conde D. Diego de Silveira, su hermano, por la ciudad con grande acompañamiento de criados de á pie y de á caballo, y encontrándole el P. Gonzalo una vez á caso en la calle con tanto aparato, apartóse del camino limpio, y metióse por el lodo en que todo se ensució, para mostrar que se deleitaba más con la humildad de su vida por amor de Cristo, que con todos los aparatos y pompas del mundo. Escondió siempre su nobleza con el cuidado que otros la suelen publicar.

Cuando estuvo predicando en la villa de Tomar, llegándose una vez á confesar sus pecados con un Sacerdote seglar, deseó mucho el Sacerdote conocer la persona que se confesaba, sospechando que habia en él más nobleza de lo que el hábito mostraba, y vencido de su curiosidad, preguntóle cómo se llamaba. El Padre entendió lo que el Sacerdote pretendia, y por el amor que siempre tuvo á la humildad, respondió que su nombre no era pecado ni circunstancia de él, ni era necesario decirlo.—Replicó el confesor, y díjole: ¿Por qué no me dice V. R. como se llama? ¿No sabe que al confesor todo se le ha de decir en la confesion?—Lo que yo sé es, respondió el Padre, que no sólo no es necesario declarar mi nombre, mas ni aun conviene. El imprudente Sacerdote enojado con esta respuesta, envióle sin darle la absolucion. El Padre como no se confesaba por escrúpulo que tuviese de pecado, sino por mayor perfeccion y consuelo suyo, preparóse para decir Misa, y por no haber confesor, retiróse á su aposento, avisando al compañero que le aguardase un poco, hasta que se aparejase para celebrar. Gastó tanto tiempo en la oracion, que parecia haberse olvidado de la Misa y de sí mismo. Acudió el compañero á llamarle, y tocando á la puerta muchas veces, y viendo que no le respondia, abrióla, y halló al P. Gonzalo de rodillas, con las manos levantadas y los ojos en el cielo, sin menearse ni advertir á nada, como si estuviera muerto. Viéndole así arrobado, quedó espantado sin saber lo que haria, y despues de haberlo bien considerado, se resolvió en volver á cerrar la puerta, y tocar á ella recio. El Padre con el ruido volvió en sí, y levantándose de la oracion salióse fuera, y hallando al compañero, le dijo: «Ea, compañero, vamos á decir Misa,» y luégo se fueron á la iglesia, y celebró su Misa con mucha devocion.

De la perfeccion con que el P. Gonzalo obedeció siempre á sus Superiores, hay muchos ejemplos. Fué muy singular el que dió estando en la ciudad del Porto, en la cual recibiendo cartas de su Rector de Coimbra, en que le decia, que luégo se volviese á Coimbra; así como estaba se partió á pie, sin aguardar que le echasen unas suelas en los zapatos que tenia rotos; y apre

tando algunos amigos y su compañero, que el camino era largo, y los zapatos no estaban para caminar, que por lo ménos aguardase una hora para que se remediasen; respondió, que las obras de la obediencia no se debian aguardar, que importaba mucho hacerlas en el momento que se mandaban, porque para quitar el ser á la exacta obediencia, no una hora, mas una mínima parte de ella era bastante, y que en los mandatos de los Superiores tanta gracia se pierde, cuanto uno se detiene en ejecutarlos. Salióse pues el P. Gonzalo de la ciudad en el invierno, con aguas y frios, siguió su camino á la ciudad de Coimbra, y en pocos dias rompiéndose los zapatos, caminó descalzo con mucha dificultad. Entró en el colegio riéndose con notable alegría, dando á todos un raro ejemplo de obediencia.

Este siervo de Dios fué el primer Prepósito que hubo en la casa profesa de S. Roque de Lisboa. Su mayor cuidado era, que todos guardasen con grande perfeccion las reglas que nuestro P. S. Ignacio poco ántes habia dado, porque entendia, que las comunidades no se podian aumentar ni conservar de otro modo, que obedeciendo con gran cuidado á sus superiores y cabezas. No consentia que la falta de lo necesario causase algun descuido en la observancia de la disciplina religiosa.

La ocupacion de su oficio de tal manera la acomodaba á las otras obligaciones de la humildad religiosa y caridad, que ninguno le excedia en acudir á la oracion, á predicar y confesar, á la cocina y á otros ministerios humildes de casa. Con el mismo cuidado y diligencia socorria á los que estaban en las cárceles, en las gáleras y hospitales, visitándolos y ayudándolos con cuanto podia. Gobernaba, pues, el P. Gonzalo, haciendo oficio de súbdito, con mayor exaccion que los propios súbditos; y cuando le hacian Superior procuraba con grandes veras que le quitasen presto. Siendo Provincial en la India, pedia de ordinario en sus oraciones á Dios, que diese á sentir á sus Superiores, que pusiesen otro en su lugar, y para alcanzarlo ayunaba los veinte dias enteros á pan y agua; aunque este ayuno era en él ordinario.

Deseando que sus súbditos fuesen humildes é indiferentes en ejecutar las órdenes de los superiores, como son virtudes tan necesarias á los religiosos, quitaba por ligeras causas á los estudiantes de la Compañía de sus estudios, y enviábalos á servir la cocina. Ordenaba tambien, que despues de hechos los votos, á los dos años, acabado su noviciado, se quedasen algun tiempo con los novicios, viviendo á su modo, hasta que los superiores ordenasen otra cosa, procurando que estuviesen muy prontos para todo lo que la obediencia de ellos quisiese, teniéndolos así colgados del parecer y voluntad del Superior. Cuán grande haya sido su observancia en la disciplina religiosa, se puede entender del ejemplo que apuntaré.

Fué tan grande el trabajo que tuvo en la ciudad del Porto, estando en ella predicando, y ejercitando los ministerios de la Compañía, que enfermó gravemente en el hospital de la casa de Misericordia en que vivia. Dijéronlo á Juan Rodriguez de Saa, alcalde mayor de la ciudad y presidente de la Real Hacienda, (aquel que despues de haber hecho grandes y heróicas obras, murió de ciento treinta años muy en su juicio, sin haber caducado). Sabiendo el Gobernador de la enfermedad del Padre, fuese al hospital con D.ª Ines, mujer de Antonio de Saa de Meneses, señora ilustrísima, y muy pariente del mismo P. Gonzalo, con grande acompañamiento de criados. El Padre, como le dijeron la venida de la señora D.ª Inés, envióle á pedir encarecidamente que no le visitase, por parecerle ser cosa ajena del instituto religioso. Por el contrario el mayordomo del hospita y Enrique de Gobea, personas de grande autoridad y muy beneméritas del Padre, le pidieron con mucha instancia que no estorbase la visita de aquella señora, porque no era razon que á una matrona tan ilustre y virtuosa no fuese lícito visitarle estando enfermo en un hospital, y que la tratase como si fuera alguna mujer del pueblo. Advirtiéronle más, que por quererse mostrar tan religioso, no fuese contra la religiosa caridad y blandura, ni enojase, no sólo á la señora D.ª Inés y á Juan Rodriguez de Saa, mas á toda la familia y parentela de los Saas. Añadian, apretando su razon, que si aquella señora no hubiera salido de su casa, no parecia tan mal impedirle su venida, mas estando ya en el camino y aun en el hospital, y á la puerta de su aposento, que no podia ser despedida sin agravio. En valde fueron todas estas razones; y tan constante y firme quedó el Padre en su propósito, como si hablaran con un hombre sordo, y resueltamente con toda modestia religiosa respondió, que no habia de ser visitado de mujer estando enfermo, así por no ser necesario, como por no convenir á la disciplina religiosa. D.ª Inés vencida de la constancia del P. Gonzalo, se volvió para su casa con el mismo Juan Rodriguez de Saa, sin verle, llevando entrambos muy bien el rigor que con ellos habia usado el siervo de Dios.

Fué en la pobreza extremado este perfecto imitador de Cristo. Siendo Prepósito de la casa profesa de Lisboa, procuraron los Padres y Hermanos muchas veces, que mientras se le lavaban los vestidos de que usaba, se pusiese otros limpios, y tan pobres como los que traia; nunca se le pudieron persuadir, y decia con S. Hilarion, que era supérfluo buscar limpieza en el cilicio. No teniendo otro remedio, le quitaban de noche los vestidos cuando dormia, poniéndole otros, mas no de modo que echase de ver que se los habian mudado, y á esta causa le daban algunos tan pobres, para que no lo sintiese tanto.

Habiendo de predicar en Odivelas, que es un ilustre convento de monjas, que está dos leguas de Lisboa, partiendo el dia ántes á la tarde, y pudiendo

gar fácilmente al convento, se quedó en Luminar, lugar muy cercano del nvento, sólo por no gozar de los regalos que las monjas le tenian apareja- ›s, estimando más su pobreza. En aquel lugar gastó el tiempo que le sobró :l dia, en declarar la doctrina cristiana; á la noche se recogió en el hospital. ı el cual cenó con grande gusto solo pan, y ese duro.

Habia de ir por órden de los Superiores de Portugal á Valencia, para gra- ıarse en el colegio de Gandia de Doctor en Teología, y despues pasar á oma á ciertos negocios de la Compañía. Sabiéndolo el Conde su hermano, ıese al P. Gonzalo, y ofrecióle un caballo para su jornada, y con muchas ve- as le pidió lo aceptase, y no quisiese caminar á pie, por el trabajo grande y nayor peligro. Sonrióse el Padre, y miró al Conde con tales ojos, que enten- liese sin decirle nada, que no le era necesario caballo, ni otra cosa alguna, ›or estar determinado de hacer aquel camino á pie, aunque fuese muy ás- ›ero y peligroso, y que nadie le apartaria de esta determinacion.

Viendo elConde que no aprovechaban sus ruegos, en el propio dia de la partida del Padre envió un criado cargado de comida, que fuese siguiéndole, para regalarle en el camino. Entendiendo el santo varon, volvió á él la cara muy severa, mostrando la pesadumbre que le causaba. Quejóse del Conde, por querer contradecir tantas veces y por tantos modos á su pobreza, aunque con buena intencion. Al fin dijo al criado que se volviese á su casa. Resistió el hom- ›re, proponiendo sus razones, y rogando al Padre que no le mandase volver, ; que considerase la tristeza que le causaba, y la afrenta que se hacia á su eñor; que él estaba resuelto de no parecer delante del Conde, hasta cumplir on lo que le habia mandado. Viendo el Padre su resolucion, concertóse con en esta forma, que las cosas que traia se repartiesen con los pobres, y que ı su nombre las recibiria de buena gana, y no de otro modo. Aceptó el hom- e la condicion, y en llegando al primer lugar que toparon, se fueron al hos- tal, en él dió todas aquellas cosas á los pobres que habia enfermos, sin re- rvar alguna para sí, y luégo prosiguió su camino á Valencia y á Roma á :, pidiendo su limosna de puerta en puerta, y llegó á aquellas partes sano bueno. De aquí sacó, que las dificultades que muchas veces se ofrecen al ncipio de las cosas que se emprenden, son monstruos sin alma, que re- senta el temor, y que todo fácilmente se puede vencer con la divina gracia.

Solia muchas veces discurrir, como habemos dicho, predicando por varias dades, villas y lugares, á pie y descalzo, despues de haber andado muchas uas, sin querer admitir los zapatos que personas devotas le ofrecian, pidien- limosna por las casas con la cabeza descubierta y los ojos bajos, y todo cuerpo con grande compostura y modestia. Cuando á la noche se recogia ›s hospitales, se juntaba con los pobres, y si hallaba algun mendrugo de

pan regalado, le trocaba con algun pobre, por otro de pan duro y comun; esto comia con grande gusto y contento.

Otras veces, para que le tuviesen por hombre de poco juicio, asentándose á las puertas de las casas, comia en la calle lo que le daban de limosna. Siendo Provincial en la India se retiró á la casa del noviciado, para vivir en ella al modo de los novicios, y dejó aun las cosas necesarias á la vida, poniendo los libros en la librería comun de casa, reservando solo el breviario, las Instituciones de la Compañía y el libro de los Ejercicios Espirituales; y porque su breviario tenia algo de curiosidad, dejóle, y tomó otro más usado y ménos adornado. Las imágenes, medallas, reliquias y relicarios que habia traido de Portugal, dió á los que tenian particular cuidado de predicar el Evangelio, deseando despegarse de todas las cosas del mundo, y unirse y atarse sólo con Dios. Y siguiendo sus súbditos el ejemplo de su Padre, se privaron tambien, no sólo de las cosas supérfluas, mas aun de las necesarias con grande afecto á la pobreza religiosa.

Su caridad con los prójimos fué contínua por toda su vida, como en el discurso de ella hemos visto, pudiendo más en él el amor que á los prójimos se debe, que los respetos de carne y sangre.

Habia en Portugal un caballero de los más ilustres de aquel reino, con el cual el Conde D. Luis de Silveira, padre del P. Gonzalo, tuvo odio y muchos encuentros mientras vivió. Queriendo el Padre mostrar, que no era de aquella infernal opinion que se halla en muchos, de que los hijos han de suceder en los odios de sus padres, como en bienes vinculados por testamento, y que en esta parte no reconocia otro padre que á Cristo, el cual manda amar á los enemigos, y obligarlos con buenas obras; no se contentaba de rogar á Dios contínuamente por este caballero, mas delante de todos y en los lugares públicos, le daba muy grandes muestras de amistad y amor. Visitábale muchas veces, hablábale con mucha cortesía, y mostrábasele más benevolo y afable aun en los comedimientos ordinarios, que á ninguno de los suyos. Con este modo ganó tanto á este caballero, que siendo muy contrario del Conde su padre, quedó tan grande amigo suyo, que no sólo trataba con él las cosas de su salvacion, confesándole sus pecados, mas aun le descubria con toda confianza las otras cosas que le tocaban. De lo cual todos cobraron muy gran concepto de la virtud y santidad del P. Gonzalo, y le mostraron de allí adelante mayor voluntad y aficion, conociendo la fuerza del divino amor, y la gran diferencia que hay entre el amor que Cristo enseña, y el que naturalmente causa el parentesco humano.

Tenia muy particular cuidado con los enfermos de casa, procurando regalarlos y ayudarlos en su trabajo, y visitábalos muy á menudo, y despues de

comer gastaba con ellos una hora en consolarlos. Cuando el número de ellos era grande, llamaba á los sanos á la enfermeria, y hacíales una plática en voz baja, para no cansar á los enfermos, en que les trataba cómo se debian aprovechar de la salud, y del fruto que habian de sacar de la enfermedad. A los enfermos encomendaba, que sufriesen con buen ánimo las enfermedades y molestias de ellas, como venidas de la mano de Dios, del cual penden todas las cosas; y á los sanos, que se ejercitasen en obras de virtud, cada uno conforme á su estado y ocupacion.

Publicóse por el mundo en aquella sazon el Jubileo del Año Santo, de cuarenta dias, y entre otras condiciones que su Santidad el Papa ponia era, que diesen limosna á los pobres. De aquí tomó el P. Gonzalo ocasion para enseñar á sus súbditos una devocion provechosa á sus almas, y en que pudiesen ejercitar la caridad con los prójimos. Ordenó que por espacio de los cuarenta dias, (era en aquel tiempo Provincial de la India,) en todos los viérnes, que eran los dias señalados para ayunar, guardasen la media parte de la comida que se les daba, y la llevasen á los pobres de la cárcel; y como muchos imitaban al P. Gonzalo, no comiendo más que pan y agua, no sólo les llevaban la media parte, mas todo el pescado y fruta que se les ponia; y á estas obras de piedad y misericordia añadian otras de humildad, caridad y otras virtudes, con órden y consentimiento del Padre. Despues de repartida la comida á los encarcelados, unos barrian la cárcel, otros llevaban la basura fuera, y otros hacian otras cosas, y despues de acabadas les enseñaban la doctrina, y daban consejos saludables y necesarios á su salvacion.

Mandó el Rey de Portugal, que se edificase en Goa un grande hospital en que fuesen curados y remediados con mucho amor y regalo los portugueses, que por la trabajosa y larga navegacion, que hacen de Portugal á la India caen enfermos. No faltó el P. Gonzalo con su caridad á esta obra, porque siendo Provincial ordenó, que en llegando las naves de Portugal á Goa, se nombrasen algunos de la Compañía que viviesen en aquel hospital, curando los enfermos, y ayudándolos en todo lo necesario. Y para dar principio á esta santa obra, escogió trece de la Compañía, fuése con ellos al hospital, y diciendo Misa en su altar mayor, los comulgó á todos, y acabadas las gracias los llevó por las enfermerias, encargando á cada uno su estancia; luégo se recogió con ellos en el aposento en que habian de dormir, y les hizo un grave y eficaz razonamiento, exhortándolos á padecer de buena gana las incomodidades de aquel lugar, á sufrir las quejas de los enfermos con alegria, á ejercitar aquellos ministerios con amor, y que en las obras y palabras guardasen modestia, en los buenos propósitos constancia, y en tratar á los enfermos prudencia y caridad, y finalmente trabajasen por ser á todos agradables, y que por

ningun camino fuesen á nadie pesados. De buena gana se quedara el P. Gonzalo en el hospital, si la ocupacion de su oficio no lo estorbara. y á la noche se volvió al colegio abrazándolos á todos á su despedida, y ellos deteniéndose con los enfermos más de un mes, pusieron en ejecucion todo lo que su Provincial les encargó.

Usaba de muchos medios para adelantar de todas maneras á sus súbditos en la disciplina religiosa, hasta proponer á los nuevos algunos premios de cosas santas, (industria que han usado otros santos varones,) con lo cual los adelantaba tanto, que era un teatro de virtud todo el colegio, porque los aposentos, las paredes, los tránsitos y corredores, y todo lo que en él habia olia á santidad, y representaba mucho lo que pasa en aquellas moradas de los bienaventurados. No sólo se contentaban de quitar los vicios y apariencias de ellos, mas tambien los movimientos desordenados, que suelen perturbar con su velocidad á la razon, se refrenaban, y no osaban parecer en sus corazones, como avergonzándose de estar en medio de tantas virtudes. Usaba cada uno de mil modos en vencerse y humillarse, nunca cesaban de buenas obras, siempre estaban ocupados en oracion vocal ó mental, unos invocaban el socorro de la Santísima Trinidad diez mil veces al dia, con breves jaculatorias, y otros rezaban otras oraciones semejantes. Y no por esto faltaban al estudio de las letras, ni eran en ellas más remisos y descuidados, ántes con estas devociones estudiaban con mayor fervor; porque lo bueno y honesto no se contradice uno á otro, ántes cuanto más se ejercitan estas cosas, tanto más suelen crecer.

Deseaba el P. Gonzalo que sus súbditos mezclasen el ejercicio de las letras con el de las virtudes, para que el jugo de ellas desterrase de los corazones la sequedad que causan los estudios, y porque sabia muy bien que los religiosos, cuando por obediencia se ocupaban en estudios, cuanto mas solícitos andan de aprovechar en ellos, tanto más crecen en espíritu, ayudándose estas dos ocupaciones de modo, que se aumentan y perfeccionan, juntamente tenia gran cuidado que todos estudiasen con mucho fervor, á ese fin buscaba varias trazas con que adelantarlos en letras. No se contentaba con las exhortaciones particulares que en los viérnes se suelen hacer á todos en la Compañia, mas en los domingos gastaba una hora despues de comer, confiriendo con todos de varias virtudes, que podian aprovechar al Instituto de la Compañia, y de los vicios que la podian causar daño.

Prohibia á sus súbditos las visitas de amigos del siglo, no queria que gastasen el tiempo en semejantes obras, sino cuando los obligaba alguna causa grave y muy necesaria; decia que los daños que de esto nacian, no lo eran sólo del religioso, sino que muchas veces resultaban en daño de toda la religion.

Aunque este consejo del P. Gonzalo era de grande utilidad á la disciplina regular, no faltaban algunos seglares que se quejaban de él, teniéndolo por muy austero y riguroso en cerrar la puerta á los comedimientos y cumplimientos debidos, ofendiendo los ánimos con una severidad tan rigurosa.

Teniendo el siervo de Dios noticia de estas quejas, determinó decir en público la causa porque los hacia. Predicando, pues, un dia de fiesta al pueblo, hablóles de esta manera: «Tengo entendido que hay entre vosotros algunos que no sólo llevan mal, mas aun se quejan de que no vamos á visitaros á vuestras casas. Pésame mucho que os demos la más mínima molestia del mundo, y lo cierto es, que deseamos mucho en el Señor ser muy agradecidos á todos, y daros gusto en todo, y en particular á los que nos hacen más merced, y serles de provecho, segun la posibilidad de nuestras fuerzas; mas quisiera que considerásedes, cuán nueva es nuestra Compañía, y cuán libre y desobligada está por esta causa de semejantes obligaciones: y tambien deseo que tengais por cierto, que cuando no está de por medio la necesidad de vuestras almas, que es muy ajeno de religiosos andar por las casas de seglares, gastando el tiempo en semejantes visitas, por ser esta una de las puertas más anchas por donde entran en las religiones las costumbres mundanas; y así vemos, que la casa, que de ántes era congregacion de religiosos, queda fácilmente y muy en breve habitacion y morada de seglares, y la que era escuela de virtud, se hace universidad de vanas costumbres. Y muchas veces acontece, que en estas visitas pierde un religioso en una hora el caudal de virtud, que con grande trabajo habia grangeado en un año entero. Y de esto no quiero otros testigos, que á mí mismo: porque cuantas veces por causa de mi oficio salgo del colegio á visitar y tratar con alguno en su casa, teniendo mi corazon y ánimo quieto, y sin cuidados de las cosas de esta vida, cuando vuelvo de la visita, me hallo despues de ello todo metido en la memoria de las cosas que he visto y oido; y si me dais crédito, dadme licencia os ruego, para decir libremente lo que siento. Entended, señores, que no queremos que nos cueste tan caro las mercedes que nos haceis, si por ellas habemos de quedar obligados á ir á vuestra casa, cada vez que se os antojare, á parlar y a gastar el tiempo inútilmente; y si de nosotros esperais estas muestras de agradecimiento, buscad otros á quienes hagais bien, que á nosotros no nos conviene vender por precio tan bajo la libertad y disciplina religiosa. Pluguiese á Dios, que fuésedes tan espirituales, y se hallase en vosotros tal fuerza y fervor en tratar las cosas de Dios, que pudiésedes con vuestras pláticas excitar á otros á la virtud. Cierto que fuéramos á vuestras casas, no convidados, ni rogados, ni ménos obligados con mercedes, mas con mucha facilidad y alegría, y con gran voluntad nos encontráramos en ellas.»

Esto dijo el P. Gonzalo desde el púlpito, en un gran auditorio, y á la verdad así se retiraba de la conversacion de los seglares, que no sólo no los vitaba por amistad, mas ni á los que le buscaban queria oir, si no era que hablasen y tratasen de cosas espirituales.

Predicaba en varios puestos tres y cuatro veces al dia, y con tanto fervo que le aconteció dar con la mano en el púlpito, y herirse gravemente en un clavo, corriendo mucha sangre de la herida, y advirtiéndolo todos, le echban algunos sus lienzos al púlpito, para que atase la mano. Solo él con el fvor no echaba de ver la sangre que corria, sin haber sentido la herida, ni el ruido de la gente, sino despues de acabado el sermon.

Haciendo una plática á la Serenísima Infanta D.a Isabel, mujer del Infan D. Duarte, en su capilla particular; secósele un dia tanto la boca, que advtiéndolo la Sra. Infanta, hizo traer luégo un búcaro de agua, con que el Pdre, humedeciendo la boca, pudiese pasar adelante. Tomó el búcaro de ag en sus manos la Serenísima Sra. D.a María, que á la sazon era de pocos año la que casó despues con el Sr. Alejandro Farnesio, Príncipe de Parma, y pniéndose delante del Padre, le ofreció aquella agua. El Padre, sin advertir en persona que tenia delante con el búcaro de agua en las manos, pasó adelate en su plática, y túvole tanto tiempo así suspensa, hasta que la Sra. Infan su madre, no ménos espantada de la modestia y paciencia de la hija, que d P. Gonzalo, le dijo sonriéndose, que tuviese compasion de la niña, que estba cansada de aguardar en pie. Advirtió entónces el Padre cuán gran Seño tenia delante, y corrido de lo que pasaba, hizo una grande reverencia á la mdre y á la hija, mostrando el reconocimiento que tenia de tan grande hon

Aun no habia en la Compañía la regla de no pasar de la hora en los smones, y cuando trataba de las virtudes ó de los vicios, alargábase tanto, q tardaba dos y tres horas en el sermon. Y acontecióle, estando en la villa Tomar, gastar doce horas sin cansarse, ni interrumpir el tiempo, en dos smones de la Cena y de la Pasion de Cristo, comenzando el Jueves San por la tarde, y acabando el Viérnes siguiente, con grande atencion y sosie del auditorio. Y en la ciudad de Porto, predicando muchas veces, empeza á las dos horas despues de comer, y no acababa hasta que á la noche se caba en las iglesias á la oracion, y tenia tan grande suavidad, que con ser largo, nunca enfadaba á los oyentes. Sus sermones más los componia en oracion y meditacion con Dios, que revolviendo libros; porque en mucho tiepo no vió otro que su breviario y la Biblia y el de las vidas de los santos dres. Sus libros y su libreria era un Cristo Crucificado y una imágen de Nutra Señora. Estos autores revolvia cuando se aparejaba para predicar. C esta licion salia bien dispuesto para ser bien oido.

Aunque el siervo de Dios era tan modesto y humilde, que á cualquiera se sujetaba por muy bajo que fuese; pero cuando entendia convenir la gloria de Dios y salvacion de las almas, á nadie perdonaba.

Estando en la India, donde los calores son tales, que como relajan los cuerpos, así inclinan los ánimos á los vicios, y viendo que la gran libertad era causa de enormes pecados, y que las buenas costumbres se perdian, abriéndose cada dia nuevas puertas á los vicios, determinó de usar de libertad en sus sermones, para poner remedio á tantos males. Comenzó, pues, á perseguir en sus sermones con grande eficacia y fervor á los quebrantadores de leyes divinas y humanas, á los estupros y adulterios, hurtos, usuras, juramentos falsos y otros semejantes monstruos, los cuales nacen y se crian naturalmente, cuando no se cultivan los corazones humanos; ni perdonaba á pocos años, ni al estado ó calidad de las personas, aunque esta libertad fué causa de gran disgusto, que casi todos le tuvieron; porque como cada uno es amigo de sí mismo, así no sufre que le reprendan sus faltas en público. De donde unos decian de él que no tenia juicio, que era soberbio é hinchado con su nobleza, que era idiota y sin letras, y otros otras cosas afrentosas. Y porque de esto podia resultar grande daño á la cristiandad callando el Padre, y nó respondiendo á ellas; y vendria notable provecho de su silencio al enemigo del género humano, por ser esta toda su esperanza, de tal manera se hubo este celoso varon, que los reprendió y convenció á todos con admirable modestia, y acudió al daño de aquellas almas.

Saliendo, pues, á predicar delante de un grande auditorio, les dijo estas palabras: «Públicamente decis de mí que estoy muy soberbio con la nobleza de mis parientes, y que me tengo por muy caballero. Si esto fuera verdad, claramente lo confesara, mas yo quiero más ser tenido por llano que por mentiroso, y no puedo conceder tal cosa, porque ninguna otra nobleza estimo, que la que alcanzare de ser humildísimo siervo de Cristo, y el más mínimo de todos los que viven en nuestra Compañía. Decis que soy idiota y sin letras, esto tampoco os puedo conceder, porque muchos años he gastado en los estudios, y entiendo, que no sin fruto, y soy doctor en la sagrada Teología. Decis que no tengo juicio; y en esto teneis razon, ni os lo puedo negar, y por esta verdad os perdono todas las falsedades que me habeis levantado». Todo esto dijo el siervo de Dios, satisfaciendo á sus calumniadores.

De lo que toca á las confesiones sólo diré, que no se puede creer cuán contínuo fué en oirlas y cuán descuidado se mostró siempre de sí mismo. Todo el tiempo que le sobraba de las otras ocupaciones gastaba en oir confesiones, y de mejor gana oia los que le parecian más humildes y abatidos. Entrando en su confesonario, ponia los ojos en los que

se querian confesar, y habiendo entre ellos algun esclavo, comenzaba cor mente por él.

Finalmente mostró el P. Gonzalo en todo el tiempo de su vida tanta vi en su propia persona, que á todos espantó con su ejemplo. Cuando era perior, mucho más resplandecia su virtud y echaba mayores raices en lo razones de sus súbditos, con que los abrasaba en el amor de la misma vi y los obligaba á que viviesen con el mismo ejemplo. Con los súbditos tan blando, que no habia cosa más suave que sus amonestaciones, ni apacible que su mandato. Parecia que rogaba cuando ordenaba alguna c y queria ser amado y no temido, sabiendo que la fuerza del amor es m que la del temor, y de tal modo le amaban todos que no le perdian la r rencia y respeto. Dos excelencias deseaba Platon en el que gobierna. La que lo que hace sea para bien comun de la república, y no para su pr provecho. La otra, que no defienda tanto una parte de la república, que ampare las otras. Estas dos cosas guardaba el P. Gonzalo, con tanta pe cion, que no miraba por su comodidad y provecho, sino por el de sus sú tos, y queria á cada uno con tanto amor; que se tenia cada cual por el amado y querido.

Cuando venia á tomar refeccion, comenzaba por Dios Nuestro Señor vantando un poco los ojos á lo alto, y bajándolos con modestia; miraba á que estaban presentes en la mesa para hacer traer lo que faltase á algun como procuraba que no faltase á sus súbditos la comida necesaria, así tr jaba que ninguno se apartase un punto de la comunidad. Por ningun consentia particularidades en la comida ó en el vestido, teniéndole por p de la disciplina religiosa, y como tales las desterraba de la Compañía. A causa, siendo Provincial de la India, llamó al sotoministro y al cocinero colegio de Goa, y les ordenó que guardasen con todos igualdad, y que el vincial y Rector y todos los demas, de cualquier autoridad y edad que sen, guardasen la misma ley.

En sus palabras guardaba tanta circunspeccion y cautela, que deciar que más le trataban, que nunca le habian oido palabra ociosa, ó que no se necesaria y provechosa. En sabiendo que algun súbdito estaba apasi do ó disgustado contra otro, no se quietaba, hasta que por sí ó por otra sona le quitase aquella pasion y sentimiento. La hora despues de comer nar, en que se permite á los de la Compañía, que hablen y comuniquen e sí, no habiendo enfermos que visitar, se iba á la cocina á fregar las ollas cudillas, y algunas veces hablaba de Dios Nuestro Señor con el cocine despensero; otras acudia á donde estaban los novicios, y tratando con de las virtudes, los inflamaba y encendia en el deseo y amor de ellas; y

seaba mucho que los nuestros en aquella hora hablasen de las virtudes y obras de N. P. S. Ignacio, y de los Padres que le ayudaron á fundar la Compañía, para que con esta memoria diesen infinitas gracias á Dios Nuestro Señor, por las grandes mercedes y beneficios que hizo á nuestra religion, y para que á ejemplo de aquellos primeros Padres, se ejercitasen en todas las virtudes.

VIII

Parte á la cafrería, y bautiza á muchos.

Tales eran como las que hasta aquí hemos dicho, las virtudes con que se dispuso este grande varon, para ser escogido de Dios, para ir á predicar la fe entre los gentiles; porque habiendo tenido tratado este negocio con Dios, muchas veces acudió al P. Antonio de Cuadros, el Provincial que le sucedió, pidiéndole licencia con mucha instancia para llevar la luz del santo Evangelio á los cafres de Etiopia, ya que Dios Nuestro Señor le habia abierto la puerta, tan cerrada por el demonio en tantos siglos.

Cafres es una gente que habita la Etiopia, á que Tolomeo llama la mayor hácia la parte austral de Africa, en la parte que está entre el promontorio Praso y los Negros Hesperios, que corren del oriente al occidente. La tierra es llena de gentes bárbaras y fieras, y todas de costumbre y lenguaje muy diferentes, y divididas en pueblos sin número. De esta parte del mundo no tuvo Tolomeo noticia, ni los geógrafos antiguos. Los mismos naturales la dan diversos nombres, segun la diversidad de los imperios de ella. Los árabes y persas, comunmente la llaman Zanguibar, y á los moradores de él zanguinos, y por otro nombre cafres, que es como si dijeran, *gente sin ley*. Los portugueses, aprovechándose del que ellos usan, llaman comunmente á todos aquellos pueblos, cafres.

Tratando, pues, el P. Provincial, de nombrar algunos Padres para esta mision, llegó á su aposento el P. Gonzalo de Silveira, pidiéndole con grande fervor y encarecimiento, fuese el uno de los escogidos para Monomotapa, y que mirase, que no haciéndolo, resistiria, no á él que era hombre, sino al mismo Espíritu Santo. El P. Provincial, aunque en ninguno pensaba ménos para tal jornada, que en el P. Gonzalo, no pudo negarle lo que pedia; y así condescendió con su deseo.

Dos cosas movieron al P. Gonzalo, á desear, pedir y procurar negocio tan dificultoso. La primera, el increible deseo que tenia de traer á todos á Jesucristo, y cuanto más remotos y apartados estaban aquellos pueblos de Etio-

pia, del conocimiento de la verdad, tanto más deseaba el siervo de Dios acudirles y favorecerles, teniéndolos por los más necesitados del mundo. La segunda, la sed insaciable que ardia en su pecho de padecer por amor de Dios todos los trabajos y penalidades del mundo, y muchas adversidades, por mayores que fuesen; y nunca en Portugal ni en la India pudo apagar esta sed. Hablaba consigo mismo algunas veces y decia: ¡«Oh cafres, negros sois en el cuerpo y mucho más en el alma, y cuánto deseo veros blancos y puros con el agua del santo Bautismo! ¡Oh si me viera ya entre vosotros, amados Etíopes, para declararos quién es Cristo Jesus, Hijo de Dios vivo, cuál es su poder y majestad! Permita aquel Santísimo Señor, que con su providencia gobierna este mundo, que acabe yo la vida entre vosotros, y que por vuestra salvacion padezca una muerte cruelísima, y alcance lo que sumamente deseo, y es que se use con mi cuerpo de tanta crueldad, que haya quien le haga mil pedazos. ¿Qué cosa puedo yo sufrir tan áspera y dificultosa, que baste por recompensa lo que debo á Jesucristo Señor vuestro y mio, y cuanto os debo por su causa, habiendo él por vuestro amor padecido muerte tan cruel, enclavado en una cruz con agudos clavos derramando toda su sangre por tantas partes»? Con estas y otras razones reforzaba el P. Gonzalo las esperanzas del martirio ántes de verse entre sus cafres.

Señalado el P. Gonzalo para esta mision de Etiopia, diéronle por compañeros al P. Andres Fernandez y al H. Andres de Acosta, religiosos de mucha virtud y muy á propósito para aquella empresa; con ellos se fué á despedir del Virrey, y recibidas las cartas que escribia, y los presentes que enviaba a los Reyes de Tonga y de Monopotama, se partió para la ciudad de Chaul, donde halló una nave de mercaderes en que iba por capitan de Sofala Pantaleon de Saa, pariente muy cercano del P. Gonzalo. Salió la nave de Chaul, á los trece de enero de mil quinientos sesenta, con tiempo próspero. En toda esta navegacion se empleó el celoso Padre en obras santas y piadosas, escogiendo á la Vírgen Santísima Nuestra Señora por su patrona y guia en aquella jornada; procuró con mayores veras servirla en todo este viaje. Todos los dias por la tarde, gastaba una hora meditando en sus virtudes y grandezas, y de ellas hacia pláticas á los soldados y marineros, para las cuales se juntaban todos por órden del capitan de la nave, y despues cantaban las letanías de la misma Vírgen con grande devocion y gusto.

No faltó la soberana Vírgen con el premio á sus devotos, porque en el dia de su Purificacion vieron los marineros tierra que en tantos dias no habian visto, y aunque una súbita y terrible tempestad los trujo toda la noche afligidos sin saber dónde estaban, pensando que el viento los habia vuelto atras, en amaneciendo se hallaron cerca de Mozambique, y la primera cosa que

vieron en la ciudad, fué la iglesia de la Vírgen Santísima, que los habia guiado en tan gran navegacion y librádoles de tantos peligros. Todos dieron gracias á la misma Señora, y á grandes voces afirmaron que ella habia gobernado la nave, y por su medio habian llegado vivos al puerto, mostrándose la Vírgen de esta manera agradecida á su predicador y devotos oyentes. Observóse que cuando el piloto clamó la primera vez: *Tierra, tierra,* estaba el P. Gonzalo diciendo en el oficio divino, y en el salmo ciento y cuatro, aquellas palabras que dicen: *Expandit nubem in protectionem eorum, et ignem, ut luceret eis per noctem.* Y el Padre entendia estas palabras del presente favor, con que la Santísima Vírgen le socorria.

En llegando la nave al puerto desembarcó la gente, y el siervo de Dios al momento se fué á pie y descalzo á la iglesia de Nuestra Señora que de la mar habian visto; en ella se estuvo algunos dias gastando muchas horas en oracion, y en dar gracias á la Madre de Dios que les habia traido á tierra seguros. No pudo el capitan de Sofala Pantaleon de Saa, su pariente, con muchos ruegos acabar con él que se recogiese en su casa, mientras se hallaba la embarcacion para Monomotapa; y se hubiera quedado todo aquel tiempo en la iglesia si Francisco Barreto, el que habia sido Gobernador en la India ántes de D. Constantino, no lo estorbara. Porque dando la vuelta para Portugal, y habiendo arribado á Mozambique con tempestad, como supo que el siervo de Dios Gonzalo estaba en aquella iglesia, fué á buscarle, y hallándole descalzo, aunque contra su voluntad, lo sacó y llevó á su casa.

No seria razon callar aquí la moderacion que el P. Gonzalo guardó en su trato y comida, dilatándose esta navegacion más de lo ordinario por las tempestades y otros infortunios que aquella nave padeció en esta jornada. Temió el capitan de ella que faltasen los mantenimientos, si no se reformaba la comida y bebida á todos los que con él venian; y así, usando de su prudencia, ordenó al despensero que moderase las raciones con cautela. El P. Gonzalo comia á la mesa del capitan cuando no podia menos, y aunque en aquella mesa no se guardaba la moderacion y regla que se puso á los demas, nunca el Padre quiso tomar para comer ni beber más de aquello que estaba determinado, por el nuevo órden que se habia dado, como cualquiera de los otros pasajeros.

Era su aposento muy pequeño, angosto y sin ventana; y siendo los calores de aquella costa de Africa tan grandes, que abrasan á los navegantes, nunca el Padre, ni por breve espacio, se salió de aquel aposento, sino cuando era menester acudir á alguna obra de caridad. Lo mismo encargaba á sus compañeros, y solia decir, que en tales navegaciones de ordinario acontece á los religiosos, que salen de sus aposentos, á conversar con los seglares, por pasar el tiempo,

que no sólo pierden aquellos júbilos de alegría de que gozan los que recogidos en sus rincones se privan de semejantes conversaciones, mas que tambien se les seca del todo aquel jugo de devocion que habian adquirido. Cuán grandes hayan sido las consolaciones espirituales que el santo varon recibió de Dios nuestro Señor en estas navegaciones, se puede bien colegir de lo que él decia, y era, que él podia seguramente afirmar, como quien bien lo habia experimentado hartas veces, que Dios se muestra más sabroso y agradable manjar de las almas, cuando se navega por la mar, que cuando se camina por la tierra.

Luégo que llegó el P. Gonzalo á Mozambique, procuró embarcacion en que ir á Tonga, y habiendo Pantaleon de Saa de embarcarse en la misma nave para Sofala, y pudiendo el P. Gonzalo hacer su jornada con grande comodidad esperándole algunos dias, como no veia la hora de verse en Tonga para catequizar y bautizar al Rey y Reina, dejando al capitan y su nave, se metió en un tambuco, que es un navío hecho de palmas y llegó al reino de Tonga con gran priesa.

En llegando á Inambane, su primer puerto, cayó malo tan gravemente, que estuvo á la muerte de un corrimiento tan terrible, que parecia que se ahogaba, y le faltó la vista de los ojos de tal manera, que teniéndolos abiertos ninguna cosa podia ver. Tenia el cuerpo tan flaco, que no lo podia menear, ni levantar la cabeza aun por breve espacio. Llegó á tanto, que deshauciado de la vida se aparejó para morir, aunque siempre muy cierto que habia de morir mártir. Afligido de este modo su cuerpo y espíritu, salióse á gatas como pudo del lugar en que estaba acostado á otro cercano, y debajo de un árbol, levantando los ojos al cielo, trató con Dios en su corazon por no poder con la boca, el negocio de la cafreria, y luégo hablando con la Vírgen Santisima Nuestra Señora, (á la cual en los sábados, cual era aquel dia, hacia particulares devociones,) le pidió favor con su Unigénito Hijo, para llevar adelante la obra comenzada.

En acabando la oracion se halló sin calentura y con buenas fuerzas, de manera que volvió á continuar su empresa. No le pareció al P. Gonzalo que debia de detenerse, y así luégo que llegó, aunque cansado y flaco, se fué al Rey, y le dió las cartas que traia del Virrey D. Constantino y declaróle la causa de su venida.

Alegróse mucho el Rey cuando vió al Padre, principalmente con las cartas del Virrey; dijo á los suyos la honra que el Virrey le hacia en ellos. Envió á llamar á la Reina y á sus hijos y á todos los nobles de su casa, para que oyesen al P. Gonzalo. Acudieron muchos nobles, entre ellos vinieron tambien algunos cafres de menor calidad. Estando así todos con grande atencion y

miracion, comenzó á hablar el P. Gonzalo de la fe de Cristo, y echando en uellos reinos los primeros fundamentos de la fe católica, explicóles aquel a pocas cosas, guardándolas para los siguientes. Fuélas poco á poco explindo, hasta que los dispuso bastantemente para recibir el santo Bautismo. ,uégo que lo estuvieron, bautizó con grande solemnidad al Rey, Reina é hios, y á muchos de sus parientes muy cercanos á su casa, todos los que habia en la corte. Al Rey puso por nombre Constantino, en memoria de aquel grande Emperador Constantino, en cuyo tiempo comenzó á florecer la religion cristiana, y de D. Constantino de Berganza, Virrey que en aquel tiempo era de la India, muy benemérito del Rey de Tonga, y de su conversion. A la Reina llamó Catalina, por la Reina D.ª Catalina, mujer del serenísimo Rey de Portugal D. Juan el III, y hermana del Emperador Cárlos V. A la hermana de la Reina llamó Isabel, por la infanta D.ª Isabel, mujer del infante D. Duarte, é hija del Duque de Berganza D. Jaime, y hermana del mismo Virrey D. Constantino. A los hijos del Rey y á los grandes señores de aquella córte honró con los nombres de otros príncipes de Portugal. Siete semanas se detuvo el P. Gonzalo en esta ciudad, en las cuales convirtió y bautizó tantos de los naturales, cuantos pudiera desear el más aficionado á la conversion de estos gentiles. No será fuera de propósito poner aquí un capítulo de una carta que el siervo de Dios escribió á los de la Compañía, que estaban en la India, que dice así:

«Dos causas me mueven, Hermanos carísimos, á escribir estas cosas. La primera, porque me acuerde de lo que todos tenemos obligacion á saber, y es, que si nos entregáramos totalmente á Dios y á su servicio, conformándonos con lo que la santa obediencia nos ordena, hallaremos en Dios, vida, salud y todas las cosas necesarias para la vida, en suma abundancia. La segunda, para que entiendan, que cuando alguna enfermedad nos sobreviene por la causa de Dios, que entónces él solo hace nuestros negocios, y cuando él los toma por su cuenta, excusado es nuestro trabajo y solicitud. Y así cuando alguna enfermedad ó alguna otra tribulacion nos quisiere desviar de nuestro propósito, debemos sufrirlo todo con paciencia y de buena gana, poniendo todos nuestros cuidados en las manos de Dios, dándole infinitas gracias, por querer Su Majestad solo hacer lo que nosotros por nuestra soberbia y maldad perdiéramos totalmente. Buen ejemplo tenemos de lo que voy diciendo, en lo que á nosotros mismos ha acontecido, porque estando gravemente enfermo, sin poder atender á cosa alguna, obró Dios por su infinita bondad, por nuestro medio, mucho más de lo que pudiéramos hacer ni pensar, estando muy sanos. Nuestras enfermedades no sólo no estorbaron la conversion de cafres, antes la ayudaron, para que de este modo conozcamos la infinita clemencia de Dios, y nuestra grande insuficiencia.

Yo partiré muy presto para Monomotapa, con la gracia de Dios. Dícenme, que puede mucho el demonio con sus engaños en aquellas partes; y que no sólo lleva á los pobres cafres miserablemente al infierno, sino que por todos caminos se muestra cruel contra los que entre ellos tratan la causa de Dios, y que procura engañarlos con sus embustes y maldades. Yo no temo las fuerzas y engaños del demonio, porque confio en el socorro y ayuda del cielo; sólo para que Dios me ayude, deseo mucho no apartarme un punto de su divina voluntad: y para que mejor lo haga, me encomiendo en las oraciones de Vs. Rs.»

Bautizaba cada dia el P. Gonzalo muchos de los de Tonga, no teniendo por dificultoso desterrar el demonio de aquel reino, si se detuviera con ellos más tiempo. Pero como le daba cuidado la conversion del Emperador de Monomotapa, por tan largos años deseada, por la cual principalmente habia hecho aquella jornada; despues de haber tratado el negocio con Dios, se resolvió de irse luégo á Monomotapa, dejando sus compañeros en Tonga, para que llevasen adelante la obra de la religion, tan felizmente comenzada.

Fuése al Rey Constantino, declaróle su determinacion y con muchas veras le encomendó sus compañeros y el nuevo rebaño de Cristo, y con su licencia se volvió á Inambane. En el camino catequizó y bautizó á muchos, cuanto la brevedad del tiempo le daba lugar; entre ellos fueron algunos Jeques de Botongos. Hizo tambien algunas correrias por los reinos vecinos, dióles noticia del Evangelio de Cristo Nuestro Señor, y entre los que ganó para Dios, fué un hijo de otro Rey mayor y más poderoso que el de Tonga, al cual trujo en su compañía á Mozambique, para bautizarle con mayor aparato. El Rey, no sólo vino en que su hijo acompañase al P. Gonzalo, mas movido con sus sermones, deseó grandemente juntarse al número de los fieles, y que se predicase el Evangelio en su reino. Dilatóse esto para otro tiempo más cómodo. Llegó el P. Gonzalo á Inambane, y luégo se partió para Mozambique á negociar navío y lo demas necesario para la jornada de Monomotapa.

Aprestó en Mozambique algunos presentes para ofrecer al Rey de Monomotapa, fuera de los que le habia dado el Virrey en la India; y habiendo recibido del capitan de Sofala otras cosas necesarias para hacer su jornada, se embarcó en un navío ligero, á los diez y ocho de agosto de mil y quinientos y sesenta, llevando en su compañía unos portugueses, llamados Francisco Pocardo, Francisco de Acosta, Alvaro de Piña, Antonio Diaz, que le servia de intérprete, y á otros dos, cuyos nombres no sabemos.

Pasó en breve aquella costa de Africa, con próspera navegacion. Antes de llegar á la boca del rio Mafuto, se les levantó tan terrible tempestad, que les pareció se acababa allí su navegacion y su vida, y sin falta fuera así, si las

oraciones del P. Gonzalo no le estorbaran, porque subiéndose á lo más alto del navío, y levantando los ojos al cielo, dijo á grandes voces: *Domine, salva nos, perimus*; á esta voz cesaron luégo los vientos, desaparecieron las nubes, serenóse el aire, y la mar se sosegó, recogiendo sus olas; y en pocas horas (que fué en el dia de S. Jerónimo) pasaron la boca de aquel rio, y saltando en tierra levantaron un altar, en que el santo varon dijo Misa.

Era por aquel tiempo tan grande la fuerza de los rayos del sol, y tan vehemente el calor, que no podian los portugueses estando calzados sufrir el ardor de la tierra, y al Padre se le hicieron grandes ampollas y vejigas en la cabeza, estando celebrando, las cuales no quiso curar, no faltando con que hacerlo, dejándolas á beneficio de naturaleza, por padecer más por Cristo, y beber mayor cáliz de trabajos.

En los tres dias siguientes pasaron fácilmente el rio Quiliman, que sale del de Cuama; llegó con sus compañeros á la ciudad Giloa, cabeza de aquel reino. Desembarcando de su navío, fué á visitar al Rey Mengoajames, moro en el nombre, mas en todo lo demas gentil y amigo de portugueses: recibiólos con la mayor liberalidad y benignidad que pudo. Hablóle el P. Gonzalo de la religion cristiana, y fué oído de él con mucho gusto, significándole cuánto estimaria que hubiese en su reino predicadores del Sagrado Evangelio; dióle licencia amplísima para predicarle. Mas el Padre, como deseaba verse con el Rey de Monomotapa, y traerle á Cristo, pareciéndole, que convertido aquel Príncipe, habria poca dificultad en convertir á los otros Reyes; no se detuvo mucho tiempo con Mengoajames, ni quiso usar de la licencia que le daba para predicar. Y así despidiéndose del Rey, con su beneplácito partió para Loabe, que está treinta leguas de Sofala.

Levantóseles aquí otra tempestad, con la cual se recogieron con su navío en Lindes, que es un puerto seguro, adonde se detuvieron trece dias, esperando bonanza. En el mismo tiempo llegó á aquel puerto un pangayo de Musambique, el cual acompañó por breve espacio al navío del Padre, mas luego que se apartó se hundió, vencido de tan furiosa tempestad, y el navío del siervo de Dios llegó á Cuama.

Saltando el Padre en tierra dijo Misa, la cual acabada habló á los compañeros portugueses en esta forma: «Deseo mucho, ya que Dios fué servido de traernos á las tierras de Monomotapa, que trajésedes á la memoria la causa que nos ha traido de la India á estas partes tan remotas, de gentes tan bárbaras, con tantas incomodidades y peligros de la vida. Bien sabeis cuánto importa nuestro negocio: no buscamos oro ni plata, ni piedras preciosas, ni otras riquezas de la tierra. Estas son falsas y engañosas; nuestra mercaduría es mucho más levantada, y la ganancia no la queremos sino para

Dios: su causa nos sacó de Goa, y él por su misericordia nos ha traido á este lugar, librándonos de tantas enfermedades y tempestades, y continuando con su acostumbrada clemencia, el mismo Señor dará el deseado fin á nuestra embajada. Y para que los fines correspondan á los principios, importa que ahora lo pidamos á Dios con más fervor, para que nuestros buenos intentos tengan proporcionados sucesos. Yo por mi parte determino darme todo á la oracion con mayores veras que nunca; y á este fin os ruego y pido, que tengais por bien que me aparte de vuestra presencia y conversacion, todo el tiempo que nos falta por navegar, y que trate más en secreto con aquel sumo Rey, en cuya mano están los corazones de los reyes, de la salvacion del Rey y reino de Monomotapa.»

Acabadas estas palabras hizo poner una cortina en el lugar más cercano á la popa del navío, y en él estuvo recogido por espacio de ocho dias, sin hablar ni tratar con nadie. En todos ellos no comió más de un puñado de garbanzos tostados, que tomaba una vez al dia con un poco de agua. A la fervorosa oracion mental y bocal juntaba la leccion espiritual de los insignes hechos de varones santos, alentándose con su ejemplo á vencer con ánimo apostólico las dificultades de la obra, que habia comenzado. Al octavo dia llegaron á la vista de Sena, lugar célebre en aquellas partes, y término último de aquella navegacion.

Diciendo al P. Gonzalo cómo ya habian llegado al puerto deseado, se arrodilló, y ántes de salir levantó los ojos al cielo, y en su corazon pidió el favor á Dios con tanto fervor y ahinco, como si hubiera de entrar en una peligrosa y dificultosa batalla. Rogó á los compañeros, que rezasen un *Pater noster* y una *Ave María*, y pidiesen á nuestra Señora con el afecto y devocion posible, que tomase debajo de su proteccion al Rey y reino de Monomotapa. Díjoles que él acometia aquella empresa, no sólo con brío y valor, mas con alegría y sin temor de algun peligro, y que ya deseaba verse en ella. Tan generoso era el ánimo del P. Gonzalo, que nunca temió los trabajos, ni se rindió á las dificultades: en medio de los peligros se mostraba siempre tan constante y animoso, que parecia desear otros mayores. De lo cual maravillados algunos decian, que el P. Gonzalo era santo armado con espada y broquel, aparejado para cualquiera ocasion que se le ofreciese: declarando con este modo de hablar, que era tan grande la virtud y constancia del santo varon en lo que tocaba á la honra de Dios y salvacion de las almas, que ni aun el miedo de la misma muerte le detenia para acometer y acabar todo lo que se le ponia delante. Declarando esta grandeza de ánimo solia decir el P. Antonio de Cuadros, persona de grande juicio y autoridad, y su muy íntimo amigo, así en Portugal como en la India: que era tan animoso el P. Gonzalo,

que si en su tiempo viniera el Ante-Cristo al mundo, y se hubiese de escoger persona para encontrarse con él y resistirle, no se hallaria otro más propio y suficiente para tal encuentro.

IX

Llega á Monomotapa, y bautiza á su Rey.

Acabada la navegacion, entró el siervo de Dios Gonzalo en Sena, de donde despachó un hombre al Rey de Monomotapa, que estaba en su corte doscientas leguas más adentro, haciéndole saber de su llegada. Envió tambien otro á Jeten, que es un pueblo muy cercano de Sena, á visitar á Gomez Cuello, portugues, muy favorecido del Rey de Monomotapa, y versado en la lengua de los cafres, pidiéndole que le hiciese placer de verse con él. Vino luégo Gomez Cuello con mucho contento.

Detúvose la respuesta del Rey cuatro meses: los cuales empleó el santo varon Gonzalo en procurar con grande celo la salvacion y conversion de los de Sena. Algunos de los portugueses que allí residian y otros de la India de los recien bautizados, por falta de doctrina se diferenciaban poco en sus costumbres de los gentiles. A estos enseñó lo necesario para su salvacion, apartándolos de los vicios en que estaban, casando á los amancebados. Despues de oidas sus confesiones los comulgó y bautizó á quinientos esclavos de portugueses.

Vióse algunas veces con el Rey Inamior, que distaba de Sena tres millas; y de tal manera declaró los misterios de nuestra santa fe á él y á toda su casa y familia, que luégo el Rey, Reina y ocho hijos suyos pidieron ser bautizados. Difirió el P. Gonzalo su bautismo por muchas causas. La principal fué, por no tener persona de la Compañía que se quedase con ellos, y los doctrinase y conservase en la fe; y tambien por temer que se enojase el Rey de Monomotapa, sabiendo que su tributario habia sido bautizado primero. Consoló el santo varon al Rey, y alabó su buen deseo; exhortóle á la perseverancia en su intento, y prometió de bautizarle despues de su Emperador; encargóle, que en el entretanto enseñase á los suyos las verdades que de él habia aprendido.

Retirábase el P. Gonzalo á ciertas horas á un lugar apartado, y sentándose debajo de un árbol, trataba muy despacio sus cosas con Dios. Viéronle algunas veces coger de cierto árbol un género de fruto de color de oro y de hermosa vista, mas de mal sabor y olor abominable, y que le comia con tanto

gusto como si no hubiera comida más sabrosa. Preguntada la razon de esto, respondió, que ninguna diferencia hallaba en el sabor de aquella fruta al de los melocotones de Lisboa, y la causa era, porque tenia tan estragado el gusto, que no distinguia de lo dulce y de lo amargo.

Llegó el correo del Rey de Monomotapa, con órden de llevar al P. Gonzalo á su córte. En recibiendo este aviso recogió su piedra de ara, su cáliz y todo el recaudo para decir Misa, y haciendo de todo un lio le tomó á cuestas, y caminó á pie las doscientas leguas que habia de Sena hasta la córte, por caminos muy ásperos y dificultosos. Era necesario en el camino pasar algunos rios, unos á vado y otros nadando. Todo el cuidado del bendito Padre era que no se le mojasen los ornamentos; y así cuando pasaba los rios á vado, levantaba el lio con las manos cuanto podia, y si las aguas le llegaban al cuello, poníalo sobre su cabeza; cuando habia de nadar, por ser el rio muy hondo, ponia los ornamentos en una cuenca de barro, y ayudado de los cafres pasaba de la otra parte.

Pasados de esta manera algunos rios, llegó á Teten, lugar en que vivia Gomez Cuello; en él se detuvo algunos dias consolando con la Misa y otros misterios de nuestra santa religion á los portugueses que allí residian, bautizó tambien al Gobernador de aquel pueblo y á su hija. Prosiguió su jornada y en el discurso de ella, faltando á los cafres que le llevaban los mantenimientos, y padeciendo grande hambre, en sabiéndolo el siervo de Dios repartió con ellos lo que tenia para su persona con grande liberalidad y amor.

Comia él de las jangamas, que es un cierto género de manzanas, y aunque verdes y desabridas, le parecian muy sabrosas; probando de ellas los compañeros y hallándolas gustosas, echaron de ver que no podia ser aquel gusto natural, por ser las jangamas de suyo de mal sabor, y más aquellas que aun no estaban maduras. Y examinando más el caso, hallaron, que todas las que tomaba y tocaba con la mano el santo varon se volvian luégo suaves y sabrosas, favoreciendo Dios con este milagro á su mucha caridad, y socorriendo á la necesidad que padecian sus compañeros.

Llegando al pueblo de Mabate, y sabiendo los moradores de la venida del P. Gonzalo, acudieron todos á verle y á recibirle, ofreciéndole cada cual su posada conforme á su posibilidad. Agradecióles el siervo de Dios aquella voluntad y ofrecimiento con amorosas palabras, y deteniéndose con ellos algunos dias, los bautizó a todos, habiéndolos á todos instruido en los misterios de nuestra santa fe, y apartándose de ellos, les dijo, que nunca en aquel pueblo faltaria la fe de Cristo; y así ha acontecido, porque los descendientes de aquella gente, aun sin tener predicadores que les enseñen la verdad, siempre

ıan estado firmes en la fe; y cuando por allí pasaba algun portugues, le ›frecian á competencia sus niños para que los bautizase.

Continuando su camino llegó á Bamba, lugar no muy léjos de Monomota- ›a: en él halló un cafre muy al cabo de la vida, y viéndole, dijo á sus compa- ıeros: «No dejemos á este hombre morir sin Bautismo, y llegándose á él, le en- ›eñó brevemente los misterios de nuestra santa fe, preguntóle si queria ser ›autizado, y respondiendo que sí, le dió el agua del santo Bautismo, y le llamó Luis, y diciéndole las palabras del Evangelio, le puso las manos sobre la ca- ›eza, y luégo el cafre quedó sano. Levantóse de la cama, comió de buena ga- na lo que le ofrecieron, reconociendo que despues de Dios debia al P. Gon- zalo la salud del alma y de su cuerpo. Finalmente despues de grandes traba- jos llegó al término tan deseado de su larga peregrinacion.

Luégo que el siervo de Dios entró en la ciudad de Monomotapa, y el Rey supo de su llegada, estando informado de los mercaderes portugueses que residian en la ciudad, de su santidad y nobleza, envióle á visitar y saludar con palabras muy corteses: regalóle con varios presentes en grande abundancia. Fué el Embajador Antonio Cayado, el cual le presentó juntamente, en nombre del Rey, grande copia de oro, muchos bueyes y algunos criados que le sirviesen. El P. Gonzalo, dando las debidas gracias al Rey, le volvió á enviar sus presentes sin tocar á ellos, con este recaudo: «El oro y las riquezas, muy poderoso Rey, que yo busco en estas partes de vuestro imperio, podrá V. Alteza entender de Antonio Cayado, que es el que me visitó de vuestra parte; yo no busco otra cosa sino la salud eterna y el alma de V. Alteza y de los de su reino. El amor y deseo de estas riquezas me han sacado de mi pátria, y traido á estas regiones, como en breve oireis de mí.» Espantóse mucho el Rey, no pudiendo creer que hubiese hombre que despreciase el oro y los bueyes, que los cafres tanto estiman, ni aceptase criados que le sirviesen.

Y cuando el apostólico Padre fué á visitarle, recibióle con grande honra y con extraordinarias muestras de amor. Metióse con él al aposento más retirado, adonde no entran ni aun los reyes tributarios cuando le visitan. No entró descalzo como hacen todos, y hicieron aun los mismos portugueses que le acompañaban. Sentóle el Rey á su lado, teniendo la Reina madre al otro; y en otro asiento de tres pies, como el suyo, el cual estaba cubierto de un paño ricamente bordado, y mandóle cubrir la cabeza, y en todo le trató como igual á su real persona. Quedóse á la puerta del aposento Antonio Cayado, Prefecto mayor de los puertos y entradas del reino, el cual servia de intérprete.

Habiendo pues el Padre saludado al Rey, ofrecióle los presentes que de la ıdia y Mozambique le traia. Aceptólos el Rey con semblante alegre y gustoso, para mostrarse agradecido, le rogó que quisiese recibir de él otras cosas que

tenia, y declarándose, dijo, que de buena gana le daria cuantas mujeres, heredades, bueyes y oro desease.—Respondióle el siervo de Dios, que ninguna otra cosa queria más que á él, como le habia enviado á decir, porque todos los bienes del cuerpo y riquezas de esta vida habia trocado por otros mucho más nobles y de mayor valor, de los cuales deseaba hacerle participante; y que el oro, heredades, bueyes y otras cosas semejantes, y mucho más las que servian á los gustos engañosos de la carne, no sólo no merecian nombre de bienes, mas totalmente se debian despreciar y aborrecer. Oidas por el Rey estas razones, vuelto al intérprete le dijo: «No es posible, Antonio Cayado, que hombre que desprecia las cosas que todos apetecen, y buscan con tantas ánsias, sea de la misma naturaleza que los otros, necesariamente debe ser nacido de la yerbas»; y poniendo otra vez los ojos muy agradablemente en el Padre, le ofreció todo lo necesario y con esto le despidió.

Quiso aposentarse en una casita como una choza, en la cual celebraba cada dia en un altar portátil. Pasando por allí acaso uno de los principales de la córte, procuró ver lo que se hacia en aquella casita, y vió una imágen de la Vírgen María ricamente pintada, puesta en el altar, y pensando que era verdadera mujer, dijo al Rey, que el P. Gonzalo tenia en su casa una hermosa mujer, que se la hiciese traer á palacio. El Rey deseoso de verla, envió á decir al Padre, que le habian dicho que él traia consigo su mujer, á la cual deseaba mucho ver, que le rogaba se viniese con ella á su palacio.

Recibió el Padre este recaudo, como venido del cielo, diólo á la Vírgen Santísima, estimando la ocasion que se le ofrecia de declarar á aquellas gentes los misterios de su dichoso parto; y cubriendo la imágen con un velo muy rico, la llevó al Rey, y ántes de descubrirla habló un buen rato de la generacion y genealogía de esta benditísima Señora. Declaró, que uno solo era el Dios de todo el mundo, Señor del cielo y de la tierra, Criador de todas las cosas, el cual para librar á los hombres de la muerte eterna, la cual por sus pecados habian merecido, se quiso hacer hombre, tomando carne humana en las entrañas de la Purísima Vírgen María, para que encubriendo su divinidad pudiese padecer nuestras miserias; que la imágen que le ponia delante era un retrato de la Madre de este Señor, la cual, ni cuando concibió, ni tampoco cuando parió, habia perdido su virginidad, porque ni concibió por obra de varon, ni parió al modo que las otras mujeres, y que la mirase con grande veneracion.

Acabando el Padre su razonamiento descubrió la cabeza, y poniendo las rodillas en tierra, quitó el velo de la imágen, y mostróla al Rey; y para que con mayor humildad la venerase le dijo estas palabras: «No dudes, Rey, de honrar con humildad la imágen de aquella Señora, que los Angeles y mora-

ores del cielo reconocen por Madre del Rey de los reyes y por su Reina, y ɔmo tal la adoran con grande reverencia. Este es el retrato de la Madre de ›ios, con favor de la cual resistimos á los ímpetus de los enemigos inferna-:s, y alcanzamos de Dios infinitas mercedes y gracias; por tanto adora con nimo muy devoto á la Madre del mismo Dios y á la Señora de todas las ɔsas.

Viendo el Rey la imágen, no sólo la honró, mas adoróla con grande vene-ıcion y humildad; y maravillado de su hermosura rogó una y muchas veces Padre que se la dejase, porque se recreaba mucho con su vista. Concedió-:lo el siervo de Dios, y él mismo por sus manos acomodó una como capilli-, hecha de las colgaduras de seda, en el mismo aposento del Rey, y en ella colocó con mucha decencia.

Experimentó luégo el bárbaro Rey los favores de su huéspeda; porque la írgen Santísima, en aquella misma forma en que estaba pintada, apareció ıatro ó cinco veces al Rey estando durmiendo, cercada de una maravillosa ız, y le habló en un lenguaje no conocido, como el mismo Rey, en desper-ındo, contó á su madre y á los portugueses más amigos, espantándose mu-ho de lo que habia visto y oido. Luégo llamó al P. Gonzalo, y le dió cuenta le todo, añadiendo, que lo que le daba más pena era, no entender las pala-ıras de aquella Reina, que le apareció y habló. Respondió al Rey el santo 'aron, que aquel lenguaje era divino, que nadie le podia entender si no era :ristiano y muy obedientísimo al Hijo de aquella Señora. Ninguna respuesta e volvió el Rey á estas palabras, sólo con el semblante alegre significó, que ɉueria recibir nuestra santa ley. Salióse el Padre contento con esta buena :speranza.

El dia siguiente envióle el Rey á decir, que él y su madre se querian bauti-:ar, y que así al punto se viesen con él. Dió el Padre muchas gracias á Dios á la Santísima Vírgen, por tan señalada merced; mas juzgó que seria acer-ado irse poco á poco, y no darse priesa, dilatándolo por algunos dias, en los uales fué disponiendo muy bien al Rey y á la Reina en los misterios de nues-'a santa fe, enseñándoselos dos veces al dia, procurando los tomasen en la ıemoria.

Estando ya bien instruidos, en fin del mes de enero, veinticinco dias des-ıes de su llegada, bautizó al Rey y á la Reina su madre, con grande aparato ;olemnidad. Puso al Rey por nombre D. Sebastian, y á la Reina María. ı el dia del bautismo, porque el Padre no queria oro, envióle el Rey cien ɛyes, para que los distribuyese á los pobres; repartiólos el santo varon en-ellos: y como era cosa nunca vista en aquellas partes, espantáronse todos cho, y fué causa de que le estimasen y amasen. Despues de estar ya el

Rey bautizado, recibieron el santo Bautismo casi trescientos de los más principales: los cuales contínuamente presentaban al Padre muchos presentes para su sustento, y nunca se apartaban de su lado. Tratábalos el siervo de Dios con mucho amor, dábales documentos santos, y todo lo que le enviaban, sin tocar á ello, repartia entre los pobres, tomando para su sustento, mijo, yerbas y otras frutas silvestres. Con esta liberalidad de que el Padre usaba con los pobres, cobraron aquellos bárbaros tan grande opinion de la religion cristiana, que todos querian que los admitiese á ella.

X

Padece glorioso martirio.

Caminando las cosas de aquella cristiandad tan viento en popa, levantóse contra ella el enemigo del género humano, movido de infernal envidia. Movió á los moros, grandes ministros de maldad, para apartar al Rey de la fé recibida: hicieron junta entre sí para tratar de ello. La cabeza y presidente de esta junta era Mingames, hombre perverso, y cacis de los moros en Mozambique, y por voto de todos se determinó, que se procurase por todas las vias la muerte del P. Gonzalo, pues de ella pendia todo su remedio. De este parecer y determinacion dieron aviso luégo á todos los de su secta, que vivian en Sena, en Sofala, y en todas las islas que estaban cerca del grande rio Cuama. De más de esto, como el dinero es la arma más fuerte para vencer corazones, allegaron una gran cantidad para ganar el ánimo del Rey, si con engaños y falsos testimonios no pudiesen. Para este fin eligieron cuatro de los que privaban más con el Rey, y excedian á todos en astucia y poder. El primero de ellos fué el mismo Mingames.

Todos estos grandes maestros de engaños y hechizos, acudieron luégo al Rey, declaráronle con mucha disimulacion la grande voluntad que tenian á su persona, y el deseo del acrecentamiento de su casa y reino; y vomitando su malicia, pusiéronlo en la inocencia del P. Gonzalo, diciendo, que no era posible encarecerse, cuán poderoso era en hechizos y encantos, que habia venido á aquellas partes como espia y no como amigo, que pretendia en el reino de Monomotapa, lo que en toda la India y en gran parte de Africa, hicieron los langarios, (nombre con que llaman á los portugueses,) los cuales con capa de amistad conquistaban los reinos ajenos, y los reducian á su obediencia: y si el Rey á vista de ojos quisiese ver, y con las manos tocar, si era así lo que decian; que ellos le mostrarian las cosas de modo que no dudase ser todo mu

cha verdad. Trujeron cuatro palos delante del Rey, y moviéndolos de varias maneras, usando de ciertas supersticiones, echaron suertes, y persuadiéronle que en aquellas suertes se decia, que el Cacis de los Nazareos (así llaman los moros á los cristianos) era enviado del Virrey de la India y Capitan de Sofala, para espiar las regiones de Monomotapa, y que si no le matasen, luégo vendria el ejército de portugueses, mataria al Rey y destruiria á todo su reino. Con esto y con los dones que entre sí habian juntado para presentar al Rey así le engañaron, y mudaron el corazon, que luégo decretó que muriese el P. Gonzalo: y para que mejor tuviese efecto esta determinacion, trajo los suyos á su parecer.

Tuvo el siervo de Dios revelacion del cielo de todo lo que pasaba; y ántes que nadie supiese lo que el Rey habia resuelto, habló con Antonio Cayado de esta manera: «Antonio, muy bien sé, que el Rey trata de quitarme la vida; y es cierto, que no estoy muy léjos de acabar con manos sacrílegas. La muerte no me hallará desapercibido, ni en temor, sino muy animado y contento; duélome del pobre y miserable Rey, engañado de la malicia de los moros con falsedades y mentiras; con ellas le harán perder lo que recibió.»

Reíase Antonio Cayado, teniéndolo por sueño: «Padre mio, le dice, ¿quién le ha metido eso en la cabeza? créame que á nadie estima, ni ama el Rey más que á V. R.» En diciendo estas palabras se fué al palacio con gran priesa, y hablando con el Rey metió la plática del P. Gonzalo; mas de su semblante conoció, que su voluntad estaba trocada. Procuró informarle mejor, y reducirle á más acertado parecer. Rogóle una y otra vez, que no se arrojase, que considerase bien cuán gran pecado haria contra Dios, cuánto daño se haria perdiendo la amistad del Virrey de la India, y del Rey de Portugal; cuán pesado cargo tomaria sobre sus hombros, que ni los hombres en la tierra, ni los bienaventurados en el cielo, sufririan la muerte del inocentísimo P. Gonzalo, sin castigarla.

No fueron bastantes y poderosas estas y otras razones que dijo al Rey, para hacerle mudar de su dañado propósito en que ya estaba obstinado. A todo respondió, que él llamaria los engangas, (nombre con que llaman á los moros,) y trataria otra vez con ellos de esta materia. Antonio Cayado, oyendo al Rey, y estando cierto, que de consejo en que trataban los autores de aquella maldad, no podia esperarse otra sentencia, que la que estaba dada, tornándose al P. Gonzalo, le dijo: «Padre santo, aparejaos, que vuestra muerte es certísima, yo veo al Rey tan determinado contra V. R. que no hallo modo para apartarle de su perverso intento.»

Entraron los moros en consejo con el Rey. Ninguno de ellos dudó en que se habia de dar la muerte al P. Gonzalo, ni consintieron que de esto se tra-

tase en aquella consulta; sólo se trató del modo cómo le habian de matar. Fácilmente convinieron que la muerte se le diese luego, en la forma que mejor se pudiese. Eran los quince de Marzo cuando se juntó este consejo, y en él se determinó que muriese el Predicador de Cristo la noche siguiente. Guardaron en esto tan gran secreto, que ninguno en el pueblo lo pudo saber.

Volvió Antonio Cayado otra vez al Rey, procurando con razones y amenazas reducirle de su nefando y diabólico intento. El Rey contraminado de la malicia de los moros, fingió que ya no trataba de matar al P. Gonzalo, y que se contentaba con que saliese de la ciudad. Lo propio respondió la Reina madre, hablándola sobre lo mismo. Mas el santo varon, como sabia que su muerte era muy cierta, cuando Antonio Cayado volvió con aquella más blanda respuesta, le pidió que hiciese luégo al punto venir á dos ó tres portugueses, que estaban en una villa no muy léjos de la ciudad, para confesarlos y comulgarlos. «Procurad, dijo, que vengan muy presto: porque si yo no los administro luégo estos Sacramentos, no será despues posible.» Partióse con diligencia Antonio, y el bendito Padre dilató la Misa hasta que viniesen: y como á mediodía no llegaron, celebró y consagró dos hostias, una para sí, y la otra para los que habia llamado, en caso que viniesen á tiempo de la Misa, y viendo que al fin de ella no habian llegado, las consumió entrambas.

Acabando la Misa bautizó á cincuenta cafres que habia catequizado. Repartió con ellos los Rosarios y vestidos que tenia. Llegaron á la tarde los portugueses con Antonio Cayado, y como no los podia comulgar, oyólos de confesion, y aconsejándolos cómo habian de vivir los envió á sus casas. Todas estas cosas hacia con tanta alegría, que quitó á todos las sospechas del mal que temian; y queriéndole ellos acompañar por algun tiempo, no lo permitió, por no tener compañeros en aquella hora. Envió luégo sus libros y ornamentos á Antonio Cayado, reservando para sí una sola imágen de Cristo crucificado con dos velas y una sobrepelliz, no queriendo otro defensor y compañero en su muerte.

Cerca de la noche volvió Antonio Cayado, y halló al Padre que se paseaba delante de su casa vestido con su sobrepelliz, y tan alegre, que quedó espantado. Viéndole el siervo de Dios tan cuidadoso y solícito, llegóse á él, y poniéndole las manos en los pechos, le dijo: «¿Qué cuidado y solicitud es esta, Antonio? Estad cierto que estoy más animado para recibir la muerte, que mis enemigos para dármela. Y primeramente, yo perdono al Rey y á su madre de todo mi corazon; él es mozo y poco experimentado, y ella es mujer; no era dificultoso que los engañasen los moros. Otra cosa suplico á Dios, y es que no tome venganza de mi muerte, ni castigue eternamente á los que me la han de dar, y que la reciba en satisfaccion de las culpas de esta ciudad.

Dijo esto con grande alegría y sin ningun temor. No estaba así Antonio Cayado, sino cuidadoso y melancólico; y aunque no se podia persuadir del Rey, que cometiese tan enorme maldad contra hombre tan inocente y santo; no queria, ni podia por ningun caso apartarse del Padre; al fin le dejó rendido de sus ruegos.

En llegando á casa envió á dos criados, para que mirasen con cuidado lo que pasaba, y viendo algun peligro le llamasen luégo. No estaban los enemigos del Padre tan aparejados para darle la muerte, (que era lo que él habia dicho,) cuanto él lo estaba para recibirla, y con el deseo y ansia de morir, no podia estar quieto en un lugar; unas veces se arrodillaba delante la imágen del santo Crucifijo, y suspirando de lo íntimo de su corazon, rogaba á Cristo, muerto por el género humano, fuese servido de permitir, que aquellos bárbaros ejecutasen en él todos sus odios é iras, y se acordase de lo que tantas veces le habia ofrecido en Portugal, y que la ocasion de cumplirle su palabra y promesa estaba ya presente. Otras veces, levantándose de la oracion, con grande ánimo y fervor se quejaba de la dilacion que se ponia en darle la muerte. Volvíase luégo á la oracion y delante del santo Crucifijo le rogaba, que no atase las manos de los que le habian de dar la muerte, sino que tratasen á su cuerpo con toda crueldad. Finalmente, sintiendo en su alma que ya llegaban los sayones, saliólos á recibir fuera de la casita, á ejemplo de Cristo; y paseándose en la plazuela que habia delante de ella, levantaba los ojos y las manos al cielo, otras veces las componia en forma de cruz, y entre suspiros y suspiros hablaba de cuándo en cuándo dulce y amorosamente con Dios.

Siendo ya muy de noche, y no pareciendo los enemigos, (estaban ellos emboscados en un lugar cercano, y no osaban acometerle mientras se paseaba y estaba despierto,) cansado de pasearse y de aguardar, retiróse á su aposento, puso la imágen de Cristo crucificado sobre su pobre lecho entre dos velas encendidas, y puesto de rodillas comenzó á pedir á Dios lo mismo que otras veces le habia suplicado.

En medio de esta oracion se durmió un poco de puro cansado. Habíanse los enemigos acercado más, y llegando á la puerta, y viéndole reclinado, dieron luégo sobre él. Ocho eran los sayones, y el primero en nobleza, como en lo demas, fué Maaumes, gentil de nacion y profesion, muy conocido del santo Mártir, porque comia y hablaba con él muy de ordinario. Este, como otro Judas, sirvió de capitan y caudillo en esta muerte; y siendo el primero que le acometió, se le echó sobre los pechos: luégo acudieron otros cuatro, los dos se asieron de las manos del inocente Padre, y otros dos de los pies, y no le dejando menear; le ataron los demas una soga á la garganta, y apre-

tando con fuerza por entrambas partes, le ahogaron. Reventó luégo la sangre por las narices y boca, y la alma victoriosa voló al cielo, librando aquel cuerpo de los trabajos y miserias de esta vida miserable. Murió el santo P. Gonzalo de Silveira el año de mil y quinientos y sesenta y uno, á los diez y seis de marzo, en el cuarto domingo de Cuaresma, en la misma forma y del mismo modo que él muchos años ántes habia dicho.

Los mismos sayones arrastrando el cuerpo del santo Mártir con una soga, le echaron en el rio Mosengese, ó como otros dicen, Motote, no por temor (como fingian los moros) que se corrompiese é inficionase el aire, y causase enfermedades, sino para que se cumpliese lo que el santo Padre profetizó cuando dijo, que sus enemigos le habian de ahogar por amor de Cristo, y su cuerpo habia de ser echado en un rio, donde nunca más pareciese, como aconteció.

Afirman muchos, que habiendo en aquel rio grande copia de cocodrilos, que solian comer mucha gente, que cogian acometiéndola por las orillas de él, despues que en él fué echado el cuerpo del santo Mártir, de tal modo reprimieron y moderaron su voracidad, que nunca más se halló que comiesen ó hiciesen daño á nadie. Antonio Vasconcelos escribe, que no sólo quedó con el contacto del santo cuerpo libre aquel rio de los caimanes; pero que una luz admirable le ilustró, resplandeciendo sobre sus aguas.

Los matadores, antes de sacar el cuerpo del santo Padre de aquella casita, ciegos de codicia le desnudaron, y hallándole á raiz de sus carnes un cilicio de hierro, espantados de aquella novedad, decian, que hombre, que se vestia de hierro en lugar de lana ó de lienzo, no podia dejar de ser algun hechicero. No se contentaron de ejecutar su saña y crueldad contra el cuerpo santo mas mostraron la misma contra la imágen de Cristo Señor Nuestro; y tomándola en sus sacrílegas manos, despues de muchas injurias y oprobios, la hicieron pedazos, y echándola en tierra, la pisaron con los pies sacrílegamente.

Muerto ya el Mártir de Cristo, supo el Rey que poco ántes habia bautizado á cincuenta cafres, y repartido con ellos varios dones: encendido en cólera se los mandó quitar y que los matasen á todos cruelmente. Publicado tan impío mandato, fuéronse al Rey los lucases, que son los principales del reino, preguntáronle, por qué mandaba matar aquellos hombres. «Si la causa» dicen, «es porque consintieron ser bautizados por el P. Gonzalo, necesario será que con V. Alteza y nosotros se haga lo mismo, supuesto que todos habemos sido iguales en la misma culpa.» Convencido el Rey de la razon, templó su ira, y mandó que no se ejecutase la sentencia.

Holgáronse grandemente los moros, así por la muerte del Predicador de Cristo, como por haber retrocedido el Rey de la fe que habia recibido, y muy

›ntentos se juntaban unos con otros por las casas á darse el parabien, enrandeciendo á su Mahoma, y blasfemando de la ley de Cristo. Enviaron tan egres nuevas á los de su profesion por toda la cafreria. Mas no faltó la diina justicia en vengar la inocente é injusta muerte del santo varon, como › habia profetizado el mismo Padre, de que hubo muchos testigos que lo firmaron con juramento. Ni se aplacó con sus ruegos Dios Nuestro Señor, l cual como recto juez, dá á cada uno lo que merece.

El primer castigo fué, que despues de la muerte del santo Padre, se padeió una contínua calamidad en los frutos nunca vista ni experimentada en quellas partes. Luégo apareció innumerable multitud de langostas, á modo le ejércitos, las cuales cubrian el sol á mediodía, y asolaban los campos, desruyendo los sembrados, las hojas de los árboles y las yerbas y cuanto la ierra producia. El segundo castigo fué, que murió gran número de hombres, y el mismo Rey mató á su misma madre, como otro Neron, por no impedir á los moros, que no procurasen la muerte del P. Gonzalo, y por haberlos ayudado ella. La misma sentencia de muerte dió contra los cuatro que se la aconsejaron, á los dos mató luégo, los otros dos se escaparon huyendo á otras partes. El Cacís Mingames, primero y principal de esta conjuracion, y perversísimo consejero, viendo que no podia vivir seguro en parte ninguna de la cafreria, ni podia volver á Mozambique, patria suya, metióse por los montes y sierras, y en ellos vivió vago y desterrado, como otro Cain.

Los demas que tuvieron parte en esta muerte, aunque se les dilató el castigo del cielo, no quedaron sin él; porque viniendo despues con grande ejército á aquellas partes de Monomotapa Francisco Barreto, capitan portugués, izo que por decreto del Rey fuesen echados de la córte de Monomotapa todos los moros que en ella vivian, y entrando en Sena buscó, por órden del Rey de Portugal, á todos los que habian concurrido en la muerte del santo Padre, y cogiéndolos á todos, los condenó á muerte infame, despues de muchos y extraordinarios tormentos que les dió, para terror y ejemplo de otros. Y es tan grande la misericordia de Dios, que muchos de aquellos fueron muertos conociendo la verdad de nuestra fe; y deseando la salvacion de sus almas, pidieron ser cristianos, y despues de haber recibido el santo Bautismo, volaron sus almas al cielo, como es de creer. El primero de estos fué Xeque Ameco, el más noble de todos, y el más docto y aficionado á su maldita superscion. A este llamaban los portugueses, Can perro, y era el más contrario á la ley de Cristo. Pero las oraciones y sangre del santo P. Gonzalo alcanzaron ue viniese á recibir nuestra santa ley.

Aunque era este hombre tan celoso de su secta, y dado á todo género de icios, como tenia grande y vivo ingenio, fué siempre notando las costumbres

de los Padres de la Compañía, luégo que entraron en Etiopia, y observand su modo de vivir y la doctrina que enseñaban, y cómo reprendian los vici de los hombres, y los exhortaban á la virtud; cómo acudian á los pobres, s pultaban los muertos, y ejercitaban las demas obras de misericordia; y vien lo que en este género hacian, comenzó á mudarse y sentir bien de la virtu y á estimar la religion cristiana, y á dudar de la secta de Mahoma, con d seo de conocer la verdad. Estando, pues, dudoso y perplejo con estos pen mientos, fué preso por la muerte del P. Gonzalo. La cárcel estaba cerca de iglesia de los portugueses, y podia él fácilmente advertir desde allí las ce monias santas que se hacian, y ver las Misas que se decian. Reíase él muc del modo con que los portugueses sepultaban á sus difuntos, y cómo aco pañaban todos con gran concurso á los cuerpos con hachas encendidas y t cando las campanas, oia la música con que celebraban las Misas en las fies y domingos, notaba la multitud de cristianos que acudian á los sermo

Considerando Ampeo todas estas cosas, sucedió, que estando durmiendo, pareció una noche, que veia llegarse á él uno de los dos de la Compañía, q estaba á la sazon en Sena, y le aconsejaba que se apartase de la secta Mahoma y se hiciese cristiano. La noche siguiente vió entre sueños una h mosísima cruz, y oyó una voz, la cual le decia, que hiciese lo que los Pad de la Compañía le dijesen, y no se apartase un punto de su parecer.

En levantándose hizo llamar á Antonio de Melo, que era un honrado por gués amigo suyo: contóle todo lo que habia sucedido, y díjole que se que hacer cristiano, y que diese órden para hablar con alguno de la Compañ que le instruyese y bautizase.

Fué llamado por esto el P. Estéban Lopez, el cual entrando en la cárce dudando con mucha razon, si Ampeo pedia el Bautismo con ánimo fingid verdadero, declaróle primeramente, que estuviese cierto que no escaparia la muerte que el Gobernador Francisco Barreto habia sentenciado contra ora fuese moro, ora fuese cristiano. Afirmóle Ampeo que no usaba de ar cio alguno, ni tampoco trataba de remediar la vida del cuerpo, y que s procuraba la de su alma, por el deseo que tenia de juntarse con Cristo; q sólo pedia lo bautizase, y pusiese en el número de los cristianos, y desp de muerto fuese su cuerpo sepultado al modo que la Iglesia usaba. Dióle Padre crédito, y disponiendo las cosas conforme la brevedad del tiempo, luego bautizado.

En esta sazon sucedió un caso, con el cual quiso Dios descubrir el áni de Ampeo, á los que dudaban de su conversion. Estaba gravemente enfer Ignacio Mendez, mancebo noble y de mucha virtud y valor, y camarada Antonio Valiente, tesorero del Rey. De esta enfermedad llegó tan al ca

ue por tres ó cuatro dias estuvo sin habla y sentido. Estando así, levantó úbitamente la voz, y dijo estas dos palabras tan claramente, que todos las ntendieron: *Xeque Ampeo*, y repitiólas muchas veces. Despertó el tesorero on este ruido, y sintió mucho que un cristiano estando muriendo, en lugar le decir: Jesus María, tomase en la boca el nombre de un moro como Ampeo, tan contrario á nuestra santa fe y á los portugueses, (no habia oido hasa entónces nada de su conversion,) y reprendiendo al enfermo, le dijo: «Y bien, ¿cómo os atreveis vos, estando á la muerte, tomar en la boca á ese maldito hombre? Decid Jesus, é invocad á Nuestro Señor, que es el verdadero Salvador de nuestras almas; llamad á su Madre Santísima, único remedio y socorro de nuestros peligros; dejad de ensuciar la boca con el torpísimo nombre de ese moro.» No le respondió el enfermo palabra; mas despues de quietarse un poco, volvió á gritar en voz más alta: *Xeque Ampeo;* y añadió: *Mi alma con la suya,* y dentro de poco tiempo espiró.

Recibió el tesorero Valiente de esto gran tristeza, y dudoso de la salvacion de su amigo, llegóse al P. Francisco Monclaro, Sacerdote de la Compañía de Jesus, y con grande sentimiento le contó el caso. El P. Monclaro, cuando oyó lo que el tesorero le contaba, espantóse grandemente, alabando á Dios por los ocultos juicios de su providencia, y librando al tesorero de la pena en que estaba, le declaró cómo aquellas voces de Ignacio Mendez, estando á la muerte, habian sido un claro testimonio con que Dios queria declarar su grande misericordia, y el felicísimo estado que habia dado á Ampeo.

Oyendo esto Antonio Valiente, aunque estaba gravemente enfermo, se levantó luégo de la cama, y con gran priesa se fué á la cárcel, llevado en brazos de hombres, sólo con deseo de ver á Ampeo. En llegando vió al nuevo soldado de Cristo, tan animoso, que predicaba con grande fervor la fe de Cristo á los moros, que con él estaban en la cárcel. Y como estaba todo abrasado del amor de Cristo, pareció al P. Monclaro llamarle en el Bautismo Lorenzo, y así se hizo. El sábado, víspera del domingo de Quasimodo, fué bautizado con otros cinco moros, y de allí á pocos dias, hecha confesion general de sus pecados, le quitaron la vida. Decian todos, que la bendita alma del santo P. Gonzalo, desde el cielo habia alcanzado de Dios, que Ampeo se apartase de la ignorancia en que vivia, y fuese alumbrado con la luz de su verdad.

Háse sacado esta vida de la que escribió en latin en tres libros el P. Nicolás Gogdino. Fuera del cual han escrito de este siervo de Dios, Juan Burgesio, Pedro Jarrich, las Corónicas de la Compañía, el P. Nicolás Orlandino, y Francisco Sachino, P. Antonio Balinguem en su *Calendario Mariano,* y en su Apéndice, P. Antonio Vasconcelos en la descripcion del reino de Portugal, y

el P. Spínelo, capítulo veinte de su *Trono Virgineo*. Publicó su vida e mance Bernardo de Cienfuegos, y su ilustre martirio el P. Pedro de Ri neira en el segundo libro de la *Vida del P. Diego Lainez*, capítulo undé Hacen tambien memoria del martirio de este raro varon otros much critores, especialmente Fr. Laurencio Surio en los comentarios del añ y quinientos y cuarenta. Diego de Pavia, lib. 1; *Orthod. expl.* Ma *Epistol.* lib. 2., Jacobo Damiano, lib. 2, *Sinops.* cap. 8. §. 3.º

De este invicto Mártir canta el excelente poeta Francisco Bencio en bro tercero de su poema:

Hic Gonsalvus erat Silveira, primus in Afros
Qui quondan extremos aeterni luminis auram
Intulit, et Christo plures adiungere reges
Ac populos ausus, sacrum increbrescere nomen
Sensit, et extemplo violenta est morte peremptus,
Quam provisam animo, verbis predixerat ante
Linea constrictas presserunt vincula fauces.

Al mismo Mártir celebra Gerardo Montano en su *Centuria:*

Alma fides placidoque; nitens patientia vultu,
Tuque; honor, et niveae virginitatis amor,
Iam plenis cumulate rosas et serta canistris,
Silveiraeque tegat laurus odora comam.
Si meriti superi cupiant aecuare coronas,
Unius meritis Silva sat esse nequit.

El celebérrimo poeta entre los portugueses Camoens en su *Lusiada*, tambien memoria de este insigne varon. Del cual habla en el canto dé cuando dice:

Vè do Monomotapa o grande imperio
De selvatica gente, negra e nua;
Onde Gonzalo morte e vituperio
Padecerá pella fe sancta sua.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN NUÑEZ BARRETO

I

Don Juan Nuñez Barreto, el primer Patriarca de Etiopia, de la Compañía de Jesus, fué de nacion portuguesa, y de la ciudad de Oporto, hijo de padres nobles y ricos, y de igual piedad, pues de ocho hijos que tuvo, los siete fueron religiosos, y los tres de la Compañía de Jesus. Estudió nuestro Juan Nuñez las primeras letras en su patria. Siendo ya más crecido, le fué proveido en la Abadia de Freiris, que era á presentacion de la casa de sus padres, que le necesitó á dedicarse á la Iglesia. Para proseguir los estudios mayores, fué á la universidad de Salamanca, donde dió tal ejemplo de vida, que edificados todos de ella, no le llamaban con otro nombre, sino del Abad Santo.

Acabados los estudios, volvió á su Abadía, donde se adelantaba cada dia en virtud y ejemplo. Gastaba todos los dias seis horas en oracion, continuándola entre los mismos negocios con la presencia de Dios, que siempre procuraba. Era devotísimo de la Vírgen Santísima, de cuya mano recibió grandes favores y extraordinarias gracias. Creció en vivos deseos de alcanzar la perfeccion cristiana, porque le parecia, aunque gozaba de mucha paz y dulzura de espíritu, que seria mayor servicio de Dios Nuestro Señor y mayor perfeccion, dejar sus rentas, y pobre de espíritu procurar el bien de las almas, como hacian los Padres de la Compañía de Jesus, que poco ha habian llegado á aquel reino de Portugal, y llenádole de suavísimo olor de Cristo y edificacion.

Ayudaba á esto el ejemplo de un hermano suyo, llamado Melchor Nuñez, que acababa de entrar en la Compañía con grande ruido y nombre, el cual estaba estudiando en la universidad de Coimbra con mucha fama y opinion de letras, y el mismo dia que se graduó de doctor, con gran ostentacion y acompañamiento se vino á nuestro colegio para ser recibido. Pero apenas hubo llegado, cuando por probarle con una rara mortificacion, le mandaron, que quitándose el manteo, se vistiese vil y pobremente, y tomase un carnero que estaba allí, y le llevase en hombros por medio de la ciudad á casa del insigne doctor Márcos Romeo, que era el más señalado maestro de Teología

de aquella escuela, y bien celebrado por sus escritos. Obedeció al punto Melchor, salió por las calles principales de Coimbra cargado con su carnero, el que poco ántes habia sido paseado en ellas con grande ostentacion. Quedaban los que le conocian pasmados de aquella novedad. Llegó á casa de Romeo, y ofrécele el carnero que traia. Turbóse con tan nuevo espectáculo este grave doctor, hasta que echó de ver lo que era, y la insigne virtud de aquel nuevo soldado de Cristo, que tan al principio comenzaba á alcanzar insignes victorias de sí mismo y del mundo.

Bastó esta mudanza de Melchor, para tener perplejo á su hermano Juan, no para persuadirle que le imitase, lo cual deseaba mucho el nuevo religioso, y escribia muchas cartas á su hermano, dándole cuenta de los bienes que habia hallado en la casa de Dios, persuadiéndole fuese en todo hermano suyo; que más estimaria tuviesen hermandad en el espíritu que en la sangre; pero no aprovechando nada cuanto le escribia, con ocasion de una peregrinacion que hizo á Santiago, conforme suelen hacer los novicios de la Compañía, pidió licencia para visitar en el camino al abad su hermano, y pedirle presente lo que ausente no pudo.

Visitóle y hablóle muy despacio, exhortándole con muchas razones á que fuese religioso. Mas como el santo abad viviese sin inconveniente en el siglo, ántes con mucho ejemplo y gusto en la oracion á que se daba largamente, no le hicieron fuerza las razones de su hermano para tomar el estado religioso, sino para estimarlo. Respondió, que aunque era de tan gran mérito la obediencia religiosa, y los empleos de la Compañía de tan heróicas virtudes; pero que para él era de mucho ruido y distraimiento; y asi le parecia que no habia de tener en ellos la paz y dulzura, que en la quietud de su contemplacion, la cual no queria dejar, por la consolacion que en ella hallaba. Y aunque replicó el H. Melchor, procurando darle á entender la perfeccion de la vida mixta y apostólica, sobre la contemplativa solamente, no bastó para persuadirle, sino para dejarle escrupuloso.

Aumentóle despues su duda por cartas, añadiendo, que esperaban cada dia de Alemania al P. Fabro, varon de singular virtud, espíritu y luz del cielo, el primero de los compañeros de S. Ignacio; y así le suplicaba, que comunicase con él su perplejidad, y esperase que le alumbraria el Señor por su medio. No le desagradó el consejo al piadoso Sacerdote, deseando por momentos ver aquel santo Padre, porque Nuestro Señor, que queria ilustrarle por su medio, le imprimió un grande afecto, para con quien no habia conocido, y deseo de verle y tratarle, encomendando entre tanto al Señor negocio en cuyo acierto le iba tanto, y que le deparase al P. Fabro, para que le aconsejase lo mejor.

Previnole Su Divina Majestad con algunas significaciones celestiales. Vióse ına noche que estaba sirviendo de diácono al P. Fabro, revestido con los ›rnamentos sacros, y que decia Misa. Cuando llegó nuestro Juan Nuñez á lar la paz, iba á darla por el lado derecho; despidióle el Sacerdote Fabro, ıo queriendo admitirle llegando por el lado derecho sino por el lado izquierlo. Dijo entónces Juan, que no se solia dar la paz por aquel lado, sino por :l derecho. Tornóle á mandar el P. Fabro, que no habia de ser sino por el ado izquierdo, y así que pasase allá. Volvió entónces en sí el Abad, y entenlió luégo por ilustracion divina que no habia de hallar la paz, que Dios que·ia darle, por el lado que él pensaba, sino por muy diferente; y así que no la ıallaria en sola la contemplacion retirada, como tenia entendido, sino en la ıccion juntamente. Prosiguió con todo eso en encomendar á Dios el acierto le su eleccion, poniendo con muchas lágrimas por intercesora á la Madre de Dios, prometiéndola por esta causa cierto número de Misas.

Estando diciendo una, los ojos llenos de agua, y el corazon de santos afectos, se le apareció la Reina del cielo con una hermosura divina, rodeada de luz y claridad celestial. Venia la Madre de Dios acompañada con el siervo de Dios Pedro Fabro. Mirando entónces la Vírgen con mucha benignidad á su devoto capellan Juan Nuñez, le dijo con rostro muy afable: «Ten, hijo, buen ánimo, y no andes ya congojado sobre lo que has de hacer. Parte luégo á Coimbra, y vé derecho al colegio de la Compañía de Jesus, y espera allí á este Sacerdote que traigo conmigo, y le ves aquí presente, que es Pedro Fabro,» quedando nuestro Juan deshecho en lágrimas de gozo con tan singular favor de la Reina de los cielos, deseando por momentos verse con aquel divino varon, á quien la Madre de Dios le habia remitido. Obedeció luégo el Abad al mandato de la Vírgen; partió á Coimbra para esperar en el colegio de la Compañía al Maestro que le habia dado el cielo; dió á su hermano Melchor cuenta de todo lo que le habia pasado, pintando todas las señas del P. Fabro, á quien jamas habia visto, como si lo hubiera tratado toda la vida.

En llegando el santo varon Fabro á Coimbra, luégo dijo el Abad Juan Nuñez al H. Melchor: «Este es el Sacerdote á quien ayudé á Misa, este es el Padre que me trujo la Vírgen cuando yo la decia, y me envió á él para que ne aconsejase mi bien.» Postróse á los pies de Pedro Fabro, púsose en sus ıanos para que hiciera de él lo que quisiera. El siervo de Dios Fabro le rebió y habló con igual afabilidad que resolucion, diciéndole que iba engaña-), y que la voluntad divina era, que se emplease en vida de obediencia, y en salvacion de las almas. Pidió luégo nuestro Juan ser admitido en la Compaı.—«No ha de ser luégo,» replicó el P. Fabro, «encomendadlo aún á Dios, ra que os persuada más Su Divina Majestad lo que os conviene. Levantaos

media noche, y tened entónces oracion; ofreceos en ella al Señor, é implora ı socorro, y con su divina ayuda desafiad al demonio, que si tiene alguna ıáquinas, engaños y tentaciones con que despues os haya de inquietar para aceros caer, que os acometa ahora con todas. Despues de la lucha que tenreis con los demonios, decid en amaneciendo Misa, pidiendo á Nuestro Seor os envie de lo alto su luz, para que os confirme en esto que os conviene.»

Hizo el obediente discípulo todo lo que le ordenó su maestro; pónese en racion á media noche, dura en ella hasta la mañana, desafía á todo el inerno, y parece que todo él salió á campo con el soldado de Cristo; porque se ió tan combatido de pensamientos, tentaciones y congojas, que si el brazo oderoso de Dios no le fortaleciera, quedara rendido. Pero aquel Señor que o permite ser tentado uno más de lo que puede, dió su mano poderosa y yuda de su divina gracia al afligido Abad, que le hizo triunfar de sus enemios, y ahuyentar de sí las potestades de tinieblas que le combatian, quedando on gran paz y provecho de su espíritu. Al amanecer dijo Misa, en la cual e derramó el Señor á manos llenas tanta luz, cuando le tenia en sus manos, ue con firme resolucion se consagró á su milicia, para seguir eternamente u estandarte en la Compañia de Jesus, sin temer de allí adelante tentacion i pensamiento alguno contra la vocacion religiosa. Fué recibido en la Comañía, con gran contento de su hermano Melchor y envidia de otro hermano ıenor llamado Alonso Barreto, que le siguió muy presto en el mismo instiıto y religion; el cual era de quince años, y saliéndose de casa de su madre, onde vivia muy querido y regalado, se fué sin decir nada hasta Coimbra onde pidió con tales veras la Compañía, que le recibieron luégo.

Fueron raros los ejemplos de humildad y mortificacion que daban los do ovicios, más hermanos en el espíritu que en la carne. Animábanse con raros jemplos y mortificaciones extraordinarias. El P. Juan Nuñez Barreto se abra ó tan de veras con la humildad de Jesucristo, que todo su contento era estar n la cocina, fregando las ollas, barriendo y sirviendo al cocinero. El P. Faro decia, que no habia visto hombre, que criado y hecho á su libertad y usto, así se abatiese y acomodase á la obediencia para todas las obras de umildad.

Por ser Sacerdote, no le dejaban hacer las mortificaciones públicas que él eseaba, y á su hermano Alonso permitian, que aunque menor en todo, dió randes ejemplos de virtud y extraña mortificacion. De los cuales, para que e vea el fervor de entrambos, y queden ellas eternizadas, me ha parecido ›oner aquí algunas.

Una vez para pisar toda honra humana, quitándose el hábito religioso, ué triste y vilmente vestido, con los pies delcalzos, al rollo de Coimbra. Y

del suplicio y vergüenza pública. Allí se hizo atar el vergonzoso mancebo, como quien estaba á la vergüenza, como un atroz malhechor, hecho espectáculo público de todo el pueblo; y para que concurriese mayor número de gente, que aumentase su confusion y desprecio, y juntamente mover algunos del pueblo á penitencia, comenzó á grandes voces á invocar la divina misericordia por los pecados de los hombres. Como duró esto, concurrió juntamente con la fama de aquel nuevo espectáculo toda la gente de los barrios más distantes de la ciudad, para verlo. Unos se compadecian de aquel mancebo, que siendo tan muchacho, le hubiesen puesto á la vergüenza, otros pensaban habia enloquecido, y aunque otros veneraban lo que decia, él quedó satisfecho y contento de los desprecios que le hicieron, y confusion á que se expuso, saliendo victorioso de la vanidad del mundo y honra humana, llevando por triunfo de su heróica humildad los pechos compungidos de muchos. Juntaba este fervoroso mancebo con gran destreza los oficios de caridad y celo con los dos ejercicios de su humillacion.

Otra vez, que habia bajado de Galicia un gran número de muchachos que servian de esportilleros, pidió licencia para hacer el mismo oficio, y de camino enseñar la doctrina cristiana á aquella juventud ignorante, sin crianza ni policía, ni cuidado de su salud eterna. Quítase su sotana, vístese muy mal todo de andrajos, al fin como uno de ellos, con un capotillo raido y remendado, con una caperuza mugrienta y su esportilla al hombro. Váse á la plaza pública, espera que le alquilen, imítales en su oficio y trabajo. Lleva de una parte á otra las cargas, trata con los esportilleros como si fuera uno de ellos, métese en sus corrillos, hácese amigo de todos, y con la abundante gracia que Dios puso en sus labios, gánales, no sólo la voluntad, sino el respeto. Teníanle por un ángel, admíranle sus palabras, óyenle como á un oráculo, están atentos á sus lecciones; y hablando unas veces públicamente á muchos juntos, otras á cada uno en particular, enséñales la doctrina cristiana, póneles temor á todo pecado, amor á la virtud, y deseo de frecuentar los sacramentos. Estaban atónitos los esportilleros, creyeron que aquel su compañero habia bajado del cielo, preguntándose unos á otros si sabian quién era ó de dónde habia venido, hasta que se les desapareció, volviéndose á nuestro colegio despues de algunos dias, y de haber enseñado y así mortificado. Bien sabian los Superiores á quién fiaban tan largas ausencias de casa y la rara virtud del novicio; el cual no contento con la hazaña pasada quiso emprender otra más árdua, y por ventura más heróica.

Las veces que habia hecho algunos caminos con su esportillo cargado, notó estar un Sacerdote amancebado, con vida muy licenciosa. Viénele deseo de estorbar aquella ofensa de Dios, pídele al Superior licencia para eje-

cutarlo. Preguntado el modo, respondió que mudando hábito en el de un gorron, y acomodándose á servir á aquel desenvuelto Sacerdote. Alcanzada la licencia, pónese de corto, y va á casa del Sacerdote, y ruégale que le reciba en su servicio. La gracia del mancebo era muy buena, y conciliaba los ánimos con su trato, y al del Sacerdote á la primera vista, porque ponia Dios su mano donde el fervoroso mancebo tenia intentos tan santos. Recíbele de buena gana en su servicio, y de mejor le conservaba, habiendo experimentado su diligencia y cuidado. No tuvo en su vida quien mejor le sirviese, ni á criado que más amase.

Despues que vió el religioso disimulado que habia ganado la voluntad de su amo, le empezó con prudencia á persuadir su bien; al principio poco á poco y con artificio; mas como no conocia mejoría en su amo, con libertad y brío, poniéndole delante la gravedad de su pecado, por lo que ella era y la dignidad y obligacion de su oficio sacerdotal, amenazándole con el castigo de Dios, á quien tenia tan ofendido. El obstinado clérigo, rióse algunas veces de la libertad del muchacho, mas como perseveraba en su demanda, llevábalo pesadamente. Enójase con el amonestador de su bien, ríñele ásperamente, mándale que calle y no le trate de eso, que no le recibió en su casa para que le predicase, sino para que le sirviese, cárgale de maldiciones y mil palabras injuriosas, poco fué no lo hiciese tambien de palos. Mas el valeroso novel y siervo de Jesucristo, no se atemorizó con las amenazas y fieros de su amo, ántes se determinó embestir aquel pecho duro con mayor violencia, para que, si no quedase mudado de su malicia, no quedase contento de ella: y así con voz alta le dijo, con más ánimo que su edad: «Avísote de parte de Dios, y protesto á todos los santos del cielo y de la tierra, que te vas derecho al infierno y á la eterna perdicion. Reprímete miserable cristiano, miserabilísimo Sacerdote, vuelve en ti, y trata de mejor vida.»

Cuando oyó esto el amo, salió de sí de furor y rabia, y fué mucho no matarle; echa al criado, atrevido á su parecer, de casa con puñadas y empellones. Salió de aquella casa maldita de Dios, el bendito y fervoroso mancebo, para la de la amiga del mal clérigo; recaba con ella lo que no pudo con el Sacerdote, muévela á lágrimas y compuncion, persuádela se confiese y aparte de la mala amistad. Hízolo todo la mujer, movida de la gracia del Espíritu Santo que hablaba por el novicio, y habiendo hecho una confesion muy dolorosa, dejó la mala correspondencia, y el mancebo victorioso de sí, del demonio y del amo endurecido, se volvió á su casa de la Compañía.

II

Heróicas obras que hizo en Tetuan.

Tal era la mortificacion, y tal el celo de los dos novicios y hermanos en espíritu. El de nuestro Juan Nuñez, como ya Sacerdote, salió más presto á la plaza en mayores empresas; ofrecióse una de gran importancia. Porque el piadoso Rey de Portugal, D. Juan el Tercero, pidió algunos Padres de la Compañía para enviar á Africa, que ayudasen á los cristianos cautivos, y otros, que, con la ley de Cristo, tenian más estragadas las costumbres, que si estuvieran en la de Mahoma.

Fué escogido para esta trabajosa jornada el P. Juan Nuñez Barreto, que aunque nuevo en la religion, se aventajaba á muchos antiguos en espíritu y celo. Fué con él el P. Luis Gonzalez de Cámara, que acababa de ser Rector de Coimbra, y despues fué Asistente de las Provincias de la corona de Portugal en Roma, donde á peticion de la Reina D.ª Catalina, que entónces gobernaba el reino de Portugal, vino á ser Maestro de su nieto el Rey D. Sebastian, hombre en todo insigne. Acompañó á entrambos un H. Coadjutor, llamado Ignacio Vogado, digno tambien por su mucha virtud de aquella empresa, y de seguir tan raros varones. Partieron todos de Portugal á pie, atravesando la Andalucía, hasta que embarcados tomaron puerto en Ceuta.

Estrenaron en esta ciudad las primicias de su celo: mudáronla bien presto en otra con sus fervorosos Sermonos, contínuas confesiones y trabajos. Admiró tanto esta mudanza de la mano del Altísimo al Gobernador D. Alfonso de Noreña, que escribió al Provincial de Portugal, P. Simon Rodriguez, dándole muchas gracias de haberle enviado tan admirables varones, que en tan breve hicieron religiosa una ciudad tan perdida y viciosa con la licencia y costumbres militares; que los que ántes eran peores que los mismos moros, á los cuales más vencian en deshonestidad que en armas, ya se habian mudado, no sólo en hombres cristianos, sino en religiosos, y que se podia decir con verdad, que los reales de los soldados libres, se habian vuelto en claustros de observantes religiosos: añadiendo, que habia escrito al Gobernador moro, para que les diese salvoconducto para pasar á Tetuan, para ayudar la multitud de cautivos que allí habia; pero que temia mucho del fervor de aquellos siervos de Dios, no se pusiesen á predicar públicamente contra Mahoma, para que los martirizasen. Lo cual aunque á ellos estaria bien, seria con perjuicio de los pobres cautivos, que tenian extrema necesidad de

su ayuda y doctrina; y así le suplicaba mandase á aquellos celosísimos Padres, no se dejasen llevar de su fervor, ni predicasen en las plazas contra Mahoma, sino que se contentasen con ayudar por entónces á los cautivos en sus mazmorras y desdichas. Que entendiese que este consejo que le daba, era de mucho servicio de Dios, y que en pago de él le pedia, no sacase de Africa, mientras él estuviese en el gobierno, aquellos admirables varones.

Hízolo así el P. Simon, y para que tuviesen más libre entrada, les envió el Rey de Portugal por redentores de aquellos miserables cautivos, con dinero bastante para que rescatasen muchos. Llegaron á Tetuan, con gran peligro de la vida, en que les pusieron unos salteadores moros; y aunque fuera para los siervos de Dios de gran gozo perderla en tan santa demanda, dieron muchas gracias á Su Divina Majestad, de haberles librado de ellos, por medio de gran número de mercaderes, que retiraron los ladrones.

A la primera entrada de la ciudad de Tetuan, les pagó el Señor el trabajo del camino, con darles luégo más que padecer. Acometíanlos los muchachos moros, como perros rabiosos, corríanlos por las calles, decíanles mil baldones, tirábanles lodo y tronchos, dábanles de puñadas: no se tenia por fiel á Mahoma, quien no asentase en ellos la mano. Los Padres, como mansos corderos en medio de fieros lobos, sufrian con más que paciencia las contumelias que padecian por Cristo. Visitaron luégo las mazmorras y calabozos, y otras estancias de cautivos; y cuanto quedaban los Padres atónitos de la miseria doblada en que los veian de cuerpo y alma, tanto estaban ellos contentos del alivio que les habia enviado el cielo.

Apénas habian entrado, cuando toparon un Sacerdote frances, esclavo de un zapatero, ya para morir, sin haber quien le sacramentase. Oyóle de confesion el P. Luis Gonzalez, que sabia la lengua francesa. Entre tanto dió órden el P. Juan Nuñez, de llevarle el Viático; y por el deseo que tenia de ver exaltado á Jesucristo entre aquella morisma, quiso llevarle públicamente, en una solemne procesion. Convocó para esto todos los mercaderes y cristianos libres; no faltó ninguno, y así fué gran número: persuádeles su pensamiento, y con gran solemnidad, encendidas muchas hachas, y cantando Salmos, llevó por medio de aquella impía y pérfida ciudad el Sacramento de mayor piedad, y misterio de la verdadera fe. Quedaban atónitos los moros de aquel atrevimiento, mordíanse las manos de envidia y saña, pero detúvoselas Dios, para que no estorbasen su triunfo. Los cristianos todos lloraban de gozo, dando mil gracias al Señor, por dejarse honrar donde tanto era blasfemado.

Asistieron los Padres al enfermo al servicio de su cuerpo, y ayuda de su alma, hasta que espiró dichosamente; y como les habia salido tan bien la

·ocesion del Viático, determinaron enterrarle con semejante pompa. Fué :ande el acompañamiento por medio de las plazas públicas: llevan al difun› en hombros algunos portugueses honrados, otros iban cantando, tocánose tambien una campanà, espectáculo nuevo en aquella Berberia. Al fin en n lugar señalado le hicieron solemnes exequias y oficios de la sepultura, on la publicidad que en Lisboa. La confusion de los moros, que lo vieron y ıo lo creian, fué igual á la devocion de los cristianos.

El tratamiento que hallaron los Padres se hacia á los cristianos, se puede :olegir por lo que pasó con este Sacerdote. Halláronle tendido en el suelo, :argado de grillos y cadenas, imágen todo de la muerte, echando contínuanente sangre del pecho, sin haber gustado nada en seis dias. Con todo esto, :stando tan desahuciado y para morir, entró el zapatero su amo con otros :uatro moros mercaderes, que le querian comprar y revenderle despues, para ver cómo estaba y la gravedad del mal. Forzábanle con increible inhumanilad á que se levantase y pusiese en pie, para con esto obligar á los Padres e comprasen, no pudiendo ya vender hombre vivo sino muerto. Lo mismo hacian con los demas cautivos; eran más que fieras para con ellos: y en estando uno sin esperanza de vida, no cuidaban de él más que de un perro. Los siervos de Dios les acudian y servian como esclavos, porque se preciaban de serlo de Jesucristo.

Pero no sólo los enfermos les causaban compasion, sino los mismos sanos, que eran innumerables; llenaban las plazas de Tetuan, descoloridos, transidos de hambre; no comian en todo el dia sino un poco de pan de zeruna, que es una semilla desabrida y de mala digestion: lo que tenian mucho era de maldiciones, afrentas, palabras injuriosas, golpes crueles, desapiadados azotes, largo trabajo; todo el dia en peso estaban ocupados en varias obras: unos, como bestias, traian alrededor las muelas de las tahonas; otros llevaban cargas como acémilas, otros hacian las obras del campo, y estaban de sol á sol (y más el de Africa) segando. Con este mucho trabajo y mucha hambre, no parecian algunos sino unos esqueletos desenterrados. Y si eran grandes estas calamidades del cuerpo, mucho mayores eran las del alma, porque con el poco trato de Dios, y á vista de los malos ejemplos de los moros, nunca reinaron los vicios más en ellos, que cuando cautivos, de los cuales estaban más presos que de sus cadenas, y más esclavos de su apetito que de los mismos moros.

Movidos los Padres á compasion, dejaron la posada que tenian con los ercaderes portugueses, y se fueron á vivir con aquellos tristes hombres á sus smos calabozos y mazmorras, donde recogidos de noche les pudiesen ayur mejor. Allí les trataban de su alma, consolaban á los más afligidos, refre-

naban á los más desbocados, conciliaban á los enemistados, hacian á t
rezar y rezaban con ellos. No fué poco lo que pasaron los siervos de
en esta ocupacion, y ménos sentian el trabajo suyo que el ajeno, y el
branto de su corazon, viendo á tantos cristianos en aquella imágen (
muerte y del infierno, debajo de tierra, y tan rendidos del cansancio del
que apénas habia quien pudiese volver su afligido cuerpo de un lado á (
ni tenerse en sus pies, ni aun extender los brazos. Estaban tan apreta
que casi cargaban unos sobre otros; por lo ménos estaban tan juntos y
tal confusion y desórden, que los pies de uno daban en la boca del otro
hediondez de tantos hombres trabajadores juntos en aquel lugar cerrado
insufrible: las cadenas que traian al cuello y á los pies hacian con cualq
movimiento temeroso ruido, en aquella oscuridad y densas tinieblas d
noche y de los calabozos, en los cuales todo era de una tela dia y noche.
primera vez que entró en esta imágen del infierno el P. Juan Nuñez, dijo
mucha razon aquellas palabras del Salmo: *Posuerunt me in lacu inferiori*
tenebris, et in umbra mortis. Sobre las cuales hizo una plática de gran (
suelo y provecho á los cautivos, repartiendo luégo entre todos buena c
dad de limosna.

Cayó muy presto malo el P. Luis de la Cámara, del excesivo trabajo, y
fué necesario tornarse á Ceuta, de donde hubo de pasar á Portugal por (
sejo de su mismo compañero, para negociar mayor socorro á aquellos m
rables. Quedóse solo nuestro Barreto, animado, no sólo á trabajar po
dos, pero por cien hombres. Redujo muchos renegados á la Iglesia, dond
habian desunido. Convirtió á dolor de sus pecados cautivos, que en mu
años no se habian confesado. Hubo quien por veinte años no sólo vivió
confesarse, aunque tuvo oportunidad de ello, pero sin respeto alguno
Dios, atado con más pecados que cadenas habia en Tetuan ni Argel. Co
vó á muchos porque no perdiesen la fe; y no sólo remedió las almas red
das por Cristo, pero los cuerpos de muchos, alcanzándoles libertad, er
ñándose por esto.

En sabiendo que alguno se tornaba moro, no paraba hasta reducirlo
alguno estaba flaco, no sosegaba hasta confirmarle en la fe ó rescat
aunque fuese dando mucho más dinero de lo que se daba por otros caut
Con los enfermos hacia oficio de médico, con los heridos de cirujano, cu
doles sus llagas y aplicando medicamento; con unos y otros de coci
aderezándoles con gran caridad su comida, y llevándosela á sus calabo
cárceles, con pasmo de los mismos moros.

Más se espantaron cuando vieron que edificó dos hospitales para los e
mos, y aprendió de propósito medicina suficiente de un médico cautivo,

poder curar él mismo, ya que no habia otro que lo hiciese. Para los pobres enfermos pedia limosna, así para curar los que estaban en peligro de la muerte del cuerpo, como para remediar los que lo estaban en la del alma, como eran muchachos y doncellas; aquéllos para que no renegasen, éstas para que no faltasen á su honestidad y honra. A los flacos ayudaba, y era tan notable su piedad, que cuando veia alguno afligido porque no podia más con el desmedido trabajo, y desfallecia ántes de cumplir la tarea que le señalaban los amos; porque no le tratasen mal y azotasen, cumplia el P. Nuñez la ocupacion del esclavo, ó cabando la tierra, ó llevando las cargas acuestas, ó trayendo la tahona, haciendo el santo Sacerdote de Cristo, no sólo los más humildes oficios de los hombres, sino de las bestias, haciéndose esclavo de los esclavos mismos, á los cuales tenia por honra servir por Jesucristo. Gran gloria fué de S. Paulino hacerse esclavo por un esclavo, pero el bendito P. Nuñez, no sólo por un esclavo, sino por todos los de Tetuan, trabajando él solo por muchos.

No sé cuál era más, su humildad ó su caridad; una y otra, si no incomparables, fueron admirables: no habia cosa que no le hiciesen ejecutar por aquellos desdichados hombres. Porque no hiciesen daño con su mal olor y ascosidad á los cautivos de las mazmorras el estiércol é inmundicias de las necesarias forzosas de los cuerpos humanos, el mismo Padre por sus propias manos limpiaba aquellos lugares inmundos, y cargado de la pestilente ascosidad y hediondas heces las llevaba con gran fatiga suya á un lugar apartado.

Estaba el siervo de Dios en estos oficios humildes y trabajosos tan contento, que no deseaba sino quedarse allí toda la vida olvidado de Europa eternamente: y así lo procuró muy de veras con los portugueses y sus Superiores, escribiéndoles muy apretadas cartas sobre su asistencia entre aquella miseria y barbarie, quien en Portugal podia lucir mucho. La estima que hacia de la trabajosa ocupacion que tenia, y el deseo de continuarla, se puede echar de ver por lo que dice á los del colegio de Coimbra en esta carta:

¿Qué daré al Señor, Hermanos amantísimos, por todas las cosas que me ha dado? Porque siendo yo tal como todos vosotros me conoceis, indigno de todo beneficio, no sé cómo se ha hecho, que haya sido el primero de la Compañía que haya pasado á estas partes, para que pueda entre esta gente fiera y bárbara, contraria á Jesucristo, y enemiga de su santa ley, predicar y exhortar á las costumbres cristianas, oir las confesiones de los cristianos, decir Misa y ejercitar con libertad todos los ritos y ceremonias de los cristianos. ¡Ojalá que aquel Señor, que dispone todas las cosas, que sin merecerlo yo me ha dado tan señalada gracia, me añada tambien esta: que por su causa muera aquí preso y azotado y atormentado con todo género de suplicio!»

Otras cartas escribió de mucha edificacion, en que declaraba su trabajo y santo celo, y algunas cláusulas de dos que vinieron á mis manos, escritas á un Padre que le servia en Portugal de procurador para remitirle las limosnas, me ha parecido poner aquí. Una acaba diciendo: «Despues de tener esta escrita, me dieron esta nueva: que era cierto que un mozo del Algarbe, que ha poco que le tomaron, se tornó turco, estando su padre cautivo en una de estas cinco fustas que en este rio están, para más dolor suyo. Tambien se tornaron turcos otros dos mozos en ellas. Y en Larache, donde estuvieron, se tornaron turcos cinco ó seis y un mozo que allí fué en un navío de mercaderes; y en un dia se tornaron moros de otro mercader dos, que me hacen decir *intimo cordis dolore: Quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontem lachrymarum, et plorabo tot animarum meliflui Christi sanguine redemptorum pernitiem.*

Como supe esto, luégo rogué á un amigo mio que fuese á las fustas, y me tomase dos ó tres mozos de estos que dicen que son turcos, y mandé prometer más á sus amos alguna cosa de lo que les dan otras veces, para que con la codicia del dinero los den.

Tambien quiero trabajar si puedo haber un niño de un moro principal de aquí, que ha más de un año que se tornó moro, que será de diez á once años, muy bonico, dándole por él más de lo que hubiera por otra vía.

El Alcaide de esta villa tornó una mujer mora por fuerza, como muchas hacen, para tener por manceba, que tiene un hijo, como el de arriba, el cual, si no lo quito, ha de ser muy en breve moro como la madre, porque será de diez años, y anda ya en vísperas de ello. Paso riesgo que me han de poner mal con el Rey de Fez, como por otras cosas como estas hicieron, con que pasé asaz peligro; mas ni por esto, con ayuda de Dios, he de dejar de quitar cuantos pudiere, y ójala tuviese para quitar cuantos aquí hay, aunque acabase mis dias; porque mejor es perder yo la vida llena de tantas miserias como hay en este trabajoso destierro, que ellos perder las almas que tan caras costaron. Por amor de Nuestro Señor, V. R. me socorra con mucha brevedad, con muchas limosnas para me desempeñar, porque espero que me han de hallar en un piélago de deudas, cuando vinieren más cambios de lo que ahora está pagado. Cosas son estas, Padre carísimo, para un hombre andar dando voces por los púlpitos y otras partes: en esta negociacion santa no seais negligente, porque os pedirá Dios muy estrecha cuenta de eso, como ha de pedir á los que no os quisieren dar limosnas, lo que no es de creer de ninguna persona, mas vos cumplis en hacer lo que en vos es. Nuestro Señor, etc.»

En otra dice: «Quiere Nuestro Señor, por su bondad infinita, que los moros

y judíos que me conocen fien de mí grande suma de dinero, no teniendo acá más que este cuerpo, y no muy cierto como habia de ser.

Grande contentamiento llevara yo de ver V. R. por sus ojos las almas perderse, y tornarse muchos moros, para que, viendo tan grande mal como es, dejar tan buen Señor como tenemos por servir al demonio, dejar la luz por las tinieblas, movido con más celo de la honra de Dios andase con grande fervor por casa de esos señores, pidiendo algunas limosnas para remediar tan grande pérdida, porque por dos vías se ganaria mucho. La una, que muchas almas que veo perderse por falta de dinero, no se perderian, cuyo precio es, la preciosísima sangre de Jesucristo. La otra, que merecieran mucho los señores que Dios hizo despenseros de grandes rentas y bienes temporales, si á tan santa obra socorriesen, y así darian su dinero á logro á Dios; porque por el que es de tan poco valor si no se gasta bien, que le llama S. Pablo estiércol; y junto, no aprovecha nada, y extendido, hace dar gran fruto; si lo extendieren por sus pobres, se paga en el cielo por él los tesoros eternos. Excelente logro es éste, recibir á Dios por premio, que es bien infinito, por cosa que, queramos ó no, la habemos de dejar tanto con mayor dolor, cuanto con más aficion fuere en este mundo amada.

Querer yo relatar por extenso cuántas almas en este reino se pierden por no tener dinero para las sacar, seria comenzar materia muy dificultosa de concluir. Porque á esta villa vienen muchas veces muchas fustas de turcos con grande suma de mozos, que ellos traen muy enlazados en pecados enormes, que me vienen á rogar llorando, que los saque de tan grande mal, y por no tener dinero los dejo ir, quedándome atravesados en el corazon, que de puro dolor se me quiere reventar, y de ahí á poco los veo ya tornados turcos, pidiendo justicia á Dios de los que los dejan perder: lo que me hace temblar del grande juicio de Dios, en especial contra los ricos; y conozco la grande merced que me hizo en dejar el mundo y sus bienes temporales, porque mucho mejor es no tener de qué dar cuenta, que darla mala de lo que tenemos. ¿Qué excusa tendrán los señores de muchas rentas y bienes en el dia espantoso del juicio, cuando Cristo parecerá con sus llagas abiertas, pidiendo cuenta á cada uno de lo que le dió, cómo lo gastó, diciendo: «Morí de hambre, y no me disteis de comer, etc.?» Que ponderen los que sus rentas y tesoros gastan en edificar muy suntuosos edificios, en grandes convites y faustos de criados, brocados y tapicerías; y las ánimas que costaron la vida á Cristo Nuestro Señor, y vale cada una de ellas más que todo lo criado, por falta de dinero se pierdan acá, tornándose moras, enemigas de su tan magnífico Criador? Cosa es esta para mover corazones de piedras, ¡cuánto más de carne! y para llorar lágrimas de sangre de lo más íntimo del corazon. Soy for-

zado á decir con el Profeta David: *Exurge, Domine, exurge, quare obt ne repellas nos in finem.* Muchos muchachos y muchachas por falta tendimiento se tornan moras, y muchas mozas y mujeres, forzadas d infieles (lo que no tienen por pecado) se tornan moras, y despues de llenas de hijos perdidos como ellas, piden justicia á Dios contra quien libró, como algunas me dicen con grande pena; mas yo no la tengo de vellas y oilles decir esto. Aquí están ahora cinco fustas de turcc mayor parte son de renegados, y de diez dias á esta parte ando con c tes con los moros que los traen.

Es cosa muy cierta, que como falta la caridad, luégo falta todo l como estos moros estén tan apartados de ella, son tan crueles, que de dar sus cautivos y cautivas muy mal tratados, mostrando sus carnes biertas, sin camisas y descalzos, y cuando adolecen, déjanlos morir mazmorras, sin los querer proveer de lo necesario. Por lo cual orde casa de misericordia, á donde los hago curar, y tengo dos hombres c curan y sirven, fuera del Hermano Ignacio, que es general de los qu tengo sobre mi fianza, y de todas las mazmorras que hay en esta vil son ocho, á donde están los cautivos juntos, amontonados por no cab el verano poco falta que no se ahoguen con el calor. Gasto tanto en pı los, por ser contínuamente muchos dolientes, que tengo necesida V. R. me busque algunas limosnas para ello. Pídole, Padre carísim amor de Nuestro Señor, que vaya por las casas de todos los señores y ras, que pudieren ayudar para esta santa obra, así de la casa de miseri como para sacar algunos niños y niñas, mozas y mujeres, así de levan las cuales se hallan más, y son más desamparadas, por ser de muy l por eso se tornan muchas moras, como tambien de algunos mozos gueses».

Bien se echan de ver en estas palabras el celo y la abundancia del c de donde procedian.

Y aunque tenia tanto que hacer el siervo de Dios con los cristianos tuan, visitando cada dia seis y ocho calabozos de los cautivos con n caridad y trabajo, acudiendo á los enfermos con los remedios de sus cias, y á los sanos con los de sus conciencias, le deparaba Dios tambi fuera buena cosecha, trayéndole con particular providencia á los que l muchos años que no se habian confesado. Fué muy singular lo que tu uno que estaba en Fez, y habia veinte y ocho años que deseaba tomar cerdote para limpiar su alma. Al fin le trujo Dios al P. Juan Nuñez, n para que le confesase, sino para que en sus manos muriese, que cua con mayores señales de su predestinacion, tanto dejó más consolado

voroso Padre, viendo que se iba al cielo aquel hombre, despues de haberse confesado.

Ganó este gran varon con las obras de tan heróico celo y humildad opinion de santo entre aquella gente. En saliendo por las calles, se venian todos á él, unos le pedian la mano para besársela, y aunque la negaba el humilde Padre, se la tomaban por fuerza. Los que no podian más, se contentaban con besar el vestido, ó tocarle con la mano; otros se le hincaban de rodillas, y postraban á sus pies. Hasta el mismo Gobernador moro le estimaba mucho, y miraba con afabilidad y respeto. Su hijo mayor, que era mozo bien entendido, le hacia notable reverencia. Estaba admirado de la santidad de aquel varon. Decia muchas veces, que no se hallaria ningun hombre en su secta de Mahoma, por santo que fuese, que hiciese tales obras como el P. Barreto. Generalmente tenia tanto crédito entre los moros, que le fiaban todos, prestábanle dinero para remediar los cautivos, enviábanle sus esclavos para que los curase en su hospital; y cuando queria rescatar alguno, con sola su palabra se le daban los amos. Pero ganó este crédito, á gran costa de su paciencia, porque á los principios le escupian á la cara, dábanle bofetones, pedradas, algunas veces de palos y azotes, como hacian con sus esclavos. Pero el invencible sufrimiento del siervo de Dios domó el ánimo fiero de los bárbaros, y se hizo reverenciar de los que á Dios no lo hacian.

Fué igual su opinion y autoridad al fruto que con ella causaba. Por respeto suyo no habia ya juegos en los calabozos y cárceles, quitó de los esclavos la costumbre de jurar; si alguno juraba, le reprendian los demas, ó acusaban al Padre. Hicieron los cautivos entre sí esta ley, que si alguno jurase, se hincase al punto de rodillas, y rezase un Ave María, y desnudándose luego las espaldas, le diesen tres récios azotes por lo ménos. Esta santa costumbre se usó en cuantos cautivos habia en aquella fortaleza, y todas sus mazmorras.

Habia uno entre ellos de mala condicion y no mejor lengua, de cuya boca nunca faltaban maldiciones y blasfemias, y así era aborrecido de los demas. Cuando lo entendió el siervo de Dios, se le hizo muy amigo, y con sus buenas obras y palabras le mudó de manera, que se confesó con él con tal contricion y dolor, que levantándose de sus pies, se fué á poner á los de los demas esclavos, é hincado de rodillas decian á voces, envueltas en doloroso llanto, que era el más maldito hombre del mundo, pidiéndoles juntamente perdon y castigo de sus culpas, descubriendo las espaldas, instándoles muy de veras, que cada uno vengase en él las ofensas que habia hecho contra Dios, dándole cierto número de azotes. Vino á introducir en todos el santo varon tanta compostura y amor á la virtud, que no parecian todos sino reli-

giosos. Recibian los Sacramentos muy á menudo. Eran muchos los que comulgaban dos veces cada semana. Estaban tan contentos con el autor de su reformacion y bien, que decian, que estando allí el P. Juan Nuñez, no se les daba nada de estar en su cautiverio muchos años. Si alguna vez oian que se les habia de ir, se hincaban de rodillas, pidiendo á Dios no permitiese tal cosa. Sólo mentar su partida les hacia saltar las lágrimas de los ojos.

No se estrechaba la grande caridad de este valeroso soldado de Jesus á solos los esclavos, alargóse para los amos, y extendióse á los demas infieles que habia en aquella ciudad. De estos unos eran renegados, otros moros, habia tambien muchos judíos, pero los más obstinados, y en los cuales, aunque trabajó más, prendió ménos la semilla evangélica, que repartia el diligente operario. Todos estos tres géneros de gente, aunque malditos de Dios, respetaban tanto al Padre, que por las heróicas obras que en él veian, venian á dudar de su propia ley, y sin más sermon que su ejemplo les persuadia, que sola la fe de Cristo, en que se ejercitaban tan raras virtudes, era la verdadera; pero la codicia y los vicios estorbaron á muchos, que no se quedasen más que en esta duda. A otros buscaba el mismo Padre, otros le buscaban á él, para comunicar sus escrúpulos, y tratar de la religion verdadera. Persuadióles con eficacia la verdad de la fe cristiana. Rindiéronsele muchos, así moros naturales como renegados, los cuales enviaba luégo á Ceuta, ayudándole para esto los judios, que le reverenciaban, estimaban y amaban, si bien fueron con los que ménos pudo recabar, sino es lo que él ménos deseaba, su estimacion y respeto.

Deseaba mucho el siervo de Dios hacer igual fruto en esta gente de duro corazon, como habia hecho en los moros. Para esto se metia en sus sinagogas, y predicaba á Cristo, confirmando ser el verdadero Mesías con muchos lugares de los Profetas. Una vez entre otras entró en una sinagoga, donde haciendo callar á los que estaban leyendo la sagrada Escritura en hebreo, dijo al maestro de todos, si queria disputar con él de la verdad de su ley. Cuando vieron los de fuera entrar al Padre, sospechando lo que queria, volaron allá, y extendiéndose la fama de lo que pasaba, unos venian á porfia tras otros; cada uno de los que entraban se tendia en el suelo á orar, moviendo á tantas partes la cabeza, con tales gestos, que el Padre riéndose, les preguntó la causa, ¿por qué oraban en aquella forma tan inmodesta y muy indecente para hablar así con Dios, con tan notables gestos? Respondió uno por todos, que no estaba en sus manos, y que aunque parecia cosa ridícula a los ignorantes, era muy divina y llena de misterios, porque aquellos que así oraban, eran poseidos y arrebatados del espíritu del temor del Señor, á imitacion de sus mayores, cuando Moises les dió la ley en el monte Sinai. Pudier

responder mejor, que imitaban á Cain en su temblor contínuo, por la muerte de Abel; y pues fueron semejantes en ser parricidas de un justo, lo fuesen en su pena.

Entre la gente que concurrió, fué uno el Doctor de más autoridad entre ellos; con éste, como más fuerte contrario, quiso probar las armas el soldado de Cristo: trujo muchos lugares de Escritura, en que les mostró con evidencia sus errores. Ellos no tenian otra respuesta más que su pertinacia, sin llevar nada por razon. Probó todos los medios el siervo de Dios por mal y por bien. Al fin dejada la disputa con una plática amorosa y blanda que les hizo, proponiéndoles la miseria en que estaban, y el desprecio en que andaban en todas las naciones, ablandó aquellos hombres que tienen por corazon un pedernal.

Rindió aquel grande rabino y doctor de la ley, aunque públicamente no lo quiso confesar por respetos humanos; pero fué siguiendo al Padre hasta que estuvo sin testigos. Entónces le confesó que tenia por verdad cuanto le habia dicho de Cristo, repitiendo sus razones y apoyándolas con lugares de Escritura; dícele que quiere ser cristiano, y dejando á su mujer, llevarse consigo dos hijos, para que lo sean tambien. Pídele su ayuda, con tan gran gozo del siervo de Dios, como ánsias tuvo ántes de su conversion. Apénas hubo más que otro judío que tambien se redujese, al cual envió así mismo á Ceuta para que se bautizase. De los demas hebreos no pudo recabar otra cosa, sino es un gran amor que le tenian. No habia cosa que no hiciesen por el P. Nuñez: fuera de convertirse hacian cuanto les pedia, hasta ir acompañando á Ceuta los moros que convertia, para que fuesen defendidos y seguros.

III

Es elegido por Patriarca de Etiopia.

Determinado estaba el siervo de Dios de no salir de Africa toda su vida; pero la misma caridad que le detenia, le sacó fuera. Vióse empeñado con muchos cautivos que habia redimido sobre su palabra; vió que era necesario redimir más, y que no le enviaban de Portugal el dinero suficiente. Veía los peligros de cuerpo y mayores de alma que corrian algunos, y que para sacarlos de estos, era menester sacarlos primero de los del cuerpo, y así se determinó pasar de una vez á Portugal, para ser procurador de aquellos miserables y afligidos hombres, y volver despues con bastante caudal para la libertad de muchos.

Lo que le acabó de resolver para esta jornada, fué una doncella cautiva, que queriendo torpemente ultrajarla su deshonesto amo, ella defendió su entereza con singular valor, sufriendo increibles injurias y malos tratamientos del bárbaro bestial. Tuvo esfuerzo por muchos dias para resistirle. Hubiérala muerto el moro, si no le detuviera el interes con la esperanza de su venta; pero dábala una vida peor que la muerte, porque no se rendia á su gusto. Especialmente un dia la azotó tan impíamente que la hizo toda una llega. Escapóse como pudo la doncella, y así como estaba se fué al comun refugio de todos el P. Nuñez, vertiendo mucha sangre de las espaldas y lágrimas de los ojos, declaróle su afliccion, bastando mucho ménos para mover aquel corazon lleno de Dios y caridad, y más viendo que iba en su remedio más que la libertad de su cuerpo; pues corria tan gran peligro su alma y honestidad. Rescatóla sobre fiado á ella y á otros cautivos de mayor riesgo, eran treinta los más de ellos que habian renegado.

Pasó á Lisboa para negociar el precio de estos y de otros muchos. Hablóal Rey de Portugal con raro celo y prudencia, llevó de limosna veinte mil escudos, negoció para los cautivos lo que queria, y para sí lo que más aborrecia; porque aficionado el Rey á su persona y santidad, viendo que respondia la admirable fama que habia ganado entre todos, y llegado hasta Lisboa el buen olor de Cristo y fragancia de sus heróicas virtudes, no le quiso dejar volver á Africa, sino servirse de él para la mayor empresa, que entónces se ofrecia en la cristiandad.

Tratábase de enviar un Patriarca á Etiopia, para la reduccion de aquellos extendidísimos reinos, por la buena disposicion en que estaba entónces su emperador Claudio. Habia señalado para esta árdua empresa el Rey de Portugal, al más insigne hombre de la Compañía en santidad y letras, que se conocia entónces en Europa, fuera de S. Ignacio su Padre y Fundador, y que fué el primer compañero del mismo S. Ignacio, el P. Pedro Fabro, el cual era los ojos de la Compañía y un claro espejo de perfeccion, en quien se miraban todos despues de su santo Patriarca. Llevóse Nuestro Señor para sí á este gran siervo suyo, dejando desconsolados á muchos, y malogradas las grandes esperanzas que sobre su santa vida se fundaban. Parecióle al Rey de Portugal, que ninguno podria llenar mejor aquel vacío que el P. Juan Nuñez, que tan admirable se habia mostrado en la mision de Africa, y así le señaló Patriarca de Etiopia, con gran satisfaccion del propio Rey, que se gloriaba mucho de haber sido suya aquella eleccion, porque sólo remitió á S. Ignacio señalase dos Obispos que le sucediesen en el patriarcado. Señaló S. Ignacio al P. Andrés de Oviedo en primer lugar, y en segundo al P. Melchor Carnero, personas entrambas de gran virtud. Y fué gran gloria del P. Nuñez ser

señalado para aquella dignidad despues del P. Pedro Fabro, y ser despues de él señalado el P. Andrés de Oviedo, hombre de tan heróica santidad y rarosmil agros.

Cuando entendió nuestro P. Juan Nuñez que trataba el Rey de enviarle á Etiopia con aquella dignidad, sintiólo mucho por el amor que tenia á la humildad de Jesucristo, huyendo las honras más que la muerte misma. Decia, que no le podia suceder cosa más contraria, porque aun cuando estaba en el siglo, tenia tan notable horror á las dignidades, que más quisiera estar cargado de cadenas y preso toda su vida, que tener su carga. Dió luégo aviso á su P. S. Ignacio de lo que pasaba, para que estorbase en él toda la honra y título de aquella dignidad, y así le dice: «He entendido que tiene el Rey intencion de elegirme para Patriarca de Etiopia. Bien se, Padre mio, qué género de renta tendrán semejantes dignidades y qué lucimiento han de dar á los que las tuvieren. Porque ¿quién ignorará cuántos trabajos y miserias, (que serán cuantos se puedan pensar,) habrá de tragar cada momento el Patriarca de Etiopia, séase quien se fuere, y que la honra que ha de tener entre los abisinios ha de ser con pension de grandes y ordinarias injurias? Pero porque yo me conozco que soy indignísimo de toda dignidad, aborrezco de tal manera aun á su nombre solo, que me es forzoso procurar con todas mis fuerzas, que no consienta V. R. en modo alguno, que me den este cargo. Yo no rehuso ir á Etiopia, ántes deseo sobre manera que me envíe allá la obediencia, y lo pido de todo mi corazon, y me ofrezco por compañero y criado del que fuere por Patriarca. Pero tengo horror, y me estremezco, y con todo el conato de mi alma detesto el grado de dignidad, y quiero que entienda V. R., que no me puede suceder cosa más penosa y molesta para mí.»

No se contentó con esta diligencia el siervo de Dios, quiso huir el cuerpo y ausentarse de Lisboa y de todo Portugal, volviéndose á Tetuan, para que el Rey se olvidase de él habiéndosele quitado de delante. Pero poco aprovecharia su ausencia donde su memoria habia fijado la fama en el corazon de todos, con tantos clavos como eran sus heróicas obras. Escribió tambien á S. Ignacio, que si no podia tener remedio aquel negocio, que le significase por escrito su voluntad, para guardar su parecer consigo contra las asechanzas del enemigo, y tentaciones en materia de su salvacion. Porque con su sentencia y firma tendria solamente consuelo de haber de dejar su esposa la obediencia y un seguro presidio contra los riesgos que podia correr, satisfaciéndose que por su obediencia habia entrado en aquella dignidad. Vínole ántes de partirse, y cuando ménos lo pensó, carta de S. Ignacio, en que le ordenaba diese aquel gusto tan justo al piadoso Rey. Recibió juntamente dos bulas de Su Santidad, en una le daba aquella dignidad de Patriarca de Europa, en la

otra le mandaba la aceptase en virtud de santa obediencia. Hubo de obedecer el humilde Padre, aunque con mayor dolor y sentimiento suyo que otros sienten las deshonras: tan poseido estaba su corazon de la humildad de Cristo y desprecio de toda la tierra.

No hacian entónces los profesos de la Compañía el voto que ahora, de que si fuesen elegidos á alguna dignidad fuera de la Compañía, han de consultar en las cosas de mayor momento al General de la misma Compañía, ó á la persona que él señalare en su lugar. Pero si bien no se hacia entónces este voto, ni se habia tratado de eso, como el nuevo Patriarca tenia en sí el legítimo espíritu de la Compañía, y le gobernaba en sus acciones el mismo espíritu que á S. Ignacio, le escribió una carta, en que le suplicaba, que pues Dios le habia ya dado aquella dignidad, y por la distancia de los lugares no le podria comunicar en las cosas que se le ofrecerian de importancia, le señalase una persona en la India, con quien las consultase y siguiese su parecer. Holgóse tanto S. Ignacio con esta carta, por la extraña humildad de su hijo que en esta peticion mostraba, y viendo en ella retratado su espíritu; que la hizo leer muchas veces delante de todos los de Roma, mandando que se guardase en los archivos para ejemplo nuestro y eterna memoria de la humildad de este esclarecido varon.

Consagróse en Lisboa el P. Juan Nuñez por Patriarca, con gran solemnidad de toda aquella gran córte y emporio del mundo. Hízole grandes fiestas y favores el Rey, gozosísimo de ver ya cumplido su deseo en persona tan santa: dábase mil parabienes de tan buena eleccion. Por gozar más de él y verle más á menudo, quiso que dijese ordinariamente Misa en su capilla real. Dióle muchos y muy preciosos ornamentos, y aparato Pontifical muy costoso y bordado, muchos cálices, fuentes, aguamaniles de plata y oro, primorosamente esmaltados y labrados, y cargóle de otros muchos dones de gran consideracion y precio. Mas el siervo de Dios no los estimaba más que por la religiosa voluntad que el Rey mostraba, y porque entre los abisinios le podian servir para autorizar la fe romana. Pero ni la benevolencia y favor del Rey ni la dignidad Patriarcal le descantillaron un punto de su heróica humildad. No habia remedio que se quisiese poner roquete, y ménos de holanda: decia que no habia ley que obligase á andar con él á los Obispos. Al fin hubo de obedecer á una consulta de los Padres más graves, que se hizo sobre ello: y resolvieron se conformase en eso con los otros Obispos.

Húbose de tal manera en la nueva dignidad, que más con las obras qu con las palabras mostraba, cuán de mala gana la tenia. Parece que Dios pus sobre el candelero esta lucidísima luz, para que campeasen más los rayos d sus virtudes, y fuese dechado de ilustres Prelados. Porque como fué el prim

ro que en la Compañía subió á la dignidad episcopal, convenia que fuese un clarísimo espejo de la santidad y perfeccion, que debian guardar en semejante estado los que despues le sucediesen. Era tanta la sumision de su ánimo generosísimo y tanto el desprecio del mundo en medio de sus honras y pompas, que no consintió que ninguno le sirviese, ni de fuera ni de dentro de casa, antes él servia á todos. El servir en el refitorio á los religiosos era lo de ménos. A la cocina se iba, y allí servia al cocinero, y obedecia en lo que le mandaba, pidiéndole le mandase; y quitándose el anillo patriarcal, fregaba los platos, peroles, ollas y escudillas con tan gran limpieza y gusto, que ponia maravilla. No dejaba oficio de humildad y trabajo que no hiciese. Oia á cuantos venian de confesion como el operario más asistente. Cuando venian á llamar confesor para algun enfermo, salia el fervoroso Patriarca, é iba él á confesarle con increible gusto, fuese quien fuese, sin diferencia de rico ni pobre, libre ó esclavo por contagioso que estuviese. La caridad le hacia á todos iguales. Los mismos oficios iba á hacer á las cárceles públicas.

Una de estas veces que salió á confesar un enfermo, pasó por el palacio del infante D. Luis, hermano del Rey de Portugal. Avisaron al infante la humildad como pasaba el Patriarca, solo con un compañero H. Coadjutor, como un religioso ordinario, yendo en seguimiento de un hombre, que los guiaba á donde estaba el enfermo. Edificóse notablemente el Príncipe y mandó que le fuesen siguiendo á ver dónde paraba. Fuéle siguiendo uno de palacio, vió que entraba en un sótano casi todo debajo de tierra, donde estaba un negro muy malo, esclavo de un caballero. Entró el humilde Patriarca en aquella medio caballeriza, consolando con gran afabilidad al negro bozal, y empieza luégo á confesarle. Tornó volando la espía que habia enviado el Infante, á darle cuenta de lo que pasaba; de que quedó tan admirado, que por honrar aquella gran humildad del siervo de Dios, quiso ir el mismo Príncipe allá, para volverle con la honra y acompañamiento que merecia. Estuvo pensando sobre ello un rato, dejólo por parecerle seria de gran pesadumbre al religioso Patriarca:; y así templó aquel fervor, con mandar á los caballeros y gente de su casa, que fuesen por él, enviando muchos á caballo y de á pié, para que le acompañasen, y juntamente una mula muy autorizada para él, porque no se usaban entónces coches en Lisboa.

Llegaron todos al sótano ó caballeriza; esperaron hasta que acabase la confesion del esclavo. Dándole el recaudo y órden del Infante, turbóse de vergüenza la humildad del santo varon; y aunque con gran agradecimiento, con mayor resolucion dijo, que él no habia menester tanto acompañamiento para volverse, pues sabia bien el camino, que como habia venido solo y á pie, así se habia de volver: ni pensasen que era aquello indecente á su dig-

nidad patriarcal: porque el mismo Cristo, Sumo Príncipe de los Patriarcas y sus santos Apóstoles, que fueron Príncipes de la Iglesia, no anduvieron de otra manera, ni él podia hacer cosa indigna de su patriarcado, mientras los imitaba. Finalmente salió victoriosa su humildad contra la humanidad del Príncipe y la porfía de sus caballeros y criados.

Sentia mucho que en la mesa ó aposento ó en cualquier otra cosa le quisiesen anteponer al menor religioso, no consentia se hiciese con él particularidad alguna. Cuando salia de casa era sólo con un compañero, y cubriendo con el manteo las insignias pontificales, que ya no las pudo excusar, procuraba disimularlas. No fué con más acompañamiento al colegio de Coimbra, para despedirse y dar los últimos abrazos á los que estaban en él: ni por ser huésped se excusó de los oficios de mayor humildad; iba de la misma manera á la cocina para fregar las ollas y platos, servia tambien en el refitorio, no perdonaba oficio de su mayor abatimiento, y así gustaba hacerlo á los Hermanos mas novicios, de cuyo aprovechamiento tenia gran celo, y deseaba mucho se fundasen en la virtud, en que él tanto se ejercitaba.

Una vez sirviendo en el refitorio se puso un Hermano á comer debajo de las mesas, como se usa en la Compañía, por mayor mortificacion y humildad; y vió que tomó la servilleta, y que la tendió sobre las rodillas para comer así. Llegó á él el Patriarca con mucha afabilidad, y tomándole la servilleta, la tendió en el suelo, aconsejándole con una boca de risa y llena de caridad, que aquello seria mas humildad y mortificacion. Que aunque parecen niñerías estas cosas, hacen mucho caso de ellas los hombres grandes, que tienen luz del cielo, y no nivelan sus acciones con medida de hombres, sino de ángeles, en cuyo acatamiento cosas tan pequeñas á nosotros, no lo son para ellos, por la grandeza de la gracia que ven les cosresponde.

Antes de partir de Lisboa tuvo una gravísima enfermedad, en que dio singulares muestras de excelentes virtudes. Sólo diré lo que un dia, ántes que el que tenian anunciado los médicos de su muerte, hizo estando ya casi agonizando. Pidió á uno trujese tinta y pluma, y dictó una ejemplar carta á los de la Compañía, encomendándoles la estima de su vocacion é Instituto. Decia que no habia genero de vida más sublime: que no le parecia que habia entre los hombres estado de empleo más levantado, y en el cual estuviesen los caminos mas abiertos para la eternidad, y que se habia de perseverar en la Compañía, aunque hubiese uno de dar por ello la vida. Rogaba juntamente á Dios que le llevase, si la carga que le habian puesto no habia de ser para mucha gloria suya. Estaba con tanta prontitud para obedecer, que decía que con solo un pestañear de ojos de S. Ignacio, asi agonizando como estaba, se embarcaria para la India. Esto fué más en él, porque tenia ántes d

trar en la Compañía tanto horror al mar, y temor de embarcarse, que traia ıy frecuentemente en la boca aquel verso tan comun: *At tu saeve Aquilo nquam mea vela videbis?* Quiso Nuestro Señor, para que no dejase más :mplos de perfeccion, cobrase con maravilla de todos salud entera.

Despues que convaleció, le escribió N. P. S. Ignacio una carta, en que le nfirma en la resolucion de su patriarcado; da órden de algunas cosas perıecientes á la partida, que en memoria de tan admirables varones, y por ›strarse en ella la estima que S. Ignacio tenia de nuestro Patriarca, y la llaza con que le trataba, la pondré aquí, y es la siguiente: «La suma gracia y ıor eterno de Cristo Nuestro Señor, sea siempre en ayuda y favor nuestro, rísimo en el Señor Nuestro Hermano. Recibí las vuestras de doce de semıbre, veinte y nueve de octubre y dos de noviembre, y á lo que en ellas de respuesta, la haré por esta, dando primeramente gracias á Dios Nuestro ñor y salud verdadera, de la cual fué servido restituiros; plega al mismo de ros gracia de emplearla mucho en su servicio y adelantamiento de su gloria aquellas naciones, que así espera lo hará, con edificacion y ayuda espirial de muchas ánimas, y que para este efecto ha querido alargar vuestra pegrinacion sobre la tierra. Sea siempre bendito y alabado su santo nombre.

En lo que toca al cargo de Patriarca, para el cual el Rey os ha elegido y uestro Santo Padre y Vicario de Cristo Nuestro Señor, con comun conse› y mucha aprobacion de todo el sacro Colegio, como ya otra vez escribí, o no siento que le podais dejar de aceptar vos ni vuestros coadjutores. Y unque á vuestra humildad y la de ellos y al amor de la bajeza, que conforıe á nuestra profesion teneis, parezca pesada, y lo sea tomar cualquier dignidad, siendo ésta tan diversa (por los trabajos y peligros que la acompañan) e las que suelen dar materia á la ambicion y codicia, y siendo necesaria para oder atender á bien tan universal de aquellas naciones, y de donde ha de :dundar tanto divino servicio, no se debe rehusar, confiando en la bondad e aquel, por cuyo puro y solo amor se toma tal peso, que os le ayudará á :var; y el peligro que tomais por su servicio, convertirá en corona de muy ıgular y eterna remuneracion, y á mí me poneis en grande obligacion con prontitud que mostrais á seguir mi parecer, aun en cosa tan grave y que nto á vuestra condicion repugna; y en las oraciones mias y de toda la Comñía, os ofrezco muy particularmente en el divino acatamiento, como es ran se tenga de vuestra persona y compañeros en empresa tan importante. el deseo que teneis que Dios Nuestro Señor os mude *in virum alium*, esro le ha de cumplir con mucha abundancia de sus dones su divina clemen., mudando lo bueno en mejor, y lo perfecto en más perfecto, y con todo o supliendo las faltas é imperfecciones de la humana fragilidad.

De ser dispensado de leer los cuarenta dias la doctrina cristiana, es mucha razon; que tampoco no abria tiempo desde que ésta llegue hasta la partida; en lugar de esta obligacion, sean las otras anejas al oficio que tomareis.

La dispensacion para tener las rentas del patriarcado, y gastarlas en obras pías y vuestros gastos convenientes, no es necesaria, porque sigue de suyo al cargo que tomais: pero porque veo vuestro religioso ánimo, amador de la pobreza, y os consolareis en ello, en cuanto en mí os dispenso, y paréceme muy bien que así se haga.

Acerca del número de personas que pedis, en que sin la vuestra hayan de ser doce Sacerdotes, paréceme muy bien, y sin los ocho que de acá y de Castilla habrán ido, será menester que de Portugal se tomen otros cuatro Sacerdotes y tres ó cuatro legos, si el Rey de ello será servido. Quiénes hayan de ser estos, no se puede acá determinar; pero paréceme que allá os junteis vos con el Provincial y los de su consejo, llamando los demas que les parecerá, y determineis quiénes sean los Sacerdotes y los demas. Porque aunque yo deseo toda vuestra consolacion y ayuda, como hay obligacion de mirar, por no dejar desproveido el reino y las otras partes que de él se proveen de personas de la Compañía, y unos para él son necesarios, y otros no tanto, que serian no ménos al propósito para Etiopia, esto allá de cerca se considerará mejor; y así yo me remito á lo que allá os pareciere, á los que dije. Y si no fuésedes vos en todo de vuestro parecer con los que trataren de esto de nuestra Compañía, represéntense al Rey las razones de una parte y de otra, y hágase lo que mandare Su Alteza.

Del tener alguno á quien deis obediencia secreta, que tenga mi comision, aunque en ello mucho me edifica vuestra devocion de obedecer, y el espíritu tan unido con la Compañía, todavía no me parece que tengais otro sino á Dios Nuestro Señor y á su Vicario en la tierra. Y si á mí tocase dar Superior entre los que allá van, no tengo yo de quién más deba fiarme que de vuestra persona, y despues de ella los que van por coadjutores vuestros. Y así de todos los que allá fueren, que están á obediencia de la Compañía, vos tendreis cargo, no sólo como Patriarca, pero como Superior que tiene mis veces para con ellos y cuantos más allá entraren en nuestra Compañía, y lo mismo entiendo de los que están nombrados por sucesores vuestros, cuando, disponiendo Dios de vuestra vida, succediesen en vuestro lugar.

Dar Comisario sobre el Patriarca por ahora no ha parecido convenir, ni tampoco Visitador por breve apostólico; pero así esto como en mandar en obediencia que aceptásedes este peso se ordena *vivae vocis oráculo* vos y los coadjutores, que aun en su juicio podria hacerse, y tendria la misma fuerza que Breve para con nosotros. Las gracias se han procurado fuesen harto am-

plias, como vereis que van, y siempre cuando algo faltase, avisando acá se procurará. No se escribe Breve particular al Preste Juan, porque las bulas van enderezadas á él, aunque se pidió conforme á lo que va en la instruccion.

Alguna instruccion se os envia de lo que acá podemos juzgar, por alguna informacion que tenemos del Preste-Juan y aquellos reinos suyos; usareis de ella en cuanto os pareciere, sin hacer escrúpulo de no hacer esto, cuando otro se os representase mejor.

Ahí entre los que habeis de ir, es bien se os señale el consejo de cuatro, y pues han de ser los dos los coadjutores, quedará nombrar los otros dos, y más vuestro síndico fuera de los cuatro, ó con el nombre que os pareciere, que pueda con el respeto y humildad conveniente avisaros allá y al Provincial de la India y acá á Roma, si menester fuere, los que deba escoger. Parece sean los mismos que ha de ir á más votos para poder ayudar espiritualmente aquellas tierras vecinas, á los reinos del Preste-Juan y otras semejantes. Ya veis que se os ha extendido la potestad.

Plega á Jesucristo, Criador y Señor Nuestro, que os vista de arriba de la virtud del Santo Espíritu, y os haga con su santa bendicion operarios fieles y muy eficaces instrumentos de su divina Providencia, para la reduccion de aquellos reinos al verdadero conocimiento y culto suyo, á vos, y á cuantos allá vais, en tal manera insistiendo de ayudar las ánimas de los otros, que siempre de las propias tengais el cuidado que conviene, para conservarlas y perfeccionarlas en toda virtud á gloria de Dios Nuestro Señor; quien por su infinita y suma bondad, á todos quiera dar su gracia cumplida, para que su santísima voluntad siempre sintamos, y enteramente la cumplamos. De Roma diez y siete de febrero de 1555.

IGNACIO.

III

Qué hizo en la India hasta su muerte.

No dió menor ejemplo de humildad y celo despues que se embarcó para la India nuestro Parriarca D. Juan Nuñez. No habia grumete enfermo ni esclavo en la mar á quien no acudiese á ayudarlo, olvidado de su dignidad, y confesarlo: y como son muchos los que suelen caer malos en esta navegacion para la India, tenia bastante campo su dilatada caridad. No habia ningun afligido ni trabajado á quien no animase, no sólo con palabras, sino con sus manos y su mismo trabajo. Quitó los juramentos de la nave y los

[illegible] mas perdidos: de manera, que de su bella gra- [illegible] que habian ganado al juego. Confesaba continua- [illegible] y sanos. Algunas veces confesó á cuantos habia en [illegible] pueblo, ayudando cuando habia este concurso de [illegible] Francisco Rodriguez, compañero é imitador de su celo. [illegible] de ambos pies, y así andaba por casa con dos mule- [illegible] sino en un jumento: con todo eso, por el ardiente celo [illegible] conversion de la gentilidad, pidió instantemente á los Supe- [illegible] la India. Reíanse todos, aunque alababan su fervor; pero [illegible] porque les parecia indiscreto, hasta que escribió [illegible] el cual con la luz que tenia del cielo, otorgó su peticion [illegible] del Padre y para gran provecho de la India, donde trabajó [illegible] a la nao en hombros, en ella ayudaba al fervoroso Pa- [illegible] empleos de caridad. Juntamente con él confesaba, y casi [illegible] muletas, pedia por la nao limosna á los pasajeros, para [illegible] pobres y enfermos de ella, acudiendo con grande amor y pa- [illegible] desembarcaron en Mozambique, extendieron su celo á los [illegible] por divertir la fuerza de los argumentos cristianos contra [illegible] hacian en viéndose apretados burla del Padre cojo, y de sus [illegible] con grande espiritu les dijo: «Mirad cuál es más ridículo y [illegible] solo estoy cojo de los pies, ó vuestro Mahoma que hizo una [illegible] cabeza. Causó esta respuesta á los mahometanos igual indig- [illegible] vergüenza; ya no reian, sino rabiaban de cólera. La prisa del ca- [illegible] lugar a que se hiciese más que probar las armas.

[illegible] á Goa el Patriarca, despues de prolija y peligrosa navegacion. En [illegible] libró el Señor milagrosamente por oraciones de su siervo, no [illegible] todos, y hubiese sepultado la mar la nao en que iban. Duróles al- [illegible] una furiosa tormenta; las olas y vientos combatian á porfía la na- [illegible] se dieron por perdidos, no les quedó más esperanza que la compa- [illegible] ejemplar Patriarca. Acuden á él por remedio, y se le dió el cielo por [illegible] Hizo oracion el siervo de Dios, tomó un poco de agua bendita, y [illegible] rociar con ella el mar y el aire, que aplacarse la tormenta y so- [illegible] los vientos.

[illegible] desembarcando en Goa, tuvo el Patriarca una nueva tristísima para él, [illegible] mudanza del Emperador Claudio, que el amor de la fe romana habia [illegible] en odio, por lo cual se impedia su jornada á Etiopia; con todo eso [illegible] junta que sobre el caso se hizo, pidió instantemente al Virrey de la [illegible] le dejase pasar a aquel imperio, para morir con sus ovejas y por ellas; [illegible] que no deseaba otra cosa en el mundo, y así le suplicó instantísimamente

le diese embarcacion para pasar luégo allá. No lo pudo recabar del Virrey ni de los de la junta; lo que sólo sirvió su instancia fué para que probase y fuese primero el Obispo, entonces de Hierápoli, D. Andrés de Oviedo, que cuanto fué de gozo para el uno, fué de dolor para el otro, porque estos apostólicos varones no tenian otro deseo sino padecer por Cristo é imitar sus trabajos y virtudes, y les parecia que en aquella jornada de Etiopia, y más como estaban las cosas, habian de tener á manos llenas los trabajos.

Quedóse con el cuerpo en Goa nuestro Patriarca, aunque el ánimo tenia en su Etiopia, negociando contínuamente con Dios y con los hombres el bien de aquella gente. En todos sus sacrificios y oraciones clamaba al cielo, pidiendo la conversion de aquel imperio. Al Virrey de la India importunaba cada dia le diese cualquier navichuelo para pasar á donde estaban sus ovejas, las cuales le habia encomendado el Vicario de Cristo, y ya no podia llevar la ausencia de tanto tiempo. Decia que él queria exponerse á cualquier peligro para ir á socorrerlas, que cuanto más mal padeciese, mejor le estaba; y así le pedia y protestaba por Dios y por sus Santos y Angeles le diese el sí. Pero como vió que no aprovechaban nada todas sus veras é instancia, pidió renunciar la dignidad patriarcal, y volverse á ser particular religioso. Y temiéndose tambien no le diesen otra dignidad mayor, si lo de Etiopia no tenia esperanza de mejor suceso, cuando escribió acerca de la renunciacion que pretendia al P. Luis Gonzalez de Cámara, su antiguo compañero, le dice de esta manera: «Por Dios suplico á V. R., mi P. Luis, que pues V. R. fué grande parte, para que pusiesen sobre mis hombros esta carga, gravísima para mí, del Patriarcado, con la cual estoy rendido, me sea tambien ayuda para aliviarme de ella: y lo será V. R. si procurare con el Serenísimo Rey, que mande al Virrey de la India, que lo más presto que sea posible me envie á Etiopia, de la manera que fuere á Dios más agradable. Pero si Su Alteza estuviere del mismo parecer que el Virrey, de que no conviene segun el estado presente pasar á Etiopia, dos cosas se pueden hacer, y suplico á V. R. ponga todo esfuerzo para que se recaben. Una, que escriba Su Alteza al Embajador que tiene en Roma, que recabe del Sumo Pontífice me descargue totalmente de la carga pastoral, y me dé facultad para que me prive de ella. La otra cosa es, que si me eximiere de este cuidado de etiopia, lo cual, si no me engaño, se hará con el consentimiento y consejo de nuestro P. Ignacio, que no se me encargue otro cuidado semejante; ántes pido muy de veras á V. R. y á todos los demas de la Compañía, por las llagas de Jesucristo y la acerbísima muerte que padeció en la cruz, que quiten al Rey de este pensamiento, y no permitan que ande yo con tan gran peligro de mi salvacion. ¿Porqué tengo de ser yo en esta parte más desdichado de otros que

han podido huir de las dignidades en que les querian poner, y que yo no
da, siendo para tódas las cosas tan inepto é inútil, y más entrando
Compañía para descargarme de estos cuidados? Yo confieso que se debia
á mis pecados, por los cuales, así como no hay cosa, por dura que sea
no merezca padecer; así tambien es muy justo que pague las debidas p
Y verdaderamente las pago bastantemente, pues son tan innumerabl
ovejas que se me han encomendado, y yo no las puedo apacentar, ni el
quieren.»

Al P. Diego Lainez, General de la Compañía, escribió sobre lo mism
diendo le procurase renunciar la dignidad; y una vez renunciada, le hi
gracia de que fuese perpétuo cocinero de los de la Compañía: «Aunqu
toy, dice, en esta dignidad tan sin merecimientos como voluntad mia
todo eso soy tan íntimo de la Compañía de Jesus, que si por mis pecad
permitiese Dios, que pase á padecer en Etiopia muchas tribulaciones y
bajos por su amor, me seria de gran contento que V. P. me alcanzar
Sumo Pontífice, facultad para dejar mi dignidad, y me mandara, qu
toda mi vida hiciera en este colegio, ó en cualquier otro, oficio de coc
perpétuo.»

Luégo se lo pide muy encarecidamente: que si acaso le diese el
otra dignidad, que no dudaria de ir desde la India á Roma á echarse
pies de Su Santidad, para que no se la diese. Estas y otras diligencias
perdonar alguna. hacia el siervo de Dios, ó por padecer por Jesucristo p
do entre aquellos infieles, ó por humillarse por el mismo Señor, renunci
su dignidad. No consiguió ni uno ni otro; porque el Señor se satisfacia d
deseos, y aceptaba el tormento que ellos le causaban, y su grandeza y
recibia por la misma obra.

Queríale poner Dios en el mundo para ejemplo de observancia y eax
ma obediencia religiosa, aun en estado Pontifical. Fué verdaderament
clarísimo espejo de religiosos este santo Patriarca todo el tiempo que es
en Goa con esta suspension, que fué lo que le quedó de vida, y todo
años. En ellos fué esta su ocupacion. Seis horas enteras por lo mén
daba todos los dias á la contemplacion de las cosas divinas, que pasab
altísima oracion. Decia su Misa con grandes sentimientos y devocion. Oi
confesiones de portugueses é indios, que para él no habia diferencia de
go á bárbaro; hasta el más vil esclavo confesaba. No habia otro operario
pronto para este ministerio. En los dias de concurso y siempre era el pr
ro que salia á confesar, y el postrero que se iba. Despues de comer se oc
ba un rato con los enfermos, no faltando con ellos á oficio de caridad y
suelo. Iba tambien á la cocina á ayudar en algo al cocinero. De la renta

le señaló el Rey de Portugal no tomaba nada para sí, todo lo repartia á pobres y obras pías.

Para consigo era tan escaso, que no quiso ponerse cosa nueva. Traia los vestidos raidos y remendados, y él era el que se los remendaba, porque no era menor su pobreza de espíritu, que su caridad, por la cual aun en aquello poco no queria ser cargoso al ropero de casa: y su humildad era tal, que se tenia por indigno de que alguno le sirviese en lo que él se podia hacer. Quiso vivir de limosna y pedirla de puerta en puerta para su sustento, por no sustentarse tampoco de las rentas del colegio de la Compañía; pero resistiéronle los del mismo colegio, no consintiendo hiciese tal cosa, diciendo que seria descrédito de ellos. Él mismo se barria su aposento, barria tambien la casa, y con extraña humildad iba por una espuerta, y cogia en ella la vasura, y llevaba al lugar señalado.

Tenia dias determinados, en que hincado de rodillas lavaba los pies, y los besaba á los Hermanos más nuevos: lo mismo hacia cuando venia algun huésped á casa. Con estar ya por su dignidad exento de las observancias de la religion, no habia ninguno que más puntualmente guardase todas las reglas de la Compañía. En llamándole el sacristan ó portero para alguna cosa, al punto les obedecia, é iba á hacer lo que querian. No hacia cosa que no fuese mandado, ó pidiendo contínuamente licencias para cosas bien menudas, en que ni aun los observantes reparaban. Jamas se metió en cosas del gobierno, como si no tuviera autoridad alguna, procurando siempre ser humilde y humillado.

Cuando tocaban la campana para alguna cosa, iba luégo dejando áun la letra comenzada. Pasmaba á todos su observancia y puntualidad aun en cosas muy mínimas. Con no tener otro Superior en la tierra más que al Sumo Pontífice, era obedientísimo á toda humana criatura, teniendo á todos por superiores, y no sólo al Provincial y Rector y ministro de Goa respetaba y obedecia, como el más súbdito suyo; pero al sotoministro, que era un coadjutor, era tanto el respeto que le tenia, que se levantaba delante de él, y en viéndole se descubria luégo, y hacia tanta reverencia, que el Hermano se corria tanto de verse venerar de persona tan venerable, que huia cuanto podia ponérsele delante. No se notó en este siervo de Dios hablar palabra que se pudiese decir ociosa, ni se atrevia nadie hablar delante de él sino de cosas santas: el murmurar estaba muy léjos.

Aunque los Superiores habian ordenado se le tratase con alguna diferencia de los demas, por razon de su dignidad, en la comida y aposento, no hubo remedio de que él lo admitiese. Su modestia era rara; no le vieron que se pusiese á mirar á ninguno fijamente. Con cualquiera que hablase tenia

siempre los ojos bajos, mostrando en esto la humildad de su ánimo. Su celo de aprovechar á todos era ardentísimo. No perdia ocasion, así con los de fuera como con los de casa. Especialmente procuraba el aprovechamiento de los más nuevos, exhortándoles contínuamente á la humildad y desprecio de sí mismos, como fundamento de las demas virtudes.

Todas estas observancias, aun en un religioso ordinario, le hicieran santo, en el Patriarca le mostraron santo y admirable y perfecto dechado de la disciplina religiosa. Tenia admirados á muchos, y edificados á todos, con las heróicas virtudes que tan contínuamente ejercitó en cosas tan ordinarias, y quien las considerare, sin duda hallará en observancias tan pequeñas mayor grandeza de perfeccion, que en obras de mayor tomo.

Premió Dios á su siervo fidelísimo, aun en lo poco, con una dichosísima muerte, y bien prevista y esperada. Aquel Señor que descubre á sus amigos los mayores secretos, dió á entender al santo varon, como se creyó y lo mostró el suceso, cuán cercana tenia la partida de este mundo. Retiróse para disponerse mejor, y darse todo á Dios, á una isleta que hace el rio de Goa, donde tenia la Compañía una iglesia: allí hacia una vida divina. Todos los dias gastaba en contemplacion, lágrimas y suspiros, rogando á Dios por su Etiopia. Cogióle la enfermedad última en este retiro; trujéronle á curar á Goa. Apretóle el mal, hasta que recibidos los Sacramentos de la Iglesia por mano del Obispo de Nicea, Melchor Carnero, invocando á Jesucristo le entregó su obedientísimo espíritu, que le habia sido fiel en lo poco; para que entrase en los gozos de su Señor, y fuese constituido sobre los mismos cielos, pues así habia despreciado por su amor todas las grandezas de la tierra. Quedó su cuerpo muerto con un resplandor y vigor tan notable, que ponia á todos devocion y reverencia y satisfaccion de la gloria que gozaba su alma. Fué su muerte preciosísima en el acatamiento divino, año de 1562 á 17 de diciembre, segun dice el P. Sachino, aunque otros escriban que á 20 del mismo mes. Las lágrimas que derramaban todos eran al paso del amor que le tenian. Asistió el Virrey de la India, la nobleza y todas las religiones á su entierro.

Hízole el oficio el Arzobispo de Goa en el templo de la Compañía, donde le colocaron; y vive hoy en la memoria de todos, que admiran sus virtudes, y las cuentan por sus mayores milagros; y sin duda lo fueron más grandes que resucitar muertos; por lo que el P. Luis de Froes le llama ejemplar de santidad y perfeccion apóstolica.

Escribieron la vida de este venerable Patriarca el P. Nicolás Gogdino, en todo el segundo libro que hizo *De rebus Abyssinorum*. El P. Orlandino y P. Sachino, en la primera y segunda parte de la *Historia de la Compañía de*

Jesus. Escribe tambien de este siervo de Dios el P. Pedro Jarrich, en el segundo tomo de su *Thesauro Indico*. El P. Juan Burgesio, libro de *De Patrocinio Virginis*. Antonio Vasconcelos en su *Anacephaleosi*. Pedro Mapheo, en el libro 16 de su Historia. Antonio Balinghem en su *Calendario Mariano*. Y Jacobo Damiano en su *Synopsi*.

P. NIEREMBERG.

P. ANDRES DE OVIEDO

OBISPO DE HIERAPOLIS Y PATRIARCA DE ETIOPIA

I

NACIÓ el siervo de Dios Andres de Oviedo por los años de mil y quinientos y diez y ocho, en la villa de Illescas, bien nombrada en España, por la milagrosa imágen de Nuestra Señora de la Caridad, que en ella se reverencia, entre Toledo y Madrid, corte del Rey de España. Su padre se llamó Pedro Gonzalez de Oviedo, persona noble, descendiente de la casa Solariega del Botal, sita en la ciudad de Oviedo. Tuvo de dos matrimonios muchos hijos é hijas. Su primera mujer se llamó Mayor Dávila, la segunda Leonor de Molina. Nuestro Andres de Oviedo parece fué el mayor de todos sus hijos, é hijo de la primera mujer, como consta de los testamentos que yo he leido de su padre y un hermano suyo, llamado Estéban de Oviedo. Estudió en la universidad de Alcalá Artes, y en ella se graduó de Maestro.

Pasó despues á Roma, al tiempo que se habia confirmado la religion de la Compañía de Jesus, y viendo los rayos de santidad y obras maravillosas con que S. Ignacio nuestro Padre resplandecia, dejando todas sus pretensiones y esperanzas del mundo, se llegó á él, pidiéndole ser admitido entre sus hijos. Hízolo el santo Padre, viendo la buena disposicion de Andrés, y con sus santos ejemplos y enseñanza labró en él un excelente varon, comunicándole su abrasado espíritu y paciencia, en que resplandeció mucho este siervo del Señor. Hizo renunciacion de sus bienes y posesiones en causas pías, y favor de la Vírgen de Illescas, en que mostró la devocion que tenia con la Madre de Dios.

Despues de bien ejercitado en virtud el nuevo discípulo, le envió á pie su Padre S. Ignacio á la universidad de París, para que estudiase Teología; pero por ser español, fué fuerza salir presto de Francia, porque estaba muy encendida la guerra entre el Emperador Cárlos V, y el Rey Francisco. Y así se partió á Lovaina, donde se juntaron algunos estudiantes de la Compañía. Empezaba ya Dios á ejercitar á nuestro Andres en los grandes trabajos, que despues habia de sufrir por su gloria divina.

Remitió S. Ignacio á Lovaina unas cartas para su primer compañero el P. Pedro Fabro, que estaba en Colonia; fue el correo desde Lovaina nuestro Andres, como más humilde y deseoso de ver y tratar á tan santo varon como el P. Fabro. En el camino, ya que estaba cerca de Colonia, le quitaron unos salteadores cuanto llevaba, hasta la misma camisa, injuriándole de palabras, y dándole cinco heridas muy penetrantes, con que le dejaron por muerto, pero con las cartas, que era lo que él solo deseaba y pidió al Señor, y en que puso más cuidado guardar. No hubo quien le valiese ni diese la mano para levantarse y buscar algun socorro, ni restañase la copiosa sangre que vertia. Encomendóse á Nuestro Señor, pidiéndole le diese su ayuda para llevar las cartas de su grande siervo Ignacio; y alentóle Dios de manera, que luégo pudiese caminar; y desangrado, medio arrastrando, caminando más con las manos que con los pies, y de todo desnudo, llegó á Colonia, muy triste espectáculo con lo exterior del cuerpo, pero con gran contento y alegría de su alma, por haber sido maltratado por la obediencia, y tener en sí otras tantas llagas como su Redentor Jesucristo. Sanó de las heridas, porque le guardaba Dios para mayores cosas.

Fué luégo enviado á Coimbra, donde esparció tal fama de santidad, que aunque él más la encubria, fué admirada de los Reyes de Portugal, por lo cual le quisieron y estimaron mucho.

De Coimbra partió á Gandía, para dar buen principio á aquel colegio, que el duque de aquella ciudad, que era el bienaventurado Francisco de Borja, fundaba. Para cuya poblacion envió S. Ignacio diez religiosos, los seis Hermanos y los cuatro Sacerdotes, ordenándoles que eligiesen Rector por votos. Fué esta la primera eleccion de Rector que se ha hecho en la Compañía por esta forma, y por ventura la postrera. Todos estos religiosos eran santísimos, y así fió el santo Patriarca Ignacio que harian la eleccion con grande paz y acierto. Y por ser cosa tan particular en la Compañía, pondré el modo cómo se hizo.

Lunes, á diez de octubre del año de 1547, se leyó á todos la carta de su santo Padre, en que les exhortaba á una perfecta obediencia, cometiéndoles que eligiesen por votos un Superior. Recogiéronse luégo todos por tres dias á

:otalmente á la oracion, cesando las lecciones que oian y las demas ocu-
es, cargados de cilicios, ayunando estos tres dias, y haciendo otras
s penitencias y oraciones vocales bien largas; porque á veces rezaron
todo el Salterio, pidieron tambien á las monjas descalzas de Santa
donde habia personas santísimas, que les ayudasen con sus oraciones,
iles tuvieron asimismo diez horas de oracion mental y cinco de vocal;
ron una Misa cantada, y dijeron trescientas veces el himno, *Veni
r Spiritus,* y mil veces la antífona del Espíritu Santo con otras mu-
raciones. Habiendo despues de esto confesado y comulgado los Her-
por esta intencion, se juntaron el juéves siguiente por la tarde, des-
e haber estado en oracion, teniendo cada uno su voto escrito en una
a.

iba ya aparejada una mesa cubierta decentemente, y en ella una caja
s candeleros encendidos. Tornaron á tener oracion, y dijeron el himno,
Creator Spiritus, y el antífona, versículo y oracion del Espíritu Santo.
es contaron los votos que estaban cerrados, y los pusieron en aquella
ı cual sellaron en cinco partes, y la entregaron á uno para que la guar-
:n una arca cerrada con llave, y otro guardase el sello, y otro el
iasta el dia siguiente. El viernes despues de oir misa los Herma-
haberla dicho los Sacerdotes, se tornaron á juntar todos, y pusieron
otra vez sobre la mesa. Tornaron á tener oracion, y despues de haber
:l himno y oracion del Espíritu Santo y otras oraciones, fueron tres, que
laron, á abrir la caja, y entre ellos un Sacerdote que leyese los votos.
iles á todos, por quitar inconvenientes para adelante, si acontecie-
:r otra eleccion semejante, y para que ninguno se nombrase á sí mis-
o estos tres deputados, *Quia in ore duorum vel trium stat omne ver-*
yesen cada voto como se sacaba, todos tres cada uno de por sí, y el
ı Sacerdote leyese en alto á los demas el elegido, sin nombrar quien
ia, pues ya lo sabian los tres, los cuales lo habian de callar, para que
:se con más libertad la eleccion, de cuya ambicion estaban todos aque-
rvos de Dios bien libres, deseando muy de corazon huir toda honra y
le Superior; ántes teniendo grandes ansias de obedecer al más mí-

:sta conformidad abrieron la caja en presencia de todos, tornáronse
ır los votos, y despues de haberlos leido los tres testigos, publicó el
ote por Rector al santo varon Andrés de Oviedo, sin faltarle voto al-
ino sólo el suyo, que dió á un Hermano muy santo. Fué grande la
y devocion de todos, y arrodillándose al punto, dijeron el *Te-Deum
us,* con el versículo *Confirma hoc Deus,* y la oracion del Espíritu San-

to. Luégo se abrazaron con grande amor y union de ánimos, muy gozosos y contentos con tan santo Rector. Y S. Ignacio cuando lo supo, confirmó con grande gusto la eleccion.

II

Sus excelentes virtudes y obras maravillosas, mientras fué Rector

Fueron raros los resplandores de heróicos ejemplos y virtudes, que echaba de sí esta nueva luz, puesta ya sobre el candelero. Fué señalado en el don que tuvo de oracion, á la cual daba todas las horas que podia, sin faltar á las obligaciones de su oficio. Quitaba del sueño del cuerpo todo el tiempo posible, porque fuese más largo el del espíritu . De noche se recogia á un caramanchon retirado, donde desplegaba las velas de su devocion, teniendo su conversacion en los cielos. Tomaba cada dia, fuera de grandes asperezas, tres rigurosas disciplinas. Eran tantas las lágrimas que derramaba, que le pusieron en peligro la vista. Dormia un breve rato, y eso solamente sobre una estera. Entre dia de la misma manera daba á la oracion largos ratos.

Cuando se proseguia el edificio del colegio, los que le tenian á cargo le consultaban algunas cosas; mas el siervo de Dios, porque no le estorbasen, sabiendo por ciencia superior del cielo lo que pasaba, luégo les despedia desde su rincon, diciendo: *andad, que bien va la obra.*

Introdujo en aquel pueblo el uso de la oracion y ejercicios espirituales de S. Ignacio su Padre, en que vacando algunos dias, el que los hace, á la meditacion de las cosas celestiales y divinas, experimenta en su espíritu grandes medras. Muchas personas de Gandía, no sólo seglares, sino religiosos graves, y más particularmente muchas monjas, hicieron estos ejercicios, dándoles ejemplo sus mismos Prelados y Superiores, que primero los hacian, y sintiendo en sí grandes bienes, exhortaban á sus súbditos lo mismo que ellos habian hecho.

Fué tanto el fuego divino que por este medio se emprendió en las almas de los naturales, y tantas las ansias y frecuencia de estos ejercicios, que sólo el P. Andres de Oviedo en un mismo tiempo las daba á catorce personas; y llevando todos pesadamente la dilacion en ser admitidos á ellos, ó que otros les fuesen preferidos, tenian entre sí una santa contienda y porfía por comenzar primero, y por ser los primeros elegidos.

Todo esto fué obra é industria del P. Andres, con que se mudó de tal manera el lugar, y se cogieron de aquella semilla tan copiosos frutos, que sien-

do ántes sus vecinos y naturales no de buenas costumbres y vida concertada, parecia de allí adelante que se habian mudado en otros diferentes, publicando todos, que no se conocian. Pero porque no quedase el santo Padre ayuno de aquel divino manjar conque satisfacia á los otros, solia de cuando en cuando retirarse á un aposento el más apartado de la casa, y metiendo consigo unos pocos panes y un cántaro de agua sola, gastaba en aquel recogimiento algunos dias; en el cual miéntras con vigilias contínuas, rigurosos ayunos, cilicios y disciplinas enflaquecia su cuerpo, recreaba su alma con suave y regalada contemplacion. Aprovechóse tanto á sí mismo con estos santos ejercicios el santo varon, que saliendo un dia de la oracion con un vivo y claro conocimiento de la grandeza de Dios Nuestro Señor y de su bajeza y vileza propia, estimando grandemente la merced que le habia hecho en traerle á la religion de la Compañía y tenerle en ella, y juzgándose por indigno de subir por los votos solemnes al grado superior de los profesos, que son como los electos y lo granado de la religion en virtud, letras y prudencia; hizo á nuestro Señor voto con extraordinario fervor, de servirle en la Compañía en oficio de portero ó cocinero, ó de otro cualquiera de los más humildes de la religion, juzgando con verdad en su divina presencia, que seria buen empleo de sus talentos, si se le permitiera ocuparlos con alguno de semejantes oficios, y que en él viviera con grande gozo de su alma. Esto sentia de sí, y tan bajamente se estimaba, el que por sus grandes prendas de espíritu, de virtud, de prudencia y otras semejantes era estimado de todos.

Aun miéntras hacia oficio de Rector, estudiaba teología, la cual no habia acabado, teniendo por condiscípulo al bienaventurado Francisco de Borja, Duque entónces de Gandía, con quien repasaba las lecciones y conferia sus dudas; y saliendo eminente estudiante, se graduó de Doctor. Alentóle mucho al estudio el gran siervo de Dios Fr. Juan de Tejada, de la Orden de S. Francisco, el cual dijo al P. Andres de parte de Dios, que estudiase con cuidado, porque sus estudios habian de ser de mucho provecho, y que habia de ser Obispo de tal género de obispados, que los habia de admitir la Compañía; que despues habia de padecer por Dios tan grandes trabajos, que su vida habia de ser un perpétuo martirio, lo cual sucedió todo, como luégo veremos. Entre sus estudios, y mucho más despues de acabados, no dejaba de acudir á los prójimos con todo género de ministerios. Enseñaba la doctrina cristiana á los niños y negros con gran humildad. Salíase por la comarca á pie á hacer en los labradores el mismo provecho; pedia de limosna su comida, y de esta manera andaba sus caminos, favoreciéndole el Señor en todos ellos.

Una vez volviendo á su colegio de Gandía, caminando por unos gran-

des arenales, le vino, por haber comido poco, tan gran desfallecimiento, que no pudo pasar adelante. Estando en este grande aprieto y desmayo, vió venir hácia sí un hombre corriendo en un caballo, el cual en llegando se apeó, y dió al siervo de Dios pan y vino, y luégo tornando á subir se desapareció en un momento, siendo una grande llanura donde esto sucedió; en que se deja entender no haber sido aquel socorro de la tierra. Y el P. Andres quedó más confortado con el milagroso modo que Dios le habia socorrido, que con el aliento que le dió el sustento material.

Visitaba los enfermos, consolábalos, y los que estaban para morir les asistia, experimentando todos gran fruto con sus palabras. Una vez que ayudaba á bien morir á un clérigo, luégo que espiró vieron los que estaban presentes, que la candela encendida, que tenia en las manos, se subió á lo alto y desapareció, quedando atónitos de semejante novedad; mas el siervo de Dios, con otra luz más superior, les declaró el misterio, diciendo: «Ojalá mi alma suba á donde ha ido la de este Sacerdote.»

Era humildísimo sobre manera y de gran sinceridad. En las cartas firmaba: *Andres Publicano;* ponia piedras por su mano en la fábrica; plantó una viña para que sirviese al colegio, y él mismo con su mano ponia los sarmientos: algunas cepas plantó á devocion de los Reyes de Portugal, D. Juan el III y D.ª Catalina, grandes protectores de la Compañía. Escribióselo el siervo de Dios, rogando á sus Altezas, que rezasen cinco Padre nuestros y otras tantas Ave Marías, por el buen suceso y fruto de aquella viña, que era para los siervos de Dios. Gustaron mucho los devotos Reyes de aquella santa llaneza, y escribieron al P. Andres con mucha afabilidad, diciendo, que rezarian lo que les habia pedido.

Edificaba singularísimamente la gran modestia de su rostro y compostura de toda su persona, que era rarísima, y parecia más de angel que de hombre. De su rostro y semblante salian unos como rayos de la santidad que moraba en su ánima. Cuando salia de casa y andaba por las calles, jamás alzaba los ojos del suelo.

Fué un dia de Carnestolendas á tratar con el Duque de Gandía un negocio grave que se ofrecia, y pasando por una calle, desde una ventana le echaron un caldero de agua, y le bañaron de pies á cabeza, que es una de las frialdades con que el mundo en tales dias se regocija. El buen Padre, con su serenidad acostumbrada y alegre semblante, sin hacer la menor demostracion de sentimiento, prosiguió su camino, llegando todo mojado al palacio del Duque, el cual cuando le vió de aquella suerte, y supo lo que era, aunque se edificó mucho de la mansedumbre del Padre; pero por otra parte sintió no poco se hubiese tenido tan poco respeto, á quien tanto se debia. Quiso pro-

der á castigar este desacato, por lo que era en sí, y por haber el Duque prohibido aquel año los disparates, tan ajenos de la cristiandad y cordura que permiten en aquellos dias. Pero el P. Andres de Oviedo aplacó al Duque, gándole disimulase con ello, pues á poca costa suya habian tomado aquea recreacion.

Guardaba muy grande pobreza en su persona y cosas, no tenia en su aponto libros, sino el Breviario; cuando habia de predicar se iba á estudiar á librería comun. Y en su aposento no tenia cama ni otra cosa, sino una si- de costillas para sentarse.

Tenia una puridad angélica, y deseaba que todos se esmerasen en esta rmosa virtud. Y así despues que se edificó el primer cuarto del colegio, se a de aposento en aposento, como quien anda las estaciones, haciendo en da uno larga oracion, pidiendo á Nuestro Señor concediese el don de la tidad á todos los que allí viniesen á vivir. Parece que no le dejó de oir estro Señor; porque un Padre muy grave, llamado Blas Rengifo, contaba sí, que era combatido de terribles tentaciones ántes de llegar á Gandía; ro en llegando allí, y siendo hospedado en el aposento en que el P. Andres bia vivido, no tuvo tentacion alguna en esta materia más que si fuera una dra. Pero luégo que se partió de Gandía, le tornó como ántes aquella guer- y bateria de la carne y del demonio.

No fué ménos extremado en la obediencia; porque aunque era Superior, en as que no importaban al gobierno estaba sujeto á todos como un niño; y las órdenes de S. Ignacio obedecia con obediencia ciega, declarándole nto pasaba por su pecho, y estando dependiente de su parecer con toda ferencia.

Vínole deseo al P. Andres de darse por espacio de siete años todo á la cion, y para eso retirarse á algun lugar desierto. Escribió luégo á su Superior, S. Ignacio, pidiéndole su parecer, y si lo aprobase, licencia para cumlo, y estar despues más fundado en virtud para ayudar á los prójimos. Neelo S. Ignacio, porque conocia bien la mucha que tenia el P. Oviedo, tendo aquello por tentacion para impedir mucho provecho de las almas. edó con la respuesta nuestro Andres muy contento y sosegado, aunque aba harto aquel retiro; porque la recibió como oráculo del cielo. Y así resdió á S. Ignacio, que habia recibido con su carta singularísima alegría, que le juzgaba dictada por el mismo Dios; y que así estuviese cierto, que habria para él cosa más á propósito ni más útil, que la que por ella le manla. Añadió, que tenia tan alegre y sosegado su espíritu, y tan rendido á firme propósito de obedecerle en todo, que si acaso por sus pecados faltaen algo del divino servicio, confiaba en la bondad de Dios, que nunca se-

ria contra la obediencia, ni romperia el más delicado hilo de tan sot ataduras. S. Ignacio se pagó mucho del rendimiento de su santo hi envió luégo la profesion de cuatro votos.

No podia sufrir el enemigo comun tanto trato con Dios, y tan heróı tudes, como ejercitaba este santo varon. Y así le persiguió y maltrató mente con muchos golpes y azotes. Muchas veces, estando de rodillas, dar la cabeza contra una mesa, descalabrándole muy mal. Otras veces do en su aposento en oracion, el demonio llamaba recio á la puerta, pondiendo el P. Andres que entrase, daba grandes risadas, y se iba, ı tendiendo más que estorbarle. Otras veces se le aparecia como á S. A en horrendas y diversas figuras.

Una noche entre otras, le maltrató de manera, que siendo el Padre tísimo, y singularmente mortificado, le obligó á dar voces; pero qu entrar los de casa á favorecerle, los despidió el siervo de Dios, dicien mucha afabilidad: «Vuélvanse á reposar, porque ya los dos nos conoc No temia el santo Padre al demonio, ántes el demonio le temia á él, te el siervo de Dios dominio sobre todas las potestades de tinieblas. Y a del demonio á una mujer, á quien trataba con notable rigor, la cual fi estar endemoniada, estaba loca. Pero procuraba el enemigo comun corporalmente la guerra espiritual, que el P. Andres hacia al infierno.

Viviendo algun tiempo el santo Duque de Gandía en un cuarto pe colegio de la Compañía, sintió por muchas noches tan gran ruido, qu cia venirse todo al suelo. Determinó una noche de irse al aposento del tor, cuyas paredes se estremecian: hallóle tendido en el suelo, bien m do del demonio; pero con tan grande quietud y sosiego, como si no nada por él, diciendo al piadoso Duque, que se volviera, y que no pena de nada.

Estaba en servicio del Duque un mancebo, que publicó por el lug caso y otros de gran edificacion que sabia del P. Rector, Andres de y de los demás religiosos de la Compañía, los cuales eran tan humild pidieron instantemente al Duque se les sacase de allí, porque decia su des, como si les infamara ignominiosamente. Con todo eso era tan re por santo nuestro Andres, que se tenia por dichoso quien podia to ropa. Pero quien más conocia y estimaba su santidad, era el santo D cual trataba mucho con el santo Padre, y no hacia cosa sin su consej

Con los heróicos ejemplos de su Rector, era cosa maravillosa cómo taban sus súbditos, y acudian con extraordinario fervor al aprovecha de los prójimos. Y para que aquello fuera con más ganancia, predi primero con el ejemplo de su santa vida.

Admiracion causaba á los del pueblo su templanza, ó por mejor decir, su ntínuo y riguroso ayuno; porque su ordinaria comida era las más veces un co de pan muy seco y duro, añadiendo por regalo, para sazonarlo, unas tas de aceite y sal. Habia en el refitorio comun dos mesas, en la una no se nia sino pan y agua, y en la otra se daba una racion tan moderada, que enas podia sustentar la naturaleza. Cada uno tenia licencia de asentarse en lquiera de las dos mesas; pero todos se asentaban en la primera, sino es ndo alguno tenia particular necesidad. Dábanse tanto á la mortificacion, e no perdian ocasion de ella en cosa que sintiesen repugnancia, usando de cios muy ásperos, rallos y cadenas y disciplinas muy largas y rigurosas. la oracion gastaban gran parte de la noche, no contentándose con la que ian casi todo el dia. Con este estudio y ocupacion ordinaria de oracion y contemplacion, llevaban tras sí los ojos de todos.

Muchas veces, para que ésta fuese más quieta, más larga y retirada, se sa- por algunos dias de la frecuencia del pueblo, y se iban á algunos bosques, ontes vecinos y escondidos en sus mayores espesuras y breñas. Allí se an libremente á Dios, para poderse dar despues más provechosamente á prójimos. Bajaban despues al poblado; íbanse algunos dias á vivir á los licos hospitales entre los más enfermos y asquerosos pobres; allí les ser- n en sus necesidades, consolábanlos, hacíanles compañía, confesábanlos y dábanles á bien morir. De allí salian á las plazas á enseñar á los niños ig- antes la doctrina cristiana y los principios de la fe, y á predicar el Evan- o á los mayores. Finalmente no habia ocupacion ni ministerio del servi- de Dios y bien de las almas, por humilde y trabajoso que fuese, á que no diesen con sumo gusto y prontitud los súbditos de nuestro Andres de edo, como imitadores verdaderos de su Rector y guia. El fervor de las itencias excedió tanto, que fué necesario lo templase S. Ignacio, porque impidiese mayores bienes espirituales.

No se contaba este siervo de Dios con el provecho que hacia en los Pa- s y Hermanos estudiantes de su colegio, porque el corazon tenia extendi- por todos los de la Compañía, y á los que no podia ayudar con sus pala- s y ejemplo, lo procuraba hacer con sus cartas. Y para que tengamos plar de alguna, pondré aquí una que escribió á los del colegio de Coim- , en la cual se echará de ver la abundancia de su corazon, por los senti- tos que hablaba. La carta es esta:

JESUS. Carísimos Hermanos y Padres en el Señor nuestro. La suma gra- y paz de Cristo Nuestro Señor sea siempre en nuestro contínuo favor y da. Amen.

Unas de VV. RR. de 22 de setiembre recibimos á 11 de noviembre con

otras cartas de la India, y copia de una que iba para el P. Santa Cruz, y todas ellas mucho en el Señor nuestro nos consolamos, por ver las miseri dias del Señor extendidas por tantas partes en tanta abundancia, digná se de servirse de ese santo colegio, segun el fruto que se coge ahí en Po gal y otras partes.

Maravillosa cosa es ver cómo obra nuestro Señor, y se difunde en las mas, que á él solo buscan con amor. Y pues ellos así procuran de despoj de sí mismos para dar entrada á su Criador, siendo él tan liberalísimo, l chirlos ha de su divino y suave amor, el cual si una vez bien gustásemos, gran fuerza perseguiríamos nuestro propio amor, el cual es tan apegad que se esconde hasta lo más interior, buscándose en todas las cosas. S véase en el apartar bien una sola intencion en lo que se hace, y hallare que así en el dejar el mal, como en el bien hacer, se mezcla el evitar nue daño, ó buscar nuestro provecho.

Como lo más perfecto sea obrar por amor, sin intereses de propia util ó padecer en tiempo ó en eternidad, por sólo hacer la voluntad de nuestr ñor, poniendo en él entera confianza, desconfiando de nosotros mismos que consiste el obrar con perfeccion, y entónces está el alma segura; po nunca viene pecado, si no por confiar de nosotros mismos más de lo qu bemos, ó confiar de nuestro Señor ménos de lo que debemos. ¡Cuántas c hay en que se mezcla el propio amor! cuándo por edificar, ó no desedifi otros, aunque sean de los nuestros; cuándo por no padecer confusion ó re dimiento de la conciencia, ó sufrir alguna reprension; cuándo por no despl ó por contentar á nuestro superior, aunque se deben tener en lugar de l y no como de sólo hombre tomar su mandado; cuándo por algun ocult vor ó ser espiritualmente amados: (como debamos mortificar el afecto d alabados ó amados, teniéndonos, porque es justicia, por indignos de la g y consolacion, y dignos de todo castigo, porque esto es debido al peca la honra á nuestro Señor; y dice un santo: *Ama nesciri)*; cuándo por el g que se halla en el obrar, ó por no carecer en la oracion de consolacion, ó tener sensible devocion y consolacion: como quiera que en todo nos deb resignar en las manos de nuestro Señor, holgándonos con la desconsol y tribulacion, porque la justicia dé á cada uno lo que le conviene, y porq honra y alabanza es debida á nuestro Señor: pesarnos cuando somos a dos por la injuria que se le hace á nuestro Señor, y á nosotros injusticia; mismo parece injusto pensar en alguna complacencia ó estimacion.

Y pues la justicia es virtud de las cuatro cardinales, ¿quién no proc de ser justo? mayormente viendo á nuestro Señor, que siendo inocente haber tomado sobre sí los pecados de todo el mundo, abrazaba las pen

olgábase con las injurias como debidas á él, que se trató como gran pecaor por el nuestro personaje que tomaba; y así lo dice por David: *Longe á alute mea verba delictorum meorum*, y entre los pecadores se fué á bautizar omo pecador, *qui peccatum non fecit, nec inventus est dolus in ore eius*. Y di- á S. Juan que le habia de bautizar: *Sic decet nos adimplere omnem iustitiam;* unque por otra parte le era gran tormento el padecer injurias, porque era nocente y muy justo, y era injusto padecer el que nunca pecó.

Tambien fué muy justa nuestra Señora, que siendo tan purísima se tiene or esclava de Dios, y siendo tan magnificada de santa Elisabet, refiere las labanzas á su Criador en el cántico del *Magnificat:* y cuando los santos amaan las persecuciones é injurias, pienso yo, que no sólo era por la imitacion de risto y la virtud de la humildad; pero por verse tambien constreñidos de la usticia por deberse la pena al pecador. Y aunque todas las cosas sobredihas no se juzguen por pecado; ¿quién quita que no sean propio amor las bras hechas con tantos respetos, y que así cierran la puerta á nuestro Dios, on tantos impedimentos como ponemos de nuestra parte, para que Su Divina Majestad no obre todo lo que nos quiere dar?

Es cierto que el alma que en todo busca á nuestro Señor, gran necesidad iene de sutilísimamente examinar y purificar su intencion, y conocer sus movimientos y afecciones á que es inclinada, para haberlas de mortificar, y así omar la oracion ó meditacion, por fin de alcanzar el amor de nuestro Seior, de echar grandes raices de humildad, para que suban y crezcan las obras le amor, y alcancen grandes coronas en el cielo, como dice S. Máximo: *Vis magnus esse in coelo, et magnus valde, et valde nimis? Esto parvus in terra, et parvus valde, et valde nimis.* Y S. Agustin: *Cogitas magnam fabricam construere celsitudinis? De fundamento prius cogita humilitatis. Magnus esse vis? A minimo incipe. Arborem attende, ima petit prius, ut sursum exsurgat, figit radicem in humili, ut verticem tendat ad coelum; sic ad magna si tendimus, parva incipiamus, et magni erimus.*

Veo, carísimos Hermanos, que grandes cosas nuestro Señor obra por ellos, y así vengo á juzgar que tienen grandes fundamentos en sus almas, de humildad; y que con verdad buscan á nuestro Señor, despreciándose á sí mismos, por hallar el propio conocimiento y la margarita del divino amor, que todo o hace dulce, y cuanto se padece por Cristo. Dulce le era á la Magdalena la gran penitencia que pasó tantos años en una cueva muy húmeda, (como dice l Petrarca de ella,)

...Non fracta gelu, nec victa pavore:
Namque fames, frigus, durum quoque saxa cubile
Dulcia fecit amor, spesque alto pectore fixa.

Y no sólo la penitencia y las injurias, como á los Apóstoles, que *gaudentes ibant á conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine illius contumeliam pati;* pero á la misma muerte hace dulce el divino amor, como testifica tanta sangre derramada por el amor de Cristo, el cual padeció con inmenso amor, porque fué amor infinito el que le llevó á la casa de Pilatos, y le hicieron subir en la cruz. Y así no es maravilla que adormeciesen los Mártires en el padecer la sensualidad, si velaba su corazon en contemplar la Pasion del Señor, como decia la Esposa: *Ego dormio, et cor meum vigilat.* Y vemos que se adormecen los sentidos á un dulce son, y la música de David tenia tanta eficacia, que tocando el salterio se ahuyentaba el espíritu malo de Saul. Pues cuánto más tocándose la harpa de la humanidad del verdadero David, sonando los huesos al descoyuntarse, ahuyentarse han los pecados y temores de los que por él han padecido, viendo aquel tan grande amor del Señor, con que por ellos padeció, y tambien por nuestra ingratitud, de la cual se queja por S. Bernardo, diciendo: *¡Oh homo! vide quoniam pro te patior, vide poenas quibus afficior, vide clavos, quibus confodior, et cum sit dolor tantus exterior, interius est planctus gravior, cum te tam ingratum experior.*

Ingratitud es no amar de todo nuestro corazon á quien nos dá á sí mismo y todo su santo amor, para que le amemos sin tener él de nosotros necesidad, sólo por nos enriquecer, y darnos su bienaventuranza por amor; pues nadie se escapa de amar, amándose á sí mismo ó á lo temporal, ó para lo que siempre durará. Y aquello ama el hombre en que frecuentemente piensa. Locura es no pensar siempre en las cosas del Señor, pues hay tanta ganancia y necesidad de bien le amar; y seria muy fácil, si estuviésemos despojados de nosotros, el pensar de contínuo en Dios, y no sólo fácil, pero muy dulce; como le es fácil y dulce á un vano pensar de contínuo en su vanidad. Pues ventaja harán las cosas de nuestro Señor, al que en ellas pensara de contínuo. De mí digo, que tengo gran falta en amar, siendo ingrato y desamorado con nuestro Señor. ¿Pero de qué me quejo, pues no salgo de mi propio amor que es el que pone impedimento al Señor?

El por su infinita misericordia quiera quitar de mi alma los impedimentos que pongo á Su Divina Majestad, y á todos nos quiera dar su gracia para que su santísima voluntad sintamos, y aquella enteramente cumplamos.

En sus santas oraciones deseamos mucho ser encomendados en el Señor nuestro.

Fratres bene valent, et se vobis commendant.—De Gandía á 15 de noviembre 49.

Vester in Christo frater minimus.—Andres Publicano.

Despues de haber estado el siervo de Dios en Gandía algunos años, se par-

ió á Roma por órden de S. Ignacio, con el santo Duque, el B. Francisco de Borja, que iba ya descubiertamente á profesar ser hijo de S. Ignacio, el cual juntó en Roma los profesos de la Compañía, para comunicarles las constituciones que hacia, y pedirles le dejasen renunciar el cargo de General. No hubo alguno que para esta renunciacion diese su voto, sino sólo el P. Oviedo. Extrañando todos su parecer, le preguntaron la causa. El respondió con gran sinceridad: «Porque nuestro Padre que es santo lo quiere así.» Tan rendido tenia su juicio al de su santo Patriarca. Pero viendo que todos los demas lo resistieron, se conformó con ellos.

En esta ocasion mandó S. Ignacio, como solia hacer para ejercitar y mortificar sus hijos, que diesen públicas reprensiones á los Padres más graves por cosas muy ligeras, que aun no eran faltas. Y habiéndoselas dado á todos, sólo al P. Andres no le dijeron nada. Reparó en ello el santo Patriarca, y llamando al ministro le preguntó la causa, el cual respondió que no habia hallado en aquel santo varon cosa de qué asir. Mandóle S. Ignacio que lo mirase bien, y que no dejase de darle pública reprension como á los demas. Pero no pudo hallar el ministro otra cosa, sino que en una disputa levantó algo la voz, de lo cual tomó ocasion para reprenderle públicamente en el refitorio.

Envió desde Roma S. Ignacio á nuestro Oviedo, por primer Rector de Nápoles, teniendo juntamente oficio de superintendente el P. Nicolas de Bobadilla, uno de los primeros compañeros y fundadores de la Compañía. Fué tan admirable el P. Oviedo en este gobierno como en el de Gandía, cuidando con gran solicitud, áun de la observancia de cosas muy menudas; mas el superintendente, como él era persona de sólida virtud, juzgaba de la misma manera de los otros, pareciéndole que no era menester apretarles en cosas tan pequeñas. Mas cuando lo supo S. Ignacio, mandó que no se metiese en nada, sino que dejase hacer al P. Andres de Oviedo lo que queria, porque sabia muy bien gobernar su colegio, con el rigor que convenia de la disciplina religiosa.

Aquí en Nápoles, entre otras cosas admirables de nuestro Andres, que no son necesarias decir, por ser semejantes á las que obró en Gandía, fué muy singular lo que le sucedió una vez; porque habiendo salido de casa los pocos que en ella habia, se cerró la puerta de la portería de golpe, quedando dentro las llaves, y cuando volvian no podian entrar. Llegó el santo Rector, y vió lo que pasaba, y que era menester, ó derribar las puertas, ó hacer mucho ruido en la vecindad para quebrar la cerradura. Hizo oracion á Dios, y luégo se abrieron de suyo las puertas de par en par, con gran maravilla de todos.

III

Es elegido Obispo de Hierápolis, y va á Etiopia.

En este tiempo pidió el Rey D. Juan de Portugal al Sumo Pontífice un Patriarca para Etiopia, y uno ó dos Obispos que le sucediesen en el Patriarcado, y ayudasen á la reduccion de aquel dilatadísimo imperio. Señaló el Rey por Patriarca al P. Juan Nuñez Barreto, portugues y persona de rara virtud, remitiendo á S. Ignacio que señalase al Obispo que le habia de suceder.

Fué señalado por S. Ignacio el P. Andres de Oviedo, cuyas letras y santidad tenia bien entendidas. Sintió mucho nuestro Andres esta dignidad, y aunque procuró con todas sus fuerzas excusarse de ella, no pudo, porque fué compelido á ello con precepto del Papa. Partióse luégo, obedeciendo, para consagrarse en Lisboa por Obispo de Hierápolis.

No se mudó nada con la nueva dignidad. Estaba como un religioso ordinario, oyendo confesiones en la iglesia; acudia para lo mismo á las casas de los enfermos. Por la calle iba solo con su compañero como los demas, cubriendo con el manteo el roquete. Servia á los de casa en el refitorio, acudia á la cocina y fregaba; muchas veces hacia las camas á los enfermos, barria la casa; no habia oficio humilde que él no ejercitase. Tenia particularmente devocion de lavar los pies, y besárselos á cuantos huéspedes viniesen. Y teniendo entónces la casa de la Compañía de Lisboa falta de agua, él mismo iba á un pozo que estaba en la vecindad, y venia cargado con su cántaro de agua, que no por esto perdió un punto de estimacion el santo Obispo, ántes la acrecentó sumamente, y se hizo admirable á todos.

Entre tanto que se aprestaba la jornada para Etiopia, le pidió el Cardenal Infante D. Enrique, que despues fué Rey de Portugal, visitase su arzobispado de Evora, ejercitando en él los ministerios pontificales. Queria este Príncipe que fuese su visitador muy autorizado, mas no hubo remedio que viniese en ello el humilde Obispo, sino que á pie y sólo con un compañero de la Compañía habia de hacer su visita, llevando solamente con un jumentillo algunos libros y otras cosas necesarias, y que sirviese tambien de alivio para él ó su compañero algunos ratos. Lo más que pudo recabar el Cardenal con el santo varon, fué que llevase consigo un capellan, para que en todas partes diese noticia cómo iba enviado de Su Alteza, y habia de administrar el Sacramento de la Confirmacion. Dió órden secreta el piadoso Príncipe á este

u capellan que cuidase mucho de la persona del Obispo, de su comida y poada, que hiciese le saliesen á recibir en todos los pueblos, y que siempre le .compañasen los clérigos; pero no fué en nada poderoso para vencer la in'encible humildad del santo varon. No quiso admitir regalo, ni aposentarse :n los palacios, sino en el hospital con otros pobres, con los cuales comia nuy contento. No permitió recibimientos ni acompañamientos. Solo habia le entrar y salir y andar en los lugares; su compañero, ó por mejor decir su ara virtud, era toda su autoridad. Si alguna vez por su cansancio y flaqueza y brevedad de la visita, no podia ir á pie, no consintió le trujesen mula ni otra cabalgadura de silla, sólo iba en su jumentillo con albarda.

Llegó entre otros á un lugar principal, en que la gente más noble de él le habia aparejado casa de aposento, con el adorno que su calidad y estado merecia, y porque sabian que era este el gusto del Cardenal. Hiciéronle instancia para que se fuese á hospedar á aquella casa: rehusólo el santo Obispo, asegurándoles que no habia de ir á otra posada más que al hospital público, donde los pobres mendigos y enfermos se recogen. Admiró aquella resolucion, replicándole con que no era aquel lugar decente á su dignidad y oficio, reconvenciéndole que un Obispo no se alberga bien entre los pobres, ni jamas se habia visto que tales personas se fuesen á recoger á los hospitales. «No os dé cuidado,» señores, «replicó el siervo de Dios, porque yo sé muy bien que el hospital es lugar muy honrado y principal, pues en él se hospeda la santa pobreza, y no quiso escoger otro mejor abrigo el Sumo Pontífice Cristo Jesus, hecho Hombre cuando vino al mundo. Y si no han acostumbrado los Obispos pasados albergarse en los hospitales, no juzgo por inconveniente el dar yo principio á esta costumbre.»

Otra vez llegó de noche al hospital, y no conociéndole el que tenia cuidado de él, despidió al santo varon, diciendo que no tenia cama, que se fuese con Dios á otra parte. Respondió el humilde Visitador: «poco importa no haber cama, porque bastante cosa es para mí estar entre los mendigos que piden de puerta en puerta, porque yo soy uno de ellos» y diciendo y haciendo se entró muy gozoso á dormir entre los pobres, en el duro suelo.

En otra ocasion no habia medio de recibirle el hospitalero: el santo Obispo estaba descubierto, con el sombrero en la una mano, aunque llovia, y con la otra teniendo el cabestro de su jumentillo, suplicándole le acomodase siquiera en un rincon; diciendo, que si el hospital se hizo para pobres, él lo era, y no queria otra cama sino el suelo, que prometia no darle pesadumbre ni á él ni á otro. Estando en esto llegó uno á llevarle á otra casa bien derezada, pero por más que le porfió, no quiso este grande amador de la obreza de Cristo, sino hospedarse entre sus pobres.

Administraba el santo Sacramento de la Confirmacion en todos los pue-blos y parroquias donde habia necesidad: y si caminando encontraba alguna pequeña poblacion ó cortijo apartado del lugar, á donde habia de parar, antes de llegar á él divertia el camino, y acercándose á las caserías, levantando la voz, convidaba á todos para la parroquia ó pueblo donde se habia de administrar el Sacramento de la Confirmacion. Administróle con tanto cuidado y exactitud, que porque ninguno se fuese sin recibirle, se estaba en la iglesia hasta muchas horas entrada la noche. Y habiendo concluido en un pueblo con todos los que habia, y comenzado el camino para otro, porque le avisaron que un niño no se habia confirmado, se tornó á apear del jumentillo y volvió á la iglesia á confirmar al niño, pudiendo fácilmente el muchacho acudir á otro pueblo que estaba cerca. Antes de comenzar su ministerio, teniendo juntos á los que habian de ser confirmados, les hacia una plática, exhortando á los adultos á que se confesasen para recibir en gracia aquel Sacramento. Encontró á muchos con necesidad de repetir las confesiones de muchos años; enseñábales lo que habian de hacer, y á los que podia oia sus confesiones, á los demas remitia á nuestro colegio de Evora, para que no quedara ninguno sin remedio: fueron admirables muchas conversiones que hizo.

Supo el Cardenal Infante las obras raras y trabajos que pasaba su santo Visitador, y juntamente lo mal que se trataba, y envió una persona grave de mucha consideracion y grande industria, para que por fuerza le compeliese á que se tratase y dejase tratar autorizadamente, y mirase por su salud y fuerzas y dignidad episcopal. Pero ninguna cosa pudo rendir al entrañado amor de la pobreza y humildad que tenia el siervo de Dios; y resueltamente respondió, que no habia de tener otro trato de su persona del que hasta allí habia tenido; y así que podia descuidar, porque él no pasaba otro trabajo sino el que le daban en querer cuidar de él; que el Cardenal no habia de querer que dejase de hacer aquel servicio á Dios, y que mirase más por su cuerpo que por su espíritu. Al fin salió el santo varon con proseguir en su admirable humildad y pobreza, que apenas se habrá visto semejante profesion de ella en un Obispo desde los apóstoles acá.

Llegó ya el tiempo de hacer su jornada á Etiopía. Navegaron juntos para Goa tres raros varones, el Patriarca Juan Nuñez Barreto, nuestro Obispo Andres de Oviedo y el glorioso Mártir Gonzalo Silveira, que iba por Provincial de la India. El fruto y edificacion que causaron en las naves, bien se deja entender de tan apostólicos varones. Quedóse en Goa el Patriarca Juan Nuñez donde murió. Pasó nuestro Andres de Oviedo á Etiopía, con otros Padres y Hermanos de la Compañía. Fué al principio muy bien recibido, aunque estaba ya mudado el Emperador Claudio. Su venida habia sido mucho antes

profetizada entre los de Etiopía y Egipto, diciendo los mismos cismáticos, que habia habido revelacion, de que habia de venir á aquel imperio un Patriarca, enviado del Pontífice Romano.

Disputó el siervo de Dios con los mayores letrados de los abisínios cismáticos delante del Emperador, pero aunque los convenció de suerte, que el mismo Emperador hubo de tomar la mano para responder por ellos, no quiso reducirse, llevándolo todo por voces. Para evitar este inconveniente escribió un libro el santo varon, en que probó eficazmente la primacía de la Silla Romana, refutando juntamente los principales dogmas de los cismáticos; y aunque se ofendió de esto el pertinaz Emperador y de otras diligencias, que hacia nuestro Andres, se convirtieron muchos caballeros y monjes y otra gente del pueblo.

Enojóse sobremanera el Emperador cuando supo esto; hizo llamar al santo Obispo, reprendióle grandemente con palabras muy injuriosas: mandóle con riguroso imperio que no tratase de las cosas de religion con ningun vasallo suyo. El santo varon, que estaba lleno de Dios, y no temia el poder humano ni la muerte, ántes deseaba dar mil vidas por su Redentor Jesus, con gran valor le respondió, que no dejaria por ningun caso de cumplir con su oficio de predicador de la verdad: «Yo,» dice, «muy poderoso Emperador, vine á tu imperio para enseñarte á ti y á tus vasallos el camino de la verdad, de que tan apartados andais y habeis andado; y á desengañaros que va muy léjos de él el que no se rinde humildemente al Pontífice Romano, sucesor legítimo de S. Pedro y Vicario verdadero del mismo Cristo. Juzga tú si debo yo callar en negocio tan importante, y obedecer ántes á tus mandamientos que á los de Dios. Yo no dudo que ha de tener el primer lugar el Emperador del cielo ántes que el de Etiopía, ni dejaré de hacer por causa ninguna lo que está á mi cargo: mal responderé yo á Dios cuando me pida rigurosa cuenta de vuestras almas, si por culpa mia llegáredes á vuestra perdicion, ó por miedos humanos dejare de enseñaros lo que os importa. Amenázame con la muerte, pon en mí tus manos, hiéreme, quítame la vida, que más fácilmente padeceré todos los males del mundo juntos, que consentir que por mi dañoso silencio se despeñe al infierno el menor de toda Etiopía.»

Abrasábase de cólera el Emperador viendo la respuesta tan animosa del siervo de Dios: fué maravilla no matarle; pero con palabras muy afrentosas le echó de su presencia, mandándole muy enojado que no pareciese más delante de él. El santo varon llevó todo este desprecio con gran humildad y paciencia, mas Dios volvió por su honra, porque no pasaron dos meses que castigase al Emperador con una ignominiosa derrota y destruccion de su ejército, que era muy numeroso; y fué desbaratado por bien poca gente de

los contrarios. El mismo Emperador fué muerto, y despues su cabeza cortada y puesta en una lanza, con gran escarnio de sus enemigos, cuyo capitan general, reconociendo ser aquella victoria más que humana, no quiso triunfar en su caballo, sino apeándose de él subió en un vil jumento, dando con esto á entender, que no fuerzas humanas, sino castigo divino del Emperador Etíope le habia dado aquella victoria.

Reveló Dios á su siervo Andres lo que habia de suceder, y aunque injuriado del Emperador le avisó con gran caridad que no diese la batalla. Lo mismo hizo á los portugueses que iban con él, diciéndoles que si la daban habian de perecer todos. Pero como se vieron con fuerzas muy superiores no lo quisieron creer.

Sucedió en el Imperio Adamas, hermano del Emperador difunto, hombre feroz é impío, y enemigo capital de todos los obedientes al Romano Pontífice. Lo primero que hizo en viéndose Emperador, fué prender al santo Obispo y á sus compañeros, haciéndoles mil agravios y afrentas, púsolos en rigurosas prisiones. Y sabiendo que el campo de los turcos iba en sus alcances, preciándose de valiente, les salió al paso, pero de la misma manera fué desbaratado de ellos; y á no le valer la ligereza de su caballo, hubiera corrido la misma fortuna que su hermano: libróle Dios para labrar la corona á nuestro santo Obispo. Saqueando los enemigos las tiendas de Adamas, hallaron entre otros despojos el santo varon, y á sus compañeros aprisionados, porque el bárbaro Emperador los llevaba presos en su ejército, á los cuales hicieron muchos malos tratamientos de palabra y obras. Al fin pegaron fuego á una casilla en que el siervo de Dios estaba, de la cual, si salió con vida, fué medio asado, y abrasado con la fuerza del fuego, pero muy contento y alentado, por verse perseguido y maltratado por Cristo, que era lo que más deseaba en esta vida.

IV

Sus trabajos y milagros, en tiempo del Emperador Adamas.

Tornóse el santo varon á presentar al nuevo Emperador, luégo que fué pacíficamente reconocido de todos los reinos de los abisínios: disimuló entónces con él, por ser tiempo más de fiestas y mercedes, que de prisiones y crueldades, y así fingiendo algun agrado no le tornó á prender. Duróle poco esta máscara, porque habiendo reducido nuestro Andres á la fe católica muchas personas principales, se enojó sobre manera Adamas cuando lo supo

mandóle llamar, diciéndole palabras de mucha afrenta, tratándole de embustero, sacrílego, engañador, revolvedor de su reino; amenazándole con muchos juramentos, que habia de hacer en él un castigo ejemplar, si de allí adelante tratase con algun vasallo suyo cosas de la fe.

El santo Obispo con un esfuerzo admirable respondió, que no dejaria por temor alguno de amenazas de predicar la verdad católica; y luégo arrebatado de un soberano espíritu y encendido deseo de dar por Dios la vida, derribó el manteo de los hombros, y levantando al cielo los ojos y las manos, con afectuosas palabras ofreció al mismo Señor su sangre y vida, en defensa de la fe romana, y al tirano el cuerpo, para que se la quitara, y recibir de su mano el martirio. Fué increible el enojo que de esta accion concibió el Emperador: salió tan fuera de sí con las razones del Obispo, que si la virtud divina no le hubiera reprimido, fuera en aquel punto instrumento de que el Obispo consiguiera lo que tanto deseaba: porque loco de ira puso mano á su espada, y queriéndola descargar sobre su cabeza, se lo estorbó la Reina y otros Príncipes que estaban presentes, deteniéndole el brazo para que no lo hiciera; y por mejor decir, la misma mano de Dios se lo impidió, porque guardaba al santo varon para que padeciera más por su amor. Pero ya que no pudo herirle con el hierro, hirióle con las manos, poniéndolas sacrílegas en su persona, dándole muchos golpes y bofetones, hasta hacerle pedazos sus sagrados vestidos; y hubiérale en este caso quitado la vida, si no hubieran acudido algunos señores de su corte, y se le quitaran, extrañando aquella accion en un supremo Emperador con la persona de un Obispo.

Hecho esto le mandó salir de su presencia, desterrado, con el H. Francisco Lopez, su compañero, que aun no estaba ordenado, á un monte muy apartado de la corte, áspero, alto, estéril, poblado de fieros animales, y ponzoñosas serpientes, sin que en él hubiera alivio para la vida, ni consuelo para llevar su trabajo. Juntamente mandó, bajo pena de muerte, que no saliese le él sin su licencia. Lo que causó mayor pena al siervo de Dios, fué quitarle l cáliz y los demas ornamentos, imposibilitándole de poder decir Misa, que ra el único consuelo que entre todos sus trabajos tenia este santo Obispo, l cual obedeció al impio mandato del destierro.

Pasó en él ocho meses, con tantas incomodidades, trabajos, y molestias, ue es más fácil ponderarlas que escribirlas: la hambre, la sed, las injurias inclemencias de los tiempos, con ser en sumo grado de rigor, fué lo ménos isufrible. Su aposento y ordinaria habitacion era una cueva, debajo de la iisma tierra, hecha en ella naturalmente, que nunca sirvió de albergue á ingun viviente, y si sirvió fué á las fieras de aquellos montes, ó algunas serientes ponzoñosas. La cama correspondia al aposento; era la dura y desnu-

da tierra. Su comida y sustento eran las yerbas silvestres y amargas de la montaña, sin otro aderezo, ó regalo, que como la tierra las produce, ingratas al gusto, y dañosas al cuerpo. Y en medio de tantos trabajos y dificultades, andaba siempre con la muerte delante de los ojos, por los muchos salteadores y foragidos que solian atravesar, ó guarecerse por aquellas breñas. Gastaba el dia y la noohe en contínua oracion y coloquios divinos, donde sacaba fuerzas y aliento para tantos trabajos. No se ocupaba en otra cosa que en tratar con Dios nuestro Señor, á quien afectuosamente encomendaba aquellos ciegos cismáticos, y olvidado de sus injurias, al mismo Emperador, que era causa de ellas.

Libró Dios de tan penoso destierro á su siervo, por un modo maravilloso. Una señora principal y deuda del Emperador, tuvo deseo de visitar al santo confesor de Cristo, en la cueva en que se albergaba. Apenas se puso á vista de ella, cuando vió todo aquel lugar tan cercado de resplandores, que parecia que sólo allí vivia el sol de asiento; y no este sol material, sino otro siete veces mas lúcido, como profetizó Isaias. Particularmente salia de la puerta de su cueva tan desusada luz, que no era ménos imposible mirarla atentamente, que al sol de hito en hito cuando más superior nos mira. El primer efecto que esto causó en aquella señora, fué una extraordinaria suspension y pasmo. El segundo, un miedo reverencial, que la retraía de no llegarse á él, y una estimacion tal, y aprecio de las virtudes del santo desterrado, que no dudó darle la veneracion que aquel caso pedia justamente. No se atrevió á pasar más adelante; volvió luégo á su casa, publicando por donde pasaba, los merecimientos grandes del Obispo.

Apenas paró en ella, cuando se fué al Emperador, y le refirió lo que habia visto, rogándole que sacase de aquel monte á persona para quien aun su palacio real no era digna morada. Al fin alcanzó del Emperador le alzase el destierro; pero no por eso dejó de perseguir á la verdad católica, que predicaba el siervo de Dios, el cual prosiguió convirtiendo muchos caballeros y monjes y otra mucha gente. Levantó contra todos una terrible persecucion el tirano; mas en muchos de ellos imprimió tan vivamente las verdades del celo nuestro Andres, que con la cara descubierta dijeron que eran católicos, y que profesaban la misma fe que el santo Obispo Andres. Supo el tirano lo que pasaba, y fuera de sí de enojo y rabia mandó venir algunos á su presencia, para rendirlos á su voluntad; pero en vano, ni con más efecto que aquellos primitivos cristianos, cuando los gentiles les querian persuadir el culto de sus dioses. Estuvieron estos nuevos católicos de Etiopía tan constantes en lo que creian, que ni por esperanza ó miedo, ni por premio ó castigo, no pudo el tirano apartarles un punto de su propósito. Fué aquí mayor su fu-

ia, y quiso valerse del castigo: á los viejos y ancianos, de los cuales no se podia servir de esclavos, por falta de fuerzas, envió desterrados de todo su imperio á muy remotas y apartadas provincias. A los mancebos de pocos años, y de linaje noble, atormentaba con rigurosas penas y prisiones. A otros muchos quitó cruelmente la vida.

Pero sucedió en esta coyuntura un milagroso caso, de que fueron testigos jurados muchos de los que se hallaron presentes. Entre los que habian recibido la verdadera fe, por medio del santo Obispo, fueron cinco, los cuales con mayor constancia y valor que los otros la defendieron en presencia del Emperador, y con el mismo impugnaron la suya. Contra estos fué mayor su rabia; y para ejecutarla luégo, hizo que en su presencia los echaran á cuatro feroces leones, á los cuales habian tenido algunos dias sin dar de comer, para que tanto más furiosamente acometieran á los santos confesores, cuanto más hambrientos estaban. Hízose así, é hizo Dios nuestro Señor que en esta nueva Iglesia de Etiopía se renovasen los antiguos prodigios, que para entablar la fe de Jesucristo se vieron en los primeros siglos de la antigua. Porque apénas pusieron á los firmes y constantes abisínios en presencia de los leones, cuando ellos, dejando su natural fiereza, se postraron humildes á los pies de los santos mártires, y sin conocer las voces de sus maestros, cuanto más les irritaban contra los santos, tanto más se amansaban, y regalaban con ellos, teniendo por alivio de su hambre y sustento, lamerles blandamente los pies. Fueron los ministros á dar cuenta al Emperador de lo que pasaba. Quedó de espanto poco ménos que muerto. Pero como estaba tan obstinado en sus errores, hízose más cruda su furia, cuanto ménos podia ejecutarla contra los santos. Tuvo envidia del bien que les podia hacer, con darles breve muerte; y así para dársela más cruel, les condenó á un intolerable destierro, para que atormentándolos despacio, fuera la vida más insufrible que la muerte. Envió, pues, á estos cinco constantes católicos, y á todos los demas que por esta causa tenia en estrechas prisiones, y como capitan de todos, y principal malhechor, al santo Obispo Oviedo, desterrados á unas remotísimas provincias. Envió con ellos por guardas un buen número de crueles soldados, para que les molestasen en el camino y soledad, y les guardasen, para que ninguno saliese della. Como si para los que padecen por Dios, fueran más poderosas las cadenas y la violencia de los hombres, que el mismo amor de Dios.

Comenzaron su jornada los fuertes soldados de Cristo, guiándolos como capitan de todos el santo Obispo. El camino era sumamente difícil, por ser desierto y pedregoso; no habia en todo él ninguna cosa de sustento, para reparar el cuerpo y fuerzas, ni persona que las pudiera remediar, ántes por

la aspereza de las peñas, altura de los montes y esterilidad de los campos, era toda aquella region estéril, inculta y despoblada. Con el ánimo de padecer por Jesucristo nuestro Señor, habian caminado algun espacio; pero ya por el mal tratamiento de las guardas, ya por las jornadas desmedidas, y por falta en ellas de comida, comenzaron á desfallecer los cuerpos, aunque en los ánimos robustos: no tenian cosa humana con que tomar aliento, ni aun un poco de pan duro, que éste no se le negaron los soldados al glorioso S. Ignacio Mártir, aun cuando le llevaban á Roma, destinado para la muerte. Con esta afliccion, rendidos muchos, se quedaban tendidos en los campos, sin poder dar un solo paso adelante con su flaqueza: otros que querian animarse, á poco espacio se caian, como los primeros: y finalmente todos estaban ya transidos de hambre, y en los brazos de la muerte. Traspasó este triste espectáculo el blando corazon del santo Obispo; y aunque él padecia lo mismo, y corria igual fortuna, olvidado de sí, sólo se acordaba de sus ovejas. No halló en la última apretura remedio humano, y así se resolvió de solicitar el divino de aquel clementísimo Padre de pobres y misericordias, por medio de la oracion, que todo lo puede y todo lo alcanza.

Apartóse un breve espacio de los otros, puso en el suelo las rodillas, alzó al cielo las manos y los ojos, clavó en Dios su corazon, y dando larga rienda á las lágrimas, con ellas pidió el socorro de tan gran necesidad, para tantos fieles suyos. Apénas habia acabado el santo Obispo su oracion, cuando de repente un caudaloso rio, á cuyas orillas estaban, detuvo su corriente por la parte que iba más arrebatado, y dejando seca gran parte de su madre, dejó juntamente en ella copiosa multitud de peces, ofrecidos milagrosamente de Dios nuestro Señor, para que remediaran su necesidad los desterrados. Sacaron los peces, y comieron parte de ellos, de los demas cargaron unas bestias, con que tuvieron sustento para lo que les faltaba de su camino y destierro. En satisfaciendo á la necesidad presente, y proveidos para adelante, continuó el rio su corriente.

Los soldados de guarda quedaron atónitos, con la novedad de este prodigio. Unos apenas creian lo que habian visto, juzgando que sus ojos se engañaban, y que no habian visto dividido el rio, sino que lo soñaban. Otros, aunque cismáticos, encarecian la fuerza del temor de Dios, estimaban la santidad de los desterrados, aprobaban su causa, quejábanse de la tirania y rigor del Emperador, sentian las injurias y trabajos del santo Obispo y de sus compañeros, condenaban la ley de los abisínios, y anteponian á ella la verdad de la Iglesia Romana. Los desterrados crecian en la fe, y echaban en ella más hondas raices, daban á Dios nuestro Señor inmensas gracias por tan grande merced, cantábanle loores, por haberles socorrido en tan apretada

necesidad, sacándoles de las gargantas de la muerte, y por haber ensalzado su santo nombre y gloria con tan insigne milagro, confundiendo con él la falsedad de Etiopía, y apoyando la religion romana.

Corrió luégo la fama de este milagro por toda la tierra; llegó á los oidos del Emperador, á su corte y palacio, causando en cuantos lo oian la admiracion que se debe á casos tan divinos. Fué causa, que instado el Emperador de los señores principales del reino, diese licencia para que volviesen todos los desterrados.

Cuando volvia el siervo de Dios de su destierro, le salieron á recibir los católicos, y otra infinita gente de los cismáticos, que deseaban conocer varon tan admirable y poderoso con Dios, lo cual fué ocasion de que el santo varon pudiese tratar á más gente, reduciendo grande número á la verdadera fe y obediencia del Pontífice Romano. Porque verdaderamente fué invicto su ánimo para no rendirse á cualquier mal tratamiento, ni á la misma muerte que le quisiesen dar, sin cesar por temor alguno de predicar á Jesucristo.

Cuando llegó esto á noticia del Emperador, obstinado y endurecido como otro Faraon, que con tan patentes milagros no se ablandaba, viendo cómo el Obispo no habia escarmentado con tantos destierros, se determinó matarle.

Llamóle á su presencia. Apenas llegó, cuando arrebatado el tirano de un diabólico furor, dijo así: «Lo que no han podido contigo tan repetidos destierros, podrá de una vez la espada, y esta pondrá fin á tu pertinacia. ¿No sabes que puedo quitarte la vida infamemente? ¿Pues por qué usas mal, é irritas tantas veces mi clemencia? En mis reinos yo tengo de ser obedecido, y no tú. Ni es justo que con capa de religion y piedad ofendas la suprema majestad que yo poseo, puesto que la principal parte de esta virtud es reverenciar á los príncipes y guardar sus leyes. ¿Por qué procuras apartar á mis vasallos, contra mi gusto, de las santísimas costumbres y ritos de mis mayores? Pero, pues, á tantos avisos estás sordo, sea el último el más eficaz, para que tú quedes reprimido de una vez, y yo vengado, seguro y satisfecho.»

Diciendo el impio Emperador estas postreras palabras, para cumplir lo que con ellas prometia, sacó furioso la espada de su vaina, y fué con rabioso furor á descargarla sobre el cuello del santo Obispo. Estaba muy sereno nuestro Andres á las palabras del tirano, pero mucho más á sus obras, porque no habia cosa que desease más que dar su vida por Cristo. En viendo la espada desnuda no huyó, ántes juntando los brazos delante del pecho, en forma de cruz, bajó el cuello hácia el lado de la espada, para que fuera el golpe mas seguro, y no errara el tirano lo que pretendia. Pero Dios, que sabe gobernar el brazo ménos diestro, cuando le quiere tomar por instrumento de algun castigo, supo en este caso desarmar el del Emperador, para que no lo

fuera; porque cuando furioso iba á descargar el golpe sobre el santo, faltándole la fuerza, se le cayó la espada en el suelo, como si fuera un niño tierno, que no podia sustentar su peso con las manos, causando este suceso en los presentes igual afecto de admiracion y estima de la santidad del siervo de Dios Andres.

Estaba presente á lo que pasaba la misma Emperatriz; y viendo la injusta furia de su marido, y la insigne paciencia del Obispo santo, espantada igualmente del suceso, que movida á compasion de ver padecer á un inocente, cuando el Emperador iba á descargar el segundo golpe sobre el siervo de Dios, se puso ella entre él y su marido para recibir la herida, y librar al santo Obispo, y levantando cuanto pudo la voz y las manos le detuvo, reprendiéndole ásperamente de su locura; pues queria pelear contra Dios, que con tan claros milagros guardaba la vida de aquel justo.

Bastó esto para que desistiese el Emperador de matarle, no para aplacar su enojo, y abrir los ojos para conocer la luz, que con casos tan notables podia alcanzar. Desterró otra vez al santo varon, mandando que saliese de la corte, á una provincia muy distante, y que fuesen tambien desterrados con él todos los portugueses; pero sin sus mujeres é hijos, á los cuales declaró por esclavos suyos, y que por título de tales le pertenecian, aunque hasta entónces habia permitido que estuviesen debajo del gobierno de sus padres. No se puede dar otra razon de tan tirano mandato, sino su desenfrenada voluntad, y el odio capital que tenia contra nuestra santa fe, y contra el Santo Obispo, que es el que hace faltar á leyes de religion y de justicia.

Instaba tanto el imperio y mandato del Emperador, que no sólo no daba lugar de replicarle para que le revocase con mejor acuerdo, pero ni aun permitia una pequeña dilacion en su cumplimiento, sin manifiesto peligro de mayores daños. Dispusiéronse todos para el camino. El santo Obispo y su inseparable compañero Francisco Lopez iban grandemente regocijados y alegres, porque ninguna cosa más estimaban que ser afligidos y atormentados por Dios y por su causa. Los demas, aunque tenian por mayor tormento que la muerte ser privados con tan declarada tirania é injusticia de sus mujeres é hijos, templaban su desconsuelo con la vista y presencia de su santo Prelado, Y tanto con más gusto abrazaban aquella calamidad y destierro, cuando veian que eran maltratados por la fe de Cristo, en compañía de tan santo y grande varon. Traslados son estos de los ejemplos ilustres, que los primeros Prelados y fieles de la Iglesia nos dejaron escritos con su sangre, para que jamas falte en el mundo su memoria y su imitacion.

El santo Obispo hacia con esta pequeña grey el oficio de amoroso Pastor; exhortábales frecuentemente con eficaces razones á sufrir con igual ánimo

[uellas penas, y á disponerse con la gracia de Dios para otras mayores. Enñábales á despreciar cuantas injurias les podia hacer, y cuantos tormens les podia dar aquel tirano. Y para consolarles les profetizó, cómo den- de muy poco tiempo volverian á sus casas, y que Dios habia de castiar la dureza obstinada del Emperador Adamas.

En llegando al lugar del destierro, un soldado á quien habia mandado el mperador no se apartase del lado del Obispo, siendo perpétua guarda iya, le pidió atrevidamente pagase su trabajo en guardarle. El humilde iron á tan injusta peticion respondió muy sereno y apacible: «Yo, hijo io, no he concertado tu trabajo, ni sé qué paga te deba dar, por los que ces has pasado en este camino y en guarda mia. Pero aunque no está en inguna obligacion, á ejemplo del ilustrísimo Mártir S. Cipriano, que dió einte reales al verdugo que le quitó la vida, te diera de muy buena gana lguna cosa si la tuviera. Testigo eres tú que no tengo ninguna. Visto has n este camino mi pobreza: un solo vestido tengo con que cubro mi cuerpo, n lo demas igual soy con los más menesterosos mendigos».

No le movieron estas mansas palabras. Hace el soldado nueva instancia que e pague su trabajo. Respóndele lo mismo el santo Obispo; pero el soldado impaciente de mayor tardanza, y juzgando que perdia tiempo con palabras, acude á las obras: pone sacrílegamente las manos en el santo varon, y con temeraria violencia le desnuda del roquete y estola con que andaba, y arrebatando de ello se volvió por el camino que habia venido. No dió el siervo de Dios muestra de turbacion; quedó con el ánimo y rostro tan sosegado, como si le hubiera hecho un gran servicio; no desplegó sus labios para decirle la menor palabra de reprension ó de venganza; solamente levantando al cielo los ojos, sacó de lo íntimo de su pecho por dos veces estas palabras: *¡Ah Señor Dios! ¡Ah Señor Dios!* Esta fué toda su venganza; pero tomóla Dios por él, como él se la lejó á su cargo. Porque apénas el sacrílego robador habia caminado dos millas, cuando movido interiormente de una violencia superior y divina, y arreatado con una fuerza ajena, volvió de su camino con tan extraordinaria liereza, que los que le vieron juzgaron que venia más volando con alas que minando con los pies. Y poniéndose delante del santo Obispo, diciendo alinas mal formadas palabras entre dientes, arrojó á sus pies lo que sacrílemente le habia tomado, y volviéndose á partir de su presencia con la mis- ligereza con que habia venido, de tal manera desapareció, que jamas has- hoy le vió ninguno, sin saber qué se hizo, ni en qué paró, por más que le peraron en su casa, y buscaron sus deudos con grande diligencia. De este ceso quedaron tan atemorizados los abisínios, que hasta hoy quedó entre os asentado por proverbio, que ninguno debia quitar cosa á los Padres con

violencia, si no queria en pena de su atrevimiento y culpa desaparecer como el viento, por lo que habian visto en aquel hombre miserable.

Cumplióse presto la profecia que poco ha dijimos habia dicho el santo varon, de la brevedad con que se habia de alzar aquel destierro: porque habiendo entendido el Emperador Adamas, que se hacia contra él una grande conjuracion por Isaac Barnagaso, alzó el destierro á los católicos, pidiendo á los portugueses viniesen á ayudarle, á los cuales acompañó en el ejército el siervo de Dios y otros Padres de la Compañía. Fué dos veces desbaratado el campo del Emperador. La última vez prosiguieron la victoria los enemigos, donde iban muchos turcos, pasando todo á fuego y sangre. Los Padres, que estaban en el campo imperial esparcidos por diferentes lugares, cada uno, como mejor pudo, se procuró escapar del peligro presente; sólo el santo Obispo con su compañero Francisco Lopez, heredero de su santidad y espíritu, y otro cristiano de su casa, se quedó en medio del campo contrario, y las vencedoras armas de los rebelados. Y cuando el furor militar, con la insolencia de la victoria, discurriéndolo todo, no trataba de otra cosa que de quitar la vida á cuantos encontraba, y de robar cuanto cada uno podia; el santo confesor de Cristo Andres de Oviedo, levantando en medio de tan manifiesto peligro el alma, y con ella los ojos y las manos á Dios, entre las armas furiosas de los turcos y abisínios se halló con sus compañeros libre y sano. Conocieron claramente la virtud divina los compañeros de nuestro santo Obispo, y confesándolo por milagroso, publicaron á voces, que por las oraciones y merecimientos del siervo de Dios, habian sido librados de la muerte, haciéndoles Dios invisibles, estando descubiertos, y en lugar muy patente á los enemigos que los rodeaban.

Todo el tiempo que duró el peligro perseveró el siervo de Dios en su oracion, y en acabándola, mirando con alegre semblante al H. Francisco Lopez: «Gracias al Señor, dijo, y sea siempre alabado su santo nombre. Los demas Padres y compañeros nuestros han caido en manos de los enemigos, en cuyo poder ahora están; pero no hay que temer, porque las cosas tendrán con el favor divino próspero suceso. Pero entre tanto ayudémoslos con nuestras oraciones, para que nuestro Señor los restituya á nuestra Compañía.»

No fué vana la profecia, porque el efecto mostró su verdad: fueron cautivos de los turcos los Padres compañeros del siervo de Dios, despojados de sus pobres vestidos, afrentados con injurias y muy maltratados en sus personas. Pero en medio de este cautiverio los miró el Señor benignamente, y para que saliese en todo verdadera la profecia del santo Obispo, movió á un abisínio principal pidiese su libertad al Bajá general de los turcos, cuyos pri-

sioneros eran; los turcos se lo concedieron, y así volvieron todos los Padres y demas católicos cautivos á juntarse con su santo Pastor.

Cuando se volvian, sosegado ya el furor de los soldados, no faltó uno que acometió al santo Obispo que iba en una mula, por no poder andar á pié; tratóle primero ignominiosamente, y viendo que no llevaba consigo cosa ninguna de valor ó estima, porque lo que podia ser de alguna, que era el vestido, era tan pobre como el del más pobre Sacerdote, la mula sola le pareció que podia ser digno premio de sus hazañas, y que le valdria algo llegando á su tierra. Con este pensamiento se resolvió de quitársela, sin respeto ni á su persona ni á su dignidad, ni á la compañía de algunos caballeros que allí estaban. Iba el santo varon á la sazon caballero en ella, caminando á su pobre albergue, cuando llegándose á él el bárbaro abisínio, con imperio de Señor le mandó bajase de la mula, añadiendo algunas palabras afrentosas. Lo que entónces hizo el siervo de Dios, no fué más que obedecer á su injusto imperio; y sin mostrar ni en acciones ni en palabras señal alguna de impaciencia ni de queja, continuó á pié y con mucho trabajo, lo que hasta el pueblo restaba del camino.

Alegre el soldado con el robo, subió en la mula; é ignorante del mal que le esperaba, en vez de gozo, llevó á su casa la tristeza y muerte; porque apenas tocó sus umbrales, cuando á sus pies cayeron muertos de repente su mujer y dos hijos, que alegres esperaban su venida, pagando el miserable un solo pecado de hurto con el castigo de tres muertes. Conoció en esto la vengadora mano de Dios, y afligido el corazon con gran pena, volvió por el camino que habia traido, en busca del santo Obispo, y postrado á sus pies y bañado en lágrimas, le restituyó la mula, y pidiéndole perdon de su atrevimiento, le rogó afectuosamente, que con sus oraciones le alcanzase perdon de Dios; porque temia mucho que siendo sólo él el autor del pecado, habiéndole Dios comenzado á castigar con muertes de los suyos, no acabase en él, que quedaba vivo, con mayor rigor. Recibió al hombre el santo Obispo con mucha blandura, aconsejóle que hiciese penitencia de su pecado, alentóle en su temor, aseguróle que no recibiria más daño ni en sus cosas ni en su persona. El efecto mostró la verdad de su profecia, y ésta ganó tanto al abisínio, que todo el tiempo que vivió se mostró en obras y palabras digno estimador de la persona del santo Obispo, viniéndole á visitar frecuentemente, y trayéndole algunos presentes más dignos de estima por su ánimo, que por su valor.

Entró el año de 1562, funesto para el tirano Adamas, y en el que Dios queria que con pérdida del imperio y de la vida pagase los muchos pecados que habia cometido, y mal tratamiento que habia hecho á su siervo; porque

habiendo sido vencido de Isaac Bernagaso y de los turcos, recogió com
do su ejército, y retirándose de la costa de la mar á lo interior de la tier
procuró asegurar en ella, así de la liga que Isaac habia hecho con los tu
como de la gente portuguesa que contra sí tenia. Finalmente, el año sigu
de 1563 por el mes de febrero, murió este tirano afligido con muchas y
vísimas calamidades de la guerra. Ocasion fué esta muerte del Emper
para mayores inquietudes del reino, sobre el que habia de sucederle

Los que eran de la parcialidad de Adamas, hicieron Emperador á su
Mala Segueto ó Malac Seguet. Isaac Bernagaso y sus aliados eligieron
sobrino suyo. Otros seguian otro camino, con que el imperio todo de Et
se dividió en crueles disensiones civiles, y con que se estorbó casi del
el negocio de la reduccion de aquella tierra.

V

Queda en Etiopía por Patriarca.

Por este tiempo murió el Patriarca Juan Nuñez en Goa; y así segun la
posicion del Sumo Pontífice, quedó nuestro Andres de Oviedo por Patri
de Etiopía. Con el nuevo oficio y dignidad comenzó con nuevo fervor y
á tratar el negocio de Dios. Pero lo que en aquella coyuntura pareció
conveniente por estar aquel imperio sin cabeza, muerto el Emperador, y
la misma causa inquieto con guerras, fué retirarse el santo Patriarca cor
cristianos que habia, y con la mayor parte de los portugueses, al reino de
graij ó Tigre, junto á aquel célebre é insigne monasterio Abagurima, qu
de los más famosos de Etiopia y de mayor número de religiosos. Allí s
cogió con los suyos en una humilde y pobre aldea, por nombre Frem
rica despues por haber merecido ser depositaria del precioso tesoro del
po del santo Patriarca y sus santos compañeros. En este lugar estuvo to
que le restó de vida, que fueron diez y seis años, sin haber en todos ellos
to la cara á ningun Emperador, ni entrado en su corte. Porque en todo
tiempo se ardia en guerras aquel imperio; y aunque en él habia muchos p
culares abisínios, que dejados sus errores se convirtieron á la fe romana;
como no habia cabeza con quien tratar de este negocio por entónces, ca
desesperó del remedio universal; porque Mala Segueto, hijo de Adama
llegó á poseer pacíficamente su reino hasta pasados diez y siete años
muerte de su padre.

Entre tanto que los de Etiopia se ardian en guerras civiles, no se

tentando Dios con este castigo de su pertinacia en no recibir la fe que les predicaba su santo Patriara Oviedo, permitió que un poderoso ejército de los cafres, á quien llaman vulgarmente galos, saliendo de sus tierras se entrasen por las de Etiopía, talando sus campos, derribando sus pueblos, deshaciendo sus muros, pasando á cuchillo á cuantos se les resistian. Donde quiera que ponian los pies no se veia otra cosa que una sangrienta carnicería y cruel matanza, pasándolo todo á hierro y fuego. Finalmente, fué tanta la felicidad y facilidad con que entraron aquellos bárbaros en Etiopia, que en muy poco tiempo se hicieron señores de más de cien provincias, que es la mayor parte de aquel imperio, no habiendo lugar en que no se viesen sus armas vencedoras y sus banderas.

Los católicos que con el santo Patriarca estaban en aquella humilde y mal defendida aldea de Fremona, comenzaron á afligirse viendo que en tan mal seguro lugar no podian escapar de la furia enemiga ni evitar la muerte, ni tampoco les era posible mudarse á otra parte en que se pudiesen asegurar del furor y armas de los galas, porque todo lo tenian sujeto y en todas partes eran señores. Turbados, pues, y temerosos, acuden al santo Patriarca como á su comun refugio; pidiéronle consejo en aquella duda y remedio en tan presentes males. El santo varon, lleno de Dios, les alentó los ánimos rendidos, y detuvo á los que iban á caer en pusilanimidad. Díjoles que pusiesen seguras sus esperanzas en la divina misericordia y que no dudasen de que con su ayuda estarian en medio de los escuadrones enemigos y entre sus desnudas armas, no sólo guardados, pero aun del todo seguros. Y para hacer cierto con la obra lo que con las palabras les habia ofrecido, acudió luego á su ordinario refugio, que era el santo sacrificio de la Misa. Púsose con mucha devocion á decirla; encomendó afectuosamente aquel negocio á nuestro Señor y suplicóle que les descubriese, qué medio tomarian en tan manifiesto peligro de perderse. ¡Cosa maravillosa! Estando en lo más fervoroso de su oracion y sacrificio, se oyó una voz del cielo tan clara, que pudieron todos percibirla, la cual repitió dos veces: *Fremona permanecerá*. No fué dificultoso de entender lo que aquella voz significaba y lo que el divino oráculo les respondia, que era ser voluntad de Dios que no se mudasen de Fremona ni se fuesen á otra parte, porque allí tendrian seguro su remedio. Acabado el sacrificio, y dadas á Dios las gracias, salió el santo Patriarca al pueblo, que estaba esperando la respuesta del divino Oráculo, y como fuera de sí de pavor y espanto; avisóles que ninguno moviese el pie de aquel lugar ni diese entrada en su corazon al temor: porque les aseguraba que todos escaparian del rigor de la guerra y de la furia de los enemigos, quedándose en aquel humilde lugar de Fremona. Asi sucedió como lo dijo, causando en los ánimos

de todos grande admiracion tan no esperado suceso. Porque habiendo los galas y los turcos corrido con su ejército toda aquella tierra sin dejar ciudad, pueblo, aldea, castillo, barrio ni aun choza que no destruyesen; habiendo arrasado por tierra todos sus muros, derribado por el suelo los lugares con todas sus casas, pasado á cuchillo á cuantos en ellas encontraban, sin moverles á compasion alguna edad ni sexo; sola Fremona, poblacion humilde, pequeña, barrio distante poco más de media legua de los demas, fundado en un campo abierto y en medio del camino, por donde discurrian los enemigos, no defendido por la naturaleza con montes altos, ni por el arte entónces con murallas, expuesto á todo el ejército y furor contrario, y más patente á recibir cualquier agravio que todos los lugares circunvecinos; cuando todos corrieron la fortuna que hemos dicho, y experimentado la fiereza de los bárbaros, sola Fremona quedó sin haber recibido ni un pequeño agravio, como si distara muchas millas de aquellos sitios.

Tambien á unos portugueses que se armaban para ir á la guerra aconsejó el siervo de Dios que no saliesen de Fremona; porque todos, sin quedar ninguno, serian muertos. No le quisieron creer; mas el suceso desastrado mostró cómo el santo varon habia hablado con espíritu profético; porque todos quedaron muertos. Despues de esto entraron varios enemigos con gruesos ejércitos en aquel imperio, y de tal manera le apretaron, que casi llegó al extremo de su mal. Los turcos, que eran dueños de las cosas de Etiopía, entrándose la tierra adentro, quitaron á muchos las vidas, y á muchos llevaron en vil servidumbre. Tambien les cupo á los católicos que vivian en el reino de Tigre parte de las calamidades de la guerra: porque afligidos en sus personas, y abrasados sus pueblos y casas, se hallaron forzados á huir, retirándose al reino de Dambea: mas los pocos que se quedaron en Fremona con el santo Patriarca, estuvieron siempre quietos y sosegados sin peligro de los enemigos que tan cerca andaban.

Cuando supieron en Europa las turbaciones y guerras de Etiopía y los trabajos que pasaba el Patriarca Oviedo, envióle el Papa Pio V un Breve, en que le ordenaba, que en hallando buena ocasion saliese de aquel imperio, quitándole la obligacion que tenia á su asistencia, para que pasase en habiendo comodidad al Japon, y á la China, á emplear con mejor suceso su santo celo. El siervo de Dios respondió, que no deseaba cosa más que obedecer al Vicario de Cristo; pero que conforme lo que Su Santidad le escribia por entónces era imposible salir seguro de Etiopía, por la multitud de turcos; y que mirase entre tanto Su Santidad, si se compadecia con entrañas cristianas, dejar las ovejas, que tenia convertidas, en manos de los lobos: porque fuera de los católicos que tenia recogidos en Fremona, habia otros esparcidos

en varias partes, que á sus tiempos venian á recibir el pasto de la doctrina cristiana y los santos Sacramentos: que él no cesaba de predicar á Cristo y la superioridad de la Silla Romana en sermones y disputas públicas y particulares, y por libros que escribia contra los errores de aquella gente. Concluye la carta conforme á su grande humildad, con esta cláusula: «De lo que Vuestra Santidad juzgare en esto, le pido me quiera avisar. Y cuanto á lo que á mí me toca, Santísimo Padre, yo estoy aparejado por la gracia de Dios á hacer vuestra voluntad, ó quedando como ahora estoy en Etiopía, ó para ir al Japon, ó para donde Vuestra Santidad mandare, aunque sea á los turcos, ó para deponerme de la dignidad Patriarcal, y que sirva á mis Padres de la Compañía de Jesus, ó para que sirva á Vuestra Santidad en su cocina, ó en cualquier otro ministerio que quisiere.» Entre tanto que hubiese otra mudanza (la cual no hubo) proseguia el santo Patriarca, con notable ejemplo y pobreza, en cuidar de su pequeña grey, enviando á los ausentes algunos de sus compañeros, para que les administrasen Sacramentos.

Gastaba el santo varon todo el dia con Dios, consigo y con sus prójimos. El tiempo que le sobraba de su oracion, Misa y rezo, se ocupaba en visitar aquellas nuevas plantas recien convertidas á la fe por su predicacion y por su industria. Los más de los dias predicaba con ardiente celo á los católicos y á los cismáticos herejes: á aquellos doctrinaba y confirmaba en la fe; á estos reducia con fuertes razones á la obediencia del Pontífice. Las pocas horas que le quedaban de estos empleos, debidas justamente al alivio y descanso de sus muchos años y trabajados miembros, las gastaba en escribir varios libros y tratados contra los errores de Etiopía en su misma lengua é idioma, y en traducir en la misma algunos libros que de este argumento venian de Portugal, para aprovechar más por este camino á sus prójimos. Acudia á las necesidades de los católicos por su misma persona; oia sus confesiones con amor de Padre, administrábales los santos Sacramentos en salud y enfermedad, visitaba los enfermos, enterraba á los difuntos; en fin, con su presencia no se echaba ménos el más exacto cuidado del más celoso cura de las almas. No es fácil de explicar lo mucho que hizo este gran varon para unir con la cabeza de la Iglesia Romana los desunidos miembros de los cismáticos abysinos, y hacer de todos un cuerpo y un rebaño, que era su principal empleo, y lo que le habia llevado á Etiopía de las últimas partes de Europa. Para conseguir esto con más cierto efecto, y para hacerlo más fácilmente por sí, que por intérpretes; siendo hombre viejo, y muy entrado en años y en edad, no sólo fuera de propósito para aprender nuevas lenguas, pero muy contraria para esto; se aplicó con tan notable asistencia y cuidado á deprenderla de los abysinos, como un niño de pocos años la latina, ó grie-

ga, que enseñan en las escuelas. Llegó á ser tan señor de ella, que la habla-ba con elegancia, y por ella eran estimados sus escritos.

No se contentaba el siervo de Dios con acudir á los católicos que tenia en su mismo pueblo de Fremona, sino tambien se extendia á los lugares comarcanos, á los cuales salia frecuentemente por espacio de diez ó doce millas á pié, y como pobre, á predicarles, confesarles, administrarles los Sacramentos, y hacer con ellos los oficios que hacia con los de Fremona. Pero lo que más encarece su caridad es, que no sólo mostraba este celo, y tomaba este trabajo por el bien espiritual de sus ovejas; y por lo que tocaba á sus almas sino tambien por remediar sus necesidades corporales. Salia frecuentemente de su pobre casilla á pié, y medio desnudo, andando de pueblo en pueblo, y de aldea en aldea, á pedir de puerta en puerta limosna, como un mendigo; y lo que sacaba de los católicos se lo cargaba á cuestas, y volviendo con la limosna muy solícito y ufano á su casa, juntaba todos los pobres, y repartíales con notable gozo de su alma lo que habia allegado: hecho él mismo mendigo y pobre, no para remediar sus necesidades, aunque eran extremas, sino para socorrer las ajenas de los pobres de su distrito. Gastaba muchas veces en estas salidas dos y tres dias de camino con sumo trabajo, por ser á pié en tantos años, y con tan pocas fuerzas. Una vez de estas, que salió por limosnas, le acometió un grande número de elefantes bravos, que le hicieran pedazos, si milagrosamente Dios no librara á su soldado.

VI

Otros milagros, profecias y virtudes heroicas.

Concurria la divina Majestad con notables demostraciones á la gran caridad y celo de su siervo, así en la conversion de los infieles, como en sus limosnas, caridad y misericordiosa compasion, oyendo sus fervorosas oraciones, y haciéndole admirable en todo.

Una noche se apareció el Santo Patriarca en su misma figura, hábito y rostro, á un hereje, que estaba distante de él más de doscientas leguas. La cual vision le quedó fija muy vivamente, hasta despues de dos años, que vino á donde estaba. Conoció luégo que era el que se le habia aparecido, fuése á él, y contándole lo que le habia sucedido; se convirtió á la fe, abrazando tan eficazmente la doctrina que le habia enseñado el siervo de Dios, que siendo cautivo despues de los infieles, y maltratado de ellos porque la dejase, lo sufrió todo con varonil constancia. Teníanle preso con cadenas en una

oscura cárcel, con grande aprieto y miseria. Avisó á nuestro santo Patriarca lo que pasaba, pidiéndole le encomendase á Dios, para perseverar en la confesion de la fe, ó que le librase, porque temia mucho de sí, y morir allí de hambre. El Santo lo hizo, y aquella misma noche en que llegó el aviso al Patriarca, Dios libró al cautivo, hallando facilísima salida de la prision; pero ya que estaba libre de la cárcel, le era forzoso, para que no le cogiesen, atravesar un pedazo de mar. Afligióse el hombre cuando vió su peligro, porque no sabia nadar, y si le cogian, le tratarian mucho peor. Acordóse de la merced que habia acabado de recibir de Dios por las oraciones, como tenia entendido, de su santo Padre, saliendo por milagro de las cadenas y cárcel. Y así, fiado en que habia de sentir en todo el ayuda divina, se echó al agua, y pasó seguro gran parte del mar, sin haber nadado en su vida. Maravillándose de sí mismo cuando se vió ya en tierra y parte segura; fué á dar las gracias al siervo del Señor, por cuya intercesion habia Su Divina Majestad obrado tantas maravillas.

Otra vez supo el santo varon, que un hereje, á quien en vano habia procurado reducir á la fe católica, estaba gravemente doliente de una enfermedad, no sólo contagiosa, y que amenazaba la muerte á los que á él se llegaban, sino tambien asquerosa y sucia, que con el pestilencial hedor que echaba de sí, no habia ninguno, ni aun de sus mismos naturales y mayores familiares y amigos, que se atreviese á acudir con el menor servicio al pobre enfermo. Por esta causa le desampararon todos, hasta los que por la justa obligacion de sangre y deudo debian asistirle en aquel aprieto: porque ninguno se atrevia á mirarle sin asco, ni á llegarse á él sin manifiesto peligro de su vida. Viendo este desamparo el Patriarca, se fué á la casa del enfermo, para servirle por sí mismo en tan extrema necesidad de alma y cuerpo. Acudíale con mayor puntualidad en todas sus necesidades, que si fuera en la sangre padre ó madre, y en el oficio y obligacion criado. Hízose cocinero del enfermo, guisándole él mismo por sus manos la comida: con ellas se la daba, y las más veces se la metia en la boca. Haciale la cama, volviéndole y revolviéndole de un lado á otro: abrazábase con él cuando era necesario levantarle de la cama; limpiábale de sus ascos, é inmundicias; barria la casa y aposento en que estaba; lavaba él mismo los paños y lienzos llenos de podre y materia del enfermo; limpiaba los más viles vasos é instrumentos de que un doliente necesita. Finalmente, no dejaba cosa en su servicio, que pidiesen, ó la necesidad del enfermo, ó el estado y calidad de la enfermedad. Y todo esto lo hacia el santo varon, no sólo con puntualidad, sino con rostro alegre y apacible, sin mostrar dificultad á las inmundicias del mal tan contagioso y asqueroso, ni sentimiento á los enfados y desabrimientos de un enfermo. Rogaba

juntamente á Dios por su salud espiritual y corporal y alcanzólo todo: porque movido el hereje con tan extraordinario género de caridad, jamas visto usar de sus sacerdotes, y viéndose servido de un tan insigne Patriarca, fué abriendo los ojos á la luz del cielo; y conociendo sus errores, abrazó muy alegre las verdades ciertas de nuestra santa fe, y se entregó del todo al santo Patriarca, para que instruyéndole en ellas fuese médico de su alma. Hízose así, y perseveró aquel cismático constante en la fe hasta la muerte.

En otras muchas ocasiones experimentaron aquellas gentes la eficacia de las oraciones de este gran siervo de Dios. Cargó un año en Etiopía tan gran cantidad de langostas, que como una densísima nube cubrian el cielo, y oscurecian al dia; las ramas de los árboles en que se asentaban, se desgajaban, con el mucho peso. Por las partes que pasaban lo dejaban todo talado y seco. Finalmente, no dejaban cosa en los campos, que pudiese ser sustento de los hombres, ni de los ganados. Con este castigo manifiesto afligidos, juntáronse todos, así católicos como herejes, y de acuerdo comun acudieron al comun remedio de sus trabajos, que era el santo Patriarca, el cual habiendo juntado en el templo á los católicos, comenzó á cantar las Letanías, pidiendo á Dios, á la santísima Vírgen y á los Santos el remedio de aquella plaga. Al paso que el santo Patriarca iba diciendo las Letanias, á ese paso poco á poco se iba deshaciendo aquel infinito ejército de langostas, cayendo unas muertas sobre otras; hasta que acabadas las preces, de tal manera se acabaron las langostas, que ni una sola quedó con vida: descubriendo nuestro Señor con tan manifiesto milagro los merecimientos de su siervo y la gran eficacia de su oracion.

Pero no se acabó aqui esta maravilla, antes la continuó nuestro Señor todo el tiempo que el santo Patriarca vivió en Etiopía: porque siendo aquella tierra por sus calidades sujeta todos los años á este castigo y penalidad de langostas; la quiso Dios hacer tan señalada merced, que no se viese ni una sola todo el tiempo que le duró la vida, librándola por la santidad y méritos del Patriarca de una plaga que era en ella como natural.

Estaba el santo diciendo Misa un dia en su pobre iglesia de Fremona, y entró en ella un hombre hereje, que llevaba en los brazos un niño recien nacido, hijuelo suyo, tan acabándosele la vida, ó por mejor decir, tan acabada, que más le tenian todos por muerto, que por vivo. Con la estima que tenia de la virtud del Santo, y confianza que por su medio habia de cobrar salud el niño, se le arrojó á sus pies, arrimado al mismo altar, sin decirle palabra, hablándole en vez de ellas con la tristeza de padre. Miró el santo al niño que estaba casi boqueando, entendió los deseos del hombre, que eran de alcanzar vida y salud para su hijo; y movido de compasion, pidio á nuestro

Señor el remedio de aquella necesidad. Fué tan eficaz su oracion, que el fin de la Misa lo fué tambien de la enfermedad del niño: y en acabándola le levantó el Padre del suelo, no sólo sano y bueno de todo punto, pero aun sin una pequeña señal de la enfermedad pasada.

Otro hombre tenia un hijo tan cargado de enfermedades, que más era muerte que vida la que pasaba. En el entendimiento, que son los ojos del alma (aunque ya habia llegado al tiempo del uso de la razon) era simple; en los del cuerpo, era totalmente ciego; en los miembros, contrahecho; en el cuerpo, mal formado; y á este paso padecia otras enfermedades é imperfecciones naturales. Afligian estos males mucho más al padre, que no al hijo; sabia lo que aquel muchacho habia de padecer en el discurso de su vida, y con afecto de compasion deseaba antes verle muerto, para que de una vez se acabasen todos sus trabajos, y con una muerte quedase el niño libre de sus dolores, y el padre del sentimiento y pena de verle padecer. Con este deseo se fué al santo Patriarca, como á un universal remediador de males, cuando estaba para decir Misa: representóle su desconsuelo; pidióle con afecto, que, pues aquel miserable niño habia de pasar vida tan triste como le aseguraban tantos males juntos, que el menor seria la muerte; se la alcanzase de nuestro Señor con sus santas oraciones, que seria beneficio comun hecho á entrambos, á sí mismo y su hijo. Añadió el hombre con simplicidad y llaneza: «No temais, Padre santo, que con eso hagais agravio al niño, pidiendo á Dios su muerte, porque ántes le hareis muy señalada merced en alcanzársela, pues no tanto morirá muriendo, cuanto trocará una larga y trabajosa muerte por una breve y regalada.» Oyó el siervo de Dios su peticion, y oyó el Señor la del santo varon, porque continuando la Misa, y pidiendo á Dios el remedio de aquella necesidad, fué todo uno, el acabar la Misa el santo Patriarca, y el acabar la vida el niño enfermo. En estos casos se vé el gran poder que comunicó Dios á su siervo, entregándole las llaves de la vida y de la muerte, que no las fió sino de sus divinas manos.

Con semejantes obras acreditaba el Señor la doctrina que predicaba ese santo varon, y la fama de su santidad volaba por las más distantes tierras del imperio, con grande recomendacion y estima de su persona, virtudes y milagros. Esta traia de muy léjos grande número de gente, parte cismáticos, y muchos católicos. De manera, que parecian las tropas que venian como de gente de guerra, segun eran muchas. Algunos de estos oian del santo las verdades de nuestra fe, que hasta entónces no las habian oido; unos la abrazaban, y muy resueltos y constantes perseveraban en ella; otros, que no se convertian por temor humano, se volvian muy contentos de haber visto un varon tan admirable, porque verdaderamente lo fué en todas las virtudes. Lo

que más cautivaba á todos, era la rara caridad de este siervo de Dios, aun para las necesidades temporales de sus prójimos. No le habia quedado al santo varon entre todos sus bienes más que un buey, que le servia de llevar de una parte á otra los ornamentos y recados de decir Misa, cuando le era fuerza discurrir por aquellos pueblos. Supo que unas personas padecian necesidad y hambre, y sin reparar en la falta que le habia de hacer, mandó luégo matar el buey y repartirle entre los pobres. Y aunque uno que estaba con el siervo de Dios le replicó, que mirase primero la necesidad que tenia de aquel animal, él le respondió con gran mansedumbre y espíritu de profecía: «Deja, hijo, que hagamos ahora esta obra de misericordia, que yo te prometo que mañana nos la ha de pagar el Señor muy cumplidamente.» Fué así, que al dia siguiente un señor de aquella tierra, aunque cismático, sabiendo la necesidad que padecia, le envió de limosna cuarenta vacas, y ochenta piezas de lienzo, con otras muchas cosas que repartió luégo á los pobres el santo Patriarca. En otra ocasion, cuando no tenia sino una mula en que por su vejez y flaqueza andaba de una parte á otra visitando los católicos, supo que una doncella huérfana perdia casamiento por no haber quien le ayudase para su dote; al punto la envió la mula de limosma, andando el siervo de Dios de allí adelante á pie, con grande incomodidad y trabajo.

Llegó á tal extremo su encendida caridad, que en ella imitó aquellos insignes santos y antiguos Prelados de la Iglesia, que tanto florecieron en toda virtud. S. Gregorio el Magno no quiere que se perdone al vestido propio, cuando está con necesidad nuestro prójimo. S. Bernardo lleva pesadamente en los eclesiásticos, y más en los Prelados, que estén sus paredes vestidas, y los pobres desnudos; sus caballos y aun sus perros hartos, y hambrientos los mendigos. S. Agustin lo extiende más; ni á los ornamentos benditos, ni á los vasos sagrados quiso que se les respetase en esta materia. Pues esto hizo nuestro gran Patriarca y Prelado santísimo; porque no satisfecho con dar á á los pobres cuanto á él le daban otros, no contento con haberles repartido todo cuanto consigo tenia, que fuese de algun precio, que todo era muy poco, y de poco valor, no se hallando ya con cosa propia que les dar, pero si con su mucha compasion de sus necesidades; llegó á seguir el consejo de san Agustin, y una vez dió la misma alba con que habia de decir Misa, no se quedando con ninguna otra, y privándose del consuelo del santo sacrificio, porque no quedase sin remedio la necesidad de sus hermanos, en particular la de un hombre, por cuyo rescate y remedio de su vida la dió ó vendió. Pero sabiendo tan extraordinario ejemplo de caridad un caballero muy rico le envió luego tanta cantidad de lienzo, que pudo con él hacer albas y otras cosas necesarias para el servicio del altar.

Como el siervo de Dios era tan estimado aun de los herejes, y sabian lo mucho que padecia de falta de todas las cosas; hacíanle gruesas limosnas y presentes de mucho precio, como oro, plata, paños, lienzos y otras cosas semejantes, todo lo cual estimaba mucho el siervo de Dios, no porque le podia remediar sus necesidades, sino las de sus hermanos: y así repartia entre ellos todo cuanto le daban el mismo dia, sin querer reservar nada para sí, porque no faltase para los otros. Y para mostrarse en todo dependiente de la providencia divina, guardó esto con tanta puntualidad, que jamas se quedó con la cosa más mínima que le daban. Porque, fuera del vivo afecto de misericordia, que le enternecia sus piadosas entrañas, el raro amor que tenia á la pobreza de Jesucristo, le hacia despojarse de cuanto tenia, no queriendo que hubiese otro necesitado y pobre sino él.

La casa en que vivió más de diez y seis años en Fremona no sólo no merecia nombre de palacio ó casa de un Patriarca; pero ni aun de una humilde choza ó cabaña. Era redonda en forma de una media naranja; las paredes de adobes ó mal amasado barro, sin resistencia al frio ó calor y excesivos emporales en aquella tierra; el techo era de pajas, que con dificultad le deendia de las lluvias. Todo el espacio de esta pobre casilla no excedia de einte palmos de hueco, sin ningun repartimiento, ni division, ni tener parte ue no estuviese patente en la primera entrada. Las alhajas de su servicio ran en todo semejantes á la humildad y pobreza de su habitacion: las meas eran unas toscas tablas, á quien servian de pies unas veces algun tronco e árbol sin desbastar, otras un cesto tejido de mimbres: los estantes y alaenas curiosas, unos mal formados agujeros hechos en las paredes: los platos escudillas, de madera ó bárro tosco. Todo era pobreza evangélica, ó por iejor decir, riqueza encubierta á la codicia de los del mundo: todo santidad. legó á tener tan roto y remendado el vestido, que aun para cubrir su desudez no era bastante.

Y lo que causa notable admiracion es que llegase á no tener un pliego olo de papel con que escribir á dos tan supremos Monarcas del muno, como el Sumo Pontífice Pio V y el rey de Portugal D. Sebastian: así, para escribir al Rey hubo de quitar de su Breviario la primera hoja, ue está en blanco; y para el Papa aun esto le faltó, y se halló obliado á cortar las márgenes del Breviario, y coserlas en forma de libro, y scribir en ellas, causando esta carta en el santo Papa, cuando la recibió, un ierno efecto de alegres lágrimas, viendo en el Patriarca Andres de Oviedo esucitado el ejemplo de aquellos antiguos Obispos de la Iglesia, que perseguidos de los tiranos, llegaron á suma pobreza. Y por haberle faltado algunos portugueses piadosos, con ocasion de las guerras, los cuales con sus li-

mosnas le ayudaban; se halló el siervo de Dios obligado á ganar con sus mismas manos consagradas, y con el sudor de su rostro y fatiga de todo el cuerpo su sustento, en el más trabajoso oficio ó ministerio, que en sus muchos años podia ejercitar. Este fué hacerse el Santo Padre labrador, y con un par de bueyes ó búfalos, que le habian prestado, araba la tierra, y despues la sembraba de cebada, para poder con aquella poca y baja cosecha remediar su necesidad y la de los pobres.

Uno de los testigos que vivió en su compañía en Fremona muchos años, afirmó con juramento, que en todo el tiempo que estuvo con él, no sólo no comió cosa de carne de ninguna especie, pero ni aun en ese tiempo jamas entró en su casa, ni lo consintió el abstinente Patriarca. Su comida ordinaria era una cierta semilla de que abunda aquella tierra silvestre, desabrida y amarga, semejante en algo al mastuerzo, mantenimiento grosero y vil, y con que pasa la gente más pobre de Etiopía y lo más ínfimo de aquella plebe. De este grano se le hacian unos panes, que eran no sólo su comida, sino su regalo, sin dar otro ni á sus muchos años ni á su dignidad. Fué cosa constante y admirada de los que vivian con él ser tanta la falta que padecia de las cosas precisas para la vida humana, que estaban todos persuadidos se sustentaba de milagro.

Llegó á estar tan viejo el vestido por lo mucho que lo habia traido, que no podia servir al más miserable mendigo. Vino el Santo á no tener otro, no sólo con que pudiese representar su dignidad; pero ni aun con que cubrir su desnudez. Estaba á veces tan elevado y apartado de sí y de las cosas de la tierra y sus gustos, que no discernia lo que comia. Y una vez en lugar de agua se bebió una vasija de aceite sin echarlo de ver, porque vivia teniendo su conversacion en los cielos, no embarazado en los sentidos.

Admiraba tanto a los mismos infieles este género de vida tan sobre la naturaleza, tan despreciadora de sí y del mundo, tan llena de raras virtudes; que no acababan de alabar sus heróicos ejemplos.

Uno de los más principales señores de Etiopía, muy cercano deudo por sangre del Emperador, preguntado una vez en una junta de abisínios, de los más calificados de aquel imperio, que sentia de la virtud y santidad del Patriarca de los católicos Andres de Oviedo, respondió en presencia de todos los circunstantes, los cuales como él eran cismáticos, que con haber el Santo vivido en medio del trato y comunicacion de los hombres y entre el estrépito de las armas y alborotos y confusiones que padeció toda Etiopía en aquellos tiempos; le parecia en todo semejante á aquellos insignes varones que á los principios de la Iglesia, retirados del trato del mundo, se habian escondido en las más retiradas soledades de los desiertos, para darse

todo á Dios, haciendo en ellas vida más de ángeles que de hombres. Y añadió, que hacia tanta estima de su doctrina, y mucho más por verla confirmada con tan insignes ejemplos de todas las virtudes; que rendido á entrambas cosas, no tenia ni una pequeña duda de seguirla y traer á todo el imperio á su parecer, si no temiera la injusta indignacion del Emperador y su inhumana crueldad. Porque le parecia cosa imposible que virtudes tan heróicas, ejemplos tan insignes, costumbres tan perfectas, trato tan religioso y vida tan santa é inculpable, se pudiesen hermanar con falsa doctrina y con religion que no fuese en todo verdadera.

No era tanto que hiciera este juicio y hablara con esta estimacion de la santidad del Patriarca un abisínio, que aunque hereje y cismático, era de profesion y estado secular. Mucho más es que los mismos religiosos monjes y sacerdotes infieles sintiesen lo mismo, interesando con la reduccion de Etiopia la pérdida de sus haciendas, que tanto impedimento es en el mundo para seguir la verdad; pues no obstante este peligro sentian los religiosos lo mismo que los legos, y los sacerdotes, que los seglares.

Un monje de estos, y el de mayor autoridad y opinion, habiendo oido que tenian los turcos y galas cercadas y bien apretadas algunas tierras de los católicos, escribió á un caballero principal amigo suyo y señor de buena parte de lo que los turcos habian ocupado, que no tendrian que temer peligro todo el tiempo que tuviesen en sus términos al santo Patriarca de los romanos; y que estuviesen persuadidos que ningunas murallas mejores, ni más seguros presidios, podrian hallar contra el ímpetu violento de los enemigos que la compañía de tal varon: por lo cual les avisaba anduviesen con toda solicitud y cuidado de que no se les ausentase de sus tierras y se pasase á otras. Porque, si por algun acontecimiento ó desgracia suya, les faltase aquel seguro, entonces fundadamente podrian temer, no permitiese Dios que se vengasen de ellos los turcos, castigando con ellos, como instrumentos suyos, sus pecados. De suerte, que en sola la presencia del santo Patriarca tenian librado su remedio, y en su ausencia segura su desgracia.

Otro religioso de suma autoridad en aquella tierra, y la segunda persona despues del Emperador, tenia tan alta estima de la santidad del Patriaca, que no podia sufrir que padeciese el Santo ninguna falta de lo necesario para la vida, sino que ántes lo tuviese todo muy cumplido.

Supo una vez que estaba necesitado de algunas cosas precisas para su persona y familia, y que por esta causa padecia mucho. Fuése luego á ver con un caballero principal y rico; persuadióle que acudiese liberalmente al remedio de aquella necesidad; porque decia ser grave género de delito permitir que padeciese ninguna pequeña incomodidad varon tan señalado, que con

sus merecimientos y oraciones sustentaba todo aquel imperio, para que no pereciese con triste ruina.

El mismo religioso, aunque apartado de la verdadera fe romana, enviaba al santo varon muy frecuentemente gruesas dádivas y limosnas, diciendo que no pretendia otro retorno, ni queria más galardon, ni le pedia otra accion de gracias, sino que se acordase de él en sus sacrificios y oraciones.

VII

Su dichosa muerte y lo mucho que le honró nuestro Señor.

No fué ménos admirable la virtud de este siervo del Señor en su muerte, que lo fué en su vida. Al cual, aunque no era muy viejo, pues no pasaba de sesenta años, de sus grandes trabajos y del mal tratamiento que hizo á su cansado cuerpo toda su vida, le sobrevinieron muchas enfermedades y achaques que se la hicieron más molesta.

El que más le apretó por muchos años y el que finalmente vino á acabarle, fué un terrible y penoso mal de piedra.

Hallóse el santo varon con sumo desamparo y falta de alivio, regalo y medicinas, y en medio de sus más intensos dolores no tenia otro alivio para ellos que el ejemplo de Cristo en su memoria, y su figura crucificada en sus ojos. Esta le alentaba y hacia mostrar tan poco sentimiento ante sus dolores, como si no los padeciera. Fuéronsele éstos agravando, parte con la poca resistencia de un cuerpo tan exhausto y consumido, y parte con la mucha falta de regalos y medicinas. Hallábanse presentes algunos de sus compañeros y otros cristianos, que movidos á compasion con lo mucho que su santo Padre padecia por la fuerza grande del mal, y estando ya para espirar, se pusieron todos en humilde y afectuosa oracion, pidiendo á nuestro Señor que no permitiese que un tan santo é inocente varon, y que tan fielmente le habia servido, fuese tan rigurosamente atormentado de aquella enfermedad, sin merecerlo; ántes fuese servido de desatar luego su alma del cuerpo, para que acabándose el ejercicio de los dolores, fuese luego gozoso al cielo á recibir el premio de sus grandes merecimientos.

Oyó el santo sus palabras, y por ellas conoció su afecto; y como si para esto solo le hubiera quedado sentido y lengua, volviéndose á los circunstantes con semblante alegre y sosegado, y con la eficacia que si estuviera sano, les dijo: «Dejad, hijos mios, esas razones y esa oracion, ó mudad vuestra peticion y afecto en otro que más me convenga en esta hora. No pidais á Dios,

que para quitarme los dolores me quita la vida; antes le rogad intensamente que me la dé más larga, para que ellos me aflijan más; y juntamente le pedid que me dé mucha paciencia para llevarlos con ánimo igual y aun con alegría. Sabe el mismo Señor, por quien padezco, cuán pronto admitiré perseverar treinta años contínuos en esta grave enfermedad y en sus terribles penas, si fuese ese su gusto, y padeciendo yo os pudiese aprovechar y servir en algo. Dejad á Dios que haga lo que á Su Majestad más le pluguiere; y no permita el mismo Señor que yo quiera otra cosa de lo que él quiere, ni que mi voluntad se extienda más de lo que se extienda la suya, ni que mi deseo sea que estos graves dolores se acaben con la muerte. Si él gusta que yo viva para que ellos más me martiricen, olas son estas que cuando más combaten mi cuerpo, más acercan el alma á la orilla, y no se debe temer por tempestad, la que, aunque con trabajo de la nave, finalmente la pone segura en el puerto. Y volviendo á razonar con Dios, se ofreció todo en holocausto de abrasado amor, poniéndose en sus divinas manos.

Recibió despues todos los Sacramentos de la Iglesia. Y entre el deseo por una parte de padecer más, y por otra de gozar de Cristo; con dulces coloquios que con él hacia, repitiendo á menudo los dulces nombres de Jesus y María, le dió su santa alma, á catorce de setiembre del año de mil y quinientos y setenta y siete, de casi sesenta años de edad, de los cuales vivió en la Compañía los treinta y seis, desde el de mil y quinientos y cuarenta y uno, en que fué recibido. Los que vivió en Etiopía fueron veinte, conforme la cuenta del P. Godigno; mas conforme el cómputo del P. Iariz, fueron veinte y tres; y dice este autor que el año de su muerte fué el de mil y quinientos y setenta y nueve. El P. Pedro Paez la alarga más ajustadamente en su historia de Etiopía manuscrita, hasta los nueve de julio del año de mil y quinientos y ochenta.

Enterraron el santo cuerpo con grandes lágrimas y veneracion, besando los pies de su santísimo Prelado, que tuvo juntos los dotes que más se celebran en los grandes Prelados de la Iglesia. El celo de un S. Juan Crisóstomo; la constancia en las persecuciones de un S. Atanasio; la paciencia en los trabajos y humildad de un S. Higinio; la abstinencia y austeridad de un S. Basilio; la caridad de un S. Nicolás; la eficacia en confutar á Nestorio de un S. Cyrilo; la profecia de un S. Malachias; el don de hacer milagros de un Taumaturgo. Lloraron su muerte hasta los mismos herejes; y extendiéndose en breve tiempo por todo aquel imperio, desconsoló á muchos.

Cuando la supo aquel monje, que dijimos tener tan notable autoridad en el reino, que fuera de ser deudo del Emperador, era despues de él la segunda persona; tuvo tan grande sentimiento con la nueva, que en presencia de to-

dos se comenzó á pelar y arrancar las barbas y á darse muy récios golpes en el rostro, repitiendo con tristes lágrimas y gemidos: «Hoy murió con Andres todo el imperio de Etiopía, y se acabó el reino de los abisínios. Murió el santo Patriarca, acabados somos y destruidos,» como si solo un hombre pobre y extranjero les sustentara el Reino.

Quedó tan vivo en los abisínios el alto concepto que hicieron de la santidad de este siervo de Dios; que hasta los mismos infieles venian á reverenciar su santo sepulcro, concurriendo de todas partes muy frecuentemente gran número de personas de todos estados. En él ofrecian cantidad de trigo y otros frutos y frutas de la tierra; quemaban inciensos y otras aromas y pastas olorosas en honra del siervo de Dios. Era cosa asentada entre ellos, que cuando querian tratar algun negocio de mucho peso y calidad, para seguridad y firmeza de lo capitulado, se iban todos al sepulcro del santo Patriarca, en el cual, poniendo las manos, se obligaban á cumplir con su juramento lo que ántes habian asentado; persuadidos de cierto, que seria rigurosamente castigado de Dios, el que faltando al respeto que al Patriarca se debia, faltase en su palabra y juramento.

Obró el Señor grandes milagros por la intercesion de su siervo, despues de muerto, aun con los mismos herejes. A un hombre de religion abisínio y de profesion médico, docto en su ciencia, se le abrió en un costado una llaga tan grande y tan maligna, que habiéndola aplicado cuantas yerbas y medicinas enseñaba su arte, no sólo no se le curaba, sino antes se le iba á toda priesa encancerando y acarreándole la muerte. Estaba una noche el doliente rendido al sueño por los dolores que habia pasado en vela. Y estando así oyó una voz clara que le habló de esta manera: «Deja esos remedios, que con mayor daño tuyo, tan á menudo y tan sin provecho multiplicas. Si quieres uno solo en que está infaliblemente tu salud; vete al sepulcro del santo Patriarca, toma de él un poco de tierra, haz con ella un emplasto y aplícalo á esa llaga corrompida, y al punto reconocerás mejoría, y asegurarás tu vida y salud.» Creyó el enfermo á la voz, que tan en su favor le hablaba; ejecutó lo que se le habia ordenado, y luego, á vista de todos, la llaga que estaba ya corrompida, cobrando nueva y fresca carne, quedó del todo sana, y el enfermo libre, dando nuestro Señor virtud á la tierra de su sepulcro, y como santificándola sólo por haber tocado las santas Reliquias.

Estaba una Señora de sangre real y muy cercana pariente del Emperador, tan gravemente doliente, que no daba ninguna esperanza de su vida: oyó los milagros que Dios obraba por intercesion del santo Patriarca, y pidiendo que la trujesen un poco de la tierra de su sepultura, la echó en un vaso de agua, bebióla, y al mismo instante se halló de repente con tan perfecta salud, como

ıtes de caer enferma, la que muy poco ántes no daba esperanzas de vida. El mismo médico, que poco ha vimos tan favorecido del santo Patriarca, ıminaba desde su tierra á cierta fortaleza, por órden del Emperador. Enconó en el camino con una compañía de turcos, que teniéndole por espia le ·endieron, para darle la pena, que segun sus leyes y usanza ejercitan contra s tales, que es empalarlos, rigurosísimo género de tormento. Estaba señala- ɔ para la ejecucion infalible de la sentencia el siguiente dia al de la prision. allóse el triste cautivo en suma apretura y afliccion, no sólo cargado de caɜnas y maltratado de aquellos inhumanos corazones, sino con tan horrendo :nero de muerte delante de los ojos. En esta afliccion, pues, acordóse de su ıtiguo bienhechor el santo Patriarca, á quien en vida habia conocido y veɜrado, y de quien en muerte habia experimentado su favor, con la milagroı salud que con la tierra de su sepulcro habia cobrado, como poco ha referiıos. Con grande confianza y aún seguridad, le pidió muy humilde y reconodo su favor en aquel aprieto. Apenas habia acabado su oracion, cuando se apareció en su presencia el santo Patriarca, cercado de una divina y desusaa luz, y tomándole blandamente por la mano le levantó del suelo en que le :nian echado, no solo el peso de las cadenas y prisiones, sino mucho más . pesadumbra de su afligido corazon; y hablándole amorosamente, le quitó el todo el desconsuelo y afliccion con estas regaladas palabras: «Raybu ›rge (asi se llamaba) no temas los tormentos y la muerte que te está ame azando por mano de los turcos; está seguro de que escaparás de estos pegros de la vida, que tan presentes tienes; porque mañana, que es el dia se- ılado para ser empalado, saldrás á la misma hora libre de la prision y de las ıdenas.» Así habló el santo al médico abisínio, y luégo desapareció de su resencia la vision.

Amaneció el dia siguiente, llegóse la hora del suplicio. Vinieron los turcos la cárcel, abrieron patentes las puertas de ella; y cuando pudiera el preso mer que era para la ejecucion de la sentencia; fué para darle libertad y lincia libre para poderse ir seguramente á donde gustase, tan contra la cosmbre y estilo de aquellos bárbaros, que cuantos supieron el caso, lo juzgan por milagro, y aun los mismos turcos desconocieron esta accion por desada en la ferocidad de sus ánimos, atribuyéndola á impulso superior.

Este mismo médico afirmó, que yendo él un dia ántes de amanecer á har oracion á la Iglesia, donde estaba sepultado el santo Patriarca, llegándocerca de la puerta, vió dentro una luz muy grande y resplandeciente, de la al tuvo mucho temor, y no atreviéndose á entrar, se volvió á su casa. El ı siguiente ántes de salir el sol, entrando dentro, vió una candela encendi- , y queriéndola tomar, porque no estaba nadie en la Iglesia, se le desapa-

...juzgó que lo hacia nuestro Señor para honrar ... sus insignes virtudes.

... comarca de Fremona tanta sequedad por la falta ... comenzaron á gran priesa a secarse los sem... cosecha. Con esta afliccion, no hallando la ... remedio á su extrema necesidad; determi... aquellos pueblos acudiesen al sepulcro del santo ... refugio y sagrado de su remedio, no obstante ...

...acudieron en gran número, y puestos en su presencia, ...pidiéndole con grande confianza su remedio con es... Patriarca, pues viviendo fuisteis padre de los pobres y ... de todos, mirad desde el cielo estos campos, de ... sustento. Reparad cómo ya están secos y cómo con ... el último y universal daño á nuestras tierras. ... para ello, estos daños, que tan ciertos nos ame... afligidos, ahora que estais en el cielo gozando de ... en el mundo tan liberalmente les dabais. Y si nos ... necesidad, todos ofrecemos abrazar la fe romana ... predicastes.» Esta fué la oracion de los abisinios, cuyo ... lluvias y tanta abundancia de agua, que quedaron re... al santo Patriarca.

... milagro de este gran siervo de Dios el haberse ... de Fremona, en que está sepultado su santo cuerpo, en ... enemigos, sin recibir de ellos las injurias que otros ha... padecido. Habia profetizado el santo varon, cuando vi... tendrian seguridad los portugueses, y que así no se sa... perecerian, como perecieron los que no tomaron su ...

... que se extendió aun despues de su muerte; porque ... aquella tierra en guerras, ya por las disensiones civi... de los turcos, sus vecinos; y deseando los enemigos ... resueltos ya de ejecutarlo, por una errada persuasion de ... nuestro Señor les libró de ellos, asolando los enemigos ... confines.

... seiscientos y seis infaustísimo para Etiopía por crue... de provincias enteras, muertes de reyes y de princi... levantamiento de rebeldes, y finalmente de gran... cruel y contagiosa pestilencia, que llevaba los lugares

enteros. Picó la pestilencia con mayor contagio en aquel reino de Tigre, donde cae la poblacion de Fremona, y en él hizo extraordinario destrozo; sólo á Fremona (con arderse con dolencias toda la comarca,) la guardó nuestro Señor, de manera que no tocó el mal ni la peste á ninguno de sus vecinos.

Fué caso sin duda alguna milagroso, ponderadas las circunstancias: causó mayor admiracion á todos, que habiendo dado la peste á un vecino de Fremona, estando fuera del lugar, y habiéndose venido á curar á su casa, en que habia mucha gente; él solo murió sin que la pegase á otro del pueblo. Y lo que más es, á ninguno de su familia, asistiéndole los de ella como á su dueño. Era este abisínio cismático, y nunca le habian podido apartar de sus errores: atribuyeron los católicos este suceso á la profecía del santo Patriarca.

Otra vez, el año de 1607, estando cerca del pueblo un bandolero con gente armada, y ya emboscado solas dos millas del lugar para embestirle: la noche antes que le habia de acometer, no teniendo ninguna defensa en aquel peligro ni los Padres ni los católicos que estaban dentro, cuando estaban temiendo el ímpetu del enemigo; vinieron de repente á los Padres tres hombres principales, cabezas de cuatro mil soldados, á ofrecerles su defensa. Súpolo el bandolero, y con toda su gente se fué huyendo, temiendo recibir en su persona y en la de los suyos el daño que pretendia hacer á los de Fremona. Hallóse á la sazon con los Padres un hombre principal, muy viejo, y habiendo ponderado la fuga de los enemigos añadió estas palabras: «Desde el tiempo que el Patriarca Andrés entró en Etiopía, nunca ví que le sucediese bien á quien contra esta iglesia y este lugar se tornó; y ninguno puede negar que sus oraciones y las vuestras tienen fuerza con Dios, pues sin armas solos tres Padres os defendeis de todas las armas de vuestros enemigos.

Otras muchas son las maravillas que Dios nuestro Señor ha obrado y obra por este santo varon, favoreciendo aquella gente y tierra, en que él tanto trabajó, las cuales fuera muy largo referir aquí: sólo diré un prodigio que sucedió, cuando el Patriarca D. Alonso Mendez entró en Etiopía, á donde fué á continuar la conversion de aquel imperio, á que nuestro santo habia dado principio.

Apénas llegó el Patriarca D. Alonso con otros Padres de la Compañía á tierra de Etiopía, cuando se le apareció una estrella, que en su cerco era mayor que la luna, muy hermosa en sí y resplandeciente, la cual se paró un rato y alumbró todo el horizonte. En el mismo punto, que fué muy de mañana, á once de junio, se oyó en Fremona, donde está el sepulcro del santo, un estruendo terrible, como de tiro grande de artillería, como que hacia la salva; y tras este estruendo se vió una claridad tan extraordinaria, que parecia ya medio dia, aun dentro de los aposentos de las casas. Reconocieron to-

dos ser favor del cielo, significándoles la asistencia y patrocinio que tenia el siervo de Dios de aquella tierra.

Fué despues de muchos años trasladado su santo cuerpo á una capilla de una iglesia nueva que se edificó, en la cual se levantó un compuesto altar, y sobre él fué colocado su sepulcro. En la traslacion fué tanto el consuelo que sintieron todos, así portugueses como abisínios, que todo era derramar lágrimas de devocion; y los que cuando niños conocieron al siervo de Dios, no se podian valer de sollozos y llanto; como si entónces enterraran á sus mismos padres; porque en esa cuenta tenian todos al santo varon, cuya memoria está ahora tan viva en aquella gente, segun escribe el P. Tomas Parneto, como si le tuvieran presente. Y así concurren y concurrirán siempre á su sepulcro á pedir remedio de sus dolencias y necesidades. Creció más la devocion con esta traslacion, ofreciendo tantos dones, que bastaban para el sustento de muchos pobres.

Los Emperadores y Príncipes católicos que ha habido despues acá en Etiopía, han venerado tambien aquellas preciosas reliquias y ofrecido ricas dádivas. Dejó el santo Patriarca cuando murió cinco discípulos y compañeros de la Compañía de Jesus, todos de eminente virtud, tenidos por santos y varones apostólicos aun de los mismos herejes: de los más sabemos insignes profecías y obras maravillosas, y de todos raras virtudes y grandes trabajos pasados por amor de Dios, cuyas historias tendrán otro lugar.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Nicolas Godigno, por todo el lib. 3. *De Rebus abisinorum*. Y fuera de las historias generales de la Compañía, cuentan de él ilustres cosas el P. Rivadeneira en las vidas de S. Ignacio y del B. Francisco de Borja. P. Mafeo, lib. 16, *Historiae Indicae*. Fr. Antonio de San Roman, lib. 4 de la *Historia Oriental*, desde el cap. 25. Pedro Ordoñez de Zavallos, en su *Viaje del Mundo*, lib. 3, cap. 16. P. Fernando Guerrero, en sus *Anales*. P. Pedro Iarric, *In Thesauro Rerum Indicarum*, tomo 2, en los capítulos 17 y 18. Jacobo Damiano, en su *Sinopsi*, lib. 2. P. Juan de Lucena, en la *Vida de S. Francisco Javier*. Manuel de Acosta, en sus *Comentarios Indicos*. P. Luis de Guzman, 1 parte, lib. 3, desde el capítulo 1 y otros muchos escritores dentro y fuera de la Compañía: y todo lo que en esta vida se ha dicho está conforme con los procesos que para su canonizacion se han hecho. El P. Pedro Paez escribió tambien de este excelente varon en su *Historia de Etiopia*, manuscrita, de la cual no hemos tenido necesidad de aprovecharnos, sino es para componer algunas diferencias en los accidentes de la historia entre algunos autores, como en parte hemos advertido, aunque en la sustancia no las hay.

Ultimamente advierto, que no sé de dónde sacó el P. Cornelio á Lapide

que la carta que escribió el venerable Patriarca en el folio de su Breviario, fué á Gregorio Decimotercio, porque Godigno y otros testifican que fué á Pio V.

P. NIEREMBERG.

P. MANUEL FERNANDEZ,

COMPAÑERO DEL VENERABLE PATRIARCA ANDRES DE OVIEDO.

DESPUES que murió lleno de virtudes y obras maravillosas el gran siervo del Señor P. Andres de Oviedo, Patriarca de Etiopía; dejó algunos discípulos suyos de rara virtud y santidad, para que prosiguiesen la labor que habia comenzado en aquella viña tan dilatada. Entre ellos fué uno muy señalado el P. Manuel Fernandez, que, aunque se saben pocos casos particulares de sus extraordinarios trabajos y obras; dejó una fama de santidad tan crecida, que merece recojamos aquí lo poco que se supo de él.

Fué este varon apostólico de nacion portugués, el cual, habiendo pasado sus estudios de inferiores y superiores facultades, se quiso consagrar á nuestro Señor en el estado sacerdotal para asistirle siempre en su santo altar.

Esmeróse tanto en la puntualidad de las ceremonias y ritos de la Iglesia y en la exaccion del culto divino y todo lo que toca al cumplimiento perfecto de las obligaciones del estado eclesiástico; que esto, junto con su mucha virtud, prudencia y otros señalados talentos, le hicieron persona muy estimada en Portugal de los grandes príncipes, y más en partieular del infante Cardenal D. Enrique, que conocia muy bien las prendas de Manuel Fernandez, y gustaba mucho de comunicarle y tratarle, teniéndole en su concepto en el número de los más píos, prudentes y santos Sacerdotes de aquel reino; y en fe de esta estima le encomendaba muchas veces negocios de mucha consideracion, para que con su caudal los acabase, de que siempre dió aventajada cuenta.

Pero queriendo Dios servirse de nuestro Manuel para cosas mayores; le llamó para que entrase en la Compañía de Jesus, que empezaba á florecer en Portugal con admirable edificacion y provecho de todo el reino.

Fué recibido en el colegio de Coimbra el año de 1553, con notable gozo

de su alma, y no menor consuelo de sus compañeros. Luego el año siguiente de 1554, como era tan conocida su virtud y celo, le enviaron los Superiores, á instancia y peticion del mismo Cardenal D. Enrique, á una ciudad de Portugal llamada Elvas, con otro Sacerdote, á una mision, en la cual gastó cuatro meses contínuos, sacando nuestro Señor insignes frutos de sus trabajos y fervor; siendo estas primeras correrías ó misiones, como preludios y ensayos para la principal de Etiopía, para que Dios le habia llamado.

Y fué así; porque se mostró en ésta de Elvas tan celoso operario y tan nacido para aquel ministerio; que luego el año siguiente de 1555 fué nombrado para la mision ó expedicion sagrada de Etiopía, entre otros de muy grandes talentos, que para la misma fueron nombrados. Tenia á la sazon poco más de dos años de religion el P. Manuel Fernandez, y en tan poco tiempo habia caminado tanto en la perfeccion religiosa y en toda virtud; que le llaman los Anales de nuestra Compañía: varon perfectísimo y de probada virtud.

Túvose tambien atencion á la gran devocion y noticia que tenia de las ceremonias sagradas; para que habiéndose como de fundar de nuevo aquella Iglesia, ayudase con su talento á entablar bien el uso de los Sacramentos y otras ceremonias en ella.

En entrando en Etiopía, comenzó luégo á darse todo á la reduccion de aquellos pueblos con extraordinaria continuacion y fervor: porque estaba lleno su corazon de caridad y espíritu, que nunca tomó descanso por procurar el bien y salud de las almas. Y aunque se vió este celo en muchas ocasiones; en lo que mas se mostró, fué en andar contínuamente de pueblo en pueblo en busca de los enfermos y necesitados, para administrarles los Sacramentos, y para servirles y asistirles en sus dolencias. Siempre que acudia á estas obras de caridad, era á pie, sin llevar jamas cabalgadura, aunque anduvo muchas veces muchas leguas por muy largos y trabajosísimos caminos. Y aunque en estas correrías se le ofrecieron grandes peligros y muy graves de perder la vida; nunca perdió la caridad que le movia, ni por ellos dejó un punto de continuar con sus santas y fervorosas obras; antes de las dificultades sacaba mayor aliento, y cuanto más se le representaba que padecer, lo acometia mas animosa y alegremente.

De ningun trabajo se escusaba; á todos se ofrecia, por más incómodo tiempo que hiciese. Eran tan ordinarias estas salidas del P. Manuel y tan contínuo el andar de lugar en lugar haciendo bien á todos; que era ya comun proverbio, que el Padre más vivia en los caminos y en los campos que en casa propia ó lugar cierto y señalado; y que más noches pasaba en los desiertos al sereno y escarcha que en su propio aposento: porque no tenia otro que donde le cogia la noche y donde era necesaria su presencia.

Comunicóle nuestro Señor, como á más íntimo amigo suyo, un señalado don de profecia, como se vió manifiestamente en muchos casos que profetizó, afirmados con juramento por los testigos de vista. Tuvo revelacion del dia de su santa muerte; todo se cumplio como lo habia profetizado.

Levantóse contra la fe de Cristo, y en particular contra los abisinios que, abjurando la herejía de Nestorio y saliéndose de la obediencia del Patriarca cismático de Alejandria, abrazaban la fe verdadera y romana, una grande tempestad, movida por un monje ó religioso de aquella tierra, de los más graves en opinion de docto y santo de cuantos habia en Etiopia, y por esta causa muy estimado tambien del Emperador, con quien valia mucho su parecer y autoridad, y para con quien tenia mucha gracia y mano. Este monje le persuadió que pronunciase sentencia de muerte contra los abisinios convertidos, como contra sediciosos y traidores á su corona. Corrió en breve la fama de este caso por todos los lugares de los católicos, causando tan grande pavor y miedo en todos (como gente en fin no bien nacida en su nobleza cristiana y fe romana) que cada uno trataba ya de buscar su remedio y huir de aquel terrible peligro, que tan de cerca les amenazaba.

Uno de estos nuevos católicos, ó menos temeroso ó más confiado en la santidad del P. Manuel Fernandez, en quien tenia librado todo su remedio; se fué a él, y habiéndole dado cuenta de lo que pasaba y del peligro presente en que estaba todo aquel rebaño de Cristo; juntamente le pidió consejo de lo que habian de hacer en caso tan difícil y desahuciado. Miró el santo varon al hombre con sosegado semblante, y luego le dijo así: «Anda, hijo, y de mi parte visita y consuela á esos católicos desconsolados, aliéntales y procúrales quitar el miedo en que ahora están. Asegúrales en mi nombre que no les sucederán los males que temen, ni que por esta parte correrán algun peligro; porque no serán bastantes todas las razones del monje para mover el ánimo del Emperador á tan grande injusticia y crueldad; ántes muy en breve pagará su pecado el autor de aquesta conjuracion; porque el que trataba de quitar á todos los católicos la vida, perderá la suya miserablemente dentro de dos meses, con que tendrá fin aquella tempestad. Asi lo dijo el santo varon, y así lo cumplió Dios, y así lo vieron todos ejecutado, siendo el hombre mismo con quien pasó este caso el que lo depuso y afirmó con juramento.

Queria el Santo partirse de un lugar de católicos, donde estaba este mismo testigo (que tambien lo fué en este caso) al lugar de Fremona, donde tenian los Padres su principal habitacion. Despidióse de aquel católico, que era su devoto, y viéndole muy lloroso y desconsolado por su partida, le dijo con rostro alegre: «Ruégote, hijo, que no lleves pesadamente esta mi ausencia, ni que me aparte de tu compañía; porque me llama Dios para la suya y me

está convidando con aquella soberana patria de los vivientes. Ya se ha llegado el tiempo y la hora, en cuyo deseo siempre he vivido, de dar á la tierra esta tierra de que estoy vestido, y de echar de los hombros este peso de que estoy cargado. Voime á Fremona, y al templo en que descansan los preciosos huesos de mi santísimo Patriarca y P. Andres de Oviedo, para que á sus pies y en su compañía descansen los mios, indignos de lugar tan santo.» Con esto se despidió de su devoto con muchas lágrimas de entrambos.

Llegó á Fremona; de allí á muy pocos dias le sobrevino una muy grave y rigurosa enfermedad, ocasionada no de otra causa que del contínuo trabajo con que siempre andaba por el bien de tantas almas que estaban á su cargo, á las cuales acudia él solo de noche y de dia á todas las horas, por no les hacer falta, siendo necesarios muchos operarios para lo que solo él hacia. Cogióle gloriosamente la muerte en su oficio, porque de puro fatigado vino á enfermar; y agravándosele la dolencia; parte por ella, y parte por la falta de regalo, murió santísimamente, subiendo su alma al cielo, y enterrándose su cuerpo junto al de su Padre santo, para que en todo se cumpliese la profecia.

Habiendo venido un devoto del siervo de Dios á visitarle aquellos dias cuando estaba enfermo; le preguntó con mucho aliento cuánto habia desde aquel dia al del santisimo nacimiento de Cristo nuestro Señor: y habiéndole respondido que seria el domingo siguiente, «Este dia, le replicó el Padre, estoy esperando mucho ha, para comenzar á vivir en el cielo para Cristo, cuando él nace en la tierra para nosotros.» Llegó el alegre dia, y en él mandó á todos los católicos que viniesen á la Iglesia; y habiendo todos y él con ellos oido Misa, los despidió, mandándoles se fuese cada uno á comer á su casa, y que en comiendo se volviesen todos á la Iglesia. Hiciéronlo así, ignorantes del suceso y del fin para que los habia llamado: y habiéndose juntado todos en la casa de los Padres; le hallaron ya difunto.

Acompañaron el cuerpo con grande sentimiento por la pérdida de tan buen Padre: regáronle con afectuosas lágrimas de sus ojos, besáronle con veneracion los pies, y pidieron les fuese amparo en el cielo como lo habia sido en la tierra. Murió, como está dicho, el mismo dia del nacimiento de Cristo nuestro Señor, despues de medio dia, á veinte y cinco de diciembre, aunque no se ha podido averiguar el año de cierto. Parece que seria el de mil y quinientos y noventa y tres, uno más ó menos.

Aparecióle en aquella hora para ayudarle en ella la Santísima Vírgen nuestra Señora, de quién él habia sido muy devoto, consolándole mucho en su partida; porque asistiéndole en su enfermedad el P. Francisco Lopez, que era quien solo habia quedado de sus compañeros; le dijo el santo enfermo

que mirase en tal parte del aposento, señalándosela con el dedo, y luego comenzó con la voz quebrada, aunque agradable en el afecto, á decir: *¡Ah, Señora mia!* Entónces le preguntó el compañero, deseoso de saber lo que pasaba, ¿qué era lo que veia? Veo, le respondió, á la Santísima Vírgen, hermosísima cuanto puede alcanzar el pensamiento. Déjame, Hermano, que la siga, porque se me va, y con estas últimas palabras se le fué el alma del cuerpo, en seguimiento de la misma Vírgen y de su Hijo, para gozarlos en el cielo.

Esta es una breve suma de la vida y virtudes del P. Manuel Fernandez, cuya vida escribió el P. Gogdino, libro tercero *De Rebus Abisinorum*, capítulo diez y seis: y Pedro Iarric en el *Thesauro Indico*, tomo segundo, capítulo diez y nueve. Tambien escribió de él Jacobo Damiano en su *Synopsi*, libro quinto, capítulo veinte y dos.

P. NIEREMBERG.

P. ANDRES GUALDAMES

Una fragrante clavellina dió al cielo la mision de Etiopía, teñida con el carmin de su sangre, que fué el P. Andres Gualdames, castellano de nacion, aunque no alcanza nuestra noticia el lugar de su nacimiento, ni qué año pasó á Etiopía; pero déjase entender que fué á los principios de la Compañía, porque fué muchos años compañero del santo Patriarca Andres de Oviedo y de los primeros que pasaron á aquellos reinos á reducir los cismáticos á la Iglesia romana.

Fué varon apostólico y celosísimo de la propagacion de la fe católica, por la cual padeció inmensos trabajos. Aprendió en seis meses la lengua de los abisinios con tanta eminencia, que predicaba en ella como si fuera la suya natural: compuso en ella algunos libros y tratados de mucha doctrina, asi para los indios de Etiopía como para los portugueses, que contrataban en aquel reino, por cuyo medio convirtió muchos infieles á nuestra santa fe católica.

Su vida fué tan ejemplar, su predicacion tan apostólica, y su conversacion tan santa y provechosa, y en todo era tan parecido á su santo maestro el Patriarca Andres de Oviedo; que parecia haberle bebido el espíritu y trasformádose en él como en Elías Eliseo; y asi era tenido, venerado y amado de

todos por santo, asi de los católicos como de los cismáticos; que un varon semejante, bueno y ejemplar de todos es tenido y alabado.

Siendo, pues, tan conocida su virtud y el celo que tenia de la conversion de los infieles, fué elegido por los Superiores para enviarle á la ciudad de Mazua, en el estrecho del mar Rojo, á donde, por ser muy populosa, se esperaba coger copioso fruto de la semilla evangélica. Partió con grande gozo el fervoroso Padre á predicar en aquella ciudad, como Jonas á la de Nínive, y por ventura no ménos necesitada que ella; pero la Divina Providencia por sus ocultos juicios le trocó la ciudad de Mazua por la ciudad del cielo; porque, navegando á ella, cayó en manos de turcos piratas, enemigos de la fe de Cristo, los cuales le hicieron muchos malos tratamientos; mas conociendo por la corona que era Sacerdote y Predicador, mostraron tenerle algun respeto, no por las Ordenes sagradas, sino por reducirle, si pudiesen á su falsa secta. Ofreciéronle honras, puestos y riquezas si dejada la fe de Cristo, abrazase la suya de Mahoma y fuese su Predicador; y en caso que no lo hiciese, le amenazaron con grandísimos tormentos; pero el bendito Padre se rió de sus ofertas y amenazas, y con valor apostólico levantó la voz y les predicó á Cristo crucificado, desengañándolos de sus falsos errores y de los engaños de Mahoma, y dándoles la luz clara del Evangelio, que lleva los hombres á la vida eterna. Oyendo esto los turcos, se deshacian en rabia, y, como leones heridos, arremetieron al Predicador de Cristo, y á lanzadas y cuchilladas le hicieron pedazos, volando su alma gloriosa á las moradas del cielo, coronada con la guirnalda del martirio.

Del año, mes y dia en que fué martirizado hay gran variedad, porque el P. Juan Nadaso le pone á cinco de diciembre de mil y quinientos y noventa y seis; y el P. Felipe Alegambe en su Biblioteca dice, que fué en el de mil y quinientos y noventa y dos, y este dia y año le celebran los abisinios católicos, como lo refiere Vasconcelos, pág. 508, y Nicolas Godignolio en el lib. de la *Historia de Etiopia*, en el cap. 4 y 16, y añade que fué recibido en Coimbra á los principios de aquel colegio, y que murió en él un portugués seglar, compañero suyo en el viaje, y que tradujo muchos libros en lengua de los abisinios. El P. Bartolomé Guerrero hace un elegante elogio de este santo Mártir en la segunda parte de su Corona Gloriosa, y otros autores graves, que escriben de las cosas de la Compañía.

P. NIEREMBERG.

P. FRANCISCO LOPEZ,

PERPÉTUO COMPAÑERO DEL VENERABLE PATRIARCA ANDRES DE OVIEDO

ENTRE los santos compañeros y discípulos que dejó despues de su muerte el glorioso Patriarca de Etiopía Andres de Oviedo, en quien parece que dejó más su espíritu doblado, fué el siervo de Dios P. Francisco Lobo ó Lopez, que en el espíritu de una extrema pobreza y extremada caridad con sus prójimos, tiró la barra á mucho más de lo que alcanzan las fuerzas humanas, y casi á lo que puede imaginar el entendimiento en un hombre mortal. La opinion comun de cuantos le conocieron y trataron, y la deposicion que hicieron muchos testigos con juramento, fué que era el más santo de todos los compañeros, con haberlo sido todos con excelencia. Apénas se puede decir lo mucho que de su insigne santidad afirmaron los que le conocieron: igualábanle con los más superiores santos de la Iglesia. Aseveraban que no hubo parte de verdadera y perfecta santidad en que no hubiese resplandecido con ventajas; encomendábanse á él con el afecto y seguridad que á los santos, de cuya gloria no se puede dudar.

Fué este siervo de Dios de nacion portugués, y recibido en la Compañía para H. Coadjutor, dando siempre en ella excelentes ejemplos de humildad, pobreza y toda virtud; por lo cual, siendo de cuarenta años, fué escogido para que pasase á Etiopía, acompañando al venerable Patriarca Andres de Oviedo con otros cuatro de la Compañía, que iban á plantar la religion romana en aquel dilatadísimo imperio, en el cual fué compañero perpétuo del santo Patriarca por veinte años contínuos, acompañándole en sus peligros y destierros y raros trabajos.

Una vez fueron desterrados los dos por el Emperador Adamas, enemigo capital de la Iglesia, á un destierro, en que habia falta de todo lo necesario para la vida humana. Vivieron ocho meses en los campos, teniendo solo por albergue una cueva que habia hecho la naturaleza. Su cama era el suelo duro, su sustento yerbas silvestres y raices crudas. Pasaban contínuos peligros por los salteadores y foragidos que allí cerca atravesaban. Extendian las velas de la oracion, pasando en la contemplacion de las cosas divinas todo el dia y casi toda la noche, sino es el breve rato de tregua que daban con el sueño á sus miembros exhaustos. Algunas veces conferian entre sí las gran-

dezas de Dios, y se consolaban uno á otro con gran gusto de ambos, por padecer por Jesucristo.

Tuvo una señora muy poderosa deseo de visitar los dos santos desterrados. Llegó á vista de la cueva cuando ellos estaban dentro; y viendo tan grande resplandor y claridad que sobre ella estaba, y tantos rayos de luz que salian por la puerta; se quedó atónita, y estremeciéndose no osó llegar á aquel lugar de Dios y puerta del cielo, como á ella le pareció; y asi tornándose atras, fué á dar cuenta al tirano Adames de lo que pasaba, recabando con él alzase el destierro á aquellos dos santos varones.

Otro destierro padecieron despues no ménos falto de las cosas humanas que el primero, pero más penoso para los siervos de Dios; porque iban juntamente desterrados otros católicos que se habian convertido por su predicacion, y les veian morir de hambre, porque no tenian la fortaleza y mortificacion que los dos para sustentarse de yerbas solas. Afligíanse los siervos del Señor de ver desmayada y para morir de hambre aquella gente. Púsose en oracion el santo Patriarca; siguióle como en todo lo demas su santo compañero. Paróse luégo la corriente toda de un caudaloso rio, á cuya orilla estaban, dejando la madre seca y llena de mucho pescado. Cogiéronlo luego los desterrados, con que tuvieron por entónces y para algunos dias qué comer, hasta que fueron restituidos á sus casas, atemorizados los mismos tiranos de tan notable suceso y convirtiéndose algunos. Las aguas que se habian detenido milagrosamente, en habiendo hecho su provision los desterrados, volvieron á su curso ordinario.

Otra vez, acompañando el santo Patriarca y su compañero Francisco á los portugueses, que iban en el ejército de los abisinios; fueron todos rotos y deshechos de los enemigos, que destruyeron y talaron cuanto topaban, prendiendo y matando á los hombres: huyeron todos, hasta los religiosos que iban alli de la Compañía; solo el Patriarca se estuvo quedo con su fiel compañero, nuestro Francisco Lopez, y pasando junto á ellos los soldados victoriosos, Dios les hizo invisibles, con que quedaron libres, viniendo los que huyeron á manos de los enemigos, los cuales tambien los prendieron.

Era buen testigo el santo Patriarca de la virtud de su fiel compañero; y así antes que muriese le ordenó de Sacerdote, por la gran necesidad que tenia aquella viña, que habia labrado para el Señor, de buenos operarios y administradores de los Sacramentos de Cristo. No perdió el P. Francisco Lopez con la nueva dignidad, ni un punto de su humildad y pobreza; antes se adelantó mucho en estas y en todas las demas virtudes, quedando por un vivo retrato del gran siervo de Dios Andres de Oviedo, á cuya muerte asistió y recibió de él su espíritu apostólico de caridad y pobreza, perseverando

otros veinte años en una vida penitentísima y de rara santidad. Fué el último que murió de los compañeros del santo Patriarca, guardándole Dios de grandes peligros de la vida, para que con la ejemplar que hacia edificase y consolase aquellos fieles.

Una vez le envió la obediencia, juntamente con el P. Gonzalo Cardoso, á ayudar unos cristianos que estaban apartados quince dias de camino: llegando á cierto lugar, reveló Dios al P. Gonzalo cómo estaban á riesgo de la vida y que él moriria; pero que avisase á su compañero el P. Francisco Lopez para que se guardase, porque se queria servir de él más tiempo. Hízolo así, y estando rogando á nuestro Francisco que se retirase; salieron unos infieles bandoleros que les acometieron, y cargando sobre el P. Cardoso, le mataron, escapando con vida el P. Francisco, como Dios lo habia ordenado y revelado á su buen compañero el P. Gonzalo Cardoso, el cual no sólo entónces, sino ántes que le ordenasen aquella jornada, tuvo revelacion, que si iba á ella le habian de matar. Con todo eso tenia tanto amor á la obediencia, que no quiso proponer nada, sino morir ántes que dejar de obedecer; y asi dijo á su Superior: «Con grande alegría me parto á hacer esta jornada que me ordena la obediencia, más amada de mí que la misma vida: pero sepa V. R. que ni volveré acá, ni llegaré allá.» Lo cual es un raro ejemplo de heróica obediencia.

Sirvió y asistió nuestro Francisco á los demas compañeros suyos, y estando ayudando á morir al P. Manuel Fernandez, que fué el que murió postrero; santificó la Vírgen aquella casa con su presencia, apareciéndose al enfermo y llevando su santa alma consigo á las moradas eternas. Con esto quedó solo el P. Francisco Lopez, no habiendo en toda Etiopía otro Sacerdote sino él; y así aunque lleno de muchos años y enfermedades, se cargó él solo del trabajo, que entre los demas estaba repartido, porque no quedasen aquellos cristianos sin remedio: y como la llama, que entónces es más activa, y alienta más sus resplandores, cuando le falta poco para acabarse; así le sucedia al P. Francisco, que cuando más solo estaba, cuando con ménos fuerzas y con más años; entónces mostraba más fervor y entónces se animaba á trabajar más, sin que faltase en ninguna cosa al consuelo y remedio de los católicos desamparados, acudiendo solo él á lo que ántes todos acudian.

Entre otros que bautizó este siervo de Dios fué uno el dichoso Mártir de Cristo Jacobo Alejandro, que despues de una vida purísima y castidad virginal, fué muerto por la fe romana, conjurándose los enemigos de ella para destruir los católicos con la atrocidad que ejecutaban en su santo cuerpo, dándole cada uno su lanzada, y fueron las que recibió seiscientas y veinte y cinco: la principal que le mató fué la cuarta, la cual le dió Goito Tafá, enemigo capital de la fe católica.

Fuera del trabajo que ponia el P. Francisco Lopez en la misericordia espiritual de sus prójimos, ejercitó heróicas virtudes. La mortificacion de sus pasiones y de su cuerpo, el mal tratamiento de su carne y el contínuo rigor con que la castigaba, fué mayor de lo que sufren fuerzas humanas. Fueron tan contínuos sus ayunos y tan rigurosos, que llegaron á enflaquecerle tan notablemente, que no tenia en su cuerpo más que una seca y denegrida piel que servia de mortaja á sus huesos. Las diciplinas y otras asperezas con que afligia sus miembros fueron rigurosísimas y contínuas.

Tenia fijamente impreso en su alma este desengaño verdadero, que Dios no nos dió esta vida, sino para que trabajásemos continuamente el tiempo que durase; y para que juntamente fuese contínua la penitencia, y de esa manera grangeásemos la vida eterna que vinculó Cristo en su Evangelio á los violentos castigadores de sí mismos. Traia frecuentemente en la boca, para apoyar este desengaño, que vivia en su alma, aquellas palabras de Job, que como el ave nació para volar, asi el hombre para el trabajo: con esto fué extremado este siervo de Dios en todo lo que era rigor, trabajos, mortificacion y penitencia, sin perdonar á ninguna cosa de estas, ni negarse á cosa que fuese de afliccion suya, hechó él mismo noble verdugo de sus afectos y de su persona. La cama en que muchos años durmió, y particularmente los últimos de su vida, cuando por sus muchos años y enfermedades tenia más necesidad de algun alivio; no fué otra que la dura tierra; echándose, cuando estaba enfermo, sobre algunas pajas ó alguna piel de animal en que descansaba.

Al paso de su mortificacion y penitencia fué la extremada pobreza con que vivió toda su vida y con que finalmente murió. Llegó á no tener vestido con que cubrir su desnudez, y hallarse obligado á vestirse de pieles de animales. Todas las riquezas con que murió y las alhajas de precio que habia grangeado en cuarenta años que vivió en Etiopia, desde que entró en ella, fueron un pedazo de cuero viejo, podrido y remendado, que puesto sobre la tierra fué la cama regalada en que pasó su última y penosa enfermedad, y en que finalmente recostado murió tan santa como pobremente. Este mismo cuero fué el que despues de muerto le sirvió de mortaja ó de paño que se puso sobre su sepulcro, y con que cubrieron su cuerpo para enterrarle. Esta fué toda la riqueza que se halló en su poder cuando murió: este el espolio que dejaba á sus herederos: esta su extremada y verdaderamente evangélica pobreza, continuada por cuarenta años, de más estima en opinion de S. Jerónimo, que las ricas vajillas de los del mundo y que la abundancia de los príncipes de la tierra.

En esta pobreza tan heróica tuvo la mayor parte su excelente caridad, dando cuanto le daban á los pobres, queriéndo él ser el más pobre del mun-

lo. Llegó á tal extremo su misericordia, que le llamaban el de las entrañas :aritativas ó llenas de caridad, por donde era bastantemente conocido. Nun- :a supo tener cosa de cuantas le daban de limosna, que al punto no la diese ambien á los necesitados. Como era tanta su pobreza y no tenia, como |ueda dicho, cama en que dormir; compadecido de su necesidad un católi- o, le envió un saco de jerga, como costal ó jergon, para que durmiese sobre l. El santo Padre le dió luego de limosna á un pobre: y diciéndole algunos, ómo se trataba tan mal, y por qué no teniendo otro alivio que le sirviese de ama, era tan fácil en darle á los otros, respondió; que pues él ó aquel pobre abian de dormir en el desnudo suelo, más razon era que pasase él aquel rabajo é incomodidad, que no que le pasase el otro pobre; y asi se quedó in tener cama sino la tierra.

Luego que murió el último de sus compañeros y se vió solo, fué á repar- ir cuantas pobres alhajas habian quedado en casa, sin quedarse el santo va- on más que con los ornamentos sagrados y recaudo para decir Misa y sus obres vestidos, aunque tampoco á estos perdonó. Porque topando una vez unos pobres con necesidad, y no teniendo otra cosa que dar; se quitó el nanteo de los hombros, y haciéndole tantas piezas cuantos ellos eran, se le lió, para que cubriesen con aquel poco reparo su desnudez, y quedándose él in nada. Pero no paró aquí la caridad de este siervo de Dios; porque pidiéndole otra vez limosna, y no teniendo que dar, ni aun la capa ó manteo, porque ya lo habian dado; se quitó la sotana, quedándose con esto sin vestido.

Cuando caminaba de un pueblo á otro á visitar y consolar los cristianos, que era muy ordinaria ocupacion suya, no teniendo más vestido que el que hemos dicho, para abrigarse del frio y contínuas lluvias que en aquella tierra hay los inviernos; se cubria con algunas pieles de animales, y asi discurria por por aquellas poblaciones, bien desconocido á los hombres, por las pieles con que iba vestido y tenido por ventura por Esau, viéndole cubierto con ellas; pero no al acertado conocimiento y juicio del verdadero Isaac, Dios Señor nuestro; pues por el encendido fervor de su corazon, que por el bien de las almas le hacia vestir aquellos trajes, y por las abrasadas palabras con que enseñaba su fe verdadera á aquellos pueblos, le conocia y confesaba por su verdadero hijo Jacob.

Caminando una de estas veces se encontró una pobre mujer cristiana, muerta en medio del camino y sin sepultura. Compadecióse el siervo de Dios de aquel desamparo, y retirándose á un lugar secreto se desnudó su pobre camisa, y viniendo á la mujer la amortajó con ella con toda la honestidad y decencia posible, y de aquella manera la enterró; para que su caridad fuese más universal, y extendiéndose á todos, no hubiese quien en sí mismo no la

experimentase, sanos y enfermos, católicos y herejes, pobres y ricos, y finalmente vivos y muertos. De esta manera, dando de limosna cuanto á él le daban y cuanto tenia, llegó á la hora de su muerte á aquella suma y extremada pobreza que hemos dicho, no hallándose entónces en su poder otra más rica alhaja que el pedazo de cuero viejo y roto, sobre que estaba acostado, sin tener siquiera un paño de lienzo ó lana con que amortajar sus preciosos huesos y reliquias, cosa que pocas veces falta á los más mendigos.

No es mucho, dice S. Gregorio el Magno, dejar un hombre sus cosas y despojarse de ellas, dándolas todas por el amor de Dios: lo que es mucho y digno de toda estima, es darse á sí mismo, negándose á sí y á sus afectos. Esto hicieron muchos de los santos antiguos de la Iglesia, que habiendo dado por Dios cuantos bienes tenian, sin reservar ninguno para su uso ó para su necesidad; llegaron á darse á sí mismos por esclavos ó por cautivos, ó á dedicar sus personas al contínuo servicio de sus hermanos. Este ejemplo de los Santos, y este consejo de S. Gregorio tenia tan en su alma este siervo de Dios, que cuando ya no tenia cosa que dar á sus hermanos, por haberles dado todo, se daba á sí mismo, dedicándose al servicio de cualquiera que de él tuviese necesidad para su remedio, yéndoles á servir en sus dolencias, aunque fuesen contagiosas ó asquerosas y de mal olor; estando de una vez con algunos más de cuatro ó seis meses, sin dejarlos, hasta dejarles buenos, como lo pudiera hacer la más caritativa madre ó el más asalariado siervo, haciendo con ellos todos los oficios que la ingeniosa caridad enseña. Guisábales la comida como si fuera su cocinero; dábales de comer con sus mismas manos, y con ellas á los más asquerosos les metia el bocado en la boca; barríales las casas, lavábales su ropa súcia: de lo cual quedaban tan admirados cuantos lo veian, así católicos como herejes, que este fué un medio por donde muchos se redujeron á la fé católica.

Estaba uno enfermo gravemente de una contagiosa y asquerosa dolencia; tenia el cuerpo lleno de muchas llagas, que fuera de echar de sí un pestilente y penetrante hedor, estaban cuajadas ó hirviendo (como dicen) de gusanos. A la cura y asistencia de tan contagioso enfermo, llevó al P. Francisco Lopez su encendida caridad y la hambre de padecer mucho por Dios. Habia estado con él muchos dias curándole y sirviéndole, como hacia con los otros: cuando de improviso dió sobre el pueblo en que estaban una escuadra de cafres salteadores que llaman Galas, para destruirles, y matando la gente, robarles todo cuanto hallasen, como lo habian hecho con otros pueblos. Vióse muy desconsolado el santo Padre, por el peligro cierto que corria de muerte aquel su enfermo; y para escaparle de él hizo lo que hiciera un buen pastor, cuyo caudal y rebaño fuera sola una pobre ovejuela y esa expuesta á los

dientes de muchos lobos, de donde no podria salir con vida. Echóse á cuestas á su enfermo, cargado de gusanos y podre que de las llagas le salian, y con él se fué de aquella manera huyendo á un monte alto, donde se estuvo con él, hasta que los enemigos salieron de la tierra, sirviéndole como en su misma casa; y fuera cierto haber muerto á manos de los cafres, como murieron los demas del pueblo, si el varon de Dios no le hubiera librado con tan extraño modo de caridad y misericordia.

Tuvo un don de oracion señaladísimo, y tambien lo fueron mucho los favores que del cielo recibió por medio de este santo ejercicio. Muchas veces le vieron cuando decia Misa, y otras muchas cuando estaba en su contemplacion, tan resplandeciente su rostro, que vencia al sol cuando más claro muestra sus rayos. De manera que con mayor dificultad le podian mirar al rostro que al sol en la mitad del medio dia. Esto lo afirmaron con juramento los testigos mismos que lo vieron, y era la más ordinaria de las pláticas de los católicos.

Uno depuso con juramento que le habia dicho su padre: «Hijo, este P. Francisco Lopez que vive entre nosotros, y á quien cada dia vemos y con quien cada dia podemos hablar, no le tengas por uno de los otros hombres; porque si es hombre, es hombre divino, es varon adornado de toda santidad. Víle yo muchas veces cuando decia Misa y se volvia el rostro al pueblo, echar de él y de los ojos y de su cabeza tan desusados resplandores, tan extraordinarios rayos de claridad, que me parecia tinieblas la del sol. Por esto te encargo que le estimes como merece, y le veneres como pide su insigne santidad.»

Otro testigo afirmó, que parecia su rostro de ángel, y que sus cabellos eran, cuando decia Misa, semejantes á finísimos hilos de oro, quedando despues de ella blancos y canos como de ántes.

Dió en aquella tierra una terrible plaga de gusano que talaba todos los frutos del campo, sin ningun remedio. Acudieron por él al P. Francisco Loqez, el cual bendijo mucha cantidad de agua, y mandó á los católicos que la esparciesen por todos sus sembrados y heredades, y que confiasen en Dios que por allí los remediaria. Oyó nuestro Señor su oracion, y fué servido que con aquella agua muriesen todos los gusanos y quedasen libres los campos.

Comunicóle nuestro Señor muy señalado don de profecia, como se experimentó muchas veces y en muchos casos. Revelóle algunos años ántes el dia y hora de su muerte, y dilatósela para que pudiese hacer más bien á aquellas almas. Cayó en una muy grave enfermedad, ocasionada de su contínuo trabajo y del riguroso tratamiento de su cuerpo en tanta edad: íbasele agravando el mal y sus accidentes, y esto fué aumentando el sentimiento en los católicos, que le amaban tiernamente, como á padre, no sólo por las buenas obras que contínuamente les hacia, sino porque, muerto él, no les queda-

ba en toda Etiopía ningun otro Sacerdote romano, ni consuelo, ni remedio para sus almas. Acudian frecuentemente á su pobre casilla á visitarle y servirle. Consumíanse de desconsuelo, porque les quitaba Dios aquellos, de cuya vida dependian todos. Pedíanle con muchas lágrimas y con muchos ruegos no permitiese que muriese aquel Padre, sin cuya compañía no podian vivir ellos.

Oyó el Señor tan buenos deseos y tan justificadas oraciones, y tuvo por bien de darle entera salud, fuera de toda esperanza humana, el cual dentro de pocos dias fué á decir Misa á la Iglesia, y fueron á oirla los católicos como acostumbraban.

En acabando la Misa, hízoles el santo viejo una plática espiritual, y entre otras cosas dijo: «Sabed, hijos mios, que ya yo habia llegado al fin de mis trabajos, porque habia llegado al de mi vida y al principio de mi corona. Si yo mirara solo mi interés, ninguna cosa pudiera esperar más gustosa para mí que ver libre mi alma de las cadenas de este cuerpo y gozar de la compañía de Cristo. Pero oyó el mismo Señor vuestras plegarias y por justísima voluntad y gusto suyo, me ha prorrogado los términos de la vida por dos años para que asistiendo con vosotros os pueda ayudar en algo y acudir al bien de vuestras almas. Así le plugo al que es dueño de la vida y de la muerte, y al que tiene en sus manos las llaves con que abre y cierra estas dos puertas á su albedrío. Dos años me restan de vida, los cuales viviré con vosotros: si el mismo Señor fuere servido que sean otros muchos más, no rehusaré al trabajo, dispuesto siempre á su servicio y á vuestro provecho: porque ahora viva, ahora muera, suyo soy. Lo que más me afligia en mi enfermedad, era vuestro desamparo. Esto me lastimaba, por veros quedar despues de mi muerte sin Maestro, sin Pastor y sin Sacerdote, expuestos vosotros y vuestros hijos entre tantos enemigos de la fe romana, á manifiesto peligro de faltar en ella, ó por lo ménos á padecer mucho por ser constantes. Estimad, pues, y agradeced á Dios como á benignísimo Padre, este tan señalado beneficio, y dadle por él infinitas gracias. Por lo que toca á mi persona, aunque me veis con tantos años de edad y con tan pocas fuerzas, y estas ya consumidas con los trabajos pasados, enflaquecido el antiguo fervor y vigor de espíritu; con todo eso no dejaré en estos dos años que Dios me ha alargado de vida, cosa ninguna que yo juzgue que pueda ser para vuestro provecho. Ruego humildemente al mismo Señor, que me comunique abundantemente la virtud y espíritu que para estos ministerios se requiere.» Así habló aquel santo religioso á aquellos desconsolados fieles, con que los despidió de su presencia.

Comenzó luégo á trabajar de nuevo con aquellos cristianos, con tanta continuacion y espíritu, como si fuera aquel el primer dia en que daba principio

á sus misiones, cuando con el reciente fervor suelen ser las obras más perfectas; ó el último cada uno en que pudiera merecer; y de allí adelante no tuviera más campo en que mostrarse buen siervo y soldado de Cristo, y esclavo de cuatro mil cristianos que corrian por su cuenta; á los cuales él solo acudia para remediarles en alma y cuerpo. Fué cosa maravillosa para los que le vieron estos dos años últimos de su vida, tan renovado y como remozado en el fervor de espíritu y en el vigor de las fuerzas corporales que juzgaban todos, que con aquella enfermedad habia en todo cobrado mayores bríos, y que no habia sido dolencia sino una nueva medicina, con que en todo se restauraron sus alientos y deseos de nuevas cruces. Pero á la verdad, la causa era, parte el abrasado amor que tenia á Dios, y por Dios á sus prójimos, el cual, como advirtió S. Pedro Crisólogo, no juzga las cosas por dificultosas cuando las vé imposibles, ántes entónces las halla más fáciles y hacederas, cuando las mira más dificultosas. Y parte tambien, porque como veia que se le acababa el tiempo de merecer, y como la cosecha de las buenas obras queria no dejar pasar un momento de tiempo en que no aumentase su corona.

De esta manera se pasaron los dos años de su prorrogada vida, al fin de los cuales hizo llamar á los católicos á la iglesia, y habiéndoles hecho una plática de un celoso pastor; les dijo cómo se habia ya pasado el término de vida, que nuestro Señor le habia dado por sus oraciones, y que tenia muy cerca el de la muerte, pues para ella no le faltaban más que siete dias; por lo cual les rogaba afectuosamente que no se desconsolasen con su partida por verse quedar huérfanos de pastor y de Sacerdote; que no fuese esto parte para desesperar de la misericordia divina, de que los dejaba sin remedio, y por eso estuviesen ménos constantes en la fe recibida: porque les aseguraba por cierto (y esta fué una muy señalada profecía) que dentro de un año y aun ántes vendria á Etiopia y en su lugar, un Sacerdote que supliese su falta é hiciese con ellos los mismos oficios que él habia hecho; y que, miéntras vivia, mirasen si les podia servir en algo y ayudarlesy se lo avisasen.

Luego les dió algunos saludables consejos, como legados de su testamento. Exhortólos á perseverar en la fe de la Iglesia romana; á apartarse no sólo de los casamientos con los herejes, pero aun de sus pláticas y conversaciones; á no dar ocasion para que se juzgase de ellos mal entre los cismáticos; á guardar entre sí mismos mucha union y paz, y finalmente á vivir con tal concierto, que todos los tuviesen por verdaderos católicos y hermanos.

Fuéle llegando el término deseado, y señalado para su santa muerte, agravándosele los accidentes del mal hallándose solo sin ningun otro Sacerdote católico en todo aquel extendido imperio, que pudiese asistirle en aquella hora y administrarle los santos Sacramentos de la Confesion y Extremaun-

cion, aunque el de la Comunion y Viático él mismo se lo administró á sí mismo, levantándose como mejor pudo á decir Misa, para que Dios le diese fuerzas en este último desamparo, parecido al que en la entrada de la China tuvo en semejante empresa el grande apóstol del Oriente S. Francisco Javier, pues no tuvo en qué acostarse sino en aquel pedazo de cuero viejo y podrido, echado en la tierra. No gozó otro alivio ni otro regalo para aquella hora, hasta que entre las lágrimas y llanto de los católicos, puesta su alma toda en Dios, y los ojos en unas imágenes que tenia presentes; haciendo con la voz ya quebrada dulces coloquios con Cristo y con la Vírgen, y repitiendo afectuosamente sus santos nombres; salió de esta vida mortal á la eterna el mismo dia que habia profetizado, que fué domingo 25 de mayo del año de 1597, cuarenta justos despues que habia entrado en Etiopía, los veinte en compañia del santo Patriarca, y los otros veinte despues de su muerte, teniendo cerca de ochenta años de edad, gastada casi toda en servir á Dios y á sus prójimos, cargado de insignes merecimientos, grangeados con los sumos trabajos que en tan prolongado tiempo padeció en tan penosa mision y empresa, en que como constante soldado perseveró hasta que le faltó la vida.

Antes de espirar, estando en las congojas y agonías de la muerte, pidió á los que le asistian que hiciesen una cruz en cierto lugar de su aposento ó choza: pero luego añadió, que la Vírgen habia echado de allí al demonio con su presencia corporal, diciendo con tierno afecto estas palabras: «¡Oh Santísima Señora, Santísima Madre nuestra! Veo á la Santısima Madre de Dios, admirable con una divina hermosura. Dejadme seguirla, que ya se parte.» Con las cuales palabras partió su alma de su cuerpo.

El oficio de la sepultura, el túmulo, las exequias, y lo que el mundo llama honras, bien se deja discurrir qué tales serian entre unos pocos y pobres católicos, sin Sacerdote ni Cura que las hiciese: pero haríansele gloriosas por los músicos de la capilla real del cielo, que son los Angeles, llevando en su compañía su pura y santa alma á gozar de la de Dios y de los Santos en la gloria. Cumplióse puntualmente la profecia última de este glorioso Padre: porque á los ocho meses despues de muerto, entró en Etiopia y en el mismo lugar de Fremona, un Sacerdote de la India llamado Melchor de Silva, otros le llaman Miguel, enviado por el Arzobispo de Goa, á cuidar de aquellos católicos; hasta que fuesen otros Padres de la Compañía, que fué dentro de otro año. La vida de este siervo de Dios escribió el P. Pedro Iarric en el *Thesauro Indico*, tomo segundo, capítulo 19. Y tambien Nicolás Gohdino en el fin de su historia de *Rebus Abisinorum*.—P. NIEREMBERG.

P. ABRAHAN DE GEORGIIS.

Las singulares demostraciones con que Nuestro Señor ilustró la muerte del P. Abrahan Georgiis, las virtudes que ejercitó en toda su vida religiosa, y el valor que mostró en el fin de ella, han hecho muy célebre á este insigne Mártir, y admirable hasta á los mismos moros y tiranos que le dieron la muerte.

Fué este Padre maronita de nacion, hijo de aquellos cristianos que viven en el monte Líbano, y no son cismáticos, sino que obedecen al Pontífice Romano; y nació en Alepo de Siria: de allí pasó á Roma, donde por sus prendas y virtud fué recibido en la Compañía. Desde Roma fué enviado á la India, porque mereció su virtud saliese á campo, y que ocupase puesto competente á su grande celo. Cúpole por su buena suerte una provincia igualmente trabajosa que fructuosa, que fué la predicacion de los cristianos cismáticos de la tierra de santo Tomé, por saber él su lengua caldea. Donde si fué mucho lo que hizo, no fué ménos lo que padeció, corriendo, como buen soldado de Cristo, plaza noble de hacer y padecer por su amor, sin disminuir el trabajo de la paciencia al gusto del obrar, ántes padecia con tanto gusto, como se podrá echar de ver por este caso.

Llegó una vez á estar muriéndose ya de hambre y sed; pero como la tenia mayor de justicia, estaba lleno de alegría y consuelo. Estaba desmayado y molido, sin más alivio que el que le daba la sombra de un árbol, que le servia de arrimo. Deseaba siquiera un poco de pan de cebada; no tenia éste, ni otro consuelo de la tierra, pero muy gozoso dijo á su compañero: ¡Oh cuántas riquezas y regalos están encubiertos en la santa pobreza! no lo puede saber, sino es quien lo experimenta. Eran entónces aquellos cristianos cismáticos, los cuales negando la obediencia del sumo Pontífice, le daban al Patriarca de Babilonia, y así dieron mucho en que merecer á nuestro maronita, que lo llevaba todo, no solo con sufrimiento, pero con gran regocijo. Era muy penitente, devoto, y dado á la oracion, á la cual entregaba todo el tiempo que le sobraba de sus ocupaciones, siendo la perpetua de su vida los oficios de Marta y María.

Estando en esta mision apostólica, fué llamado para otra más ardua y más necesitada de su persona, lo cual sucedió con la ocasion que diré. Despues de la muerte del santo Patriarca de Etiopía, Andres de Oviedo, y de algunos de sus compañeros, todos apostólicos varones y siervos de Dios; daba mucho cuidado, no sólo á los Padres de Goa sino tambien al Virrey de la India, el

aprieto y necesidad en que estaba aquella cristiandad, tan cercada por una parte de infieles y cismáticos y por otra desamparada de obreros, porque de todos los compañeros del santo Patriarca Oviedo, sólo habia quedado el P. Francisco Lopez, viejo de setenta años y muy enfermo de los contínuos trabajos que habia pasado. Y aunque habia enviado á aquel imperio á los PP. Antonio de Monserrate y Pedro Paez; no habian podido pasar porque los detuvieron los moros en largo cautiverio. Por esta causa, despues de muy encomendado á Dios este negocio, señaló el P. Provincial de la India otros dos Padres que tornasen á probar ventura si podian llegar á Etiopia, porque el Virrey ofrecia comodidad para ellos.

Los Padres que para esta mision se señalaron, fué el P. Abrahan de Georgiis, por su apostólico celo y por saber muy bien las lenguas suriana y arábiga. El segundo que fué señalado por su compañero, se llamaba el P. Diego Gonzalez, portugués y muy religioso. Estuvieron estos dos Padres encubiertos un año, no sólo á la gente de la ciudad, pero aun á los mismos de la Compañía, porque no pudiesen dar aviso de su partida los moros que vivian en Goa á los de la costa de Etiopia, con quien tenian mucho trato y comunicacion.

Llegado el tiempo de la partida, concertó el Virrey con un capitan moro, que le llevase dos cristianos armenios á Mazua, que está en la costa de los abisinios, dentro del estrecho del mar Bermejo, que son tres jornadas ántes de la ciudad donde residia el P. Francisco Lopez con los cristianos de Etiopia. Pareció entónces al Virrey y á los Padres, que seria más conveniente ir sólo el P. Abrahan con un mozo, que se habia criado en casa y era natural de aquella tierra, que no ir dos Padres juntos, porque de esta manera podrian ir más encubiertos y disimulados, sabiendo entrambos la lengua; y así quedó concertado, que se quedase por entónces el P. Diego Gonzalez y partiese el P. Abrahan sólo con el mozo abisinio.

Estaba muy contento el bendito Padre con la suerte que le habia caido, y gozoso de los trabajos que habia de padecer por Cristo, y evidentes riesgos de la vida que habia de correr; todo lo posible le parecia poco, respecto de su gran afecto y amor de Dios, que vivia en su pecho y le facilitaba imposibles. Antes de partirse á su mision se aparejó muchos dias para ella con oracion y mucha penitencia, que ponia admiracion á todos; ni comia más que una vez al dia, y eso muy poco, y así mereció tener tan dichoso fin como habia sido santa y ejemplar su vida.

Estando ya todo á punto, quiso el Virrey ver al Padre ántes de su partida, y porque fuese más secreto le envió á llamar de noche, para que fuese á palacio. Iba el Padre con su compañero, sin que nadie supiese quién era, sino

sólo el Secretario del Virrey, que le estaba esperando. Llevaba el mismo hábito con que habia de pasar por tierra de moros y entrar en Etiopia: la barba muy crecida, su toca en la cabeza y lo demas del vestido en traje de turco. Cuando le vió el Virrey de esta manera, saltáronsele las lágrimas y abrazándole, dijo: «Estas son las invenciones que hace la Compañía para traer las almas á Dios arriesgando por ellas sus hijos á tantos y tan manifiestos peligros.» Despues de haber hablado con el siervo de Dios despacio, le despidió con muestras de mucho amor. Desde palacio se fué el Padre al Colegio de San Pablo, donde le estaba esperando el P. Provincial con los demas Padres y Hermanos, de los cuales se despidió, abrazando á todos uno por uno, aunque fueron estos últimos abrazos tan mezclados de lágrimas y sollozos, que parece adivinaban todos que se despedian para no verle hasta el cielo.

Salió luégo de casa, llevándose el corazon de todos, por el mes de enero de 1595, á prima noche, y se embarcó con el capitan moro que le habia de llevar. Prosiguieron su viaje con grandes tempestades y peligros, bien ordinarios en aquella larga navegacion. Dió tan gran ejemplo de su rara virtud el P. Abrahan, que admiraba á los mismos moros, y el piloto turco quedó tan edificado de su santidad, que despues se hacia lenguas en pregonarla, y decir muchos loores de ella, y decia al fin de la navegacion, que le reveló Dios en sueños la muerte que habia de padecer por su nombre; porque pareció al siervo de Dios una noche que le mataban, y con las voces que dió le despertó, y así contaba despues este piloto este sueño, como oráculo de la muerte que esperaba al P. Abrahan.

Llegados á la isla de Zuaquen, en la costa de Etiopia, sin que nadie hubiese conocido al Padre, alcanzó licencia del capitan turco que allí residia á título de mercader, para entrar en Etiopia á vender sus mercancías. Tenia ya la licencia firmada, y dentro de dos horas habia de pasar á la tierra firme. Pero el Señor, cuyos juicios son tan incomprensibles, dispuso las cosas bien de otra manera, dándole la corona del martirio ántes de salir de allí. La ocasion fué esta:

Entretanto que el Padre andaba negociando la licencia con el capitan turco, el mozo abisinio que llevaba en su compañía y quedó guardando los fardos, viendo que el Padre tardaba y se detenia, quiso comer un bocado en el meson donde estaba. Acertó á ser aquel dia en que los moros ayunaban su Ramadan con grande rigor y observancia, no comiendo hasta bien noche. Escandalizáronse de ver comer al muchacho: preguntáronle quién era, y de dónde venia, cargándole de tantos azotes, que hubo de confesar como era cristiano y su amo tambien. Avisaron de esto los moros al capitan, con quien el Padre estaba negociando, y mandóle prender luégo. El dia siguiente, es-

ando presentes muchos turcos, hizo traer al confesor de Cristo allí delante y preguntóle quién era. El Padre le respondió que era armenio, y natural de Alepo, como era verdad. Preguntóle más, si era cristiano ó moro, porque si era moro le soltaria luégo para que fuese donde quisiese. Respondió á esto claramente, que él era cristiano. Replicóle el capitan. ¿Y para qué vais á Etiopia? «Voy, dijo con gran valor el P. Abrahan, para reducir aquellas gentes á la verdadera fe de Cristo.» Mejor es, dice el capitan, os volvais vos moro, y si esto hiciéredes y os quisiéredes quedar en esta tierra, os haremos muchas honras, y si no gustais de quedaros aquí, os volveré todo lo que os he quitado y haremos buen pasaje. A lo cual respondió el siervo de Dios: «Haced de todas mis cosas lo que quisiéredes, que no quiero me las volvais; y á la ley de vuestro Mahoma no me podreis por ningun caso reducir, porque ella es indigna de hombres, y no la estimo en tanto como mi zapato.» Salió de sí el bárbaro de furia, viendo despreciada su secta, y mandó prender al confesor de Cristo en una torre, para domar su constancia con la detencion y maltratamiento.

De allí á algunos dias le tornó á llamar, pensando que el gran rigor de la cárcel hubiera vencido la fortaleza del siervo de Dios. Persuádele otra vez se haga de su secta maldita, ínstale mucho, prométele grandes cosas si se vuelve moro. Reíase de todas sus promesas el P. Abrahan. Corrióse de esto el capitan, y díjole: Pues habeis de morir ó haceros luégo moro, y en señal de ello decid luégo conmigo: *La, yla, yla Mahamet Treenlaca.* Que quiere decir: «No hay otro Dios, sino Dios, y Mahoma su mensajero.» El P. Abrahan, con un rostro muy sereno, sin turbarse nada, dijo: «Yo soy cristiano, y quiero perder mil vidas y derramar toda mi sangre ántes que invocar á vuestro Mahoma, y decir palabras tan sacrílegas, en que se da esa honra al falso profeta.» Con esto fué luégo degollado, sucediendo en su martirio casos prodigiosos; porque tirándole un golpe el verdugo, se hizo pedazos el alfanje sin hacer daño al santo Padre. Quedaron atónitos el capitan y los demas turcos que estaban presentes. Tomó otro alfanje el sayon, y de la misma manera le hizo pedazos sin hacer daño al santo varon, sino es que solamente le quedó una ligera señal del golpe. Al fin con el tercer alfanje, porque se entendiese confesaba el misterio de la Santísima Trinidad; le cortó la cabeza y envió su dichosa alma al eterno descanso. Sucedió su muerte en el mes de abril del mismo año que partió de Goa.

Despues de tan glorioso martirio se vieron al anochecer por espacio de cuarenta dias, sobre su santo cuerpo, muchas luces, como que el cielo ponia luminarias, haciendo fiesta al nuevo mártir, que entró triunfando sobre las estrellas. Fué cosa tan notable, que salian los moros á verlas, afirmando

muchos, que aquello era señal de la grande santidad del mártir. Por los mismos cuarenta dias estuvieron unas aves grandes y blancas, nunca vistas semejantes, sobre el sepulcro del soldado de Cristo, y revoloteaban al rededor. Sucedió tambien, que dentro de los mismos cuarenta dias, el capitan que le hizo matar y cuantos consintieron en su muerte, fueron tambien muertos. De esta manera volvió el Señor por la honra de su siervo y le hizo admirable, aun hasta los mismos moros; y á los que lc conocieron en vida lo fué mucho por las raras virtudes que en él vieron.

El martirio de este dichoso Padre escribió más cumplidamente que nadie, y despues de hechas su informaciones, el P. Pedro Jarrich, en el segundo tomo de su *Thesauro Indico,* cap. 22. Antes le escribió el P. Luis de Guzman, en el tercer libro de las *Misiones de la Compañia de Jesus,* cap. 24. Pedro Ordoñez Zaballos, libro tercero de su *Viaje del mundo,* cap. 26. P. Spinelo, en su *Trono virginco,*cap. 20. La *Centuria de los Mártires de la Compañia,* confirma lo que dice el P. Jarrich, y tambien el P. Antonio Vasconcelos, en la descripcion de Portugal, el cual llama á este mártir Francisco Georgio, llamándole los demas autores Abrahan: puede ser que tuviese uno y otro nombre. Confirman tambien lo que dice el P. Pedro Jarrich las *Annuas de la Compañia y Cartas* del P. Nicolás Pimienta y otros Padres. De este santo mártir hace Gerardo Montano en su *Centuria* este elogio:

Ora Maronitae viridi fulgentia Lauro
Et fractos enses, telaque dura vides.
Haec Abrahae facies, haec est patientis imago.
Mirata est tantum mors truculenta decus
Bis conatus erat iugulo defigere ferrum
Barbarus á gelidis Thermodoentis aquis.
Infixum innoeba toties ceruice metallum
Dicitur attonita, sed cecidisse manu.
Scilicet, et Chalyben tetigit dolor, ipsaque tantum
Specula carnificis erubuere nefas.

P. NIEREMBERG.

P. PEDRO PAEZ,

LLAMADO APÓSTOL DE ETIOPIA

El P. Juan Eusebio Nieremberg, en el tercer tomo de los Varones Ilustres de la Compañía, pone una breve suma, no de la vida de este apostólico obrero de la viña del Señor, sino de su navegacion á Etiopia, y de su muerte en aquel reino, por no haber alcanzado más noticias de sus heróicas obras, ni poderlas diligenciar por su corta salud. Y porque obras de tan señalado varon no se quedasen sepultadas en olvido, ha parecido conveniente referirlas aquí.

Escribió su vida copiosamente en varios capítulos el P. Manuel de Almeida, Provincial y Visitador de la India Oriental, en la Historia general de Etiopia, escrita en aquel mismo reino de los abisinos, por otro nombre el Preste Juan, é impresa en Coimbra el año de 1660, de la cual se ha copiado lo que aquí se dirá.

I

Su patria y estudios, entrada en la Compañía y viaje á la India.

El historiador de su vida da las primeras noticias de sus buenas prendas y altas virtudes, en el cap. 23 del libro 4, comenzando su narracion por el tenor de las siguientes palabras: Fué el P. Pedro Paez escogido por Dios para apóstol de Etiopia, que se puede con razon gloriar de haberle tenido por tal, dado de la mano de Dios, no ménos que el Oriente de S. Francisco Javier, porque tambien Etiopia logró esta dicha en el celo y doctrina del P. Pedro Paez.

Fué castellano de nacion, natural de la ciudad de Toledo, tan célebre en todo el mundo y dichosa por haberle dado perla de tanto valor. Hijo de padres nobles por su sangre y nobilísimos por las heróicas virtudes de hijo tan ilustre, que esmaltó la nobleza de su linaje con el valor de sus virtudes. Entró en la Compañía acabados sus estudios, y partió para la India el año de 1588.

Con estas palabras dá principio á su narracion el sobredicho autor, en que nos declara su patria, que fué la nobilísima ciudad de Toledo, fundacion de Hércules y Tolemon, en los principios de la poblacion de España, córte antigua de toda ella, y tan ilustre y agraciada, que como dice el P. Juan de Mariana, si toda España fuera un anillo, su piedra preciosa habia de ser la ciudad de Toledo. La cual, entre innumerables hijos esclarecidos en santidad, letras y armas que ha dado á la Iglesia, fué uno el apostólico P. Pedro Paez, ilustre por muchos títulos. Por su santidad, porque resplandeció en el mundo con altísimas virtudes; por su delicado ingenio y muchas letras, porque fué eminente en ellos; por su predicacion y celo de las almas, en que pudo competir con los apóstoles de Cristo, á los cuales imitó en los millares de leguas, reinos, y mares y naciones que anduvo por llevarles la luz del Evangelio, y enarbolar el estandarte de Cristo, por los trabajos, cautiverios y martirios que padeció de los infieles, en que se pudo igualar con muchos de los mártires que celebra la Iglesia, como se verá en el dfscurso de su vida; por las muchas almas que trajo al conocimiento de Dios, y los reyes y reinos que redujo al gremio de la Iglesia á costa de inexplicables fatigas, con que mereció el renombre de Apóstol y segundo Pablo de Etiopia.

De dónde y cuanto estudió, se tiene poca noticia, sólo dice el P. Manuel de Almeida, que fué de grande ingenio y muy útil y despierto para todo cuanto se ofrecia, porque no sólo disputaba y argüia en artes y teología con mucha agudeza, y predicaba con aplauso y fervor y grande fruto de los oyentes, sino que tambien sabia de medicina y de botica, y curaba los enfermos, y les hacia por sus manos y aplicaba las medicinas. Era pintor y arquitecto, cerrajero y albañil, y labraba con sus manos las piedras dándoles el último pulimento; y con estas habilidades fabricó por su persona en Etiopia muchas iglesias. Todas estas artes aprendió sin maestro, por sola su habilidad, industria y viveza de ingenio; y era tan eminente en cada cosa de estas, que cualquiera bastaba para hacer á un hombre insigne, y Dios las juntó todas en este sujeto, haciendo un ramillete de tantas y tan fragantes flores, para atraer con el olor de sus virtudes á los reyes y gentes de Etiopia, al gremio de la Iglesia. Y así decia muchas veces el Emperador de aquellos reinos, Seltan Seguad, á quien redujo á la fe católica, que en el P. Pedro Paez tenia en una pieza muchos y grandes sujetos: maestro para la doctrina, predicador para el alma, consejero para las dificultades, arquitecto para los edificios, médico para las enfermedades y árbitro para las guerras, porque de todo sabia y en todo hablaba con acierto. Y lo que más importa fué, que con su mucha caridad se valia de todas estas habilidades para hacer bien á todos, imitando al apóstol S. Pablo, que se hacia todo á todos para ganarlos á to-

[illegible] de tan buena gana acudia al negro y al esclavo, y al pobre y desvalido [illegible] al noble y al rico y al señor y puesto en dignidad, porque en todos [illegible] á Dios, á quien servia en todos.

Habiendo gastado en sus estudios lo florido de su vida, los sacrificó á Cristo [illegible] de la Compañía, porque discurriendo por varias partes á conocer [illegible] las personas de letras, y como suelen decir, medir con ellos la espada [illegible] de gente moza y que tiene por blason oponerse á los más [illegible] llegó á la universidad de Coimbra, célebre en Portugal, adonde la Compañía tiene un insigne colegio, no ménos en la observancia religiosa que [illegible] de las letras. Allí trató con los nuestros y se enteró del instituto de la Compañía. Contempló con mucho espacio la observancia religiosa de [illegible] comunidad, que pasando de doscientos, todos parecian uno en la paz y [illegible] de la vida, el órden de su gobierno, la modestia de su trato, el [illegible] de su vida, el lustre de sus letras y el celo con que diligenciaban [illegible] de sus prójimos, sin perder ocasion ni perdonar á fatiga ni trabajo por conseguirla. Todo esto solicitó su corazon para abrazar y seguir tan [illegible] y lo que le acabó de resolver, fué ver partirse tantos á las Indias á tierras tan remotas, como son el Japon y la Eutopia, desterrándose eternamente de su patria á peregrinar por las ajenas, sin otro interés más que [illegible] de las almas y procurar la salvacion de los prójimos, de que el seminario de Coimbra es como una fuente perenne y un caballo troyano, que da continuamente ejércitos de soldados valerosos para esta empresa de que hablo como testigo de vista: pues los envia de cincuenta en cincuenta, quedando los que quedan envidiosos de su dicha, y sólo este colegio ha criado más mártires y dado más obreros que han convertido más almas que provincias enteras.

Movido, pues, nuestro Pedro con el fervor de estos obreros y deseando seguir su ejemplo, se resolvió á tomar su instituto y pidió con humildad ser recibido en la Compañía, en la cual se alistó en aquel colegio, en el cual tuvo su noviciado con mucho fervor y ejemplo, aprovechando en poco tiempo más, que en mucho los que entran pequeños, que como enseña la experiencia, los caballos que se doman tarde, son más fuertes y valientes que los que se doman pequeños; y así sucede á los que entran de más edad en la religion si la toman con aliento, que aprovechan más que los niños y son de más robusto espíritu y aliento, como se vió en el P. Pedro Paez. El cual luego que acabó su noviciado, pidió ir á las Indias á predicar á los gentiles con ánimo de dar la vida por Cristo á los filos del martirio, y sus fervorosas instancias merecieron el logro de sus deseos. Porque viendo su fervor y las buenas prendas de que Dios le habia dotado para aquel santo empleo, entre muchos pre-

endientes fué escogido de los Superiores y enviado á las Indias Orientales el año de mil y quinientos y ochenta y seis, segun el más verdadero cómputo, con otros compañeros de la misma religion, á los cuales fué de grande utilidad y provecho, ya con el fervor de su caridad, ya con sus buenas habilidades referidas, sirviéndolos, curándolos, animándolos y ayudándolos en los ministerios de la predicacion y confesiones.

Era el P. Pedro Paez alto de cuerpo y enjuto, el rostro encendido del fuego interior que ardia en su pecho, los ojos vivos, índices de la agudeza de su ingenio, muy afable de condicion; sus palabras eran dulces y su conversacion suave, con que robaba los corazones de todos. Era obsequiosísimo, haciendo bien á todos. Su paciencia fué admirable, sufriendo injurias y baldones de los mismos á quien hacia bien, que este retorno tienen por los beneficios los hombres. Fué hombre muy mortificado y tuvo siempre muy enfrenadas sus pasiones. Vivia de la oracion, en que era muy contínuo, retirándose del trato y bullicio de los hombres á conversar con Dios y dar acero á su espíritu para los ministerios con las almas, y las obras exteriores con los prójimos, que en esta fragua celestial cobra fuerzás el espíritu y se rehace lo que se gasta en el trato con los hombres; con que siempre le hallaban templado, suave, pronto y fervoroso para cuanto se ofrecia, y era amado y deseado por compañero de todos.

II

Parte á la Mision de Etiopía y sucesos del viaje.

Habiendo muerto en Etiopía el Santo Patriarca Andres de Oviedo, y dejando huérfanos sin padre y sin abrigo los nuevos hijos que engendró en Cristo en aquel reino, para cuya perseverancia en la fe católica pidió con repetidas cartas á los reyes de Portugal, que enviasen nuevos obreros que llevasen adelante lo que á costa de tantos trabajos habia ganado, y no se perdiesen tantas almas reducidas al gremio de la Iglesia; lo que no pudo conseguir en su vida, consiguió desde el cielo, porque siendo rey de Portugal Don Felipe el II, y teniendo noticia de la necesidad que padecia Etiopía de obreros evangélicos que llevasen adelante la cristiandad católica que habian plantado los primeros; escribió apretadamente á su Virrey de Goa, D. Duarte de Meneses, que luego que recibiese sus cartas, enviase con toda diligencia religiosos predicadores de toda satisfaccion á Etiopia á cultivar aquellas nuevas plantas de la Iglesia, y á convertir aquellos reinos á la fe santa y verda-

dera, sin perdonar á trabajo ni cuidado, gastando todo lo necesario de real hacienda; porque este valeroso Príncipe, en quien corrieron parejas cristiandad, el valor y la prudencia, no estimó en tanto amplificar sus rei cuanto ensalzar el estandarte de la fe de Cristo y enarbolar en todo el su bandera.

Cuando llegó esta órden del rey, era muerto D. Duarte de Meneses, y cedido en su lugar Manuel de Sousa, caballero de valía, el año de mil y nientos y ochenta y siete; el cual luégo que recibió las cartas, vino al cole de la Compañía, y comunicó con el P. Provincial las órdenes de Su Ma tad y el modo que tendrian para cumplirlas; y despues de conferida la ria y ofrecido el Provincial todos los religiosos necesarios para empresa importante y tan propia de la Compañía; resolvió el nuevo Virrey, que entónces no fuesen más que dos Padres, los cuales tomasen el pulso á las sas de Etiopía y avisasen del estado en que estaban; y si las hallasen en zon de predicar el Evangelio y hacer fruto en los abisinios, enviarian obreros que cultivasen aquella viña.

Tomada esta resolucion, nació luégo la competencia entre los Padres colegio, pretendiendo cada cual la empresa, que cuanto era más trabajo arriesgada, tanto más era codiciada de los buenos religiosos. Tal era el vor de su espíritu, y el celo vivo de la salvacion de las almas que ardia sus pechos: finalmente, fueron escogidos entre todos el P. Antonio de M serrate, catalan, varon de conocida santidad y muchas letras, que habia bajado en Goa muchos años con igual crédito y fruto, y el P. Pedro P que habia llegado de Portugal aquel año, por sus grandes dotes y conoci talento para este ministerio, y luégo con toda diligencia partieron los Pad para la ciudad de Dío, con cartas para Luis de Mendoza, lusitano, corresp diente de la Compañía, para que desde allí los encaminase á Mazua, pu de Etiopia. Hiciéronse á la vela en dos de febrero de mil y quiniento ochenta y ocho.

El viaje fué trabajoso noviciado, y como prueba de lo mucho que desp habian de padecer en otras tierras. Porque lo primero esta navegacion muy trabajosa, por las grandes borrascas y tempestades que padecieron vista de Dío fueron tan récias, combatidos de contrarios vientos, que se ron varias veces sumidos en el agua y sin velas ni árboles. Por gran su se recogieron á una ensenada de tierra, señoreada de bárbaros moros, en gos del nombre de Cristo. Desde allí enviaron las cartas á Luis de Mend dándole razon de lo sucedido: él como experto en la tierra, les envió dos tidos de armenios para que viniesen disimulados y no les hiciesen mal moros que tenian paz con Armenia.

Estuvieron en Dio muchos dias sin poder hallar modo como proseguir su iaje; y en este tiempo el P. Monserrate no salió de casa, por ser tan conoci-lo en Goa y recelarse de que le descubriesen y embarazasen su jornada, á uya causa salia el P. Pedro Paez á diligenciar su viaje, y los muchachos por-ugueses, viéndole en aquel traje, le gritaron y corrieron por tres veces, ti-ándole lodo y piedras, en tanto grado, que se vió á pique de ser muerto. Y ra vez entrando en el castillo que tenian los portugueses, le acometió el oldado de guarda con la espada desenvainada, para envainársela en el pe-o, pensando que era moro y enemigo de nuestra fe y nacion, quien iba á antar la fe y á honrar la nacion española; pero fué desengañado, y deteni-o de un soldado que le conocia, y le dejó entrar libre en el castillo.

Diligenciada, pues, su jornada, halló un moro natural de Alepo, que se freció á llevarlos al Cairo, desde donde les dijo que iban ordinarias cáfilas de ercaderes á Etiopía, con las cuales podrian pasar sin algun riesgo. Su ansia a tal de verse ya en aquel reino, que dieron crédito al moro y se embarca-on en su nao á cinco de abril del mismo año de ochenta y ocho.

Llegaron á Mascate á hacer aguada, á donde hallaron un capitan portu-ués, que se llamaba Melchor Calaza, persona de buenas prendas, así de cris-andad como de valor y experiencia; muy versado en aquella tierra y muy evoto de la Compañía, el cual recibió y agasajó á los Padres Misioneros con ual caridad y benevolencia: y enterado de sus designios, les aconsejó que ejasen el viaje que habian comenzado, porque era muy largo y dudoso, y o ménos arriesgado por tierras de turcos enemigos, y que fuesen derechos á gun puerto de Etiopía, á donde él los enviaria con persona segura y prác-ca en aquellos mares. Tomaron los Padres su consejo y partieron de Mas-ate para Ormuz, á donde fueron hospedados con mucha caridad de los reli-osos agustinos, que tenian casa en aquella ciudad, en la cual estuvieron si un año entero, por no hallar pasaje á Etiopía; pero no ociosos, porque mplearon aquel tiempo en doctrinar á los niños y negros y esclavos de la udad, que eran muchos; en predicar y confesar á los portugueses, y en con-ertir á los moros de su falsa secta de Mahoma á la fe santa de Cristo. Y fué nto lo que trabajaron, que el P. Pedro Paez cayó enfermo de ardientes ca-nturas, que le pusieron en manifiesto peligro de la vida.

Estando las cosas en este estado, se llegó el tiempo de embarcarse para iopía, porque un moro ladino, gran marinero, se ofreció de ponerlos en eyla, puerto cerca de Etiopía, para donde se habia de embarcar presto; y sto que el P. Pedro Paez no podia ir por estar enfermo, se resolvió el Monserrate de no perder la ocasion y embarcarse con un mozo ladino, que servia de lengua, y dejar por entónces á su compañero, el cual sintió esta

resolucion de manera, que le pudo costar la vida el sentimiento de verse pri vado de la mision que tanto deseaba y que tanto habia solicitado.

Viendo partir á su compañero y quedar él enfermo, atravesado el coraz con esto, acudió á Dios nuestro Señor, dándole amorosas quejas porque l dejaba solo y le privaba de aquella empresa, malogrando sus deseos: y el mis mo Señor le consoló con una voz interior, que oyó sensiblemente que dijo: *Tú eres el que has de entrar en Etiopia y no tu compañero.* Quedó con soladísimo con este aviso que tuvo del cielo, el cual se cumplió á la letra como adelante veremos, porque el moro que los habia de llevar se receló d unas naves enemigas, que dieron vista á la ciudad y no se atrevió á salir, co cuya detencion mejoró nuestro enfermo y recobró fuerzas bastantes para pr seguir su viaje, como le hizo con su compañero.

III

Cómo partieron de Dio para Zeyla, y fueron cautivados de los moros en la mar.

Partiéronse los buenos Padres, á veinte y seis de diciembre del mismo añ de mil y seiscientos y ochenta y ocho, fiados del moro, que por precio d cuarenta pardaos ofreció desembarcarlos en el puerto de Zeyla, cerca d Etiopía; pero como infiel y sin Dios, los vendió más baratos á los moros d la costa, á quien dió secretamente aviso, cómo llevaba portugueses con quie tenian guerra, para que los espiasen y viniesen á cautivarlos.

Ignorantes los Padres de aquesta traicion, se embarcaron en su nao, ve tidos de armenios, para ir más disimulados. El moro los llevó á Mascate, y d allí salieron diciéndoles que iban á Zeyla, y á poco tiempo les sobrevino u tempestad tan récia, que se dieron por anegados. Los vientos eran tan f riosos, que hicieron pedazos las velas y troncharon los árboles: las olas par cian llegar al cielo, y combatiendo la nave, sumirla en los abismos; y l siervos de Dios, fiados en su Providencia, oraron incesantemente á la Divi Majestad, cual lo pedia la necesidad presente, pidiéndole misericordia y s corro, y á la Santísima Vírgen su piadosa intercesion; por cuyos ruegos n fueron anegados en aquella tempestad; y desechos y apurados, tuvieron gran ventura poder arribar á una isleta pequeña y mala de aquellos mares, cuya ensenada entraron, como si entraran en el puerto de la gloria: que qui escapa de semejantes peligros, la tierra tiene por cielo, y la más mísera ch za por suntuoso palacio. Así les sucedió á nuestros navegantes, los cuales,

isando la firmeza de la tierra, no cesaban de dar muchas gracias á Dios por aberles sacado con vida de tan manifiesto peligro, como habian tenido en l mar.

Llamábase esta isla Curia, y otra que tenia vecina Muria, ambas pobrísinas y necesitadas de lo necesario para la vida humana, sin trigo, ni arroz, ni naiz, que es el pan ordinario de aquella region; sin carnes ni frutas de importancia, ni árboles, ni leña para hacer lumbre. Las casas son unas malas chozas fabricadas de adobes y cubiertas de la broza que escupe la mar en las playas. Su manjar ordinario son peces crudos, por falta de lumbre, á que están acostumbrados los naturales, y les saben tan bien, y los digieren como si fueran los manjares más regalados de Europa: tal fuerza tiene la costumbre en que se crian aquellos bárbaros, sin género de culto ó policía. Tienen mucha ámbar, que sacan de aquellos mares, la cual ofrecieron á los Padres bien barata: que la abundancia baja el precio á lo que donde hay carestía vale anto. Pero los Padres, que no buscaban riquezas, no quisieron tomarla. Siee dias estuvieron en esta isla padeciendo pocas ménos incomodidades, con iesgo de ser cautivos, que habian pasado en la mar, hasta que reparado el navío, se hicieron á la vela, prosiguiendo su viaje en catorce de febrero de nil y quinientos y ochenta y nueve años.

Pero ordenándolo así Dios, para mayor corona de sus siervos y bien espiitual de muchas almas, á pocos dias de navegacion les sobrevino otra récia empestad, que los desvió del camino de Zeyla y los trajo á vista de Arabia, á donde los moros estaban sobre aviso, como dijimos, velando á ver si pasaban; y su capitan, en descubriendo el navío, envió dos embarcaciones lijeras, bien aprestadas de gente y municion de guerra, las cuales les dieron caza y prendieron y cautivaron, y trataron como á espías, y estuvieron cerca de ahorcarlos. Hiciéronles muchas preguntas. No dieron crédito á sus respuestas. Hurtáronles los vestidos, dejándolos casi desnudos y diciéndoles baldones y fulminando amenazas, los encerraron en uno como corral pequeño de tapias, que ellos llamaban castillo, lleno de pulgas y sabandijas, sin reparo para el sol, que era fortísimo, ni para el agua si llovia. De dia se abrasaban; de noche eran molestados de las pulgas y mosquitos, sin dejarlos reposar un instante. La comida y la bebida era más para matarlos que para sustentarlos. Este noviciado comenzaron los buenos misioneros para la profesion que habian de hacer en Etiopía, con pruebas de mayores trabajos, los uales sufrieron con admirable paciencia y alegría por amor de Cristo, reciiéndolos como regalos de su divina mano.

Habiendo, pues, visto el capitan su pobreza, que en toda su ropa no haia cosa de precio que pudiese codiciar, temiendo que no le hiciesen capítu-

los de que habia tenido en los portugueses alguna rica presa y tambien por lisongear al Rey de Jael, su señor, resolvió de remitírselos con su pobre recámara, y así los envió aprisionados en una embarcacion pequeña, en la cual fueron cinco dias tierra á tierra por el agua, hasta que llegaron á unos anchos arenales en los cuales desembarcaron, y quitadas las prisiones les obligaron á seguir á pie los camellos que llevaban.

Aquí se dobló su trabajo, porque iban descalzos de pie y pierna, medio desnudos, abrasándolos el sol del cielo y el fuego que la arena despedia de su seno. Cada paso les costaba gran fatiga. Los camellos andaban mucho, los Padres no podian seguirlos. Los moros los hacian andar á palos, dándoles con más inhumanidad que á los mismos animales. Iban sudando y jadeando, faltábales la respiracion y el aliento con la sombra del cansancio. No se veia sino arena y cielo, sin descubrirse árbol, ni mata, ni hallar una gota de agua para la ardiente sed que padecian, que era lo que más les afligia y les puso á riesgo de quedar muertos en aquellos arenales. Lo cual temiendo los ministros del Rey que los llevaban porque no les imputasen su muerte, los subieron sobre los camellos despues de dos dias de camino, y por grande regalo, para repararlos de tan crecido trabajo, les dieron un poco de agua de la que daban á los camellos y unos gusanos grandes asados en las ascuas, manjar que tiene aquella gente por regalo, y nuestros Padres cautivos en tan apretada necesidad, no pudieron arrostrarlos, y viendo que no los comian, les hicieron unos pequeños bollos de la harina que traian en su matalotaje, con que pararon aquel trabajoso camino que duró diez dias, con tales incomodidades poderosas á matarlos.

Despues de tantas fatigas, llegaron á una ciudad grande que se llamaba Tarin, no léjos de la córte del Rey, á que hicieron alto y corrieron la voz de que traian portugueses presos, cosa rara en aquella tierra, viniendo enjambres de moros á verlos por curiosidad. Ellos eran casi negros y admiraban ver los blancos. Al principio estuvieron suspensos contemplando su modestia y compostura, su silencio y su templanza, virtudes que enfrenan y causan respeto á los mismos bárbaros; mas el vulgo ignorante de mozuelos y muchachos, con tanto juicio como años, preguntó si aquellos hombres blancos reconocian á Mahoma por profeta soberano. Y como les respondiesen que no, comenzaron á gritarlos y escupirlos en el rostro; dijéronles mil baldones y afrentas, y pasando de las palabras á las obras, les tiraron lodo y piedras y palos, tantos y con tanto ímpetu, que los guardas que los llevaban los recogieron en una casa porque no los matasen. Este fué el recibimiento que tuvieron en esta insigne ciudad de Arabia, que fué la primera en que entraron.

Vista la mocion y maltratamiento del pueblo, y temiendo otro tanto á la

salida, los sacaron las guardas al amanecer y caminaron con ellos á una villa adonde moraba un hermano del Rey, que se llamaba Xafer, adonde llegaron despues de tres dias de camino. Este los recibió benignamente, hízoles muchas preguntas y mandó darles á beber cahoa, que es una agua cocida con la cáscara de cierta fruta que beben en lugar de vino y la tienen por regalada. Con esto los despidió afablemente y dijo á los que le asistian que estimara sumamente que aquellos portugueses fuesen moros.

Caminaron toda la noche y vinieron al amanecer á la córte del Rey. Lleváronlos á la fortaleza donde el Rey moraba, toda fabricada de adobes de que son todas las casas, y encerráronlos en una estrecha gruta ó garita de aquel castillo, adonde concurrió grande parte de la córte á verlos y á preguntarlos de las cosas de la India, de Goa, de Dio y Ormuz y de la Eutopia, cuyas noticias para ellos eran raras y las oian con grande gusto, remudándose todo el dia los que se iban ó llegaban.

De allí á dos dias mandó el Rey, que se llamaba Humar, darles sus vestidos para que pareciesen decentemente en su presencia, y él se vistió ricamente de paño muy fino y un turbante ó tocado escarchado de oro, sobre un trono de una vara y más de alto, cubierto con ricos tapetes. Era bien apersonado y representaba majestad; parecia de hasta cuarenta años. No quiso que interviniese el mozo intérprete que traian los Padres, sino una esclava renegada que tenia en servicio de la Reina, y sabia la lengua portuguesa. Por medio de ésta los habló el Rey y les dijo que no tuviesen pena por haber venido á aquella tierra, que él les haria buen tratamiento.

Luégo les preguntó quiénes eran, adónde y á qué iban y si habian menester algo. A todo respondieron la verdad, y á esto último, que les mandase dar los libros que venian con su ropa porque les hacian mucha falta; respondió que de muy buena gana, y en saliendo de su presencia les trajeron los Breviarios con que se consolaron mucho por la falta que les hacian para rezar las Horas Canónicas, como lo deseaban.

Cuatro meses estuvieron en esta ciudad los Padres sin tomar resolucion el Rey de lo que habia de hacer con ellos, padeciendo mucha penuria de todo lo temporal hasta que se resolvió de enviarlos al Bajá de Ramen, á quien era tributario, para que él dispusiese lo que quisiese hacer de ellos, y confirmó esta resolucion una carta que recibió del mismo Bajá, en que se los pedia, alegando que todos los portugueses cautivos pertenecian al Gran Turco, cuyo Virrey era él en Arabia, con lo cual se los envió luégo en camellos con un rico presente para tenerle más grato, y despues de doce dias de camino por montes y arenales, llegaron á su corte.

Salió á recibirlos su gobernador con mucha gente de á caballo, no para,

honrarlos, sino para honrarse llevándolos delante de su caballo á pie, como en triunfo, al modo que llevaban los romanos en sus triunfos á los cautivos; así fueron los religiosos Padres como esclavos por las calles principales de la ciudad, hasta el palacio del Bajá, el cual, despues de varias preguntas, los mandó encerrar en una cárcel y cargar de hierros. Al P. Monserrate no los pusieron, como le vieron tan viejo, pero pagó por ambos el P. Pedro Paez, como más mozo y fuerte, á quien cargado de cadenas hacian trabajar de dia y de noche con inexplicable trabajo, el cual le endulzó Dios dándole materia de servirle en el consuelo de muchos portugueses que hallaron presos del Bajá, tan apurados de sus malos tratamientos, que sola su fortaleza pudiera tener constancia para no faltar en la fe.

A estos consolaron, y animaron y esforzaron á sufrir el cautiverio y á perseverar en su santo propósito administrándoles los Santos Sacramentos. Hicieron en la cárcel un oratorio adonde decian Misa, y predicaban y celebraban los Divinos Oficios, á que asistian muchos turcos, mostrando gusto de verlos, y daban los Padres por bien empleado su trabajo, por ayudar á aquellos fieles y encaminarlos al cielo, juzgando que Dios los habia traido á aquella tierra para su remedio, porque entre otros muchos redujeron á la fe cinco renegados, que apretados de los turcos habian desamparado la fe de Cristo y pasado á la secta de Mahoma, los cuales reconciliados con la Iglesia, tuvieron traza para venir á tierra de cristianos, adonde vivieron y murieron santamente.

IV

Pasan grandes trabajos hasta ser rescatados y salir de cautiverio.

El mozo suriano que les servia de intérprete y era muy versado en las lenguas de la tierra, trabó amistad con un turco, y fué tan estrecha, que le negoció la libertad con el Bajá, de que dió cuenta á los Padres, despidiéndose de ellos y ofreciéndoles juntamente de diligenciar la suya, como en efecto lo cumplió pasando á Ormuz y á Dio y Goa, y haciendo en todas partes diligencia con los Virreyes y capitanes para que los rescatasen como lo hicieron segun luégo veremos. En el ínterin el Bajá los hizo sus jardineros, que eran todas sus delicias y el mayor favor que pudo hacerlos, teniéndolos en sus tierras, porque él habia sido jardinero del Gran Turco y subido de aquel oficio á la mayor dignidad de el reino, y en memoria de su primera fortuna guardaba el arado y la ahijada en su aposento, con que labraba la tierra

como se escribe de Agátocles, rey de Sicilia, que teniendo bajillas de oro, comia en platos de barro, en memoria de su padre que habia sido ollero, confundiendo estos dos infieles, el uno moro y el otro gentil, la soberbia de muchos cristianos, que siendo de linaje humilde se desprecian de sus padres y toman los que no tienen para ser más honrados por ellos. Por esta causa el Bajá se inclinaba tanto á las huertas y jardines por haberse criado en ellos, y los Padres lo pasaban mejor sirviéndole en aquel oficio, regalándole con frutas y flores; pero duróles poco este alivio por la causa que ahora diré.

La mujer del Bajá era muy compasiva y piadosa, y como tal, tuvo lástima de los buenos religiosos, y oyendo sus muchas habilidades y lo que la fama pregonaba de su sabiduría y las disputas que tenian con los de su ley, deseó verlos, para lo cual mandó al eunuco que estaba de guardia, que los trajese á ver un hijo suyo de siete años, en ocasion que el Bajá saliese á las huertas más distantes. Obedeció el eunuco y los Padres trajeron un pomo de agua de olor y un ramillete de flores y algunas frutas al niño, que se holgó mucho con ellas; la madre estuvo encubierta mirando muy á su salvo á los dos religiosos, y el agrado y discrecion con que regalaron á su hijo, y acrecentando con esto el deseo de su libertad, dió órden que hiciesen un memorial en que á título de pobres pidiesen libertad y licencia para ir á Jerusalen; y que este memorial se le diesen á tal tiempo estando ella presente. Todo se hizo como lo ordenó, y en leyendo la peticion, intercedió con el Bajá para que la concediese, con tales y tan buenas razones, que el Bajá mandó luégo darles libertad y pasaporte para Constantinopla y de allí á Jerusalen.

Con esta alegre nueva respiraron nuestros cautivos; pero marchitóse tan presto como las suyas esta flor, porque el Veedor de la hacienda real del turco, informado de un mercader mal intencionado, que por aquellos cautivos tan sabios darian cinco mil ducados y que los perdia el Gran Señor y se los pedirian á él, fué al Bajá y contradijo su libertad, persuadiéndole lo mucho que perdian, y vencido con la codicia del dinero, revocó su mandato y quebrantó su palabra: que la insaciable codicia del oro y de la plata atropella con la honra y con todos buenos respetos, y despeña á los hombres en abismos de maldades, como sucedió á estos.

Porque dando crédito el Veedor á lo que le dijeron, puso en duras prisiones á los Padres y los trató cruelísimamente para obligarles por este medio á que le trajesen gran rescate, y ya no se contentaba con cinco mil ducados, sino que les decia no habian de salir de aquellas prisiones ménos de que le diesen veinte mil de oro ó plata. La cárcel en que los puso fué un calabozo oscuro, tan estrecho, que no cabian tres hombres en él, y tan bajo, que sentados daban con las cabezas en el techo, húmedo y malsano, más propio

para sepultura de muertos que para habitacion de vivos; y para mayor tor mento les echó unas argollas gruesas de hierro á los cuellos, con unas larga y pesadas cadenas. La comida era un poco de pan bajo de maiz mal cocido en corta cantidad y alguna otra frutilla de la tierra, con un poco de agua tur bia; sustento tan miserable más para abreviar la muerte que para dilatar l vida.

Seis años pasaron los religiosos Padres en Canaan de Arabia, corte del Re de Xael, en tan duro y penoso cautiverio, hasta que cansados el Bajá y e Veedor de la hacienda real de esperar el rescate, perdidas las esperanzas d tenerle en aquella tierra, determinaron de enviarlos á Meca, á donde careá dose con los mercaderes portugueses que vienen á comerciar en aquel pue to, negociasen con ellos, ó por su medio que les enviasen el rescate que tan to codiciaban.

Pusiéronlos en camellos, y el P. Monserrate iba tan quebrantado de lo trabajos pasados en sus muchos años, que áun tenerse en los camellos no po dia, y así cayó dos veces con riesgo de la vida. Llegó á la ciudad maltratad y el regalo que halló para repararse fué el siguiente. Recibiólos un criad agente del Veedor en su casa, y vistas las cartas de su amo, antes de darle una sed de agua, les pidió los cinco mil ducados del rescate, y como le res pondiesen que no tenian oro ni plata, ni órden de haberlo para dárselo, s indignó de manera, que los lanzó en una sima honda y oscura, llena de fa dos de pimienta, clavo y canela y otras drogas de la tierra. El calor er grande, y el que exhalaban de sí aquellas especies tan vehementes, sin te ner ventana por donde respirar el tufo que despedian, que los pobres caut vos estuvieron á pique de ahogarse, lo cual temiendo aquel cruel criado, l sacó á otra pieza medio muertos; y aunque el P. Pedro Paez, como má mozo y robusto, pudo resistir á este incendio, el P. Monserrate, apurado d fuerzas, cayó enfermo y estuvo de tanto peligro, que le tuvieron por muert Pero la providencia de Dios y la buena industria de su compañero que l sirvió de médico y enfermero, le sacó de aquel peligro, curándole con mu cha caridad y buscándole algun regalo entre los mercaderes y pasajeros.

En habiendo cobrado fuerzas, los puso el cruel criado en una galera ata dos al banco con un ramal de cadena entre los otros remeros, dándoles cad dia una corta medida de maiz para el sustento, expuestos á las inclemencia del cielo. El cómitre era un moro feroz, que siendo cautivo de los cristiano habia remado en sus galeras, y por su industria se habia huido, y quiso ven gar en los Padres los azotes y palos que le habian dado los cristianos; y co esta rabia descargaba tales y tan contínuos azotes en ellos, que á no favore cerlos Dios con su gracia, fuera imposible sufrirlos. Y cuando llegaba la no

che, en que podian esperar algun alivio, eran acometidos de enjambres de pulgas y mosquitos, que juntos con el hedor intolerable de los forzados, y la brea y alcrebite de la galera, formaban un tormento del infierno, á donde ni de dia ni de noche hay género de alivio. Así estaban nuestros cautivos en un continuado tormento: de dia, recibiendo azotes y palos, y padeciendo ardentísimos soles, hambres, sed y malos tratamientos; de noche, picaduras de tábanos y mosquitos, pulgas y abispas, hedores é inquietudes: todo lo cual llevaban con admirable paciencia y alegría por amor de Jesucristo, deseando continuamente padecer más y más por su servicio; y el Señor, que no se olvidaba de los suyos, obligado de su paciencia, los sacó con su alta providencia de aquel duro cautiverio que padecieron un año en Meca con tan grande tormento.

El intérprete que llevaban, que, como dijimos, alcanzó libertad por medio de un turco amigo suyo, vino á Goa y dió noticia de su cautiverio á los de la Compañía, y estos al rey D. Felipe II, el cual envió luego órden para que de su real hacienda los rescatasen á cualquiera costa que pidiesen. Este órden llegó al Capitan y Gobernador de Dio, D. Matías de Alburquerque, hijo de D. Manuel de Alburquerque, que los habia despachado para Etiopía; y recibido el órden del Rey, escribió á Meca al correspondiente suyo, que luego á letra vista rescatase aquellos dos religiosos de la Compañía, sin reparar en el precio y se los remitiese.

Los Padres estaban tales, y los moros tan desahuciados de su rescate, que fácilmente se convinieron en el precio, y así los dieron en mil y trescientos cruzados, que son escudos de Castilla; y libres de aquella esclavitud, vinieron á Dio, á donde los recibió el Gobernador con grande caridad y benevolencia, y los PP. Capuchinos y Dominicos que tienen conventos en aquella ciudad, los agasajaron y regalaron mucho: de allí pasaron á Ormuz y Goa, donde fueron recibidos de los nuestros con la caridad que acostumbra en todas partes la Compañía.

V

Muerte santa del P. Antonio de Monserrate.

Siete años padecieron los misioneros apostólicos en el dicho cautiverio, ganando muchas almas para Dios, y para sí grandes merecimientos; y aunque padecieron tantos trabajos, como se ha visto; no por eso desistieron de su intento: que la hermosa Raquel de la mision de Etiopía, que pretendian como á esposa de su alma, la juzgaban por digna, no sólo de siete, sino de

catorce años de trabajos por alcanzarla; y todos les parecian pocos por la grandeza de su amor y el fuego de su caridad, con que deseaban traer al rebaño de la Iglesia aquel desviado reino. Pero Dios, cuya infinita Providencia ciñe el orbe y comprende lo criado, y tiene presente lo futuro y lo pasado, y dispone todas las cosas como á su servicio convienen; dispuso, que de los dos, el P. Paez fuese á Etiopía, y el P. Monserrate al cielo, porque llegó tan quebrantado de los trabajos del cautiverio, que desfallecieron sus fuerzas y perdió el aliento.

Enviáronle por mejor temple al colegio de Salsete; pero iba tan debilitado y flaco, que sobreviniéndole la calentura, le acabó brevemente á cinco de marzo de mil y seiscientos. Su muerte fué tan santa, como habia sido su vida, de que diremos aquí algo brevemente.

Fué el P. Antonio de Monserrate catalán de nacion, natural de la ciudad de Vich, no léjos de Manresa, adonde San Ignacio nuestro Padre hizo penitencia y compuso el admirable libro de los Ejercicios en el que exceden á las palabras las sentencias.

Sus padres fueron nobles y ricos, no ménos de los bienes espirituales que de los temporales, muy ejemplares y piadosos, y como tales criaron á su hijo en el temor de Dios y en todo género de virtudes; y con designio de que fuese de la Iglesia, le enviaron á estudiar á Barcelona, adonde, ordenándolo así Dios, fué condiscípulo de S. Ignacio nuestro Padre.

Cursando ambos á un mismo tiempo en la escuela del mismo maestro, tuvo no sólo conocimiento con el Santo, sino amistad, venerando desde entónces su santidad y su ejemplo. Antonio era niño, S. Ignacio de treinta y tres años cumplidos, y como si fueran de una edad, pasaba con él las lecciones, pagado de su buen natural. El niño enseñaba al grande la gramática, y el grande al niño la sabiduría del cielo, dándole saludables consejos, instruyéndole en la virtud, dándole algunas devociones, llevándole en su compañía á los templos y á las fiestas, á oir sermon y á frecuentar los Sacramentos, y de tal maestro salió tal discípulo, tan aficionado á su persona, que podemos decir que le escogió Dios desde la escuela para piedra de su religion y su primer compañero; porque si bien no fué de los diez primeros compañeros suyos, fuélo desde la escuela adonde recibió su espíritu, que conservó siempre como niño criado desde entónces á sus pechos.

Estudió Artes y Teología, y en llegando los primeros Padres á Barcelona y sabiendo que eran hijos de S. Ignacio, su maestro; se le fué el corazon tras ellos y pidió ser admitido en su religion, y los Padres le recibieron con grande gusto por verle tan aprovechado en las letras, y en el espíritu que parecia haberse criado toda su vida entre los nuestros.

A poco tiempo despues de recibido, le enviaron á Portugal, adonde estaba más fundada la Compañía, y allí leyó dos años letras humanas con gran crédito, y se ordenó de Sacerdote y acompañó al P. Luis Gonzalez de Cámara, maestro del rey D. Sebastian, y él lo fué de los de su palacio, á los cuales les leia y enseñaba letras humanas en el ínterin que el Padre las enseñaba á su príncipe.

Fué fervorosísimo obrero de la viña del Señor, predicando y confesando incansablemente, acudiendo á cárceles, hospitales y enfermos, y enseñando á los grandes el camino del cielo.

Por muerte del P. Manuel Alvarez, fué Rector del colegio de S. Antonio de Lisboa, el cual gobernó con admirable prudencia, enfervorizando á todos con sus palabras y ejemplos. Hallóse en la grande peste de Lisboa en el año de mil y quinientos y sesenta y nueve, en que murieron más de ochenta mil personas. Aquí hizo alarde de la grandeza de su espíritu y de la fineza de su caridad, ordenando sus escuadrones para remedio de los enfermos: repartió por barrios y estancias todos los de su colegio, y él tomó la mayor parte, caminando delante de todos con su ejemplo, acudiendo á los apestados con el sustento del alma y cuerpo, curándolos y regalándolos, consolándolos y sacramentándolos y sepultando los muertos; y no murió con su muerte ni se menoscabó la caridad de este infatigable obrero, porque viendo muchas huérfanas pobres, sin padre ni madre ni amparo, en manifiesto riesgo de perderse, fundó un convento de Sta. Marta, adonde las recogió y sustentó, el cual persevera hoy con grande religion y crédito por las muchas señoras nobles que han tomado su hábito y profesion, reconociendo al P. Antonio de Monserrate por su primer fundador, como el de Sta. Marta de Roma á S. Ignacio nuestro Padre, que como tuvieron el mismo espíritu fundaron el mismo monasterio.

No se acabó con la peste de Lisboa el fervoroso espíritu del P. Antonio de Monserrate; ántes cobrando nuevos alientos, como los capitanes que han alcanzado alguna grande victoria, intentó nuevas empresas, porque llegando á Portugal el año siguiente de mil y quinientos y setenta el P. Alejandro Valignano, Visitador de la India; hizo tales instancias por pasar con él á la conversion de los gentiles, que con dolor de los Superiores, por apartarle de su lado, le dieron licencia para ir á la India, porque fué tal la grandeza de su espíritu que no le cabia en Europa y se extendia á todo el mundo,

En la India trabajó gloriosamente, así predicando á los fieles como convirtiendo á los infieles á la fe santa de Cristo. Fué á la mision del Mogol, donde estuvo dos años convirtiendo á aquellos bárbaros, catequizando y bautizando grandísima suma de indios, De allí le trajo el Provincial para compañero,

y visitó con él grande parte de la India. Acabada la visita se ofreció con tantas veras á la mision de Etiopia, que los Superiores se hallaron obligados á concedérsela, y Dios, que admitió su voluntad, dió el lleno á sus méritos, dándole ocasion de padecer siete años de martirio prolongado en el dicho cautiverio, de que goza y gozará eternamente en el cielo.

Hace honorífica mencion de este insigne varon la Crónica de la Compañía en la segunda parte, en el capítulo cuarenta y tres del libro cuarto; y más extensamente el P. Manuel de Almeida en la historia de Etiopia en el capítulo octavo del libro tercero. Ahora volvamos al hilo de nuestra historia, y veamos los empleos y gloriosos hechos del P. Pedro Paez, cuya vida escribimos.

VI

Entra en Etiopía el P. Pedro Paez, y sucesos del camino.

En el ínterin que el P. Pedro Paez pasó su cautiverio, llegaron cartas á Goa de Etiopía, pidiendo con mucho encarecimiento que enviasen algunos Padres á aquel reino, para que no se acabase de perder aquella cristiandad, desamparada por causa de que sólo habia quedado el P. Melchor de Silva, el cual estaba muy achacoso y viejo, y con pocas fuerzas para llevar sólo tan crecido peso de portugueses y abisinios católicos, repartidos en muchas partes del reino; y á la misma sazon llegó nueva órden del Rey D. Felipe II, en que mandaba apretadamente, que enviasen nuevos religiosos de la Compañía á Etiopía, que supliesen por los que estaban cautivos; y para seguridad del viaje, mandó aprestar seis galeras bien artilladas, y reforzadas de soldados, que limpiasen aquellos mares de piratas, y llevasen los dichos religiosos á salvamento. Lo primero se cumplió, siendo señalados luégo para esta empresa los PP. Francisco Antonio de Angeles, napolitano, y Antonio Fernandez, portugues, que habian llegado aquel año á la India. Lo segundo no tuvo entónces efecto por varios accidentes que sucedieron.

Partieron los dos Padres á Dio, camino de Etiopía, cuando el P. Pedro Paez estaba mal convalecido de los trabajos de su cautiverio; pero aunque el cuerpo estaba flaco, el espíritu estaba robusto, y tan fuerte y fervoroso, que tuvo por caso de ménos valer, que otros le llevasen la ventaja en salir á aquella empresa, que juzgaba ser suya, por haber nueve años ántes que habia partido á ella, y no lo habia desmerecido por los trabajos que padeció en el cautiverio, por lo cual pidió con repetidas instancias á los Superiores que le

ıviasen á Etiopía, á donde Dios le llamaba para predicar á sus moradores. .as instancias fueron tales, que moviendo Dios sus corazones, le dieron su endicion, y le enviaron á Etiopía.

Grande fué el alborozo que tuvo el siervo de Dios con tan deseada licen- :ia, en cuya ejecucion pasó luégo á la ciudad de Dio, á donde se detuvo mu- :hos dias con los dos Padres referidos, sin hallar embarcacion; y por lograr ien el tiempo, dieron principio al colegio, que tiene allí la Compañía, que a sido como castillo roquero para defender nuestra fe, y hacer guerra á la ecta mahometana y á la bárbara idolatria.

Mas el fervoroso espíritu del P. Pedro Paez no pudo sufrir tan larga dila- ion para cumplir sus deseos, y viéndose imposibilitado de pasaje, trató de ıplir con industria la falta de fuerzas: para lo cual, como habia aprendido n el cautiverio la lengua turquesca, habló con un turco de paz, que estaba ı la ciudad, persona de buenos respetos; hízosele amigo, conquistóle con ádivas su voluntad, alabando su nacion; y como hablaba su lengua que en erras extrañas es un linaje de parentesco, prendóse grandemente el turco e su amistad y buena correspondencia. Visitaba y regalaba al Padre, y siem- re decia, que estimara sumamente poder servirle en su tierra. Tomóle esta alabra el P. Paez, y díjole, que se iria con él si queria llevarle consigo, por- ue le importaba pasar á Etiopía. El turco aceptó la palabra, y le ofreció de ncaminarle á aquel reino con toda seguridad; y hecho este concierto, con cencia del Gobernador y la bendicion de su Superior, partió sólo con el ırco á veinte y dos de marzo de mil y seiscientos y tres años, y en po- ɔ más de un mes llegaron con próspero viento á Mazua, patria del turco migo, el cual procedió como tal, regalando, y hospedando al Padre, y de- :ndiéndole de las demasias, que solian los infieles hacer á los cristianos n su tierra.

Luégo que llegó el Padre á este puerto, halló órden para escribir á Etio- a, cómo se hallaba tan cerca, que fué alegrísima nueva para el P. Melchor lva y los demás cristianos; y como en muchos dias no pudiese hallar órden ra su partida; porque por mar no iban navios, y por tierra era el camino iesgadísimo, ya por los ladrones, que son en aquella tierra infinitos; ya r las fieras, que habitan aquellos montes, que no son ménos que los ladro- ;, por cuya causa no pueden caminar sino en cuadrillas muchos juntos; es- a desconsolado, dando trazas para hacer su viaje, y no las hallaba efectivas. Finalmente, acudió á Dios, cuya causa hacia, suplicándole, que abriese una puerta para poder pasar á la tierra que le habia prometido cuando ıba enfermo en Dio, de que nunca perdió la esperanza; y valióle, como á hijos de Israel, cuando salieron de Egipto; porque Dios, que nunca des-

ampara á los suyos, le abrió fácil entrada á Etiopía en medio de tantas dificultades, trayendo seis cristianos abisinios, enviados de aquel reino de los soldados portugueses, á buscar cartas y recaudos de Portugal y de la India, en las naves que habian llegado á Mazua.

Cuando el Padre los vió, los tuvo por ángeles venidos del cielo: hiciéronle larga relacion del estado de aquel reino, y del que tenia la cristiandad, y la necesidad que habia de Sacerdotes y de obreros para aquella desamparada viña del Señor, que todo fué echar aceite al fuego de sus deseos. Luégo ordenaron su partida por tierra, la cual era fragosísima por montes y selvas incultas, infestadas de ladrones, y habitadas de tigres y leones, y otras fieras, que se sustentaban de los pasajeros que cogian. Nada de todo esto acobardó el invencible ánimo del soldado valeroso de Cristo, en cuyo favor y providencia confiado, se abalanzó alentado á los peligros, y ofreciendo á Dios su vida, comenzó á pié su camino á los cinco de mayo de mil y seiscientos y tres años, con los seis cristianos abisinios, vestido pobremente, medio de moro, medio de abisinio, para ir mucho más disimulado si cayese en manos de ladrones.

A la primera jornada les sucedió una cosa, que se tuvo por milagrosa providencia del Altísimo; y fué, que retirándose el Padre á reposar por el grande cansancio que tenia, apénas habia cerrado los ojos, cuando le despertaron las voces de los compañeros, llamándole con gran prisa. Levantó la cabeza, y vió un fiero leon como á diez pasos de sí, amenazándole con los ojos para quitarle la vida: duro trance y temeroso peligro, para quién iba desarmado y sin defensa ni abrigo; pero túvole en su firme confianza en la proteccion divina, de la cual se valió acudiendo á la oracion, que es el arnés más tranzado, y la más bélica arma que tiene un siervo de Dios para con sus enemigos, como le sucedió al bendito Padre. El cual, hincado de rodillas, pidió á la divina Majestad, que si convenia á su servicio, le defendiese de aquella fiera que le queria quitar la vida. Su oracion fué tan poderosa para refrenar al leon, como si sus palabras fueran llamas de fuego que salieran de su boca, porque el leon le miraba, y el Padre oraba, y él no acometia; tornaba á mirarle, y retirábase como quien le temia, y asi lidiaban la oracion del siervo de Dios con la fiereza del leon, hasta que dándose por vencido, volvió las espaldas y huyó á los montes, y dejó el paso franco al Padre y á sus compañeros, y prosiguieron su camino.

Habiendo vencido esta y otras dificultades con el favor divino, llegaron pasados cinco dias, á Debarao, primera ciudad y puerto de Etipía; y cuando el bendito Padre se vió en aquella tierra, que le habia costado, no siete, ni catorce años de pretension y trabajos, como á Jacob su querida Raquel, sino

quince cumplidos desde el año de ochenta y ocho hasta el de seiscientos y tres, padeciendo por ella cautiverios, tempestades, hambres, sed, mazmorras, cadenas, golpes, azotes y palos, remando en las galeras de los moros: viéndose ya en el puerto deseado, se echó pecho por tierra en el suelo, y como quien abrazaba á su esposa, le dió los brazos y besó la tierra, dando á Dios infinitas gracias por haberle traido á ella, regándola con tiernas lágrimas que corrian de sus ojos, fertilizándola con ellas para que diese copiosos frutos la semilla del Evangelio, que venia á sembrar en todo aquel imperio.

Llegó la nueva de su venida á los portugueses, los cuales vinieron con su capitan el dia siguiente á recibirle y festejarle con todas las demostraciones posibles: lleváronle como triunfando de tantas y tan prolijas guerras como habia padecido, á la ciudad de Fremona, á donde residian, en la cual entró á quince de mayo: y lo primero fué á visitar la casa en que habia vivido y muerto el santo Patriarca Andres de Oviedo, pobre y estrecha, pero muy rica y preciosa por haber sido nácar de tal perla, consagrada con la presencia de aquel varon tan santo: veneróla arrodillado con igual ternura y devocion, y no se hartaba de besar aquel suelo que habia pisado aquel Santo.

Luego le llevaron á su posada, y dieron aviso al P. Melchor de Silva, que habia seis meses discurria por el reino, confortando y consolando á los católicos, y confesando y diciendo Misa á los fieles, siendo único Pastor de tan copioso ganado. Vino luego á ver al nuevo misionero á Fremona, y aquí faltan palabras para declarar el gozo que los dos Padres tuvieron de verse y comunirarse, que con dificultad puede entenderse cuál fué mayor, el gozo del que llegó ó el que tuvo de verle el Padre que le esperaba.

Luego trataron del gobierno de aquella cristiandad, y lo primero enviaron cartas con el capitan de los portugueses al Emperador de aquellos reinos, que se llamaba Jacobo, y era muy inclinado á los católicos, á darle cuenta cómo el Padre habia venido á servirle, así á él como á todos sus vasallos. El Emperador agradeció el aviso y mostró grande alegría de su venida y le respondió cortesmente, dándole el parabien de su llegada, y pidiéndole, que en pasando el invierno fuesen á su corte, porque deseaba verle y hablarle; pero no cumplió este deseo, porque ántes que pasase el invierno, pasó la fortuna de su imperio y fué desposeido de la corona y desterrado á tierras muy distantes y remotas, como despues veremos.

Y porque sigamos sin interrupcion el hilo de nuestra historia, quede dicho quí cómo el P. Melchor de Silva estaba resuelto, cuando llegó el P. Pedro aez, de pasar á la India á informar á los Superiores del estado de Etiopía y negociar á boca le diesen los sujetos que por cartas no le habian concedi- o: y llegado el Padre, despues de haberle informado bien de todo, é introdu-

cido con los portugueses y abisinios, ejecutó su intento y se partió y llegó á Goa, á donde le dejaremos para proseguir la vida de nuestro insigne misionero, nuevo apóstol de Etiopía.

VII

Comienza el P. Pedro Paez su mision en Etiopía.

En habiéndose reparado del camino, comenzó luégo su obra el operario evangélico de Cristo, predicando á los portugueses y administrándoles los santos Sacramentos de la Iglesia: y como el golpe de la mies eran los abisinios, puso todo su conato en el aprender su lengua para poder obrar en ellos; y ayudándole la gracia divina, se hizo tan señor de ella, que en breve tiempo pudo traducir algunos libros espirituales de la lengua portuguesa en la de los abisinios, de los cuales fué el primero el Catecismo de la doctrina cristiana, que compuso el P. Marcos Jorge, de nuestra Compañía, en forma de diálogos con preguntas y respuestes, de quien dicen se valió el P. Jerónimo de Ripalda para el suyo, que es una breve suma de toda la teología, y un quilo y sustancia de lo que debe creer, saber y obrar un cristiano, dispuesto con admirable claridad y órden.

Este ovillico de oro y ramillete de flores tradujo el discreto Padre en la lengua de Etiopía, y le dió á los niños para que le aprendiesen, y los industrió en las preguntas y respuestas, representando aquellos diálogos con tal gracia y destreza, que todo el pueblo concurria á oirlos, con más gusto que si fuera una comedia, alegrándose los Padres de oir hablar en público á sus hijos, dando mil alabanzas al maestro que los enseñaba tan buena doctrina.

Pero quien más se pagó de este ministerio tan nuevo cuanto provechoso en aquel reino, fué el Virrey de aquella provincia de Tygre, donde el Padre moraba; el cual, no sólo iba á oir á los niños á las plazas, sino que muchas veces los llevaba á su palacio para que los oyesen su mujer y familia, ensalzando hasta las nubes la industria del P. Paez, que con tan dulce y santa sagacidad enseñaba á los grandes la doctrina católica por medio de los niños. Porque fueron muchos los que se redujeron á la Iglesia Romana de los cismáticos por este medio, dándoles á beber la triaca de la doctrina cristiana en estos brinquiños pequeños de los meninos, y decian los gobernadores y los hombres entendidos, que era muy de notar ver que tanta infinidad de monjes como habia en Etiopia, no habian sido para hacer otro tanto como habia hecho un extranjero en pocos dias.

Predicaba con grande fervor así á los portugueses como á los abisinios; disputaba con los monjes sobre las verdades católicas, convenciéndolos claramente y desterrando sus errores con la luz de su doctrina, enderezando á todos para el camino del cielo con admirable fruto, y en poco tiempo cobró en todo el reino opinion de insigne predicador y hombre doctísimo.

Su fama llegó á la córte, adonde ya no reinaba Jacob, hijo bastardo del Emperador difunto, sino Zadan Guil, sobrino suyo, á quien viviendo nombró por sucesor de su corona, y con el favor de los grandes del imperio, se la quitó al bastardo, y por mucha indulgencia le dejó con la vida desterrado á lejas tierras. Llamóse en su coronacion Asnat Seguad, porque los emperadores de Etiopia tienen costumbre de mudarse el nombre cuando los coronan como nuestros Pontífices.

Era este Príncipe de veintiseis años, bien apersonado y entendido, de generoso natural, amigo de la justicia, inclinado á la religion y al culto divino, muy humano y afable y liberal, con que ganaba las voluntades de todos, porque esta es la piedra iman que rinde y encadena los corazones más de acero. Cuando el Virrey fué á darle la obediencia, le dijo tantas y tales cosas del P. Pedro Paez y de las doctrinas de los niños, que el Emperador concibió gran deseo de verle y oir á sus discípulos, para lo cual de escribió una carta pidiéndole que se llegase á la córte por el tenor siguiente:

Carta del Emperador Asnat Seguad.

«Llegue, oh honrado Padre maestro de los portugueses, que deseo saber cómo estais y si sabeis lo que pasa y habeis tenido las buenas nuevas de las mercedes que nos ha hecho Dios nuestro Señor, porque habiendo estado preso siete años y padecido trabajos sin cuento, mas compadeciéndose Dios nuestro Señor de nuestra miseria, nos sacó de la prision y nos dió el imperio poniéndonos en cabeza de todos, como dice David: *Lapidem quem reprobaverunt, hic factus est in caput anguli.* Lo que resta es, que el mismo Señor, acabe en bien lo que ha comenzado. Deseamos mucho que vengais luégo por acá y que traigais los libros porque se gobierna el Rey de Portugal, si los teneis, porque holgaré mucho de verlos.»

Esta carta le escribió el Rey, y con ella dió órden al Virrey para que trase al Padre á su córte, el cual se holgó grandemente con ella, viendo que Dios abria camino para la doctrina católica en aquel reino, porque si el Emperador la abrazaba, era más que probable que la recibirian tambien nobles y plebeyos.

En recibiendo esta carta, dispuso el Virrey el viaje, y el Padre llevó consigo algunos hijos de los portugueses, los más diestros y versados en los diálogos del catecismo. Fué grande la honra que le hacian en todas partes, mirándole como á valido de su Príncipe ántes de haberle visto, que la ambicion es un Argos que se hace toda ojos para adivinar los validos y ganar sus voluntades ántes que lleguen á serlo, para cuando lleguen á su altura; y no fué menor la envidia y rabia de los monjes, viéndose despreciados en comparacion del extranjero. Al fin llegaron á la córte, y el Emperador recibió al Padre Pedro Paez con grande magnificencia, vestido ricamente de oro y seda en una sala grande, sentado sobre un trono alto, cubierto de ricas y vistosas alfombras, acompañado de los grandes de su córte, ricamente compuestos. Luego mandó á su mayordomo mayor, que fuese por el Padre y le viniese cortejando, como lo hizo con grande puntualidad.

Entró el P. Pedro Paez y besóle la mano hincada la rodilla con gran reverencia: luégo se retiró del trono, pero el Emperador no lo permitió, ántes mandó traer un asiento y le sentó junto á sí, y en presencia de todos sus grandes le preguntó por el Papa y el Rey de Portugal, y por las cosas de Europa y de la India, en que gastó buen rato de tiempo, y hecho esto, le despidió con muestras de mucho amor y mandó que le regalasen y cuidasen de su persona.

El dia siguiente envió por él á su posada y volvió á la plática comenzada, informándose muy en particular de todo, y por remate quiso oir los diálogos de la doctrina cristiana. Entraron los niños, y puestos en lugar alto, se preguntaron y respondieron con tanta gracia y donaire, que el Rey no se hartaba de oirlos, y juntamente iba con aquella dulce bebida recibiendo las verdades católicas de nuestra santa fe.

Preguntóle el Rey si tenia escrito aquel diálogo, y el discreto Padre fué tan prevenido, que le llevaba en un libro curiosamente encuadernado, y luégo de contado le sacó del pecho y se le puso en la mano, de que gustó grandemente el Rey y comenzó á leerle, y de ordinario no le soltaba de las manos. Rematóse esta visita diciéndole que deseaba oir nuestra Misa y sermon, y el Padre aplazó para decirla y predicarle el domingo siguiente.

Apercibió el Padre un altar el más rico y curioso que pudo en una sala de palacio, cubierto de telas con todo el aparato posible. Sirvieron á la Misa los más nobles portugreses y sus hijos. Asistió el Emperador con toda su córte, incensándole como se acostumbra en Europa; preguntando la significacion de todas las vestidudas y ceremonias mostrando grande gusto de todo.

Luégo predicó el Padre con el espíritu y elocuencia que solia en la lengua de Etiopia; y por no ser cansado, quiso dejarlo, habiendo predicado una hora,

y el Emperador le envió á decir que prosiguiese, porque gustaba de oirle. Aprovechóse el Padre de la ocasion, y trató eruditamente de las verdades católicas y de los errores de Etiopía, con que remató el sermon, dejando persuadidos á todos los oyentes de la verdad de nuestra santa fe y la falsedad de la suya, y que la Iglesia romana era el norte por donde se debian guiar para ir al cielo; y el que hasta allí habian seguido era falso y errado, y que los llevaba al infierno. Así se lo confesaron muchos grandes señores, y uno de los monjes de mayor autoridad y crédito que habia en toda Etiopía que se halló en el sermon.

VIII

Redúcese á la fe romana el Emperador de Etiopía por la predicacion del P. Pedro Paez.

La palabra de Dios, como enseñó Cristo, es semilla, porque como tal se siembra y arraiga en los corazones, y dá sazonado fruto á su tiempo, como se vió en este Emperador de Etiopía, el cual recibiendo en su corazon la semilla de la palabra de Dios de la boca de su siervo, obró de tal manera en él, que le hizo detestar sus errores y abrazar la fe católica como ahora veremos.

Estaba en la corte del Emperador, la Emperatriz, viuda del Emperador, su tio con dos hijas suyas, y oyendo las grandes cosas que se decian del P. Pedro Paez y de su predicacion, concibió gran deseo de oirle, y así se lo hizo saber por un criado suyo. Ofreció el Padre con mucho gusto predicarle, que dijese de qué y á donde quisiese. Respondió, que el sermon fuese en palacio, y la materia de la Asuncion de nuestra Señora, de quien era muy devota. Todo se cumplió á medida de su voluntad, porque el Padre dijo Misa en una sala de palacio, á que asistió la Emperatriz con sus hijas y el Emperador con su corte.

En acabando el Evangelio, se puso á predicar, segun el ceremonial romano, estando en pié, y el Emperador sentado en su trono real, el cual se levantó de su silla y le envió al Padre para que se sentase mientras predicaba, y él se asentó en la almohada que tenia á sus pies, diciendo: «No es justo que el maestro esté en pie y el discípulo sentado.» Ejemplo verdaderamente grande, digno de un Príncipe católico y de ser de todos imitado. La Emperatriz quedó tan pagada del sermon, que dijo al capitan portugués: «Si yo oyera muchas veces á este Padre, me fuera sin duda á un desierto á hacer penitencia para salvarme.»

Tuvo el Padre fuera de esto muchas disputas con los monjes más sabios delante del Rey acerca de la potestad del Papa y de la de su Patriarca de Alejandría, á quien ellos reconocen por cabeza de la Iglesia. Y el Emperador quedó tan satisfecho de las razones del Padre, que obrando Dios en su corazon, determinó con otros muchos caballeros de su casa y corte, dar la obediencia al Papa, para cuya ejecucion envió á llamar un dia al P. Pedro Paez, y entrándose á solas con él y otro confidente suyo, tomó en la mano una Cruz de oro que traia al cuello por remate de una rica cadena, y le dijo: —«P. Pedro, jurad por esta Santa Cruz de guardarme secreto en lo que os quiero decir».—Nosotros los religiosos, respondió el Padre, no acostumbramos jurar, porque nuestra palabra es tan firme y verdadera, que no necesita de juramento.—Así lo creo yo, dijo el Rey; pero no obstante eso habeis ahora de jurar lo que os pido, por ser de tanta importancia y tanto gusto para vos.—Sí juro, respondió el Padre.—Y el Rey, dijo: yo tambien juro por esta Santa Cruz de guardaros secreto á vos. Sabed, que vuestros sermones y argumentos me han movido de manera, que me he resuelto de dar la obediencia al Papa y abrazar la fe católica romana, y para esto tengo escritas cartas al Sumo Pontífice y al Rey de Portugal, para que me envien Patriarca y Obispos, y gente de guerra para asegurar mi persona y quietar mis reinos si se alborotaren, y vos lo habeis de enviar y escribir á ambos que hagan lo que les pido, y diciendo y haciendo, sacó del pecho las cartas y se las leyó en presencia de su valido, y se las dió para que las enviase. La del Pontífice pondré aquí, por la cual se conocerá tambien lo que la del Rey contenia, que dejo por ser más larga.

Carta del Emperador de Etiopía Asnat Seguad, al P. Honrado, Pastor humilde, virtuoso y santo, Clemente Papa, de la noble ciudad de Roma: Paz á Vuestra Santidad.

La paz de Cristo nuestro Señor, que tuvo pobreza con los pobres, y honra con los honrados, guarde la persona y vida de Vuestra Santidad, como á la niña de mis ojos, amen. ¿Cómo está Vuestra Santidad? ¡Oh buen Señor! á quién escribimos? Estando nosotros en nuestro imperio, aportó aquí un Padre que tiene sobre su cuello el yugo de Cristo, que se llama P. Paez, de la Casa de Jesus, y nos dió particulares nuevas de cómo Vuestra Santidad trataba de extinguir los pecados, hasta derramar la sangre. Dios eterno, que es el cabeza de todos, os llegue á tan alto fin; y como oimos estas nuevas, que Vuestra Santidad siempre va por el camino de la verdad, nos alegramos y

ozamos mucho. Loores á Dios, que nos dió tan buen Pastor, que guarde sus ebaños tan santamente y consuele á los pobres con toda verdad.

Tambien nos dice cómo Vuestra Santidad ayuda á los cristianos con todo o necesario, esforzándolos para cumplir sus deseos. Tomando de S. Pablo lo jue dice en su carta á los de Galacia: *Dum tempus habemus operemur bonum ad omnes, maxime autem ad domesticos fidei*, y por eso ayuda Vuestra Santidad, principalmente á los reyes cristianos en todo.

Por lo cual, ya que Dios nos dió el imperio de nuestros padres, deseamos tener amistad con Vuestra Santidad, y con nuestro hermano D. Felipe, Rey de España; y para que sea más firme, le pedimos que nos envie su hija para casarla con nuestro hijo, y con ella nos envie gente de guerra para ayudarnos, por cuanto tenemos en nuestra tierra unos enemigos gentiles, que se llaman galas, y si los acometemos, huyen; y si los dejamos, en descuidándonos, nos acometen como ladrones: y por esto, y para acabar con ellos, le pedimos que nos envie soldados y personas de todos los oficios, y Padres que nos enseñen, para que seamos de un corazon, y de un mismo cuerpo, en quien esté firme la fé de Cristo, que se perdió en manos de los gentiles, con que se establezca la paz, y el amor entre nosotros.

Esto desearon antiguamente mis padres, pero no se sirvió Dios de concedérselo, por estar envueltos con los turcos en guerras, y ser muy poderosos; pero ahora bien se puede hacer, con más seguridad, y por tanto rogamos á Vuestra Santidad, pida á nuestro hermano cumpla lo que le pedimos, y sea luégo sin dilacion.

Esto escribimos á Vuestra Santidad brevemente, porque sabemos ha de cumplir nuestros deseos, y que los Padres que vinieren, serán tan virtuosos y letrados, que nos puedan enseñar lo necesario para nuestra salvacion; y con esto no escribo más, que al buen entendedor pocas palabras.»

Esta es la carta del Emperador para el Pontífice, y correspondiente á ella la que escribió al Rey, pidiéndole lo mismo, y que intercediese con el Papa para que le enviase Patriarcas y Obispos y religiosos de la Compañía.

Pero ¿qué lengua podrá decir el gozo que recibió el P. Pedro Paez con tan alegre nueva? Faltan palabras, y sobran afectos para significarlo. Dióle mil gracias al Rey por ello, animóle y esforzóle á llevar adelante tan santo intento, y aseguróle que el Papa y el Rey harian lo que pedia: y el Rey dijo, que luégo se pregonase, que ninguno guardase el sábado, sino el Domingo, conforme al uso de la Iglesia Romana; pero el Padre le fué á la mano, diciéndole, que sobreseyese por entónces en aquel mandato, porque no se alborotase el reino, y se impidiesen mayores bienes.

Convirtiéronse muchos, que se reconciliaron con la Iglesia Romana, y en-

tre ellos aquel monje de muchas letras y autoridad, de quien hicimos mencion, y testificó, que tres noches le habia aparecido en sueños un varon venerable, mandándole que se redujese, y que las dos lo habia tenido por sueño, y no hecho caso de él, hasta que la tercera le amenazó con rigurosísimo castigo, si no se reducia, y que atemorizado, y despavorido de temor, venia á sus pies á pedirle perdon, y que le reconciliase con la Iglesia Romana, y fué parte con su ejemplo para traer otros muchos consigo á la verdadera fe de Cristo.

En este medio tiempo sucedió dar una mala enfermedad á los portugueses, de que enfermaron muchos gravemente, y apretados de la necesidad, enviaron á llamar al Padre, rogándole que viniese á sacramentarlos, porque no muriesen sin los Sacramentos de la Iglesia.

Pidió licencia al Emperador para acudir á tan precisa necesidad, el cual sintió mucho dársela, por el deseo que tenia de tenerle junto á sí, y valerse de su consejo; por lo cual se la dió por tiempo limitado, con órden de que luego volviese á la corte, y juntamente le envió buena cantidad de oro, y todo lo necesario para el viaje. El Padre le agradeció mucho la merced, pero no recibió el oro, diciéndole, que no habia venido á sus tierras á buscar riquezas de la tierra, sino á darles las del cielo; y si le queria hacer merced, le diese tierras á donde fabricase una Iglesia al uso de la Romana. Mucho se edificó el Emperador de esta respuesta, y cobró nueva estima de su virtud y santidad, y luégo le señaló tierras para la edificacion de la Iglesia que pedia, con que el Padre partió gustoso á socorrer á los portugueses, los cuales le llamaron para que les ayudase á morir, y les ayudó á vivir; porque le dió nuestro Señor tal gracia, que con los Santos Sacramentos, recibieron de su mano la salud de cuerpo y alma, mejorando todos, con igual gozo suyo, y admiracion de los cismáticos, que no creian en los Sacramentos de la Iglesia Romana: y con este prodigio salieron muchos de su error, que para semejantes efectos tiene Dios prevenidos sus milagros.

Tambien dió grande crédito á nuestra santa fe, otra maravilla que Dios obró por medio del mismo Padre, y fué que todo áquel reino fué infestado de langosta, en tal abundancia, que formaban densas nubes en el aire, que cubrian el sol, y destruian los sembrados, sin dejar hoja verde en todos los campos. Los monjes cismáticos hacian sus conjuros, que más parecian reclamos para traerlas, que medios para ahuyentarlas, porque al paso que las conjuraban, se iban aumentando.

Tomó la mano el P. Pedro Paez, y despues de mucha oracion y penitencia, que son las que dan fuerza de parte del Ministro á los Sacramentos, bendijo mucha agua con las bendiciones y ritos de la Iglesia Romana, y la man

dó repartir por todos los pagos de los católicos, rociando con ella los sembrados y los montes y huertas y los campos; y fué cosa admirable, que al punto levantó vuelo la langosta, y caminó á otras partes, como si hubiera venido el viento abrasador, que antiguamente aventó la de Egipto, como se dice en el Exodo, y dejó libres los campos, y tuvieron copiosísimas cosechas aquellos años, publicando y ensalzando todo el pueblo al P. Pedro por Santo, que tales cosas obraba.

IX

Túrbase con las guerras civiles el buen progreso de la mision, y lo que hizo el P. Pedro Paez en este tiempo.

La bola de este orbe siempre rueda, y como rueda inconstante nunca para, mudándose á cada viento, como la hoja del árbol, y lo que estaba arriba, en un instante está abajo, y lo más ínfimo, sube á lo más alto, como se vió en este imperio en espacio de tres años, en que hubo tres Emperadores, bajando unos al abismo, y subiendo otros á la suma dignidad.

Surcaba la nave de la Iglesia católica el mar de la cristiandad de Etiopia con tan próspero viento, como hemos contado, con firmes esperanzas de reducir aquel imperio á la fe verdadera y conducirle al puerto de la gloria, cuando movió el infierno un huracan, que alteró los mares y levantó borrascas, que cortaron las esperanzas que parecian tan firmes de ganar todo aquel reino para Cristo, capitaneándole su Emperador y caudillo, reducido por medio de la doctrina del apostólico Padre; pero la ambicion de reinar que Satanas puso en el corazon de su primo Jacob, á quien él habia quitado el imperio y le tenia desterrado, avivada por los mal contentos y por los monjes cismáticos que sentian mortalmente ver al Emperador tan inclinado á la Iglesia Romana, juntaron ejército contra él y le acometieron y mataron, cortando las esperanzas de su aumento á la religion católica.

Quedó por su muerte el imperio vacante. Pretendióle Jacob, alegando que era suyo; coronáronle sus aliados, pero marchitóse la guirnalda de su cabeza como la flor que brota á la mañana y se marchita por la tarde. Porque al mismo tiempo nombraron por Emperador los leales un primo suyo, nieto legítimo del Emperador, que se llamaba Socinos y le venia la corona de derecho, y se llamó en su coronacion Seltan Seguad, el cual venció y mató á Jacob y poseyó el imperio algunos años, dando en tan breve tiempo tales vueltas la rueda de la fortuna, ejecutoriando sus inconstancias

con sumo detrimento de la religion cristiana. Porque turbado el reino con las guerras civiles y cortada la cabeza de los católicos, que era el Emperador Asnat Seguad, se vió el P. Pedro Paez imposibilitado para llevar adelante la conversion comenzada, hasta que se quietasen las cosas pasada aquella borrasca.

Bien se deja entender la tristeza que causaria tan infausto suceso en el corazon del buen Padre, viendo frustrados sus trabajos y perdidas las esperanzas que tenia en el amparo del Emperador y en su cristiandad. Llorábale como Samuel á Saul, sin poderse remediar nada. Los portugueses andaban tambien en las guerras llamados del uno y del otro Emperador. Los monjes cismáticos le perseguian mortalmente: los cristianos católicos andaban por los montes como ovejas descarriadas; sólo le quedaba el recurso á Dios, el cual le consoló en este tiempo con la venida de los dos PP. Antonio Fernandez y Francisco Antonio de Angelis, que habia dejado en Dio, los cuales despues de varios sucesos y muchas tempestades y trabajos, aportaron á Fremona, con que se consoló mucho el afligido Padre; y despues llegaron otros dos enviados de la India, que fueron los PP. Luis de Acevedo y Lorenzo Romano, varones apostólicos de mucha religion y celo de las almas. Los cinco formaron un colegio y entablaron la vida religiosa, con grande edificacion del pueblo y consuelo del P. Pedro Paez, por ver levantado aquel castillo para hacer desde allí guerra al demonio y salir á la conquista de las almas.

No paró aquí el consuelo que dió nuestro Señor á su siervo en tan crecida afliccion porque, como Su Divina Majestad acostumbra dar el premio á medida del trabajo y doblar los consuelos respecto de la afliccion, así lo hizo con el P. Pedro Paez en esta ocasion, porque determinando los cinco de ir á dar el parabien de la victoria y de su coronacion al nuevo Emperador Seltan Seguad, fueron dos en nombre de todos, á los cuales recibió con mucha benignidad, haciéndoles muchas caricias; y despues de haberlos hablado, les mandó aposentar y regalar, y porque era tarde y estaban repartidos los manjares entre los Grandes que le asistian, mandó que les llevasen los platos que tenia prevenidos para él, que fué un favor singular y prendas de los muchos que en adelante les habia de hacer. Y porque no habia venido el P. Pedro Paez que estaba en Tigre disponiendo las cosas de la cristiandad y tenia grande noticia de él, le escribió una carta con muchos favores, pidiéndole que luégo se partiese para verse con él,

El Padre vino muy gustoso viendo tan favorables principios en el Emperador, el cual le salió á recibir á la primera puerta de su sala, ricamente vestido. Estuvo platicando con él y los otros dos Padres mucho tiempo: conce-

dióles liberalmente tierras para dos iglesias en dos diferentes ciudades: ofrecióles todo su favor, y por remate de la plática, dijo, que queria escribir al Papa y al Rey de Portugal, para que renovasen la amistad antigua que tuvieron con sus predecesores, y le enviasen soldados portugueses para su seguridad, para lo cual dió dos cartas al Padre, una para el Rey y otra para el Papa, pidiéndole que las remitiese y escribiese á los dos cuán afecto era á la Iglesia Romana. Ofreció el Padre hacerlo con mucha puntualidad, y dando mil gracias al Emperador por la merced que les hacia, se levantaron y despidieron para irse; pero echó el Rey el sello á sus favores, mandando á su mayordomo que los convidase á comer con él, favor que los emperadores de Etiopia hacen á rarísimas personas y estas de grande autoridad. Los Padres lo aceptaron y estimaron como era razon, y luégo los llevaron á la mesa real, adonde pasó lo que ahora diré.

Estaban en la antecámara del Emperador dispuestas dos mesas, una pequeña para él y otra algo mayor para los Padres, sin género de adorno de sobremesa ó alcatifas, sino desnudas las tablas. Llegada la hora de comer, entraron diez mujeres vestidas á la librea de Palacio, con tocas hasta la cintura algo recogidas. Traian fuentes, ó platos grandes en las manos, y lo primero tiraron una cortina con que dividieron las dos mesas, y la del Rey quedó encubierta; porque es costumbre inviolable de Etiopia, que ninguno pueda ver comer á su Rey, salvo dos ó tres pages que le sirven á la mesa. Las mujeres traian dos ó tres canasticos como azafates altos, y cumplidos á modo de chapeletes, con sus tapadores labrados de paja ó junquillos, curiosamente entretejidos de varios colores; en estas cestitas ó canastillos traian veinte ó treinta tortas de trigo, la menor de una tercia y algunas de dos en circuito, muy delgadas como nuestras tortillas: tras estas mujeres entraron otras, que traian en unas fuentes varios guisados en escudillas de barro moreno, tapadas con sus coberteras de paja fina. La mesa era redonda de cinco ó seis palmos en diámetro; pusiéronles para comer unos paños ó servilletas cumplidas, encima de las cuales ponian las tortas y las escudillas, sirviendo los paños de manteles y las tortas de servilletas. No pusieron salero, ni azucarero, ni pimienta, habiendo tanta por aquella tierra, ni otro sainete más que lo dicho; y lo que es más de notar, que en toda la comida no les dieron de beber, ni se trajo vaso ni agua ni vino ni otro licor que sirviese de bebida, hasta acabar y levantarse de la mesa, que entónces les dieron cumplidamente de beber segun el uso de la tierra, tomado de los hebreos, griegos y romanos, como lo dice en su Eneida Virgilio.

Esto pasó en la mesa de los Padres, cuyo mejor plato fué vaca cruda manida, y unos potages usados en la tierra de yerbas y legumbres, pero en la

del Emperador fué más extraña la comida, y mucho más el modo de servirla; porque no hay maestresala ni cuchillo, el Rey desenvaina el que trae consigo, con el cual trinchan los pages que le sirven y dividen la vaca en bocados, y se la meten en la boca con sus manos al Rey: costumbre que guardan todos los grandes señores, porque tienen por mucho trabajo comer con sus propias manos: y aunque sean cosas menudas y ralladas, forman unas pelotillas, y se las van metiendo en la boca, al modo que en Europa ceban los pavos con hortigas molidas: y no tienen asco de comer por mano ajena, por guardar su pundonor, observado en aquel reino de inmemorial costumbre.

Este fué un favor extraordinarísimo que los Padres agradecieron al Emperador con palabras muy encarecidas, si bien ninguna mayor que la merced recibida: y añadiendo favores á favores, ordenó que el P. Pedro Paez se quedase en su corte para valerse de su consejo, mandando juntamente, que siempre se le diese puerta franca para hablarle. Iba todos los dias á palacio, y trataban de la religion católica, y de los errores de Etiopía; de que el Rey bien enterado, se resolvió de abjurarlos y reconciliarse con la Iglesia romana, como lo hizo en adelante.

En este tiempo se le rebelaron algunos vasallos con intento de quitarle si pudiesen la corona, pero él los venció y sujetó con muerte de muchos; y los pocos que quedaron, se valieron del P. Pedro Paez para alcanzar perdon y reconciliarse con el Emperador, el cual por su intercesion los perdonó, y ellos le quedaron muy agradecidos, y muy de su parte para favorecer la fe católica, la cual fué siempre en grande aumento, y con esta ocasion la recibió el reino de Gojan, que es muy poblado y belicoso, y el P. Pedro Paez les reconcilió con el Emperador, y ellos en agradecimiento le ofrecieron un rico presente, el cual no quiso admitir, pidiéndoles que en lugar del oro y plata que le ofrecian, diesen lugar á que se predicase en sus tierras la doctrina evangélica que enseña el camino del cielo. Ellos la admitieron de buena gana y por no dejar al Emperador, envió al P. Francisco Antonio de Angelis, que dió principio á la conversion de aquel reino, con igual gozo suyo y provecho de las almas.

X

Declárase el Emperador por la fe católica, y disputa el P. Pedro Paez con los cismáticos.

Llegó el año de 1607, feliz para aquellos reinos, en que deshechos los nublados que impedian la luz de la verdad, les alumbró el sol de la doctrina

vangélica, brillando claramente en todo su hemisferio. Porque habiendo el '. Pedro Paez dado cuenta al Sumo Pontífice y al Rey D. Felipe II del estado de aquella cristiandad y del favor que el Emperador hacia á los católicos y el deseo de tener paz y comunicacion con los reyes de Europa, le escribieron ambos á dos, el Pontífice y el Rey, cartas muy agradecidas, ofreciéndole su amistad, y con ella todo su favor, las cuales llegaron este año, y con ellas recibió tan grande gusto y contento, que luego se declaró por católico y abjuró los errores en que habia vivido, y confesó públicamente la fe y creencia de la Iglesia romana, y lo mismo hizo un hermano suyo, llamado Cela-Cristos, de grande autoridad y poder en su imperio. Con estas dos columnas se fortificó en Etiopía la santa fe católica romana, y se declararon los que la seguian, y la abrazaron otros innumerables con el gozo que se puede entender del P. Pedro Paez y de sus compañeros, viendo el colmado fruto de su doctrina que Dios les daba en las manos.

Y para mayor firmeza, determinó el Emperador enviar una embajada al Papa, dándole la obediencia, y al Rey de España en confirmacion de su amistad, y pidiéndole soldados vasallos suyos para seguridad de su persona y refrenar á los rebeldes cismáticos y con efecto señaló con esta embajada al P. Antonio Fernandez, que partió en compañía de otro gran caballero de los primeros del imperio, con título de embajadores.

Los monjes cismáticos ladraban como perros rabiosos contra el Emperador, y contra los Padres que le enseñaban la doctrina católica, que confiesa en Cristo dos naturalezas, divina y humana, que obstinadamente niegan ellos, siguiendo los errores de Eutiches y Dióscoro; daban voces por las calles, pretendiendo convencer á gritos á los católicos, como si tuviera más razon el que diera mayor voz. Las disputas eran frecuentes, y mayor el alboroto, y para quietar el pueblo, y escusar contiendas, se determinó que se disputase la cuestion delante del Emperador y de su corte, y que se determinase la verdad por la parte que venciese. Vinieron todos en ello: señalóse el dia, y juntáronse gran suma de monjes y doctores, que bajaron de todo el reino; y de parte de los católicos, dos solos Padres, que fueron el P. Paez y Luis de Acevedo, bien enterados de todos los errores de Etiopía, y de los utores que los defendian en libros que habian escrito.

Llegado el dia de la disputa, que fué en una grande sala ó teatro de palaio, tomó su asiento el Emperador en lugar alto, á quien acompañaron los grandes y señores del imperio, con toda la nobleza y personas de cuenta de la corte, que habian concurrido á aquel acto tan célebre. Comenzóse la disuta, probando en primer lugar los Padres con muchos argumentos las dos aturalezas en Cristo, y despues, con lugares sacados de su Aimanot Aban,

que es un libro como biblioteca, formado de centones de Santos antiguos, á quien dan todo crédito; no supieron responder los cismáticos, y los más enmudecieron: solo uno más atrevido, hallándose convencido, hizo lo que suelen los herejes, que es meter la disputa á voces, diciendo injurias y baldones á los Padres extranjeros, que destruian la fe, que habian por tantos siglos profesado sus abuelos.

El Emperador, viendo su atrevimiento, mandó que le encerrasen, y reprimiesen, y despues de la disputa, hizo Consejo de Estado, del cual salió por decreto que la victoria quedaba por los dos Padres, y que luégo se pregonase, que todos confesasen en Cristo las dos naturalezas, divina y humana, y el dia siguiente mandaron azotar al monje descomedido en la plaza de palacio, á donde fué castigado por su atrevimiento, y públicamente deshonrado.

Este glorioso fin tuvo aquella célebre disputa; pero no le tuvo la cuestion: porque el caudillo de su secta, que es como el Vicario General ó Substituto del Patriarca de Alejandria, que se llamaba Abuna Simam, dió grandes quejas al Emperador, porque no le habian citado para la disputa, la cual se habia hecho sin autoridad suya, y luégo en continente la dió por nula, y publicó excomuniones contra los que siguiesen la fe de los portugueses, y negasen la antigua de Etiopia, y llegó á tanto su atrevimiento, que fijó sus censuras en las puertas de palacio, y quiso excomulgar al mismo Emperador, el cual, ofendido de su atrevimiento, le mandó notificar que ya habia espirado su jurisdiccion en aquella parte con el decreto del Consejo de Estado, amenazándole, que si no le obedecia, procederia contra él, y juntamente mandó volver á pregonar que todos confesasen dos naturalezas en Cristo y que no hiciesen caso de las excomuniones de Abuna, porque no tenian fuerza para nada.

No se puede fácilmente decir la rabia que este ministro de Satanas concibió contra los Padres y el Emperador, al cual intentó matar, y lo hubiera ejecutado si una sobrina del Emperador que lo supo, no le hubiera avisado su traicion. Vino á los pies del Emperador con más de quinientos monjes, pidiendo á voces que no desamparase la fe de Etiopia establecida y guardada por tantos centenares de años de todos los emperadores y señores del reino, ofreciendo sus vidas en su defensa y amenazándole con la ira de Dios si recibia la de dos extranjeros que inquietaban el imperio y pervertian la gente. Y aunque el Emperador pudiera refrenarle con algun buen castigo, temiendo con prudencia mayores daños, quiso llevar aquel negocio con blandura y rendir por bien, si fuese posible, aquella fiera; para lo cual le dijo, que se hiciese segunda vez la disputa, hallándose él presente, y que diese sus razones y oyese las de los Padres portugueses, y si los convenciese quedaria el campo por su parte.

Vino en ello, aunque de mala gana, y salió tan convencido como los pri·
.eros, y con esto tan rabioso, que valiéndose del Virrey de Tigre, grandísimo ereje, amotinó la provincia y confiscó los bienes á los Padres y á todos los atólicos, haciéndoles grandísimas violencias; pero el Rey tomó á su cuenta ı defensa, y vino con ejército formado y venció y degolló al Virrey y al motinador Abuna Siman, y restituyó sus haciendas á los católicos y defenlió la verdadera fe, que profesaban con grande crédito de la Iglesia romana.

Dió el P. Pedro Paez las debidas gracias al Emperador, por la merded que ıabia hecho á la religion católica, y en memoria de este beneficio le labró los palacios suntuosísimos como los que habitan los reyes de Europa, cosa que habia mucho deseado, porque los de Etiopia son toscos y bajos, sin género le arquitectura y cubiertos de paja. Y los que labró el Padre, en que ostentó oda su industria, fueron tan vistosos y perfectos, juntando en ellos la fortaeza con la hermosura, curiosidad y policía, que venian de todas partes á verlos como una maravilla del mundo, y el Rey le dió en retorno tierras y dinero para dos iglesias suntuosas, y la una en su córte para tenerle siempre á su lado y tomar en todo su consejo. Y en este tiempo tradujo muchos libros de portugués y latin, y compuso otros muy útiles en lengua de Etiopia, los cuales leia el Emperador contínuamente, y frecuentaba venir á nuestra iglesia con la Emperatriz y todo su palacio en las fiestas principales como muy fino católico.

XI

Su dichosa muerte y muchas virtudes.

Diez y nueve años habia que trabajaba en Etiopia este apostólico varon on admirable paciencia, infatigable trabajo, celo apostólico de las almas y jemplarísima vida, sembrando la palabra de Dios, arrancando las espinas le los errores y plantando la fe católica romana que estableció Jesucristo; y quiso Dios premiarle en esta vida, dándole á ver y gustar el trabajo de sus nanos con la mies tan copiosa de innumerables almas que redujo á la Igleia romana, y entre ellas al mismo Emperador con muchos Grandes de su mperio, y las iglesias que levantó para celebrar el culto divino y despues de sta vida la eterna de la bienaventuranza, adonde le llevó á tres de mayo le 1622 años, con dichosísima muerte, la cual fué de esta manera.

El Emperador estaba retirado algunas leguas de la corte adonde el Padre sistia; llamóle para confesarse generalmente, como lo hizo, y se casó segun

los ritos de la Iglesia romana, con su primera mujer, repudiando las demas, y ordenó por su consejo su casa y familia, y declaró los hijos herederos del Imperio. Con esto se despidió de él, y en el camino le dieron tan terribles soles, que cuando llegó á casa, llegó casi mortal de una calentura ardiente. No habia médicos ni medicinas, porque en aquella tierra no las aprenden; y aunque los Padres que le asistian, le aplicaron los remedios que pudieron, fué más poderosa la calentura para quitarle la vida que las cortas medicinas para defenderle. Reconoció con mucho tiempo su muerte y así se preparó para ella, recibiendo con suma devocion los santos sacramentos de la Iglesia, y haciendo fervorosísimos actos de contricion y dulcísimos coloquios con Dios y con su Santísima Madre y los santos sus devotos, dió su santa alma á su Criador, que para tanta gloria suya la habia criado y traídole á Etiopia.

Fué enterrado con toda la solemnidad posible en el suntuoso templo que él mismo habia labrado á la Santísima Vírgen María nuestra Señora en la ciudad de Gorgorra, córte de los abisinios. Su muerte fué llorada de todos los fieles católicos, como de comun Padre de la patria, maestro de todos y piedra fundamental de aquella Iglesia, firme, preciosa y angular, que unió la Iglesia de Etiopia con la romana, dándole todos renombres de Santo y nuevo Apóstol de aquel imperio. Pero quien hizo mayor demostracion, fué el Emperador, el cual, oida su muerte, se cubrió de luto y lloró amargamente la pérdida de tan insigne maestro, y no gustó aquel dia bocado, y cuando vino á Gorgorra, fué derecho á visitar su sepulcro, tendiendo los brazos como abrazando sus reliquias y regando con lágrimas su sepultura. Y lo mismo hizo otras veces que vino á la iglesia, y dió una alfombra muy rica para que estuviese sobre su sepulcro perpétuamente y escribió una carta al P. Luis Catdoso, Provincial de la India, del tenor siguiente, en que dice algo de sus virtudes y muestra la estima y amor que le tenia, y dice así:

«El V. P. Pedro Paez, perfectísimo ejemplar de la penitencia y virtud, Padre espiritual de nuestra alma, sol esplendidísimo, que vestido de lucidísimos rayos de la verdadera luz, alumbró á Etiopia y deshizo las tinieblas de Eutiques. Despues que este sol clarísimo se eclipsó y se ausentó de nuestros ojos, nuestra alegría se convirtió en tristeza y nuestro gozo en llanto, y no cualquiera, sino como el que hizo Alejandría en la muerte de S. Márcos y Roma por las de S. Pedro y S. Pablo. Mas ¿para qué gastamos palabras en las virtudes excelentísimas de este Apóstol, que interior y exteriormente en sus obras y palabras no respiraba sino humildad y santidad? Si esta carta ó este papel fuera tan grande como el cielo y todo el Océano fuera tinta, no me pareciera bastante para referir la menor parte de sus virtudes y del fruto que hizo en Etiopia. Fué la boca de nuestra bendicion, fué nuestro maestro,

ż nuestro apóstol, tan digno de alabanza cuanto fué grande en sus obras.»
Hasta aquí el Emperador, y aunque habla con afecto de quien le amaba ordialmente, no se alarga en lo que dice, porque verdaderamente fué insig-: varon, magnánimo, de grande pecho y corazon, constantísimo en sus obras, invencible en sus intentos, sin rendirse á ningunas dificultades, sufrido n los trabajos, abstinente y penitente, de alta oracion y ardiente celo de la alvacion de las almas; infatigable en su predicacion y enseñanza, con una ed insaciable de llevar la bandera del Evangelio por todo el orbe, juzgando or nada cuanto hacia para lo que deseara hacer por la honra y gloria de Dios, que fué en todas sus acciones el blanco de sus obras.

Escribió un libro muy erudito de los errores de los abisinios y la verdad e la fe católica, de grande utilidad para la conversion de Etiopia y un cate-ismo en su lengua de la doctrina cristiana, y en la nuestra un tomo grande e las cosas de Etiopia, contra los sueños de un autor moderno, que dando rédito á un falso abisinio, escribió mil falsedades con nombre de Historia de Etiopia. Escriben del P. Pedro Paez, como dijimos, el P. Juan Eusebio, cor-as noticias en el tercero tomo de los *Varones Ilustres*, el P. Pelipe Alegam-e en su Biblioteca y el P. Manuel de Almeida, más copiosamente en varios capítulos de los libros tercero y cuarto de la *Historia de Etiopia*, de donde se ha recopilado lo que aquí se ha referido.

P. ANDRADE.

PP. FRANCISCO MACHADO Y BERNARDO PEREIRA

NACIERON estos dos dichosos Padres en el reino de Portugal: el P. Francisco Machado en Villa Real. Su padre se llamó Juan Rodriguez Machado, y su madre María Correa, piadosísimos y ejemplarísimos en su estado, y no ménos felices en sus hijos, los cuales fueron siete, y todos religiosos, que poblaron las religiones en la tierra y los coros de los Santos en el cielo. Dos cupieron á nuestra religion de la Compañía de Jesus, y ambos podemos decir que la honraron con su sangre; el P. Francisco Machado, padeciendo martirio en Etiopía, y su hermano Antonio Machado sirviendo á los apestados en Angola, dando ambos la vida gloriosamente por Cristo.

El P. Bernardo de Pereira nació en Viseo, y siendo mozo, pasó á la India Oriental con designio de alcanzar riquezas temporales; y Dios le llevó para

enriquecerle de las eternas, porque estando en Goa echando las redes en el mar de este mundo, con ansias de pescar muchas honras y riquezas, le llamó Dios como á los apóstoles para pescador de almas, y él respondió como ellos. Y obedeciendo á su voz dejó el mundo y las pretensiones que tenia, y siguió á Cristo desnudo en la religion de la Compañía, á donde fué recibido el año de mil y seiscientos y nueve. Y el P. Francisco Machado en Coimbra el de mil y seiscientos y cinco, siendo de diez y siete años, y ántes de acabar sus estudios pasó á Goa, con designio de emplearse en la conversion de los gentiles. Allí leyó teología, y tuvo por discípulo al P. Bernardo, no sólo en las letras, sino tambien en el espíritu, encendiéndose con su ejemplo en el deseo de predicar á los gentiles, y cumplióles Dios sus deseos, enviándoles á tierra de infieles, á donde les labró las coronas del martirio con la ocasion que aquí diré.

Habiendo Sultan, segundo Emperador de Etiopía, oido á los primeros Padres de la Compañía, que predicaron en su reino los misterios de nuestra santa fe y las disputas sobre la autoridad del Sumo Pontífice romano, y obrando Dios en su alma, convencídose con sus razones á detestar la cismática herejía en que habia vivido, y abrazar la verdad de nuestra santa fe católica romana; suplicó por repetidas cartas al Sumo Pontífice, que le enviase predicadores de toda satisfaccion, que con su celo, sabiduría y doctrina le ayudasen á reducir sus reinos á la obediencia de la silla de San Pedro. Lo mismo escribió á nuestro Provincial de Goa, por medio de los Padres que estaban en Etiopía, dando razon de la copiosa mies que allí tenian, y cómo se malograban por falta de obreros, que la recogiesen los alolies de la Iglesia.

Echó la voz el Superior en la Provincia, de la ocasion que se ofrecia en Etiopía para ganar muchas almas á Cristo; y aunque la empresa era árdua, por ser aquella gente belicosa y poco constante en su palabra, y muy afecta desde su nacimiento al Patriarca de Alejandría, y el camino por la mar surcado de muchos corsarios y piratas, de moros y turcos y gentiles, enemigos del nombre de Cristo; cerrando los ojos á todos estos riesgos, movidos de la codicia de las almas y de hacer este servicio á Dios, fueron muchos los que de todas las casas y colegios, no sólo se ofrecieron para esta empresa, sino que la pidieron y pretendieron con repetidas instancias, ofreciéndose con alegría á dar la vida por Cristo. Tal era el fervor de aquellos tiempos en la Compañía, y la codicia de ganar almas á Dios, segun nuestro instituto, que ruego á Dios dure en todos hasta el fin del mundo.

Entre los muchos que pidieron esta empresa, fueron escogidos pocos, que siempre han sido pocos los escogidos; y por caudillos de todos el P. Francisco Machado, que, como dijimos, era lector de teología en Goa, y el P. Ber-

nardo Pereira, su discípulo, y como otro Eliseo con Elías, no sólo semejantes, sino uno con su espíritu.

Recibieron con sumo gozo esta asignacion, como si ya tuvieran revelacion de la corona que Dios les prevenia del martirio, y con toda presteza aprestaron un navío y se embarcaron en el dia de la Purificacion de Nuestra Señora, llevándola por Patrona y por guía el año de mil y seiscientos y veinte y cuatro, y por consejo de los marineros mudaron el rumbo que solian llevar en aquel viaje, huyendo de los piratas que andaban en corso, y enderezaron las proas á la Arabia: y si bien al principio tuvieron contrarios vientos y molesta tempestad, despues se mejoraron y llegaron á vista de la Arabia á veinte y uno de febrero.

Está este reino la mayor parte en poder del turco, y aunque algunos Príncipes tienen partes de que se llaman reyes, todos le pagan parias, y le son sujetos como á más poderoso: que entre los infieles no hay más justicia que el poder, y aquel es mayor que más puede.

Antes de saltar en tierra consultaron con los patrones del navío, como prácticos en aquella tierra, qué hábito tomarian para ser bien recibidos en ella, y por su consejo tomaron el de los turcos, que era el comun, y asi el mejor recibido; que el extraño causa más aversion que amor, aunque sea en los extranjeros.

La primera ciudad que descubrieron fué Caxima, á donde el Virrey estaba, y ántes que desembarcasen, vinieron las guardas á saber quién eran, de dónde y á qué venian, y qué traian en el navío, y habiéndose informado de todos, mandó el Virrey que saltasen en tierra y les diesen buena posada y los tratasen humana y cortesmente, y á otro dia los llevaron á su palacio, á donde los recibió amigablemente, haciéndoles muchas caricias, preguntándoles y oyéndolos por medio de un portugués que tenia en su compañía y le servia de intérprete.

Los Padres, por ganarle la voluntad, le hicieron un presente de curiosidades de la India, que aunque como de pobres religiosos, le estimó por ser nuevas, y como tales estimadas en aquella tierra.

Quiso el Virrey pagarlos con demostraciones mayores, y mandó poner las mesas y traer de las comidas y bebidas de Arabia, y darles una merienda, á que se hallaron dudosos, porque era tiempo de Cuaresma, y los manjares vedados y la hora tambien de comer de ellos, y si no admitian el convite, era más que probable disgustarse el turco, viéndose despreciado de los forasteros; y si le admitian, quebrantaban el ayuno. Levantaron el corazon á Dios, de quien viene todo acertado consejo, y eligieron lo mejor, que fué obedecer más á Dios que á los hombres, con mucho encogimiento, dándole muchas

gracias por la merced que les hacia; bebieron un poco de agua, diciéndole que no les permitia más su ley por ser tiempo de ayuno, de que el turco estuvo tan léjos de disgustarse, que ántes alabó su observancia; y en testimonio de esto les roció los rostros con agua de olor, ceremonia de amistad en aquella tierra, que hasta los turcos y los moros veneran la observancia de los preceptos de la Iglesia.

Habiéndose detenido algunos dias en esta tierra, pidieron al Virrey un navío para proseguir su viaje, porque el suyo no estaba para ello: diósele con mucho gusto, y con él buenos avisos para no caer en manos de los piratas que poblaban aquel mar y robaban á todos con crueldad inhumana,

Hiciéronse á la vela á los primeros de abril en la Semana Santa, y padecieron una tan recia tempestad, que tuvieron por milagro escapar vivos de ella. Abonanzó el mar, y el miércoles de la Semana Santa vieron en la luna que estaba en menguante, una cruz negra, cercada de resplandor. La admiracion ocasionó discursos á todos los pasajeros, unos la tuvieron por pronóstico de felicidad, otros de sucesos infaustos. Duró este prodigio todo el tiempo que duró la luna, y parece que les mostraba Dios la cruz que habian de padecer, porque salieron de las costas navíos de infieles, que con título de cobrar los tributos, les hicieron terribles vejaciones que redimieron con dádivas y dineros. Y porque tenian guerras unos con otros y tambien con los abisinos de Etiopia adonde iban, trocaron los vestidos de turcos en armenios, que á título de negociantes son bien reeibidos en toda aquella tierra.

Y porque abreviemos los lances que pasaron en este viaje, dejando muchas cosas, que no hacen á nuestro propósito, á los trece de abril llegaron á Ceilan, provincia insigne en los confines de Africa, á donde su Rey tiene su corte en Abaja, ciudad populosa, y aunque habia tenido guerras con los abisinios de Etiopia, sus vecinos, entónces habia hecho las paces. Está poblada de galas y turcos y moros, gente sin ley y sin Dios, que viven de robar por mar y tierra á cuantos pasan.

Levaban los Padres cartas de recomendacion del Rey caxemamo de Arabia para el Rey de Ceilan, las cuales dieron al Gobernador, y por ellas los recibió con muestras de amistad, y los llevó á su Rey, el cual les hizo favores y ofreció darles buen pasaje para Etiopia, por haber tenido cartas de su Rey, en que se lo pedia. Mas como todos ardian en la insaciable codicia del dinero y eran tan enemigos del nombre de cristianos, no perdian á nuestros Padres de vista, atendiendo con tanta sagacidad como malicia á todas sus acciones; y persuadidos que debajo del hábito de armenios encubrian otra nacion y otra profesion diferente; habiéndoles dado licencia para pasar á Etiopia que estaba de allí cuatro dias de camino; les salieron de través, y

›mo salteadores los prendieron, y cargados de cadenas, los pusieron en es-echas prisiones, haciéndoles muchas injurias y diciéndoles muchos opro-ios. Todo lo cual se hizo por órden del Rey; que tales traiciones como estas san siempre los infieles enemigos del nombre de Cristo.

Cuando el Emperador de Etopia supo la prision de los Padree, sintiólo ;randemente, y por no romper guerra con el Rey de Ceilan, le envió á pedir jue les diese libertad para venir á su reino, y para obligarle más, le envió ın presente de mulas y caballos; pero él, como moro y soberbio, despreció :l presente y al Rey que se le enviaba, y respondió á los mensajeros con so-ɔerbia que habia de matar á los Padres ó por lo ménos servirse de ellos ɔomo de esclavos.

Oida esta respuesta del Rey de los abisinios, mandó embargar á todos los rasallos de Ceilan que se hallasen en su reino, para obligar al tirano á que liese libertad á los Padres; pero su obstinacion era tal y el odio que tenia al nombre de Cristo, que ni estó bastó para ablandarle, esperando por su res-cate una gran cantidad de oro ó hacerlos renegar de la fe de Cristo y profe-sar su falsa secta de Mahoma.

El lugar adonde los prendieron y aherrojaron se llamaba Auxagurella, y de ahí el título del Rey auxagurellano.

La cárcel en que los puso, fué estrechísima, el tratamiento peor, diciéndo-les muchos oprobios y dándoles muchos palos porque dejasen la fe de Cris-to: la comida un poco de pan de cebada mal cocido y muchos dias sin agua, más para ocasionarles la muerte que para conservarles la vida. Padecieron grandísima hambre y sed, todo lo cual sufrieron con igual constancia y ale-gría, persuadidos que aquella era la cruz que Dios les habia mostrado en el camino y que entónces se la daba para llevarla por su amor. Y el mismo Señor los consoló con gozos espirituales semejantes á los que tenian los Apóstoles cuando eran llevados á los tribunales y á las cárceles porque pre-dicaban á Cristo: que el gozo de los verdaderos siervos suyos no está en los deleites sensuales, sino en llevar su cruz y padecer mucho por su amor. Y no se olvidó el Señor de socorrerlos en sus necesidades, como lo hizo con los mártires antiguos: porque padeciendo gravísima sed, causada de la crueldad de los tiranos, hizo brotar una fuente milagrosa en la cárcel donde estaban, le la cual bebieron los siervos de Dios como enviada de su divina mano; á juien dieron infinitas gracias por la merced que les habia hecho. De la cual, ıdmirados los infieles, atribuyeron á efecto de malas artes, como los tiranos ıntiguos los milagros de los mártires á arte mágica. Y para quitarles aquel livio procuraron cegarla, pero fué en vano su trabajo, porque cubriéndola de ierra por una parte, reventaba por otras muchas el agua, de lo cual irritado

el pérfido Rey auxagurellano, y desesperado de poderlos traer á su falsa secta como lo procuraba: dió sentencia de muerte contra ellos, y despues de cuatro meses de tormentos padecidos en tan rigurosa prision los degollaron; cantando los santos mártires himnos y alabanzas á Dios, que les hacia dignos de dar la vida por su amor.

Su muerte fué por setiembre, aunque el dia cierto no se sabe, el año de mil y seiscientos y veinte y cinco.

Sus cuerpos quedaron en la tierra y sus almas volaron al cielo á ser coronadas con aureolas de mártires, donde reinarán para siempre, triunfando de sus tiranos á los cuales no faltó castigo, porque los galas ofendidos de Auyagurellano, entraron por sus tierras con ejército poderoso, destruyendo cuanto hallaban, por lo cual, aborrecido de los suyos, quedó pobre y desdichado.

Escriben de estos santos mártires las anuas de Goa y Etiopia, de mil y seiscientos y veinte y cinco y veinte y seis; el P. Bartolomé Guerrero, en la Corona lusitánica, parte 2, cap. 5; donde celebra largamente la fuente de agua que brotó en lo cárcel; el P. Alonso Mendez, Patriarca de Etiopia, libro 7, cap. 39; y en la carta á la Congregacion de Propaganda fide, el Padre Juan Nadaso y el P. Alegambe en la segunda parte de su martirologio.

P. ANDRADE.

P. MANUEL DE ALMEIDA

Por dar corriente á la narracion de la mision y sucesos de Etiopia, ha parecido conveniente poner la vida de este señalado varon, consiguiente á la del P. Pedro Paez, por haber sido sucesor suyo en su oficio, y se dará plena noticia de lo que sucedió en la cristiandad de aquel imperio, aunque se altere algo el órden que llevamos de poner las vidas en los meses en que murieron.

La muerte del P. Manuel de Almeida fué á diez de mayo de mil y seiscientos y cuarenta y seis, dia de la Ascension del Señor.

Su vida escribió el P. Baltasar Tellez, en las adiciones á la historia de Etiopia del mismo P. Almeida, que reducida á nuestro estilo, fué de esta manera.

I

Su infancia y estudios, viaje á las Indias, y las cátedras que leyó.

Fué este esclarecido varon portugués de nacion, natural de la muy noble ciudad de Viseo.

Nació el año de mil y quinientos y setenta y ocho, de padres nobles, no ménos por su virtud que por su sangre, á que dieron realce con un hijo tan ilustre por su santidad, por sus letras y por las heróicas obras que hizo en servicio de Dios.

Desde niño dió muestras de lo que habia de ser de mayor, porque desde luégo descubrió vivo ingenio, buenas inclinaciones, generoso corazon y aliento para cosas mayores que su edad le concedia

Enviáronle sus padres á la universidad de Coimbra á estudiar ciencias mayores, para que con su sabiduría esmaltase el oro fino de su sangre y valiese mucho en el mundo; pero Dios, que le tenia escogido para cosas mucho mayores, les atajó estos intentos llamándole á la religion de la Compañía, en la cual fué recibido el año de mil y quinientos y noventa y dos, teniendo catorce de edad.

El sentimiento de sus padres fué á medida del amor que le tenian y de la esperanza que habian concebido de lo que habia de adelantar su linaje; y ciegos con la pasion, no dejaron piedra por mover, ni diligencia que no hiciesen para sacarle de la religion; pero el nuevo soldado de la milicia de Cristo no se hubo como visoño en esta lid, sino como muy veterano y diestro en ella, resistiendo con admirable valor á todos los asaltos que le dieron, con promesas y amenazas, ruegos, llantos y lágrimas de padres, que son las balas de que usa el demonio en esta guerra. Pero ninguna pudo mellar el corazon de diamante de su valeroso pecho, resistiendo á todos con invencible constancia, y saliendo con victoria de sus padres, los cuales dándose por vencidos, le dejaron, y él perseveró en la religion, habiendo en esta primera probacion de tan récia pelea ostentado su fortaleza, tanto mayor, cuanto fué en sus tiernos años más peligrosa y difícil de vencer.

El soldado que alcanza una victoria, cobra nuevos alientos para mayores empresas, y una gloria es semilla de muchas, y da esfuerzo para conseguir otras mayores, y así sucedió á nuestro nuevo soldado, á quien la victoria que alcanzó de la guerra de sus padres y parientes, dió nuevos alientos para conseguir otras gloriosas en la contínua lid del demonio, del mundo y de sí mis-

mo, peleando varonilmente contra todos los enemigos, que le quisieron impedir la perfeccion de su instituto, hasta llegar á la cumbre con gloriosas victorias.

Tuvo por connovicios los varones más ejemplares y de más alta perfeccion que conoció aquel siglo, los cuales fueron en la religion atlantes que la sustentaron, maestros que la enseñaron y prelados que la rigieron. Y aunque su fervor era grande, el de nuestro novicio lo vencia, adelantándose á todos en la mortificacion y penitencia, en el silencio, modestia, oracion y recogimiento, ostentándose en tan pocos años anciano en la cordura, y muy antiguo en el aprovechamiento.

Ninguno fué más humilde, ninguno más sujeto ni obediente, ninguno más pobre, ni más observante de sus reglas: él vencia á muchos, y ninguno le vencia en el aprovechamiento.

Acabado el noviciado, estudió letras humanas dos años, y cuatro filosofía, en que hizo las mismas ventajas á sus condiscípulos que habia hecho en el estudio de la perfeccion á sus connovicios, llevándose los aplausos en los actos públicos y secretos, así de las respuestas como de los argumentos.

A este tiempo llegaron á Coimbra dos Padres procuradores de la India Oriental á pedir religiosos que los ayudasen á tirar las redes de la grande pesca que habia en los extendidos reinos del Oriente, poblados de gentiles idólatras, ciegos con las tinieblas de sus errores, cuyas almas se perdian por falta de obreros evangélicos que las sacasen de las tinieblas de su infidelidad, porque habia no sólo ciudades y villas populosas, sino reinos enteros, que en muchos años no alcanzaban un predicador que les diese nuevas del Evangelio. Y fué tal el fuego de caridad que dieron en los corazones de aquellos siervos de Dios, que todos á porfia, y como si fuera una oposicion de cátedra de mucha honra, renta y autoridad, así se opusieron todos á la prebenda de esta mision, alegando cada cual de su parte las razones que habia para que se la concediesen; siendo así que iban á inmensos trabajos y riesgos de la vida, como se verá en la de este siervo de Dios, al cual cupo la suerte de ir con otros setenta y más compañeros á la conversion de los infieles; todos los cuales se embarcaron en Lisboa el año de mil y seiscientos y sesenta, y llegaron á Goa el de seiscientos y uno. Y como el P. Manuel era tan eminente humanista, luégo le emplearon en leer la cátedra de prima de humanas letras en el colegio de Goa, la cual regentó con la opinion que se esperaba de su buen ingenio y mucha ciencia.

Concluida esta lectura, estudió las Letras Divinas, y salió tan aventajado en la sagrada Teología, que de discípulo pasó luégo á maestro, lo primero de Filosofía y despues consecutivamente de Teología, y leyendo estas cátedras

con mucho aplauso y crédito de la Compañía, y con igual fruto y gozo de sus discípulos por tener tal maestro. Él solo no estaba satisfecho de sí mismo, porque como no le habia traido á la India la ambicion de los puestos honrosos, ni el deseo de los aplausos ni el apetito de las comodidades y estimaciones del mundo, sino la sed y celo de la conversion de las almas, no le asentaba en el estómago este manjar de las honras y primacías, y así siempre daba con él arcadas, procurando dejarlas, y pidiendo contínuamente á los Superiores que le empleasen en las misiones más árduas de la gentilidad, como eran las del Japon y la China, el Brasil y la Etiopía y otras de este género, donde habia copiosa mies, así de las almas como de trabajos que padecer por Cristo: que estas son el oro, la plata, las perlas y las riquezas que van á buscar á las Indias los fervorosos y alentados soldados de la milicia de Cristo y los de su santa Compañía.

II

La mision que hizo á Zeilan y el suceso de ella.

Andando el fervoroso Padre con estos deseos, se abrió una puerta á la conversion de un reino entero, que al principio llenó de esperanzas á toda la cristiandad de Goa, de grandísimo fruto y aumento de la Iglesia; sino que se cerró presto esta puerta, y no dando entrada á la luz del Evangelio, se quedó en sus antiguas tinieblas.

El caso fué, que una nave portuguesa aportó á la isla de Zeilan, que llaman de S. Lorenzo: recibiéronla de paz, diéronles mantenimientos, y como es natural la curiosidad en los hombres de ver y saber nuevas de los extranjeros, bajaron muchos de la isla á conversar con los portugueses, entre los cuales vino un hijo del Rey, que era pequeño, pero de muy buen aspecto.

Los portugueses le regalaron, y él les mostró tanto amor, que el capitan portugués, vencido de su aficion, con más amor que consejo, que por no tomarle los amantes, pintaron al amor ciego, y así lo fué este capitan; porque habiéndole recibido de paz, procedió como si fuera de guerra, alzando áncoras y desplegando velas, y sin despedirse del Rey ni de los naturales que le habian regalado, se levantó con su Príncipe y se le trajo á Goa, si no preso, como preso, hurtado y por fuerza.

El niño era dócil y de blando natural, aficionado al regalo que le hacian los portugueses; no sentia el que solía recibir en la casa de su padre, el cual formó agravio y duelo de este hecho, por no decir traicion, que formaron los

portugueses, robándole su hijo cuando les habia hecho merced tratándoles como amigos.

Instruyéronle en la fe, tomó muy bien las cosas de la Iglesia, y mostrando voluntad de ser cristiano, le bautizaron en Goa solemnísimamente, que fué echar aceite al fuego que ardia de indignacion en el pecho de su padre que era moro y grande enemigo de Cristo.

El hijo procedió tan bien y dió tales muestras de su cristiandad, que todos se persuadieron que si volvia á su tierra, la habia de convertir á nuestra santa fe.

Hiciéronse varias juntas, y en ellas resolvieron que le volviesen á su padre con un buen presente, dándole satisfacciones de lo hecho, juzgando que se aplacaria y que daria entrada á los nuestros, así á ir á comerciar como á predicar el Evangelio, y que con el favor del Príncipe se haria una grande conversion en aquel reino.

Fueron señalados para esta empresa cuatro Padres de la Compañía, y el primero y por superior de todos el P. Manuel de Almeida, que se prometió en aquella jornada una grande mies de almas que recoger en los alholies del cielo; pero no sucedió como pensaron, porque es muy diferente la práctica que la teórica, y la traza por escrito que puesta por obra. Porque como el Rey estaba tan indignado contra los portugueses, no les dió entrada en sus tierras, ni oidos á su embajada, ni permitió que le viesen, ni ménos quiso recibir sus dones, llamándoles traidores y fementidos, raposas que venian de paz para hacerle guerra; y viendo su indignacion, tomaron por arbitrio entregarle su hijo, para que diciéndole el regalo y la honra que le habian hecho, se aplacase y les diese audiencia.

Pero aunque el diamante se ablanda con la sangre del cordero, aquel bárbaro, más duro que diamante, no se ablandó con aquel manso cordero que era propia sangre suya, ántes se endureció más porque le habian bautizado, y mandó que no les diesen agua ni mantenimientos, y que si luégo no se partian, les hiciesen cruda guerra, que son vanos los halagos á quien afrentan las violencias. Y temiendo los portugueses las de este Rey indignado, abrasados de los grandes calores y temiendo no se les acabasen ó corrompiesen los mantenimientos, alzaron áncoras y se hicieron á la vela, sin haber obrado sus intentos, que va mucho del dicho al facto y de la obra al pensamiento.

Desconsolado llegó á Goa el P. Manuel de Almeida, viendo malogrados sus deseos y tan cerrada la puerta que á su juicio y de otros muchos estaba de par en par en aquel reino, y los más acertados lo tuvieron por divina providencia, porque no se malograse un tan insigne misionero entre aque

llos mahometanos, grandísimos hechiceros, que tienen pacto con el demonio y empedernidos los corazones para recibir la ley de Cristo, y Dios le tenia escogido para otros mayores empleos.

En reparándose del camino, le ordenó ir al colegio de Bazain por Rector de los que allí vivian, adonde partió por obediencia y fué el primer gobierno en que estrenó su talento é hizo alarde de su prudencia, gobernando con mucha blandura y caridad con todos, enfervorizándolos con su buen espíritu, así en la observancia religiosa como en los ministerios: desde allí miraba á Dio y á Mazua, que eran la escala de Etiopia y camino del Japon y de la China, adonde tenia su corazon y enderezaba sus deseos, los cuales quiso Dios cumplirle como ahora veremos.

III

Es enviado á la mision de Etiopia y los sucesos de ella.

En este tiempo se llegó el año de mil y seiscientos y veinte y dos, en que el bendito P. Pedro Paez, insigne misionero de Etiopia, pasó á mejor vida, como arriba dijimos; y sus cartas, con las del Emperador Seltan Seguad, llegaron á manos de nuestro P. Mucio Viteleschi, el cual, obligado de las mercedes que hacia á los de la Compañía, se resolvió de enviarle uno como embajador de su parte, que le diese las gracias por ellas y juntamente visitase, y gobernase á los que trabajaban en aquella viña del Señor, el cual fuese con título de Viceprovincial, en el ínterin que el Papa y el Rey enviaban el Patriarca y Obispos que el Emperador pedia.

Para esta empresa tan importante, eligió el P. General al P. Manuel de Almeida, como á persona en quien concurrian las partes de santidad, letras, prudencia, valor y destreza necesarias para ella; y como soldado veterano que está siempre aprestado con las armas en la mano, partió alentado á la primera seña que se dió de acometer el órden del Superior; porque en recibiendo las cartas y patente del General, partió de Bazain para Etiopia con tres compañeros todos portugueses, que fueron los PP. Manuel Barradas, Luis Cardeira y Francisco Carualho, á veinte y ocho de noviembre de mil y seiscientos y veinte y dos.

La navegacion fué trabajosa y duró más de un año. Fueron forzados á invernar en Dofar, puerto de la costa de Arabia, llamada la feliz, pero no lo fué para ellos por lo mucho que padecieron de los turcos y moros, señores de la tierra.

Iban todos disfrazados por no ser conocidos, y por la misma causa y por no saber la lengua, se vieron forzados á guardar clausura dentro de la nave sin salir de ella.

Todo el tiempo que allí estuvieron, no comian sino pescado y un poco de arroz mal cocido, sin otro alivio ni remedio con que todos se llenaron de lepra, sin tener médico ni medicina para curarse, y lo peor fué carecer de mantenimiento, porque el de pescado les aumentaba la lepra, la cual con los demás trabajos les envió el Señor para noviciado y primera probacion de lo que habia de padecer en Etiopia, adonde llegaron todos cuatro á los primeros de enero de mil y seiscientos y veinte y cuatro años.

El P. Manuel de Almeida escribió una relacion muy cumplida, como historiador que fué de las cosas de Etiopia, así de su viaje como del recibimiento que le hicieron, que reducida la brevedad que pide esta narracion, es la siguiente.

El Emperador, que ya tenia noticia de su venida, habia dado órden á sus Virreyes para que recibiesen á los Padres con toda honra, y les diesen lo necesario para llegar á su corte, y conforme á este órden, en pisando la tierra de Etiopia, que fué en los confines de Debaroa; vinieron los labradores de la primera aldea á hacerlos escolta por los montes, para defenderlos de los muchos salteadores que andan por aquellos bosques, y á la voz de que los Padres venian de la India, se juntaban en compañías para robarlos, persuadidos que venian cargados de oro; por lo cual el Virrey, en sabiendo que habian llegado, les envió cinco mulas, para que viniesen con más comodidad; y á un hermano suyo, que se llamaba Bahar-Nagais-Acaba-Cristos, con mucha gente de guerra para su defensa.

Una jornada ántes de la ciudad á donde el Virrey estaba, los envió á visitar, y vino una compañía de portugueses á verlos con su Capitan ó Gobernador, que se llamaba Juan Gabriel, persona de grande respeto y estimacion en Etiopia. El gozo y alegría, así de los Padres, como de los portugueses, fué tal, que faltan palabras para declararle.

El dia siguiente llegaron todos juntos á la corte del Virrey, que los recibió con muestras de grande amistad, dando mil gracias á Dios de ver cuatro Padres juntos en Etiopia de la Compañía de Jesus, porque en todo el reino no habian quedado más de otros cuatro, y los herejes estaban insolentes, blasonando contra la Iglesia Romana, con la esperanza que tenian de que presto moririan los que estaban, y se acabaria del todo la fe católica en el imperio.

Aquí se detuvieron algunos dias, reparándose del camino, en los cuales fueron festejados del Virrey y de toda su corte, y regalados con mucho amor

liberalidad, la cual pagaron los Padres, diciéndoles Misa, y predicándoles, que fué mayor fiesta para ellos, porque habia muchos dias que no la oian.

Confesaron y comulgaron más de doscientas personas, y entre ellas una nieta del Emperador, que vino de algunas leguas de la ciudad á solo esto, y el hermano del Virrey, y el Gobernador, y portugueses, y muchos caballeros católicos, comenzando los buenos obreros á echar la hoz en la mies, desde el punto que entraron en Etiopia.

De esta ciudad está Fremona doce ó catorce leguas, de unos desiertos peligrosos, habitados de fieras, osos, tigres y leones, y de otras no ménos crueles, que son muchos salteadores, que no perdonan las vidas por robar las haciendas, ni parece que se hartan de sangre humana por la codicia del oro y de la plata; y para ver á los padres, y acompañarlos, vinieron los portugueses de Fremona, y fuera de esto les dió el Virrey seiscientos hombres que les hiciesen escolta. Con este acompañamiento salieron de Debaroa, y pasaron á aquellos desiertos, y un grande rio, que los cruza, y fertiliza, á donde los esperaba el P. Diego de Matos, Superior de Fremona, con cuya vista se alborozaron grandemente, abrazándose con tiernas lágrimas, nacidas del incendio del amor, que ardia en sus corazones. Habia cuatro años que estaba solo en aquella residencia, y uno que no habia tenido con quien reconciliarse, por andar los demás Padres discurriendo por los reinos de el imperio en continuas misiones, visitando á los cristianos católicos, para que no retrocediesen en la fe, que profesaban: y así fué su gozo á medida del deseo que tenia de ver religiosos de la Compañía en aquellas partes.

El dia siguiente llegaron á Fremona, y lo primero fueron á visitar la iglesia de la residencia, y en ella el sepulcro del santo Patriarca Andres de Oviedo, que fué el primero de la Compañía que predicó en aquel reino, y padeció en él grandes trabajos, y es tenido de todos, con justa razon, por Santo, y como tal venerado, y el P. Almeida y sus compañeros reverenciaron sus religias con tiernas lágrimas.

Vínolos á visitar el Virrey de Tigre, cuya cabeza es Fremona, y con él toda la nobleza de la ciudad: aquí descansaron algunos dias, y esperaron respuesta del Emperador, á quien escribieron en llegando á Etiopia, el cual le escribió muy regaladas cartas, dándoles la bien venida, y pidiéndoles que abreviasen su jornada, porque los esperaba con mucho deseo de verlos; y al Virrey escribió que les diese todo lo necesario y guarda de soldados para seguridad de los caminos, lo cual ejecutó con mucha liberalidad. Y dejando el P. Almeida al P. Barradas en Fremona con el P. Diego de Matos, partió á la corte, y despues de veinte dias, á los últimos de febrero, llegó con sus dos compañeros á la residencia nuestra de Gaera Jesus, y de allí á la ciudad

de Gorgora, á donde estaba enterrado el fervoroso P. Pedro Paez en la suntuosa iglesia, que él mismo edificó. Visitaron su sepulcro, y fueron recibidos con grande caridad y alborozo del P. Luis de Azevedo, que residia en ella.

Quisieron detenerse allí, pero no pudieron, porque el Emperador les envió luégo á visitar, y á decir, que se diesen prisa, porque los estaba esperando, por lo cual partieron en amaneciendo, y media legua ántes de la corte, les salieron á recibir un sobrino del Emperador y su mayordomo mayor, con trescientos hombres de á caballo, y más de mil de á pié, en que venia la nobleza de toda la ciudad ricamente vestidos, y con trompetas y chirimías, atabales y tiros de escopetas, escaramuzando y corriendo en señal de alegría, y los llevaron á la ciudad de Damea, corte del Emperador, y los Padres se apearon en su residencia, que era una casa pequeña, para ir desde allí á visitarle á su palacio.

IV

Cómo visitó al Emperador y lo demas que obró en aquel tiempo.

En apeándose en su casa el P. Manuel de Almeida con sus compañeros, llegaron tres camareros del Emperador para llevarlos á Palacio con acompañamiento de embajadores.

Esperólos el Emperador en una sala grande, ricamente adornada, acompañado de los Grandes de su corte, vestido de preciosas sedas. El trono de Su Majestad, era su cama cubierta de oro y seda, y vistosas almohadas sobre que estaba recostado, estilo que guardan aquellos Reyes para recibir las embajadas.

Entraron los Padres á su presencia, y llegaron á besarle la mano, hincando la rodilla á uso de España: recibiólos con muestras de amor y estimacion, haciéndoles grandes caricias, dióles á besar la mano, como solia á los embajadores. hízolos sentar cerca de sí en almohadas, y luego se sentaron todos los nobles que le acompañaban.

Preguntó á los Padres lo primero por su salud, y por todo el discurso de su viaje; despues por la salud del Papa y del Rey de las Españas; y últimamente, por la de nuestro P. General, á que respondió el P. Almeida cumplidamente, diciéndole cuán agredecido estaba á la merced que hacia á los de la Compañía, y cómo habia besado el pie al Papa de su parte, con las cartas que habia recibido por medio del P. Pedro Paez, y que su Santidad y el Rey disponian de enviar Patriarca y Obispos para aquella cristiandad, como Su

Majestad lo habia pedido; y que él venia delante como embajador á traerle aquellas cartas, que sacó del pecho y las puso en su mano.

Recibiólas con agrado y diólas al P. Antonio Fernandez, Superior de aquella Residencia, para que las leyese y declarase, como lo hizo, oyéndolas con mucha atencion, así el Emperador como todos sus Grandes, en que nuestro General le daba las gracias dichas, y le ofrecia los cuatro Padres que las traian y toda la religion de la Compañía para su servicio, y algunas reliquias y preseas de devocion que le enviaba.

En todo mostró el Emperador grande gusto, y dió las cartas al secretario del imperio, que era su coronista, para que las guardase y las pusiese despues en su Historia.

Con esto los Padres se despidieron y volvieron á su casa bien acompañados, y tras ellos un magnífico presente de terneras, vacas, arroz, frutas y bebidas regaladas de la tierra, que recibieron, rindiendo al Emperador las debidas gracias por ello.

El dia siguiente volvieron á palacio, á donde el Emperador los recibió con mucho agrado: mostráronle los órganos, el harpa y la guitarra, y otros instrumentos músicos que el P. Luis Cardeira tocaba con grande destreza, de que el Emperador gustó sobre manera, como cosa nunca oida en sus tierras, y pidió á los Padres que enseñañen á tañer á los niños del seminario.

Dióle el Padre Almeida, entre otras cosas, un devoto crucifijo en una curiosa caja de la China, que recibió el Emperador, besándole y adorándole, no sólo con devotas palabras, síno con tiernas lágrimas, que le corrieron por los ojos, testigos de su fe y devocion, que estimaron nuestros Padres en más que todas sus mercedes y regalos: y como preciosa reliquia, le mostraba despues á todos los Príncipes y á las Señoras que le visitaban, poniéndoles estima y devocion con las santas imágenes que usa la Iglesia.

Ocho dias estuvieron en la corte el P. Almeida y sus compañeros, cumpliendo con las personas que los habian visitado, y todos ocho se vieron con el Emperador, tratando de las cosas de la religion y de establecer la fe de la santa Iglesia católica romana, que el P. Pedro Paez y sus compañeros habian entablado. Y por la persuasion del P. Manuel de Almeida, publicó el Emperador un manifiesto muy cumplido, en que mandaba, que ninguno siguiese en adelante la doctrina de Euthiques y Dioscoro, notando y reprobando sus errores; sino la de la Iglesia católica romana, que era la verdadera y santa, en que solo los hombres se salvaban: que fué de suma importancia para establecer la fe católica; porque los herejes y cismáticos perdieron el aliento y cobraron los fieles y católicos cristianos; y cuando los Padres no hubieran

sacado otro fruto sino éste de su venida, la daban por bien empleada y por logrados todos sus trabajos.

Luego trató el P. Almeida de visitar las residencias y distribuir los Padres y fundar seminarios, en que se criasen los hijos de los portugueses y los de los abisinios con ellos, para que los unos con los otros recibiesen la doctrina católica en sus tiernos años, para que arraigase más en sus corazones y creciese con la edad para salud de sus almas y para que ayudasen despues á propagarla.

Alcanzó el P. Almeida licencia del Emperador para salir de la corte y discurrir por el imperio á confortar los cristianos, confundir los herejes y dar á todos el saludable pasto de la doctrina católica.

Distribuyó sus compañeros por varias partes á predicarla: él tomó por compañero un mozo, buen estudiante, hijo de padre portugués, criado en nuestro seminario, que se llamaba Bernardo Nogueira, versado en la lengua de Etiopia, y que habia estudiado para impugnar sus errores, el cual quedó despues por Vicario del Patriarca D. Alfonso Mendez, cuando salió desterrado; y últimamente remató su vida con glorioso martirio, recibido en la Compañía, como diremos adelante.

A este buen Sacerdote tomó por compañero y por intérprete el P. Manuel de Almeida, y se valió de su industria para refutar los errores de los abisinios y para predicar y escribir contra ellos.

Discurrió por varias partes, predicando y confesando, arguyendo y disputando con los cismáticos; convirtió á muchos á la fe católica, y redujo á muchos herejes; levantó iglesias, adornó el culto divino y los altares, estableció la adoracion de las imágenes, bautizó á muchos infieles, administró los Sacramentos de la Iglesia romana, y en particular la Sagrada Comunion en una especie. Porque los cismáticos la daban en ambas, ó por mejor decir, en ninguna, porque hay gran duda si verdaderamente consagran, y mayor si eran verdaderamente Sacerdotes los más de ellos, como se declara en la vida del dicho Patriarca. Finalmente fué un sol refulgente, que nació en el oriente de Etiopia, para desterrar las tinieblas de sus errores con la luz de su doctrina, y enseñar á todos el camino de su bienaventuranza.

Los trabajos y peligros que padeció en estos caminos, por montes y sierras asperísimas y por bosques poblados de fieras y ladrones, que son por toda Etiopia innumerables, son tantos, que no pueden contarse, pero en el cielo están escritos, adonde ha recibido el premio de sus afanes.

No se contentó este apostólico varon con predicar y enseñar de palabra á los fieles é infieles, á los católicos y cismáticos, sino que para perpetuar su doctrina, escribió muchos libros en lengua de Etiopia, de grande utilidad

para las almas. El primero fué de los errores de los abisinios y de las verdades católicas de la santa Iglesia Romana, contraponiendo los unos á las otras, refutando aquellos como mentirosos y falsos, y confirmando estas como verdaderas y santas, con tanta erudicion y claridad, que hace demostracion de verdad con que ha dado luz á aquella Iglesia y la salud eterna á muchas almas.

Escribió tambien otro libro de los progresos de la fe de aquel imperio, desde el tiempo de la venida de Cristo hasta el presente, continuando la historia que habia compuesto el P. Pedro Paez, como lo dijimos en su vida. Escribió un libro grande de la historia de Etopia, comenzando desde su primer Emperador Rainha Saba, hasta el que entónces reinaba, Seltan Seguad, con todos los sucesos, así tocantes á la corona como á la religion, que fué obra de grande trabajo, para la cual vió muy despacio los archivos antiguos de aquel imperio y visitó por su persona los reinos y lugares más principales de Etiopia, para enterarse más de la verdad y desmentir los sueños de un autor valenciano, que dando crédito á un fingido abisinio, escribió innumerables falsedades.

V

La venida á Etiopia del Patriarca D. Alonso Mendez, y cómo el P. Almeida salió con él desterrado.

Antes de morir el P. Pedro Paez, segun referimos en su vida, escribió el emperador Seltan Seguad cartas muy encarecidas al Sumo Pontífice de la Iglesia y al católico Rey de España, pidiéndoles Patriarca y Obispos romanos, que estableciesen la verdadera fé en todo su imperio; y obligados de tan justa peticion, eligieron tres religiosos de la Compañía, personas de toda satisfaccion, de religion, letras y prudencia, y los consagraron, al uno en Patriarca de Etiopia, que fué el P. Alonso Mendez, catedrático de Escritura y doctor graduado en la universidad de Evora, y los dos por Obispos y sucesores suyos, que fueron los PP. Diego Seco, catedrático de Teología en nuestro colegio romano, y el P. Juan de Roca, que leia Teología en nuestro colegio de S. Antonio de Lisboa.

Partieron todos tres de Lisboa para Etiopia á 25 de marzo de 1623, y no llegó más que el Patriarca por varios accidentes á los primeros de junio de 1625, despues de haber pasado muchos y grandes trabajos, como lo referimos en su historia; pero en llegando á Etiopia, luégo le salió á recibir el

P. Manuel de Almeida, como Superior que era de los de la Compañía, y le acompañó y apadrinó con el Emperador, y todos los grandes y señores del imperio, y fué gran parte para las honras que le hizo, y los buenos sucesos que tuvo en sus principios.

Ayudóle mucho en la cultura de aquella viña del Señor, que Su Divina Majestad le entregó, predicando y confesando, catequizando y bautizando, y reduciendo á los cismáticos y herejes al gremio de nuestra santa fe, trabajando incansablemente con un espíritu de apóstol y un celo de un Elías por espacio de diez años que estuvo en Etiopia, y padeciendo inmensos trabajos por esta causa.

Fundó muchas residencias de nuevo y algunos seminarios en las ciudades principales, para criar la juventud en la fe católica.

Todos los años discurrió por el imperio visitando y esforzando á los obreros evangélicos que trabajaban en la viña del Señor, dando prudentísimas órdenes para el aumento de la cristiandad.

Tuvo públicas disputas con los monjes cismáticos y con los herejes, convenciéndolos manifiestamente, por lo cual le cobraron odio mortal y no dejaron piedra por mover para quitarle la vida; y ya que no pudieron, hicieron el último esfuerzo para desterrarle del imperio, como á enemigo capital de su mala secta, para lo cual se valieron del ardid siguiente:

Vino de Alejandría un Abuna, que es como legado á latere ó Plenipotenciario del Patriarca, á quien los cismáticos tienen por cabeza de la Iglesia. A este recibieron con palio todos sus secuaces, eclesiásticos y seglares, á cuya instancia fulminó luégo excomuniones contra nuestro Patriarca y contra todos los de la Compañía, y contra los que los aplaudiesen, y oyesen ó siguiesen su doctrina; y anduvo tan insolente, que descomulgó al mismo emperador Seltan Seguad, y fijó su edicto en las puertas de palacio.

Los cismáticos levantaron el pueblo en su favor, y le alteraron de manera, que todo el pueblo se ardia en vivas llamas de guerras y disensiones de católicos con cismáticos, y formaron ejércitos contra el Emperador, el cual, acomodándose con el tiempo, disimuló con el Abuna y sufrió sus edictos, pero por su mal, porque le quitó Dios la vida en pena de su cobardía.

Su hijo, que le sucedió en la corona y tomó su nombre, que se habia mostrado católico, dejó la piel de oveja y descubrió la de lobo carnicero contra los católicos, y con suma crueldad desterró al Patriarca de su imperio, y con él á todos los de la Compañía. Y aunque con sumo riesgo, quedaron algunos encubiertos para ayudar á los católicos, los cuales despues padecieron martirio; pero con efecto salieron de Etiopia los demas por el mes de mayo de mil y seiscientos y treinta y cuatro, entre los cuales fué el P. Manuel de

costa, compañero en la predicacion y en los trabajos del Santo Patriarca lonso Mendez.

Pero no se contentó el tirano con desterrarlos de sus reinos, sino que ale-›samente los entregó á los turcos de Mazua, sujetos al Bajá de Suaquen; s cuales los llevaron cautivos, robándoles cuanto tenian. Hiciéronles todos s malos tratamientos en Mazua, donde los tuvieron un mes, que se pueden ıaginar de enemigos tan crueles, sedientos de sangre de cristianos y mucho ás del oro y plata de la India, animando á todos el buen P. Almeida con .s palabras y ejemplos á sufrir con paciencia y alegría aquel cautiverio por nor de Cristo.

En teniendo el Bajá noticia de su prision, envió por ellos y fueron llevados ı prisiones por desiertos y selvas fragosísimas, haciéndoles injurias y malos atamientos por espacio de cuarenta dias. En llegando mandó el Bajá, sin ͽrlos, que los sacrificasen á Mahoma, que fué el intento con que envió por llos.

Grande fué el alegría de nuestro P. Manuel cuando se vió en vísperas del ıartirio; y como caudillo y capitan de sus compañeros, los animaba á todos sufrir aquel golpe con alborozo de sus almas, pues con él habian de conse-uir la gloriosa corona que Dios les tenia prometida; pero faltó el martirio l ánimo ántes que el ánimo al martirio. Porque los mercaderes y gente de)io que se hallaron presentes, en sabiendo la voluntad del tirano, le hablaron, menazándole, si la ejecutaba, con la indignacion de los portugueses y la uerra que le habian de hacer y quitar totalmente el comercio, con que le medrentaron; y dándole alguna plata en rescate, dió libertad al P. Almeida ɔn otros seis de la Compañía, quedándose con el Patriarca y dos de los uestros por rehenes de que volverian á comerciar el año siguiente. Con lo ıal se despidieron con sentidas lágrimas los unos de los otros, y el P. Ma-uel de Almeida se embarcó con sus compañeros y llegó á Dio, y desde allí Goa, á diligenciar el rescate del Patriarca y sus dos compañeros, como lo izo á costa de mucha solicitud y diligencia.

VI

Lo restante de su vida hasta su santa muerte.

Grande fué el gozo que tuvieron los Padres de Goa viendo al P. Almeida su colegio, libre de su cautiverio y de tantos trabajos como habia padeci-en Etiopia, y con los turcos y corsarios, que varias veces le habian robado

y maltratado, llevándolo todo con invencible paciencia. Solo él lloraba cuando todos se alegraban por verse desposeido del rebaño que Dios le habia entregado y perdida la ocasion de ganar tantas almas para el cielo.

Luégo comenzó á desquitar su pérdida en la mies presente, predicando y confesando, y doctrinando á los esclavos y negros; no le sufriendo su fervor tener un dia de sosiego; si bien hallaba todo su descanso en ayudar á sus prójimos para caminar al cielo; pero no le dieron tanto lugar como deseaba, porque valiéndose de sus grandes talentos, le ocuparon en el gobierno.

Hiciéronle Rector del colegio de Goa, el cual gobernó con tanto acierto, que ántes de acabar su trienio, le vino patente de Provincial y despues de Visitador de toda la India.

En estas ocupaciones gastó más de once años, con tanto consuelo de los súbditos, como trabajo suyo, admitiendo estos cargos por mera obediencia, porque su deseo fué siempre más de obedecer súbdito que gobernar superior de otros.

Su historiador dice, que fué espejo de buenos Prelados, no ménos por su admirable prudencia que por los buenos dictámenes que tuvo en su gobierno.

Guardaba su aposento de manera que ninguno le encontraba fuera de él sin precisa necesidad, con que era respetado y excusaba algunos castigos no viendo las faltas menudas de los súbditos: que cuando al Superior le encuentran en todas partes, se hace pesado y contentible.

Era blando con los humildes, fuerte y constante con los altivos, resuelto en arrancar los árboles infructuosos, despidiendo á los rebeldes é incorregibles con facilidad de la Compañía, los cuales ocupan los puestos de otros sin fruto, y son más de estorbo que de provecho, como los sarmientos secos en las vides: y así decia que no estaba la gracia de nuestra religion en que fuesen muchos, sino buenos; porque llevar á la guerra muchos soldados cobardes que en oyendo el clarin de acometer vuelvan las espaldas al enemigo, es llevar muchas ovejas al degolladero á perder la reputacion y la victoria; y pocos alentados y diestros en la disciplina militar la alcanzan y recuperan; y lo mismo sucede en los obreros evangélicos y es menoscabo de la Compañía tener muchedumbre de tibios y regalados: y honra suya tenerlos mortificados y fervorosos, que cada uno vale y obra por ciento.

Padeció mucho por sustentar esta constancia y no le faltaron émulos ni contradicciones; pero á todos hizo rostro y tuvo pecho para sufrirlas y vencerlas.

Tuvo grande cautela en dar crédito á celadores y delaciones, que algunas veces se hacen más con celos que con celo de lo que conviene, guardando siempre, como Alejandro, la otra oreja para el delatado, que no solo es prudencia sino justicia no condenar á nadie sin oirle, por lo cual averiguaba

exactamente cualquiera falta ántes de echar el fallo del castigo, teniendo ante los ojos la sentencia del jurisconsulto, que es mejor dejar de castigar al culpado, que castigar al inocente.

Supo mezclar el rigor con la blandura, lo agrio de la severidad con lo dulce de la benignidad, inclinándose siempre ántes á la blandura que al rigor. Amaba ser amado y temía ser temido; premiaba, como Dios, más de lo que merecian, y castigaba ménos que las faltas pedian, perdonando muchas veces ántes de castigar una.

En todo procedia como padre, amando y tratando á los suyos como á hijos, con que ganaba sus voluntades y los traia sin violencia á lo que queria, que era la observancia religiosa y el cumplimiento de nuestro instituto en procurar la salvacion de muchos, que fué siempre el blanco de sus deseos, y en todo fué el primero, moviendo á todos con su ejemplo.

¿Qué diré de sus virtudes? Porque si fué espejo de Prelados, tambien lo fué de perfectos religiosos, humilde, pobre, obediente y penitente y mortificado, y de tanta oracion y recogimiento, que en medio de sus mayores ocupaciones se ostentaba un anacoreta, porque nunca perdia á Dios de vista, y todos los ratos que no daba á los ministerios, ocupaba en la oracion, retirándose á su aposento, adonde cuantos entraban le hallaban de rodillas, orando y rezando y conversando con Dios, y cuidando de todos; solo descuidaba de sí mismo. Porque su comida era un perpétuo ayuno; comia moderadísimamente lo que todos, y á la noche hacia una parcísima colacion, con alguna fruta de la India, y siendo liberalísimo con los demas, era tan parco consigo.

Cuidaba mucho de los huéspedes, haciéndoles todo el regalo que nuestra moderacion permitia.

Fué extremado en el silencio y en el recogimiento: porque ocupado en hablar con Dios, se abstenia de las conversaciones de los hombres.

Martirizaba su cuerpo con cilicios y disciplinas, las cuales eran cotidianas, y tan rigurosas de noche y de dia, que admiraban á los vecinos que las oian: y aconteció tal vez llamar el portero á su aposento, y no oirlo con el extruendo de la diciplina; y abrir la puerta, y verle desnudo de la cintura arriba, matizado con la sangre que sacaba la diciplina.

Semejante á esta aspereza fué la mortificacion de los sentidos, no se moviendo á ver curiosidades en tantas tierras como anduvo, sino fué para averiguar verdades de las historias que compuso.

Fué tan sufrido en los trabajos, como se ha dicho, llevando con alegría tantas injurias como sufrió, tantos caminos y navegaciones, malos dias y peores noches, en los montes y selvas, entre tigres y leones y fieras, hambre y sed, y malos temporales que padeció por Cristo.

Ensayóse en los colegios á padecer en las misiones, llevando con alegría los efectos de la pobreza religiosa, de que fué devotísimo, tomando siempre el vestido más pobre, el más remendado y más raido; las alhajas más humildes, una estampa de papel, una tarima y un banquillo, sin otro menaje ni adorno. Y cuando era Superior añadia un banco en que pudiesen sentarse los que venian á consulta.

Efecto de su humildad fué el alto concepto que siempre mostró de todos, hablando con grande estima de sus personas, y sepultando en inviolable silencio cualquiera falta que supiese suya. A todos alababa, y de sí solo decia mal. Y para estar más léjos de toda sombra de ambicion, en acabando los oficios que tuvo de Superior, nunca más escribió á Roma en materia alguna; deseando ser olvidado de los que tienen el gobierno de la Compañía.

Esta corta imágen nos pinta su historiador, con el pincel de su pluma, de este fiel siervo de Dios, espejo de Prelados, y dechado de súbditos, el cual en acabando sus gobiernos, se retiró á la isleta de Salfete, no léjos de Goa, á donde la Compañía tiene una casa ó granja, á entregarse á la oracion y al trato familiar con Dios, apartado de los hombres.

Aquí entabló una vida de un anacoreta, ocupándose de dia y de noche en oracion y leccion, en penitencia y en contemplar los misterios altísimos de la bondad y Majestad de Dios; en tan riguroso encerramiento y silencio como si no viviera en el mundo, y sólo fuera morador del cielo, recibiendo consolaciones de Dios, al paso que se desterraba del mundo, y le franqueaba su pecho.

Pero no le duró este dulce retiro tanto como quisiera, porque así el Virrey de la India, como el Tribunal de la Santa Inquisicion, cuyo calificador era, y el Senado de la ciudad y los principales de ella clamaron, y le pidieron, por la grande falta que les hacia su consejo, y el recurso que tenian en sus negocios y dudas, á su sabiduría y buen acierto: por lo cual se vieron forzados los superiores, que tambien le deseaban para su consejo, y los súbditos para su consuelo, á enviarle órden y mandato para que viniese á Goa, á que obedeció con la humildad y puntualidad que siempre.

Aquí estuvo algun tiempo, satisfaciendo al deseo de los que le llamaron; mas como vivia con el alma en el retiro de Salfete, siempre suspiraba por él, y clamaba con tan continuas voces, que viendo los superiores su desconsuelo; negociaron con el Virrey y el tribunal de la Inquisicion, que le dejasen volver á la soledad con tal condicion, de que siendo necesario volviese á Goa, que era cosa muy factible, estando tan cerca.

Dado este corte, y tomada esta resolucion, tan gustosa para el P. Almeida; dispuso su viaje con la brevedad que pudo. Pero Dios, cuyos juicios son

ocultos, lo dispuso en otra suerte, llevándole á otro retiro mejor, más apartado del bullicio del mundo, y más á propósito para contemplar los misterios divinos, que fué el cielo; porque á la misma hora que fué á partirse, le salteó un accidente, que le detuvo, sin darle lugar á irse.

Tomóle por aviso del cielo, y por voz del Altísimo, que le llamaba á su corte; y dando de mano á todas las cosas criadas, puso sus mientes en las eternas, y dispuso su jornada para caminar al cielo, con una confesion general, recibiendo muy con tiempo los Santos Sacramentos de la Iglesia.

Duróle un mes la enfermedad, en el cual comulgó algunas veces con admirable devocion; y á 10 de mayo, dia de la Ascension del Señor, á la misma hora que subió al cielo, y oraban todos en la iglesia, asistiéndole el Santo Patriarca Alfonso Mendez, su compañero en Etiopía y en el cautiverio, y muchos de los Padres del colegio; partió en compañía del Salvador á las moradas eternas, á recibir el premio de las peregrinaciones y trabajos, y del celo y solicitud infatigable con que por tantos años trabajó en la salvacion de las almas. Su muerte fué el de 1646, teniendo 65 de edad, y 51 de Compañía.

Su muerte fué sentidísima de toda la ciudad, y de todo el reino, y de cuantos le habian tratado y conocido en España y en las Indias.

Su entierro honrado con toda la pompa y aparato que sufrió la moderacion de la Compañía, sin faltar á sus honras personas de monta, así seculares, como religiosos, Arzobispo, Cabildo, Virrey, Senado, religiones y caballeros, y inmensa multitud del pueblo, aclamándole todos por Santo, como lo mereció su ejemplarísima vida, la cual escribió como dijimos el P. Baltazar Tellez: y el P. Felipe Alegambe hace un breve elogio de sus virtudes y sus obras en su biblioteca.

P. ANDRADE.

P. ALONSO MENDEZ

PATRIARCA DE ETIOPIA

RENOMBRE de estrellas dió el apóstol S. Pablo á los varones apostólicos, las cuales brillan en las tinieblas de la noche, supliendo con sus luces las que niega á la tierra la ausencia del sol: y de la misma manera los

varones apostólicos y los doctores sabios de la Iglesia brillan como estrellas, en las tinieblas de la infidelidad, y hacen ostentacion de las luces de su sabiduría, desterrando con su doctrina las tinieblas de los errores é ignorancias de los hombres, alumbrándolos con la luz y resplandores del Evangelio. Uno de los cuales fué el esclarecido P. Alonso Mendez, cuya vida escribimos, doctor sapientísimo, predicador apostólico, obrero infatigable de la viña del Señor, Patriarca de Etiopía, Arzobispo electo de Goa, Prelado santísimo, varon incomparable de muchas y esclarecidas virtudes, de que hizo muestra y alarde en los trabajos y guerras, y en los cautiverios que padeció por llevar por el mundo el estandarte de la fe de Cristo; y como lucidísimo astro alumbró con los rayos de su doctrina á los que estaban sepultados en las tinieblas de la infidelidad, como se verá en el discurso de su vida.

I

De su patria, padres y nacimiento y de su educacion, hasta ser recibido en la Compañía.

Fué este esclarecido varon portugués de nacion, natural de un corto lugar, que se llama S. Alejo, en la provincia de Alentejo, de la villa de Moura, y no carece de misterio que tuviese nombre de santo el lugar de su nacimiento. Porque como los hijos heredan las calidades de los padres y las plantas toman las de las tierras en que nacen, como la fruta de los árboles en que se crian; así ordenó Dios que naciese este varon en lugar de santo, para dar á entender desde luego que el hijo habia de ser santo.

Nació de padres nobles y virtuosos, á los 18 de julio del año de 1579, siendo Sumo Pontífice Greg. XIII, y rey de Portugal el Cardenal Infante D. Enrique.

Desde su tierna edad mostró vivo y despierto ingenio y mucha inclinacion así á la virtud como á las letras; por lo cual sus padres le pusieron luego en ellas, y en breve tiempo se adelantó á todos sus condiscípulos.

Volando, pues, con tal ligereza en los primeros estudios, aunque era de poca edad, le enviaron sus padres á la célebre universidad de Coimbra á estudiar ciencias mayores, con muy fundadas esperanzas de que por sus buenas letras alcanzaria grandes puestos y honraria su linaje; pero Dios, que mira lo futuro con los ojos de su infinita providencia, y le tenia escogido para Apóstol y Prelado de los extendidos reinos de Etiopia; le llevó con diferentes intentos y más altos fines á estudiar en aquella universidad, sacándo

para esto de la casa de sus padres, como á otro Abraham de la suya. ?oco más de doce años tenia cuando entró en Coimbra; y en tan tierna ıd se hizo tanto lugar en tan poco tiempo, que se llevaba los aplausos de universidad, campeando entre sus concurrentes como el lucero entre las rellas en todas sus acciones, de conclusiones y argumentos; de suerte, que lieron nombre del *Niño Sabio*. Y no era menor su opinion en la virtud, nerándose tanto en esta como en las letras, con admirable modestia y npostura. Era dado al recogimiento, amigo del silencio y de buenas comñías.

Cursaba en las iglesias y monasterios de los religiosos, como en las aulas la universidad, aprendiendo de los religiosos la virtud, y de los maestros ciencias.

Era de blando natural, afable y apacible, que junto con su virtud y buen genio, le hacian amabilísimo á todos, igualmente estimado de discípulos y ıestros.

No habia tratado á los de la Compañía de Jesus hasta que fué á Coimbra, :omo era tan inclinado á la virtud, obrando en su alma el espíritu divino, e le habia escogido para ella, se aficionó mucho á su trato: frecuentaba estro colegio, pasaba con nuestros estudiantes las lecciones, comunicaba ı ellos los argumentos, oia las lecciones de los maestros y con la doctrina ɔia el espíritu y la devocion que experimentaba en ellos. Finalmente se :ionó de manera, que pidió ser recibido en la Compañía para vivir y moentre nosotros.

Tenia á la sazon trece años poco más, y habia órden de no recibir á alguhasta tener catorce cumplidos; pero mirando los Superiores que tenia ; de cordura y de aprovechamiento en la virtud y en las letras, que otros nucho más tiempo, dispensaron en él lo que le faltaba, que más años tiene ıo dice el Espíritu Santo en la Sabiduría) quien tiene más seso; y hay ıbres de muchas canas, muy niños en la prudencia; y otros de muy poaños, canos en ella, como lo fué nuestro Patriarca, á quien, por anciano l seso, recibieron en la Compañía por de muchos años el de 1593, á 13 ebrero, y fué conforme á razon, que quien no se atenia á las reglas de la l en la virtud y prudencia, no fuese regulado por ellas.

II

De su noviciado y estudios, y las cátedras que regentó.

Trasplantada, pues, esta tan tierna cuanto hermosa flor en el ameno jardin de nuestra sagrada religion; faltan palabras y sobran obras para declarar el olor de suavísimas virtudes, que desde luego dió, porque era un Angel en todo, así en la pureza de su alma como en la presteza de su obediencia; en la compostura exterior, y en lo interior de su conciencia; tan humilde y tan fervoroso para la mortificacion y penitencia, tan contemplativo, callado é interior; que nunca parece se divertia, viviendo y conversando siempre con Dios. A todos servia y á todos obedecia, como si cada uno fuera su propio Superior: de todos era amado y estimado, no ménos por su virtud que por su buena condicion.

Concluido el noviciado con tanto aprovechamiento que pudiera contarse entre los muy ancianos en la religion, hizo los primeros votos con admirable devocion, en teniendo la edad que se requiere; juzgando todos que de tan pequeña planta habia de coger copiosos frutos para el cielo nuestra religion.

Comenzó sus estudios, no olvidando jamás el de la propia perfeccion, y con la grandeza de su ingenio aprovechó tanto en ellos, como se podia esperar, adelantándose á sus condiscípulos, y co mo dice el autor de su historia, igualándose á sus maestros, con repetir las lecciones con tanta destreza, puntualidad y sabiduría, que más parecia enseñarlas que aprenderlas. Salió eminentísimo en letras humanas y no ménos aprovechado en la filosofía, en la cual se graduó por ser tan señalado en ella.

En las academias que se hacian en Coimbra, en que todos los grandes ingenios hacian alarde de su sabiduría, llevó siempre el primer premio, y en una que hubo, cuyo asunto fué las alabanzas de S. Francisco Javier, como apóstol de la India; hizo un epigrama de nueve dísticos, tan elegante en el verso, tan propia en la frase latina y tan aguda en las sentencias; que admiró á la universidad; y no sólo llevó entre todas las demás, sino que por cosa singular se guarda hasta hoy en el archivo del colegio de Coimbra, y el P. Manuel de Almeida la trae en su historia de Etiopia en el apéndice I, cap. 9.

En cuanto á las cátedras que leyó ántes y despues de haber estudiado teología, con ningunas palabras se podrán mejor decir, que con las siguientes:

«Leyó en Coimbra y en Evora las letras humanas y divinas, realzando

mucho más en el uno y otro teatro el metal finísimo de su ejemplo con los quilates riquísimos de su ciencia.

»En primer lugar, leyó la cátedra de prima de letras humanas, en las cuales verdaderamente parecia divino, porque juntó en la elocuencia las dos propiedades que celebra Plutarco en las dos lumbreras de la elocuencia griega y latina, Ciceron y Demóstenes, porque á éste, dice, nada se le podia quitar, y á aquel nada se le podia añadir. En la suavidad de las palabras parecia un S. Ambrosio, y en la elocuencia un S. Crisóstomo, si bien no tenia la lengua de oro solamente, porque todo él era oro. Con este aditamento, que todo fué tambien de hierro: oro en la elocuencia, hierro en la constancia; porque no fué ménos diamante y férreo en el sufrimiento de los trabajos que oro en el lucimiento de las cátedras, de las cuales leyó muchos años continuadamente la de prima en Coimbra, porque él solo podia ser sucesor de sí mismo.

»Entre los poetas latinos fué el más elegante de su tiempo. Nunca tuvo el Parnaso coimbricense alumno que más estimase el docto coro de sus nueve musas, ni hijo á quien con más cuidadosas caricias criase á sus pechos. Nunca usó de hipérboles poéticos, ni de exageraciones propias de discípulos; sino de sincera historia, y palabras propias de maestro. Y cuando esto escribo, viven en esta ciudad de Coimbra muchos de sus discípulos, que son abonados testigos de lo que digo; y hoy está tan viva como el primer dia en esta universidad la memoria de aquella su tan alabada, tan real y magnífica tragedia de S. Paulino, que fué la más pomposa y más aplaudida en verso latino, que jamas se vió ni oyó en este colegio coimbricense, en la cual causó más admiracion al auditorio la suavidad de la poesía que la magnificencía de las apariencias; porque más robó la atencion y el gusto de los hombres doctos la elegancia del verso, que los arcos triunfales, los carros imperiales y el majestuoso aparato con que se representó el año de 1604; que por cosa rara y muy preciosa se conserva hasta hoy en el archivo de nuestro colegio de Coimbra.

»Aunque fué tan divino en las letras humanas, no fué inferior en las divinas de la Sagrada Escritura: ni era justo que quien era tan conocido y aplaudido en el coro de Apolo profano, no fuese tambien honrado con la aureola doctoral en el cielo de la teología sagrada, tomando este grado en la universidad de Evora, leyendo en ella la cátedra de Escritura despues de haberla leido con igual aplauso en Coimbra; para que los dos hemisferios de las ciencias de Portugal participasen igualmente de los benévolos y clarísimos rayos de tan lucido planeta».

Con estas palabras declara su historiador las cátedras que leyó, la opinion

y crédito tan alto que tuvo en todas partes y tiempos de su sabiduría. Y aunque parecen encarecidas, y las juzgarán por tales los que no le conocieron ni trataron; pero los que fueron sus discípulos, como se precia su historiador de haberlo sido, y los maestros que leyeron en su tiempo, y los que han leido sus escritos, juzgarán que no se adelanta, y que todo lo dicho cabe en tan ilustre sujeto. El cual, despues de larga conferencia, fué escogido entre muchos aventajadísimos sujetos de aquella esclarecida provincia, para una de las mayores empresas, más difíciles y de mayor servicio de Dios, que ha tenido la Compañía de Jesus, despues que se fundó; en la cual se portó como un Apóstol, y dió el lleno á aquella obra, que se pudo desear y pedir, como se verá en el discurso de su vida.

III

Es electo y consagrado Patriarca de Etiopia, y cómo partió á la India.

Ocupado este insigne varon en tan santos y lucidos ejercicios; se llegó el año de 1622 en que cumplió 43 de su edad, y 30 de Compañía, y muchos más de aprovechamiento, así en el estudio de la perfeccion, como en el de la sabiduría; en que pasó á mejor vida el P. Pedro Paez, Superior de la Compañía en Etiopia, y Padre y Pastor de aquel rebaño del Señor, que con su muerte quedó como huérfano. Y aunque tenia otros religiosos que le apacentasen; siempre clamaba por su amado Padre, el cual ántes de morir pidió por repetidas cartas á los Superiores de la Compañía, y al Rey de Portugal y Castilla, que enviasen religiosos nuestros á aquel reino, para llevar adelante la cristiandad y reduccion á la Iglesia Romana de los cismáticos, que á costa de tantos trabajos se habia comenzado; y el Emperador Seltan Segued, que á la sazon imperaba, y le habia convertido el P. Pedro Paez, habia escrito varias veces, y enviado sus Embajadores al Sumo Pontífice y al Rey, pidiéndoles Patriarca y Obispos para el gobierno de aquella Iglesia, tan lejos y tan necesitada de Padres y Pastores de las almas. Y aunque siempre se juzgó conveniente condescender con estas peticiones, y de hecho se enviaron algunos Padres á Etiopia, pero ménos de los que necesitaba: y en cuanto al Patriarca y los Obispos, no se habian determinado á enviarlos, recelándose no les sucediese tan mal como á dos que habian enviado ántes, Juan Nuñez Barreto y Andres de Oviedo, los cuales padecieron tantos y tan malos tratamientos de los abisinios, que pudieron ser contados entre los mártires.

Ultimamente la piedad y celo del Rey D. Felipe III, que continuó su hijo D. Felipe IV, y la solicitud Pastoral del Papa Paulo V, y de Gregorio XV, que le sucedió en el Pontificado, vencieron estas dificultades, y resolvieron enviar un Patriarca y dos Obispos, que le sucediesen en la dignidad, en caso que faltase; para lo cual escogieron tres Religiosos doctos muy versados en las letras sagradas, y en la Teología Escolástica, para que pudiesen resistir á la potencia del Patriarca de Alejandria, decidir las cuestiones, responder á los argumentos, y allanar las dificultades, que oponian los cismáticos; y de tal vida y ejemplo, que edificasen la verdad de nuestra santa fé católica, no sólo con las palabras, sino tambien con las obras, que es la más eficaz y provechosa exhortacion.

Tomada, pues, esta rosolucion, fué electo por el Rey D. Felipe IV por Patriarca de Etiopía el P. Alonso Mendez, doctor graduado en Teología, catedrático de Escritura en la universidad de Evora, y varon tan consumado en letras divinas y humanas, como se ha dicho, y no ménos ejemplar en la vida de santísimas costumbres y grande ejemplo, así á los de casa, como á los de fuera.

Su eleccion fué muy aplaudida de todos, sino fué del mismo, que por su humildad se juzgó por indigno de tan alta dignidad; si bien tenia más de trabajo que de descanso; ninguna renta, y muchas y grandes pensiones de tantas navegaciones y caminos, por mar y tierra tan peligrosas, y á tierras tan extrañas, y á gente indómita, tan encarnizada en sus errores, y tan aversos á las verdades de la Santa Iglesia Católica Romana. Pero considerando el humilde Padre, que era ordenacion de Dios, que se lo mandaba con precepto por boca de su Vicario el Sumo Pontífice de la Iglesia; bajó la cerviz al yugo, y puso el hombro á la carga, y admitió la dignidad, que tuvo más de carga que de cargo, como se verá adelante.

Fueron asimismo electos por el mismo Rey D. Felipe IV por Obispos coadjutores y sucesores suyos, en primero lugar, el P. Diego Seco, natural de Covillan, en Portugal, con título de Obispo de Nicea, que á la sazon estaba en Roma en el Colegio Romano, y por segundo sucesor, el P. Juan de Roca, natural de Lisboa, á donde estaba leyendo Teología en el colegio de S. Antonio, con título de Obispo de Herápolis.

Los nombramientos se enviaron á Roma, y su Santidad los aprobó, y expidió sus Bulas para su consagracion. Las dos del Patriarca y el Obispo de Nicea llegaron primero, y porque la embarcacion para la India estaba sin poder esperar las terceras; fueron los dos consagrados en nuestra casa profesa de S. Roque de Lisboa á doce de marzo de 1623 años, por D. Fernando Martinez Mascareñas, Obispo de los Algarbes é Inquisidor General de

aquel reino, con toda la solemnidad que acostumbra la Iglesia, y con más devocion, que suntuoso aparato y gastos superfluos: el P. Juan de Roca se consagró en la India en nuestro colegio de Goa.

Hecha esta funcion tan importante, se embarcaron en tres naves, que partieron á Goa á 25 del mismo mes de marzo, trece dias despues de su consagracion, el Patriarca en la Capitana con ocho de la Compañía, el Obispo de Nicea en la Almiranta con nueve de los nuestros, y el Obispo electo de Hierápolis en la otra.

La navegacion fué trabajosísima, porque padecieron grandes borrascas y tempestades, y por mucha diligencia que pusieron, invernaron en Mozambique, á donde llegaron á veinte y dos de setiembre del mismo año. Detuviéronse todo el invierno en aquel puerto, pasando muchas incomodidades; y últimamente aportaron á Goa á 28 de mayo del año siguiente.

El Obispo D. Diego Seco padeció tantas y tan graves enfermedades, que le acabaron la vida, y llegó ántes al puerto de la gloria que al de Etiopia ni al de Goa, á donde los demas entraron, con tanto dolor de haber perdido un santo Prelado, de quien hablaremos luego; como gozo de verse libres de los peligros de la mar en el puerto deseado. Allí halló el Patriarca cartas de Etiopia, en que significaban el deseo que tenian de verle en su tierra, con las cuales se alegró mucho y trató con toda diligencia de abreviar su jornada; y ántes que se embarque y nos embarquemos en proseguir su historia, es justo que digamos quién fué su coadjutor y compañero el Obispo de Nicea.

IV

Dáse noticia de la vida y muerte del Obispo de Nicea, compañero y coadjutor del Patriarca.

El P. Diego Seco, Obispo de Nicea, nació, como dijimos, en la villa de Covillan, bien célebre en la provincia de Beyra, y mucho más célebre por haber tenido hijo de tantas y tan esclarecidas prendas: y sus padres fueron de relevante nobleza, la cual recibió nuevo realce con la virtud y letras de tan aventajado hijo, como tuvieron en el P. Diego Seco.

Desde la cuna dió muestras de buen ingenio, y en su primera edad fué ángel en la inocencia y en la aplicacion al servicio de Dios y asistencia en sus templos.

Enviáronle sus padres á estudiar á la universidad de Coimbra el año de 1590: cursó poco tiempo en las escuelas, porque como era tan virtuoso y tan inclinado al servicio de Dios y culto de los templos; no salia de las casas de

los religiosos, y en particular le llevó siempre la aficion la Compañía, donde cursaba más que en las aulas de los maestros. Hasta que últimamente, tocado de la mano de Dios, se resolvió á sacrificarse á Dios en ella, en la cual fué recibido el dicho año á 9 de marzo, teniendo diez y seis de edad y muchos más de seso y de prudencia; porque, como dice su historiador, en los años era mozo, y viejo en la prudencia; en el tiempo era novicio, y en las costumbres profeso.

Tuvo su noviciado en el colegio de Coimbra, con tal aprovechamiento, que todos le miraban como á perfecto religioso, y tomaban de su observancia ejemplo. En el mismo colegio estudió Humanidad, Filosofía y Teología, con el aprovechamiento que habia tenido en el estudio de la perfeccion, igualando las dos alas, de la santidad y la ciencia para volar por el mundo á ser maestro de ellas.

La primera cátedra que tuvo fué la de prima de Retórica del colegio de Lisboa, la cual leyó ocho años con el aplauso debido á sus talentos, que fué de los mayores que ha tenido en aquella corte ninguno de los maestros.

Era oido y venerado de todos los grandes humanistas de aquel tiempo, y estimadas sus obras, así de prosa como de poesía, con grande aprecio como de varon eminente; y no sólo le consultaban los de la facultad que leia, sino todos los hombres de cuenta de aquella corte, acudiendo á él con sus dudas, como á un segundo Apolo, oráculo de aquel tiempo. Asi le llama su historiador, y añade, que el Obispo de Coimbra D. Alonso Casteblanco, siendo Virrey de Lisboa, en quien corrieron parejas el celo de la justicia, con la sabiduría y la prudencia, fué uno de los que más le estimaron y aplaudieron, y rara ó ninguna cosa hizo que no fuese por su consejo: tal crédito ganó en sus primeros años, y tal fué su caudal y la opinion que tuvo de maestro. Tomóle por su confesor, fiándole su alma, que fué la mayor confianza que pudo hacer de su caudal, espíritu y prudencia; y el Padre le pagó esta confianza que hizo de su persona, asistiéndole en su última enfermedad y en su muerte, y predicando en sus honras el dia de su entierro.

La misma estimacion hizo el Nuncio de Su Santidad del P. Diego Seco, que asistia en la corte de Lisboa á la sazon que leia la cátedra de Retórica; y tenia tal concepto de su erudicion y eminencia en las letras humanas y divinas, que todas las cartas y despachos de importancia que enviaba á Roma, quiso que fuesen despues por su mano, diciendo: que ninguno alcanzaba en aquellos reinos la propiedad y elegancia de la lengua latina como el P. Diego Seco, y que ningunas obras eran tan bien vistas en la corte romana como las suyas.

De Lisboa pasó á Coimbra á leer la cátedra de prima de Retórica, doblan-

do los años de lectura y los aplausos y loores de sus obras en aquella universidad, de las cuales se guardan muchas por admirables en el archivo de aquel insigne colegio; y una muy singular, que dedicó al duque de Avero D. Alvaro de Alencastro, trae el P. Manuel de Almeida en su Historia de Etiopia.

En esta universidad leyó artes y Teología, con el mismo crédito que habia leido la Retórica. Despues el año de 1618 fué llamado á Roma por uno de los grandes sujetos de la Compañía, por nuestro P. General Mucio Viteleski, para revisor y censor de los libros y cuestiones difíciles que se ventilan en la corte romana: oficio que ejercitó con tanto crédito, que enterado de la eminencia de sus letras, le dieron cátedra de Teología en el Colegio Romano, que fué la primera que en él tuvo sujeto de su provincia; pero no fué mucho que fuese preferido á todos, quien á todos precedia en sabiduría.

Leyendo, pues, en Roma esta cátedra con mucho aplauso; se llegó el año de 1622 en que se determinó enviar Prelado, como dijimos, á Etiopia, y luego pusieron todos los ojos en el P. Diego Seco, como en el sujeto más cabal, en quien concurrian todas las partes de religion, espíritu, letras, prudencia y caudal para aquella empresa, y como tal fué nombrado para Obispo y coadjutor del Patriarca. Y aunque tuvo muchas causas para excusar esta carga, y no fué la menor ser más antiguo en religion y lectura que el P. Alonso Mendez, á quien le pospusieron; calló y obedeció y bajó la cerviz al yugo de la obediencia; y pospuestos todos los pundonores humanos, mirando solamente la mayor gloria divina, se ofreció á tantos trabajos, como le traia aquel destierro á tan remotas tierras, con el título dorado de Obispo de Nicea, y en la verdad esclavo de Etiopia, y blanco de innumerables flechas de contradicciones de los abisinios, y afanes inexplicables de tan prolijo camino, el cual hizo luego á Lisboa, á donde fué consagrado, como arriba dijimos. Y fue cosa admirable la edificacion que daba á todos los de casa y de fuera el nuevo Obispo con su humildad, modestia, cortesía, mortificacion y sumision en todas sus acciones, procediendo en el noviciado de Obispo, como si fuera el de la religion: porque besaba los pies en el refectorio á los de casa y se postraba á la puerta para que todos le pisasen, y hacia otras mortificaciones comiendo de rodillas y de limosna, como se usa en la Compañía, y en todo se ostentaba ejemplo de humildad, de observancia y religion, sin resabio de propia estimacion por ser Obispo; ántes cumpliendo el precepto del Eclesiástico, cuanto era mayor su dignidad, tanto más se humillaba, postrándose á los pies de todos.

Embarcóse en la nave Almiranta, como se dijo arriba, en la cual dió una enfermedad contagiosa de que murieron muchos, y el buen Prelado, criado siempre en oficios de caridad con sus prójimos, no los olvidó en esta ocasion:

porque como buen obrero de la viña del Señor y como pastor de sus ovejas, acudió á la cura espiritual y corporal de aquel rebaño, curándolos y sirviéndolos como padre, y confesándolos y sacramentándolos como Prelado, y consolándolos y esforzándolos á todos como padre de sus almas. Uno de ellos fué el mismo almirante de la nave, á cuya cabecera estuvo desde que cayó enfermo hasta que murió, curando su cuerpo y cuidando su alma.

El cuidado y el trabajo fueron tan desmedidos sobre sus fuerzas, que enfermó gravemente y en breves dias remató los de su vida, recibidos con mucho tiempo y devocion las santos Sacramentos, mediante los cuales llegó ántes al puerto de la gloria que al de Etiopia, adonde enderezaba su viaje. Pero Dios aceptó su voluntad y le dió el premio de su apostolado, dando la vida por la caridad de sus hermanos. Su dichoso tránsito fué á 4 de julio de 1623 años, cumpliendo 47 de edad y muchos más de merecimientos, de que gozará eternamente en la gloria.

El caudal de virtudes que amontonó Dios en este insigne varon fué tal y tan grande, que cada una pudiera hacer exclarecido á cualquiera hombre señalado: en particular fué devotísimo de la Santísima Vírgen María, á quien tuvo siempre por Madre, por norte de sus acciones y por guía de su alma. Todos los dias, por más ocupado que estuviese, la visitaba en su capilla y gastaba largos ratos en ella, aprendiendo de tal maestra lo que habia de enseñar á sus discípulos; á los cuales y á todos cuantos trataba, imprimia esta celestial devocion, y hablaba y predicaba de esta Señora con tal dulzura y suavidad, que á todos enternecia, y declaraba bien el afecto tan cordial que le tenia en su alma.

Era juntamente obsequiosísimo y muy caritativo para con todos, en especial con los enfermos, á quienes visitaba, consolaba y servia con admirable caridad.

Fué muy afable y blando de condicion, y por esto muy amado de todos; y sin faltar á la modestia y gravedad religiosa, supo juntar estas virtudes haciéndose amar y respetar, con una modestia afable y una gravedad humilde, sin afectacion ni muestras de soberbia ó vanidad.

Desde que entró en la Compañía hasta que consumó el curso de su carrera, guardó un tenor de vida santa y ejemplar; mortificado y penitente, humilde y observante de todas las reglas y ordenaciones religiosas, con una vida inculpable, con que á todos edificó y mereció la aclamacion que siempre tuvo, no menos de religioso que de docto; y á lo último echó el sello á su vida, dándola por la caridad de sus hermanos, mejorándola en la gloria, adonde le dejamos gozando de sus merecimientos para atar el hilo de nuestra historia.

V

Pasa el Patriarca de Goa á Etiopia, donde fué bien recibido.

Con las cartas que el Patriarca tuvo de Etiopia, cuando llegó á Goa, de los Padres de la Compañía, en que le avisaban el deseo que así el Emperador como todo el reino tenia de verle en sus tierras y la grande necesidad que habia de su persona; puso todo el esfuerzo posible en abreviar su viaje y no detenerle un punto: y venciendo montes de dificultades, habiendo llegado por setiembre, como arriba dijimos; se embarcó á los 17 de noviembre del mismo año de 1624, y pasando borrascas, tempestades, miedos de moros enemigos, correrias de corsarios, falta de lo temporal, sobresaltos, malos dias y peores noches, frios y ardores, que fuera cosa larga referirlos; llegó á Etiopia á los primeros de junio del año siguiente de 25, y á 9 del mismo mes entró en la ciudad de Fremona, de la provincia de Tigre, en el primero y principal colegio que tiene la Compañía en aquel imperio, donde está enterrado el santo Patriarca Andres de Oviedo.

Luégo que tuvieron noticia de que habia desembarcado en puerto de Etiopia, se partió el P. Manuel de Barradas de Fremona con muchos caballeros portugueses y otros católicos abisinios á recibirle. Llegó un dia ántes el aviso al Patriarca de cómo venian á recibirle con cartas gratulatorias que todos le escribian, con que se holgó grandemente y mucho más con su vista. Cuando llegaron á verse y saludarse caritativamente, no hay palabras para significar el gozo y alegría que tuvieron los unos y los otros; el Patriarca de ver á sus hermanos religiosos y á los fidalgos portugueses en aquella tierra, y á los fieles abisinios, y de todos los que le esperaban por ver el cumplimiento de su deseo.

Cada cual puede discurir y pensar cuánto seria el contento que todos tuvieron aquel dia y las gracias que darian á Dios por verle cumplido. Trujeron camellos cargados de regalos para festejar al Patriarca y á los que le acompañaban; luégo se vistió sus ornamentos pontificales, porque hasta entonces venia disimulado por recelo de los enemigos y extranjeros, que pasaron con él.

Los soldados y portugueses iban galanamente vestidos, muy de fiesta, haciendo escaramuzas sin perdonar á demostracion grande ni pequeña, que pudiesen hacer de regocijo para festejar su venida; lleváronle como triunfan-

te á la ciudad de Fremona, que salió toda á verle; pero quien la hizo mayor fué el Emperador Seltan Saqued, cuando lo supo, que cantó en voz alta el *Nunc dimittis servum tuum in pace,* etc., y mandó llamar á todos los Virreyes y señores de su córte, y en su presencia, delante de todo el pueblo, tocaron muchas chirimías, trompetas y atabales, y dispararon tiros de artillería y mosquetes y bombardas, y luégo en lugar eminente á voz de pregonero echó el bando siguiente:

«*Antiguamente todos los de Etiopía estábamos unidos con la Iglesia Romana, hasta que vinieron Eutiques y Dióscoro, y nos llevaron á la de Alejandría; y siguiéndolos, desobedecimos al Pontífice de Roma; pero ahora nos unimos, y ha mucho que deseamos unirnos con la Iglesia Romana, la cual recibimos; y vosotros alegraos conmigo, y los enemigos se entristezcan y confundan.*»

A este pregon se siguió grande aclamacion del pueblo, y música de trompetas y chirimías y otros instrumentos músicos, y todos los caballeros y cortesanos hicieron escaramuzas, y corrieron sus caballos aquel dia á vista de palacio, en señal de alegría; y el Emperador envió luego á sus Virreyes y Gobernadores para que recibiesen, y festejasen al Patriarca, y le envió la bien venida por la carta siguiente:

«Con la paz del buen Pastor, *Qui dedit animan suam pro ovibus suis:* damos muchas gracias á Dios nuestro Señor, que nos ha cumplido nuestros deseos y peticiones, y se ha servido de cumplir el tiempo en que nos ha dado á V. S. por Patriarca con los dos Obispos sus compañeros, como refiere en su carta: que todos son bien necesarios para curar las ovejas descarriadas y maltratadas del dia de la tormenta y persecucion. Dios traiga á V. S. con paz y con salud, y facilite su camino de manera que pueda V. S. pasar con toda la presteza posible, porque así lo pide la necesidad de este Imperio, como lo habrá entendido por las cartas de los Padres, etc. En el ínterin rogamos á Dios, Autor de tan grandes bienes, confirme este efecto, para gloria y honra suya, y bien de tantas almas. De Mayo, y del Nacimiento de Cristo nuestro Señor, 1674.

Seltan Saqued, por la gracia de Dios, Emperador de Etiopia.»

Tambien le escribió más largamente el hermano del Emperador Raz Cela Cristos, Príncipe y cabeza de los Señores de Etiopia, en que le daba la bienvenida con palabras muy tiernas y muy encarecidas, significándole el gran gusto que habia recibido con el auxilio de su llegada al imperio, y el gran deseo que tenia de verle, ofreciéndole cuanto quisiese, y pidiéndole que abreviase su jornada, y no dilatase más sus deseos.

Recibidas estas cartas, trató luego el Patriarca de pasar á la corte á verse

con el Emperador, y antes de partirse, á instancia de los portugueses, dijc Misa de Pontifical, al uso Romano, el dia del Apóstol S. Pedro, é hizo otros actos pontificales, á que concurrió grande parte de la ciudad, derramandc los fieles dulces lágrimas de sus ojos, por ver aquel dia tan deseado de to dos, y consumiéndose de envidia los cismáticos y herejes, viendo destruida su falsa religion, y por tierra sus errores.

En aquella tierra comienza el invierno á mediados de junio, y dura tres ó cuatro meses; y aunque era tiempo tan incómodo, no dilató el Patriarca su jornada, y así partió luégo á la corte.

El Emperador y su hermano enviaron compañias de soldados, que le fue sen haciendo escolta, y órden para que en todos los lugares le aposentasen y regalasen, y saliesen á recibirle, con demostraciones de alegría. Todo lo cual se ejecutó con mucha puntualidad; y para mayor autoridad, porque convenia mostrarla para que le respetasen; le fueron acompañando los reli giosos nuestros, que estaban en Fremona, y todos los nobles portugueses, que con los soldados y gente de servicio eran más de mil personas.

Vinieron tambien los de la Compañía, que andaban predicando por los reinos, y fué incomparable el gozo que recibieron con su vista y recibimien to. En todas partes le hicieron grandes presentes de los frutos de la tierra, y dos jornadas ántes de la corte le envió á visitar el Emperador con un cama rero suyo.

Cuando llegó al término de Gorgorra, á donde habia estado la corte, y el P. Pedro Paez, que ya era difunto, edificado una suntuosa Iglesia á nuestra Señora; salieron los clérigos y monjes de doce iglesias á recibirle con cruz y uno como palio de sedas, con incensarios y chirimias, cantando Psalmos y repitiendo Alleluyas, *Benedictus, qui venit in nomine Domini*. A los cuales se siguió el P. Luis Cardeira, Superior de nuestro colegio, con una bien or denada procesion de niños de un seminario, que tenia bien industriados, can tando la doctrina cristiana, y los himnos á canto de órgano, que fué para el santo Patriarca la música más sonora que pudo tener en aquella tierra, mi rando y oyendo aquellos ángeles cantar las alabanzas de Dios con tanta ino cencia, que le hacian derramar arroyos de dulces lágrimas de alegría.

Hallóse en aquella ciudad las témporas ántes de Navidad, y ordenó vein te clérigos y monjes, que lo estaban de los cismáticos; y conforme á lo asentado, recibieron las órdenes, al uso Romano, *sub conditione*, y los dejó por curas en las iglesias.

A esta ciudad llegó el Justicia mayor de palacio, enviado del Emperador, para que llevase al Patriarca á Dancaz, á donde tenia su corte, que estaba una corta jornada. A poco más de la mitad estaba lo más lustroso de la cor-

te esperándole, así la gente de guerra, como de la corte vestidos rica y curiosamente, con cadenas y manillas de oro; las sillas de los caballos de ricas telas, esmaltadas de plata, en tanto número, que solos los de milicia llegaban á diez y seis mil, parte de á pié, y parte de á caballo.

Este lucido escuadron que cubria los montes y los valles, cerraban las personas reales, dos hijos del Emperador, y su hermano Raz Cela Christos, que era finísimo católico romano.

Resonaban en el campo pífanos, tambores, trompetas, chirimias y otros instrumentos músicos, voces y cánticos del pueblo, dando mil gracias á Dios por ver cumplidos sus antiguos deseos. Abriéronse en dos partes, y cogiendo en medio al Patriarca y su gente, los llevaron como en triunfo, cortejándole las personas reales.

Llegaron á una tienda ricamente aderezada, en la cual se vistió de corte, dejando los vestidos de camino, que llevaba. Llegados á la corte hallaron otra tienda más rica, y suntuosa, á donde se vistió de Pontifical, con capa y mitra blanca de preciosa tela y gualdrapa de damasco en un caballo blanco, que le envió el Emperador, en que entró con el aplauso del mayor concurso de gente que habian visto en Etiopía.

Fué derecho á la iglesia, á donde le recibió todo el clero con música de clarines y todos los instrumentos ordinarios. El Emperador estaba ricamente vestido, esperándole en su trono; y en viéndole se levanto, y el Patriarca llegó, y le echó los brazos, dándole la bienvenida. Luégo se sentaron, el Emperador en su silla, y el Patriarca en otra igual á ella cerca del altar, desde donde hizo una plática breve al pueblo, dando razon de su venida, y el Emperador respondió pocas palabras y con muchas caricias le envió á descansar á nuestro colegio, y él se retiró á su palacio.

VI

El juramento de obediencia al Sumo Pontífice que hicieron al Emperador y todo su reino en manos del Patriarca.

El amor y estima que tenia el Emperador al Patriarca y la devocion á la Iglesia Romana, no le permitieron largas dilaciones en ejecutar lo que tanto deseaba; y así envió luego á llamar al Patriarca, el cual vino acompañado de muchos portugueses y de los Padres del colegio.

Recibióle el Emperador en una sala de su palacio, bien adornada; dióle silla igual á la suya, lo cual hizo siempre que vino á verle á su palacio. Sen-

tados en buena conformidad á solas, le preguntó muy de espacio por las cosas de Europa, por el Papa y el Rey España, y por todo lo que habia pasado en su jornada, como lo pudiera hacer un amigo con otro.

Luego introdujo el Patriarca la plática de la religion católica, que el Emperador oyó con mucho gusto, y le mostró en hacer todo lo que fuese necesario para la firmeza de union de la Iglesia de Etiopía con la Romana. «Pues conviene, dijo el Patriarca, que Vuestra Majestad y todo su reino, dén la obediencia con juramento, pública y solemnemente, al Pontífice Romano, abjurando los errores que hasta ahora han profesado» «Que me place», respondió el Emperador, y luego señalaron dia, que fué miércoles, á once de febrero de 1626 años, y lugar, que fué un salon grande de palacio, donde se celebraban las córtes, el cual se aderezó con toda la riqueza y magnificencia posible. Púsose un trono alto, y en él dos sillas iguales: convocáronse todos los Virreyes, Príncipes, Señores, Gobernadores, Magistrados y personas principales para el acto más célebre que vió aquel imperio en los siglos presentes ni pasados.

Llegado el dia señalado, salió el Emperador ricamente vestido, con la corona de oro en la cabeza y todas las insignias imperiales, acompañado de sus hijos, hermano, primos, parientes, Príncipes y Señores del imperio: y el Patriarca por el mismo tenor vestido de Pontifical, con capa y mitra, y cruz Patriarcal.

Sentóse el Emperador en la silla de la mano derecha, y el Patriarca en la de la izquierda. Los Príncipes y Señores por su órden en sus lugares, inmensa gente asistiendo á tan célebre acto. Cerca del trono real estaban los monjes más graves, que habian recibido la fe católica; y habiendo hecho silencio, comenzó el Patriarca un sermon ó razonamiento muy cumplido y erudito, en que tomando por tema aquellas palabras de Cristo: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam;* probó con muchos lugares de la Sagrada Escritura, y con argumentos y evidentes razones, cómo la cátedra de S. Pedro era la romana, y la piedra firmísima, sobre la cual fundó Cristo la Iglesia, fuera de la cual no habia salvacion: porque su fe y doctrina era la verdadera luz que encaminaba las almas al cielo; y la contraria, tinieblas de errores que las despeñaban en el infierno, ponderando cuánto importaba, no sólo recibirla con el corazon y darle crédito con el entendimiento; sino confesarla tambien públicamente, para lo cual se habian juntado en aquel acto.

Habiendo oido todo aquel grave Senado la plática del Patriarca con gran de atencion y silencio; respondió el Emperador por medio de un primo suyo que se llamaba Melcha Cristos, su mayordomo mayor y Virrey del reino de

Zemen, el cual levantado en pie, hizo otra plática tan cumplida, como la del Patriarca, aprobando por una parte todo lo que habia dicho, y por otra significando los grandes deseos que por muchos años habian tenido de hacer aquella profesion jurada de la fe y obediencia al Sumo Pontífice de Roma, y exhortando á todos á que hiciesen lo mismo. Ambas pláticas trae muy á la larga el P. Manuel de Almeida, que dejo, por la brevedad.

El Emperador dijo al Patriarca: «No piense V. S. que hago ahora cosa nueva. porque ha muchos dias que tengo dada esta obediencia á Su Santidad en manos del P. Superior.» A que respondiendo brevemente, agradeciendo el ejemplo que daba á todo su imperio, y la honra que hacia á la Iglesia romana, y tomando el libro de los Santos Evangelios, se le puso en las manos, y el Emperador se levantó y en voz alta, poniendo las manos sobre el libro que sustentaba el Patriarca, dijo de esta manera:

Nos Seltan Segued, Emperador de Etiopía, creemos y confesamos: que San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, fué constituido por Cristo nuestro Señor, Cabeza de toda la Iglesia cristiana, y que le dió el principado y Señorío sobre todo el mundo, cuando le dijo: Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam: et tibi dabo claves Regni Coelorum. *Y cuando otra vez le dijo:* Pasce oves meas. *Item creemos y confesamos que el Papa de Roma, legítimamente electo, es verdadero sucesor de S. Pedro Apóstol en el gobierno. el cual tiene el mismo poder. dignidad y primacía de toda la Iglesia cristiana, y al Sumo Pontífice Urbano VIII de este nombre, por merced de Dios Papa, y Señor nuestro, y á sus sucesores en el gobierno de la Iglesia, prometemos, ofrecemos y juramos verdadera obediencia y sujetamos á sus pies nuestra persona y nuestro imperio: así nos ayude Dios y estos santos Evangelios.*

Dicho esto volvió á su trono y silla real, y llegaron á las manos del Patriarca sus dos hijos y su hermano á hacer el mismo juramento, y despues de ellos el Mayordomo mayor su primo y los Virreyes y Príncipes y Señores del imperio, que por abreviar aquella accion, le hacian con estas palabras: *Y yo N. prometo y ofrezco y juro lo mismo: así me ayude Dios y estos santos Evangelios.* Y no contento con esto el muy católico y discreto Raz Cela Cristos, hermano del Emperador, hizo silencio, y un grave razonamiento á todos, exhortándolos á cumplir lo prometido y jurado, y de nunca volver atras de lo que habian ofrecido, y no volver más á los errores pasados, sopena de caer en la indignacion del Altísimo y perder la vida temporal y eterna.

Acabado este solemne juramento, quiso el Emperador, que pues todos se hallaban presentes, jurasen por Rey de Etiopia á su primogénito heredero,

que se llamaba Faciladas, lo cual se hizo luego por el mismo órden que se habia hecho el primer juramento, con grande gozo suyo, por ser cosa que habia deseado mucho tiempo.

Todas estas acciones se celebraron con música de varios instrumentos, que las hicieron más plausibles y solemnes, y echando el Emperador el sello á todo lo referido, mandó pregonar lo siguiente:

Lo primero: «que ningun monje ni clérigo, fuese osado decir misa sin presentarse primero al Patriarca y tomar su licencia, porque habiendo ido muchos á ordenarse con el Patriarca de Alejandría, les habia respondido que estaba muy ocupado, por lo cual les daba licencia para que cada cual tomase los órdenes que quisiese, y con esta facultad se cortaron algunos los cabellos y se ungieron las cabezas, dándose por ordenados más de tres mil clérigos, y así fué forzoso ordenarlos de nuevo, como dijimos lo habia hecho.

Item, se pregonó que bajo pena de la vida, todos tuviesen y confesasen la fe romana. Item, que todos manifestasen y ninguno encubriese á los rebeldes y culpados en esto. Item, que todos guardasen el órden de celebrar la Pascua y los ayunos que guardaba la Iglesia de Roma, y que comenzasen y acabasen cuando los Padres, y no ántes ni despues.»

El Patriarca confirmó y dió fuerza á estos mandatos con una excomunion que puso á todos para cumplirlos, la cual fulminaron tambien todos los monjes y elérigos, segun la costumbre de Etiopia.

Señalóse últimamente dia para que las señoras nobles hiciesen el mismo juramento en manos del Patriarca, con que se dió fin á esta celebérrima accion, y al mejor dia que vió aquel imperio, en que el sol de la verdad alumbró á sus moradores, esclareció sus reinos, ilustró sus tierras, alegró sus corazones, desterrando las densas tinieblas de los errores antiguos, que los tenian oscurecidos y los hacian caer en el abismo del infierno.

VII

Comienza el Patriarca á ejercitar su oficio y ministerios en Etiopia.

Bien se deja entender el gozo y alegría que tendria el venerable Patriarca con tan gloriosos principios y sucesos tan felices, como nuestro Señor le dió en aquel imperio, los cuales le borraron totalmente la memoria de los trabajos pasados en tan prolijo y peligroso camino, dando por bien empleados cualesquiera fatigas por el fruto tan colmado que Dios le ponia en las manos.

Y no pararon aquí los favores del Emperador, porque luégo le señaló tierras y rentas suficientes para el sustento suyo y de su familia, y le edificó dos

casas, la una en Dambea, adonde tenia su corte, la otra en Arrayal, que era una estancia muy saludable y amena, adonde se retiraba á pasar los rigores del invierno, para tenerlo siempre consigo. Edificó juntamente un seminario, adonde se criaban ochenta mancebos pequeños, hijos de portugueses y abisinios, que en ambas lenguas aprendian la doctrina cristiana y las oraciones y servir al culto divino, segun los ritos de la Iglesia Romana.

Asentadas estas cosas, se dedicó el Patriarca á ejercitar sus ministerios de la predicacion y enseñanza del puehlo y administracion de los santos sacramentos, valiéndose para todo de los religiosos de la Compañía que habia en aquel imperio, hasta diez y seis personas repartidas en doce residencias, y de otros clérigos seglares católicos, que ordenó al uso romano.

Predicaba todos los domingos y fiestas del año, á que asistian de ordinario el Emperador y sus hijos y mujer, todos los de su palacio y grande concurso de nobles y plebeyos, admirando su sabiduría y la erudicion, en particular de la Sagrada Escritura, que ellos estiman mucho, con que probaba y persuadia las verdades católicas. Tambien se movian y edificaban grandemente del espíritu y energía con que reprendia los vicios y exhortaba á las virtudes, saliendo de sus sermones derramando lágrimas de contricion de sus pecados y encendidos en vivos deseos de las cosas del cielo y desprecio del mundo, con sus honras, riquezas y deleites; y muchos se retiraban movidos de sus sermones á hacer penitencia, cosa poco usada en aquella tierra.

No se contentó el santo Prelado con dar el pasto espiritual á sus ovejas de palabra solamente, sino que para mayor abundancia y provecho, escribió algunos libros importantísimos para la firmeza de la fe y el provecho de las almas.

El primero fué un catecismo, dividido en doce libros, de toda la doctrina cristiana, en el cual refuta los errores de los abisinios y las herejías de los orientales, que fué obra de grandísima importancia, intitulado *Doctrina de la fe;* pero cuando el hermano del Emperador Cela-Cristos le leyó, dijo que le mudasen el nombre, llamándole *Luz de la fe;* porque era el sol de Etiopia y el que habia nacido en aquel oriente para desterrar las tinieblas de los errores en que estaba sepultada toda la gente del imperio y todos los orientales con ellos.

Este libro presentó el Patriarca á la Congregacion de Roma de *Propaganda Fide* el año de 1647, de que hizo tan grande estimacion, que despacharon un Breve dándole mil gracias y alabanzas por haberle compuesto y publicado para luz y salvacion de muchas almas, y honra de la Iglesia, y grande ayuda de los predicadores y misioneros de Etiopia, para los cuales mandaron que se imprimiese.

Otra obra hizo utilísima para el apoyo de esta, y fué juntar y declarar los

sínodos y concilios generales hasta la sexta que ha habido en la Iglesia, en que se refutan los errores de los abisinios de que habian perdido la noticia, y con su glosa y explicacion fué obra muy importante para convencerlos y traerlos á la fe católica romana.

No paró aquí el celo de este santo y vigilante Pastor, porque deseando cumplir con su oficio, pidió licencia al Emperador (que alcanzó dificultosamente) y salió á visitar sus ovejas y confirmar á los fieles y administrarles los santos sacramentos de la confesion y comunion y darles el pasto espiritual de sus almas. Predicaba contínuamente; oia las confesiones y daba la Sagrada Comunion con igual consuelo suyo y de los fieles y confusion de los cismáticos y herejes, que nunca habian sido para hacer obras semejantes.

Ordenó muchos sacerdotes y dió el sacramento de la Confirmacion á innumerables personas, que se iban reduciendo de la herejía á la fe católica romana: y porque no podia en reinos tan extendidos acudir á todas partes, envió, á imitacion de Cristo, sus discípulos de dos en dos á predicar, bautizar, reconcilar con la Iglesia á los cismáticos, los cuales hicieron tan grande fruto, que solos dos redujeron á la verdadera fe doscientas y veinticinco mil almas, y algunos firmaron la doctrina que predicaban con su propia sangre, padeciendo glorioso martirio por la verdad de nuestra fe, entre los cuales fueron los dos siguientes.

Envió el Patriarca á predicar y bautizar al reino de Tigre, que es de los principales y populosos del imperio, á dos devotos clérigos, cuyos nombres eran Emana-Cristos, que quiere decir, mano derecha de Cristo (y vínole bien el nombre, porque le cupo la mano derecha de Cristo, que es la de los escogidos), y Tenza Cristos, que significa Resurreccion de Cristo: (y se verificó en él por la gloria que le cupo del martirio): los dos llegaron á una iglesia á decir Misa, á donde hallaron unos Sacerdotes cismáticos diciéndola al uso de Alejandría. No quisieron entrar dentro, sino pusieron su altar portátil que llevaban, á la puerta de la iglesia.

Ofendidos de esto los cismáticos, salieron á impedirlos, y no les dejaron decir Misa, antes con diabólica rabia trataron de pervertirlos, usando de todos los artificios que acostumbran los herejes para lograr sus depravados intentos. Ofreciéronles dones, hiciéronles amenazas, pusieron intercesores y usaron de otros medios; pero hallándolos más firmes que diamantes (que tales hijos criaba con su saludable doctrina el Santo Patriarca), se determinaron de matarlos, para que no pudiesen predicar en aquel reino; y para esto esperaron, como infieles, á la noche, cuando estaban durmiendo; que como enseña Cristo, los que obran mal, huyen de la luz y buscan las tinieblas: así las buscaron estos, y en ellas los acometieron con unas porras pequeñas que

usan por armas en Etiopia, y les quebraron las cabezas, derramándoles los sesos, y volando sus almas gloriosas al cielo. Pero no lograron su intento, porque la tierra regada con su sangre fructificó de manera, que en poco tiempo se redujeron á la fe romana más de diez mil personas, y se bautizaron muchos, y creció la Iglesia católica en aquel reino; y el Emperador, indignadísimo contra los homicidas, los mando buscar para hacer un gran castigo en ellos.

En este año, que fué el de 1626, fué el aumento tan crecido de la fe católica en aquel imperio por la vigilancia del santo Patriarca, y por los fructuosos trabajos de los fervorosos misioneros, así de la Compañía como de clérigos seculares, instruidos por ellos; que se fundaron muchas residencias de los nuestros y se hallaron más de cien iglesias católicas con sus curas y feligreses, y muchos monasterios de monjes, que de cismáticos se habian reducido á la fe romana, y vivian observantísimamente.

Comenzóse el ayuno de la Cuaresma en el mismo tiempo que en Roma, dejando el error de Alejandría: la Pascua de Resurreccion se celebró tambien al mismo tiempo. Hiciéronse los oficios de la Semana Santa con la procesion de ramos y el labatorio de los pies, y el monumento, con todas las ceremonias de la Iglesia, á que asistió el Emperador con su casa y corte, y salió á la adoracion de la cruz, con inefable gozo del buen Patriarca, por ver tan bien logrados sus deseos, y con infinito concurso de la corte que concurrió á ver cosa tan nueva, y para ellos admirable, y no se hartaban de mirarla y preguntar qué significaba cada cosa.

No callaré lo que en la mision de un pueblo le sucedió al P. Bruno de Santa Cruz, que despues padeció martirio por la fe de Cristo; y fué: que era tradicion inmemorial de aquella gente, que su Iglesia era tan santa, que cualquiera que juraba falso en ella, era luego castigado de Dios con violenta muerte. Visto esto por el discreto Padre, estándoles predicando les dijo: «¿Vosotros afirmais que cualquiera que jura aquí falso, es castigado de Dios gravísimamente? Pues yo juro por los Santos Sacramentos de la Iglesia y por los Sagrados Evangelios que tanto venerais, que en sola la Iglesia romana y en la fe y confesion que profesa hay salvacion; y fuera de ella, cuantos siguen y creen otra cosa se condenan. Si esto que juro es falso, Dios me castigará como decís y afirmais; y si no me castigare con muerte violenta, será cierto lo que digo; y que todos os condenareis si no lo creyéredes y confesáredes como yo. Los herejes quedaron confusos y los católicos triunfantes, y muchos se convirtieron á la fe verdadera, viendo que Dios no le castigaba.

Era tal la caridad de nuestros predicadores, que no sólo daban el pasto espiritual á las almas, sino tambien el sustento material á los cuerpos, socorrién-

dolos con grandes limosnas, y sirviendo y curando á los enfermos: y el piadoso Patriarca era el primero y el que más se esmeraba en estas obras de misericordia, con tanta admiracion de todos, que sabiéndolo el Emperador, dijo: «Gran testimonio es de la verdad, que predican los romanos el desinterés que tienen, pues no solamente no llevan estipendio por las Ordenes, ni Sacramentos que administran; sino que ungiendo las cabezas y los miembros, ungen las manos de los pobres con las limosnas que les dan; y nuestros Abunas y Sacerdotes no crisman alguna cabeza que no descrismen las bolsas, ni predican su doctrina ni bautizan, que no sea pagándoles primero, y todas las visitas de las iglesias ordenan á quitarles el dinero.» Tanto crédito da á la religion católica, dar gratis lo que gratis recibieron.

Dióles nuestro Señor ocasion á los nuestros de ejercitar su caridad con los prójimos á manos llenas, porque vino este año una plaga tan grande de langosta, que como densas nubes cubrian el sol y ocuparon los campos del reino de Tigre, de manera que talaron los campos, sin dejar hoja verde en todos ellos, con que perecieron los sembrados y los árboles, y el ganado se murió por falta de yerba, y muchos pueblos se destruyeron, saliendo sus moradores de ciento en ciento á buscar su remedio á varias tierras. A la corte y su comarca vinieron más de cinco mil, á los cuales amparó, como buen pastor á sus ovejas, el santo Patriarca, y dió órden para que los sustentasen y remediasen, quitándose el bocado de la boca, como padre amoroso, para que ellos le comiesen. Y Dios atajó aquella plaga por medio de los conjuros de los Sacerdotes católicos y del agua bendita y otros Sacramentales que usa la Iglesia romana, que todo cedió en su crédito y fué parte para reducirse muchos cismáticos, sacando Dios este fruto de la calamidad temporal que padecieron.

Dejo aquí los incomparables trabajos que el bendito Patriarca padeció en las visitas que hizo, así por los caminos ya fragosos, arriesgados de fieras y ladrones, y horribles arenales y pantanos: ya en los poblados, en casas tan incómodas y posadas tan malas, que les era mejor quedarse muchas veces en los campos, llenos de cieno y sabandijas, mosquitos, tábanos y pulgas y otros animalillos tan molestos, que ni de dia ni de noche le dejaban tomar alivio en su contínuo trabajo, á que el siervo de Dios nunca se rendia, llevándolo todo con paciencia y alegría por amor de Jesucristo y la caridad de sus prójimos. Y sucedió tal vez entrar en una posada á defenderse de una lluvia muy copiosa que caia del cielo, y obligado de su incomodidad, salir de ella lloviendo y caer al punto un rayo que la abrasó y echó en el suelo, ordenando la Divina Providencia la incomodidad del hospedaje para resguardar por ella su vida y la de sus compañeros.

VIII

Comiénzanse á tratar las persecuciones y trabajos que padeció por establecer la fe romana en Etiopia.

Caminaba viento en popa la nave de San Pedro por el mar de aquel imperio, desde el año de mil y seiscientos y veinte y cuatro, que llegó el Patriarca, hasta el de veinte y ocho, edificándose iglesias, fundándose residencias, ordenándose muchos Sacerdotes al uso romano, erigiéndose altares con imágenes y ermitas y cruces por todos los reinos, reduciéndose y bautizándose infinitas almas con los ritos de la Santa Iglesia Apostólica Romana, reformándose muchos monasterios, y entablándose la costumbre tan útil como santa del rezo, y frecuencia de los Santos Sacramentos.

En todas partes habia verdaderos católicos, que se casaban, y enterraban al uso del ceremonial romano, y se rezaban y cantaban las horas canónicas, como en Europa.

Habia gran reformacion de costumbres, y quitáronse muchos abusos; ya parecia otro reino diferente, en la honestidad, modestia, compostura, devocion y culto divino, creciendo los fieles católicos en tanto número, que sólo un Padre Misionero bautizó en una Cuaresma, y redujo á la Iglesia Romana, más de cuarenta mil personas; y ya no se contaban los católicos por millares, sino por millones, segun era el número de los que en todas partes se reducian al gremio de S. Pedro.

Las nuevas llegaron á Portugal, y fué la envidia tanta, que todos los nuestros tuvieron á los que tan gloriosamente trabajaban en Etiopía, que todos á porfía desearon, y pidieron venir á ayudarlos en tan ilustre empresa, y de hecho fueron señalados cuarenta para echar la hoz de la predicacion en tan copiosa mies, como habia en Etiopía, de los cuales llegaron cinco este año de veinte y ocho, que la echaron más en la mies de los merecimientos, por los muchos trabajos que padecieron, que en la conversion de las almas, por los impedimentos que tuvieron, como ahora diremos.

Al paso que se plantaba la fe católica romana, se arrancaba y destruia la alejandrina, herética y depravada, y las balanzas iban tan iguales, que cuanto la primera subia, bajaba la segunda. Edificábanse iglesias de la verdadera religion, y destruíanse las de la falsa: levantábanse monasterios de nuestros religiosos, y asolábanse los de los suyos: ordenábanse Sacerdotes romanos, y reprobábanse los cismáticos alejandrinos. Dábanse los curatos y be-

neficios á nuestros clérigos, y quitábanse á los suyos: cobraban autoridad nuestros prelados y perdíanla los suyos, y al paso que el Emperador favorecia á los romanos, desfavorecia á los Alejandrinos: y la voz comun era, que ya no tenian Emperador de Etiopía, sino de Roma y romano. Todo lo cual criaba mortal ponzoña en los pechos de los herejes y cismáticos, que eran tantos en el imperio, que habia centenares para cada católico, entre los cuales eran muchos Virreyes, títulos, señores, gobernadores y eclesiásticos y monjes de grande autoridad, tenidos por doctísimos, muy celosos de su falsa religion. Y como perdian sus rentas y su crédito, y se veian afrentados y menospreciados del Emperador, y privados de sus favores, y de los puestos y dignidades que tenian, aunque por su respeto moderaban su rabioso sentimiento; la ira y saña, que concibieron contra él, y contra toda la religion católica, fué tan grande, que se resolvieron á restar sus vidas por destruirla, y no dejar piedra por mover para arrancarla, y extinguirla en toda Etiopía, sin dejar centella de católico en toda ella. Para lo cual hicieron en todas partes juntas y conciliábulos, siendo los monjes y eclesiásticos los principales motores de esta conjuracion, exagerando cuánto importaba al bien espiritual y temporal del imperio acabar de una vez con toda la religion católica. Y como el Emperador y el Patriarca eran las columnas que las sustentaban, y los caudillos que la favorecian, juntamente con los Príncipes, y su hermano Cela Christos; asentaron contra ellos su más fuerte batería.

Lo primero, movieron é incitaron á todos los enemigos del Emperador, á que tomasen las armas contra él, ofreciéndoles su favor, como lo hicieron con los galas, gente bárbara y feroz, idólatras y enemigos capitales del imperio, y con los villanos de algunos reinos, á los cuales armaron, y prometieron librarles del pesado yugo de los continuos tributos y pechos, que pagaban, oferta gustosísima para los labradores.

Los nobles mal contentos, y los monjes sus parientes, abades y generales de sus religiones, se aunaron con los Virreyes cismáticos, á los cuales levantaron por reyes, y los coronaron viviendo el Emperador: y en un momento se vió todo el imperio amotinado, y ardiendo en vivas llamas de disensiones, y guerras, apellidando libertad y salvacion, unos por la fe de Alejandría, que llamaban la antigua, santa y verdadera, que habian profesado sus padres y abuelos; otros por la Romana, que era la santa y verdadera de S. Pedro.

Acometieron de improviso los cismáticos cogiendo desapercibidos á los católicos, en los cuales ejecutaron crueldades increibles, y entre ellos mataron al Virrey de Buco, que era finísimo católico, y amotinaron todo el reino contra el Emperador. al cual, y á su hermano, y á su hijo heredero, avisaron,

que si querian escapar con las vidas, renunciasen la fe romana, y profesasen la alejandrina.

El Emperador y su hermano respondieron varonilmente, que ántes darian las vidas, que apartarse de la fe verdadera, que profesaban; y que presto castigarian su traicion, y alevosía. El Príncipe, como mozo, y deseoso de reinar, respondió más tibiamente, esperando con el favor de los cismáticos ceñir sus sienes con la corona del imperio.

Toda su rabia era contra el Patriarca y los de la Compañía, á los cuales persiguieron terriblemente, y el Virrey de Tigre, que se declaró por cismático y hereje, y se levantó con el reino, echó un bando en que mandó recoger todas las cruces, imágenes, rosarios, agnus, reliquias y libros que hubiesen dado los jesuitas, y los quemó públicamente en la plaza, prohibiendo, so gravísimas penas, que ninguno usase ni tuviese cosa de estas ni creyese lo que enseñaban los portugueses. Y sabiendo cómo estaban en Maza los cinco Padres, que dijimos vinieron de Portugal, con ánimo de cogerlos y matarlos, los envió á dar la bienvenida y mulas para que viniesen á Fremona, adonde tenian residencia; pero librólos Dios de sus manos con altísima providencia. Porque sabiendo el Emperador y el Patriarca como el Bajá del turco los tenia allí como presos; le escribió que se los enviase, y cuando llegó el recaudo de el traidor de Tigre ya venian; y llegados á Fremona, supieron del Superior el estado de la tierra y cómo aquel tirano se habia declarado contra la fe católica y todos se retiraron á tierras más seguras por no caer en sus manos.

El tirano quedó rabiosísimo por habérsele escapado, y prendió á un clérigo llamado Jacobo, que habia quedado por guarda de nuestra casa é Iglesia y acababa de decir Misa; profanólo todo mandándole que renegase de la fe romana y confesase la alejandrina; pero el Sacerdote de Cristo, criado con la leche de la doctrina de la Compañía, estuvo más firme que un diamante, por lo cual con sus propias manos le dió de puñaladas; y pretendiendo quitarle la vida, le dió la inmortal y eterna con la corona del martirio, la cual pagó con la suya este tirano, á quien el Emperador venció y prendió y ajustició públicamente por mano del verdugo, como lo merecia.

Bien se deja entender cuál estaria el corazon de nuestro Patriarca en medio de tales tribulaciones y trabajos, sin tener medio con que apagar las llamas que arrojaba en todas partes tan terrible fuego. Todo su recurso y amparo era la divina Bondad, en quien ponia toda su confianza y á quien oraba de dia y de noche, visitando, como solícito Pastor, y confortando sus ovejas y en particular al Emperador, de quien dependia toda aquella tierna por no decir nueva Iglesia; pues era la antigua que fundó Cristo en la firme piedra de S. Pedro. Y con sus razones espirituales y prudentes consejos, le mantu-

vo en su fortaleza, y juntando sus soldados, hizo guerra á los rebeldes y los venció y sujetó por fuerza de armas con ayuda de los portugueses y católicos, y defendió sus iglesias, aunque el demonio no dejó de atizar el fuego contra el Patriarca, tomando ocasion de los sucesos siguientes:

Una hija del Emperador, casada con un pariente suyo, que era Virrey de Tigre, se amancebó con otro caballero deudo suyo, de quien gustó más que de su marido, al cual desamparó por el amigo, cosa muy ordinaria entre las nobles de Etiopia, las cuales cuanto más grandes, tienen más libertad para sus lascivias, siendo las más humildes más honestas, al contrario de las costumbres de Europa. Esta, pues, no contenta con el público amancebamiento y repudio de su marido, quiso casarse con otro pariente suyo, para lo cual pidió dispensacion al Patriarca, alegando que cada dia la daba para tales casamientos el alejandrino. El nuestro respondió que era imposible casarse con otro, viviendo su propio marido, porque segun la ley divina, no podia tener dos maridos. Y como personas tan grandes tienen por ley su gusto, y por afrenta que se les niegue cosa alguna de cuantas piden; fué el odio y la indignacion que ambos concibieron contra el Patriarca tal, que buscaron mil medios para beberle la sangre, ó por lo ménos descomponerle con el Emperador y echarle de toda Etiopia, alegando que era sedicioso y que todas las guerras y levantamientos habian sido por su causa, y que si no le desterraban se acabaria de perder el imperio: que una mujer ofendida es un aspid pisado y una víbora ofendida, que no repara en nada por vengarse.

A este caso se juntó otro, que avivó las llamas de la plebe contra el buen Patriarca, y fué: que murió un monje cismático de muchos años y autoridad en toda Etiopia y era como caudillo de los demas; mandóse enterrar en una iglesia católica de un monasterio reconciliado con la Iglesia Romana. El Abad, temiendo al pueblo por la estimacion que tenia del monje, le enterró con mucha solemnidad debajo del altar. Sabido por el Patriarca, envió al punto á mandar; que le desenterrasen y echasen fuera, porque el templo se habia violado con el sepulcro de hereje. El Abad, temiendo las censuras y excomuniones del Patriarca, le obedeció y le desenterró y le echó fuera de la iglesia. El grito que levantó el pueblo y las flechas de injurias y blasfemias que tiró al Patriarca, fueron sin número ni cuenta, llamándole impío, sacrílego, enemigo del género humano, que perseguia y deshonraba á los vivos y á los muertos; que habia venido á Etiopía para destruccion de sus reinos y que era pecado no matarle ó echarle vivo en el fuego, y cosas á este tono tales, que ponian grima oirlas, y el siervo de Dios las llevaba con admirable paciencia y silencio por el amor de Cristo, que tantas sufrió por nuestras almas.

A esta sazon fué presa y convencida una hechicera, que con sus artes dia-

bólicas habia muerto algunos hombres, y el Patriarca la mandó castigar con las leyes de la Iglesia, y todo el pueblo se puso á defenderla porque tienen por cosa cierta los abisinios que no hay hechizos ni poder más que el de Dios para quitar con ellos la vida. Y decir que puede con el arte del demonio quitarla dicen que es darle divinidad y confesarle por Dios, y para deshacer este error, mandó el Prelado ejecutar la sentencia en la hechicera, que fué echar aceite al fuego de su indignacion contra él.

Juntóse á esto que los clérigos le pidieron licencia para decir Misa con las ceremonias antiguas de Etiopía, guardando en lo sustancial el Rito Romano, porque los naturales tenian devocion con esto, y no con las ceremonias nuevas. Esto pidieron con tanto empeño, que aunque vió los inconvenientes que podia ocasionar concedérselo, por evitar los mayores, vino en ello como el prudente piloto, que no pudiendo resistir al viento, se deja llevar de su furia por no perderse totalmente. Así le sucedió á este prelado en la peticion de los clérigos, de lo cual se siguió, que publicaron los cismáticos, que el Patriarca habia aprobado su Misa: y como en lo sustancial eran ambas una; cada cual decia la que queria.

Demos fin á este capítulo con otro ardid que tomaron los herejes para traer al Rey á su falsa creencia, que fué el siguiente:

A deshora entró en palacio un hombre no conocido, dando voces, y llegó á la antecámara del Emperador, pidiendo audiencia. Mandó á su mayordomo mayor, que examinase quién era, y qué queria. Respondió que dar al Emperador una embajada del otro mundo; y oido lo que queria, dijo de esta manera: «Yo, Señor, ha tres dias que resucité de los muertos, y vengo del Paraíso, de donde me envia Dios con esta embajada, que doy á V. Majestad de su parte: Oyeme, Emperador: Dice Dios, muchos años ha que espero que te enmiendes, sufriendo tus grandes pecados, los cuales cometiste dejando la fe de tus abuelos, y todo este tiempo ha estado la Vírgen María intercediendo por ti, y rogando á su bendito Hijo que te perdone; y si no te enmiendas, dentro de dos semanas serás gravísimamente castigado.»—Pues ¿cómo, dijo el Emperador, venis tan gordo, si habeis estado tres dias vivo entre los muertos, que todos son huesos?—Causó risa la pregunta, y no ménos la respuesta. —Porque en el paraiso, dijo, me han regalado grandemente con platos y mantenimientos de todo género, muy sabrosos, aves, peces, guisados, dulces y cuanto se puede imaginar.»

Los criados le dieron otros platos no tan dulces, de golpes, bofetadas y pescozones, que no le serian tan sabrosos. Y la respuesta de la embajada fué esta: «Decid á quien os la dió, respondió el Emperador, que yo no hago caso de su embajada, ni pienso dejar la fe santa que profeso, que es la Apos-

tólica Romana verdadera; y porque ahorreis de camino, y llegueis presto paraiso de donde vinísteis, mando que luego al punto os ahorquen de árbol.»

Retiráronle con esto de palacio, y los cortesanos criados del Emperado vista su simplicidad, intercedieron por él, alegando que era un tonto y loco sin entendimiento; pues el loco, respondió, por la pena es cuerdo: azótenle para que lo sea: y así se ejecutó, y el pobre embajador quedó tal, que pud en breve tiempo llevar la respuesta de su embajada al otro mundo.

Los herejes quedaron confundidos, frustrados sus intentos; los fieles animados, viendo la firmeza del Emperador. El Patriarca, favorecido del Emperador del cielo, y de la tierra; y bien lo hubo menester, para las contradicciones que tuvo, y los trabajos que le sucedieron; que no hay oro, por fino que sea, que no pase por el crisol de la paciencia, ni corona que no se labre los golpes del martillo, como se labró la de Cristo.

IX

Entra en Etiopia el Obispo de Nicea D. Apolinar de Almeida, y prosigue las contradiciones á la fe romana.

En medio de tantos trabajos y persecuciones, quiso Dios consolar á nuestro buen Patriarca, con la venida de los cinco Padres, que dijimos, y la del Obispo de Nicea, D. Apolinar de Almeida, que siendo catedrático de nuestra universidad de Ebora de la Sagrada Escritura, persona de grandes prendas, en quien corrieron parejas la santidad, letras y prudencia; fué elegido consagrado en lugar del P. Diego Seco (que como dejamos dicho), murió en el camino; y despues de muchos trabajos y riesgos de la vida, llegó á Etiopia el año de 1630, por el mes de junio, á entrar en otros nuevos peligros con las alteraciones referidas.

Detúvose en Fremona todo el invierno hasta que llegó el octubre, y luego caminó para la corte, con ménos aparato y festejo que habia tenido el Patriarca, por estar las cosas tan mudadas. Finalmente, llegó á la corte, á donde fué recibido del Patriarca y de los Padres de la Compañía, con el gozo alegría que se deja entender, de tanto tiempo deseado.

El Emperador le envió á visitar, y á dar la bienvenida de su parte. Traia el Obispo cartas del Sumo Pontífice, Urbano VIII, muy paternales y agradecidas al favor que hacia, así á la Iglesia Católica, como á los religiosos que la predicaban. Escribió asimismo otras al Príncipe heredero Facilada

:nerle propicio, y al Patriarca D. Alonso Mendez, agradeciéndole lo ıbajaba en aquella viña del Señor, y animándole como buen Pastor á everancia y paciencia en los trabajos; y juntamente envió un breve, comunicaba á aquellos reinos el jubileo plenísimo, que se habia gana-Roma el año santo de mil y seiscientos y veinte y cinco.

estos despachos partió luégo el Obispo en compañía del Patriarca al ıl ó campo á donde tenia su palacio el Emperador, del cual fué muy :cibido y festejado: recibió las cartas del Pontífice con muestras de estimacion; y en cuanto al jubileo, por ser cosa tan nueva, pidió al ca que se le declarase. Oyóle con mejor voluntad que sus criados, les extrañaban el vocablo de perdonar pecados, y decian lo del Evan-·*Quis est hic, qui etiam peccata dimitit?* ¿Cómo puede otro que Dios ar pecados? Pero con la declaracion del Patriarca, se allanaron esta, dificultades. Y señalando el dia se publicó solemnemente, con una da procesion de todos los Eclesiásticos, así clérigos como religiosos; iarca y el Obispo, vestidos de Pontifical, con su guion delante, y la atriarcal, los atambores, trompetas y chirimias, y el Emperador, ador-e las ropas imperiales, acompañado de los de su palacio, á que seguia nedumbre del pueblo.

atriarca predicó el tesoro inestimable de las indulgencias y jubileos ncede el Sumo Pontífice Romano, exhortando á todos á ganarlas en ion presente, confesando y comulgando, como lo hizo el Emperador ; de su palacio y todos los fieles católicos que se hallaron en la corte. el Patriarca envió traslados á todas partes, para que se pusiese y se , uno de los cuales recibió al hermano del Emperador Raz Cela-Cris-e era á la sazon Virrey de una provincia; y como tan fino católico y oso de la fe romana, hizo grandes demostraciones de alegría y estima-e joya tan preciosa y de tan rico tesoro; y como tal le publicó y pre-exhortando á todos con su ejemplo y sus palabras á ganarle, que fué ıl consuelo para el Patriarca y los nuestros, y de aliento y fervor para es católicos que se hallaban tan perseguidos de los cismáticos.

go se repartieron los dos Prelados á confirmar y predicar por los rei-los Padres á sus misiones, dándoles el Emperador fácil licencia para ın menos caricias que antes, por haberle entibiado las contradicciones vasallos.

de los cuales, que fué el Virrey de Gonzana y se llamaba Cerca-Cris-ızo y sobrino suyo, inimicísimo de la Iglesia romana, al mismo tiempo ganaba el jubileo, se alzó con el reino y coronó á un pariente suyo, y n bando, en que mandaba que todos, sopena de la vida, siguiesen la

Iglesia de Alejandría y ninguno la Romana. Luego confiscó los bienes á los Padres, que discurrian por aquel reino, y á los portugueses que los amparaban. Juntáronsele innumerables cismáticos, monjes y clérigos y mal contentos, los cuales echaban aceite en el fuego de su ambicion, persuadiéndole que no bastaba pregonarlo de palabra, si no se confirmaba con las obras, quitando la vida públicamente á los católicos que contradecian su fe antigua; porque este era el pregon que más sonaba y le hacia respetable, y ponia temor y grima á los contrarios.

Tomó como mozo brioso su consejo, y prendió á un Sacerdote Maestro que acompañaba á los Padres de la Compañía; sacóle á su tribunal, exhortándole con promesas y amenazas á que renunciase la fe romana y abrazase la de Alejandría; pero el fiel soldado de Cristo hizo una protesta delante de todo el pueblo, diciendo: que si mil vidas tuviera, las diera gustosamente en defensa de la fe romana, y que si le hicieran añicos, desmenuzándole vivo en menudos pedazos, no dejara la fe santa y verdadera que profesaba. Iba á pasar adelante, pero el tirano le atajó el razonamiento, haciéndole matar á golpes y puñaladas, coronando su santa alma con el lauro de martirio, matizado con el esmalte de su sangre. Llamábase el Abad Zaselas[illegible] y era Maestro del Monasterio de Selalo, y ahora tiene borla más gloriosa en la Bienaventuranza.

No contento el traidor con esta tiranía, mandó prender á un primo suyo que se llamaba Emana-Cristos, criado en la milicia del hermano del Emperador Zela-Cristos, y como discípulo de tal Maestro, fidelísimo católico; y conociendo su firmeza y que perdia tiempo en pretender derribarle; le hizo matar á golpes con las porras ó mazas que usan por armas, para poner á los católicos mayor espanto, viendo que ni á parientes, ni á nobles, ni á doctos perdonaba: con que atemorizados los católicos se escondian, los flacos retrocedian, y los cismáticos triunfaban, la herejía prevalecia y la fe católica era desamparada.

Pero sucedióle á este lo que á los tiranos antiguos, á quienes como vara de Asur tomó Dios por intrumento para coronar á los mártires, y luego los echó en el fuego: así á este mozo altivo y mal aconsejado, tomó por instrumento para coronar á sus siervos, y luego le echó en el fuego, como vara de su castigo; porque fué vencido y preso y ajusticiado en la corte, como merecian sus pecados: y antes de morir declaró, que el Príncipe Faciladas le habia inducido á levantarse, por el ansia que tenia de reinar, cosa que ya sospechaba su padre; y confirmado en su recelo, no se fiaba de él en adelante.

Nuestro Patriarca en este tiempo andaba como solícito pastor, cuidando

de su ganado, con toda la diligencia posible, y alcanzó del Emperador que la muerte de su sobrino no fuese en público, por ser de su sangre; y otra cosa que estimó más el Emperador, que muriese como católico, porque envió á la cárcel al P. Diego de Matos, varon de igual espíritu y prudencia, el cual le exhortó á confesar la fe católica romana. con tantas y tan vivas razones, que detestó la alejandrina, y abrazó la verdadera y santa, y se confesó sacramentalmente y comulgó de mano del mismo Padre, con grande gozo de su alma y edificacion de los católicos y confusion de los cismáticos, mirando á su caudillo confesar en la hora de la muerte, hora de decir verdades, la fe santa católica romana.

X

Prosigue la persecucion y la solicitud del Patriarca en el bien de las almas.

No desmaya el valeroso capitan con la presencia de los enemigos, ántes cobra nuevos bríos, cuando los oye tocar al arma: así sucede en las contradicciones á los varones apostólicos, que cobran más aliento cuando los contrarios ponen mayor esfuerzo en perseguirlos, como lo hizo nuestro valeroso Patriarca; que no desmayó acometido de tantas partes, antes al paso que crecieron las contradicciones de los cismáticos; cobró mayores alientos para defender y confortar á los católicos y propagar la religion romana, usando de todos los medios posibles.

Salió por su persona á las misiones, crismando, predicando, enseñando y confesando y administrando los Sacramentos de la Iglesia romana, desterrando con la luz de su doctrina las tinieblas de la oriental y alejandrina, su contraria: y cuando los rigores del invierno le forzaron á detenerse en la corte, tradujo un libro de latin en lengua de Etiopia, muy importante para la enseñanza de la verdadera doctrina.

Al Obispo de Nicea, envió por otra parte á ejercitar los mismos ministerios en provecho de las almas: á los religiosos nuestros repartió por otras tierras las más necesitadas: y hubo lugar á donde en breve tiempo redujeron á la fe católica nueve mil almas, y bautizaron más de tres mil, entre adultos y niños recien nacidos, recuperando en estas conquistas espirituales, lo que el demonio les quitaba por medio de los cismáticos.

Convirtieron fuera de estos, sesenta religiosas ó beatas, que ellos llaman freiras, y andan con escapulario y una cruz en la mano, entre las cuales hubo una más obstinada, que persuadiéndola la verdad, dijo: «No se cansen, que

si he de irme al infierno, quiero bajar allá en la fe que profesaron mis padres y no en la romana. Puesto, pues, dijo el Padre que la predicaba, que os quereis ir al infierno; quítenle el hábito y el escapulario, porque ese no es vestido de condenado sino de elegido para el cielo. Sintió tanto verse despojada de su hábito, que vertiendo lágrimas pidió que se le volviesen porque queria ser católica y vivir y morir en la Iglesia Romana, como lo cumplió con tanto gozo de los fieles como provecho de su alma.

Lo que más cuidado le daba al Patriarca era ver al Emperador tibio en defender la religion católica, combatido el castillo de su constancia con ordinarios tiros de malos consejeros, que contínuamente le exhortaban á que se acomodase con el tiempo y no quisiese perder el imperio y la corona, y aun la libertad y la vida suya y de sus hijos por dar placer á unos extranjeros. Que mirase como se le iban rebelando los reinos, y que hasta los villanos le hacian guerra; que los católicos eran pocos, los alejandrinos inmensos; que sus soldados cada dia le iban dejando por no dejar sus costumbres y fe antigua; que con poco que se tardase no podia remediarlo aunque quisiese; que en todo caso echase luego un bando en que diese libertad de conciencia, para que cada uno siguiese la ley ó fe que mejor le pareciese, con que se quietaria el pueblo.

Estas y otras razones semejantes le decian á las orejas, que eran otras tantas pelotas despedidas de tiros de batir para dar en tierra con el baluarte fuerte de su constancia.

El Patriarca procuraba confortarle, pero dábale ménos audiencia, y últimamente le dijo que no podia ménos de templar sus mandatos acerca de la fe y su creencia, por no arriesgar del todo la católica y su corona con ella, por lo cual mandó pregonar que se permitia en todo su imperio usar de las costumbres antiguas, que no fuesen contra la fe en lo sustancial de ella.

Este pregon interpretaron los herejes y cismáticos en su favon; y como las palabras eran equívocas, hacian y predicaban cuanto querian con grave perjuicio de la fe católica y de los que la profesaban.

Tomó la mano el Patriarca para oponerse con valor á tan impío mandato, y defender el rebaño del Señor como vigilante y solícito Pastor. Escribió una carta muy sentida al Emperador, afeándole aquella accion y cargándole la conciencia sobre que le revocase; pero como se hallaba necesitado del favor de sus vasallos para defenderse de los rebeldes traidores; no tuvo ánimo para romper con ellos, ántes como pusilánime se dejó vencer de ellos, y respondiendo al Patriarca palabras de cortesía; se excusó de hacer lo que pedia, alegando que era contra su decoro y autoridad volver atras en su palabra, deshaciendo lo ordenado.

Este fué el principio de la destruccion y ruina de aquella florida cristiandad, que á costa de tantos trabajos plantaron y criaron los religiosos de la Compañía en aquel dilatado imperio.

Desde este dia fué cayendo y deshaciéndose aquel rebaño del Señor, padeciendo, así el Patriarca como los demas Padres, inmensos trabajos por defender las inocentes ovejas de los lobos infernales, que las acometian para acabarlas y destruirlas, sin dejar memoria de católicos en aquel imperio, pervirtiendo á su cabeza el Emperador, al cual persuadieron los cismáticos que su hermano Cela-Cristos no le guardaba lealtad, descomponiéndole con él; juzgando, que derribada aquella columna, daria en tierra la fe romana.

Aumentó esta mala voz un mal suceso, que tuvo contra los villanos de Lastra, que se le habian levantado y andaban tan insolentes, que no sólo señorearon sus tierras, sino tambien los reinos comarcanos, y habiendo ido á reprimirlos el hermano del Emperador; le desbarataron y vencieron, no por culpa suya, sino de su hermano, que le hizo acometer á veinte mil villanos con solo tres mil soldados, resistiendo una y mil veces á tan imprudente resolucion.

Los villanos victoriosos talaban los campos y corrian la tierra sin resistencia, con tan grande furor, que le obligaron al Emperador á ir en persona con todo su poder á castigarlos; y quiso Dios darle una insigne victoria contra ellos que fué la seguridad de su imperio. Pero los herejes y cismáticos que como ponzoñosos áspides todo lo convierten en ponzoña, la sacaron de esta victoria, porque debieran dar muchas gracias á Dios y tomaron ocasion para nuevas ofensas suyas y destruir la Iglesia católica; porque en apellidando victoria de parte del Emperador; le llevaron á que viese el destrozo que sus armas habian hecho á los villanos, enseñándole los campos cubiertos de cuerpos muertos, no sólo de los rebeldes sino tambien de los leales, y con grande sentimiento le dijeron: «¿Es posible, Señor, que la vista de tantos vasallos vuestros como mirais aquí muertos, y tantos como en otras batallas han perecido, y las guerras domésticas que padecen todos vuestros lugares, no os han de abrir los ojos para ver y conocer que destruis vuestro imperio por complacer á cuatro extranjeros que con nueva religion traida de Roma quieren destruir la que tuvieron y guardaron nuestros padres y abuelos? Si esto pasa adelante y no se pone remedio, todos se levantarán contra vos y os quitarán la corona y os vereis solo, pobre y miserable, y peligrarán las vidas vuestra y de todos los vasallos: doleos de tantos como mirais aquí muertos á hierro por vuestra causa, y atajad éste fuego con permitir que sigan los que quisieren la fe de Alejandría que tuvieron nuestros antepasados, y los que no quisieren sigan la romana.»

Golpe fué este tan terrible, que no tuvo valor ni fuerza para resistir el Emperador, él cual olvidado de sus obligaciones, y de lo que debia á Dios que le dió aquella victoria, engañado de los cismáticos y vencido del temor, dió órden á sus gobernadores que echasen un bando en la forma siguiente: «*Para excusar las muertes y derramamiento de sangre y las discordias de los pueblos, damos licencia para que guardeis y tengais la fe de vuestros padres, y los clérigos entren en sus iglesias y digan misas como ántes: alegraos, alegraos.*»

No se puede fácilmente decir el alborozo que tuvieron con este pregon los herejes y cismáticos, las insolencias que hicieron, los pecados que cometieron, los oprobios que dijeron á los Padres, las injurias que hicieron á todos los católicos. Quitábanles las cruces y rosarios, las imágenes y medallas que les habian dado nuestros Padres, y haciendo hogueras en las plazas, las quemaban. Daban gritos y voces por las calles diciendo: ¡Viva el Emperador y la fe de Alejandría y muera la romana! ¡Viva la verdadera y muera la falsa! ¡Viva el Patriarca alejandrino y muera el extranjero romano!

Hízose una circuncision general con grande solemnidad en un dia señalado; rebautizáronse muchos, no se fiando del bautismo romano; deshiciéronse matrimonios conforme cada uno gustaba; casáronse con muchas mujeres, y entre ellas la hija del Emperador, que arriba dijimos, á quien no dispensó el Patriarca, se descasó de su legítimo marido y se casó con quien estaba amancebada: todo era confusion, libertad y desenfrenamiento en vicios y pecados, y echaba el sello á estas maldades canonizar y venerar por santos á los mayores cismáticos, de que sólo referiré un caso.

Uno de los monjes que más atizaron el fuego contra el Emperador para amotinar á los villanos, se llamaba Simam, y era Abuna, que, como se dijo, era oficio ó dignidad de Legado de Alejandría, con jurisdiccion y potestad del Patriarca. Este, para dar más calor al levantamiento y mostrarse más celoso de la fe de Alejandría, se pasó al bando de los amotinados que la defendian, con armas y hábito de soldado, cosa usada en los monjes de Etiopía, que los más religiosos y espirituales son casados, y este tenia siete mujeres, y las dos casadas que habia quitado por fuerza á sus maridos, y como sabia más de vicios que de armas; los leales le mataron en la guerra, y él tenia persuadidos á todos los soldados que peleando y muriendo por la fe alejandrina de sus padres, eran verdaderos mártires y como tales serian en la gloria coronados. Pues como el desdichado murió en esta batalla, tomaron su cuerpo los cismáticos y sepultáronle con grande veneracion en alto, porque no fuese pisado; adornáronle como de santo, y para que fuese venerado por mártir, le pusieron el siguiente epitafio: *Simam Abuna, mártir por defender la fe de*

Alejandría, murió en tal dia, en tal era. Su bienaventuranza venga sobre nosotros. Amen. Tales son sus santos y tales sus mártires y tal su bienaventuranza, hombres facinerosos, fautores de vicios, capitanes de maldades, escándalos de las almas en vida y en muerte, como este desdichado.

Aquí quede averiguado el motivo principal que tuvo aquel desdichado imperio para sacudir el suave yugo de la Iglesia Romana, que á ellos se les hizo tan pesado por no dejar los vicios en que se habian criado: lo primero de lascivia, porque eran deshonestísimos; y el Emperador dejó veinticinco hijos varones, sin otras muchas hijas que tuvo en diversas mujeres ántes de reconciliarse con la Iglesia Romana; y el mismo camino siguió su hijo heredero Faciladas y las hijas sus hermanas, y el resto de la plebe, á quien habian persuadido los monjes ignorantísimos, que guardando la religion y fe de sus abuelos irian al cielo. Otros decian, que pues todos eran cristianos bautizados y creian en Cristo crucificado, así los romanos como los alejandrinos, todos se salvarian siguiendo y guardando lo que su fe les enseñaba: y como la alejandrina era nativa heredera de sus padres y daba libertad y anchura para seguir sus apetitos; eran innumerables los que la seguian y dejaban la romana.

Allegábase á esto la insaciable codicia de los abunas y sacerdotes, que todos sustentaban muchas mujeres á costa de los feligreses, y perdian su ganancia y los remordimientos de conciencia con que nuestra santa ley los refrenaba, acusándoles de los pecados que hacian, que ellos llamaban escrúpulos é inquietudes, porque vivian tan ciegos y con tal paz en sus vicios, que despues de haber cometido pecados gravísimos de usuras, adulterios y sacrilegios; se iban á comulgar y á decir misa con segurísima conciencia, asegurada de sus abunas y sus curas.

Todas estas causas y aficion á la ley en que se habian criado, avivadas por los monjes cismáticos, y favorecidos del príncipe heredero que aunque en lo exterior se mostraba católico en el corazon era cismático, y fautor de herejías; movieron á muchos á apostatar miserablemente de la fe que habian recibido, desamparando la Iglesia Romana por seguir la de Alejandría. Nuestro buen Patriarca, atravesado con espada de dos filos, viendo la tragedia lamentable de las almas que habia reducido al rebaño de Jesucristo y llorando amargamente el extrago que el demonio hacia en ellas; juntó á los suyos y consultaron con maduro consejo despues de larga oracion y mucha penitencia, qué remedio podrian poner para atajar aquel fuego. Y como la fuente era el Emperador, tomaron resolucion de hablarle, visto que las cartas eran lenguas muertas y no habian tenido algun efecto, por lo cual el Patriarca, acompañado del Obispo de Nicea y los Padres que se pudieron juntar, fueron

á su palacio, y dándoles audiencia, le hablaron con la modestia que convenia; y con libertad cristiana, le propusieron el daño que causaba aquel pregon, los pecados que originaba aquella libertad, la cuenta que habia de dar á Dios de todo; cuánto importaba revocarle y volver por la fe católica, cargándole gravísimamente la conciencia. El, como pusilánime, respondió que era católico y que no podia por entónces forzar á sus vasallos que lo fuesen, con que los despidió con poco gusto, mostrándoseles adverso y aun receloso, segun le habian informado los herejes de que venian á su tierra como espías dobles á hacer gente con capa de religion, para dar favor al Virrey de la India, para conquistar á Etiopia; que hasta estas falsedades inventaron los herejes y cismáticos para pervertir al Emperador, que vivió tristísimo desde aquel dia hasta el de su muerte.

XI

Continúase la persecucion; muere el Emperador y prosíguela su hijo.

En medio de estas tribulaciones andaba el solícito Pastor nuestro Patriarca recogiendo las ovejas de su rebaño, que andaban descarriadas, consolando á unas y esforzando á otras y defendiendo á todos lo mejor que podia. Lo mismo hacian el Obispo y los Padres que le ayudaban. Predicaban en nuestra iglesia á los fieles que la frecuentaban, administrándoles los sacramentos y exhortándoles á todos á sufrir con paciencia aquella tribulacion, perseverando en el servicio de Dios; de lo cual ofendidos los herejes y cismáticos; acudieron á los magistrados y á los de Palacio, fautores de esta persecucion, diciendo que no se habia hecho nada, si no les quitaban las iglesias á los romanos, en las cuales se hacian fuertes y predicaban y confesaban, como si no se hubiera echado el pregon. Y los unos y los otros supieron decir tales cosas al tímido Emperador, persuadiéndole que no eran iglesias sino castillos y fortalezas para alzarse con sus reinos, y que su hermano Cela-Cristos, estaba confederado con el Patriarca de los católicos para hacerse Emperador, y por esta causa los favorecia tanto; que el miserable, rendido á sus amenazas, dió permiso para que les quitasen las iglesias á los católicos.

Supo esto el Patriarca, y opúsose con valor á tan injusta resolucion, alegó sus razones, y puso el esfuerzo posible para defender á los católicos: pero nada le valió, porque los herejes y los monjes cismáticos, fueron con los magistrados, y los echaron de ellas y de las casas que tenian.

Los Padres, previniendo este lance, enterraron las imágenes de bulto, y

deshicieron las pintadas, y guardaron los vasos y ornamentos sagrados, porque no viniesen á poder de los herejes, y los ultrajasen; llorando los religiosos y seglares católicos y los pobres portugueses, que quedaban desamparados.

No paró aquí la persecucion, porque durando las disputas entre los cismáticos y católicos, sobre las materias de la fe, los herejes y cismáticos, tan maliciosos y astutos, como ignorantes y crueles, con capa de excusar disensiones, y que hubiese paz en el reino; negociaron con el Emperador, que por el bien de la paz se echase un bando, que fué la total destruccion de la Iglesia Romana; porque á son de atabales pregonaron que de allí adelante todos siguiesen la fe de Alejandria, y que ninguno fuese osado á disputar sobre las materias de la fe con el Patriarca ni el Obispo ni alguno de los portugueses, ni con su hermano Cela-Christos: sino que, si fuesen provocados, respondiesen, que el Emperador les mandaba que no disputasen so pena de excomunion, y que los habia mandado volver á la fe de sus padres.

Este impio pregon se dió á 10 de setiembre de 1632 años, con que se cerró la puerta á la verdad, y se abrió á la falsedad y á todo género de maldades.

Los herejes quedaron insolentes, los cismáticos triunfantes, los católicos tristes, el Patriarca y los Padres afligidos y perseguidos, y por su causa el hermano del Emperador andaba desterrado: con que se hallaron cercados por todas partes de enemigos, sin otro amparo más que el de Dios, á quien acudieron, como hijos á su verdadero Padre.

El triste Emperador, que como pusilámine se rindió á favorecer la herejía contra la verdad católica, fué castigado de Dios con muerte suya y de sus hijos; porque el año siguiente, el mismo dia de los diez de setiembre, en que dió el pregon, cayó malo en la cama, confesóse con el P. Matos, pero muy en secreto, receléndose que no lo supiesen los suyos: fué empeorando cada dia, y el Padre instando que recibiese los demás Sacramentos, y él dilatándolos; y hallándose presente el Príncipe su hijo, le dijo el P. Diego de Matos: «V. Majestad declare en qué ley muere, porque importa para su alma.»—«En la Romana,»—respondió; y vuelto á su hijo, añadió:—«porque no hay en otra salvacion, y así lo entended y guardad:» —y con todo esto no se pudo recabar de él que recibiese el Viático, ni la Extremauncion, y murió sin estos Sacramentos, negándole Dios los auxilios y gracias especiales que le diera para su salvacion, en pena de su cobardía, y de los edictos que habia promulgado contra la Iglesia Católica. Y fuera de estos le castigó tambien en sus hijos, porque el mayor, en coronándose, los prendió á todos, ménos á uno, que era hermano suyo de padre y madre, y los degolló, siendo veinte y tres, como dijimos, sin las mujeres, para asegurarse en el imperio, costumbre bárbara de los abisinios, tomada de los otomanos.

Este fin tuvo el desdichado Emperador, que comenzó bien, y acabó miserablemente, cometiendo tales atrocidades, por miedo de no perder el reino; y le perdió con la vida, y á lo que parece con el alma: que este castigo merece quien deja á Dios por los hombres, y lo eterno por lo temporal.

Enterrárbnle en el templo de Ganeta Jesus, que está cuatro leguas de Dancaz, á donde murió. La pompa de su entierro, y las ceremonias y solemnidad de sus exequias refiere el P. Manuel de Almeida, que se halló en ellas, y le acompañó para enterrarle: para los curiosos, que gustan de saberlas, y las quiero referir aquí, que son las siguientes:

Labraron una caja ó ataud del tamaño del cuerpo, casi cuadrado, con unas cortas gradillas á modo de carroza, todo de madera, en el cual pusie ron el cuerpo envuelto en tafetan; cubriéronle con un paño de seda largo y cumplido, como bandera bordada de las armas imperiales, de varias colores: delante iban las banderas imperiales; unas largas en lanzas grandes, que rematan en bolas de metal dorado, con sus cordones pendientes de palmo y medio; otras como guiones de paño blanco, con algunas tiras pajizas en medio, y las unas y las otras son llanas, sin armas ó alguna otra divisa. Llegarian todas á una docena; iban enarboladas, y ninguna arrastrando, como se usa en otras partes; junto de ellas iban los tambores tocándolos de cuándo en cuándo con son triste: seguíanse luégo tres caballos, los mejores en que solia ruar, ricamente enjaezados, como si salieran á fiesta de grande regocijo ú ostentacion de gala: despues de los caballos, iban muchos pajes y criados con la librea imperial y con sus armas, unos á pié, otros á caballo; cuál llevaba su escudo, cuál su arnés, cuál su cota, cuál su espada, cuál las cuentas en que rezaba, trocando de cuándo en cuándo estas preseas unos con otros, para mover con su vista la gente á lágrimas, viendo las preseas que su Rey usaba. Y para el mismo efecto llevaba la Emperatriz la corona imperial de su marido encima de la cabeza, acompañada de las personas reales, y de las señoras nobles de la corte, y de todas las demás que se tenian por leales: iban en mulas, cortados los cabellos, ceñidas las cabezas con unas tiras de paño blanco, cuyas puntas caian á las espaldas. Todos iban vestidos de luto, que era cualquiera paño; y los que querian ostentar más sentimiento, le vestian negro, rapadas todas las cabezas: no llevaban hachas, ó velas encendidas, ni las hubo en la iglesia, ni clérigos ó monjes cantando: sólo al entrar en el templo estaban á la puerta cinco ó seis monges, rezando salmos. Allí enterraron al Emperador en un sepulcro ordinario, tan solamente, como se ha dicho, supliendo el canto de la iglesia los gemidos de los que le lloraban.

El dia siguiente se volvieron todos á Danzaz, de donde habian salido, y

en careándose con la ciudad, se volvió á ordenar la pompa funeral en la misma forma que habian salido el dia ántes, llevando el ataud real vacío, y junto á él un caballero en la mula en que solia andar el Emperador, vestido con todas sus ropas imperiales y su corona en la cabeza, que representaba su persona, como si fuera el mismo Emperador, debajo de palio, como solia entrar: y cerca de este, otro en el mejor caballo y más ricamente enjaezado, vestido de las armas imperiales, con su escudo y espada, y su maza ó porra pequeña que usaba.

Salieron á la puerta de la ciudad á recibir este acompañamiento cuatro ó cinco escuadras de soldados, llorando y gimiendo, haciéndole la salva, no con tiros de mosquetes, sino de voces y lágrimas, balas que suelen pasar los corazones de los que bien aman.

Esta fué la pompa y estas las exequias imperiales que se hicieron al Emperador difunto, con las cuales llegaron á su palacio, á donde estaba su hijo heredero con muchos caballeros; y entrando los que venian, comenzaron nuevo llanto, que duró dos horas enteras.

Los PP. Manuel de Almeida, que lo cuenta, y Diego de Matos, que fueron en el acompañamiento, se retiraron á su casa, y en rematando el llanto, fueron á dar el pésame al Emperador de la muerte de su padre, y despues le dieron el parabien de la corona, y se volvieron á su casa: en el ínterin el Patriarca estaba ausente retirado, y encomendando á Dios los sucesos de aquella perseguida cristiandad, buscando modos para remediarla.

XII

Las crueldades que ejecutó contra el Patriarca y la Iglesia católica el nuevo Emperador de Etiopia.

El mayorazgo del difunto Emperador, que se llamaba Faciladas, y en su coronacion se llamó Seltan Segued, como su padre, aunque por su respeto recibió la fe romana; pero nunca la profesó de corazon, y siempre en su interior tuvo la alejandrina, y la favoreció disimuladamente, por no oponerse claramente á su padre: mas en heredando su imperio, dejó la piel de oveja con que disimulaba el veneno que tenia en el corazon. y declarándose del todo, se vistió la piel de fiera inhumana contra la Iglesia católica y contra todos los que la profesaban. El primero en quien quebró su ira fué su tio Cela-Cristos, excelentísimo católico y firmísima columna de la Iglesia romana, al cual exhortó á dejar su fe y abrazar la de Alejandría, ofreciéndole de

hacerle el mayor Señor del imperio y tenerle junto á sí, y regirse por su consejo. Mas despreciando, como otro Moises, el esforzado caballero de Cristo las grandezas del mundo por los improperios del Señor, respondió con valor de católico, que por los haberes del mundo no retrocederia un punto de la Iglesia católica apostólica romana, que enseñaba el camino verdadero del cielo: y que esto diria y haria aunque le hiciesen mil pedazos.

Grande fué la saña que concibió el Emperador con esta respuesta; y tomando pareceres de los que estaban presentes, todos juzgaron que era digno de muerte. Pero mostrando compasion el nuevo Diocleciano de sus canas y persona, conmutó esta rigurosa sentencia, en que fuese desterrado. Confiscáronle todos los bienes, y envióle con buena guarda de soldados, cargado de prisiones.

Antes de partir al destierro, le visitó una sobrina suya, hermana del Emperador, y le persuadió con muestras de piedad, que siquiera en lo exterior aprobase la iglesia alejandrina, y que luego podria confesar aquel pecado y quedarse en la corte, y al lado del Emperador, para poder favorecer al Patriarca y la religion católica. Pero él con el mismo valor desechó aquella sierpe infernal; y como otro Eleázaro, no quiso en su vejez dar muestras de flaqueza ni mal ejemplo á los mozos de flaquear en la observancia de la ley santa de Dios; y así partió á su destierro, cargado de cadenas de hierro, que, como á todos dijo, estimaba más que las de oro y diamantes, que en otros tiempos usaba.

Atizaban los herejes el fuego de la persecucion, diciendo al Emperador, que importaba poco haber desterrado á su tio por católico, teniendo en su córte al Patriarca y á los Padres predicadores y defensores de la Iglesia romana: y que ni los villanos que habian tomado las armas ni los demas que celeban la iglesia alejandrina, creerian que la profesaba de corazon, si no los desterraba de todos sus reinos y les confiscaba las haciendas; y que en haciendo esto, vendrian todos á sus pies á reconocerle por Señor y pagarle parias.

Poco hubo menester para vomitar su ponzoña quien la criaba tan de atras con la Iglesia romana: y así luego mandó que les confiscasen las iglesias y los bienes que poseian á los Padres y al Patriarca y al Obispo de Nicea. Quitóles las tierras y posesiones que su padre les habia dado, y mandó que los unos y los otros saliesen desterrados á Fremona, dando primero las armas que tenian en su poder para defenderse por los caminos de los ladrones y salteadores que los ocupan á bandadas.

El buen Patriarca suplicó de este mandato, pidiendo, que pues les mandaban caminar, les dejasen las armas para defenderse en los caminos;

no fué oido, respondiendo el inicuo Emperador, que él los aseguraria: y así los obligaron á salir en el corazon del invierno, pobres y desarmados, tan largo camino, sin abrigo ni reparo alguno.

Juntáronse doce de la Compañía, sin el Obispo y el Patriarca, caminando por arenales y pantanos con densísimas nieblas y pestilenciales aires, desamparados de todos, pero muy amparados de Dios y de sus ángeles, recibiendo consolaciones del cielo á la medida de sus trabajos y de las persecuciones y baldones que en todas partes pasaban.

Saliéronles ladrones y salteadores, que los robaron y maltrataron, y ultrajaron las imágenes que llevaban, y por grande indulgencia no los mataron.

Llegó la fama á Fremona de esta resolucion, y como la fama aumenta cuanto toma en las manos; publicaron que á todos los católicos mandaban confiscar los bienes, y sin más orden ni papeles ó cédulas reales, favorecida la plebe del Virrey, sedienta de la sangre de los inocentes y codiciosa de sus bienes; se abalanzaron al saco, y embistiendo en las casas de los católicos, les robaban cuanto tenian, con título de confiscarlos.

Llegaron ejércitos de herejes á la iglesia y casa de los Padres; pero los portugueses, como tan católicos, se juntaron á defenderlos y lo hicieron con tal esfuerzo, que los rechazaron y pusieron en huida, sin permitirles llevar un solo clavo.

Bien se deja entender las tiernas lágrimas que sacaria tan infausto suceso á nuestro buen Patriarca, sin poderlo remediar ni dar el alivio y consuelo á los fieles católicos que deseaba. Llegó con los suyos á Fremona, pobre, perseguido, afrentado y fatigado, no ménos con el dolor de ver padecer á sus ovejas, que de las incomodidades de camino tan largo y tan pesado: que en esta moneda paga Dios á los suyos en esta vida los servicios que le hacen para que ganen inmensos tesoros de gloria en la otra con sus trabajos.

Este suceso escribió el Virrey de Tigre al Emperador, ponderándole las fuerzas y armas de los portugueses, y su destreza en la guerra; y que si no echaba al Patriarca y á los suyos de la tierra, se alzarian con Fremona y con lo mejor de aquel reino, que confinaba con la mar, por donde podrian fácilmente venir armadas de la India y apoderarse de todo: cosa que puso mucho miedo al Emperador, y dió gran paño á los herejes y cismáticos para apretar las diligencias contra los católicos y hacer desterrar de toda Etiopía al Patriarca y á todos los de la Compañía. Y lo que acabó de rematar este negocio, fué un abuna ó legado, que llegó á la corte, del Patriarca de Alejandría, con órden de que luego degollasen al Patriarca y á sus compañeros los predicadores de la Iglesia romana.

Acerca de su ejecucion hubo muchas consultas y dificultades; y aunque el

abuna hizo el último esfuerzo porque se ejecutase; nunca la pudo alcanzar, porque no habia causas para ello. Y finalmente, despues de larga porfía, se tomó por medio que saliesen desterrados, con que decian quedaria quieta la tierra, y su fe alejandrina segura y estable. Y este decreto se notificó al santo Patriarca y á los Padres que le asistian y ayudaban, con tanto gozo de los cismáticos, como llanto de los católicos, que habian de quedar sin padres, huérfanos y desamparados.

XIII

Como fué desterrado el Patriarca con algunos de la Compañía y entregados á los turcos.

Antes llegó á Fremona la noticia de esta resolucion, que el decreto y mandato real; y visto y consultado por los Padres, determinaron dos cosas. La primera de enviar de antemano al P. Manuel de Almeida con tres compañeros á la India á dar noticia á los Superiores y al Virrey de lo que en Etiopía pasaba, para que se pusiese el remedio posible en detener al Patriarca, lo cual se ejecutó con la mayor presteza que se pudo. La segunda, que el Patriarca escribiese al Emperador y á los confidentes que se hallasen, pidiendo ser oido; y que se hiciesen todas las diligencias imaginables para dilatar la ejecucion de aquel mandato, que en negocios tan graves, la dilacion suele remediarlos.

A esta sazon llegó á Fremona un azague del Emperador, que es lo mismo que un desembargador en Portugal y un oidor del Consejo Real en Castilla y Aragon: venia con los mandatos reales y con órden precisa de ejecutarlos. Notificólos al Patriarca y á los Padres, en que mandaba, que luego saliesen de todos sus reinos desterrados, porque despues que entró en ellos la fe romana, se ardian en vivas guerras, con las cuales tenian destruido su imperio, gozando de mucha paz ántes.

A este impío mandato, respondió con grande valor y libertad el santo Patriarca, que las guerras no las habia traido la fe romana, pues cuando no la habia, eran mayores en Etiopía y más pesadas; y que así él como los Padres de la Compañía que le ayudaban, habian venido llamados y pedidos del Emperador su padre con repetidas cartas al Sumo Pontífice y al Rey de Portugal, á quien se hacia aquel agravio; y que él no podia con buena conciencia desamparar la Iglesia, que por Esposa Dios le habia dado, ni las ovejas de su rebaño que le habia entregado. Y que así primero le habian de hacer añicos

que saliese y las dejase; y que entendiesen, así el ejecutor, como quien le enviaba, que caian en gravísimas descomuniones y censuras, que desde luego les notificaba; y que vendria la ira del Altísimo sobre ellos, y castigaria tan horrendos pecados.

Quedó el azague ó consejero oyendo esto atónito y espantado, y despues de estar suspenso un buen rato; acordó de suspender la ejecucion y dar aviso al Emperador de lo que pasaba, el cual de secreto habia dado aviso á los turcos de Mazua, cómo les enviaba el Patriarca y á los Padres, que en todo caso los matasen, porque llevaban mucho oro, y querian dar aviso al Virrey de la India para que viniesen con buena armada y se apoderasen de Mazua, y tomando allí puerto, conquistase á Etiopía; y que seria grande yerro no prevenir con tiempo estos desastres. Con lo cual, en recibiendo las cartas del Juez y del Patriarca, se embraveció como un loco, y quejándose de ambos, envió otro azague más riguroso y diligente, que ejecutase su mandato, aunque fuese necesario sacar al Patriarca arrastrando, á quien escribió mil amenazas si no obedecia luego á lo que le mandaba.

Llegado este segundo ejecutor, cercó la casa del Patriarca y de los Padres con mucha gente de guerra, y les notificó, que dentro de dos dias naturales saliesen de Fremona, y sin detener se caminasen á Mazua con la gente que les daria; y en caso de no hacerlo, los llevaría en cadenas presos y maniatados, arrastrando.

Oido este tan impio, cuanto riguroso mandato, despues de larga oracion y mucha consulta, resolvieron los Padres y el santo Patriarca conformarse con la voluntad de Dios, de cuya mano, más que de la del Emperador, recibian aquel destierro, y obedecer por entónces á lo que les ordenaban. Mas compadeciéndose de tantas almas, como quedaban desamparadas; determinaron procurar, que se quedase el Obispo con algunos Padres disimulados y encubiertos en casas de católicos, para consolarlos y confortarlos en aquella persecucion; para lo cual salió luégo el Obispo con cuatro Padres de Fremona, con pretexto de ir á cumplir el destierro, camino de Mazua y de la mar, á tierras de un caballero rico, que se llamaba Juan Akoba, que se vendia por católico, aunque no lo era mucho; pero estaba disgustado con el nuevo Emperador. El cual, por la amistad que profesaba con algunos de los Padres, los recibió bien por entónces, aunque despues, entendiendo la indignacion del Emperador, no se atrevió á tenerlos en su casa. Mas permitiéndolos quedar en sus tierras disfrazados, así estuvieron escondidos, con harta incomodidad y riesgo de las vidas, y anduvieron por aquel imperio, con otros dos que se les juntaron despues, evangelizando y confortando á los católicos, hasta que todos seis con el Obispo fueron presos de los cismáticos, y marti-

rizados por Cristo: que estos gajes tiran los de la Compañía de Jesus de su predicacion y trabajos contínuos por la salvacion de las almas.

Cumplido el término de los dos dias que les dió el nuevo juez para su partida; vinieron los soldados, que los habian de llevar, con armas y aprestos para la jornada, y un sinnúmero de pueblo, olas sobre olas de gente, cismáticos y herejes, como á grandes fiestas, á verlos salir, alegrándose mucho, y cantando la victoria de su pretension, diciendo y haciendo á los vencidos injurias, como suelen á los ajusticiados. Esta honra hicieron á la despedida al Patriarca los que se la habian hecho tan grande á la venida como vimos.

El azague ó consejero vino tambien á ejecutar el destierro, y en dejándolos fuera de la ciudad, tomó caballos, y partió á la corte con toda presteza á ganar las albricias del aviso, así del Emperador, como del abuna, legado de Alejandría, que tanto habian deseado esta partida: y fué permision de Dios, porque con su ausencia pudieron dos de los nuestros escaparse de las guardas, entre la mucha gente que concurrió á verlos, los cuales se juntaron con el Obispo y los otros compañeros, y se quedaron en Etiopía, para ayudarlos en su ministerio.

El Patriarca con diez Sacerdotes de la Compañía y dos Hermanos, y algunos católicos abisinios, que los siguieron, salieron desterrados á los primeros de mayo de mil y seiscientos y treinta y cuatro años.

El camino fué por tierra, tan incómodo y trabajoso, que bastaba por martirio; porque los soldados que los llevaban, por lisonjear al Emperador y al abuna, les hacian todos los malos tratamientos posibles, obligándoles á caminar con soles, aires y lluvias, de dia y de noche, sin permitirles alivio ni descanso, ni albergue, ni cama, más que los montes y los árboles, expuestos siempre á las inclemencias del cielo, siendo tanto más inhumanos, cuanto eran los siervos de Dios más pacientes.

El camino fué por montes y selvas fragosísimas, pobladas de leones y tigres y otras fieras, que no lo fueron tanto como ellos, pues con lumbres y centinelas refrenaron su fiereza, y aquellos fieros verdugos, ni con dádivas ni con amenazas las mitigaron un momento, semejantes á los que sacaron á S. Crisóstomo á su destierro, de quien el Santo dijo, que cuanto más bien les hacia, peores eran. Lo mismo le sucedió á nuestro santo Patriarca, tan semejante á S. Crisóstomo en su destierro, así en la causa de él y en los trabajos y malos tratamientos, como en la paciencia y alegría con que él y sus compañeros los sufrieron.

Los turcos que, como dije, estaban avisados, salieron jornada y media á recibirlos, no para agasajarlos ni honrarlos, sino para robarlos con la insa

ciable codicia del oro, que les habian escrito que llevaban, esperando de aquella presa quedar ricos. Allí fueron los mansos corderos del rebaño de Jesucristo entregados por los leones de Etiopía á los lobos carniceros de Turquia, á donde el Patriarca y los suyos quedaron cautivos á veinte de mayo del año de 1634.

Pero qué lengua podrá decir la inmensidad de calamidades y miserias, que vinieron de la mano divina sobre el desdichado imperio de Etiopia, en pena de tan grande sacrilegio, como cometieron, desterrando al Padre y Pastor de las almas y á los Predicadores de la verdad, de sus tierras.

Por el destierro de S. Juan Crisóstomo llovió el cielo piedras de horrible granizo sobre Constantinopla; y sobre Etiopia llovió calamidades inmensas por este destierro; porque tomando el Emperador pretexto de la paz para ejecutarle; la perdió de manera, que toda la tierra desde aquel dia se abrasó en contínuas guerras.

Los galas, gente feroz é indómita, capitaneándolos un hijo del católico Cela-Cristos, por los agravios que el Emperador hizo á su padre, tomaron las armas, y entraron por el imperio, talando y asolando cuanto hallaban, con tan grande poder, que no le teniendo el Emperador para resistirlos; desamparó su casa y corte, y anduvo desterrado por varias tierras, pagando con su destierro el destierro del Patriarca y de los católicos, que habia echado.

Los villanos de Lastra, viéndole vencido y humillado, volvieron á las armas, y le hicieron guerra, tiranizando sus tierras, y robando con inaudito furor cuanto hallaban. Con la mortandad que causó la guerra, se encendió una cruelísima peste, que abrasó la mayor parte de la gente.

El Rey se salió de poblado á guarecerse en una tienda del campo, pero no le valió; porque los criados que le servian llevaron el contagio, y enfermó de muerte, aunque no le quitó la vida, dejándosela Dios para mayor tormento, viendo delante de sus ojos perecer miserablemente sus reinos.

A todas estas calamidades se siguió otra que fué la de la hambre; porque el mismo año de treinta y cuatro, en que ejecutó el destierro y sucedieron estas guerras, envió Dios otros ejércitos más insuperables de langostas en tanto número, que no dejaron hoja verde en todo el imperio, con que murieron los ganados de hambre y no tuvieron cosecha, y padecieron todos universalmente tan grande necesidad, que pobres y ricos perecieron, muriendo á manos de la hambre los que perdonaron la guerra y la peste.

A David por su pecado le dió á escoger Dios una de estas calamidades, pero á este miserable Emperador le envió Dios por el suyo todas tres juntas en el mismo año que le cometió, que fueron guerra, hambre y peste, y con tantos castigos no se enmendó como David, porque, aunque viéndose enfermo

en las gargantas de la muerte, abrió los ojos y reconoció que Dios le castigaba por haber perseguido la fe católica y desterrádola de su imperio, y dió muestras de arrepentirse y querer volver á ella; pero sus criados cismáticos y herejes, le volcaron el sentido, y pervirtieron su voluntad con sus malos consejos, y no tuvo valor para poner en ejecucion los buenos pensamientos que le dió el cielo, y así se quedó en su apostasía, endurecido su corazon como otro Faraon, con los castigos que Dios le envió para que se convirtiese y ganase el cielo.

Ahora volvàmos á nuestro Patriarca y sus compañeros, á quien dejamos cautivos en poder de los turcos, que los llevaron presos como á esclavos.

XIII

Lo que pasó al Patriarca hasta salir del cautiverio.

Entregados, pues, el Patriarca y los demas católicos á los turcos como dijimos, los llevaron á Mazua, que es una isla corta con una sola poblacion pequeña, sin muros ni castillo ni defensa, la cual divide un pequeño brazo de mar, no más ancho que un tiro de escopeta de la tierra firme de Etiopía.

No tiene fuente ni rio ni otra agua que la que cae del cielo; mas legua y media de allí, en tierra de Suaquen, sujeta al turco, hay unos pozos de buena agua, de la cual beben á costa de traerla; y por razon de estos pozos, tienen allí una poblacion y un castillo fuerte para defenderse.

Pegado al castillo está el palacio del gobernador, á quien llaman Quequea, sujeto al Bajá de Suaquen. Tiene el gobernador hasta ochenta turcos de guardia y otros tantos mestizos y naturales de la tierra, y una cerca ó corral adonde asisten, pegado á su palacio.

Pues como los turcos se entregaron de los Padres y católicos, con la fama que corria del oro y plata que traian, cada uno juzgaba que habia hallado en ellos una rica mina con que habia de quedar rico. Y para grangearles las voluntades, les hicieron buen pasaje al principio, para sacarles con halagos y caricias el oro que traian; mas como los desengañó la experiencia y habiendo mirado con toda diligencia su hato, no hallaron sino dos cálices con sus patenas de plata para decir Misa y dos crucecitas pectorales de lo mismo que traia el Patriarca por su insignia; concibieron contra ellos tanto enojo, cuanto era su codicia, y al paso de su indignacion fué el tratamiento que les hicieron, así en la posada como en la comida.

En sabiendo el gobernador que habian llegado, los mandó ir á Arquico,

que este era el nombre de la poblacion donde vivia. En llegando, salieron los muchachos y la gente á recibirlos con salva de gritos y voces, baldones é injurias, que estas son con los extranjeros sus ordinarias cortesías.

Mandólos subir el gobernador ostentando grandeza y autoridad en su aparato, vestido ricamente, sentado sobre cogines de seda guarnecidos de oro, preciosas alfombras, curioso y rico turbante: mandólos entrar á su presencia, llevándolos en forma de cautivos, descalzos y descubiertos; llegaron por su órden á besarle la mano, primero el Patriarca, luego los Padres y despues los abisinios que los acompañaban. Hízolos sentar en las alfombras, hablólos benignamente, preguntándoles por los trabajos del camino y ofreciéndoles pasaje para la India, todo con maña y artificio para sacarles el oro que le habian escrito traian.

Mientras los hablaba, andaban sus criados desenvolviendo el hato y la ropa que tenian, buscando las riquezas que codiciaban; mas como le avisasen lo poco que habian hallado; disgustóse mucho, y mandólos retirar á una casa muy incómoda, y de allí volver de noche á Mazua, donde llegaron muy tarde y muy cansados, sin comer ni beber y con las incomodidades y trabajos que se puede entender de tales amos y á tales horas, indignados contra ellos por su insaciable codicia.

A la mañana vino el gobernador á Mazua, no á consolarlos, sino á exprimirlos, si así se puede decir; porque la sed que tenia del oro le hacia creer que lo encubrian, y quiso por mal y con rigores sacar lo que no habia podido con blanduras; mas previniendo sus intentos el santo y prudente Patriarca, buscó, entre los mercaderes y conocidos, prestados seiscientos reales de á ocho, los cuales le presentó, haciéndole saber por persona confidente su pobreza, y cómo los habian buscado para servirle con ellos.

Con esto se mitigó su saña y fué como dar un jarro de agua á la sed de su codicia; pero ántes de partirse tomó dos niños de buenos rostros, el uno de los portugueses y el otro de los abisinios, por esclavos, diciendo que los habia de vender en Arabia. El abisinio era de un monje católico, que por su devocion acompañaba al Patriarca, más devoto que prudente, porque, olvidándose de que era cautivo, habló con grande libertad al gobernador diciendo: Que su muchacho no podia ser esclavo ni vendido, porque era libre, y era suyo, y otras libertades semejantes, de que indignado el moro desenvainó el alfanje y vino á él para quitarle la vida: detuviéronle los presentes y mitigada la cólera, le mandó desnudar y le dieron tantos y tan crueles azotes por el descomedimiento, que estuvo á punto de acabar la vida. Mejor medio tomaron el Patriarca y los Padres, y fué ofrecerle setenta reales de á ocho en rescate de los dos niños, los cuales admitió, como se los diesen luego; y si

dilataban la paga, la pagasen con otra semejante disciplina, condenando á ella al Patriarca en primer lugar y en segundo á los Padres de la Compañía; fué Dios servido que se halló el dinero luego, con que el bárbaro se volvió contento y los niños quedaron libres.

Un mes estuvieron en Mazua tratados como esclavos y cautivos, con el mayor rigor, y tales incomodidades, así en la comida como en la posada y ocupaciones, haciéndoles servir y trabajar sin respeto ni excepcion alguna; que tuvieron á merced de Dios no acabar las vidas, hasta que sabiendo el Bajá de Suaquen su llegada, los mandó llevar á su corte.

Embarcáronse por junio en unas fustas mal preparadas y peor proveidas, porque con ser tantos, no llevaban otro mantenimiento más que un poco de arroz que les daban con grande tasa cada dia.

Tuvieron muchas calmas y malos temporales, que alargaron la jornada, que solia ser de ocho dias, y tardaron cuarenta pasados en mareas, riesgos, hambre, sed y peligros de mar y tierra.

En llegando, salieron á recibirlos con estas buenas nuevas que les dieron los criados del Bajá, diciéndoles, que no los llamaba para tenerlos por esclavos, y menos para venderlos, ni por la codicia de su rescate, sino para hacer de todos un solemne sacrificio á su Profeta Mahoma, de quien era devotísimo.

Más se alegraron los siervos de Dios de oir estas nuevas, que el Bajá de tenerlos en su tierra; y el santo Patriarca dió mil gracias á Dios porque le hacia digno de dar la vida por su amor en aquel martirio, para él tan deseado, y lo mismo hicieron los Padres, y á su ejemplo todos los compañeros, animándose unos á otros á dar las vidas por Cristo.

No quiso el Bajá verlos, ni que entrasen en su palacio, teniendo por menoscabo de su autoridad y grandeza contaminar sus ojos con la vista de gente tan baja y despreciada: y así los mandó depositar en una casa ó cárcel estrecha, á donde estuvieron esperando la muerte, como las reses destinadas para el sacrificio, pasando los trabajos que se deja entender en tan duro cautiverio.

En este medio tiempo hablaron al Bajá algunos turcos ménos crueles y más políticos, representándole los inconvenientes que tenia quitar la vida á tantos portugueses y abisinios, con que forzosamente habia de cortar el comercio que tenia con la ciudad de Dio, de grande interés para la tierra, y armar contra sí á los de Etiopia, viendo degollar sus naturales, sin haber dado causa para ello; y que los unos y los otros degollarian tambien los turcos que tuviesen en sus tierras; y junto con esto, el rescate que se perdia de tantos y tan principales cautivos, pidiéndole que lo mirase despacio y tomase mejor consejo.

Oyendo esto el Bajá, quedó suspenso, y comenzaron á batallar en su pecho el celo de su Profeta Mahoma y la codicia del rescate y el miedo de los inconvenientes; y como él estaba subordinado al Bajá del Cairo, que era el supremo de aquellos reinos, temiendo no le quitase el oficio, se resolvió á no matarlos y coger el mayor rescate que pudiese sacar por ellos.

Tomada esta resolucion, les envió á decir que si querian tener franco paso para la India, le diesen treinta mil reales de á ocho, por los cuales los enviaria luego: y como respondiesen que eran pobres y no podian cumplir tanto dinero, bajó á quince mil efectivos, dándoselos luego. No fué posible juntar aquella cantidad entre los portugueses; y al fin, mediando los mercaderes, á quien deseaba tener gratos, bajó á cuatro mil, los cuales se le dieron, y él á los cautivos licencia para embarcarse.

Estando á la lengua del agua para subir en la nao, llegó un criado suyo á toda diligencia, con expreso mandato de que no se embarcasen más que los siete Padres, y que el Patriarca con el P. Diego de Matos y otro tercero y todos los seglares se quedasen hasta el año siguiente que volviesen las naos de Dio para asegurar el comercio. Triste nueva para todos, celebrada con lágrimas y gemidos de los que se iban por perder la compañía de sus amados compañeros, y de los que se quedaban por su triste cautiverio: despidiéronse unos de otros con más lágrimas que palabras.

Quedó el P. Francisco Marquez con los dos referidos. Los siete llegaron á Dio, y pasaron de allí á Goa á tratar del rescate del Patriarca y sus compañeros, en que tuvieron poco efecto.

Viendo, pues, el celoso y santo Prelado las injusticias que aquel cruelísimo Bajá usaba con ellos, escribió, dando cuenta de todo, á un cónsul ó embajador francés que residia en el Cairo, pidiendo que negociase con el supremo Bajá ó que les diese libertad ó les volviese el dinero que habia recibido por ella.

El Bajá procedió justificadamente y escribió al de Suaquen, que les guardase justicia ó le cortaria la cabeza. Enojóse terriblemente con esta carta, que siempre llevan mal los superiores inmediatos las apelaciones á los mayores: y disimulando su ira, llamó al Patriarca y le dijo, que buscase luego quince mil ducados de plata y les daria libertad, y si no los haria morir á tormentos. Mas como fuese imposible juntar arriba de mil reales de á ocho, enfurecióse como un leon, y encerrólos en un estrecho calabozo, los pies metidos en un cepo, á los cuellos argollas pesadas de hierro, ensartadas en una gruesa cadena, casi desnudos, dándoles muchos palos y un puñado de arroz medio podrido cada dia, con un poco de agua turbia para el sustento, diciéndoles que asi habian de estar hasta que les diesen el dinero. El tratamiento fué tal,

que todos se llagaron y mudaron el pellejo, quedando tan flacos y consumidos en tres meses, que no parecian hombres vivos, sino muertos.

Dió cuenta al Bajá el que los guardaba del peligro de la vida en que estaban, y él, desesperado del rescate y cansado de tenerlos, mandó que los pusiesen en un barco y, llevados á alta mar, les diesen barreno y los ahogasen á todos.

De esta impía resolucion tuvieron noticia los mercaderes extranjeros, y avisaron á los portugueses, en sazon que estaban para darse á la vela, y juntando entre todos cuatro mil ducados, los ofrecieron al Bajá, con que amansó la cólera y les entregó los presos, admirándose y doliéndose de verlos tan consumidos, que más representaban cadáveres de difuntos, que personas de hombres vivos.

Lavaron con lágrimas las llagas del santo Patriarca y de sus compañeros: vistiéronlos de limosna, porque no les habian dejado con qué cubrir sus cuerpos: embarcáronse dia de S. Bartolomé, y llegaron á Dio á los primeros de octubre de mil y seiscientos y treinta y cinco: allí se reparó un mes el santo Patriarca, y luego pasó á Goa á tratar del rescate de su Iglesia y de remediar las ovejas que Dios le habia entregado y quedaban en poder de los lobos carniceros.

XV

El resto de su vida, hasta su santa muerte.

Habiendo, pues, llegado este varon incomparable, despues de tantos trabajos padecidos por Cristo y por bien de sus ovejas, á la ciudad de Goa, puso todo su esfuerzo en persuadir á los Virreyes, que diesen órden para restituirle á Etiopia, disponiendo con el Emperador de aquellos reinos, que diese libertad en ellos para vivir en su fe á los católicos, y no prohibiese los aumentos de la Iglesia Romana, ó por medios de buena conveniencia, ó si estos no se hallasen, por fuerza de armas.

No pudo salir con su intento, por más diligencias que hizo para lograrle; porque halló las cosas muy trocadas, y los Virreyes no se resolvieron á cosa tan grande y de tan conocidas dificultades, sin órden expresa del Rey de España, que lo era de Portugal. Pero no por esto se acobardó el ánimo invencible del Patriarca, porque envió luégo al P. Jerónimo Lobo á España y á Roma, al Rey Felipe IV y al Sumo Pontífice Urbano VIII; y fuera él en persona, pero no quiso volver tanto las espaldas á su amada Esposa la Iglesia de Etiopia, y alejarse de los hijos que tanto amaba.

Envió al Padre dicho á dar cuenta del estado de aquel imperio, y nego-

ciar su remedio; pero con todas sus diligencias, no pudo negociar nada, porque empresas tan difíciles, y en tierras tan distantes, siempre tienen muchas dificultades; mas como su corazon estaba en Dios, no perdió el ánimo, ni la esperanza de conseguir lo que deseaba.

Recogióse el varon de Dios en nuestro colegio de Goa á negociar con Su Divina Majestad, con oraciones, ayunos y penitencias, lo que no pudo con diligencias de los reyes de la tierra. Allí hizo una vida de un santo anacoreta, retirado de todo consorcio humano, conversando continuamente con Dios y con los Angeles y santos Bienaventurados, viviendo más como ciudadano del cielo, que de la tierra. Tenia largas horas de oracion, así mental como vocal; decia Misa con grandísima devocion, preparándose primero con la confesion y oracion, con penitencia y lágrimas, baño que purifica la conciencia de las manchas de los pecados; compuso algunos libros, y limó los que habia compuesto en Etiopia y Portugal, tan doctos, como eruditos, de que hace una lista en su Biblioteca el P. Felipe de Alegambe.

Vivió en este retiro algunos años con admirable ejemplo de virtud y santidad, edificando á todos, así religiosos como seglares, porque ninguna cosa parecia ménos que Patriarca. Barria y fregaba y servia á la mesa, como el más mínimo novicio; hacia mortificaciones públicas y secretas, era dechado de observancia, así en las constituciones y votos esenciales de la religion, como en la menor regla de todas, sin disputar si le obligaban ó no le obligaban; visitaba los enfermos, aliviaba á los afligidos, consolaba á los desconsolados, daba consejo á los que se le pedian, tan prudente y acertado, como lo fué en todas sus acciones; estuvo siempre obedientísimo á los Superiores, sin sentirse en él resabio de propia estimacion, ni acordarse que era Patriarca, para admitir excepcion ó singularidad alguna, en la comida ó bebida, en el aposento ó alhajas, rico en la pobreza y pobre en la abundancia, y no por esto perdió la autoridad de Prelado; porque supo su prudencia hermanar la gravedad de Obispo con la humildad de religioso.

Era modesto y humilde, era grave y era afable, era severo y alegre, muy templado y bien acondicionado, como dice Plinio en el panegírico á su Trajado, hermanando con admirable concordia estas virtudes, que parecen entre si contrarias.

El historiador de su vida, no sólo dice que fué magnánimo, sino en el espíritu y en el corazon gigante, dotado de la mano del Altísimo de grandísimo pecho para vencer tan grandes dificultades, como tuvo en su Iglesia, y de corazon alentado para empresas tan arduas, y una invencible paciencia para llevar tales y tantos trabajos; pues le sobró ánimo para el martirio, ya que no tuvo tirano que le ejecutase.

Todo el tiempo que le duró la vida, se ocupó en dar trazas para volver á Etiopia, sin acobardarle los montes de dificultades que se ofrecian á la vista para impedirle la entrada ni el temor de la muerte, que tanto número de enemigos le maquinaban,

Cada dia le venian nuevas de los muchos católicos que martirizaban; y aunque sentia, como padre, la persecucion que padecian sus hijos, y los desmedros de aquella iglesia, alegrábase, como santo, de oir su constancia, en perder ántes las vidas con exquisitos tormentos que desamparar la fe romana.

Tuvo noticias ciertas de los martirios que padecieron el santo Obispo de Nicea y los seis Padres compañeros, que dejó disimulados en aquel imperio, y con una santa envidia de ver que le llevaban la palma, cantó el *Te-Deum laudamus*, celebrando su victoria con hacimiento de gracias.

De dia y de noche no cesaba en rogar á Dios por Etiopia y los hijos que allí tenia: nunca los perdiendo de vista, como el águila á los suyos, aunque más se remonte á lo alto: así estaba este amoroso Padre con el espíritu remontado en las alturas del cielo; pero siempre los ojos en sus hijos, orando y pidiendo por ellos á Dios con lágrimas; y así era el Moisés de aquellas batallas, alcanzándoles esfuerzo y victoria en las guerras que padecian, y en la fe y perseverancia: y no contento con esto, escribió repetidas cartas al Emperador de Etiopia, afeándole su apostasía, y la guerra que hacia á Cristo en sus fieles, y exhortándole con vivas razones (que trae el P. Almeida en su Historia) á reducirse á la fe católica romana. Y á los fieles, asimismo escribia, en particular á las cabezas y más principales, consolándoles y esforzándoles á perseverar en la fe y á sufrir con paciencia los trabajos de aquella persecucion, esperando el premio que Dios les tenia preparado; estando ausente de Etiopia con el cuerpo y presente con el alma, como lo hacia en su tiempo con los fieles el apóstol S. Pablo: asi este nuevo apóstol lo hacia con los de Etiopia, siguiendo en todo sus pisadas.

La vida tan ejemplar de este admirable Prelado, llegó á los oidos del Rey á la sazon que vacó el arzobispado de Goa, y luego sin dilacion alguna le presentó para él, teniendo á dicha hallar tan cabal sujeto en quien poder emplearle; pero Dios, que miró sus altos merecimientos y quiso premiarlos en el cielo, le dió otra mitra más gloriosa, de más honra y de ménos trabajos. Porque al mismo tiempo adoleció de una recia calentura por junio de mil y seiscientos y cincuenta y seis, y luégo se dió por avisado de que Dios le llamaba. Y aunque toda su vida fué una contínua preparacion para la muerte, en sintiéndose enfermo, dió de mano á todos los negocios y estudios, en que se ocupaba, por estudiar con toda su atencion y cuidado la ma-

teria más importante, y cuidar del feligrés de su iglesia más cercano, que era su propia alma.

Previnose con una larga confesion, con los Santos Sacramentos de la Iglesia, con actos fervorosísimos de contricion y dolor de sus pecados, con dulcísimos coloquios con Dios y con sus Santos, en los cuales dió su santa alma al Señor, que para tanta gloria suya la habia criado. Murió de setenta y seis años, habiendo gastado los sesenta y tres en la Compañía, y los nueve en Etiopia, en tanto número de trabajos. El dia fué á veinte y nueve de junio, dia de S. Pedro y S. Pablo, fundadores y Cabezas de la Iglesia Romana, para que se les pareciese en la muerte, quien les habia imitado en la vida, siendo Apóstol de Etiopia y piedra fundamental en aquel Imperio de la Iglesia Romana.

Su muerte fué llorada de sus hijos, huérfanos de tan gran Padre, envidia de los buenos, y celebrada de los Angeles, que le dieron en el cielo el laurel de sus trabajos,

Su cuerpo fué enterrado con solemnísima pompa en la Iglesia de la Compañía, entre los religiosos de ella, como lo habia pedido, mostrando en su muerte el cordial amor que siempre tuvo á su Religion, como verdadero hijo de ella, aclamándole todos á una voz por santo , y digno de ser eternamente venerado.

Su vida escribió el P. Manuel de Almeida, en la historia de Etiopia, dispuesta y dada á la imprenta por el P. Baltasar Tellez, en Coimbra, el año de mil y seiscientos y setenta y dos, ambos Provinciales, el primero de Etiopia, y el segundo de Portugal: y el P. Felipe de Alegambe, en los escritores de la Compañía, hace honorífica, aunque corta mencion, segun su costumbre, de su santidad y de sus obras, que fueron las que dejamos dichas en su vida.

P. ANDRADE.

OBISPO D. APOLINAR DE ALMEIDA

RENOVÓ el Obispo D. Apolinar de Almeida la gloria antigua de los primitivos Obispos de la Iglesia que tiñeron la mitra con su sangre, y merece se haga de él alguna memoria, por no haberla habido en más de cien años de otro Obispo Mártir.

Fué este siervo de Dios portugués de nacion, natural de la ciudad de Lisboa, profeso de la Compañía de Jesus, doctor en Teología, y despues de haber leido en Portugal Humanidad y Retórica, seis años un curso de Artes en Lisboa, y la cátedra de Escritura en el colegio y universidad de Evora, por su gran virtud, letras y celo de las almas fué electo y consagrado por Obispo de Nicea, para que fuese á Etiopia á conservar y promover los católicos de aquel imperio en la obediencia del Pontífice Romano.

Mas las cosas se dispusieron de manera, por odio de los cismáticos y herejes, que no tuvo tanto lugar de obrar lo que deseaba, como de padecer lo que Dios queria, que no fué poco. Porque siendo primero desterrado de Etiopia, él por no faltar á aquellas ovejas, se quedó escondido, andando por los montes y selvas, comunicando solo con los pastores.

Sustentábase con un poco de leche, y tenia por abrigo los troncos y las hojas de los árboles: y esto le costó tan caro, que le despojaron de todos sus vestidos los mismos pastores de quien se confiaba. No fué este su mayor trabajo, sino no poder remediar á unos criados suyos que vendieron á los turcos.

Fué grande la obediencia de este siervo de Dios en perseverar entre aquella gente, perseguido de los cismáticos, y acosado de tan extremas necesidades, y sin esperanza de hacer fruto: con todo eso, juzgando él que era inútil su asistencia en Etiopia y de evidente peligro de la vida, sólo porque le dijeron otros Padres que se quedase, lo hizo, holgándose de padecer tantos trabajos y peligros de la vida, y con efecto la misma pérdida de ella.

Vino, pues, despues de grandes injurias, infidelidades y perjurios, desnudo y pobre, á manos del Emperador, juntamente con los PP. Francisco Rodriguez y Jacinto Francisco, á los cuales mandó echar prisiones y atarlos con cadenas de pies y manos.

Mandólos luego entregar á un Grande suyo, tan falto de piedad, que despues de hacerlos andar presos todo el dia detrás de sí, á la noche, como si fuesen perros, los hacia dormir así presos debajo de su cama, sin darles de comer más de dos tortas de arroz cada dia para todos tres.

Despues los desterraron á tierras calientes y enfermizas, á donde destierran los que quieren se mueran apriesa: más conservándoles Dios allí la vida por seis meses, temiendo los cismáticos que algunos católicos pudieran ayudar á los siervos de Dios en aquel puesto, les apartaron de allí, llevándolos á una isla de la laguna de Dambea (en la cual el Nilo entra y sale), haciendo entrega de ellos á los frailes cismáticos, que eran sus mayores enemigos.

Finalmente, aumentándose el odio contra los predicadores de la fe católica, con la venida de dos frailes Capuchinos, que llegaron de Italia á aquel imperio, se determinaron los infieles á matar á los tres siervos de Dios, el

Obispo Apolinar y sus dos compañeros, á los cuales impiamente apedrearon y ahorcaron de unos árboles. Quedaron los cismáticos muy contentos de su sacrilegio; pero las almas santas de aquellos confesores de Cristo triunfaron en el cielo, recibiendo la corona de su paciencia.

Así se refiere este martirio en el catálogo de los Mártires de la Compañía, y hablando del Patriarca de Etiopia D. Alfonso Mendez, dice estas palabras: *Estos son los obispados y espectativas de la futura sucesion del Patriarca de de Etiopia: la cual no viendo en la tierra presente el Obispo D. Apolinar de Almeida, pasó más adelante á gozarla en el cielo, siendo compañero de los Patriarcas, hermano de los Mártires, familiar de Dios, el cual dió á la Compañía la gloria, que más de cien años (despues del Obispo Rofense), no vió la santa Iglesia, de tener un Obispo Mártir, á cuya muerte tengo yo envidia.* Despues añade: *Será grande desconsuelo mio si la muerte me cogiere en Goa. Ordene el Señor que sea en Etiopia, y cuando no sea colgado en un árbol como el Sr. Obispo D. Apolinar, sea arrojado en una playa debajo de una cabaña pagiza, como el Santo P. Francisco Xavier.* Este martirio sucedió por junio de mil y seiscientos y treinta y ocho.

P. NIEREMBERG.

PP. JACINTO FRANCISCO Y FRANCISCO RODRIGUEZ.

ESTE jardin fructífero y ameno, que plantó la mano poderosa del Altísimo en el Paraiso de su Iglesia, de nuestra Compañía de Jesus, nunca cesa de producir nuevas y fragantes flores, dignas de ser trasplantadas en el celestial y eterno Paraiso; entre las cuales fueron dos clavellinas de dos gloriosos Mártires, que produjo el año de mil y seiscientos y treinta y ocho en los campos de Etiopia á los primeros de junio, teñidas y matizadas con la púrpura de su sangre.

Estos fueron dos apostólicos Sacerdotes, predicadores de nuestra santa fe en aquellos reinos, acérrimos defensores de la Silla Apostólica contra los herejes cismáticos de Etiopia, que con diabólica osadía le hacen guerra, negándole la obediencia y dándosela al Patriarca de Alejandría.

En esta lid dió gloriosamente la vida el santo Mártir y Obispo de Nicea, D. Apolinar de Almeida, de nuestra Compañía, y con él sus dos compañe-

ros los PP. Jacinto Francisco y Francisco Rodriguez, cuyas victorias escribimos ahora, con las cortas noticias que tenemos, porque no las sepulte totalmente el olvido.

Fué el P. Jacinto Francisco natural de Florencia, hijo de padres nobles y ricos, y fué pariente del Santo Niño Alejandro: admirable y prodigioso en santidad y favores del cielo, que recibió en sus tiernos años, como se dijo en su vida. Y parece que el P. Jacinto heredó con la sangre sus virtudes, porque desde su tierna edad fué admirable su pureza, su modestia y compostura, su devocion á la Santísima Vírgen, y la inclinacion á la Iglesia y á todas las obras de piedad y del culto Divino; y su humildad y obediencia á sus padres eran tales, que todos le miraban como un retrato de su santo primo Alejandro, remedando en sus acciones todas sus grandes virtudes.

Aunque sus padres se gozaban de verle tan devoto y bien inclinado, con todo eso gustaron de que tomase el estado de matrimonio para que llevase adelante su casa, y con este designio le declararon su voluntad y procuraron inclinarle á ella con dádivas y ofertas: y para dar más fuerza á sus intentos, escogieron para su esposa una doncella rica y honrada, su igual en sangre, de muchas gracias naturales, y en el exterior un milagro de hermosura. Vistiéronla y adornáronla de todas las galas y joyas que tuvieron, y careáronla con él, poniéndola en su presencia; y como el P. Jacinto era hermoso y agraciado, de buen talle y disposicion, y de condicion tan apacible, la doncella le cobró amor, y con palabras dulces y amorosos cariños, procuró conquistar su voluntad para que la tomase por mujer, atizando este fuego con palabras y promesas sus padres y parientes.

Dura lid y récia batería para un muro, aunque fuera de diamante, acometido interior y exteriormente del enemigo doméstico, que nace con nuestra carne, y de tantas y tan fuertes como le batian; pero todas sus fuerzas no bastaron para desquiciar su constancia: porque el honesto mancebo fué más fuerte para resistirles, que ellos para hacerle guerra, y como los martillos se rinden á la fortaleza del diamante, de la misma manera se rindieron padres, parientes, mujer, riqueza y hermosura, á la constancia de su pecho, más firme que el diamante.

Viendo, pues, su grande resolucion á despreciar todo lo terreno por conseguir lo eterno, y reconociendo que era obra de Dios que le habia escogido para sí, no quisieron hacerle resistencia; y así le dejaron en su libre voluntad, la cual fué de hollar el mundo y consagrarse á Dios, ofreciéndose en holocausto en el ara de la religion de la Compañía, á donde fué recibido de pocos años de edad y muchos de virtud. Porque se adelantó mucho en poco tiempo, y en la religion creció de manera, que en todas las ocupaciones y mi-

nisterios fué un dechado de perfeccion, así en el noviciado á los novicios, como en los estudios á los estudiantes, y en los colegios á los Sacerdotes.

El fervor de su grande espíritu fué tal, que no cabiendo en Italia ni en Europa, pidió con toda instancia ir á las indias á convertir los infieles á la fe de Jesucristo: y los Superiores, por dar pasto á su fervor, le enviaron á Etiopia, a donde trabajó muchos años en la reduccion de aquel imperio y fundacion de sus Iglesias, en compañía del santo Obispo D. Apolinar de Almeida, el cual le trajo consigo, valiéndose de sus letras, habilidades y buen espíritu, así para la predicacion como para el gobierno de aquella cristiandad: y como era tan afable y manso, cautivaba los corazones de todos, y fué gran parte para el copioso fruto que se cogió de almas en aquel reino.

Hizo la profesion de cuatro votos, con gran gozo de su alma, por hallarse más ligado y con nuevas obligaciones al servicio de su Dios, y fué el respeto y estima que le cobraron de manera, que viéndole tan modesto y agraciado, corrió voz por todo el imperio, que era hijo del rey de los romanos y le venian á ver como á tal, haciéndole grandes cortesías y mirándole con mayor respeto. Todo lo cual junto con el odio tan entrañable, que aquellos obispos y monjes cismáticos tienen á los católicos, levantó furiosas llamas en sus pechos de rabia y de indignacion contra el Obispo y el P. Jacinto y Francisco Rodriguez su compañero, y movieron tal persecucion contra ellos; que no pararon hasta quitarles las vidas con exquisitos tormentos, como ahora veremos.

Porque lo primero los pusieron en estrechas prisiones, dándoles muchos palos, golpes y bofetadas, llenándolos de injurias, llamándolos perros, herejes, enemigos de Dios y de su ley, predicadores de falsa doctrina, y que con sus errores engañaban y pervertian los pueblos: y despues de tan malos tratamientos, los dejaban sin comer, dándoles tales manjares y tan corto sustento, que fué maravilla poder sustentar la vida en aquella cárcel tan penosa.

Lleváronlos á tierras mal sanas, para que consumidos de enfermedades y miserias, causadas de los pestilenciales temples y malos manjares de la tierra, acabasen sus vidas: mas viendo que no morian; los entregaron á unos monges cismáticos, más crueles que las fieras, los cuales los encerraron en oscuras mazmorras, y les hicieron malísimos tratamientos, sacándolos en sus fiestas, como á fieras ó animales del campo, para entretener el tiempo, dándoles golpes y afrentas, y diciéndoles mil oprobios; hasta que no pudiendo sufrir el resplandor de las virtudes de los siervos de Cristo. los cuales á imitacion suya, llevaban estos tormentos con admirable modestia, gravedad y sufrimiento; los llevaron arrastrando atados con cadenas, y los ahorcaron de unos

árboles, y apedrearon sus cuerpos, volando como palomas sus almas desde los árboles al cielo.

Esta gloriosa corona alcanzó el P. Jacinto en premio de su pureza y de haber despreciado el mundo con tanto valor por Cristo, y haber trabajado tantos años en aquella cristiandad cogiendo copiosa mies de almas á costa de inmensas fatigas y sudores.

En su compañía padeció el P. Francisco Rodriguez, portugués, natural de un pueblo que se llamaba Carnide, ó Nuestra Señora de la Luz, á vista de Lisboa; que parece quiso el cielo que naciese en el pueblo de Nuestra Señora quien habia de ser tan hijo suyo, y por renombre de la Luz, quien la habia de dar de vida á tantos infieles sepultados en las tinieblas de la muerte,

Estudió en nuestro colegio de Lisboa, y entró en la Compañía con opinion de muy buen estudiante. Tuvo su noviciado, y fué á estudiar filosofía á Coimbra á la sazon que estuvo en aquel colegio el P. Alonso Mendez, Patriarca de Etiopia, y movióse tanto con las cosas que oyó de aquellos reinos y la necesidad que habia de obreros y el fruto tan crecido que allí se cogia de los trabajos y sudores de los que obraban en aquella villa del Señor y las ocasiones que tenian del martirio; que encendido en vivos deseos de dar la vida por Cristo, pidió al nuevo Patriarca que le llevase consigo. Mas considerando sus pocos años y que importaba ir fundado en sus estudios, le dijo que los acabase, por lo ménos los de filosofía, y que despues pasase á Goa y allí acabase de estudiar la teología; y que avisándole de esto, le llamaria á Etiopia y le tendria consigo en los empleos de la conversion de aquel reino.

A todo obedeció con gusto el siervo del Señor, y lo ejecutó puntualmente como lo dispuso el Patriarca, el cual le llevó á Etiopia el año de mil y seiscientos y veinte y ocho, adonde trabajó gloriosamente con grande aceptacion de todos y fruto de las almas.

Dióle cargo el Patriarca del edificio que hizo en la ciudad de Danlas, de una iglesia catedral al uso romano, de muy hermosa fábrica, á que acudió con gran asistencia y cuidado. Mas levantándose la persecucion, cesó todo, y saliendo muchos de la Compañía desterrados del reino, el P. Francisco Rodriguez era tan acepto á todos y tan amado de los portugueses que estaban en Etiopia; que pidieron con instancia al P. Diego de Matos, Superior de aquella mision, que le dejase en ella.

El mismo Padre fué quien hizo mayor instancia, y así se quedó disimulado en hábito secular confortando á los católicos, predicando y enseñando y administrando los sacramentos, aunque con grande trabajo, hasta que fue descubierto de los cismáticos y preso y aherrojado y afligido con las calamidades que están dichas; y últimamente coronada de martirio. Todo lo

cual pasó con grande alegría por verse digno de padecer algo por Cristo.

Los gloriosos triunfos de estos mártires escribió el Patriarca D. Alonso Mendez, y lo que se ha dicho de sus vidas, como testigo de vista, que los trató y comunicó y fueron compañeros suyos.

El dia puntualmente no se sabe, pero, segun el computo, parece haber sido por los últimos de junio de mil y seiscientos y treinta y ocho.

P. ANDRADE.

PP. BRUNO BRUNO DE SANTA CRUZ Y LUIS CARDEIRA

EN ETIOPIA

FUÉ el P. Bruno italiano de nacion, y el P. Luis Cardeira portugués, ambos varones apostólicos, y que como tales predicaron en Etiopia, adonde afirmaron su doctrina con su sangre, padeciendo por la fe de Cristo glorioso martirio.

El P. Bruno nació en Truento año de 1590: su padre se llamó Brunomonte de Conolella; fué Auditor por el Rey de la milicia de aquella tierra, persona noble y de mucha estimacion: llamó á su hijo Bruno en el Bautismo, y por el ansia que mostró siempre del martirio le llamaron despues de Santa Cruz.

Su proceder fué tal desde sus tiernos años, que publicaba haberle escogido Dios desde la cuna para santo, porque era admirable su modestia, su obediencia y la blandura y suavidad de su dulce condicion. No salia de la iglesia, venerando las imágenes, asistiendo á las Misas y sermones, los cuales tomaba de memoria, y repetia con mucha gracia despues.

Apartábase de los mozos libres, y juntábase con los virtuosos y devotos. Era caritativo con los pobres, dándoles la merienda que sus padres le daban para él.

Resplandecia en tan pequeña edad una ancianidad y madureza de muchos años, con admiracion de los que le trataban, que le tenian por un ángel, escogido para santo de la mano del Señor.

Hallábanle muchas veces orando en lo retirado de su casa, y no pocas le oian azotarse, á falta de disciplina, con la pretina que se ceñia, lastimando con sus hierros sus delicadas carnes, hasta derramar sangre: y aunque los

otros muchachos le corrian por esta causa, no por eso desistia de su penitencia, que no es pequeña prueba de su virtud, en tan pocos años; industriándose con estas penitencias desde entónces, no sólo para religioso, sino tambien para mártir, como solian los romanos industriar desde niños sus hijos para soldados.

Ayudáronle á perseverar en la virtud tres hermanas que tuvo de notoria santidad, porque todas fueron vírgenes consagradas á Dios en diferentes religiones, de quienes se cuentan cosas milagrosas, que podemos decir de esta familia, que fué prosapia de santos.

En teniendo edad le envió su padre á nuestro seminario romano, á donde aprendió gramática, música y canto, con tanta eminencia, que á falta de los maestros suplia sus ausencias, sin que los echasen ménos, porque pudo bien pasar de discípulo á maestro.

Y no aprovechó ménos en la virtud que en el estudio; porque fué rara su observancia en todas las obediencias y leyes del seminario. Siempre tuvo paz con todos; guardó inviolable silencio en las horas y lugares de quietud; vivió una vida inculpable, con tal vigilancia, que se tiene por muy cierto que jamás pecó mortalmente: y con esta santidad juntaba una dulzura de condicion tan suave, que á ninguno era molesto, y á todos se hacia amable.

Alistóse en la Congregacion de nuestra Señora de nuestro colegio romano, y comenzó con un fervor á militar en su milicia, como si hubiera entrado en una religion muy austera, porque ayunaba tres dias cada semana y otros tantos se disciplinaba rigurosamente. Usaba ásperos cilicios de abrojos y cadenas de hierro. Mortificaba los sentidos de los ojos, oidos y lengua, negándose á todas las cosas de gusto y á los entretenimientos lícitos que tomaban sus condiscípulos. Frecuentaba los santos Sacramentos, y tenia muchas horas de oracion, haciendo una vida tan retirada, como si fuera un perfecto religioso, con igual ejemplo y admiracion de todos los que le trataban.

Leyéronse por este tiempo en el seminario romano las relaciones que vinieron del Japon y de Etiopia, y de otros reinos de la India, de lo que nuestros religiosos obraban en ellos, la grande mies de almas que se perdia por falta de obreros evangélicos, que la recogiesen para el cielo, de que nuestro Bruno tuvo vivo sentimiento; y con el ejemplo de aquellos santos obreros se encendió en vivos deseos de pasar á aquellas remotas tierras, y emplearse todo en alumbrar á los gentiles y cismáticos con la luz del Evangelio. Y juzgando que ningun medio podia tomar más eficaz para lograr este intento, que entrar en la Compañía; habiendo comunicado su deseo con su confesor, pidió ser recibido en ella; y como era tan conocida su virtud, no hubo dificultad en el logro á su deseo. Y así le recibieron víspera de la Asuncion de

nuestra Señora, el año de 1608, tomándole esta Señora debajo de su proteccion y amparo, para ser perpetuamente su Patrona, como lo declararon las mercedes que le hizo en el discurso de su vida.

Lo primero que hizo entrando en el noviciado fué mudarse el nombre, como si de nuevo le bautizaran ó se trocara en otro nuevo hombre; y habiéndose llamado hasta allí Bruno de Bruno, como su padre; desde aquel dia se llamó Bruno Bruno, y añadiéronle de Santa Cruz, por el deseo que mostró siempre de ella, dándosele Dios desde este tiempo de padecer martirio, el cual comenzó desde el noviciado, haciéndose Neron de sí mismo; y era tal el rigor con que se trataba, que á no moderarle su Rector; diera presto fin á su vida.

Consideraba las incomodidades y trabajos que padecian los nuestros en el Japon y Etiopia, y como buen soldado, se industriaba en la paz para la guerra que esperaba. Dormia en el suelo y por grande regalo en una tabla; sufria las inclemencias de los tiempos, soles, frios, nieves y aguas. Comia pobremente de lo que otros dejaban, vestia groseramente y sufria con paciencia las afrentas y oprobios que le decian. Pedia frecuentemente que le dijesen sus faltas para verse afrentado. Ejercitábase de contínuo en los oficios más bajos y no habia género de humildad y mortificacion en que no se ejercitase; imponiéndose para lo que esperaba pasar entre los infieles, adonde tenia siempre su corazon y su alma. Y finalmente, su vida fué tal, que certificó su maestro de novicios que era el más aprovechado de cuantos habia tenido.

Como tenia tan entrañado en el corazon el deseo de pasar á las Indias á predicar á los infieles; manifestóle al General de su noviciado, que era el Padre Claudio Acuaviva, el cual reconociendo la firmeza de su santa vocacion, le ofreció de logrársela, pero no luégo, porque no convenia, sino despues en habiendo estudiado las ciencias necesarias para ser instrumento apto para lo que pretendia.

Contento con esta esperanza, dejándose como buen obediente en las manos de su prelado como en las de Dios, en cuyo lugar está; acabado su noviciado pasó al colegio romano, adonde estudió con tanto cuidado y aprovechamiento la Filosofía, que fué escogido para hacer el acto general de ella entre todos sus condiscípulos; si bien por su humildad renunció esta honra que recibió por obediencia.

Fué tambien Prefecto del seminario en que se habia criado, gobernando aquella juventud con tanto acierto y destreza, como si fuera Superior de muchos actos.

Acabado el curso de filosofía; fué á Florencia, adonde leyó tres años latinidad y retórica, con la misma satisfaccion que habia ejercitado los demas ministerios.

A esta sazon murió el duque D. Fernando, y en sus honras hizo una cion fúnebre tan erudita y elegante, que se imprimió luego, así para hc del difunto como de quien la habia recitado, si bien siempre, como dijin rehusaba estos aplausos.

En todas estas ocupaciones, y en las que tuvo oyendo teología en el c gio romano, no olvidó los fervorosos deseos de emplearse en la conver de las almas, los cuales entretenia aprovechando á sus discípulos en t género de virtudes y enseñando la doctrina cristiana á los niños y á la ge pobre en las parroquias de los arrabales y pueblos de la comarca, ado iba los dias de fiesta y los enseñaba y predicaba, con grande aprovecham to de sus almas.

No era menor el fruto que hacia en los colegios con su ejemplo, porqu P. Felipe Alegambe, que fué su condiscípulo en teología cuatro años, tes ca como testigo de vista, que era la edificacion de la casa y que con su vor y buen ejemplo encendia los corazones de todos en el estudio de la feccion; que un religioso edificativo y fervoroso es como la levadura en comunidad que sazona la masa del colegio y afervoriza á todos los demas

Llegóse el año de 22 en que acabó sus estudios, y se ordenó de Mis luégo trató de poner en ejecucion los deseos de ir á las Indias que le hab traido á nuestra religion. Dió cuenta de ellos al P. Mucio Viteleschi, qu habia sucedido al P. Claudio en el generalato, no sólo ofreciéndose para árdua mision sino pidiéndole con instancia que le enviase á ella, que as hacen los que de veras y no de cumplimiento desean servir en estas emp sas á Dios; y habló á tiempo, que, á instancia del sultan Segundo, Emp dor de Etiopía, le enviaban para reducir sus reinos á la obediencia d Iglesia Romana, al Patriarca Alonso Mendez y por sucesor al P. Diego co, consagrado Obispo Niceno, y algunos Padres con ellos para reco aquella grande mies en las eras del Señor, uno de los cuales fué nuestro dre Bruno, con tanto gozo de su alma, cuanto habia sido la dilacion de deseo. Y luego el mismo año partió alborozadísimo en compañía del Patr ca y el Obispo, el cual murió en el camino, y el Padre llegó á Goa con el triarca, y de allí pasaron á Etiopia á cumplir su apostolado; y necesita bien de sus fervores para los trabajos y fatigas que aquella Iglesia les co

Cuatro años tardaron desde que salieron de Roma hasta que llegaro Etiopía, caminando por tierras y mares diversas naciones y reinos extrañ padeciendo inmensos trabajos y riesgos de la vida, que llevaba el benc Padre no sólo con paciencia sino con grande alegría, dando mil gracia Dios por las ocasiones que les daba de padecer por su amor. Aunque paso silencio muchos casos particulares, uno sólo no callaré por ser manifiesto

dicio de la santidad de nuestro mártir; y fué que diciendo Misa en la nave, se levantó una tempestad tan recia que temieron ser anegados. Habia consagrado ya, y tomando la sagrada hostia y el caliz en la mano, lleno de grande confianza, habló con los vientos y la mar, como Cristo en el mar de Tiberiades, y les mandó en nombre de aquel Señor que tenia en las manos, que se quietasen y dejasen su furor. Al decir estas palabras, le resplandeció el rostro y se quietaron los vientos y la mar y cesó la tempestad con igual consuelo y admiracion de todos, que no cesaban de engrandecer su santidad.

Llegaron á Etiopia cerca del año de 26, adonde fueron recibidos con grande aplauso y muestras de alegría, así del Emperador como de todos los católicos, y previniéndose el P. Bruno para la predicacion; habia un año que estudiaba la lengua de Etiopia y así en poco tiempo se hizo señor de ella y pudo comenzar á cultivar aquella viña tan llena de espinas, de errores y de malezas de vicios que con nombre de cristianos hacian guerra al mismo Cristo que adoraban.

Repartiéronse los nuevos obreros por los reinos del imperio á predicar, y reducirle á la Iglesia Romana, como los Apóstoles por el mundo á reducirle á Cristo, y cúpole á nuestro santo Mártir la ciudad de Nebesea, opulentísima en el reino de Damosa, á donde halló arruinado un magnífico templo, que Elna, Emperatriz de Etiopia, edificó antiguamente. El cual reedificó á costa de sumo trabajo, y le consagró al uso romano con los ritos y ceremonias de la Iglesia, y dijo Misa con grande solemnidad y consuelo de los católicos.

Aquí juntaba al pueblo, y les predicaba y enseñaba, reduciendo á los cismáticos á la fe romana, y convirtiendo y bautizando á los moros y gentiles, con tanto fruto y consuelo suyo, como rabia y enojo de los monjes y sacerdotes cismáticos, que no cesaban de hacerle guerra por todos los medios que podian.

Tuvo con ellos ordinarias disputas públicamente, convenciéndolos delante de todos, de que unos quedaron afrentados, otros más rabiosos contra él, y otros rendidos y convertidos á la Iglesia Romana, á quien dieron la obediencia, renunciando la que daban al Patriarca de Alejandría.

Habiendo cogido copiosísimamente mies para el cielo en esta ciudad y su comarca; dejando en ella suficientes ministros, que continuasen su doctrina, partió á otras ciudades de aquel reino, alumbrando las almas con la luz del Evangelio, y desterrando las tinieblas de las herejias de Fremona, ciudad opulentísima.

Vino un Príncipe católico á pedirle que fuese á convertir á su mujer cismática y afectísima al Patriarca de Alejandría: fué luégo en su compañía, y como su fama volaba por todo el reino, y habia llegado á la Princesa; aun-

que más la instó su marido, no quiso dar oidos al P. Bruno, ni de la potestad del Papa, ni de la confesion, ni de los Sacramentos de la Iglesia, cerrando la puerta á su conversion. Pero el diestro y santo obrero de la Iglesia del Señor, con prudentísima sagacidad, abrió esta puerta tan cerrada, diciendo que no queria más que verla y darle algunas coriosidades de Europa, y no faltar al respeto que se debia á su persona. Oyendo esto le dió audiencia, recibiéndole con cortesia, y el Padre le habló con tal dulzura, y con tan santas razones, que le ganó la voluntad, y conquistado este alcázar, pasó al entendimiento, y poco á poco le fué oyendo las verdades católicas, y convenciéndola con sus razones; hasta que alumbrada con la luz del cielo, detestó la herejía, y abrazó la fe católica romana, y de perseguidora, se trocó en predicadora, persuadiendo á las otras matronas que dejasen la herejía y abrazasen la fe católica, y tuvo grande parte en el copioso fruto que se cogió en aquella ciudad, y en gran parte de aquel reino.

Corriendo tan prósperamente las cosas de la cristiandad, y el fruto que se hacia por todo el reino; vino á verse á la corte del Emperador, con el santo Patriarca Alonso Mendez, y á conferir algunas cosas importantes para el progreso de aquella nueva Iglesia, como iban los Apóstoles á conferir sus dudas con S. Pedro. El santo Patriarca le recibió como triunfante del reino que habia conquistado para Cristo, y las heróicas conversiones que habia hecho, y en estas aclamaciones; le habló el Señor en la oracion, como antiguamente á S. Pablo, y le dió á entender lo mucho que le faltaba por padecer de trabajos, fatigas, persecuciones, afrentas, cárceles, heridas y aflicciones, que se preparase para ellas. Y el siervo fiel, como soldado valeroso, estuvo tan léjos de flaquear á vista de la batalla; que fué como tocarle al arma, y azorarse, oyendo esta trompeta de acometer al enemigo; y así con un ánimo denodado se ofreció al Señor, para llevar su cruz, y padecer todos los trabajos, afrentas y dolores del mundo por su amor. Y preciándose de esto como de su blason, se mudó desde aquel dia el nombre, y se llamó Bruno de Santa Cruz, por la que le ofrecia Dios, con tanto gusto y alegría, como este la recibió.

Y no pasó sin premio esta resolucion, porque la santísima Vírgen María, de quien siempre fué muy devoto, le hizo un singular favor, y fué: que siendo seminarista habia en su cámara una imágen muy devota de Sta. Catalina mártir, cuando se desposaba con Cristo, y él le cobraba tanta devocion, que todos los dias por la mañana y la tarde se encomendaba á la santa, y á la santísima Vírgen, y á su precioso Hijo. Estando, pues, en Etiopia cercado de trabajos; recurrió á sus devotos por favor, y fué oido tan de contado, que le apareció la reina del cielo con su Santísimo Hijo Niño, el cual alargando

a mano, le puso en el dedo un anillo, como á Sta. Catalina, desposándose con su alma, la cual se bañó de un consuelo y gozo celestial, con un fervor y aliento admirable, con que todos los tormentos del mundo, y todos los trabajos imaginables se le hacian nada para padecer por Dios, que tales alientos da á los que fielmente le sirven, y pelean sus batallas por su amor.

Alentado con tan grande merced nuestro valeroso capitan, lo primero que hizo fué doblar las armas de la oracion, mortificacion y penitencia, los ayunos, los cilicios, las disciplinas, las vigilias y las horas de la contemplacion, á donde se reciben las fuerzas y la luz y el aliento para pelear las batallas del Señor.

Armóse de grande paciencia y de confianza en Dios, y húbola bien menester, porque quebrantadas las fuerzas del Emperador Sultan Segundo, de las continuas guerras que le dieron los cismáticos, que defendian las partes del Patriarca de Alejandría contra el Pontífice Romano; se compuso con ellos, permitiendo á todos los católicos que volviesen á sus antiguos errores. Y lo que causó mayor dolor á los nuestros, fué que les quitó las iglesias, que á costa de tantos afanes habian levantado, y las dió á los cismáticos, que fué como destruir la cristiandad. Tanto puede la razon de estado en los Príncipes seglares, que por ella atropellan todas las leyes de Dios, el cual le castigó tan de contado, que dentro de tres meses le quitó el reino, la corona y la vida, y acabó su vida miserablemente. Pero no se mejoró el partido de los católicos con su muerte; porque le sucedió en el imperio Fallidacio, tocado de la herejia, el cual vencido de las instancias de los monjes cismáticos, se resolvió de echar á los Padres con el Patriarca Alonso Mendez de sus reinos: y para hacerlo con más disimulo, los mandó salir de la corte y las ciudades en que moraban y tenian casas, y los envió á la ciudad de Fremona en el reino de Tigre, que está cerca de la mar, para enviarlos desde allí á la India: y para mayor seguridad los envió con soldados y gente armada (lo que él decia) que los guardasen, y no era sino para que no los dejasen ir á otra parte, ni valerse de los Príncipes católicos que los podian amparar.

Bien conocieron sus intentos el santo Patriarca y sus compañeros, y la calamidad que venia sobre aquella cristiandad, y cuánto importaba no desampararla del todo, y así determinaron hacerlo, aunque fuese con riesgo de la vida: por lo cual se dividieron en dos partes. La una quedó con el Patriarca, y la otra se retiró á lugar oculto, y á su parecer seguro entre católicos, para confortarlos en aquella tribulacion, uno de los cuales fué nuestro mártir Bruno, el cual salió de poblado con los PP. Gaspar Paez y Juan Pereira y algunos cristianos á las riberas del rio, á celebrar la fiesta de S. Márcos á 25 de abril de 1635.

Fueron sentidos de los soldados cismáticos, que andaban en su busca, y los acometieron con rabioso furor y les dieron de lanzadas. Los dos Padres quedaron muertos en el campo, y el P. Bruno vivo con quince heridas mortales. Los cristianos enterraron honoríficamente los difuntos, y llevaron al P. Bruno con secreto á la ciudad de Magoga, á donde habitaban, y le curaron con mucha caridad, hasta que estuvo sano.

Aqui sucedió una cosa que se tuvo por milagro, y fué, que dolorida una mujer cristiana de la crueldad que habian usado con nuestro mártir los tiranos, y la rabiosa porfía con que le buscaban para matarle; se lamentaba amargamente, gimiendo y llorando, si habian de hallarle y perecer á sus manos, ó si le habian de dar tales tormentos, que retrocediese en la fe que predicaba. A la cual consoló Dios por medio de un niño de pecho que tenia en sus brazos, el cual desató su muda lengua, y le dijo con voz clara: «Ni el Padre morirá por ahora, ni se rendirá á los tormentos, antes los padecerá de cerca con grande constancia.» Dicho esto quedó tan mudo como estaba, dejando á su madre igualmente consolada y admirada, y al Padre más esforzado y confiado en la divina bondad, que le ampararia en la batalla.

Cinco años anduvo encubierto, confortando á los católicos y padeciendo innumerables trabajos, porque no ponia el pie en parte que no estuviese contaminada de cismáticos, que le buscaban para quitarle la vida: y por esto andaba huido por los campos y selvas, á peligro de ser despedazado de las fieras, sustentándose de yerbas silvestres y sufriendo las inclemencias de los tiempos.

De noche venia á las poblaciones y predicaba, y enseñaba á los cristianos, y les administraba los Sacramentos, consolando á todos con el pasto saludable de sus almas. Y sucedió que se halló en los sermones un privado del Emperador que se llamaba Zamariano, el cual habiendo sido cismático hasta entónces, se movió tanto con las razones del santo mártir, que dejada la herejía, abrazó la religion católica romana. Tenia en sus tierras un monte alto y bien fortificado, á donde juzgó que estaria seguro el P. Bruno con su compañero el P. Luis Cardeira, que le acompañaba, y así los llevó allá, dándoles con mucha caridad lo necesario para sustentarse.

Desde allí salian á predicar y confesar y á consolar á los católicos; pero los cismáticos, sus capitales enemigos, los cercaron por todas partes: y aunque Zamariano los defendió de su furor, pero últimamente murió en la refriega, y quedaron dueños del campo. Y porque los católicos defendian á los Padres de lo alto, y el monte era inaccesible; les quitaron las vituallas y corrompieron las aguas que bebian, para cogerlos por sed y hambre. Pero el P. Bruno, que habia sosegado con su palabra las tempestades de la mar, al-

canzó con su oracion que Dios les enviase agua, porque haciendo una pública rogativa con todos los cristianos; cayó una lluvia tan copiosa, que fertilizó los campos y llenó los pozos en grande abundancia. Mas como los cismáticos continuasen el cerco, hallándose apurados de todo y sin posibilidad de hacer fruto en las almas, que era su mayor dolor; resolvieron de salir del reino y dar tiempo al tiempo, hasta que tuviesen mejor ocasion de poder obrar en él.

Tomada esta resolucion escribieron al Emperador, pidiéndole licencia y seguridad para bajar del monte y volverse á la India. Dióla con mucho gusto, asegurándoles con juramento que no permitiria hacerles mal alguno, y ofreciéndoles una isla cerca, si querian quedarse en ella y perseverar en su religion.

Con este salvo conducto bajaron del monte; pero el Gobernador de la tierra, incitado de los monjes cismáticos, los echó en duras prisiones y atormentó y martirizó á algunos cristianos católicos, que los acompañaban, para ponerlos más temor.

Los monjes acudieron al Emperador, pidiéndole que ajusticiase á los Padres, porque importaba mucho para asegurar en su reino su herejía; más él no vino en ello por no faltar á su palabra y juramento; ántes escribió al Gobernador que les diese libertad para proseguir su viaje.

Como no les salió bien esta lanza, jugaron otra peor los pérfidos monjes contra los siervos de Dios, y fué valerse de la madre del Emperador, que era gran cismática, la cual cogió y retuvo las cartas de su hijo, y escribió otras en su nombre al Gobernador, mandándole que luego á letra vista, ajusticiase á los dos Padres públicamente en la plaza. Luego pronunció la sentencia y los condenó á ser ahorcados y apedreados, conforme á la costumbre de la tierra.

Ejecutóse la sentencia á 12 de abril de 1640, en la ciudad de Magoga en el reino de Tigre, dia de frecuentísima feria. Plantaron dos árboles secos en la plaza, y sacaron á los mártires desnudos hasta la untura, cargados de cadenas, con trompetas y soldados y pregones, publicando su muerte por defensores del Pontífice romano, contra la autoridad de su antipapa el obispo de Alejandría.

Llegados á la plaza, hincados de rodillas, saludaron, como S. Andres la cruz, los árboles en que habian de ser colgados. Luego hicieron un corto razonamiento á la multitud de gente que allí estaba, persuadiéndoles que dejasen la herejía y abrazasen la santa fe romana, sin la cual ninguno puede salvarse, y por la cual morian gustosísimamente: y atajándoles los verdugos las palabras, tomando el P. Bruno su soga en las manos, se hincó de rodillas

delante del P. Cardeira, y le pidió que le diese su bendicion, como superior, á él y al instrumento con que habia de ser ahorcado. El Padre con mucha ternura hizo la señal de la cruz sobre todo, y pidiendo perdon á Dios de sus culpas, rogando por sus enemigos, llamando á la Santísima Vírgen y á los Angeles y Santos, que le asistiesen, fué ahorcado el primero y el segundo el P. Luis Cardeira, y despues apedreados, volando sus almas al cielo desde aquellos secos árboles, á donde estuvieron sus cuerpos cuatro dias colgados, sin alguna fealdad ni mal olor, y los cismáticos los enterraron en lugares inmundos y secretos, á donde no pudiesen hallarlos los cristianos.

Despues de esto llegaron las cartas del Emperador que maliciosamente detuvo su madre, y conoció el pueblo que no habia tenido parte en aquella maldad; ántes le pesó de lo hecho, y mitigó la persecucion contra los católicos, sacando los que estaban presos en las cárceles.

Era el santo mártir Bruno de 50 años, los 35 vivió en la religion, y ocho ántes de su muerte habia hecho la profesion de cuatro votos.

Su santo compañero el P. Luis Cardeira, fué natural de Beja en Portugal: murió de 55 años, de los cuales gastó en la Compañía los 39, hizo la profesion de cuatro votos el año de 22. Fué de los primeros que pasaron á Etiopia, adonde trabajó gloriosísimamente con admirable fruto, padeciendo inmensos trabajos por la salvacion de las almas.

Compuso algunos libros en la lengua de Etiopia, en que fué muy erudito, y fué grande maestro de la juventud, y últimamente coronó su santa vida con el glorioso martirio á 12 de abril de 1640.

Del santo mártir Bruno se cuenta, que un doctor en Medicina llamado Propercio, pariente suyo, padecia un vehemente dolor en un hombro en Colonela, su patria, y tomando una carta que tenia del santo mártir, la aplicó al dolor diciendo: Si es verdad que padeciste por Cristo verdadero martirio, sáname de este dolor que padezco; y al punto se le quitó y quedó bueno, confirmando Dios con este suceso el martirio de estos santos.

Escribieron de ambos los PP. Felipe Alegambe y Juan Nadaso en sus martirologios; las anuas de Etiopía de aquellos años; Jerónimo Nappio en sus vidas sacadas de Antonio de Andrade Abisino. El Patriarca de Etiopia, Alonso Mendez, en varias cartas para Europa. Fray Antonio de Veigoleta *in Litteris ad sanctam Congregationem de Propaganda Fide*, Mazua, 17 de febrero de 1641. Y últimamente el P. Manuel de Almeida en la historia de Etiopía, lib. 9, cap. 34, adonde añade los castigos que Dios envió á aquel reino en pena de estos pecados; porque los galas, enemigos capitales de los abisinios, entraron el mismo año con poderoso ejército por las mismas tierras adonde los martirizaron, y los destruyeron y asolaron. Y habiendo en-

viado el Emperador á su propio hijo y muchos de los grandes de su imperio para resistirlos; los galas dieron en ellos y los desbarataron y pasaron á cuchillo al hijo del Emperador y á todos los grandes que le acompañaban; y el año siguiente, insolentes con esta victoria, volvieron con mayor ejército, y se apoderaron de todo el reinò de Tigre y pasaron victoriosos hasta Mazua, que es fuera de Etiopía y se vió todo el imperio á pique de perderse y forzado á dar tributo con infames condiciones á sus enemigos: que de esta manera venga Dios las muertes de sus siervos y mucho más con los tormentos eternos en la otra vida.

P. ANDRADE.

PP. GASPAR PAEZ Y JUAN PEREIRA

ESTOS dos insignes mártires fueron portugueses; y echados de Etiopia todos los varones apostólicos con su Patriarca, se quedaron escondidos en un bosque, para conservar las reliquias de la cristiandad que quedaban en aquel reino; mas fueron descubiertos por un mal hombre y presos, ofrecidos en sacrificio á Dios, Rey del cielo y de la tierra, padeciendo primero muchas heridas y tormentos, y fué cosa milagrosa lo que sucedió con la sangre del P. Gaspar, que no corrió por la tierra, sino que por el aire se esparció y desapareció: y al séptimo dia despues de su muerte, fué degollado el P. Juan Pereira, año de mil y seiscientos y treinta y cuatro, Dicen de ellos *Litterae Goae datae de hoc succesu.*

P. NIEREMBERG.

P. BERNARDO NOGUEIRA

POR haber sido este glorioso mártir compañero inseparable del esclarecido Patriarca Alonso Mendez, y no saber de cierto el dia ni el mes en que padeció el martirio; ha parecido conveniente poner su vida consecuente

á la del santo Patriarca, por no separar en la historia á los que Dios juntó en vida, y porque así se dará más cumplida noticia de ambos á dos.

Nació el bendito mártir Bernardo Nogueira ó Noguera, que esto suena en castellano, en la ciudad de Fremona, cabeza del reino de Tigre, en el imperio de Etiopia.

Su padre fué portugués, natural de la ciudad de Braga, noble por su sangre y no ménos noble por su virtud. Pasó á la India en servicio de Dios y de el Rey, y de Goa á Etiopía con cargo honroso, donde se casó con persona digna de su nobleza. Tuvo entre otros este hijo, que fué honra de su casa, porque corrieron en él parejas la virtud y el ingenio, la buena inclinacion y las letras.

Desde niño mostró no sólo habilidad para ellas, sino facilidad en aprenderlas; por lo cual su padre lo puso en el seminario que allí levantó la Compañía para criar la juventud, así en letras como en virtud y en el culto y ceremonias de la Iglesia católica; y era cosa de admiracion y que declaraba bien que Dios le habia escogido para ministro suyo, ver la diligencia y prontitud con que en sus tiernos años aprendió la doctrina cristiana y la lengua latina y las oraciones, las preguntas y respuestas del catecismo y la gracia con que las representaba y repetia, no solamente en la escuela sino en las plazas y los templos, y delante del mismo Emperador, que se holgaba mucho en oirle.

Toda su juventud gastó en estas letras humanas y divinas, con tanto amor y cariño á los Padres de la Compañía que le enseñaban, que no podia apartarse de su lado ni se hallaba sino en su casa. Ayudábales á Misa y á componer los altares, servia en los ministerios domésticos con admirable diligencia, era muy devoto y compuesto, frecuentaba los santos sacramentos y en todo se mostraba un vivo ejemplo de virtud á sus condiscípulos.

Creciendo en edad, creció en sabiduría juntamente, porque con la familiaridad de los de la Compañía y los muchos y buenos libros que le dieron, alcanzó mucha noticia de las letras sagradas y de los errores de Etiopia y de las verdades católicas y suficiencia para argüir y disputar de ambas, defendiendo estas y refutando aquellas, con que en pocos años se halló adelantado en la ciencia, y nuestros Padres se valian de su industria y de sus buenas prendas para el buen logro de nuestros ministerios.

Cuando el P. Manuel de Almeida vino á Etiopia por Superior de los de la Compañía, y con título de Embajador de nuestro P. General Mucio Viteleski al Emperador Seltan Segued, como lo dijimos en su vida; tendria el P. Bernardo poco más de veinte años de edad, pero muchos de virtud, letras y prudencia. Y como le vió tan bien inclinado, y tan nuestro, que sólo le faltaba el hábito para ser de la Compañía; aficionósele grandemente; porque no hay

piedra iman que más atraiga las voluntades, que la virtud y buen término en los hombres de razon: y como le experimentó tan despierto y erudito en las letras de Etiopia, tomóle por su intérprete y compañero para la predicacion, y para la inteligencia de los libros y escrituras de Etiopia, y para los que compuso contra ellos. Y valióle tanto su industria, que se puede poner en duda á quién se deben más, al P. Almeida, que los compuso, ó al P. Bernardo, que le ayudó para ellos. Porque él le dió muchos materiales, y le descubrió muchas escrituras antiguas; él interpretó lo que el Padre no entendia, y de lengua portuguesa, tradujo sus escritos en la de Etiopia: acompañóle en su visita, guiándole, sirviéndole, consolándole, pasando terribles caminos, por montes y selvas, valles y rios, frios y soles y manifiestos riesgos de la vida, con tan grande afecto, amor y fidelidad, que no le hizo ventaja alguno de la Compañía.

Cuando despues llegó nuestro santo Patriarca Alonso Mendez y trató al P. Bernardo y supo sus buenas partes; no se le aficionó ménos que el P. Almeida; que esto tiene la verdadera virtud como dijimos, que roba los corazones de todos, y el del Patriarca robó de manera, que no le apartó de su lado todo el tiempo que estuvo en Etiopía.

Ordenóle de Sacerdote, hízole ministro suyo, así para lo espiritual como para lo temporal, valiéndose de sus buenas prendas para la predicacion y las disputas, catecismos y bautismos y para repartir las limosnas y visitar los pobres y consolar los enfermos, siendo como un S. Lorenzo con S. Sixto; y así le acompañó en el destierro y despues en el martirio.

Fué tan fiel compañero en sus trabajos, que nunca le perdió de vista, sirviéndole y ayudándole como un hijo á su padre; tal fué el cariño que siempre le tuvo. Y cuando el emperador Faciladas le desterró con los de la Compañía; Bernardo le acompañó en el camino, regando la tierra con lágrimas como lloraba S. Lorenzo cuando vió llevar á martirizar á S. Sixto, y pareciéronse en esto. Porque el santo Patriarca le consoló, dejándole por su Vicario en Etiopía á falta de los de la Compañía, y ofreciéndole que no le faltarian mayores trabajos que padecer por el consuelo de las almas y por la defensa de la Iglesia que él y los demas padecian, como se cumplió á la letra, padeciendo grandes persecuciones y rematando su santa vida con glorioso martirio. Y porque se pareciesen en todo á los dos santos, S. Sixto y S. Lorenzo; no sólo le eneomendó el cuidado de las almas, sino tambien los tesoros de la Iglesia que dejaba en Etiopía, y los pobres católicos, para los cuales le envió desde Goa algunas cantidades de oro y plata, que acaudaló de limosna, cuidando el santo Patriarca de sus hijos ausente como presente. Y así le enviaba al P. Bernardo cartas muy regaladas dándole muy saludables consejos

y muchos y buenos documentos, para portarse en aquella persecucion y confortar á todos, como lo hizo con admirable destreza. Porque como era natural de la tierra, podia andar libremente y conversar con todos sin recelo, con lo cual recogia las noticias de lo que pasaba y las daba á los Padres que andaban escondidos y al Santo Obispo de Nicea, para que se previniesen y guardasen, con que pudieron perseverar en el imperio seis años, consolando y confortando á los católicos, hasta que fueron presos y martirizados por Cristo como se dijo en sus vidas.

Desde este tiempo hizo oficio de vicario en aquella Iglesia el P. Bernardo con poderes que le dió el Patriarca, y suplió su ausencia y la de los de la Compañía, exhortando á los fieles á la tolerancia en los trabajos y á la perseverancia en la fe santa de Cristo, administrándoles los santos sacramentos con los ritos de la Iglesia Romana, catequizando y bautizando á los infieles que se convertian y á los hijos de los fieles, ayudando á los que morian, para que no desfalleciesen en aquel trance, enterrando los difuntos y consolando á los pobres con las limosnas que podia, discurriendo por todo el imperio con un celo de un S. Pablo de unos reinos en otros, esforzando á todos á costa de inmensos trabajos y riesgos de la vida, que padeció por esta causa.

Siempre que habia ocasion, escribia al santo Patriarca el estado de las cosas; y para hallar mensajeros, fué varias veces á Mazua, que dista cien leguas de Fremona, por montes y desiertos fragosísimos, llenos de fieras y ladrones, arriesgando la vida por tener noticias de su amado Padre, y dárselas de su obispado.

Asistió con suma fidelidad y cuidado al insigne católico, columna de la fe romana, Raz Cela-Cristos, hermano del emperador Seltan Seguad, á quien tuvo preso más de veinte años su propio sobrino el emperador Faciladas, y últimamente le quitó la vida temporal, por medio de la cual consiguió la eterna con glorioso martirio. Y de la misma manera asistió á Claudio, hermano de Faciladas, á quien por la misma causa de la fe romana prendió este cruel tirano y le degolló inhumanamente; esforzando y animando á estos dos exclarecidos príncipes y gloriosos mártires de Cristo.

Recogió como S. Lorenzo, los cortos tesoros que habia de las iglesias, de cálices, cruces, imágenes, reliquias y ornamentos para las misas, y las limosnas que el Patriarca le enviaba para socorro de los pobres católicos, de las cuales, sedientos los cismáticos como el emperador Valeriano de las que guardaba S. Lorenzo, le prendieron y martirizaron como al Santo, según luego veremos.

Ocupado, pues, el siervo fidelísimo del Señor en obras tan heróicas y de tanto servicio suyo; dió el Patriarca cuenta á nuestro P. General de su gran-

de virtud y del celo con que siempre habia ayudado á los de la Compañía. Y el P. Francisco Picolomini, en carta suya de treinta de octubre de 1650, cuyo traslado se guarda en Roma en el registro de las cartas, envió licencia para que luego le recibiesen en la Compañía, como con efecto se hizo, aunque el P. Baltasar Tellez dice que esta licencia fué de su sucesor el P. Gosvino Nikel; y pudo ser que la enviasen ambos en cartas repetidas por diferentes vías, como se suele hacer en negocios graves cuando se remiten á tan larga distancia. Pero sea esto ó esto otro, lo cierto es, que el siervo de Dios fué recibido en la Compañía con inefable consuelo suyo, por verse alistado en la bandera de la Compañía de Jesus y escrito en su santa milicia, en quien se habia criado y á quien tantos años tan de corazon habia servido; y fué el primero que sabemos haber entrado en nuestra religion de los naturales de aquel imperio; pero este sólo vale por muchos.

Alistado, pues, en nuestra santa religion, se dió por obligado á nueva y más perfecta vida: habiendo sido tan santa la que habia tenido; mudó de casa, viniéndose á la nuestra, que teníamos en Fremona, despreciando el riesgo que por esto le corria de la vida, por cuanto el Emperador habia fulminado ley de ser ahorcados todos los jesuitas y cuantos siguiesen su doctrina contra la fe de Alejandría.

Dióse más á la oracion, mortificacion y penitencia y á la observancia de nuestras reglas y santo Instituto: y como si hasta entonces no hubiera hecho cosa alguna, así se entregó todo con admirable fervor al bien de las almas de sus prójimos, infundiéndole Dios con la vocacion un nuevo espíritu de la Compañía, semejante al que infundió á Eliseo con la capa de Elías; y encendido en este fuego sagrado, no cesaba de dia ni de noche, en los poblados y despoblados, en las casas y en los campos, de buscar á los católicos y esforzarlos y consolarlos, y darles las limosnas que le remitia el Patriarca para su alivio y sustento, curando á los enfermos y alentando á los sanos, para perseverar en la fe y no descaecer en la horrible persecucion que la Iglesia padecia en aquel imperio, como lo hicieron los santos apóstoles y los Pontífices y santos doctores antiguos en el principio de la Iglesia,

Escribió por este tiempo al Patriarca los martirios de Raz Cela-Cristos y de su sobrino Claudio, que dijimos, y el miserable estado en que se hallaba aquella cristiandad, perseguida y oprimida del impío Faciladas. Y el Patriarca le respondió saludabilísimas cartas, tan santas y espirituales, y con tales consejos para valerse en aquella tempestad y confortar á los fieles; que podian correr parejas con las que S. Pablo escribia á su discípulo Timoteo: y como tales las leia á todos los católicos para su consuelo; y los animaba á perseverar con ellas.

Recibió asimismo una buena limosna, que le envió para repartirles, como lo hizo fidelísimamente, distribuyendo la mayor parte en el reino de Tigre, á donde asistia más frecuentemente. Y habiendo discurrido por él, pasó al de Goiama, que es muy opulento y habia en él muchos católicos, para consolarlos y esforzarlos en el alma y en el cuerpo, con su doctrina y con la limosna que llevaba para repartirles, comenzó su ministerio.

Como ya los cismáticos le traian entre ojos y sabian que habia asistido á los Príncipes que martirizaron; oyendo que llevaba oro y plata, le prendieron como á S. Lorenzo los ministros de Valeriano, y le llevaron delante del Virrey, el cual, puesto en su tribunal, le mandó traer ante sí cargado de cadenas.

Preguntóle quién era. Dijo que natural de Fremona, criado en aquel reino, y que era Sacerdote católico y de la Compañía de Jesus, aunque indigno de serlo. Enfurecióse el Virrey contra el Mártir, juzgando que con aquella libertad le habia perdido el respeto, y con grande saña dijo: «Pues, ¿cómo tu, siendo natural de Etiopia, has tomado esa infame religion, que contradice á la antigua de nuestro imperio?» No es infame, dijo el Mártir, sino santa y verdadera, y la que enseña la salvacion y el camino del cielo. Aquí se enfureció más y dijo: «¡Oh miserable, loco y engañado de esos falsos extranjeros! Mira por ti y deja esa locura: sigue y confiesa la fe alejandrina que siguen el Emperador y todos los nobles y sabios de su imperio, y desengaña á cuantos has engañado con tu falsa predicacion: y si no te haré morir á tormentos.» «Haz lo que quisieres, respondió el Mártir, que tus tormentos serán para mí flores, y tus máquinas me servirán de almenas para labrar mi corona en el cielo; y toma mi consejo, y deja tu falsa religion (que dá anchura á los vicios y os lleva por el camino dilatado del infierno) y sigue la romana, que es la santa y verdadera.»

Loco de rabia el tirano, viendo el valor y constancia del santo Mártir, le mandó llevar á la cárcel, y luego, sin más dilacion, ponerle en una horca.

Arrebátanle de su presencia con diabólico furor los impíos ministros, cárganle de prisiones, tocan trompetas y atabales, que fueron reseña de su victoria y música de su triunfo: llévanle arrastrando, con pregones, publicándole por traidor á la corona y por predicador de la fe romana, contraria á la alejandrina, llorando todos los católicos, y alegrándose los cismáticos, pero mucho más el santo Mártir, por haberle hecho Dios digno, no sólo de tener su fe, sino de dar la vida por ella. Súbenle á un árbol alto, y arrójanle, atada al cuello una soga con infernal ímpetu, y luego todo aquel impio pueblo tomando piedras le apedrearon cruelmente, las cuales fueron piedras preciosas para adornar la corona de su martirio.

Su alma voló á los cielos, y su cuerpo estuvo algun tiempo colgado del

árbol, hasta que los católicos le compraron de los verdugos por subido precio, y cualquiera fué corto para el valor de sus reliquias, que siempre son y serán de inestimable precio.

Enterráronle en lugar decente, esperando que por sus méritos y por su abogacía en el cielo, ha de florecer en su patria la fe católica romana, pasado el rígido invierno de la persecucion presente.

Su martirio fué el año de 1653; el dia y mes no se sabe cierto. Refiérelo el Patriarca dicho, en carta de quince, escrita á nuestro P. General, por las noticias ciertas que tuvo de Etiopia. Refieren su martirio el P. Juan Nadaso, en su martirologio y en las adiciones al del P. Alegambe; y el P. Baltasar Tellez, en la *Historia de Etiopia,* lib. 6, cap. 40, § 3.

P. ANDRADE.







P. BALTASAR BARREIRA,

APÓSTOL DE GUINEA

I

FUÉ el P. Baltasar Barreira portugués de nacion, hijo de padres nobles, natural de Lisboa. Enviáronle á estudiar á la universidad de Coimbra, mas dejó presto los estudios, porque volviendo á Lisboa en tiempo de unas ferias; oyó decir á un hidalgo portugués tantos bienes y alabanzas de las Indias, principalmente del Perú; que se determinó pasar á ellas para ver muchas tierras y adquirir grandes riquezas. Llegó con este intento á Sevilla, pero con un sermon que allí oyó, le trocó nuestro Señor el corazon de modo, que le hizo trocar los deseos de la plata y oro de las Indias, por los de la pobreza evangélica: y así volvió á Portugal muy rico con la resolucion de ser pobre de Cristo. En este camino, contaba el mismo Padre que desamparado de un hombre que venia con él, encontró con un mancebo, que le dijo grandes bienes de la Compañía: mas no venia Baltasar Barreira tan fuera del mundo, aunque decia que venia huyendo de él, que del todo aprobase las alabanzas que el mancebo le decia de la Compañía. Respondíale que no le contentaba tanto, porque no dejábamos á nuestros religiosos hablar con sus parientes: tan poco despegado andaba aun de los hombres quien venia á buscar á Dios. A esta instancia le respondió luego el mancebo con aquellas divinas palabras del Evangelia: *Qui non odit patrem, et matrem, non potest meus esse discipulus* (Mat. 26. 41); el que no deja su padre y su madre, no puede ser mi discípulo: y habiéndolas dicho, le dejó, con bastante fundamento para entender que era ángel, quien le daba consejos tan angélicos.

Mas aun no acababa de resolverse á entrar en la Compañía, porque le

agradaba más la pobreza del hábito en S. Francisco, que el aborrecimiento á los parientes en la Compañía. Resolvióse, pues, de entrar en una de aquellas dos religiones en que primero le recibiesen. Partióse á Coimbra (entendiendo sus padres que tornaba á continuar los estudios); fué luego á pedir el hábito á S. Francisco; más ordenó Dios las cosas de manera, que yendo muchas veces al convento con esta pretension, nunca halló en él al P. Comisario. Fuése entonces á nuestro colegio, del cual era Rector el P. Leon Henriquez, y á la primera vez halló al P. Provincial Miguel de Torres, que le recibió de muy buena voluntad; porque cuando Dios es autor de la vocacion, facilita los medios y deshace las dificultades para su ejecucion.

Recibido en la Compañía, luégo en la primera probacion, dió muestras de ser su espíritu de prueba: hizo los ejercicios de nuestro glorioso P. S. Ignacio, con grande aprovechamiento de su alma; y cuando él más cuidadoso andaba en esta santa ocupacion; se descuidó el novicio, que tenia á su cargo de llevarle lo necesario, como á las veces sucede á novicios, que aunque son los más modestos, no suelen ser los más advertidos. Este le dejó tres dias enteros sin comer bocado: y supuesto que la hambre á todos es muy molesta, mucho más insufrible es á los que no están muy alentados en la edad, ni acostumbrados á penitencias. Esperó Baltasar Barreira el primer dia hasta la noche; aguardó el segundo y el tercero dia; y por mucho que la hambre le aquejaba, llevábalo con paciencia, y callaba, con propósito de sufrir aquella pena, que se le daba, acaso presumiendo que venia muy de pensado, en órden á hacer alguna experiencia en él de su religion y paciencia.

Despues de los tres dias, entrando á visitarle el maestro de novicios, le preguntó, conforme se acostumbra ¿cómo estaba? lo cual el encogido ejercitante, respondió con las palabras de Cristo á sus discípulos: *Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma;* el espíritu está pronto, pero la carne flaca. No penetró luégo el Padre el secreto de la respuesta, pero por parecerle que no carecia de misterio, le tornó á decir que se declarase más: entónces se explicó el novicio, diciendo, que el cuerpo por no haber comido aquellos tres dias estaba descaecido; pero que el espíritu con la divina gracia estaba tan animado, que no tornaría atras en el camino comenzado, aunque le sucediese morir de hambre; y diciendo esto, no pudo detener las lágrimas, que la devocion, y por ventura tambien la hambre, le causaban. Muy edificados quedaron todos; y oyendo semejante resolucion, juzgaron que una paciencia tan generosa en pocos dias de religion prometia en adelante grandes progresos en la virtud y santidad.

No salieron vanas estas tan bien fundadas esperanzas, porque este fué aquel P. Baltasar Barreira, digno con razon de ser contado entre los más

beneméritos sujetos de la provincia de Portugal; este es aquel ilustre Apóstol de Guinea, tan celebrado, por los grandes servicios que hizo á Dios nuestro Señor, y por los innumerables trabajos que padeció en Angola, en Caboverde, en Sierra Leona y en toda la costa de Africa, que corre por muchas partes de Etiopia inferior.

II

Es escogido el P. Baltasar Barreira para ir á la mision de Angola: dáse noticia de aquellas tierras.

Acabado el tiempo del noviciado, continuó Baltasar Barreira con grande edificacion el ejercicio de todo género de virtudes, creciendo siempre en su corazon los deseos de servir á Dios en las misiones de la Compañía, y en las partes más remontadas de Portugal, á donde viviese más unido con Dios, y más apartado de sus parientes, que ántes amaba como hombre, y ya aborrecia como discípulo de Cristo; que estas mudanzas causa la religion en aquellos que de propósito siguen la bandera de Cristo. Ofrecióse una buena ocasion, con que poner en ejecucion sus abrasados deseos de convertir gentiles, y de satisfacer la sed de salvar las almas; porque le enviaron al reino de Angola, en compañía del muy celebrado Pablo Diaz de Novaes, que fué nieto, como consta de la provision real, firmada por el Rey D. Sebastian en el año de 1571, de aquel famoso descubridor del Cabo de Buena Esperanza, Bartolomé Diaz de Novaes.

Las maravillosas obras que en Angola hizo el P. Baltasar Barreira, y las prodigiosas victorias que allí alcanzó aquel admirable capitan, piden un grande volúmen; y porque hasta ahora no andan impresas en nuestro vulgar, me pareció referir algunas brevísimamente, pues en todas él tuvo tanta parte. Y por eso quiero primero con la misma brevedad dar alguna noticia de esta monarquía angolana, que aunque á algunos parezca ménos nueva, puedo asegurar que no será la ménos cierta, y nos servirá mucho para conocimiento de los bautismos que hizo el P. Baltasar, y de las victorias que alcanzó Pablo Diaz de Novaes.

Primeramente, la monarquia de Angola está en la nueva Etiopia, norte sur, entre el reino de Congo y el de Bengala, Este Oeste con Pernambuco, que está en la costa del Brasil, casi nueve grados de altura del Polo Austral, debajo de la Tórrida Zona. Y no por eso dejan aquellas tierras de ser muy habitadas; ántes puesto que los lugares marítimos de Angola veci-

nos á Coanza, por tener muchas lagunas, sean enfermos; con todo esto lo más del reino adentro goza de aires saludables y templados, de hermosas fuentes y riberas fresquísimas; y generalmente son aquellas tierras fértiles y abundantes, sino es en las partes donde hay minas de plata, que para todo lo demas son esterilísimas: como si la naturaleza depositase allí junto todo su caudal para producir en sus entrañas un parto tan precioso, y por eso se descuidase ó avergonzase de brotar todos los demás frutos.

No se llama esta tierra Angola, como entre nosotros corre; mas consta de muchos como reinos, cuyos naturales, por nombre comun, se llaman ambundos, y tienen sus reyes ó régulos, que se dicen Sobas, que eran más de setecientos y treinta, cuyas poblaciones y señorios se llaman Morindas. Y teniendo antiguamente cada uno de estos régulos jurisdiccion sobre sus vasallos, sin dependencia de los otros; sucedió, que uno de ellos heredando el señorío de otro, quedó tan poderoso; que comenzó á conquistar sus vecinos, con ayuda de los portugueses que de Congo iban á sus tierras á rescatar los esclavos. Este Rey se llamaba Angola Inene, que quiere decir el Grande Angola, el cual apellido conservaron los demás, que le sucedieron en el reino, á la manera que de un Ptolomeo, los demás reyes de Egipto se nombraron Ptolomeos; y de aquí tomaron ocasion los portugueses de llamar Angola á estos señoríos.

Por via de nuestros portugueses, que ya estaban en Congo, hubo en Portugal noticia de este Rey, de sus tierras y de las minas de plata que allí hay, cuyas primeras muestras consagró a Dios el Rey D. Enrique, mandando hacer un cáliz: y no se ha continuado en este descubrimiento, por la resistencia que á ello hacen los naturales, persuadidos, que descubiertas estas minas, nosotros les tomaremos la plata, y ellos perderán las tierras. Hubo tambien ocasion para que el Rey Angola Inene tuviese algun conocimiento de la fe de Cristo, y con estos intentos, por pedirlo él así, le fueron enviados por dos veces de Santo Tomé algunos Sacerdotes, y entre ellos un religioso de la muy esclarecida órden del glorioso P. S. Bernardo: pero, como lo mostró despues el tiempo, más pretendia el Angola el comercio de Portugal, que el Bautismo de Cristo, hasta que finalmente estos Sacerdotes, sin efecto alguno, ó murieron ó se tornaron á Portugal.

Pero viendo el Rey que le faltaba el comercio con los portugueses (porque el interés era el Dios, que gobernaba á estos reyes, y aun ahora, por nuestros pecados; predomina en algunos príncipes cristianos); entendiendo que cesaba, por no tener en sus tierras Sacerdotes, como de ántes; los envió á pedir por sus embajadores al Rey D. Juan III, afirmando que se queria bautizar. Cuando esta embajada llegó á Portugal, ya gobernaba la rei-

na D.ª Catalina, la cual le envió en el año de mil y quinientos y sesenta cuatro Padres de la Compañía, y con ellos por Embajador á Pablo Diaz de Navaes. Llegando todos á Angola, junto al rio Coanza, supieron de los moradores de la tierra que era ya fallecido el Rey Angola Inene, y que en su lugar gobernaba Dambi Angola, el cual al principio mostró buen agasajo al embajador y á los Padres; pero de allí á poco, arrebatado de la codicia, mandó prender al Embajador y á los Padres de la Compañía, tomando toda la hacienda á los Portugueses, no permitiendo que saliesen de su reino, y en este modo de cautiverio murieron muchos de ellos y dos Padres de la Compañía, de los cuatro que llevó consigo el Embajador.

Pasados seis años, permitió este Rey al Embajador que tornase á Portugal, dejando allá los dos Padres, como en rehenes, dando grandes disculpas de lo sucedido y prometiendo al Rey de Portugal que se bautizaria con todo su reino y entregaria las minas de plata que allí tenia. Aunque en Portugal se entendió que el Angola hacia esto fingidamente, con todo eso, como tenia en rehenes los dos Padres de la Compañía, y la piedad de los reyes de Portugal era muy grande, juntándose á esto la certeza de las minas de plata y otros metales que allí habia, pareció al Rey D. Sebastian enviar de nuevo á esta conquista espiritual algunos Padres de la Compañía y un Capitan mayor ó Gobernador, con gente de armas, para que pudiesen resistir las insolencias de aquellos bárbaros, y ayudarlos en el bien de su salvacion. Para esto escogió al mismo Pablo Diaz, con el cual se embarcó tambien el P. Baltasar Barreira con el suceso que veremos en el párrafo siguiente.

III

Llega á Angola el P. Barreira, donde hizo mucho servicio á Dios.

Tomado el asiento en el Consejo Real, de la manera que he dicho, se embarcaron en la misma nave con el Gobernador algunos religiosos de la Compañía, de los cuales iba por Superior el P. Baltasar. Llegaron al puerto de Loanda, la banda dentro de la ensenada, en el año de mil y quinientos y sesenta y cinco; ó como hallo escrito por el mismo P. Baltasar Barreira, en el fin del año de mil y quinientos y sesenta y cuatro. Y hallando el Gobernador que habia ya fallecido Dambi Angola, y que reinaba Angola Quiloanje, le envió sus embajadores y un presente de parte del Rey D. Sebastian su Señor. Al principio festejó mucho el Rey aquel presente (que hasta los bárbaros se saben alegrar con dádivas que no les cuestan nada) y mandó luego

pregonar por todo su reino, que se tuviese amistad y buena correspondencia con los portugueses.

Con esta buena ocasion comenzó luego el P. Barreira á doctrinar aquellos bárbaros, aprendiendo en breve su lengua, porque la mucha caridad le hacia muy diligente en todo: hizo erigir una iglesia de la invocacion de S. Pablo, teniendo atencion al nombre del Gobernador, en el mismo lugar donde primero estuvo el colegio de la Compañía. Seria muy larga esta historia si hubiese de referir las muchas tierras que corrió este nuevo apóstol de Angola, los reinos en que entró, los mares que venció, los rios que atravesó, las tierras por donde pasó, confinantes con el reino de Angola, los innumerables bautismos que hizo, los muchos régulos que convirtió. Uno solo contaré aquí, por ser el primero, y dejaré los otros, porque fueron innumerables.

Entre otros muchos Sobas, habia uno tenido entre todos por más prudente: deseaba mucho el Padre convertirle, para mover con su ejemplo á otros muchos. Fué Dios nuestro Señor servido, que así sucediese, porque pasando un dia por su banza (que así llaman el lugar en que habita el Señor de la tierra) se puso con él á pláticas, y el Soba le declaró cómo habia dias que deseaba ser cristiano. Luego el Padre con grande alegría, por no perder tan buena ocasion, le declaró los misterios de nuestra santa fe, los cuales repetia con tanta certeza á los de su casa, como si fuera ya cristiano muy antiguo.

Luego mandó hacer y enarbolar una hermosa cruz, qua se levantó con grande fiesta y alegría, entonando la letanía, á la cual todos los de su casa respondian á su modo. Hecho esto, se vino el Padre para Loanda, trayendo en su compañía el hijo mayorazgo, un hermano y algunos parientes del Soba, para instruirlos en las cosas de su salvacion, y dejando un portugués anciano y devoto con el mismo Soba, que le diese más larga noticia de nuestra santa fe, entre tanto que se preparaba lo necesario para el dia del bautismo, festejando de manera estos buenos principios el gobernador Pablo Diaz de Novaes, que lloraba de alegría.

Llegado el dia del bautismo, procuró el P. Baltasar Barreira que se hiciese con toda la solemnidad posible, dándoles por padrinos los más ricos portugueses de la tierra, para que los pudiesen vestir más ricamente, lo cual hicieron con mucho gusto y particular consolacion, como mejor se inferirá de las palabras de una carta del mismo Padre, escrita en 31 de enero de 1582 años, que dice así:

«El hijo del Sanga (que así se llamaba este soba) llevaba calza imperial carmesí, con botas naranjadas, ropilla y gorra de damasco blanco, que se le hizo de nuevo y ferreruelo lustroso, al cual correspondian á su modo las capas de los otros. El dia del bautismo, que fué del glorioso Santo Tomé, sa-

lieron todos en procesion con la cruz delante, de casa de un hombre devoto de los principales de esta poblacion, acompañados de todos los portugueses que aquí se hallaron; traian palmas en las manos en señal de la victoria que alcanzaron del demonio.

Fueron festejados con repiques y otros instrumentos músicos que en la tierra habia; pusimos por nombre al hijo del Sanga, D. Constantino y al hermano D. Tomé, lo uno por ser el primer hidalgo que se bautizaba en Angola y lo otro por el santo en cuyo dia se bautizaba. Despues de bautizarlos y decirles Misa, les hicimos fiesta dentro de casa, para la cual habíamos convidado á todos sus padrinos y al señor de Loanda, con otros hidalgos vasallos del Rey de Congo. Ellos comieron en el suelo conforme á su usanza, sentados sobre esteras y los portugueses en otra mesa apartada, con la modestia que entre los nuestros se suele guardar, mas con mucha alegría de todos.»

IV

Cuéntase una admirable victoria que alcanzó el gobernador Pablo Díaz de Novaes, contra los negros, por oraciones del P. Baltasar Barreira.

De estos bautismos pudiera referir muchos y de otras innumerables conversiones de gentiles que el Padre hizo en los catorce años que se detuvo en Angola, que dejo para quien escribiese la historia de aquellos tiempos; ahora quiero brevemente contar entre las obras prodigiosas que le sucedieron, la principal, que fué una admirable victoria que parece exceder el humano crédito, la cual alcanzó el gobernador Pablo Diaz, como él mismo confesaba, por oraciones del P. Baltasar Barreira, cuya ocasion fué la siguiente:

Llevaba muy mal el rey Angola Quiloange ver las fuerzas de los portugueses en aquellas tierras y ver cuán en breve tiempo habian florecido nuestras armas; y recelándose de perder su imperio, viendo que ya no podia por trazas ni invenciones maquinar la total destruccion de los portugueses, trató de hacerles declarada guerra.

Tambien entre los portugueses habia muchas causas para intentar la venganza y destruccion de aquel bárbaro, así por los engaños con que los trataba como por el odio que les mostraba. Mas como eran tan pocos, no osaban acometerle; pero trájoles Dios esta ocasion en que viniendo para destruirlos, quedó él destruido. Quiso acometerlos en todo su poder, para lo cual juntó un ejército tan innumerable, que los que ménos le dan, dicen que puso en campo (como consta en carta del P. Baltasar Barreira) un cuento y doscien-

tos mil hombres. No parezca esto exageracion, porque demas del testimonio del P. Baltasar, aseguró esta verdad el P. Jerónimo Bogado, Provincial de la Compañía de Portugal, persona de mucha virtud y gran verdad, y que estuvo en Angola veinte y tres años, haciendo grandes servicios á Dios, y dijo que era tal la inmensidad de gente que en el principio de aquella conquista habia en Angola, que no dudaba poder entónces juntarse este y otro mayor número.

Era tan grande esta inundacion de bárbaros, que cubrian muchas leguas de aquellas vastísimas campiñas y largas montañas, de suerte, que parecia que la tierra toda, con un nuevo y espantoso parto, como antiguamente fingían, que lanzó de sí gigantes para conquistar los cielos, así ahora se trasformó toda en negros para destruccion de aquellos pocos aunque esforzados portugueses. Los cuales no pasaban de trescientos, y por una parte estaban cercados del rio Coanza y por otra tenian delante aquella inmensidad de gentes, que sólo con sus descompuestos clamores y bárbaros alaridos, atronaban los aires; pero no ocasionaban miedo alguno al P. Baltasar Barreira ni al muy esforzado gobernador Pablo Díaz de Novaes, á quien el Padre aseguraba que tendria una prodigiosa victoria: que diese la batalla confiado en el favor del cielo y en especial de la Vírgen Santísima, muy singular abogada de su victoria, en cuyo dia, que acertó á ser el de su santísima Purificacion, esperaba aquel felicísimo suceso. Lo mismo decia el Padre con repeti das y alegres voces á todos los portugueses; asegurándoles que él los ayudaria, si no peleando con las armas, seria clamando con oraciones al cielo.

Era muy desigual el partido de parte á parte, porque los portugueses, como dijimos, no pasaban de trescientos, y fué tan grande el pavor que entró en el ánimo de los régulos, nuestros amigos, y que ya eran cristianos, á vista del gran poder del enemigo, que no hubo quien quisiese acudir donde estaba el Gobernador, más que un soba llamado D. Pablo con sus gentes, que serian cosa de treinta mil negros; pero venia tan armado de esperanzas este régulo, que decia ser imposible el no socorrer Dios á los cristianos. Eran ya las tres de la tarde: estaban los dos ejércitos á vista y ocupando los negros unas grandes y altas montañas con que los tenian los portugueses casi sobre las cabezas. Viendo el animoso cristiano D. Pablo que los enemigos no querian bajar de los montes, temió con mucho fundamento que podia ser ardid (que no les faltan á estos bárbaros) para acometer á los nuestros de noche, rompiéndoles el cuartel la inmensa multitud de gente que traian.

Con esta sospecha se vino donde estaba el Padre con el Gobernador, los cuales le estimaron mucho su advertencia, y luégo el Gobernador dió señal de acometer, poniéndose al mismo tiempo el Padre en oracion á vista de to-

dos, con las manos levantadas al cielo. Cerraron los nuestros, y comenzaron la batalla, apellidando el nombre de la Vírgen, «Señora de la Victoria.» Como si luégo comenzaran venciendo, y entraran en la batalla triunfando, iba delante de todos el animoso cristiano D. Pablo, con título de capitan mayor del Ejército, y mereció muy bien en aquel dia esta honra. Comenzaron los bárbaros á escuadronarse en la falda de las montañas, despidiendo sobre los nuestros una inmensa lluvia de saetas, las cuales, porque como parece, iban gobernadas por otra más acertada mano, se volvian contra ellos, y atravesaban á los mismos que las tiraban, sin hacer mal á ninguno de los nuestros, cayendo millares de enemigos: que cuando Dios quiere, las mismas armas del enemigo sirven de instrumentos á la victoria, como sucedió al invictísimo Rey D. Pelayo en Covadonga, peleando contra los moros, que debeló, volviéndose conrra ellos las piedras que tiraban á los cristianos.

Habia mucho que duraba la pelea, y por las buenas nuevas que por momentos traian al P. Baltasar Barreira, se persuadió que la batalla estaba acabada, y aclamada la victoria por esta causa, dejando la oracion, vino á dar el parabien al Gobernador. Sucede que de repente comienzan los portugueses á aflojar: pierden los primeros brios, instan los bárbaros con nuevos alientos, mátannos siete portugueses, clama al Padre el Gobernador que se torne á recoger en oracion, porque sólo en ella tenian libradas las esperanzas; así lo ejecutó el Padre á toda prisa, porque el tiempo no daba treguas, levanta otra vez al cielo las manos, como otro Moises, pide con muchas lágrimas al Señor que favorezca á aquellos cristianos, y renueve sus maravilla. Caso admirable, y del cual aun dura muy fresca la memoria. De repente, sin saber la causa de tal novedad, se comenzaron los bárbaros á perturbar entre sí, manifiesto indicio de una pérdida grande. Caminaba ya en esta sazon á su ocaso el sol, que parece quiso retirarse para dejar en más tinieblas á los negros, que amedrentados con el estruendo de las armas, con los repetidos golpes y espantosa vocería, volvieron las espaldas para escaparse con la fuga, matándose unos á otros por la confusion en que estaban.

Siguiendo, pues, los bárbaros ya de noche por las montañas su huida, dieron en una profunda sima, donde despeñados los primeros, se precipitaron sobre ellos los segundos, y todos llenaron la hondura, hasta igualarla con lo llano de la tierra, que sirvió á los siguientes de horrible puente, por ser de cadáveres de los suyos. Esta fué aquella memorable victoria, que algunos quieren haya sido la más admirable que los portugueses tuvieron en Africa, con que quedaron quebrantadas las fuerzas del Rey Angola, y celebrado el nombre del nuevo Gobernador Pablo Diaz, el cual con todos los que en este suceso se hallaron, atribuyeron con mucho fundamento esta milagrosa victoria

á las oraciones de este gran siervo de Dios, quedando confirmada de nuevo la maravilla de la victoria de los israelitas, en la cual fueron más valientes las manos de Moises alzadas en el monte que las de Josué armadas en el campo. Y como en la verdad se debió á las oraciones de Moises la victoria de Josué, así tambien se debió esta á las del P. Baltasar Barreira; pues se vió con evidencia, cuando oraba vencian los portugueses, y cuando cesó de la oracion, eran vencidos; y volviendo á orar, salieron gloriosamente vencedores: tal era la virtud de su oracion, y los méritos de este siervo fidelísimo de Dios. Esta victoria sucedió en el año de 1583, á 2 de febrero, dia de la Purificacion de la Santísima Vírgen María nuestra Señora, que fué el principal favor y aliento en aquella batalla; y hoy dura en Mazangano, donde en aquel tiempo estaba el asiento de los Gobernadores, en festejar todos los años en aquel dia á nuestra Señora de la Victoria, en accion de gracias de esta, que fué tan gloriosa y milagrosa.

V

Vuelve el P. Baltasar Barreira de Angola, asiste algunos años en la corte de Madrid, de aqui pasa á Evora y tratan de que haga otra mision á Guinea.

Como este admirable suceso de la victoria que he referido se atribuyó entónces por todos los portugueses al buen P. Baltasar Barreira, y no habia en aquellas partes quien en esto admitiese duda; ó porque realmente la victoria se alcanzó por oraciones y consejos del Padre, ó porque era tal la opinion de su santidad, que se persuadieron todos, que sólo por direccion de un hombre tan virtuoso, se podia alcanzar tan milagrosa victoria. Llegó á Portugal la fama de esta tan celebrada batalla, y de otros sucesos no ménos gloriosos, de que dará noticia quien de propósito escribe toda la vida de este insigne varon: de allí voló la misma fama á Madrid al Rey nuestro Señor, dándose infinitas gracias á Dios en esta corte y en Lisboa, no sólo por tan gloriosas victorias, pero tambien por los innumerables bautismos, que por el P. Barreira y demas compañeros suyos se hacian en Angola.

Movido con estas noticias el Rey D. Felipe II, mandó á los Gobernadores de Angola, que ninguna cosa se determinase en aquellas conquistas, así en el gobierno político, como en el militar, sin consultarla primero con el P. Baltasar Barreira, persuadiéndose que acertarian si se dejasen gober-

nar por un hombre, á quien acreditaba la virtud, y autorizaba la asistencia del espíritu de Dios.

Catorce años anduvo el P. Barreira haciendo por aquellas tierras estas y otras semejantes maravillas, alumbrando como un nuevo sol á aquellas gentes tan remotas de la luz del verdadero sol, sepultadas en las tinieblas de su ignorancia, obrando siempre cosas tan milagrosas, que deseó el Rey mucho ver en Madrid á quien la fama dió tanto á conocer. Tambien le movia el deseo de tener plena noticia de las cosas de Angola, que juzgaba ser de gran consideracion, no sólo por los innumerables bautismos que allí se hacian, sino tambien por el gran provecho que á sus reinos resultaria, por causa de las minas de plata, y en órden al rescate de los que de allí llevaban á las Indias. Fué esta venida del P. Baltasar Barreira en el año de 1589, siendo entónces de cincuenta y ocho de edad. Salió de Angola con grandes ternuras y universal sentimiento, no sólo de los portugueses, mas tambien de todos aquellos negros (que hasta éstos, por más insensibles que parezcan, sienten la ausencia de un hombre santo), porque le tenian por Padre y remedio único en todos sus trabajos. Llegó á Portugal, despues de vencer los peligros de aquella larga navegacion, donde fué recibido como un ángel venido del cielo: partió para Madrid, habló varias veces con la Católica Majestad, dando muy extensa relacion de las cosas de Angola, y fué del Rey nuestro Señor muy bien visto y oido, y estimado de todos en esta corte, por tener delante un varon de Dios, de quien habian oido cosas tan prodigiosas.

Despues de dar en Madrid la debida informacion, y asistir en esta corte algunos años á los negocios de su provincia que le entregaron por la entrada que tenia con Su Majestad, y buena acogida de los de su consejo, se volvió á Portugal, y quedó por morador en el colegio de Evora, donde le hicieron maestro de novicios, para criar los hijos de la Compañía en espíritu de devocion con Dios, y con deseos de misiones á los gentiles. A la verdad, no es para mí materia de poca consideracion, ni pequeña prueba de la grande virtud de este esclarecido siervo del Señor, que despues de andar catorce años entre los negros de Angola, entre bárbaros gentiles, asistiendo en ejércitos, presidiendo en las batallas, y tratando con gentes tan distraidas en tratos ilícitos y comercios prohibidos, de tal modo supiese conservar la devocion que viniese de Angola á enseñarnos á ser espirituales; pero lo cierto es, que así como el lugar bueno no hace santo al que era pecador, así el lugar distraido no impide la virtud á quien es santo. Ya no me espanto de los bautismos admirables, de las victorias milagrosas, pues no podia Dios dejar de asistir muy favorable á quien así sabia traerle dentro de su alma: ni podian faltar victorias á quien tenia tan entrañable amor al Señor de los ejérci-

tos, á quien el Profeta llamó guerrero fuerte y vencedor de todas las batallas.

Estando el P. Baltasar Barreira en Evora, presidiendo en la escuela del espíritu, con gran consolacion suya, y mucho mayor de todo el colegio, porque demas de ser muy amado y estimado de todos, por su apacibilidad, benevolencia y modestia, y tan digno de toda veneracion, que representaba un semblante de hombre santo, muchos venian á buscarle para consolarse con él, y tambien por el gusto que tenian de oirle las cosas que contaba de Angola y demás Reinos por donde habia andado. Descansando el P. Barreira en este santo ocio y quietud de la vida retirada, en esta dichosa paz y sosiego de espíritu, le tocaron otra vez á arrebato, y de repente le dió en los oidos un nuevo sonido de guerra, con que se dió el santo viejo por obligado á tomar las armas, que ya alguno pensaria que las tenia olvidadas. El caso fué, que trataron los Padres de aquella provincia de Portugal en el año de mil y seiscientos y cuatro, á peticion del Rey D. Felipe el III, de hacer mision á las partes de Guinea en espeeial á la costa de Caboverde. Era en este tiempo Provincial de la Compañía en Portugal el P. Antonio Mascareñas, que trató primeramente con Dios este negocio, y despues por consulta habló de la persona que enviarian á esta mision, la cual, aunque parecia ser de mucho fruto espiritual, tambien se representaba llena de grandes dificultades. Porque el clima de aquella isla es muy enfermo, la gente muy bárbara, y alguna más representa costumbres de brutos irracionales, que naturaleza de hombres de razon; negros en el color, disformes en las facciones; y más abominables y feos por los errores y engaños en que han enlazado las almas; por una parte tostados de los rayos del sol, y por otra sepultados en las tinieblas de su ignorancia.

Resolviéronse, pues, los Padres en la consulta, que se aceptase la mision, por ser muy conforme á nuestro Instituto. Luégo tratando de la persona á quien se habia de encomendar empresa tan trabajosa, aunque muy meritoria, le ocurrió al P. Provincial ofrecérsela al P. Baltasar. Era entonces de sesenta y seis años de edad, y de Compañía tenia cuarenta y ocho, y habia estado en Angola catorce, con innumerables trabajos, y parece que más era aquel tiempo para pasar el resto de su vida en Portugal que para ir de nue vo á padecer en Guinea. Con todo ello, cuando Dios quiere dar al mundo semejantes ejemplos, mueve á los Superiores á ejecutar acciones, que parecen condenadas por la prudencia humana; siendo así que entónces van más reguladas por las inspiraciones del cielo. Escribió el P. Provincial Antonio Mascareñas á Evora al P, Baltasar, significándole cómo se trataba de la mision de Guinea, y poniéndola en sus manos, le rogaba la quisiese aceptar. El P. Baltasar respondió al P. Provincial la carta siguiente:

Carta del P. Baltasar Barreira para el P. Provincial Antonio Mascareñas.

«No puedo encarecer con palabras el consuelo que en mi alma causó significarme V. Reverendísima, cómo quiere nuestro Señor servirse de mí en la Mision de Caboverde, por el cual beneficio doy á Su Divina Majestad infinitas gracias, y á V. Reverendísima agradezco cuanto puedo el poner los ojos para esta empresa en mí, tan indigno de ella. El P. Juan Correa me ofreció otras misiones, tambien ultramarinas, y supuesto que yo para ninguna me negué, siempre empero pedí al Señor que las desviase, si habia otra mayor gloria suya, en que quisiese servirse de mí; y cuanto más via que Dios desviaba las otras, tanto me persuadia más á que me guardaba para esta, que yo estimo más que otra alguna de cuantas tiene la Compañía. Porque cuanto más noticia tengo de Guinea acá, tanto mayor lástima me hace el desamparo de tantos millares de almas, que ningun conocimiento tienen del beneficio inestimable de su Redencion: porque hasta ahora no les ha alumbrado la luz del santo Evangelio, extendiéndose por instantes más en aquellas partes la maldita secta de Mahoma.

»Yo, por la bondad del Señor, tengo más salud que cuando fuí á Angola y vine de ella; más que cuando pasé á Castilla y torné á Portugal, en tanta manera, que da en este colegio materia de alabar á Dios, á lo cual junto, que me hallo mejor en el mar que en la tierra, y en las tierras calientes más que en las frias. Digo, pues, respondiendo á lo que V. Reverendísima me pregunta, que estoy aparejado para esta mision, sin impedimento alguno, y tan alborozado, que cualquier tiempo que se dilatare, me parecerá muy largo, confiando en la bondad y misericordia de Dios, que se ha de abrir allí puerta para mucha gloria suya. Los compañeros, advierto á V. Reverendísima, que conviene sean hombres de mucha confianza, celosos del bien de las almas, maduros, ejemplares muertos al mundo y al amor propio, y tales, que en todas partes representen la pureza, santidad y espíritu de la Compañía. Uno de ellos por lo ménos, debe ser ejercitado en casos de conciencia y de partes que me pueda suceder, si Dios hiciere de mí alguna cosa. Los otros dos (si hemos de ser cuatro) conviene que sean Sacerdotes, porque como necesariamente nos hemos de dividir, bien es tener con quien nos confesar y de quien nos ayudar para los ministerios de la Compañía.

El título de esta mision debe ser ir á ver la disposicion de la tierra: y pareciendo bien á V. Reverendísima, deseo que se haga esto con el menor ruido que fuere posible; y V. Reverendísima me avise del tiempo en que le parece se efectuará la idea, porque tiene muchas cosas que negociar, y en par-

ticular conviene preparar algunos libros. Yo no tengo cosa que haya de detenerme una sola hora, y así puedo partir luego que V. Reverendísima me lo mande. Por acá no se sabe esto ni se divulgará hasta que V. Reverendísima lo publique. Lo que yo deseo es, que disponga Dios nuestro Señor de mí por medio de V. Reverendísima, como fuere su mayor gloria; porque aunque estoy tan gozoso por esta mision, como tengo dicho, todavía me hace Dios merced de darme tanta indiferencia, que si fuese servido de escoger otro de más partes que las mias, y que en esta empresa hubiese de servir mejor, yo le daria muchas gracias por ello, y quedaria tan quieto como ántes. Mas como Dios, para declarar su poder, hace muchas veces cosas grandes, por instrumentos flacos, estoy más confiado que ha de cumplir los deseos que tengo de servir en esta empresa, aunque sea tan vil y flaco instrumento, para que á Su Majestad Divina se atribuya todo el bien que de este viaje se siguiere. En la bendicion y santos sacrificios de V. Reverendísima, mucho me encomiendo. Evora diez y seis de marzo de mil y seiscientos y cuatro.

»BALTASAR BARREIRA.»

Hasta aquí la carta del fervoroso Padre, que no podia dejar de causarnos grande edificacion, así por la edad del siervo de Dios, como por la indiferencia con que se ofreció, y contento que sentia en mision tan dificultosa, pues temia, por lo mucho que la estimaba, que por sus pecados le negase Dios el cumplimiento de este gran bien: y sobre todo, mostrándose tan pronto en obedecer, en tan árdua empresa, que ni una sola hora, dice, se detendria en partir, que es un raro ejemplo, cuando experimentamos el mucho tiempo que se consume en desembarazarnos, para hacer jornada de un lugar á otro, cuanto más para navegar á tierras tan remotas y pasar tan peligrosas misiones. Pero es cierto, que á quien trata de servir á Dios, ni las caricias de los amigos le detienen, ni los negocios de sus parientes le impiden, porque está descarnado de todo afecto humano, y prendado sólo del amor de Dios.

VI

Parte el P. Baltasar Barreira para Caboverde: llega á la isla de Santiago y trata de ir á Tierrafirme.

Como valeroso soldado, estuvo á punto, que este lo era de Cristo, y militaba debajo de la bandera de su nombre, velando y esperando la señal para salir al campo á combatir con tan poderosas dificultades como se le ofrecian á la vista: y bien mostró que no eran sus palabras vanos ofrecimientos, sino

significaciones verdaderas de voluntad sincera. Porque habiendo escrito la referida carta á los diez y seis de marzo del año de mil y seiscientos y cuatro, se halla otra suya, enviada ya de Caboverde, en junio del mismo año, de la cual consta que el viaje á aquel lugar fué muy próspero. Porque en quince dias sin mudar vela fueron navegando, que parece que las ondas y los vientos, con particular obsequio, le servian y soplaban la popa, hasta ancorar en la isla de Santiago, á la cual llamamos de Caboverde, por estar cerca de cien leguas en frente de un grande promontorio en la costa de Guinea, que por nombre propio llaman Caboverde.

Tiene esta isla (que es la mayor de aquellos mares) casi diez y nueve leguas de largo y diez de ancho; está de la banda del norte catorce grados, y dos tercios de la línea equinoccial. La primera vista á quien navega, no representa esta isla más que sierras inhabitables, peñascos fragosos y montañas despobladas; con todo eso recoge dentro de sí valles y riberas muy frescas, y que con toda abundancia y liberalidad producen algunos árboles, así de los que se dan en nuestra Europa, principalmente de fruta de espina, como de otras que le fueron de las Indias occidentales, demás de las que son naturales de la tierra, como palmas, que dan cocos, que si no son los mejores árboles, son los mayores, porque donde le falta la bondad del fruto, suple la fuerza del terreno. Es el clima poco saludable, principalmente en la ciudad, por no ser señoreada del Norte, á causa de una alta cordillera que lo estorba, habiendo allí otros sitios que gozan lo apacible y sano de mejores aires: pero los habitadores más tratan del interés y comercio, que de la comodidad y salud; y acontece por eso muchas veces perderlo todo. Los que más experimentan la malignidad de estos aires, son los nuevos huéspedes, con los cuales este país, especialmente en tiempos de aguas, usa muy poca benignidad y agasajo; porque es raro el que al principio no es recibido de su inclemente clima con una fuerte y malévola enfermedad.

En esta isla entró el P. Baltasar con dos Sacerdotes de la Compañía, el P. Manuel de Barros y el P. Manuel Fernandez, ambos religiosos de grande ejemplo y de muy conocida virtud; fueron recibidos con grandes fiestas y alegría de toda la tierra y en particular del gobernador Fernando Mezquita de Brito, hijo de Gomez de Brito, que los admitió con notables demostraciones de benevolencia, abrazándolos y pretendiendo con grandes veras aposentarlos en sus mismas casas, que ya para ello tenia preparadas, mientras hallaba sitio acomodado, en que se edificase una casa á la Compañía; pero el P. Barreira, como verdadero misionero de la Compañía, se fué á recoger en el hospital de la Misericordia, donde el proveedor le hizo agasajar con toda caridad.

Luego el siguiente dia salió el P. Baltasar á hacer doctrinas por la ciudad, continuando los demas dias predicando y confesando con gran fruto y aprovechamiento de aquellas almas, que en todo tiempo necesitan mucho de semejantes auxilios, no cesando de dar gracias á Dios por haberles enviado un hombre de tanta virtud y de celo tan apostólico. Mas el fervoroso espíritu del P. Baltasar, que no se quietaba en una sola isla de diez y nueve leguas, trató luego de hacerse á la vela y entrar por aquel vastísimo campo de Guinea, que dista por lo más cerca cosa de noventa y más leguas de la isla; y porque su anhelo era muy grande, no le daba lugar á considerar los inconvenientes de aquella jornada en tal tiempo. Estos le declaró el gobernador no consintiendo que por entónces se resolviese por el grande peligro que habia, sin que primero pasasen las lluvias, que solamente por los meses de agosto, setiembre y octubre, predominan en aquella tierra. Así lo permitió el Padre por el gravísimo escrúpulo que los Padres sus compañeros le pusieron, hasta que finalmente en la primera ocasion de embarcó y entró, como veremos brevemente, por aquellos reinos, alumbrándolos como un nuevo sol que resplandeció entre las oscuras tinieblas de su ignorancia y etiopes colores de aquellos negros gentiles.

VII

Pasa el P. Baltasar á Sierra Leona, bautiza muchas de aquellas gentes; escribe el rey D. Felipe III, cuéntase un caso en que se muestra el sentimiento que el demonio tenia de los bautismos que hacia.

Venciendo el fervoroso espíritu de este infatigable obrero de la viña del Señor inmensas dificultades, abrasado del deseo de la salvacion de los gentiles que habitaban la Sierra Leona, llamada así por los muchos leones que cria, partió de la isla de Santiago y con buen tiempo tomó puerto en Guinalá, que está en un brazo arriba del rio Grande. Tuvo luego ocasion, que para él fué muy alegre y dichosa, de confesar y comulgar á los portugueses de aquella poblacion; de allí entró por el país adentro, porque la sed de convertir aquellos gentiles era muy grande: halló que el Rey de la Sierra estaba enfermo, y ántes de hablarle el Padre, convirtió y bautizó á muchos principales de su reino y los persuadió á tener una sola mujer, que esta es la mayor dificultad con que el demonio los enreda, haciéndoles por este camino guerra, tanto más violenta cuanto más blanda. Agravósele en este intermedio la dolencia á aquel Rey, entró el Padre á visitarle, procurándole la salud del

alma que estaba mucho más enferma que el cuerpo; mas no le fué posible, por más medicinas que le aplicó, recabar el remedio, haciéndose del bando de Cristo ántes que se le acabase la vida. Porque en fin vino á morir en los yerros de su ciega gentilidad, pudiendo con tanta facilidad ganar en una hora la libertad de ellos y la pérdida de tantos años; pero son inexcrutables los secretos de la Divina Providencia, que quiso en esta ocasion dar tal noticia á este Rey para mostrar que se perdia por su voluntad y no por falta de remedio, con que tuviese ménos excusa y mayor pena. Persuadió el Padre á los principales del reino á que en la muerte del Rey no matasen gente humana, conforme acostumbran en tales ocasiones, pareciéndoles que los que así sacrificados mueren, van á servir á los reyes en el otro mundo; que de estas trazas usa el demonio para calificarles por buena su crueldad.

Salió, pues, de aquí el P. Baltasar; llegó al puerto de Bigubá donde entónces habia poblacion de portugueses, á los cuales tambien reformó y consoló. De allí entró por la tierra adentro, en que convirtió muchos gentiles y bautizó algunos de aquellos reyes, hasta que ofreciéndose una lancha, que pasaba á Sierra Leona; se embarcó en trece de junio de mil y seiscientos y cinco para aquel reino, que en aquella costa de Africa es más principal, para hacer en él el siervo de Dios su principal empleo. Era el tiempo de aguas y vientos contrarios; la embarcacion muy incómoda, fuera de ser muy pequeña; y así fueron grandes los trabajos y muchos los peligros que el buen P. Baltasar aquí padeció, gastando en esta navegacion de Bigubá á Sierra Leona dos meses enteros, siendo lo ordinario hacerse en seis ú ocho dias; que parece resistia el príncipe de las tinieblas, conjurando los aires y levantando tormentas contra la embarcacion, en que sabia que navegaba un tan descubierto enemigo suyo. Entre otros grandes peligros, se saltó fuera en una tormenta el timon y se fué á pique, para que no quedasen esperanzas de poderle cobrar; diéronse todos los pasajeros por perdidos, y el mismo piloto se vió tan turbado, que los desanimaba á todos, no pudiendo gobernarlos por faltarle el timon en que estribar. En este grande peligro acudió el animoso y confiado en Dios P. Baltasar á la oracion, haciendo juntar las escotillas obedeció el barco, y viniendo con él abordando, echaron milagrosamente el ferro, como parece, en el puerto de Buré, que ántes no pudieron entrar; que cuando Dios es el piloto, fácilmente se suple la falta del timon y de la vela.

Mientras que en este puerto se rehizo la embarcacion, y se ajustó otro remo; no perdió el varon de Dios ocasion de verse con el Rey de aquella tierra, al cual dejó por entónces muy aficionado á la fe católica y con promesas de levantar luego una iglesia; y á la vuelta que hizo á aquel Reino le bautizó. Continuaron luego su navegacion, llegaron al primer puerto de Sierra Leo-

na, llamado S. Miguel, en víspera de S. Mateo, que tuvieron por buen pronóstico, esperando del glorioso Apóstol favores divinos en aquella apostólica empresa. Y así los experimentó largamente el buen Padre; porque, discurriendo por aquellos Reinos, hizo innumerables bautismos, y convirtió muchos de aquellos reyes, entre los cuales fueron muy celebres los Reyes D. Felipe, D. Pedro y D. Miguel, cuyas conversiones y admirables progresos en la fe andan escritos por el P. Hernando Guerrero, en las relaciones que con gran curiosidad imprimió de los sucesos que tuvo la cristiandad en las misiones trasmarinas de la Compañía, entre las cuales tiene buena parte esta gloriosa del P. Baltasar, el cual, por espacio de cinco años se detuvo en aquellos reinos, andando por todos ellos á pie, y haciendo en la verdad obras milagrosas, como extensamente podrá escribir otro, refiriendo sus mismas cartas, que son devotísimas y muy curiosas, ademas de ser muchas, y se guardan todas en el archivo de Coimbra, que darán bastante materia para hacerse una larga y buena historia.

Llegó á Portugal la fama de los muchos bautismos que se habian hecho en Guinea por el siervo de Dios, y de los muchos reyes de nuevo convertidos, de las maravillosas proezas con que Dios por aquellas partes le hizo admirable; y era notable la alegría que en todos causaban estas buenas nuevas, de modo, que llegando á Madrid, el Rey se dió por obligado á manifestar al Padre su satisfaccion por una carta, que me pareció poner aquí, cuyo original se guarda en nuestro colegio de la Compañía de Jesus en Lisboa.

Carta del Rey D. Felipe III, para el P. Baltasar Barreira.

Baltasar de Barreira, Superior de los Religiosos de la Compañía en las islas de Caboverde: Yo el Rey os saludo mucho. Tuve particular contento de saber que habeis bautizado al Rey de Sierra Leona y al de la otra costa de ella, y de las demas cosas en que os empleais por esas partes en servicio de Dios y mio, que mucho os agradezco; y espero, que con vuestra virtud, prudencia y ejemplo, se consigan otras muchas, y que por vuestro medio vengan todos los gentiles de ellas en verdadero conocimiento de nuestra santa fe, que es lo que sobre todo deseo.

Las memorias que me haceis os agradezco: á lo que me decís sobre los Reyes de Biguba y Guinala, y socorro que pretenden les mande dar contra los Bijagos, y daños que estos gentiles hacen, y que de ellos reciben las poblaciones del Rio grande, y comercios de mis vasallos, y necesidad que hay de que sean castigados, por lo que tambien decís de Sebastian Fernandez Cassan, ser á propósito para esta empresa; os encomiendo trateis con él, si

la quiere tomar á su cuenta, como ofrezco, y que apunte las cosas, que para eso pide, para mandarlo yo ver y ordenar lo que juzgare ser servicio mio; y de lo que con él tratáredes, su respuesta y apuntamientos que hará, me avisareis cuanto más brevemente fuere posible.

Sobre el trato que decis usan los portugueses que viven en Portodalle y Joála, y hierro que de allí se lleva para pasar á Cuiné, he mandado, que se guarde lo que dispone la Bula de la Cena, y leyes que mandé hacer para que los extranjeros no vayan á mis comercios. Y en el particular que tambien me escribisteis, de que haya capitan en Cacheó; mandé ordenar lo que allá entendereis. Fecha en Lisboa á diez y nueve de noviembre de mil y seiscientos once.

YO EL REY.

De esta carta bien se ve el doblado espíritu de este grande siervo del Señor; pues no sólo asistia en primer lugar á las cosas de nuestra santa fe y conversion de los gentiles, mas tambien acudia al bien de aquellos estados, y al remedio de aquellos Reyes, sus catecúmenos, bautizados y ahijados, negociándoles socorros, y advirtiendo lo que era necesario para la mejor conservacion de aquel comercio.

Si era grande la alegría del cielo sobre tantos pecadores, que hacian penitencia de sus pecados, y dejando las tinieblas de la idolatría, entraban por los caminos resplandecientes de la salvacion; tambien era grande la tristeza del infierno y de sus ministros, por causa de las muchas presas que este fuerte soldado les quitaba. Son los gentiles de esta parte de Guinea notablemente supersticiosos, grandes y famosos hechiceros. Eran muchos los ídolos que habia por aquellos reinos, y en el ínterin que alguno de aquellos reyes se purificaba en el sagrado lavacro de la regeneracion; sacaban á público los ídolos, por mandato del mismo Rey, y como á una montería de jabalíes acudia el lugar todo, y venian los niños de la poblacion, y el Padre mandaba entregarles en sus manos los ídolos, para que á vista del pueblo (que en esto tenia un alegre espectáculo) los despedazasen, y con ellos hiciesen una hoguera: lo cual por dos respetos ordenaba así el Padre: el uno, para ostentar la poca fuerza de los ídolos, pues los podian vencer niños de tierna edad; el otro, para criarlos en santo odio de aquellos falsos dioses.

No sólo eran muchos los ídolos, mas tambien habia lugares totalmente dedicados al demonio, entre los cuales era muy celebrada y muy temerosa una isla, que llamaban Camasono, apartada de tierra espacio de una legua, entre los reinos de aquellos Reyes D. Felipe y D. Pedro. De esta isla habia muchos años que el demonio era señor tan absoluto, y tirano tan insolente; que no consentia que en ella entrase persona viva, sino solos algunos sus

muy devotos y confidentes. Y si algun otro, ó por curiosidad ó descuido viniese, luégo á la entrada eran tan horribles los bultos y tan formidables los fantasmas que por la playa se les aparecian (porque el demonio hace guerra con feísimos aspectos, cuando no puede con más dañosos efectos) que de esta suerte amedrentados huían de la isla, y multiplicaban los sacrificios, para que no los persiguiesen en tierra firme aquellos horrendos fantasmas, que en la isla de Camasono tenian su asiento. Diré ahora lo que sucedió al P. Manuel Alvarez de nuestra Compañía, súbdito y fiel compañero en los trabajos del P. Baltasar Barreira, y contaré este caso casi por sus mismas palabras, que son las siguientes:

Hallóse enfermo, dice él, el Rey de la Sierra, pidióme confesion, envióme un recado á una isla, donde yo estaba en obra de mucha gloria del Señor. Para acudir á esta confesion, me llevaron los portugueses en un batel; llegué á la Sierra, confesé al Rey, y á la vuelta pedí al que gobernaba el barco, que fuésemos costeando á la isla de Camasono, antiguo seminario de toda esta idolatría. Holgáronse mucho los portugueses de esta ocasion, por tenerla de coger fruta de la arboleda que ciñe sus playas, y de ver si descubrian alguna novedad de aquellos infernales trasgos, con que tantos asombros causaban. Retiraba ya el sol sus luces, cuando de repente descubrimos el mar todo cubierto de chalupas llenas de demonios llorando, y á grandes voces entonando la queja ó letra siguiente: *Padre á ponsu enó,* que quiere decir: *el Padre nos acaba aquí,* que así se querellaban estos demonios del buen P. Baltasar, al modo que en el Evangelio, el otro demonio se quejaba del Señor: *Venisti perdere nos.*

Salian todas estas chalupas, conforme la derrota que llevaban de la isla de Camasono, en cuya playa se vió luégo un demonio de espantosa figura, que representaba un triste y descompuesto viejo, el cual con desentonados bramidos gritaba desde la isla, llamando á los que ya iban por el mar. Hecha esta representacion desaparecieron las lanchas, y los que estaban en las más vecinas islas, atemorizados, sospechaban ser de gente de guerra (que no la podian tener más peligrosa), y cuando estaban más suspensos, entró el maligno espíritu en el cuerpo de una gentil; atormentábala, y hablaba por ella lenguajes peregrinos; preguntóle uno de sus sacerdotes falsos, ¿qué gente era aquella que salia de Camasono? Respondió entónces el espíritu soberbio: «Eramos nosotros, que os queremos dejar, ya que el Padre nos azota, y vivimos tan apretados por estas partes, que no hay ya lugar para nosotros; y si no multiplicáredes los sacrificios, todos habeis de pagar el mal que nos hace este Padre.» Que de estas artes y sútiles engaños sabe usar el espíritu engañador, y padre de la mentira.

De allí á dos ó tres dias (para que llevemos al cabo la historia de Camasono, y concluyamos con estos diabólicos navegantes) vino un régulo de la isla en que moraba la gentil endemoniada á nuestra aldea de S. Pedro, entra en casa del Rey cristiano, y empieza con grandes gritos á vocearle en su lengua de esta manera: «Papa Obei muna xarafe corofica Camasono boga su achem gane chico Padre á sapeco,» que era decir: «Padre Rey, vos no sabeis que los demonios de Camasono, nos tienen por enemigos, porque el Padre nos azota.» Tomó de allí ocasion el Rey para mostrarle cuán flaco era el poder de todo el infierno junto, pues un solo Padre bastaba para vencerlos y confundirlos á todos.

Esta historia refiere el P. Manuel Alvarez de esta isla; y de sus ídolos y hechicerias hace muchas veces mencion en sus cartas el P. Baltasar Barreira; y bien se vé en ella cuán grande era la guerra, que el buen Padre hacia al infierno, y cuán gloriosas eran las victorias que de él alcanzaba, pues sus mismos enemigos así lo confesaban.

VIII

De la santa muerte del P. Baltasar Barreira, del sentimiento que de ella hubo, y de las exequias que se le hicieron.

Un año habia que el varon de Dios estaba en la isla de Santiago, en la ciudad de la Ribera grande, á donde habia venido de Sierra Leona, para acudir á muchas cosas del servicio de Dios, que allí eran necesarias, así por ser el Superior de aquella mision, como porque los Gobernadores de aquella conquista se ayudaban mucho de su consejo. Pero su grande espíritu no le daba treguas, ni los muchos años que tenia (era ya de setenta y cuatro) le permitian algun descanso; trató con toda buena diligencia de embarcacion para tornarse á Sierra Leona á continuar con su cristiandad. Es propiedad de la virtud no atender á lo que ya hizo, sino á lo que ha de hacer, ni ver lo que ya tiene, mas lo que aun le falta. De aquí nace que vemos á los Santos no estar nunca contentos de lo que ya alcanzaron; ántes andar siempre solícitos en buscar lo que desean tener; porque la virtud es una santa avaricia, la cual cuanto es más rica, tanto se tiene por más pobre; y cuanto más alcanza, tanto más apetece.

Deseaba este buen Padre volver á Tierra firme á bautizar más gentiles, padecer mayores trabajos, y morir, como él muchas veces decia, entre bárbaros, á puro desamparo, imitando á su querido Maestro y Señor, que mu-

[illegible] y en los brazos del desamparo. Santos eran es[illegible] [illegible] Dios: mas no siempre cuando nuestro Señor esti[illegible] [illegible] obra; y muchas veces, aunque alaba los deseos, [illegible] aprobando la causa, sin consentir el efecto. Así vemos [illegible] de tal manera faltaron las embarcaciones, que no [illegible] hasta que la enfermedad y la muerte totalmen[illegible] Dios que muriese entre los nuestros, que estaban [illegible] que hubiese testigos de vista, que despues representa[illegible] que nos dejó, y la perseverancia que tuvo hasta el [illegible] en aquella ciudad, sin el P. Baltasar, otros dos religio[illegible] [illegible] Gomez, que en aquellas partes trabajó como siervo fide[illegible] [illegible] murió despues Ministro en la casa de San Roque, y el [illegible] que murió en la misma casa, habiendo procedido con mu[illegible] [illegible] alabanza en aquella parte de Guinea treinta y cuatro años; [illegible] de todo lo referido por escrito y de palabra.

[illegible] en la Cuaresma de mil seiscientos y doce años, que ya no [illegible] quebrantado contrastar el peso de trabajos tantos; y con [illegible] dejar sus ayunos ordinarios, persuadiéndose que los po[illegible] con el vigor del espíritu, juzgaba que suplia la flaqueza de [illegible] que al cabo se rindió al mal y se sujetó á la cama. Asistié[illegible] [illegible] caridad, no ménos los dos Padres de nuestra Compañía, que [illegible] de la ciudad; pero si eran grandes los deseos que en todos [illegible] salud; mayores eran los que él tenia de volar á la eterna, [illegible] temporal. Gastaba todo el dia en contínuos soliloquios al [illegible] suspiros de ver á Dios, repitiendo con tanta vehemen[illegible] [illegible] ejercicios; que los Padres se lo estorbaban á veces, ponién[illegible] [illegible] escrúpulo por cansarse tanto: en especial se le acrecentaron el dia [illegible] Ascension de Jesucristo Señor nuestro, con grandes júbi[illegible] [illegible] que anhelaba subir acompañando al Hijo de Dios al cielo en [illegible] hora. Y porque habia ya recibido los Sacramentos, pidió que [illegible] y tendiendo la mano, con afectuosos coloquios al Señor, [illegible] que le llevase en aquella hora santísima: y aunque se le dilató la [illegible] camino en su preparacion, que por instantes con notables finezas [illegible] hasta que finalmente en dos de junio le comenzaron á venir cor[illegible] [illegible] muerte, más ciertos y más apresurados, que admitia con ad[illegible] [illegible] alegría. Llegáronse en esta sazon á él los dos Padres, Sebastian Go[illegible] [illegible] Antonio Diaz, pidiéndole con muchas lágrimas la bendicion, que él [illegible] con grandes muestras de amor, asegurándoles del cuidado que lleva[illegible] [illegible] de encomendarlos á Dios y á nuestro glorioso P. S. Ignacio, diciéndoles

algunas palabras tan suaves y cariñosas, que los movia á llorar copiosas lágrimas.

Así hablaba con los dos Padres de las cosas del cielo, y en lo tocante á la sepultura de su cuerpo y Misas que pedia le dijesen; como solia en otro tiempo, disponiendo las cosas del gobierno de casa. Pocas horas ántes de espirar, pidió al P. Sebastian Gomez que le escribiese una carta para el P. Provincial Jerónimo Diaz, la cual yo de muy buena voluntad pusiera, á tenerla á mano; mas conténtome con referir lo que de ella dice el P. Sebastian Gomez en el Memorial que remitió al P. Provincial, sobre esta muerte tan santa, que es lo siguiente: «Pocas horas, dice, ántes de espirar, notó la carta, que con esta vá para V. Reverendísima, palabra por palabra, de la cual se verá la providencia, la prudencia y santidad de que Dios nuestro Señor le dotó. Esta carta nos dejó admirados, por ser en tal tiempo notada, mezclando las palabras de ella con las agonías del alma: ni yo entendí nunca ver cosa semejante, ni cuando comencé á escribirla juzgué que pudiese acabarla ántes de fallecer, porque demas de dictarla, me obligó á repetirla algunas veces, y él mismo enmendaba lo que le parecia.»

Hasta aquí el P. Sebastian Gomez sobre esta carta, que en aquella ocasion dictó el P. Baltasar, como si fuera la última música, que, estando vecino á la muerte, nos daba este excelente y cándido cisne, que entre lágrimas alegres moria cantando; hasta que el lúnes, cuatro de junio de mil y seiscientos y doce, en la infraoctava de la Ascension, cerca de las diez de la noche, recostado sobre un lado como quien queria reposar; con mucha quietud tomó el sueño de la muerte en el Señor, siendo de edad de setenta y cuatro años, de los cuales vivió en la Compañía cincuenta y seis y cinco meses.

El sentimiento que hubo de su muerte fué tan grande, que todos generalmente en la ciudad lloraban: el Gobernador y los nobles todos se vistieron de luto; hasta los niños plañian, como si se les muriese su padre; los negros más bárbaros mostraban mayor sentimiento, y por la isla no se oian más que llantos. Y á la verdad, la pérdida de un varon santo es la mayor que puede haber en una ciudad, y la que solo merece ser lamentada con mayores demostraciones de cordial sentimiento.

Acudieron á nuestra casa el Gobernador, todo el cabildo con sus dignidades y la clerecía que en la ciudad se halló: hiciéronle las exequias con la mayor solemnidad que hasta entónces en aquella tierra se habian celebrado: la Misa del entierro dijo el Dean con diácono y subdiácono, á canto de órgano, oficiada segun el Ceremonial nuevo, que lo era tanto para aquel país, que aun no era en él conocido; pues fué aquella la primera Misa que por él se dijo, siendo mucho más nuevas las lágrimas con que tantas veces se interrumpió el

Oficio que no pudieron en aquella mañana acabar. Al llevarlo á la tumba hubiera de suceder mucha perturbacion, por querer cada uno de los nobles participar el bien de tocar aquel venerable depósito, teniendo muchos por grande honra y consuelo, si no podian llevar el cuerpo, á lo ménos ir arrimados al féretro; siendo muy de ver en este acto de tanto sentimiento á los dos Padres, que con ir llorando, querian persuadir á la gente que no llorase; pero dobláronse en todos las lágrimas, cuando ántes de darle á la tierra, llegaron á besarle la mano con tan grande afecto, que parece no podian apartarse de él.

Al otro dia, cinco de junio, se juntaron todos y se acabó el Oficio; y al tercer dia hubo tambien Misa cantada con la misma solemnidad, á que tambien asistió el Gobernador con toda la nobleza de la ciudad; y el canónigo Rodrigo Annes Centeno, Provisor y Vicario General, sin haber hablado palabra los nuestros para la funcion, se subió al púlpito é hizo una prudente y devota oracion muy ajustada al caso, diciendo grandes loores del P. Barreira, cou la cual acrecentó las muchas lágrimas de la gente y la buena opinion del difunto.

IV

De las buenas partes de que Dios dotó al P. Baltasar Barreira y de algunos casos que obró por él que parecen maravillosos.

Este fué el dichoso fin del P. Baltasar: así murió aquel santo, acabando de muerte natural, pidiéndola á Dios violenta con el hierro del martirio; murió en la cama, deseando que fuese en el campo, peleando como soldado valiente, y no tendido como enfermo flaco. Fué hombre, como hemos visto, de grandísimo celo de la salvacion de las almas. El trato con Dios fué muy familiar, con quien gastaba no sólo muchas horas del dia, mas gran parte de la noche; su mortificacion era rigurosísima, más de lo que pedian las fuerzas de un cuerpo anciano. Muchos años habia que su cama era en el suelo, sin otro aparejo más que una estera de lo que llaman bucho, y en ella descansaba vestido como quien queria estar siempre á punto, ceñido y velando para á cualquier hora acudir al rebato de la salvacion de los prójimos. Las disciplinas que se le hallaron, eran unos cordeles tejidos de hilos de alambre, y como testificó el Provisor en la oracion fúnebre de sus exequias; tambien le hallaron un áspero cilicio, con el cual se apretaba de manera, que por la costumbre detraerle le tenia gastada y consumida parte de la carne; que así se

supo ceñir y apretar este vigilante siervo del Señor, trayendo impresos en el cuerpo los instrumentos de su penitencia, tan unidos y aferrados con su carne vencida; que le pudieran quitar el cilicio mas no las señales de sus victorias.

La compostura exterior era en todo angélica y de hombre santo; que este era el nombre que con sus raras virtudes ganó en toda la tierra. En aquel semblante y canas de hombre venerable, juzgaban muchos que miraban un ángel del cielo; este privilegio sin duda le vino de la pureza de su vida, que por esta causa quiere S. Agustin que los de la Sinagoga viesen el rostro de S. Estéban como si fuese el aspecto de un ángel; y en este particular consta por testimonio de los que le confesaron generalmente algunas veces; que nunca tuvo cosa en su vida que se pudiese juzgar por pecado mortal.

Este tengo yo por el mayor milagro de las muchas maravillas que se cuentan de este siervo de Dios, de las cuales tambien brevísimamente referiré tres. Un Arcediano de aquella iglesia llamado Sebastian de Mota, era muy sujeto al mal de gota, el cual le acometia muchas veces con intolerable fuerza de dolores, que le duraban de ordinario diez ó doce dias. Estando ya doliente el P. Baltasar; el Arcediano le encomendó á Dios diciendo Misa, y sucediendo el siguiente dia embestirle el acostumbrado accidente, estando lidiando con el tormento de vehementísimos dolores; dijo estas palabras: «*Padre Baltasar, ya que ayer os encomendé á Dios, bien podreis vos hoy alcanzarme remedio para estos dolores.*» Diciendo esto, luego se adormeció y soñó que estaba en Roma y que allí se hacian grandes fiestas al P. Baltasar Barreira, por ser santo y particular abogado de la gota y que le tenia alcanzada perfecta salud. Este fué el sueño: lo cierto es, que despertó sin dolor alguno, como si nunca tuviera gota ni señal de ella. Quedó tan aficionado al Padre, que estando ya su cuerpo en la sepultura; se entró en ella y le besó la mano, no queriendo apartarse de médico tan milagroso que le habia dado salud.

El segundo caso cuenta el P. Sebastian Gomez en aquel memorial, donde dice, que estando él en Sierra Leona con el P. Baltasar Barreira, tuvo una gentil tan grandes dolores de parto, que comenzó á agonizar, persuadiéndose todos que moria; llegó en esta sazon de fuera el marido que tambien era gentil; mas porque habia oido contar muchas maravillas del P. Baltasar, clamó á grandes voces en su lengua diciendo: *Padre viejo, Padre viejo*, exhortando tambien á su mujer á que invocase al mismo Padre. Y en empezando los clamores, luego la mujer parió un niño, quedando sin peligro alguno; y con ser gentiles, en reconocimiento de esta merced, pusieron al niño por nombre Baltasar, y siempre conservó este nombre entre los gentiles, los cuales no solamente al dichoso negriillo llamaban P. Baltasar; sino tambien á la madre, porque la llamaban la madre del Padre; y de allí á algunos años se bautizó

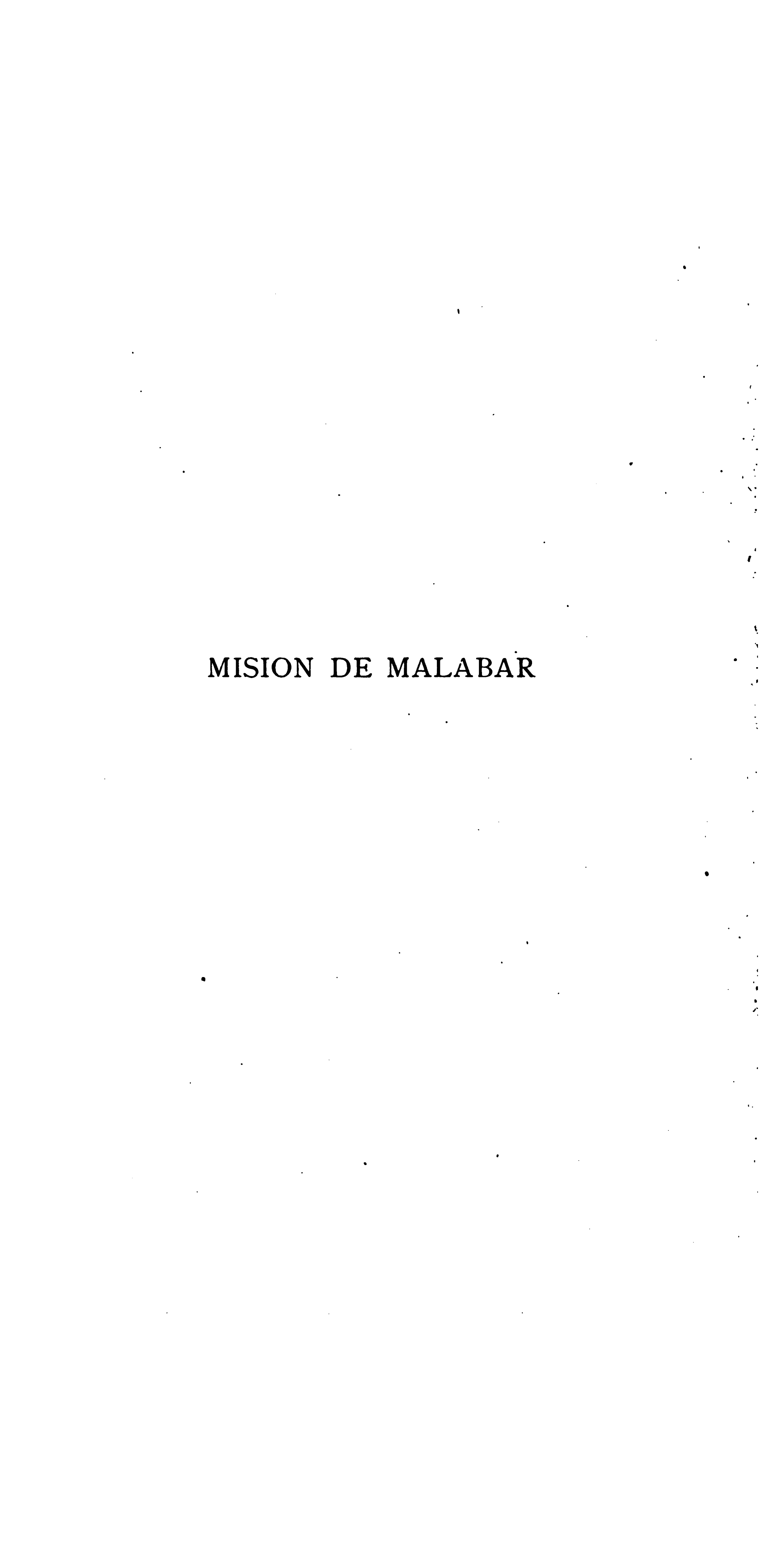
este niño, dándole el siervo de Dios la vida del alma como le habia dado la del cuerpo.

Sea el tercero y último caso, que yendo en Sierra Leona alguna gente en una embarcacion, acostumbrada en aquellos mares, llamada Almadia, la cual es mucho más baja que nuestros barcos; se levantó tan fuerte marea y se hinchó el mar con tanta furia, que se dieron los de la Almadia totalmente por perdidos. Iban en ella unos mozos, tocantes á nuestros Padres, y acordándose uno de ellos que llevaban en la embarcacion una vestidura que habia servido al buen P. Baltasar; como si fuera una preciosa reliquia, la sacaron fuera y levantándola, la enarbolaron como bandera en una hasta, contra la furia del mar y contra el ímpetu de sus soberbias olas, las cuales al instante (parece que reconociendo en aquel vestido la virtud de la capa de Eliseo, á que obedeció el Jordan) amainaron de repente serenando sus crespas espumas con que quedó mar de leche el que poco ántes era golfo de tempestades, ocasionando esta mudanza, mediante la gracia divina, el vestido de este santo varon, reverenciando en él la virtud de su dueño, como reliquia de santo, que por tal fué y es tenido de todos los que le trataron.

Toda esta historia escribió el P. Baltasar Tellez, en la segunda parte de la crónica de la provincia de Portugal, lib. 6, desde el cap. 26 hasta el 34 inclusive. Y fuera de eso el P. Hernando Guerrero, en su libro de la Mision de Sierra Leona, escribió muchas de sus ilustres hazañas, y otros autores que han tocado estas historias.

P. ANDRADE.





MISION DE MALABAR



P. ANTONIO CRIMINAL

El primero que entre tan esclarecidos mártires como ha habido en la Compañía de Jesus, mereció alcanzar la dichosa aureola del martirio y confirmar su doctrina con la sangre derramada por la fe que predicaba, fué el P. Antonio Criminal, varon verdaderamente santo y de espíritu apostólico.

Era natural de Sisi, lugar de Lombardia, vecino á Parma. Asistia en la corte romana mancebo en la flor de su edad, cuando la religion de la Compañía estaba tan al principio de la suya; que no habia sino dos años que se habia fundado.

En ella fué recibido y se ofreció á Dios, mudando el estado de vida, y saliendo juntamente de la tierra donde se habia criado, de la conversacion de los parientes y amigos y de la casa de sus propios padres, con una obediencia semejante á la de Abraham, y para reinos y provincias más distantes de lo que era de Caldea á Palestina, á donde Dios llevara al Patriarca: porque en el año de cuarenta y dos le recibió nuestro P. S. Ignacio, y en el mismo le envió luégo á Portugal, de donde en llegando, partió para la India, y fué el primero que se embarcó en Lisboa despues del P. S. Francisco Javier, aunque por invernar su nao en Mozambique no entró en Goa, sino con los Padres Nicolao Lanceloto y Juan de Beira, que el año siguiente fueron en la armada de D. Juan de Castro.

Y porque S. Francisco, que á este tiempo partia de Santo Tomé para Malaca, dejaba ordenado, que todos los que viniesen de Portugal pasasen á la costa de la Pesquería; aunque el Maestro Diego de Borba y los que entónces gobernaban el colegio de S. Pablo, hicieron por detener allí al P. Antonio, tomando á su cargo y afirmando que, vistas las necesidades de aquella casa, esa seria la voluntad del P. S. Francisco; pero él no esperó más en Goa que

el tiempo y navío para ponerse en el cabo de Comorin, teniendo por mejor en la obediencia la diligente y ciega ejecucion que las epiqueyas é interpretaciones de la prudencia.

Ya cuando salió novicio de Roma era un espejo de modestia y rara bondad á todos los que lo veian y trataban, como testifica el P. Ribadeneira, en cuya compañía vino (partiendo ambos juntos de la misma ciudad, uno para París, otro para Portugal) hasta Aviñon de Francia; y dice, que entre las demas virtudes de que el Señor habia dotado en muy alto grado al P. Antonio, muchas veces en aquel camino se espantaba consigo mismo de su ardiente caridad. El llevaba los mantos y otras cargas de sus compañeros. El era el primero que vadeaba los rios, porque otro ninguno peligrase primero, y pasaba á cuestas á los de ménos ánimo y fuerzas. En las posadas y en todas las demas cosas hacia con los otros oficio de esclavo y padre juntamente, sin perdonar á trabajo suyo; y sin esperar agradecimiento ajeno.

Mucho más espantó despues á los que le conocieron en la India. El P. Enrique Enriquez escribió á N. P. S. Ignacio, que nunca habia visto mayor desprecio del mundo que en el P. Antonio Criminal. El P. Alonso Cipriano, que lo habia acompañado diez meses en la misma costa, alabándole de muchas virtudes; afirma, que vió en él y experimentó en un punto muy subido aquella piedad, prudencia y humildad, honestidad, templanza y todas las demas que la Iglesia canta de cada uno de los Santos Confesores en el himno de sus vísperas. Mas sobre todos es el testimonio de S. Francisco Javier, el cual para acabar de encarecer y declarar la perfeccion que deseaba tuviesen los obreros de nuestra Compañía en las partes de la India; concluia diciendo: «Fuera finalmente bien, que todos fuesen tales, cual es el P. Antonio Criminal:» porque este era el hombre que él habia hallado más á su modo y á su gusto, y como Dios decia de David, segun su corazon. Decia que todos los que pasaban á la India habian de ser como el santo P. Antonio Criminal: porque aun cuando estaba vivo le llamaba santo, y cuando escribia á S. Ignacio acerca del P. Criminal, el nombre que le daba era este de santo.

No podia S. Francisco Javier dejar de satisfacerse tanto de él; pues él, entre todos sus hijos, fué el que más le pareció, ántes el que más se transformó en el santo Padre, asi en las obras que se veian en lo exterior como en lo que se creia de lo interior de su alma.

Siempre dió á la fervorosa oraeion y meditacion, con el más y mejor tiempo de la noche, aquellas horas del dia que podia excusar del servicio del prójimo. Demas de eso, todos los dias, á la imitacion del apóstol S. Bartolomé, se arrodillaba cuarenta veces, orando por un breve espacio cada una. El P. S. Francisco Javier clavaba á cada momento los ojos en el cielo, arrodi-

llándose en espíritu delante del Señor; el P. Antonio ponia las rodillas en tierra, levantando los ojos del alma hasta la presencia del mismo Dios.

Y si añadiéremos á esto lo que se escribe de su celo de ayudar á los prójimos, del ánimo en acometer los trabajos, de la constancia en llevarlos adelante, del sufrimiento de las sinrazones, de la blandura con los pequeños, de la entereza con los grandes; no dudaremos que tenia el P. Antonio el espíritu doblado, de la vida activa y contemplativa de S. Francisco Javier.

Asi dice el P. Alonso Cipriano en una para nuestro Padre S. Ignacio, que era fácil y suave en la conversacion, no enfadando á ninguno, edificando á todos. Así hablaba de la caridad con que se acomodaba á los hombres, y de la perfeccion en que juntamente se conservaba á sí mismo, no ménos de la apariencia de cualquier mal que de todo mal. Así se le hace verdadero pobre de espíritu, ángel en la pureza, resignado en la obediencia, firme y seguro en una viva fe y grande constancia en Dios, que más parece saca un retrato del P. S. Francisco, que nos lo dá del P. Antonio.

Mas no es cosa nueva haber tanta semejanza en las almas de los que verdaderamente se aman; pues es fuerza, como dice S. Jerónimo, que el amor las halle ó haga semejantes. Fuéronlo entre sí estos dos varones, hasta en las fuerzas y ejercicios corporales; que siendo el P. Antonio Criminal Superior de los nuestros en la costa de la Pesquería por espacio de tres años y medio; todas aquellas setenta leguas de arenales andaba á pie y descalzo, una vez por lo ménos cada mes, visitando las iglesias y lugares de los cristianos, como sabia lo habia hecho el P. S. Francisco. La cama ordinaria era la misma tierra dura; en la mesa la misma abstinencia; el mismo trabajo en traer á cuestas los cristianos, en componerlos y apaciguarlos entre sí, en defenderlos de los capitanes y otros oficiales, en ampararlos de los infieles.

Teníanle tanto amor, que lo que él decia tenian por sentencia, ni en sus pleitos y disensiones acudian á otro juez más que al que tenian por Padre. A lo que decia estaban todos, y obedecian en todo.

El P. Enrique Enriquez, varon apostólico de la costa de la Pesquería, á quien llamó S. Francisco Javier varon de insigne santidad, y es tenido por tan santo, que los mismos infieles juran en las cosas de más importancia por su nombre, como sagrado; este raro varon afirmaba, que no habia visto persona que se le pudiese igualar en la perfeccion de la obediencia, y en el desprecio de todas las cosas del mundo. Juntaba con esto una rara pobreza y humildad heróica.

Dióle nuestro P. S. Ignacio un año antes de su martirio, no el grado de profeso, sino sólo el de coadjutor espiritual, y quedó tan contento y agradecido su espíritu verdaderamente humilde, que le escribió esta carta.

«Jesus sea siempre con todos. La humanidad de V. P. venerable Padre, ha sido servida de admitirme por coadjutor de la Compañía, aunque soy indigno de ello; yo procuraré con todas mis fuerzas de corresponder en este grado á los deseos de V. P. y espero cumplirlo con el favor de nuestro Señor Jesucristo; y no me siento por esto que soy apto para este empleo, porque me hallo muy lejos de tener las partes necesarias para cumplir esta mi obligacion: con todo esto, pues le ha parecido así á V. P.; pienso que le tengo de obedecer en todo exactísimamente. Ni solamente coadjutor me hizo V. P. pero ser tambien participante de todos los bienes y méritos de la Compañía. Concedióme fuera de esto todas las facultades, gracias y autoridad como si fuera profeso, avisándome, que estas cosas me son concedidas ***ad aedificationem, non ad destructionem;*** y yo estoy persuadido de hacerlo así en Cristo nuestro Señor, donde quiera que estuviere: y para pasar mejor en esto adelante, aunque dejé en Roma á mi muy amado en Cristo P. Pedro Laudense los votos de pobreza, castidad y obediencia, para que se los entregara á V. P. y aunque he repetido estos votos muchas veces; quiero que entienda V. P. que no sólo al Prepósito de la Compañía, y sus profesos y coadjutores espirituales y temporales, pero á cualquiera en nombre de la Compañía, aunque sea un esclavo, me doy por obligado á él perpétuamente. Lo que toca á quellos siete impedimentos que excluye el ser de la Compañía, alabado sea mi Señor Jesucristo, que me ha guardado de ellos. Lo que resta es, que yo solo usaré de aquellas gracias en cuanto conviniere, con licencia y facultad del P. M. Francisco Javier; porque sin ella me abstendré de usar de ellas, como si á mí no me tocasen. Entre tanto daré muchas gracias á mi Señor Dios, y le pediré que nos conceda á todos llegar á la celestial Jerusalen.

Desde aquellas regiones de la India, que llaman Cabo de Comorin á 4 de diciembre, año de 1548.

Bien se echa de ver por estas razones el tesoro de humildad y obediencia que este observantísimo Padre tenia en el corazon; y para decir en pocas palabras mucho, fué un retrato vivo de S. Francisco Javier: y así como el santo salió al encuentro de los badagas, cuando venian sobre los cristianos de la costa de Travancor; así el P. Antonio Criminal les salió al encuentro cuando vinieron sobre los de la Pesqueria.

Andaba este apostólico varon cultivando los cristianos de Punicale, junto á los bajíos de Remanacor, que están en lo más septentrional de la costa de los parabas, y por donde ellos confinan con las tierras de Narsinga. Hallándose, pues, aquí el P. Antonio todo ocupado en la doctrina y consolacion espiritual y corporal de aquella nueva cristiandad; súbito vino sobre ella un ejército de gente armada, como de seis mil badagas. levantados por los brac-

manes del Pagode Trichandur, que está dos leguas de Punicale, para vengar las afrentas, como ellos decian, de su ídolo.

Residian allí algunos cuarenta portugueses, mas los enemigos los espiaron bien, y tomaron desapercibidos de pólvora y armas. Respondió la turbacion al sobresalto. El lugar no tenia muros ni reparos que lo defendiesen; y cuando los hubiera, los parabas es gente blanda y flaca por naturaleza, criada y ejercitada en pescar y no en pelear; y los portugueses, en que estaba toda su fuerza, retiráronse con tiempo á los navíos. Era lástima ver huir unos para la playa por salvar sus propias vidas, otros para el lugar á poner en cobro las de sus mujeres é hijos; muchos corrian sin tino, ya á una parte, ya á otra; quien se arrojaba á nado, quien entraba por la mar con el agua hasta la boca, por alcanzar los bateles. Algunos se embarazaban en sacar de casa su pobreza; otros á todas querian dar fuego, ántes que los robasen los enemigos. Ningun órden, ningun consejo, ningun acuerdo, sin haber ni se oir más que lágrimas, llantos, gritos, lástimas de mujeres, de las criaturas, de los hombres, de todos. Sola una esperanza habia de remedio, y era enviar el Capitan de los portugueses á pedir las paces á los enemigos con alguna honesta condicion.

Váse el Padre sobre ello al navío, represéntale la inocencia de los que muriesen, el peligro de la fe de los que cautivasen, la afrenta de las mujeres, el desamparo de tantas criaturas, la destruccion de la iglesia, el estrago de la tierra. Mas son tan furiosos los estilos de la guerra, que anteponen en un Capitan á la libertad de los suyos, tener que vengar en los enemigos; y más quieren le deban á él las vidas de los que le matan, y él era obligado á defender, que no quedarlas debiendo á los que á su peticion las perdonan.

No vino en nada el portugués, diciendo, que sólo era obligado á aventurar la vida por los parabas en caso que fuese de provecho; mas en ninguno la honra: y demas de esto trabajaba por detener consigo en la embarcacion al P. Antonio Criminal, persuadiéndole que ya no tenia que ir á buscar á tierra, sino la muerte, siendo tan importante á aquella cristiandad, que él viviese para ayudarlos por muchos años, y tan poco morir aquel dia sin hacerle ningun servicio. Así se lo pedian no solamente los otros portugueses, mas los mismos cristianos de la tierra, estimando más la vida de su Padre solo, que las de todos sus hijos y parientes juntos.

No pudieron todavía con el Padre las razones de los que ya estaban en salvo en los navíos, como las lástimas de los que áun quedaban desamparados en la playa. Con más priesa de la que habia traido, se volvió para ellos, y lo que primero hizo fué ir á la iglesia (donde aquella misma mañana habia

dicho Misa) á ofrecer á Dios su propia vida y á encomendarle, como á eterno y verdadero Pastor, las ovejas; y luego recogiendo toda la gente que quedaba en tierra; dá con ellos la vuelta, llevándolos delante de sí hácia la mar, donde instaba y trabajaba todo lo posible porque se embarcasen, especialmente las mujeres y los niños, sin hacer caso de los que todas partes le pedian se salvase tambien á sí mismo. Antes viendo que se venian los bárbaros llegando; corrió solo para ellos con un rostro alegre y sereno, no á herir, ni á morir matando, cual fué la falsa devocion de los Decios romanos, cuando engañados de los sueños supersticiosos y diabólicos, y mucho más de la vanísima ambicion del nombre y fama del propio valor y amor de los suyos, se metieron armados por los ejércitos enemigos; mas á esperar, recibir y hospedar la muerte, como hacemos á los huéspedes de más calidad y obligacion, cuando por mostrar que la tenemos, salimos á recibirlos fuera de casa.

Así se fué el P. Antonio á encontrar con los badagas, lleno de las esperanzas de la inmortalidad, y santamente llevado y movido del ejemplo y doctrina del Señor, que en el huerto salió á ofrecerse y entregarse á los enemigos, y salvó á los discípulos, habiendo ántes dicho que así lo haria siempre el buen Pastor.

Estando ya, pues, á tiro de los del primer escuadron; pónese de rodillas con el pecho en aquella gente fiera, las manos en el cielo, mostrando en esta hermosa postura que de los bárbaros, pues ni miraba para ellos, no queria nada, ántes les ofrecia á las pelotas el pecho y el cuello á los alfanjes; y que sólo lo habia con Dios, no ya pidiéndole, mas ofreciéndole la vida temporal y encaminando y apresurando, como hacia S. Martin, con los ojos del cuerpo y encendidos deseos del alma al espíritu, para ir á gozar en el cielo de la eterna. Pasó ligeramente la vanguardia por el santo, llevándole solamente el bonete, como que hacian más escarnio de su oracion que caso de su muerte. Siguiéronse otros despues de estos, que aunque deliberaron de matarle, le dejaron con vida, porque se viese cuánto era más constante la caridad en ofrecerla que apresurada la crueldad en quitarla. Venian en la retaguardia muchos moros, de los cuales uno de una toca, por el odio que todos tienen tan infernal al nombre de Cristo y predicadores de su fe, fué el primero que le enclavó la lanza rasgándole por el lado izquierdo las entrañas; diéronle los otros por muerto y corrieron á despojarle y llevarle la pobre sotana; mas él que aun estaba vivo y tuvo por singular favor lo que estos con él usaban, deseando salir tan pobre de la vida como habia entrado en ella, por parecerse mejor en la muerte con el buen Jesus que tres horas estuvo desnudo y desnudo espiró en la cruz; echó mano al cuello de la propia sotana ayudando á

los que le desnudaban hasta entregársela. Pero no se contentando con esta desnudez el verdadero imitador de Jesucristo, para quedar del todo desnudo y sin bien alguno en la tierra, con un ánimo heróico él mismo se quitó la camisa, ya toda bañada en sangre, de la mucha que le corria de la parte herida como de una fuente. Levantóse luego muy contento por estar todo desnudo, y fué andando hacia la iglesia, deseando caer á la puerta de la casa del Señor, porque el sacrificio de su cuerpo fuese consumado enfrente del altar, donde aquel mismo dia y en los demas habia sacrificado y consumido el del Cordero de Dios, que es el que da el precio y valor á todos los otros. Seguíanle los lobos encarnizados no pensando se mejoraba en el lugar de la muerte, mas que iba buscando la vida. El mártir que los sintió á las espaldas y no era bien, pues no huia, que le hiriesen en ellas; paró y volvió con la misma alegría que de ántes á darles el pecho, cuando ya venia derecha una lanza por el aire que le atravesó. Todo fué uno, volver á los enemigos, alcanzarle, ponerse de rodillas, mas aun recibió la tercera lanzada y con ella se recostó sobre un lado y los enemigos llegaron con grita y fiesta á cortarle la cabeza, la cual llevaron y colgaron por triunfo del más alto templo de su ídolo, porque tampoco dudásemos de la corona y gloria del martirio, como de la intencion de los bárbaros en matarlo. Que pues fueron á honrar y hacer fiesta con la cabeza á la idolatría del demonio; claro está que la cortaron por odio y afrenta de la fe y adoracion de Cristo,

Al sagrado cuerpo cubrieron luego, conforme á la priesa, con poca arena y con muchas lágrimas los cristianos parabas que habian quedado en tierra. Y poco despues, volviendo á desembarcar los portugueses, lo sepultaron y escondieron como á riquísimo tesoro, tan profundamente, que nunca más se pudieron hallar las preciosas reliquias, aunque muchos las buscaron con intencion de darles las honras debidas. Que aunque Dios nos manifiesta acá los cuerpos de muchos santos para principio de su gloria y ejercicio de nuestra devocion; no son ménos los que nos encubre, porque aun en ellos veamos cuán poco va encarecer la carne ántes de la resurreccion de toda la honra que los hombres le pueden hacer en la tierra; y cuán seguro está el eterno peso de ella que el mismo Dios dará á los justos y puros en el cielo.

La vida y martirio de este dichoso Padre escribieron el P. Orlandino en la primera parte de la Historia de la Compañía, libro nono, P. Antonio Vasconcelos, en la descripcion de Portugal; P. Espinelo, cap, 20; P. Rivadeneira, lib, 3 de la Vida de S. Ignacio, cap. 20; Pedro Jarich, tom. 2 del Tesauro Indico, lib. 2, cap. 7. P. Mafeo. en la Historia Indica, lib. 14; El P. Juan de Lucena, en la Vida de S. Francisco Javier, lib, 7, cap. 17; y la Centuria Martirum Societatis.

El ingenioso poeta Bernardo Bauhusio, en el segundo libro de sus epigramas celebra á este esclarecido mártir con estos:

O martirum, Antoni, alpha purpuratorum,
Qui colla primus, lacteamque cervicem
Ferro dedisti demetenda fatali!
Qua te lirave, barbitove, plectrove,
Cornu, tubave concinam triumphali!
Nam vel silentio premendus ingrato es,
Vel hisce cunctis pluribusque cantandus,
¡O plurimarum, Antoni, athleta palmarum!

AD EUNDEM

Dulcem pro Christo patriam fugis, Italique arva;
India sed dulcis patria facta tibi est.
Nam moriens felix coelo qui nascitur, huic non
Patria ubi exoritur, est, sed ubi moritur.

Con otro epigrama celebra al mismo mártir Gerardo Montano, en su Centuria.

Crimine quo meritus Nabataeae cuspidis ictum
Purpureo primus sanguine tingis humum?
Nam neque tu eoi vinisti culmina Imei,
Memnonias ferro nec populare domos.
Nec Rhodopem gelidae, nec iungere Pelion ossae
Ausus es, ut celsus sidera tangat apex,
Unum in te crimen pietas, et crimine ab omni
Esse procul. Sed te quam iuvat esse reum!

P. NIEREMBERG.

P. ALONSO CIPRIANO

I. P Alonso Cipriano, español de nacion, fué recibido en la Compañía al principio de ella, por nuestro P. San Ignacio, el año de mil y quios y cuarenta, y el año siguiente fué enviado á Portugal, y siendo ya de de cincuenta y ocho años fué á la India Oriental.

caridad y obediencia le facilitaron el abrazar la inmensidad de trabajos omodidades, que en tan larga navegacion se ofrecen, con ánimo varonil, si fuera mozo.

gado á la India vivió un poco de tiempo en Goa, y despues cerca de io estuvo en la Pesquería, debajo de la obediencia del santo P. Antonio inal, cuyo glorioso martirio y los ejemplos que vió y experimentó de irtudes, escribió el P. Alonso Cipriano á Roma á nuestro P. Ignacio. allí fué enviado por la obediencia á Meliapor, Colonia de santo Tomas tol, y fué el primero de la Compañía que despues de San Francisco r entró á cultivar aquellos antiguos cristianos, y añadir de nuevo otros os que redujo del paganismo á nuestra santa fe, donde estuvo casi once trabajando apostólicamente.

dos se admiraban de ver su gran celo y continuo trabajo en los minis- de almas, y no le llamaban otro nombre sino el Santo. Ponia gran cuien componer discordias, y tenia conocida gracia de Dios para allanar ficultades que impedian la union y concordia; todos fiaban los negocios nciencia de su parecer.

señaba la doctrina cristiana á los niños y rudos. Predicaba al pueblo de ordinario, y reprendia los vicios con vehemencia, porque allí venian ros reinos hombres de vida muy corrompida, huyendo de los castigos que elitos merecian. Ayudaba la amenidad y abundancia de cosas de regalo uella tierra, y la justicia era oprimida de los poderosos y ricos; final- e era gente que conocia á Dios con la boca, y con el corazon y obras le an; y por esta causa predicaba el siervo de Dios con gran fuerza y onia, y sentia mucho ver gente de Europa de mala vida allí donde hade dar buen ejemplo á los gentiles que él convertia; y así les repetia las palabras de Jeremias y de Ecequiel: *Commaculastis nomen meum, et stis in gentibus:* Desacreditasteis mi nombre á vista de los gentiles, con ros pecados, donde no sirven tanto los testimonios de la Escritura, o las obras y el ejemplo; y por este mal ejemplo decian los gentiles:

¿Cómo dicen estos cristianos que esperan el cielo, si tan aficionados están á los deleites de la tierra?

Temia el apostólico varon algun gran castigo del cielo, y un dia predicando le profetizó contra un piloto, que habia embarcado á uno que habia tomado su mujer á un nuevo Cristiano. Era tuerto el amancebado, y tartamudo el Piloto que al que tomó la mujer embarcó. El P. Alonso Cipriano habia procurado impedir esta maldad, mas no pudo, por lo cual dijo en el sermon: «Vayan, vayan, lleven la mujer ajena, que la ira del cielo los va siguiendo, el navío perecerá, y el que era tuerto quedará ciego, y el tartamudo quedará del todo mudo.» Así se cumplió todo, porque se levantó una cruel tempestad y tormenta, que hizo pedazos la nao, y echaron al mar cuanto llevaban, sin escapar cosa más que sus dos personas, el Piloto y el que robó la mujer, que ambos saltaron en tierra como pudieron, y conociendo el piloto de la nao, que aquel naufragio sucedió por la culpa del que robó la mujer ajena; arremetió á él con rabia, y sacóle el otro ojo que tenia con vista, con que quedó ciego, y él juntamente quedó mudo, por las muchas voces y gritos que dió; ó por más extraordinaria disposicion de Dios, que quiso castigar aquel hombre, y que se viese claramente el cumplimiento de la profecía del P. Cipriano.

Murió este apostólico varon al principio de agosto, que fué tambien cumplimiento de otra profecía que él habia hecho á su compañero.

Con su muerte se conoció la gran estimacion que de él habia: lloráronle los portugueses, los nuevos cristianos, y tambien los moros y gentiles, diciendo que habian perdido el comun amparo y refugio de todos.

Hiciéronle las honras los Padres de S. Francisco, y uno de ellos predicó sus virtudes heróicas, y la gran razon que habia para llorarle.

Fué enterrado muy cerca del cuerpo de santo Tomas Apóstol, como él lo habia deseado, saliendo su alma á ver al santo Apóstol en el cielo.

P. NIEREMBERG.

H. LUIS MENDEZ

DIGNO de ser contado entre los Varones Ilustres de la Compañía es el Hermano Luis Mendez, á quien otros llaman Alonso Mendez, y pudo ser que tuviese ambos nombres, llamándose Luis Alonso, porque tuvo santidad para merecerlos ambos, pues fué compañero de S. Francisco Javier en muchas de sus peregrinaciones, y últimamente en la que hizo á la China,

aunque no se halló en su muerte. Y podemos creer que le dejó su espíritu doblado para obrar y padecer; pues en la esfera de su estado trabajó en el aprovechamiento de las almas y conversion de los infieles, hasta dar la vida por Cristo á los filos de la espada de los enemigos de la fe, alcanzándole esta gracia su Maestro S. Francisco Javier, y que pusiese en ejecucion los deseos del martirio, con que habia siempre vivido.

Fué este bendito Hermano y glorioso mártir recibido en la Compañía por S. Francisco Javier en la India Oriental; y sin duda fué religioso de alto espíritu y mucho aliento para los trabajos y celo de la gloria de Dios y bien de las almas; pues S. Francisco Javier le escogió entre todos por compañero suyo, para llevar el santo Evangelio á los extendidos reinos de la China: navegó con el Santo por aquellos mares, haciéndole buena y dulce compañía, y siendo participante en sus trabajos, que fueron muchos y muy grandes. Ayudóle y sirvióle como fiel amigo y compañero, coadjutor en su predicacion y conversiones, como Tito lo fué de S. Pablo, segun lo testifica el Santo Apóstol; fué testigo fidelísimo de sus obras y milagros, instruido y criado con la leche de su santa doctrina; y con la continua y familiar conversacion, bebió su santo espíritu, hasta que por negocios gravísimos le envió á Goa desde el viaje de la China; y no sin acuerdo y luz del cielo para que fuese mártir de Cristo, y fuese con el Santo al cielo el mismo año, aunque no el mismo dia, como ahora veremos.

Habiendo, pues, pasado este dichoso Hermano muchas calamidades y trabajos en tan larga navegacion, como hizo con S. Francisco Javier, y vuelto á Goa por su mandado á costa de grandes riesgos y peligros; cuando habia de descansar y gozar del trabajo de sus manos, entró en otro no menor, porque su fervoroso espíritu no le permitia descanso, ni tenia otro mayor, que trabajar como obrero apostólico en la salvacion de las almas y conversion de la gentilidad; y con este ardiente celo que vivia siempre en su pecho, sabiendo que los nuevos cristianos de la Pesqueria, á quienes habia enseñado y bautizado S. Francisco Javier, padecian grandes violencias de los moros y gentiles, y que estaban en peligro de dejar la santa fe que habian recibido, por los robos y malos tratamientos que les hacian sus enemigos; pidió licencia al Padre Enrique Enriquez, Provincial de la provincia de Goa, para ir á socorrerlos, confortarlos y defenderlos cuanto sus fuerzas alcanzasen. Tuvo gran dificultad en conceder esta licencia el P. Enriquez; lo uno, porque era su compañero, y le habia de hacer mucha falta en las cosas de su oficio; lo otro, por ser empresa tan arriesgada y no ser Sacerdote, que pudiese ejercitar nuestros ministerios cumplidamente con los indios; pero el fervor del santo Hermano y la gracia del Señor, que le tenia preparada en aquella isla la corona

del martirio, vencieron estas dificultades, y alcanzó la licencia que pretendia con grande alborozo de su espíritu.

Recibida, pues, por el H. Luis Alonso la bendicion de sus Prelados; partió apostólicamente con su báculo, y á pié, con algunas cosas de devocion quedar á los cristianos, á la isla de la Pesqueria, á donde fué recibido de aquellos nuevos fieles, como si fuera el mismo S. Francisco Javier, que los habia convertido. Consolólos, animólos, predicólos la paciencia y la esperanza en Dios, y la corona del cielo que se gana por los trabajos, poniéndoles delante el ejemplo de Cristo y de muchos Santos, que por medio de las persecuciones de los tiranos habian alcanzado el cielo, adonde estaban coronados de gloria; y juntamente trató de defenderlos, y para esto se enteró muy de raíz de la ocasion de aquella persecucion, que fué la siguiente.

El Rey de aquella isla, que era gentil, movido de la codicia y de adquirir grandes riquezas; dió permision, ó por decir más verdad, hizo concierto con un hombre bárbaro y cruel, enemigo capital del nombre de Cristo, de guardarle las espaldas y darle todo favor para que robase y quitase á los cristianos cuantas riquezas tuviesen, aunque fuese necesario para esto quitarles las vidas, con tal condicion que ambos habian de partir igualmente las riquezas que robase. Con esta permision entró el tirano robador por los pueblos de los fieles robando y matando, hiriendo y saqueando cuantas casas, personas, haciendas y riquezas hallaba de los cristianos; padeciendo los pobres infinitas injurias por ser del partido de Cristo. Hallándose, pues, tan perseguidos y agraviados y que su propio Rey natural, que á título de vasallos debiera salir á su defensa, estaba tan lejos de hacerlo, que ántes daba favor á su contrario; acordaron de pedir favor á los badagas sus vecinos, á los cuales tributaban porque los defendiesen en las ocasiones de sus enemigos. Los badagas, que es gente esforzada y de ánimo y corazon, tomaron las armas para refrenar la osadía de aquel tirano y librar á los cristianos de las injurias y sinrazones que les hacia. Vinieron con buen ejército y dieron en él con tal ímpetu, que le desbarataron y vencieron y le echaron de la tierra con muerte de muchos de los suyos. Este suceso sintió grandemente el Rey, como si fuera injuria hecha contra su persona, por haber sido contra el tirano á quien él tenia por amigo. Y viendo que los cristianos habian sido los motores de aquella invasion, llamando á los badagas en su defensa; convirtió contra ellos su furor, haciéndoles guerra á fuego y sangre y ejecutando en ellos cuantas crueldades son imaginables. A esta sazon llegó el H. Luis Alonso Mendez, consolando y animando á los pobres cristianos afligidos, y poniendo todos los medios posibles para defenderlos; pero ningunos bastaron por la multitud y fiereza de los bárbaros enemigos de la fe de Cristo, los cuales cercaron el lu-

gar adonde el Hermano estaba y le entraron á fuego y sangre, ejecutando inhumanas crueldades en los cristianos que encontraban, los cuales se recogieron á la iglesia con el H. Luis á pedir á Dios favor y misericordia y defensa y amparo de aquellos fieros enemigos. Cerraron las puertas, hiciéronse fuertes en aquel sagrado castillo que era habitacion de Dios y guarida de los pobres perseguidos; mas la fiereza de los bárbaros no perdonó al santo templo; porque cercándole con furia diabólica, le pusieron fuego por varias partes para quemarle con cuantos estaban dentro. Viendo el lastimoso incendio, salió el santo Hermano encendido en otro fuego mayor de caridad de sus prójimos y de celo de la gloria de Dios, y armado con su santo espíritu, afeó á los tiranos la maldad que cometian en destruir el templo santo en que Dios era adorado, y en perseguir á los que le servian; amenazándolos con el castigo del cielo si no desistian de su pecado; pero ellos enfurecidos y rabiosos con las palabras que les dijo, estuvieron tan lejos de enmendarse que acometieron á él con diabólica osadía, y uno, el más atrevido, descargó un fiero golpe con su alfanje sobre la cerviz del Hermano, que le derribó en tierra mal herido. A este imitaron los demas, dándole muchas heridas y últimamente le cortaron la cabeza, y la llevaron por trofeo de su victoria, siendo así que quien venció fué el santo Hermano con su paciencia y mansedumbre, con que ganó la palma y aureola de mártir, con la cual entró triunfando en el cielo. Fué su dichosa muerte el año de mil y quinientos y cincuenta y dos, aunque el dia puntualmente no se sabe.

Escríbenle entre los mártires de la Compañía el P. Orlandino, en la Historia de la Compañía, el P. Rivadeneira, lib. 2, *vitae Sancti Ignatii; Bocio, de signis Ecclesiae,* lib. 7, fig. 27; P. Mafeo, Historia Indica, lib. 15. El P. Juan Nadaso y Felipe Alegambe en su Biblioteca, y Gerardo Montano le dedicó un epigrama en su Centuria.

P. ANDRADE.

P. FRANCISCO PEREZ

El fervoroso P. Francisco Perez nació en Portugal, por los años de 1523. Inclinóse á las letras, y estando en la Universidad de Coimbra, ya para lograr el fruto de sus estudios y de sus esperanzas humanas; le trocó Dios el corazon, poniéndole en las divinas: moviéronle los sermones del admirable predicador Francisco de Estrada, el cual, andando esparciendo por varias provincias de Europa la palabra divina, con gran mocion y fruto de los oyentes; vino á aquella insigne Universidad de Coimbra, donde predicó con tan gran concurso, que no cabia la gente en las iglesias, con ser tan frecuentes los sermones que todos los domingos y fiestas de Cuaresma predicaba dos veces al dia; mas ellos eran tan preciosos, que no se envilecia su estimacion por la multitud y frecuencia. El fruto sobrepujó á la esperanza; hubo grande enmienda de costumbres, mocion del pueblo, estimacion grande de la Compañía, que entónces estaba muy á los principios, y no tenia más que cuatro años corridos desde su fundacion.

Multiplicóla Dios nuestro Señor en esta ocasion, con darla once sujetos escogidos de la Universidad de Coimbra, gente muy señalada en sabiduria, sangre y virtud.

Entre ellos cayó la buena suerte á nuestro Francisco Perez, que sin duda en celo y trabajos por Cristo, y la humildad cristiana, se adelantó á muchos.

Fué enviado á la India Oriental de allí á dos años, con otros admirables varones tambien de la Compañía, que con celo apostólico trabajaron en aquellas partes por la conversion de las gentes.

Fueron tan grandes las muestras de fervor y espíritu que dió este celoso Padre, que S. Francisco Javier le llamaba varon de insigne santidad, y decia que tenia envidia á su rara humildad; y como el santo conoció la grande virtud y celo del P. Francisco Perez; le señaló puesto apropósito para cebarse en él su infatigable y ardiente caridad.

Envióle á la ciudad de Malaca, lugar bien perdido; pero en él hizo tal mudanza el siervo de Dios, cual ni esperarse pudiera.

Cada dia gastaba hora y media en enseñar la doctrina cristiana; predicaba ordinariamente, y los dias de fiesta dos veces al dia, por la mañana á los portugueses, y por la tarde á los naturales y esclavos. Los sábados todos explicaba la doctrina á las mujeres y familias de los portugueses. Estaba muy or-

dinariamente en los hospitales, para que no careciesen los enfermos del fruto que los sanos; yendo él á buscar á los que no le podian buscar.

Tuvo gran resistencia de los judios la predicacion del P. Francisco Perez, los cuales procuraban apartar á los gentiles de la comunicacion y trato con el siervo de Dios. Habian venido muchos rabinos á Malaca, como plaza tan célebre del Oriente, donde hay de tan diversas naciones. Venian á hacer prosélitos, engrandeciendo entre aquellos gentiles su circuncision y ley Mosáica. Prevaleció tanto el fervor del Padre, que áun en los mismos maestros de iniquidad penetró la fuerza de sus palabras divinas.

Entre otros que se rindieron á Cristo, fué un insigne rabino de Roma, que habia llegado hasta aquellas partes, sin haber perdido ocasion de disputar sobre su ley, que con muchos argumentos y autoridades defendia. Este oyó al principio por curiosidad los sermones del fervoroso Padre, admiróle su doctrina, que junta con su virtud le ganó la voluntad, estimando en mucho aquel varon apostólico. Visitóle algunas veces, para conferir con él ciertas dudas del Testamento Viejo, y disputó con él de varios puntos. No perdió el siervo de Dios ocasion de introducirle plática de Cristo, y cómo era el verdadero Mesías. Pero aunque no le parecian mal al Hebreo las cosas que le decia el Padre; no podia tragar que Dios hecho hombre escogiese vida tan humilde, trabajada y pobre: érale escándalo la Cruz del Salvador; no podia llevar que se dijese que Dios hubiese sido azotado, coronado de espinas, crucificado entre ladrones, y finalmente consumido de dolores á manos de la muerte, y sido despojo suyo, como los demas mortales.

Dióle de todo el P. Perez admirables razones y conveniencias; mostróle ser todos aquellos misterios muy dignos de Dios y llenos de divino consejo. Dióle tal luz de todo, que empezó á desparcir las densas tinieblas que tenia el rabino en su alma. Pensó en las razones del P. Francisco, tenia ya la semilla de la palabra de Dios en la tierra de su corazon, rególa con sus oraciones el celoso Padre, que estaba negociando con nuestro Señor el bien y conversion de aquella alma. Oyó Su Divina Majestad á su siervo, y tuvo misericordia del obstinado judio, á quien comunicó tanta luz y satisfaccion de los misterios admirables de nuestra santa fe, y singularmente de la Pasion de Cristo; que encontrando una vez al P. Francisco, se fué corriendo para él los brazos abiertos. Dícele que no quiere sino ser cristiano, que le enseñe la Ley de Cristo y todos sus misterios, que le tiene por verdadero Mesías y Hijo de Dios, enviado para remedio y redencion del linaje humano.

Dió el siervo del Señor infinitas gracias á la misericordia divina, por la que habia usado con aquella alma. No fué menester más de cinco dias para catequizar bien al Rabino; bautizóle luego solemnísimamente, siguiéndole en la

misma resolucion toda su familia, que eran siete personas que tenia entónces en Malaca; y quedó tan gustoso de la Ley de Cristo, y celoso de su exaltacion; que se partió luégo á Cochin, donde tenia un hijo, para que á quien habia engendrado carnalmente, y héchole hijo de perdicion, le reengendrase en Cristo, y hiciese hijo de Dios.

Otras muchas partes de la India ilustró este siervo del Señor, é inflamó con el ardor de su caridad, siendo pedido de unas, enviado á otras, y celebrado de todas por la fama de su santidad, que se extendió á partes muy remotas, y en muchas hizo oficio de Superior de los nuestros, para que todos participasen de su celo y prudencia.

Fueron raros los ejemplos de virtud que dió á sus súbditos en toda virtud: animábalos á trabajar mucho por Jesucristo, más con la edificacion de sus obras, que con la elocuencia de sus palabras, obrando él más que mandaba, luciendo su grande santidad, así dentro como fuera de casa.

Era tan grande la fama de este apostólico varon, que acometiendo el Rey de Bisnaga con numeroso ejército á un Rey menor de los Malabares, que no tenia gente con que resistirle, ni más soldados de mil hombres: viéndose este Príncipe perdido, envió, aunque idólatra, mensajeros al P. Francisco Perez, que estaba á la sazon en Coulan, pidiéndole sus oraciones y ayuda, pues era tan poderoso con Dios y tan amigo suyo.

El santo Padre lo hizo así, y le envió una bandera en que estaba el sacrosanto nombre de JESUS, diciéndole que pusiese aquella bandera delante de su gente, é hiciese que invocasen todos el santísimo nombre de JESUS, y esperase vencer en aquel nombre, al cual se rinde é hinca la rodilla cielo y tierra, y se sujetan las potestades del infierno.

Obedeció el Rey, aunque gentil: tanto respetaba la santidad del P. Francisco; y con no atreverse ántes á salir á campo; cobró más que ánimo, y más que atrevimiento, pues por temeridad juzgaban la resolucion que tomó, fiado de la santidad del Padre.

Salió con mil hombres; presenta la batalla á seis mil de los contrarios. Pone delante la bandera de Jesus, invoca toda su gente el santísimo Nombre, y una y otra vez vence á los enemigos con milagrosas victorias.

Quedó aquella bandera muy estimada entre los bárbaros, guardándola, despues de muerto aquel Príncipe, sus sucesores, más en memoria que en agradecimiento de aquel insigne beneficio; porque no fué bastante esta demostracion del cielo tan favorable, para convertir aquel bárbaro; pero fuélo para la conversion de otra mucha gente. Porque con éste y otros prodigios semejantes, era tanta la multitud que queria entrarse por las puertas de la Iglesia, que faltaban operarios y ministros en la India; y así clamaron á los

de Europa para que les fuesen á ayudar, y dándoles muchas quejas porque no les enviaban compañeros del trabajo.

Otra vez, habiéndose levantado en la costa de la Pesquería grandes bandos y odios entre aquellos pueblos, que duraron cuatro años, con muertes de muchas personas; pareciendo que aquella plaga era incurable y que ántes se iba cada dia encancerando y poniendo en peor estado (porque el siervo de Dios Enrique Enriquez, Padre de aquella cristiandad, no los habia podido componer, que en esto solo le habian perdido el respeto; ni un Vicario apostólico, que para este efecto solo habia ido, hizo más que exasperar de nuevo los ánimos); por último remedio se juzgó que probase la mano el fervoroso P. Francisco Perez; porque si él no salia con este negocio, no habia ya que esperar sino la ruina de una de las dos partes.

Llegó órden del P. Provincial para que se partiera luégo á componer aquellos pueblos. Obedeció al punto, y sin esperar más, se fué á pie y en invierno, distancia de más de setenta leguas que habia desde Cochin, donde á la sazon estaba: llegó á tiempo que estaba junto el bando más poderoso, no esperando más que elegir Capitan para dar sobre los contrarios y acabar los pleitos, con acabar con todos ellos.

Fuése para los conjurados el siervo de Dios, tales cosas les dijo, y tal reverencia tenian á su santidad, que luégo dejaron las armas y se volvió cada uno á su casa quieto y sosegado. Vinieron luego á Punical los Gobernadores de los pueblos banderizados é hicieron allí firmes paces. No se contentó el celoso varon con sosegar los bandos generales y las personas públicas de los pueblos encontrados. Negoció tambien en particular con los parientes de los muertos de una parte y otra, para que se perdonasen los homicidios. Admiró á todos la facilidad con que acabó negocio tan dificultoso; pero negociaba más el P. Francisco orando á Dios que hablando con los hombres. No habia cosa en que pusiese la mano esto apostólico Padre, donde no pusiese Dios la suya.

En esta ocasion que estaban juntos los dos siervos del Señor, P. Francisco Perez y P. Enrique Enriquez, sucedió una extraordinaria sequedad en la costa de la Pesquería, que fué causa de una hambre muy grande y lastimosa.

Decian los bracmanes y sacerdotes de los ídolos que habia de durar la sequedad mucho tiempo, y que era en castigo de haber dejado sus templos y dioses antiguos, por seguir la ley que predicaban unos hombres extranjeros.

Los santos Padres no pudiendo sufrir ser infamada de los ministros de Satanas la ley de su Redentor; ordenaron una procesion muy devota, suplican-

do á nuestro Señor se compadeciese de los pobres y desmintiese las falsas profecías de los bracmanes.

Oyó el Señor las oraciones de sus siervos, y aquel mismo dia llovió tan copiosamente, que bastó á confundir los sacerdotes y ministros gentiles, viéndose tan manifiestamente convencidos por engañadores y falsísimos profetas; y continuándose las lluvias por muchos dias despues, se remedió la necesidad de la tierra, y dió ocasion para que muchos, visto aquel caso milagroso, pidiesen las aguas del Bautismo, pues las del cielo habian obedecido á las oraciones de los ministros de Cristo.

Como era la santidad del P. Francisco Perez tan conocida de todos, no habia ocasion de importancia en que los Superiores de la Compañía y Gobernadores y Virreyes de la India no quisiesen echar mano de él; y así habiéndose de enviar una embajada de parte del Rey de Portugal para el Rey de la China, para ver si por este medio se pudieran ensanchar las puertas de aquel reino tan estrechas á los extranjeros y cerradas á la luz del Evangelio; fué el primero de todos escogido para asistir y acompañar al Embajador el P. Francisco Perez.

Los juicios divinos son muy diferentes de los humanos: y así aunque no tuvo el efecto que deseaban los hombres aquella embajada, tuvo el fin que Dios pretendia, que era ilustrar á Macao y otra isla allí vecina, con la doctrina del P. Francisco, donde ejercitó la caridad que en otras, con igual fruto y provecho, y en todas fué tenido por santo y un hombre bajado del cielo: así le reverenciaban y así le llamaban.

Al fin, quebrantado de los muchos trabajos que habia pasado en la predicacion del Evangelio y gobierno de los nuestros en casi todos los colegios de la India, consumido de enfermedades y cargado de años, que llegaron á setenta; cuando pretendia ir al pueblo de santo Tomé en la costa de la Pesquería, partió al cielo desde Nagapatan el año de 1583.

Por su profundísima humildad, la cual como hemos dicho decia S. Francisco Javier que la envidiaba, se mandó enterrar en un cementerio con los demás pobres, como uno de ellos.

No pareció á los de aquella ciudad justo el condescender en esto con los deseos de este humilde Padre, ántes escogieron para depositarle el mejor entierro que pudieron, que fué en la principal capilla del templo de la Misericordia, acudiendo al entierro toda la ciudad y los principales de la tierra, con tan gran concurso que apénas le pudieron enterrar. Hiciéronle los oficios los Padres de S. Francisco, que tenian en aquel lugar convento, con gran solemnidad y estima de la santidad del difunto, de la cual es buena señal, que no sólo lloraron su muerte inconsolablemente los cristianos, pero los mismos

gentiles, los cuales fuera de las copiosas lágrimas que derramaban, decian, que si no hubiera sido el Padre cristiano, le adoraran por Dios, levantaran altares y le dedicaran templos.

Los cristianos andaban muy ansiosos de alcanzar alguna reliquia suya. Apénas hubo acabado de espirar, cuando más de treinta personas le cortaron los cabellos todos de la cabeza, para guardarlos por preciosas reliquias, no le dejando ninguno. Otros le cortaron las uñas, otros los vestidos. Uno no ménos devoto y más interesado, halló quien le diese por el rosario del Padre una pintura muy rara y preciosa, y sobre ella noventa ducados, y daria lo que le pidiesen. Vino toda la ciudad á besar los pies al santo varon, y se resolvió de no dejar sacar de allí aquel precioso tesoro. De esta manera honra y ensalza Dios en muerte á los que se humillaron por servirle en vida.

Observaron los de aquella tierra, que despues que tenian en ella el cuerpo de este siervo de Dios, habian sido preservados de muchas calamidades y trabajos que pasaban ántes, y casi cada dia acosados y oprimidos de soldados gentiles, nunca despues que conservaron los preciosos huesos del Padre Francisco, hubo quien les maltratase y oprimiese.

Al cabo de algunos años fundaron un colegio de la Compañía en la misma ciudad. Acabada la iglesia quisieron los nuestros pasar á ella el cuerpo del santo varon, y aunque no sin contradiccion de muchos, lo vinieron á alcanzar, pero no sacarle del lugar, sino mudarle solamente.

Cuando abrieron la sepultura se vió una cosa maravillosa, que estaban todos los huesos atados y unidos con una raiz delgada que nacia debajo donde estaba la cabeza, y extendiéndose por todos los miembros, iba atando todos los huesos y artejos, hasta el carcañar. Admiráronse todos de este prodigio y el pueblo comenzó á alborotarse, diciendo que no habia de permitir que sacasen aquel cuerpo santo de donde Dios queria que estuviese y significándolo con tal demostracion, dando á entender con aquella maravillosa raiz, que queria estuviese firme y arraigado en su tierra. Pero prometiendo los Padres y asegurando que en ningun tiempo le sacarian de la ciudad, sino que sólo querian tenerlo consigo en su iglesia, para que fuese así visitado de todos; se sosegaron y llevaron las milagrosas reliquias del siervo de Dios en una solemne procesion á nuestra iglesia, colocadas en una arca preciosa de madera incorruptible, teniéndose por muy dichoso quien podia llegar á tener alguna cosa que las hubiese tocado ó á la arca en que se guardaron.

Muchas otras fueron las obras maravillosas y trabajos de este celoso Padre, que algun dia saldrá más extendida su historia; aquí solamente se ha recogido lo que dicen brevemente el P. Pedro Jarrich en su *Tesauro índico*, principalmente en el tom. 1, lib. 2, cap. 19 y tom. 3, lib. 2, cap. 26, y los

PP. Nicolás Orlandino y Francisco Sachino, en la 1 y 2 parte de la Historia de la Compañía.

Hase de advertir que por el mismo tiempo que florecia este celoso Padre en la India Oriental, vivia otro P. Francisco Perez en el Brasil, los cuales son muy distintos en sus personas, no en espíritu. Este Francisco Perez del Brasil fué el que edificó una iglesia á la Vírgen nuestra Señora una legua de Puertoseguro. Mostró luégo la Reina del cielo cuán grato la habia sido aquel servicio, porque careciendo ántes aquella tierra de agua dulce, desde que el P. Francisco Perez labró aquella iglesia á la Madre de Dios, manó milagrosamente una fuente dulce y saludable que sale del mismo altar de la Vírgen. Es el agua muy clara, limpia y milagrosa, por las muchas enfermedades que quita, ó rociando con ella á los dolientes ó bebiéndola; por lo cual concurre allí mucha gente y se lleva el agua á partes muy lejas.

P. NIEREMBERG.

P. ENRIQUE ENRIQUEZ

Por haber dado el Apóstol de la India S. Francisco Javier, un insigne testimonio del apostólico celo y rara santidad del P. Enrique Enriquez el que fué como apóstol de la costa de la Pesquería, merece ser contado entre varones muy señalados é ilustres, que con espíritu de apóstoles han sudado y trabajado mucho en la conversion de las gentes; fuera de que sus mismas obras hablan por sí, y dan testimonio los frutos del árbol de donde procedian, como veremos en el discurso de su vida.

Fué este apostólico Padre portugués de nacion, estudió en la universidad de Coimbra el derecho canónico, al tiempo que la Compañía de Jesus florecia en aquel reino, con rara opinion de santidad, derramando su buen nombre gran fragancia de virtudes, tras cuyo suavísimo olor corrieron muchos grandes ingenios de aquella universidad: entre ellos fué nuestro Enrique Enriquez, escogido del cielo para la conversion de muchos.

Entró en la Compañía ordenado ya de diácono, al quinto año despues de su fundacion. Mostró tanto espíritu en el noviciado, que sin haberle acabado fué enviado á la India Oriental, para que su santo celo tuviese bastante campo en que extenderse.

Pasó en la navegacion gran riesgo de la vida; pero el Señor que le llevaba para que fuese ocasion á innumerables almas de la vida eterna, le conservó á él la temporal con milagrosa providencia.

En llegando á Goa, conoció luégo S. Francisco Javier su rara virtud, y así le dió puesto comunmente en que la emplease toda. Púsole en la costa de la Pesquería, plaza de gran importancia para ganarla del todo.

Dióselе por compañero al P. Antonio Criminal, Superior de aquella mision, en la cual con otros Padres de la Compañía trabajaban en la conversion y catecismo de aquella gente. Señalóse tanto entre todos el P. Enrique Enriquez, que por muerte del glorioso mártir Antonio Criminal quedó él por Superior de los demas, elegido por ellos mismos, en ausencia de S. Francisco Javier, y lo fué tanto en todo, que despues de S. Francisco Javier no habia en aquellas partes quien más se señalase en espíritu, celo y ánimo para trabajar por Cristo y deseo de padecer por Dios.

Vióse pintado en él S. Francisco Javier, y así dió este raro testimonio de su santidad en una carta que escribió á S. Ignacio nuestro Padre, y le dice este capítulo acerca de este apostólico Padre: *El P. Enrique Enriquez, portugués, de nuestra Compañía, es un varon de insigne santidad, y que da á todos muy buen ejemplo; está en el Promontorio de Comorin. Sabe muy bien hablar y escribir la lengua malabar. Es tan diligente y trabajador, que hace él solo tanto como pudieran hacer muchísimos juntando todos sus fuerzas. Ha ganado con sus sermones y pláticas particulares, tanta autoridad para los nuevos cristianos, que todos le veneran y aman singularísimamente. Ruego á vuestra paternidad, que á varon tan excelente, y que trabaja tan grandemente en la viña del Señor y que lleva* pondus diei et aestus, *que le consuele V. P. con su carta.*

Esto es lo que dice S. Francisco Javier del P. Enrique, cuyo testimonio fué tan verdadero como lo era el Santo, y el espíritu que tenia del cielo para conocer las cosas y discernir espíritus. Lo cual es más de estimar, cuanto se satisfacia muy dificultosamente S. Francisco Javier queriendo á todos los de la Compañía santísimos. Pero las obras del P. Enrique Enriquez eran tales, que bastaban á contentar aquella ansia que tenia S. Francisco que todos los operarios de la Compañía sirviesen al Señor con todas sus fuerzas y se desentrañasen por engrandecer su santo nombre y fe, como él lo hacia.

Lo que trabajaba el P. Enrique era muchísimo y por muchos otros, aunque fuesen grandes operarios; todo con tanto gusto del mismo trabajar y padecer por el nombre de Cristo, que decia, que era tanto el gozo celestial de su espíritu en medio de sus trabajos y tan abundante la dulcedumbre de su alma, que si le dieran á escoger no dudara de querer ántes estar perpé-

tuamente en aquellas sus fatigas, trabajos y afanes por amor de sus prójimos, que ser arrebatado luégo al cielo.

Supo la lengua malabar tan presto, que parecia prodigio, y lo tenian por milagro los mismos naturales; súpola con tanta perfeccion, que dentro de seis meses como llegó se puso á ser maestro de aquella difícil é intrincada lengua, haciendo de ella un vocabulario y arte para que los de la Compañía la pudiesen aprender, porque no se contentaba su celo con lo mucho que él hacia, sino queria disponer la mision de aquella costa, de modo que muchos pudiesen hacer mucho fruto facilitándoles la enseñanza de la lengua. Y porque no se dilatase el fruto, entre tanto puso en caracteres de Europa el catecismo malabar, para facilitar á los nuestros su leccion, y por lo ménos, aunque ellos no lo entendiesen, leyéndole á los naturales, les enseñasen la doctrina cristiana.

Fuera de eso convirtió él por sí á muchos, y con la plática de la lengua predicaba y disputaba con los bracmanes. Reprendia vivamente su locura, que en vez de adorar á un solo Dios Omnipotente, criador del cielo y tierra, adoraban á las piedras, á los metales y á los demonios. Desafió á todos los sabios y bracmanes de los paravas, para que viniesen á disputar con él. Decia que él solo convenceria claramente á todos de sus errores. Y aunque era tan mozo haria callar á los más ancianos de sus maestros, y si no quedasen convencidos de su disputa, él se ofrecia en prueba de la verdad de la fe que les predicaba, entrar en una hoguera ú horno de fuego encendido, con tal que ellos quisiesen aceptar la ley de Cristo, si salia de allí tan entero y bueno como entró. Con tan notable valor y fe hacia el siervo de Dios su causa, y procuraba la gloria divina. No se atrevieron los bracmanes á aceptar aquel partido, porque no tanto querian saber la verdad, cuanto buscaban su interes, y la vana reputacion en que estaban tenidos.

Semejante fe despertaba el P. Enrique en los que convertia; decíales para engrandecer la ley que les enseñaba, que si alguno de ellos tuviese una encendida y viva fe, y mandase en nombre de Cristo salir los demonios de los cuerpos, que al punto saldrian los malos espíritus, y él se ofrecia á echarlos sin duda, con las palabras que usa la Iglesia; lo cual imprimia tanto en los corazones de los nuevos cristianos, que disputando uno con un Yogue, que es cierto género de bracmanes, que profesan mucha austeridad, y apariencia de santidad, le dijo que él se atrevia en nombre de Cristo á echar los demonios de los cuerpos que no pudiesen echar los Yogues.

Fué cosa muy notable, que desde que se empezó á extender en aquella provincia la fe de Jesucristo, y admitir la doctrina que les evangelizaba el P. Enrique, comenzaron á huir de ella los demonios que la infestaban. Por-

que era tan grande ántes el poderío que tenian las potestades de las tinieblas en aquellas partes, que no habia quien se atreviese andar solo por los campos en aquella costa del mar, por los muchos demonios que se aparecian en diversas formas, y aterraban á la gente, estando aquellos yermos como los de Babilonia desierta, que profetizó Isaías, que habian de encontrarse los demonios con los onocentauros; pero despues que se enarboló allí la bandera de la Cruz, cesaron aquellos monstruos infernales, y dejaron de espantar los lobos á los que eran ya ovejas de Cristo.

Esta virtud atribuyó el abad Severo á la virtud de la Cruz, el cual declarando (como lo cuenta Casiano) la causa porque antiguamente eran los malos espíritus más molestos á los anacoretas, que despues lo fueron en su tiempo, dice, que porque ántes no habia penetrado la virtud de la Cruz en lo interior de los desiertos, como ya en sus dias habia entrado, y sido venerada en ellos.

Pues como en aquella gentilidad no estaba aun la Cruz de Cristo enarbolada, tenia el infierno en ella tanto poder y tiranía. Hacíanse adorar los demonios de los hombres, y amenazándoles con la muerte si no les aplacaban, lo cual habian de hacer con grande gasto y multitud de víctimas, cuya sangre decian que lamian, fuera de otras muchas cosas que les ofrecian. De esta manera los miserables gentiles, engañados de Satanas, le adoraban, y empobreciéndose á sí mismos, le servian con sus mismas haciendas.

Compadecíase el siervo de Dios Enrique de esta esclavitud en que los tenia el demonio; y así procuró muy de veras le perdiesen el miedo que le tenian: prometíales que él ahuyentaria los demonios, que ni sus Yogues podian, ni los bracmanes se atrevieran. Ni es maravilla tuviese esta fe el maestro, pues los discípulos la tenian tan grande; ni que el Predicador de la fe se señalase en ello, pues los que acababan de ser infieles, así se aventajaban, como queda dicho.

Otro nuevo cristiano y discípulo del mismo P. Enriquez, yendo á ver un amigo suyo que estaba muy malo, con sólo poner su Rosario al cuello del enfermo le dió salud: hizo otras milagrosas curas con el mismo Rosario, de suerte que le llamaban para todos los enfermos, y ofrecian gran cantidad de dinero; pero no era menor su fe que su caridad; y así enseñado del P. Enriquez jamás quiso tomar cosa alguna.

Favorecia nuestro Señor con muchos milagros la predicacion de su siervo. Los cristianos, así portugueses como paravas, en los pleitos que tenian con los gentiles, los llevaban á la iglesia para que allí jurasen la verdad, y cuando juraban falso los castigaba nuestro Señor con varias enfermedades, hasta que pagaban lo que de verdad debian.

Aun en los votos que hacian los gentiles se mostraba Dios maravilloso para que los cumpliesen.

Una mujer habia ofrecido á sus ídolos muchos sacrificios y votos, porque la diesen un hijo, habiendo sido tan sordos á su peticion, como ellos en sí vanos y falsos. Enfadada la mujer de su tardanza, pasó por la iglesia del P. Enrique Enriquez, y ofreció á la Vírgen Santísima, que en ella se reverenciaba, dos candelas si se hiciese preñada. No dilató el Señor el cumplimiento de su deseo, por acreditar á su fe y la predicacion de su siervo. Parió la gentil á los meses competentes un hijo; y aun no habian pasado seis dias despues del parto cuando la ejecutó la Vírgen por su voto. Apareciósele á la mujer un niño que la dijo: ¿por qué no acaba de cumplir su promesa, hecha á la Vírgen María, que reverencian los cristianos, pues la habia otorgado lo que la habia pedido? Con lo cual advertida trujo luégo á la iglesia su hijo y las candelas, confirmándose con este caso muchos en la fe.

Llevaban tambien los cristianos sus enfermos á la iglesia, para que allí les echase el siervo de Dios su bendicion, y cobrasen salud: y cuando estaban tan malos que no podian ser llevados, llamaban al P. Enrique, y si no podia, alguno de sus compañeros; para que con sus oraciones y bendicion sanase Dios á los dolientes; lo cual sucedió muchas veces.

Procuraba este fervoroso varon engendrar en los nuevos cristianos gran estima de las cosas sagradas, de los templos, de los Sacerdotes, y el Señor concurria á sus santos intentos, con no pocas maravillas que para esta causa obraba. Al fin este fervoroso Padre á los gentiles admiraba, á los moros atemorizaba, á los cristianos edificaba, y á los demas de la Compañía, como Superior de ellos, animaba y ponia en gran fervor.

Cada año los juntaba cada tres meses, en el cual tiempo venian todos adonde estaba su Superior el P. Enriquez; renovaban entónces sus votos, que era cuatro veces al año. Hacian grandes mortificaciones, pedian á porfia al P. Enriquez les diese grandes penitencias; animábanse unos á otros con los ejemplos de muchas mortificaciones públicas que hacian; vacaban mucho á la oracion y trato con Dios.

A los que podian juntarse cada semana hacia venir todos los jueves, para que tuviesen una conferencia espiritual para su mayor aprovechamiento y de los prójimos. Animábales con sus pláticas y razones santas, con lo cual se reforzaban grandemente en su espíritu, y llegó á ser tan grande su fervor, que del excesivo trabajo cayeron una vez todos enfermos, y murió de ello el P. Miguel Bártulo.

Cuando venian á juntarse y presentarse al P. Enrique, venian cargados de ricos despojos de la gentilidad, y convertida mucha gente; y volvian de la

presencia del siervo de Dios mucho más animados, habiendo hecho cada uno su confesion general, y renovado sus votos, dado cuenta de la conciencia, y recibido de su santo Superior saludables consejos y direcciones.

Distribuíalos á diversos puestos, segun la necesidad que tenian los pueblos, obedeciendo ellos á su Padre y Superior, aun con riesgo de la vida: porque para todos les animaba con el raro ejemplo que les daba de padecer daños y correr peligros por Jesucristo.

El H. Luis Mendez, que se cuenta por el segundo Mártir de la Compañía, perdió la vida en esta demanda y obediencia del P. Enrique Enriquez, porque habiéndole enviado este siervo de Dios á un pueblo de la Pesquería para que ayudase á los cristianos afligidos y necesitados de su consuelo, vinieron los infieles á quemar la iglesia y cuantos cristianos habia en ella. El H. Mendez que estaba dentro en oracion, imitando la caridad que habia visto varias veces en el P. Enriquez, salió á sosegar los bárbaros, con ruegos y palabras muy blandas y humildes. Llegó entónces á él un moro y le hirió de suerte que le derribó en tierra, y acabándole de matar le cortaron la cabeza, llevándosela por despojo.

Otro compañero y súbdito del P. Enrique, que era el P. Paulo del Valle, fué en otra ocasion preso de los badagas, mientras estaba predicando: hiciéronle muy mal tratamiento de palabra y obra; mil escarnios hacian de él, matábanle de hambre, aun le negaban lo necesario para detener la muerte; si no es un poquito de arroz y agua, no le daban á gustar otra cosa. Finalmente le trataron tan mal, que aunque escapó de sus manos, no de las de la muerte, que ocasionada de su inhumano tratamiento tuvo, y así le cuentan entre los que han alcanzado corona de martirio en la Compañía.

Tambien otro compañero del Padre, llamado Francisco Durano, fué cautivo y maltratado de los infieles.

Otra vez estando embarcados el siervo de Dios y el P. Juan de Mezquita, les acometieron los bárbaros; fué preso el P. Mezquita, y herido malamente en la cabeza y pecho. Al P. Enriquez fué forzoso escaparse nadando, para no venir á sus manos y alentar á los cristianos parabas y portugueses, que necesitaban de su ayuda.

Entre estos peligros andaba este fervoroso Padre, padeciendo cuanto padecian sus hijos y súbditos, y sobre ello sus propios trabajos; porque así como era Superior en el oficio, lo era en la caridad y paciencia, y nada inferior en las adversidades, que aunque estas no están en nuestra mano, las tienen por gran beneficio de Dios sus siervos fieles, y como lo era de verdad el P. Enrique, le repartió de ellas el Señor lo bastante.

Vino un corsario moro llamado Raia Alis por mar, sobre Punical y los ba-

dagas por tierra; pasaron todo á fuego y hierro, señoreáronse de todo, y estimaron por la mayor presa haber cautivado al Predicador de Cristo y Padre de aquella cristiandad nuestro Enrique Enriquez; cargáronle de duras cadenas, no le daban de comer; estuvo ya condenado á empalar, atroz género de muerte, que atravesando á uno con un palo agudo, le sacan la punta por la cabeza, como metido en un asador. Detuvo la ejecucion sólo el interés que prometieron los portugueses á los bárbaros; pero no se ablandó su fiereza. Usaron con el santo Padre una prision extraña, porque con una muy corta cadena le ataron pies y manos y cabeza junto, hecho todo un ovillo; de esta manera sin poder rebullirse, enroscado todo, pasó dias y noches, con grandísimo dolor y tormento de todo el cuerpo, el cual se le hinchó asquerosamente.

Al fin, no bastando mil ducados que dieron por su rescate los portugueses, porque diez mil querian los bárbaros, aunque no sabian estimar la virtud de su prisionero, que valia más que todos los tesoros de la India; por mandado del Rey de Bisnaga, á quien obedecen los badagas, fué restituido á sus cristianos los paravas, que le recibieron como á un ángel del cielo, y dieran por su libertad la vida si fuese menester.

Vino de su penosa prision el siervo de Dios muy mal parado, y todo el cuerpo hinchado: con todo eso hizo luego oficio de Padre con sus paravas, viéndoles que estaban tan asolados y destruidos por la entrada que en sus tierras hicieron aquellos crueles bárbaros; de todas maneras les ayudó, reparó las iglesias que habian quemado los enemigos, buscando él la limosna para ello, favoreciéndole nuestro Señor con muchas mercedes que hacia á los que se la daban. Y muchos enfermos, en dándole la limosna, sanaban de sus males milagrosamente.

Reparó tambien un hospital que abrasaron los turcos en Punical; edificó dos, recibió muchos enfermos en ellos, cuyo sustento corria por su ciudado y providencia.

Estaba el siervo de Dios muy enfermo, de modo que no podia con su presencia consolar á aquellas iglesias, pero con cartas, como otro S. Pablo, les visitaba, confirmando los nuevos cristianos en la fe y respondiendo á sus dudas. De manera que ausente y presente trabajaba con todos é influia aun á partes muy distantes consuelo, remedio y alivio.

Túvose por milagro que un hombre tan enfermo, y sin el ayuda que solia tener con otros de la Compañía, pudiese acudir á tantas cosas y vivir en tan grandes trabajos y cuidados con tan corta salud. Sobre él cargaba toda aquella conversion, y no desmayaba por trabajos que se le ofrecian; porque la Cruz de Cristo no le oprimia, ántes le aliviaba y él le aumentaba con el rigor de su vida, que no es mucho que con él quebrantase la salud.

De los muchos trabajos y fruto de ellos de este apostólico Padre, juntamente con el P. Juan de Mezquita, dá ilustre testimonio Pedro Ordoñez Zaballos, que pasó por aquella costa, el cual en el libro tercero de su viaje del mundo, capítulo 16, dice así: *El P. Enrique Enriquez, y Juan de Mezquita, pasaron tantos martirios y prisiones y heridas por la confesion de la fe, que entre las cosas más famosas que tomé en memorias, fué la vida y trabajos de estos dos famosos varones, pues los mismos moros y gentiles los respetan, diciendo de ellos que bastaban para testimonio de la fe. Convirtieron tantas gentes, que debieron de ser más de cien mil.* Todo esto es del autor citado.

Ni solamente fué probado este siervo de Dios con trabajos y cruz del sentido, por lo mucho que afligia su cuerpo ó sufria ser afligido por Cristo; sintió tambien su cruz en la parte más viva del alma, sufriendo calumniadores y maldicientes, cuya cruz es más intolerable y cruel. Y segun S. Agustin, los gentiles crucificaron á Cristo con las manos, mas los judíos con las lenguas, y el pecado de estos fué mayor.

Aunque era el P. Enrique muy amado de todos, como Padre comun, no faltó un calumniador en quien entró Satanas, para poner mancha en el sol: decia muchos males de este siervo de Dios, el cual le debió encomendar á Su Divina Majestad, por el blando castigo que sintió el maldiciente, que más fué misericordia para su enmienda, que pena para su atrevimiento. Castigóle Dios en la misma parte con que pecaba, que fué en su maldita boca. Todas las veces que queria hablar le salia de la boca un globo de carne, como una manzana, que le impedia el hablar, de modo que no habia quien le entendiese. Con este milagroso y misericordioso castigo, pues, impedia el pecado, volvió Dios por la inocencia y santidad de su siervo, el cual por ningunas contradicciones, ni adversidades que tuvo, cesó un punto de su fervor y predicacion, convirtiendo á muchos.

Entre otras grandes conversiones que hizo, mostró mucho su invencible caridad, en la de un jogue, á quien su soberbia tenia obstinado para no admitir la ley de Cristo, aunque alcanzaba muchas verdades que conformaban con ella. Tenia para con todos suma autoridad; admirábanle por su ingenio y doctrina. Tenia entendido la creacion del mundo, la caida de nuestros primeros padres y otras Historias Sagradas, si bien profanadas con algunos errores. Reíase de la multitud de los Dioses, escarnecia de los ídolos, creia que habia un sólo Dios todopoderoso, criador de cielo y tierra, confesaba todos los preceptos del Decálogo y otras partes de la Filosofía cristiana. Y en muchas cosas preguntado, si habia en ellas pecado ó no, respondia como un docto teólogo. La vida que hacia era honesta sin vicios, por lo ménos sin apariencia de ellos. Estaba siempre meditando en la primera causa, contem-

plándola en todas las criaturas, con tan notables consideraciones, que al mismo P. Enriquez admiraba; no le faltaba sino ser humilde para ser cristiano, ni tenia otro vicio sino el que no le dejaba tener virtud alguna verdadera, que era la soberbia. Parecíale que no habia hombre en el mundo como él.

Quiso ganar el P. Enrique á esta alma para Dios, hablóle muchas veces, perseveró mucho tiempo en persuadirle su bien. No aprovechaban nada todas sus diligencias, desconfió de ellas, no de la Bondad divina, á quien resistia la arrogancia del soberbio filósofo. Acudió á Dios con oraciones, multiplicaba muchas, acompañábalas con penitencias; dos años duró en ellas sin poder sujetar al gentil al yugo del Evangelio, porque aunque le faltaba poco en el conocimiento, distaba mucho en su soberbia, por la cual se hacia indigno de aprovecharle las oraciones del siervo de Dios, el cual no por eso dejó de perseverar en ellas, ántes procuró que otros muchos hiciesen oracion por aqueste jogue tan contento de sí.

Fué tal la caridad de P. Enriquez, que pidió de Portugal y de Roma ayuda de oraciones. Tan dificultosa cosa es que se conozca un soberbio y abrace la fe de Cristo que por nuestra causa se abatió y humilló, tanto que si no es á los pequeñuelos y humildes no descubre los altísimos secretos de su divinidad. Pero al fin fueron tantas y tan eficaces las oraciones del celoso Padre, que alcanzaron del cielo un rayo de luz que derribase la soberbia del gentil, el cual alumbrado del Padre de las lumbres, vino á conocerse y á abrazar con ambas manos la humildad y fe cristiana, con tanto espanto y confusion de los gentiles y moros como regocijo de los cristianos.

Mudóse el arrogante jogue en un manso cordero, humilde ya y afable con todos, teniéndose por el menor y derramando copiosísimas lágrimas recibió el agua del Bautismo.

Causó tan gran pasmo la conversion de este jogue tan afamado así entre gentiles como entre los moros, que los bracmanes más doctos de los unos y los zacies más afamados de los otros, le temblaban. Ganó por ella tanta autoridad el P. Enrique, que ni los maestros de gentiles ni moros se atrevian á parar donde estaba el siervo de Dios, y en viéndole huian de él, temblando que les hablase, temiendo ser convencidos de la falsedad de sus sectas.

Pero el siervo de Dios no perdia ocasion de disputar con los bracmanes y jogues, pareciéndole ser esto de gran importancia para acreditar nuestra ley y reprimir la insolencia de aquellos ministros del infierno, ó por lo ménos dejar desengañado el pueblo.

Entre otros á quien hizo callar y desacreditó con el vulgo, fué un jogue, tan insolente que decia habia muerto y Dios le habia mandado venir de la otra vida resucitándole, para que enseñase á los hombres. Para que le cre-

yesen daba algunas señales que él se habia fingido, creíanle y seguian infinitos, interesando él mucho en esto, por la mucha plata que le ofrecian.

Fué el siervo de Dios á hacer callar á este embaidor y embustero filósofo. Ofrécese para disputar con él, hízolo algunas veces, concurrieron muchos gentiles y cristianos, echaron de ver unos y otros la verdad de nuestra fe y falsedad del yogue, que no habia venido á enseñar las gentes sino á depojarlas; no á repartir doctrina sino á coger dinero. Al fin quedaron desengañados los gentiles y desacreditado el falso predicador, juzgando todos, que quien se gloriaba de haber tenido dos vidas, merecia no tener ninguna.

Disputó tambien con otro jogue más docto pero no ménos obstinado, que no queria conocer la verdad. Díjole el siervo de Dios que era menester algun juez de la disputa, que si no de la verdad por lo ménos lo fuese de su porfía. Señaló á un señor gentil para que juzgase la causa. Fueron tan claros los argumentos del siervo de Dios, que el gentil condenó á su jogue, que tambien debió de conocer la verdad aunque no la abrazó en vida: al salir de ella se descubrió más la luz del cielo que habia recibido del P. Enrique, porque muriéndose estaba el gentil y no cesaba de invocar el santísimo nombre de Jesus.

Ni sólo con palabras disputaba y contradecia á los bracmanes el P. Enrique, pero con maravillosas obras.

Sucedió en la costa de la Pesquería una notable sequedad y con ella tan gran carestía, principalmente en Punical, que no se hallaba por veinte reales lo que ántes costaba sólo uno. Decian al principio los bracmanes y sacerdotes de los gentiles, que habia de durar muy poco, pero como duraba la sequedad, volvieron la hoja y decian que estaban sus dioses enojados porque no ofrecian á los ídolos las margaritas y perlas que ántes, y que así habia de durar mucho aquel castigo. Supo el P. Enriquez lo que decian los sacerdotes idólatras y cómo pronosticaban sequedad de mucho tiempo por estar sus dioses ofendidos: hace oracion á Dios, ordena luego una procesion con los nuestros y los demas cristianos.

No tardó más el Señor en oir á su siervo y desmentir á los profetas idólatras: aquel mismo dia comenzó á llover muy copiosamente, continuándose sin parar por muchos dias una abundante lluvia, hasta que se satisfizo la tierra y la gente, quedando corridos los bracmanes viendo que de cualquier manera le salian mal sus profecías y que el siervo de Dios Enrique, con palabras y obras, les sacaba mentirosos y convencia vergonzosamente.

Ni solamente con su predicacion, pero con muchos libros refutaba las sectas de los infieles, mostrando la falsedad y vanidad de sus fábulas. Otros li-

bros compuso de devocion para mover á ella á los fieles. De todas maneras procuraba hacer la causa de Dios con sus palabras, con obras, con escritos, procurando él solo hacer por muchos.

Llegó á tener cuarenta lugares convertidos, que corrian por cuenta de su celo y cuidado, cuando no tenia quien le ayudase de la Compañía, sino es un Padre y dos Hermanos, y así usó de la misma industria que S. Francisco Javier, señalando en cada lugar un cristiano bien instruido que cuidase de los demas y bautizase los niños cuando estuviesen en peligro.

El atendia sobre todo y como el sol esparce luz y calor á todo el mundo, y contínuamente le rodea, así este ardiente siervo de Cristo mientras tenia salud andaba como en perpétuo movimiento todas aquellas iglesias, encendiéndolas en devocion con su abrasada caridad é ilustrándolas con los ejemplos de sus grandes virtudes porque en todas se esmeró.

El amor que tenia á la santa pobreza era extremado: sustentábase de las migajas y mendrugos de pan que á otros sobraban; su vestido era pobrísimo, y cuando estaba roto, él mismo le remendaba con sus manos.

Su obediencia á los Superiores fué rara; con ser hombre tan excelente y muy prudente, no era más que un niño para con sus Prelados, sin tener aún juicio contrario á sus órdenes.

La pureza de su alma era singular: daba como un novicio sincerísima cuenta de su conciencia, cuando encontraba algun Superior. Frecuentaba mucho el sacramento de la Penitencia, y los dias cercanos á su muerte, por lo ménos dos veces al dia se confesaba.

La pureza del cuerpo no fué menor; era su castidad angélica, viviendo en la tierra más como espíritu del cielo que como hombre de carne.

Sobre todo la caridad, que es vínculo de la perfeccion y el celo de las almas, era trascendental en todos sus intentos, acciones y trabajos, con un increible deseo de padecer mucho por Cristo y por las almas sus redimidas. Siempre que hablaba con los de la Compañía era de esto, saboreándose y gloriándose en la Cruz de su Señor Jesucristo. Una vez que le preguntó quien le conocia tanto, si queria padecer algo por Cristo, respondió: «Habíase de avergonzar un religioso, y tener grande dolor, si un dia se le pasara sin haber padecido alguna cosa adversa y contraria al gusto y sentido.»

Extendíase tambien su caridad al remedio de los cuerpos; y en la isla Manaria cuidó de más de doscientos enfermos, que allí cayeron malos, ántes de pasar al reino de Ianafatan, donde enviaba mucha gente el Virrey de la India. Llegaron á enfermar casi todos, pero á todos acudió la invencible caridad del P. Enrique, con algunos de los nuestros que le ayudaron: ni sólo á los cristianos, pero á los gentiles enfermos curaba, regalaba, servia. Esta ca-

ridad de los cuerpos fué causa que cobrasen muchos la salud del alma, pidiendo las aguas del Bautismo.

Todas estas virtudes fué adelantando en la India el P. Enrique, por espacio de más de cincuenta y dos años que en ella vivió, cuidando siempre con gran celo de la conversion de la gentilidad y conservacion y aprovechamiento de los cristianos convertidos. Y cuando por su vejez no podia mas, con libros que, como hemos dicho, compusó y sacó á luz en lengua vulgar de aquella gente, les ayudaba mucho, predicando y disputando con la pluma, cuando no podia con la lengua.

Fuera de la Gramática y Diccionario que compuso de aquella lengua, y le deseó tanto S. Francisco Javier, escribió el P. Enrique Enriquez, en aquella misma lengua, una Doctrina Cristiana, un Devocionario de oraciones para cada dia; una exposicion muy cumplida de los Artículos de la fe, un modo de confesarse y muchas vidas de santos que hizo imprimir en lengua tamulana.

Con toda esta flota de virtudes y merecimientos llegó este siervo de Dios al puerto de la eterna salud, despues de una larga navegacion. Llevóle á salvamento, no el viento de la presuncion humana, sino el espíritu de humildad, que hasta la muerte le duró: agonizando estaba, y todo desconfiando de sí; pedia a sus Hermanos le encomendasen á nuestro Señor, porque decia no tenia cosa por la cual mereciese ser salvo, teniéndose por inútil y muy indigno del premio eterno que dá Dios á sus siervos. Decia tambien, que no se le diera nada de padecer eternamente las penas del fuego del infierno por sus pecados.

Cuando se publicó su muerte le lloraron en todos los lugares de aquella costa con llanto inconsolable y nunca visto semejante.

En Punical, donde murió el año de 1600 y en Patanamio, que es otro lugar grande allí vecino, hubo muchas personas que no comieron bocado, ni bebieron en dos ó tres dias enteros; aun los gentiles y moros mostraron el mismo sentimiento por lo mucho que admiraban su virtud, y mandaron por sentimiento de su muerte se cerrasen las tiendas y casas de mercaderes.

El concurso a venerar su cuerpo fué igual á la estima que hacian de su santidad, tocándole los rosarios, besándole los pies, procurando sus reliquias, que si no se hubiera tenido gran cuidado, le hubiera dejado desnudo, cortándole á porfia los vestidos antes que llegara á la iglesia de aquel lugar.

Llevaronle por mar desde Punical hasta Tutucurin, donde hay colegio de la Compañia, allí fué igual el concurso. Muchos por no esperar á que desembarcasen el cuerpo, que tenian por el de un gran santo, se metieron en la mar el agua hasta los pechos. Despues de desembarcado apenas le podian

llevar al colegio, por la inumerable gente que concurria á venerarle, llorando todos muchas lágrimas.

Sepultóse en la iglesia de nuestro colegio, á donde acuden muchos en romería de varias partes: hacen votos de visitar su sepulcro, por hallar allí remedio de las necesidades los que le desean. Encomiéndanse á él, invócanle, como si fuera el grande Antonio, otro santo de los antiguos y de la primera clase de la Iglesia; encienden cirios en su sepulcro, ofrecen dones.

De otras muchas maneras mostraron la devocion que le tenian aquellos pueblos. Y no es mucho hiciesen esto los cristianos, pues los gentiles y moros, le tienen tanta veneracion, que cuando han de hacer algun solemne y firme juramento, juran por el santo P. Enrique Enriquez, cuyo nombre tienen por sagrado.

Tan altamente sentian todos de la santidad de este siervo del Señor, cuya vida escribió el P. Pedro Iarrich, en el tercer tomo de su *Tesauro Indico;* en otros es el cuarto, lib. 2, cap. 19. Y en el tomo 1, lib. 2, cap. 7 cap. 19. El P. Nicolas Orlandino y Francisco Sachino, en el 1 y 2, tomo de la Corónica de la Compañía. Philipo Alegambe, en su Biblioteca. Pedro Ordoñez Zaballos, lib. 3, del Viaje del mundo, cap. 16. Otro P. Enrique Enriquez, más moderno, tambien portugués, y natural de Oporto, es muy conocido en el mundo por su doctísima Suma de la Teología moral, pero los dos son muy diversos.

P. NIEREMBERG.

FIN DEL TOMO II

ÍNDICE

MISION DE LA CHINA

MISION DE GOA

MISION DE LA ETIOPIA

MISION DE MALABAR

OBRAS

QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION

Vida del P. Bernardo Francisco de Hoyos, de la Compañía de Jesus, arreglada y aumentada de como la escribió y dejó inédita el P. Juan de Loyola, por el P. José Eugenio de Uriarte, de la misma Compañía.

Precio: En rústica, 4 pesetas. A todos los suscritores del MENSAJERO (edicion grande ó pequeña) les ofrecemos un ejemplar á 3 pesetas.

Meditaciones del Corazon de Jesus, obra escrita en francés por el P. Enrique Ramière, de la Compañía de Jesus, y traducida al castellano por el P. Francisco de P. Maruri, de la misma Compañía.

Contiene esta obra tres novenas de meditaciones, que con otras tres forman un *Mes del Corazon de Jesus.*

Precio: en tela, 1,50 pesetas.

Tesoro escondido en el Corazon de Jesus, por el P. Juan de Loyola, de la Compañía de Jesus.

Precios: en rústica, 0,75 pesetas; en tela, 1,25.

Reseña histórica de los Mártires Ingleses de la Compañía de Jesus, cuyo culto ha sido recientemente aprobado por el Sumo Pontífice Leon XIII, escrita por el P. Cecilio Gomez Rodeles, de la misma Compañía.

Precio: en rústica, 1,50 pesetas.

Manual del Apostolado de la Oracion, *(nueva edicion muy aumentada).*

Precios: en rústica, 0,40 pesetas; en tela, 0,75.

P. GAUTRELET.—**El Primer Viérnes de cada mes,** santificado con la devocion al Corazon de Jesus y el retiro mensual.

Precios: en rústica, 0,40 pesetas; en tela, 0,75.

Consideraciones y afectos para la *Comunion Reparadora.*

Cinco céntimos *un ejemplar,* y cuatro pesetas *el ciento.*

Coleccion de Lecturas Recreativas, por el P. Luis Coloma, de la Compañía de Jesus.—Un tomo de 626 páginas con grabados.

Precios: en rústica, 3,50 pesetas; en tela, 5: edicion de lujo en dos tomos, 8.

Del natural (copias varias), por el mismo.—Un tomo de 196 páginas en 8.°

Precios: en rústica, 1 peseta; en pasta, 1,50.

Pilatillo, nueva edicion, por el mismo.

Precios: en rústica, 0,30 pesetas; en tela, 0,80.

La Gorriona, nueva edicion, por el mismo.

Precios: en rústica, 0,50 pesetas; en tela, 1.

Juan Miseria, por el mismo.

Precio: en rústica, 1 peseta.

OBRA NUEVA

El Pais de la gracia.—Cuentos de mil colores, escenas populares y tradiciones cristianas, por el P. José María Castillo, de la Compañía de Jesus.

Contiene: La Vírgen de la Vega.—Mala-lengua.—El Farolon.—Doble conquista *(diálogo edificante).*—La niña penitente.—Corazon de oro *(leyenda).*—El aprendiz de Santo.—Navarra por Santa María ó Apóstoles y Cruceros *(tradiciones españolas).*—Pepe bronce *(simple historia).*—La pascua en Taravilla *(cuento provenzal).*

Precio: en rústica, 1 peseta.

Las Celadoras, por el mismo.

Precio: 10 céntimos cada ejemplar, y 7,50 el 100.